

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Antigua



TESIS DOCTORAL

**Estrategias de control y gestión de los paisajes mineros del noroeste de
Hispania (siglos I-III d. C.)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Elena Zubiaurre Ibáñez

Directoras

**Almudena Orejas Saco del Valle
Estela García Fernández**

Madrid, 2017



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

ESTRATEGIAS DE CONTROL Y GESTIÓN DE LOS PAISAJES
MINEROS DEL NOROESTE DE *HISPANIA* (Siglos I-III d.C.)

Elena Zubiaurre Ibáñez

Tesis doctoral dirigida por:

Dra. Almudena Orejas Saco del Valle

Dra. Estela García Fernández

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA ANTIGUA

-Madrid, 2017-

A Mikel,
por superar todos los obstáculos.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío.

Don Quijote de La Mancha.

Agradecimientos

El desarrollo de una tesis siempre supone un esfuerzo personal importante que, sin la ayuda de muchas personas, no sería posible realizar.

En primer lugar quiero dar las gracias a mis dos directoras de tesis, Almudena Orejas y Estela García Fernández, quienes han demostrado una paciencia infinita a lo largo de todos estos años guiándome en mi trabajo. Sin sus consejos, su sabiduría y su dedicación, esta tesis no hubiera llegado a buen puerto.

Gracias también al grupo de investigación Estructura Social y Territorio. Arqueología del Paisaje del Instituto de Historia del CSIC, donde he podido desarrollar mi trabajo. Mi profundo agradecimiento para Inés Sastre, quien se ha volcado desde el principio con mi tesis, ayudándome siempre que lo he necesitado. Muchas gracias también a Javier Sánchez-Palencia, por haberme enseñado tanto en el campo desde aquel viaje a La Bessa. Gracias a María Ruiz del Árbol, a Domingo Plácido y a todos los compañeros que han ido pasando por EST-AP a lo largo de estos años. A Brais Currás por sus revisiones, discusiones y buenas ideas. A Guillermo Reher, por ayudarme tanto con el inglés. A Fernando Alonso, Antonio Rodríguez, Ana Delia Rodríguez, Antonio Juanes y Natalia Espinosa. Y, cómo no, gracias a los Mogadouros, con quienes he compartido muchas horas de trabajo en Miranda do Douro, Mogadouro, Pino del Oro, Candín, Ibias,... y quienes me han dado siempre fuerza para seguir adelante con mi investigación. A Alejandro Beltrán debo agradecerle su ayuda con la epigrafía. A Luis Arboledas, tantas ideas compartidas de camino al metro. A Juan Luis Pecharromán y a Damián Romero su ayuda con el mundo de los mapas. Esta tesis también es un poco vuestra.

A lo largo de estos años, el desarrollo de este trabajo no habría sido posible sin el apoyo de varios proyectos e instituciones. Por tanto tengo que dar las gracias al CSIC, donde he llevado a cabo mi tarea predoctoral y donde tuve la oportunidad de iniciarme en la investigación con una JAE-Intro. También tengo que agradecer al Ministerio de Educación haberme concedido una beca del programa de Formación de Profesorado Universitario para desarrollar esta tesis. Mi formación predoctoral tampoco hubiera sido posible sin la participación en los proyectos “Paisajes de dominación y resistencia. Procesos de apropiación y control social y territorial en el noroeste hispano” (PADORE) (HAR2012-33774), “Paisajes rurales antiguos del Noroeste peninsular: formas de dominación romana y explotación de recursos” (CORUS) (HAR2015-64632-

P) y “Cultural Heritage in Landscape” (CHeriScape) (PCIN-2013-028) del Ministerio de Economía y Competitividad.

Además, ser becaria FPU me dio la oportunidad de desarrollar una estancia de investigación en Oxford. A Andrew Wilson, nunca podré agradecerle suficiente su cálida acogida, su interés en mi trabajo y esas enriquecedoras conversaciones en el All Souls College.

También tengo que recordar al Instituto de Historia del CSIC, a Esteban Moreno y a Susana González. Gracias también al Departamento de Historia Antigua de la Complutense, especialmente a Charo Hernando y a M. Cruz Cardete, por ayudarme en mi andadura dando clase. A Marga, por su ayuda impagable ante cualquier problema burocrático. A Julio Mangas, el mayor sabio, por haberme visto “cara de romana”. Gracias a Fernando López Pardo, a quien siempre recordaré, por haberme llevado a mi primera excavación arqueológica en Málaga.

Mi más sincero agradecimiento al Archivo Epigráfico de *Hispania*, donde siempre es un placer volver. Gracias por vuestro trabajo desinteresado que tanto aporta.

No puedo olvidarme de todas aquellas personas que me animaron a empezar y me han ayudado a seguir. Gracias a Concha Navarro, por sus consejos en los primeros momentos. A José Luis de los Reyes, por su apoyo. A Cruz Emilio Montoro, por su comprensión cuando no era fácil compaginar la tesis con las clases.

Sin duda, este trabajo hubiera sido mucho más difícil sin todos los buenos amigos que han creído en mí. Gracias a Sergio Parla, Nerea, Carol, Sara, Patri, por seguir ahí a pesar del tiempo y la distancia. A Joana, por su confianza desde esa primera clase juntas de prehistórica. A Cris, superviviente de Geología. A Laura, por haber llegado para quedarse. Gracias a Ana, por su confianza y su cariño de años. Gracias a Sergio y a Carlota, por haberse convertido en una parte tan importante de todo.

También quiero expresar mi más profundo agradecimiento a toda mi familia, a mi tía, mi abuela y sobre todo a mis padres y mi hermano Mikel. Gracias por creer tanto en mí porque sin vosotros no habría llegado donde estoy.

Gracias a Jose, por estar a mi lado y hacer más bonito todo este camino.

Madrid, 13 de marzo de 2017

ÍNDICE

Resumen	11
Abstract	13
 I. LOS PAISAJES MINEROS DEL NOROESTE ROMANO. PROBLEMAS HISTÓRICOS Y METODOLÓGICOS	15
1. La minería del oro en el noroeste peninsular en época romana. Una aproximación histórica	17
1.1. Planteamiento general y objetivos	17
1.2. El marco de análisis	19
 2. El punto de partida. Problemas históricos	25
2.1. El impacto romano en el Noroeste. Los estudios previos	25
2.1.1. Problemas generales de los estudios sobre minería	25
2.1.2. La perspectiva de la Historia Económica	27
• Formalismo y sustantivismo. El origen del debate	27
• Los nuevos enfoques desde el campo de la Historia Económica	33
• Entre el Nuevo Institucionalismo y el marxismo. Cómo explicar el cambio histórico	37
2.1.3. Los problemas de los estudios sobre el Noroeste romano	44
2.1.4. Provincialización y ruralidad. El modelo de partida	48
• El sistema de explotación minera en el Noroeste de época romana	60
2.2. Cambios y continuidades en el Noroeste. Un análisis diacrónico	63
 3. Los datos. Problemas metodológicos	67
3.1. Los indicadores para el estudio de las zonas mineras antiguas	67
3.2. Las fuentes documentales	73
3.2.1. Las aportaciones de la documentación literaria antigua	74
3.2.2. Las aportaciones de la documentación epigráfica antigua	83
3.2.3. Las aportaciones de la documentación numismática antigua	98
• Los análisis desde la Arqueometalurgia	98
• Sistema monetario y minería	101
3.2.4. Las aportaciones de la documentación arqueológica	105
3.3. El tratamiento y la organización de los datos	109
 II. IMPERIO Y MINERÍA. LAS POLÍTICAS FLAVIAS Y EL SIGLO II D.C.	111
4. El poder político a lo largo del Alto Imperio. Estado y minería	113
4.1. Augusto, el fisco y el suelo provincial	114
4.1.1. Los estatutos jurídicos del suelo provincial	114
4.1.2. El fisco bajo los julio-claudios	122

4.2. La llegada al poder de la dinastía flavia.....	124
4.2.1. La concepción del poder. La imagen del <i>princeps</i> en época flavia.....	125
4.2.2. Las reformas flavias. Patrimonialización y captación de recursos.....	128
• Impuestos y fisco imperial.....	130
• Las operaciones flavias sobre <i>ager publicus</i>	134
4.3. Cambios en el siglo II d.C. ¿El siglo de oro del imperialismo romano?.....	138
4.3.1. Centralización, burocratización e intervencionismo.....	141
5. Economía, moneda de oro y minería en la política altoimperial (siglos I y II d.C.).....	147
5.1. El significado de la moneda dentro de la política altoimperial.....	148
5.1.1. El modelo de la economía antropológica.....	154
5.1.2. El sistema económico como vehículo de propaganda imperial.....	157
5.2. La evolución de la moneda de oro a lo largo de los siglos I y II d.C.....	161
6. El desarrollo del régimen jurídico de explotación de las minas.....	171
6.1. La definición de los regímenes de explotación minera.....	172
6.2. <i>Metalla publica</i> : gestión directa o indirecta.....	180
6.3. La época flavia y la explotación de Dolaucothi (Gales).....	185
6.4. La minería en el siglo II d.C. y la explotación de Roşia Montană (Rumanía).....	191
6.4.1. La conquista de Dacia.....	191
6.4.2. Caracterización de la minería y el registro arqueológico de Roşia Montană.....	196
6.4.3. La organización jurídico-administrativa de Roşia Montană.....	203
7. Las coordenadas históricas: La minería del oro como parte de una economía no sectorial.....	227
7.1. La economía romana y las minas de oro imperiales.....	227
III. LAS ZONAS MINERAS DEL NOROESTE PENINSULAR.....	237
8. La organización jurídico-administrativa del territorio desde inicios del Principado: la estructura de explotación.....	239
8.1. <i>Ager publicus</i> y <i>ager peregrinus</i> . La articulación del territorio minero.....	239
8.2. Las reorganizaciones administrativas en el Noroeste desde época flavia y en el siglo II d.C.....	249
8.2.1. La figura del procurador y el legado jurídico en relación con las explotaciones mineras.....	249
8.2.2. La <i>legio VII gemina</i> y su papel en las zonas mineras.....	269
8.2.3. Fiscalidad en el Noroeste. El papel del censo provincial.....	278
9. Análisis territorial del Noroeste desde época flavia a finales del siglo II d.C.....	289
9.1. La jerarquización social y territorial en época flavia.....	290
9.1.1. Cambios en el seno de la <i>civitas</i> . El abandono del hábitat castreño.....	290
• El abandono del hábitat castreño.....	291

• Los <i>castella</i> en la epigrafía del Noroeste.....	300
9.1.2. Cambios en las relaciones entre <i>civitates</i> . La nueva articulación territorial desde época flavia.....	312
• Cambios sociales y territoriales con relación a la <i>via Nova</i> . <i>Civitates y fora</i>	318
• Las zonas mineras de Asturias.....	355
9.1.3. Los cambios en las zonas no mineras.....	368
• La zona central de la <i>Asturia</i> transmontana.....	369
• Vigo en época romana.....	376
9.2. El papel de las capitales conventuales.....	383
9.2.1. Los <i>conventus</i> del Noroeste y el origen de las capitales conventuales.....	383
9.2.2. Las capitales conventuales a lo largo de los siglos I y II d.C.....	393
10. El impacto de las reformas flavias en las zonas mineras del Noroeste peninsular	407
10.1. El debate en torno a la latinidad provincial.....	408
10.1.1. Origen y desarrollo del <i>ius Latii</i>	411
10.2. La promoción jurídica de las comunidades rurales.....	429
10.2.1. El <i>ius Latii</i> y la articulación del poder a lo largo de los siglos I y II d.C.....	429
10.3. El <i>ius Latii</i> , propiedad, tributación y minería.....	453
10.3.1. Los nuevos ciudadanos romanos y el régimen de propiedad.....	455
10.3.2. Las nuevas formas de tributación tras la concesión del <i>ius Latii</i>	462
11. Inestabilidad política y relaciones de poder en las zonas mineras del Noroeste a lo largo del siglo II d.C.	467
11.1. Estado, <i>civitates</i> y minería en el siglo II d.C.....	467
11.2. El conjunto epigráfico de Villalís-Luyego-Priaranza de la Valduerna (León).....	470
11.2.1. Descripción del conjunto Villalís-Luyego-Priaranza.....	471
11.2.2. La relación del conjunto epigráfico con <i>Asturica Augusta</i> y las zonas mineras del Noroeste.....	474
11.2.3. Los conflictos en el siglo II d.C. Una propuesta de interpretación para el conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza.....	481
IV. EL FINAL DE LA MINERÍA DEL ORO EN EL NOROESTE PENINSULAR	489
12. El final de la minería del oro del Noroeste peninsular como problema histórico	491
12.1. Cronología del abandono de las explotaciones.....	491
12.1.1. La división provincial de Caracalla.....	513
12.2. La minería desde el siglo III d.C.....	519
12.3. Hipótesis propuestas sobre el final de la minería.....	523
• Dificultades técnicas y baja rentabilidad.....	524
• Problemas de seguridad y cambios en el papel del ejército.....	526
• Altos costes de la actividad minera y agotamiento del sistema financiero a comienzos del siglo III d.C.....	529
• Problemas de mano de obra.....	536

13. Cambios y continuidades a comienzos del siglo III d.C. El abandono de las minas del Noroeste	539
13.1. El Imperio en el siglo III d.C. y la época tardoantigua	540
13.1.1. Estado y administración imperial. El impacto de la <i>Constitutio Antoniniana</i>	540
13.1.2. Tributación y minería en época tardoantigua	547
13.2. El papel del oro a lo largo del siglo III d.C.	558
13.2.1. La nueva función de la moneda de oro tras el fin de los <i>metalla publica</i> del Noroeste	572
14. Conclusiones	581
Conclusions	593
Bibliografía	603
Índice de mapas	711
Índice de figuras	712
Índice de imágenes	713
Índice de tablas	717
Fuentes literarias	719
• Ediciones	726
Fuentes epigráficas	733
• Signos diacríticos	734
• Abreviaturas	754
Asentamientos	757

RESUMEN

Este trabajo pretende analizar el desarrollo de las principales zonas mineras auríferas del noroeste de *Hispania* desde finales del siglo I a inicios del siglo III d.C. Para ello se parte de los estudios que el grupo de investigación *Estructura Social y Territorio. Arqueología del Paisaje* del Instituto de Historia del CSIC lleva desarrollando en la zona desde los años 80 del siglo XX y que han aportado una información esencial, especialmente para el análisis de la Edad de Hierro, la conquista romana y la primera articulación territorial como provincia del Imperio en el cambio de Era. Con esta tesis se intenta ir un paso más allá, abordando varios procesos fundamentales en los que los estudios previos no habían profundizado.

El primero de ellos se corresponde con el gobierno de los Flavios, un período en el que el Noroeste experimentó cambios que han sido evaluados de forma desigual. El abandono de algunos asentamientos con morfología de tipo castro, la desaparición de las menciones de *castella* en la epigrafía, la consolidación de los grupos de poder locales y la emergencia de ciertos lugares como centros territoriales, son algunas de las transformaciones más evidentes. A la vez, el Estado romano intervino directamente en el territorio, estableciendo definitivamente a la *legio VII gemina* en León, construyendo una nueva vía atravesando las principales zonas mineras y creando nuevos cargos administrativos, como la procuratela de *Asturiae et Callaeciae* vinculada a las explotaciones, momento que además coincide con el auge constructivo de las tres capitales conventuales del Noroeste. Converrieron, por tanto, dos procesos (desarrollo local e intervención estatal), a los que se les unió un posible cambio jurídico en el estatuto de las poblaciones con la concesión del *ius Latii* al conjunto de *Hispania* por parte de Vespasiano. Todo ello configuró un escenario de profundas transformaciones que actualizó el proceso que se había iniciado décadas antes con la conquista y la organización territorial augustea.

El análisis de estos procesos abre la posibilidad de reflexionar sobre cuestiones largamente debatidas, como son la estructuración del territorio rural, la articulación de jerarquías sociales y territoriales o la invalidez del modelo de romanización para analizar ciertos contextos, confirmando que las minas formaron parte de una organización social y territorial concreta y que su estudio es indisoluble de los procesos que afectaron a las comunidades locales. Desde esta perspectiva, conceptos como el de *distrito minero* pueden ser muy cuestionados, al proyectar la imagen de unas explotaciones aisladas del resto de dinámicas provinciales, cuando queda claro que no puede hacerse esta separación.

El segundo momento se corresponde con la segunda mitad del siglo II d.C., período en el que se documenta el conjunto epigráfico de Villalís-Luyego-Priaranza de la Valduerna, con las menciones a *procuratores metallorum* y miembros del ejército relacionados con la explotación de las minas. Se propone una nueva lectura del significado de estas manifestaciones epigráficas, conectándolas con ciertos episodios coetáneos de inestabilidad política que tuvieron lugar en *Tarraco*.

El último momento tiene lugar a finales del siglo II d.C. o comienzos del siglo III d.C., cuando el cierre de las explotaciones de oro se materializó en un cambio en el patrón de poblamiento de las zonas mineras, el declive de *Asturica Augusta* como capital rectora del *ager publicus* minero y la desaparición del aparato administrativo-militar vinculado a las explotaciones.

El abandono de la actividad minera en el Noroeste supuso un cambio importante que, sin embargo, no ha sido prácticamente abordado hasta la fecha. La escasez de información relacionada con este episodio ha sido uno de los obstáculos, sólo superado cuando se adoptan enfoques que tienen en cuenta dinámicas locales, pero que también permiten entender este fenómeno como parte de procesos de alcance general que estaban afectando al Imperio. El oro, metal estratégico fundamental en la política monetaria, estuvo en el punto de mira de las actuaciones de los distintos emperadores y su historia está vinculada con los intereses y estrategias que desarrollaron en cada momento. La historia de las minas del Noroeste no puede, por tanto, estar exclusivamente relacionada con el desarrollo local de las explotaciones, entendidas de forma aislada del resto de dinámicas imperiales, sino que implica hacer referencia a cuestiones que trascienden la escala local o provincial. En este sentido, el cierre de las minas a inicios del siglo III d.C. puede interpretarse como una decisión estatal, adoptada en un momento concreto en el que el sistema monetario organizado con Augusto estaba experimentando profundas transformaciones y el oro estaba redefiniendo su función como metal para las acuñaciones. Al mismo tiempo, puede que existieran problemas relacionados con los sistemas de gestión mineros directos, cuestión vinculada con los cambios fiscales que estaba experimentando el Imperio y el desarrollo de formas de dependencia social que cristalizaron en la Antigüedad tardía. El auge de las aristocracias provinciales, la configuración de nuevas formas tributarias y la articulación de relaciones de poder entre los agentes implicados en la explotación de las minas, también se vinculan con la crisis en el sistema minero del Noroeste. Para entender el final de la minería hay que recurrir, entonces, a una explicación multicausal entendida, además, en clave de procesos.

ABSTRACT

The aim of this work is to analyse the historical development of the main gold mining areas in the northwest of *Hispania* between the end of the first century and the beginning of the third century AD. For this it is necessary to start from the studies that the research group Social Structure and Territory – Landscape Archaeology (CSIC) has developed since the 80's. Their research has provided essential information especially regarding the Iron Age, the Roman conquest and the first organization of the territory under Augustus and immediately afterwards. With this thesis, we intend to go a step further in order to address important aspects that had not been previously analysed in depth.

The first of them corresponds to the government of the Flavian dynasty, a period of major changes in the Northwest which has not been soundly addressed. Some of the most obvious transformations are the abandonment of some castros, the disappearance of the *castella* in epigraphy, the consolidation of the local power groups and the emergence of regional centres. At the same time, the state intervened directly in the organization of the territory. Rome permanently settled the *legio VII gemina* in León, built a new road through the main mining areas and created new administrative positions related to mining (*procuratores Asturiae et Callaeciae*). This period also coincides with the construction boom in the three capitals of the Northwestern *conventus*. Therefore, a process of local evolution converged with the intervention of the roman state. Finally, with the granting of *ius Latii* by Vespasian, a legal change of local populations took place. In summary, this period oversaw profound transformations that updated the framework established by Augustus decades before.

The analysis of these processes of change opens the possibility of reflecting on other widely debated issues, such as the structuring of the rural landscape, the articulation of social and territorial hierarchies or the invalidity of the Romanization model to analyse some rural contexts. These reflections are important because the mines were part of a specific social and territorial organization and their study is inseparable from the processes that affected the local communities. From this perspective, concepts such as the existence of a 'mining district' can be put into question. This term projects the image of mining as isolated from other provincial dynamics, when it is clear that in the Roman world this separation cannot be made.

The second period corresponds to the second half of the second century AD, when the epigraphic group of Villalís-Luyego-Priaranza de la Valduerna (León) is documented. These pieces are important as they mention *procuratores metallorum* and members of the army related to the exploitation of the mines. We propose a new reading of the meaning of these epigraphic manifestations, connecting them with contemporary episodes of political instability that happened in *Tarraco*, the provincial capital.

The last moment takes place at the end of the second century AD. or early third century AD, when the closing of the gold mines materialized in a change in the settlement pattern of the mining zones, the decline of *Asturica Augusta* as the guiding capital of the *ager publicus* and the disappearance of the administrative-military apparatus linked to the exploitation of gold.

The abandonment of mining activity in the Northwest meant an important change, which, however, has not been thoroughly addressed to date. The dearth of information related to this episode has been the main obstacle. To overcome the difficulty, it is necessary to adopt an approach that takes into account local aspects and also more general processes that were affecting the Empire in this period. Gold, a key strategic metal in monetary policy, was a prime focus of the policies of various emperors and its history is linked to the interests and strategies that developed in each moment. Therefore, the history of the Northwest mines cannot be a local story of mining, isolated from the rest of imperial dynamics, but must refer to issues that transcend the local or provincial scale. In this sense, the closure of the mines at the beginning of the third century AD can be interpreted as a state decision, adopted at a particular time in which the monetary system organized with Augustus was undergoing important transformations and gold was redefining its function as currency metal. At the same time, there may be problems related to direct mining management systems, an issue related to the fiscal changes being experienced by the Empire and the development of forms of social dependence that would crystallize during late antiquity. The rise of provincial aristocracies, the configuration of new forms of taxation, and the articulation of power relations among the agents involved in the exploitation of mines, are also linked to the crisis in the Northwest mining system. The end of the mining is understood with a multicausal explanation and in process key.

PARTE I

LOS PAISAJES MINEROS DEL NOROESTE ROMANO. PROBLEMAS HISTÓRICOS Y METODOLÓGICOS

1

LA MINERÍA DEL ORO EN EL NOROESTE PENINSULAR EN ÉPOCA ROMANA. UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA

1.1. Planteamiento general y objetivos.

Los estudios que se han desarrollado en las últimas décadas sobre el Noroeste peninsular han aportado valiosa información que permite conocer con mucha más precisión algunos aspectos relacionados con la organización, la administración y la gestión de las zonas mineras. Muchos de estos trabajos se han centrado en el impacto que tuvieron la conquista y la dominación romana sobre este territorio y han analizado en profundidad el primer período de puesta en marcha de las explotaciones, identificado con los años de gobierno de la dinastía julio-claudia.

El objetivo de este trabajo es analizar los cambios que tuvieron lugar en las zonas mineras del Noroeste una vez superada esta primera fase de actividad, desde época flavia hasta el abandono de las explotaciones a comienzos del siglo III d.C. En el transcurso de este prolongado período de tiempo, las zonas mineras del Noroeste se vieron afectadas por varios procesos de cambio, por lo que en este trabajo se hablará de rupturas y de transformaciones, intentando encontrar aquellos hitos que permitan identificar y analizar esos procesos desde una visión diacrónica.

Abordar un trabajo de estas características implica partir de los resultados de investigaciones anteriores y, desde ellas, construir una nueva aproximación, a la vez que se discuten los aspectos importantes y se analizan las dinámicas detectadas. Por tanto, este estudio también pretende discutir, matizar o confirmar aspectos que ya han sido abordados previamente en otros trabajos, con el fin de avanzar en el conocimiento sobre la minería de oro del Noroeste en época romana y sobre la organización y articulación del contexto provincial e imperial en el que se desarrolló esta actividad.

Para ello se ha partido de estudios locales sobre zonas mineras, pero se han integrado en una perspectiva global que ha tenido en cuenta dinámicas provinciales e

imperiales más amplias. Esto ha permitido abrir nuevas líneas de trabajo y explicar procesos de cambio que carecen de sentido a una escala local. El paisaje y el territorio del Noroeste se han convertido en objetos de estudio, pero siempre dentro de un marco definido por procesos y dinámicas que operaron a nivel imperial. Con ello ha sido posible aportar una aproximación de los intereses que tuvo Roma sobre la minería y las estrategias que definió en cada momento y que le permitieron explotar el conjunto de los recursos provinciales. No se pretende, por tanto, realizar una lectura técnica del desarrollo de las explotaciones mineras, sino analizar la minería como una actividad estratégica para el Imperio que estuvo condicionada por los intereses políticos que Roma tuvo sobre los territorios provinciales.

Partiendo de esta necesaria combinación de escalas de análisis, la Arqueología del Paisaje representa una buena forma de abordar este trabajo. En primer lugar, porque exige la adopción de una perspectiva diacrónica que va implícita en el objetivo de esta tesis. En segundo lugar, porque se ocupa de los procesos de cambio, entendiendo que el paisaje no es una acumulación de distintos momentos históricos estáticos yuxtapuestos, sino que se encuentra en constante transformación (Orejas, 1991, 1995 y 1998; Orejas *et al.* 2002; David y Thomas, 2010; Bloemers *et al.* eds. 2010; Orejas y Ruiz del Árbol, 2008a y 2013; Orejas *et al.* eds. 2009; Orejas, 2011).

Dicha consideración es muy importante para esta tesis, pues en ella se entiende que las transformaciones que experimentaron las zonas mineras del Noroeste operaron a diversos ritmos, además de a distintas escalas, por lo que resulta imposible aislarlas en términos geográficos o cronológicos absolutos. Como se verá al final de este estudio, sí existen momentos en los que se aceleran los ritmos de cambio y se acentúan las transformaciones, definiendo fases de profundo cambio. Pero estas fases sólo pueden ser apreciadas si se tiene en cuenta el antes y el después desde una visión diacrónica, y si se consideran desde ópticas diferentes a distintas escalas (imperial, regional y local).

De acuerdo con esta perspectiva general, a lo largo del trabajo se irán analizando distintas cuestiones. En primer lugar se realizará una presentación global de la zona, mostrando cuáles son los problemas históricos implicados en su estudio y sintetizando las principales investigaciones que se han desarrollado y que suponen el punto de partida. Una vez definido el marco de estudio y presentados los problemas a los que es necesario enfrentarse, el trabajo ha sido organizado en tres bloques principales: uno dedicado al impacto de las políticas imperiales en la actividad minera desde la dinastía flavia y a lo largo del siglo II d.C. Otro centrado en el estudio de las zonas mineras del

Noroeste en ese mismo período. Por último, un tercero que aborda el tema del final de las explotaciones auríferas.

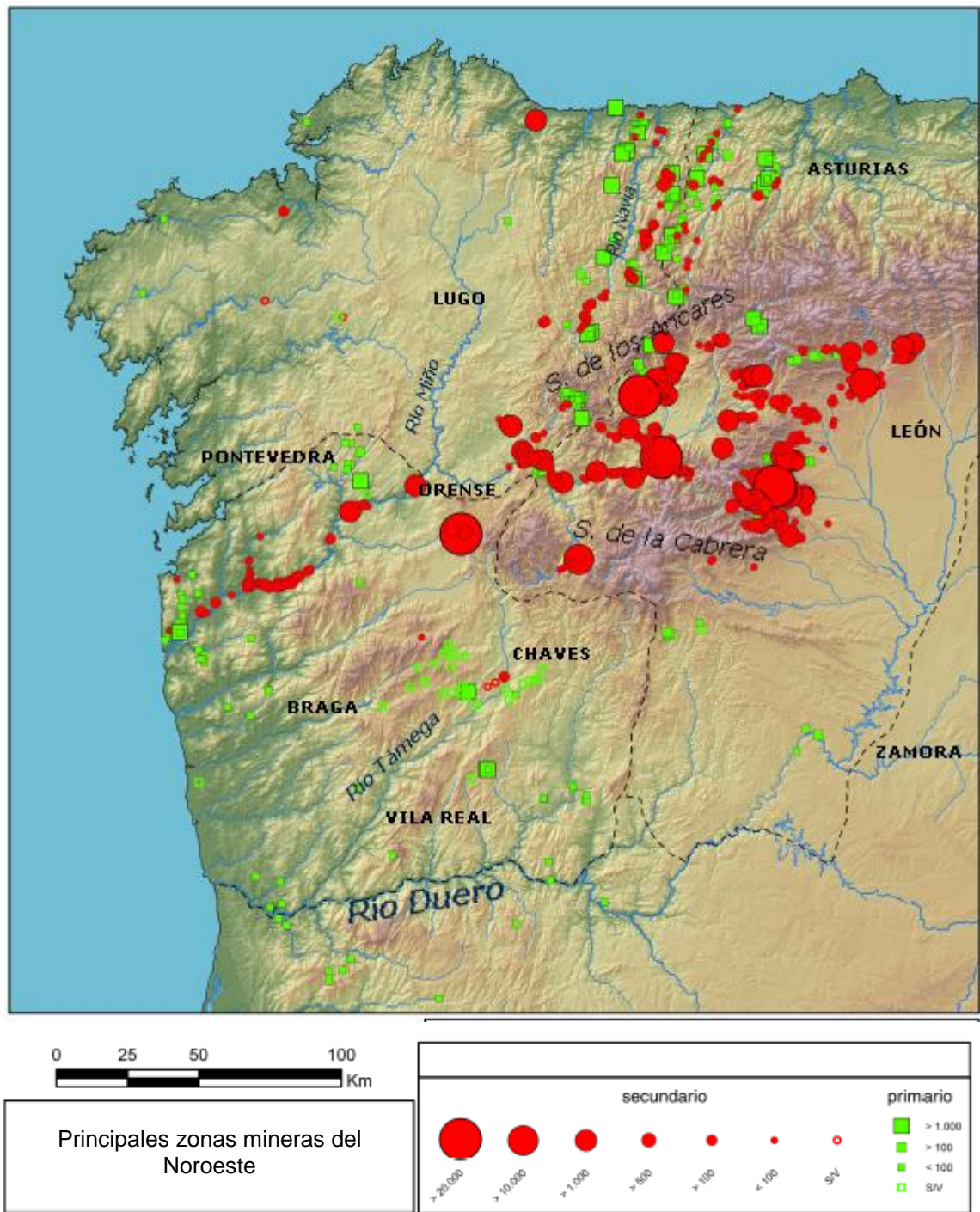
La adopción de este esquema refleja bien la articulación de escalas de análisis que propone este trabajo. Además, es una mejor solución que una organización según un criterio meramente cronológico, con una secuencia de acontecimientos en etapas cerradas. En un estudio como este, planteado en clave de procesos, las barreras cronológicas quedan pronto difuminadas, por lo que es necesario evitar la caracterización de fases aisladas para poder adoptar una perspectiva diacrónica.

1.2. El marco de análisis.

Este estudio se inicia en el período de gobierno de la dinastía flavia, época en la que las explotaciones de oro del Noroeste ya estaban funcionando a pleno rendimiento, y que se ha considerado, en numerosos trabajos previos, un período de profundo cambio en la región. Cronológicamente este trabajo se extiende hasta el abandono de las explotaciones, a comienzos del siglo III d.C. fenómeno que, salvo algunas aproximaciones parciales, no ha sido abordado hasta la fecha. Evidentemente, para poder efectuar un estudio significativo de este período es necesario referirse también a lo que pasó antes y después, por lo que es inevitable tratar la ordenación del Noroeste tras la conquista con Augusto, el período julio-claudio y algunos aspectos del siglo III y IV d.C. posteriores al abandono de las minas.

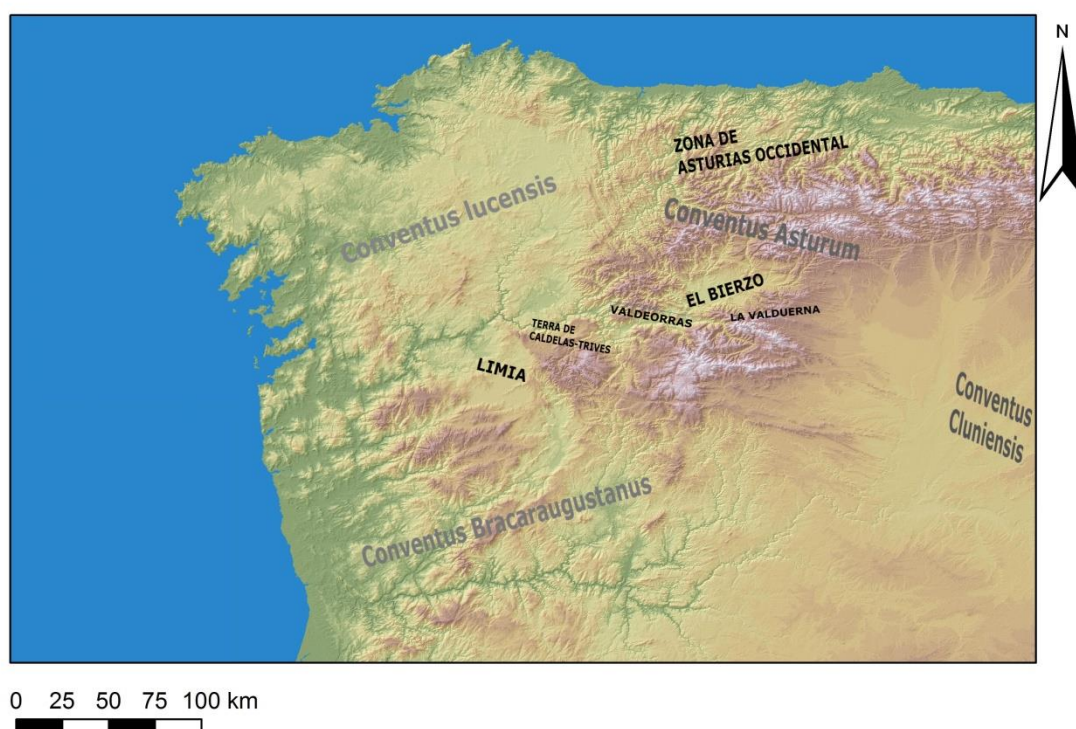
Se observará que, a lo largo de los distintos capítulos, habrá referencias en múltiples ocasiones a *zonas mineras* del Noroeste. Se define así a estas regiones porque las minas de oro condicionaron directamente las formas de articular el territorio, no porque ésta fuera la actividad exclusiva. En realidad, la minería formó parte de una organización territorial en la que estuvo presente de forma prioritaria la producción agraria, tal y como se verá a lo largo de este trabajo. Según esto, la minería no puede ser entendida desde un punto de vista extraterritorial. En este sentido, hablar de zonas mineras implica referirse tanto a los sistemas de explotación y de gestión, como a la ordenación global de la población implicada en los trabajos mineros, todo ello dentro de un contexto general de cambio que afectó al Noroeste desde la conquista. Este enfoque obliga, necesariamente, a plantear estudios territoriales que tengan en cuenta las dinámicas imperiales, con el fin de entender los procesos documentados en el Noroeste

hispano en el contexto de la explotación del suelo provincial en general y de las grandes regiones mineras en particular.



Mapa 1.- Zona de estudio y principales zonas mineras auríferas del Noroeste. Fuente: Modificación de EST-AP (IH. CSIC).

A la hora de realizar el análisis territorial, este estudio se centra en las zonas comprendidas entre las comarcas de El Bierzo y Valdeorras, la Valduerna y Valderia, la región de Limia, la comarca de Caldelas-Trives y la zona occidental de Asturias. El trabajo podría haber abarcado otras regiones de Galicia, norte de Portugal, Asturias o Castilla y León que sólo se han contemplado de manera tangencial, pero se ha considerado que las zonas elegidas cumplían los requisitos necesarios y eran lo suficientemente significativas como para constituir el caso de estudio de esta tesis. En concreto, para su selección se han tenido en cuenta los siguientes factores:



Mapa 2.- Zona de estudio y *conventus* del Noroeste

En primer lugar, dentro de las zonas del Noroeste explotadas en época romana, éstas representan algunas de las regiones más ricas en cuanto a información disponible. Los estudios de Domergue (1970 y 1971) en colaboración con Hérail, Sillières y Martin y la tesis doctoral de Sánchez-Palencia (1983), han sido trabajos pioneros que se han centrado en estas zonas y, gracias a ellos, hoy existe abundante y valiosa información que permite emprender un trabajo de estas características. En concreto destacan en la Valderia y valle del Cabrera los trabajos de Fernández-Posse y Sánchez-Palencia (1985 y 1988), en el Noceda de Álvarez (1990, 1993a y b), en la cuenca noroccidental del Duero de Orejas (1996) y en la región de Las Médulas, las investigaciones dirigidas por Sánchez-Palencia, Fernández-Posse y Fernández Manzano (*e.g.* Sánchez-Palencia *et al.*

1990, Sánchez-Palencia dir. 2000). Mientras, en el sector asturiano, los trabajos de González a finales de los 70 centrados en la Protohistoria (González y Fernández-Vallés, 1976 y 1978), fueron continuados por autores como Jordá (1977), Fernández-Ochoa (1982) y Maya (1983, 1988 y 1989). En las últimas décadas se han realizado numerosas excavaciones arqueológicas que han permitido avanzar más en la comprensión de la zona asturiana, a las que se han sumado intentos de catalogación y análisis más amplios (*e.g.* Maya y Cuesta, 1992, 1995 y 2001; Camino, 1995 y 1999; de Blas y Villa, 2002; Fernández-Ochoa y Villa, 2005; Villa, 2002a y 2010). Destaca también la publicación de *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, donde se van actualizando datos referentes a las intervenciones efectuadas en esta comunidad.

En segundo lugar, este trabajo se inscribe dentro de los estudios desarrollados por el grupo de investigación *Estructura Social y Territorio. Arqueología del Paisaje* (Instituto de Historia. CSIC), equipo que ha analizado estos territorios en los últimos años en el marco de distintos proyectos de investigación. Su objetivo siempre ha sido la comprensión de las formaciones sociales antiguas y el papel de la minería de oro en su formación. Como resultado, el grupo ha hecho importantes aportaciones presentadas en numerosos trabajos, como por ejemplo Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1996; Orejas, 1996 y 2002; Orejas y Plácido, 2000; Sastre, 2001 y 2002; Sánchez-Palencia dir. 2000; Ruiz del Árbol, 2005; Sánchez-Palencia y Orejas, 2012; Sánchez-Palencia ed. 2014; Ruiz del Árbol *et al.* 2014; Currás, 2014, Beltrán Ortega, 2016; Romero, 2016, además de otros muchos recogidos en la bibliografía final de esta tesis. Por tanto, la elección de las zonas de estudio era convergente con los intereses científicos del equipo.

Por último, con la elección de estas zonas se buscaba un marco regional abarcable pero relativamente amplio que permitiera, de acuerdo con los planteamientos del trabajo, alcanzar una visión global que no cayera en localismos o reduccionismos. Desde los primeros años del siglo I d.C. se inició la explotación sistemática del oro de los territorios del Noroeste, lo que requirió una compleja infraestructura y planificación del espacio, no sólo a nivel local, sino también a nivel comarcal, pues las explotaciones auríferas se extendieron a lo largo de buena parte de esta región. Se ha estimado que durante los siglos I y II d.C. más de 500 minas de oro estuvieron operativas en el cuadrante noroccidental de la Península (Pérez García *et al.* 2000). Por ello, para comprender mejor este proceso era necesario contemplarlo desde una perspectiva regional, algo que posibilitaba la zona de estudio seleccionada.



Mapa 3.- Mapa general de las principales zonas mineras de *Hispania*, destacando la extensión del cuadrante noroccidental.

Sin embargo, aunque una característica definitoria del cuadrante noroccidental de la Península sea la abundante presencia de labores mineras de época romana, esta región también contiene diversidades. En la Antigüedad, el Noroeste se repartió entre dos provincias (*Lusitania* y *Citerior Tarraconensis*) con 5 *conventus* (*Asturum*, *Lucensis*, *Bracaraugustanus*,



Imagen 1.- Corta de Carretas en la zona minera de Pino del Oro (Zamora). Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

Cluniensis y *Emeritensis*), una extensa zona que compartió rasgos comunes, pero en la que también se dieron dinámicas particulares. Así, por ejemplo, se encuentran notables diferencias entre las explotaciones a gran escala de la comarca berciana, siendo el caso más paradigmático el de Las Médulas, y la minería de la zona de Pino del Oro (Zamora), caracterizada en general por un sistema de cortas, trincheras y sondeos de pequeño porte (Sánchez-Palencia y Currás, 2010: 19-25; **Img. 1 y 2**). En estas regiones la infraestructura y el aparato administrativo necesarios para la explotación han generado registros arqueomineros muy diferentes. Esto obliga, a pesar de centrar la tesis en una zona de estudio concreta, a no perder de vista la perspectiva global.



Imagen 2-. Vista panorámica de Las Médulas (León). Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

Al mismo tiempo, una visión contextual exigía tener presente que también existieron zonas donde las minas no tuvieron un peso destacado. Aunque es cierto que la presencia de explotaciones de época romana fue muy abundante en el cuadrante Noroccidental y no es posible encontrar zonas completamente aisladas de la actividad minera, sí existen algunas en las que la minería no desempeñó un papel tan importante. En consecuencia, aunque su estudio no formara parte de los objetivos de esta tesis, era necesario tenerlas en cuenta al analizar los cambios en las zonas mineras y detectar si los procesos que las afectaron fueron exclusivos de estas regiones o se enmarcaron en otros de alcance más general. Por ello, se eligió Vigo y la parte central de Asturias como dos zonas no mineras con información significativa que permiten trazar una perspectiva global.

2

EL PUNTO DE PARTIDA. PROBLEMAS HISTÓRICOS

2.1. El impacto romano en el Noroeste. Los estudios previos.

2.1.1. Problemas generales de los estudios sobre minería.

Realizar un estudio sobre la minería romana, la organización de las zonas mineras o los intereses y estrategias detrás de esta actividad, implica enfrentarse a varios problemas históricos que se han abordado fundamentalmente desde dos campos de la historiografía: el primero de ellos más relacionado con el mundo de la economía y de la historia económica y el segundo más cercano a enfoques sociales. Cada perspectiva ha formulado preguntas históricas propias, planteando a su vez retos y problemas diferentes.

Desde la primera de ellas, la minería se trata desde el enfoque de la historia económica y, en general, los trabajos planteados desde este ángulo han estado marcados por el eje formado por la dicotomía entre modernidad y tradición. En ellos, se ha clasificado a las sociedades según su grado de evolución, considerando que existieron tendencias “naturales” e inevitables, hacia las que los distintos grupos humanos avanzaron. Con ello se ha clasificado a las sociedades según su grado de desarrollo, suponiendo que tendieron a evolucionar hacia formas de organización económica cada vez más complejas de forma unidireccional. El capitalismo y la modernización de los procesos productivos se han visto como los sistemas más desarrollados, enfrentando en negativo la explotación económica tradicional, que ha sido considerada “primitiva”. En consecuencia, el comercio, el desarrollo tecnológico, la especialización productiva o la explotación intensiva de los recursos, se han mostrado inseparables de los sistemas sociales más avanzados.

Estas interpretaciones que, como se verá no son novedosas, han experimentado en los últimos años un nuevo auge y renovación, con varios investigadores dispuestos a aplicar al estudio del mundo clásico criterios económicos modernos e índices

característicos de la economía actual, bajo la consideración de que existen ciertos comportamientos económicos universales (*e.g.* Scheidel y von Reden eds. 2002; Davies, 2005; Manning y Morris eds. 2005; Jongman, 2007; Scheidel, 2009 y 2012; Bowman y Wilson, 2009; Temin, 2001, 2004 y 2013; Wilson, 2008; Callataÿ, 2014). Tales aproximaciones ven los procesos de las economías antiguas como parte de tendencias innatas motivadas por la racionalidad, la innovación técnica, el mercado y el crecimiento económico, etcétera. Asimismo, en estos estudios resulta relativamente frecuente encontrar apreciaciones que califican la economía romana como sofisticada y analizan su evolución en términos de desarrollo y progreso. La consecuencia inevitable es que, dentro de estos esquemas, todo lo que se ha alejado del modelo considerado más desarrollado (en función de criterios económicos actuales), se ha valorado como una forma atrasada y sobre todo ineficiente o inútil. Un ejemplo lo representan las numerosas aproximaciones que proponen analizar la apertura y cierre de las explotaciones mineras romanas basándose, principalmente, en criterios de rentabilidad y optimización de beneficios y que han llevado a defender la existencia de auténticos sectores productivos en Roma, en un sentido comprable al que éstos adquirieron tras la Revolución Industrial (*e.g.* Wilson, 2002: 30 y 2014; Hitchner, 2005: especialmente 216-217; Scheidel, 2012). Con ello, han asociado altos niveles de mecanización y división del trabajo a las actividades mineras como las del Noroeste romano, donde la espectacularidad de las labores y los restos conservados en paisajes como Las Médulas, han contribuido a generalizar esta visión.

La segunda perspectiva desde la que se puede abordar el estudio de la minería antigua, ha estado más preocupada por el análisis de las sociedades vinculadas al desarrollo de esta actividad. En el caso de las formaciones sociales del Noroeste de *Hispania*, la investigación también ha partido de una dicotomía, en este caso de la que ha enfrentado el indigenismo con la romanización, considerando la ciudad urbana clásica como el modelo romano y viendo cualquier otra situación como una pervivencia indígena. Plantear estudios desde este ángulo ha generado problemas muy graves de interpretación histórica a la hora de analizar cuestiones como la incorporación de las comunidades provinciales al mundo imperial romano, pues al partir de enfoques polarizados entre lo romano y lo no romano, quedan sin explicación los procesos de cambio que no pueden entenderse dentro de estos dos bloques cerrados. Así, por ejemplo, en los estudios sobre la implantación del dominio romano en el Noroeste de la Península Ibérica, se han minimizado los efectos de la presencia romana sobre las

comunidades locales (e.g. García Quintela, 2002: 19 y 2007), considerándolas periféricas y marcadas por un característico desarrollo autónomo (e.g. Martins, 1990 y 1997; Carballo, 1996: 336; González Ruibal, 2006; Parcero, 2000, 2002; Parcero *et al.* 2007)¹. En esta misma línea, estas visiones también han marcado los estudios centrados en el análisis de los siglos I y II d.C. en estas regiones, bien dándole un peso excesivo a los efectos que produjo la implantación del *ius Latii* –entendido como el punto de inflexión en la evolución de estas comunidades en su camino hacia la romanización (e.g. Rabanal, 1990; Arias, 1992; Santos Yanguas, 1993; Brañas, 1995; Alarcão, 1995-1996 y 2003: 33; López Barja, 1998: 552 y 1999: 357; Andreu Pintado, 2004a: 243 y 2004b; Espinosa, 2009)–, o bien considerando que el Noroeste, de forma totalmente excepcional, estuvo marcado por la práctica ausencia de cambios hasta el Bajo Imperio (e.g. Sánchez-Pardo, 2010: 141) y reduciendo la presencia romana a un hecho intrascendente (Rodríguez Fernández, 1994: 158). Estas visiones tienen su origen en el trabajo de los años 60 de Barbero y Vigil ([1960]2012), quienes sostuvieron ya la idea de la escasa huella de la presencia romana en el Noroeste. Siguiendo con estas interpretaciones, se ha considerado que los cambios del siglo III d.C. desarrollados a nivel imperial, no afectaron al Noroeste porque era una zona periférica, que permaneció como un reducto aislado de los procesos documentados en el Imperio hasta época tardía (e.g. Menéndez Bueyes, 2001: 260-263; Arizaga y Ayán, 2007: 491).

A continuación se realizará una revisión crítica de los principales puntos de vista de estas tendencias, para pasar luego a concretar los aspectos de un tercer modelo alternativo que se ha planteado para interpretar el Noroeste en época romana y que será adoptado en esta tesis como punto de partida.

2.1.2. La perspectiva de la Historia Económica.

• Formalismo y Sustantivismo. El origen del debate.

Como actividad económica en el mundo romano, la minería ha estado en el punto de mira de los estudios que se han realizado desde la perspectiva de la Historia Económica. El análisis de su desarrollo y de los mecanismos a través de los cuales se

¹ Desde los trabajos de Albertos (1975, 1977, 1988), estas visiones han tenido un importante eco en los estudios sobre la Edad del Hierro del Noroeste, en los que se ha utilizado el parentesco como factor de ordenamiento social (e.g. Parcero, 2002; González Ruibal, 2006; y desde el punto de vista celtista, Brañas, 1995). Estas aproximaciones suponen que todas las sociedades de la Prehistoria reciente estuvieron jerarquizadas pues otras alternativas resultan demasiado primitivas para un momento que se considera marcado por la inminencia de la estatalización. Así mismo, impera que todo lo no jerarquizado es tribal, igualitario y por tanto primitivo o subdesarrollado.

articuló su explotación a lo largo de las etapas republicana e imperial ha orbitado, fundamentalmente, en torno a dos posturas enfrentadas y que han sido directamente herederas de los debates entre *formalistas* (modernistas) y *sustantivistas* (primitivistas) que han marcado la historiografía del siglo XX y que han sido recogidos en numerosas obras (*e.g.* Hodges, 1988; Wilk, 1996; Meikle, 2002).

Para los modernistas, entre quienes es de cita obligada Rostovzeff (1957), la experiencia humana era fundamentalmente la misma en todas las sociedades, por lo que es posible estudiarla con ciertas herramientas que son universales. De acuerdo a su pensamiento universalista, consideró que las diferencias entre la economía antigua y los sistemas económicos modernos son sólo de escala, por lo que existió una economía de mercado en el mundo antiguo, aunque más simplificada que en el actual. Según su teoría, los mercados estaban conectados y funcionaba la regulación de los precios de bienes y servicios según la oferta y la demanda. Estas ideas, dominaron la primera mitad del siglo XX y apoyaron la existencia de las distintas sociedades como estadios más o menos desarrollados de ese mismo modelo.

Como reacción ante estas construcciones, con posterioridad se ofrecieron propuestas teóricas alternativas que trataron el hecho económico como fenómeno social partiendo de dos consideraciones iniciales básicas:

- La esfera de lo económico no se puede entender al margen de los sistemas de valores, percepciones y contextos sociales.
- Existen múltiples racionalidades culturales, en las que la economía se posiciona de forma diversa.

En este contexto se entienden algunos de los trabajos que más profundamente han marcado las corrientes económicas de corte sociológico de la pasada centuria, tal y como ha recogido recientemente Florido del Corral (2007). Algunos de los nombres con más proyección historiográfica, como Weber, Marx, Mauss, Sahlins, Malinowski o Polanyi, intentaron en sus obras mostrar la historicidad, es decir, la relatividad del sistema económico actual y su carácter social e histórico. Para estos investigadores, ningún sistema económico podía ser tratado como una esfera autónoma del fenómeno social. Así por ejemplo, Marx, a pesar de ser criticado desde algunas perspectivas del pensamiento antropológico (Sahlins, 1997[1976]; Naredo, 2003), mostró algunas guías que, tras ser interpretadas por algunos estudiosos del materialismo, han posibilitado entender la importancia de las instituciones jurídico-políticas e ideológicas a la hora de elaborar un análisis social (*cfr.* Florido, 2007: 5). Sirva como ejemplo de la propuesta de

Marx la siguiente cita, en la que el pensador trataba de articular las dimensiones materiales e ideales de las relaciones sociales: “Los mismos hombres que establecen las relaciones sociales conforme a su productividad material producen también los principios, las ideas y categorías conforme a sus relaciones sociales” (Marx, 1999[1847]: 126). Desde esta perspectiva se puso el acento en el necesario conocimiento de tales dimensiones sociales para comprender el hecho económico en cada momento histórico².

Por su parte, Weber también se empeñó en mostrar el capitalismo como un producto cultural, entendiéndolo como parte de un sistema de ideas, de valores y de normas que era histórico y tenía sus propias raíces culturales (Weber, 1993 [1922]). Según Weber, esta racionalidad capitalista estaba marcada por sus orígenes ético-religiosos, lo que separaba al autor, en este punto, de la teoría marxista. Para Weber el distintivo económico del capitalismo, frente a otros modelos, es que está basado en la rentabilidad y en el cálculo de capital en dinero. Por tanto, aunque existen formas económicas compartidas por distintas épocas históricas, como la acumulación y el lucro, sólo en la Europa Moderna se había ido conformando un sistema ideológico, político y económico que puede ser definido como capitalista (*cfr.* Florido, 2007: 7, n. 10). Él mismo creó la distinción terminológica entre *formal* y *sustantiva* de la economía, estableciendo una dicotomía entre lo cualitativo (propio de sociedades no mercantiles) y lo cuantitativo (propio de la sociedad moderna de mercado) (*cfr.* Molina y Valenzuela, 2006: 19ss).

Desde esta misma perspectiva de la búsqueda de una racionalidad al margen de las formas culturales dominantes modernas, deben entenderse las aportaciones de Malinowski y sus trabajos en la Polinesia (Malinowski, 1994[1948]). A pesar de reclamar que lo económico es ubicuo en el conjunto de las relaciones sociales, también reconoció que está incrustado en relaciones sociales de otro tipo: en el ámbito del parentesco, en el de las relaciones de poder.... Con ello, mostró que podían existir racionalidades económicas diferentes a la occidental (Malinowski, 1994: 170). También Mauss (1979 [1924]) quiso poner de manifiesto la historicidad del hombre capitalista, por lo que rastreó en la historia y en la etnografía, otras formas sociales. Estas aportaciones fueron recogidas posteriormente por Polanyi (1989[1944] y 1994[1977]), quien logró sintetizarlas en tres formas económicas principales: la reciprocidad, la

² A esto se vincula el concepto de *relaciones sociales de producción* que aparece recogido en la obra de Marx y cuyo desarrollo puede seguirse en trabajos como el de Bourdieu (2003).

redistribución y el intercambio³. Una combinación de estas tres formas puede encontrarse en todas las sociedades, pero en cada una de ellas sólo una es la dominante (Polanyi, 1994: 109ss). Con ello, las sociedades podrían dividirse en dos grandes grupos. Por una parte las economías capitalistas, donde predominaba la forma de intercambio de mercado; y por otro lado las precapitalistas, donde predominaban la reciprocidad y la redistribución. Esta categorización pretendía demostrar, en conexión con el pensamiento de Marx, que el sistema de mercado era la forma histórica y culturalmente singular de la sociedad moderna occidental, y no el referente a partir del cual crear un concepto de la economía (Halperin, 1984). De ahí que introdujera la idea de *embedded economy* (economía incrustada), según la cual la economía no se rigió por principios inspirados en la racionalización y la optimización (aspectos que son considerados parte de la naturaleza humana por parte de los formalistas), sino que fue regulada por las estructuras sociales de las comunidades analizadas. Según la escuela de Polanyi, las sociedades son distintas unas de otras, especialmente las antiguas y las modernas, por lo que las primeras no pueden ser estudiadas con herramientas conceptuales actuales. No obstante, Polanyi reconocía la dificultad de que el estudioso actual se aislara de los criterios y lógicas actuales pues “habiendo convertido el hombre la ganancia económica en su fin absoluto pierde la capacidad de relativizarla” (Polanyi, 1994: 62). Resulta complicado, por tanto, abstraerse y comprender que las sociedades antiguas pudieron regirse por aspectos esenciales que no tienen por qué corresponderse con los propósitos económicos actuales.

La obra de Polanyi, marcaba una línea que sería seguida luego por otros trabajos que agrupaban a las sociedades en función de su desarrollo económico más o menos complejo. Sirvan como ejemplo Dalton (1977) o Sahlins (1958 y 1988), quién defendió la ordenación simbólica como único punto de partida posible para entender las relaciones sociales, la apropiación de la naturaleza o la organización del poder. Numerosos trabajos arqueológicos realizaron también análisis socio-económicos basándose en estos modelos derivados de la antropología económica. Estas aportaciones consideraban que las relaciones sociales guiaban las formas de apropiación material, política y simbólica de la naturaleza, conduciendo las actividades productivas, de intercambio y consumo. Con ello, la distinción entre cultura y economía carecía de

³ En realidad Polanyi ofreció una cuarta forma sobre la que teorizó más débilmente: la integración doméstica, una forma social en la que la producción y el consumo se mantienen en los límites de la unidad doméstica, en el marco de sociedades campesinas y antes de la aparición de un capitalismo intensivo (Florido, 2007).

sentido, puesto que ambas formaban parte de la misma estructura (Sahlins, 1994; Bourdieu, 2003: 13). Por lo que, como recogía Todd, las leyes económicas “únicamente pueden expresarse dentro de un marco mucho más amplio, cultural y antropológico” (Todd, 1999: 11).

El mérito de estos trabajos fue el de evidenciar la especificidad de las formaciones capitalistas, mostrándolas como excepción dentro de la historia económica (Naredo, 2003: 143ss). Con ello se puso de manifiesto la necesidad de cambiar el enfoque de análisis y romper con la idea de que toda la historia económica podía ser explicada desde la inevitable dicotomía entre capitalismo y otras formas de producción menos desarrolladas, pues no todas las sociedades tendían a evolucionar inevitablemente en el mismo sentido.

Evitando este modelo de explicación unidireccional, se entienden los trabajos de varios pensadores como Godelier (1970), Meillassoux (1975), Austin y Vidal-Naquet (1977), Bourdieu (2003) o Narotzky (2004: 240ss), quienes generaron versiones sobre la articulación de los modos de producción que apoyaban la existencia de distintas formas económicas y sociales y se esforzaron por establecer conexiones entre los procesos productivos, los valores y las relaciones sociales. Estas aproximaciones reconocían un desarrollo desigual de los sistemas económicos al plantear la existencia de sociedades que no necesariamente tendían a evolucionar hacia el modo de producción capitalista. Al mismo tiempo, el desarrollo de estos enfoques permitió reconocer la especificidad que cada sociedad imprimió en las formas de producción no capitalistas (Goodman y Redclift, 1981) y reconoció el peso que otras condiciones, como las relaciones de poder y las mentalidades, desempeñaban en su definición, en la línea de las aportaciones de otros como Sahlins (1985, 1988 y 1997). Con estos trabajos, el capitalismo se confirmaba como caso especial dentro de la historia universal y no la única y necesaria forma de desarrollo.

En este contexto, hay que mencionar a Finley (2003 [1973]), cuya obra, en parte heredera del pensamiento de Weber y Polanyi, ha sido una de las más enriquecedoras en el campo de la Historia Antigua. Según Finley, no existe una definición universal de lo que es la economía, por lo que hablar de conceptos económicos actuales en sociedades antiguas sería un anacronismo que proyectaría el comportamiento racional y calculador del capitalismo a sociedades que no pueden estudiarse con los mismos parámetros. Es decir, en el análisis de la economía antigua no eran aplicables modelos que tuvieran en cuenta las leyes actuales del mercado o la optimización de los recursos. La base de los

planteamientos de Finley radica en el hecho de que las actividades económicas de las sociedades antiguas —en concreto se centra en el Mediterráneo grecorromano— actúan insertas en un todo social y están determinadas por ese todo. Por tanto, para entender el funcionamiento económico antiguo hay que comprender la sociedad y buscar criterios históricos explicativos. En la obra de Finley subyace una crítica a las interpretaciones marxistas tradicionales basadas en un economicismo determinista, pues en la línea de otros (*e.g.* Godelier, 1970), Finley afirma que no todo es reducible a la economía.

Estos trabajos permitieron imbricar las dimensiones diversas de los hechos y relaciones económicas y con ello avanzar en la comprensión de las sociedades en su totalidad. Al mismo tiempo, pusieron de manifiesto los efectos perniciosos de las aportaciones que defendían el modo capitalista como una realidad objetiva, natural, y no como una construcción cultural. Sin embargo, el desarrollo de algunos de estos trabajos también presentó algunas dificultades:

En primer lugar, siguiendo fundamentalmente a Polanyi, algunos estudios proyectaron una idea evolucionista al agrupar a las sociedades en función de su desarrollo económico más o menos complejo. Esto contribuyó a la difusión de una tendencia general todavía vigente, que parte de enfoques planteados desde la dicotomía que enfrenta la modernidad con la tradición, olvidando la heterogeneidad de las formaciones sociales. En consecuencia las discusiones se han polarizado en torno a dos únicas posibilidades de formas económicas (o de modos de producción siguiendo la terminología materialista): el capitalista (identificado como moderno o más desarrollado) y el pre-capitalista (reconocido como tradicional o menos desarrollado). Esto explica que muchas de las preocupaciones actuales se centren en encontrar rasgos definitorios de economías capitalistas (como es la existencia de un único mercado integrado en el mundo antiguo) y en analizar las formaciones sociales en función de su mayor o menor proximidad a un modo de producción u otro, entendiendo el resto de posibilidades como formas inacabadas o en desarrollo.

En segundo lugar, al tratar la economía como fenómeno radicalmente social, incrustado en una estructura que sólo tiene sentido dentro de la sociedad concreta, se concluye la imposibilidad de acercamiento a los fenómenos económicos del pasado. Esto es, resulta imposible conocer las sociedades al margen de las sociedades en sí mismas. Esto lleva a fundamentar el estudio histórico únicamente en sí mismo, ciñéndose exclusivamente a definiciones objetivas. Un ejemplo de ello se encuentra en la obra de Alföldy (1983), quien consideró que sistemas como la economía, la sociedad

o la cultura debían reducirse a hechos objetivados (Alföldy, 1983: 58-59). Este tipo de consideraciones, llevadas al extremo, transformaron el estudio histórico en una sistematización y ordenación de la información recogida en las fuentes, limitando los resultados de la investigación.

- **Los nuevos enfoques desde el campo de la Historia Económica.**

Frente a estos enfoques sociales, en las últimas décadas han experimentado una revitalización los estudios realizados desde perspectivas económicas (*e.g.* North y Thomas, 1973; Parker ed., 1986), que han dado como resultado la aparición de nuevos modelos aplicados al desarrollo de las economías de distintas épocas históricas. Este ha sido el caso del *Nuevo Institucionalismo Económico* (NIE) que North (1990 y 1996) ha reformulado al replantear postulados del Institucionalismo más tradicional y que en los últimos años ha sido adaptado para analizar el desarrollo de las sociedades antiguas (*e.g.* Lo Cascio, 2006; Scheidel *et al.* eds. 2007; Kessler y Temin, 2007; Bang, 2008).

El NIE de North parte del reconocimiento de la importancia de las instituciones (siendo el Estado la institución principal) en el desarrollo económico de las sociedades. Según este enfoque, las instituciones son fundamentales porque reducen los costos de transacción, definen los regímenes de autoridad, establecen los derechos de propiedad, coordinan la vida económica de los individuos, así como las normas y costumbres de los grupos sociales, al difundir las reglas que van a regular los intercambios (las reglas del juego económico). Es decir, las instituciones son los mecanismos generados para disminuir la incertidumbre del intercambio, reduciendo los costes de transacción y estructurando la interacción política, económica y social (North, 1990: 27). Por tanto, la fuente primaria de desarrollo de una comunidad es la estructura institucional y las diferencias económicas entre sociedades se encuentran fundamentalmente influidas por la manera en que las instituciones evolucionan (*Ibidem*, 3). Siguiendo con el razonamiento, si las instituciones son las que en última instancia condicionan el desarrollo social, entonces introduciendo cualquier institución, dada una condición histórica, se puede contar con que funcione del mismo modo en que haya funcionado en cualquier otro sitio.

En este sentido, el NIE puede ser acusado de cierto determinismo, pues las instituciones condicionan de un modo concreto el desarrollo económico y social, independientemente de otros factores. Sin embargo, al mismo tiempo, el NIE también reconoce que las instituciones son endógenas (North y Thomas, 1973: 6), puesto que en

función de una serie de condiciones dadas sólo son viables aquellas instituciones que generan unos resultados concretos. Esto se debe a que el NIE considera que en origen, las instituciones son determinadas por las condiciones geográficas (las condiciones naturales específicas, como el clima, el potencial agropecuario o minero de la zona, la demografía, etc.) (Acemoglu *et al.* 2002: 1263). Una vez definidas, estas instituciones iniciales dan forma a la evolución de las condiciones bajo las cuales el desarrollo posterior tiene lugar, y esto convierte a ciertas condiciones endógenas a las instituciones. Es decir, las instituciones reproducen las condiciones que las ocasionaron originalmente y a su vez se reproducen a sí mismas bajo estas condiciones (*vid.* **Fig. 1**). De este modo, el NIE permite una aproximación que tiene en cuenta condiciones propias de las sociedades objeto de análisis. El problema es que, sin más matices, la teoría impide entender fenómenos de cambio, pues el propio desarrollo institucional, al reproducirse a sí mismo y a las condiciones que lo originaron, bloquea la posibilidad de transformar la estructura institucional.



Figura 1.- Esquemmatización del modelo del Nuevo Institucionalismo Económico.

Esta nueva corriente que, como se ha indicado, no tuvo en origen al mundo greco-romano como centro de sus investigaciones⁴, fue aplicada posteriormente al estudio de la economía clásica logrando una importante proyección en el campo del mundo antiguo (*e.g.* Erdkamp, 2005; Lo Cascio, 2006; Scheidel *et al.* eds. 2007; Bang, 2008; Kehoe, 2010). Estos investigadores coinciden en la necesidad de buscar alternativas a los planteamientos tanto de Rostovtzeff como de Polanyi y Finley, pues ni todos los intercambios de mercancías pueden ser descritos en términos de economía de mercado, ni la redistribución y reciprocidad propuestas por Polanyi, son suficientes para explicar el papel del Estado romano en las transacciones económicas (Lo Cascio, 2006).

⁴ La obra de North y Thomas (1973) es un libro de referencia sobre el impacto de los derechos de propiedad en el desarrollo económico europeo, partiendo de la época feudal en su análisis. En cuanto a la obra de North (1990), en ella el autor desarrolla un marco analítico para explicar las formas en las que las instituciones afectan al desarrollo de las economías tanto en un momento dado como a lo largo del tiempo, pero no entra a tratar la época clásica.

Esto ya había sido adelantado por autores que habían puesto énfasis en el papel de las instituciones estatales en Roma, donde éstas desempeñaron un papel importante en ciertas transacciones comerciales, lo que impide que puedan ser leídas en términos de economía de mercado o de simple redistribución (Garnsey y Saller, 1987: 48). En este sentido se ha puesto como ejemplo la *annona*, cuyo sistema probaría no sólo que los precios no estaban regulados por el mercado, sino que existieron bienes que eran transferidos a Roma e Italia a través de mecanismos e instituciones extramercantiles, apoyadas por subsidios y privilegios justificados en términos sociales y políticos, no basados en criterios económicos como las leyes de oferta y demanda (Whittaker, 1988). Por su parte, la redistribución es insuficiente para explicar la importancia de una economía pública romana de esta magnitud y la estructura y estímulos generados para mantenerla (Davies, 1998: 242).

Estos enfoques han puesto el acento en el papel del Estado, pero en su desarrollo han caído en un punto muerto. Si las instituciones tienden a reproducir las condiciones que dieron lugar a ellas, no puede surgir ninguna institución alternativa al sistema existente, lo que incapacita para entender los procesos de cambio histórico. La razón de este aparente callejón sin salida ya se ha adelantado líneas más arriba: las instituciones se reproducen a sí mismas y persisten porque su mantenimiento favorece a los titulares de las propias instituciones, es decir, a los grupos de poder (Acemoglu, 2003). Sin embargo, no es posible mantener que una vez instaladas, las instituciones continúan inmutables a lo largo de la historia (Przeworski, 2004).

Desde mi punto de vista, el problema radica en que, a pesar de haber sido capaces de generar explicaciones para distintos momentos concretos, los investigadores del NIE no han planteado el análisis en clave de procesos. Por ello, han creado imágenes estáticas a través del uso de indicadores que pueden ser muy útiles para definir modelos aplicables a distintos períodos, pero que no son tan operativos a la hora de efectuar análisis históricos que impliquen la necesidad de ver cambios.

Proponiendo una solución, existen ciertos trabajos que han reivindicado la introducción de otros factores (y no exclusivamente el desarrollo institucional) con el fin de captar la complejidad del desarrollo histórico. Así, se han recuperado conceptos como el de Capital Social que incluye no sólo las instituciones como variables que determinan la estructura de una sociedad, sino las relaciones, las actitudes y valores que gobiernan las interacciones entre los individuos y contribuyen al desarrollo económico (*e.g.* Bourdieu, 1986; Coleman, 1988 y 1990; Putnam, 2003). El Capital Social es el

activo que determina el modo en que los actores económicos se relacionan y se organizan. En paralelo, en el campo del mundo antiguo, también se ha definido una serie de indicadores para analizar el cambio económico que van más allá del desarrollo institucional. Con algunos matices, estos indicadores suelen ser el cálculo del PIB, el crecimiento del comercio, la intensificación del capital invertido, la mejora tecnológica, la educación de la fuerza de trabajo, las actitudes institucionales de estímulo económico y el incremento de la división del trabajo, a lo que se suelen unir algunos fenómenos considerados como indicadores indirectos de crecimiento económico, como la urbanización, el incremento del consumo o la mejora de los estándares de vida (Saller 2002 y 2005; Bowman y Wilson, 2009: 12-13; Lo Cascio y Malanima, 2009; Kay, 2014: 271ss).

Con la introducción de estos indicadores en el estudio de las sociedades antiguas, se han proyectado principios de la economía actual (siendo los básicos el utilitarismo, el individualismo y el cuantitativismo) al estudio del mundo clásico y se ha generado una visión que no se circunscribe a la esfera económica, sino que ha afectado también a las nociones de política, los asuntos colectivos o el comportamiento personal en el conjunto de la vida social (Scheidel y von Reden eds. 2002; Manning y Morris eds. 2005; Scheidel *et al.* eds. 2007; Jongman, 2007; Scheidel, 2009 y 2012; Banaji, 2010; Callataÿ, 2014). Los defensores de estas aproximaciones han utilizado unos indicadores de desarrollo económico aplicados al estudio tanto de épocas preindustriales, como al de sociedades de los siglos XVIII o XIX. A través de estos indicadores, los investigadores han identificado rasgos comunes entre las economías preindustriales e industriales que, o bien les ha llevado a defender que la economía romana puede definirse por la combinación de características precapitalistas y capitalistas (Bowman y Wilson, 2009: 7), o bien directamente hablan de un sistema capitalista simplificado en el mundo romano (Temin, 2001, 2004, 2013; Banaji, 2010). Las posturas menos radicales han defendido una combinación entre los enfoques, que integra los paradigmas modernistas, considerando que hay elementos que pueden explicarse con conceptos económicos actuales (como la rentabilidad o la optimización de beneficios), mientras que otros son indisociables de las estructuras ideológico-culturales específicas de cada sociedad (Aarts, 2005).

Estos estudios están abriendo nuevas vías que ofrecen valiosas aportaciones y que pueden resultar de gran utilidad para la resolución de algunos problemas. A pesar de ello, para los objetivos que se han marcado en esta tesis, es necesario matizar algunas

cuestiones. En primer lugar, hay que tener precaución a lo hora de adoptar criterios propios del análisis económico actual, pues éstos pueden ir acompañados de la aplicación de indicadores de dudosa utilidad en el estudio de las sociedades antiguas⁵. En segundo lugar, hay que evitar el análisis de estos indicadores de forma aislada, como índices que pueden separarse de otros aspectos sociales cuando la distinción entre economía y formaciones sociales carece de sentido, puesto que la primera forma parte de ésta. Los sistemas económicos se definen como las formas de apropiación del entorno natural y social, y éstas vienen condicionadas por las relaciones sociales y la coyuntura histórica, por lo que no se puede disociar el estudio de las economías antiguas del análisis social. De lo contrario se tendería a “deshistorizar” el estudio de las economías antiguas. En este sentido, hay que recuperar una de las aportaciones más positivas del NIE, que fue, precisamente, la introducción de factores endógenos a las sociedades objeto de análisis. Desde un punto de vista metodológico, con las necesarias matizaciones, la cuantificación o el uso de estadísticas que aportan ciertos estudios de estas perspectivas, pueden ser utilizadas como herramientas que revelen tendencias, pero éstas deben de ser interpretadas de acuerdo al contexto social e histórico adecuado. ¿Cómo se articuló el dominio del Estado con relación a las explotaciones mineras? ¿Qué intereses tuvo Roma sobre la obtención de metales? ¿Qué papel desempeñaron los grupos de poder en la administración de las labores? ¿Cómo se organizó la mano de obra minera? ¿Cómo influyeron las minas en la organización territorial? Éstas son las preguntas que guían el presente trabajo y que difícilmente encuentran respuesta si no se adopta una perspectiva que aborde procesos de cambio histórico. Para lograrlo es necesario encontrar un punto de encuentro entre economía e historia en el marco de estas vías de investigación.

- **Entre el Nuevo Institucionalismo y el marxismo. Cómo explicar el cambio histórico.**

Las preguntas formuladas necesitan ser abordadas en clave de procesos, desde una perspectiva que no bloquee el cambio histórico. Para ello, se han generado algunos modelos alternativos que parten del NIE y del marxismo, y que han revivido, en realidad, antiguos debates al explicar procesos de cambio.

⁵ En este sentido, el propio Wilson ha señalado la necesidad de adoptar precauciones a la hora de utilizar ciertos indicadores y de emplear la cuantificación como herramienta (Wilson, 2014: 165).

Ya hace años, de forma esquemática, Cardoso y Faletto (1969) intentaron resumir el proceso de cambio histórico como sigue (*cfr.* Przeworski, 2004: 173):

1. Los recursos naturales determinan los distintos modos de inserción en la economía.
2. La estructura económica da forma a intereses que se acaban organizando políticamente como clases o fracciones de las mismas.
3. Estos grupos organizados entran en conflictos y forman alianzas políticas.
4. Las instituciones no son más que un pacto de dominación de la alianza victoriosa (son por tanto endógenas).
5. El Estado reproduce la estructura económica en el interés de las clases dominantes.
6. El resultado es un desarrollo que depende de los intereses de esas clases dominantes.

En esta breve síntesis, se observa la introducción del conflicto entre intereses enfrentados como mecanismo potencial de cambio institucional, y en este punto el NIE se acerca al marxismo donde, en vez de las instituciones, son las fuerzas de producción y las relaciones de producción las piedras angulares de la teoría marxista. El sistema de relaciones sociales proporciona unas posibilidades estructurales, que a su vez son consecuencia de estas acciones sociales específicas (Cardoso y Faletto, 1969: 136). Mientras que en el NIE son los recursos naturales los que determinan las instituciones, en la teoría marxista son las condiciones materiales las determinantes de las relaciones de producción. En este sentido, NIE y marxismo pueden ser objeto de críticas similares al caer en posturas deterministas. En la primera de ellas, las instituciones se reproducen a sí mismas y ponen límites a las fuerzas que las alteran, por lo que su desarrollo está fijado. En la segunda corriente son las fuerzas de producción las que condicionan el papel de las instituciones y éstas, a su vez, determinan los límites dentro de los cuales las instituciones pueden alterar estas fuerzas.

Sin embargo, existen posiciones que han intentado alejarse de postulados deterministas y han desarrollado posturas más abiertas y globalizadoras (Haldon, 1993). Estas posturas continúan la línea ya marcada por algunos estudiosos del esclavismo antiguo (Parain, 1963; Vernant, 1982; St. Croix, 1988). Siguiendo a St. Croix, lo fundamental para entender una sociedad concreta es definir cómo los grupos dominantes extraen el excedente que les permite mantener su posición social de dominación. Esto es lo que condiciona el proceso social y lo explica, pero no porque

esta forma de extracción del excedente dé lugar siempre a una misma forma específica de realidad social, sino porque marca unos límites y unas posibilidades de su evolución (Sastre, 2011: 34). Según esta perspectiva, las relaciones productivas de explotación son el elemento clave a partir del cual entender las diversas formas de organización social.

El valor de estas interpretaciones es que son capaces de integrar las esferas económica y política dentro de una estructura condicionada por la evolución histórica y por los intereses de los individuos o las comunidades. La clave de estos enfoques reside en reconocer ciertas regularidades, entendidas como estrategias de producción que los diversos grupos sociales desarrollaban de acuerdo a parámetros propios y definidos por sus propios intereses (Martínez-Veiga, 1990: 18ss). El comportamiento social viene determinado por el código de la propia cultura, pero no como manifestación mecánica de la misma, sino como regularidades resultado de las estructuras simbólicas, políticas, económicas... Con ello se evita el riesgo de caer en un determinismo social que recurría exclusivamente a criterios internos de las sociedades para definirlas, haciendo su estudio inaccesible o incomprensible desde fuera, sin por ello usar actualismos o aplicar conceptos propios (y exclusivos) de la economía actual.

Incorporando reflexiones propias del materialismo histórico también se han pronunciado investigadores próximos al NIE (*e.g.* Przeworski, 2004), que han destacado el desarrollo endógeno como motor de la historia y han evitado caer en posturas deterministas que definían, a partir de unas condiciones de partida dadas, la misma respuesta institucional. En la medida en que un sistema de relaciones sociales se expresa a través del sistema de poder (de las instituciones), proporciona una serie de posibilidades que no están fijadas. Las instituciones son entonces un resultado que depende de las relaciones sociales que ocurren bajo ciertas condiciones históricas (y no exclusivamente de las condiciones inmutables de partida), y estas relaciones pueden a su vez depender en mayor o menor medida de las instituciones. Con ello, las instituciones no se representan como la causa primaria, pues son causa y consecuencia de los potenciales conflictos en las relaciones de producción. Al mismo tiempo, las condiciones iniciales, pueden condicionar un primer desarrollo institucional, pero no en un sentido inmovilista, pues las instituciones evolucionarán y se modificarán de forma interdependiente de las formas de producción (**Fig. 2**).

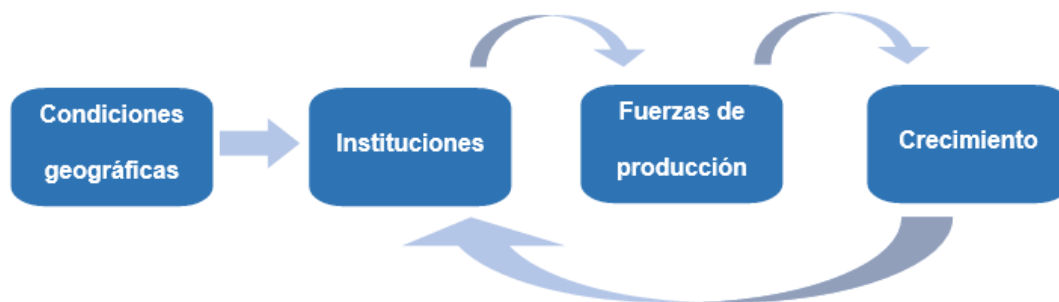


Figura 2.- Esquemmatización del cambio histórico según el NIE.

Tales aproximaciones ponen en evidencia que para comprender en su complejidad los sistemas económicos, es necesario analizar las estructuras políticas, las relaciones de poder que albergan, las tramas de relaciones sociales, que condicionarán tanto el desarrollo institucional como las relaciones productivas (García Mac Gaw, 2003 y 2012). Es decir, aunque el estudio de los aspectos económicos oriente la investigación, ésta no es posible si no se basa en el análisis de procesos históricos y de las formaciones sociales concretas.

En este sentido han destacado algunas de las aproximaciones que han estudiado la figura del campesinado y su inserción en el *modo de producción tributario* que se articuló en el Imperio romano (Hobsbawn, 1964; Shanin, 1973 y 1979). El concepto de campesinado nació en la historiografía rusa del primer cuarto del siglo XX a partir de trabajos como los de Chayanov (1974[1925]), para resurgir posteriormente en otros estudios de los años 60-70 (*e.g.* Wolf, 1966; Sahlins, 1972). En el ámbito peninsular la recuperación del concepto ha venido de la mano de autores como Gilman (1987), Criado (1989), Vicent (1991), Parcero (1995), Fernández-Posse y Sánchez-Palencia (1998) o Sastre (2001).

Estas aproximaciones han definido unas características comunes del campesinado que aparece en la mayor parte de las sociedades preindustriales. En líneas generales estos rasgos definitorios son:

1. Alto grado de autosuficiencia. Las familias campesinas (la unidad de producción campesina) consumen una parte sustancial de su propia producción y además producen casi todos los bienes que necesitan para el mantenimiento de la unidad de producción y su reproducción.
2. El proceso de producción predominante está basado en el trabajo de la familia. Es decir, la fuerza humana y animal son las principales fuentes de

energía. La familia funciona consecuentemente como unidad de producción, consumo y reproducción.

3. La producción no busca lucro sino la reproducción simple de la unidad doméstica campesina.

4. Aunque la agricultura tiende a ser la actividad principal de la familia, también se dan otras prácticas que incluyen recolección agrícola, cuidado de ganado doméstico, artesanía, caza, pesca y trabajos fuera de la unidad familiar a tiempo parcial, estacional o intermitente.

En la producción campesina el objetivo implícito del proceso productivo es la reproducción simple de la unidad doméstica campesina. Pero esta producción para el sustento no excluye producir un excedente. La clave reside en que este excedente no se acumula ni transforma el sistema (Gudeman, 1978; *cfr.* Toledo, 1993: 197-218). Con ello, la esfera de intercambio del excedente de la producción campesina permanece subordinada al objetivo de autosuficiencia y esta economía depende fundamentalmente de la explotación de los recursos naturales (más que de los productos obtenidos de los mercados). Esta característica minimiza el papel del comercio en ciertas sociedades rurales campesinas. Además, como la producción campesina está más basada en intercambios ecológicos (a través de la explotación de la naturaleza) que económicos (o comerciales), es necesario adoptar estrategias que garanticen el flujo de bienes y materia a través de la diversidad de recursos y prácticas productivas. Esto es, la estrategia campesina intenta evitar la especialización de sus espacios naturales y de sus actividades productivas. Los campesinos no son sólo agricultores, sino que desarrollan otras actividades que pueden incluso llegar a sustituir en ocasiones a la agrícola, pero no son actividades exclusivas. Precisamente esta estrategia “multiuso” convierte a los campesinos en los primeros interesados en reproducir y conservar la diversidad biológica y la heterogeneidad espacial.

El componente más determinante de este modelo fue la asunción de que los márgenes de producción en las comunidades campesinas estaban socialmente establecidos y marcados por una tendencia a la subproducción. El campesino busca sistemáticamente el equilibrio entre el trabajo y los objetivos productivos, los cuales no están condicionados por la maximización de la producción, sino por la minimización del esfuerzo (Vicent, 1991: 58). Esta mentalidad económica campesina se opone radicalmente a la mentalidad mercantilista basada en criterios de rentabilidad y ganancia

y permite tomar conciencia de que las estrategias de producción no son universales ni atemporales, sino que están históricamente determinadas.

En época romana el campesinado entró en conexión con el modo de producción tributario que ha sido estudiado en varios contextos (*e.g.* Wolf, 1966 y 1987: 104ss; Haldon, 1993: 66; Vicent, 1998). Éste se define a través de unos productores con acceso directo a los medios de producción, pero que debían de extraer una parte (el tributo), para entregárselo a un organismo superior (la clase dominante que frecuentemente tuvo carácter de Estado) (Fernández Martínez, 2006: 106-107). Los campesinos se vieron entonces obligados a producir para satisfacer sus propias necesidades y las exigidas por las obligaciones fiscales (Shanin, 1979).

Este modelo ha sido aplicado a la hora de analizar el Noroeste romano, donde se ha visto que, tras la conquista, cambiaron las estrategias de producción, eligiéndose preferencialmente tierras de elevado potencial agrícola y observándose un aumento de la intensidad con la que se explotó el medio (Orejas, 1996: 149). Un incremento en la deforestación, con el aumento del polen de cereal y la introducción de nuevas especies cultivadas como el castaño, también reflejan cambios a gran escala en este sentido (López Merino, 2009). El objetivo de la intensificación de la producción fue generar un mayor excedente para satisfacer el pago del tributo impuesto por Roma (Sánchez-Palencia ed. 2000: 47-92; Sastre *et al.* 2010b).

Los trabajos sobre el campesinado y su inserción en distintos modos de producción, han contribuido enormemente a comprender el desarrollo de realidades históricas diversas. Con ello han facilitado la renovación de una creencia fuertemente asentada: que la intensificación de la producción para generar excedente es la única vía de desarrollo y por tanto, supone una tendencia natural o innata en la evolución de las sociedades. Esto ha posibilitado un cambio de perspectiva, al poner de relieve que es posible construir realidades socioeconómicas ajenas a las formas de producción capitalista y que se muestran como alternativas de la misma.

El desarrollo de estas ideas supone un enfoque positivo que proporciona las herramientas conceptuales adecuadas para enfrentar el estudio de las sociedades antiguas sin caer en actualismos (que estudian las sociedades al margen del desarrollo propio de las mismas), ni en determinismos (que presuponen un resultado predeterminado de comportamiento social). El análisis de las sociedades debe realizarse teniendo en cuenta las condiciones endógenas de esa sociedad y, al mismo tiempo,

entendiendo la complejidad del desarrollo histórico y la multiplicidad de posibilidades que existen.

Ésta es una cuestión esencial en esta tesis, pues permite marcar unas coordenadas de análisis que no están definidas por criterios anacrónicos, sino por la combinación de los componentes económicos, políticos, sociales y de los objetivos e intereses que orientan las relaciones entre agentes sociales en la época histórica concreta que se trata. El proceso histórico, por su parte, se entiende en términos de cambio social, de adopción de nuevas formas de relación y, por consiguiente, de conflicto entre grupos y de intereses estratégicos.

Realizar un estudio sobre minería antigua con estas claves, permite abordar la investigación desde una perspectiva histórica, a partir del tratamiento contextualizado de la actividad en las minas que, además, debe contemplarse a distinta escala: desde la local a la imperial, analizando las tramas de poder que operaron en las zonas mineras, las relaciones entre distintos agentes implicados en la gestión de las minas, los mecanismos políticos que posibilitaron la explotación minera, las estrategias imperiales sobre los metales, etcétera. En definitiva, desde este enfoque se aborda el estudio de la minería teniendo en cuenta la imbricación de los marcos jurídicos, los políticos, los ideológicos y los sociales.

El tratamiento aislado de la minería como parte de una esfera económica independiente contribuiría al reduccionismo de la minería como un fenómeno exclusivamente económico y a la deshistorización de la actividad. Sin duda este enfoque llevaría a la distorsión de los análisis efectuados, al no tener en cuenta las condiciones endógenas. Sin embargo, al realizar una aproximación global, en clave de procesos y a distintas escalas, la minería deja de ser una actividad exclusivamente económica, susceptible de ser analizada con criterios generales propios de análisis económicos universalistas, y adquiere una dimensión social e histórica, que la vincula con el complejo entramado de elementos que fundamentaron el Imperio. Aunque es importante analizar el papel del Estado y las estrategias institucionales, hay que evitar el sentido determinista e inmovilista, problema que sólo se puede superar al plantear el análisis en clave histórica y hablar de cambios y de procesos.

2.1.3. Los problemas de los estudios sobre el Noroeste romano.

Por otro lado, como se ha adelantado, los estudios sobre el Noroeste han estado marcados por la dicotomía entre indigenismo y romanización, lo que ha llevado a generalizar concepciones que han entendido la integración de estas comunidades en el mundo romano de una forma muy concreta. En ellas, se ha extendido la visión de que el Noroeste fue un territorio marcado por su indigenismo (López Barja, 1996: 235), salpicado de zonas excepcionales, como las mineras o las capitales conventuales, en las que el impacto de la llegada romana fue más intenso. Con ello se le ha atribuido a la mayoría del territorio rural rasgos indígenas particulares, que se han vinculado con el mantenimiento de características prerromanas propias de estas comunidades (Martins, 1990 y 1997). A su vez, esto ha llevado a minimizar la conquista y el impacto de Roma sobre estos territorios (Parcero, 2000: 88; García Quintela, 2002: 19 y 2007), hasta el punto de considerar la presencia romana como un hecho de poca trascendencia (Arizaga y Ayán, 2007: 491).

Los argumentos para sostener esta interpretación de continuidad con el mundo prerromano se apoyan desde una perspectiva social y territorial. Por un lado, se defiende que Roma respetó las estructuras organizativas indígenas o incluso las utilizó como parte del marco político generado tras la conquista (Rodríguez Colmenero, 1972: 201; Tranoy, 1988: 226; Brañas, 1999; García Quintela, 2002: 21; Parcero *et al.* 2007: 72-73). Por otro lado, se sostiene que el impacto de Roma supuso pocos cambios en la organización del territorio, donde se mantuvieron elementos indígenas, como la utilización del castro, hasta la Alta Edad Media (Arizaga y Ayán, 2007: 491). En consecuencia, se han utilizado las mismas construcciones teóricas para interpretar las realidades de la Edad del Hierro y del mundo provincial romano (García Fernández-Albalat, 1990; Brañas, 1995 y 2000; García Quintela, 2002 y 2007; Alarcão, 2003a; González García, 2008). Sólo la época flavia, con la concesión del *ius Latii* por parte de Vespasiano, ha sido considerada un punto de inflexión en la evolución de estas comunidades hacia su romanización (Alföldy, 1998: 14ss; Rabanal, 1990; Arias, 1992; Santos Yanguas, 1993; Alarcão, 1995-1996; López Barja, 1998: 552; Santapau, 2002-2003: 196; Andreu Pintado, 2004a: 142, 2004b y 2004c; Espinosa, 2009), una romanización que, a pesar de ello, se ha considerado débil o poco profunda, precisamente como consecuencia del profundo indigenismo y del carácter periférico del Noroeste hispano. La romanización ha sido entonces entendida como un proceso homogéneo, dirigido e inevitable, en el que se ha valorado el grado de asimilación de

los rasgos clásicos y estereotipados de la urbanización romana, dejando de lado el mundo rural⁶. Como en el Noroeste la romanización no se ha visto materializada en el registro a través de los cánones de la ciudad clásica, se ha tendido, o bien a categorizar esta región como una zona poco romanizada incluso hasta el siglo III d.C., o bien a forzar la aparición de elementos que serían definitorios del modelo de ciudad clásica.

De acuerdo con lo que interesa en este trabajo, desde esta interpretación indigenista y continuista, se vuelve complicado entender el desarrollo de la minería de oro del Noroeste, una actividad económica que, por una parte, sólo cobra sentido como parte de la compleja trama de medidas que fundamentaron la organización del Imperio, y que por otra, requirió de la definición de una estructura de dominación y control territorial que se opuso, de forma radical, a la realidad documentada en época prerromana y que afectó al conjunto del territorio. Como se verá, la puesta en explotación de las minas se hizo sobre la base de una nueva ordenación del espacio que supuso una ruptura radical respecto a las estructuras previas, pues implicó la imposición de nuevos marcos administrativos y formas de explotación del conjunto de los recursos provinciales (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985 y 1988; Orejas, 1996 y 2002; Orejas y Sastre, 1999; Sastre, 2001; Sánchez-Palencia *et al.* 2000a y 2007a). No parece entonces que la minería formase parte de un contexto marginal, donde el impacto de la llegada romana fue mínimo. La puesta en explotación de las minas formó parte de una completa reestructuración social y territorial que también afectó a zonas no mineras y que impide adoptar la propuesta indigenista de la continuidad. La minería representa un claro exponente de la drástica ruptura entre el pasado prerromano y las nuevas formas de articulación provinciales romanas y pone en evidencia que la conquista supuso un cambio trascendental.

Al mismo tiempo, es complicado entender la evolución de las zonas mineras a partir del discurso de la excepcionalidad, pues con él se cae en el error de aislarlas del resto del mundo rural. El desarrollo de las zonas mineras no se entiende al margen del conjunto del territorio sometido por Roma, del sistema de *civitates* locales y, en definitiva, del proceso de provincialización. En este sentido, tampoco hay que olvidar que el Noroeste no fue un territorio alejado de ciertas dinámicas que operaron en el

⁶ Sobre la inevitabilidad de los cambios tendentes a la urbanización como consecuencia de las concesiones de ciudadanía (primero de Vespasiano y posteriormente de Caracalla), Santapau escribía: “La concesión vespasiana del *ius Latii* a toda *Hispania* y la extensión de la ciudadanía a todo el Imperio por Caracalla eran sanciones legales a una dinámica imparable, que tarde o temprano se hubiese tenido que producir” (Santapau, 2002-2003: 192).

Imperio y que marcaron ciertos procesos. Estas consideraciones, obligan a situar al Noroeste en la órbita imperial, como un territorio provincial desde que concluyó la conquista en época de Augusto, no como un reducto marginal donde sobrevivió el indigenismo aislado de dinámicas generales. Por ello, ha sido necesario reorientar el estudio de la minería del Noroeste y situarlo en unas coordenadas adecuadas, que han reubicado a esta región como parte del ámbito provincial del Imperio, no de forma periférica, marginal o interpretada en clave de excepcionalidad (Orejas y Sastre, 1999; Sastre, 2012; Sánchez-Palencia y Orejas, 2012).

Para ello, uno de los principales pasos es descartar el modelo de romanización que se ha aplicado a su estudio, un concepto de escasa validez a la hora de analizar la conquista y dominio romano del Noroeste (Fernández Ochoa y Morillo, 2015: 85). Hablar de romanización implica aceptar que las comunidades locales asumieron la cultura romana con mayor o menor intensidad y de forma pasiva. Esto va unido además al concepto tradicional que asocia la romanización con la idea de civilización (Freeman, 1997; Hingley, 2005) y según el cual, Roma habría expandido su cultura en virtud de una supuesta superioridad respecto a los pueblos sometidos, considerados inferiores desde un punto de vista cultural. Es decir, la romanización es un modelo que supone el trasvase de elementos culturales identificados como romanos, hacia los pueblos conquistados, que son analizados desde una perspectiva de inferioridad. Así, las comunidades receptoras son interpretadas como sujetos pasivos que asimilan progresivamente y con mayor o menor éxito, la cultura romana. Con ello, es posible clasificar a estas comunidades en función del mayor o menor grado de romanización alcanzado.

De acuerdo a este concepto de romanización hay que empezar por definir y delimitar clara y nítidamente qué es ser romano para, a partir de esta categoría, establecer semejanzas y diferencias entre otras formaciones distintas y ver su mayor o menor proximidad. ¿Se trata de un estatuto jurídico? ¿Es más bien una cuestión cultural? ¿Existen elementos en el registro material que definen lo que es ser romano? ¿Cuáles?

En este sentido, se ha adoptado el modelo de la ciudad clásica como el ideal de romanización y se han analizado las distintas comunidades concretas a partir de la dicotomía entre el ciudadano y el no ciudadano. De este modo se han categorizado distintos elementos del registro arqueológico como poco romanizados, tal y como ha ocurrido con los castros del Noroeste (*e.g.* Andreu Pintado, 2004b: 48), mientras que

otros han sido considerados muy romanizados en función de su mayor cercanía al modelo urbano clásico. En el plano jurídico, se ha defendido la obtención de la ciudadanía romana como el paso necesario hacia la romanización, considerándose otras condiciones (como la peregrinidad) como pasos intermedios. Esta interpretación lleva a establecer categorías entre territorios poco romanizados, medianamente romanizados, muy romanizados y pensar en una difusión lineal de la romanización que iría desde Italia (muy romanizada) a las zonas periféricas como el Noroeste (poco o nada romanizado). La promoción jurídica se ha convertido así en un paso más dentro de este modelo de romanización lineal y progresiva, en el que las comunidades tendieron a la uniformización a consecuencia de las necesidades que exigía su estatuto privilegiado.

Estas concepciones dificultan entender procesos de cambio, al analizar el desarrollo social desde un punto de vista determinista (Mattingly, 1997 y 2004; Webster, 2001). Cualquier aspecto que escape al modelo estereotipado es entonces considerado una excepción. Esto ha ocurrido precisamente en el Noroeste donde la concesión de la ciudadanía latina en el último tercio del siglo I d.C. no generó el registro material romanizado y urbano esperable. Las dificultades surgen de los planteamientos de partida, pues el modelo de romanización necesita identificar dos bloques separados: lo romano y lo no romano, para luego establecer su mayor o menor proximidad. Sin embargo, encontrar un patrón que defina la romanidad es realmente complicado, pues no se pueden reconocer dos bloques (romano y no romano) homogéneos (Barret, 1997). El Imperio se caracteriza por su amplitud, su diversidad y el modelo de romanización expresa una idea equivocada al prever una uniformización, homogeneización de prácticas y manifestaciones y formas de organización. La realidad se muestra mucho más heterogénea y las excepciones al esquema monolítico de la romanidad son mucho más frecuentes de lo esperado. Los estudios que se han desarrollado en las últimas décadas, están poniendo de manifiesto que el Imperio no es una malla coherente de territorios más o menos romanizados, sino que está caracterizado por la diversidad de situaciones a nivel provincial (Woolf, 1992a, 1997 y 1998; Hingley, 1996, 2005, 2011; Mattingly, 2011). No se trata entonces de caracterizar elementos como más o menos romanizados, sino de entender que surgieron nuevas realidades en el contexto provincial. Este enfoque obliga a cuestionar la validez de las aproximaciones que entienden la romanización como la adopción, más o menos exitosa, de una serie de características (no muy bien definidas), en bloque, por unos sujetos pasivos. El impacto de Roma sobre estas comunidades y su integración en el Imperio, se leen mucho mejor

en clave de cambio y transformación. La interacción entre ambos mundos generó la desestructuración del pasado prerromano para crear una realidad nueva, tal y como confirman varios estudios (*e.g.* Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988; Orejas, 1996; Sastre, 2001; Currás, 2014). Y, al mismo tiempo, esto obliga a desechar la idea de una romanización monolítica en torno al modelo urbano clásico.

De acuerdo a este enfoque, desde hace décadas se ha desarrollado un modelo alternativo en conexión con las posibilidades que ofrece la Arqueología del Paisaje. Esta perspectiva, que ha partido tanto de los campos de la protohistoria como de la historia antigua, ha puesto de relieve las lagunas que muestran las interpretaciones que se basan en el discurso de la excepcionalidad o el continuismo prerromano (*e.g.* Vicent, 1991; Orejas, 1996). Se ha hecho entonces hincapié en la necesidad de buscar criterios de análisis de las formas de organización social y territorial que sean coherentes con la realidad social objeto de estudio, que eviten recurrir a criterios actualistas y que, a la vez, puedan abordar la diversidad de las formas de relación social sin partir de modelos deterministas, que marcan la evolución de las sociedades de un modo mecánico y dirigido (Orejas, 1998: 14). Los análisis efectuados, han revelado que no hay formas de desarrollo exclusivas y que es mucho más fructífero entender la evolución de las sociedades como parte de procesos complejos y polifacéticos.

2.1.4. Provincialización y ruralidad. El modelo de partida.

Como parte de estas interpretaciones se encuentra el trabajo que han desarrollado en las últimas décadas los miembros del grupo de investigación *Estructura Social y Territorio. Arqueología del Paisaje (EST-AP)* del *Instituto de Historia del CSIC*, dentro del cual también se integra esta tesis. A lo largo de su trayectoria, este equipo se ha centrado en comprender el impacto que el poder de Roma tuvo sobre las poblaciones del Noroeste de la Península Ibérica, planteando una visión alternativa a las lecturas tradicionales que se habían desarrollado hasta entonces sobre la Edad del Hierro y desmontando ciertos tópicos relacionados con la integración de estas comunidades en el mundo romano provincial. Parte de sus planteamientos, que se verán a continuación, se han tomado como punto de partida en el presente trabajo.

De acuerdo con las aportaciones del equipo, la conquista romana del Noroeste supuso un hito fundamental en un profundo proceso de cambio histórico que afectó al desarrollo de las comunidades castreñas que caracterizaron la época prerromana. Se

trató de un proceso que se inició a finales del siglo II a.C. en los territorios directamente en contacto con las áreas ya integradas en el Imperio (sector en contacto con la Meseta, región noroccidental de Portugal, área de las Rías Baixas) y se consolidó extendiéndose a todo el Noroeste con la dominación definitiva (Orejas y Sánchez-Palencia, 1999; Sastre, 2001: 67; Currás, 2014: 738ss; Currás *et al.* 2016: 125-130).

Los cambios pueden resumirse, por un lado, en la disolución de las formaciones sociales agrarias segmentarias que caracterizaron la cultura castreña y que estuvieron definidas por la ausencia de jerarquización (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998; Fernández-Posse *et al.* 2004; Sastre, 2002b y 2008; Currás, 2014: 271ss) y por otro, en la aparición de una sociedad de profundas desigualdades sociales orientadas por los intereses del imperialismo romano y cuyo rasgo característico fue la ruralidad (Sastre, 2001 y 2007b).

Ambos aspectos han sido detectados en el registro arqueológico, que muestra un cambio importante en las formas de ocupación del territorio. Aunque el interés del Estado sobre la minería del oro provocó importantes alteraciones en las zonas mineras, cuyo cambio fue posiblemente más rápido que en otras áreas, esto se integró en un proceso de transformación general que afectó al conjunto del territorio del Noroeste (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988; Orejas, 1996; Sánchez-Palencia ed. 2000).

Concretando, a nivel arqueológico se puede afirmar que surgieron nuevas formas de organización territorial que, además de intensificar la producción, implicaron una jerarquización del poblamiento que no se documenta en época prerromana. Se registran ahora cambios en el patrón de poblamiento con la aparición de asentamientos de tipo abierto y la transformación de las pautas de ocupación de los castros, que perdieron su identidad como articuladores territoriales (Sánchez-Palencia y Orejas, 2002; Fernández-Posse, 2002; Orejas, 1996; Currás, 2014). Ahora bien, estas nuevas formas de integración territorial y social no respondieron al modelo de ciudad clásica habitualmente manejado como el ideal al que tendió la evolución histórica de las comunidades provinciales. En el Noroeste aparecen formaciones sociales rurales en las que el peso de lo urbano fue mínimo (Sastre, 2001 y 2004a).

A nivel administrativo y fiscal, de acuerdo con los intereses del Estado dominante, se implantó la *civitas* como principal elemento de referencia. Las *civitates* fueron entidades claramente definidas territorial y poblacionalmente y con carácter administrativo, jurídico y político (Orejas y Sastre, 1999; Sánchez-Palencia y Mangas,

2000; Sastre, 2001; Orejas, 2002a)⁷. De forma coherente con lo que debió de ocurrir en otros ámbitos peregrinos, técnicamente se organizaron de acuerdo a la figura del *ager per extremitatem mensura comprehensus*, pues lo que le interesaba a Roma era la imposición global del tributo (Hinrichs, 1974: 115; Orejas y Sastre, 1999; France, 2001; Orejas *et al.* 2005; Ruiz del Árbol y Sastre, 2005; Orejas *et al.* 2006). En paralelo al sistema de *civitates* surgió la nueva aristocracia provincial que se hizo con el control político de estas nuevas entidades territoriales.

Esta interpretación tiene como base los estudios que se han realizado sobre los textos gramáticos, especialmente de un fragmento de Frontino en el que se recoge la categoría del *ager per extremitatem mensura comprehensus* en referencia a la definición de las *civitates* hispanas de *Palantia* y *Salmantica* (Front. *De agrorum qualitate*, 7-9 = Th. 1-2) (Orejas, 2002a).

Front. *De agrorum qualitate*, Th. 1-2

Agrorum qualitates sunt tres: una agri divisi et adsignati, altera mensura per extremitatem comprehensi, tertia arcifini, qui nulla mensura continetur.

Ager est mensura comprehensus, cuius modus universus ciuitati est adsignatus, sicut in Lusitani Salma<n>ticensibus aut Hispania citeriore Pala<n>tinis et in conpluribus prouinciis tributarium solum per uniuersitatem populis est definitum. Eadem ratione et priuatorum agrorum mensurae aguntur. Hunc agrum multis locis mensores, quamuis extremum mensura comprehenderint, in formam in modum limitati condiderunt.

Según el texto, el territorio de muchas de las *civitates* provinciales era definido únicamente por su superficie global (*modus universus*), midiendo el perímetro (*extremitas*), por lo que la labor del agrimensor consistía en la definición de ese territorio y no en la *divisio* interna del mismo (Grelle, 1964). El suelo así delimitado era asignado (*adsignatio*) a la comunidad peregrina, siendo ésta una solución frecuente en ámbito provincial.

⁷ Conviene aclarar que el término *civitas* no se emplea en las fuentes únicamente para definir un sistema urbano y cívico. Rodríguez Álvarez, a partir del estudio del significado del término en el caso de las obras de Cicerón, llegó a la conclusión de que se utilizaba el término en sentido amplio, como “comunidad política” (Rodríguez Álvarez, 1990). En esta línea se han pronunciado otros trabajos que coinciden en definir a las *civitates* como comunidades dotadas de entidad política reconocida por Roma, independientemente de la forma de organización social que presentasen (Sastre, 2001: 138ss).

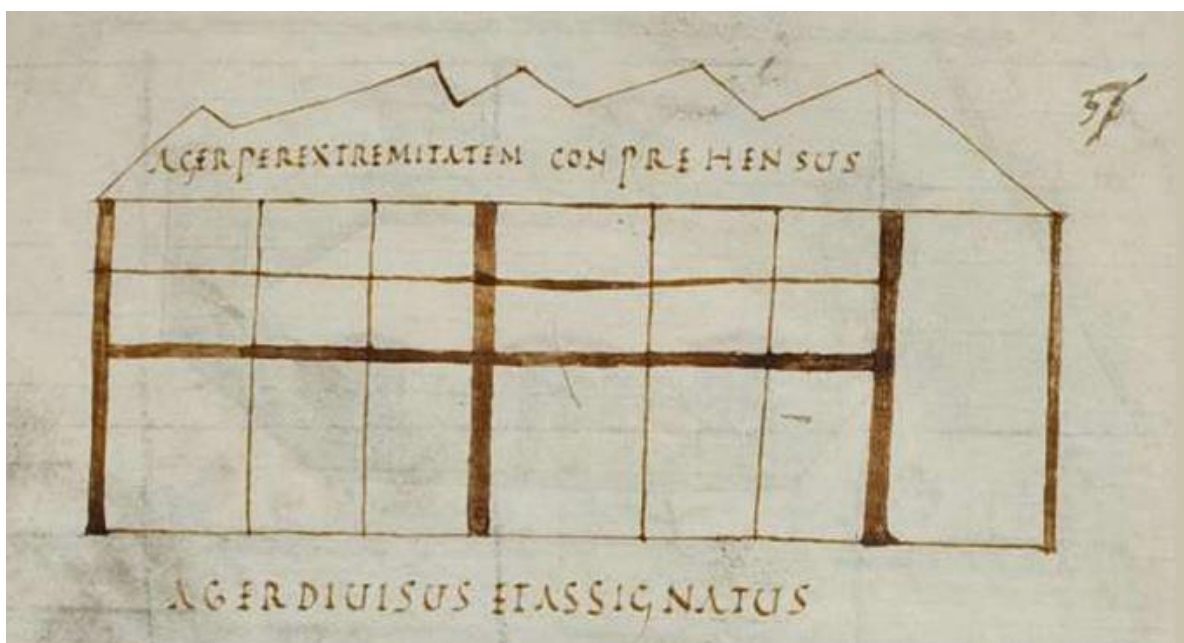


Imagen 3.- Fragmento del *Corpus Agrimensorum Romanorum* en el que se indica la diferencia entre el *ager divisus et assignatus* y el *ager per extremitatem comprehensus*, sin *mensura interna*. Fuente: Figura 42 de la edición de Thulin, procedente del *Liber Diazographus*.

Otro párrafo de Frontino, refuerza la idea de que estas comunidades recibían un territorio como *ager civitatis*. En este texto, para definir la tierra excluida y no asignada, Frontino dice que es aquella que no ha sido dada (*dare*) ni a la *res publica* del pueblo romano, ni a la colonia vecina, ni a una comunidad peregrina (*res publica peregrinae urbis*) ni a un lugar religioso o sagrado (Front. *De agrorum qualitate*, Th. 3). Con ello se reconoce la existencia de territorios peregrinos, a los que se puede asignar suelo provincial, creando un lazo patrimonial distinto del arrendamiento (Orejas, 2002a: 399).

Esta interpretación se oponía a la de otros autores que han considerado que tal categoría expresa en realidad la continuidad de un colectivismo agrario prerromano (Salinas de Frías, 1989; Castillo, 1996: 101-104), en la línea de los estudios que ya había iniciado décadas antes Vigil (1963). Según estos estudios, Roma habría conservado las formas de propiedad prerromanas como un medio de integrar a estas comunidades en el nuevo sistema fiscal. Estas ideas se hacen difíciles de sostener cuando se observa que ésta no fue una solución particular de *Hispania*, sino que la *definitio per universitatem* aparece estrechamente conectada a la política administrativa de Augusto, por lo que Frontino la considera como medio habitual de sistematización del suelo tributario provincial (Orejas y Sastre, 1999: 166; Orejas, *et al.* 2000: 75-77).

La nueva organización territorial (con la definición del sistema de *civitates*) y social (con el surgimiento de unos grupos de poder que se hicieron con el control de estas entidades), supuso la desaparición de la formación social castreña marcada por la independencia política y la autosuficiencia económica de los castros. El Edicto del Bierzo (*vid. Img. 4*) refleja la política de Roma en este sentido (Sánchez-Palencia y Mangas eds. 2002)⁸. En él se comprueba cómo la imposición del sistema fiscal implicó la consolidación territorial y política de las *civitates* (identificadas también como *gentes*)⁹, así como el desarrollo de desigualdades entre las distintas comunidades que conformaban esas nuevas unidades administrativas. Con la aplicación dirigida de los privilegios fiscales, Roma estableció las bases para la aparición de nuevas formas de relación social marcadas por la desigualdad. Los grupos de poder indígenas constituidos, desempeñaron un papel de interlocución entre sus comunidades locales y el poder romano.

En paralelo introdujeron cambios en sus formas de consumo y adoptaron una cultura material determinada, próxima a la de los conquistadores, con el fin de, por un lado enfatizar su adhesión a Roma, y por otro lado, de marcar su posición privilegiada frente al resto de la comunidad local. De este modo, prácticas como la adopción del hábito epigráfico se entienden como la expresión material de estos grupos de poder recientemente constituidos (Sastre, 2002a), y no como parte de un proceso progresivo de aculturación o de romanización. En opinión de Sastre, el surgimiento de estas formas de desigualdad irá ligado a la consolidación de una formación social campesina muy jerarquizada y basada en relaciones de carácter clientelar (Sastre, 2007a: 377 y 2007b: 1321).

⁸ Desde su publicación y descubrimiento, este documento ha sido objeto de varias publicaciones. La primera de ellas a cargo de Balboa (1999), seguida el año siguiente por la de Grau (2000) y Rodríguez Colmenero (2000). A estos trabajos se sumaron obras coordinadas con la participación de varios investigadores que aportaron distintas interpretaciones históricas. Destacan los libros coordinados por Sánchez-Palencia y Mangas (2000) y Grau y Hoyas (2001).

⁹ Son varias las interpretaciones que han relacionado *gens* y *civitas*, o que al menos han supuesto un contenido político a las *gentes* astures (Santos Yanguas, 1985; González Rodríguez, 1997 y 1998; Sastre, 1998a; Orejas y *et al.* 2000: 81; Sastre, 2001: 117). En el Edicto del Bierzo ambos términos se usan como sinónimos. Pero este fenómeno no parece exclusivo del Noroeste. En el Trofeo de los Alpes, se menciona el sometimiento de varias *gentes*. Plinio en su descripción de las comunidades de estas zonas alterna la mención de *gentes*, *populi* y *civitates*. En el caso del Noroeste, en la Tabla de Astorga (*CIL* II 2633) se documenta la presencia de los Zoelas como *gens* en el primer pacto y como *origo* en el segundo (Orejas, *et al.* 2000: 81).



*Imp. Caesar Divi fil. Aug. trib. pot./ VIII{I}
et procos. Dicit
Castellanos Paemeiobrigenses ex/ gente
Susarrorum desciscentibus/ ceteris
permansisse in officio cog/novi ex omnibus
legatis meis qui/ Transdurianae provinciae
prae/fuerunt itaque eos universos im/
munitate perpetua dono quosq./ agros
et quibus finibus possede/runt Lucio
Sestio Quirinale leg./ meo eam
provinciam optinente{m}/ eos agros sine
controversia possi/dere iubeo/
Castellanis Paemeiobrigensibus ex/
gente Susarrorum quibus ante ea/
immunitatem omnium rerum dede/
ram eorum loco restituo castellanos/
Aliobrigiacinos ex gente Gigurro/rum
volente ipsa civitate eosque/
castellanos Aliobrigiacinos om/ni munere
fungi iubeo cum/ Susarris/
Actum Narbone Martio/ XVI et XV K.
martias M. Druso Li/bone Lucio Calpurnio
Pisone/ cos.*

Imagen 4.- El Bierzo (15 a.C.). Fuente: Sánchez-Palencia y Mangas coords. (2000)

Éstas son dos realidades de un mismo proceso histórico y hay que tenerlas presentes a la hora de analizar las zonas mineras. Las minas estuvieron insertas en esta organización territorial concreta, por lo que su estudio no puede desvincularse del sistema de *civitates* que articuló el territorio desde la conquista. Por otro lado, como parte del mismo proceso, hablar de *civitates* implica hacer referencia a los grupos de poder y a las relaciones desiguales generadas entre estas comunidades y el poder romano y entre estas comunidades entre sí.

Las minas se insertaron entonces en las nuevas formas de explotación del territorio provincial y desempeñaron un papel destacado en la definición del nuevo paisaje romano. Ya en explotación con seguridad en época de Tiberio, al menos en la Valduerna (Domergue y Sillières, 1977) o en el valle del Begega (Villa, 2007a), las minas deben ser entendidas en el marco de la nueva organización territorial impuesta por Augusto¹⁰. Dentro de este esquema, las explotaciones fueron de propiedad estatal y

¹⁰ Para datar las labores se recurre al poblamiento asociado a las mismas. Esto permite establecer cronologías relativas de las explotaciones. Para el caso concreto de Las Médulas remito a la obra de

estuvieron gestionadas directamente por el fisco romano (Domergue, 2008: 201-202)¹¹. Así, un texto de Estrabón (3, 2, 10), contemporáneo de Augusto, recogía que en su época la mayoría de las minas de oro pertenecían al pueblo romano, es decir, al Estado. Dentro de este grupo habría que incluir sin duda las del Noroeste, pues la gran escala de estas minas sólo tiene sentido porque detrás de ellas se encontraron los intereses globales del fisco. La infraestructura hidráulica, compartida por varias labores y necesaria para mantener las minas en explotación, implicaba la existencia de un control suprarregional que sólo podía sostener el Estado (Sánchez-Palencia y Pérez García, 2000a; Sánchez-Palencia y Sastre, 2002). Ninguna *societas* o *colonus* podría hacer frente a unas labores de esta gran envergadura, teniendo en cuenta además la escasa cantidad de oro que se extraería de algunas minas (Mangas y Orejas, 1999: 294-296)¹². Así, por ejemplo, sólo en Las Médulas fue necesario remover 93,55M m³ para obtener unos 4.677,5 kg de oro en toda la historia de su explotación (Pérez García y Sánchez-Palencia, 2000: 156-157). El control directo por parte del Estado explica que arqueológicamente no haya un espacio productivo fragmentado dependiendo de la distribución de labores (*vid.* **Img. 5**), sino que se observen distintas etapas de explotación en relación con la distribución de los yacimientos y la organización de las redes de abastecimiento de agua (Orejas *et al.* 1999)¹³.

Sánchez-Palencia *et al.* 1990; Sánchez-Palencia, 1995; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 161-165 y Sánchez-Palencia, ed. 2000. Así por ejemplo, se ha datado el asentamiento de la Malladica a mitad del siglo I d.C. Este yacimiento se ubica sobre la superficie de un sector minero, lo que señala que esta zona fue explotada con anterioridad. Lo mismo puede decirse de los Chaos de Mourán, un asentamiento algo posterior. Otro buen ejemplo es el canal de abastecimiento de Las Médulas relacionado con el foso de El Castro de Corporales (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985) y que fue construido en el 40/50 d.C. alcanzando la mina entre los 865 m y los 890 m de altitud, lo que quiere decir que ya habían sido explotados otros sectores previos. Estos datos señalan que hacia mediados del siglo I d.C. estaban bastante avanzados los trabajos mineros en la zona.

En la sierra del Begega se han recogido varios materiales que indican que las minas estuvieron en explotación desde la primera mitad del siglo I d.C. En concreto, se recuperaron fragmentos de *terra sigillata gallica* y vidrio en las instalaciones metalúrgicas de Las Escorias, que podrían remontarse al gobierno de Tiberio. Por otra parte, la datación dendrocronológica de los entibados de una galería minera de época romana, han permitido situar la tala de estos árboles en el año 56 d.C. (Rozas y Cabo, 2002: 353; Villa, 2007a). Todo ello parece indicar que las labores mineras de El Valle y Boinás comenzaron en un momento temprano, en la primera mitad del siglo I d.C. Esto indica que previamente se habían efectuado prospecciones y que la infraestructura ya se había construido.

¹¹ Sobre el régimen jurídico de las explotaciones mineras altoimperiales, remito al capítulo 6. Ahora sólo se recogerán algunos aspectos básicos de la organización de las minas del Noroeste, los cuales son la base del estudio que se realiza en este trabajo.

¹² La participación de agentes privados en la explotación de las minas implicaba derivar parte de la producción en favor de éstos. Minas como Las Médulas dejarían al Estado un estrecho margen de beneficio para compartir.

¹³ Los frentes de explotación fragmentados sí se documentan, en cambio, en otras minas romanas. Ejemplo de ello son las explotaciones republicanas de La Bessa, en Italia (Gambari, 1999; Sánchez-Palencia *et al.* 2006 y 2011) y Cartagena (Orejas y Ramallo, 2004; Antolinos y Soler, 2008; Rico, 2010; Orejas y Rico, 2015); y las minas de época imperial del Suroeste, con las conocidas leyes de *Vipasca*

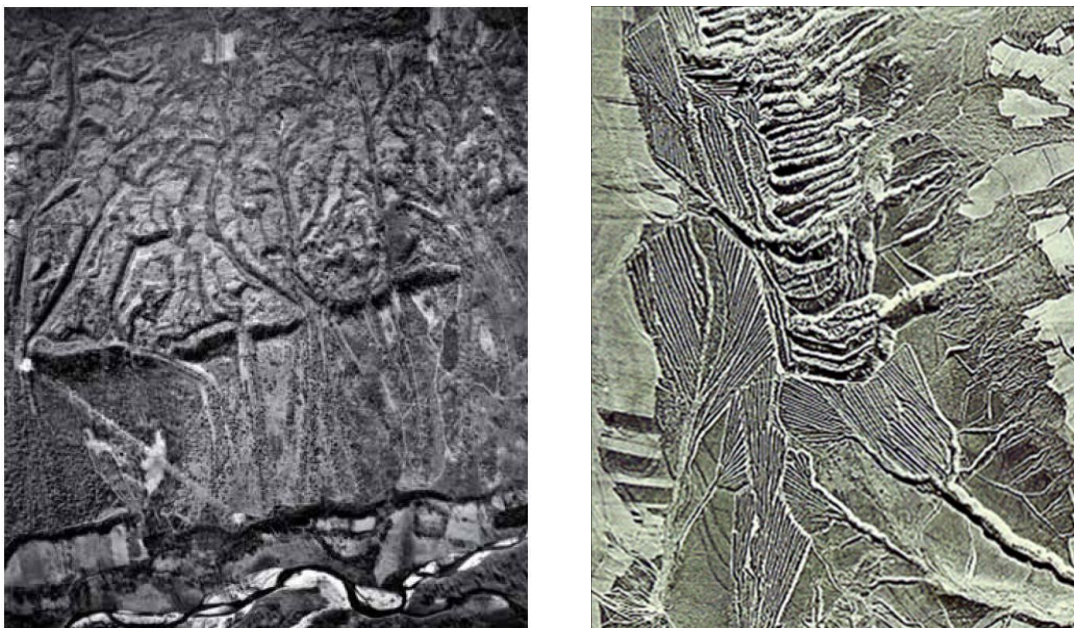


Imagen 5.- Frentes de explotación de la zona minera de La Bessa (Biella, Italia) a la izquierda (foto de Vaudagna en Sánchez-Palencia *et al.* 2006) y Las Miédolas de las Omañas (León) a la derecha (foto de Sánchez-Palencia *et al.* 2006). En la imagen se puede observar la estructura compartimentada, fruto de un sistema de explotación fraccionado en La Bessa frente a las minas de oro de las Miédolas de las Omañas.

La razón por la que el Estado se encargó directamente de mantener unas explotaciones a tan gran escala estuvo en el interés por el oro, recurso estratégico para Roma desde que Augusto reorganizó el sistema monetario de acuerdo a un patrón plata-oro (Sánchez-Palencia, dir. 2002: 25-37; Orejas y Sánchez-Palencia, 2016). En este interés estratégico por parte del poder imperial reside la clave para entender la puesta en explotación de las minas y el sistema de gestión utilizado, en el que el ejército y los miembros de la administración estatal desempeñaron un papel directo (Sánchez-Palencia *et al.* 2007b), coherente con el registro arqueominero al que se acaba de hacer referencia y confirmado por el registro epigráfico¹⁴.

(Lazzarini, 2001; Mateo, 2001 y 2012; Orejas, 2002; Pérez Macías y Delgado Domínguez eds. 2007). La característica fragmentación de las labores también se relaciona con la autonomía de los explotadores que se hacían cargo del trabajo minero de acuerdo a un sistema de concesiones y diferenciándose del contexto de las minas del Noroeste.

¹⁴ Son varios los ejemplos de epígrafes con menciones a personal relacionado con la administración de las zonas mineras, entre los que destacan los testimonios de *procuratores metallorum*, tal y como se irá analizando a lo largo de este trabajo. Respecto al ejército, también son varias las inscripciones que mencionan a miembros de las legiones o de sus unidades auxiliares en las zonas de estudio.

Aparte del personal imperial, se partió del sistema de *civitates* tributarias y de las relaciones sociales desiguales. A través de este sistema, las minas contaron con los trabajadores necesarios para mantener las labores, hombres libres de las comunidades locales que tributaron en forma de jornada de trabajo (Orejas y Sastre, 1999; Sánchez-Palencia, dir. 2002: 144-152; Orejas, 2014). La nueva organización territorial no sólo afectó a las cuestiones relacionadas con la mano de obra, pues la vigilancia de las explotaciones y el mantenimiento de las infraestructuras quedaron parcialmente cubiertas por las *civitates* locales, lo que ha contribuido a matizar el papel del ejército en estas regiones a lo largo de los siglos I y II d.C. (Sastre *et al.* 2010a).

Esta interpretación ha permitido acabar con el tópico, muy extendido hasta época relativamente reciente (*e.g.* Rodríguez Ennes, 1994 y 2004: 4-5), de que el trabajo minero se desarrolló fundamentalmente con mano de obra esclava. Domergue advirtió ya hace años sobre la insostenibilidad del sistema minero del Noroeste a través de la utilización de esclavos (Domergue, 1986: 42-53 y 1990: 335-351), hipótesis que ha sido reforzada y ampliada con estudios posteriores (Orejas, 1994) y que han apuntado hacia la existencia de un trabajo tributario (Mangas y Orejas, 1999: 308-310; Orejas y Sastre, 1999 y 2002; Domergue, 2008: 202; Orejas, 2014).

A pesar de ello, hay que advertir que, aunque nada en el registro material indica una condición servil del conjunto de los trabajadores de las minas, sí han aparecido algunos testimonios de esclavos y libertos concentrados, fundamentalmente, en *Asturica Augusta*, donde las principales familias pudieron ser propietarias de esclavos (Mangas, 1989: 218). Sin embargo, los grupos sociales relacionados con la esclavitud en este contexto, coinciden con las aristocracias vinculadas a los ámbitos de poder dependientes del Estado (Sastre, 2001: 199). En el ámbito de las minas, los datos sobre esclavos son prácticamente inexistentes¹⁵ y es muy discutible que haya que relacionarlos con el trabajo minero. Así, la inscripción hallada en una calle de Santa Marina de Somoza, en el municipio de Santa Colomba de Somoza, y que menciona de forma explícita a *servi* (ERPL 197), puede ser relacionada con las actividades de gestión o servicio doméstico en el asentamiento de El Soldán, más que con la explotación de las minas (Mangas, 1989: 217; Mangas y Orejas, 1999: 306)¹⁶.

¹⁵ Tenemos una inscripción en Moncorvo, al Norte de Portugal y una doble inscripción funeraria que conserva los nombres de dos mujeres libertas en Trêz Minas (Redentor, 2010).

¹⁶ Respecto a las referencias a los *damnati ad metalla* o *damnati ad opus metalli* (Dig. 48, 19, 8, 4: *Est poena, quae adimat libertatem, huiusmodi, utputa si quis in metallum, vel in opus metalli damnetur...*; Cod. Theod. 15, 12, 1), se cree que son tardías. Poco se conoce además sobre el

Frente a estos datos, existe un texto de Floro (2, 23, 60), donde el autor recuerda que, desde Augusto, los astures trabajaron las minas, indicando además que aprendieron a explotar las riquezas del suelo en beneficio de otros. La dureza del trabajo en las minas descrita por Plinio (*NH*, 33, 70-75), formó entonces parte de la cotidianidad de las familias del Noroeste y no de los esclavos (Mangas y Orejas, 1999: 302-313; Orejas, 2002b). Estas familias locales incluirían el trabajo en la mina y el mantenimiento de la infraestructura minera como parte del pago de las cargas fiscales (en forma de *operae*), a las que se podría sumar otro tipo de pagos para satisfacer el total de las cargas tributarias impuestas por Roma. Estas informaciones son además coherentes con las características del poblamiento documentado en las zonas mineras, donde el registro arqueológico indica que se trataba de poblaciones locales (Sánchez-Palencia, ed. 2000).

Aunque parece que la mano de obra esclava se descarta, la posibilidad de que los trabajadores de las minas fueran personas asalariadas aparece recogida en cierta parte de la investigación, que ha considerado las zonas mineras como lugares de atracción de trabajadores (*e.g.* García Merino, 1973; Olivares Pedreño, 2007: 147-151) o ámbitos favorables para la promoción social (*e.g.* Pitillas, 1998-1999). Estas ideas fueron desmontadas hace ya algunos años por Orejas (1994), quien argumentó que la mano de obra no fue asalariada. En primer lugar, el sistema de gestión y explotación minera antes descritos no dejaron un margen de beneficio directo a las comunidades que justificara la atracción de población. En segundo lugar, aunque es cierto que en las zonas mineras se detecta cierto número de inmigrantes a través de la epigrafía, el fenómeno no es exclusivo de estas regiones, sino que se documenta también en las capitales conventuales y otros puntos dinámicos desde un punto de vista social y económico. Este hecho justifica que haya que buscar explicaciones más globales. En las zonas mineras es posible que la presencia de miembros de la administración y el ejército sí pudieran estimular la migración (Orejas y Beltrán, 2010), atraída por beneficios indirectos

cumplimiento de estas penas. Sobre ellas la obra de referencia sigue siendo Millar (1984), aunque existen estudios más recientes que también han aportado información como Lassandro (1995), Groen-Vallinga y Tacoma (2015) o Salerno (2003), quien además aborda el contexto jurídico de estas penas. Sobre su relación con el cristianismo, Davies (1958) y el más reciente trabajo de Dore (2010).

obtenidos por la participación en redes de intercambio y suministro creadas en torno al personal administrativo (Sastre *et al.* 2010a), pero en ningún caso podría inferirse que estas poblaciones estuvieran adquiriendo beneficios directos de la minería. De hecho, es necesario matizar la idea de la existencia de una gran concentración demográfica en las zonas mineras, idea que, por el contrario, aparece de forma más o menos directa en parte de los investigadores dispuestos a perpetuar la imagen de unas labores en las que sería necesaria una ingente aportación de mano de obra. Estas propuestas se basan en fuentes literarias que no son concluyentes al respecto. Así, la imagen de una gran concentración de trabajadores podría basarse en las informaciones que existen sobre las minas de *Victimulae* en Vercelli (Galia Cisalpina), donde una ley censoria prohibía que se pudiesen emplear más de 5.000 hombres (Plin. *NH*, 33, 78; Str. 5, 1, 12). Pero por otra parte, la referencia de Estrabón (3, 2, 19) de la que se deduce que, a mediados del siglo II d.C. había 40.000 hombres en la zona de Cartagena, ha sido interpretada como referida al conjunto de la población, no sólo a los mineros (Domergue, 1990: 335-338; Mangas y Orejas, 1999: 304).

Por otro lado, los estudios demográficos basados en análisis arqueológicos han rebajado notablemente las cifras de ocupación. Así por ejemplo, teniendo en cuenta el espacio habitable en el castro de Corporales, se ha propuesto una ocupación de unos 150-200 habitantes (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 226-228), estimaciones que podrían ser semejantes en algunas zonas mineras de la cuenca noroccidental del Duero (Orejas, 1996: 176-179) y en Las Médulas (Orejas y Sastre, 2000: 261-262) y que revelan una ocupación más discreta.

En realidad la evolución demográfica de estas regiones no fue homogénea. Mientras que zonas como el valle del Cabrera, con muy baja densidad de población en la etapa anterior a la conquista, experimentaron un enorme crecimiento; otras que contaban con más población, como los valles de la cuenca noroccidental del Duero, asistieron a una redistribución del poblamiento, no a un auténtico crecimiento demográfico. En cualquier caso, hay que descartar la idea de enormes cifras de trabajadores en las zonas mineras.

En conclusión, la imposición del sistema de administración romano, incluyendo el trabajo tributario y la aparición de una sociedad jerarquizada, fueron realmente los elementos esenciales de la nueva realidad provincial, dentro de la cual se insertaron las explotaciones mineras como un aspecto más de las nuevas dinámicas de explotación imperialista. En su mantenimiento, la actuación de dos planos fue necesaria: por un lado

la administración romana y el ejército; y por otro las comunidades locales y sus grupos dominantes.

Un breve vistazo sobre la forma de organización del trabajo en las minas o sobre el sistema de explotación impuesto por los conquistadores, revela cómo Roma alteró profundamente las formas de organización previas. Aceptar el cambio radical, obliga a su vez a relativizar el papel que tradicionalmente se ha otorgado a las pervivencias indígenas en los estudios del Noroeste romano en general (Sastre, 2004b).

Así, los castros de época romana responden a nuevos condicionantes históricos que quedan de manifiesto en estudios arqueológicos que van más allá de la simple descripción morfológica (Orejas, 1996; Sánchez-Palencia ed. 2000; Currás, 2014). Y algo semejante ocurre en el ámbito epigráfico con algunos elementos como las llamadas unidades organizativas indígenas o el fenómeno de la c invertida (⊃) que tuvieron un papel activo en la sociedad provincial (Sastre, 2001: 186ss y 2007b).

Estas conclusiones, que sólo han sido recogidas de forma sintética, son el resultado de unas investigaciones que llevan desarrollándose desde hace décadas en el Noroeste y que sirven ahora de punto de partida en este trabajo. Desde estas aproximaciones es posible analizar la evolución de las zonas mineras, partiendo de unas coordenadas apropiadas que reconocen el impacto de Roma en estas regiones y las integra en un discurso histórico coherente con las dinámicas imperiales, sin reducirlas a la marginalidad y el subdesarrollo y evitando caer en el modelo unidireccional de la romanización. Con ello, se parte de la idea de que hay territorios provinciales, entre los que se cuenta el Noroeste hispánico, en los que el campo se estructuró desde sí mismo (Pereira, 1984) y en los que la ciudad (entendida como urbe), con su papel administrativo y político, no fue el elemento de articulación social y territorial de las poblaciones. Esto no quiere decir que el campo se mantuviera ajeno al cambio o conservara su indigenismo. Las imposiciones político-administrativas de Roma tras la conquista, alteraron de manera drástica las formas de organización de las poblaciones al insertarlas en un sistema tributario que se apoyaba en una acentuada división social y que suponía una ruptura con la época precedente.

En el Noroeste, Sastre ha propuesto un modelo diferente al de las formaciones sociales cívicas de otras regiones: un sistema de dependencias comunitarias a cuya cabeza se situaron los grupos de poder locales en el marco de *civitates* rurales (Sastre, 2001: 161ss, 2010a y 2010c; Sastre y Plácido, 2008; Sastre y Sánchez-Palencia, 2013). Fueron éstos los intermediarios entre la población del Noroeste y el aparato estatal

romano desde la conquista. Sin embargo, las relaciones de poder y la articulación de los distintos agentes sociales (Estado - grupos de poder - comunidades locales) no permanecieron inmutables desde la época de la conquista, sino que se vieron afectadas por distintos procesos de cambio. Hay muchos aspectos que se escapan en esta cadena, pero a pesar de ello, una lectura combinada de las distintas fuentes, puede permitir avanzar en el conocimiento sobre las relaciones entre estos agentes a lo largo del tiempo.

• El sistema de explotación minera en el Noroeste de época romana

Antes de continuar, conviene detenerse brevemente en describir el sistema de explotación que llevaron a cabo los romanos en el Noroeste. Aunque hacer un análisis técnico de la actividad minera no corresponde a los objetivos de este trabajo, es necesario hacer mención a estas cuestiones con el fin de comprender ciertos rasgos que caracterizaron a la minería del oro de *Hispania*. Las nuevas técnicas importadas por los romanos permitieron superar las prácticas artesanales de las poblaciones locales¹⁷, que habían practicado la batea del oro, intensificando y sistematizando la extracción del oro y modificando radicalmente las formas de explotación de los recursos.

Para seguir este tema es fundamental la obra de Plinio, autor que dedicó amplios pasajes a las minas peninsulares en concreto y cuya obra ha sido una referencia fundamental para entender la minería del oro. De acuerdo con él, tres fueron las formas conocidas en el mundo romano para obtener el preciado metal. Éstas eran a su vez divididas en dos grupos: el primero de ellos (Plin. *NH.* 33, 66), identifica el procedimiento más sencillo, la extracción del oro que aparece en los sedimentos que arrastran los ríos (Locher, 1986: 22). El segundo de ellos recoge las formas que precisan un tratamiento más complejo y que incluyen el oro que se extrae en las galerías de los pozos (Plin, *NH.* 33, 68-69) y el que se busca mediante el derrumbe de los montes (Plin. *NH.* 33, 70-78).

¹⁷ Las poblaciones locales de época prerromana extrajeron oro mediante la técnica del bateo de los ríos auríferos. Este trabajo minero se puede entender en el marco de una actividad recolectora estacional, que proporcionó las cantidades suficientes para abastecer la orfebrería castreña (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 19998; Pérez García y Sánchez-Palencia, 2000: 158-163). Estrabón ya se refirió a la explotación del oro en esta fase anterior a la conquista (Str. 3, 3, 4 y 3, 2, 9).

Pero antes de iniciar las operaciones extractivas, era necesario realizar una prospección y localizar los yacimientos auríferos (Plácido y Sánchez-Palencia, 2014: 23-27). Para ello los romanos recogían muestras con la batea (*indicium*) que les permitían obtener un concentrado aurífero. A partir de ese contenido de oro, se hacían una idea aproximada de la riqueza aurífera. Plinio no menciona sobre qué terrenos se realizaban los muestreos, pero probablemente éstos se efectuasen sobre placeres fluviales, algunos de los cuales ya eran conocidos con anterioridad (Healy, 1978: 86 y 1986; Bird, 1984: 345 y 2004). Para Domergue y Hérail (1978: 253), la prospección podía remontarse río arriba y por los afluentes, hasta descubrir los sectores más ricos.



Imagen 6.- Sondeo de la Ribera (Pino del Oro, Zamora). Se trata de una pequeña trinchera probablemente efectuada para evaluar el potencial aurífero de la zona. Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

Tras este muestreo, existió una segunda fase en la prospección que implicaba la remoción de terrenos consolidados para comprobar su riqueza (Sánchez-Palencia *et al.* 2006: 271-274; Plácido y Sánchez-Palencia, 2014: 25-26). Estos trabajos habrían dejado rastro a lo largo de todo el Noroeste, donde se documentan trincheras y lavados superficiales, que pueden interpretarse como prospecciones que no dieron resultados positivos y que son evidentes tanto en yacimientos primarios y secundarios de varias zonas de la Valduerna (Domergue y Hérail, 1978: 253ss), Puerto del Palo y río del Oro (Asturias), Penamacor-Meimoa (Sánchez-Palencia, 2014a: 118-119), las Miédolas de las Omañas en Las Médulas (Plácido y Sánchez-Palencia, 2014: 26) o Pino del Oro (Zamora) (Sánchez-Palencia *et al.* 2010).

La utilización de estos sistemas confirma que los romanos conocían el proceso de erosión, arrastre y deposición del oro que realizan las corrientes fluviales. Con ello lograron descubrir las grandes minas auríferas del Noroeste y poner en explotación nuevos territorios.

Tras el inciso sobre los métodos de prospección, Plinio recoge los dos sistemas de explotación que aún no ha tratado. Primero se refiere al oro canalicio (*aurum canalicium*), que es el que se busca mediante galerías (*canales*) y donde el oro no se encuentra en estado libre, sino ligado a la ganga (Plin. *NH.* 33, 68). Por tanto, no es sólo el oro primario, sino el que se obtiene por minería subterránea. En segundo lugar, se refiere al *aurum arrugiae*, caracterizado por el empleo de la fuerza hidráulica en todas sus fases y por la obtención del oro en partículas libres (Plin. *NH.* 33, 70 y 77). Esto implica que tampoco es exclusiva la asimilación del *aurum arrugiae* con la explotación de yacimientos secundarios consolidados (Plácido y Sánchez-Palencia, 2014: 29). De hecho, existen yacimientos primarios con unos materiales altamente alterados en los que la fuerza hidráulica pudo desempeñar un papel equivalente al que jugaba en los aluviones consolidados. Este sería el caso, por ejemplo, de las cortas de Los Lagos de Silva de Salave (Tapia de Casariego, Asturias) o del Poço das Freitas, cercano a Chaves (Plácido y Sánchez-Palencia, 2014: 30). Dentro de este sistema de explotación se realizarían las siguientes operaciones:

- Abatir o arrastrar y deshacer el conglomerado aurífero. Si el conglomerado no tenía mucha potencia, solía bastar con utilizar el agua como agente erosivo por gravedad, por lo que se arrojaba desde los depósitos y canales de la cabecera para deshacer y arrastrar el material hasta los canales de lavado. Si la potencia era mayor (hasta más de 100 m), se utilizaba el sistema de la *ruina montium*, por el que se minaba la masa que había que abatir con pozos y galerías y se introducía agua en ella hasta provocar su derrumbe (Bordes y Domergue, 2007).
- Encauzar el lodo generado por estos procedimientos a los canales de lavado (*agogae*) donde se producía la decantación del oro.
- Eliminar los cantos más grandes y pesados antes de llegar a los canales de lavado y evacuar los estériles menos pesados fuera de los sectores de explotación para permitir que ésta siguiese. Estos cantos se depositarían formando las denominadas *urias*.



Imagen 7.- Concentración de murias en Las Médulas. Fuente: A. Orejas (EST-AP. IH. CSIC).

Exceptuando los escasos trabajos subterráneos, este procedimiento es aplicable a la mayoría de las minas del Noroeste. Una idea debe de quedar clara al respecto y es la de la total ruptura con las técnicas de explotación prerromana y no sólo por la aplicación de técnicas novedosas desconocidas por las poblaciones locales antes de la conquista, sino por la notable extensión, sistematización e intensidad que supuso la minería aurífera romana.

2.2. Cambios y continuidades en el Noroeste. Un estudio diacrónico.

Las investigaciones previas han definido un escenario de profundo cambio a finales del siglo I a.C. y comienzos del siglo I d.C., con la articulación de la nueva sociedad provincial. Merece la pena subrayar esta idea pues permite apuntar, en contra de lo que ha mantenido parte de la investigación, que los cambios detectados con posterioridad a este período se llevaron a cabo sobre este nuevo esquema, no sobre una sociedad residual marcada por el peso de la tradición prerromana.

Este enfoque, del cual se parte, tiene importantes implicaciones en el análisis y el estudio de ciertas cuestiones que se abordan en este trabajo.

- En primer lugar afecta a la visión tradicional que se ha mantenido sobre las reformas flavias y que ha entendido que éste fue el momento del gran cambio en las comunidades poco romanizadas del Noroeste, pues fue bajo el gobierno de esta dinastía cuando se integraron definitivamente en el Imperio.

Es cierto que el período flavio supuso un momento destacado de cambio, pero ni éste fue un proceso exclusivo del Noroeste, ni se entiende como un radical transformador de la situación anterior. Las medidas que adoptaron estos emperadores incidieron en el territorio del Noroeste dentro de un proceso que afectó al mundo romano en general y a las zonas mineras en particular. Sin embargo, el profundo cambio del Noroeste se produjo en época de Augusto, por lo que en época flavia ya era un territorio integrado en las estructuras imperiales.

Con este planteamiento, se hace necesario en este trabajo, evaluar el impacto que las operaciones flavias tuvieron sobre las zonas mineras del Noroeste, regiones en las que, no se debe olvidar, las minas llevaban décadas en explotación.

- En segundo lugar, frente al acento puesto sobre época flavia como período de transformación de estas comunidades, el siglo II d.C. se ha leído tradicionalmente como una fase marcada por el continuismo. Del mismo modo que los años que transcurrieron entre la conquista del Noroeste y las reformas flavias se han considerado años de transición caracterizados por la pervivencia de rasgos prerromanos, los estudios del siglo II d.C. han estado condicionados por el peso excesivo que se le ha otorgado al período flavio, generando una falsa imagen de época de estabilidad, sólo superada con los prolegómenos de la crisis del siglo III d.C. De acuerdo con estas aproximaciones, la dinastía de los Antoninos, de los “buenos emperadores”, se ha visto caracterizada por la eclosión del proceso de romanización en el que, por fin, se puso en marcha una estructura social y política romana gracias a las medidas que adoptaron los Flavios (Rodríguez Álvarez, 2005; Villanueva, 2005; Andrades, 2008). Sin embargo, en contra de esta posición tradicional, algunos estudios han destacado el siglo II d.C. como un período de cambios (Plácido, 2004; Chic, 2005), cuestión que hay que analizar en relación con las explotaciones mineras.

Un trabajo que lleve a cabo un estudio diacrónico sobre las zonas mineras desde la perspectiva propuesta, debe concluir con el análisis de la cuestión del abandono de las explotaciones a finales de del siglo II d.C. o comienzos del siglo III d.C., tema que no ha sido abordado de forma sistemática hasta la actualidad. De hecho, todavía hoy, las causas del abandono no están claras. Desde mi punto de vista, el problema fundamental que presentan muchos de los estudios que se han planteado esta cuestión, es que se han realizado desde perspectivas parciales que se han centrado en aspectos concretos y, en consecuencia, han generado explicaciones débiles que aluden al agotamiento de los yacimientos o a argumentos tecnológicos. Se han generalizado ciertas concepciones relacionadas también con la baja rentabilidad de las explotaciones, proyectando ciertos conceptos económicos que no se ajustan al contexto histórico de la minería romana. El tratamiento del cierre de las minas del Noroeste como un problema histórico, sólo tiene sentido si su análisis se aborda desde una doble perspectiva que, por un lado, integre el final de la minería en un marco general configurado por las dinámicas que afectaron al Imperio, y por otro lado, interprete el fenómeno en clave de procesos, preguntándose por cuestiones como la evolución de la mano de obra, de las *civitates* de las zonas mineras, del papel de los grupos de poder...

Una lectura global de este tipo llevará a enfrentarse a problemas generales sobre cuestiones relacionadas con los intereses que el Estado tuvo sobre los recursos provinciales y los sistemas que desarrolló para explotarlos. La cuestión se imbrica a su vez en el complicado tema de la naturaleza de la economía romana y de los sistemas de explotación imperialistas, así como en el papel que desempeñaron las sociedades provinciales en la configuración de estos esquemas. Por tanto, estudiar la evolución de los trabajos mineros implica analizar desde los procesos de provincialización, hasta las formas de explotación imperialista desarrolladas por Roma a través de una perspectiva diacrónica. El interés de este trabajo no reside, por tanto, en hacer un análisis de una actividad concreta como es la minería, sino que se encuentra en la realización de un estudio de mayor alcance que permita conocer con mayor precisión procesos históricos amplios.

3

LOS DATOS. PROBLEMAS METODOLÓGICOS

3.1. Los indicadores para el estudio de las zonas mineras antiguas.

De acuerdo con los planteamientos previos que se acaban de realizar, la minería, entendida como elemento clave del paisaje del Noroeste, se enfrentó a cambios y transformaciones a lo largo de la etapa altoimperial. Se hace necesario entonces definir una serie de indicadores que permitan detectar y evaluar estos procesos de cambio.

La selección de los indicadores que serán presentados a continuación no es casual. Para escogerlos ha sido necesario partir del enfoque teórico recogido en el capítulo anterior y que descartaba, por un lado, índices y criterios propios de los análisis económicos actuales y que, por otro, buscaba analizar la minería de oro del Noroeste desde distintas escalas (local, regional e imperial) y con una perspectiva diacrónica. Con esta perspectiva, ciertos indicadores propios de los análisis económicos, tales como el cálculo del PIB o la valoración del crecimiento económico extensivo o intensivo parecían poco útiles. Su tratamiento como índices aislados y objetivados, podría dificultar la comprensión de las actividades productivas a diversas escalas y en su contexto histórico. Como alternativa a la utilización de estos índices, se propone analizar los siguientes factores, siempre entendidos desde la perspectiva diacrónica y a diferentes escalas que plantea este trabajo.

a) Mecanismos institucionales.

En primer lugar, es posible analizar los mecanismos institucionales; esto es, las actuaciones que desarrolló el Estado romano con relación a la minería del oro, pero tomando en consideración ciertas cautelas y matices respecto a los análisis realizados desde perspectivas económicas.

No hay duda de que el poder imperial intervino directamente en actividades como la agricultura o el comercio y también en la minería,

especialmente en aquella que era gestionada directamente por el Estado. Existen varios ejemplos sobre estas intervenciones estatales en el comercio altoimperial (Harris, 2003; Lo Cascio, 2006; Bowman, 2010), a los que se pueden sumar la cuestión de la distribución de la *annona* (Bartlett, 1994) y ciertas leyes agrarias, como la *lex Manciana* o la *lex Hadriana de rudibus agris* para cultivo de tierras africanas (Kehoe, 1988 y 1997; Hitchner, 1995; Scholl y Schubert, 2004). No obstante, hay ciertas dudas acerca de si estas operaciones reflejaron en realidad una política deliberada o si, en cambio, hablar de la existencia de una estrategia político-económica planeada sería un anacronismo (Bowman y Wilson, 2009: 19-21).

Como ya se adelantó en el capítulo precedente, en los últimos años la corriente del *Nuevo Institucionalismo* planteada por North (1990), ha ganado cierta proyección en algunos estudios sobre el mundo antiguo, que se han centrado en analizar el impacto de los marcos institucionales como elementos determinantes en el desarrollo económico (*e.g.* Saller, 2002; Lo Cascio, 2006; Scheidel *et al.* eds. 2007). Estos análisis han entendido la economía como un sistema unificado que se extendió a lo largo del Mediterráneo con el dominio romano y que tomó forma a través de un marco institucional generado, específicamente, para garantizar el control económico y favorecer el intercambio (Horden y Purcell, 2000). Según esto, es posible hablar de las medidas adoptadas por el Estado en términos de dirigismo, pues Roma, a través de sus instituciones, controló las acuñaciones monetarias, los impuestos y tasas, el precio de algunos productos e incluso, la producción. La iniciativa privada se desarrolló en aquellas parcelas que no estuvieron controladas directamente por el poder imperial. De este modo, es posible determinar épocas en las que el Estado intervino menos y en las que el libre mercado tuvo mayor desarrollo (Bowman y Wilson, 2009: 16) y otras, en las que el intervencionismo estatal agotó la iniciativa privada (Chic, 2005).

Estas aproximaciones han tenido el mérito de reconocer el peso que los mecanismos institucionales, definidos por el Estado en función de sus intereses, tuvieron en el desarrollo del Imperio. Es evidente que Roma intervino en el control y explotación de ciertas actividades productivas y generó marcos administrativos, jurídicos y fiscales que garantizaron la explotación de los recursos y de las poblaciones. De hecho, el caso de las

minas supone un claro ejemplo de cómo Roma definió, a lo largo de su historia, una serie de instrumentos que le permitieron gestionar los *metalla* en función de sus intereses. Episodios como el cierre de las minas de oro y plata de Macedonia (Domergue, 1990: 241-244), la prohibición de explotar las minas de Italia (Plin. *NH.* 3, 24, 5 y 33, 78) o la limitación del número de obreros o de habitantes en las minas de oro de Vercelli (Italia) (Domergue, 1998; Vaudagna, 2002; Sánchez-Palencia *et al.* 2011), son sólo algunos ejemplos de cómo el Estado intervino directamente sobre las explotaciones y adaptó sus estrategias de gestión en las etapas republicana e imperial. La dificultad reside en ver qué elementos definieron esos intereses concretos y orientaron las distintas estrategias adoptadas en cada momento.

Es precisamente en este punto donde encuentro discrepancias con las aproximaciones que tienden a considerar exclusivamente los intereses económicos desde una óptica actualista, suponiendo que el Estado adoptó medidas y definió sus estrategias basándose en criterios utilitaristas o cuantitativos, como si Roma hubiera perseguido la maximización de beneficios. Sin embargo, lejos de esta perspectiva, los intereses del Estado romano se definieron a través de criterios distintos, que no pueden dissociarse de una compleja trama de medidas y operaciones que fundamentaron la organización del Imperio y que se imbrican, a su vez, en procesos políticos e ideológicos que permitieron al *princeps* controlar y gestionar los recursos provinciales, entre los que se contaron las minas, pero también los recursos agrarios o las poblaciones sometidas.

En el discurso de Mecenas a Augusto que ha transmitido Dión Casio (52, 8), éste le aconsejaba realizar una estimación de los recursos disponibles del Estado y un balance entre posibles ingresos y gastos, con el fin de garantizar el mantenimiento del ejército y, con ello, lograr la estabilidad de su gobierno. En el texto se especificaban como recursos las tierras propiedad del Estado, la tributación y la minería. Lo que interesa destacar es que estas medidas estuvieron en consonancia con una nueva concepción del gobierno imperial, centrada en la sistemática explotación de los territorios provinciales. No es posible entender el discurso y las medidas aconsejadas a Augusto, sin tener en cuenta el resto de procesos que convergieron en la consolidación del Principado. Al hablar en términos económicos de dirigismo o de liberalismo,

en referencia al mayor o menor control que ejerció el Estado sobre las actividades productivas, se proyecta un concepto anacrónico y distorsionado que aísla los aspectos económicos del resto de manifestaciones de la vida política y social (Andreau, 1989: 107-108).

En conclusión, el papel del Estado y los marcos institucionales son un indicador que hay que tener en cuenta, pero siempre que se analice desde una óptica que tenga presente factores políticos, ideológicos, sociales, económicos, entendidos como elementos imbricados dentro de una misma estructura que definió las estrategias concretas que el Estado desarrolló. No hay que pensar, por tanto, en los elementos económicos y sociales de forma aislada, como si se trataran de esferas compartimentadas de una misma realidad, sino que su estudio debe formar un todo integral.

b) Acuñaiones monetarias

Las acuñaciones monetarias suponen el segundo indicador, al existir una relación entre monedas y minería. Sin embargo, aunque desde los estudios de Corbier (1989) se haya considerado dicha relación como evidente, pocas veces se ha profundizado en ella.

La vinculación monedas-minería se entiende en un doble sentido. Por una parte, el interés por mantener las acuñaciones de oro (parte fundamental del nuevo programa político desarrollado por Augusto), fue responsable de la importancia estratégica de las minas del Noroeste para el Imperio (Sánchez-Palencia dir. 2002: 25-37; Orejas y Sánchez-Palencia, 2016), por lo que la historia de las minas de oro no puede desligarse de la historia del sistema monetario. Por otra parte, desde un punto de vista cuantitativo, las acuñaciones pudieron verse afectadas por la mayor o menor disponibilidad de metales. Como la principal fuente de obtención de recursos metalíferos fue la minería (sin olvidar el peso que pudo tener el metal procedente del reciclado de piezas, Montero y Orejas, en prensa), es posible relacionar el volumen de acuñaciones y su evolución a lo largo del Imperio, con episodios de apertura o cierre de minas y con las variaciones en su administración y gestión.

No obstante, la relación entre estos tres elementos (monedas, suministro de metales y minería) resulta más problemática de lo que podría pensarse a

priori. En primer lugar, porque se parte de estimaciones discutibles sobre el volumen total de acuñaciones a lo largo del Imperio (Howgego, 1992). En segundo lugar, porque se desconoce la proporción de metal disponible que estaría destinado a acuñar moneda y el que sería empleado en otras actividades. En último lugar, porque la minería no fue la actividad exclusiva para suministrar metal acuñable y habría que tener en cuenta la entrada de metal al sistema monetario a través de otros mecanismos, como adquisiciones de botines o refundiciones (Wilson, 2007: 109). De forma parcial, los análisis que en las últimas décadas se han realizado desde el campo de la arqueometalurgia, han aportado algunos datos interesantes que han permitido relacionar algunas acuñaciones, sobre todo de plata y cobre, con los lugares de procedencia de los minerales utilizados en las mismas (*e.g.* Gitler y Ponting, 2003 y 2007; Klein *et al.* 2004; Butcher y Ponting, 2005 y 2011; Ponting, 2009; Blet-Lemarquand *et al.* 2014a y 2014b). No obstante, como se verá al tratar las fuentes numismáticas, estos métodos no están libres de problemas y limitaciones.

A pesar de las dificultades, los estudios cuantitativos han permitido realizar algunas aproximaciones que, a partir de las variaciones en el peso de las monedas y en la cantidad de metal que contienen, permiten ver tendencias generales. La dificultad reside entonces en ser capaces de imbricar esos datos parciales en un contexto histórico apropiado que tenga en cuenta el resto de elementos (políticos, ideológicos, simbólicos...) de forma integrada.

c) La articulación territorial

Otro elemento que puede indicar cambios en la minería es la articulación territorial de las zonas mineras. No se trata simplemente de realizar estudios sobre patrones de poblamiento de las comunidades vinculadas con los trabajos mineros, sino de entender la minería desde un punto de vista territorial. La actividad fue parte de una determinada organización provincial y debe ser leída con relación a los procesos de apropiación y organización del espacio que se desarrollaron dentro de la estructura imperialista.

Esta cuestión se relaciona directamente con la necesidad de realizar estudios territoriales que tengan en cuenta las formas de organización jurídico-administrativa del territorio, la explotación de los *metalla* junto con el resto de recursos provinciales, la articulación del sistema de *civitates* o las formas de apropiación de la tierra por parte de las comunidades.

d) La estructura social

Por último y de forma indisociable al punto anterior, los cambios en la estructura social de las comunidades implicadas en los trabajos mineros, son indicadores de posibles alteraciones en la minería, pues las relaciones políticas, jurídicas y sociales de las comunidades locales, formaron parte del sistema de explotación en el que se integraron las minas.

La estructura social está relacionada con el desarrollo de la minería, lo que conlleva aceptar que existe una relación entre las formaciones sociales y las formas de organizar la producción. La organización de la mano de obra minera está estrechamente relacionada con esta cuestión, así como la articulación de mecanismos a través de los cuales el Estado obtuvo beneficio de las explotaciones mineras. Según esto, la minería, como todo el sistema productivo y económico, sólo es comprensible en el contexto de las formaciones sociales, tanto a escala imperial como local.

Un análisis conjunto de los cuatro elementos anteriores puede ayudar a estudiar procesos de cambio. Desde una perspectiva diacrónica es posible detectar y evaluar las transformaciones en la minería de oro del Noroeste peninsular, así como sus causas y consecuencias. Para abordar el estudio de estos cuatro elementos es necesario hacer un trabajo que combine distintas escalas de análisis, en el que se integren procesos a nivel imperial y realidades más locales. Por otra parte, hay que recurrir a las fuentes documentales disponibles para obtener datos desde los cuales partir a la hora de analizar indicadores de estos procesos.

3.2. Las fuentes documentales.

El uso de las fuentes documentales para el estudio de la época romana del Noroeste de la Península ha arrastrado problemas esenciales desde hace años. Tal y como ha recogido en varias ocasiones Pereira, estas trabas han sido principalmente dos: por una parte el apoyo principal en las fuentes literarias y, por otro la falta de referencias al marco global suministrado por el Imperio romano (Pereira, 1984, 1988 y 1995).

Respecto al primer problema, es cierto que, en ocasiones, la documentación que ha permitido la caracterización del Noroeste en la Antigüedad, ha procedido de las fuentes literarias. La información de los textos clásicos se ha completado con el registro epigráfico, la otra fuente considerada fundamental. Mientras, los estudios arqueológicos han quedado más relegados, sirviendo para llenar ciertos vacíos y responder a interrogantes concretos. Con ello, a pesar del volumen de información diversa, ha existido una tendencia general a jerarquizar las distintas fuentes disponibles, otorgándole mayor peso a las literarias y a las epigráficas que a las arqueológicas.

Este hecho ha generado, en algunos casos, distorsiones de ciertos fenómenos históricos. Esto ha ocurrido, por ejemplo, en aquellos trabajos que han visto la época flavia como el momento de la definitiva romanización del Noroeste, basándose en la información que suministran los textos clásicos –fundamentalmente Plinio– y los jurídicos –como las leyes municipales conservadas en la Bética– y apartando a un plano secundario las evidencias arqueológicas. Lejos de estos enfoques, es necesaria una coordinación de las distintas fuentes disponibles, pero no entendidas como documentos con valor intrínseco y susceptibles de jerarquización, sino como visiones parciales de procesos complejos.

Un estudio de las distintas fuentes debe sumarse a la combinación e integración de distintas escalas de análisis para abordar el segundo problema. El Noroeste no supone una excepcionalidad dentro del Imperio que justifique su estudio aislado de las dinámicas imperiales. Lo cierto es que los procesos de provincialización son menos homogéneos de lo que se ha llegado a pensar en ocasiones. En el Imperio son tantas las excepciones que se pueden documentar, que se hace evidente que la provincialización fue un proceso muy complejo y diverso. Esto quiere decir que, lejos de ser un territorio marginal o excepcional, el Noroeste y su estudio deben de integrarse en un marco amplio definido por las dinámicas que operaron a nivel imperial.

Estos dos aspectos –utilización integrada de diversas fuentes y cambio de escala de análisis– constituyen los principales retos metodológicos a los que se enfrenta este trabajo. La Arqueología del Paisaje ofrece, en este punto, un marco esencial para abordar ambos problemas. De acuerdo a esta perspectiva, el paisaje puede entenderse como una construcción social, pues es el producto espacial de las relaciones sociales (Orejas, 1995-1996 y 1998). Este concepto de paisaje implica una visión integral y diacrónica del territorio y esto también afecta a su relación con las fuentes documentales. Al hacer una lectura del paisaje como síntesis de lo social, no hay que centrarse exclusivamente en el yacimiento arqueológico, sino que hay que integrar otras fuentes de información, como las literarias o las epigráficas, que permiten aproximar otras dimensiones del paisaje. Este enfoque abre inmensas posibilidades al permitir una lectura integrada del registro y la combinación de distintas escalas de análisis.

En las páginas siguientes se hará una rápida revisión del tipo de material empleado y de las formas en las que ha sido tratado, explicando cómo su estudio puede ayudar a comprender los cambios en las zonas mineras de acuerdo a los planteamientos previos realizados. No hay que olvidar, por tanto, que el tratamiento de la información se ha hecho atendiendo siempre a las necesidades que plantea el cumplimiento de los objetivos de este trabajo.

3.2.1. Las aportaciones de la documentación literaria antigua.

Aunque la lectura parcial de los textos de los autores antiguos desvinculada del resto de informaciones del Noroeste, ha sido causante de la repetición de ciertos tópicos en la investigación, una correcta interpretación de los textos clásicos que tenga en cuenta su naturaleza y que los relacione con el resto de fuentes disponibles, puede aportar una valiosa información.

- En primer lugar, varios autores antiguos se refieren al relato de la conquista del Noroeste. Existen distintas versiones de los episodios bélicos por parte, fundamentalmente, de Dion Casio, Floro y Orosio, que han dado lugar a múltiples propuestas historiográficas entre las que se pueden destacar a modo de ejemplo las de Syme (1970), Tranoy (1981: 125-143), Orejas y Sánchez-Palencia (1999) y la más reciente revisión en la obra coordinada por Sánchez-Palencia (2000: 111-112). Estas informaciones escapan a los límites cronológicos de este trabajo, aunque pueden ayudar a comprender la conquista

y los primeros momentos de dominio imperial del territorio, cuando se articularon mecanismos que se desarrollarán con posterioridad.

- Por otro lado, es posible contar con geógrafos, etnógrafos y compiladores que ofrecen abundantes datos referentes al Noroeste. Entre ellos destaca en primer lugar Estrabón. Aunque la redacción de su obra tampoco se encuadra dentro de los límites cronológicos que establece este estudio, no hay que dejar de mencionarlo, pues es un autor clave a la hora de comprender algunos aspectos del Noroeste y de aproximar la configuración ideológica del Imperio. Como puso de manifiesto hace décadas Clavel- Lévêque (1974: 79) y han desarrollado otros autores (Plácido, 1987-1988; Sastre, 2004c; Plácido, 2014), a través de la lectura de Estrabón se entienden mejor las relaciones establecidas entre Roma y los pueblos sometidos y las formas de explotación de los territorios conquistados. Junto al planteamiento descriptivo de la *Geografía* de Estrabón, quien además recoge informaciones más antiguas fundamentalmente de Posidonio, subyace un planteamiento que trata de resaltar los cambios producidos por la intervención imperialista y justifica las expectativas de sumisión de los conquistados bajo el poder romano.

Por otra parte, Estrabón es, junto con Plinio y Diodoro, uno de los principales autores que se refirieron a las minas de oro explotadas mediante tecnología hidráulica¹⁸. Diodoro, sin embargo, se centró en las minas en primario de Egipto en las que el agua no participaba en el proceso de extracción (Sánchez-Palencia, 1983)¹⁹. Por su parte, Plinio dedicó amplios

¹⁸ Traducciones sobre el texto de Plinio hay varias. Además de las mencionadas en el Índice de Fuentes Literarias, que aparece al final de esta tesis, hay que destacar las de Zehnacker (1983) y Domergue (1990: 492-494). Para este trabajo se ha seguido, principalmente, la reciente transcripción y traducción de Plácido y Sánchez-Palencia (2014: 19-22) quienes además realizan un comentario sobre las técnicas mineras recogidas por el naturalista y aportan varias versiones y traducciones del texto en la bibliografía. También para la descripción de las labores mineras a través de Plinio, están los trabajos de Domergue (1972-1974) y Healy (1986).

Sobre la descripción de los sistemas de explotación aplicados en el Noroeste, destacan los trabajos que ha desarrollado Sánchez-Palencia desde la publicación de su tesis doctoral en 1983. Sirvan como ejemplo para el Noroeste Sánchez-Palencia (1983, 1989), Sánchez-Palencia y Sastre (2002), Sánchez-Palencia *et al.* (2006) y la obra reciente editada por Sánchez-Palencia (2014). En concreto para la zona arqueológica de Las Médulas, Sánchez-Palencia, 2000 (dir.), Bordes y Domergue (2007) y para la minería en la cuenca meridional de los ríos Sil y Miño, Sánchez-Palencia *et al.* (2009). Para la zona minera de Pino del Oro (Zamora), Sánchez-Palencia y Currás, 2010. Para las zonas mineras lusitanas de El Cabaco, Sánchez-Palencia y Ruiz del Árbol (2000) y de Penamacor-Meímoa, Sánchez-Palencia y Pérez (2005). Para la zona asturiana, Villa (2005 y 2010) y Sánchez-Palencia y Suárez (1985).

¹⁹ Aunque a ello no haga referencia Diodoro, el empleo de dispositivos de lavado también está documentado en las minas del Egipto ptolemaico (Wilson, 2002: 5). En ellos se separaba el material más denso, que quedaba depositado en el fondo, del menos denso y estéril, que era evacuado por el flujo de agua.

pasajes a las explotaciones peninsulares, por lo que su obra se ha convertido en una referencia fundamental en muchos de los trabajos posteriores.

*Aliqui fabricantur aream non diffimilem linteis extensis contextæ, minus tamen longam. Linteorum aut loco cespites continenter collocant: arenam in areæ caput coniectam aqua immiffa lauant: quo modo auri ramenta refident in cespitibus, limus & arena fimul cum aqua deferuntur in lacum uel canalem fubiectum: qui munere perfecto recluditur: postquam omnis aqua effluxit, arena & limus auferuntur, et iterum isto modo lauantur. Ramenta uero quæ ad cespites adhæferunt, maior aquarum uis, per canaliculum in aream immiffa defert in lacum uel canalem: ibi tandem collecta in alueo lauatur. **Hanc auri lauandi rationem Plinius non ignorauit:** ulex, inquit, ficcatus uritur, & cinis eius lauatur subfrato cespite herbofo, ut fidat aurum.*

*Areæ caput A. Canaliculus per quem aqua in areæ caput influit B.
Cespites C. Lacus areæ fubiectus D. Vas in quo lauantur cespites E.*



Imagen 8.- Fragmento de *De Re Metallica* de Agrícola (1565), donde el tratadista recogió entre sus técnicas mineras alusiones a las descritas por Plinio.

Además de ser una fuente fundamental en cualquier estudio sobre las técnicas de explotación minera, Plinio es un autor imprescindible en concreto para este trabajo, por ofrecer datos sobre la organización de la Península. Cronológicamente la redacción de su *Naturalis Historia* se encuadra en el inicio del período que abarca esta tesis. Además, frente a Estrabón, que nunca pisó la Península y proporciona información de otros autores como Posidonio, Plinio conoció directamente parte de *Hispania*, ya que desempeñó parte de su *cursus honorum* en la *Citerior* bajo el mandato de Vespasiano (Syme, 1969). A través de su obra son conocidos ciertos procesos jurídicos o administrativos que debieron de afectar al Noroeste en época flavia y que se irán analizando a lo largo de este trabajo. Uno de los que más debate ha suscitado es el

relacionado con la concesión de la ciudadanía latina a *Hispania*, noticia de la que se tiene constancia gracias a una breve referencia que realiza el autor (Plin. *NH.* 3, 30).

Por otra parte, Plinio aporta datos concretos sobre comunidades de la *Tarraconense*, algunas de las cuales son conocidas gracias a él. Aunque se ha propuesto que su obra pudiera reflejar datos de época de Augusto (Binder, 1987; Nicolet, 1988a; Christol, 1994; Murphy, 2004: 50; García Fernández, 2009), Plinio menciona algunas comunidades (Plin. *NH.* 3, 28) que ocuparon el Noroeste a lo largo del siglo I d.C. tal y como ha confirmado la epigrafía²⁰. La finalidad de la obra pliniana era conocer e inventariar los recursos del Imperio y por ello ofreció datos selectivos no sólo geográficos o técnicos, sino también sociales y políticos (White, 1986: 14ss; Nicolet, 1988a y 1991; Espinosa, 2013: 677).

Resulta interesante comparar las informaciones del naturalista con los datos que proporciona Ptolomeo, otro autor imprescindible en el siglo II d.C., con el fin de detectar posibles cambios y continuidades entre la redacción de las dos obras. No obstante, hay que tener en cuenta que las informaciones recogidas por el autor alejandrino se inscriben en una obra con características distintas, que resulta de una relación de datos acerca de la posición en el espacio de diversos elementos geográficos entre los que se cuentan las *poleis*. De acuerdo a algunos estudios (e.g. Gómez Fraile, 1997), este aspecto puramente descriptivo y geográfico, aleja a Ptolomeo de las obras anteriores, especialmente de la de Estrabón, fuertemente cargada ideológicamente y de la de Plinio, quien se centró también en aspectos administrativos.

Las informaciones de Plinio o Ptolomeo pueden ser completadas con los datos que proporcionan las fuentes relacionadas con el sistema viario, entre las que destacan para este trabajo, el Itinerario de Antonino y el Anónimo de Rávena, a las que se puede añadir el Itinerario de Barro de Astorga (Fernández Ochoa *et al.* 2012).

Una lectura global de estos documentos, junto con fuentes epigráficas, ha permitido documentar la existencia de varias comunidades, muchas de las

²⁰ Este es el caso de los *Gigurri*, mencionados por Plinio (*NH.* 3, 28) y que aparecen en una inscripción de San Pedro de Trones (Puente de Domingo Flórez) (*ERPL* 12) y en otra de A Cigarrosa (A Rúa de Valdeorras) (*CIL* II 2610). Lo mismo puede decirse de los *zoelas*, los cuales son mencionados por Plinio (*NH.* 3, 28) y aparecen también en la tábula de Astorga (*CIL* II 2633).

cuales estuvieron relacionadas con la gestión y explotación de las zonas mineras: en plena comarca del Bierzo, *Bergidum Flavium* (Ptol. 2, 6, 28; *CIL* II 4248; It. 425, 4, 492 y 431, 1; Ravenn. 4, 45, 30; Rodríguez González *et al.* 2002). Algo más al oeste, el territorio de los *Gigurri* en torno a las poblaciones de O Barco y A Rúa de Valdeorras (Plin. *NH.* 3, 28; Ptol. 2, 6, 37; *ERPL* 12; *CIL* II 2610; *HEp* 7, 1997, 378; It. 428, 7; Ravenn. 4, 45, 29-30; Menéndez Llorente *et al.* 1998; Pérez Losada, 2002: 210) y en la zona del Limia, los *Limici* (*CIL* II 5353; *CIL* II 2516; *CIL* II 2517). Al Este de la Sierra de El Caurel los *Lougei* (*HEp* 1, 1989, 458; *IRPLu* 55) y *Susarri* (*HEp* 7, 1997, 378; *IRPLu* 55), éstos últimos de ubicación imprecisa. Siguiendo hacia el Este, *Interamnium Flavium* (Ptol. 2, 6, 28; It. 429, 3, 431, 2; Ravenn. 4, 45, 31; Sánchez-Palencia *et al.* 1996; Álvarez González, 1997). Los *Amaci* en las proximidades de la capital *Asturica Augusta* (Ptol. 2, 6, 28) y un poco más al Sur, aunque con muchas dudas, los *Orniaci* (Ptol. 2, 6, 30-31; *CIL* II 2633). Los *Bedunienses* se situarían cerca de la actual Bañeza (Ptol. 2, 6, 30; *ERPL* 306, 307, 308, 309, 315; It. 439, 7), limitando con los *Luggoni* en la cuenca del Eria (*ERPL* 310 y 311). Mientras, en las cuencas mineras de la *Asturia* transmontana occidental, es posible identificar la *civitas Ocelon* (Ptol. 2, 6, 22-27), entorno al Chao Samartín, en la cuenca del Navia-Eo. En las cuencas del Navia y el Nalón, se ha reconocido la *civitas* de los *Paesici* (Plin. *NH.* 3, 28; Ptol. 2, 6, 4).

Sin embargo, es necesario evitar una aproximación meramente descriptiva y estática para abordar el objetivo de este trabajo y buscar cambios en el desarrollo de estas comunidades a lo largo del tiempo. Es sabido que los límites entre unas y otras *civitates* no se mantuvieron inmutables, y lo mismo puede decirse de las relaciones entre unas y otras comunidades, tal y como revelan el Edicto del Bierzo (*HEp* 7, 1997, 378) y el Pacto de los Zoelas (*CIL* II 2633).



Imagen 9.- Pacto de los Zoelas (*CIL* II 2633).

- A estos documentos, hay que añadir la información que suministran las obras técnicas, especialmente la de los agrimensores.

El *Corpus Agrimensorum Romanorum* se trata de una recopilación heterogénea tanto por cronología como por contenido, pero proporciona datos imprescindibles para entender la territorialización del suelo provincial²¹. Así, aunque algunos agrimensores se interesaron casi exclusivamente por Italia y las colonias de ciudadanos romanos (como Sículo Flaco e Higinio Gromático) o

²¹ Las dos ediciones más consultadas del *Corpus* son las de Lachmann (1848) y Thulin (1911). De forma más reciente se han realizado nuevas ediciones de varios volúmenes del *corpus*, entre las que destaco por el interés que tiene el autor en este trabajo, la traducción de Frontino por parte de Behrends *et al.* 1998. Una edición completa del *Corpus Agrimensorum* se encuentra disponible online gracias al *Institut des Sciences et Techniques de l'Antiquité* de Besançon <<http://ista.univ-fcomte.fr/index.php/ed-src/gromatiques>>.

Entre los trabajos sobre el *corpus* a modo de ejemplo cito los de Von Cranach, (1995), Castillo (1996), Campbell (2000) y Orejas (2002a).

por cuestiones técnicas (Balbo), otros aportaron valiosas referencias para suelo provincial, en especial Frontino, Higinio y Agenio Urbico. La redacción de sus obras debe de situarse entre los Flavios y Trajano, aspecto que los hace aún más interesantes para este trabajo. No obstante, hay que tener en cuenta que las tareas de los agrimensores se referían a la ordenación de territorios, la resolución de controversias técnicas y la respuesta a consultas en el marco de la *mensura* oficial. Por tanto, los textos elaborados por ellos son documentos técnicos, no jurídicos, que se limitan a reflejar el punto de vista del *mentor*, aspecto que hay que tener muy presente a la hora de analizar el *corpus*.

Frontino es uno de los autores más relevantes por ser el que más información ha suministrado. *Iulius Sextus Frontinus* desarrolló una intensa carrera política bajo los Flavios y escribió, entre otras obras, cuatro textos sobre agrimensura entre los años 75 y 82 d.C., recogiendo conocimientos prácticos que había adquirido en el desempeño de su cargo: *De agrorum qualitate*, *De controversiis agrorum*, *De limitibus* y *De arte mensoria* (Th. 1-19). Su obra representa un hito esencial en la normalización de la enseñanza teórica y práctica de la agrimensura (Orejas, 2002a).

Higinio, al que no hay que confundir con Higinio el Gromático, presenta más dificultades y existen algunos problemas en la atribución de textos. Es autor de tres documentos de agrimensura redactados probablemente en época de Trajano: *De limitibus*, *De condicionibus agrorum* y *De generibus controversiarum* (Th. 73-98). Ha sido considerado como un compilador de tratados anteriores, quizá ante la necesidad de recopilar y actualizar información para la realización de nuevas intervenciones sobre suelo provincial.

Por último, apenas se sabe nada de Agenio Urbico. En su edición del *Corpus Agrimensorum*, Lachmann lo consideró un comentarista tardío de las obras de Frontino. Thulin, por su parte, le atribuyó la redacción de *De controversias agrorum*, tratado para el que pudo basarse en Frontino. Esto, más sus referencias a las intervenciones de Vespasiano sobre los *subsiciva*, ha hecho pensar que, independientemente del momento de su redacción, Agenio utilizó fuentes de época flavia (Orejas, 2002a: 349, n. 9).

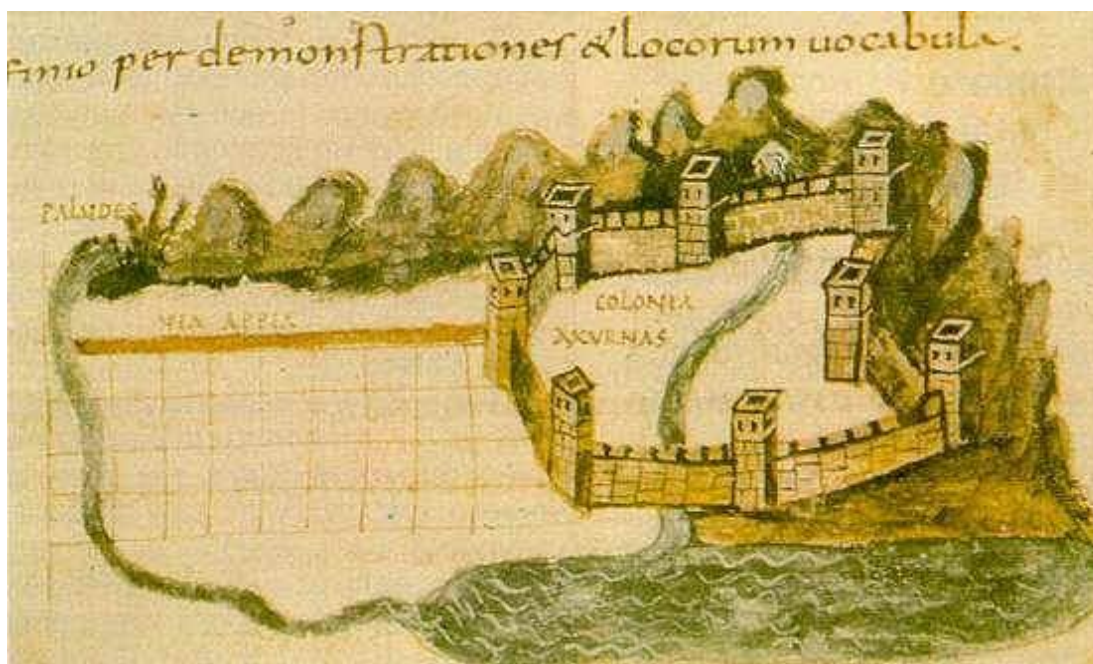


Imagen 10.- Fragmento del *Corpus Agrimensorum Romanorum*.

- Aparte de estas obras de carácter técnico, existen otros textos con información jurídica. El problema de estos documentos es que se refieren al *ius civile*, dejando al margen aspectos que podrían afectar a las comunidades peregrinas, ajenas al derecho civil. Incluso cuando existen referencias a comunidades no romanas, éstas siempre se realizan desde el punto de vista del ordenamiento jurídico romano. Además, estas fuentes deben de ser leídas con ciertas precauciones pues el Derecho, como cualquier otra manifestación de la vida de las comunidades, es parte de las formaciones sociales y, por lo tanto, no es inmutable, ni puede entenderse de manera aislada de los procesos históricos.

A pesar de ello, el estudio de los documentos jurídicos ofrece en ocasiones informaciones muy útiles. Entre los juristas cuyas obras se conocen y son relevantes para este trabajo, es posible destacar las Instituciones de Gayo y algunos fragmentos de la obra de Ulpiano, fundamentalmente insertos en pasajes del Digesto.

Respecto a Gayo, es conocido que vivió en el siglo II d.C., probablemente entre los mandatos de Trajano y Cómodo. Aunque también han llegado referencias suyas a través del Digesto, se conoce el texto casi íntegro de su obra

gracias al hallazgo de un manuscrito del siglo V d.C. encontrado en Verona²². No obstante, su obra presenta un problema cronológico de fondo, pues se duda de si es coherente con el pensamiento jurídico-político del siglo II d.C. o si por el contrario hace referencia a una época anterior. En este trabajo Gayo resulta fundamental por un aspecto concreto: la definición que realiza del *dominium populi Romani vel Caesaris* (Gai. 2, 7) y su relación con las formas de propiedad provincial.

También las compilaciones jurídicas tardoantiguas son imprescindibles, por contener información sobre la organización y gestión de los *metalla*. Destacan en este sentido el Código Teodosiano y el Justiniano.

- Por último, existen referencias a diversos autores que ayudan a conocer distintos aspectos significativos para algunas cuestiones aquí tratadas y a los cuales se hará referencia a lo largo del texto. Ejemplos fundamentales son Suetonio o Tácito, y para algunos aspectos concretos, Estacio. También de especial relevancia, son la *Historia Augusta* y sobre todo la obra de Dion Casio, autor imprescindible para el estudio de los procesos que afectaron al Imperio en el siglo II d.C. y a comienzos del siglo III d.C., especialmente bajo el gobierno de Caracalla. En su obra, Dion Casio realiza un relato de las medidas fiscales de este emperador, incidiendo en su visión antiseveriana en general y en contra de Caracalla en particular (González Fernández, 2006).

De acuerdo a los planteamientos de este trabajo, hay que valorar la importancia de estos textos dentro de la Arqueología del Paisaje, enfoque que no sólo toma como fuente materiales arqueológicos, sino que de acuerdo a su visión integral, tiene en cuenta la documentación literaria de forma paralela al resto de informaciones. De acuerdo con este planteamiento, los documentos literarios tienen importancia en el presente estudio en varios sentidos. En primer lugar, porque contienen información relacionada directamente con la organización espacial. En segundo lugar, porque presentan datos referentes a relaciones de poder y políticas que tienen que ver con las formas de administración y gestión del territorio. Por tanto, los textos constituyen un

²² Son varias las ediciones de las Instituciones de Gayo. Para la elaboración de este trabajo he manejado la de D'Ors, 1943.

elemento fundamental para entender las formas ideológicas de control, dominación y explotación de los territorios mineros. Por último, los textos forman parte del paisaje cuando éste es abordado globalmente como registro en el que tan importantes son los restos materiales como los inmateriales y las percepciones (las cuales son transmitidas por la documentación escrita e iconográfica). Es necesario por tanto, integrar las fuentes escritas en este estudio, pues tanto lo visible como los elementos intangibles interactuaron en la construcción del paisaje (Orejas, 2008).

3.2.2. Las aportaciones de la documentación epigráfica antigua.

Nuevos trabajos elaborados en las últimas décadas, han puesto de relieve la importancia de los estudios sobre epigrafía para la comprensión de la Historia Antigua del Noroeste. Son numerosos los *corpora* que hoy recogen la información epigráfica que está en constante renovación por la aparición de nuevos testimonios y la elaboración de lecturas alternativas que ofrecen distintos significados. Además de contar con obras generales tan clásicas como el *Corpus Inscriptionum Latinarum (CIL)*, con posterioridad se han realizado compilaciones de la epigrafía del Noroeste, entre las que destacan para este trabajo la *Epigrafía Romana de la Provincia de León (ERPL)*, *Inscripciones Romanas en la Provincia de León (IRPL)*, *Aquae Flaviae: Fontes epigráficas da Gallaecia meridional (AF)* y la *Epigrafía Romana de Asturias (ERA)*. A estas obras hay que sumar otras publicaciones recogidas de forma exhaustiva en la periódica publicación de la revista *Hispania Epigraphica (HEp)*, con documentos tanto de la parte portuguesa como española de la Península. En los últimos años, se ha producido además un impulso de las bases de datos online, lo que ha facilitado enormemente la consulta de las inscripciones. En este sentido destacan para la epigrafía hispánica, la completa plataforma *Hispania Epigraphica On Line* <<http://eda-bea.es/>> o las bases de datos y artículos del *Centro CIL* de Alcalá de Henares <http://www2.uah.es/imagenes_cilii>. Mientras, para la epigrafía de otras partes del Imperio hay que señalar *Current Epigraphy* <<http://www.currentepigraphy.org/>> y sobre todo la *Epigraphic Database Heidelberg* <<http://edh-www.adw.uni-heidelberg.de/home>>.

La lectura de los datos recogidos en estas obras y plataformas de poco sirve si no va acompañada de una correcta aproximación metodológica y de una interpretación histórica. Como se comprobará, en este trabajo el análisis epigráfico ocupa un lugar destacado. En él, la epigrafía se ha utilizado como fuente histórica, aprovechando su

conexión con el análisis arqueológico. No se trata sólo de ver el contexto de aparición de los epígrafes, sino de imbricar el análisis arqueológico y epigráfico de forma coherente y no jerarquizada, haciendo converger las distintas fuentes disponibles.

La Arqueología del Paisaje posibilita este tipo de aproximación, al tratar las inscripciones como elementos integrantes del paisaje. Según este enfoque, la epigrafía es testimonio de las modificaciones del paisaje y de los procesos de apropiación y organización del espacio (a través de hitos terminales o de miliarios, por ejemplo). A la vez, contiene datos sobre la organización jurídica (como ocurre en los broncees jurídicos), sobre las relaciones sociales y sobre las creencias que configuraron los distintos territorios. Por último, la epigrafía ayuda a comprender la explotación imperialista de los recursos y las poblaciones (dentro de la cual hay que destacar la minería). En el caso de este trabajo, interesa una cuestión concreta: la evolución y desarrollo de la actividad minera, pero este tema es convergente con las formas de organización social y territorial en las que se insertó la minería. La epigrafía, analizada desde la perspectiva que ofrece la Arqueología del Paisaje, aporta una información imprescindible para tratar estas cuestiones.

La importancia del registro epigráfico para el análisis de las sociedades clásicas, justifica la tradición de estudios que se han dedicado a estos temas. La dilatada trayectoria de estos trabajos ha ocasionado que el análisis de las inscripciones se haya abordado desde distintos contextos teóricos y metodológicos, en función de las distintas corrientes que han imperado en cada momento. Además, la lectura epigráfica ha estado siempre condicionada por el enfoque que cada estudioso ha realizado del proceso histórico y por los objetivos y metodología que han orientado su investigación.

En este trabajo, hay dos elementos claves que marcan el análisis de las inscripciones: en primer lugar se ha considerado la epigrafía como un elemento del lenguaje de poder de las poblaciones locales, la administración romana y el ejército. En segundo lugar, se mantiene que la epigrafía fue introducida en un momento inmediatamente posterior a la conquista y refleja elementos de la nueva sociedad provincial (no pervivencias prerromanas).

- La primera cuestión ha sido ya abordada en estudios previos que han mantenido que la epigrafía fue introducida en el Noroeste como un instrumento más del imperialismo romano (e.g. Pereira, 1995: 294-295; Sastre, 2002a: 15-33, 2004a, 2004b y 2007b: 1317-1324).



Imagen 11.- Inscripción imperial a Augusto localizada en Campa Torres (Gijón) (CIL II 2703). Fuente: *Hispania Epigraphica*.

Esta concepción de la epigrafía, parte de las reflexiones que se han realizado acerca del hábito epigráfico y de su expansión en el mundo romano y que han llegado a la conclusión de que la epigrafía fue un vehículo de expansión de la ideología imperial. Esta característica de la epigrafía

no sería exclusiva de Roma, sino que tuvo sus antecedentes en el mundo helenístico, donde ya las inscripciones habían constituido un medio de expresión de poder y prestigio entre las élites griegas (Hedrick, 1999: 425; Ramírez Sánchez, 2009: 9-10). En Roma, la relación entre epigrafía y poder político se hizo evidente, pues ésta se configuró como el medio idóneo para que las élites difundieran su mensaje (Alföldy, 2004: 138). Los programas epigráficos de Agripa o de Augusto ensalzando la figura del fundador del Principado y su familia, y que han sido estudiados en *Hispania*, confirman esta vinculación entre epigrafía y política (Abascal, 1996: 45-82; Rodá, 2005: 319-332). A medida que se conquistaron nuevos territorios, los militares y los miembros de la administración romana expandieron el hábito epigráfico a nuevas regiones. Su lengua, sus formularios o sus soportes, que formaban parte de un lenguaje oficial, acabarían convirtiéndose en un código social entre las poblaciones sometidas.

Algunos trabajos han analizado cómo pudo desarrollarse este proceso. Así, se ha indicado que las élites conquistadas quisieron participar en las políticas romanas y mostrar su proximidad con el ejército y la administración dominantes (Häussler, 1998: 35). La adopción del lenguaje del conquistador sería, en estos casos, una forma idónea de aproximarse a quien detentaba el poder, por lo que la

incorporación del hábito epigráfico pudo ser una de las estrategias adoptadas por las élites locales para reforzar su estatus²³. Con ello epigrafía y poder político quedaron directamente interconectadas en las comunidades sometidas.



Imagen 12.- Epitafios funerarios. A la izquierda procedente del campamento militar de *Aquincum* (Budapest). Imagen propia. A la derecha procedente de Alcolea del Río (Sevilla). Fuente: *Hispania Epigraphica*.

En este contexto, los epígrafes se convirtieron en piezas claves, en los que no sólo importaba el texto que contenía la pieza, sino la pieza en sí misma, la cual pasó a tener un significado simbólico, relacionado con formas de expresión del poder (Alföldy, 2004: 149). Esto es además plenamente coherente con un mundo en el que la población sería mayoritariamente analfabeta y, en consecuencia, incapaz de leer las inscripciones²⁴. El formulario estricto y repetitivo de los epígrafes, las abreviaturas y la codificación simplificada de los textos, pudieron

²³ Así lo ha propuesto, por ejemplo, Keay (1992) para zonas como el valle del Guadalquivir entre el siglo III a.C. y el siglo I d.C. La epigrafía se convertiría en una de las herramientas para reforzar la posición de la élite, no sólo en el Noroeste.

²⁴ Así, por ejemplo, los estudios de Harris (1989) propusieron que el grado de alfabetización de la población masculina de Italia en época altoimperial no superaría el 15%, siendo aún más bajo entre la femenina. Estas aproximaciones han sido aún más rebajadas por otros autores como Cascajero (1993), quien consideró que apenas alcanzaría el 10% durante la República Tardía. Por su parte, Sastre (2004b: 15-18) ha señalado que en ámbitos rurales, como el Noroeste, los índices de alfabetización serían aún mayores.

estar pensados para ser fácilmente reconocidos por la población. En el mismo sentido puede interpretarse la importancia de la iconografía, capaz de transmitir mensajes que trascendían al del texto y que podían ser entendidos por la mayoría analfabeta (Abásolo y Marco, 1995: 333ss; Navarro Caballero, 1998; Rose, 2003: 172; Sastre, 2004b: 15). La epigrafía se configuró entonces como un mecanismo de legitimación pública y autorrepresentación de las élites que era reconocido por el conjunto de la población.

Epigrafía y poder parecen entonces estrechamente relacionados. En contextos urbanos, además, la epigrafía adquirió un significado social propio, pues estuvo asociada a la monumentalización de los centros y al papel evergético de las aristocracias (Mayer, 1999: 18; Buonocore, 2009). Pero la epigrafía no fue un fenómeno exclusivo en estos ámbitos, sino que también se extendió por regiones como el Noroeste, marcadas por su ruralidad. Aquí, la ausencia de elementos como la plástica, el evergetismo y la monumentalización de muchos asentamientos con inscripciones, llevan a pensar que las formas de apropiación y utilización de la epigrafía difirieron de los ámbitos urbanos.

Las comunidades del Noroeste entraron en contacto con la epigrafía a través de los conquistadores por lo que no es extraño que este elemento se convirtiera en un reflejo del poder imperial para estas poblaciones (Pereira, 1995: 294). Las primeras inscripciones

documentadas en esta región están dedicadas al emperador y su familia y reflejan los nuevos marcos de referencia socio-política construidos por la administración romana. Dentro de este tipo de inscripciones se pueden incluir algunos ejemplos conocidos como las famosas Aras Sestianas, erigidas posiblemente por Lucio Sestio Quirinal en honor a Augusto y de las cuales se tiene noticia a través de referencias literarias (Mela, 3, 13; Plin. *NH*, 4, 111-12;



Imagen 13.- Ara cilíndrica de Augusto dedicada por los *Bracaraugustani* y procedente de Braga (*ILS* 8895). Fuente: *Hispania Epigraphica*.

Ptol. 2, 6, 3), además de la inscripción imperial de Calpurnio Pisón (*CIL* II 2703) de Campa Torres (Gijón) fechada en el 9-10 d.C. (Fernández Ochoa *et al.* 2005). También las nuevas entidades administrativas impuestas por Roma aparecen en los primeros epígrafes. Sirva como ejemplo el documento que recoge a los *Bracaraugustani*, junto al *legatus* Paulo Fabio Maximo, dedicando una inscripción a Augusto (*ILS* 8895; *vid.* **Img. 13**). Por último, una serie de tábulas y pactos de hospitalidad en bronce (Balbín, 2006) reflejan los cambios en la ordenación social y territorial del período.

En paralelo, los miembros de la administración romana y el ejército presentes en el Noroeste utilizaron la escritura como parte de sus propias prácticas culturales votivas y funerarias. Dichas prácticas sirvieron de modelo y se difundieron entre las comunidades locales (Abásolo y Marco, 1995: 332; Pereira, 1995: 294; Sastre, 2002a; Beltrán y Alonso, 2010; Beltrán, 2016: 161ss).



Imagen 14.- La imagen de la izquierda se corresponde con la estela de *Q. Cumelius Celer*, veterano de la *legio II Adiutricis* (*CIL* II 2639), fue localizada en Astorga. La imagen de la derecha se corresponde con la estela de *Fabia Eburi f.* y *Virius Caessi f.* del (c invertida) *Eritaeco* (*ERPL* 155), procedente de Astorga. Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

Todos estos elementos dieron lugar a una epigrafía que cobró sentido dentro del nuevo marco de la sociedad provincial. En este trabajo se considera, por tanto, que su significado es el resultado de las nuevas relaciones sociales y territoriales impuestas tras la conquista, sin continuidad con el mundo prerromano, y su interpretación y lectura contribuyen a entender los cambios y continuidades en dichas relaciones a lo largo de los siglos I y II d.C. Como se adelantó, de acuerdo a estudios previos (Sastre, 2001 y 2007b), una de las principales transformaciones que experimentaron las comunidades del Noroeste con la llegada de Roma fue la aparición de profundas desigualdades sociales con el surgimiento de unos grupos de poder locales (*vid.* Cap. 2.1.4). Éstos contaron con elementos a través de los cuales diferenciarse del resto de la población local. En este contexto, la epigrafía fue una de estas piezas de diferenciación social y reconocimiento de posición preeminente (Sastre, 2004b: 15ss y 2007b: 1319ss). Esta consideración permite leer la epigrafía como manifestación de prestigio, controlada por los grupos de poder. A su vez, esto implica aceptar que las élites tuvieron un acceso preferente a las inscripciones o que, incluso, coparon su producción, dejando al margen de la erección de epígrafes a la mayoría de la población, cuestión, por otra parte, no exenta de polémica.

Es posible que las élites tuvieran acceso a ciertos lugares más visibles y favorables para exponer sus inscripciones. Esto es evidente, por ejemplo, en la epigrafía de foros como el de *Tarraco*, donde se concentraron los epígrafes en posiciones claramente preferentes (Rodá, 2009: 71). En el Noroeste, lamentablemente, hay muchos problemas para confirmar la ubicación de las inscripciones, pues apenas se conocen espacios monumentales sagrados y las necrópolis localizadas también son muy escasas, lo que ocasiona que la mayoría de las piezas se encuentren descontextualizadas. Por otra parte, que la epigrafía fuera utilizada de forma desigual no equivale a decir que sólo una parte de la población tuviera acceso a la misma. Aunque es cierto que en regiones como El Bierzo o el occidente asturiano los hallazgos epigráficos son realmente escasos, existen otras zonas, como el occidente de Zamora, en las que los índices de producción epigráfica pudieron ser mucho más elevados, a juzgar por el número de inscripciones que se han conservado²⁵.

²⁵ La reciente tesis doctoral de Beltrán Ortega (2016) ha recogido más de 500 inscripciones en la zona interfronteriza de Zamora y Bragança.

Un reciente estudio estadístico llevado a cabo por Beltrán Ortega, ha contribuido a despejar esta incógnita, confirmando que incluso en regiones zamoranas como Aliste o Sayago, donde el número de hallazgos es más que considerable, el acceso de las comunidades del Noroeste a las inscripciones funerarias sería muy escaso, por lo que es posible suponer que también en estas regiones su uso quedaría restringido a los grupos aristocráticos (Beltrán Ortega, 2016:172ss).

ZONA	100% DE LAS INSCRIPCIONES	50% DE LAS INSCRIPCIONES	10% DE LAS INSCRIPCIONES
Aliste	0,42%	0,84%	4,2%
Cuenca noroccidental del Duero	0,01%	0,02%	1%
Sayago	0,9%	1,8%	9%

Tabla 1.- Tasa de Uso Epigráfico por regiones según la estimación de inscripciones conservadas (100%, 50% y 10%). Esta tasa indica el porcentaje de población que dispondría de estela funeraria confirmando que, aunque el número de ejemplares conservado haya sido bajo (10% del total), un porcentaje muy pequeño de la población habría contado con una estela (1% en el caso de la CND). Fuente: Beltrán Ortega, 2016: 214

Esta lectura es coherente con un Noroeste en el que se fueron configurando grupos de poder tras la conquista y en el que las élites necesitaron de formas de diferenciación social. Por ello, las aristocracias se pudieron apropiar de la epigrafía como lenguaje de poder, manteniendo al margen al resto de la población. Estas restricciones pudieron venir marcadas por una desigual capacidad económica, propuesta que ya realizó Tranoy (1984: 272), quien supuso que erigir una inscripción sería símbolo de poder económico no accesible a cualquiera. Pero tampoco es descartable, según la propuesta de Sastre, que las aristocracias controlasen directamente el acceso a la práctica epigráfica (Sastre, 2002: 21). Esto no quiere decir que sólo los aristócratas pudieran tener epígrafes, o que existiera una prohibición a que se levantaran inscripciones fuera de ciertos

grupos sociales, pero sí que, por ser una forma de manifestación de poder y prestigio, estuviera controlada por los grupos de poder.

- La segunda cuestión ha representado un problema fundamental en los estudios epigráficos, pues existen numerosas dificultades a la hora de precisar la cronología de las inscripciones y las propuestas siempre son arriesgadas. Esto ha ocasionado que los epígrafes se hayan datado en rangos cronológicos demasiado amplios, abarcando dos siglos (I-II d.C. o II-III d.C.)²⁶. La imprecisión en las dataciones ha contribuido, a su vez, a retrasar el desarrollo del hábito epigráfico a época flavia, visión favorecida por las aproximaciones que han considerado al Noroeste como región que fue objeto de una romanización tardía o poco profunda (*vid.* Cap. 2.1.3). Sin embargo, como ya se ha señalado, este estudio se aborda considerando que la época flavia supuso una confirmación del proceso iniciado tras la conquista, momento desde el cual el territorio entró en la órbita romana. Por tanto, parece más acertado considerar que el hábito epigráfico empezó a generalizarse ya en un momento temprano, inmediatamente después de la conquista y del surgimiento de unos grupos de poder locales.

Para analizar los argumentos que apoyan esta interpretación hay que empezar por definir unos criterios de datación que permitan precisar la cronología de las inscripciones, pues manejando las dataciones genéricas que las sitúan en los siglos I-II d.C. o II-III d.C., no es posible detectar variaciones en el período de estudio.

Para ello se dispone de una serie de criterios de datación que son comúnmente aceptados por la mayoría de los expertos²⁷ para contextos epigráficos de la Península Ibérica y que se han seguido en este trabajo:

- La fórmula *HSE* es temprana, pudiendo adscribirse a inicios del siglo I d.C., especialmente su desarrollo completo; la inclusión de *STTL* puede ser posterior, pero encuadrable a mediados o segunda mitad del siglo I d.C. (Stylow, 1995: 223).

²⁶ Sobre esta problemática se han hecho eco ciertos trabajos como los de Abascal (2002) o Hernando Sobrino (2011).

²⁷ Así, por ejemplo, Stylow (1995: 223) los recoge para la Bética, Alföldy (1975: 471) para *Tarraco*, Beltrán Lloris (1980: 334-335) para *Saguntum*, Knapp (1992:356-359) para el centro peninsular y recientemente Edmondson (2006) para las estelas en granito de *Emerita*. En fecha reciente Sastre *et al.* 2014 han recogido estos criterios para el Noroeste.

- La inclusión de la fórmula *Diis Manibus Sacrum* se produce a partir del final del siglo I d. C. (Le Roux y Tranoy, 1973: 178) aunque se generalizó en el siglo II d.C. en *Tarraco* (Alföldy, 1975). En el Noroeste la fórmula parece comenzar a emplearse a principios del siglo II d.C. (López Barja, 1993: 287). El uso de la fórmula abreviada *DM* se corresponde con una época un poco posterior, ya entrado el siglo II d.C.
- La omisión de la filiación se generalizó desde mediados del siglo II d.C.
- Los epítetos en superlativo (*carissimo*, *piissimo*...) tienen una datación más tardía, a partir de la segunda mitad del siglo II d.C. El empleo de adjetivos superlativos para referirse a los difuntos es una práctica que apareció en *Tarraco* a finales del siglo I d. C., pero que no se extendió hasta después de la segunda mitad del siglo II d. C. (Alföldy 1975: 473-475).
- El uso de la fórmula no abreviada para indicación de edad (*annorum*) se data a finales del siglo II d.C. (García Merino 2008: 269).

Más complicados son los criterios de datación basados en la onomástica, pues entran en juego cuestiones jurídicas y la interpretación que el historiador realice del estatuto de las poblaciones. En cualquier caso, es posible apuntar algunas tendencias:

- *Praenomen* + *nomen*: datación temprana, en muchas ocasiones republicana, anterior al gobierno de Tiberio.
- Nombres en nominativo: hacia el cambio de era (25 a.C-25 d.C) y relacionados con la fórmula *HSE* tanto abreviada como completa (Edmonson 2006: 85), aunque en ocasiones se volvieron a emplear en época tardía. Sin embargo lo habitual fue el uso del dativo, que se puede encontrar desde el segundo o tercer cuarto del siglo I d. C.
- Algunos gentilicios pueden indicar datación. Así, es probable que *Flavius* sea posterior al 70 d. C.
- Onomástica completa (*tria nomina*, a veces con filiación): siglo I d.C.
- Omisión del *praenomen*: principalmente a partir de mediados del siglo II d.C. (López Barja, 1993: 37).

- *Nomen* abreviado: A partir de mediados del siglo II d.C.

	Estructura onomástica	Cronología aproximada
1	<i>Praenomen+nomen</i>	Final siglo I a.C. — principios siglo I d.C.
2	<i>Praenomen+nomen+cognomen</i>	Siglo I d.C.
3	<i>Nomen+cognomen</i>	Desde mediados del siglo II d.C.
4	<i>Praenomen+nomen</i> abreviado+ <i>cognomen</i>	Final siglo II d.C. — principios siglo III d.C.

Tabla 2.- Criterios de datación según la estructura onomástica.

En cuanto a la cronología de las aras votivas, los criterios de datación resultan más complicados, pues el uso de las fórmulas de consagración como *ex voto*, *votum solvit libens merito* o *sacrum* se emplearon a lo largo de toda la época altoimperial. No obstante, las votivas comparten con las funerarias el criterio onomástico comentado.

La evolución iconográfica permite ajustar algo más determinados casos de inscripciones que por su texto podrían situarse en un arco cronológico demasiado amplio. Como ya se ha adelantado, es posible partir de los primeros modelos datables con seguridad: los epitafios correspondientes a los soldados de las unidades militares de ocupación que se asentaron en el Noroeste tras las guerras cántabras. Especialmente significativas son las estelas de los soldados de la *legio X gemina*, por ser las más numerosas, y cuya presencia en los campamentos de Astorga y Rosino de Vidriales (*Petavonium*) fue necesariamente anterior al año 70 d.C., fecha de su salida definitiva de *Hispania*. Estos primeros modelos, de enorme



Imagen 15.- Estela de C. Coelius Cai f. Papiria Valens, militar de la *legio X gemina* y procedente de Astorga (IRPL 79). Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

sencillez, fueron los que imitaron las aristocracias locales añadiendo posteriormente nuevos elementos y aumentando su complejidad (Abásolo y Marco 1995: 337; Beltrán y Alonso, 2010; Beltrán *et al.* 2013).

En los primeros momentos ésta sería una epigrafía de carácter político hecha por los conquistadores o directamente influenciada por los mismos (Pereira, 1995: 294; Sastre, 2002a). En este grupo se pueden incluir las inscripciones honoríficas dedicadas a Augusto que se recogen a continuación.

IRLu 19. Lugo. <i>[Romae et Augusto] / Ca[esari] / Paullus Fabius / Maxumus(!) / legat(us) Caesaris</i>	IRLu 20. Lugo. <i>[Romae et Augusto] / Cae[sari] / Paullus F[abius] / Maxum[us!] / legat(us) Caesaris</i>
ERA 12. Gijón. Asturias. <i>Imp(eratori) Caesari Augusto divi f(ilio) / co(n)s(uli) XIII imp(eratori) XX pont(itifici) max(imo) / patr(i) patriae trib(unicia) pot(estate) XXXII / [- - - / - - -] sacrum</i>	ILS 8895. Braga. <i>Imp(eratori) Caesari divi filio Augusto / pont(itifici) max(imo) Trib. Pot. XXI / sacrum Bracaraugustani / Paulli Fabi Maxsimi leg(atus) Pro pr. / natali dedicata est</i>

También a este grupo pertenecería el Edicto del Bierzo (*vid.* **Img. 4**), fechado en el 15 a.C. (Sánchez-Palencia y Mangas, 2000) y algunas tábulas de hospitalidad y patronato y clientela que se conocen para el Noroeste (Balbín, 2006) y que se fechan en una cronología muy temprana.

Tábula Lougeiorum. 1. d. C. HEp 1, 1989, 458

C(aio) Caesare Aug(usto) f(ilio) L(ucio) Aemilio Paullo co(n)s(ulibus) / ex gente Asturum conventus Arae / August(a)e / civitas Lougeiorum hospitium fecit cum / C(aio) Asinio Gallo libereis postereisque eius / eumque liberos posterosque eius sibi libe(re)s postereisque suis patronum cooptarunt / isque eos in fidem clientelamque suam suo(rum)que recepit / egerunt legati / Silvanus Clouti / Nobbius Andami

Pedroso. 7 y 8 d.C. AE 1983, 476

Q(uinto) Caecilio Metello A(ulo) Licinio co(n)s(ulibus) / D(ecimus) Iulius D(ecimi) f(ilius) Gal(eria) Cilo hospitium fecit / sibi liberis posterisque suis cum Nigro / et Rufo et Prisco Turdulis Veteribus / liberis posterisque eorum

Primer Pacto de los Zoelas. 27 d.C. CIL II 2633

M(arco) Licinio Crasso / L(ucio) Calpurnio Pisone co(n)s(ulibus) / IIII K(alendas) Maias / gentilitas Desoncorum ex gente Zoelarum / et gentilitas Tridia(vorum) ex gente idem / Zoelarum hospitium vetustum antiquom / renova(verunt) eique omnes ali(u)s alium in fi(dem) clientelamque suam suor(um)que

libero/rum posterorumque receperunt egerunt / Araus Ablecaeni et Turaius Clouti Docius Elaesi / Magilo Clouti Bodecius Burralli Elaesus Clutami / per Abienum Pentili magistratum Zoelarum / actum Curunda / Glabrione et Homullo co(n)s(ulibus) V Idus Iulias / idem gentilitas Desoncorum et gentilitas / Tridiavorum in eandem clientelam eadem / foedera recepunt ex gente Avolgorum / Sempronium Perpetuum Orniacum et ex gente / Visaligorum Antonium Arquium et ex gente / Cabruagenigorum Flavium Frontonem Zoelas / egerunt / L(ucius) Domitius Silo et / L(ucius) Flavius Severus / Asturicae

El Bronce de El Picón. 27 d.C. *HEp* 18, 2009, 479

Primer fragmento. *[M(arco) Licinio Cr]asso Fr[ugi et] / [L(ucio) Calpurnio Pisone co(n)s]ulibus*

Segundo fragmento. *[... hospitium ... reno]/vavit cum s[enatu popul]/oq(ue) Bletisam[ensi ... Eum]/que senatus [populusque] / Bletisamen[sis liber]/os posterosq(u)e ei[us...in...am] / icitiamque su[am receperunt] / ita ut civem [...]/in perpetu[o...]/egit ipse A[...]/T O N E [...]*

Tabula de El Caurel. 28 d.C. *HEp* 8, 1998, 334

Appio Iunio Silano P(ublio) Silio / Nerva co(n)s(ulibus) / Tillegus Ambati f(ilius) Susarrus / (C invertida) (castello) Aiobrigiaeco hospitium / fecit cum Lougeis castellanis / Toletensibus sibi uxori libe/ris posterisque suis eumq(ue) uxorem liberosque eius / in fidem clientelamque sua/m suorumque in perpetuo cas/tellanei Toletensis receperunt / egit Tillegus Ambati ipse / mag(istris) Latino Ari et Aio Temari

Tabla 3.- *Tabulae* de los conventus Bracaraugustanus, Asturum y Lucensis fechadas en el siglo I d.C.

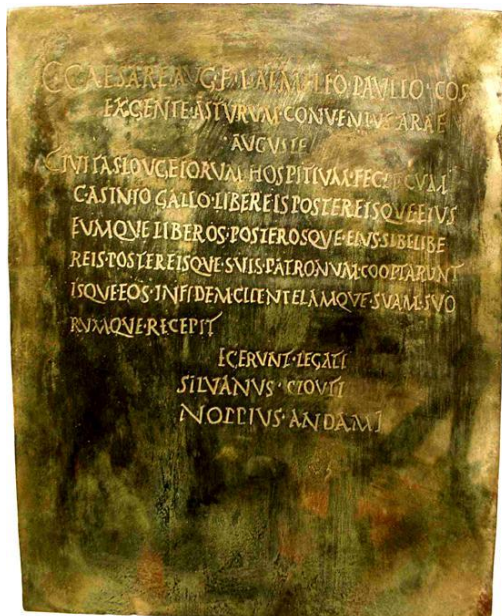


Imagen 16.- A la izquierda *Tabula Lougeiorum*, fechada en el 1 d.C. A la derecha, *Tabula* de El Caurel del 28 d.C. Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

La epigrafía de esta primera fase está relacionada con la organización del territorio recién conquistado a través de la articulación de distintas unidades administrativas, destacando la temprana aparición de *civitates* (tal y como confirma el Edicto del Bierzo) y de la configuración de nuevas realidades locales. Se trata de un período de constantes cambios, pues las unidades fueron modificándose y readaptándose a medida que las autoridades romanas fueron afianzando su dominio y fueron conociendo los recursos susceptibles de ser explotados. Así, por ejemplo, se creó el *conventus Arae Augustae* según la *Tabula Lougeiorum*, cuyo nombre desapareció poco después, bien por ser

sustituido por el de *conventus Asturum* (Dopico, 1988: 61), bien por formar un antiguo *conventus* que desapareció para dar paso a la organización conventual posterior²⁸.

De forma paralela y antes de época flavia, el hábito epigráfico se extendió por el Noroeste imitando las prácticas romanas. Este proceso no supuso, sin embargo, la democratización del uso de la epigrafía, que estuvo en manos de los grupos de poder y conservó por tanto su carácter político y aristocrático (Sastre, 2007a y 2007b; *vid. supra*). Esta realidad formó parte del mismo proceso anterior: al tiempo que se implantó la

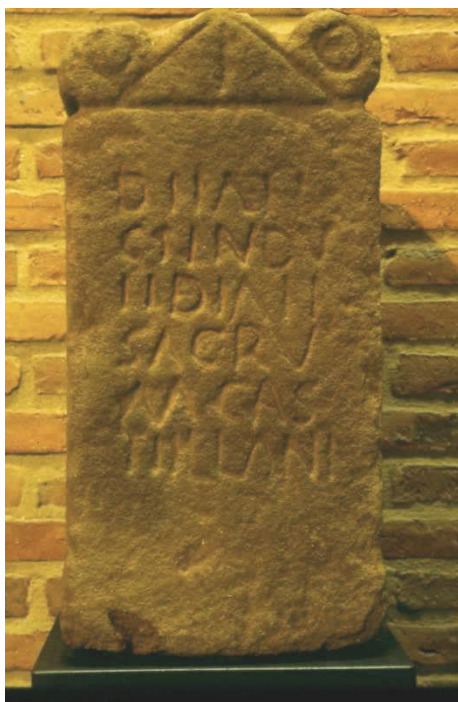


Imagen 17.- Ara a la *Dea Cenduedia* dedicada por unos *castellani* (ERPL 4), procedente de San Esteban del Toral, Bembibre (León). Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

²⁸ Según Fernández Ochoa y Morillo (2002a), este *conventus* se correspondió con toda el área ocupada por astures y galaicos, ya que su capital se situaba en el mismo emplazamiento en el que se encontraban las *Arae Sestianae*. Sin embargo, Alföldy (2007: 333-335) sostiene que este *conventus* se extendió por la zona ocupada por los astures augustanos, con capital en *Asturica*, mientras que los astures transmontanos formarían otro *conventus* con capital en la Campa Torres. De opinión similar, aunque identificando el *conventus Arae Augustae* con los transmontanos, es Rodríguez Colmenero (1996: 308-309). De acuerdo a esta última propuesta, la situación se alteró con la unificación de ambos territorios en el *conventus Asturum* y la transformación del campamento de la *legio X*, en ciudad y capital conventual. Sin embargo, el carácter campamental de *Asturica* hasta comienzos del gobierno de Tiberio (entre el 15 y el 20 d.C. según Orejas y Morillo, 2013: 95), dificulta la posibilidad de que al mismo tiempo se hubiera tratado de la capital conventual del *conventus Arae Augustae*. Como se comprueba la cuestión sigue abierta a debate, pero lo que queda claro es que el Noroeste experimentó diversas transformaciones administrativas y organizativas a lo largo de las primeras décadas del siglo I d.C.

civitas y se fue conformando la estructura administrativa, surgieron unos grupos de poder que se hicieron con el control de esas nuevas *civitates*. Estos grupos erigieron inscripciones, que en esta fase se caracterizan por el uso de fórmulas sencillas y algunos rasgos característicos como el signo \supset (e.g. *ERPL* 46) o las dedicatorias colectivas por parte de *castellani* (e.g. *ERPL* 4; *vid.* **Img. 17**). De acuerdo con la interpretación fundamentalmente de Sastre (2007b: 1321), estos elementos se pueden identificar con los grupos aristocráticos que se hicieron con el control político de sus *civitates* correspondientes.

La época flavia supuso una inflexión en las fórmulas epigráficas, momento en el que probablemente desaparecieron el signo \supset y las menciones a colectividades de tipo *castellani* en las inscripciones. Este proceso se explica atendiendo a los cambios sociales y territoriales documentados en este período, tal y como se verá. Además, los grupos de poder pasaron ahora a visibilizarse de forma más clara a través de menciones a individuos que destacaron en sus comunidades (e.g. *CIL* II 2701).

Además de la epigrafía, el período flavio supone un momento de confluencia de varios cambios que se entienden, sin embargo, como parte del proceso de organización territorial y jerarquización social iniciado con anterioridad y que ahora, de forma coherente con el contexto imperial, parecen consolidarse (*vid.* Cap. 10).

El siguiente paso se detecta en el siglo II d.C., cuando se encuentran varias inscripciones honoríficas dedicadas a emperadores de la dinastía de los Antoninos (e.g. *CIL* II 2516 y *CIL* II 2517), que revelan que nuevos procesos afectaron al Noroeste en esta centuria. A éstas se sumarán varios epígrafes funerarios, datados con seguridad en el siglo II d.C. por la fórmula *DMS* o *DM* (e.g. *ERPL* 141 o *ERPL* 150) y las inscripciones que recogen a miembros de la administración imperial junto con cargos del ejército (e.g. conjunto Villalís-Luyego-Priaranza, *vid.* Cap. 11.2).

En esta fase se detectan ya ciertos cambios que se harán evidentes en las primeras décadas del siglo III d.C. En este momento hay documentadas varias inscripciones de *procuratores* en *Asturica Augusta* (ERPL 35, 36, 39, 40, 49, 59, 60, 61, 81, 187, 203), fechadas entre el 192 y el 222 d.C. A partir de ese año, los testimonios a *procuratores* desaparecen, algo que sin duda se relaciona con el cese de las operaciones mineras estatales probablemente en época de Caracalla (vid. Cap. 12.1). Posiblemente esto fue unido a nuevos cambios administrativos, como reflejan las inscripciones que mencionan una nueva provincia (*Hispania Superior*) cuya interpretación no es del todo clara. El siglo III d.C. es además una época difícil para los estudios epigráficos, por la drástica reducción de la producción de inscripciones a nivel imperial.

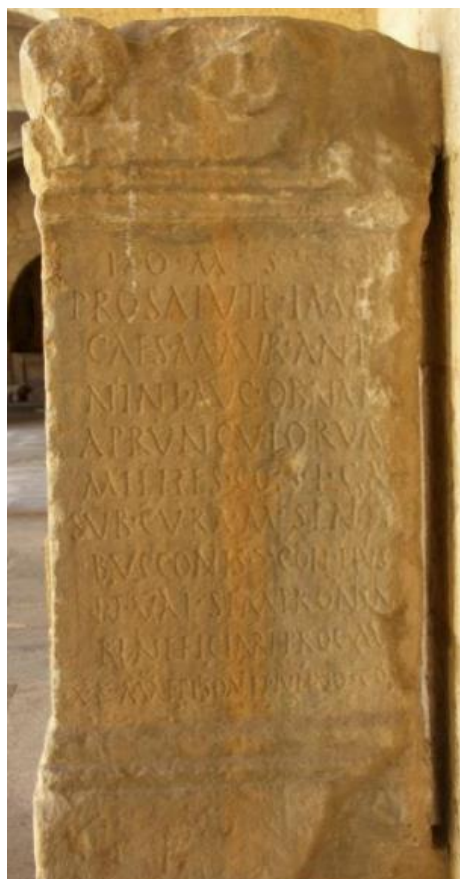


Imagen 18.- Ara de Valerius Sempronianus, *beneficiarius, procurator Augustorum* localizada em Villalís de la Valduerna, León (ERPL 68). Fuente. C. Witschel. *Epigraphic Database Heidelberg*.

3.2.3. Las aportaciones de la documentación numismática antigua.

- **Los análisis desde la Arqueometalurgia**

La documentación numismática ha pasado desapercibida en varios trabajos relacionados con las zonas mineras. En los últimos años, en cambio, ciertos estudios se han centrado en las monedas como piezas susceptibles de ser estudiadas mediante los métodos analíticos procedentes de la arqueometalurgia, una disciplina cuyo desarrollo ha experimentado una gran proyección. Este impulso se ha visto plasmado en la publicación de revistas de gran prestigio (como *Archaeometry* o *Journal of Archaeological Science*), en congresos de dimensión internacional (como el *International Symposium on Archaeometry*, que recorre ya una larga trayectoria, o la serie de *International Conferences Archaeometallurgy in Europe*) y en numerosas

publicaciones (*e.g.* Montero, 2010; Hunt Ortiz, 2012; Domergue *et al.* 2012; Montero y Orejas, en prensa; Orejas *et al.* en prensa). Todos estos trabajos han abierto un campo de posibilidades de aplicación al campo de la investigación tanto de la numismática como de la minería antigua. Sin embargo, y antes de profundizar más en estas cuestiones, conviene recordar que todos estos trabajos no poseen interés por sí mismos a no ser que sus resultados contribuyan a generar un discurso histórico. Esto implica que los análisis arqueométricos han de estar orientados por los objetivos e intereses específicos de la investigación y que, por tanto, han de entenderse como parte de procesos históricos.

Sintetizando mucho la cuestión, se pueden reconocer en líneas generales tres grandes grupos de métodos analíticos (*cfr.* Hunt Ortiz, 2003: 12-26 y 2013: 203-204):

- Métodos para la caracterización elemental (composición química) de metales, entre los que destaca la Fluorescencia de Rayos X (*e.g.* Delibes de Castro y Montero coords. 1999: 275-331).
- Métodos para la determinación de compuestos mineralógicos, siendo la Difracción de Rayos X la más utilizada (*e.g.* Hunt Ortiz, 2003: 161).
- Métodos para determinar la procedencia de los minerales utilizados en la producción metálica, donde el método de los isótopos de plomo y cobre se ha mostrado muy prometedor (*e.g.* Montero y Hunt Ortiz, 2006: 87-95; Klein y Brey, 2010; Hunt Ortiz, 2012).

El análisis isotópico ha tenido gran aplicación en el estudio de la minería en los últimos años pues, aún con sus problemas y limitaciones, permite establecer la relación entre los objetos recuperados en contextos arqueológicos (desde minerales a objetos elaborados, pasando por productos semielaborados como lingotes) y los depósitos minerales de donde procedía el mineral con el que fueron producidos. La ventaja fundamental de este método es que permite caracterizar una composición isotópica de plomo específica en cada depósito mineral. Además, a diferencia de lo que ocurría con los análisis químicos elementales, la composición isotópica es inmutable a lo largo de todos los procesos físico-químicos, naturales o antrópicos, a los que pudiera someterse el mineral. Con ello, la composición isotópica es una especie de huella que permite identificar el metal de los objetos y relacionarlo con el depósito (o depósitos) de procedencia. Sin embargo, este método también presenta limitaciones que podrían resumirse en las siguientes:

- La mezcla de metal de distinta procedencia en las piezas puede dificultar la identificación isotópica de los depósitos.

- Existen dificultades interpretativas en depósitos con composiciones isotópicas muy amplias.
- El banco de datos disponible no es completo, por lo que no están caracterizadas todas las posibles fuentes de procedencia.

A pesar de ello, la aplicabilidad del método de isótopos a la investigación arqueológica es muy amplia y ha dado como fruto importantes resultados. Entre ellos, y por ser de interés para este trabajo, destacan los estudios de Butcher, Ponting y Gitler relacionados con el denario de plata romana (Gitler y Ponting, 2003 y 2007; Butcher y Ponting, 2005 y 2011; Ponting, 2009), los cuales aparecen mencionados en otra parte de esta tesis (*vid.* Cap. 13.2). A través de estos análisis es posible obtener ciertos datos que contribuyen a entender los cambios en el sistema monetario entre los siglos I y III, cuestión de destacada relevancia por la relación que guardaron las acuñaciones monetarias y la explotación de las minas, fuentes de metal para el numerario (*vid.* Cap. 5.1).

No obstante, hay que tener presente que el análisis de la composición de las monedas representa un desafío, pues las piezas suelen mostrar mezcla de minerales de distinta procedencia, además de ser sometidas a procesos de refinado y amonedación que alteran la composición elemental de los metales. A pesar de ello, las composiciones isotópicas han permitido determinar, en algunos casos, los orígenes de las materias primas utilizadas. Este es el caso, por ejemplo de los estudios de Klein *et al.* (2004) sobre una muestra de 105 monedas de cobre acuñadas en Roma durante los gobiernos de Augusto y Tiberio. Los análisis de isótopos confirmaron que en época de Augusto, el metal procedía principalmente del sureste de *Hispania* y de Cerdeña, con aportación menor de la Toscana. En el período tiberiano, los cambios señalan un mayor protagonismo del suroeste, lo que indica que Río Tinto se convirtió en el mayor centro proveedor de cobre para amonedación (Klein *et al.* 2004: 478).

Por su parte, el análisis de las piezas de oro representa mayores dificultades, a consecuencia de su escaso o nulo contenido de plomo. A pesar de ello, en los últimos años se han realizado intentos que han permitido la caracterización isotópica de algunos depósitos mineros como los de Roșia Montană (*e.g.* Baron *et al.* 2011) y se ha llegado a identificar la procedencia del oro de algunos objetos, como es el caso de los nueve brazaletes de oro dacios analizados por Constantinescu *et al.* (2008 y 2009), a través del estudio de varios elementos traza (Sn, Sb, Te y también Pb). En el campo del análisis numismático destaca un reciente trabajo de Blet-Lemarquand *et al.*, en el que se han

identificado el paladio y el platino como elementos traza relevantes en acuñaciones de oro (Blet-Lemarquand *et al.* 2014a y 2014b). Estos elementos resisten tanto a la fusión como la copelación del oro, por lo que no se verían alterados en los procesos metalúrgicos y de amonedación a los que se sometió el numerario. El estudio de estos elementos, a través del análisis comparado de piezas, ayuda a comprender los procesos de acuñación y suministro de metal.

- **Sistema monetario y minería**

Como se comentó, el interés de estos estudios radica en la capacidad que tienen para sacar conclusiones que contribuyen a la comprensión de procesos históricos. En este sentido, el análisis del numerario es fundamental para este trabajo en un doble sentido. En primer lugar, las monedas y el sistema monetario permiten valorar el papel del oro en el Imperio romano, haciendo posible comprender el contexto histórico y social que justificó la explotación de las minas en una escala amplia. En segundo lugar, y a escala más local, el estudio del uso de la moneda y la circulación monetaria revela las formas de integración económica de las comunidades del Noroeste en el Imperio y se vincula con las formas de explotación económica provincial, dentro de las cuales hay que entender la minería.

Respecto a la primera cuestión, algunos trabajos previos han abordado ya la relación entre minería y sistema monetario (*e.g.* Sánchez-Palencia, dir. 2002; Wilson, 2007; Orejas y Sánchez-Palencia, 2016). Según estas aproximaciones, la clave para entender el control estatal de las explotaciones de oro y su orientación prioritaria a la acuñación de moneda, reside en la reforma augustea del sistema monetario basado desde entonces en la relación plata-oro.

El imperio romano necesitó un suministro adecuado de numerario, además de mano de obra y productos agrícolas, recursos que obtenía de las zonas bajo su control (Woolf, 1992b). Sin embargo, en las provincias existió una desigual circulación de moneda. Así por ejemplo, frente a otras regiones más monetizadas, en el Noroeste los hallazgos monetarios han sido muy escasos (Centeno, 1987; Barbosa, 1998-2002; Blázquez Cerrato, 2002, 2004 y 2005). Esto ha ocasionado que en muchos estudios sobre la región, no se haya prestado demasiada atención a las fuentes numismáticas. Existen, no obstante, varias excepciones como el trabajo de compilación de Centeno (1987) o las aportaciones de Mangas *et al.* (1984), Alegre y García (1990), Bost *et al.* (1992), Caamaño (1999), Blázquez Cerrato (2002, 2004 y 2005), Vila Franco (2005),

Gil Sendino y Villa (2005 y 2006), García-Bellido, coord. (2006a) y Sagredo (2007), por citar varios ejemplos. A estos trabajos hay que sumar algunas publicaciones sobre tesoros localizados en el Noroeste.

A través de estos estudios es posible acercarse a la segunda cuestión planteada: el estudio de la moneda como forma de aproximación a las formaciones sociales locales. En líneas generales, la escasez de hallazgos lleva a pensar que la circulación monetaria no fue generalizada en el Noroeste y que debieron de existir otras formas de intercambio que no tuvieron como base la moneda. A pesar de ello, es posible reconocer ciertas tendencias. Así, se observa que con la conquista romana la moneda empezó a tener una mayor representación en el Noroeste. Es de suponer que en los primeros momentos, la moneda se relacionó con las líneas de avance romanas. De esta etapa existen ciertas piezas características, como las monedas de la *caetra*. Una vez acabada la conquista, durante el período julio-claudio, la aparición de numerario fue frecuente en las capitales conventuales (destacando *Asturica Augusta*) y, sobre todo, en los campamentos militares, lo que vincula el numerario al ámbito administrativo-militar fundamentalmente. En esta fase, la concentración de monedas es especialmente significativa, aunque aun así, los hallazgos son muy escasos si se comparan con los de campamentos de otros puntos del Imperio (García-Bellido, 2006a: 651, fig. 178). En alguna ocasión, esta distribución del numerario se ha puesto en relación con la actividad minera del Noroeste, comparando esta zona con otros contextos como *Vipasca* o *Alburnus Maior* (e.g. García-Bellido, 1986). Sin embargo, el Noroeste, una zona donde la mano de obra no era asalariada y las poblaciones no obtenían beneficios directos con la explotación de las minas, es difícil sostener esta idea. Lo más probable es que este numerario deba relacionarse con el ambiente militar y administrativo encargado de gestionar las minas ya desde la primera mitad del siglo I d.C.



Imagen 19.- Moneda de *caetra* contramarcada con una cabeza de águila del Noroeste y fechada en época de Augusto (Ripollés, 2010: 45). Fuente: tesorillo.com

La época flavia representa el siguiente momento, al suponer el final de las cecas hispanas, la casi desaparición de los atesoramientos y el final de ciertas prácticas, como el contramarcado²⁹, aspectos que pueden ser integrados dentro de un proceso de cambio más amplio. Los hallazgos siguen concentrándose en centros administrativo-militares, con algunos descubrimientos aislados (*e.g.* en San Martín de Torres, Corona de Filiel, Corona de Quintanilla, Huerña, Pico Castro, Santa Colomba de Somoza o Turienzo de los Caballeros), situación que se mantendrá en el siglo II d.C.

Desde los primeros años del siglo III d.C., al igual que ocurrió con la epigrafía, la situación se hace menos clara pues, dentro de la zona de estudio, apenas aparecen hallazgos numismáticos, los cuales se reducen a unos escasos testimonios en Astorga y algún tesorillo. Esta fase se relaciona con un momento de profundos cambios a nivel imperial y que, en el Noroeste, supusieron el final de la minería del oro.

Además de los estudios regionales, los trabajos sobre el uso de la moneda durante el Alto Imperio han permitido, aunque no sin ciertas dificultades, establecer una relación entre el suministro de metal y el de moneda, identificando ciertas variaciones en la disponibilidad de metales usados para las acuñaciones (Howgego, 1992; Wilson, 2007). La actividad minera fue la principal fuente de suministro de metal en el Imperio, por lo que un estudio de las variaciones en el peso y en la cantidad de metal en las monedas, podría aportar pistas sobre la actividad en las minas. El cierre de algunas explotaciones o la apertura de nuevas zonas mineras, puede entonces vincularse con ciertas devaluaciones o recuperaciones monetarias.

No obstante, esta relación no es tan directa ni sencilla, pues lo cierto es que existieron otros mecanismos ajenos a la minería, que modificaron el flujo de metal disponible. Un claro ejemplo lo representa el metal proveniente de refundiciones, las cuales se convertirán en suministro importante para las acuñaciones en ciertos períodos como el de Constantino (*vid.* Cap. 13.2.1), tal y como parecen indicar ciertos análisis metalográficos efectuados sobre el numerario (Callu *et al.* 1985: 90-92). Con fecha más reciente se han llevado a cabo trabajos que han intentado cuantificar la frecuencia de metal reciclado (destaca, en este sentido, el análisis de Pollard *et al.* 2015 para el primer milenio d.C. en Inglaterra). Algunos de estos estudios (*e.g.* Montero y Orejas, en prensa) han constatado que nunca dejaron de existir aportes de metales frescos. Estas analíticas, que todavía se encuentran en fase inicial, serán esenciales para determinar la

²⁹ Desde la recopilación de Guadán (1960), ciertos fenómenos como el contramarcado o la partición de moneda han sido recogidos por ciertos estudios (Blázquez Cerrato, 1995 y 1999; García-Bellido, 2006b).

relación entre metal fresco y metal reciclado y valorar el peso que pudo tener el suministro procedente de las explotaciones mineras.

También la cantidad de moneda en circulación en un momento determinado puede ofrecer pistas en este sentido. Se han realizado diversos estudios en los que, contabilizando el número de troqueles para acuñación, el número de cecas operativas o los hallazgos de monedas, se ha intentado calcular el volumen de numerario total en un período concreto (*e.g.* Callu y Lorient, 1990; Bland y Lorient, 2010; Bland, 2013). Sin embargo, todos los métodos empleados presentan problemas metodológicos: por un lado, el número de cecas puede relacionarse con cambios en la organización del sistema monetario y su tendencia a una mayor o menor centralización, por lo que no sólo reflejan el volumen de acuñaciones (Corbier, 2005). Por otra parte, se desconoce el número de monedas acuñadas por troquel y los hallazgos de numerario aislado o en tesorillos, pueden responder a múltiples factores (como por ejemplo un momento de inestabilidad política), y no necesariamente a una variación en la cantidad de numerario en circulación.

En este sentido, hay que tener presente que sólo se pueden realizar estimaciones y que el estudio de la evolución del metal de las monedas revela ciertas tendencias que se relacionan con una mayor o menor actividad minera, pero esto hay que entenderlo dentro de un marco más amplio, en el que otros factores tuvieron también un peso específico.

De la lectura de obras como la de Buttre, muy críticas con el abuso de las propuestas basadas exclusivamente en estudios estadísticos, se podría concluir que en esta área de la investigación no hay ningún dato seguro y que en muchos casos se parte de conjeturas (Buttre, 1993). Los problemas y dificultades derivados de la aplicación de ciertas técnicas, según estas metodologías de trabajo, deben ser tenidos muy en cuenta a la hora de abordar una investigación en la que tienen que adoptarse varias cauelas. Sin embargo, es posible establecer ciertas tendencias generales que, integradas en un discurso histórico que combine el resto de fuentes disponibles de forma paralela, puede aportar información útil.

3.2.4. Las aportaciones de la documentación arqueológica.

Como ya se mencionó al plantear los objetivos generales, la elaboración de este trabajo ha sido posible gracias a la existencia de estudios anteriores que, en los últimos años, han ido completando los datos arqueológicos con los que se contaba para el Noroeste. Además de la información procedente de las numerosas campañas arqueológicas que se han desarrollado en la zona, principalmente desde los años 80 del siglo pasado, se cuenta con trabajos sistemáticos elaborados en las últimas décadas y que dan una visión mucho más completa. Esta información arqueológica, aunque todavía parcial, permite abordar investigaciones relacionadas con cuestiones específicas, dando respuesta a interrogantes antes inciertos.

En concreto, de forma destacada para esta obra, se encuentra el catálogo que recientemente ha completado el grupo de investigación *Estructura Social y Territorio. Arqueología del Paisaje* (IH. CSIC) y en el que se recogen varios yacimientos asociados con la *via Nova*, o vía XVIII del Itinerario Antonino, una calzada de época flavia que unió las principales zonas mineras del Noroeste, desde *Asturica Augusta* hasta *Bracara Augusta* (Sánchez-Palencia y Sastre, dir. 2011). Este trabajo se suma a otros muchos anteriores que ha publicado este equipo y que aparecen recogidos en la bibliografía de esta tesis (e. g. Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985 y 1988; Orejas, 1996; Sánchez-Palencia y Mangas, dir. 2000; Sánchez-Palencia, dir. 2000; Currás, 2014; Romero, 2016).

La zona asturiana no ha sido objeto todavía de una revisión sistemática semejante a la de la región occidental leonesa, pero las excavaciones de los últimos años, han permitido conocer suficientes datos como para incluir su estudio en el marco de esta tesis. En este sentido destacan los trabajos coordinados por de Blas y Villa (2002) o Camino (2005), a los que se unen las investigaciones de algunos castros asturianos relevantes de la parte occidental por parte de Villa (2001, 2002a, 2002b), especialmente en el Chao Samartín y la reciente tesis doctoral de Marín Suárez (2011), enfocada, no obstante, a la Edad del Hierro. En la parte central de Asturias, son reseñables los trabajos de Fernández Ochoa en Gijón (Fernández Ochoa, 2002; Fernández Ochoa *et al.* 2003), Lugo de Llanera (Fernández Ochoa *et al.* 2001) y la villa de Veranes (Fernández Ochoa y Gil Sendino, 1999 y 2007b; Fernández Ochoa *et al.* 2016) o las aportaciones en la reciente tesis de Requejo (2013) para el estudio de la cuenca del río Nora.

La región gallega también ha sido objeto de varios trabajos, algunos de ellos centrados en el poblamiento de esta zona, como la obra de Pérez Losada (2002), cuya contribución ha sido fundamental en esta tesis, o la obra de Caamaño (2009), quien ha realizado un estudio del recorrido de la *via Nova* en su tramo galaico, también fundamental. Por otro lado, al ámbito de la arqueología gallega pertenecen los trabajos de Parceró (1995 y 2002), González Ruibal (2006) o Grande Rodríguez (2007 y 2008), centrados en la Edad del Hierro y en el cambio de Era. A estos se añaden investigaciones sobre los grandes castros, como los trabajos de Arias Vilas (1992) en el conocido castro de Viladonga (Arias Vilas, 2000), o las recientes aportaciones de Sánchez-Pardo (2008 y 2010), quien incluye el estudio de la Antigüedad y de la Alta Edad Media. Mientras, en *Lucus Augusti*, sólo el desarrollo de la ciudad en los últimos años y la necesidad de efectuar excavaciones de urgencia, ha sacado a la luz algunos restos de la capital conventual que, por lo general, es aún muy desconocida. Aun así, existen algunos trabajos como los desarrollados por Rodríguez Colmenero (1996) o González Fernández (1997 y 2005).

Varias investigaciones portuguesas han contribuido a completar el panorama de la arqueología del Noroeste. Destacan, en este sentido, los trabajos de Martins (1990) en el valle del Cávado, los de Almeida (1996) en la región del Minho, los del Carvalho (2008a) para la fachada occidental del *conventus Bracaraensis* y los de Lemos (1993) para la zona de Tras-os-Montes. El sector oriental, con *Aquae Flaviae* como punto destacado, también ha sido objeto de investigaciones (Lemos y Martins, 2010). Por su parte, la capital conventual *Bracara Augusta*, ha sido abordada desde la arqueología portuguesa por investigadores como Morais (2001, 2005 y 2009), Lemos (2007-2008 y 2010) y Martins (2004), aunque lamentablemente, y a pesar del carácter monumental de la ciudad, las excavaciones sistemáticas han sido todavía muy escasas.

Por último, en la zona del occidente de Zamora, destacan las contribuciones de Esparza (1987), centradas en la Edad del Hierro, permaneciendo la época romana mucho menos estudiada, con algunas excepciones como los trabajos desarrollados en el campamento militar de *Petavonium* (Martínez García, 1999; Carretero, 2000).

Este panorama general, sin ser exhaustivo, revela cómo la documentación arqueológica disponible es muy heterogénea, pues no todas las regiones han sido estudiadas con la misma intensidad, ni las investigaciones han estado orientadas por objetivos similares. Esto ha ocasionado que el foco se haya puesto en determinadas cuestiones (como por ejemplo la transición de la Edad del Hierro al mundo romano),

permaneciendo otros temas relegados a un plano secundario. Como consecuencia inevitable, el conocimiento actual sobre el registro está influido por la trayectoria de la investigación y los datos disponibles dependen del mayor o menor desarrollo de los trabajos arqueológicos previos y de los intereses que han centrado estos trabajos.

No obstante, teniendo en cuenta estas limitaciones, es posible desarrollar un estudio como el presente. En él, se pretende superar el análisis arqueológico más tradicional (basado en el análisis, principalmente, de restos relacionados con los núcleos de habitación) y tratar al paisaje como objeto de estudio en sí mismo. Dicho de otra forma, en esta tesis se entiende que el paisaje no es simplemente un marco geográfico o un escenario sobre el que se desarrollaron las relaciones sociales, sino que el paisaje es algo mucho más complejo, definido como el resultado de las relaciones de los seres humanos con el entorno, de las distintas formas de apropiación del espacio, de la evolución de los intereses y estrategias productivas de los grupos humanos, de su mentalidad... El paisaje es, por tanto, “una construcción cultural que sintetiza relaciones sociales, económicas y ecológicas a través del tiempo” (Orejas, 2008: 79). Además, el paisaje no es algo que permanezca inmutable desde el pasado, sino que se encuentra en continuo cambio y transformación. Nuestra propia forma de concebir el espacio y de acercarnos a él, también define ese paisaje. Es necesario entonces hablar de procesos de cambio, desde la perspectiva de que el paisaje está en constante evolución.

Existen algunos documentos arqueológicos que permiten la aproximación a los paisajes antiguos y la detección de cambios en las dinámicas territoriales y sociales. Se trata de elementos que permiten ver distintas formas de apropiación y organización del espacio y que se relacionan, a su vez, con los procesos de provincialización y evolución de las comunidades dentro del Imperio. En ocasiones son claramente visibles e identificables como parte del paisaje antiguo. Este es el caso, por ejemplo, de los castros, los asentamientos abiertos o las minas antiguas. En otras ocasiones son, en cambio, menos visibles o han desaparecido, como es el caso de las vías que han perdido parte de su trazado, de las parcelaciones de las tierras de cultivo o de los límites entre *civitates*. Estos elementos, y las relaciones entre ellos, aportan información que ha de ser entendida conjuntamente con los datos que transmite la documentación literaria o epigráfica.

Existen, sin embargo, algunos problemas a la hora de realizar estas aproximaciones. En primer lugar, hay dificultades a la hora de determinar la cronología del registro, algo imprescindible cuando lo que se pretende es analizar procesos de

cambio. Incluso en las regiones en las que la documentación es más abundante, la mayoría de los asentamientos no ha sido objeto de un estudio territorial en profundidad y los datos disponibles proceden de fotointerpretaciones y prospecciones que sólo permiten determinar la morfología de asentamientos, pero que rara vez suministran material con el que precisar la fecha de ocupación. En general, se encuentran fragmentos de cerámica común romana o *tegulae* que dan rangos cronológicos de casi tres siglos (Serrano Ramos, 2008: 471-488). Y esto en el mejor de los casos, porque es muy frecuente que las labores agrícolas y la ocupación humana actual hayan desfigurado los yacimientos hasta el punto de que no es posible determinar de qué tipo de instalación se trata. Sólo queda entonces definir el yacimiento por la aparición de áreas de concentración de material, con las dificultades que esto supone, y clasificarlo de forma imprecisa como yacimiento romano de época altoimperial o tardío. El problema se vuelve más acusado cuando hay que enfrentar el análisis arqueológico del siglo II d.C. pues, mientras que las cronologías cerámicas para el siglo I d.C. están mucho mejor definidas, los materiales guía que permiten secuenciar la información de la segunda centuria son más complejos (Fernández García y Roca Roumens, 2008).

En segundo lugar, la información con la que se cuenta es desigual, con ausencia de análisis territoriales en muchas zonas, los cuales son necesarios para superar el análisis arqueológico local centrado en el yacimiento. No se trata sólo de determinar el tamaño o la función de los sitios ocupados, sino de realizar análisis de poblamiento que permitan ver cambios en las relaciones entre asentamientos, en las formas de ocupar el espacio, en las relaciones con otros elementos del paisaje, como las vías o los recursos mineros. Esto contribuye, además, a evitar el análisis del registro desde un punto de vista parcial y estático, entendiendo el paisaje como realidad dinámica y cambiante.

Por último, y de forma específica para este trabajo, la investigación de los últimos años ha prestado especial atención al mundo castreño, y a las formas que adopta el paso al mundo romano. Tales enfoques han sido adoptados porque, una de las preocupaciones fundamentales que ha guiado los trabajos, ha sido la de evaluar el impacto de la conquista romana con el fin de defender la continuidad (*e.g.* García Quintela, 2002: 19 y 2007; Parceró, 2000, 2002; Parceró *et al.* 2007) o la ruptura (*e.g.* Orejas, 1996; Sánchez-Palencia ed. 2000; Currás, 2014) con el pasado prerromano. Esto supone un problema a la hora de realizar un estudio de finales del siglo I d.C. y el siglo II d.C., pues los cambios que experimentó el registro en este período no han sido objeto de análisis tan profundos.

Esta tesis se enfrenta entonces al estudio de un período peor conocido arqueológicamente, lo que ha contribuido también a que en ocasiones se otorgue mayor peso a las informaciones obtenidas por otras fuentes (como las jurídicas) a la hora de contruir un relato histórico sobre estos momentos. Es por ello que se vuelve imprescindible abordar este trabajo, pues es sabido que el paisaje del Noroeste no se mantuvo estático a lo largo de los siglos I-III d.C. y que después de la primera fase de conquista y organización provincial el territorio experimentó cambios. Será necesario, por tanto, realizar un estudio de poblamiento desde una perspectiva diacrónica que analice dichas transformaciones y permita avanzar en el conocimiento de la evolución social y territorial una vez superadas las primeras décadas postconquista.

3.3. El tratamiento y la organización de los datos.

Teniendo en cuenta todos estos planteamientos previos, para la elaboración de esta tesis, ha sido necesario recoger datos arqueológicos, epigráficos y literarios. Estos datos se presentan, luego, de acuerdo a un criterio más argumentativo o discursivo que expositivo. El objetivo no era realizar un catálogo sistemático con toda la información disponible, actividad que hubiera tenido una magnitud ingente y una utilidad escasa para cumplir con los objetivos planteados. Lo que se pretendía era recopilar la información que aparece en fuentes diversas y utilizarla para construir un discurso histórico que permitiera avanzar en el conocimiento y comprensión de la actividad minera antigua.

Para facilitar la organización y consulta de la información utilizada, se han elaborado unos índices de fuentes en los que se recogen los datos de forma ordenada y que se han incluido en las páginas finales. En concreto, se ha confeccionado un índice con las referencias de los textos antiguos que aparecen citados en el trabajo, otro con los documentos epigráficos recogidos y un tercero con los asentamientos mencionados a lo largo del texto. Además, en el propio discurso se han ido intercalando fragmentos de algunas de estas fuentes literarias o epigráficas, con el objetivo de reforzar la argumentación de forma inmediata. Con el mismo interés se han introducido mapas, figuras e imágenes que han sido recopiladas o elaboradas para este trabajo y que se han recogido en sus índices correspondientes.

Una vez recogidos los datos, la información ha sido organizada buscando cambios y transformaciones en el registro. El análisis diacrónico de los distintos

indicadores, en el que se han estudiado en paralelo las distintas fuentes, ha permitido reconocer momentos en los que se produce un cambio en varios de ellos. Así ha sido posible marcar unos hitos dentro del proceso histórico, que permiten identificar y evaluar los cambios y las transformaciones de la actividad minera. Los resultados se muestran luego organizados en tres bloques:

El primero de ellos (Bloque II según el índice), está centrado en cuestiones vinculadas con la minería a escala imperial. En este sentido resulta esencial evaluar el papel del Estado con relación a las actividades productivas, analizar las medidas adoptadas por el poder imperial en estas cuestiones y estudiar el peso específico de la minería en este contexto. De esta forma, es posible situar el estudio de las zonas mineras auríferas y de los procesos que las afectaron, en las coordenadas históricas adecuadas.

En el siguiente bloque (Bloque III), partiendo de un estudio sobre la organización jurídico-administrativa del territorio, se pasa luego a realizar un análisis territorial de las zonas mineras del Noroeste desde época flavia a finales del siglo II d.C. En él, se analizan los cambios que se detectan en el registro arqueológico y epigráfico de esta región. Posteriormente y partiendo de los datos, se matizan y discuten algunas ideas que se mantienen en algunos trabajos y que son relevantes en un estudio sobre zonas mineras. En primer lugar se analiza el impacto del *ius Latii* en el Noroeste, estudiando qué cambios en la organización de estas regiones pueden relacionarse con los efectos de la promoción flavia y cómo estas transformaciones pudieron afectar a la organización de las explotaciones a lo largo de la siguiente centuria. En segundo lugar, se estudian en detalle algunos fenómenos detectados en las zonas mineras a lo largo del siglo II d.C., fundamentalmente el conjunto epigráfico de Villalís-Luyego-Priaranza de la Valduerna que también puede relacionarse con cambios en estos territorios a lo largo de este siglo.

El último bloque (Bloque IV) está dedicado a abordar el final de la minería y a realizar una evaluación general apoyada en los datos que se van presentando. Para ello se comienza desmintiendo algunos tópicos que existen en torno al abandono de las explotaciones y discutiendo algunas de las propuestas de explicación que se han generado. Posteriormente, se integra el análisis de su abandono dentro de las dinámicas económicas imperiales de comienzos del siglo III d.C. y de los procesos jurídicos y sociales que afectaron a las comunidades del Imperio en este período. Con ello se plantea una propuesta alternativa que justifica el abandono de las minas de oro del Noroeste e integra la explicación en un discurso histórico coherente.

PARTE II

IMPERIO Y MINERÍA. LAS POLÍTICAS FLAVIAS Y EL SIGLO II D.C.

4

EL PODER POLÍTICO A LO LARGO DEL ALTO IMPERIO. ESTADO Y MINERÍA

Desde época de Augusto y a lo largo de al menos los dos primeros siglos de nuestra Era, la explotación de las minas del Noroeste formó parte de una estrategia orientada por los intereses imperialistas del Estado romano y en cuya base se encontró la dominación y explotación provincial. Esto supuso la puesta en marcha de una serie de mecanismos de control político y territorial que permitieron someter territorios y poblaciones. Sin embargo, este no fue un proceso homogéneo y en algunas zonas los intereses estratégicos de Roma tuvieron un peso singular.

Los siguientes apartados se centrarán en analizar las claves de dichas estrategias y en ver su evolución a lo largo del tiempo, con especial atención a los procesos de la fase flavia y los del siglo II d.C. Esta es una cuestión que tiene hoy en día una relevancia de primer orden, pues se han generalizado opiniones que tienden a analizar actividades como la minería desde una perspectiva eminentemente económica, relegando el contexto social y la coyuntura histórica a un plano secundario (*vid.* Cap. 2.1). Frente a estas interpretaciones, es necesario replantear el análisis de las zonas mineras, teniendo en cuenta la imbricación de los factores económicos, ideológicos, políticos y sociales, desde una perspectiva histórica. Para ello, hay que empezar definiendo las coordenadas adecuadas de estudio, en las que los ejes no estén caracterizados por criterios actualistas y anacrónicos, sino que partan de la realidad histórica conocida. Así pues, antes de hablar de minería hay que comenzar por desarrollar el marco histórico que dio sentido a dicha actividad.

Aunque, atendiendo al objetivo de esta tesis, el foco central sea el período comprendido desde el gobierno de los Flavios al final del siglo II d.C., la definición del imperialismo romano y sus intereses se remontan al menos a finales de la República y al marco de las luchas políticas, que llevaron finalmente a Augusto a hacerse con el poder y a controlar y gestionar los recursos imperiales (Grelle, 1963; Giliberti, 1996). En líneas generales, es necesario señalar que la conquista del Noroeste y la puesta en

marcha de sus minas de oro, formaron parte de este mismo proceso de definición del Imperio. Para ello dos factores fueron claves. Por un lado, con Augusto, el significado de los metales en la sociedad romana imperial cambió de forma drástica. Esto se debió, principalmente, al papel que éstos iban a desempeñar en la acuñación de monedas, aspecto esencial en el caso del oro (*vid.* Cap. 5.1), pero también, a su importancia a la hora de cubrir la demanda de piezas para la ostentación de las nuevas aristocracias o las necesidades de fabricación de útiles e instrumentos como armas, herramientas, etcétera (Andreau, 1997). Por otro lado, la explotación y las formas de gestionar y poseer las minas, también se relacionaron con la configuración del poder imperial, con la definición del *princeps* y con el proceso que llevó a Augusto y a sus sucesores a controlar los recursos del Estado. Desde esta perspectiva, la conquista del Noroeste y la puesta en marcha de las labores mineras, adquieren una dimensión mucho más compleja dentro del proceso histórico, pues es posible entenderlos como parte de un contexto más amplio. En él, la minería pasó a formar parte del entramado político que fundamentó el Imperio. Esta visión se complica aún más cuando se comprueba que el marco generado en época de Augusto experimentó cambios desde su creación. Ni los intereses de Roma, ni las soluciones adoptadas para la explotación de sus territorios, permanecieron inmutables a lo largo del tiempo.

4.1. Augusto, el fisco y el suelo provincial.

Para entender los mecanismos que articularon la explotación de las minas desde época de Augusto, hay que tener presentes dos aspectos fundamentales. Por un lado, fue en este momento cuando se dio forma jurídica precisa al suelo provincial y se distinguió éste del itálico (D'Ors, 1974: 253-268; Volterra, 1986: 298ss; Roselaar, 2010: 18ss). Esto impuso las condiciones necesarias para definir parte del territorio como *ager publicus* y ponerlo bajo control del emperador. Por otro lado, la creación del fisco fue clave en el proceso que permitió a Augusto y a sus sucesores gestionar los recursos provinciales.

4.1.1. Los estatutos jurídicos del suelo provincial

El punto de partida fue la definición del *dominium Populi Romani est vel Caesaris* (Tibiletti, 1974), un principio jurídico que creaba una barrera entre el suelo provincial (bajo dominio del pueblo romano y del emperador) y el itálico. La marca que

sometía a las provincias a este dominio fue la tributación, de tal forma que el tributo se convirtió en *nota servitutis* (Orejas, *et al.* 2000: 73; Sastre y Plácido, 2008: 505). La consecuencia ideológica evidente fue que el territorio itálico, no sometido a tributación y susceptible de formas de propiedad privada *optimo iure*, pasó a ser considerado superior al territorio provincial sometido a tributación (Luzzato, 1953 y 1974; Sherwin-White, 1973; Brunt, 1981; Orejas y Sastre, 1999).

Tras la fase republicana, bien analizada por Ñaco (2003), bajo el Principado de Augusto este dualismo territorial cobró forma, lo que se debió a varios factores (Orejas *et al.* 2000: 74). En primer lugar, la contraposición entre Italia y las provincias formaba parte esencial del programa ideológico de restauración republicana, en el que Augusto se apoyó para consolidar el nuevo régimen del Principado (López Barja, 2001: 371-390). En segundo lugar, las arcas estatales estaban necesitadas de ingresos, los cuales podían obtenerse en las provincias a través de la tributación estable. Estos factores llevaron a Augusto a imponer una concepción del Imperio basada en la centralidad y superioridad de Italia y la sumisión de los territorios provinciales (Bleicken, 1974; Mazzarino, 1974).

En el discurso transmitido por Dion Casio (52, 8), Mecenas le aconsejó a Augusto que, para consolidar el Principado, estimase el total de recursos disponibles para el Estado, considerando ingresos y gastos, con el fin de mantener el ejército y, con ello garantizar la estabilidad de su gobierno. Las tierras propiedad del Estado, las minas y el tributo son explícitamente mencionadas en el texto. Pero lo que destaca, principalmente, es el nuevo concepto del Imperio, donde la explotación organizada y sistemática de los recursos provinciales, la centralización de Roma y el sistema fiscal, serán elementos claves (Nicolet, 1988a: 177-178; Sastre y Plácido, 2008: 504).

En la base de este nuevo sistema se encontraba el principio de oposición entre suelo itálico y suelo provincial que permitió definir dos categorías diferenciadas de propiedad de la tierra. La primera de ellas se aplicó al suelo itálico o a aquellos territorios poseedores de *ius Italicum*, los cuales disfrutaban del *dominium ex iure Quiritium*, es decir, de formas de propiedad plena que no estaban sujetas a tributación (Mazzarino, 1974: 357-372; Bleicken, 1974: 359-414; González Román, 1994: 131-146). La segunda, aplicada al territorio provincial, definía diversas formas sujetas a tributación. La distinción entre ambos tipos aparece reflejada en obras como las Instituciones de Gayo (Gai. 2, 7-49) y algunos textos gromáticos (Agenn. Urb. Th. 23, 5-13 y 24, 1; 62, 19-27 y 63, 1-12). Este tributo, conocido como *tributum soli*, tuvo por

tanto una aplicación general en el *solum provinciale*, ya fuera *ager peregrinus*, *ager colonialis*, *ager municipalis* o *ager privatus* (Grelle, 1963: 72; Cerami, 1986: 38; Sastre, 2003: 162).

La imposición de tributos sobre el suelo provincial deriva del mismo concepto de la *deditio*, o el acto de rendición al que eran sometidas sistemáticamente las comunidades a consecuencia de las guerras de conquista (D'Ors, 1944: 163ss; García Fernández, 1991a; Ñaco, 1999), tal y como recoge Gayo: *vocantur autem peregrini dediticii hi qui quondam adversus populum Romanum armis susceptis pugnaverunt, deinde victi se dediderunt* (Gai. 1, 14). Tal acto suponía la total pérdida de autonomía de las comunidades, que a partir de ese momento quedaban sometidas a la voluntad de Roma como *nullius civitatis*. En este momento, era el poder imperial el que decidía si habilitar jurídicamente a la comunidad como peregrina o concediéndole un estatuto privilegiado, aunque también podía optar por reservarse territorios para sí mismo manteniéndolos como *ager publicus* (Sastre, 2003: 164).

Algunos autores como Giliberti (1996: 199-228), han argumentado que el emperador poseyó desde Augusto un dominio eminente, extendido sobre las provincias –tanto sobre el suelo, como sobre sus súbditos–. Desde finales de la República, el territorio provincial se había entendido como propiedad del pueblo romano. Así lo recoge Apiano (*Bel. Civ.* 1, 11) cuando dice que lo común –refiriéndose al *ager publicus*– debía ser para el común.

En el Principado, esta concepción se recondujo hacia la idea del dominio eminente del *princeps*. De este modo, las distintas formas de disfrute privado del *ager publicus* estuvieron gravadas con unos impuestos que reconocían el dominio del Estado y recordaban la posibilidad de que la propiedad retornase a Roma cuando ésta lo considerase oportuno (Luzzato, 1953: 65ss). Así pues, y siguiendo a Giliberti, en el Principado cualquier forma de uso del *ager publicus* –incluyendo la *possessio*– pasaba por el pago de un canon (*vectigal*) al Estado, a cuya cabeza se situaba el *princeps*, verdadero dueño de las provincias. Que el Estado fuera el *dominus* o propietario absoluto justificaba la imposición tributaria, que era entendida como una renta que se pagaba por el suelo (Dopico y Pereira, 1993: 633-642; López Paz, 1994: 230).

Aunque algunos autores (Frank, 1927: 141-161; Ortega Carrillo de Albornoz, 1991: 50) retrasan la aparición del dominio eminente del *princeps* a época de Claudio, otros (De Martino, 1973-1975: 331), consideran que el punto de partida fue el control de Roma sobre ciertos territorios helenísticos y la adopción de sus principios tributarios

basados en la idea de dominio eminente. Lo cierto es que todos asumen que en época flavia ya debió de existir esta concepción de dominio.

Estas interpretaciones se insertan en una visión patrimonialista del suelo provincial. La argumentación de los autores de esta postura se basa, principalmente, en la lectura de la obra *Institutiones* de Gayo, escrita en el mismo período que la de Apiano, durante el reinado de Antonino Pío, a mediados del siglo II d. C. Según los partidarios de la visión patrimonialista, el suelo provincial en general pudo definirse como *ager publicus* pues, aunque fuera entregado a un particular, siempre conservó su carácter estatal al estar cargado por un *vectigal*. Esto implica que sobre el suelo provincial no se pudo dar la forma de plena propiedad privada *ex iure Quiritium*. Sí podrían darse otras formas de aprovechamiento del *ager publicus* y Gayo recoge al menos dos: la *possessio* y el *usufructum*.

Gai. 2, 7

Sed in provinciali solo placet plerisque solum religiosum non fieri, quia in eo solo dominium populi Romani est vel caesaris, nos autem possessionem tantum et usumfructum habere videmur.

Y posteriormente señala que el suelo provincial es *res nec Mancipi*:

Gai. 2, 14

Item stipendiaria praedia et tributaria nec Mancipi sunt.

Al explicar cómo se produce la transmisión de esta tierra inmancipable, explica:

Gai. 2, 19

Res nec Mancipi ipsa traditione pleno iure alterius fiunt.

De estos fragmentos se deduce que sobre suelo provincial fue posible la *possessio* y el *usufructum*. Ambas formas se oponían a su vez al dominio *ex iure Quiritium*, tal y como se recoge en este fragmento:

Gai. 2, 27

Praeterea admonendi sumus, quod veteres dicebant soli Italici nexum esse, provincialis soli nexum non esse, hanc habere significationem: solum Italicum Mancipi esse, provinciale nec Mancipi esse.

Según este esquema patrimonialista, exceptuando las asignaciones a comunidades dotadas de *ius Italicum*, en época del Principado y en suelo provincial,

possessio y *usufructum* fueron dos fórmulas muy cercanas entre sí, puesto que ambas supondrían una posesión revocable y sometida al pago del *vectigal*. Ante esta reflexión, algunos autores, han eliminado incluso la opción de la *possessio*. Según ellos, desde Augusto, el *ager publicus* sólo pudo aprovecharse como *ager privatus vectigalisque* y sobre él sólo se pudo tener el *usufructum*, el cual permitió el uso privado a cambio del pago de un canon (Luzzato, 1953; De Martino, 1979a), impuesto que se convertía en el claro reflejo de la soberanía del emperador sobre el suelo y del *dominium* por parte del Estado (Segré, 1930). Mientras que el suelo itálico se podía comprar o vender como propiedad privada, sólo se podía hacer uso del suelo público a cambio de la carga permanente del *vectigal*. En el suelo provincial no era posible el *dominium ex iure Quiritum* (a excepción de aquellas colonias con *ius Italicum*³⁰) porque, como se ha visto, existía un dominio eminente del soberano sobre las tierras y los súbditos. Esta potestad político-patrimonial del emperador, resultado en último término de la *deditio*, permitía, no obstante, una relación de uso y disfrute del suelo por parte de los provinciales que, de hecho, era muy parecida a la propiedad privada. Esto es, el Estado romano vencedor, autorizaba una tutela jurídica sobre la propiedad, limitando el disfrute y disposición exclusiva de la misma (Giliberti, 1996). El estatuto de la persona jurídica que adquiriría ese *ager privatus vectigalisque* era irrelevante, pues la imposición del canon se establecía sobre el suelo, no sobre el individuo. El Estado exigía el *vectigal* porque él era el propietario de la tierra, aunque no por ello impidiese el reconocimiento del disfrute a un individuo o comunidad por medio de una concesión administrativa (Bove, 1960: 65ss; Santapau, 2002-2003).

Esta idea del territorio provincial como *ager publicus* va unida a una visión restrictiva de las formas de propiedad provincial y también de la propiedad peregrina. Según los autores patrimonialistas la propiedad del suelo provincial estuvo muy limitada, pues la relación de los provinciales con la tierra siempre se produjo *in precario*, ya que el Estado mantuvo la potestad para hacer efectivo su derecho de propiedad y reclamar el territorio. Según esto, no existió la propiedad peregrina, como tampoco lo hizo la propiedad privada fuera de Italia, ya que en cualquier momento Roma podía recuperar la tierra. Aparecieron entonces formas de propiedad a medio camino entre la propiedad privada y la pública, pues serían privadas en cuanto a las

³⁰ De forma independiente, algunas comunidades provinciales podían disfrutar, además, del privilegio de la inmunidad. Plinio recoge, por ejemplo, qué colonias hispanas poseían dicho privilegio (González Román, 1994).

relaciones con terceros, pero públicas porque el titular del derecho de propiedad siempre fue el Estado (De Martino, 1973-1975: 358).

El problema de aceptar esta visión es que se limitan las relaciones de los provinciales con la tierra, asumiendo que su situación sería siempre de inestabilidad. Esto ha llevado a generar propuestas alternativas, como las desarrolladas por varios autores (Frank, 1927; Kaser, 1942; Luzzatto, 1953 y 1974), que han defendido que el esquema del suelo provincial en el Principado no fue tan sencillo y que existieron claras diferencias entre *ager publicus* y territorios provinciales tributarios, los cuales ocuparon las poblaciones sometidas. Se trata de una interpretación no patrimonialista del suelo provincial planteada por historiadores y juristas (Burdese, 1989; Capogrossi, 1996 y 1999; Grelle, 1963 y 1990) y que ha sido fundamentalmente desarrollada para el caso del Noroeste por Orejas y Sastre (Orejas y Sastre, 1999; Sastre, 2001: 105ss). Según esta visión no es posible generalizar y considerar que todo el *ager provincialis* fue en realidad *ager publicus*, pues en el Noroeste, Roma vertebró su política de dominación creando un sistema de ordenación basado en un sistema de *civitates stipendiariae*. Según esta interpretación, el acento habría que ponerlo en la separación entre *ager publicus* y *ager peregrinus*.

Tras el acto dediticio, Roma podía conceder a las comunidades una autonomía local, que incluía la devolución (*redditio*) de sus territorios, creando nuevas entidades territoriales que no tenían por qué coincidir con las ocupadas previamente a la conquista. Con este acto, las comunidades dejaban de ser *dediticiae* para convertirse en *peregrinae* y el territorio dejaba de ser *ager publicus* para convertirse en *ager stipendiarius* o *solum peregrinarum civitatum* (Castillo, 1996: 102; Orejas y Sastre, 1999; Orejas, 2002a; Sastre, 2003).

Dos son las características fundamentales que definían el territorio de estas *civitates* peregrinas. En primer lugar, sobre ellas se impuso el pago de un tributo (*tributum/stipendium*)³¹, pero este no debe entenderse como una renta o alquiler como el *vectigal*, sino como un impuesto regular (Jones, 1941). El tributo al que estarían sometidas las comunidades peregrinas estuvo relacionado con la pérdida de

³¹ A partir de la definición que hace Gayo (2, 21), se considera que el *stipendium* sería específico de las provincias senatoriales, mientras que el *tributum* sería característico de las imperiales. Lo Cascio, lo relaciona incluso con distintas formas de realizar el censo provincial, pues según el autor, en las provincias senatoriales serían las propias comunidades las encargadas de realizar los censos de forma autónoma, mientras que en las imperiales se realizarían recuentos provinciales (Lo Cascio, 2000: 205-217). Esta opinión no es compartida por otros autores (López Barja, 2014: 460). Además, esta distinción gayana entre *tributum/stipendium*, pudo verse pronto superada (Grelle, 1990), por lo que finalmente ambos términos acabarían usándose como sinónimos (Orejas y Sastre, 1999: 161).

independencia política generada por la *deditio* y con la dependencia absoluta respecto al Estado (Sastre, 2003: 163). En segundo lugar, hay un aspecto algo controvertido: la supuesta revocabilidad de la propiedad peregrina por parte del Estado. Mientras algunos investigadores (Kaser, 1942) apoyan el carácter revocable de la concesión, otros consideran que con el acto de *reddere* el territorio a la comunidad, Roma renunciaba a su derecho de revocación (Frank, 1927: 142). Esta última idea sería la base para defender la existencia de una propiedad peregrina, diferente a la propiedad pública romana, que dotaría de autonomía a las comunidades locales, las cuales quedarían sometidas a Roma a través del pago del tributo³². Pero la libertad a la hora de organizar el sistema fiscal localmente, no debe de ser leída como una situación de independencia respecto al poder romano. Todo lo contrario, pues estas poblaciones estuvieron sometidas a Roma y fueron puestas al servicio de las conveniencias del Estado. Por eso mismo, Roma se reservó el derecho de expropiación a las comunidades sometidas, así como el de reestructurar sus territorios como considerase conveniente. Sin embargo, esto no impedía que las comunidades peregrinas pudieran disponer plenamente de las tierras asignadas. En este sentido, existe un interesante texto de Agenio Urbico que se refiere a la ambigüedad de la propiedad en las provincias.

Agenio Urbico, *De controuersüs*, Th. 23-24

Prima enim condicio possidendi haec extat per Italiam; ubi nullus a[ui]ger est tributarius, sed aut colonicus aut municipalis, aut alicuius castelli aut conciabuli, aut saltus priuati.

At si ad prouincias respiciamus, habent agros colonici quidem iuris, [habent et colonicos stipendiarii] qui sunt in[com]munes, habent[em] et coloni<co>s stipendiarios. Habent autem prouinciae et municipales agros aut ciuitatum peregrinarum. Et stipendiarios, qui nexum non habent neque possidendo ab alio quaeri possunt. Possidentur tamen a priuatis, sed alia condicione[m]: et ueneunt, sed nec mancipatio eorum legitima potest esse. Possidere enim illis quasi fructus tollendi causa et praestandi tributi condicio<ne> concessum est. Vindicant tamen inter se non minus fines ex aequo ac si priuatorum agrorum. Etenim ciuile est debere eos discretum finem habere, quo unus quisque aut colere se sciat oportere aut ille qui iure possidet possidere. Nam et controuersias inter se tales mouent, quales in agris immunibus et priuatis solent euenire. Videbimus tamen an interdicere quis possit, hoc est ad interdictum prouocare, de eius modi possessione[m].

Multa enim et uaria incident, quae ad ius ordinarium pertinent, per prouinciarum diuersitatem

³² Esta concepción plantea problemas de aplicación en zonas mineras como el Noroeste por la movilidad de los frentes de explotación minera y la red hidráulica, que podría entrar en conflicto con el territorio de las *civitates* peregrinas. Sobre estas cuestiones se volverá en el capítulo 8.1, al tratar la relación entre las *civitates* y el territorio minero.

Tal y como recoge este fragmento, el suelo pudo ser explotado de forma privada, generando formas de propiedad peregrinas. Sin embargo, éstas no estarían reguladas por el derecho romano, por lo que serían invisibles a ojos de Roma. Esto no evitaba que las tierras se vendieran o que fueran objeto de litigios y reclamaciones, pero estas operaciones no eran legítimas de cara al *ius civile* (a pesar de que incluso se pudiera usar un vocabulario similar al empleado por el derecho romano para definir las) (D'Ors, 1974: 259; González Román, 1994: 140-142; Orejas, 2002a: 404-405). Lógicamente el libre uso y disfrute que se podía hacer de la tierra contribuiría a que, en algunos casos, fueran calificados de *privati* unos *agri* que sólo en sentido impropio podían ser tenidos como tales³³. Es decir, existió una propiedad peregrina que, aunque gravada por un tributo, funcionaba en la práctica de forma similar a la propiedad *pleno iure*.

Un paralelo que puede resultar útil para reforzar la idea de que la *assignatio* peregrina fue posible es el de la *consecratio*, que según testimonio de Gayo (2, 7) tenía lugar en las provincias y a favor de dioses extranjeros. La ceremonia de dedicación a una divinidad no podía producir por sí sola el efecto civil de convertir el suelo en *locus sacrum* ya que según el jurista, el suelo provincial nunca podía convertirse en *res divini iuris*. Por tanto, era imposible convertir en *res sacrae* terrenos o edificios dedicados a una divinidad en ciudades peregrinas excluidas del *ius civile*: *cum solo peregrinae civitatis capax non sit dedicationis, quae fit nostro iure* (Plin. *Ep.* 10, 50). A pesar de ello, es sabido que se erigieron templos, se levantaron altares y se adquirieron solares en suelo peregrino, revistiendo de una cierta sacralidad los mismos, hasta el punto de convertirse en cierto modo en *res divini iuris*, al menos a efectos puramente prácticos como dice Gayo: *item quod in provincias non ex auctoritate populi Romani consecratum est, sacrum non est, tamen pro sacro habetur* (Gai. 2, 7). Es decir, a pesar de la imposibilidad jurídica de convertir en *res sacrae* terrenos en suelo peregrino, algunos funcionaron *de facto* como tales. Es posible, entonces, que Roma procediera a una *assignatio* global del territorio de la *civitas* a la comunidad y que tras ese reparto, internamente las comunidades se organizaran de acuerdo a formas que recordaban a la propiedad. La información sobre estas cuestiones es muy limitada, pues Roma no

³³ Tanto Ulpiano (*Dig.* 43, 17, 1, 2: *Huius autem interdicti proponendi causa haec fuit, quod separata esse debet possessio a proprietate; fieri etenim potest, ut alter possessor sit, dominus non sit, alter dominus quidem sit, possessor vero non sit; fieri potest, ut et possessor idem et dominus sit*) como Venuleyo (*Dig.* 41, 2, 52: *Permiseri causas possessionis et ususfructus non oportet, quemadmodum nec possessio et proprietas misceri debent...*) advirtieron que la propiedad debía distinguirse de la posesión, sin embargo ninguno elaboró un concepto de ésta. Para las relaciones entre ambas, Schmidlin y Cannata, 1984: 109-110.

intervenía en la ordenación interna de los territorios de las *civitates*, pero no es descartable que en ellas se dieran divisiones que funcionaran como propiedades peregrinas.

4.1.2. El fisco bajo los julio-claudios.

El proceso de definición del *ager provincialis* y la imposición tributaria a las comunidades sometidas está, al mismo tiempo, relacionado con la creación del fisco.

Durante época republicana, *fiscus* se usaba para referirse a la caja (literalmente “la cesta”)³⁴ de un particular o a los fondos públicos que se hallaban en manos de los gobernadores provinciales. Estos gobernadores eran los encargados de transferir los *stipendia* de sus provincias a Roma, donde se localizaba la caja central o el tesoro público: el *aerarium* (Millar, 1964a). Por otra parte, no todos los ingresos se transferían al tesoro central, sino que una parte era destinada a cubrir los gastos de la provincia, enviándose el resto al erario. Durante todo este proceso, el montante tributario podía estar en manos de los *publicani* encargados de su recaudación o se guardaba en el *fiscus* del gobernador (Jones, 1950). Sin embargo, en este período, el erario romano –con sus dos divisiones, el *aerarium Saturni* y el *aerarium sanctius*³⁵– fue la única caja que puede ser considerada como tesoro público (Corbier, 1974: 631ss; Fernández Uriel, 2003).

No existe constancia del momento preciso de la creación del fisco, aunque se admite por lo general que fue consecuencia del reparto de poder entre Augusto y el Senado, que supuso la puesta en marcha de la administración financiera imperial (Jones, 1950: 25; Millar, 1963: 29; Brunt, 1966: 87ss). Augusto, como procónsul, era periódicamente acreditado por los votos del Senado, y éste le otorgaba las sumas necesarias para que llevara a cabo sus funciones como magistrado provincial. Sin embargo, Augusto nunca rindió ninguna cuenta y probablemente utilizó esta cantidad como si fuera su propio patrimonio. De acuerdo con Suetonio (*Calig.* 16), publicó regularmente las *rationes imperii*, pero esto no eran sus cuentas como magistrado, sino un balance general del Imperio de carácter informativo que él concedía en virtud de su

³⁴ De este modo lo definen autores como Burdese (1968: 673ss), a partir de fragmentos como *Dig.* 19, 2: *fiscos...quibus ad premendam oleam utimur*. También Columela (*de Re Rust.* 12, 50, 52) se refiere al fisco en este sentido: *Deinde intriva oliva novo fisco includitur, et praedo subjicitur*. Es decir, en origen el *fiscus* sería una cesta para recoger frutos y posteriormente caudales.

³⁵ El *aerarium* romano se dividía en dos depósitos distintos: el *aerarium Saturni*, al que iban a parar los ingresos procedentes del cobro del *tributum* y *vectigalia*; y el *aerarium sanctius*, una reserva especial destinada a sufragar gastos militares en momentos de gran necesidad (Fernández Uriel, 2003).

posición de *princeps* (Sutherland, 1945: 151-157; Nicolet, 1988a: 251-258). Tiberio omitió años después la publicación de las *rationes imperii* y tras una breve aparición algo posterior, la práctica desapareció para siempre (De Martino, 1973-1975: 899). De aquí la confusión entre el fisco y el patrimonio del emperador que ya aparece en el texto de las *Res Gestae* (1,1): *Annos undeviginti natus exercitum privato consilio et privata impensa comparavi, per quem rem publicam dominatione factionis oppressam in libertatim vindicavi* y en afirmaciones como esta de Ulpiano: *res fiscales quasi propriae et privatae principis sunt* (*Dig.* 43, 8, 2-4). A esta libertad a la hora de manejar el gasto en las provincias, hay que sumar la fundación bajo Augusto del *aerarium militare*, una nueva institución financiera que contenía los bienes necesarios para el mantenimiento del ejército, y más concretamente como fondo que aseguraba la paga a los soldados y el licenciamiento de los veteranos. Esta nueva caja, a diferencia del viejo *aerarium Saturni*, estaba dirigida por el *princeps* (Corbier, 1974: 664-665 y 1977) y no tenía un carácter provisional (Brunt, 1971: 549-550), lo que aumentaba las cotas de control de los recursos por parte del emperador.

En cualquier caso, la publicación de las *rationes imperii*, junto con el *Breviarium totius Imperii* de Augusto (Sutherland, 1945: 151-157; Nicolet, 1988a: 251-258; Le Teuff, 2014), señalan la existencia de una oficina del fisco, vinculada al emperador (Sugden, 1993: 228), aunque no hay pruebas explícitas de que fuese ya denominada así y que contase con un *procurator*, *a rationibus* o *rationalis* a su cabeza en esta etapa (Orejas y Sánchez-Palencia, 2016). Probablemente, la definición del fisco deba de entenderse mejor como un proceso de control progresivo de las finanzas de Roma. En este sentido, Tiberio y Claudio contribuyeron claramente, de manera que el papel del *aerarium* fue cada vez más limitado y, aunque ambas cajas siguieron existiendo, se tendió a asimilar los términos *aerarium* y *fiscus* para referirse a la administración de los recursos públicos.

Finalmente, durante el gobierno de los Flavios se hizo patente el nuevo sentido del fisco. El *fiscus* flavio fue el resultado de años de una creciente confusión entre *patrimonium* y los bienes públicos controlados por el emperador (Jones, 1950; Lo Cascio, 1971-1972). El incremento del control de los bienes públicos por parte de la casa imperial, hizo que estos bienes se fueran confundiendo con los de su propio patrimonio, hasta el punto de dificultar la fijación del límite entre el fisco y el erario.

4.2. La llegada al poder de la dinastía flavia

El marco general que se acaba de presentar experimentó cambios desde época de Augusto, como se ha visto en el caso del *fiscus*. En este sentido, el período de gobierno de los emperadores Flavios ha sido entendido como una etapa de importantes transformaciones, a consecuencia del desarrollo de una serie de reformas. Estas operaciones flavias estuvieron, en parte, orientadas a responder a una coyuntura político-económica determinada por la reciente guerra civil y por los principios ideológicos en los que, como nueva dinastía, debieron legitimar su poder. Todo ello se vincula al proceso de articulación del poder imperial y a una serie de cambios que tuvieron lugar en los fundamentos sociales de la nueva dinastía y que alteraron, en cierto sentido, el esquema augusteo.

En el año 68 d.C., la muerte de Nerón, considerado *hostis generis humani* por Plinio (*NH.* 7, 45-46), abrió un período de crisis de año y medio en la historia de Roma. El desarrollo de una violenta guerra civil que afectó a prácticamente la totalidad del Imperio, puso en cuestión el régimen implantado por Augusto y el mantenimiento de su programa político (Isager, 1976: 64). Los sucesos de esos meses determinaron un escenario donde se produjo la proclamación de Vespasiano como emperador y condicionaron el programa reformista adoptado por él y sus sucesores.

No es objetivo de este trabajo hacer una revisión historiográfica de los acontecimientos de la guerra civil, los cuales se pueden seguir en varios estudios (*e.g.* Chilver, 1970-71; Kleiner, 1990; Le Gall y Le Glay, 1995; Croisille, 1996; Hidalgo de la Vega, 1998; Jacques y Scheid, 2005)³⁶. Sin embargo, resulta ineludible realizar una mención a los sucesos de esos meses para entender el marco histórico en el que se produjo la proclamación de Vespasiano. Los momentos previos a su llegada al poder fueron claves para justificar después algunas de las medidas y políticas adoptadas por los emperadores Flavios³⁷.

³⁶ Las fuentes antiguas principales son la obra de Suetonio, así como los libros LXVI-LXVII de Dión Casio. Todo el final de las *Historias* de Tácito, que llegaban hasta la muerte de Domiciano, se han perdido, pero no es inútil la lectura de *Vida de Agrícola* (su suegro, muerto en el 93 d.C.). También interesan las obras contemporáneas a los Flavios de Juvenal (Gérard, 1976) y Dión Crisóstomo (Desideri, 1978). Sobre la guerra judía: Josefo, *Bellum Iudaicum*, 4-7. Sobre la reorganización de Roma: Plinio el Viejo, *NH.* 3, 66-67 y Frontino, *Los acueductos de la ciudad de Roma*. Sobre la vida en Roma e Italia hay numerosas informaciones en Quintiliano, *La institución oratoria*; Estacio, *Silvas*; Marcial, *Epigramas*; Juvenal, *Satiras*.

³⁷ La práctica de asociar en el gobierno al sucesor y la participación contemporánea de los tres emperadores flavios en diversas magistraturas, impide en varias ocasiones, distinguir las aportaciones particulares de cada uno de ellos (Mangas, 2006: 305ss). Los tres tomaron muchas decisiones administrativas semejantes y terminaron proyectos iniciados por el anterior, hecho que justifica que sean

Desde el inicio, el gobierno de los Flavios estuvo marcado por varios aspectos que la guerra del año 68 y la sucesión de cuatro emperadores (Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano) habían puesto de manifiesto. En primer lugar, la guerra puso en evidencia las discrepancias entre el Senado, el pueblo de Roma, el ejército y el emperador. En segundo lugar, manifestó la crisis en el ejército y la oposición de las tropas provinciales. Por último, reveló una crisis política, al demostrar que los emperadores podían ser designados lejos de Roma por sus tropas, hecho que probaba el cambio en la balanza de poder y la alteración del equilibrio entre Roma y las provincias (Levick, 1999; Griffin, 2000; Jones, 2000).

En esta situación, Vespasiano tuvo que afrontar la labor de legitimar su posición a la vez que fortalecía la paz y recuperaba la estabilidad política en el Imperio. Para ello, intentó mostrarse como continuador de Augusto (Hurlet, 1993: 264). Pero Vespasiano, a diferencia de los emperadores anteriores, tenía un origen sabino mucho más modesto (Chastagnol, 1992: 71-77). Por ello, tuvo que desarrollar un programa legitimador propio, orientado a consolidar su posición y la de sus hijos. Al mismo tiempo, llevó a cabo una serie de actuaciones sobre los territorios provinciales orientadas a mejorar la gestión de los recursos y generar una imagen de prosperidad y estabilidad, que evitara cualquier tentativa de retirarlo del poder. Con ello se fue gestando una nueva concepción del poder imperial.

4.2.1. La concepción del poder. La imagen del *princeps* en época flavia.

La guerra civil de los años 68-69 d.C., evidenció cómo la nueva aristocracia provincial podía crecer hasta alcanzar el poder suficiente para competir por el gobierno imperial. La consecuencia más inmediata fue el reajuste en las relaciones entre el emperador y la aristocracia, un reajuste por otra parte necesario para mantener el juego de poderes que llevó a la *gens Flavia* a gobernar durante casi tres décadas.

Vespasiano contó con dos factores principales que le sirvieron para apoyar la sublevación. Por una parte la promesa dinástica representada en sus dos hijos. Por otra, este aspecto dinástico era matizado haciendo énfasis en la selección de Vespasiano gracias a sus propios méritos. Estas líneas fueron seguidas también por sus sucesores,

estudiados en conjunto y que, salvo algunas excepciones, se haga referencia en general a las medidas o políticas flavias, sin precisar a qué emperador concreto se debieron.

que potenciaron su posición para colocarse por encima del resto de la oligarquía, fraguando un nuevo concepto de poder (Plácido, 2002-2003). Con ello se configuró un concepto de *princeps*, basado en el apoyo recibido por sus acciones y no sólo en la genealogía.

En esta línea se ha entendido la *lex imperio Vespasiani* (CIL VI 930; Crawford, 1996: 549), un decreto senatorial dictado tras la batalla de Cremona y que definió los nuevos poderes del *princeps* (Nicolet, 1988b: 844ss). Dejando al margen ciertas discusiones sobre el objeto del decreto (Brunt, 1977: 95-116), parece que la *lex* fue una formalidad con la que el Senado confirmó la autoridad de Vespasiano y legitimó su posición (Levi, 1975: 187; Brunt, 1977: 106; Wells, 1984: 173), puesto que el poder real residía en el emperador y en su respaldo militar (Campbell, 1984: 381). De cualquier forma, la *lex de imperio* confirmaba las líneas políticas que iba a desarrollar el emperador, orientadas a asentar su autoridad ante el Senado, las grandes familias de Roma y la sociedad provincial, a la vez que mantenía y acentuaba su inspiración augusta. Para ello, Vespasiano intentó evitar la ruptura con la alta administración romana, manteniendo las listas del *consilium principis* y a algunos personajes de la época neroniana. Por otra parte, las listas de los *adlecti* de Vespasiano y Tito muestran que los Flavios concedieron el ascenso al Senado a las aristocracias municipales, tanto itálicas como provinciales.

Respecto al orden ecuestre, los Flavios lo promocionaron y le confiaron parte de la administración. Cuando murió Nerón había 45 procuratelas ecuestres conocidas, y después de Vespasiano eran 55, de las que 22 fueron para itálicos y 19 para provinciales (Pflaum, 1950). Esta ampliación de las competencias del orden ecuestre se hizo a costa de la pérdida de importancia de los libertos imperiales y de la *adlectio* al orden senatorial de ecuestres (Le Gall y Le Glay, 1995: 311ss).

Las medidas estuvieron encaminadas a integrar en el orden político y administrativo a los *equites* y a las elites municipales itálicas y provinciales que detentaban el poder económico y deseaban participar en el gobierno. Por esta razón, se introdujeron en altos cargos y en el Senado a personas de origen oriental, africano o hispano. Un ejemplo lo representa el caso de Agrícola, nombrado por su valía personal, no por su origen familiar, puesto que, según Tácito, Agrícola tenía *imperatoriam virtutem... ducis boni* (Ag. 39, 2). La consecuencia fue la creación de una aristocracia encargada de la administración y la consolidación del poder imperial con unas bases sociales más amplias y que permitían asegurar la fidelidad al emperador y a la dinastía.

Al mismo tiempo, se procuró el restablecimiento de la imagen pública del ejército, que sufrió una completa depuración con ayuda de Muciano (Jacobo Pérez, 2003: 47). Vespasiano acentuó entonces el reclutamiento de provinciales legionarios e itálicos pretorianos, que se hicieron más frecuentes (Goldsworthy, 2005: 58). La creación de dos nuevas legiones y la formación de nuevas unidades auxiliares con *peregrini* a los que se premió con la ciudadanía romana, completaron el nuevo ejército. Todas las legiones fueron enviadas a las fronteras, con excepción de la *legio X Fretensis*, que permaneció en Judea y la *legio VII gemina*, que se quedó en la *Citerior* (Goldsworthy, 2005: 65; Palao, 2006; *vid.* Cap. 8). Con ello se logró un *limes* fortificado y se consolidaron las fronteras, en vez de ampliar el territorio conquistado.

Estas medidas flavias ampliaban relativamente las bases sociales sobre las que se iba a detentar el poder imperial, pero su objetivo no fue el de facilitar la integración de las clases más populares en el poder. Como bien argumenta Plácido (2002-2003: 10), en realidad representaron una política dirigida a fortalecer al emperador y establecer un nuevo control del territorio, destinado a impedir que aristocracias locales llegasen a alcanzar el poder imperial: al ampliar las bases sociales sobre las que detentar el poder, se complicaba la lucha interaristocrática y se hacía más complejo que un único grupo se hiciera con el Imperio. Esta política está en consonancia con la configuración de las nuevas formas de relación entre la aristocracia y el príncipe, gestadas tras la guerra civil. Cualquier aspiración aristocrática al Principado, quedó suprimida por las políticas imperiales flavias que se tradujeron en un deseo de centralización o de control férreo sobre ciertos asuntos del Estado. Ejemplo de estas actuaciones es el establecimiento de la vigilancia de los ediles por parte de tribunos de la plebe; o el incremento del control sobre los magistrados de la *urbs* y de las provincias que relata Suetonio (*Dom.* 8, 2-3). Del mismo modo se puede considerar un rasgo de agudización del poder personal el establecimiento de la censura vitalicia (Dio. Cas. 67, 4, 3), desde el año 84 d.C.

En general, los Flavios intentaron fortalecer su poder a través de la búsqueda de apoyos militares y la ampliación de sus redes clientelares en las provincias, al mismo tiempo que acompañaron esta política con un programa ideológico y propagandístico que giró en torno a la difusión del culto imperial, la celebración de juegos, la realización de construcciones monumentales, la composición de obras literarias y teatrales, etcétera (Plácido, 2002-2003: 13-16).

Los acontecimientos de la guerra civil habían demostrado que, apoyándose en una red de dependencias clientelares apropiada, cualquiera podía alcanzar el poder

provincial y difundir su influencia hasta llegar a ser emperador. Frente a esta amenaza a la continuidad dinástica, parte de la legislación flavia se encaminó a favorecer que las redes clientelares confluyeran en la figura del emperador, desplazando a otras familias aristocráticas. Por tanto, el programa político de estos emperadores, se correspondió con la necesidad de encauzar la formación de una nueva base social para apoyar al príncipe. Esto se logró fomentando la lucha interaristocrática, creando tensiones en el seno de los posibles aspirantes al poder imperial y reforzando la imagen del emperador como cabeza de ese sistema, en el que todas las dependencias convergían en su figura. Las medidas y las reformas flavias deben de ser entendidas dentro de este proceso de configuración de la imagen del *princeps* y de la articulación de las relaciones de poder a escala imperial, puesto que fueron el resultado de una estrategia política orientada a consolidar el poder de esta dinastía.

Así pues, a pesar de la importancia específica que tuvieron la guerra y las circunstancias históricas que llevaron al poder a los Flavios, los cambios desarrollados en este período no deben de ser entendidos de forma aislada, como una respuesta a unos hechos coyunturales, sino que se imbrican en un proceso complejo en el que se fueron perfilando cambios relacionados con la concepción del poder y con los mecanismos imperiales para hacerlo efectivo. Por tanto, las medidas flavias, orientadas a captar recursos y a reorganizar los territorios provinciales, que se analizarán continuación, se justifican ideológicamente a través de esta construcción del poder imperial. Fueron operaciones en las que indudablemente pudo existir cierto interés por solucionar problemas de carestía o desabastecimiento tras la contienda, pero no se pueden entender exclusivamente como medidas económicas, puesto que principalmente estuvieron motivadas por cuestiones político-ideológicas.

4.2.2. Las reformas flavias. Patrimonialización y captación de recursos

Merece la pena insistir en el papel político-ideológico de las reformas flavias porque son varios los trabajos que se han limitado a recoger las medidas adoptadas por estos emperadores, poniendo principalmente el acento sobre la necesidad de captar recursos ante las urgencias ocasionadas por la guerra civil y, en consecuencia, olvidando el papel que el proceso de configuración del poder imperial desempeñó en las medidas adoptadas (Levi, 1975; Griffin, 2000). Esta cuestión es importante en este trabajo porque, al igual que es necesario acudir a los procesos de configuración del Imperio y

de los mecanismos de explotación provincial en época de Augusto para entender la puesta en marcha de las explotaciones mineras del Noroeste, también es imprescindible aludir a la figura del *princeps* flavio y las formas de control y *dominium* de los recursos y territorios en la segunda mitad del siglo I d.C. para analizar la minería en este período. Sin embargo, las imágenes que suelen proyectarse sobre la dinastía flavia parten muchas veces de visiones que han llegado de algunos autores clásicos y que se refieren exclusivamente a la necesidad de recursos y a la crisis económica. Así, por ejemplo, Tácito comenzó sus *Historiae* evocando la situación dramática de los años 68-69 d.C.

Tac., Hist. 1, 2

Opus adgredior opimum casibus, atrox proeliis, discors seditionibus, ipsa etiam pace saevum. quattuor principes ferro interempti: trina bella civilia, plura externa ac plerumque permixta (...). iam vero Italia novis cladibus vel post longam saeculorum seriem repetitis adflicta. haustae aut obrutae urbes, fecundissima Campaniae ora; et urbs incendiis vastata, consumptis antiquissimis delubris, ipso Capitolio civium manibus incenso. pollutae caerimoniae, magna adulteria: plenum exiliis mare, infecti caedibus scopuli.

El texto permite hacerse una idea de la devastación y ruina que supuso la guerra. La contienda había ocasionado un elevado gasto militar que se sumaba a los expolios y a las dificultades en la recaudación de impuestos durante los episodios bélicos. A estos problemas había que añadir la mala situación económica precedente, generada por la política de gastos que había llevado a cabo Nerón (Griffin, 2000: 197ss; Jacobo Pérez, 2003: 44). La idea de la mala situación económica también aparece en la obra de Suetonio (*Vesp.* 16), quien explicó que Vespasiano estimó acuciante la necesidad financiera del Estado, valorándola en 40 mil millones de sestericios.

Suet., Vesp. 16

Sola est, in qua merito culpetur, pecuniae cupiditas. Non enim contentus omissa sub Galba vectigalia revocasse, novas et gravia addidisse, auxisse, tributa provinciis, nonnullis et duplicasse, negotiationem quoque vel privato pudendas propalam exercuit, coemendo quaedam, tantum ut pluris postea distraheret. Ne candidatis quidem honores, reisve tam innoxiiis quam nocentibus absolute venditare cunctatus est. Creditur etiam procuratorum rapacissimus quemque ad ampliora officia ex industria solitus promovere, quo locupletiores mox condemnaret; quibus quidem vulgo pro spongiis dicebatur uti, quod quasi et siccos madefaceret et exprimeret umentis.

Quidam natura cupidissimum tradunt, idque exprobratum ei a sene bubulco, qui negata sibi gratuita libertate, quam imperium adeptum suppliciter orabat, proclamaverit vulpem pilum mutare, non mores. Sunt contra qui opinentur ad manubias et rapinas necessitate compulsam summa aerarii fisci inopia; de qua testificatus sit initio statim principatus, professus quadringenties milies opus esse, ut res p. stare posset. Quod et veri similis videtur, quando et male partis optime usus est.

Aunque no es posible confirmar que ésta fuera la cifra real y se tratase de una aproximación, las palabras de Suetonio revelan la necesidad urgente de ingresos, requeridos para poner en marcha el mandato de la nueva dinastía. El objetivo recaudatorio se convirtió, entonces, en eje central de las políticas de Vespasiano quien, potenció una sistemática y pragmática captación de recursos que le llevó a reorganizar el territorio provincial y que según palabras de Suetonio, lo hicieron caer en el pillaje y la rapiña con *avaritia* para salvar el Estado. Sin embargo, estas actuaciones no deben desligarse del proceso de construcción de la imagen imperial, a la vez que también son coherentes con la tendencia a una mayor centralización del Estado: el fortalecimiento del poder imperial y la ampliación de las bases sociales sobre las que se detentaba ese poder, a través fundamentalmente de su personal administrativo-militar, formaron parte del programa reformista.

Las medidas llevadas a cabo por Vespasiano y continuadas por sus sucesores, se tradujeron en una política que giró en torno a dos vértices fundamentales. Por un lado, la captación de nuevos ingresos para las arcas estatales a través de la creación de impuestos y la subida de otros ya existentes. Por otro lado, la reorganización de los territorios provinciales, con el fin de facilitar la recaudación tributaria y hacer más efectivo el control fiscal sobre las poblaciones que satisfacían el pago de esos impuestos.

• **Impuestos y fisco imperial.**

En época flavia hay una serie de informaciones que parecen confirmar la existencia de cambios fiscales:

- En primer lugar, en este momento el sistema de la *annona* pasó a estar gestionado directamente por el fisco y se acabó con el sistema de adjudicaciones por medio de subasta pública que había funcionado hasta entonces (Remesal, 1986: 86). Prueba de ello es el excepcional crecimiento del tráfico del aceite oleario, que ha documentado Chic en la Bética (Chic, 1994, 1995 y 1999) y la posible bajada del impuesto del *portorium* también en esta época, con el fin de apoyar el comercio bético (Étienne, 1951: 62-70; Abad, 1975: 128). Estas medidas pueden vincularse con el interés imperial por incentivar la producción de aceite y controlar el recurso para la *annona*.

- En segundo lugar, se crearon ahora nuevos impuestos, se recaudaron otros directamente o se supervisó de forma más directa a las compañías encargadas de hacerlo. Ejemplo de ello se encuentra en la propia ciudad de Roma, donde Vespasiano amplió el pomerio, incluyendo el Aventino y uniendo a la *urbs* el puerto del Tíber y sus muelles y barrios mercantiles, que ahora serían controlados por el fisco (Le Gall y Le Glay, 1995: 315). El mayor rigor en el cobro de impuestos indirectos, sobre todo los aduaneros, y el aumento de control sobre las compañías encargadas de recaudarlos, se extendió a otros puntos del Imperio (Levick, 1999: 95-106; Griffin, 2000: 27-28). Al mismo tiempo, se crearon nuevas tasas como el conocido *vectigal urinae*, para quien usara las letrinas públicas. Todo parece apuntar hacia la centralización de la gestión y cobro de los impuestos y tasas.
- Por último, se sometió a tributación a zonas a las que Nerón había concedido exenciones, como el caso de algunas ciudades griegas; o que habían sido entregadas a control senatorial en época julio-claudia, de los que son ejemplo Sardinia y Corsica (Mastino, 1999: 18). También respondieron a estas motivaciones sus actuaciones sobre Rodas y Samos, a quienes, en palabras de Suetonio (*Vesp.* 8) privó de libertad y, por tanto, se sometieron a tributación (Bersanetti, 1941: 60).

La importancia de las políticas iniciadas por Vespasiano y continuadas o ampliadas por el resto de los emperadores Flavios –especialmente Domiciano –, reside en que tuvieron impacto en todo el Imperio. Sus actuaciones no se limitaron a estos casos aislados que debieron de afectar a territorios específicos, sino que generaron nuevas formas de actuación en el campo tributario. Esto se tradujo en la reestructuración del fisco, una reorganización coherente con el programa ideológico flavio y orientada a reforzar la imagen del *princeps* como *dominus* del suelo provincial de acuerdo con la concepción del poder imperial. En esta línea hay que entender la patrimonialización del *fiscus* y también el proceso de concentración de poder que se hará más evidente a lo largo del siglo II d.C. En este momento la palabra fisco está documentada, con la fusión entre bienes fiscales y patrimoniales, con *procuratores* a la cabeza. Así pues, el fisco se definió como un tesoro perteneciente al Imperio, no a una familia o *gens* concreta, y en él se incluyeron tanto el patrimonio personal del emperador como los bienes que estaban bajo su control, entre los que se podía contar el *ager publicus*. Así pues, *ager*

publicus y *res principis* se fundieron en un solo término, el de *fiscus* (Millar, 1963; Baldacci, 1969; Noè, 1987; Pani, 1992: 80).

Primero apareció un *procurador fiscorum transmarinorum* en Roma (AE 1932, 58) y posteriormente se crearon cuatro nuevas cajas fiscales: *fisci Iudaicus*, *frumentarius*, *Asiaticus*, *Alexandrinus* y muy probablemente, el *fiscus castrenses* (Jones, 1950: 26-27). En estas nuevas cajas se reunirían importantes recursos que antes pasaban a formar parte del erario, pero que ahora estarían controlados por el emperador, al encontrarse bajo la gestión de *procuratores* dependientes del *rationalis* o (*procurator*) *a rationibus* (Jones, 1950: 27; Millar, 1963: 31).

AE 1932, 58. Roma.

Dis Manibus / Euprositus / Aug(usti) lib(ertus) / proc(urator) fiscorum / transmarinor(um) / Elpidi lib(ertae) / optim(a)e / de se(!) merita / fecit

Como se vió, otros *fisci* ya habían convivido con el fisco imperial, pero en época flavia, la definición de estas cajas confirma la tendencia a restar poder al Senado y a derivar recursos, que antes iban a parar al *aerarium*, en favor del fisco imperial. El erario no pudo ingresar suficiente numerario al ser desprovisto de los que habían sido sus principales bienes con la creación de los *fisci Iudaicus* y *Asiaticus*, y de forma progresiva, pasó a quedar relegado a un plano totalmente secundario. Los erarios entrarían ya en clara decadencia desde el reinado de Marco Aurelio, para desaparecer en la segunda mitad del siglo III d.C. en el caso de los erarios militares y en torno al 380 d.C. en el caso del *aerarium Saturni* (Fernández Uriel, 2003).

Desde época flavia es posible entonces dibujar un organigrama del fisco en cuya cabeza se situaría el emperador, quien designaba a un *procurator a rationibus* para gestionar el patrimonio imperial y los ingresos fiscales, parte de los cuales provenían de otras cajas provinciales (e.g. *fisci Iudaicus* y *Asiaticus*) o de otro tipo (e.g. *fiscus castrenses* y *frumentarius*). La referencia esencial para conocer los recursos básicos con los que contaría esta estructura es, además de algunas referencias en el Digesto (49, 14), la silva III de Estacio. En la consolación que el autor dedica a Claudio Etrusco por la muerte de su padre (*Consolatio ad Claudium Etruscum*), se refiere a las funciones que como *rationalis* había desempeñado bajo los Flavios. Claudio había servido a la casa imperial desde tiempos de Tiberio, manumitido por Claudio (*Silv.* 3, 3, 66-99), bajo cuyo gobierno fue nombrado *procurator*, desarrolló su carrera al servicio de diversos

emperadores, que culminó al ser nombrado *procurator a rationibus* por Vespasiano, y Domiciano (*Silv.* 3, 3, 85-105). Las diversas competencias enumeradas en el poema incluyen: la recaudación fiscal (tributos, tasas), el control del sistema monetario y las acuñaciones, la administración de minas públicas (*metalla publica*) y de los arsenales imperiales y hacerse cargo de diversos gastos públicos. Siguiendo a Estacio, dentro de la captación y gestión de ingresos y recursos se mencionan: el oro de *Hispania* y *Dalmatia* (*Silv.* 3, 3, 89-90), el cereal africano que llegaba a Roma (*Silv.* 3, 3, 90-91), perlas, ganado, cristal de roca, maderas... (*Silv.* 3, 3, 91-95). Más adelante se refiere a las tareas que tienen que ver con los gastos (*Silv.* 3, 3, 99-105): obras públicas (acueductos, puertos, diques, vías, reconstrucción de templos), repartos de dinero y alimentos (*congiaria, frumentationes*) y también al destino del oro: decoraciones del Palatino, estatuas y acuñación de moneda (*Silv.* 3, 3, 104-105).

Los versos de Estacio ponen de relieve cómo el fisco canalizó el dominio y la gestión de los recursos provinciales. En él convergieron además tres aspectos que hicieron relevante y viable la explotación de las minas de oro del Noroeste: el control de la moneda, la gestión de *metalla publica* y el control de la tributación (Orejas y Sánchez-Palencia, 2016). Las figuras claves del éxito de este proceso de patrimonialización de los bienes públicos fueron los procuradores (*vid.* Cap. 8.2.1), quienes dependerían del emperador y se encargarían de controlar y gestionar los recursos fiscales. El cuerpo de procuradores pudo verse ampliado en época flavia, especialmente desde Domiciano, quien impulsó definitivamente la asunción por parte del *ordo* ecuestre de las principales procuratelas (Pflaum, 1950; López Barja, 1993: 86 y 2004: 386).

La carrera ecuestre fue, en realidad, una creación propia del Imperio, gradual y muy compleja, como respuesta a las crecientes exigencias de unos territorios que no podían seguir siendo administrados con el viejo sistema heredado de la República. En época imperial se creó un nuevo sistema de administración y gestión orientado en beneficio del *princeps*. Para ello el emperador recurrió a la figura del *procurator* quien, durante la República, se había dedicado a gestionar ante los tribunales los asuntos de otros o habían actuado como agentes privados en la gestión de las cajas (*fisci*) de particulares (López Barja, 1993). De este modo, un término que hasta entonces se había mantenido en la esfera privada, entró en el dominio de lo público. De hecho, de acuerdo con López Barja, en un principio el vínculo entre el emperador y sus *procuratores* fue estrictamente personal (probablemente fueron libertos y esclavos pertenecientes a la

familia Caesaris), pero con el tiempo, éstos últimos fueron perfilando sus funciones y a partir de Domiciano, o quizá ya antes, aunque en todo caso de manera progresiva, las procuratelas pasaron a manos del *ordo equester* (López Barja, 1993: 86ss). A finales de la dinastía flavia, se confirmó definitivamente a los procuradores libertos en un lugar subalterno y se estableció una jerarquía entre las numerosas procuratelas ecuestres agrupándolas en tres escalones: los sexagenarios (o aquéllos cuyo salario anual era de 60.000 HS), los centenarios (100.000 HS) y los ducenarios (200.000 HS). Marco Aurelio añadiría a estos tres un cuarto escalón de rango tricenario (300.000 HS).

Con el paso del tiempo, el número de procuratelas aumentó exponencialmente, especialmente las procuratelas de menor rango (sexagenarias y centenarias), tal y como se recoge en la siguiente tabla.

	A	T	C	CL	N	V	D	T	AD	AP	MA	CC	SS	F
CCC	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	1	10	11
CC	-	-	-	-	-	-	29	34	34	35	33	36	36	36
C	-	-	-	-	-	-	22	29	35	37	49	49	56	58
LX	-	-	-	-	-	-	13	21	35	35	42	47	71	77
Totales	23	25	27	38	46	57	64	84	104	107	125	135	173	182

A= Augusto; T= Tiberio; C= Calígula; CL= Claudio; N= Nerón; V= Vespasiano; D= Domiciano; T= Trajano; AD= Adriano; AP= Antonino Pío; MA= Marco Aurelio; CC= Caracalla; SS= Septimio Severo; F= Filipo.

Tabla 4.- Evolución de las procuratelas imperiales. Fuente: Modificación de Pflaum, 1950.

• Las operaciones flavias sobre el *ager publicus*.

Dentro de este marco flavio y de esta tendencia a aumentar el dominio de los recursos provinciales por parte del emperador, también se documenta un nuevo control territorial orientado en el mismo sentido: reforzar el poder imperial. Dichas operaciones se concretaron en el desarrollo de una intensa política sobre el *ager publicus*, destinada a captar nuevos ingresos y recursos. Probablemente estas operaciones requirieron de la elaboración de un nuevo censo general de personas y bienes que alcanzó a todo el Imperio en los años 73-74. Gracias a Plinio se conocen algunos datos censuales correspondientes al Noroeste de la *Citerior* (NH 3, 4, 28), tal vez recogidos durante el desempeño de un cargo administrativo en esta provincia (*vid.* Cap. 8.2.3).

En esta línea, uno de los testimonios más evidentes del desarrollo de la política de captación flavia, es el caso africano (Le Glay, 1968; Humphrey, 2009; Hoyer, 2013). La llegada de esta dinastía supuso un paso definitivo en la reorganización territorial de la provincia mediante la creación de asentamientos, la elaboración de un catastro rural y la inclusión de los habitantes de ciertos núcleos en tribus romanas, a consecuencia de un proceso de municipalización. Aparte de estas promociones, los emperadores Flavios concluyeron una reorganización del territorio como muestra la colocación de *termini* y la disposición de nuevos asentamientos en los que se establecieron pueblos trashumantes. Estas medidas son coherentes con un intento por mejorar la explotación del territorio, hecho que justifica la labor de construcción de suministros de agua destinados a la agricultura. La *Lex Manciana*, probablemente fechada en época de Vespasiano (Le Gall y Le Glay, 1995: 390), permitía plantar olivos y viñas en las tierras incultas y abandonadas. Estos agricultores se beneficiaron de importantes privilegios: primero, la exención de cualquier pago de renta al propietario hasta el momento en que las plantaciones llegasen a su plena producción de fruto, y segundo un derecho perpetuo de usufructo, transmisible por herencia o venta (Kehoe, 1988: 39-40).

Además de las operaciones desarrolladas por los Flavios en el África proconsular, la lectura del *Corpus Agrimensorum*, proporciona algunas informaciones importantes sobre intervenciones de Vespasiano en otras provincias, confirmando que sus políticas tuvieron un carácter general para todo el Imperio. Aunque su tradición sea anterior, fue precisamente al amparo de esta dinastía, cuando se fechan algunos tratados de agrimensura, probablemente como consecuencia de las operaciones flavias y de la necesidad de actualizar la información³⁸. De su lectura se desprenden datos muy interesantes que permiten conocer mejor las intervenciones flavias que tuvieron lugar sobre las provincias. Ejemplo de ello es el caso de la recuperación de *subsiciva*, operación a la que los agrimensores dedicaron parte de su obra³⁹. Con este término los

³⁸ En concreto en esta época desarrolló su carrera Frontino, quien escribió, entre otras obras, cuatro textos sobre agrimensura entre los años 75 y 82 d.C., recogiendo conocimientos prácticos que había adquirido en el desempeño de su funcionariado: *De agrorum qualitate*, *De controversia*, *De limitibus* y *De arte mensoria* (Th. 1-19).

³⁹ Frontino, en *De agrorum qualitate* (Th. 1-3), hace referencia a los *subsiciva* con relación al *ager divisus et adsignatus*. También en *De controversiis agrorum* los menciona como uno de los quince géneros de *controversiae* que podían tener lugar en relación con la tierra. Agennio Urbico menciona la política flavia sobre los *subsiciva* en Italia (Th. 41, 16-26). Higinio, en *De generibus controversiarum* (Th. 86. 20-98, 5) se refiere a ellos como motivo de controversia. Higinio Gromático, en la segunda parte de su tratado *Constitutio limitum* (Th. 131-171) habla de los *subsiciva* concedidos. Por último, Sículo Flaco, en *De condicionibus agrorum* (Th. 98, 6-130), se refiere a la condición jurídica de los *subsiciva* en un momento ya posterior a Domiciano.

agrimensores designaban las tierras que no llegaban a formar una centuria, las no aptas para el cultivo y las tierras que, dentro de una propiedad, quedaban aún por cultivar (Castillo, 1996: 123ss). Los *subsiciva*, como tales, no se asignaban y por lo tanto quedaban en manos del *auctor divisionis*, tal y como explica Higinio en *De generibus controversiarum*. (Th. 96), refiriéndose al reparto de tierras a las colonias italianas. El *auctor divisionis* (el *princeps* bajo el Imperio) podía retenerlos en su poder y utilizarlos en su propio beneficio o en posteriores asignaciones. Sin embargo, podía optar por concederlos, como si de un beneficio se tratase, a las *res publicae* de las comunidades y así engrosar su patrimonio público. También podía otorgárselos a individuos particulares o podía restituirlos a la comunidad o comunidades de cuyo territorio se había tomado la superficie a asignar. Estos *subsiciva* entraban entonces dentro de la categoría de *agri redditii*.

Una vez que los *subsiciva* habían sido concedidos⁴⁰, las comunidades beneficiadas los añadían al conjunto de las tierras públicas y podían optar o bien por dejarlos como estaban, es decir, en su condición de *subsiciva*, o por proceder a su venta

o alquiler de tal modo que, según Frontino (*De controversiis agrorum*. Th. 7-8), pudieran obtenerse de ellas ingresos para el erario local. En este caso, los *subsiciva* pasaban a formar parte de los *agri vectigales*, es decir, de las tierras públicas que la colonia arrendaba mediante el sistema de *locatio-conductio*.

Algunas comunidades se arrogaron derechos sobre los *subsiciva* sin que les fuera concedida su posesión, lo que pudo justificar que Vespasiano se dirigiera a las comunidades infractoras y reclamara las tierras



Imagen 20.- Fragmento del *Corpus Agrimensorum romanorum* con mención a los *subsiciva*.

⁴⁰ Se emplea preferentemente el término *concessio* cuando se quiere remarcar que es un beneficio concedido voluntariamente.

ocupadas por ellas indebidamente. El objetivo de esta reclamación imperial no era recuperar la tierra para el *ager publicus*, puesto que la tendencia general fue venderla a las comunidades ocupantes, operación gracias a la cual se debió de obtener una importante suma de ingresos que fueron a parar al fisco (Mateo, 2001: 180ss.)

La venta de *subsiciva* se extendió también a las provincias, tal y como demuestra la *requisitio subsicivorum* en *Emerita Augusta* (Front. Th. 44, 15-21). Otras manifestaciones de esta política en provincias son, para Hinrichs, la inscripción de Vespasiano aparecida junto al catastro de Orange y en la que según el autor se lee *Subsiciva publica quae...* (Hinrichs, 1974: 137ss) y la *lex Manciana*. No obstante, ambos documentos son conflictivos. La lectura del primero no es clara y, en cuanto a la referencia al reparto de *subsiciva* en la *lex*, puede referirse a su acepción más amplia, a la de suelo sobrante y aún sin cultivar (Castillo, 1996: 130).

Vespasiano, ante las protestas de los hasta entonces ocupantes de las tierras, tuvo que interrumpir su política, pero después fue continuada por su hijo Tito, hasta que Domiciano la abandonó definitivamente (*Ibidem*, 129). Este emperador concedió los *subsiciva* por *usucapio* a sus antiguos propietarios quienes al cabo de algún tiempo de haber obtenido la *possessio* sobre estas tierras, pasaron a ser propietarios de las mismas.

A estas políticas pueden sumarse las restituciones de las tierras o lugares públicos de las ciudades ocupados indebidamente por particulares y de las que no faltan casos bajo el gobierno de Vespasiano. Ejemplos de ello son la restitución en Roma de una villa pública (*CIL VI 933*), o la restitución en el año 76 de los *finēs agrorum public(orum) m(unicipii) C(annensis)* (*AE 1945, 85*). Estas restituciones, junto a la política de los *subsiciva*, fueron consecuencia de una revisión catastral y de una actualización de la información que se tenía de recursos y poblaciones.

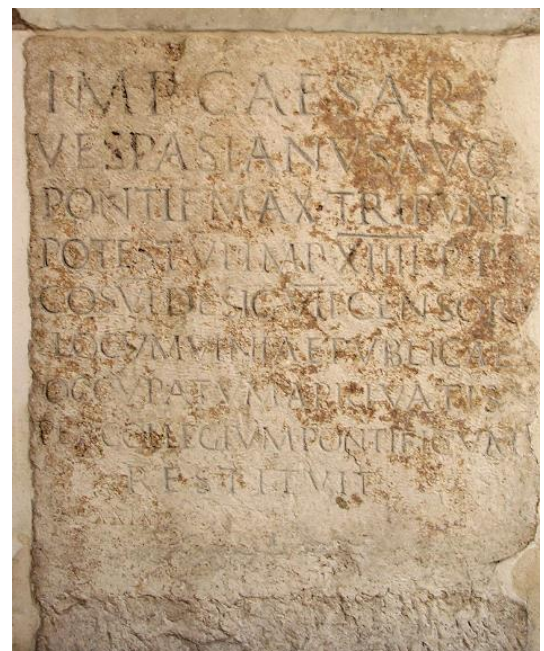


Imagen 21.- Inscripción de restitución de una vía ocupada por privados por parte de Vespasiano localizada en Roma. *CIL VI 933*. Fuente: O. Lyubimova

CIL VI 933. Roma.

Imp(erator) Caesar / Vespasianus Aug(ustus) / pontif(ex) max(imus) tribunic(ia) / potest(ate) VI imp(erator) XIII p(ater) p(atriciae) / co(n)s(ul) VI desig(natus) VII censor / locum vintiae publicae / occupatum a privatis / per collegium pontificum / restituit

AE 1945, 85. Roma.

Imp(erator) Caesar / Vespasianus Aug(ustus) / co(n)s(ul) VII fines / agrorum public(or)um / m(unicipii) C(anusini) ex formis / publicis restituit

Las minas del Noroeste fueron parte del *ager publicus*, posesión imperial, por lo que ciertos cambios detectados en el territorio en esta etapa deben entenderse dentro de este proceso general de captación y reorganización de suelo público, como más adelante se explica. Las reformas flavias formaron parte de un entramado político en el que se desarrollaron actitudes orientadas a reorganizar los territorios provinciales y que incluyeron cambios en los estatutos y en la tributación de las poblaciones. Desde el punto de vista económico esto facilitó la captación de recursos, pero no hay que perder de vista las motivaciones políticas. La minería fue parte integrante de los aspectos en los que se centraron las políticas flavias –el sistema fiscal y el *ager publicus*– y estuvieron en el punto de mira estas intervenciones.

4.3. Cambios en el siglo II d.C. ¿El siglo de oro del imperialismo romano?

Tras el escenario de cambios y transformaciones de época flavia, el siglo II d.C. ha sido considerado por la historiografía tradicional como el período de mayor esplendor de la historia de Roma. Gibbon, en su célebre obra sobre *La Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* (1781), así lo definía, exponiendo que el período transcurrido entre la muerte de Domiciano y el gobierno de Cómodo, fue uno de los más felices y prósperos de los vividos por el hombre.

La visión mitificada del siglo II d.C. ha dejado la imagen de que ésta fue una centuria de fortuna y estabilidad, en la que el Imperio no experimentó prácticamente cambios, tal y como recogió Elio Arístides (*A Roma*, 26, 28-30). En esta etapa, además, el Imperio alcanzó su máxima expansión territorial, perfeccionando sus defensas y estableciendo un sistema uniforme de administración provincial. Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio, conocidos por la historiografía tradicional como los emperadores Antoninos, han sido considerados los cinco buenos emperadores, capaces de asegurar la tranquilidad interna y consolidar su dominio imperial (Castagno, 2008). En concreto, es Trajano quien mayor fama ha alcanzado como responsable de

aquella próspera etapa. Autores como Paribeni (1957) o Bennett (1997) eligieron el título *Optimus Princeps* para sus biografías sobre este emperador que, de acuerdo a una visión en cierto sentido idealizada o romántica, fue capaz de recuperar la *virtus* romana a través de la conquista militar.

Las exaltaciones imperialistas de algunos historiadores han estado motivadas por los inmensos beneficios que, supuestamente, proporcionó la conquista de Dacia y que tan necesarios eran para el Imperio tras el mandato del último flavio. Según Suetonio (*Dom.* 3), Domiciano dejó tras de sí una situación financiera cargada de deudas a consecuencia de las distintas guerras a las que se tuvo que enfrentar y a la construcción de costosos edificios, como los templos de Vespasiano y Tito, la terminación del Coliseo o la restauración del Capitolio, entre otros ejemplos. A esto se sumaron los gastos en dádivas, como los juegos a los que se refería Suetonio (*Dom.* 4) y la distribución de sus *dona*. La penuria que ocasionaron estas actuaciones, llevó al crimen (*inopia rapax*) y a las apropiaciones (*confiscationes*) de los bienes de las aristocracia (*Dio. Cas.* 67, 4). Frente a esta desastrosa situación financiera, la recuperación con Trajano fue asombrosa, a ojos de algunos autores (Carcopino, 1968: 121). Ésta se logró gracias a la conquista de Dacia, que se completó en el año 106 d.C., cambiando la situación financiera y suponiendo un punto de inflexión fundamental. Hasta ese momento, Trajano no había abierto ningún capítulo grande de gastos en su política imperial y había desarrollado ciertas medidas con el fin de captar recursos. Así, por ejemplo, modificó la base de la *vicesima hereditatium* (*Plin. Pan.* 39-40), realizando desgravaciones de las que se beneficiaron pequeñas herencias, a la vez que compensaba las pérdidas bajando de 100.000 a 20.000 HS el límite a partir del cual se debía pagar el impuesto (Carcopino, 1968: 122-123). Sin embargo, a partir de año 106 d.C. la situación de gasto contenido cambió y se desarrolló un ambicioso programa constructivo con la desecación de los pantanos Pontinos, la obra en el canal del Nilo, la desviación del *aqua Traiana* (*CIL* VI 1260) y la construcción del foro Trajano y de obras monumentales, entre las que destaca la columna de Trajano (Castagno, 2008). Además, este emperador creó nuevas unidades auxiliares militares y reclutó dos legiones más: la *XXX Ulpia* y la *II Traiana*. Analizando esta situación, Carcopino (1968: 126-127) concluyó que en el año 106 d.C., Trajano era muy rico y pudo destinar sus riquezas a realizar obras públicas que beneficiaron al conjunto de la sociedad. Esta imagen coincide con la que recogió en un texto Lido (*De Magistratibus*, 2, 28), en el que glorificó a Justiniano por sus éxitos en el Danubio comparándolo con Trajano y

exaltando las riquezas que este emperador llevó a Roma. En el texto, el bizantino ofreció cifras del tesoro arrebatado a los getas y a su rey Decébalos que, aunque exageradas (Carcopino, 1968: 128-133), apoyan la idea de que con la conquista de Dacia, el Imperio se hizo con importantes recursos. Trajano no sólo se apropió del tesoro de los reyes dacios, herederos de los mineros agatirsos de los que habló Herodoto (4, 104), sino que conquistó una región rica en recursos mineros, fundamentalmente de plata y oro (*vid.* cap. 6.4), e incorporó un territorio provincial que podía someter a tributación.

El sucesor de Trajano, Adriano, se centró en proteger las extensas fronteras que se habían conseguido, a la vez que procedía a explotar las minas dacias y continuaba el programa evergético que había iniciado Trajano (Castagno, 2008: 117ss). Con ello inició un período de paz y prosperidad que recordaba a la etapa augustea (Danziger y Purcell, 2005). A este emperador se le ha otorgado también el papel de extender la civilización a través de nuevas fundaciones cívicas y de ampliar la ciudadanía con la concesión del *ius Latii maius* (Crook, 1967: 42, Luraschi, 1979: 312; Chastagnol, 1994: 219ss), aspecto por otra parte, no exento de debate (Bravo Bosch, 2009)⁴¹.

La obra de estos emperadores logró consolidar la idea de un estado mundial, como un espacio integrado, en el que las provincias formaban una parte importante. Italia perdió con ello su posición privilegiada no sólo en el terreno económico, sino también en el político y se rompió con la dicotomía entre el centro y la periferia provincial. Eran las fortalezas del Rin y la muralla de Adriano en Britania, las que marcaban los hitos de la vida civilizada, las fronteras del *orbis terrarum* (Bancalari, 2007: 57 y 237).

El sucesor de Adriano, Antonino Pío, fue uno de los emperadores que mejor personificó la *Pax Romana* de esta Era de prosperidad, a lo largo de sus 23 años de gobierno. Este hecho ha ocasionado que algunos autores hayan hablado de su mandato como si de una monarquía ilustrada se tratase (*e.g.* Andrades, 2008). Se le ha considerado un emperador benevolente, a la vez que fuerte y centralizador. Este siglo de prosperidad y gloria se mantuvo hasta la muerte de Marco Aurelio, momento en el que comenzaron los conflictos fronterizos.

⁴¹ Las fuentes para estudiar esta cuestión son Plinio, quien en *Pan.* 39, 5 hacia el año 100 d.C., parece que sólo conoce el *Latium minus* y Gayo (1, 93), donde hace referencia a reformas realizadas por Adriano con respecto a concesiones de ciudadanía, lo que se podría relacionar con la incorporación del *Latium maius* al *minus* ya existente. Por su parte, Luraschi (1979: 312), señala que el primer documento epigráfico relacionado con el *Latium maius* conduce a época de Adriano (*CIL* VIII 14763).

4.3.1. Centralización, burocratización e intervencionismo

A pesar de estas interpretaciones, hay autores que han observado ciertos síntomas de cambio, por un lado y de debilidad por otro, matizando la visión estática y optimista que se tenía de este período. En líneas generales, se ha considerado que los emperadores Antoninos culminaron un proceso de concentración del poder imperial en manos del emperador (*e.g.* Grimal, 2007: 71 llegaba a hacer referencia al carácter absolutista de esta dinastía). A consecuencia de este aumento de poder, se desarrolló una política intervencionista, que llevaría a los Antoninos a incrementar la centralización y el control directo de las actividades productivas (*e.g.* Andreau, 2001; Chic, 2005). Esta política también estaría motivada por una mayor necesidad de recursos a causa del gran tamaño que el Imperio alcanzó en esta etapa. Por último, se ha mantenido que este intervencionismo llevó, por un lado, al desarrollo de un gran aparato burocrático que acabó por ahogar la iniciativa privada en actividades comerciales (*e.g.* Hopkins, 1980: 121; Chic, 1979 y 2005; Andreau, 2001: 69), y por otro lado, a la elaboración de leyes generales que le permitieron a Roma regular y controlar las actividades productivas, de cara a captar más recursos para el Estado. En este mismo contexto también se han valorado, de forma más o menos dramática, las consecuencias de la plaga antonina y los efectos que causó en el crecimiento económico (Duncan-Jones, 1996; Bagnall, 2000 y 2002; Scheidel, 2002; Greenberg, 2003; Bruun, 2003; Lo Cascio dir. 2012). Se ha considerado que esta pandemia supuso una reducción drástica de la población⁴² y, por tanto, del número de productores, lo que sumado al agotamiento de la actividad comercial, desencadenó la crisis en el Imperio.

Los argumentos para mantener estas aproximaciones son principalmente dos:

- Por un lado, el estudio de la circulación de las ánforas de aceite bético (Remesal, 1986; García Vargas, 1998), cuya producción estaba destinada a cubrir las necesidades de la *annona*, ha permitido sostener que hubo un incremento del intervencionismo estatal en esta actividad y una consecuente decadencia de la iniciativa privada (Chic, 1994, 1999 y 2000; Andreau, 2001: 69). Uno de los argumentos fundamentales para sostener esta idea es la aparición de marcas grabadas sobre las ánforas de esta centuria, que recogen los

⁴² Ya las estimaciones de Boak calculaban que algunas poblaciones egipcias pudieron ver reducida su población en un 40% a consecuencia de esta plaga (Boak, 1959: 248-250). Para una reciente discusión sobre el impacto de la peste antonina, se puede consultar la obra dirigida por Lo Cascio, 2012.

nombres de ciertos magistrados y determinados símbolos que parecen hacer referencia a documentos oficiales en los que se consignaba la mercancía, sus características, además de su procedencia (Chic, 1979). En este mismo sentido, y en relación con la minería, podrían interpretarse los sellos relacionados con la administración imperial que aparecen sobre lingotes de cobre y plomo en el mediodía hispano (Domergue, 1990: 283-287; Rico y Domergue, 2014: 600-601), algunos de los cuales recogen el nombre del emperador de turno del siglo II d.C. Las marcas sobre ánforas y lingotes podrían haberse incrementado a lo largo de la segunda centuria como consecuencia de una mayor complicación administrativa y de un aumento del control estatal (Rico, 2009: 32ss).

- Por otro lado, el análisis de la producción legislativa, especialmente bajo mandato de Adriano, ha sido interpretado como indicador del aumento de centralización e intervencionismo estatal en época antonina. Entre las leyes emitidas bajo este emperador es posible destacar la disposición de Atenas, que regulaba el comercio de aceite y que probablemente tuvo aplicación en todo el Imperio (Abbott y Johnson, 1968: 412), cuestión que a la vez se relaciona con la cuestión del tráfico de las ánforas béticas y de los pecios en general (Parker, 1992). También significativa en el campo agrario fue la *lex Hadriana de rudibus agris et iis qui per X annos continuos inculti sunt*, cuya existencia está atestiguada en varios documentos epigráficos encontrados al norte de África y que puede relacionarse con los cambios en el sector agrario (*CIL* VIII 25943; Kehoe, 1988 y 2010: 59; Padilla, 1994; Hitchner, 1995). Se ha propuesto que esta ley ampliaba la *lex Manciana* de época flavia, otorgando el *ius possidendi ac fruendi heredique suo relinquendi* y ligando al explotador de la tierra directamente al Estado (Piganiol, 1965: 138).

Por último se ha planteado que se diera una ley general que estableciese una compra mínima de 1/3 de la producción de aceite por parte del Estado, con el fin de incentivar la producción de este recurso y asegurar el abastecimiento de la *annona* (Chic, 1979). Esta legislación es coherente con los ideales helenísticos de Adriano y su

creencia en la necesidad de establecer una legislación común, hecho que se tradujo en la elaboración de leyes generales de efecto en el campo del derecho fiscal y administrativo (D'Ors, 1965: 157).

A esta época pertenecen también las leyes de *Vipasca* (Lazzarini, 2001) que regulaban la actividad en la zona minera de Aljustrel. La legislación que aparece en estos bronce revela el carácter fiscal de las explotaciones bajo el mandato de Adriano. Su redacción en este período es coherente con la regulación de otras actividades productivas de interés estratégico, como pudo ser el aceite de la *annona*. Sin embargo, aunque la redacción de los bronce sea de época de Adriano, las leyes recogen marcos legislativos previos, probablemente de época flavia (Domergue, 1983: 87; Mateo, 2001: 191), lo que señala que la regulación fue anterior (aunque en época antonina se pudieran tratar cuestiones específicas).

El siglo II d.C. es el momento además, al que pertenecen la mayoría de noticias conocidas sobre los *damnati ad opus metalli*, o condenados a trabajos en las minas, unas penas muy severas, que castigaban con el trabajo esclavo en las minas imperiales, y que dan nuevamente la pista de que en esta época la minería fue objeto de alguna regulación imperial (Lassandro, 1995: 272-274). Lamentablemente poco se sabe sobre la aplicación y regulación de estos castigos, pues la documentación existente es muy escasa y algunas referencias hay que tomarlas con cautela. Esto ocurre con las menciones republicanas a esclavos vinculados con la minería, como los citados por Estrabón (12, 3, 40) con relación a las minas asiáticas de *Sandoracurgium*. En realidad, la información que da Estrabón forma parte de un contexto muy distinto, relacionado con el aumento del número de esclavos a consecuencia de la expansión territorial de Roma en esas fases. La *damnatio ad metalla* no aparece hasta época imperial, como una pena que ocupaba en la tabla de gradación de las penas el lugar inmediatamente inferior a la pena capital (Salerno, 2003: 36-37). El condenado pasaba a ser propiedad del fisco y para distinguirlo de los otros *servi Caesaris*, los juristas lo llamaban *servus poenae* (Mommson, 1976[1899]: 585-586). En el siglo II d.C.,

la pena de minas y canteras pasa a revestir dos aspectos: *damnatio ad metalla* y *damnatio ad opus metalli* (Groen-Vallinga y Tacoma, 2015: 60). La diferencia entre ambos grados radicaba en la severidad entre una y otra (Delmaire, 1989: 424-425), tal y como recogía un fragmento del Digesto (*Dig.* 48, 18, 8, 6 Ulp. 9 *de off. proc.*: *Inter eos autem, qui in metallum et eos qui in opus metalli damnantur, differentia in vinculis tantum est, quod qui in metallum dammantur, gravioribus vinculis premuntur, qui in opus metalli, levioribus*). La última modalidad, más atenuada que la precedente, data de época adrianea y permitía enviar a las minas a personas cuyo rango, hasta entonces, les eximía de la pena (Mrozek, 1989: 163). Los motivos de la introducción de estas penas son desconocidos, pero parecen apoyar que en época de Adriano existió un cierto interés por regular y reorganizar algunos sectores mineros. En cualquier caso, en el Noroeste, no se han encontrado indicios de la existencia de mano de obra esclava (*vid.* Cap. 2.1.4) y, como Domergue concluyó (1990: 348-351), el número hipotético de los trabajadores condenados a las minas no pudo ser muy elevado.

Todos estos datos representan indicios de que en el siglo II d.C. se produjeron cambios sobre el control y regulación de las actividades productivas. Sin embargo, desde mi punto de vista, este proceso no es fruto sin más de una complicación del aparato administrativo fiscal o de la tendencia lineal y progresiva a controlar férreamente los sectores productivos, tal y como podría desprenderse de la lectura acrítica de algunos trabajos. El aparato administrativo no se consolidó ahora, puesto que llevaba operativo desde inicios del Imperio. Primero, porque la definición del suelo provincial y la articulación de los mecanismos que hicieron posible su dominio y explotación ya estaban funcionando en época de Augusto (*vid. supra*), no son antoninos. Segundo, porque algunas minas (como las del Noroeste) fueron *ager publicus* desde la conquista; es decir, bienes bajo control fiscal de Roma y eso no cambió hasta su abandono en el siglo III d.C. Tercero, porque desde el comienzo fueron gestionadas por un aparato administrativo que, si bien experimentó modificaciones, estuvo al servicio del fisco imperial a lo largo de toda la historia de estas explotaciones. Los mecanismos de control que hicieron posible la explotación de las minas, supusieron una intervención

intensa y directa sobre el territorio desde la conquista e implicaron el desarrollo de un sistema administrativo desde su inicio.

Por otro lado, se hace necesario replantear la idea de que un aumento de la complicación burocrática se asocia necesariamente con una mayor complejidad social. En ocasiones, ha existido una tendencia a considerar el nivel de burocratización como indicador del grado de desarrollo de las sociedades, bajo la concepción de que existe una tendencia natural según la cual las comunidades avanzarían en la misma línea hasta alcanzar formas actuales. Es por ello que se ha querido ver un necesario desarrollo burocrático a medida que el Imperio aumentó su expansión territorial.

Frente a estas consideraciones, ya hace años, Garnsey y Saller definieron al Principado como un “gobierno sin burocracia”, poniendo el acento en la posibilidad de otras formas de desarrollo que no pasaron por la necesaria complicación burocrática. Los argumentos para descartar la burocratización del Estado romano se basaban en el escaso personal con el que contó, en comparación con otros imperios preindustriales, y sobre todo en que sus altos cargos (ocupados por senadores y *equites*), no poseían un perfil profesional, por lo que no podían ser tomados por funcionarios (Garnsey y Saller, 1987: 20-26). Esta idea, ha tenido bastante calado en gran parte de la historiografía, que ha considerado que Roma careció de un sistema burocrático al menos hasta el siglo III d.C. (e. g. Hurlet, 2012: 171), aunque también ha poseído detractores. Así, por ejemplo, Haensch, a partir de sus estudios papirológicos egipcios, ha concluido que el trabajo desarrollado por la administración provincial puede equipararse al de burocracias más modernas relativamente desarrolladas (Haensch, 2000: 274).

En un intento por superar el debate, López Barja ha propuesto abandonar los restrictivos conceptos de “funcionariado” o “burocracia”, por definiciones más amplias (López Barja, 2009: 64), que han sido seguidas en otros trabajos recientes (Olmo, 2016: 237). De acuerdo a estas aproximaciones, las características que definieron a la administración provincial romana fueron su jerarquización, su especialización y su regulación por ciertas normas. Por tanto, no es posible hablar de un concepto de burocracia en el mismo sentido que se aplicaría a los imperios industriales; pero sí es posible reconocer en Roma una administración jerarquizada y especializada, que sirvió con eficacia a la organización y gestión imperiales.

En realidad, a lo largo del siglo II d.C. las supuestas complicaciones burocráticas, están relacionadas con un proceso mucho más complejo de escala imperial y que puede relacionarse con la transformación paulatina de la relación del Estado con

los grupos dominantes y las comunidades provinciales, lo que contribuyó a una progresiva construcción de una nueva estructura social, cuestión sobre la que se volverá más adelante (*vid.* Cap. 13.1). De momento, sólo es necesario adelantar que el proceso se observa en una doble vertiente. En primer lugar, a lo largo de la segunda centuria, se asiste a la continuación del proceso analizado líneas más arriba y que fue iniciado con la fundación del Imperio e incentivado desde época flavia. Dicho proceso llevó a las aristocracias provinciales a ocupar posiciones de mayor relevancia a nivel imperial. Con ello se fomentó la participaron de nuevos sectores provinciales que alteraron las relaciones de poder a nivel imperial, permitiendo la proyección de nuevas aristocracias (Plácido, 2002-2003 y 2004). En segundo lugar, se observa el proceso de pérdida de poder efectivo por parte del Estado, a medida que se fue diluyendo el marco de la *civitas* y las aristocracias consolidaron sus posiciones, ocupando ciertas parcelas de poder que habían pertenecido a Roma. Esta cuestión, que se hará más evidente ya en la Antigüedad tardía, se relaciona con los complejos procesos de crisis de la ciudad y decadencia de la vida urbana y el surgimiento de nuevas formas de dependencia y servidumbre (Vigil, 1973; Vigil y Barbero, 1978; Fernández Ubiña, 1978; St. Croix, 1988: 17ss; Plácido, 2004).

Dentro de este contexto, el aumento de burocracia y la producción legislativa de finales del siglo II d.C., pueden interpretarse desde una perspectiva más amplia, como reacción ante un proceso en el que el Estado fue perdiendo el control, en paralelo al proceso de desintegración de la *civitas* como estructura socio-política. El control estatal de la producción a través de los sellos, el aumento de la visibilidad del aparato administrativo-militar mediante el incremento de las menciones epigráficas, el desarrollo legislativo en actividades como la agrícola o la minera, pudieron ser mecanismos generados ante los cambios que estaba experimentando el Imperio en el siglo II d.C. y que adelantaron los fenómenos que se verán en los siglos siguientes. En este sentido, la tendencia hacia un mayor control estatal de ciertos sectores, puede interpretarse como una reacción del poder imperial ante la pérdida de su poder efectivo.

5

ECONOMÍA, MONEDA DE ORO Y MINERÍA EN LA POLÍTICA ALTOIMPERIAL (SIGLOS I Y II D.C.)

La minería fue uno de los ejes estratégicos del Imperio, pues Roma consideró que ésta era una actividad esencial. Su interés radicaba en que las minas eran la principal fuente de metales empleados en las acuñaciones monetarias. Esto es, minería y sistema monetario eran dos elementos relacionados que el Estado iba a querer controlar.

Por este motivo, en este trabajo resulta necesario detenerse en analizar las acuñaciones (fundamentalmente las de oro) y estudiar su papel dentro de la política imperial. Al analizar la importancia del sistema monetario se estará evaluando también el interés estratégico que existió detrás de la minería, fuente principal de suministro de metal. No debe de pasar desapercibido que ambos elementos (sistema monetario y minería), cobraron un nuevo sentido en época de Augusto y deben de ser entendidos dentro de los procesos que persiguieron la estabilización y control del Imperio. Con sus sucesores, este sistema monetario no permaneció inmutable y experimentó ciertos cambios que desembocaron en la profunda crisis del siglo III d.C. Así pues, es necesario evaluar la minería como fuente de metal para sostenimiento del sistema monetario, desde un punto de vista histórico que tenga en cuenta elementos como la concepción del poder imperial o la evolución de los intereses estratégicos del Estado.

Este enfoque puede completarse con análisis cuantitativos de las acuñaciones, los cuales ofrecen informaciones referentes a contenidos de metal, pesos de las piezas, leyes, etcétera. Bajo tratamiento estadístico de estos datos, también es posible obtener algunas conclusiones.

Estos análisis, sobre los que se centrará la segunda parte de este capítulo, han sido abordados en numerosas ocasiones con desigual éxito, en trabajos que han intentado establecer una relación vinculante entre actividad minera y acuñaciones. El problema fundamental reside en que no es fácil determinar el suministro de metal proveniente de la actividad minera y la cantidad que sería empleada para las

acuñaciones, por lo que establecer una correspondencia entre minería y acuñación no es una labor ni tan sencilla, ni tan directa. Para solventar esta dificultad, uno de los métodos más prometedores ha sido el análisis isotópico, pues ha dado importantes resultados que han permitido conocer de forma más precisa la composición de las monedas y vincular el metal a su fuente de procedencia (*vid.* Cap. 3.2.3). Estos estudios especialmente han dado buenos resultados con relación a la moneda de plata, gracias al contenido de plomo que este tipo de numerario suele tener (Butcher y Ponting, 2005 y 2011; Ponting, 2009). Sin embargo, los bajos niveles de plomo en las monedas de oro han dificultado los análisis en este tipo de piezas, aunque se han realizado algunos avances a través del estudio de elementos traza (Blet-Lemarquand *et al.* 2014a y 2014b). A pesar de estos progresos, la aplicación de estos métodos a la numismática del oro todavía no ha dado resultados concluyentes. Por tanto, en lo que se refiere a la moneda de oro, en este capítulo me limitaré a analizar la evolución de su peso y contenido de metal, con el fin de establecer ciertas tendencias generales. La cuantificación desempeña en este sentido un papel importante, pero siempre como herramienta para el análisis histórico.

5.1. El significado de la moneda de oro dentro de la política altoimperial.

Comenzando por la primera cuestión, valorar la importancia estratégica que el oro tuvo para el Imperio es imprescindible para entender el papel que desempeñaron las minas de oro en la política de los emperadores de los siglos I y II d.C. De hecho, como se ha repetido en numerosas ocasiones (*e.g.* Orejas y Sastre, 1999; Sastre y Orejas, 2000: 284; Sastre y Sánchez-Palencia, 2002: 219; Orejas *et al.* 2013; Orejas y Sánchez-Palencia, 2016), las medidas relacionadas con el control y gestión de las minas del Noroeste, se justifican por el interés específico que tuvo el Imperio sobre el oro, un recurso escaso en la naturaleza y cuya importancia residía en que era el metal utilizado para las acuñaciones desde que Augusto regularizó un nuevo sistema monetario basado en el patrón plata-oro (Belloni, 2002; Sánchez-Palencia, dir. 2002: 27-29; Orejas y Sastre, 2002; Orejas y Sánchez-Palencia, 2016).



Imagen 22.- Áureo de Augusto de la ceca Colonia Patricia fechado en el 18 a.C. *RIC I Augustus*, 109. Fuente. Online Coins of the Roman Empire (OCRE)

La clave para entender esta vinculación entre minería y sistema monetario en el mundo antiguo reside en que el suministro de moneda dependió de la cantidad de oro y de plata de que dispusiese la autoridad que la emitía (Finley, 2003: 276) y en este sentido, la actividad extractiva en las minas era esencial.

Esta dependencia de metal para mantenimiento del sistema monetario se explica atendiendo a la naturaleza de la economía romana. De acuerdo con los clásicos trabajos de Finley (2003: 234) o Crawford (1970), la economía romana careció de una naturaleza fiduciaria, es decir, no existió ningún medio para crear crédito, por lo que el dinero fue moneda, cuyo valor debía estar siempre respaldado por plata u oro. Esto tendría dos consecuencias fundamentales: primero, sería necesario acuñar más numerario ante un incremento de la necesidad de recursos por parte del Estado, pues Roma carecía de

otros instrumentos de creación de crédito. Segundo, salvo algunas excepciones, la moneda sirvió como reserva de riqueza ante la inexistencia de mecanismos actuales como la deuda pública, lo que convertiría a las acuñaciones en piezas estratégicas esenciales para mantenimiento del sistema económico (Chic, 2005 y 2007; Corbier, 2005: 328; Lo Cascio, 2010: 164).

Una de las cuestiones más controvertidas a este respecto, ha sido la existencia de banqueros en el mundo romano puesto que, si la moneda careció de naturaleza fiduciaria, se hace complicado encajar esta figura. Sobre esta cuestión se pronunció de manera esclarecedora Andreau, quien llegó a la conclusión de que en Roma sólo existió una profesión comercial que recibía y prestaba a corto plazo los fondos disponibles a terceros (Andreau, 1977, 2001: 15-18). La presencia de banqueros no supone asumir la existencia de una banca como la actual, en la que se utiliza el dinero que se recibe de otros para invertirlo y hacerlo fructificar (Chic, 2005: 567). De acuerdo a Millett (1991) o Meikle (2002: 243), los préstamos en el mundo antiguo estuvieron siempre asociados

a necesidades de vida y nunca fueron créditos de inversión en el sentido moderno. Como señaló Finley, no se discute que en la Antigüedad se prestara dinero y que esta actividad generara ingresos. Lo que se debate es la función de los préstamos en la producción y el desarrollo económico, y aquí es donde éstos difieren de los sistemas crediticios más actuales (Finley, 2003: 278).

Esta perspectiva ha sido matizada o abiertamente criticada en numerosas ocasiones (*e.g.* para el caso de Atenas Cohen, 1992 y 2008; para Roma, Harris, 2006 y 2008; Hollander, 2008; Kessler y Temin, 2005 y 2008; Temin, 2014), aunque en lo esencial se ha mantenido la ausencia del carácter fiduciario de la moneda en la Antigüedad y la necesidad de metales para mantener su valor (*e.g.* Corbier, 2005: 328; Lo Cascio, 2010: 164). Las críticas se han referido, en cambio, al papel que Finley otorgó al sistema monetario y de préstamos en el desarrollo económico, argumentando que una parte importante de los préstamos estaba destinada al uso productivo. Así, por ejemplo, Temin ha defendido la existencia de préstamos utilizados para invertir en el mercado y aumentar la producción, no solamente para satisfacer el pago de impuestos (Temin, 2001 y 2004). Con ello se ha propuesto que en Roma hubo un crecimiento económico significativo entre el 200 a.C. y el 200 d.C. (Hopkins, 1980 y 2002), vinculado a inversiones crediticias en el ámbito comercial.

Estas diferentes posturas parten, en realidad, de la existencia de dos modelos distintos que han intentado explicar el papel y el funcionamiento del sistema monetario en Roma. En el primero, en sintonía con Finley y Crawford, se considera que la moneda sirvió fundamentalmente para satisfacer los impuestos, por lo que la función principal del sistema monetario fue la de favorecer la tributación. Ello permitió atender al pago continuado de las legiones que formaban un ejército cada vez más estabilizado y que, en consecuencia, generaba grandes gastos. Al mismo tiempo, la moneda permitió que las aristocracias locales contaran con liquidez para adquirir bienes a través de los cuales demostrar su posición social y su capacidad de gasto para competir por el acceso y el control del poder (*vid.* **Fig. 3**).



Figura 3.- Esquematización del modelo de circulación monetaria de Crawford.

Este modelo ponía claramente en evidencia la importancia de contar con metal para las acuñaciones, imprescindibles para mantener a las tropas que cobraban su salario en moneda (probablemente de plata y oro, Wolters, 2000-2001). La tributación era el instrumento esencial, pues permitía crear un flujo de circulación monetaria desde las provincias, pagadoras de impuestos y el ejército, receptor de la moneda. Sin embargo, el esquema de Crawford presentaba un problema, pues era incapaz de explicar cómo obtenían las poblaciones la moneda necesaria para pagar posteriormente sus impuestos e iniciar la cadena de circulación monetaria. En este sentido, en la década de los 80, la obra de Hopkins supuso un punto de inflexión al introducir la variable del comercio y generar un segundo modelo explicativo que ha tenido gran difusión (Hopkins, 1980: 113, 1983: 15ss; 2002: 208ss).

De acuerdo al autor, en los siglos I y II d.C., el Estado romano recaudó una gran cantidad de impuestos en moneda y los gastó, principalmente, en pagos a las legiones fronterizas y en la ciudad de Roma. Tales pagos propiciaron una demanda de productos que estimuló el comercio a larga distancia, favoreció la introducción de mejoras en la producción local (como la división del trabajo o una mayor especialización) y una urbanización sin precedentes, dependiente del comercio y sus beneficios. Con ello se creó un flujo de moneda entre el centro administrativo del Imperio, gran consumidor de

bienes y servicios, las provincias que participaban en el tráfico comercial y las fronteras militarizadas (lo que a su vez explicaría que fueran estas zonas las más integradas en una economía monetaria) (**Fig. 4**).

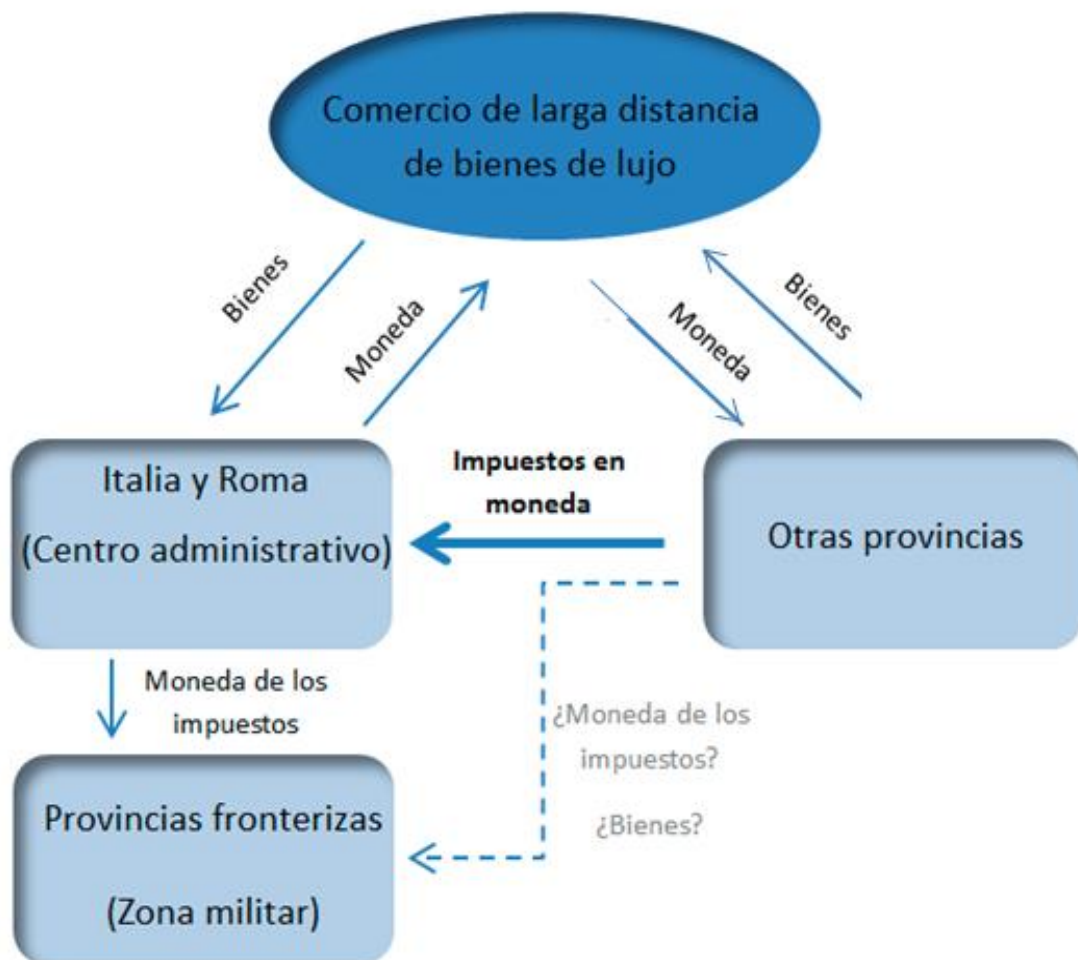


Figura 4.- Esquematización del modelo de circulación monetaria de Hopkins. Fuente: Aarts, 2005.

Con este esquema, Hopkins superó la visión de Crawford de una economía romana estática, pues para Hopkins el flujo del dinero varió en el transcurso del tiempo en función de los tributos y también del comercio. A su vez, el comercio estuvo en parte controlado por el Estado y en parte en manos de la iniciativa privada, generándose un equilibrio entre libre mercado e intervencionismo estatal que ha suscitado intensos debates (una revisión reciente de los mismos en Kay, 2014: 89ss). Además, Hopkins concibió que las sociedades provinciales se fueron monetizando progresivamente a medida que se integraron en el mundo romano, a través de su participación en las rutas

comerciales y el pago de tributo. De esta forma, percibió la monetización como uno de los aspectos de la romanización, algo que ha sido discutido, pues suponía la introducción de un concepto evolucionista y lineal de un proceso muy complejo y cargado de matices.

Uno de sus detractores fue Duncan-Jones, quien argumentó que en muchos lugares monetizados, los impuestos se siguieron pagando en especie o en forma de jornadas de trabajo, lo que eliminaría el estímulo más importante para la monetización según el modelo de Hopkins (Duncan-Jones, 1992: 30ss). La propuesta de Duncan-Jones es refrendada por algunas fuentes que hablan de ciertas cargas satisfechas con trabajo físico (*Dig.* 50, 4, 1, 3 y 50, 4, 4, 2). Además, Duncan-Jones cuestionaba la complementaria interacción entre fiscalidad y comercio a larga distancia, argumentando que el Estado no tenía ninguna estrategia diseñada para recuperar la moneda acuñada, rompiendo el flujo cerrado que proponía Hopkins. Por lo tanto, el Estado necesitaría de nuevo metal para mantener las acuñaciones y poder pagar a las tropas, pues carecía de mecanismos que permitieran un retorno sistemático del numerario.

En los últimos años, parece que existe cierto consenso a la hora de considerar que el comercio estimuló la producción, al menos en ciertos ámbitos urbanos. No obstante, el debate sigue abierto y gira principalmente en torno a dos principales posturas en función del mayor o menor peso dado a la iniciativa privada dentro del comercio y el grado de intervencionismo estatal (sobre las aportaciones a este debate, De Blois y John, 2002). Esta discusión acerca del papel del comercio y su relación con el sistema monetario y económico sobrepasa ampliamente los planteamientos de esta tesis. El objetivo del presente trabajo reside en entender en qué sentido fue importante la reforma monetaria de Augusto y qué intereses tuvieron los sucesivos emperadores a la hora de mantener las acuñaciones y, en consecuencia, la actividad minera como fuente de suministro de metal. En este sentido, además de los mecanismos que actuaron en la circulación de la moneda (tributación, comercio, pago al ejército), hay que tener en cuenta otros factores que van más allá de cuestiones exclusivamente económicas, como se verá a continuación.

5.1.1. El modelo de la economía antropológica.

Desde la economía antropológica ha llegado una perspectiva que considero apropiada para abordar el estudio de las monedas en el mundo antiguo y entender el papel que desempeñaron las acuñaciones monetarias dentro del Imperio romano. El modelo fue principalmente desarrollado por Bloch y Parry (1989) y ha sido aceptado por otros como Roymans (1996 y 2004) o Aarts (2003 y 2005), en sus estudios sobre circulación monetaria en contextos romanos no urbanos, en los que no siempre es fácil hablar de auge comercial para entender la presencia de numerario. Estos enfoques combinan una doble perspectiva, pues parten de que la moneda es un producto social que tiene funciones económicas –siempre y cuando se tengs en cuenta que sociedad y economía no son esferas independientes en el mundo antiguo–, pero también, y de forma no subordinada, un significado ideológico-simbólico (Bloch y Parry, 1989: 21). Algunas de las funciones económicas de la moneda pueden ser fácilmente reconocibles. Por ejemplo, es posible interpretar que la moneda se usó para realizar intercambios o para satisfacer el tributo, y esto fue esencial para mantener el Imperio. Mientras, la función ideológica-simbólica es más difícil de apreciar, pues depende del valor que los distintos agentes sociales le otorgasen y esto pudo variar no sólo de una cultura a otra, sino también de un momento a otro (Bloch y Parry, 1989: 22-23). Como prueba de la importancia del valor simbólico de las monedas, además del evidente repertorio iconográfico que éstas contienen, se pueden citar casos como ciertos depósitos de numerario identificados como rituales y que son relativamente frecuentes sobre todo en contextos rurales (Aarts, 2005: 18-19).

Desde mi punto de vista, este modelo ofrece una visión intermedia que le da valor a la moneda como instrumento económico, pero también como un elemento político-ideológico. Con ello se evitan las perspectivas economicistas que no hacen justicia a las múltiples funciones y significados que tuvo la moneda en el mundo antiguo. Como ejemplo se puede acudir al caso de Galba, quien transportaba moneda de oro como símbolo de prestigio⁴³. También se puede recordar la importancia del papel

⁴³ Según recoge Suetonio, Galba siempre llevaba consigo, durante sus viajes y traslados, la cantidad de un millón de sestericios en monedas de oro, justo el dinero mínimo necesario para pertenecer el *ordo senatorius* (Suet. *Galb.* 8). Según las estimaciones realizadas, esto suponía transportar unos 80 kg de oro en un carro en cualquiera de sus desplazamientos. La elección de la moneda de oro, en vez de la de plata, podía responder a un motivo práctico, puesto que un millón de sestericios en denarios pesaba cerca de una tonelada, lo que significa un 92% más de peso que un millón en áureos. Además, el valor de la moneda de oro estaba garantizado. Pero a estas motivaciones se debía sumar otra simbólica o ideológica relacionada con el prestigio que suponía poseer monedas de oro.

propagandístico de los tipos y leyendas recogidos en el numerario (*vid. infra*). Pero es que, además, existen varios ejemplos de cómo las funciones de la moneda experimentaron cambios definidos según los contextos en los que fue utilizada. Este es el caso de los trabajos que se han realizado en torno a los bátavos y la monetización de estos pueblos situados en el *limes* a lo largo del Imperio romano. Los investigadores que han trabajado estos contextos han encontrado diferencias entre el uso de la moneda en el centro urbano de *Batavodorum* (Nijmegen) y los asentamientos rurales del entorno (Roymans, 2004; Aarts, 2005). Los bátavos sirvieron de forma masiva en el ejército, obteniendo moneda, pero cuando ésta llegó a los asentamientos rurales se le dio un uso ritual. Es decir, los bátavos utilizaron la moneda para el intercambio económico allí donde existía un sistema monetario: la capital de la *civitas*, los campamentos militares y los *vici* adyacentes, pero estas mismas personas usaron la moneda con funciones distintas en contextos rurales.

Por otro lado, uno de los problemas de los modelos economicistas es que asumen que el intercambio de mercado tomó el control de las otras formas de intercambio (como la reciprocidad o el trueque), con más o menos éxito a lo largo del período romano. Esta visión, por una parte, niega la importancia que los tipos de intercambio no mercantiles tuvieron en Roma, y por otra, proyecta una visión lineal y progresiva de la monetización cuando, en realidad, existieron zonas en el Imperio donde la circulación monetaria fue muy escasa y donde continuaron existiendo formas de intercambio no monetales. Existen varios ejemplos de ello en contextos rurales, uno de los cuales puede ser el Noroeste (Cepas *et al.* 1999; Cavada y Villanueva, 2004).

Por tanto, creo que la mejor perspectiva es articular ambas esferas (la económica y la simbólica), desde un punto de vista integral, no subordinado. La tributación y los intercambios comerciales son aspectos imprescindibles que hay que tener en cuenta para entender el papel de la moneda, pero que no deben ser disociados de los aspectos simbólicos, ideológicos o políticos. La reforma de Augusto y el mantenimiento del sistema monetario sólo se entienden desde esta doble perspectiva en la que la función relacionada con la tributación, el pago de las tropas o el comercio, se vincularon con el programa propagandístico, la difusión de la imagen imperial y el proceso que llevó al emperador a controlar los resortes del Estado. La combinación de estos aspectos permite entender el sistema monetario como una herramienta más de control político por parte del emperador (Huot, 1996: 5) y no sólo como un instrumento para facilitar los intercambios. Y aquí reside la clave para analizar la minería como una actividad

estratégica para Roma puesto que el suministro de metal era esencial para el Estado, no sólo desde un punto de vista económico, sino también ideológico y político.

Partiendo de este enfoque, es posible valorar los motivos que llevaron a Augusto a reformar el sistema monetario como sigue:

- En primer lugar, la regularización de las acuñaciones permitió la unificación del sistema monetario y la fijación de unos valores de referencia (sobre esto se volverá en el apartado 5.2 al tratar la evolución del peso de la moneda de oro a lo largo del Alto Imperio). La reforma del sistema monetario fue tomando forma a través de una serie de medidas y cambios que persiguieron la estabilización y garantía de los metales y las relaciones entre ellos, creando una relación fija entre los valores nominales de las acuñaciones (Harl, 1996: 73-96). Para ello fue necesario asegurar un suministro de metal acuñable suficiente y es en este sentido en el que la actividad en las minas de oro (además de las de plata o cobre), se volvió esencial. Además, este aspecto no puede desligarse de los cambios que experimentó el Imperio a comienzos del siglo I d.C. y que llevaron a sentar las bases sobre las que se configuró el nuevo orden político y de control territorial.
- En segundo lugar, las acuñaciones pueden entenderse como instrumento de control de los intercambios comerciales y de la tributación, en el sentido descrito por Crawford, Finley o Hopkins (*vid. supra*). Además, con el control tributario se relaciona el proceso de control progresivo de las finanzas por parte del emperador (de Martino, 1973-1975: 899; Nicolet, 1988a: 103, 157 y 2000: 198), que se analizaron en el capítulo anterior (*vid. Cap. 4.1.2*). A través de él se generaron unos mecanismos que convergieron en la configuración del fisco, donde se reunió el dominio y la gestión de los *metalla publica*, la tributación y el sistema monetario. Por tanto, dentro de este esquema el sistema monetario adquirió sentido como instrumento de control por parte del Imperio y se configuró como un elemento imprescindible para mantenimiento del Estado (Orejas y Sánchez-Palencia, 2016).
- Las monedas, por último, fueron un elemento imprescindible de propaganda que difundiría la nueva imagen del *princeps* y la concepción del poder imperial. Este aspecto, con frecuencia olvidado en los estudios abordados desde las ópticas más economicistas, es esencial para entender el desarrollo

del sistema monetario y el interés de Augusto por reformarlo y unificarlo. Este interés propagandístico cobra mayor sentido dentro del contexto de definición del Principado porque la moneda (como la tributación) fue una herramienta más de control político y sometimiento de las poblaciones a las estructuras del Imperio. Por ello Augusto unificó el sistema monetario acabando con la diversidad de sistemas y la proliferación de autoridades y lugares de acuñación. Esto le permitió centralizar el sistema, que sería puesto bajo su control a lo largo del siglo I d.C., al pasar a depender del fisco. El siguiente paso se produjo en época flavia, momento en el que, como se vio, se desarrollaron una serie de medidas orientadas a consolidar la nueva dinastía y a posicionar a la *gens* Flavia sobre el resto de las aristocracias. En este contexto tuvo lugar una centralización de cecas imperiales, en la que Roma adquirió el mayor protagonismo, medida en consonancia con el programa de fortalecimiento del poder estatal. En definitiva, la moneda se convirtió en un elemento estratégico clave, cuyo control iba a ser fundamental para el Imperio. Y para el mantenimiento de las acuñaciones, las minas fueron esenciales.

5.1.2. El sistema monetario como vehículo de propaganda imperial

Para reforzar la idea de que la moneda puede entenderse también como elemento ideológico, conviene ahora centrarse en los mensajes propagandísticos que difundió. Los primeros estudios que pusieron atención sobre estas cuestiones se remontan a los años 20 y 30 del pasado siglo, cuando Laffranchi y sobre todo Mattingly en sus volúmenes sobre moneda romana imperial del British Museum y el *Roman Imperial Coinage*, intentaron relacionar la iconografía y leyendas de los tipos monetales de época flavia y augusta, con la historia e ideología del emperador correspondiente. De forma paralela, estos estudios convivían con otros centrados en aspectos netamente económicos, que minimizaban la aportación de las monedas a la historia política de la Antigüedad (*e.g.* Milne, 1938). Los dos enfoques se mantuvieron hasta que en los años 50, Grant (1949 y 1954) publicó un artículo sobre la *pax romana* que marcó los estudios de los años posteriores, reconociendo los tipos monetales como medio de aproximación histórica a la política oficial imperial y a la ideología que la motivó. Al mismo tiempo, Sutherland (1951) marcaba otro hito en la investigación numismática al ser el primero

desde Mattingly, en relacionar sistemáticamente las emisiones julio-claudias con su contexto histórico.

En 1956, la publicación de *Essays in Roman Coinage presented to H. Mattingly* demostraba la total separación entre las dos tendencias. La primera, que siguiendo las tesis de Mattingly, veía en la moneda propaganda política y vehículo de mensaje ideológico (Alföldi, 1956; Toynbee, 1956; Fears, 1981a y 1981b). La segunda, que encontró su firme defensor en Jones quien, en un artículo del año 1956, se replanteó y criticó muchas líneas de estudio, abriendo con ello nuevas vías de investigación (Buttrey, 1972; Belloni, 1974; Crawford, 1983). Jones reconsideró la importancia de tipos y leyendas monetales y, aunque les concedió el valor propagandístico, minimizó su papel apuntando la posibilidad de que pudieran ser tópicos que se reproducían y que, en ese caso, tendrían un valor histórico relativo.

Los 80 se cerraron con la obra de Burnett (1987) y de Evans (1992), quien afirmaba que los romanos recibían propaganda por distintos medios y uno de ellos era el numerario. El mensaje transmitido en las monedas sería accesible tanto para los más instruidos como para los menos, dependiendo de que los tipos fueran más generales o más propios de una *gens*, hecho que influiría en la inteligibilidad de sus tipos y leyendas.

Desde los 90, el debate se ha mantenido vivo, aunque parece que se ha desplazado hacia la pregunta de si existió –o no– un programa propagandístico sistemático. Vinculada con esta cuestión, está la de a qué público –más o menos general– fue dirigida esa propaganda. Sin embargo, parece que hoy la mayoría de los investigadores coinciden en que la moneda transmitió mensajes relacionados con el poder imperial, aunque todavía se desconocen los ritmos y el alcance de esos mensajes.

En líneas generales se sostiene que, a pesar de que en época de Augusto el uso de la moneda como elemento de propaganda no era nuevo, su importancia empezó a destacar desde su gobierno, pues fue en el Principado cuando interesó la difusión y omnipresencia de la figura del emperador. La moneda fue un instrumento que hizo llegar a todo el Imperio la imagen del *princeps* y los hechos y símbolos que se quisieron destacar (Belloni, 2002: 115-135). En época de Augusto la moneda refleja entonces el proceso de concentración de poder en manos del emperador. El título de *Caesar Augustus Imperator* aparecía junto con la imagen del emperador, a lo que se sumaban otros poderes y cargos desempeñados y recogidos mediante abreviaturas. Además, las monedas mostraban la legitimidad y continuidad dinásticas con las representaciones de

familiares del emperador. Por otro lado, la iconografía también expresaba sus logros en el poder, sus triunfos militares y las provincias tomadas, así como sus virtudes augusteas como *virtus*, *clementia*, *iustitia* o *pietas* (Sánchez-Palencia dir. 2002; Jacobo Pérez y Mellado, 2004) o relacionadas con la refundación de Roma (Belloni, 2002: 121-134).



Imagen 23.- Áureo de Augusto, con Victoria alada en el reverso, acuñado en Colonia Patricia entre el 18 y 17 a.C. *RIC I Augustus*, 121. Fuente. Online Coins of the Roman Empire (OCRE).

La dinastía flavia retomó muchos de los temas augusteos y también utilizó la moneda de oro para legitimar su posición y proyectar a la vez una imagen de continuidad y estabilidad. Tal y como ha recogido en un completo trabajo Jacobo Pérez (2003), Vespasiano empleó la moneda como soporte sobre el que difundir una serie de mensajes propagandísticos muy vinculados con la imagen del *princeps* flavio y con el programa político e ideológico que quería desarrollar. En este sentido, las acuñaciones de Vespasiano giraron en torno a los siguientes temas: la victoria y los temas militares (aunque evitando recordar su llegada al poder a través de un pronunciamiento militar), la paz y los beneficios de la victoria de los Flavios, la creación de una imagen de continuidad dinástica y la legitimación ante el Senado. Dentro de su programa monetario tuvieron especial peso los tipos augusteos, los cuales fueron retomados con el fin de establecer un vínculo ideológico con el fundador del Principado.



Imagen 24.- Áureo de Vespasiano, con Victoria alada en el reverso, acuñado en Roma entre el 72 y 73 d.C. *RIC II, Part 1, Vespasian* 361. Fuente. Online Coins of the Roman Empire (OCRE)

Por otra parte, Vespasiano también reconoció mayor importancia a las provincias, las cuales desempeñaron un papel relevante en la guerra civil del 68 d.C. En este sentido destaca la presencia del reverso de *HISPANIA* en las acuñaciones iniciales de su mandato, la única zona del Imperio que fue personificada en una actitud distinta a la de la provincia *capta* (Jacobo Pérez, 2003: 87). Este tipo lo retomó de otro acuñado por Galba. Con ello, Vespasiano reconocía la importancia de *Hispania* dentro de la organización imperial.



Imagen 25.- Áureo de Antonino Pío acuñado en Roma en el 138 d.C. En el reverso aparece la *Pietas*. RIC III, *Antoninus Pius* 13 a. Fuente. Online Coins of the Roman Empire (OCRE)

Tras los Flavios, los temas militares fueron recurrentes en las acuñaciones de emperadores como Marco Aurelio y su guerra en Armenia y sobre todo Trajano, quien hizo referencia en las monedas a la guerra contra los partos y destacó especialmente la celebración de la conquista de la Dacia, a través de monedas en las que adoptó el apelativo *Dacicus*, a la vez que relacionaba el éxito con los temas de la victoria y la *Pax* (Belloni, 2002: 165-166). El tema de Júpiter, por sus vínculos con el poder imperial, fue también un tipo recurrente a lo largo del siglo II d.C., a la vez que los distintos emperadores ensalzaban sus virtudes, como la *pietas* de Antonino Pío (Belloni, 2002: 190-192). La preocupación por la sucesión, se dejará ver también en aquellas piezas que proclamaban *divus* a Adriano tras su fallecimiento, emperador que dejó ver su gusto por la cultura oriental greco-helenística en sus acuñaciones (*Ibidem*, 180-181). El programa de propaganda

mostraba los principales logros de los gobiernos de los emperadores y las virtudes que querían resaltar y proyectar. Con este fin también se emitieron series que recogían el reparto de los *alimenta* o los programas constructivos y monumentales, como el desarrollado por Trajano en la *via Traiana*, *aquae Traiana* y su famoso *Forum*, reforzando los programas evergéticos.

Las acuñaciones fueron transmisoras entonces de mensajes relacionados con la concentración de poder imperial, los triunfos militares, la legitimidad de las dinastías.

Con ello el numerario se constituyó como herramienta imperialista, propagando la ideología del poder.

5.2. La evolución de la moneda de oro a lo largo de los siglos I y II d.C.

En definitiva, el sistema monetario desempeñó un papel clave como herramienta de control político en el Imperio, por lo que es fácilmente entendible el interés estratégico que se tuvo por el oro a lo largo de los siglos I-III d.C. Antes de la reforma de Augusto, el oro fue utilizado raramente en las acuñaciones monetarias (Panvini Rosati, 2000). La primera moneda romana de oro se acuñó, según Plinio (*NH.* 33, 3,

47), 51 años después de la aparición de la pieza de plata en 269 a.C., es decir, su emisión se produjo en torno al 218 a.C., aunque Thomsen (1961: 265), da como fecha el 216 a .C., relacionándolo con el contexto de la Segunda Guerra Púnica. Con los conflictos civiles del siglo I a.C., las series de monedas de oro empezaron a estar más presentes, aunque siempre de forma irregular: con Sila se acuñaron las primeras piezas denominadas áureos (*denarius aureus*), las cuales equivalían a 25 denarios, y fue bajo César cuando se hicieron más frecuentes (Duncan-Jones, 1994: 99; Harris, 2006: 19-20). Así lo confirman las fuentes escritas que recogen que en ese momento tuvo lugar la primera acuñación de áureos importante (Suet. *Caes.* 38 y 54; Plut. *Caes.* 359; App. *Bel. Civ.* 2, 102). Los botines de guerra y el oro galo proporcionaron materia prima para estas acuñaciones, que respondían a la necesidad de pagos militares y cuya iconografía, entre otros elementos, recogió los triunfos del ejército. De acuerdo a los datos



Imagen 26.- Áureo de Octavio (32 a.C.-29 a.C.). Ceca desconocida. *RIC* I, Augustus 259. Fuente. Online Coins of the Roman Empire (OCRE)

sistematizados por Duncan-Jones (1994: 215-219), bajo César el áureo pesaba entre 8,02g y 8,07g y se obtenían 40 *aurei* por libra, lo que coincide con el dato proporcionado por Plinio (*NH.* 33, 13) (Crawford, 1985: 243 y 251-252).

Las acuñaciones de áureos siguieron tras el asesinato de César, siendo frecuente la aparición del retrato de personajes destacados vivos como Bruto, Marco Antonio, Lépido y Octavio (*vid.* **Img. 26**). El panorama de las acuñaciones de este momento es complejo y difícil de sistematizar, pues en ellas, además de los múltiples protagonistas retratados, se sucedían constantes alusiones a eventos y triunfos militares. La moneda de oro iba reflejando, de forma evidente, la concentración del poder en una única autoridad.

Con la llegada al poder de Augusto, y el establecimiento del control imperial sobre el conjunto del sistema monetario y sobre las cecas activas (Roma, *Emerita Augusta*, *Lugdunum*), se regularizaron definitivamente las emisiones de *aurei* y se fijaron los valores del resto de monedas en un sistema unitario. El peso del áureo quedó establecido en 1/41 de libra (7,87g) de acuerdo a las estimaciones de Duncan-Jones (1994: 215-217)⁴⁴. Se acuñaron áureos y medios áureos (quinarios) y la producción de moneda de oro y plata quedó como prerrogativa exclusiva del *princeps*, mientras que las de base cobre estuvieron en manos del senado marcadas por las siglas SC (Belloni, 2002: 116).

Tipos de monedas establecidas con Augusto	Escala de equivalencia de valores nominales
<i>Aureus</i>	1
<i>Quinarii aurei</i>	2
<i>Denarii</i>	25
<i>Quinarii argentei</i>	50
<i>Sestertii</i>	100
<i>Dupondii</i>	200
<i>Ases</i>	400
<i>Semisses</i>	800
<i>Quadrantes</i>	1600

Tabla 5.- El sistema monetario en época de Augusto.

⁴⁴ Otros autores han dado 1/42 de libra como peso para el áureo de Augusto (Belloni, 2002: 255). El problema es que no es posible asegurar el peso exacto de la libra romana. De forma tradicional se han considerado como válidos los cálculos de Boeckh (1838), que estimaron que la libra equivalió a 327,45g, aunque estudios posteriores recalcularon su peso en torno a los 322g (Neville, 1920-1922; Duncan-Jones, 1994: 213-215).

Tras la reforma de Augusto, los emperadores sucesivos disminuyeron poco a poco el peso de los *aurei*, tal y como recogía Plinio (*NH*, 33, 3, 47). El proceso se inició ya entre los mandatos de Tiberio y Calígula, cuando el áureo llegó a los 7,75g. Con Claudio se confirmó la tendencia a reducirlo y el áureo se situó en 7,70g. Nerón llevó a cabo una reducción mucho más significativa, disminuyendo el peso del áureo hasta 1/45 de libra (7,27g) (Belloni, 2002: 256-257).

Desde el mandato de Vespasiano, el peso del áureo se mantuvo en torno a los 7,3g sufriendo tan sólo pequeñas variaciones: de los 7,27g de Vespasiano, se pasó a los 7,23g de Tito y a los 7,25g de Domiciano (Belloni, 2002: 258). El peso volvió a disminuir ligeramente de nuevo bajo Trajano (a los 7,22g). De hecho, la conquista de la Dacia y la adquisición de sus minas de oro, no se tradujeron en un incremento del peso de la moneda de oro. De acuerdo a Carcopino, esto pudo deberse a que durante los primeros años del mandato de Trajano, el emperador refundió *aurei* de períodos anteriores a Nerón ante la necesidad urgente de ingresos, momento en el cual pudo reducir el peso de las monedas (Carcopino, 1968: 122-123). Con la puesta en marcha de las nuevas explotaciones se compensó esta pérdida de peso previa. Sin embargo, no parece que exista una reducción significativa del peso en los años previos a la conquista de Dacia. Esto lleva a pensar que la apertura de nuevas minas y la entrada de metal no se tradujeron de forma sistemática en un incremento del peso de las monedas. En este mismo sentido, el período de Marco Aurelio llamó la atención de Mrozek, quien argumentó que el áureo descendió significativamente a consecuencia de la invasión dacia de los *Marcomanni*, fenómeno que pudo interrumpir las labores extractivas temporalmente. Según este autor, posteriormente, con Septimio Severo, hubo una recuperación del peso, fenómeno que relacionó con la reapertura de las minas una vez superada la invasión (Mrozek, 1968). Sin embargo, otros trabajos no recogen estas oscilaciones y señalan que la tendencia general fue la disminución del peso, aunque se documenten pequeñas variaciones bajo Adriano (7,25g), Antonino Pío (7,21g), Marco Aurelio (7,25g) y Cómodo (7,22g) (Crawford, 1978; Belloni, 2002: 258-259; Wilson, 2007). De nuevo, la apertura y cierre de minas no parece ser un factor determinante en las variaciones del peso. De hecho, los datos indican que, salvo ligeras modificaciones tendentes a la reducción del peso, el áureo se mantuvo relativamente estable desde época de Augusto. Las variaciones no llegaron a alcanzar ni 1g en los dos primeros siglos de nuestra Era (*vid.* **Fig. 5**).

La tendencia se alteraría en cambio en época de Caracalla, emperador que llevó a



Imagen 27.- Antoniniano de Caracalla acuñado en Roma en el 215 d.C. *RIC IV, Caracalla 260B*. Fuente. Online Coins of the Roman Empire (OCRE)

cabo una modificación bastante profunda del sistema monetario, introduciendo nuevas piezas, variando el peso de las existentes y reformando el esquema que desde Augusto había permanecido sin grandes cambios.

El peso del áureo se redujo a 1/50 de libra, es decir a 6,54 g

(Bolin, 1958: 252-253). No obstante, y a pesar de la introducción de nuevo numerario, la proporción 1 áureo=25 denarios, aún se mantuvo. La reforma de Caracalla puede resumirse en la siguiente tabla:

Tipos de monedas de época de Caracalla	Escala de equivalencia de valores nominales
<i>Aureus binio</i> (acuñado ocasionalmente)	1
<i>Aurei</i>	2
<i>Quinarii aurei</i>	4
<i>Antoniniani</i>	25
<i>Denarii</i>	50
<i>Quinarii argentei</i>	100
<i>Sestertii</i>	200
<i>Dupondii</i>	400
<i>Ases</i>	800

Tabla 6.- El sistema monetario en época de Caracalla.

Sin embargo, la reforma de Caralla marcó un punto de inflexión en la evolución del sistema monetario, pues desde ese momento la caída del peso de las monedas de oro fue más acusada. En torno al año 250 d.C. un *aureus* pesaba 4,82g. A lo largo del mandato de Galieno las fluctuaciones fueron aún más pronunciadas y el contenido de oro de las monedas llegó a caer hasta 1g en el 265 d.C. (Wilson, 2007).

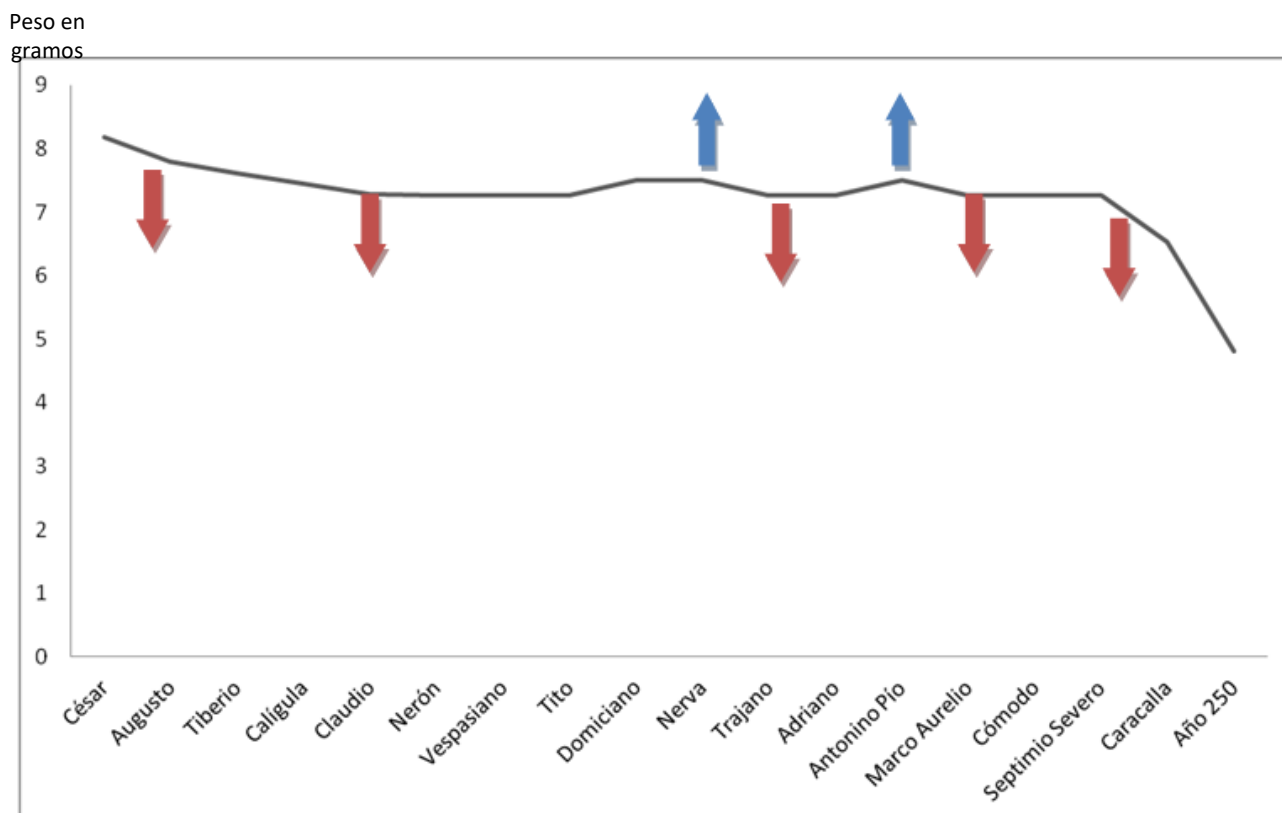


Figura 5.- Evolución del peso del áureo hasta época de Caracalla.

El inicio del declive del peso del *aureus* coincide con el fin de la minería a gran escala en el Noroeste de *Hispania*, pero también con una serie de cambios y transformaciones que tuvieron lugar en el Imperio y en la Península a lo largo del siglo III d.C. y que hay que poner en relación. De hecho, teniendo en cuenta los precedentes de episodios de apertura y cierre de las minas de oro dacias, es posible que el final de las explotaciones de oro del Noroeste resultara menos determinante en los cambios en el peso de la moneda de oro de lo que pudiera llegar a pensarse. Estas cuestiones serán tratadas de forma más extensa en el último bloque. Por ahora sólo se adelantará que el contenido de oro en las monedas era más escaso a principios del siglo III d. C. que durante los primeros años del Imperio, aunque éste se mantuvo relativamente estable.

Si es posible aproximar las variaciones en el peso de la moneda de oro a lo largo de los dos primeros siglos de nuestra Era, calcular el volumen de moneda acuñada resulta mucho más complicado. A pesar de ello, existen algunas estimaciones, las cuales coinciden en que Augusto puso en marcha la circulación de estas monedas con una difusión relativamente amplia (Howgego, 1992: 10-12; Duncan-Jones, 1994: 144-150;

Callu y Lorient, 1990). Este aspecto puede explicarse a través de dos factores fundamentales:

- Por un lado las reformas augusteas, completaron el proceso de construcción de un único sistema monetario y la centralización de la autoridad que permitía acuñar moneda. El proceso, permitió la unificación y regularización de las emisiones, y llevó a una mayor producción de numerario.
- Por otro lado, la mayor disponibilidad de oro a consecuencia del desarrollo de la actividad minera, también contribuyó a un desarrollo extenso de las acuñaciones. Según Howgego (1992), la cantidad de moneda dependía de la disponibilidad de metales acuñables, del grado en que esos metales fueran luego utilizados para acuñar moneda (y no para otros usos) y de la velocidad en que esa moneda circuló. Como la principal forma de adquirir metales fue la minería (sin infravalorar el peso que pudieron tener otros mecanismos de entrada de metal como los botines de guerra), Howgego estableció una relación directa entre la acuñación monetaria y la producción minera (Howgego, 1992: 5; Sugden, 1993; Wilson, 2007).

También Duncan-Jones, realizó trabajos en este sentido. Utilizando los datos de depósitos de monedas y mediante la aplicación de métodos de extrapolación, este autor ofreció cifras concretas sobre la cantidad de monedas acuñadas desde la mitad del siglo I d.C. a la segunda mitad del siglo II d.C. (Duncan-Jones, 1994: 144-150). Así, estimó la cantidad de 16 millones de denarios y 1,1 millones de áureos por año hacia la mitad de la segunda centuria, mostrando que el numerario de oro dominó al de plata, es decir, el valor (medido en sestercios) que alcanzaron las acuñaciones de oro fue superior al que alcanzaron las de plata (*Ibidem*, 111, *vid. Tab. 7*). Estas cifras, que no encuentran paralelos en ningún otro sistema financiero preindustrial conocido, revelarían de ser ciertas, que Roma emitió grandes cantidades de moneda de oro, poniendo en evidencia el importante rol que desempeñó el áureo desde inicios del Imperio.

Emperador	Áureo (millones)	Por año	Denario (millones)	Por año	Valor de moneda acuñada en sestercios (millones)	Por año	Ratio de acuñaciones oro:plata
Nerón	32,26	8,07	31,9	8,0	3.353	838	1:0,45
Vespasiano	34,33	3,61	357,6	37,6	4.864	512	1:4,8
Trajano	24,03	1,23	362,9	18,6	3.855	197	1:6,9
Adriano	22,70	1,11	319,3	15,6	3.548	173	1:5,4
Antonino Pío	32,42	1,41	442,7	19,2	5.013	218	1:6,3
Marco Aurelio	23,70	1,24	294,8	15,5	3.549	187	1:5,7

Tabla 7.- Estimación de la cantidad de emisiones de monedas de oro en relación con las de plata.

Fuente. Duncan-Jones (1994: 167).

Para algunos autores, la justificación del elevado volumen en la producción se debe a que el uso de la moneda de oro debió de estar muy extendido, incluso entre capas de población humildes. Así, por ejemplo, Lo Cascio (2010) ha propuesto que el uso de la moneda de oro no estuvo restringido a ciertos grupos sociales. A partir de la lectura de algunas obras clásicas como las de Apuleyo, sobre todo del *Asno de Oro*, cree que es posible mantener que no hay una diferencia discernible entre grupos sociales que utilizasen la moneda de oro y la de plata y que el uso de la moneda de oro fue un hecho de la vida cotidiana ⁴⁵.

Para justificar las elevadas cifras de la producción de oro, los defensores de estas estimaciones se apoyan fundamentalmente en el análisis de la composición de hielos de Groenlandia y de turberas de Suiza, Suecia y España (Renberg *et al.* 1994; Shotyk *et al.* 1998). Los resultados de estos análisis revelaron unas elevadas medidas en el grado de contaminación ambiental, que se han atribuido a operaciones de fundición durante época romana en el hemisferio Norte. Estos datos se han relacionado luego con un incremento de las labores mineras, pues se ha considerado que una mayor actividad en éstas serían las causantes de la mayor contaminación en este momento (Renberg *et al.* 2001: 515; Wilson, 2002: 25ss; Callataÿ, 2005; Lo Cascio, 2010; Kay, 2014: 46-48). Por otro lado, y en concreto para la minería de oro, interesan los estudios regionales

⁴⁵ Sobre estas interpretaciones discrepan otros autores como Jones (1974: 194-201) o Jongman (2003), quien en fecha relativamente reciente ha mantenido que la moneda de oro se utilizó especialmente para intercambios comerciales a gran escala. Según esta visión, la moneda de oro fue usada por una restringida élite comercial, pero no sería utilizada para comprar y vender bienes de consumo y servicios por la mayoría de la población. En la misma línea y apoyando un uso selectivo de la moneda, Mazzarino propuso que sería posible reconocer dos niveles sociales diferenciados: uno que usaría moneda de oro y otro de plata (Mazzarino, 1956: 139-149).

sobre la contaminación por mercurio, ya que existen indicios de que éste era usado para la separación a través de la amalgama⁴⁶, tal y como parecen indicar algunos estudios realizados recientemente en algunas minas como Las Médulas y El Cabaco (Sánchez-Palencia, 2012a: 124; Sánchez-Palencia y García, 2014). En la turbera de Penillo Vello (Galicia), Martínez Cortinas ha establecido que el mercurio antrópico encontrado aumentó en un 30% en la etapa republicana romana, subió luego lentamente durante el Imperio, cuando se introdujo el refinado del cinabrio, para descender luego bruscamente (Martínez Cortinas *et al.* 1999). Según Chic (2005) estos datos son además coherentes con lo que se conoce sobre la minería y metalurgia del mercurio en la Península. El mercurio total se incrementó durante la primera fase de la explotación romana (durante el período republicano), lo que podría indicar un auge minero.

Sin embargo, a pesar de los ecos que han tenido estos trabajos, lo cierto es que la contaminación atmosférica en el hemisferio norte nada indica realmente sobre la obtención de metales a través de la minería. Lo único que revelan estos estudios es una intensificación de la actividad metalúrgica respecto a fases inmediatamente anteriores y posteriores y, desde luego, nunca comparable con la curva que marca el inicio de la industrialización (Orejas y Sánchez-Palencia, 2014: 328). Los estudios regionales también ponen de manifiesto ciertas tendencias, pero resulta arriesgado poner estos datos en relación con la actividad de las minas o con el volumen de las acuñaciones. No es posible saber que el destino de la actividad metalúrgica fuera producir moneda o que el metal fundido y causante de la contaminación proviniera de la actividad minera. De hecho, es conocido que aparte de las minas, existieron otras fuentes de recursos metalíferos. Así Suetonio recogía cómo al oro procedente de las minas activas en fase tardorrepublicana, como las galas, se sumaron los botines capturados y el tesoro de Egipto, que incrementaron el volumen de metales para acuñación de moneda en época de Augusto (Suet. *Aug.* 41, 1-2). Bajo los sucesores de Augusto se siguieron efectuando expediciones e intentos por obtener oro de otras fuentes, tal y como cuenta Plinio respecto al interés de Calígula por conseguir oro (Plin. *NH.* 33, 79) o el deseo que llevó Nerón a buscar el tesoro de Dido, según Tácito (*Ann.* 16, 1-2).

⁴⁶ Tanto Plinio (*NH.* 33, 99-100) como Vitruvio (*De Arch.* 7, 8, 1-4), se refieren a la amalgamación con mercurio. Además, se sabe que en *Hispania*, Roma tendría acceso a este recurso, pues aquí se encontraba operativa una de las más importantes minas de mercurio, en el entorno de *Sisapo* (La Bienvenida) (Fernández Ochoa *et al.* 2002; Zarzalejos, 2008; Zarzalejos *et al.* 2012). A pesar de ello, todavía existen dudas acerca de la aplicación sistemática de estos conocimientos en la explotación del oro (Healy, 1978: 157; Domergue, 1990: 77-78; Ramage y Craddock, 2000: 13).

En definitiva, hay que tomar con muchas precauciones los estudios de contaminación atmosférica como indicadores de evolución de la actividad minera. Al mismo tiempo, no hay que extrapolar directamente los datos que se conocen sobre variaciones en el peso de los *aurei* con la actividad de las minas. Los estudios de este tipo muestran tendencias generales, pero hay que tener en cuenta que el metal disponible para la acuñación no sólo dependió de la minería.

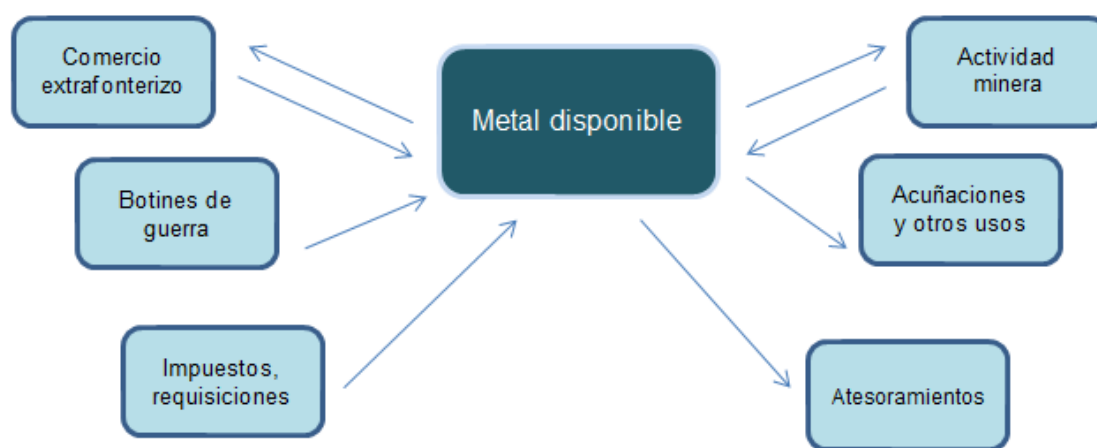


Figura 6.- Flujo de entrada y salida de metal.

Como se observa en la **Fig. 6**, son varios los factores que posibilitaron la entrada y salida de metal en el sistema monetario. La minería, aunque fuera una fuente imprescindible de suministro, no fue la única variable que influyó en la cantidad de metal disponible. Esto contribuye a explicar que ciertos episodios de apertura y cierre de minas no se traduzcan sistemáticamente en alteraciones en el sistema monetario. Así ocurre, por ejemplo con la conquista de Dacia –que puso bajo dominio imperial las minas de Roşia Montană– o la posterior revuelta de los *Marcomanni* –que ocasionó que estas labores dejaran temporalmente de ser explotadas–. Dichos sucesos pudieron alterar el volumen de circulación monetaria, pero no se documentan variaciones significativas del peso de las monedas de oro. De hecho, los datos conocidos relativos al peso y cantidad de metal en las acuñaciones, revelan que durante los dos primeros siglos del Imperio, la moneda de oro mantuvo relativamente estable su peso y su contenido de metal (Wilson, 2007: 114, fig. 1). Esta característica –que contrasta con la evolución de la moneda de plata, cuyo peso osciló de manera mucho más significativa (Duncan-Jones, 1994: 217)–, refuerza la idea de que la moneda de oro actuó como garantía de valor. Frente a los cambios en el peso y contenido de metal del resto del numerario, la moneda de oro se mantuvo estable y con ello, fue posible mantener en funcionamiento

el sistema monetario de Augusto. Por tanto, el interés estratégico que tuvo la moneda de oro durante el Principado, fue determinante a la hora de mantener las acuñaciones (quizá más que una variación puntual en el suministro de metal).

Así pues, y a la vista de estos datos, sí es posible extraer conclusiones parciales que permiten entender las políticas imperiales y el interés estratégico con relación a la minería del oro:

- Existió una voluntad de mantener el peso del *aureus* y su contenido de oro estable y de hacer regular su emisión, por ser una garantía de valor que permitía mantener el sistema monetario ante las oscilaciones en el resto del numerario (sobre todo del denario). En este sentido es probable que se intentara mantener estable el volumen de acuñaciones de oro a lo largo, al menos, de los dos primeros siglos de nuestra Era. Se produjeron pequeñas variaciones, pero se procuró mantener una producción de numerario aurífero relativamente constante.
- Por otro lado, no hay que olvidar que la moneda de oro fue un elemento de prestigio donde se materializó el poder y la simbología imperial, y en este sentido su mantenimiento interesó a Roma, quien la utilizó para difundir la imagen del *princeps* y proyectar el concepto de poder imperial.

Desde comienzos del siglo III d.C., este sistema entró, sin embargo, en una crisis que acabó por descomponer el sistema monetario augusteo. En realidad fue el mantenimiento relativamente estable de la moneda de oro frente a la pronunciada pérdida de peso de la de plata, lo que produjo un desequilibrio insalvable que llevó a la desarticulación del sistema. Sólo con la reforma de Constantino se pudo poner fin a esta crisis. Sobre estas cuestiones se volverá, no obstante, cuando se trate el final de las explotaciones mineras y los cambios del siglo III d.C. (*vid.* Cap. 13).

6

EL DESARROLLO DEL RÉGIMEN JURÍDICO DE EXPLOTACIÓN DE LAS MINAS

Hasta ahora se ha visto que una parte importante de la minería fue una actividad estratégica para el Estado. Éste contó con una serie de mecanismos que le permitieron controlar y organizar la producción de acuerdo a sus intereses, los cuales no estuvieron definidos por criterios netamente económicos, sino que respondieron también a la imbricación de elementos político-ideológicos. De hecho, la economía no puede entenderse como una esfera independiente de los procesos de configuración del poder imperial o de articulación de las redes de poder estatal. A su vez, estas estrategias no se mantuvieron inmutables a lo largo del tiempo, sino que se fueron definiendo y desarrollando como parte de los procesos históricos que marcaron el desarrollo de la República y el Imperio.

Este capítulo se centrará en las estrategias concretas desarrolladas en torno a la minería, analizando los distintos regímenes jurídicos de explotación de las minas de oro y los sistemas de gestión a los que se acogieron. Éstos formaron parte de los marcos institucionales generados de forma específica para explotar los recursos mineros y respondieron a las distintas estrategias que trazó el Estado en cada momento. De esta forma es posible comprobar que existieron varios sistemas de gestión que reflejan cómo Roma adaptó las formas de explotación provincial a sus necesidades. Pero esta adaptación no respondió a criterios de racionalización económica u optimización de beneficio, tal y como son entendidos hoy en día. No hay que pensar en programas calculados y sistemáticos de lo que Weber llamó racionalidad económica. Detrás de los sistemas de gestión no existía un objetivo de maximización productiva a largo plazo. Los *metalla publica* fueron parte del dominio de Roma y su explotación respondió a la lógica imperialista, que llevaba a los emperadores a explotar el conjunto de los recursos imperiales.

6.1. La definición de los regímenes de explotación minera.

En realidad, los diferentes regímenes de explotación se empezaron a gestar en época republicana, a medida que Roma fue conquistando nuevos territorios y se fue enfrentando a la administración de distintos yacimientos. Su expansión por el Mediterráneo le llevó a integrar nuevas regiones, muchas de las cuales contaban con minas que ya habían sido trabajadas con anterioridad a su llegada, lo que le permitió aprovechar la experiencia previa, a la vez que fue adaptando los sistemas de gestión y explotación a sus propios intereses. Así, en el transcurso de las Guerras de Macedonia desde finales del siglo III a.C., entró en contacto con algunas minas destacadas, entre las que se incluían las de Tracia y la península Calcídica. Estas labores habían tenido ya una larga trayectoria en la explotación del oro y la plata, asociada en ocasiones a otros metales como el cobre y el hierro (Healy, 1978: 45-47). De hecho, estas minas desempeñaron un papel imprescindible en el desarrollo de la monarquía macedónica desde mediados del siglo IV a.C. (Liv. 42, 12, 8-10 y 45, 17-18). De acuerdo a un texto de Livio (45, 29, 11), Roma, tras asumir el control de estas minas en el 167 a.C., decidió cerrar las de oro y plata, dejando las de cobre y hierro arrendadas en manos de macedonios (Domergue, 1990: 241-244). Su explotación pudo reiniciarse tiempo después, pero parece que en el siglo I d.C. el oro y la plata estaban agotados.

También las minas griegas, que habían sido muy importantes para el desarrollo de algunas *póleis*, cayeron bajo control romano. Este fue el caso de las famosas minas de plata de Laurión (Larsen, 1959: 261-435; Jones, 1982; Vassilopoulos *et al.* 2003), relacionadas con el importante papel que desempeñó Atenas en el Ática (Hornblower, 2011: 129). Sin embargo, estas explotaciones estaban ya en decadencia a finales del siglo II a.C., tal y como confirma Estrabón (9, 1, 23) al referirse al agotamiento de estas labores. Por lo demás, el resto de minas griegas se



Imagen 28.- Reverso del célebre tetradracma de plata ático, que se convirtió en la moneda griega más difundida del mundo antiguo. Fuente: Vassilopoulos *et al.* 2003.

limitaron a explotaciones de pequeña escala, como las de hierro en Beocia y Laconia, de estaño en Delfos y de varios minerales en las islas del Egeo. Entre ellas destacan las explotaciones de cobre chipriota, isla de la que también se obtuvo algo de oro, además de otros metales como plomo, hierro o el conocido *lapis specularis*⁴⁷ (Str. 14, 6, 5).

Aparte de este sector greco-macedonio, a inicios del siglo II a.C., también pasaron a control romano las minas de Asia Menor. Varias de estas explotaciones, a las que se refiere Estrabón, estaban ya agotadas o, por los restos documentados, no fueron labores de enorme envergadura. Así, el geógrafo cita la existencia de minas antiguas de oro o plata en Astyra (Helesponto) y el monte Tmolus (Str. 13, 1, 23), Pactolo (Str. 13, 4, 5), Atarneo (Str. 14, 5, 28), Lidia, Armenia (Str. 11, 2, 19; 11, 14, 9) y Ponto (Str. 12, 3, 19; 12, 3, 23). Esta última región del Ponto tuvo especial relevancia en el período helenístico y parece que siguió en explotación en época romana cuando, según Estrabón (12, 3, 40), las minas fueron explotadas por publicanos. En referencias tardías del *Codex Theodosianus* (10, 19, 12), aún aparecen los *aurilegi* de las diócesis del Ponto y de Asia.

En el Mediterráneo Oriental, Egipto fue otra gran zona de interés para la extracción de materias primas, entre ellas, minerales (Healy, 1978: 52). El oro fue explotado desde época faraónica, tal y como indica el Papiro de Turín con las minas de Umm Fawakhir, datado entre el 1300 y el 1250 a.C. (Healy, 1978: 70; Meyer, 2011: 161-176). Algunas de las técnicas utilizadas para la explotación de estas minas, pudieron luego aplicarse en labores posteriores romanas. En este sentido destacan los dispositivos para machacar, triturar y moler el mineral que se han conservado. Fundamentalmente éstos sirvieron para obtener un concentrado fino que sería posteriormente lavado, para obtener el oro por decantación de densos. El empleo de esta técnica ha dejado restos en los morteros de abrasión y de percusión egipcios que, posteriormente, incluyeron canales de lavado inspirados en las minas griegas de Laurión (Conophagos, 1980: 220, fig. 10-3 y 10-4; Vassilopoulos *et al.* 2003; Klemm *et al.* 2001). Morteros semejantes han sido localizados tanto en Limusín (Francia), como en el Noroeste de la Península Ibérica, destacando los de Três Minas (Portugal) y los espectaculares conjuntos de cazoletas de Pino del Oro (Zamora) (Sánchez-Palencia y Currás, 2010, *vid. Img. 29*). Estos restos arqueológicos confirman que se desarrolló un proceso de tratamiento mineral similar en todas estas regiones, técnica que ya fue

⁴⁷ De acuerdo a Plinio, el *lapis specularis* se obtuvo fundamentalmente en *Hispania*, en concreto en el entorno de Segóbriga, de donde procedía el de mejor calidad. Además de en *Hispania* y Chipre, se encontró también en Capadocia, Sicilia y África (Plin. *NH.* 36, 160).

descrita por Agatárquides para las minas de oro ptolemaicas del siglo II a.C., según recogió Diodoro de Sicilia (3, 13, 1-2).



Imagen 29.- Conjunto de cazoletas de la Sierpe-3 para procesamiento de mineral procedente de la zona minera de Pino del Oro (Zamora). Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

La circulación de información sobre técnicas extractivas y metalúrgicas a las que tuvieron acceso los romanos, ya era común en el oriente del Mediterráneo, con la consolidación de contactos y rutas comerciales. Pero además del mundo oriental, las poblaciones más cercanas a Roma también habían explotado minerales. Este fue el caso de las minas etruscas de hierro de Vetulonia-Populonia y la isla de Esla. La explotación de las minas italianas sería prohibida posteriormente, con el objetivo de preservar sus recursos (Plin. *NH.* 3, 24, 5 y 33, 78). Más al norte, en la futura Galia Cisalpina, existen noticias de la existencia de una actividad minera más intensa en manos de la población local, antes de la conquista romana. Se trata de las minas de oro de los *Salassi* (Str. 4, 6, 7) en el *agro Vecellese*, en la Bessa (Biella, Italia) (Calleri, 1985; Gianotti, 1996; Domergue, 1998; Vaudagna, 2002; Sánchez-Palencia *et al.* 2011). En el 140 a.C., tras la derrota de los *Salassi*, Roma pasó a controlar este territorio y los publicanos asumieron la explotación que fue, entonces, cuando alcanzó una gran envergadura. A este período se refiere Plinio (*NH.* 33, 78) al mencionar una *lex censoria* referida a la mina de oro de *Victimulae* y que prohibía a los publicanos emplear a más de 5.000 trabajadores. La mina se abandonó a mediados del siglo I a.C., coincidiendo con la puesta en marcha de las recién conquistadas minas de la Galia y de la Península Ibérica (Brecciaroli, 1988: 134; Gambari, 1999: 89).

En el área alpina, en lo que más tarde fue el *Noricum*, también existió otro sector minero importante, sobre todo de hierro (Alföldy, 1970 y 1974; Ørsted, 1985; Dušanić, 2004), aunque existen noticias de que en el siglo II a.C., grupos itálicos buscaron oro en esta zona (Str. 4, 6, 12). Fuentes posibles de oro han sido localizadas en algunos ríos de la región (e.g. Weissenbach o Klienbach) y en algunas minas en las montañas de Hohen Tauern (Piccottini, 1994: 471-474). Las minas del *Regnum Noricum* eran conocidas antes de que la región fuera convertida en provincia en la primera mitad del siglo I d.C. De hecho, Roma mantuvo contactos comerciales muy significativos con esta zona antes de hacerse con el control definitivo de la producción. Como provincia romana, se estableció un dominio imperial con sede administrativa probablemente en *Vinnum*, donde residió el *procurator*. La documentación epigráfica recoge la presencia de esclavos, soldados y *conductores* (AE 1995, 1195). En ocasiones, de forma explícita se cita al *conductor ferrariarum Noricarum* (CIL III 4788, CIL III 5036, CIL III 4809), lo que confirma un control imperial indirecto de estas minas (Hirt, 2010: 53).

AE 1995, 1195. Klein S. Paul. Austria.

Iovi O(ptimo) M(aximo) / pro salute Cam/pili Veri / conduct(or)is ferrar(iarum) / Fortunatus vilic(us) / aquam perduxit

CIL III 4788. Feldkirchen/Kärnten. Austria.

I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / M(arcus) Trebius / M(arci) fil(ius) Palat(ina) / Alfius equo / p(ublico) praef(ectus) i(ure) d(icundo) / Aquil(eiae) c(onductor) f(errar)iarum N(oricarum) / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)

CIL III 5036. Friesach. Austria

Termunibus · Aug(usti) / · Sacr(um) · Q(uintus) · Calpurnius / Phoebianus · c(onductor) · f(errar)iarum · N(oricarum) · et / Quintus · Calpurnius / Phoebianus · Iunior · et / Charitonianus · fili / restituerunt · curante / C(aius) · Iul(ius) · Hermeste · proc(uratore)

CIL III 4809. Liebenfels. Austria.

Isidi Norei(ae) / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito) / pro salute / Q(uinti) Septuei / Clementis / con(ductor)is fer(rariarum) N(oricarum) P(annoniarum) D(almatarum) / et Ti(beri) Cl(audi) Heraclae / et Cn(aei) Octa(vi) Secundi / pro(curatorum) fer(rariarum) Q(uintus) Septueius / Valens pro(curator) ferr(ariarum)

Siguiendo en Occidente, la Galia fue, junto con la Península Ibérica, una de las zonas mineras más significativas. El oro galo fue especialmente famoso, tal y como recogía Diodoro (5, 17). Este autor se refirió a las grandes cantidades de este metal que los indígenas obtenían de la naturaleza sin trabajar las minas, aludiendo claramente al oro fluvial conseguido mediante bateo. Según Estrabón (4, 2, 1), en el territorio de los

Tarbelli estaban las mejores minas de oro galas. En Galia también se explotaron otros metales como plata y plomo, cobre, hierro o estaño (Str. 4, 2, 2). Desde finales de la República, una vez conquistada la región, las minas galas cobraron gran importancia, destacando por ejemplo las de Limousin (Cauuet, 1991 y 2004a).

La Península Ibérica fue la otra gran zona minera por excelencia en Occidente. Aquí existen indicios de actividad extractiva desde el Calcolítico (Montero, 1994). Cuando los romanos iniciaron el control de los distintos territorios peninsulares, en realidad se encontraron con numerosas explotaciones de diversa envergadura. Entre ellas, destacan los yacimientos de *Carthago Nova* y algunos de Sierra Morena, en el área de *Castulo* (Linares, Jaén), que pudieron ser objeto de una intensa explotación bárquida antes de la llegada de Roma (Dio. 5, 38; Plin. *NH.* 33, 31, 96-97; Arboledas, 2008 y 2010). Las primeras zonas mineras bajo control romano fueron, precisamente, el Sudeste hispano y los sectores oriental y central de Sierra Morena. Según algunos autores (Frank, 1959[1933]: 126ss; van Nostrand, 1959: 126-129), la minería en esta primera etapa respondió a una especie de rapiña desordenada en manos de itálicos a los que Diodoro (5, 36) hizo referencia. Sin embargo, estudios más recientes sobre los lingotes de plomo procedentes de Cartagena marcados durante su proceso de fabricación, han dado la pista de la existencia de una organización y de una estandarización en la extracción, producción metalúrgica y comercialización del plomo desde épocas muy tempranas (Domergue, 1990: 253-277; Domergue *et al.* 2012). Si a ello se une el registro de algunas excavaciones arqueológicas en la Sierra de Cartagena, que han permitido caracterizar funcional y cronológicamente algunas instalaciones (Antolinos y Soler, 2007 y 2008; Antolinos *et al.* 2010; Antolinos, 2012), es posible concluir que existió una regulación en la explotación minera quizás desde finales del siglo III a.C. (Orejas y Rico, 2015: 6).

No obstante, todavía existe cierta confusión sobre cómo debió de operar el sistema de control impuesto sobre estos primeros sectores mineros hispanos. Uno de los problemas radica en determinar si el Estado romano concedió la explotación minera a los publicanos o si, por el contrario, la concesión hacía referencia al cobro de tasas (Rico, 2010; Orejas *et al.* 2013; Orejas y Rico, 2015), y en ver cómo se articularon estas concesiones.

En líneas generales y de forma esquemática, existen cuatro posturas. Dos de ellas coinciden en sostener que la explotación de las minas públicas no se llevó a cabo mediante arrendamiento a publicanos. Esta opción se concreta en dos soluciones:

- Por un lado la que supone que el Estado romano pudo explotar las minas públicas, ingresando directamente los metales (Frank, 1959: 138, 154-157 y 256-258).
- Por otro, la que entiende que el erario ingresó los impuestos que debían pagar los mineros, los cuales eran recaudados por el gobernador (Richarson, 1976).

Las otras dos posturas, mucho más extendidas, mantienen que fue necesaria la intervención de publicanos que se adjudicaban durante cinco años el disfrute de la mina a cambio de una cantidad global fijada en subasta pública ante los censores. Esta opinión, a su vez permite suponer dos formas de explotación:

- Para unos, se adjudicaba la explotación de la mina directamente a los publicanos (Brunt, 1990: 396ss; Domergue, 1990: 249ss).
- Para otros, los publicanos sólo obtenían mediante *locatio* la posibilidad de recaudar impuestos a los mineros, que serían particulares que explotaban las minas individualmente o formando sociedades (Calboli ed. 1978; y con matices, Mateo, 2001: 39-40, quien distingue entre las sociedades de publicanos que tomaban en arriendo *vectigalia publica populi Romani* y las sociedades mineras que explotaban directamente las minas)⁴⁸.

En realidad, la documentación disponible apunta hacia la diversidad de formas de aprovechamiento (Mateo, 2001: 43ss). La existencia de sociedades vinculadas a zonas mineras está documentada en *Hispania* al menos en los siglos I a.C. y I d.C., a través de las marcas sobre lingotes que mencionan a las *societas argentariarum fodinarum montis Ilucronensis* (o *societ(as) mont(is) argent(arii) ilucr(onensis)*, *societas castulonensis* (SC), *soc(ietas) vesc(...)*, *soc(ietas) amat(...)*, *soc(ietas) baliar(ica)*, *soc(ietas) plumb(aria)* o la *societas sisaponensis*. A éstas se podrían añadir otras posibles sociedades conocidas sólo por siglas en marcas sobre objetos diversos (Domergue, 1990: 260-263; Rico, 2010). No es descartable que algunas de estas sociedades fueran sociedades de publicanos. Pero, al mismo tiempo, el sistema de *occupatio*, que ha sido propuesto para tierras próximas a *Carthago Nova* tras su conquista (Orejas y Ramallo, 2004: 96), también pudo ser una solución aplicada en la integración y explotación de las áreas mineras. La *occupatio* se efectuaba sobre tierras

⁴⁸ En los últimos años, Domergue también se ha ido inclinando por esta postura, rectificando su idea anterior (Domergue, 2008).

públicas que seguían siendo *ager publicus*, podía tener una prolongada vigencia e implicaba el cobro de tasas (Roselaar, 2010: 90-93). En definitiva, es posible imaginar un mapa de explotaciones mineras en manos de *occupatores* y de sociedades en época republicana, aunque se desconocen las relaciones entre ellas y el peso que unos y otros debieron desempeñar.

Ya en las últimas décadas de la República y, sobre todo bajo los gobiernos de Augusto y Tiberio, se encuentra mejor definido el germen de las diversas formas de explotar las minas que se documentan en la etapa altoimperial (Domergue, 1990: 229-240) y que se suman a las existentes en época republicana. Así aparecen:

1. *Societates* que permanecieron activas en el siglo I d. C., tal y como se sabe gracias a ciertas siglas y marcas en objetos diversos y las fuentes escritas (Domergue, 1990: 260ss; Rico, 2010).
2. Minas en manos de particulares (*privati*), tal y como indican los nombres de algunos *metalla* como el samariense y el antoniniano, que cita Plinio y que invitan a pensar que un Samario y un Antonio desempeñaron algún papel importante en estas explotaciones. Algo similar señala la inscripción de Carboneros en Jaén (*HEp* 6, 1996, 612), la cual puede estar relacionada con el control de labores por Tito Pasido Sabineo, quizá un *occupator* (Orejas *et al.* 2013: 33-34).

Además, se sabe de otros dos individuos estrechamente relacionados con la explotación de metales en época de Augusto y Tiberio. Por un lado Agripa, cuya actividad en relación con el comercio del plomo hispano es bien conocida gracias a los sellos con su nombre en lingotes procedentes de Sierra Morena y Cartagena (Rodá 2004; Domergue *et al.* 2012). Por otro, Sexto Mario propietario de minas de las que luego se apropiaría el fisco (Chic, 1991), aunque todavía se desconoce cómo habían llegado esas minas a ser privadas (Orejas y Rico, 2015: 28).

El paso de minas a particulares en este período fue, probablemente, más habitual de lo pensado (Orejas *et al.* 2013). Esto puede deducirse de una frase de Suetonio, quien al referirse a las confiscaciones de Tiberio, dice que un gran número de ciudades y de particulares fueron despojados de sus antiguos derechos de explotar minas y de estar exentos de pagar impuestos (*Tib.* 49). Por su parte, Estrabón indica que las minas de Cartagena, en explotación aún en su época, ya no pertenecían al Estado y habían sido adquiridas por

particulares, aunque señala a continuación que las de oro eran, casi todas, de propiedad estatal (Str. 3, 2, 10).

El protagonismo de los individuos en las primeras décadas del Imperio se fue diluyendo progresivamente, apareciendo dos tendencias a partir del periodo julio-claudio: las minas, o bien fueron recuperadas por el emperador y pasaron a ser dominios imperiales como *res fiscales*, o bien la riqueza minera se vinculó al desarrollo de las ciudades.

3. Por tanto, las minas dentro del territorio de las *civitates* fueron otra opción. Según ésta, las explotaciones formaron parte de los *loca publica* del *populus* de las *civitates* (Castillo, 1996: 111ss), aunque su posesión o usufructo pudo pasar luego a sociedades o particulares. En estos casos, las minas contribuyeron en la construcción de territorios cívicos y su explotación pudo favorecer a la comunidad o a determinadas familias. Algunos ejemplos proceden de *Carthago Nova* o de los colonos de *Astigi*, los cuales marcaron lingotes de plomo (Domergue 1990: 236-237; Sáez 1993: 426-429) o de *Munigua*, cuyo auge estuvo relacionado con las explotaciones de su entorno (Schattner *et al.* 2012). El desarrollo de otras ciudades, en todas las provincias hispanas, tampoco puede entenderse sin tener en cuenta el papel de las minas cercanas, como fueron los casos de *Sisapo*, *Segobriga*, *Oiasso*, *Arucci/Turobriga*, *Pax Iulia*, *Itálica* o *Corduba* (Orejas y Rico, 2015).
4. Por último, los sectores mineros más importantes y estratégicos fueron *metalla publica*; esto es, minas controladas por el fisco a través de *procuratores*. A su vez, estas minas pudieron explotarse a través de la concesión de explotaciones y el cobro de diversas tasas, como parece ocurrió en los sectores mineros más importantes del mediodía hispano y que ilustra la regulación de *Vipasca*; o bien pudieron ser supervisadas íntegramente por el fisco, con el fin de controlar directamente el metal extraído, como ocurrió con el oro del Noroeste. A estos dos tipos de minas, Domergue (1990: 302-307 y 2008: 200-203) denominó como de gestión indirecta o directa (*régie indirecte* o *régie directe*) y dentro de su clasificación es posible también encontrar otras labores que se pusieron en explotación fuera de *Hispania* en los siglos I y II d.C. y que estuvieron dedicadas a la extracción de metales estratégicos.

6.2. ***Metalla publica*: gestión directa o indirecta.**

La primera cuestión que es necesario abordar supone analizar qué factores condicionaron la organización de los *metalla publica* según un sistema de gestión directa o indirecta. Sin duda la respuesta a esta pregunta no es sencilla. El régimen de las explotaciones fue posiblemente el resultado de la combinación de distintos factores, los cuales, además, deben de ser entendidos diacrónicamente, pues se vieron alterados y modificados con el paso del tiempo en la época republicana y en el Imperio.

Desde mi punto de vista, dos son los problemas fundamentales que han dificultado el estudio de los sistemas de gestión de los *metalla* imperiales:

- En primer lugar, el desigual volumen de información disponible para analizar las distintas zonas mineras, ha ocasionado que se extrapolen los datos conocidos para algunas explotaciones concretas al resto de labores, aunque los contextos geomineros sean totalmente diferentes. Así, por ejemplo, las conclusiones extraídas de las tablas de *Vipasca* para las minas portuguesas de Aljustrel, han servido para explicar directamente cuestiones relacionadas con la organización y la gestión de otros *metalla* imperiales que no tuvieron por qué responder a patrones idénticos, lo que ha hecho que se produzcan ciertas distorsiones.
- En segundo lugar, muchas de las aproximaciones se han hecho partiendo de la base de que la elección de un régimen de gestión u otro estuvo motivada, exclusivamente, por el deseo de rentabilizar la explotación del mineral, obteniendo los resultados óptimos de acuerdo a una relación inversión/beneficio. Como ya se ha adelantado (*vid.* Cap. 2.1.2), esta idea es discutible. Evidentemente esto no equivale a decir que el Estado no obtuvo beneficio alguno de la actividad minera, sino que el afán de lucro o la maximización de beneficio como parte de un contexto económico diferenciado, no fueron objetivos en sí mismos como en la actualidad. Los intereses que orientaron las distintas estrategias productivas no pueden ser comparados con los que han motivado las actividades económicas industriales.

Al hablar del régimen de gestión de los *metalla* imperiales son otros los factores que hay que tener en cuenta. El primero de ellos es la evolución por parte del poder

público del concepto de patrimonio imperial. Como se vio, la patrimonialización definitiva del fisco en época flavia, que influyó en la política económica y las medidas que tomaron los emperadores de esta dinastía, debieron de afectar de forma destacada a las minas como posesiones del Estado (*vid.* Cap. 4.2.2). La reforma en el sistema monetario flavio es además coherente con el programa ideológico desarrollado especialmente bajo Vespasiano y orientado a generar una imagen de orden y estabilidad con la regulación de las acuñaciones. Y lo mismo puede decirse del período abierto a finales del siglo II d.C., cuando ciertos cambios en el papel del Estado y su relación con las provincias se reflejaron en los sistemas de administración y gestión de las zonas mineras. El sistema de gestión de los *metalla publica* sólo se entiende en relación con estos procesos de definición del poder imperial, de control territorial por el emperador y de su desarrollo y evolución.

En segundo lugar, la influencia de la intervención pública sobre las minas vino condicionada por el mayor o menor control de los emperadores sobre la incorporación de los metales al tráfico monetario y mercantil. Es decir, el tipo de materia prima y el interés estratégico que existió sobre la misma fue determinante a la hora de elegir el sistema jurídico de explotación. Como se ha intentado justificar, el oro tuvo un valor estratégico fundamental para Roma (*vid.* Cap. 5.1). Este hecho, precisamente, fue el responsable de que se estableciera un sistema de gestión directa por parte del Estado en el Noroeste distinto al de *Vipasca*. Sin embargo, no hay que entender este argumento de una forma determinista, pues se sabe que en el siglo II d.C. se pusieron en explotación las minas de oro dacias de Roşia Montană con un sistema de explotación indirecta. El interés estratégico de Roma sobre el oro es coherente con la organización de estas minas como *metalla publica* (bienes controlados por el emperador a través del fisco imperial), pero no explica, por sí solo, que las del Noroeste fueran organizadas según un sistema de gestión directa.

Podría pensarse entonces que más allá del interés por el tipo de materia prima explotada, la clave residió en las propias condiciones geológicas de los yacimientos mineros, un tercer aspecto a considerar. Sin embargo, las condiciones geológicas determinaron los distintos tipos de técnicas mineras que se emplearon dando como resultado explotaciones a cielo abierto y otras subterráneas de distinto tamaño (Domergue, 1990: 25ss; Andreau, 1990), pero no son la causa exclusiva para establecer un tipo de gestión determinado. Ni siquiera se puede argumentar que las labores de mayor envergadura, difícilmente divisibles *a priori* en concesiones particulares, fueran

objeto de una organización jurídica concreta. Esto es conocido gracias a los estudios que se han realizado en los últimos años en los yacimientos de origen fluvioglacial de La Bessa (Biella, Italia) (Sánchez-Palencia *et al.* 2011), y que fueron explotados entre el siglo II a.C. y mediados del siglo I a.C. (Brecciaroli, 1988: 134; Gambari, 1999: 89; *vid. Img. 30*).



Imagen 30.- Panorámica de la zona de Roc di Pé en La Bessa (Biella). Se observan cantos rodados o ciottoli, acumulados por las labores de explotación. Fuente. EST-AP (IH. CSIC).

A pesar de la envergadura de las labores y de haber sido explotadas por medio de energía hidráulica, en La Bessa se organizó un sistema de gestión a través de *locationes* muy distinto al que se encuentra en las minas de gestión directa como Las Médulas. Así parece

confirmarlo la cita pliniana que menciona la prohibición de que los publicanos que explotaban estas minas tuviesen trabajando a más de 5.000 hombres (Plin. *NH.* 33, 78). El sistema de gestión indirecta también se documenta a través del estudio de la morfología de las labores, pues el sistema de concesiones ocasionó una ordenación irregular, lo

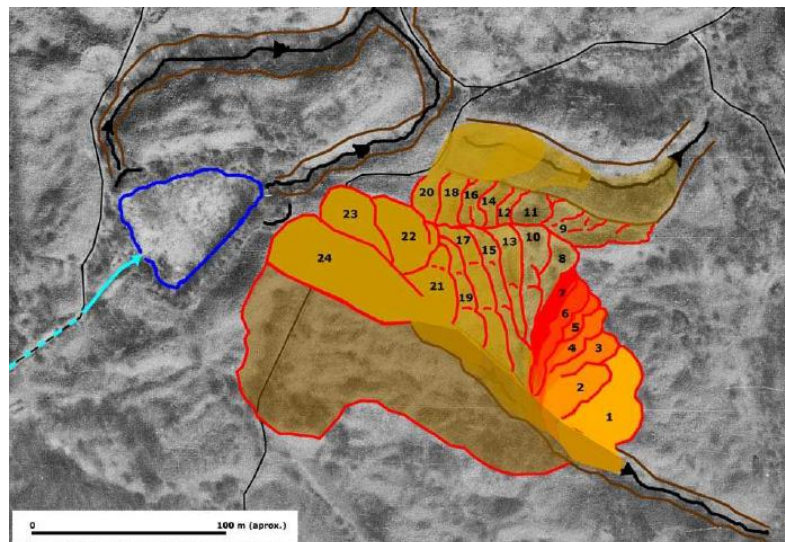


Figura 7.- Fotointerpretación de un sector explotado en la zona de Roc di Pé en La Bessa (Biella). En azul el canal de abastecimiento y depósito. En marrón, canales de evacuación de estériles. Fuente. Sánchez-Palencia *et al.* 2011.

que señala la existencia de un sistema de explotación fraccionado (Sánchez-Palencia *et*

al. 2006 y 2011) que también se encuentra en otras minas como las republicanas de Cartagena (Orejas y Ramallo, 2004; Antolinos y Soler, 2008; Antolinos *et al.* 2010; Rico, 2010; Orejas y Rico, 2015) y las minas de época imperial de *Vipasca* (Lazzarini, 2001; Mateo, 2001 y 2012; Orejas, 2002c; Pérez Macías y Delgado Domínguez eds. 2007). Esta morfología (*vid.* **Fig. 7**) difiere claramente con la documentada en los frentes de explotación de las minas de oro de Las Médulas, en las que también se empleó la fuerza hidráulica, pero en las que no se observa un espacio productivo fragmentado dependiendo de la distribución de las labores, sino distintas etapas de explotación (Pérez García y Sánchez-Palencia, 2000).

En definitiva, todo apunta a que fueron en realidad varios factores los que determinaron que las minas de oro en el Noroeste fueran explotadas por el fisco imperial de forma directa, a través de su personal administrativo y el ejército. De hecho, es probable que no se pueda definir un único motivo, sino que detrás de la definición del sistema de gestión se encontrase una variedad de razones. Entre ellas, una de las claves fundamentales fue la necesidad de establecer en el Noroeste un control territorial efectivo de amplia escala que permitiera gestionar directamente unas explotaciones de enorme envergadura, donde los trabajos fueron definidos por Plinio como *opera vicerit Gigantium* (Plin. *NH.* 3, 21, 70). La infraestructura implicaba un control regional que sólo era posible por parte del Estado. Sin embargo, tampoco este argumento puede entenderse como explicación totalizadora. El mapa de las labores mineras del Imperio se fue construyendo a lo largo de los siglos de explotación, a medida que Roma fue conquistando nuevos territorios y fue enfrentándose a la gestión de distintos yacimientos, pasando por la explotación de los *occupatores*, de los publicanos y del *vectigal incertum* (Ñaco, 2003: 118-123), a los *metalla publica* de gestión directa o indirecta que recogía Domergue (1990: 302-307).

Que fuera a inicios del Principado cuando Roma optó por organizar un sistema de gestión directa en el Noroeste no es una cuestión baladí. En su decisión se conjugaron varios factores. En primer lugar, en este momento Roma contaba con los recursos necesarios: un amplio y eficaz control sobre los amplios territorios en los que se desarrollaron las labores mineras y la red hidráulica. En segundo lugar, disponía de los conocimientos técnicos requeridos, los cuales había adquirido en sus experiencias republicanas previas. Por último, poseía interés por reformar el sistema monetario y controlar directamente el oro necesario para su mantenimiento. A todo ello habría que sumar la propia articulación territorial de esta región a través del sistema de *civitates*

tributarias que pudo resolver la cuestión de la mano de obra sin necesidad de pasar por un sistema de concesiones mineras. Todos estos elementos contribuyeron a que Roma optase por el sistema de gestión directo documentado en el Noroeste. Pero ésta no fue ni una solución exclusivamente adoptada en esta región ni la única que aplicó Roma en todo el Imperio. De hecho, como se está comprobando, la definición de los regímenes de gestión formó parte de un proceso y las distintas soluciones adoptadas, se fueron adaptando a los intereses estratégicos concretos que tuvo Roma en cada momento. Después de completar la conquista de *Hispania* en época de Augusto, Roma se hizo con el control de nuevos territorios que poseyeron zonas mineras y se tuvo que enfrentar a nuevos retos en otras provincias.

Gracias a los estudios que se han desarrollado en las últimas décadas, se dispone de un mapa cada vez más preciso sobre la ubicación de las principales labores mineras del Imperio. En los últimos años, a los estudios de regiones concretas, se han sumado los intentos por compendiar la información disponible (Orejas, dir. 2003; Domergue, 2008; Hirt, 2010, ésta última más centrada en aspectos organizativos y de gestión de las minas; Sánchez-Palencia y Orejas, 2012; Orejas y Rico, eds. 2012). Pero estos intentos de sistematización se han visto limitados por diversos problemas.

En ocasiones, las labores antiguas apenas son identificables sobre el terreno. No siempre se cuenta con restos de envergadura y muchas veces las labores sólo se detectan por el hallazgo de escorias o estructuras como depósitos, canales o cortas mineras poco visibles. Por otra parte, muchas de estas labores continuaron tanto en fase preindustrial como industrial, por lo que no es fácil identificar las explotaciones de época antigua. A estos problemas se suma la escasez de estudios en muchas regiones, pues son muy pocos los casos que han sido objeto de investigaciones profundas, con sólo algunas excepciones. Esto genera un desequilibrio en las informaciones, pues áreas mineras muy importantes como la ilírico-balcánica o la greco-macedónica, son muy mal conocidas. Futuros proyectos de investigación en estas regiones podrían cambiar la visión parcial con la que ahora se cuenta.

A pesar de ello, con los datos disponibles es posible profundizar algo más en dos nuevas áreas mineras de oro que fueron puestas en explotación por Roma a mediados del siglo I d.C. y el siglo II d.C. y que se sumaron a las ya existentes. Se trata, concretamente, de las minas de Dolaucothi (Gales) y las de Roşia Montană (Rumanía). En estas zonas, el Estado se sirvió de la experiencia acumulada a la hora de poner en marcha zonas mineras previas, pero a la vez adaptó su gestión a los intereses de cada

caso concreto. Su interés reside en que han sido objeto de investigaciones de entidad que han aportado datos para su mejor conocimiento. Por otro lado, se trata de minas de oro, por lo que tuvieron un interés estratégico similar al de las del noroeste hispano. Además, su puesta en marcha es coetánea a la explotación de las minas del Noroeste. Por estos motivos, en las páginas siguientes se verá el desarrollo de estas zonas, con el fin de profundizar en cómo Roma fue variando los sistemas de gestión a lo largo de la historia de la minería.

6.3. La época flavia y la explotación de Dolaucothi (Gales).

Britania fue definitivamente conquistada y pacificada en época de Vespasiano (Le Gall y Le Glay, 1995: 319ss). Tan pronto como acabó su conquista, pasó a ser una provincia imperial bajo el mando de un gobernador (*legatus propraetore*), que reunía poderes civiles y militares (Frere, 1999: 143-146). Estos gobernadores contaron con *officinae* con personal administrativo encargado de ayudarlos en la administración de la provincia (Frere, 1999: 185; Birley, 2005: 11). Además, es sabido que desde tiempos de Vespasiano o Domiciano, los emperadores acostumbraron a enviar a legados jurídicos especiales (*legati iuridici*) a las provincias. Aparte de en Britania y en las dos Panonias, estos magistrados sólo son conocidos en la Tarraconense, donde están documentados en *Asturia* y *Gallaecia* (Korporowicz, 2012; *vid.* Cap. 8.2.1). Para la administración financiera, en Britania existió un procurador de rango ecuestre sobre el que no existe demasiada información. Es posible que los *procuratores* residieran en *Londinium*, mientras que los gobernadores tendrían su sede en *Camulodum* (Frere, 1999: 187). Las poblaciones, sometidas como *dediticii*, fueron después organizadas como comunidades peregrinas (a excepción de las que tuvieron rango colonial, Korporowicz, 2012).

En este sistema de ordenación territorial impuesto, las minas desempeñaron un factor clave (Mattingly, 2006; Mattingly y Orejas, 2009). La distribución de los campamentos militares puede ponerse en relación con las necesidades de la fase bélica y también con la articulación de puntos mineros estratégicos (Birley, 2005: 68-95; Dibon-Smith, 2012). En la isla ya se contaba con otros focos mineros y metalúrgicos desde la llegada de Roma en torno al 42 d.C. Este es el caso de las minas de hierro de Kent y Sussex, la hematita del bosque de Dean, las producciones de plomo y de plata de Mendip (Mattingly y Schröfer-Kolb, 2003a). Ya en el año 49 d.C. está constatada la explotación de las minas de Charterhouse-on-Mendip (Fradley, 2009: 55). El oro, cuya

presencia parecieron conocer tanto Estrabón (4, 5, 2) como Plinio (*NH.* 33, 17)⁴⁹, vendría en cambio de la región del actual país de Gales. En esta región destaca el complejo minero de Dolaucothi, situado en el valle del río Cothi, cerca de Pumsaint, Carmarthenshire (Bick *et al.* 1993; Burnham, 1994).

Los restos físicos del complejo minero de Dolaucothi fueron descritos en 1969 por Lewis y Jones (1969 y 1971). Aunque el sistema de canales del río Cothi había sido identificado con anterioridad (para estos trabajos previos, Boon y Williams, 1966), fue el reconocimiento de un segundo sistema de canales dependientes del río Annel, lo que ayudó a aclarar la secuencia de desarrollo de las labores mineras de esta zona.

Las excavaciones de 1969 revelaron la presencia de un asentamiento prerromano asociado a un afloramiento. Esto ha llevado a proponer una muy discutida hipótesis sobre la explotación intensiva ya en época prerromana (Burnham, 1997). De acuerdo con esta interpretación, cuando los romanos llegaron a Dolaucothi en los años 70 del siglo I d.C., encontraron la mina a cielo abierto y la mantuvieron en explotación, abriendo aún más la superficie de labor. En paralelo, explotaron los depósitos secundarios a gran escala a través de la utilización de un sistema hidráulico y construyeron



Imagen 31.- Fotografía de una de las galerías de Dolaucothi (Gales). Imagen propia.

varias galerías (Burnham y Burnham, 2004: 329). Sin embargo, no existe evidencia suficiente como para confirmar la explotación prerromana de Dolaucothi (Hirt, 2010: 37). Las fechas más antiguas conocidas con seguridad para la actividad minera de Dolaucothi se remontan al 75 d.C. (Dibon-Smith, 2012), dato que a su vez señala la rapidez con la que los romanos pusieron en explotación la mina tras el sometimiento efectivo de la zona.

⁴⁹ No así Cicerón (*Ad. Fam.* 7, 7, 1) quien advirtió de que en la isla no se encontraría ni oro ni plata, basándose en una evaluación que hizo César (*De Bello Gal.*, 5, 12, 4) de las riquezas de Britania.

En Dolaucothi las operaciones mineras consistieron por una parte en explotaciones a cielo abierto, y por otra en minas subterráneas en galería. Un sistema de canales conducía el agua desde el Anell y el Cothi hasta los depósitos situados sobre la mina. Jones y Lewis, en su trabajo de 1971, explicaban cómo la fuerza hidráulica era entonces utilizada para eliminar la capa superficial de roca de los depósitos primarios que luego serían explotados a través de las cortas a cielo abierto y las galerías subterráneas que se han conservado (*vid.* **Img. 31**). En ocasiones, la roca también tenía que pasar un proceso de fragmentación mediante fuego para hacer más sencilla la obtención del mineral de forma manual. Finalmente, la trituration del mineral se realizaba en unas características piedras de mortero, similares a otras encontradas en la Península Ibérica (Sánchez-Palencia, 1985-1986; Mattingly y Schröfer-Kolb, 2003b; Sánchez-Palencia *et al.* 2003; Burnham y Burnham, 2004; Wilson, 2006) (*vid.* **Img. 32**).

a)



b)



Imagen 32.- a) Dos de las caras de la piedra de granito de Carreg Pumsaint (Dolaucothi, Gales) (imagen propia). b) Morteros de Três Minas (Portugal) para procesamiento de mineral. Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

Sin embargo, a diferencia de lo que se observa en el Noroeste de *Hispania*, en Dolaucothi no existe evidencia epigráfica de miembros del ejército ni de la administración romana encargándose de la administración de las explotaciones. Fue el descubrimiento del campamento romano de Pumpsaint en las inmediaciones de las labores mineras, lo que permitió ver la relación entre la participación del Estado en la explotación de las minas (Burnham y Burnham, 2004).

El campamento de Pumpsaint fue extensamente estudiado en la década de los 70 por Jones y Little (1973). Este campamento militar fue fundado en torno al año 75 d.C. sobre una pequeña terraza en la confluencia del río Cothi y Twrch. El tamaño del fuerte es de 1.9 ha, suficiente para una *cohors quingenaria*. El interior revela una compleja secuencia con cinco fases de construcción, que señalan una secuencia cronológica relativamente breve. La ocupación del período flavio se prolongó hasta el año 125 d.C., aunque sobre el 100 d.C., el tamaño del campamento se redujo a la mitad (Burnham y Burnham, 2004). Que la alteración del tamaño del campamento refleje un cambio en la función del mismo o simplemente suponga una reducción del número de tropas, como se observa en otras partes de Gales, no puede ser todavía confirmado. Lo que parece comprobarse es que el campamento continuó ocupado durante el primer cuarto del siglo II d.C. y, al igual que otros campamentos militares del sur de Gales, fue abandonado durante el mandato de Adriano (Hirt, 2010: 38).



Imagen 33.- Vista de uno de los canales de abastecimiento hidráulico de Dolaucothi (Gales). Imagen propia.

Algunos autores han propuesto que el abandono del campamento se puede relacionar con el final del control militar de las minas y la posibilidad de que éstas pasaran a manos de arrendatarios particulares (Jones y Maude, 1991; Mattingly y Schröfer-Kolb, 2003b, dossier VIII). Este cambio en el sistema de gestión explicaría la continuidad de ciertos trabajos mineros en las minas de Melin-y-Milwyr durante los siglos III y IV d.C., en un contexto privado y no estatal. En este sentido, Wilson (2006) ha propuesto la existencia de dos fases en los trabajos mineros de Dolaucothi. La primera de ellas identificada con la minería hidráulica de canales y vinculada con la gestión directa de las minas por parte del Estado, de forma similar a las del Noroeste de *Hispania*. La segunda fase se correspondería con las explotaciones subterráneas y se desarrollaría tras el abandono del campamento militar en un contexto civil y a una escala más reducida, cuando las explotaciones a cielo abierto fueran impracticables (Kay, 2014: 47).

Sin embargo, no hay pruebas que permitan confirmar esta propuesta. Como ya se adelantó, la técnica de explotación empleada no determina el régimen jurídico al que se acogieron las minas y existen ejemplos de explotaciones a cielo abierto vinculadas a concesiones (como en La Bessa) y explotaciones subterráneas en minas gestionadas directamente por el Estado (de las que un buen ejemplo pueden ser las explotaciones de Três Minas).

Por otra parte, también existen problemas a la hora de identificar arqueológicamente los asentamientos de los trabajadores de las minas, lo que no contribuye a despejar las dudas. Tan sólo están localizados los restos de algunos yacimientos que se vinculan con la vía romana de Llandovery y el campamento de Pumsaint. Este es el caso de un asentamiento identificado como civil, construido en madera y de otra estructura de piedra descubierta en la zona este del campamento. Además, se han encontrado otras estructuras de ocupación en el sur, quizá relacionadas con la actividad minera, puesto que con el abandono del campamento estos asentamientos también fueron deshabitados (Burnham y Burnham, 2004: 318-319). Un poco más al sur, siguiendo el trazado del río Cothi, se halló otro asentamiento, que quizá incluya unas termas y que se vincula con la vía romana hacia Llandovery. Este asentamiento indica un rango de ocupación de finales del siglo I d.C. a principios del siglo II d.C., sobreviviendo al abandono del campamento una o dos décadas. Sin embargo, aún no queda clara la relación entre la mina de oro y este establecimiento (Burnham y Burnham, 2004: 320; Hirt, 2010: 38).

En definitiva, las minas de oro y el campamento militar asociado parecen ser el centro en torno al cual se agruparon los pocos asentamientos de los que hay noticias. Como señala Hirt (2010: 38), éstos fueron probablemente habitados por mineros y otros trabajadores encargados de suministrar servicios auxiliares a la actividad minera. Mientras, el campamento parece ser el núcleo que ocuparía el personal de administración de las minas.

La instalación y mantenimiento de la infraestructura necesaria para explotar los depósitos secundarios requirió, como había ocurrido en *Hispania*, de una amplia y constante fuerza de trabajo y la presencia de especialistas capaces de poner en marcha las explotaciones (Wilson, 2002: 17). De forma similar a lo que ocurrió en el Noroeste, la complejidad de la organización de las operaciones mineras, la creación de la infraestructura, el contingente de recursos tanto humanos como materiales y la gran escala de las operaciones, hicieron de la actividad extractiva una labor que necesitó una gran capacidad de gestión. Aunque es cierto que las labores de Dolaucothi no son tan espectaculares como las que se encuentran en el Noroeste de *Hispania*, también aquí los canales del sistema hidráulico o la explotación de los depósitos primarios a cielo abierto y las labores subterráneas, implicaron un amplio esfuerzo que requirió, sin duda, la gestión del Estado. Para llevar a cabo la rápida y eficaz explotación de este territorio, Roma se sirvió de la experiencia que había adquirido en el Noroeste de *Hispania* (Dibon-Smith, 2012). Lamentablemente, la información fragmentaria disponible no permite precisar demasiado acerca de su sistema de explotación y del patrón de poblamiento. La salida del contingente militar en el primer cuarto de la segunda centuria indica que en este momento se produjeron cambios organizativos en la zona. Dos posibilidades parecen las más factibles: o bien las minas se gestionaron desde otro centro, o bien pasaron a depender de una gestión privada en función de una fórmula que se desconoce. Esta última opción podría confirmar, de ser cierta, que los sistemas de explotación directos se vincularon con la gestión de los emperadores de la primera centuria, pero existió una tendencia a preferir formas indirectas desde el siglo II d.C.

6.4. La minería en el siglo II d.C. y la explotación de Roșia Montană (Rumanía)

En el siglo II d.C. se pusieron en marcha unas explotaciones de oro en Dacia, provincia que, junto con *Hispania*, concentró la mayor cantidad de minas de oro de todo el Imperio. Aunque de propiedad estatal, fueron administradas a través de un sistema de gestión indirecta que recuerda al recogido en las leyes de *Vipasca* y que presenta varias diferencias con el Noroeste.

6.4.1. La conquista de Dacia.

Sobre las motivaciones que llevaron a Trajano a conquistar la Dacia se han ofrecido distintas versiones (Vințan, 2007: 133-137). La mayoría de ellas coinciden en que Roma pretendía reforzar la seguridad fronteriza en esa parte del Imperio (Ștefan, 2005). Ante el peligro que representaba la cercanía de un reino como el de Decébal y el temor a que las poblaciones bárbaras del norte del Danubio pudieran organizarse y realizar incursiones en contra del Imperio, Trajano tomó la decisión de ocupar definitivamente la Dacia (Carbó, 2010). Por otra parte, con esta acción bélica, Trajano buscaba la gloria imperial a través de la victoria militar. Este hecho era de especial importancia, sobre todo cuando la paz que consiguió Domiciano años antes, tras su victoria en *Tapae*, fue vista como vergonzosa por parte de la sociedad romana (Dio. Cas. 67, 7, 2-4)⁵⁰.

Tras dos campañas en los años 101 d.C. y 105-106 d.C., Trajano consiguió anexionar la mayor parte de las tierras dacias. Inmediatamente conseguida la victoria, procedió a organizar administrativamente el territorio conquistado y se inició la explotación de los recursos provinciales, dentro de los cuales la minería de oro desempeñó un papel fundamental.

La explotación del oro no había sido ajena a los dacios antes de la dominación. Así lo han confirmado unos brazaletes en espiral de oro recuperados y que se han fechado entre el siglo II a.C. y el I d.C., a los que se pueden sumar unas acuñaciones monetarias auríferas dacias. A pesar de los problemas de estas piezas⁵¹, recientes

⁵⁰ Es posible entonces entender la conquista dacia como una medida de control imperialista y no sólo como un intento de obtener oro y recursos metalíferos ante posibles problemas financieros, opinión, en cambio, sostenida de forma tradicional (Carcopino, 1968). Está visión, de hecho, ha sido mantenida no sólo para la Dacia, sino también para otras zonas mineras como las hispanas, donde se ha considerado que fue el interés por los minerales lo que motivó la conquista (Blázquez Martínez, 1970).

⁵¹ Especialmente problemáticos han sido los brazaletes, pues se recuperaron tras haberse vendido en el mercado de antigüedades, sin contexto arqueológico alguno, lo que hizo dudar incluso de su autenticidad.

análisis parecen confirmar que no son falsificaciones y que se realizaron con una combinación de oro procedente de ríos de la zona y de depósitos primarios, visibles superficialmente (Constantinescu *et al.* 2010 y 2012: 19-26; Vasilescu *et al.* 2011).



Imagen 34.- Piezas de oro dacias de época prerromana. A la izquierda, brazalete en espiral de oro. A la derecha, moneda de oro dacia (koson). Fuente: Constantinescu *et al.* 2012.

Sin embargo, fue en época romana cuando las explotaciones alcanzaron gran envergadura como parte de la nueva organización territorial. En los momentos posteriores a la conquista, Roma procedió a la construcción de una red viaria que unía la gran meseta de Transilvania, centro del antiguo reino de Decébalos, con los territorios circundantes; se establecieron asentamientos militares y se fundaron centros de población *ex novo* (Fodorean, 2006). Al mismo tiempo se crearon dos nuevas provincias: la nueva provincia Dacia (con las actuales Banato, Transilvania y Oltenia occidental) y Moesia Inferior (con el resto de Oltenia, Transilvania sudoriental, Muntenia y Moldavia meridional). Estas provincias fueron objeto de posteriores reorganizaciones con Adriano, quien añadió una tercera provincial (Dacia Inferior) y con Marco Aurelio, que agrupó a las tres provincias bajo el mando único de un gobernador de las tres Dacias (Carbó, 2002).

Al igual que ocurrió con las minas del Noroeste de *Hispania* y las explotaciones de Dolaucothi en Britania, Roma procedió a organizar el territorio nada más finalizada la conquista y comenzó con la explotación de los recursos provinciales. Sin embargo, mientras que en *Hispania* se necesitó del sistema de *civitates* locales para hacer viables las explotaciones, en Dacia se prefirió un modelo diferente, basado en un proceso de colonización intensa y en la configuración de un sistema de gestión indirecta que recuerda en parte al régimen de *Vipasca*. De hecho, en Dacia las comunidades locales permanecen prácticamente ausentes del registro arqueológico y epigráfico. La explicación se ha vinculado con el impacto de la conquista romana, la cual generó una profunda brecha en la sociedad dacia (Piso, 1995 y 2004), hasta el punto de que algunos investigadores consideran que las comunidades locales fueron totalmente exterminadas en la guerra de conquista (Boia, 1997: 83-114; Ruscu, 2004).

En general se parte de la realidad prerromana, donde existía un reino local fuertemente centralizado. A esta sociedad se enfrentó Roma en una guerra devastadora y destructiva que dejó una gran cantidad de víctimas, principalmente varones guerreros y aristócratas, por lo que los escasos grupos de poder fueron totalmente exterminados. Esta visión se fundamenta en la lectura de algunos textos clásicos que narran la crudeza de esta guerra de conquista (e.g. Eutropio, *Brev.* 8, 6, 2) y que siempre hay que tomar con cautela. Una vez sometidos, Roma desplazó a las poblaciones dacias, a la vez que destruía sus santuarios y acababa con su religión (Babeş, 2000: 323-338). La consecuencia fue la desaparición de la clase aristocrática (Ruscu, 2004: 78-79). Roma organizó entonces el nuevo territorio provincial sin contar con los grupos locales. En los primeros momentos fundó la colonia de veteranos militares de Sarmizegetusa, a la vez que trasladaba al llano a las poblaciones autóctonas de las cercanas montañas de Orăştie (Piso, 1995). Al mismo tiempo, asentó a sus tropas en campamentos distribuidos por el territorio, lugares que se convertirían en centros de atracción de población y a la larga se acabarían transformando en asentamientos civiles (Opreanu, 2000: 79-89). Muchos de estos lugares alcanzarían el estatuto municipal a finales del siglo II y principios del siglo III d.C. (Carbó, 2002: 117). Los mandos militares de cada campamento tuvieron bajo su jurisdicción un amplio territorio que incluía comunidades locales de *dediticii*, sin capacidad de autogestión. Exceptuando los *territoria* de las ciudades privilegiadas, el territorio provincial fue cubierto por *praefecturae* a cargo de los militares, algo propio de la fase post-conquista (Diaconescu, 2004: 127).

La solución de la creación de prefecturas, al menos en los primeros momentos, se adoptó en otras partes del Imperio. Hay documentadas prefecturas en el área alpina y en el Noroeste hispano, ambas zonas sometidas bajo Augusto (Orejas y Sánchez-Palencia, 2016; Sastre y Orejas, en prensa, *vid.* Cap. 8.1). También están registradas en Egipto, provincia que fue mantenida como *ager publicus* con población *dediticia* sometida a tributación personal y que, con contadas excepciones, no quedó organizada en *civitates*, sino a través de *nomoi* controlados por las autoridades imperiales bajo un prefecto. En las provincias danubianas, un modelo quizá más cercano a Dacia, también hay documentadas *civitates* puestas bajo control de *praefecti*. En concreto existen indicios en Panonia (Mócsy, 1957: 488-198) y Moesia (Ruscu, 2004). Esta región danubiana es especialmente interesante porque contó con varias zonas mineras que, como se verá, sirvieron de antecedente a las explotaciones de Rumanía, las cuales fueron trabajadas, al menos en parte, por inmigrantes procedentes de estas regiones vecinas. En *Timacum Minus* (Ravna, Serbia), campamento militar ubicado en Moesia Superior donde estuvieron acantonadas la *cohors I Thracum Syriaca* desde el 70 d.C. y la *cohors II Aurelia Dardanorum*, desde el 169 d.C., se ha localizado una inscripción que menciona a *Ulpus Aquilinus*, militar de la *legio VII Claudia* y *librarius offici(i) praef(ecti) territ(orii)* (IMS III/2, 31; Dušanić, 1990: 589). Esta mención a un *praefectus territorii* ha hecho defender a Dušanić la existencia de un *metalla publica* cuya administración estuvo centrada en *Timacum Minus* y que habría incluido las minas de plata de Lukovo-Valakonje y otras de oro, plata, hierro cobre y plomo del entorno de Ravna. Además, un lingote de plomo con la marca *metallo Caesaris Aug(usti)* encontrado en Jasenovik, al suroeste de *Timacum Minus*, también indica el control imperial sobre estas minas (Hirt, 2010: 69-70).

IMS III/2, 31. Ravna. Serbia.

D(is) M(anibus) / Ulp(ius) Aquilinus / mil(es) leg(ionis) VII Cl(audiae) / librarius / offici praef(ecti) te(r)it(orii?) vixit ann(os) XXII / Aquileiensis / et Ulpia Diotima / filio dulcissimo / b(ene) m(erenti) p(osuerunt)

La utilización de prefecturas pudo ser una solución adoptada inmediatamente tras la conquista también en Dacia. Sin embargo, hay pocas pruebas sólidas más allá del argumento *ex silentio*. La carencia de individuos con nombres dacios o de divinidades con nombre o epítetos que puedan ser considerar dacios en la epigrafía (Dana, 2003:

166-186 y 2004: 430-448; Nemeti, 2005), junto con la ausencia de unidades administrativas locales que articulasen el territorio, es lo que ha llevado a algunos autores a afirmar que en Dacia no existieron *civitates* peregrinas y que se organizaron prefecturas, además de unas contadas colonias y municipios. Mientras, se ha mantenido que la mayoría de la población prerromana fue desplazada a zonas periféricas, donde permaneció en una situación subordinada quizá como comunidades *dediticias* (Piso, 1995; Ardevan, 1998: 89-104). Las contadas menciones a *civitates* que recoge la documentación (en referencia a la *civitas Paralissensium* y a la *civitas Romulensium Malvensium*), no han sido interpretadas como evidencias de *civitates* peregrinas, sino como pruebas de la existencia de comunidades con estatuto municipal (Petolescu, 1996: 183). En este mismo sentido se han interpretado las menciones a *principes* halladas en *Ampelum* (Zlatna), *Tibiscum* (Caransebeș), *Micia* (Vețel) y Surduc, Salaj (*CIL* III 1322; *AE* 1999, 1302; *CIL* III 7856; *CIL* III 383; Ardevan 1998: 94-95 y 1998a: 47), los cuales se han identificado como miembros de las aristocracias de inmigrantes procedentes del ámbito balcánico, nunca dacios, de acuerdo a los análisis onomásticos efectuados. Parece evidente que, salvo contadas excepciones (recogidas por Nemeti, 2005), detrás de las menciones epigráficas no se encontró ningún dacio. Las menciones a *principes* son una excepción y si hubiera existido una aristocracia, intermediaria entre el poder romano y las poblaciones, ésta hubiera dejado constancia de su presencia a través del lenguaje de poder de los conquistadores.

***CIL* III 1322. Zlatna, Rumanía.**

D(is) M(anibus) / T(itus) Aur(elius) Afer Delmata princ(eps) / adsignato (!) ex m(unicipio) Splono / vix(it) ann(os) XXX Aur(elius) Sat(tara) lib(ertus) patro(ono) optimo p(osuit)

***AE* 1999, 1302. Caransebeș, Rumanía.**

Mar(ius?) Aurel(ianus?) / princeps n(umeri) / port[i]cum d(eum) stra(vit)

***CIL* III 7856. Vețel, Rumanía.**

Deo Mercuri/o Marcus Anto(nius) Sabini(anus) princeps / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)

***CIL* III 383. Surduc, Rumanía.**

Tib(erius) Ann[i]us / Marcellus / et [A]u[r]el(ius) / Man[ne]us [et] / Mestrinius / Firminus et / Aur(elii) [Vic]tor et / Pacutianus [et] / Maximus d(ederunt) / Aurelius Man(neus) prin(ceps) pos(uit)

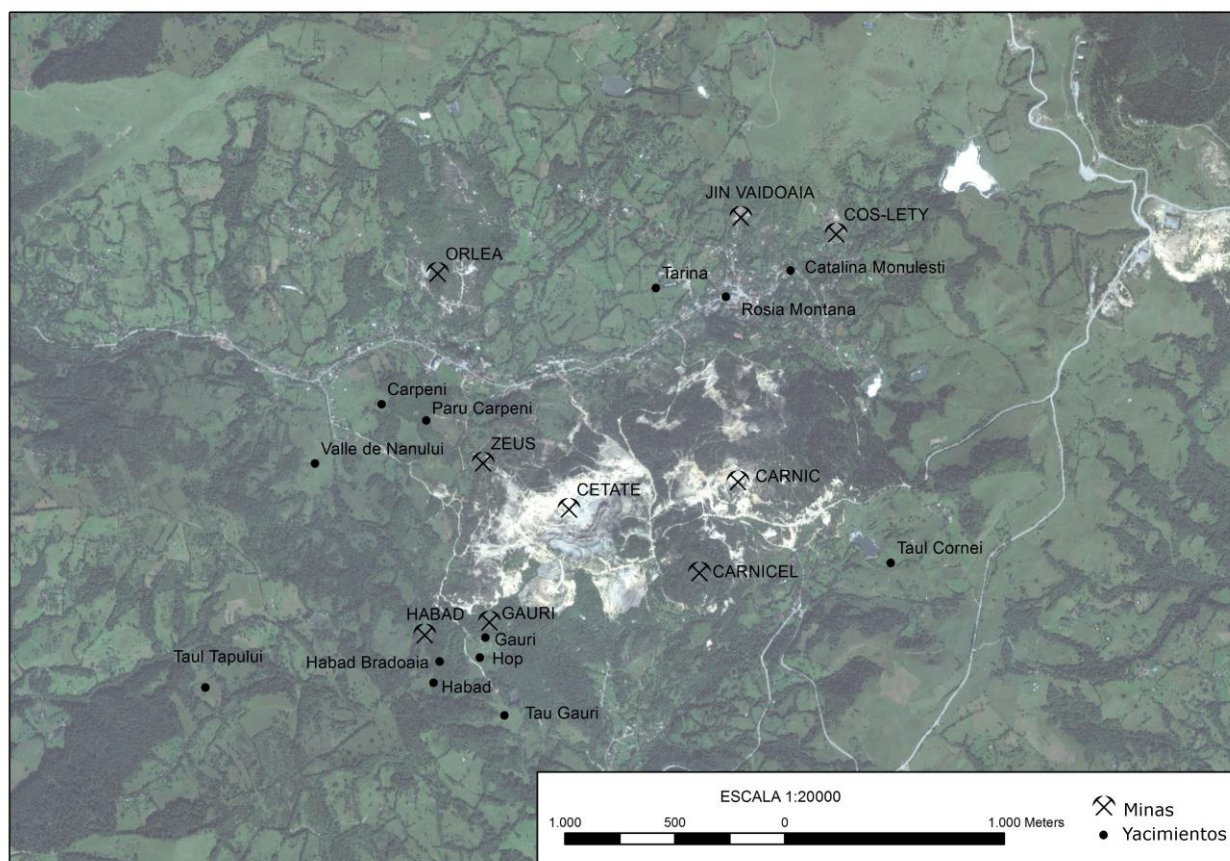
Sin embargo, el modelo de *praefecturae* para Dacia ha sido cuestionado en algunos trabajos (Bogdan-Cătăniciu, 1990: 223-231; Nemeti, 2005), pues lo cierto es que la documentación epigráfica no permite sostener la existencia de estas unidades

administrativas. Los trabajos más críticos con este modelo de interpretación han puesto el acento en la necesidad de hacer estudios arqueológicos que permitan conocer mejor el mundo rural, y que podrían poner de manifiesto que existieron otras formas de organización territorial. Así, en fecha relativamente reciente algunos autores han planteado esta cuestión, sugiriendo que algunos documentos arqueológicos y epigráficos están reflejando en realidad la existencia de comunidades rurales locales, en las que pudieron existir grupos de poder que se manifestaron bajo las menciones a *principes* (Nemeti, 2005). Estas comunidades pudieron ser *civitates* peregrinas (Bogdan-Cătănciu, 1990), de ahí la mención a las *civitates* en algunos documentos epigráficos. No obstante, todavía hacen falta trabajos arqueológicos y epigráficos que arrojen más luz sobre esta cuestión y que ayuden a aclarar la cronología de estas inscripciones. No es descartable entonces que tras una primera fase de organización en prefecturas, los grupos de poder locales se hicieran con el control de las *civitates*.

A la espera de futuras investigaciones, lo que resulta evidente es que la organización del sistema de *civitates* no parece tan clara como en el Noroeste y es posible incluso argumentar la anulación de los grupos de poder prerromanos en las fases inmediatamente posteriores a la conquista. Sin embargo, esto no es incompatible con el surgimiento de nuevas élites locales integradas en el mundo romano y que irían destacando posteriormente. En este contexto, aún muy mal caracterizado, es en el que hay que entender la organización de la explotación de las minas dacias.

6.4.2. Caracterización de la minería y el registro arqueológico de Roșia Montană

Dentro de los recursos mineros que los romanos pudieron encontrar en Dacia, las minas de oro de Roșia Montană, en los montes Apuseni (Transilvania Occidental, Rumanía) son las que más información han aportado. La zona minera de Roșia Montană se encuentra localizada en cuatro macizos principales: Cetate, Cărnicea, Jig-Văidoaia y Orlea, con labores tanto a cielo abierto como subterráneas, a los que se suman las áreas de Hăbad, Carpeni, Cărnicea y Coș-Lety con yacimientos subterráneos. En la mayoría de estas zonas se han documentado asentamientos asociados, zonas de procesado de mineral, edificios religiosos y necrópolis, que configuran un paisaje minero único en el Imperio.



Mapa 4.- Localización de las explotaciones mineras de *Rosia Montană*.

En el año 2000, una muy controvertida propuesta de reapertura de las minas por parte de la empresa canadiense *Rosia Montană Gold Corporation S. A.* puso en el punto de mira internacional a estas explotaciones. Especialistas del *National Union Museum* en Alba Iulia y del *Centre for Protection of the National Cultural Heritage* de Bucarest realizaron entonces una valoración del potencial arqueológico que presentaba la región con el fin de evaluar el impacto patrimonial de la reapertura. En este marco y tras un acuerdo entre el Museo de Historia Nacional de Rumanía y la *Rosia Montană Gold Corporation S. A.*, se llevaron a cabo una serie de excavaciones en el área de Rosia Montană y Abrud, como parte del “*Alburnus Maior*” *National Research Program*.

Los trabajos fueron desarrollados a través del esfuerzo coordinado de varios profesionales e instituciones de Rumania, con la estrecha colaboración de varios equipos, destacando el francés de la *Unité Toulousaine d'Archéologie et d'Histoire* de la Universidad de Toulouse dirigido por Cauuet, y que lleva trabajando en la región desde 1999. Los resultados de estas intervenciones han permitido recuperar, en parte, una importante información acerca del paisaje minero romano (*e.g.* Damian ed. 2010) y han contribuido al desarrollo de planes de protección y conservación, con el fin de incluir a Roșia Montană en la lista de patrimonio de la UNESCO (Wilson *et al.* 2011).

A través de estas campañas de excavaciones se conocen, de forma más exacta, numerosos sistemas de pozos y galerías, varias explotaciones en superficie y algunos artefactos de madera y objetos mineros cuya conservación es excepcional (Cauuet *et al.*

2010; Wilson *et al.* 2011). Con ello se han reconocido de forma más precisa las técnicas de explotación minera empleadas en estas labores pero, lamentablemente, todavía no se han abordado muchos de los aspectos relacionados con la organización y la regulación de estas actividades.



Imagen 35.- Mina a cielo abierto localizada en Găuri. Aunque la mayoría de minas a cielo abierto han sido destruidas por los trabajos modernos, algunos restos muestran aún las explotaciones de época romana. Fuente: Wilson *et al.* 2011.



La riqueza documental de Roșia Montană es inmensa y no sólo gracias a los trabajos arqueológicos de los últimos años. De hecho, la mayor fuente de información sobre estas minas procede de los hallazgos realizados entre 1786 y 1855 que sacaron a la luz una treintena de tablillas de cera en el interior de varias galerías mineras⁵² y numerosos epígrafes recogidos en el territorio (Russu, 1975; Noeske, 1977; Wilson *et al.* 2011: 25-26 y 31). En conjunto, estos documentos representan la mayor fuente de información escrita de la minería de época altoimperial, junto con las leyes de *Vipasca* y constituyen un cuerpo documental imprescindible para conocer aspectos organizativos y de gestión de estas explotaciones, cuestiones que es necesario aún abordar.

A pesar, entonces, de contar con estas importantes fuentes de información, todavía resulta complicado estudiar muchos aspectos de las explotaciones de Roșia Montană y de la organización de su territorio. Las campañas de las últimas décadas han intentado llenar el vacío existente, pero es necesario todavía realizar un análisis que mire más allá de aspectos técnicos. A esta realidad se suman las dificultades derivadas de una actividad minera ininterrumpida en la región durante siglos, lo que impide, en ocasiones, reconocer los restos antiguos.

⁵² Se piensa que las tablillas fueron escondidas en un momento de crisis por los ataques de los *Marcomanni* durante los años 167 y 170 d.C.

No obstante, como se ha adelantado, el trabajo de los últimos años ha permitido avanzar notablemente en el conocimiento de las técnicas empleadas en su explotación, los tipos de trabajo y las estrategias de exploración y explotación. En este sentido, Cârnic es una de las zonas que mayor información ha aportado, al revelar el mayor complejo de trabajos subterráneos de Roșia Montană (Cauuet, 2008).



Imagen 37.- Macizo de Cârnic visto desde Roșia Montană. Fuente: Wilson, *et al.* 2010.

En estas zonas ha sido posible documentar una auténtica red subterránea de galerías comunicadas entre ellas. Muchas de estas galerías fueron excavadas con una característica sección trapezoidal, de tal forma que se ensanchan hacia la base, midiendo entre 1m y 1,4 m en el techo y de 1,8m a 2,5m en el suelo. Esta forma es estructuralmente ventajosa a lo hora de prevenir derrumbes y las dimensiones facilitan el movimiento, permitiendo a los mineros circular por las galerías o transportar el mineral. Este diseño contrasta con los trabajos mineros de épocas medievales, que tienden a ser más bajos y estrechos.

Las galerías trapezoidales encontradas en Roșia Montană son características de otras minas romanas de Rumanía, pero no son bien conocidas en otras partes del Imperio. Recientes investigaciones han propuesto que probablemente existieron en Serbia, región de la que fue originaria esta técnica, lo que podría ser un argumento para

defender el asentamiento de mineros dárdanos en estas regiones, tema sobre el cual se volverá. En otras ocasiones, esta morfología ha servido para apoyar una minería prerromana subterránea en Dacia (Cauuet *et al.* 2010). Sin embargo, trabajos recientes parecen apoyar que el oro dacio antes de la conquista procedió de depósitos aluviales y que la repentina aparición de labores subterráneas en minas de época romana se explica porque fue importada por los conquistadores (Wilson *et al.* 2011: 52-53). De hecho, a pesar de ser sugerida por algunos autores (Mrozek, 1968; Cauuet *et al.* 2010: 456), la explotación prerromana de Roșia Montană ha sido descartada (Jennings, 2013: 5; Wilson *et al.* 2013: 10-11). En general la fase inicial de estas explotaciones se sitúa en torno al 106 d.C., cuando Dacia fue conquistada, y el momento final en el 271 d.C., año en el que se abandonaron las minas.



Imagen 38.- Galería trapezoidal característica de Roșia Montană, hallada en Cărnic.
Fuente: Wilson *et al.* 2011.

Aunque las galerías de sección trapezoidal tienen paralelos en otras minas romanas de Rumanía, las galerías de Roșia Montană están particularmente bien conservadas, lo que permite establecer deducciones más precisas sobre las técnicas mineras. Algunos análisis han revelado que se avanzó a través del trazado de secciones transversales a la galería excavadas con pico o, con más frecuencia, con martillo y cincel (Cauuet *et al.* 2010). Las galerías que se abandonaron antes de agotar el mineral revelan que se iba avanzando de forma uniforme, generando una cara transversal

relativamente vertical (Wilson *et al.* 2011: 53). Este método de trabajo, permitía a los mineros distinguir si los filones metalíferos continuaban en la dirección en la que se estaba excavando o no.

Muchas galerías en pendiente del macizo de Cârnic presentan escalones (también se ha hallado una galería escalonada en Păru Carpeni). Éste es un elemento característico de época romana, que no aparece en las explotaciones medievales. Uno de los mejores ejemplos



Imagen 39.- Galerías en Cătălina Monulești. Fuente: Tamas en Cauuet, 2014.

se encuentra en la galería Cârnic 2-G32, de 70 m de largo y con 125 escalones que descienden 30 m siguiendo el filón. La galería fue abandonada, probablemente en el 167 d.C. con la invasión de los Marcomanos (momento en que se interrumpieron las excavaciones) o en el 271 d.C., cuando cesaron los trabajos definitivamente en época romana. Este parón repentino de las labores ha sido documentado en otras galerías que aún contenían mineralizaciones con leyes de oro y plata muy altas y que no presentan dificultades técnicas que expliquen el cese de la actividad extractiva. Esto ha llevado a pensar en un abandono generalizado de las explotaciones resultado de circunstancias externas.

Además de estas galerías de sección trapezoidal, se han encontrado espacios en forma de cámara, que se han relacionado con la fractura que provocaría el uso del fuego para quebrar la roca más dura y facilitar su explotación. Particularmente buenos ejemplos de estas cámaras se encuentran en Piatra Corbului, parte también del macizo de Cârnic. Cuando los filones metalíferos se extendían verticalmente por la parte superior o inferior de las galerías, era necesario trazar nuevas secciones que se iban superponiendo. Para ello, se contaba con pilares de roca que permitían sostener la estructura.

Las buenas condiciones de conservación en las galerías han permitido recuperar ruedas para drenaje del agua, tanto en Păru Carpeni como en Cătălina Monulești (Cauuet y Tămaș, 2012). Aunque estructuras de este tipo son conocidas en otras minas

romanas, esta es la primera vez que han sido localizadas en el contexto original, lo que ha permitido dar más información sobre su utilización en el pasado.

6.4.3. La organización jurídico-administrativa de Roşia Montană.

El tipo de minería e infraestructura descritas contrastan de manera muy significativa con las explotaciones localizadas en el Noroeste. Pero también difiere el régimen de explotación y gestión al que se acogieron ambas minas. Sin embargo, los análisis de los marcos jurídicos y administrativos que dieron lugar al sistema de explotación de Roşia Montană no han recibido mucha atención hasta la fecha. A pesar de ello es posible apuntar una serie de ideas que permiten aproximar otras formas de gestión minera alternativas al Noroeste.

En Roşia Montană, tres son los elementos que hay que tener en cuenta por su intervención en las explotaciones: el papel del Estado, los concesionarios de las labores y la mano de obra.

a) El Estado.

Se sabe que las explotaciones de Roşia Montană dependieron del Estado romano; es decir, fueron *metalla publica*, al igual que lo fueron las del Noroeste de *Hispania* o las galesas de Dolaucothi. Al menos así parecen confirmarlo las evidencias que se conservan de la presencia de *procuratores* y de miembros del ejército y *beneficiarii* que pudieron formar parte de una *officina* encargada de la gestión, al menos en parte, de las minas.

Cerca de *Ampelum* (actual Zlatna), en Meteş, se conoce al primer procurador de estas labores (*M. Ulpius Hermia, Augusti libertus, procurator aurariarum*) ya bajo el mandato de Trajano (*CIL* III 1312), lo que también revela la rapidez con la que el territorio fue organizado y se pusieron en marcha las explotaciones tras la conquista⁵³. Una serie de testimonios epigráficos, que mencionan tanto a procuradores ecuestres como libertos (*vid. Tab. 9*) y personal asociado (*e.g. beneficiarii procuratoris* mencionados en *AE* 1991, 1344; *AE* 1991, 1345; *tabularius aurariarum Dacicarum* en *CIL* III 1297), junto con las evidencias del establecimiento del campamento de una legión en este punto (Mrozek 1968; Piso,

⁵³ Mrozek no descarta que pudieran estar actuando a la vez varios procuradores en minas separadas. Justifica esta idea basándose en el elevado número de inscripciones de procuradores que encuentra en los escasos 160 años que estuvieron en explotación las minas dacias (Mrozek, 1968).

2004), señalan a *Ampelum* como el lugar donde se situó la *officina* central del *procurator aurariarum* para la gestión de las minas dacias.

AE 1991, 1344. Zlatna. Rumanía.

I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / T(itus) Aurelius / Diocles / b(ene)f(iciarius) proc(uratoris)

AE 1991, 1345. Zlatna. Rumanía.

[I(ovi) O(ptimo) M(aximo)] / [T(itus) Aurelius](?) / [Diocles](?) / [b(ene)f(iciarius)] proc(uratoris) / v(otum) s(olvit) l(ibens) [m(erito)]

CIL III 1297. Zlatna. Rumanía.

I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / Neptuna/lis Aug(usti) lib(ertus) / tabul(arius) aur(ariarum) / Dacicarum / v(otum) b(ene) m(erenti) p(osuit)

En plena zona minera, se pudo contar, además, con pequeños destacamentos militares y con miembros de la administración, que controlarían la gestión de las labores desde la proximidad. Así, por ejemplo, en el monte Cârpeni, en una zona muy cercana a las minas, se ha documentado la presencia de militares. Concretamente, se conocen dos edificios equipados con hipocaustos (Bota *et al.* 2010; Țentea y Voișian, 2010) en los que se han recogido materiales cerámicos marcados con el sello de la *legio XIII gemina* (Wollmann, 1979: 197; Țentea, 2003). La interpretación de los excavadores es que pudieron ser edificios que funcionaron de forma coetánea a lo largo del siglo II d.C. (aunque uno de ellos tuvo un uso mucho más prolongado), probablemente con funciones administrativas. También en las proximidades de Hăbad se ha reconocido una serie de inscripciones militares. En



Imagen 40.- Ara consagrada a *IOM* por un *procurator* localizada en *Ampelum* (Zlatna, Rumanía). *CIL* III 1298. Fuente: I. Piso. *Heidelberg Epigraphic Database*.

concreto se trata de tres aras dedicadas a *Iuppiter Optimus Maximus* por *beneficiarii consularis* (Wollmann, 1985-1986: 257-259 y 290-293; Pescaru *et al.* 2010: 123), probablemente relacionados con las gestión de las minas.

Ref.	Inscripción	Cronología	Lugar hallazgo
CIL III 1312	<i>D(is) M(anibus) / M(arco) Ulpio Aug(usti) / lib(erto) Hermiae proc(uratori) / aurariarum cuius / reliquiae ex indulgentia / Aug(usti) n(ostri) Romam latae / sunt / Salonia Palestrice / coniunx et Diogenes / lib(ertus) bene merenti fecer(unt) / vixit ann(os) LV</i>	131-170 d.C.	<i>Ampelum?</i> (Meteş)
CIL III 1311	<i>Memor[iae] / Papirii Rufi FA / [---]PINAPQ / proc(uratoris) / aurar(iarum) libert(i) et he/redes patrono pi/entissimo fecer(unt) / et si[b]i</i>	151-270 d.C.	<i>Ampelum</i> (Zlatna)
CIL III 1295	<i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / T(itus) Aurelius / Diocles b(ene)ficiarius / proc(uratoris) / v(otum) s(olvit) l(ibens) / Imp(eratoribus) Augustis co(n)s(ulibus)</i>	161-257 d.C.	<i>Ampelum</i> (Zlatna)
CIL III 1310	<i>[I(ovi)? O(ptimo)?] M(aximo)? / L(ucius) Ma[c]riu[s] / Mac[e]r / proc(urator) Augg(ustorum)</i>	161-209 d.C.	<i>Ampelum</i> (Zlatna)
CIL III 1622	<i>[-----] / Aurel(iae) Ianuariae filiae / piissimae q(uae) vix(it) an(nis) IIII / m(ensibus) VII diebus XVI / Romanus Aug(usti) lib(ertus) proc(urator) / ACAD pater [---]</i>	171-270 d.C.	<i>Ampelum?</i> (Zlatna)?
AE 1960, 238	<i>[---] Aug(ustus) Pius Sarm(aticus) / [---]r sumptu fisci sui / [---] dedicante --- M]aximo proc(uratore) suo</i>	175-275 d.C.	<i>Ampelum</i> (Zlatna)
CIL III 1298	<i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / C(aius) Sem{p}ronius / Urbanus / proc(urator) Aug(usti)</i>	182-185 d.C.	<i>Ampelum</i> (Zlatna)
CIL III 1293	<i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) [---] / [-----] / [---] / [-----] / [---]R / [---]ductum / [---]ma domo / Iivir(i) (?) et ordo Amp(elensium) / C(aio) Aurel(io) Salviano / proc(uratore) Aug(usti) n(ostri) curante</i>	201-270 d.C.	<i>Ampelum</i> (Zlatna)
	<i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / Taviano / et dis</i>		

CIL III 1088	<i>deabusque / pro salute et victori[a] / domini n(ostri) sanctissi[mi] / [T?]avianus Aug(usti) lib(ertus) / sub pro(curator) auraria[r(um)] / v(otum) s(olvit) a(nimo) [l(ibenter)]</i>	212-217 d.C.	<i>Apulum</i> (Alba Iulia)
AE 1959, 308	<i>Cereri Aug(ustae) / sacr(um) / [S]uriacus Aug(usti) n(ostri) / disp.(ensator) aura(riarum) cum suis / dedica(nte) A(ulo) Senec[io]/ne Contiano v(iro) e(gregio) / proc(uratore) / [I]II Non(as) Ian(uarias) Laeto II / et Ceriale co(n)s(ulibus)</i>	215 d.C.	<i>Ampelum</i> (Zlatna)

Tabla 8.- Procuradores localizados en Ampelum y Apulum

No obstante, las funciones que desempeñó este personal administrativo y militar en Dacia difieren de las del Noroeste. En Roșia Montană pudieron estar orientadas al cobro de tasas por el desarrollo de los trabajos mineros pues, como se sabe gracias a la documentación que se ha conservado, las minas dacias fueron explotadas por un sistema de gestión indirecto (Zerbini, 2010); es decir, a través de concesiones que dejarían la extracción del mineral en manos privadas. En este sentido, las minas de Dacia se asemejan más a las explotaciones de las vecinas provincias danubianas, principalmente de *Pannonia*, *Moesia* y *Dalmatia*, donde se han reconocido varias zonas mineras destacadas (Dušanić, 1977: 63 y 2004).

En estas regiones se encuentra documentada la existencia de *conductores* y *coloni*. Este sería el caso de *C. Iulius Agathopus, conductor ferrariarum* fechado en el 201 d.C. en una inscripción localizada en Ljubija (Bosnia-Herzegovina), probable centro administrativo de las minas de hierro de Panonia (AE 1973, 411) y en otra localizada en Osijek, Croacia (AE 2006, 1094).

AE 1973, 411. Ljubija. Bosnia-Herzegovina.

Terrae / Matri / [s]acrum / pro salut[e] / C(ai) Iul(i) Aga/thopi con(ductoris) / ferrar(iarum) / Callimo[r]/phus vil(icus) / v(otum) s(olvit) XI K(alendas) Ma[i](as) / [Muc]iano et Fabian[o co(n)s(ulibus)]

AE 2006, 1094. Osijek. Croacia.

[I(ovi)] O(ptimo) M(aximo) / [p]ro salute / C(ai) Iul(i) Agatho/pi c(onductoris) f(errar(iarum)) Panno(niar(um)) itemq(ue) / provinciar(um) / transmarinar(um) / Gamicus ark(arius) / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)

En cuanto a los *coloni*, existen referencias a unos *coloni arg[entariarum Dardanicarum]*, en el valle de Sitnica, en Moesia Superior (*ILJug* 2, 501; Dušanić 1977: 72), además de otros *coloni* identificados en Rudnik (Kosmaj, Serbia) y vinculados con el *metallum Ulpianum*, reconocido por Dušanić en las menciones de algunas monedas de cobre y en las marcas de unos lingotes de plomo (Dušanić, 2004: 257). Probablemente estos colonos se puedan comparar con los de *Vipasca*, los cuales recibían la concesión minera y la explotaban pagando una parte al fisco (Mangas y Orejas, 1999: 282). De hecho, junto a estos *conductores* o *coloni*, se han identificado *procuratores* en las minas danubianas, que confirmarían que las explotaciones estuvieron bajo control fiscal. Este es el caso del *proc(urator) mm(etallorum) DD(ardanicorum)*, que estaría encargado de la gestión de las minas de plata y oro del valle de Sitnica, cuya explotación no obstante, recaería sobre los *coloni argentariarum*. Además, se sabe el nombre de otros *metalla* serbios que indican el control imperial de esta minería. Este es el caso del *metallo Imp(eratoris) Aug(usti)*, conocido a través de una inscripción descubierta en Žuč, al noroeste de la localidad serbia de Kuršumlija (*AE* 1978, 705), zona relacionada con explotaciones argentíferas. También significativo es el nombre del *metallo Caesaris Aug(usti)*, que aparece mencionado en un lingote de plomo localizado en Jasenovik, en las proximidades de *Timacum Minus*, campamento militar relacionado con la gestión de las minas del entorno. Por último, la zona dálmata del centro de Bosnia, también pudo ser parte de un *metalla* imperial (Dušanić, 1977: 69; Hirt, 2010: 74). Esta región, probablemente con *Ad Matricem* como centro administrativo, podría corresponderse con la zona minera aurífera que refería Floro (2, 25, 12) y de la que se debió de extraer el oro dálmata que mencionaba Estacio (*Silv.* 3, 3, 89-90). Sin embargo, no hay evidencias directas de la administración imperial, salvo una inscripción funeraria de un *commentariensis aurariarum Delmatarum*, un *dispensator* de *Salona* (*CIL* III 1997; Mihăilescu-Bîrliaba, 2006: 164) y una posible referencia a un *procurator metallorum* de Glamoč (*ILJug* 1655).

***ILJug* 2, 501. Sitnica. Eslovaquia.**

Antinoo He[roi aedem(?) iussu] / Imp(eratoris) Caesaris T[raiani Hadriani Aug(usti)] / et L(uci) Aelii [Caesaris Aug(usti) f(ili)] / coloni arg[entariarum Dardanicarum] / curante Telesph[oro]

***AE* 1978, 705. Kuršumlija. Serbia.**

Metallo Imp(eratoris) Aug(usti) / Q(uinti) Gn(ori?)

***CIL* III 1997. Solin. Croacia.**

D(is) M(anibus) / Thaumasto / Aug(usti servo) comm[en/tarie(n)si aurari/arum Delmatarum / Felicissimus dis/pe(n)sator titu/lum p(osuit)]

El papel específico que desempeñó el aparato fiscal en labores como las ilirio-dálmatas o las dacias, pudo estar relacionado, por una parte, con el cobro de impuestos. De hecho, algunos autores (Hirt, 2010: 62) han vinculado el establecimiento de una serie de *stationes* a lo largo de la red viaria, con el fin de recaudar tasas relacionadas con la actividad minera. Por otra parte, el personal administrativo-militar pudo estar implicado en otras tareas técnicas y de gestión, como serían, por ejemplo, las relacionadas con el mantenimiento de las infraestructuras. Es sabido que esto fue común en otras explotaciones con

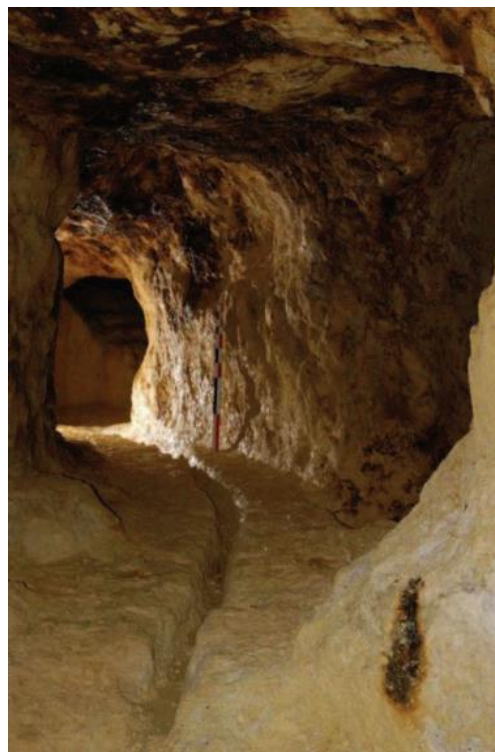


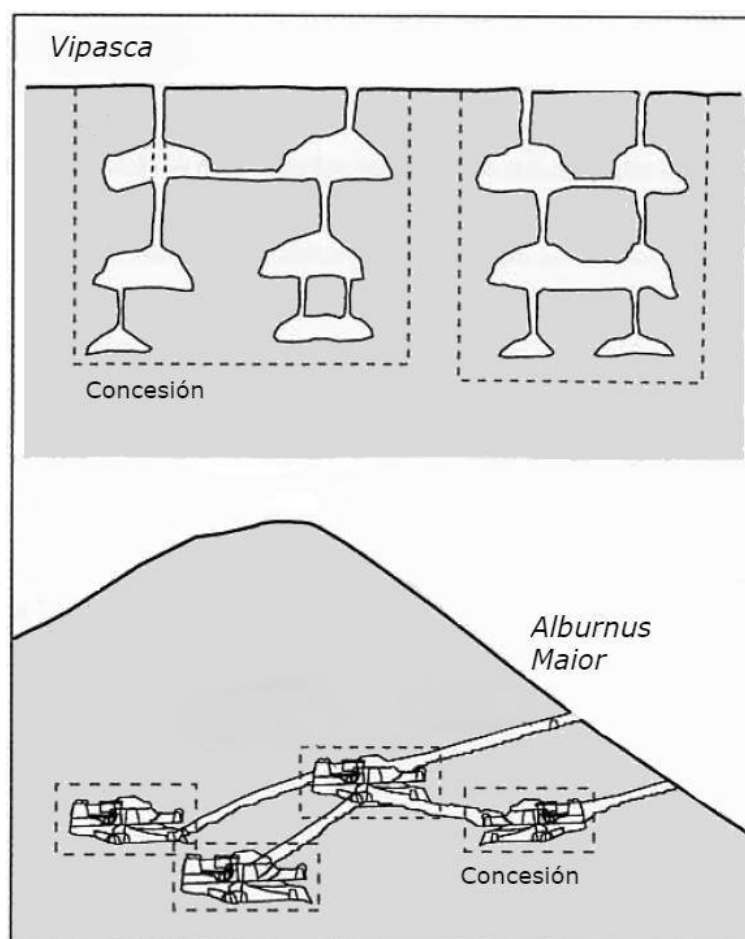
Imagen 41.- Galería con canal de desagüe central en Roșia Montană. Fuente: Cauuet, 2008.

regímenes de explotación indirecta como las de *Vipasca*. Allí, la ley (*Vip.* II, 14) establecía la distancia de seguridad que las galerías de los pozos argentíferos habían de guardar respecto al *cuniculus* o canal de desagüe (*vid.* **Img. 41**). De acuerdo a Domergue, el desagüe de la mina, parte esencial de las labores, fue obra de la administración fiscal (Domergue, 1983: 151) y no sería extraño que también en las explotaciones dacias, el fisco se hubiera hecho cargo de esta infraestructura.

Según el esquema propuesto por Cauuet para la explotación de Roșia Montană, las concesiones se organizarían de forma similar a *Vipasca*, aunque adaptándose a las características concretas de los depósitos mineralógicos de Dacia (Cauuet, 2004b: 56-58; *vid.* **Fig. 8**). Así, según la autora, en Cărmic las concesiones se articularon a partir de cámaras centrales y galerías radiales que estarían, a su vez, conectadas por otras galerías (Cauuet, 2004b: 57 fig. 15). Estas últimas, que serían probablemente compartidas por varias concesiones, pudieron depender del fisco, quien se encargaría del mantenimiento de la infraestructura común.

Al mismo tiempo, la distribución de las concesiones y la delimitación de las mismas, pudo tener su reflejo en la superficie, a la entrada de las distintas galerías. Al ser Roşia Montană una zona controlada por el fisco desde su puesta en explotación (hay que recordar que el primer *procurator* documentado es ya de época de Trajano), la organización de este sistema dependió del Estado. Relacionada con las labores de organización de las concesiones, es posible entender la noticia conocida a través de Balbo de su propia participación como agrimensor en Dacia durante la conquista de Trajano. A su regreso Balbo redactó un tratado en forma epistolar y dirigido a su maestro Celso (*Ad Celsum expositio et ratio omnium formarum*), donde están recogidas unas nociones de tipo geométrico necesarias para la labor del agrimensor (La. 91-108, 8)⁵⁴. Aunque Balbo no indicó nada explícitamente sobre minería, lo realmente relevante es su intervención como agrimensor en la provincia recién conquistada. Hay que suponer que se realizaría una delimitación del *ager publicus* (entre el que se contarían las minas y los *prata* militares) y, en este contexto, la labor de los agrimensores sería imprescindible.

Figura 8.- Esquema comparativo de los distintos tipos de concesión de *Vipasca* y Roşia Montană. Fuente: Domergue, 2008: 205, cfr. Cauuet, 2004b.



⁵⁴ Sin equivalencia en Thulin, puesto que no editó la obra de Balbo.

b) Los *conductores*.

La articulación del sistema de concesiones es algo que en gran parte resulta desconocido. La documentación habla de un modelo de *locatio-conductio operarum*, tal y como se desprende de una serie de contratos de trabajo que han quedado conservados en varias tablillas enceradas (*TabCerD* IX, X y XI) (Russu, 1975) y que revelan cómo individuos privados contrataron mano de obra para desarrollar los trabajos mineros. Según estos mismos documentos, el demandante de los obreros (*conductor*) era al mismo tiempo el que costeaba el desarrollo de las labores. Esto permite determinar que fueron particulares los que se encargaron de explotar las minas de propiedad estatal y para ello contrataron a trabajadores asalariados. En concreto, de acuerdo con las tablillas enceradas, los contratos se realizaban bajo los términos *dixit se locasse et locavit operas suas*.

El sistema por el cual los *conductores* de las tablillas se hacían con el derecho para desarrollar los trabajos mineros (y qué incluía exactamente ese derecho), es algo que no aparece directamente reflejado en la documentación. Tampoco se sabe qué diferencias existían entre estos *conductores* y los *colini* que aparecen en la documentación de los *metalla* danubianos a los que se hizo referencia líneas más arriba. Aunque como se señaló se ha propuesto que el sistema dacio fue similar al conocido en *Vipasca*, no existe ninguna evidencia directa que permita confirmarlo. Los broncees jurídicos de *Vipasca* han permitido conocer aspectos muy precisos de la organización de esta zona minera, tal y como aparece recogido en la extensa bibliografía que existe al respecto (e.g. D'Ors, 1951 y 1953; Magueijo, 1969; Capanelli, 1984; Domergue, 1983, Lazzarini, 2001; Mateo, 2001: 89-125 y 2012; Orejas, 2002c), pero no por ello hay que extrapolar directamente estas informaciones al resto de *metalla publica* del Imperio. Como se ha visto en este capítulo, los regímenes de gestión y los sistemas jurídicos de explotación fueron cambiantes y diversos.

En líneas generales, en *Vipasca* aparecen dos figuras claves: la *usurpatio* y la *occupatio*. De acuerdo a varios investigadores éstas reflejan momentos distintos en el régimen de explotación. Así, según Domergue (1983: 100ss) las distintas figuras jurídicas que recogen los broncees no son coetáneas, sino sucesivas en el tiempo. En concreto supone que el régimen de la *usurpatio* debió de ser anterior al de la *occupatio*, y la sustitución de aquél por éste pudo deberse a la *lex metallis dicta* de la

que habla *Vip. I, 9*. En efecto *Vip. II* no menciona ya la *usurpatio*, sino sólo la *occupatio*. En fecha más reciente, Mateo ha propuesto un sentido diferente de la *usurpatio* y la *occupatio* (Mateo, 2001 y 2012), aceptada luego, en líneas generales por el propio Domergue (2004). En su opinión, ambas figuras responden a situaciones diferentes que reflejan el proceso por el cual el fisco sometió las zonas mineras a su control y explotación. Así, cuando las minas pasaron a ser propiedad del fisco, Roma exigió que los mineros ya asentados declarasen la extensión y número de sus explotaciones y les concedió un plazo para tal declaración (*professio*), pasado el cual, el fisco adquiría pleno derecho sobre los terrenos del distrito minero que no hubieran sido reclamados. Tal declaración seguramente habría de hacerse ante el procurador del distrito minero y comprendía el pago de una tasa, el *pittaciarium*. Tras este acto, el ocupante recibía la confirmación de sus posesiones, la *adsignatio*, que le otorgaba su derecho como algo indiscutible por parte de los poderes públicos (Mateo, 2012: 247) (**Fig. 9**).

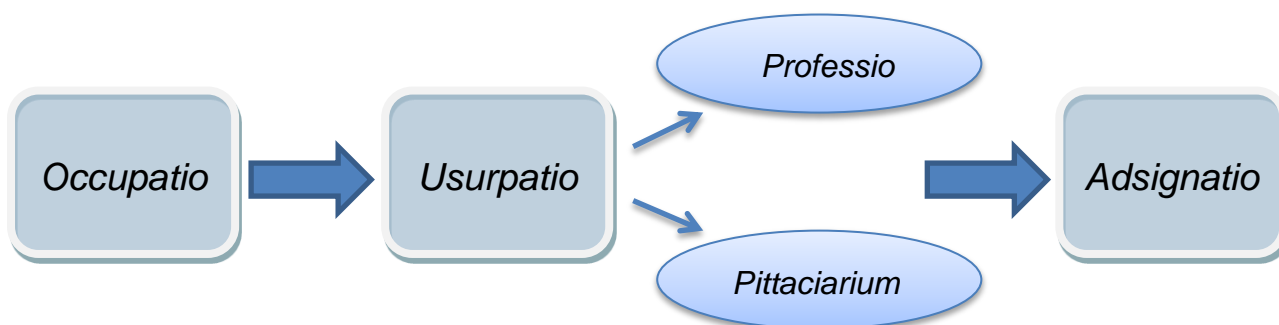


Figura 9.- Regularización de explotaciones previas (*ex occupatione*) a través de una *lex metallis dicta*.

Fuente: A. Orejas (EST-AP. IH CSIC)

Mientras, la *occupatio* se realizaría para adquirir un derecho minero de explotación sobre parcelas vírgenes o pozos abandonados (*vid. Fig. 10*). En la adquisición por *occupatio* el colono elegía, de entre los posibles emplazamientos, el que prefiriera. Ordinariamente, esta elección iba seguida del pago del *pittaciarium*. Mientras durase la excavación del pozo (*putei occupati*), el colono y el fisco eran copropietarios de la explotación: uno contaba con la *pars occupatoris* y el fisco se reservaba la *pars dimida ad fiscum pertinentis*. Una vez alcanzada la veta de mineral, se podrían seguir distintos procedimientos sobre los cuales existen matices por parte

de los investigadores. Así, unos opinan que el fisco imponía a los mineros el reparto del producto de la explotación de la veta metalífera (régimen de *aparcería* o *colonia partiaria*), aunque Domergue supone que no se entregaría metal, sino su valor en dinero (Domergue, 1983: 153). Mientras, otros creen que el fisco vendía a los *occupatores* la mitad del pozo que le pertenecía (siendo el fisco el que establecía el *pretium partis dimidia ad fiscum pertinentis*), hecho lo cual éstos no debían repartir el mineral con el fisco (D' Ors, 1953: 71-133; Mateo, 2012: 251). Esta venta se podía realizar bien en subasta pública (Hirt, 2010: 265, n. 15); o bien ser una venta directa al *occupator* del pozo (d'Ors, 1953: 120; Mateo, 2012: 251). El ocupante podía en ese momento decidir no comprar la *pars fisci* y vender a otro particular su *pars occupatoris*, para lo cual debía de realizar una *professio*, autorizada por el *procurator* a través de la figura del *iussum*. En este caso, el pozo completo (*pars fisci*+*pars occupatoris*) saldría a subasta pública (Mateo, 2012: 251). Con este sistema el fisco podía fijar el precio del pozo, examinando la riqueza de lo extraído, antes de venderlo entero. Sin embargo, aún cuando el minero obtenía la propiedad del pozo, era una propiedad limitada porque el colono que interrumpiese el laboreo durante seis meses perdía su derecho a favor del fisco. En estos casos el fisco podía autorizar una nueva ocupación y conservaba el derecho a vender la mitad del pozo a un nuevo ocupante. Durante todo este proceso, el colono podía fundir todo el mineral que producía la mina, sin la obligación de entregar al fisco una parte, por lo que no existiría un régimen de *aparcería*.



Figura 10.- Adquisición de explotaciones nuevas o abandonadas (*putei occupati*) en *Vipasca*.

Fuente: A. Orejas (EST-AP. IH CSIC)

Así pues, en *Vipasca* se recogen al menos dos procedimientos distintos para asignar la explotación de las minas públicas. Algunos autores (Mateo, 2012: 249-250) han propuesto que esto se debió a la nueva regulación fiscal como consecuencia

del descubrimiento de cobre en las minas argentíferas al que se refiere Plinio (*NH* 33, 98)⁵⁵ y revela cómo Roma fue variando históricamente la ordenación jurídica de sus tierras públicas.

En las explotaciones de Roşia Montană no existen evidencias directas de estos *occupatores* o de los *coloni*, que aparecen mencionados como *coloni (...) metalli Vipascensis* (*AE* 1908, 233) en la documentación portuguesa. En Dacia, las únicas informaciones hacen referencia explícitamente a los *conductores* que aparecen en los contratos de *locatio-conductio operarum*. *Aurelius Adiutor* (probablemente ciudadano romano), contrató los servicios de *Memmius Asclepi* para *opus aurarium* (*CIL* III, p. 948). Otro documento nombra a *Titus Beusantis qui et Bradua* (procedente de Iliria y de estatuto peregrino según Hirt, 2010: 270), que empleó a *[...] Restitutus agnomine Senioris*, también para *opus aurarium* (*CIL* III, p. 949). Un contrato del 23 de octubre del año 163 se firmó entre *Socratio Socratonis* y el trabajador *L. Ulpius Valerius*, un ciudadano, en *Alburnus Maior*, pero en este caso no se precisan las labores a realizar. Estos documentos permiten argumentar que las minas fueron explotadas por trabajadores que dependieron de estos empleadores privados. Sin embargo, no es posible asegurar que los nombres que recogen las tablillas fueran los de concesionarios de las explotaciones o, si simplemente, pertenecieron a personas que actuaron en su nombre. Así, por ejemplo, Berger (1948) propuso que los nombres de los empleadores hicieron referencia en realidad a *adiutores* o personal administrativo que actuaría en representación de los verdaderos *conductores*, los individuos que obtendrían las concesiones y dejarían en manos de estos asistentes cuestiones como la contratación de la mano de obra.

Por otra parte, de acuerdo a las tablillas, los *conductores* se encargaron también de costear los gastos derivados de la explotación. En este sentido, existen algunas noticias sobre la existencia de préstamos. Así, *Iulius Alexander* es nombrado en cuatro tablillas como acreedor y deudor, lo que ha hecho pensar (Noeske, 1977: 340) que sería un prestamista similar al que aparece en las tablas de *Vipasca* y que daría el crédito necesario para que los *conductores* hicieran frente a los gastos de la explotación. Los destinatarios de estos préstamos fueron de estatuto peregrino en su mayoría: *Anduena Batonis* recibió 140 *denarii*, *Alexander Caricci*, 60 *denarii*, *Lupus*

⁵⁵ El hallazgo de cobre ha sido apoyado recientemente con análisis numismáticos realizados por Klein y Brey, 2010, que han identificado que el cobre de las monedas del último cuarto del siglo I d.C. procedente de la banda piritica del Sudoeste peninsular, fue extraído de yacimientos mineralógicamente diferentes a los documentados en producciones previas.

Carentis, consiguió 50 *denarii* como un *depositum irregulare* (*TabCerD* III; *TabCerD* V; *TabCerD* XIII; *TabCerD* XIV). Teniendo en cuenta que el salario de medio año de trabajo de un empleado en la mina era de 70 *denarii* (*CIL* III, p. 948), es posible pensar que estos préstamos pudieron responder a las necesidades cotidianas de los trabajadores que residían en el *metallum*, más que a la de los concesionarios de las minas.

Se desconoce quiénes fueron los *conductores* y si éstos compartían las explotaciones con el fisco en un régimen de *colonia partiararia*, que por otra parte, no es extraño en otros dominios imperiales como en el caso del Norte de África (Domergue, 1983: 153). El interés estratégico destacado del oro frente a otros metales (incluso sobre la plata), hace esta la opción más probable. En Dacia, el Estado pudo compartir la producción extraída, bien mediante un modelo de aparcería, bien mediante una cesión de la explotación y la gestión de la mina a cambio del pago de *vectigal* (que podría ser una parte de la producción). La presencia en Roşia Montană del ejército, puede apoyar esta idea a favor de un control por parte del Estado de la producción.

Las concesiones a particulares con participación del fisco son conocidas en otros *metalla*. A modo de ejemplo se puede citar la concesión de Augusto a Herodes el Grande de la mitad de los ingresos de las minas de Chipre y la administración de la otra mitad, que relataba Flavio Josefo (*Antiquitates Iudaicae*, 16, 128), aunque no está claro si esa explotación fue acometida por Herodes con medios propios o confiándola a terceros (Mateo, 2001: 76ss). Otro ejemplo puede ser la inscripción de Lyon del 226 d.C. (*CIL* XIII 1811) en la que parte del ingreso de la mina y la gestión de toda ella fue concedida a *Memmia*. La inscripción habla además de *vectigal*, pues parte del ingreso correspondería al fisco, lo que excluye que se tratase de una propiedad privada.

***CIL* XIII 1811. Lyon. Francia.**

[Imp(eratore) Se]vero Ale[x]andro Pio F[elice Aug(usto) II] / et Aufidio Marcello II co(n)s(ulibus) ma[ncipes(?)] / splendidissimi vectigalis massae ferrariarum / Memmiae Sosandridis c(larissimae) f(eminae) quod agitur sub cura / Aureli Nerei soc[i]i vectigalis

También está próximo el modelo descrito por Ørsted (1985: 220ss) para las minas de hierro del Nórico, sobre las que el fisco conservó su derecho a una parte de

la producción minera. En este caso, la *pars fisci* fue arrendada por unos *conductores ferrariarum Noricarum* (Ørsted, 1985: 205ss). Los mineros tenían la obligación de entregar al fisco una parte de su producción. Esta parte era gestionada por los *conductores ferrariarum*, quienes se encargaban de recogerla en nombre del Estado (podían venderla también), convirtiéndose en recaudadores al servicio de Roma. De acuerdo con Domergue, éste sería el sistema híbrido imperante en las minas del *Noricum*, *Pannonia*, *Dalmacia* y *Moesia Superior* (Domergue, 2008: 203-204), que bien pudo ser importando luego a Dacia.

Sin embargo, no hay que confundir a los *conductores* de los contratos de Roşia Montană, con éstos descritos por Ørsted para el Nórico, pues se sabe que los *conductores* dacios sufragaron los costes de la explotación y contrataron (directamente o mediante *adiutores*) a la mano de obra, por lo que estuvieron directamente implicados en los trabajos mineros. Si fueron concesionarios de las minas a título individual (como los *coloni* de *Vipasca*) es algo que no es posible asegurar a través de la documentación actual.

Los mecanismos a través de los cuales los *conductores* hicieron llegar el beneficio de la explotación a Roma es algo que también se desconoce, aunque no es descartable que pudiera existir una figura similar a la de los *conductores ferrariaum* que Ørsted describió para el Nórico y que pudo actuar como intermediaria entre el fisco, con los *procuratores* a la cabeza, y los concesionarios de las explotaciones. El personal administrativo y militar supervisó que Roma obtuviera la *pars fisci* correspondiente y para ello pudo contar con esta figura que se encargarían de que el oro llegase a *Ampelum*, sede de la *officina* del *procurator aurariarum* (Hirt, 2010: 232), que estuvo conectada por una vía con la zona minera (Wollmann, 1985-1986: 253-295). Después, probablemente, se llevó a *Apulum*, donde estuvo acantonada la legión.

En *Ampelum*, el ambiente fue descrito por Noeske a través de la epigrafía y reveló la existencia de una población de múltiples orígenes geográficos. En concreto, para el período anterior a la invasión de los Marcomanos, Noeske (1977: 321ss) reconoció inmigrantes de Italia, Dalmacia, Panonia y otras provincias danubianas, con vínculos con las élites de la colonia de Sarmizegetusa y el campamento legionario de *Apulum*. En un momento posterior detectó la llegada de grupos de poder de Dalmacia (sirva como ejemplo *T. Aurelius Aper, princeps* de *Splonum*, *CIL* III 1322) y de ricos orientales procedentes de Siria y Bitinia (Noeske, 1977: 321-

327). Esto revela una comunidad de inmigrantes poderosos atraídos por las posibilidades de enriquecimiento que abría la explotación de las minas. El *collegium aurariarum* documentado (CIL III 941) fue probablemente de *conductores* o propietarios de las minas.

CIL III 941. Geoagiu. Rumanía.

I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / pro s(alute) Impe(ratoris) / colleg(ium) aura(riarum) L(ucius) / Calpurnius / [-----] / d(onum) d(edit)

c) La mano de obra.

La otra parte de los contratos que está conservada en la documentación se refiere a los *locatores*, trabajadores libres que fueron contratados a cambio de un salario que aparece recogido como *merces*, por lo que es posible referirse a los trabajadores de las minas como *mercenarii*, al igual que los que aparecen en las leyes de *Vipasca* (*Vip.* I, 7 y II, 13 y 17). Los *mercenarii* serían, por tanto, trabajadores libres asalariados. Este tipo de mano de obra fue recurrente en el mundo romano, no sólo en las minas, sino también en otras actividades, como en la realización de obras públicas o de trabajos estacionales agrícolas (Mangas y Orejas, 1999: 287).

En concreto, las tablillas de cera dacias que contienen los contratos de trabajo, mencionan a *Memmius Asclepi*, peregrino que fue contratado para *opus aurariaum* (CIL III, p. 948) y a *[...] Restitutus agnomine Senioris* (CIL III, p. 949) también para *opus aurariarum*. Por último, *L. Ulpus Valerius* (CIL III, p. 948), del que no se especifica que fuera contratado para trabajar en las minas de oro.

La fórmula de *opus aurariaum* simplemente hace referencia a las labores auríferas, sin que se especifique más sobre en qué consistían estas labores. Una de las tablillas menciona que el *conductor* no era responsable de pagar el salario en caso de inundación (CIL III, p. 948: *[si laborem] / [fl]uor impedierit...*), por lo que se podría pensar que estos trabajadores se emplearon en la minería subterránea, un trabajo propenso a los problemas con el drenaje de agua. Por lo demás, las tablillas sólo se refieren a contratos entre individuos privados.

La arqueología y la epigrafía pueden ayudar a completar el panorama. En las zonas mineras de Roşia Montană se ha documentado un elevado número de inmigrantes procedentes de la región ilirio-dálmata⁵⁶. Esto se conoce, en primer lugar, gracias a la onomástica de las personas que recogen las inscripciones (Piso,

⁵⁶ Sobre las comunidades ilirias y su vinculación con la minería, Dušanić, 1989, 1994-1995 y 2004.

2004). En segundo lugar, hay documentadas dedicaciones a la *Dea Dardanica* y se ha registrado un tipo de enterramiento (el MKS) en las necrópolis que es característico del área de procedencia de dálmatas y dárdanos (Daicoviciu, 1961; Mrozek, 1968; Noeske, 1977). Además, las últimas excavaciones en la necrópolis de Hop, han reconocido los ajuares de 126 tumbas como ilirios, por las similitudes que guardan con los hallados en la necrópolis de Iliria de Ruda-Brad (Moga *et al.* 2010a: 185-242). Por último, la distintiva sección trapezoidal de las galerías mineras en Dacia (*vid. supra*), tan característica de las explotaciones romanas de Roșia Montană, encuentra paralelos en minas de Serbia (como las de Kosmaj), en las provincias de Dalmacia y Moesia Superior, donde pudo originarse esta técnica que luego sería exportada a Dacia (Wilson, *et al.* 2011: 72). Todos estos datos parecen apuntar a que la mayoría de la población de Roșia Montană fue de procedencia ilirio-dálmata.

De acuerdo con Floro (2, 25, 12), después de las revueltas ilíricas, en época de Augusto, el gobernador provincial *C. Vibius Postumus* puso a las poblaciones dálmatas a trabajar las minas de oro de la región, por lo que los dálmatas poseían probablemente conocimientos suficientes a mediados del siglo II d.C. para su aplicación en Dacia. La mención, en una de las tablillas (*TabCerD IX*), de un *vicus Pirustarum* como parte de *Alburnus Maior*, nombrado después de la tribu dárdana de los *Pirustae*, parece indicar que comunidades enteras, procedentes de estos ámbitos ilirio-dálmatas, se asentaron en Dacia (Andreau, 1990: 90). Esta referencia ha sido entendida como prueba de una ocupación forzosa de mineros por parte de Roma para explotar el oro dacio (Noeske, 1977: 275). Sin embargo, no hay evidencia sólida que permita sostener unas deportaciones por el Estado romano, y la posibilidad de que en realidad fueran trabajadores libres parece la más probable (Hirt, 2010: 233).

Un estudio realizado por Cuvigny (1996), comparó el salario de los trabajadores de las canteras de *Mons Calusianus* en Egipto y de los mineros de Roșia Montană, poniendo en evidencia que el de los mineros de Dacia era bastante más elevado (Cuvigny, 1996: 145). Los 70 denarios ganados por *Memmius Asclepi* en medio año de trabajo (*TabCerD XI*), era un salario comprable con el de un soldado auxiliar o un poco menos que la mitad de lo que ganaba un legionario (que de acuerdo a Duncan-Jones (1974: 10ss) cobraría 300 denarios por año). Teniendo en cuenta, además, el precio de los alimentos que recoge otra tablilla (*TabCerD XVI*), los mineros podrían alimentar a sus familias y contar con excedente que podrían emplear en el pago de otros servicios (como la entrada a los baños de *Ampelum*, tal y como sugirió Noeske,

1977: 76). Las evidencias de moneda encontrada, también sugieren que los salarios fueron cobrados en moneda, al menos en parte (Duncan, 1993: 166-167).

Los relativamente elevados salarios podrían explicar la aparición de unas inscripciones dedicadas por *leguli aurariarum*. La primera de ellas se trata de un altar votivo localizado en Roșia Montană y que menciona a *M. Aurelius Maximus* como *legulus* (CIL III 1260). También *leguli aurariarum* son mencionados en una inscripción de *Ampelum* en honor a *Annia Lucilla*, datada en 165-166 d.C. (CIL III 1307). Hirt (2010: 271-272) ha recogido estos documentos y los ha relacionado con el término *legulus* que aparece en la literatura en contextos agrarios para describir a “recogedores”, por lo que identifica a *leguli aurariarum* como mano de obra servil, quizá los trabajadores de las minas. Sin embargo, él mismo reconoce que estas inscripciones debieron de haberse hecho por encargo de personas pudientes.

CIL III 1260. Roșia Montană. Rumanía.	CIL III 1307. Zlatna. Rumanía.
<i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / M(arcus) Aurelius / Maximus / [l]egulus / [v]otum li/[b]e(n)s an(imo) solvit</i>	- - - - - / [Anniae?] / Luci[llae] / Augus[tae] / Imp(eratoris) Veri A[ug(usti)] / Armenia[ci] / [Par]th[ici] / maxim[i] / lib(erti) et familia / et / leguli aurari/ar(um)

Frente a esto, otros autores han vinculado el término *legulus* con *colonus*, basándose en la importancia del hecho de que los *leguli aurariarum* compartieran una inscripción con un miembro de la familia imperial (Mrozek, 1969: 151; Noeske, 1977: 349; Andreau, 1990: 106). Aunque no existen datos concluyentes en ninguno de los dos sentidos, es probable que haya que inclinarse por la propuesta de Hirt, puesto que existen menciones de época tardía a *aurileguli*, en las que éstos parecen ser mineros (e.g. *Cod. Theod.* 10, 19, 7).

A la posibilidad de obtener un salario, se pudieron unir ciertas ventajas fiscales que atrajeran a la población. Es posible que, a su llegada a Dacia, los inmigrantes se agruparan



Imagen 42.- Inscripción consagrada a Silvano por el *kastellum Ansis* localizada en Roșia Montană. AE 1990, 848. Fuente: G. Alföldy, *Heidelberg Epigraphic Database*.

en *kastella* y *vici*, cuyos nombres han quedado recogidos en la documentación (Ciobanu, 2010; Damian *et al.* 2010: 77). En este sentido, uno de los casos mejor conocidos es el del *kastellum Ansis*, que aparece en varias inscripciones documentadas en la meseta de Hăbad y en lo que se ha reconocido como su área sacra⁵⁷, zona que ha proporcionado una cuarentena de altares votivos (Wollmann, 1985-1986: 278; Cociș *et al.* 2010: 151). Estas inscripciones están realizadas en una arenisca local de no muy buena calidad y están dedicadas en su inmensa mayoría por individuos de onomástica peregrina (con excepción de los altares consagrados por *Nassidius Primus*, AE 1990, 830) y descendientes de ilirios (excepto las inscripciones de tres *beneficarii consularis* que aparecen en cuatro altares). En las proximidades de Hăbad se ha documentado además una *statio* de *beneficarii*, atestiguada por varias inscripciones dedicadas a *Iuppiter Optimus Maximus* por *beneficarii consularis* (AE 1990, 828; AE 1990, 829; AE 1990, 837; AE 1990, 840; Wollmann, 1985-1986: 257-259 y 290-293; Pescaru *et al.* 2010: 123). La existencia de un asentamiento en el Noreste de Dalmacia con el mismo nombre (probablemente *Ansium* o *Ansis*), ha hecho pensar que el *kastellum Ansis* estuvo formado por personas de estatuto peregrino, procedentes de estas regiones, que a su llegada a Dacia se agruparon formando un *kastellum* (Wilkes, 1969: 211-212; Ardevan, 1998: 292-293; Cociș *et al.* 2010: 152).

El *kastellum* también pudo extenderse por el área de Hop-Găuri, donde se ha localizado una necrópolis con más de 250 tumbas de cremación datadas entre la época de Adriano y de Antonino Pío (Moga *et al.* 2010a: 185-242). Precisamente en esta última zona se ha localizado un ara votiva consagrada por los ilirios *Dasas*, *Verzo* y *Nevatus*, un grupo que se ha identificado como *im(munis) p(atroni) ka(stellani)*, a juzgar por la reconstrucción de la última línea de texto de la inscripción (Moga *et al.* 2010b: 48). Los restos constructivos hallados en Găuri han sido atribuidos por los investigadores a comunidades ilirias, que podrían haberse agrupado en el *kastellum Ansis*⁵⁸ para explotar las minas del entorno (Ardevan, 1998: 292-293). La reciente excavación de la necrópolis de incineración de Hop, cerca de las galerías mineras de Găuri, confirma que aquí fueron enterrados los mineros ilirios y sus familias (Moga *et al.* 2010a).

⁵⁷ Referencias a este *kastellum* aparecen en CIL III 1271; AE 1990, 848; AE 1990, 832; AE 1990, 835; AE 1990, 836; AE 1990, 842.

⁵⁸ En Liburnia (NE de Dalmatia), existe un asentamiento homónimo (Russu, 1969: 167). No obstante su nombre resulta algo problemático y no se sabe si quizá haya que reconstruirlo como *Ansium* o *Ansis*.

Mientras, recientes excavaciones en el área de Carpeni, donde posiblemente haya que localizar el *vicus Pirustarum*, han sacado a la luz una inscripción (IDR III/3, 388) que menciona al *kastelum Barudist(atum)* y un *collegium* del mismo nombre. Este *collegium* pudo agrupar, según los excavadores, a varios mineros ilirios (*Baridustae*) que vinieron del asentamiento dálmata *Bariduum* (Rusu-Bolindeț *et al.* 2010: 371).

IDR III/3, 388. Roșia Montană. Rumanía.

Genio co/llegi(i) k(astelli) Ba/ridusta(rum) / Seneca Bi/sonis d(ono) d(edit)

Los *collegia* atestiguados en documentos epigráficos y en una tablilla (*TabCerD I*) parecen desempeñar un papel importante en Roșia Montană. Como ha indicado recientemente Orejas (2014), este tipo de asociaciones era multifuncional y en ellas se conjugaron varios aspectos de la vida cívica: posición social, trabajo, cultos y rituales (sobre todo funerarios) (Verboven, 2012: 19). Es decir, la ocupación común no era el único lazo que unía a los miembros de un *collegium*. De acuerdo a Kloppenberg (1996), es posible distinguir, por el perfil de sus componentes, hasta cinco tipos de *collegia*: basados en relaciones familiares, en orígenes étnicos o geográficos comunes, en ocupación común, vecindad y cultos y rituales compartidos (Harland, 2013: 19). Muchas de las aproximaciones a los *collegia* se han centrado en los documentados en la ciudad de Roma y en sus características, determinadas sobre todo a partir de documentos jurídicos: compuestos por al menos tres miembros, establecimiento de requisitos para ser miembro, existencia de una caja común (*pecuniae communes*), de un reglamento interno (*lex collegii*), de un gobierno interno (*magistri*), de una sede (*scholae*)⁵⁹.

Es posible comprobar cómo algunos de estos rasgos los cumplieron los *collegia* de Roșia Montană, donde la tablilla encerada conservada revela datos acerca de la configuración de una de estas asociaciones. En fecha relativamente reciente, algunos autores han visto la posibilidad de que algunos edificios excavados reconocidos como templos, fueran en realidad sedes de *collegia*.

En cuanto a sus funciones, algunos investigadores consideran que fueron más allá de reunir a los trabajadores de las minas, y han apuntado la posibilidad de identificar

⁵⁹ Una breve discusión sobre los elementos que debieron de tener para que los consideremos *collegia* en Schmidt Heidenreich (2012: 166), quien trata el tema con relación a los *collegia* militares.

kastellum y *collegium* (Wollmann, 1996: 292, n. 131). Según esta interpretación, los *kastella* habrían funcionado como aglutinadores de grupos étnicos a su llegada a Dacia, y con el tiempo este sentido de pertenencia al lugar de origen se trasladó al sentido de pertenencia a los *collegia*. Esta es una lectura complicada, que entra en el debate sobre los procesos de colonización y asimilación de las prácticas y costumbres romanas por parte de los ilirio-dálmatas en Dacia. Lo que sí parece es que existió una relación entre *kastella* y *collegia* que pudo basarse en afinidades étnicas o geográficas comunes. Así, por ejemplo, se encuentra documentada la existencia de un *collegium kastellani Baridustarum* (IDR III/3, 388), localizada en el valle de Nanului, en la parcela de Szekely (Crăciun *et al.* 2010: 245). Los miembros de este *kastellum* probablemente procedieron del asentamiento de *Bariduum*, localizado en Dalmacia y formaron posteriormente el *kastellum Baridustarum* (Rusu-Bolindeț *et al.* 2010: 371).

Estas unidades de poblamiento, que reunieron a trabajadores atraídos por la posibilidad de obtener beneficio de las minas, pudieron estar sobre *ager publicus*, formando parte del *metallum* de Roșia Montană de propiedad estatal, y por tanto libre del pago de *tributum* al que se sometió a las *civitates* peregrinas (*ager provincialis*)⁶⁰. El mapa de distribución de los asentamientos muestra que los habitantes siguieron siempre la periferia del área de explotación minera (Crăciun y Sion, 2010: 279). Tan sólo existen raras excepciones a este patrón de ocupación y éstas tienen explicación técnica: cuando alguna mina se abandonó, el área podía ser usada con otros objetivos.

En cuanto a los esclavos, existen algunas referencias a *servi*, como es el caso de *Secundus*, esclavo de *Cassius Palumbus* (TabCerD XIII), que entra en una asociación en nombre de su amo por 267 denarios, pero esto no permite sostener la existencia de mano de obra esclava dedicada a las tareas de explotación de forma masiva.

⁶⁰ Se ha propuesto que el *metalla* de Roșia Montană recibió el nombre de *Alburnus Maior*, el cual es recogido en varias tablillas (TabCerD I, II, IV, V, IX, X, XIII, XVIII y XXII) (Mrozek, 1968: 201-208; Russu, 1975: 186; Dušanić, 1977: 53-94; Wollmann, 1996: 60-63). Pero lo cierto es que no hay ninguna evidencia directa de que *Alburnus Maior* fuera en realidad el nombre del *metallum* de Dacia. Además, *Alburnus Maior* aparece en la documentación como un topónimo que indica el lugar donde el documento fue elaborado, lo que en la práctica administrativa y legal romana, suele ser una ciudad, no un distrito o región, lo que indicaría que se trató más bien de un centro importante dentro del *metallum* (más que del *metallum* en sí mismo) (Wilson, 2011: 69, n. 90).

El empleo de esclavos no sería necesario en un lugar como Roșia Montană, donde se contaba con capacidad para atraer mano de obra suficiente. Además, el trabajo asalariado habría presentado claras ventajas frente a la utilización de mano de obra esclava. En primer lugar, ésta última implicaba altos costes de mantenimiento. En segundo lugar, con la contratación de mano de obra libre, los *conductores* podían ahorrarse el pago de los salarios cuando existieran dificultades técnicas (como inundaciones) que impidieran la explotación de la mina.

El grueso de la mano de obra parece proceder de los inmigrantes ilirio-dálmatas, entre los que se contaron personas de distinto estatuto jurídico, aunque a juzgar por la documentación la mayoría fueron peregrinos. Además, los datos disponibles apuntan hacia la llegada de familias enteras. En la necrópolis de Hop, los excavadores han excavado un total de 169 tumbas de incineración con sus ajuares correspondientes (Moga *et al.* 2010b) y han sido capaces de identificar grupos de enterramiento con distinta orientación, lo que les ha permitido sugerir la existencia de una parcelación según grupos familiares de las comunidades ilíricas. Algunos de estos ajuares contienen piezas de cuarzo y sílex, posibles útiles mineros, que revelarían la ocupación de los fallecidos, de acuerdo a los excavadores (Moga *et al.* 2010a: 202).

En definitiva, el registro de Roșia Montană indica que las explotaciones fueron gestionadas de forma indirecta por el fisco a través de *conductores* y trabajadas por *mercenarii* o mano de obra libre asalariada, procedente del ámbito ilirio-dálmatas. Ni la *civitas* local, ni la explotación a través de esclavos, se documentan. Esto no quiere decir que no existieran *civitates* peregrinas en Dacia o que los esclavos estuvieran totalmente ausentes en Roșia Montană, pero el papel de ambos, con relación a las explotaciones, no parece que fuera destacado. Tampoco hay indicios de que las minas fueran trabajadas por mano de obra local que, según algunas propuestas, pudo quedar sometida como *dediticii* (Piso, 1995; Ardevan, 1998: 89-104)⁶¹.

Lo que sí se aprecia, en cambio, es un mapa de explotaciones mineras gestionadas por el fisco y en manos de *conductores*, quienes emplearon (directa o indirectamente) a *mercenarii* ilirio-dálmatas. Este esquema obliga a pensar en una

⁶¹ Los *dediticii*, tal y como definía Gayo (1, 14), eran extranjeros sometidos por conquista y tanto sus bienes como sus propias personas pasaban a ser propiedad del Estado romano, convirtiéndose en *nullius certae civitatis cives* (Ulp. *Dig.* 20, 14). Esto ocasionaba una pérdida de independencia política, que puede leerse como una ausencia de libertad, pues como indicaba Cicerón, *libertas, id est civitas* (Cic. *Balb.* 9, 24). Esto implica que las comunidades *dediticias* estuvieron directamente controladas por el Estado, quien podía utilizarlas como fuerza de trabajo para explotar directamente el *ager publicus*. Sin embargo, estos *dediticii* no se registran en la documentación dacia.

elevada producción de estas labores que darían oro suficiente como para que el Estado derivara parte del beneficio de las minas a estos gestores privados.

A través de los cálculos efectuados y publicados en 2012 por *Gabriel Resources Ltd.*, compañía que participa de la *Roşia Montană Gold Corporation*⁶², se ha estimado que la media de oro de las distintas zonas analizadas oscilaría entre los 0,5 g/m³ y 1,32 g/m³, con algunas leyes de oro localizadas de más de 15 g/m³ (vid. **Tab. 9**).

	Leyes Au (g/m ³)	Leyes Ag (g/m ³)
Orlea	0,75	1
Cetate	0,63	3
Carnic	0,66	4,5
Carnicel	0,51	5
Jig	1,32	12,5

Tabla 9.- Leyes medias de oro y plata en distintas zonas de Roşia Montană.

Fuente: Gabriel Resources Ltd. (2012).

Se trata de unas leyes relativamente altas, sobre todo si se comparan con los datos que han arrojado minas como Las Médulas. Aquí se han reconocido una serie de facies que fueron explotadas por los romanos y cuyas leyes de oro han recogido Pérez García y Sánchez-Palencia (2000: 152, cuadro 22), basándose en varias prospecciones realizadas por varias compañías mineras. La primera facies (Orellán), es estéril. La segunda facies (Santalla) es la más rica en oro (0,02-0,1 g/m³), alcanzando las leyes más altas (de hasta 1g/m³) cerca del contacto con la facies Orellán. La tercera, la facies Las Médulas, presenta un contenido muy bajo en oro (0,01-0,03 g/m³), lo que hizo que los romanos la consideraran estéril. Estos datos dan una media de no más de 0,05 g/m³ para todo el aluvión removido por los romanos en Las Médulas. Se trata de una cifra muy baja en comparación con resultados obtenidos en las prospecciones de Roşia Montană (**Fig. 11**).

⁶² Gabriel Resources Ltd. (2012): *Technical report on the Roşia Montană Gold and Silver Project, Transylvania, Romania. Report prepared in accordance with the guidelines of national instrument 43-101 and accompanying documents 43-101.f1 and 43-101.cp.*

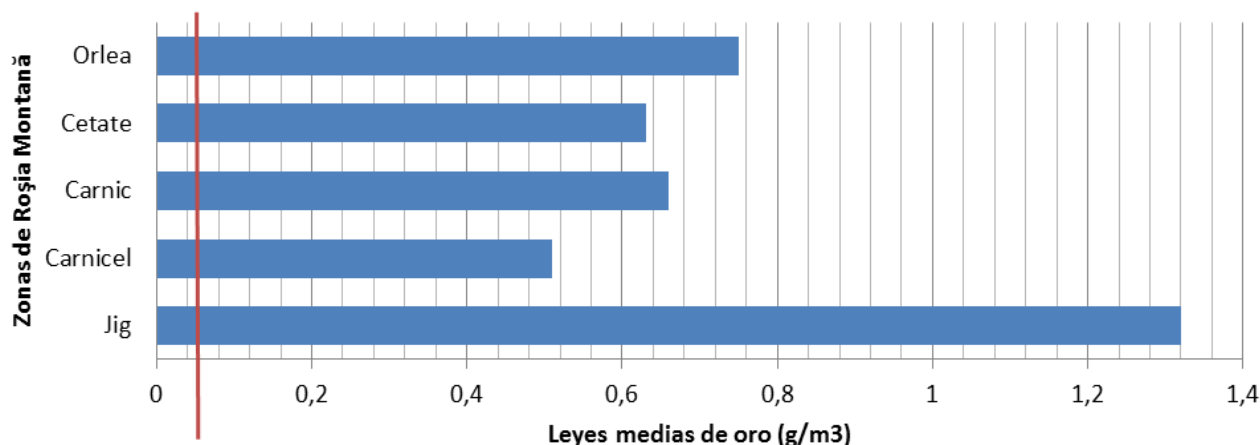


Figura 11.- Leyes de oro de distintas zonas de Roșia Montană. La línea roja indica la ley media de oro en todo el aluvión removido en Las Médulas (0,05 g/m³). Los datos de las minas rumanas, sin embargo, hay que tomarlos con mucha cautela, pues no hay que olvidar que proceden de estudios realizados por compañías actuales con intenciones industriales. Con frecuencia, se dan como leyes medias resultados que son en realidad puntuales, con la finalidad de atraer inversión al proyecto.

Además, hay que tener en cuenta que la facies más rica en oro (facies Santalla), se encuentra debajo de la facies Las Médulas, la cual posee una potencia que pudo llegar a superar los 100 m, lo que implicaba remover inmensas cantidades de material para alcanzar las partes con más oro. Esto supondría un gran esfuerzo en el desmonte minero para obtener una cantidad de oro relativamente escasa. A ojos actuales, Las Médulas sería una mina improductiva, pero los romanos no tuvieron el mismo sentido de utilidad económica, por lo que mantuvieron en explotación estas labores durante casi dos siglos. Sin embargo, la relativamente baja cantidad de oro que se obtenía pudo evitar que estas explotaciones se dejaran en manos de particulares que, evidentemente necesitaban obtener un beneficio. Mientras, en Roșia Montană, con leyes considerablemente más altas, es posible que el Estado derivase parte de su beneficio a los *conductores*, que se encargarían de trabajar las minas, cubriendo costes de explotación y empleando a *mercenarii* ilirio-dálmatas, a los cuales pagarían un salario.

Además, este sistema pudo beneficiar a Roma en otros sentidos, puesto que le permitió contar con expertos en minería (recuérdese que las provincias danubianas tenían tradición minera), que se encargarían de poner en marcha las minas dacias de forma rápida y efectiva, dándole beneficios casi inmediatos al Estado. Aunque los dacios ya habían explotado el oro fluvial y algunos yacimientos primarios antes de la conquista, la llegada de Roma y la introducción de Dacia en el sistema provincial,

supusieron la puesta en marcha de una explotación a gran escala bajo unos nuevos parámetros.

En un contexto post-conquista que supuso la total desarticulación de la sociedad dacia prerromana y la anulación de los grupos de poder (Piso, 1993, 1995 y 2004), ésta pudo ser una solución eficaz para explotar las minas. Este modelo encajaría con un paisaje en el que las prefecturas pudieron desempeñar algún papel frente a un marco de la *civitas* que no parece claro, al menos en los primeros momentos de provincialización, y unas poblaciones locales que están prácticamente ausentes del registro (Dana, 2003: 166-186 y 2004: 430-448; Nemeti, 2005).

Así pues, el cuadro descrito para Dacia dibuja un paisaje minero distinto al que se documenta en otros *metalla* de gestión directa como los del Noroeste. Pero, a la vez, tampoco es posible ver un calco de *Vipasca* en estas explotaciones. Como había venido ocurriendo desde época republicana, Roma fue adaptando la gestión de las minas, valiéndose de las experiencias previas acumuladas, pero también en función de las relaciones sociales y de poder que tejieron la explotación de los recursos provinciales. En la explotación de las minas imperiales, confluyeron, por tanto, varios agentes e intereses: desde la configuración y trayectoria del fisco, con los distintos mecanismos de control de la producción y las distintas formas de obtener beneficios, al papel de las *civitates* o de ciertas familias e individuos. Es posible ver la historia de la minería globalmente como los esfuerzos efectuados por parte de Roma para controlar de forma efectiva los recursos provinciales. Por tanto, no hay que estudiar las explotaciones mineras en bloque, ni siquiera las que son coetáneas y es necesario tener en cuenta el contexto específico a nivel local, regional e imperial en el que se desarrolló esta actividad.

7

LAS COORDENADAS HISTÓRICAS. LA MINERÍA DEL ORO COMO PARTE DE UNA ECONOMÍA NO SECTORIAL

7.1. La economía romana y las minas de oro imperiales.

En este bloque se ha definido el papel del Estado romano con relación a la minería, un Estado cuyos intereses y estrategias no son equivalentes al de las economías industriales. En este sentido, la definición territorial, jurídica y administrativa de los *metalla* se relaciona con procesos tanto locales y regionales (relación con las comunidades y las aristocracias locales) como imperiales (con la definición del suelo provincial, de los estutos cívicos y de las formas de dominio y control de las provincias). Estos mecanismos presentes en la articulación de las zonas mineras, aparecen anulados cuando se analiza la minería desde un punto de vista exclusivamente económico.

El tratamiento de la minería como una actividad aislada del resto del contexto político, jurídico, ideológico, supone la deshistorización del análisis y, por tanto, su distorsión en términos sociales. Los criterios meramente económicos resultan, por tanto, poco efectivos a la hora de estudiar los distintos regímenes jurídicos de gestión y explotación de las minas imperiales, donde las experiencias previas mediterráneas, el papel estratégico de los metales en el Imperio o las relaciones con las comunidades locales, fueron factores determinantes. Nada de ello es ajeno, además, a otros procesos generales: las distintas formas de dominio y control de las poblaciones conquistadas, la definición del suelo provincial, el desarrollo fiscal, el papel del *princeps*...

En definitiva, las minas formaron parte de un complejo entramado de relaciones políticas, jurídicas y sociales que fundamentaron el Imperio. Así pues, aunque al hablar de minería se traten aspectos económicos, hay que tener en cuenta su contexto, puesto

que en el mundo antiguo lo económico no fue un sistema cerrado y autónomo, es decir, las acciones no estuvieron orientadas específicamente por su valor económico.

Esto obliga a replantear aquellas interpretaciones que han defendido una visión particular de la minería como parte de una economía caracterizada por su sofisticación y por ciertos rasgos propios de sistemas actuales, tales como la búsqueda de rentabilidad y optimización de recursos o el desarrollo de inversiones tecnológicas (*e.g.* Hitchner, 2005: especialmente 216-217; Scheidel ed. 2012; Callataÿ ed. 2014; Kay, 2014: 45-46). Dichas investigaciones han favorecido la deshistorización de la minería como actividad productiva preindustrial, en la que los agentes implicados en su desarrollo, desempeñaron un papel distinto al que podría esperarse en los sectores industriales modernos. Para avanzar en la comprensión de esta actividad hay que empezar ubicando la minería en unas coordenadas adecuadas, donde los ejes no estén definidos por criterios anacrónicos. En este sentido, términos como *distrito minero* o *sector industrial*, con frecuencia utilizados para caracterizar la minería romana, proyectan una serie de ideas y concepciones que es necesario revisar.

Los distritos mineros se suelen entender como demarcaciones territoriales bajo control imperial, dentro de las cuales se llevaba a cabo la explotación minera. En estos distritos se incluían desde las infraestructuras y servicios que utilizaban los mineros, hasta una normativa común, que regulaba la vida en los mismos. El término ha sido acuñado, fundamentalmente, a partir de las lecturas que se han realizado de las tablas de *Vipasca*, donde se sabe que existieron varias leyes que regularon la actividad en estas explotaciones: una *lex metallis dicta*, una *lex ferrariarum* y la *lex metallis Vipascensis* (Domergue, 1983; Guichard, 1990: 60; Mateo, 2001 y 2012). Se ha considerado, entonces, que otras minas imperiales se organizaron de forma similar, compartiendo una serie de regulaciones generales y otras específicas del *metallum*, que justificarían el empleo del término distrito minero para denominarlas.

Así, por ejemplo, se ha dicho (*e.g.* Berger, 1948: 235) que en la Dacia debió de existir una normativa para concretar la duración de la jornada laboral, el tipo de trabajo desempeñado o los días de descanso de los mineros trabajadores de un gran distrito que recibiría el nombre de *Alburnus Maior* (Davies, 1935: 198-199; Daicoviciu, 1945: 115-117; Russu, 1975: 186). También otras zonas mineras han sido definidas de modo similar. Los ejemplos son numerosos y se reparten por todo el Imperio. A modo ilustrativo se puede citar el caso de Egipto, donde se han identificado importantes canteras imperiales como parte de un único distrito conectado por una red viaria

jalonada de lugares fortificados y bajo mando de un *procurator* (Hirt, 2010: 24 y 51-52); o también el caso de las provincias danubianas, donde se han definido varios distritos mineros relacionados, además, con la red viaria y el establecimiento de una serie de *stationes* en los puntos de entrada y salida a los mismos (*Ibidem*, 60).

Globalmente, la imagen proyectada es la de un Imperio salpicado de zonas mineras entendidas como entidades territoriales exclusivamente reservadas para las labores extractivas. El término distrito define, por tanto, a los *metalla* y a la minería desde una perspectiva económica sectorial. Por ello, al emplear la palabra distrito con relación a las minas, se acepta la existencia de sectores industriales y se asume una visión muy concreta de la minería antigua.

En concreto, los argumentos defendidos por los que sostienen la validez del concepto de sector industrial para referirse a estas explotaciones, mantienen que en ellas tuvo lugar una producción jerarquizada y desarrollada en lugares centrales por trabajadores especialistas a tiempo completo y dedicados a actividades no agrarias. Además, suelen hablar de



Imagen 43.- Reconstrucción de una rueda hidráulica para la explotación de las minas en Dolaucothi (Gales). Se trata de un ejemplo de las innovaciones tecnológicas aplicadas a la minería en época romana. Imagen propia.

una escala industrial para referirse a esta actividad, pues han considerado que las inversiones tecnológicas posibilitaron un crecimiento intensivo o *per capita*⁶³ prácticamente sin paralelos hasta la revolución industrial (Becker *et al.* 1990; Johnson, 2000).

⁶³ La idea de crecimiento económico en el mundo romano fue introducida por Hopkins (1980, 1983 y 2002). En líneas generales y, aún a riesgo de simplificar demasiado su modelo, Hopkins defendió que en el Imperio Romano se produjo un aumento de la producción agrícola como consecuencia de la expansión territorial y del aumento total de la superficie cultivada. Además se produjo un aumento de la población total. La consecuencia de ambos crecimientos fue un aumento de la población dedicada a sectores no agrícolas, con la consiguiente especialización del trabajo. Como resultado aumentó la producción no agraria. Todo ello condujo a un aumento de la productividad *per capita*. Se puede consultar un resumen en Millett (2001: 27-30) y Morris *et al.* (2007: 5).

Desde mi punto de vista, estas aproximaciones presentan importantes problemas pues proyectan una serie de conceptos anacrónicos que no pueden ser aplicados al estudio de las sociedades antiguas. Empezaré por analizar sus argumentos.

Los defensores de la existencia de una economía sectorializada se apoyan en dos aspectos principales:

- Por un lado, en los índices de contaminación atmosférica relacionable con actividades metalúrgicas y que les llevan a defender un crecimiento industrial del sector minero.
- Por otro lado, el empleo de energía hidráulica, imprescindible en muchas labores mineras y que requirió de una coordinación y organización del trabajo propia de economías industrializadas.

Respecto al primer argumento, ya se vio (*vid.* Cap. 5.2) que los índices de contaminación atmosférica simplemente revelan una intensificación de la actividad metalúrgica respecto a fases inmediatamente anteriores y posteriores, pero que esto no indica, necesariamente, que se incrementara la actividad minera en ese mismo período. Además, el crecimiento de estos índices en ningún caso serían comparables con la curva que marca el inicio de la industrialización.

En cuanto al segundo, es cierto que el control de la infraestructura minera exigió, como en el caso del Noroeste, conocimientos especializados, mucho trabajo y una organización que permitiera su construcción y mantenimiento. Para ello, fue necesario un amplio control sobre los territorios vinculados con el trazado de las infraestructuras que, en el caso de los canales hidráulicos, llegaban a longitudes cercanas a los 100km (Sánchez-Palencia y Sastre, 2002). Sin embargo, la espectacularidad de estas construcciones no justifica que puedan ser consideradas indicadores de industrialización de la minería. La industria no se trata simplemente de la escala de producción, sino que está asociada a aspectos como la mecanización o la división de trabajo (Orejas y Sánchez-Palencia, 2014: 323-329). Al definir las actividades económicas como industriales no sólo se está haciendo referencia a la magnitud de las explotaciones en términos cuantitativos, sino que se está asumiendo el cumplimiento de otros requisitos relacionados con la capitalización, las formas de organizar la producción y los criterios seguidos y las formas de organizar el trabajo en torno a ella. En este sentido, la existencia de una especialización productiva del espacio y de la participación de trabajadores especialistas a tiempo completo, son dos características que definen a los

sectores industriales. Por ello, rastrear estos elementos en explotaciones mineras como las del Noroeste puede servir para apoyar o refutar la hipótesis sectorial.

- Respecto a la primera cuestión, existen pruebas para desmontar la idea de especialización productiva del espacio (sí se puede hablar de tendencias productivas, pero no exclusivas).
- En primer lugar, la minería no es el único eje en torno al cual se vertebró el ordenamiento territorial. Como ya se indicó al inicio de este trabajo, la viabilidad de las explotaciones mineras dependió estrechamente del sistema de *civitates* tributarias que se organizó tras la conquista. Sin embargo, este sistema de *civitates* no fue exclusivo de las zonas mineras y se construyó en el Noroeste antes de la puesta en marcha de las explotaciones, tal y como confirma el Edicto del Bierzo fechado en el 15 a.C. (*vid.* Cap. 2.1.4). Esto implica que la explotación del oro se integró dentro del nuevo sistema provincial impuesto por Roma, pero no constituyó el eje exclusivo en torno al cual se vertebró el nuevo ordenamiento del Noroeste. El oro como recurso estratégico fue fundamental a la hora de definir las relaciones entre el Estado y las poblaciones y configurar un entramado político y social vinculado con la actividad minera. Sin embargo, la actividad agraria fue la predominante.
- La minería no fue una actividad exclusiva en el Noroeste. De hecho, existen numerosos indicios de la integración de las diversas actividades productivas en contextos rurales romanos. Los registros arqueológicos y arqueobiológicos indican que las comunidades locales que habitaban en las zonas mineras desarrollaban, en esas mismas áreas, actividades agropecuarias. Claro ejemplo de ello se encuentra en Las Médulas, donde en las proximidades de los frentes mineros, el registro del asentamiento de Orellán indica que en su entorno se cultivaban cereales y castaños y se realizaban trabajos metalúrgicos con el hierro extraído de una mineralización próxima (Orejas y Sastre, 2000: 264-265). También en el asentamiento romano de Fuente de la Mora (El Cabaco, Salamanca), relacionado con las labores mineras romanas de La Sierra de la Peña de Francia (Ruiz del Árbol, 2005), se han documentado terrazas de cultivo, un espacio agrario acondicionado por la comunidad

inmediata, que incluso podría beneficiarse de la red hidráulica minera para regar los cultivos (Sánchez-Palencia, 2012b: 173-175). Por último, en el entorno del asentamiento romano del Castro de Peña Redonda, cercano a las estructuras mineras situadas en Villardiegua de la Ribera (Zamora), se han estudiado unas terrazas sin duda construidas para posibilitar un cultivo mejorado (Sánchez-Palencia *et al.* 2012: 209-211; **Fig. 12**).

Estos indicios mostrarían que las comunidades desarrollaron en sus poblados las labores agropecuarias habituales además de participar en el trabajo en la mina, corroborando que fueron poblamientos rurales no sectoriales.

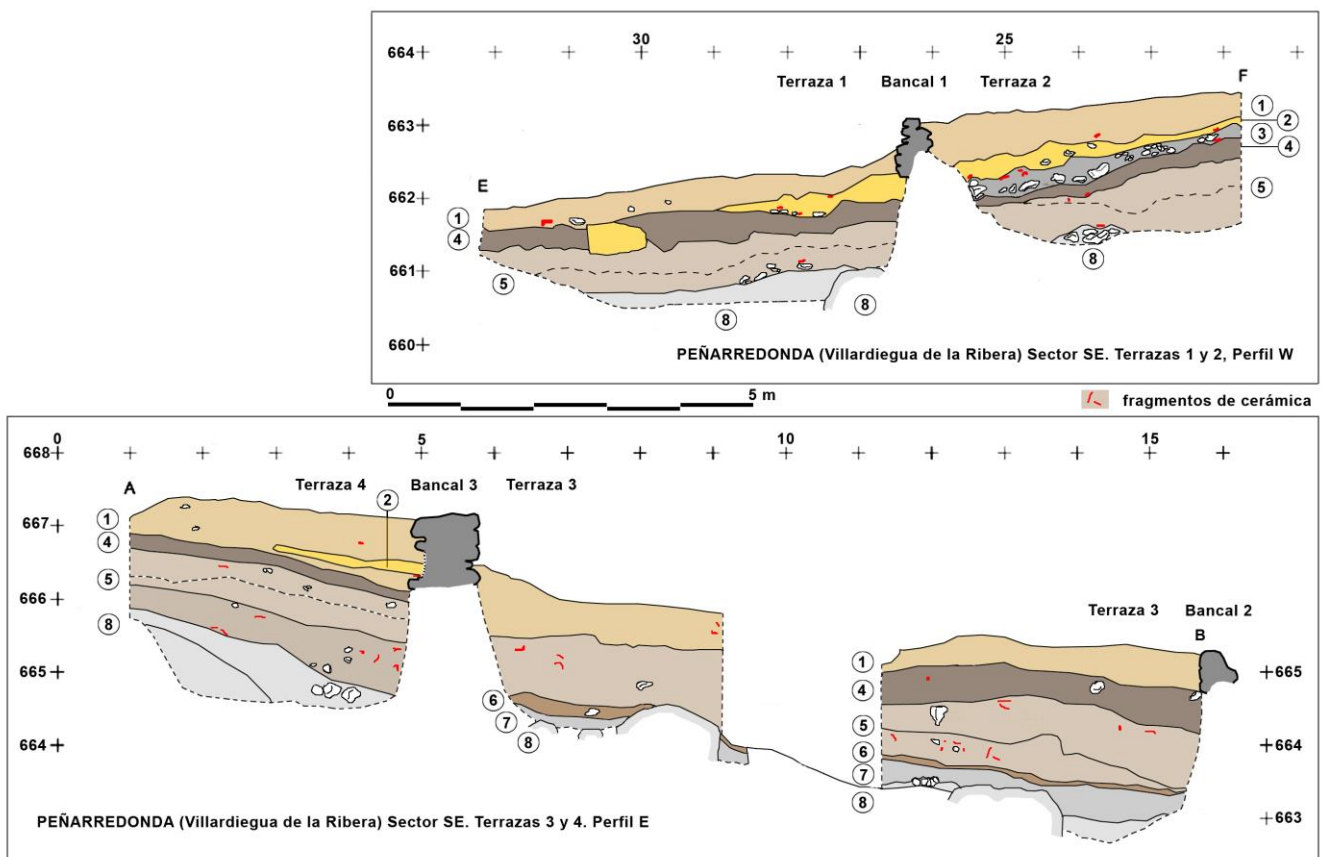


Figura 12.- Perfiles de las terrazas del Sector Sureste del castro de Peña Redonda (Zamora). En su estratigrafía se han documentado unos niveles de relleno y cultivo fechados entre finales del siglo I a.C. y finales del siglo II-incios del siglo III d.C. Fuente: Sánchez-Palencia *et al.* 2012.

- La segunda cuestión, (la existencia de especialistas a tiempo completo), es bastante más compleja, pues conecta con el complicado debate en torno a la naturaleza del trabajo en el mundo antiguo. Los argumentos de los

defensores de la existencia de especialistas a tiempo completo se basan en estas dos líneas: la existencia de *collegia* en zonas como Dacia (Perry, 2006), que se han interpretado como asociaciones profesionales; y la existencia de contratos de trabajo y trabajadores asalariados (Banaji, 2010: 131ss), tanto en la ley de *Vipasca*, donde aparecen *mercenarii*, como en las tablillas de Roşia Montană, que recogen contratos de *locatio conductio operarum*, bajo la expresión *dixit se locasse et locavit operas suas* (Hirt, 2010: 270ss). En ellos se fijaba la duración del contrato, *merces*, día de pago y sanción al *conductor* si se retrasaba y descuentos por ausencia del trabajo. Esto les lleva a interpretar que en el mundo antiguo se pudo dar la figura del trabajador actual, como especialista que vende libremente su trabajo en el mercado, quedando el trabajo separado de la persona que lo ejerce y convertido en mercancía (Banaji, 2010: 128). Sin embargo, ninguno de los dos argumentos es definitivo porque no está claro que en Roma se alcanzara esa abstracción del concepto de trabajo:

- Los *collegia* no son homologables a ningún tipo de asociación documentada posteriormente como gremios, cofradías, mutualidades, sindicatos, etcétera, aunque comparten rasgos aislados (Orejas, 2014). En realidad, este tipo de asociaciones en el mundo antiguo desempeñaron varias funciones, donde la funeraria fue una de las esenciales. No siquiera una ocupación común fue el único lazo de unión entre sus miembros. De hecho, para algunos autores, el *collegium* es más signo de estatus o de identidad social que de asociación profesional (Kloppenbergh, 1996; Harlang, 2003). Los *collegia* no estaban en ningún sentido tratando de favorecer o proteger los intereses económicos o laborales de sus miembros, ni muestran rastro alguno de la pauta jerárquica de aprendiz, jornalero y maestro que caracterizó a los gremios medievales y de principios de la edad moderna, por ejemplo (Finley, 2003: 126 y 201).
- En los contratos no queda claro que lo que se vendiera fuera exclusivamente la fuerza de trabajo o si implicaba algún otro tipo de relación de servidumbre o dependencia. Como ya advirtió hace años Finley (2003: 104ss) el trabajo asalariado, al menos tal y como hoy es entendido, no existió en el mundo antiguo y esto es así porque la idea

de trabajo asalariado requiere dos difíciles pasos conceptuales. Primero, exige la abstracción del trabajo de un individuo, aparte de su persona y del producto de su labor. Cuando alguien compra un objeto de un artesano independiente no compra su trabajo (el que ha invertido en crearlo), sino el propio objeto. Pero cuando alguien contrata mano de obra, compra una abstracción, la fuerza de trabajo, que el contratista emplea. Segundo, el sistema laboral asalariado requiere del establecimiento de un método para medir el trabajo que se ha comprado, por lo general introduciendo una segunda abstracción: el tiempo de trabajo. Pues bien, es discutible que en el mundo antiguo ambas abstracciones se alcanzaran completamente.

Existió cierta racionalización del trabajo, tal y como revelaba Columela, intentando incorporar el tiempo de trabajo al cálculo económico (Thomas, 2004; De la Hoz, 2007), o como confirman los contratos dacios, al regular ciertos aspectos como quién corría con los gastos en caso de inundaciones, pero plantear, a partir de estas informaciones, remuneraciones por jornadas laborales o períodos de descanso, resulta anacrónico. Además, la fórmula *locase et locavit suas*, que recoge estos contratos, pone en evidencia que no se tenía claro que el trabajador no se vendiera a sí mismo cuando vendía su fuerza de trabajo. Así, la tablilla encerada de Verespatak a la que ya se ha hecho antes referencia, (*TabCerD* XI), indica como Flavio Secundino, recurriendo a un escriba, dejó constancia de que se ofreció tanto a él mismo (*se locase*), como a su esfuerzo (*locavit operas sua*) en el laboreo de una mina de oro en el 164 d.C. (Berger, 1948; Hirt, 2010: 270). Este documento parece mostrar que cuando el hombre libre prestaba sus servicios mediante *locatio-conductio*, el objeto del contrato era su persona. Existen otros ejemplos a lo largo del Imperio en actividades no mineras⁶⁴ que indican esto mismo: que la persona se arrendaba a sí misma, no exclusivamente su fuerza de trabajo.

⁶⁴ Este es el caso del que se arrendaba para luchas con las fieras (*Dig.* 22, 5, 3, 5) o el que lo hacía para injuriar (*Dig.* 47, 10, 11, 4). Sobre estas cuestiones Alemán, 1996: 47ss. Una reflexión reciente sobre el concepto de trabajo y su relación con sistemas de dependencia en el mundo Antiguo en Plácido, 2009: 1-10.

TabCerD XI. Roşia Montană. Rumanía.

[Macri]no et Celso co(n)s(ulibus) XIII Kal(endas) Iunias Flavius Secundinus scripsi rogatus a Mem/mio Asclepi quia se lit[ter]as scire negavit i<d=T> quod dix{s}it se locas[se] et locavit / operas s[ua]s opere aurario Aurelio Adiutori ex ha[c] die [in] Idus Novembres / prox{s}imas [(denarios) se]pt(u)aginta liberisque (denarios) [- - - HS - - - mer]c[ede]m per [t]empora accipe[re] / debebit qu[as] operas sanas v[ale]ntes [ed]e[re] debebit conductori [s(upra) s(cripto)] / quod si invito condu[c]tore decedere aut c[e]ssare volue[rit] dare / debebit in dies singulos [H]S V num(mos) (a)ere octus[s(is)] c[on]duc[t]or[i] [si laborem] / fluor inpedierit pro rata c[o]nputare de[be]bit c[on]duc[t]or si t[em]po[re] peracto mercedem sol[v]endi moram fecerit ead[em] p[oen]a / tenebitur exceptis cessatis tribus / actum Immenoso Maiori / Titus Beusantis / qui et Bradua / Socratio Socra[ti]onis / [M]emmius Asclepi

Finley era de la opinión de que todos los que trabajaron para otro, incluso a cambio de un jornal, eran en realidad dependientes, pues su decisión de trabajar no era voluntaria, sino que estaban obligados a hacerlo por algún requisito: el haber nacido en una clase de dependientes, las deudas, ser capturados o alguna otra situación que, por ley o costumbre, suprimía su libertad de elección (Finley, 2003: 108). En el mundo antiguo, el trabajo era por tanto, semiservil y sus salarios no eran necesariamente fijados por el mercado, sino por otro tipo de relaciones sociales ajenas a la racionalidad económica industrial (Minaud, 2004).

Se podía contar con mano de obra libre y tributaria (como en el caso del Noroeste) o con trabajadores libres y asalariados (como en Dacia), pero ambos casos formaban parte de un amplio espectro de diferentes formas de dependencia que englobaban tanto a las comunidades conquistadas y sometidas a la peregrinidad, como a los contratados por un jornal. Esto explica que en las fuentes antiguas, el trabajo asalariado aparezca junto con otras formas de esclavitud y dependencia, tal y como menciona Cicerón al comparar a aquellos que trabajaban a cambio de un salario, con los esclavos (*ipsa merces est auctoramentum servitutis*).

Cic. (Off. 1, 150)

Illiberales autem et sordidi quaestus mercenariorum omnium, quorum operae, non quorum artes emuntur; est enim in illis ipsa merces auctoramentum servitutis

En definitiva, los contratados en Roşia Montană, no sólo vendieron su fuerza de trabajo, sino a sí mismos, estableciendo una relación de dependencia con el *conductor*. Hasta qué punto es posible hablar entonces de trabajadores asalariados vendiendo libremente su trabajo en un mercado laboral, es algo muy cuestionable. Por ello hay que matizar la idea de un panorama caracterizado por trabajadores libres que eran atraídos

voluntariamente a las zonas mineras en busca de oportunidades económicas. Resulta mucho más acertado pensar en un entramado de relaciones de dependencia, todavía no analizado en profundidad para el caso dacio, que podría haber movilizó a comunidades enteras (o al menos a una parte importante de ellas), desde la zona ilirio-dálmata.

Con ello queda dibujado un panorama complejo en el que no es posible hablar de una economía sectorial ni de unas relaciones en el ámbito del trabajo semejantes a las actuales, lo que no quiere decir que no se desarrollasen tareas especializadas o que la actividad minera fuera simple o poco desarrollada. Se trata de una actividad donde las relaciones generadas en torno al trabajo, las formas de organizar la producción y los intereses que motivaron la explotación de las minas, formaron parte de un sistema distinto al actual. En el mundo antiguo, las coordenadas dentro de las cuales hay que entender la producción son otras.

Los *metalla publica* son ilustrativos a este respecto, pues permiten conocer las distintas estrategias productivas desarrolladas y el entramado de relaciones políticas y sociales que las hicieron posibles, poniendo de manifiesto lo alejadas que estuvieron de los mecanismos que fundamentan una economía industrial. En el momento en el que se integra la minería antigua en su contexto socio-histórico y se tienen presentes factores como el poblamiento, la explotación agraria coetánea, los intereses estratégicos romanos o los marcos jurídicos, la imagen sectorial se diluye. Aparece entonces un mosaico de situaciones diversas, en el que las minas formaron parte del entramado territorial y que obliga a emplear criterios distintos a los actuales para analizar esta actividad en el mundo antiguo.

PARTE III

LAS ZONAS MINERAS DEL NOROESTE PENINSULAR

El interés de los sucesivos emperadores sobre las zonas mineras se hizo evidente a lo largo de la historia del Alto Imperio. En el Noroeste, una de las regiones con mayor abundancia de minas de oro del mundo romano, este interés fue especialmente destacado. Sin entrar en el debate sobre los motivos de su conquista, entre los que se tuvo que contar la política de consolidación de fronteras y estabilización llevada a cabo por Augusto, la explotación minera fue eje central de la dominación durante los dos primeros siglos y determinó distintas políticas y medidas aplicadas sobre estos territorios.

Desde fechas muy tempranas, el desarrollo de la minería se hizo posible a través de la implantación de un sistema jurídico y administrativo de control territorial que permitió la explotación del conjunto de los recursos provinciales, entre los que se contaban los metales y también las propias poblaciones locales. Esto permitió la integración del Noroeste como parte del suelo provincial romano.

A su vez, este sistema de dominación se articuló en torno a dos elementos principales. En primer lugar la administración romana presente en el territorio. Representantes del Estado y miembros del ejército se encargaron de orientar la explotación de acuerdo a los intereses concretos de Roma. En segundo lugar, el sistema de *civitates* locales tributarias impuesto tras la conquista, que posibilitó la viabilidad de los mecanismos de explotación. Ambos fueron dos planos de la misma realidad histórica, que han de ser analizados en paralelo para entender la evolución de la organización impuesta por Augusto.

Con este planteamiento, en este bloque se propone:

- Profundizar en la estructura imperialista de dominio y explotación de los recursos mineros, analizando los mecanismos que posibilitaron esta explotación y viendo qué cambios se produjeron a nivel administrativo a lo largo de los siglos I y II d.C. en el Noroeste de la Península (Capítulo 8).
- Analizar cómo se articularon las comunidades vinculadas con la minería dentro de esta explotación imperialista y desde un punto de vista diacrónico. Para ello se ha planteado un estudio territorial (Capítulo 9).
- Estudiar el tipo de relaciones políticas, jurídicas y sociales a las que este sistema dio lugar y cómo éstas evolucionaron desde época flavia a finales del siglo II d.C. (Capítulos 10 y 11).

8

LA ORGANIZACIÓN JURÍDICO-ADMINISTRATIVA DEL TERRITORIO DESDE INICIOS DEL PRINCIPADO: ESTRUCTURA DE EXPLOTACIÓN

8.1. *Ager publicus* y *ager peregrinus*. La articulación del territorio minero

Como se ha visto, la estructura que permitió la explotación de las minas del Noroeste se apoyó en dos pilares esenciales: por un lado el sistema de *civitates* tributarias locales y, por otro, el aparato administrativo romano, encargado de gestionar directamente las minas de propiedad imperial. Ambos elementos articulados desde la conquista en época de Augusto, experimentaron cambios a lo largo de los siglos I y II d.C. que es preciso analizar.

Para empezar, a nivel administrativo, en los primeros momentos de dominio romano del Noroeste desempeñaron un papel importante los prefectos (Domergue, 1990: 291, n. 64; Hirt, 2010: 369, n. 10) y la definición de nuevas entidades territoriales: tanto provinciales, como conventuales y locales, con la creación de *civitates*. Sobre estas unidades se tiene noticia a través del Edicto del Bierzo del año 15 a.C., documento que menciona la provincia Transduriana (López Barja, 2000 y 2010) y la existencia de dos *civitates* (*Gigurrorum* y *Susarrorum*), identificadas como *gentes* ([...] *eorum loco restituo castellanos Aliobrigiaecinos ex gente Gigurrorum volente ipsa civitate* [...]) Sánchez-Palencia y Mangas, coords. 2000: 19). A este documento se suma la *Tabula Lougeiorum* del año 1 d.C. (*HEp* 1, 1989, 458; Canto, 1990), que dio a conocer la *civitas* del mismo nombre y el problemático *conventus Arae Augustae*⁶⁵ (Orejas y Sastre, 1999; Mattingly y Orejas, 2009). A través de estos testimonios queda

⁶⁵ No sin ciertas dudas, Tranoy (1981: 150-151) incluye las tres *Arae Sestianae* erigidas por *L. Sestius Quirinalis* (Alföldy, 1969: 133) entre los documentos que confirmarían la existencia de *conventus* en fechas muy tempranas. Según Tranoy, las tres aras corresponderían a cada uno de los tres *conventus* del Noroeste.

documentada la articulación en *conventus* y *civitates* del Noroeste desde finales del siglo I a.C. y comienzos del siglo I d.C.

Es posible que la necesidad de controlar a estas recientes *civitates* y ponerlas al servicio de los intereses fiscales del Estado conquistador, estuviera detrás de la creación de prefecturas militares, las cuales se relacionan con los procesos de provincialización en otras zonas del Imperio como los Alpes, Egipto o Dacia. En estas regiones, se adoptaron diversas soluciones que incluyeron desde la creación de *nomoi*, con población dediticia, controlados directamente por el Estado con un prefecto a la cabeza en el caso de Egipto, hasta la creación de prefecturas en los Alpes marítimos (Faoro, 2011: 1-40; Sastre y Orejas, en prensa). Esta última región alpina es especialmente significativa porque, además de ser sometida por Augusto, al igual que el Noroeste, en ella se organizó un sistema de *civitates*. Aunque se duda de si la división provincial se llevó a cabo con Augusto o ya con Claudio (Prieur, 1976: 630-656), parece que, en los primeros momentos de dominio romano, se situaron a la cabeza de las *civitates* alpinas, *praefecti* con tropas auxiliares (Pina, 2007-2008). Esto queda confirmado por la inscripción del arco de Susa (*CIL* V 7231), en la que se nombra al rey *Cottius* como *praefectus*. Además existen algunas inscripciones que datan de época de Tiberio, en las que se mencionan *praefecti*, en concreto la de *C. Baebius Atticus praefectus civitatum in Alpibus Maritimis* (*CIL* V 1838) y la de *Sex. Pedius Lusianus Hirrutus, praefectus Raetis, Vondolicis, vallis Poeninae* (*CIL* IX 3044). Los *praefecti civitatis* suelen relacionarse bien con los procesos de pacificación que conlleva la provincialización, o bien con la existencia de zonas inseguras o fronterizas. Al menos así se puede



Imagen 44.- Trofeo de los Alpes de Augusto localizado en La Turbie. *CIL* V 7817. Fuente: C. Witschel. *Epigraphic Database Heidelberg*.

interpretar el caso en África del *praef. LXII c(ivitatium)* en tiempos de Antonino Pío (CIL VIII 23599). En los Alpes, además, está documentada la existencia de *civitates* en los primeros momentos bajo la denominación de *gentes*, al igual que ocurría en el Edicto del Bierzo del Noroeste. En la inscripción del arco de Susa, se recogen los nombres de las *civitates* sometidas a la prefectura de Cotio. Por su parte, en el Trofeo de los Alpes, que conmemora la victoria de Augusto (Formigé, 1949; **Img. 44**), se menciona el nombre de las *gentes Alpinae omnes quae a mari supero ad inferum pertinebant sub imperium p(opuli) R(omani) sunt redactae* (CIL V 7817). Estos prefectos desempeñaron, por tanto, un papel significativo en los primeros momentos de organización provincial y de conformación de las *civitates*. La coincidencia a la hora de organizar tanto los Alpes, como el Noroeste a través de *civitates* y prefecturas, podría indicar que fue una medida recurrente de Augusto a la hora de articular las zonas recién sometidas.

CIL V 7231. Susa. Turín. Italia.

Imp(eratori) Caesari Augusto divi f(ilio) pontifici max<i=U>mo tribunic(ia) potestate XV imp(eratori) XIII p(atri) [p(atriae)] / M(arcus) Iulius regis Donni f(ilius) Cottius praefectus c{e}vitatium quae subscriptae sunt Segoviorum Segusinorum / Belacorum Caturigum Medullorum Tebaviorum Adanatum Savincatum Ecdiniorum Veaminiorum / Venisamorum Iemeriorum Vesubianiorum Quadiatum et c{e}vitates quae sub eo praefecto fuerunt / Imp(eratori) Caesari Augusto divi f(ilio) pontifici max<i=U>mo tribunic(ia) potestate XV imp(eratori) XIII / M(arcus) Iulius regis Donni f(ilius) Cottius praefectus c{e}vitatium quae subscriptae sunt Segoviorum Segusinorum / Belacorum Caturigum Medullorum Tebaviorum Adanatum Savincatum Ecdiniorum Veaminiorum / Venisamorum Iemeriorum Vesubianiorum Quadiatum et c{e}vitates quae sub eo praefecto fuerunt

CIL V 1838. Zuglio. Udine. Italia.

C(aio) Baebio P(ubli) f(ilio) Cla(udia) / Attico / Ilvir(o) i(ure) [d(icundo)] primo pil(o) / leg(ionis) V Macedonic(ae) praef(ecto) / c[i]vitatium Moesiae et / Treballia[e pra]ef(ecto) [ci]vitat(ium) / in Alpib(us) Marit<i=V>mis t[r(ibunus)] mil(itum) coh(ortis) / VIII pr(aetoriae) primo pil(o) iter(um) procurator(i) / Ti(beri) Claudi Caesaris Aug(usti) Germanici / in Norico / civitas / Saevatum et Laiancorum

CIL IX 3044. San Valentino. Pescara. Italia.

[S]ex(to) Pedio Sex(ti) f(ilio) Ar[n(ensi)] / Lusiano Hirruto / prim(o) pil(o) leg(ionis) XXI pra[ef(ecto)] / Raetis Vindolicis valli[s] / [P]oeninae et levis armatur(ae) / IIIIvir(o) i(ure) d(icundo) praef(ecto) Germanic[i] / Caesaris quinquennialici / iuris ex s(enatus) c(onsulto) quinquen(nali) iterum / hic amphitheatrum d(e) s(ua) p(ecunia) fecit / M(arcus) Duilius M(arci) f(ilius) Gallus

CIL VIII 23599. Ksar Bou Fatha. Túnez.

Imp(eratori) Caesari divi Hadriani / fil(io) divi Traiani Parthic(i) n(epoti) / divi Nervae pron(epoti) T(ito) Aelio / Hadriano Antonino Aug(usto) / Pio pont(ifici) max(imo) trib(unicia) po(testate) XXI imp(eratori) II / co(n)s(uli) IIII p(atri) p(atriae) P(ublius) I[- - - A]ldiectus(?) praef(ectus) LXII / CIV[- - - Ilvi]r [q(uin)q(uennalis)] secun[dum p]ollicitationem [su]am pecunia [s]ua posuit idemq(ue) dedic(avit) d(ecreto) d(ecurionum)

CIL V 7817. La Turbie. Francia.

Imperatori Caesari Divi filio Augusto / pont(ifici) max(imo) imp(eratori) XIII trib(unicia) pot(estate) XVII / senatus populusque Romanus / quod eius ductu auspiciisque gentes Alpinae omnes quae a mari supero ad inferum pertinebant sub imperium p(opuli) R(omani) sunt redactae / gentes alpinae devictae Trumpilini Camunni Vennonetes Venostes Isarci Breuni Genaunes Focunates / Vindelicorum gentes

quattuor Cosuanetes Rucinales Licates Catenates Ambisontes Rugusci Suanetes Calucones / Brixentes Leponti Viberi Nantuates Seduni Veragri Salassi Acitauones Medulli Vcenni Caturiges Brigiani / Sogiontii Brodionti Nemaloni Edenates (V)esubiani Veamini Gallitae Triulatti Ectini / Vergunni Egui(i) Turi Nemeturi Oratelli Nerusi Velauni Suetri

Que en el Noroeste se optó por una solución similar a la alpina, lo confirman los dos epígrafes que han documentado la existencia de prefectos en esta región. La primera de ellas se trata de una inscripción de *L. Marcius Optatus, primus praefectus Asturiae* (CIL II 4616) hallada en Mataró (**Img. 45**). Algunos autores la han datado en época de Augusto (Orejas y Sánchez-Palencia, 2016), lo que confirmaría la existencia de esta prefectura en momentos post-conquista⁶⁶.



Imagen 45.- Inscripción de *L(ucius) Marcius Q(uinti) f(lius) Gal(eria) Optatus, primus praefectus Asturiae* localizada en Mataró (CIL II 4616). Fuente: *Hispania Epigraphica*.

La segunda inscripción hace referencia a un *praefectus Callaeciae* (CIL II 3271) de época de Domiciano hallada en Linares. Fue interpretada por Domergue (1990: 283) como indicativo de la presencia de otras figuras de control administrativo de las explotaciones mineras de Sierra Morena. Lo cierto es que resulta significativo que, además de hacer referencia a dos zonas mineras importantes, la inscripción también recoja cargos relacionados con la administración del fisco. Las figuras de los prefectos pueden entonces relacionarse con la primera organización del territorio y la puesta en marcha del sistema de explotación fiscal por parte de Roma. Que uno de estos documentos esté datado a finales del siglo I d.C., indicaría además que los prefectos siguieron desempeñando funciones a lo largo de toda esta centuria.

⁶⁶ Otros, en cambio, han retrasado su cronología al año 80 d.C. (Ojeda, 1993: 203; Andreu, 2004: 64), al considerar que tuvo que ser un cargo de creación flavia.

CIL II 4616. Mataró, Barcelona.

*L(ucius) Marcius Q(uinti) f(ilius) Gal(eria) Optatus / aedil(is) Tarracone Ilvir Ilurone / et Ilvir
quinquennalis primus / praefectus Asturiae tribun(us) milit(um) / legionis secundae Augustae / annor(um)
XXXVI in Phrygia decessit*

CIL II 3271. Linares, Jaén.

*- - - - - / fisci et curator divi Ti[t]i in Bae/tica prae[f(ecto)] Gall[a]eciae pr[a]ef(ecto) fisci / Germaniae
Caesarum Imp(eratorum) tribu/no leg(ionis) VIII flmini Augustali / in Baetica primo [- - -] / - - - - -*

Muy vinculado con la puesta en marcha del aparato administrativo se encuentra también el ejército, que desempeñó un papel clave no sólo durante la conquista, momento en el que se desplazaría a la Península un cuantioso contingente de tropas (Morillo, 2007: 90), sino también en las fases posteriores. En concreto, una vez finalizada la guerra, en *Hispania* permanecieron tres legiones de las cuales hablan Tácito (*Ann.* 4, 5, 1) y Estrabón (3, 4, 20), quien menciona un legado al mando de dos legiones en el área astur y un segundo legado con una legión en territorio cántabro. Las evidencias numismáticas y epigráficas permiten establecer además la identidad y localización de estos contingentes militares (Morillo ed. 2007): la *legio IIII Macedonica*, ubicada en Herrera de Pisuerga, la *legio VI victrix*, en León y la *legio X gemina*, primero en Astorga y, desde el 10/20 d.C., en Rosino de Vidriales (Morillo, 2002; Aurrecochea, 2007: 178ss). A estos campamentos, es posible añadir la presencia de militares en contextos variados, como los documentados en algunos castros asturianos como Chao Samartín (Villa y Gil Sendino, 2006: 499; Villa, 2007b: 129ss) y a lo largo de las zonas mineras, como es el caso de Valdemeda (Sánchez-Palencia y Currás, 2015). Este último campamento fue destruido por la actividad minera desarrollada en la cuenca del río Eria entre el año 15-20 d.C. y mediados del siglo I d.C., fechas en las que se data la explotación de oro en la zona, por lo que su existencia fue anterior y probablemente deba relacionarse tanto con el control militar de la zona, como con las primeras labores de prospección y ordenación del territorio (Sánchez-Palencia, 1986: 229; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 149).

Sobre el esquema organizado tras la conquista se pusieron poco después en explotación las minas de oro. Aunque las primeras fechas documentadas en la Valduerna correspondan a época de Tiberio (Domergue y Sillières, 1977), hay que tener en cuenta que previamente se procedería a las labores de prospección y localización de los principales yacimientos auríferos. Todo este proceso requirió de la participación de personal administrativo y militar con conocimientos técnicos adquiridos a través de su experiencia previa en la minería de diversas regiones del Mediterráneo (puede

recordarse que el antecedente más cercano se encuentra en La Bessa, Sánchez-Palencia *et al.* 2011). Estos miembros del aparato estatal aplicaron en el Noroeste nuevas técnicas radicalmente distintas a las practicadas hasta entonces por las comunidades locales, las cuales se habían centrado, exclusivamente, en el bateo de placeres fluviales (Sánchez-Palencia, 1989; Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1998). Las labores de arranque de la minería fueron, por tanto, dirigidas por el ejército y el personal al servicio del emperador porque nadie más tendría la capacidad técnica y de gestión para hacerlo y porque supusieron la puesta en marcha de una administración territorial a amplia escala.

En este contexto se consolidó *Asturica Augusta* como centro encargado de gestionar los *metalla* que se extendían a lo largo del Noroeste peninsular y que formaban el *ager publicus* propiedad de Roma, junto con los *prata* militares⁶⁷, posiblemente también relacionados con el control de las explotaciones (Orejas, 1996: 168; Orejas y Sastre, 1999; Orejas y Morillo, 2013). Para ello, Astorga, que había sido fundada como campamento de la *legio X gemina*, abandonó su carácter campamental y se consolidó como centro administrativo y capital conventual (Morillo y García Marcos, 2000; Amaré *et. al.*, 2006; Orejas y Morillo, 2013).

Todo este esquema permitió organizar el Noroeste en función de los intereses tributarios del Estado dominante y configuró una dualidad territorial. Por un lado se constituyeron *civitates* tributarias, *ager peregrinus* (Orejas y Sastre, 1999; Orejas, 2002a). Por otro lado, las minas (y otras zonas como los *prata* militares) permanecieron como parte del *ager publicus* romano y dependieron directamente del personal administrativo imperial. Sin embargo, en su mantenimiento también estuvieron directamente implicadas las comunidades locales, aspecto que hay que considerar como parte de los mecanismos de control y explotación territorial impuestos por Roma.

A la naturaleza del *fiscus* ya se ha hecho referencia en apartados anteriores (*vid.* Cap. 4). Basta ahora recordar que la evolución del fisco a lo largo del siglo I d.C., permitió la fusión entre bienes públicos y privados del emperador, quién pasó a

⁶⁷ La existencia de *prata* militares ha quedado evidenciada a través de los hitos terminales que marcaron los límites entre las unidades militares y las *civitates* de los lugones y los bedunienses. Fueron realizados en época de Claudio (41- 54 d.C.) y hallados en El Espino, en la localidad de Santa Colomba de la Vega (Soto de La Vega, León) (ERPL 306-314). Además de este conjunto, se hallaron dos hitos terminales más en el municipio de Castrobón: uno en un lugar no precisado de la localidad del mismo nombre (ERPL 305); y otro en la ermita de San Pedro, en la localidad de Quintana y Congosto (ERPL 315). En fecha reciente se han identificado, además, unas estructuras campamentales en Villamontán de la Valduerna (León), de las que pudo proceder el conjunto epigráfico de Villalís-Luyego-Priaranza de la Valduerna y que sin duda estarían relacionadas con las minas de la región (*vid.* Cap. 11.2).

controlar directamente las *res fiscales*, dentro de las cuales el *ager publicus* fue el bien principal (de Martino, 1973-1975: 905). Algunas minas, entre las que se cuentan las del Noroeste, formaron parte de estas *res fiscales* y su uso perteneció exclusivamente al fisco romano (Sastre y Sánchez-Palencia, 2002), tal y como se desprende de los textos clásicos (Str. 3, 2, 10; Flor. 2, 33, 60). Sin embargo, esto no impidió que el sistema de gestión de estas minas incluyera a las comunidades locales del Noroeste, las cuales cumplirían con parte de sus cargas tributarias, trabajando en las explotaciones mediante un sistema de *operae* (Orejas, 1996: 182-183, 2002b y 2014; Mangas y Orejas, 1999: 302-313) que ya ha sido mencionado en otras partes de este trabajo (*vid.* Cap. 2.1.4).

Con ello, el territorio del Noroeste se organizó a través de un sistema de *civitates* que serían *ager peregrinus* y de zonas mineras pertenecientes al *ager publicus*. Esta cuestión plantea entonces ciertos problemas sobre las relaciones establecidas entre ambos tipos de *agri*, su evolución y los mecanismos que posibilitaron el avance de los frentes mineros. Quizá una de las soluciones más sencillas sea pensar que el Estado realizó expropiaciones a las comunidades peregrinas a medida que avanzaba la explotación sobre *ager publicus*, de tal modo que el territorio de estas comunidades pasaba a ser terreno público cuando lo Roma lo necesitase. Lamentablemente, poco se conoce sobre las expropiaciones en el ordenamiento público romano y menos aún de las impuestas por Roma en las provincias⁶⁸. Sin embargo, es de suponer que cuando las expropiaciones se dieron sobre suelo provincial resultaron poco complicadas, ya que recaían sobre unos terrenos en donde al menos los titulares no tenían a su favor un derecho *ex iure Quiritium*. La autoridad romana, que en virtud de un acto unilateral realizó en su día la asignación de los terrenos, disponía ahora de la facultad de remitir aquella primera concesión. Algunos autores (Murga Gener, 1982: 33-34), han propuesto que las expropiaciones sobre suelo peregrino ni siquiera requerirían una indemnización, puesto que el Estado no tropezaría con el obstáculo de la existencia de propiedad privada *optimo iure*.

Es probable que tras las transformaciones experimentadas en el Alto Imperio y las nuevas tendencias políticas introducidas a partir del siglo I d.C., las expropiaciones comenzaran a tramitarse según un procedimiento administrativo general que aunque no

⁶⁸ Sobre el tema de las confiscaciones y expropiaciones se ha publicado recientemente un número en *Mélanges de l'École Française de Rome* coordinado por Bertrand, en el que se ha avanzado sobre estas cuestiones (Bertrand dir. 2015). En este mismo número, centrado en las relaciones entre las *civitates* y las minas en Carthago Nova y las colonias y municipios del sector central del Guadalquivir, Orejas y Rico, 2015.

es bien conocido, llevaba implícita la correspondiente valoración del terreno cuyo importe lo había de recibir el expropiado. Este tipo de expropiaciones son las del *sc. de aquaeductibus* del que habla Frontino (*Aq.* 100 ss) o también las recogidas en el conocido edicto del emperador Augusto (*de aqueducto Venafrano*, *CIL* X 4842). En suelo peregrino también se dieron estas expropiaciones, aunque se desconoce el procedimiento al que se acogieron.

Frente a este panorama de expropiaciones, Negri (1985) planteó otra posibilidad que ha sido seguida por otros romanistas (Astolfi, 1986) y desarrollada para el caso del Noroeste por Sastre y Sánchez-Palencia (2002). Según su propuesta, la propiedad del Estado sobre las minas se hizo efectiva cuando se iniciaba su explotación físicamente, es decir, cuando empezaban a ser trabajadas. Este sería el mecanismo que permitió la apertura y el avance de la minería a medida que fueron siendo conocidas las posibilidades de explotación del suelo y se abrían nuevas labores. Mientras, el territorio que no fuera parte de una mina, probablemente siguió perteneciendo a las *civitates* locales. Esta descripción subraya la imbricación de las minas en la organización territorial del Noroeste y hace innecesaria la expropiación, pues el Estado sería propietario efectivo cuando se iniciaba su explotación.

Esta misma forma de actuar pudo aplicarse también en el trazado de los canales mineros. La principal descripción de la red hidráulica minera la realizó Plinio (*NH.* 33, 74-75), quien revela cómo se explotaba un yacimiento aurífero mediante el empleo de la fuerza del agua. La red de canales necesaria, atravesó el territorio de las *civitates* locales, o lo que es lo mismo, largas franjas de *ager publicus* de la red hidráulica se superpusieron al *ager peregrinus* de las *civitates* (Sastre y Sánchez-Palencia, 2002), lo que hizo necesario contar con un procedimiento que permitiera su construcción.

Las relaciones entre estas infraestructuras mineras y las comunidades locales han planteado varios interrogantes vinculados con el encaje que tendría el trazado de los canales en las *civitates* peregrinas. Fundamentalmente han surgido dos cuestiones principales:

- Por una parte se ha considerado la posibilidad de que el agua que circulaba por estos canales fuera aprovechada por las *civitates* colindantes para el desarrollo principalmente de actividades agrarias. En este sentido, los estudios arqueológicos desarrollados en la zona minera de Las Cavenes de El Cabaco (Salamanca), han revelado la posible vinculación directa entre actividad agraria y minera (Ruiz del Árbol y Sánchez-Palencia, 1999 a y b;

Sánchez-Palencia y Ruiz del Árbol, 2000). En el lugar denominado La Fuente de la Mora se han documentado unas terrazas para cultivo mejorado probablemente con abono y regadío, éste último proveniente de varios puntos enlazados con la red hidráulica de las minas de oro.

Este hipotético uso agrario de la red hidráulica sería posible a través de la existencia de un sistema de concesiones regulado quizá por la *officina metallorum* (Sastre y Sánchez-Palencia, 2002: 225). A su correspondiente escala y, aunque tratándose de un fenómeno urbano, Frontino proporciona numerosa información sobre el *ius ducendae aquae in privatis* (Aq. 103) y el *ius dandae vendendae aquae* (Aq. 95), por los cuales los particulares de la ciudad de Roma podían acceder al agua de los acueductos públicos mediante una concesión imperial y la vigilancia de los *curatores aquae* (Bruunt, 2007)⁶⁹. El mismo fenómeno se repetía en las comunidades locales, donde las concesiones dependían de la curia, como se ve en las concesiones de *aqua caduca* en *Urso* (Urs. cap. 100). El acceso al agua de las conducciones públicas no estaba garantizado a todos por igual y posiblemente fue un factor en la configuración de las formas de desigualdad entre propietarios agrarios tras la conquista (Sastre y Sánchez-Palencia, 2002).

- Por otra parte, se ha propuesto que la construcción, mantenimiento y vigilancia de los canales recayera sobre las *civitates* locales que eran atravesadas por ellos (Sastre y Sánchez-Palencia, 2002; Sánchez-Palencia *et al.* 2006: 280). Sintetizando la argumentación de estos autores, tal cuestión se deduce del estudio de otras formas de mantenimiento de los bienes públicos en el mundo romano. En el caso de la red viaria, el mantenimiento dependía de *fundi* limítrofes, por medio de *operae*, lo que podría asemejarse al procedimiento seguido en los canales del Noroeste. No obstante, en el caso de los acueductos públicos en época imperial, la responsabilidad de su mantenimiento recaía en *familiae*, grupos de esclavos públicos (*servi publici*) que eran empleados específicamente en estas labores y personal imperial (Fron. Aq. 116).

⁶⁹ También se refiere Frontino a los fraudes de los que desviaban agua de los conductos públicos para provecho de particulares y de los propietarios al borde de cuyas tierras pasaba el acueducto, que se aprovechaban indebidamente del caudal (Aq. 75).

Sin embargo, la contribución de las *civitates* locales es más coherente con el carácter tributario de la organización del Noroeste y la organización del trabajo minero en *operae*, lo que hace más probable este sistema que el empleo de esclavos públicos. Esta hipótesis podría confirmarse con la propuesta de interpretación que se ha realizado para las inscripciones que aparecen sobre la roca en los canales hidráulicos que discurren por La Cabrera y suministraron agua a la explotación de Las Médulas (Sastre y Sánchez-Palencia, 2002: 229ss). Estas inscripciones rupestres (*vid.* **Img. 46**), de difícil lectura, pudieron contener marcas técnicas de longitud de los canales o cortes de las rocas, como ocurrió por ejemplo con la inscripción de Castrillo de la Cabrera (Domergue, 1972-1974: 510, n. 34) que incluye cuatro cifras XXXV⁷⁰. Pudieron estar realizadas por el ejército



Imagen 46.- Inscripción sobre un canal de Las Médulas en el Valle Airoso (Llamas de Cabrera, Benuza, León). *ERPL* 319. Fuente: Sastre y Sánchez-Palencia, 2002.

o por el personal administrativo de Roma, pero también cabe la posibilidad de que algunas fueran hechas por las *civitates* locales encargadas de su mantenimiento. Esto explicaría la posible mención a la *civitas* de los *Seurri* en una de las inscripciones (*ERPL* 319) y permite plantear la posibilidad de que las comunidades locales

participaran en su construcción y mantenimiento como parte de sus obligaciones tributarias (Sastre y Sánchez-Palencia, 2002: 229-231). Por tanto, aunque el ejército estuviera presente para desarrollar tareas técnicas más especializadas y supervisar el correcto funcionamiento de la red hidráulica, su vigilancia y mantenimiento pudieron depender de las *civitates* locales.

⁷⁰ Hay un paralelo en Pumpsaint, que marca *P(edes o -assus) CXXV* en uno de los canales captados en el río Cothi para las labores mineras de Dolaucothi (*RIB* 406; Boon, 1971: 489).

La interpretación también puede apoyarse en la documentación arqueológica que registra una serie de asentamientos distribuidos en función del trazado de los canales hidráulicos mineros. Uno de los casos mejor conocidos hasta la fecha es el de los asentamientos de tipo castro situados a intervalos en la red hidráulica meridional de Las Médulas (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 219-221). Se trata de yacimientos de pequeño tamaño y de morfología castreña, situados en lugares inaccesibles, características que apuntan a que se trata de asentamientos relacionados con la vigilancia y mantenimiento de la red hidráulica. Estos yacimientos pueden ser la expresión arqueológica del desarrollo de un poblamiento de las *civitates* locales asociado a los canales y ocupados de su funcionamiento y mantenimiento (Sastre y Sánchez-Palencia, 2002: 227-228).

En definitiva, la intervención de las *civitates* en las actividades mineras desempeñó un papel activo. La otra cara de la moneda fue la administración imperial, la cual estuvo presente en el territorio desde la conquista, pero cuyo papel fue variando a lo largo de los siglos I y II d.C. tal y como se verá a continuación.

8.2. Las reorganizaciones administrativas en el Noroeste desde época flavia y en el siglo II d.C.

Ya se ha comentado brevemente la aparición de prefectos y la existencia de cuerpos militares desde época de Augusto (*vid. supra*). Sin embargo, en el Noroeste y, con seguridad al menos desde época flavia, el aparato administrativo giró en torno a los *procuratores*, funcionarios dependientes del emperador y que contaron con una serie de personal a su cargo configurando *officinae* encargadas de la gestión y administración de los recursos imperiales, entre ellos los mineros. Miembros del ejército, elemento indisoluble del aparato administrativo, también desempeñaron un papel clave en la explotación de estos territorios desde la conquista.

8.2.1. La figura del procurador y el legado jurídico en relación con las explotaciones mineras.

Aunque suele asociarse la figura del procurador en el Noroeste con las reformas flavias, en realidad, su aparición se relaciona con el desarrollo del *fiscus* romano y su papel en la organización territorial. Ya desde su origen, el fisco formó parte de la compleja trama de medidas que fundamentaron la organización del Imperio y que

fueron instrumentos básicos en un proceso que permitió al *princeps* gestionar los recursos provinciales, entre los cuales las minas de oro del Noroeste ocuparon un lugar destacado. No se tiene constancia del momento preciso de su creación, pero se suele admitir que ésta fue consecuencia del reparto de poder entre Augusto y el Senado y que puso en marcha la administración financiera del Imperio (Millar, 1963; De Martino, 1973-1975: 905). A la cabeza del fisco se situó el *rationalis* o (*procurator*) *a rationibus*, seguido de los *procuratores*, tanto libertos imperiales como de origen ecuestre, a través de los cuales los emperadores controlaron los ingresos que iban a parar a la caja del fisco. Como parte de las competencias que asumieron se incluyó la recaudación de tributos y tasas, el control del sistema monetario y la administración de las minas públicas (*metalla publica*) (Orejas y Sánchez-Palencia, 2016). Por tanto, el fisco reunió tres aspectos que fueron claves para la explotación del Noroeste: el control de la moneda, la gestión de los *metalla publica* y la imposición tributaria. Dentro de este sistema fiscal, el *procurator* fue la figura clave. En la *Citerior* aparecen testimonios de *procuratores* ecuestres ya desde época de Augusto-Tiberio (**Tab. 11**).

Ref.	Procuradores ecuestres	Emperador	Ámbito competencia	Lugar hallazgo
CIL II 3840	<i>M. Acilius M. f. Rufus procurator Caesarum conventus Tarrachon.</i>	Augusto o Tiberio	<i>Citerior</i>	<i>Saguntum</i>
AE 1977, 241	<i>Q. Octavius L. f. Sagitta procurator Caesaris Augusti in Hispania provincia per annos X</i>	Tiberio	<i>Citerior</i>	<i>Superaequum</i>
Plin. NH. 19, 35; 31, 23ss	<i>C. Plinius Secundus</i> (Plinio el Viejo)	Vespasiano (70 ó 72/74 d.C.)	<i>Citerior</i> (Pflaum, 1960-1961: n. 45 y Domergue, 1990:288) <i>Asturiae et Callaeciae</i> (Tranoy, 1981: 181)	-
CIL II 4225	<i>Q. Licinius Silvanus Granianus, procurator Augusti provincia Hispania citerior</i>	Vespasiano	<i>Citerior</i>	<i>Tarraco</i>
CIL II 2477	<i>L. Arruntius Maximus, procurator Augusti</i>	Vespasiano (79 d.C.)	<i>Citerior</i> (Alföldy, 1969: 247, n. 16) <i>Asturiae et Callaeciae</i> (Pflaum, 1950: 46-47;	<i>Aquae Flaviae</i>

			Domergue, 1970: 269-273 y 1990: 288; Tranoy, 1981: 181)	
CIL V 534, CIL V 535	<i>Q. Petronius Modestus, procurator divi Nervae et Imperatoris Caesaris Nervae Traiani Augusti Germanici provinciae Hispaniae citerioris Asturiae et Callaeciarum</i>	Nerva/Trajano (92-102 d.C.)	<i>Asturiae et Callaeciae</i>	<i>Tergeste</i>
CIL XII 1855	<i>D. Iulius Capito, procurator Imperatoris Nervae Traiani Caesaris Augusti Germanici Dacici optimi provinciae Asturiae et Callaeciae</i>	Trajano (114-116 d.C.)	<i>Asturiae et Callaeciae</i>	<i>Vienne</i>
CIL VI 1620 (pp. 854 y 3163)	<i>C. Iunius C. f. Flavianus, procurator Hispaniae citerioris per Asturiam et Callaeciam</i>	Adriano-Antonino Pío (120-160 d.C.)	<i>Asturiae et Callaeciae</i>	<i>Roma</i>
CIL VI 648	<i>T. Furius Victorinus, procurator provinciae Hispaniae</i>	Antonino Pío (145 d.C.)	<i>Citerior</i>	<i>Roma</i>
CIL VI 1599	<i>M. Bassaeus M. f. Rufus, procurator Asturiae et Callaeciae</i>	Antonino Pío (159 d.C.)	<i>Asturiae et Callaeciae</i>	<i>Roma</i>
AE 1942-1943, 69	<i>P. Aelius Crispinus, procurator Hispaniae Tarraconensis</i>	Marco Aurelio (166 d.C.)	<i>Citerior</i>	Bir Selmoun
CIL II 2643 AE 1985, 374	<i>Truttedius Clemens / proc(urator) / Asturiae et Callaeciae / Dalmaciae et Hist[riae]</i>	Anterior a Adriano (Pflaum, 1960-1961: 567) Primera mitad siglo II d.C. (Alföldy: 2002: 64)	<i>Asturiae et Callaeciae</i>	<i>Asturica Augusta</i> Fano
CIL II 2642	<i>Calpurnius Quadratus, procurator Augusti</i>	¿?	<i>Asturiae et Callaeciae</i> (Ozcáriz, 2013: 193)	<i>Asturica Augusta</i>
CIL II 5678	<i>[C. Iulius (¿)] Flaccus Aelianus, procurator augusto[r(um)]</i>	Marco Aurelio y Lucio Vero (161-169 d.C.) o Marco Aurelio y Cómodo (177-180 d.C.)	<i>Asturiae et Callaeciae</i> (Pflaum, 1960-1961: 1047; Tranoy, 1981: 183; Domergue, 1990: 289).	<i>Legio</i>
ERPL 39 = ERPL 81	<i>Publius Aelius Hilarianus, procurator Augusti</i>	Cómodo (185-192 d.C.)	<i>Asturiae et Callaeciae</i> (Tranoy, 1981: 183).	<i>Asturica Augusta</i>
ERPL 35	<i>Publius Ulpius Maximus (Pullius Maximus?), procurator Augusti</i>	192-198 d.C. (ERPL) ó 211 d.C. (Tranoy,	<i>Citerior</i> (Alföldy, 1969: 246; 2002: 66-67)	<i>Asturica Augusta</i>

		1981: 185; Alföldy, 2002:66; Ozcáriz, 2013: 197)	<i>Asturiae et Callaeciae</i> (Pflaum, 1960-1961; Lefebvre, 2006: 256)	
ERPL 36	<i>Gaius Otacilius Octavius Saturninus, procurator Augusti</i>	192-198 d.C. (Ojeda, 1993: n. 5 6 = ERPL) Filipo el Árabe (Alföldy, 2002: 66-67)	<i>Citerior</i> (Alföldy, 1969: 246; 2002: 66-67; Domergue, 1990: 288- 289) <i>Asturiae et Callaeciae</i> (Tranoy, 1981: 184; Ojeda, 1993: n. 56)	<i>Asturica Augusta</i>
ERPL 40	<i>Iulius Silvanus Melanio, procurator Auggustorum provinciae Hispaniae Citerioris</i>	198-209 d.C.	<i>Citerior</i> (Alföldy, 1969: 246; 2002: 66-67; Domergue, 1990: 288- 289) <i>Asturiae et Callaeciae</i> (Tranoy, 1981: 184; Ojeda, 1993: n. 58)	<i>Asturica Augusta</i>
ERPL 60	<i>Iulius Melanio, procurator Auggustorum</i>	198-209 d.C.	<i>Citerior</i> (Alföldy, 1969: 246; 2002: 66-67; Domergue, 1990: 288- 289) <i>Asturiae et Callaeciae</i> (Tranoy, 1981: 184; Ojeda, 1993: n. 58)	<i>Asturica Augusta</i>
ERPL 61	<i>Iulius Silvanus Melanio, procurator Augusti</i>	198-209 d.C.	<i>Citerior</i> (Alföldy, 1969: 246; 2002: 66-67; Domergue, 1990: 288- 289) <i>Asturiae et Callaeciae</i> (Tranoy, 1981: 184; Ojeda, 1993: n. 58)	<i>Asturica Augusta</i>
CIL II 4135	<i>L. Aelius Ianuarius [procurator] provinciae Hispa[niae cite]rioris Tarraconensis</i>	210 d.C.	<i>Citerior</i>	<i>Tarraco</i>
ERPL 49	<i>Lucius Didius Marinus, procurator Auggustorum</i>	211-212 d.C.	<i>Citerior</i> (Alföldy, 1969: 246; 2002: 66-67; Domergue, 1990: 288- 289) <i>Asturiae et Callaeciae</i>	<i>Asturica Augusta</i>

			(Pflaum, 1960-1961: n. 295)	
ERPL 59	<i>Claudius Zenobius, procurator Augusti</i>	212-222 d.C. (Tranoy, 1981: 185; Ojeda, 1993: n. 60) Finales de los Severos (Alföldy, 2002: 66)	<i>Citerior</i> (Alföldy, 1969: 246; 2002: 66-67; Domergue, 1990: 288-289) <i>Asturia et Callaeciae</i> (Tranoy, 1981: 185; Ojeda, 1993: n. 60)	<i>Asturica Augusta</i>
AE 2000, 656	<i>C. Servilius Diodorus, procurator Hispaniae Citerioris et Superioris</i>	227 d.C.	<i>Citerior e Hispania Superioris</i> (Alföldy, 2002: 40)	<i>Lavinium</i>
CIL VI 1638	<i>Ae[l]ius Fir[m---], procurator prov(inciae) [His]p(aniae) cit(erioris)</i>	238-240 d.C.	<i>Citerior?</i>	Roma

Tabla 11.- Procuradores de la provincia *Hispania Citerior* desde época de Augusto a comienzos del siglo III d.C.



Imagen 47.- Columna de Chaves, con mención a *Lucius Arruntius Maximus*, considerado el primer *procurator Asturia et Callaeciae* (CIL II 2477). Fuente: *Hispania Epigraphica*.

Sin embargo, aunque la *Citerior* contó con *procuratores* desde época julio-claudia, parece que la creación de una procuratela específica para el Noroeste (*procurator Asturia et Callaeciae*) es de época flavia (e.g. Pflaum, 1960-1961: 46-47; Tranoy, 1981: 181; Domergue, 1990: 288; Le Roux, 1995: 73-75; Andreu Pintado, 2004b: 53). Así, el primer *procurator Asturia et Callaeciae* fue *Lucius Arruntius Maximus*, que aparece en la columna de Chaves en torno al año 79 d.C. (CIL II 2477). Sin embargo, en esta inscripción el procurador no está vinculado explícitamente al Noroeste, puesto que el título que aparece en el epígrafe es simplemente *procurator*

Augusti. La mayoría de autores lo han identificado como el primer *procurator Asturiae et Callaeciae* por la cronología —época flavia, un momento de cambios en el Noroeste— y el lugar de hallazgo de la inscripción: *Aquae Flaviae* (Pflaum, 1960-1961: 46-47; Tranoy, 1981: 181; Domergue, 1990: 288; Andreu Pintado, 2004a: 24). Frente a estas aproximaciones, Alföldy no creyó que éstas fueran razones suficientes para sostener la creación de la procuratela del Noroeste en este período (Alföldy, 2002: 45 n. 76 y 63). Recoge entonces un texto de Estrabón, para apoyar que el cargo pudo ser instalado ya bajo Augusto y en el que se expone: *hay también procuradores del César, del orden ecuestre, que son los que distribuyen a los soldados las cantidades necesarias para su mantenimiento* (Str. 3, 4, 20).

Efectivamente, es probable que pudieran intervenir *procuratores* de rango ecuestre desde el período julio-claudio en el Noroeste. Sin embargo, la definición de un cargo específico para el territorio (*procurator Asturiae et Callaeciae*) tomó forma posteriormente, a medida que el aparato administrativo fue perfilando sus funciones. Al menos así se desprende de los testimonios conservados, todos ellos fechados a partir de época flavia. Los *procuratores* del Noroeste pudieron sustituir entonces a los *praefecti* que están documentados hasta época de Domiciano (con el *praefectus Callaeciae*, *CIL* II 3271, localizado en Linares). Esto explicaría que el primer *procurator* ecuestre del Noroeste atestiguado sea de un momento de finales del siglo I d.C. Se trata de *Q. Petronius Modestus, procurator provinciae Hispaniae Citerioris Asturiae et Callaeciarum*, conocido a través de unas inscripciones localizadas en *Tergeste* (Italia) (*CIL* V 534; *CIL* V 535) y que han sido fechadas entre el 96 y el 102 d.C. (Tranoy, 1981: 181-182; Lefebvre, 2006: 256).

***CIL* V 534. Trieste. Italia.**

Q(uintus) Petronius C(ai)filius Pu[p(inia)] Modestus p(rimus) p(ilus) bis / leg(ionis) XII Fulm(inatae) et leg(ionis) I Adiutric(is) trib(unus) mil(itum) coh(ortis) V vig(ilum) / tr(ibunus) coh(ortis) XII urb(anae) tr(ibunus) coh(ortis) V pr(aetoriae) pr[oc]urator divi Nervae et Imp(eratoris) Caesaris / Nervae Traiani Aug(usti) Germ(anici) provin[c(iarum) Hi]spaniae citer(ioris) Asturiae et / Callaeciarum flamen divi Claud[i de]dit idemque dedicavit

La sustitución de *praefecti* por *procuratores* también está documentada en la región alpina, donde los primeros estuvieron al frente de circunscripciones provinciales tras la conquista, para ser, posteriormente, sustituidos por *procuratores* designados directamente por el emperador y que desempeñaron funciones similares a los prefectos (Prieur, 1976: 643; Pina, 2007-2008: 31), como *Marius Maturus Alpium maritimarum*

procurator (PIR² M, 306), fechado entre el 75-78 d.C. Este proceso se ha relacionado con la difusión del derecho latino, que en el caso de los Alpes Marítimos tuvo lugar en el año 63 d.C. gracias a Nerón.

Es decir, en una primera fase los *praefecti* controlaron las provincias de nueva creación para, en una segunda fase en la que la administración estaba más consolidada, dejar paso a los *procuratores*. En el Noroeste, donde pudo darse un proceso semejante, la existencia de *praefecti* al mando de *Asturia* y *Callaecia*, puede indicar, además, cómo estas regiones tuvieron cierta especificidad administrativa durante el siglo I d.C. dentro de la provincia *Citerior*. La creación de la procuratela de *Asturia et Callaecia* supuso un paso más en este proceso de definición administrativa, en el que se dotó al Noroeste de mayor independencia respecto al aparato provincial⁷¹. Esto queda bien reflejado en los testimonios epigráficos del siglo II d.C.:

- *D. Iulius Capito*, de Vienne, en la *Galia Narbonensis* (CIL XII 1855), fechado entre el 114 y el 116 d.C. y con la titulación *procurator Imperatoris Nervae Traiani Caesaris Augusti Germanici Dacici optimi provinciae Asturiae et Callaeciae* (Pflaum, 1960-1961: 147; Lefebvre, 2006: 256). Aunque el término *provinciae Asturiae et Callaeciae* no ha sido tomado como prueba de la existencia de una provincia autónoma, sino como el ámbito de acción del cargo administrativo (Ozcáriz, 2013: 31ss), no deja de resultar significativo que se recoja como tal, pues se refuerza la idea de que se fue creando una administración específica y cada vez más independiente de la provincia.

- *C. Iunius Flavianus* (CIL VI 1620), procedente de Roma y que desempeñó el cargo de *procurator Hispaniae citerioris per Asturicam et Callaeciam* entre el 120 y el 160 d.C. (Pflaum, 1960-1961: 134; Le Roux, 1982: 307, n. 25; Lefebvre, 2006: 256).

- *M. Bassaeus Rufus* (CIL VI 1599) fechado en el año 159 d.C. en Roma y que fue *procurator Asturiae et Callaeciae* (Pflaum, 1960-1961: 389-393; Lefebvre, 2006: 256).

- *Trudettius Clemens*, que cuenta con dos epígrafes en los que aparece como *procurator Asturiae et Callaeciae*: uno hallado en Fano (Italia) (AE 1985, 374) y otro en Astorga (CIL II 2643) en el siglo II d.C. (Tranoy, 1981: 182).

⁷¹ Las procuratelas regionales (no provinciales) no son muy frecuentes, aunque es posible encontrar algunos ejemplos como el *procurator Dalmaciae et Histriae* (CIL II 2643). En referencia a regiones de Hispania, además del *procurator Asturia et Callaecia*, tenemos al *procurator provinciae Lusitania et Vettoniae* en varias inscripciones halladas en Sevilla (CIL II 1178), Villalba del Alcor, Huelva (CIL II 1267) y Mérida (CIL II 484). Estos epígrafes han llevado a considerar que Vetonia poseyó también cierta especificidad administrativa en Lusitania, quizá como una demarcación conventual dentro de la provincia (González Herrero, 2011: 138).

- *Calpurnius Quadratus, procurator Augusti* que apareció en un epígrafe de Astorga de cronología indeterminada (*CIL* II 2642), aunque algunos autores lo han considerado *procurator Asturiae et Callaeciae* de la segunda mitad del siglo II d.C. (Tranoy, 1981: 185; Ozcáriz, 2013: 193).

Estas menciones conviven con otros testimonios que hacen referencia a titulaturas de *procuratores* de la *Citerior* sin la mención a *Asturia et Callaecia*. Estos son los casos de *Flaccus Aelianus* (*CIL* II 5678), *procurator Augustorum* y fechado entre el 161 y el 169 d.C. o entre el 177 y el 180 d.C. en León; y la mayoría de los testimonios localizados en Astorga (*ERPL* 35, 36, 39, 49, 59, 60, 61, 81 y 187) y fechados en el último tercio del siglo II d.C. y primero del siglo III d.C., pues, a excepción de *ERPL* 40 y 203 (que se refieren a un *procurator Auggustorum provinciae Hispaniae Citerioris* y a un *procurator Asturiae et Callaeciae, Dalmatiae et Histriae* respectivamente), todas mencionan simplemente a un *procurator Augusti* o *Auggustorum*.

Que los *procuratores* de Astorga hagan referencia a *procuratores* de la *Citerior* o específicamente a *procuratores Asturiae et Callaeciae* es algo muy discutido porque existen muchas dudas referentes a su cronología. Así, para algunos (*e.g.* Alföldy, 1969: 246, n. 16; Domergue, 1990: 288-289), la procuratela de *Asturiae et Callaeciae* desapareció desde Septimio Severo, por lo que la mayoría de procuradores de *Asturica Augusta*, datados con posterioridad a este momento, serían en realidad *procuratores* de la *Citerior*. En cambio, para Tranoy (1981: 184), los *procuratores Asturiae et Callaeciae* pervivieron a lo largo del siglo III, aunque no lo indiquen específicamente en su titulación. En fecha reciente Ozcáriz (2013: 198-199), se ha inclinado por apoyar el fin de la procuratela de *Asturiae et Callaeciae* a consecuencia del desplazamiento del centro administrativo del Noroeste desde *Asturica Augusta* a *Lucus Augusti* en época de los Severos, basándose en la supuesta nueva división de Caracalla con la creación de la *provincia Hispania Superior*, cuestión no exenta de polémica (*vid.* Cap. 12.1.1).

En cualquier caso, los investigadores coinciden en identificar a estos *procuratores* con ecuestres relacionados con la administración de las minas y la gestión de los recursos que éstas aportaban a las arcas estatales (*e.g.* Domergue, 1970: 269 y 1990: 288; Le Roux, 1989: 171-181; Orejas, 1996: 114; Hirt, 2010: 121). Si los *procuratores* de Astorga fueron de la *Citerior*, sería necesario explicar la gran concentración de epígrafes en la capital conventual. Es más coherente entonces pensar que la procuratela de *Asturiae et Callaeciae* se mantuvo, al menos hasta comienzos del

siglo III d.C. La definición de esta administración específica, se relacionó, probablemente, con la existencia de minas y la necesidad de crear un aparato que diera respuesta a las necesidades de las explotaciones y que dependiera directamente del poder imperial⁷². No sería raro pensar, entonces, en la disolución de la procuratela del Noroeste en un momento en el que la actividad minera entró en clara decadencia y fue abandonada, a comienzos del siglo III d.C. La desaparición de los *procuratores* de Astorga marcaría el abandono de las explotaciones.

No obstante, aunque las tareas de los *procuratores* estuvieron, sin duda, estrechamente asociadas con las minas de oro de la zona, no hay que pensar en una vinculación exclusiva o excluyente con esta actividad. Esto ha llevado a varios investigadores a subrayar, con más o menos acierto, que aparte de la explotación minera y su control por parte del Estado romano, existieron otros factores que justifican el establecimiento de un procurador específico para el Noroeste. En primer lugar, la presencia de una legión en este lugar, sería para Le Roux (1982: 143-144) la principal motivación de la existencia de procuradores del Noroeste (Tranoy, 1981: 178-179). Uno de sus principales argumentos es que, a diferencia de lo que ocurrió en Galia o Dacia, no se creó una procuratela ecuestre que mencionara explícitamente su relación con las minas, por lo que las labores del procurador no debieron de estar centradas en esa actividad. En segundo lugar y de acuerdo a sus argumentos, el arraigo de la vida prerromana en este territorio, fruto de una conquista tardía, hacía necesario un control directo por parte del emperador, lo que explicaría la presencia de procuradores ecuestres específicos (Muñiz, 1980: 148). En tercer lugar, y en fecha más reciente, Ozcáriz (2013: 191), ha recurrido a la lejanía del Noroeste de la capital provincial para explicar la creación de la procuratela que, de haber tenido a *Tarraco* más cerca, habría sido innecesaria. Todas estas interpretaciones desvinculan la creación de la procuratela con la actividad minera o, al menos, sitúan a la minería en un plano secundario.

⁷² Este planteamiento obliga entonces a preguntar qué relación tuvieron los *procuratores Asturia et Callaecia* con el gobierno provincial. Se ha propuesto que estos procuradores pudieron depender del *procurator* provincial con sede en *Tarraco* y, para algunas cuestiones, estar subordinados al gobernador (Olmo, 2016: 425), aunque es más probable que dependieran directamente del *procurator a rationibus*, que encabezaría el aparato fiscal (Mangas y Orejas, 1999: 301). En cualquier caso, los procuradores formarían parte del aparato fiscal y en consecuencia, estarían vinculados directamente al emperador, quien controló el fisco imperial de forma clara desde época flavia (*vid.* Cap. 4.2). Esto implica que los *procuratores Asturia et Callaecia* actuaron con independencia del gobernador provincial, con una autonomía que contribuyó a ir consolidando la especificidad administrativa de los *conventus* del Noroeste.

Frente a estas visiones, coincido con Domergue (1990: 288-289) en considerar que la creación de la procuratela sí estuvo estrechamente relacionada con la explotación minera. En primer lugar, es sabido que los procuradores, dependientes directamente del emperador, se encargaron de gestionar los recursos imperiales entre los que se contaban las minas. Por ello existen datos de la presencia de *procuratores* en otros *metalla* imperiales como los de Dacia o *Vipasca* (vid. Cap. 6.4.3, Tab. 9), a los que se pueden añadir otros casos del sur y el suroeste hispanos⁷³ documentados en zonas próximas a las explotaciones. Es decir, los procuradores aparecen relacionados con zonas mineras, con independencia de la distancia existente a la capital provincial o centro administrativo de referencia. La cuestión es que admitir la vinculación con las minas de oro de la zona no implica defender la relación exclusiva con esta actividad. Nada impedía que el *procurator Asturiae et Callaeciae* asumiese tareas fiscales, relacionadas con el control de las obligaciones tributarias de las comunidades locales. Dentro de sus competencias se encontrarían las *operae*, base del trabajo minero. Esto podría explicar por qué el procurador no poseyó una titulación que hiciera referencia de forma específica a su papel en las minas. Las funciones del *procurator* estuvieron ligadas al sistema fiscal y, dentro de éste, las minas ocuparon un lugar destacado, pero no exclusivo. Además, la constatación de procuradores ecuestres en este momento es coherente con el programa político flavio, que ya fue analizado y que tendió a facilitar el control directo por el emperador de las provincias. No es de extrañar que la definición de una procuratela específica tuviera lugar en este período de cambios y reajustes administrativos y fiscales. Pero esto nada tiene que ver con continuismos prerromanos o con la escasa romanización de la región, como habían propuesto otros autores. Así pues, el papel de los procuradores ecuestres se relaciona estrechamente con el control y gestión del aparato fiscal, dentro del cual hay que entender la minería.

De hecho, para desempeñar tareas específicamente relacionadas con las explotaciones a estos ecuestres se adjuntaron *procuratores libertus* (vid. **Tab. 11**) (Pflaum, 1970; Le Roux, 1985; Dušanić, 1989; Orejas, 1996: 114), como el *procurator*

⁷³ En concreto, los *procuratores* aparecen mencionados en la legislación de *Vipasca*, así como en una inscripción de *Beryllus, Aug(usti) lib(erto) proc(uratori)* también localizada en Aljustrel (IRCP 121). Además, en el epígrafe, Berylo dice ser *ratio[naliu]m vicarius*, un auxiliar del *rationalis*. En la Bética, también se tienen menciones a *procuratores* relacionados con la gestión de las antiguas minas de Sexto Mario, como *Titus Flavius Polychrysus, procurator montis Mariani* (CIL II 1179). En Ostia, se ha encontrado además otra inscripción en la que aparece *Dorotheus, libertus Augusti y procurator massae marianae* (CIL XIV 52), cargo también relacionado con estos *metalla*. Por último, en Río Tinto, ha aparecido una inscripción honorífica dedicada a Nerva, por *Pudens Aug(usti) lib(ertus) [p]rocurator* (CIL II 956).

metallorum Aurelius Firmus, documentado en Villalís de la Valduerna (*ERPL* 72) o *M. Ulpus Eutyches, procurator metalli Alboc[arensis]* de procedencia desconocida (*CIL* II 2598), de forma similar a lo que se documentó en Dacia con los *procuratores aurariarum* (Mrozek, 1968).

No se conocen exactamente las tareas concretas desempeñadas por estos procuradores libertos, pero sí se sabe que estuvieron relacionadas con la organización de las zonas mineras en varios aspectos (Domergue, 1990: 305), tal y como se desprende por ejemplo de las leyes de *Vipasca*, las cuales mencionan al procurador desarrollando distintas funciones asociadas tanto a la administración como a la organización interna del *metallum* (especialmente en *Vip.* II). No obstante, la aparición de *procuratores metallorum* en el Noroeste y en *Vipasca* no significa que el sistema de organización de los *metalla* fuera similar.

Como ya se vio al tratar minas de gestión indirecta como las dacias o las de *Vipasca*, estos *metalla* se rigieron por unas leyes y normas comunes para organizar distintos aspectos de la explotación minera y de la vida del *metallum* (Domergue, 1983; Guichard, 1990: 60; Mateo, 2001 y 2012). Esto se desprende fundamentalmente de la documentación legislativa de *Vipasca*, donde se mencionan una serie de leyes mineras: una *lex metallis dicta*, una *lex ferrariarum* y una *lex metallis Vipascensis* (Lazzarini, 2001). En Dacia, la aparición de contratos que especifican ciertos aspectos laborales y las semejanzas en el sistema de gestión indirecto, ha hecho pensar también en la existencia de una legislación específica y común para las minas como en *Vipasca* (Berger, 1948: 235).

Ref.	Procuradores	Cronología	Lugar hallazgo
IRPL 34	<i>M. Aurelius Eutyches, Augusti liberti procurator</i>	181d.C.	Luyego
CIL II 2554		184 d.C.	Villalís
ERPL 72	<i>M. Aurelius Firmus, procurator metallorum</i>	191 d.C.	Villalís
CIL II 2552	<i>Hermes, Augustorum liberti procurator</i>	163 d.C.	Villalís
AE 1983, 630	<i>Aphnius Paccius Saturninus,</i>	Vespasiano	Can Modolell

	<i>procurator Vespasiani Augusti liberti</i>		
IRPLu 23	<i>Saturninus Augusti libertus</i>	Primeros años Septimio Severo	Lugo
CIL II 2598	<i>M. Ulpus Eutyches, procurator metallorum Alboc (?)</i>	Trajano o Adriano	Desconocido
CIL II 2553	<i>Zoilus, Augustorum liberti procurator</i>	166 d.C.	Villalís
CIL II 2556		167d.C.	Villalís

Tabla 11.- Procuradores libertos del Noroeste

Sin embargo, el Noroeste muestra una situación distinta. Aquí, el régimen de explotación directa haría innecesaria una ley de carácter similar a las documentadas en los *metalla* de gestión indirecta, donde habría que regular el sistema de concesión minera y la obtención de beneficio para el Estado. Otras cuestiones más relacionadas con la vida cotidiana, como la venta de clavos en *Vipasca* a la que hace referencia la *lex ferrariarum* (Reynolds, 1982: 108; Domergue, 1983: 87; Mateo, 2001: 191), sí pudieron ser objeto de regulaciones similares en las minas del sur de Portugal y las del Noroeste.

Por otro lado, en el Noroeste, la inmensa red de canales y la amplia extensión de zonas cubiertas de minas, revelan la necesidad de un control territorial a gran escala y una supervisión centralizada. Es posible imaginar entonces un territorio fragmentado, desde el punto de vista jurídico, en zonas pertenecientes al *ager publicus* minero y otras de comunidades locales (*ager peregrinus*) y en constante reajuste según el avance minero en el sentido descrito por Negri (1985) (*vid. supra*). Dada esta amplia extensión del territorio con minas en el Noroeste, sí es posible pensar que las distintas zonas mineras tuvieron su propia denominación (como el *metallum Alboc[arensis]*) e incluso que existieran varios *procuratores metallorum* que se ocuparan de diferentes regiones.

En definitiva, los procuradores libertos que aparecen en el Noroeste fueron los responsables de una mina o un conjunto de explotaciones cercanas. Sus funciones serían fiscales, y entre ellas se englobarían todos los aspectos relacionados con la explotación de las labores, la infraestructura necesaria y el control administrativo. Esta gestión sería a la vez completada por un personal subalterno, del que se tiene poca información (apenas unas menciones a *beneficiarii proc. Augusti* que han aparecido en los epígrafes

del conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza: *CIL* II 2552, *CIL* II 2553, *CIL* II 2556) y al que se adjuntaron miembros del ejército como señalan estas mismas inscripciones.

Arqueológicamente, existen algunos asentamientos documentados que se han identificado como posibles lugares que acogerían la presencia administrativa-militar vinculada a las minas y que se suman al papel que desempeñó *Asturica Agusuta* en este mismo sentido. Uno de los mejor conocidos es el de Las Rubias, situado a 1700 m de altura en el Teleno y en el que se han documentado estancias termales, un edificio con áreas de cocina y trabajo y un posible *aedes* (Dielufait *et al.* 2011). A esta instalación se pueden añadir otros recintos que también se han puesto en relación con la actividad minera y que han revelado cómo los establecimientos militares desarrollaron un papel importante en la puesta en explotación de las minas, que superó una función meramente bélica. Este es el caso de Valdemedina, relacionado con las explotaciones mineras de la cuenca del río Eria y destruido por el avance de las explotaciones (Sánchez-Palencia, 1983: 600-605; Sánchez-Palencia, 1986; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 148-151), así como otros portugueses que han sido recogidos en un trabajo reciente (Sánchez-Palencia y Currás, 2015) y los campamentos situados en un sector del occidente de la cordillera Cantábrica y Los Ancares (A Granda das Xarras y A Recacha, entre Candín, Ibias y Navia de Suarna, y A Chá de Santa Marta en Lánchara) y que se encuentran actualmente en fase de estudio (Orejas *et al.* 2016). A estas instalaciones podrían sumarse algunos castros de las zonas mineras asturianas, situados entre las cuencas de los ríos Eo, Navia y Narcea, en los que se ha documentado un ambiente militarizado que revelaría la presencia de miembros del aparato administrativo-militar vinculados a la gestión de las minas del entorno. El castro de San Isidro, Peláu o la *domus* del Chao Samartín podrían responder a esta presencia (Villa, 2007b: 129ss y 2007d: 48). Además, un trabajo reciente ha documentado un nuevo recinto en Villamontán de la Valduerna (León), en el que podrían estar establecidas las unidades militares que, junto con los *procuratores metallorum*, consagraron los altares votivos a Júpiter del conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza (*vid.* Cap. 11.2).

Por otro lado, si la aparición de procuradores apunta hacia la consolidación progresiva de una administración específica para el control y gestión de las minas auríferas del Noroeste, dentro de este mismo proceso pueden ser entendidas las informaciones que se conocen sobre los *legati iuridici*. En el escalafón administrativo de la provincia se encontraban en segundo grado después del gobernador (Ozcáriz, 2013: 145). Además de en la *Citerior*, estos cargos sólo se registran en otras provincias,

concretamente en *Britannia* y en las dos *Pannoniae* (Korporowicz, 2012), donde se localizan varios testimonios epigráficos⁷⁴. Así, aparecen varias inscripciones que mencionan a personajes que desempeñaron su cargo en *Britannia* (e.g. *CIL* III 2864; *CIL* VI 1510; *CIL* VI 1336; *CIL* XIV 4248). Parece que estos *legati* coincidieron en el tiempo con gobernadores que tuvieron que ocuparse de asuntos militares, lo que ha hecho suponer a Birley que Roma envió a estos cargos cuando el gobernador estuvo demasiado ocupado como para encargarse de asuntos judiciales en persona (Birley, 2005: 268-275). Por su parte, el nombramiento de *iuridici* en Panonia en época de Adriano (quién nombró a *T. Statilius Maximus, iuridicus pro praetore utriusque Pannoniae*, *CIL* III 10336), se ha relacionado con un intenso proceso de urbanización llevado a cabo en ese momento (Dise, 1991: 79).

***CIL* III 2864. Benkovac. Croacia**

C(aio) Octavio / Tidio Tossia/no Ia[v]oleno / Prisco leg(ato) leg(ionis) IV Flav(iae) / leg(ato) leg(ionis) III Aug(ustae) iuridic(o) pro/vinc(iae) Brit[t]anniae leg(ato) consu/lari provinc(iae) Germ(aniae) superi/oris legato consulari pro/vinc(iae) Syriae proconsuli / provinc(iae) Africae pontifici / P(ublius) Mutilius P(ubli) f(ilius) Cla(udia) Crispin(us) / t(estamento) p(oni) i(ussit) / amico carissimo

***CIL* VI 1510. Roma. Italia.**

C(aio) Sabucio C(ai) f(ilio) Quir(ina) Maiori / Caeciliano co(n)s(uli) / sodali August(ali) Claudial(i) proco(n)s(uli) prov(inciae) / Acha(iae) leg(ato) Aug(usti) pr(o) pr(aetore) prov(inciae) Belgicae / praef(ecto) aerari(i) mil(itari) leg(ato) iurid(ico) prov(inciae) / Britanniae iurid(ico) per Flamin(iam) et / Umbriam curat(ori) viae Salar(iae) et / alimentorum praet(ori) candid(ato) tr(ibunus) pleb(is) / - - - - -

***CIL* VI 1336. Roma. Italia.**

M(arco) An[tio] / Crescent[i] / Calpurniano [c(larissimo) v(iro?) / proc(o)n)s(uli) prov(inciae) M(ac)edoniae] / XVvi[ro s(acris)] f(aciundis) iurid(ico) Brit(anniae) / vice leg(ati) leg(ato) pr(o) pr(aetore) / prov(inciae) [Cypr]i(?) [cur(atori)] r(ei) [p(ublicae)] / Mars(or)um Marruvior(um) / pr(aet(ori)

***CIL* XIV 4248. Tivoli. Italia.**

- - - - - Q(uinti) f(ilio) Quir(ina) [- - -] / [- - - p]roconsu[li - - -] / Cypri leg(ato) le[g(ionis) - - -] / [iuri]dic(o) Britan[niae]

***CIL* III 10336. Aquincum, Székesfehérvár. Hungría.**

- - - - - [Claudio - - -] / Maximo IIII[v(iro) v(iarum) c(urandarum)] / trib(unus) leg(ionis) IIII Scy[th(icae)] / donis milit(aribus) a divo / Trai(ano) don(anto) quaest(ori) ur[b(ano)] / ab act(is) senat(us) tr[ib(unus)] / plebis praet(ori) curat[o]ri viae Aurel(iae) leg(ato) / leg(ionis) I Ad(iutricis) iuridic[o] / pr(o) pr(aetore) utriusqu[e] / Pannoniae leg(ato) pr(o) / pr(aetore) Pannoniae infer(ioris) / co(n)s(uli) sodali Augusta/li curat(ori) aed(ium) sacra[r(um)] / canabens(es) publ(ice)

⁷⁴ También pudieron actuar *iuridici* en *Cappadocia-Galatia* entre los años 70 y 114 d.C., aunque en esta provincia no se llegó a utilizar el nombre de *iuridicus*. Se ha propuesto que fue la extensión territorial durante el período de unión de las dos provincias, lo que llevó a contar con los *legati* (Eck, 2000b: 226).

En el Noroeste, la creación de este cargo parece corresponder al gobierno de Augusto, tal y como se desprende de un fragmento de Estrabón, en el que el autor expone que el gobernador de la *Citerior* contaba con tres legados de cargo pretorio (Str. 3, 4, 20). El dato parece quedar reflejado por la presencia de *L. Calpurnius Piso*, fechado en época de Tiberio (Tac. *Ann.* 4, 45). Alföldy apuntó, hace años, a que dos legados de la legión administraron el centro y el norte peninsular, mientras que el legado jurídico se encargó de la administración de justicia en la costa levantina y el valle del Ebro desde época de Augusto (Alföldy, 1969: 67 y 230-252), cuestión no exenta de polémica (Tranoy, 1981: 163ss). El Edicto del Bierzo, fechado en el 15 a.C. confirmó la existencia de legados al frente de la *provincia Transduriana (...Castellanos Paemeiobrigenses ex gente Susarrorum, desciscentibus ceteris, permansisse in officio cognovi ex omnibus legatis meis qui Transdurianae provinciae praefuerunt...)*. Sin embargo, la figura del legado no permaneció estable a lo largo de los dos primeros siglos.

Ref.	<i>Legati iuridici</i>	Emperador	Ámbito competencia	Lugar
Tac. <i>Ann.</i> 4, 45	<i>L. Calpurnius Piso</i>	¿- 25d.C.	<i>Citerior</i>	-
<i>CIL</i> II 2423	<i>C. Caetronius C. f. Miccio, legatus Augusti Hispaniae citerioris</i>	25-33 d.C. aprox.	<i>Citerior</i>	<i>Bracara Augusta</i>
<i>CIL</i> II 4120	<i>Q. Gargilius Macer Aufidianus, legatus Augusti Hispaniae citerioris</i>	60d.C. y poco después de muerte de Domiciano	<i>Citerior</i>	<i>Tarraco</i>
Plin. <i>NH.</i> 19, 35; 31, 24 y Plin. <i>Ep.</i> 3, 5, 17	<i>Larcus Licinus</i>	70-73-74?	<i>Citerior</i>	-
<i>CIL</i> VIII 13	<i>Q. Pomponius P. f. Rufus, legatus Augusti Moesiae, Dalmatiae, Hispaniae</i>	74-78?	<i>Citerior</i>	<i>Leptis Magna</i>
<i>AE</i> 1952, 122 <i>CIL</i> II 2477	<i>D. Cornelius Maecianus, legatus Augusti</i>	75/78 78-81 d.C.	<i>Citerior</i>	<i>Emporiae</i> <i>Aquae Flaviae</i>
<i>CIL</i> V 6974; <i>CIL</i> V 6980; <i>CIL</i> V 6987	<i>Q. Glitius P. f. Atilius Agricola, legatus citerioris Hispaniae/ legatus Hispaniae citerioris</i>	85-88 d.C.	<i>Citerior</i>	<i>Agusta Taurinorum</i>
Mart. 7, 52	<i>(M. Maecius) Celer</i>	88-91 d.C.	<i>Citerior</i>	-

CIL XII 3167	<i>T. Iulius Sex. f. Maximus Manlianus Brocchus Servilianus A. Quadronius [Verus?] L. Servilius Vatia Cassius Cam[ars?] legatus Augusti iuridicus Hispaniae citerioris Tarraconensis</i>	100-103	<i>Citerior</i>	<i>Nemausus</i>
CIL VI 1567=CIL XIV 4473 CIL XIII 1802	<i>T. Claudius T. f. Quartinus, legatus Augusti iuridicus Hispaniae citerioris Tarraconensis</i> <i>T. Claudius T. f. Quartinus legatus Augusti iuridicus provinciae Hispaniae citerioris Tarraconensis</i>	117-122	<i>Citerior</i>	<i>Ostia</i> <i>Lugdunum</i>
CIL VIII 2747; CIL VIII 18273	<i>L. Novius Crispinus Martialis Saturninus, legatus Augusti iuridicus Asturiae et Callaeciae</i>	136-138	<i>Asturia et Callaecia</i>	<i>Lambaesis</i>
CIL XI 1183	<i>L. Coelius Festus, legatus Augusti Asturiae et Callaeciae</i>	138-140	<i>Asturia et Callaecia</i>	<i>Veleia</i>
ILS 8975	<i>Q. Fuficius Cornutus, legatus Augusti iuridicus per Astyriam et Callaeciam</i>	140-142	<i>Asturia et Callaecia</i>	Casalbordino
CIL VI 1486; CIL VI 1485	<i>Sex. Pedius Sex. f. Hirrutus Lucilius Pollio, legatus Augusti iuridicus Asturiae et Callaeciae</i>	150-153	<i>Asturia et Callaecia</i>	Roma
CIL X 4750	<i>L. Albinus A. f. Saturninus, legatus Augusti Asturiae et Callaeciae</i>	Marco Aurelio	<i>Asturia et Callaecia</i>	<i>Suessa</i>
CIL II 2415	<i>Triarius Maternus Lascivius, legatus iuridicus</i>	Marco Aurelio	<i>Asturia et Callaecia</i>	<i>Bracara Augusta</i>
CIL VI 41195	<i>C. Pomponius C. f. Bassus Terentianus iuridicus per Hispaniam citeriorem</i>	180 aprox	<i>Asturia et Callaecia</i>	Roma
HA. SS. 3, 3ss.	<i>L. Septimius Severus</i>	178-181	<i>Asturia et Callaecia</i>	-
CIL XIV 2941	<i>Legatus Augusti provinciarum Asturiae et Callaeciae</i>	Segunda mitad s. II	<i>Asturia et Callaecia</i>	<i>Praeneste</i>
CIL II 2634	<i>Q. Mamilius Capitolinus, legatus Augusti per Asturiam et Gallaeciam dux legionis VII g. p. fel. Legatus Severi Augusti</i>	197	<i>Asturia et Callaecia</i>	<i>Asturica Augusta</i>
CIL XIII 8007	<i>G. Fulvius G. f. Maximus...</i>	200	<i>Asturia et Callaecia</i>	Bonn

			(Ozcáriz, 2013: 158)	
CIL VI 32412	<i>Q. (Hedius) Lollianus Q. f. Plautius Avitus, legatus legionis VII geminae piae felices iuridicus Asturiae et Callaeciae</i>	202-205	<i>Asturia et Callaecia</i>	Roma
CIL VI 1507	<i>L. Ranius Optatus (Novatus?) Acontius, legatus Augusti et iuridicus Astyriae et Cal(l)aeciae</i>	205/214	<i>Asturia et Callaecia</i>	Roma
CIL XII 3172	<i>Legatus legionis VII geminae p. f.? legatus Augusti iuridicus Asturiae et Callaeciae</i>	Fines s. II-comienzos s. III	<i>Asturia et Callaecia</i>	<i>Nemausus</i>
CIL VIII 8421	<i>Iulius Gaetulicus, iuridicus Hispaniae Citerioris</i>	211-217	<i>Citerior</i>	<i>Mauretania Caesariensis</i>
ILS 8842; AE 1911, 136	-	211-217	<i>Citerior</i>	Kassaba
AE 1957, 161	<i>Claudius Aurelianus Saturninus, iuridicus provinciae Hispaniae citerioris vice l(egatus) legionis (VII geminae)</i>	218	<i>Citerior</i>	<i>Ephesos</i>
CIL II 2395d	<i>Calpurnius Rufinus c(larissimus) v(ir) (Dudoso)</i>	Siglo III	<i>Citerior?</i>	Panóias, Vila Real
CIL II 2408	<i>T. Flavius Archelaus Claudianus, legatus Augusti</i>	Mediados siglo III	<i>Citerior</i>	Caldas de Vizela
ERPL 56	<i>Granius Sabinus, legatus Augusti</i>	Siglo III	<i>Citerior</i>	Villadecanes
CIL II 4127	<i>L. Septimius Mannus c(larissimus) v(ir)</i>	Siglo III	<i>Citerior</i>	<i>Tarraco</i>
CIL II 4166	<i>L. Tadius Simplex legatus Augusti clarissimus vir</i>	Siglo III	<i>Citerior</i>	<i>Tarraco</i>
CIL II 4128	<i>Q. Umbricius Proculus, legatus Augusti provinciae Hispaniae Citerioris clarissimus vir</i>	Siglo III	<i>Citerior</i>	<i>Tarraco</i>
CIL II 4113	<i>M. Caecilius Novatillianus, vir clarissimus legatus iuridicus</i>			<i>Tarraco</i>
CIL IX 1571	<i>...praefectus iuris dicundo Hispaniae citerioris (sic.)</i>	250-260 d.C.	<i>Citerior</i>	<i>Beneventum</i>
CIL IX 1572	<i>...iuridicus Hispaniae citerioris</i>			<i>Beneventum</i>
CIL II 3738	<i>Allius Maximus, vir clarissimus legatus iuridicus provinciae Hispaniae Tarraconensis</i>	280	<i>Citerior</i>	<i>Valentia</i>
AE 1923, 102	<i>[---]us Flaminius Priscus vir clarissimus legatus iuridicus totius provinciae Tarraconensis</i>	282	<i>Citerior</i>	<i>Asturica Augusta</i>

CIL VI 3853	¿?	¿?	Citerior	Roma
-------------	----	----	----------	------

Tabla 12.- Legati iuridici de la Citerior⁷⁵.

Algunos autores, tras analizar los *cursus* de las personas que ocuparon este cargo y el título que portaron, han comprobado que el puesto fue creciendo en dignidad y categoría a la par que se restringía su ámbito de actuación (Alföldy, 1969: 235-236; Navarro, 2011). En los primeros años del Principado la magistratura se ejercía tras la pretura, con 31 ó 32 años, recayendo en personas sin experiencia. Muchas veces, estos magistrados procedían de familias modestas dentro del *ordo* o recientemente promocionadas a él como *novi senatores*. Con Claudio, el legado jurídico tenía competencias para toda la provincia (y no sólo para la costa levantina), tal y como se deduce de la inscripción en la que *M. Caetronius Miccio* fue honrado en Braga por los *cives Romani* que negociaban en el Noroeste (CIL II 2423).

Desde época flavia, casi todos los legados jurídicos continuaron, tras ocupar ese cargo, en puestos de mayor responsabilidad, hecho que revistió de mayor dignidad a la magistratura y demuestra la importancia que fue adquiriendo con el paso del tiempo. Plinio proporciona el nombre de un *praetor vir iura reddens in Hispania*, *Larcus Lacinius*, que ejerció su puesto en la Citerior entre el año 70 y el 73, mientras Plinio desempeñaba su procuratela en la misma provincia (Plin. NH. 19, 35; 31, 24). En el año 85 d.C. está constatada la adscripción provincial de este magistrado como *legatus Augusti iuridicus Hispaniae Citerioris* (Alföldy, 1969: 81-82). De la formación jurídica sólida que tenían los *iuridici* da testimonio Marcial, quien habla del nivel cultural de (*M. Maecius?*) *Celer*, *legatus* en época de Vespasiano (Mart. 7, 52), valorando el conocimiento que tenía como juez.

Mart. (Epigram, 7, 52)

Gratum est quod Celeri nostros legis, Auscte, libelos, si tamen et Celerem quod legis, Aucte, iuuat. Ille meas gentes et Celtas rexit Hiberos, nec fuit in nostro certior orbe fides. Maior me tanto reuerentia turbat et aures non auditoris, iudicis esse puto

⁷⁵ Existe cierta controversia sobre si todos estos personajes fueron *legati iuridici*, o algunos fueron en realidad gobernadores provinciales (*legati pro praetore*), puesto que no siempre incluirían su titulatura completa (Olmo, 2016: 104, n. 303). En esta tabla he seguido la clasificación de Ozcáriz (2006-2007 y 2013: 168-170), quien, como Alföldy (1969: 175-180), incluye sistemáticamente a los *legati Augusti* dentro del grupo de los *iuridici*.

También la epístola enviada por *T. Claudius Quartinus* entre el 117 y 122 d.C., revela el profundo conocimiento que este legado tenía sobre derecho romano (D'Ors, 1953: 353-355). El documento se trata de un rescripto del *iuridicus* de la *Citerior*, firmado en Calagurris y dirigido a los *duoviri* de *Pompaelo*, quienes probablemente realizaron una consulta previa que fue respondida por Claudio Quarto, demostrando su dominio en materia jurídica.

CIL II 2959. Pamplona.

Claudius Quartinus / Ilviris Pompe[l(onensibus)] salutem / et ius magistratus vestri / exequi adversus contumaces / potestis et nihilominus qui / cautionibus accipiendis de/sunt sciant futurum ut non / per hoc tuti sint nam et non / acceptarum cautionum periculum ad eos respiciet et quid/quid praesentes quoque egerint / id communis oneris erit bene / valete dat(um) Non(is) Octubri(bu)s(!) Ca/llagori Imp(eratore) Caes(are) Traiano / Hadriano Aug(usto) III co(n)s(ule)

Sin embargo, el momento de mayor significación llegó en el siglo II d.C., cuando se produjeron cambios sustanciales. En primer lugar, bajo el mandato de Antonino Pío, aumentó la edad de los *legati*, que llegaban a la *Citerior* con unos 38 años y tras haber ejercido otras magistraturas previas (Navarro, 2011). Ya no se trataba de personas inexpertas, sino que eran aquellos que se habían ganado la confianza del emperador. De la dignidad de este cargo en la segunda mitad del siglo II d.C. es buen ejemplo el legado *Sex. Pedius Hirritus Lucilius Pollio* (*CIL* VI 1485 y *CIL* VI 1486). Su padre adoptivo fue *Sex. Pedius Hirritus*, que murió después de la pretura de su hijo (*PIR*² P, 214). Uno de estos dos individuos, fue Sexto Pedio, reconocido jurista de época adrianea, cuyos fragmentos de su obra han llegado a través de Ulpiano y Paulo (*Dig.* 37, 1, 6, 2; 12, 16; 45, 1, 8, 5). En segundo lugar, el ámbito de competencias se restringió a los *conventus* del Noroeste a consecuencia de una reforma de Adriano (según Tranoy, 1981: 165-166; Ozcáriz, 2013: 172) o en época de Antonino Pío (en opinión de Navarro, 2011). De acuerdo con Alföldy (2002: 79) y Ozcáriz (2013: 174), el último jurídico con titulación referente a toda la provincia fue *T. Claudius Quartinus*, datado entre los años 117-122 d.C. y el primer jurídico limitado al Noroeste fue *L. Novius Crispinus Martialis Saturninus*, fechado entre 136 y 138 d.C. (*CIL* VIII 18273). Desde ese momento se localizan otras nuevas inscripciones que mencionan explícitamente a individuos desempeñando el cargo de *legatus Augusti iuridicus per Asturiam et Callaeciam*.

La explicación que se ha dado para la creación de este cargo en el Noroeste ha sido, nuevamente, el extenso tamaño de la *Citerior* (Ozcáriz, 2006-2007: 525-533 y

2013: 170), que dificultaría que el gobernador, con sede en *Tarraco*, pudiera impartir justicia en toda la provincia. Por ello, se tuvo que contar con *iuridici* que sustituirían al gobernador allí donde fuera necesario (Olmo, 2016: 107). Sin embargo, es preciso recordar que la *Citerior* había incluido al Noroeste hacía ya más de 150 años y los problemas ocasionados por las distancias no debían de ser novedosos. Además, se sabe que era posible solucionar casos concretos mediante el envío de epístolas que harían innecesaria la presencia *in situ* del magistrado de turno (*CIL* II 2959; D’Ors, 1959: 353ss). Por tanto, sería más coherente pensar que el cargo se relacionó con la definición de un marco administrativo propio para el Noroeste, una tendencia que se deja ver en la creación de puestos específicos (*procuratores* y también *legati*) que, a pesar de existir desde época de Augusto, fueron perfilando sus competencias a lo largo de las décadas siguientes. Con ello, el Noroeste se fue dotando de cierta personalidad administrativa y jurídica y contó con una administración específica claramente definida, al menos durante el siglo II d.C. La presencia de minas y los intereses específicos que tenía el Estado en este territorio tuvieron un peso destacado a la hora de perfilar la estructura administrativa del Noroeste. La época flavia se muestra como un período muy importante en este proceso, con la creación de la procuratela ecuestre específica, seguida de la aparición de los *legati* ya en época antonina.

A finales de la segunda centuria, coincidiendo con la última etapa de los procuradores ecuestres de Astorga, se produjeron también cambios relacionados con los *legati*, puesto que algunos documentos muestran cómo algunos individuos acapararon varios cargos. Estos son los casos de *Q. Mamilius Capitolinus* como *legatus Augusti per Asturiam et Callaeciam* y *dux legionis VII G. P. F.* en el 197 d.C. (*CIL* II 2634), el de *G. Fulvius Maximus* como legado de la legión y jurídico para el Noroeste en el 200 d.C. (*CIL* VI 32412) y el de *Q. Hediús Lollianus* para los años 202-205 d.C. (*CIL* VI 32412) (Pflaum, 1970: 361-363; Palao, 2006: 71 y 89). La concentración de cargos pudo ser consecuencia de los sucesos que tuvieron a finales del siglo II d.C. con la sublevación de Albino (Ozcáriz, 2013: 177-178) y entenderse como parte de un proceso de reajuste en los cuadros administrativo-militares. Estos cambios también pudieron relacionarse con una reorganización provincial que afectaría a la *Citerior* con la posible creación de una nueva provincia, la *Hispania Superior* (Alföldy, 2002) y en los que hay que valorar el peso que pudo tener el final de la minería (*vid.* Cap. 12 y 13).

8.2.2. La *legio VII gemina* y su papel en las zonas mineras.

Al proceso de definición de cargos específicos para el Noroeste y de una administración para esta región, se sumó el reajuste de los cuerpos militares acantonados en la Península en época flavia. Desde el 74 d.C., se estableció un ejército permanente con la fijación de la *legio VII* y la presencia de sus unidades auxiliares (Tranoy, 1981: 171-173; Le Roux, 1982: 151-153 y 2000; Morillo, 2002; Palao, 2006; Morillo y García Marcos, 2006a: 234-246). Hacia el año 39 d.C. la *legio IIII Macedonica* abandonó el territorio peninsular, seguida en el año 63 d.C. de la *legio X gemina* (Morillo, 2007: 91). Con ello, el ejército hispánico quedó reducido a una sola legión, la *VI victrix*, acantonada en León y acompañada, según Suetonio (*Galb.* 10, 2), por dos *alae* y tres *cohortes*. Estas unidades participaron activamente en la sublevación de Galba, gobernador de la tarraconense contra Nerón (Suet. *Galb.* 10, 2). Tras la proclamación de Galba como *imperator* por parte de la *legio VI victrix*, éste procedió a crear una nueva legión en el año 68 d.C. compuesta por hispanos con el fin de enfrentarse a las tropas neronianas. Así nació la *legio VII*. En su primera etapa recibió el apelativo de *Galbiana* (Tac., *Hist.*, 2, 86 y 3, 7, 10, 21) e *Hispana* (Tac. *Hist.* 1, 6). Tras la batalla de *Bedriacum*, la *legio VII* recibió el apelativo de *gemina*, cuyo significado aún no ha sido resuelto (Cid, 1981; Morillo, 2006)⁷⁶. Lo que sí parece claro es que entre los años 73 y 74 d.C. se encontraba en *Germania Superior*, donde en algunas inscripciones aparece con los epítetos de *gemina* y *felix* (CIL XIII 12167, 1-8).

Tras la guerra civil y su estancia en territorios danubianos y germanos durante los primeros años de la dinastía flavia, Vespasiano estableció su acantonamiento definitivo en *Hispania* a finales del año 74 d.C. (Morillo, 2007: 93) o ya en el 75 d.C. (Palao, 2006: 52-64). Cronológicamente, los primeros testimonios epigráficos de la *legio VII* en *Hispania* se fechan en el 79 d.C., poco antes de la muerte de Vespasiano. El primero de ellos fue localizado en Cornoces (Orense, *IRG* IV, 92), donde el soldado *Caecilius Fuscus* le dedicó una inscripción a *Moelius Mordonecus*. El segundo es el epígrafe de la columna conmemorativa de Vespasiano y sus hijos localizada en *Aquae Flaviae* (CIL II 2477).

Para su asentamiento se eligió *Legio* (León), el mismo lugar en el que estuvo acantonada la *legio VI victrix*⁷⁷. Este emplazamiento contó con un primer recinto de

⁷⁶ En concreto se discute sobre si el apelativo lo recibió tras fusionarse con otra unidad después de la batalla de Cremona y adoptar los Dióscuros como emblema.

⁷⁷ La relación de la *legio VI victrix* con León se apoya en dos inscripciones: la primera, hallada en Rímisi y dedicada a *Marcus Vettius Valens*, hace referencia a la *legio VI victrix* participando en una revuelta

paramentos de madera, fundado hacia el cambio de Era (García Marcos y Morillo, 2002: 793; Morillo, 2003a: 93), que fue reformado a finales del gobierno de Augusto o comienzos del de Tiberio (10-15 d.C.), coincidiendo con una serie de cambios en la política militar hispana que tuvieron lugar en este momento (Morillo, 2002: 83ss). Éstos se concretaron en el abandono del campamento militar de *Asturica Augusta*, con el traslado de la *legio X gemina* a *Petavonium* (Rosino de Vidriales, Zamora) (Carretero y Romero Carnicero, 1996: 9-21) y la profunda remodelación tanto de *Legio*, como de Herrera de Pisuerga, donde estuvo acantonada la *legio IIII Macedonica* (Pérez González, 1996: 91). En ambos casos se observa la sustitución de estructuras perecederas por otras más sólidas y estables, con el objetivo de consolidar los recintos militares en el Noroeste.

El siguiente momento constructivo importante en *Legio* coincidió con la época flavia y el acantonamiento de la *VII gemina* en el recinto. Las excavaciones han confirmado que en este período se levantó un muro, tras practicar una trinchera cuyo trazado desmontó la mitad exterior del *vallum* del campamento precedente (García Marcos, 2002: 186-187; García Marcos y Morillo, 2000-2001: 109; Morillo y García Marcos, 2003: 280-282)⁷⁸. Quedó así configurado un campamento de planta rectangular con esquinas oblongas que sigue el modelo canónico de este tipo de estructuras (Morillo, 2003a: 98). El recinto estaría reforzado por torres, frecuentes en los campamentos altoimperiales y por uno o más fosos que rodearían el perímetro (García Marcos y Morillo, 2000-2001: 110-111).

Así pues, la *legio VII gemina* se estableció en un campamento que contaba con una dilatada tradición castrense. *Legio* estaba bien comunicada a través de la red viaria que unía las capitales conventuales del Noroeste y enlazaba también con *Tarraco*, a través de la Meseta Norte y el valle del Ebro y con *Emerita Augusta* por el sur. Por último, estuvo además conectada con la *Asturia* transmontana a través de *Lucus Asturum* (Lugo de la Llanera) y con la costa cantábrica en *Portus Blendium* (Suances, Santander) (Tranoy, 1981: 206-220; Fernández Ochoa y Morillo, 1999: 89-92; Morillo, 2003a: 98).

astur durante el gobierno de Nerón (*CIL* XI 395). La segunda, hallada en Puerta Obispo, en León, hace mención al legado *L. Pupius Praesens* (*CIL* II 2666) y a una legión, probablemente la *VI victrix* (Alföldy, 1969: 115; Le Roux, 1982: 106). A estos textos se añaden varias monedas con resellos de dicha unidad (Morillo, 1999a: 78-79) y un posible fragmento de lucerna con la marca de esta legión (Morillo, 1999b: 296-297).

⁷⁸ La siguiente fase constructiva importante en León, data de finales del siglo III o comienzos del siglo IV d.C., cuando se construyó un segundo muro, envolviendo por su cara externa al más antiguo de época flavia, quedando ambos adosados (Morillo, 2003a).

Esta actividad constructiva flavia también pudo afectar al perímetro del campamento de la *legio VII* donde se instalaría un núcleo civil, las *cannabae*, y donde se han localizado restos de un pequeño conjunto termal datado entre los años 73-74 d.C. y el gobierno de Septimio Severo en la zona de San Lorenzo (Vidal Encinas y García Marcos, 1996: 149).

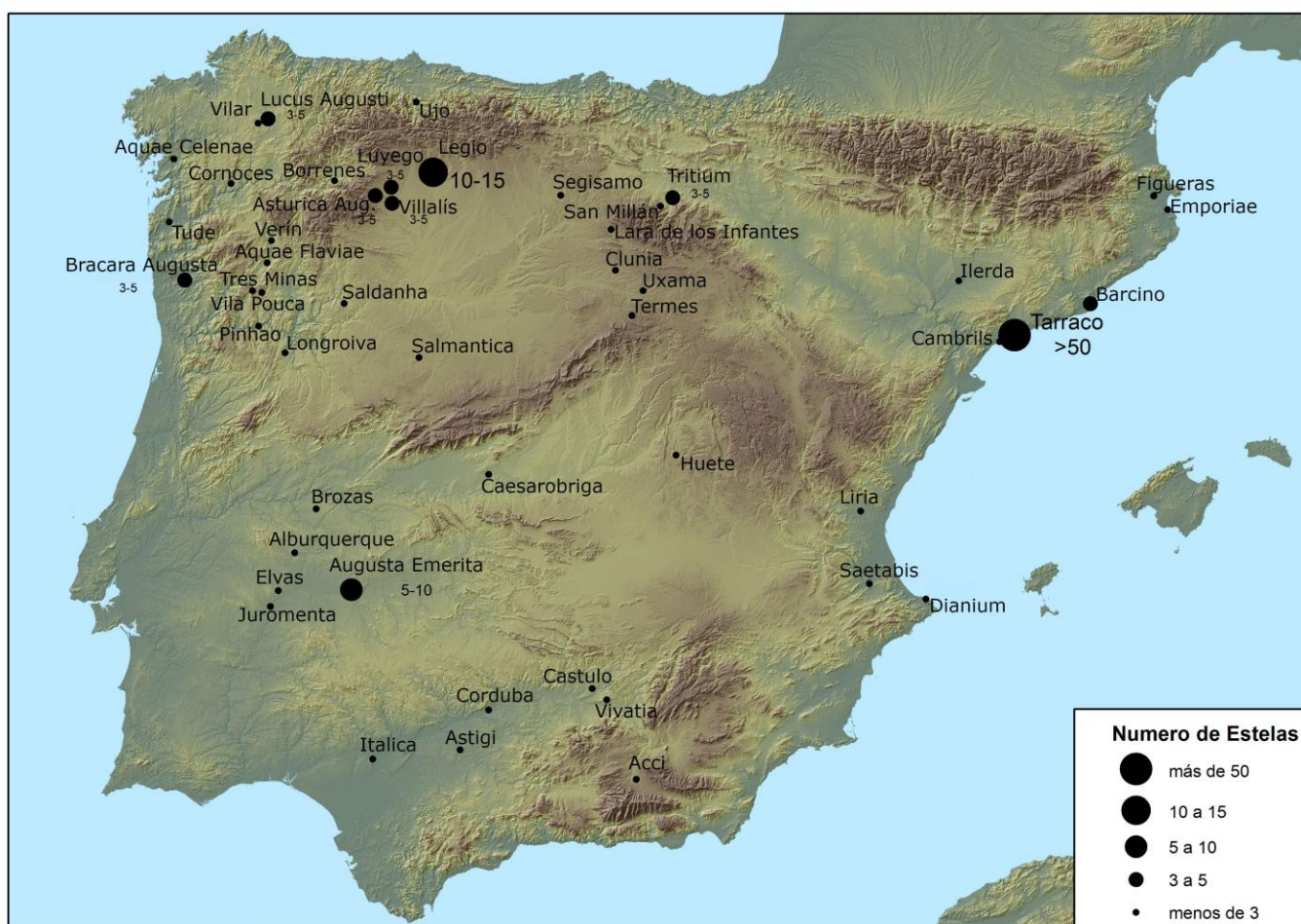
También en este momento se llevaron a cabo ciertas reformas en algunos castros del occidente asturiano en los que se ha documentado un ambiente militarizado en la primera mitad del siglo I d.C. (Villa y Gil Sendino, 2006), que fue sustituido por la emergencia de contextos en los que los grupos de poder locales se visibilizaron más claramente en la segunda mitad de la centuria. El caso de la remodelación del Chao Samartín en Grandas de Salime, con el abandono de la *domus*, es un buen ejemplo que se comentará más extensamente en el siguiente capítulo. Es posible pensar que estas transformaciones se relacionaron con una reorganización, en época flavia, del aparato administrativo-militar.

Es sabido que tras la proclamación de Vespasiano se produjo en el Imperio una tendencia a la desmilitarización interior, mientras que en las fronteras del Rhin y del Danubio se aumentaron los efectivos militares (Parker, 1928: 145-150; Homo, 1948: 319-321; Levick, 1999: 107-123). Frente a la existencia de ejércitos vinculados a las fronteras, pero relativamente móviles, bajo la dinastía flavia primó el carácter territorial de las tropas (Palao, 2006: 318). El ejército pasó a vincularse estrechamente a su zona de acantonamiento y se concentró en zonas fronterizas (Mattern, 1999: 55-60). Esta medida estuvo en consonancia con el programa político de Vespasiano quién, como se analizó, intentó mostrarse como restaurador de la paz y estabilidad en el interior de su Imperio (*vid.* Cap. 4.2).

Dentro de este proceso general y a pesar de la tendencia a la desmilitarización interior, el emperador introdujo en el Noroeste a la *legio VII gemina* y varias unidades auxiliares, manteniendo la presencia de una legión en territorio peninsular. La explicación puede encontrarse en las funciones que iba a desempeñar la legión desde su acantonamiento definitivo en *Hispania*, las cuales estuvieron vinculadas, en parte, a las actividades mineras del Noroeste (Sastre y Orejas, 2000: 284-285; Sastre *et al.* 2010a; Beltrán *et al.* en prensa).

Como se observa en el **Mapa 5**, espacialmente existe una importante presencia de testimonios de la *legio VII gemina* en las capitales conventuales, principalmente en los alrededores de *Asturica Augusta* y en la región portuguesa de Trê Minas. Ambas zonas

se caracterizan por la abundancia de minas auríferas. Los testimonios relacionados con la zona de *Asturica Augusta* se sitúan en torno a las localidades de Villalís de la Valduerna, Luyego de Somoza y Priaranza de la Valduerna (León) y se fechan en el siglo II d.C (vid. Cap. 11.2). En el Bierzo se localiza una inscripción en Voces, Borrenes (AE 1999, 916) que hace alusión a un veterano (Sastre, 1999a; Sastre y Orejas, 2000: 287).



Mapa 5.- Testimonios epigráficos de la *legio VII* en *Hispania*.

En cuanto a la región de Três Minas, hay documentados tres testimonios de la *legio VII gemina* y de sus unidades auxiliares procedentes de Riberinha. El primero presenta a un soldado realizando un voto a *Iuppiter Optimus Maximus* (*HEp* 2, 1990, 892). En el segundo, un grupo de soldados (*milites*) cumplen otro voto a esta divinidad (*CIL* II 2389). El último de ellos (*HEp* 7, 1997, 1259) menciona a otro grupo de militares, esta vez pertenecientes a la *cohors I Gallica*.

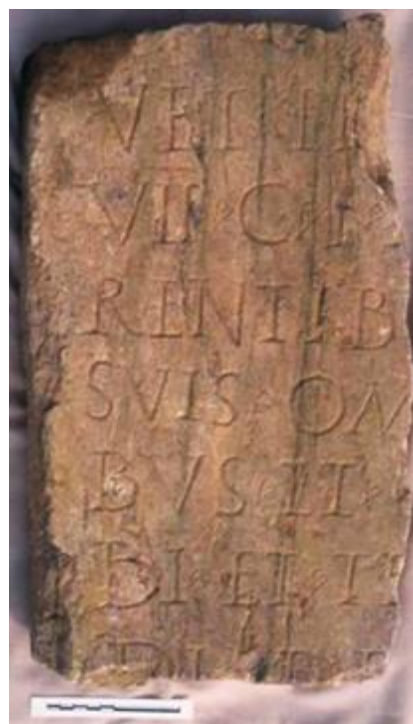


Imagen 48.- Inscripción de un veterano de la *legio VII* localizada en Voces, Borrenes (León) (Sastre, 1999a). Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

<p>Sastre, 1999a. Voces. Borrenes.</p> <p>[-----] / vet(eranus) le[g(ionis)] / VII G(eminae) F(elicis) p[a]/rentibu[s] / suis om[ni]/bus et [si]/bi et Te[- - -]di[- - -]e E[</p>	<p>AE 1980, 582. Vila Pouca de Aguiar, Vila Real.</p> <p>Q(uintus) Annius / Modestus / m(iles) / l(egionis) / VII G(eminae) P(iae) / Iovi O(ptimo) M(aximo) C(- - -)</p>
<p>CIL II 2389. Vila Pouca de Aguiar</p> <p>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / vot(um) sol(verunt) / mil(ites) leg(ionis) / VII Gem(inae) P(iae) Ca/tullinus po[s]/uit</p>	<p>HEp 7, 1997, 1259. Vila Pouca de Aguiar, Vila Real.</p> <p>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) C(onservatori) / mil(ites) c(o)h(ortis) / I Galli/cae · eq(uitatae) / c(ivium) · R(omanorum) · v(otum) · s(olverunt) / l(ibentes) m(erito)</p>

La relación del ejército con las zonas mineras también se documenta en otras partes de *Hispania* donde los *metalla publica* contaron con la presencia de militares. En concreto, en la Península se conocen epígrafes con referencias a la legión en zonas mineras de Sierra Morena oriental (e.g. *CIL* II 3275; *CIL* II 3337 y *CIL* II 3327) y también en *Vipasca*, donde la legislación hallada alude a la presencia de soldados que tenían acceso a las termas (*Vip.* II, 3, 4).

Fuera de *Hispania*, militares y minas también aparecen relacionados a lo largo del Imperio. Así, tanto en Dolaucothi (Gales), como en las explotaciones de oro dacias, está atestiguada la presencia militar para desempeño de distintas funciones relacionadas con la minería, por poner un par de ejemplos ya analizados (*vid.* Cap. 6).

La vinculación de efectivos militares con zonas mineras ha llevado a la generalización de la idea de que el ejército se mantuvo en el Noroeste de *Hispania* a lo largo del Alto Imperio porque fue necesario para el desarrollo y mantenimiento de la explotación de las minas (e.g. Morillo, 2007: 93-94). Según esta visión la función del ejército fue la de vigilar y controlar las explotaciones auríferas, realizar trabajos técnicos y mantener el entramado viario que les prestaba servicio y permitía dar salida al metal. Es decir, el ejército permaneció en el Noroeste para servir de apoyo técnico y administrativo a la infraestructura minera. A esta labor se suelen añadir otras propiamente militares, de policía o burocráticas, que se presentan como secundarias (Le Roux, 1989: 173).

Sin embargo, hay que adoptar ciertas precauciones, pues la vinculación entre ejército y minería no fue incompatible con el desarrollo de otras funciones por parte del ejército. En primer lugar, Tácito (*Ann.* 11, 20, 3) revela la participación del ejército en distintas labores de administración y explotación de los territorios, aspecto que probablemente trascendió las tareas relacionadas con la minería. Eso explica que aparezcan militares cumpliendo con ciertas necesidades de la administración provincial, como la elaboración de censos, tal y como confirma el epígrafe de *C. Mocconius Verus*, tribuno de la *legio VII gemina* y encargado de realizar un censo entre los vascones y várdulos (*CIL* VI 1463).

En segundo lugar, es significativo que las únicas dos legiones que estuvieron acantonadas en *Hispania* desde el año 63 d.C. –la *legio VI victrix* hasta 69/70 d.C. y la *legio VII gemina* desde el año 74 d.C.–, permanecieron en *Legio* (León) y no en una zona más próxima e indudablemente vinculada a las explotaciones como sería *Asturica Augusta* (Orejas y Morillo, 2013). Esta disposición de las tropas lleva a cuestionar la idea de la vinculación exclusiva entre ejército y minería. Astorga fue, en origen (hacia el 15/10 a.C.), el campamento de la *legio X gemina* (Morillo, 2007: 105). Sin embargo, en torno a los años 15/20 d.C., coincidiendo con el inicio de las grandes explotaciones auríferas en la región, fue objeto de una remodelación urbanística y la *legio X gemina* se trasladó a un nuevo emplazamiento en Rosinos de Vidriales, donde permaneció hasta su salida definitiva hacia *Carnuntum* (*Pannonia*) en el año 63 d.C. Astorga quedó entonces configurada como capital conventual encargada de gestionar las principales zonas mineras del Noroeste, pero abandonó su papel campamental y se transformó en un asentamiento con un papel administrativo (Orejas, 1996: 168; Orejas y Morillo, 2013). Además, la distribución del ejército en *Hispania* tampoco se circunscribe

exclusivamente a zonas donde la minería fue una actividad destacada. Así, fechables a lo largo del siglo II d.C. son las inscripciones de miembros de la *legio VII* o sus unidades auxiliares, muy presentes en las principales capitales como *Tarraco* (por ejemplo *CIL* II 6088 o *CIL* II 4083, entre otras muchas) y *Emerita Augusta* (*HAE* 666 o *CIL* II 5265), pero también en otras capitales conventuales y centros importantes como *Italica* (*CIL* II 1126), *Clunia* (*HEp* 7, 1997, 256), *Carthago Nova* (Abascal y Ramallo, 1997, nº 177), así como otros lugares de *Hispania* (vid. **Mapa 5**).

En tercer lugar, no siempre que se localiza un asentamiento militar en el Noroeste es posible confirmar su vinculación con las minas. La simple coincidencia espacial de un campamento con una explotación minera cercana no justifica que el emplazamiento militar desempeñara tareas exclusivamente relacionadas con la minería. Y lo mismo puede decirse de las inscripciones con menciones a militares que se encuentran en las zonas mineras. Así, por ejemplo, Le Roux (2007: 492) no descartaba que el veterano de Borrenes (Sastre, 1999a), en vez de estar vinculado con la minería, regresara en realidad a su tierra natal para obtener, a título personal, una propiedad rural para su explotación agraria.

Por último, es necesario recordar que la *legio VII gemina* permaneció en *Hispania* hasta la Antigüedad tardía, tal y como se sabe gracias a diversas fuentes documentales, entre las que destaca la *Notitia Dignitatum*, que confirma la ubicación de la *legio VII gemina* en *Legio* y la localización en el Noroeste de sus cuerpos auxiliares durante el Bajo Imperio (*Not. Dig. Occ.*, 42, 24-32). Este tema se retomará en el último bloque, al tratar las cuestiones relacionadas con la etapa del final de la minería (vid. Cap. 12). Ahora simplemente interesa destacar que la presencia militar en el Noroeste fue más prolongada que el período en el que estuvieron activos los grandes *metalla publica*, lo que pone en cuestión la vinculación exclusiva del ejército y la minería.

La clave reside entonces en entender el papel del ejército como parte de un entramado mucho más complejo de control y explotación imperialistas, en el que el control de la tributación (dentro de la cual se entiende la minería) sería un elemento fundamental. Al igual que las funciones desempeñadas por los procuradores se relacionaron con el tributo, el ejército también estuvo involucrado en estas cuestiones, tal y como apoya el epígrafe de *C. Mocconius Verus*, comentado. Y ya se ha visto cómo la tributación constituyó una marca de sometimiento que afectó a las comunidades a consecuencia del acto de conquista. Con ello el ejército se mantuvo, una vez superada la primera fase de conquista y episodios bélicos, como una herramienta de dominación

imperialista (Beltrán *et al.* en prensa). Hay que plantear entonces la idea de que la configuración de un aparato administrativo específico para el Noroeste, formara parte del mismo proceso que llevó al emperador a acantonar la legión en este territorio, dotándolo de mayor autonomía y especificidad frente al resto de la provincia. Con el asentamiento definitivo en *Hispania* de la *legio VII gemina*, la presencia de miembros de la administración imperial y del ejército se hizo más clara (Sastre y Orejas, 2000: 286; Palao, 2006: 330). Esta situación se explica por la integración del ejército en su provincia de acantonamiento y en las reformas administrativas, orientadas a gestionar de forma más directa los recursos.

Como recientemente han estudiado algunos autores, a pesar de la reducción de efectivos militares en esta etapa (con el mantenimiento de una única legión desde época flavia), los testimonios de asentamientos civiles vinculados a campamentos militares son mucho más consistentes (Morillo *et al.* 2014). Este hecho probablemente se relacione con la consolidación de la presencia militar en el Noroeste y su plena integración territorial. Al período flavio se vinculan en concreto los siguientes campamentos militares y sus posibles asentamientos civiles asociados:

- La segunda fase del *vicus* militar establecido en Herrera de Pisuerga y vinculado al *ala Parthorum*, que permaneció en este lugar entre el 60/70 d.C. y comienzos del siglo II d.C. (Morillo *et al.* 2006: 322 y 329-330).
- En A Ciudadela (Sobrado dos Monxes, A Coruña) se acantonó la *cohors I Celtiberorum* entre comienzos del siglo II d.C. y fines del siglo III d.C. En la próxima aldea de Insua se ha localizado el *vicus* militar (Caamaño y Fernández Rodríguez, 2002: 223).
- En *Aquis Querquennis* (Baños de Bande, Ourense) se ha ubicado el establecimiento civil en A Cidade, próximo al campamento que quizá ocupó la *cohors I Gallica* en época flavia y la primera mitad del siglo II d.C. (Pérez Losada, 2002: 187-188).
- En Rosinos de Vidriales (Zamora) se localizó el *ala II Flavia* y un asentamiento civil identificado quizá con la *mansio Petavonium* que menciona Ptolomeo (2, 6, 34) (Morillo *et al.* 2014: 123).
- En Villamontán (León) se han reconocido recientemente varios recintos campamentales que pueden vincularse con el conjunto epigráfico de Villalís-Luyego-Priaranza y con la importante zona minera de esa región. En este campamento pudieron acantonarse las tropas que se encargarían de la gestión de

estas minas, junto con el *procurator metallorum* que mencionan las inscripciones fechadas en el siglo II d.C. (vid. Cap. 11).

- En León, se localizaba el campamento de la *legio VII gemina* (antes ocupado por la *legio VI victrix*), junto a su asentamiento civil (Morillo, 2008 y 2012: 241-242).

Los datos apuntan hacia una vinculación entre el ejército y las zonas mineras, pero no de forma exclusiva. Las funciones concretas de los militares en las explotaciones son difíciles de precisar. Así, mientras algunos trabajos han hecho hincapié en las funciones policiales y de control desarrolladas por los efectivos, otros han destacado las labores técnicas tradicionalmente vinculadas al ejército romano (Le Roux, 1989: 173). En cualquier caso, la participación del ejército no supuso la intervención directa de los efectivos militares en la extracción del mineral. Esta afirmación tiene como base la cantidad de miembros del ejército destinados a zonas mineras, que según Domergue (1990: 350), no constituirían un número suficiente para desarrollar estas labores. De hecho, las estimaciones que se han realizado, permiten evaluar la presencia militar con relación a las explotaciones como mucho más discreta de lo que podría llegar a pensarse (Le Roux, 1989; Domergue, 1990: 350; Palao, 2010: 183-184)⁷⁹. Aunque el comienzo de esta minería implicó la presencia de personal técnico estatal que implantara las técnicas necesarias (desconocidas por las comunidades locales) para comenzar con la explotación, una vez puestas en marcha no se requirió de una importante presencia regular de personal militar, lo que obliga a descartar el panorama de enormes contingentes militares encargados de las explotaciones y reconocer el peso determinante que tuvo la participación de las *civitates* locales en las tareas mineras (Sastre *et al.* 2010a: 129-130).

Tras la primera fase de puesta en explotación, el ejército pudo seguir desempeñando un papel técnico. En otras partes del Imperio se tienen muestra de la estrecha conexión entre militares y la actividad minera. Así, por ejemplo, en las regiones montañosas del oeste y norte de Inglaterra y Gales, se conocen unos 90 lingotes de plomo britano-romanos, muchos de ellos marcados con inscripciones latinas que indican el control oficial de la producción mineral de estas zonas. En concreto, algunas de estas piezas halladas en Mendip Hills, contienen sellos legionarios (de la

⁷⁹ Tomando en consideración los testimonios epigráficos de tropas localizadas en zonas mineras, tanto Le Roux (1982: 272ss), como Domergue (1990: 349ss y tab. XIX), llegaron a la misma conclusión: que en la Valduerna no hubo más de 100 ó 200 militares, lo que confirmaría que fueron efectivos insuficientes para desarrollar los trabajos de extracción.

legio II Augusta), lo que señalaría que la producción de plata y plomo estuvo, al menos en principio, bajo control militar (Mattingly y Schröfer-Kolb, 2003a: dossier X). En Charterhouse se localizó, además, un campamento romano cercano a las minas que indicaría claramente esta vinculación entre explotaciones y ejército. El control militar de estas zonas fue breve y a partir del año 60 d.C., se documenta al primer responsable civil de las mismas. A pesar de ello, el caso británico sirve para ilustrar el papel técnico que desempeñó el ejército en las explotaciones y la vinculación entre militares y minería.

8.2.3. Fiscalidad en el Noroeste. El papel del censo provincial.

Las funciones que desempeñó el aparato administrativo-militar apuntan con claridad hacia cuestiones fiscales. El sistema, que se fue definiendo a lo largo de los siglos I y II d.C., se constituyó como una herramienta al servicio de Roma, para explotar recursos y poblaciones. En este contexto, los censos para el recuento y control de las poblaciones y los catastros para la información de base territorial, fueron dos instrumentos imprescindibles para que el Estado controlase los territorios e impusiera el cobro del tributo, base para la explotación provincial (Nicolet, 1988a; Moatti, 1993; Ariño y Gurt, 1994). Por tanto, analizar el censo no sólo contribuye a entender cómo se organizó la tributación, sino que revela los intereses específicos que tuvo Roma a la hora de articular los territorios provinciales y las estrategias que desarrolló en cada caso.

Los primeros censos romanos habían sido censos de ciudadanos, es decir, la unidad censal básica era el ciudadano y junto a él, como *paterfamilias*, se censaban su esposa e hijos (Jacques y Scheid, 1990: 162). Este procedimiento censal se fue modificando conforme el número de ciudadanos fue aumentando y se fue extendiendo el territorio sobre el que Roma tenía dominio (Nicolet, 1988a: 163). A partir de César, las autoridades municipales colaboraron en la realización de los censos, como ha deducido Lo Cascio (1990) del estudio de la *tabula Heracleensis*. Desde el gobierno de Augusto, hay que separar los antiguos censos de ciudadanos de un nuevo tipo de censo, los censos provinciales, que abarcaron a todas las provincias y que registraron a todas las personas, con independencia de su estatuto jurídico (Nicolet, 1988a: 134; López Barja, 1999: 348-349; Lo Cascio, 2001). El nacimiento de este tipo de censo fue el resultado de la necesidad planteada durante el Principado de disponer de un recuento general de población en el que no se encontraran únicamente ciudadanos romanos. Así

parece confirmarlo la cita bíblica de Lucas (2, 3) en la que se recoge la existencia de un edicto de Augusto en el que se solicitaba que se censase el conjunto de la población en el año 6 d.C. (Bagnall y Frier, 1994: 26-30; Cañas, 2005: 476-177 y 2009: 108).

Además, se tienen datos sobre la elaboración de censos en otras provincias durante esta misma etapa. Así, se sabe que en Egipto se realizaban censos regulares cada 14 años en época de Augusto (Cañas, 2005: 492-493). También se conocen censos para la Galia, concretamente en el 27 a.C., en el 12 a.C. y en el 14-16 d.C. (de Martino, 1973-1975: 917-921). Se desconoce si estos censos se realizaban con regularidad, o si por el contrario eran fruto bien de alguna reorganización territorial, o bien del requerimiento de alguna situación extraordinaria (Jacques y Scheid, 1990: 162-163).

En la *Citerior* también existen datos referentes a operaciones censuales desde época de Augusto. En primer lugar el Edicto del Bierzo, fechado en el 15 a.C., revela que el Noroeste ya había sido objeto de una estructuración territorial basada en la imposición fiscal, para la que fue necesaria la elaboración de un censo de algún tipo del que no se tienen los detalles (Orejas *et al.* 2000). En general era el gobernador provincial, dotado de la *censoria potestas*, el encargado de realizarlo, aunque en la práctica podía delegar esta función. Existen dos ejemplos que así lo sugieren: *Q. Vibius Crispus, legatus Augusti pro praetor in censibus accipiendis Hispaniae Citerioris* (AE 2001, 1993), cuya labor probablemente se desarrolló en época de Vespasiano; y *Q. Hadius Rufus Lollianus Gentianus, censor* (CIL II 4121) fechado entre 189 y 192 d.C. Bajo el mando de estos personajes se encontraba el personal dedicado a la elaboración de tareas relacionadas con el censo, como *S. Attius Suburanus Aemilianus*, al servicio de *Q. Vibius Crispus* (AE 2001, 1993) o el tribuno laticlavio de la *legio VII*, *C. Mocconius Verus* (CIL VI 1463), cuya inscripción, que ya ha sido mencionada, demuestra la intervención directa de la unidad militar en esta tarea. En concreto, *C. Mocconius Verus*, tribuno senatorial de la legión, realizó un censo de 23 comunidades de vascones y várdulos a finales del siglo I d.C. y comienzos del siglo II d.C. Al afectar a dos comunidades concretas, que pertenecieron además a dos *conventus* diferentes –los vascones caesaraugustanos y los várdulos clunienses–, se ha pensado que el censo pudo realizarse para responder a un conflicto o situación extraordinaria, lo que también justificaría que su elaboración se dejase en manos de un miembro de la legión.

AE 2001, 1993. Heliópolis, Líbano.

Sex(to) Attio L(uci) filio Vol(tinia) / Suburano Aemiliano praef(ecto) fabr(um) praef(ecto) alae Taurianae tor/quatae adiutori Vibi Crispi leg(ati) / Aug(usti) pro pr(aetore) in censibus accipiendis / Hispaniae citerioris adiut(ori) Iuli Ursi / praef(ecti) annonae eiusdem in praefect(ura) / Aegypti proc(uratori) Aug(usti) ad Mercurium / proc(uratori) Aug(usti) Alpium Cottianarum et / Pedatium Tyriorum et Cammun/tiorum et Lepontiorum procur(atori) / provinc(iae) Iudaeae proc(uratori) provinc(iae) / Belgicae / Mari Cethegi corni(cularii?) piiss(imi?) fratres

CIL II 4121. Tarragona.

Q(uinto) Hedio L(uci) f(ilio) Pol(lia) / Rufo Lolliano / Gentiano auguri co(n)s(uli) / proco(n)s(uli) Asiae censitori / prov(inciae) Lugd(unensis) item Lugdu/nensium comiti Severi et / Antonini Augg(ustorum) ter leg(ato) Augg(ustorum) / prov(inciae) H(ispaniae) c(iterioris) item censit(ori) / H(ispaniae) c(iterioris) cur(atori) c(ivitatis) splend(idissimae) Pu/teolanor(um) et Veliter/nor(um) quaest(ori) cand(idato) praet(ori) / cand(idato) leg(ato) leg(ionis) XXII Pri/mig(eniae) trib(uno) leg(ionis) VII G(eminae) P(iae) F(elicis) III/viro a(uro) a(rgento) a(ere) f(lando) f(eriundo) / Fab(ius) Marcellus

CIL VI 1463. Roma.

C(aio) Mocconio C(ai) f(ilio) Fab(ia) Ver[o] / praetori legato pro p[r(aetore)] / provinciae Achaiae / t[rib(uno) pl(ebis)] / q(uaestore) urbano III vir capit[ali] / tribuno laticlavio l[eg](ionis) / VII Gemin(ae) at census accipi[en]/dos civitatum XXIII [---] / Vasconum et Vardulorum / vixit annis XXXVI / ex testamento

Otro individuo relacionado con el censo es *C. Valerius Arabinus*, quien fue *sacerdos Romae et Augusti* y al que el concilio provincial erigió una inscripción en la que se cita como encargado del *tabularium censualis* a mediados del siglo II d.C. (*CIL* II 4248; D'Ors, 1953: 139; Alföldy, 1973: 5). Otro caso es el de *C. Cornelius Valens*, *...ob legationem censualem gratuita Sirmi prospere gestam aput imperatorem...* (*CIL* II 4208), fechado en el 172 d.C. y cuyo cargo y relación con el *concilium* de Tarraco no es claro (Étienne, 1958: 169; Ozcáriz, 2013: 203). Por último, *P. Plotius Romanus*, *legatus Augusti censibus accipiendis Hispaniae Citerioris*, quizá entre el 214 y el 216 d.C. (*CIL* VI 332) y que ha sido relacionado con la realización de un censo a consecuencia de la reforma territorial llevada a cabo por Caracalla (Alföldy, 2002: 21 y 235-236; Ozcáriz, 2013: 204).

CIL II 4248. Tarragona.

C(aio) Val(erio) Arabino / Flaviani f(ilio) Bergido F(laviensi) / omnib(us) hon(oribus) in re p(ublica) / sua func(to) sacerdoti / Romae et Aug(usti) p(rovincia) H(ispania) c(iterior) / ob curam tabulari(i) / censualis fideliter / administr(atam) statuam / inter flaminales / viros positam ex/ornand<a=U>m univers(i) / censuer(unt)

CIL II 4208. Tarragona.

C(aio) Cornelio / Valenti / Pompaelonensi / ob legationem / censualem gra/tuitam Sirmi pro/[s]pere gestam / aput(!) imperator(em) / p(rovincia) H(ispania) c(iterior)

CIL VI 332. Roma.

[Her]cul[i] / Victori / P(ublius) Plotius Romanus co(n)s(ul) sod(alis) Aug(ustalis) Cl(audialis) / leg(atus) Aug(usti) pr(o) pr(aetore) prov(inciae) Arab(iae) item Gal(atiae) / praefectus aer(arii) Sat(urni) leg(atus) Aug(usti) cens(ibus) acc(ipiendis) H(isp)aniae cit(erioris) / iur(idico) per Aem(iliam) Lig(uriam) cur(ator) viae Labic(anae) cur(ator) Verc(ellensium) / pr(aetor) urb(anus) trib(unus) pl(ebei) q(uaestor) kand(idatus) V(ir) eq(uitum) R(omanorum) tur(mae) II / trib(unus) mil(itum) legg(ionum) I Min(erviae) et II Adiut(ricis) IIIv(ir) v(iarum) cur(andarum) / aedem cum omni cultu consecravit

De forma más específica para el Noroeste, además de las informaciones sobre individuos participantes en la elaboración de los censos en la *Citerior*, aparecen dos documentos que pueden aportar más datos. El primero de ellos es un texto epigráfico bastante controvertido localizado en Pelou, Grandas de Salime (Asturias) y publicado en 2005 por Villa, De Francisco y Alföldy, cuyo estudio está aún pendiente de realizar. Se trata de una inscripción en letra cursiva sobre pizarra que contiene una relación de unos 50 nombres de individuos, de los que son legibles unos 35 y que se data a finales del siglo I d.C. Aunque los descubridores apoyen que se trata de una *tabula censualis* que recogería a los individuos sometidos a tributo en el territorio del *castellum* (Villa *et al.* 2005), otros autores han mostrado sus dudas sobre la identificación censal del documento (*e.g.* Mangas en *HEp* 14, 2005, 21; López Barja, 2014). Así, por ejemplo, López Barja ha asegurado recientemente que el carácter informal de la onomástica de la pizarra –los individuos aparecen recogidos con su *cognomen* a excepción de *Antonius Capito*– genera dudas sobre su identificación como un registro censal romano y apunta a que, probablemente, fue un documento de uso interno del asentamiento (López Barja, 2014: 464).

El segundo de ellos, es un fragmento de la obra de Plinio (*NH* 3, 4, 28) en el que el autor hace un recuento detallado de *populi* y *civitates* de los *conventus* del Noroeste. Probablemente estuviera sintetizando los datos de un censo realizado durante su procuratela en la *Citerior* en época de Vespasiano.

Iuguntur iis 22 populi diuisi in Augustanos et Transmontanos Asturica urbe magnifica: in iis sunt Gigurri, Paesici, Lancienses, Zoelae. Numerus omnis multitudinis ad 240.000 liberorum capitum. Lucensis conuentus populorum est sedecim, praeter Celticos et Lemauos ignibilium ac barbarie appellationis, sed liberorum capitum ferme 166.000. Simili modo Bracarum 23 ciuitates 285.000 capitum, ex quibus praeter ipsos Bracaros Bibali, Coelerni, Callaeci, Equaesii, Limici, Querqueni citra fastidium nominentur.

Como se observa en el texto, Plinio utilizó la expresión *numerus liberorum capitum*, por lo que debió de tratarse de un recuento total de habitantes del Noroeste (no únicamente de varones adultos). Probablemente, como han apuntado otros autores (e.g. Grelle, 1963: 32 y 42; Orejas y Sastre, 1999), la realización de un censo de este tipo se debió a que Roma sólo estaba interesada en conocer el número de comunidades sobre las que recaerían las cargas fiscales y el número de personas (entendidas como recursos) vinculadas a cada comunidad. Estos censos, probablemente, no recogían ni el nombre de cada individuo ni sus propiedades, pues lo único relevante para Roma era la suma total, es decir, de acuerdo a la categoría del *ager per extremitatem mensura comprehensus*, lo único interesante era el número de individuos de cada *populus* y la cantidad de tierra que le pertenecía a la comunidad. Por tanto, no tendría ningún interés realizar un recuento detallado en el que constase el patrimonio individual de cada habitante. Además, eran los agentes de la administración imperial los encargados de realizar estos censos (los *legati ad census accipiendos*) y no las entidades locales (Lo Cascio, 2000: 205-219), por lo que recogerían los datos que les interesaran a nivel fiscal. Internamente, la *civitas* podría repartir sus cargas como quisiera y no es de extrañar que pudieran realizar recuentos de otros tipos, pero este tipo de registros no interesarían a la administración imperial.

Sin embargo, esta opinión no es compartida por todos los investigadores. Así, López Barja estudiando los censos de Egipto, el archivo de Babatha (Arabia) y las referencias a datos censuales de Ulpiano y Flegonte de Tralles, ha propuesto que los censos relativos a ciudades peregrinas también recogieron los datos concretos (nombre, edad, patrimonio) referentes a los individuos de estas comunidades (López Barja, 2014: 461). Sin embargo, los argumentos de López Barja tienen ciertos problemas.

- En primer lugar es cierto que Ulpiano, al hablar sobre la *forma censualis* (Dig. 50, 15, 4) especifica que el declarante debía consignar en el censo el nombre de sus fundos y de la ciudad en la que se encontrasen, pero es posible que Ulpiano

se refiriera a declarantes que fueran ciudadanos romanos y no peregrinos, en cuyo caso el registro censual sería diferente (*vid.* Cap. 10.3)

- En segundo lugar, el texto de Flegonte de Tralles presenta muchos problemas. El autor escribió una obra sobre los longevos *Makrobíoi*, con datos tomados del censo, en la que enumeraba 97 hombres y mujeres que vivieron más de 100 años. Sin embargo, esto no prueba que los censos incluyeran esta información. Flegonte, cuya vida es además bastante desconocida, pudo recoger datos relevantes en provincias en las que prestó servicio como liberto del emperador Adriano, pero se desconoce si tales datos los obtuvo del censo provincial.
- Por último, el estudio de los censos de Egipto y del archivo de Babatha tampoco es definitivo. Centrándonos en Egipto, es sabido que en los censos documentados en la zona se indicaba el nombre completo del declarante, si se trataba de un sacerdote y la indicación de la procedencia. A continuación se facilitaba una mínima descripción de la casa y datos de los ocupantes y se hacía constar si había nacimientos, fallecimientos o cambios de residencia (López Barja, 2014: 462). Sin embargo, es bastante improbable que los censos del Noroeste recogieran la misma información. Esto se debe a que la motivación principal de la elaboración de los censos era hacer un recuento de la población con una finalidad fiscal y, como ha propuesto Sastre (2003), las formas de tributación en Egipto y en el Noroeste peninsular fueron distintas, como también fueron diferentes en las colonias y en las comunidades peregrinas, por lo que hay que suponer que los censos también recogerían diferente información:

1. En las colonias, donde se encuentra el *ager divisus et assignatus*, la responsabilidad tributaria era individual, puesto que los repartos de tierra también se hacían por lotes individuales (Grelle, 1963: 42). En los contextos en los que se procedía a realizar una *divisio et assignatio*, el tributo gravaba la propiedad de cada individuo sujeto a tributación a partir de una lista de contribuyentes en la que se incluían sus propiedades, generando un vínculo directo entre el propietario y el Estado, aunque la elaboración del censo solía depender, en estos casos, de las autoridades locales (Lo Cascio, 2000: 205-219). Así, lo afirma explícitamente la *lex Heraclensis* (1, 142-158), al decir que los *municipia*, *coloniae*, *praefecturae* tenían autonomía para realizar el censo por su cuenta. En *Hispania*, contamos con una inscripción de

Osset (*CIL* II 1256) en la cual los munícipes muestran su agradecimiento a Lucio Casio Polión por el censo realizado durante su duovirado, lo que confirmaría la elaboración del censo por la autoridad local. Este tipo de recuentos van a su vez ligados a un tipo de imposición fiscal que suele reconocerse como *tributum ex censu* y en la que es el individuo el que tributa por su propiedad recogida en el censo. El *tributum ex censu* puede ser complementario a otros tipos de impuestos, como el *tributum soli*, que gravaba la propiedad sobre suelo provincial (Neesen, 1980: 151ss; Lo Cascio, 1986: 44; Sastre, 2003: 163).

2. En el caso de Egipto, se ha documentado también la imposición de una auténtica capitación personal, la *laographia* (Sastre, 2003: 170ss), que se relaciona con el proceso concreto de provincialización egipcio y con la forma en que la población fue sometida a través de su condición como *dediticii* (Sastre y Orejas, en prensa). A modo de recordatorio, baste ahora decir que los dediticios fueron extranjeros sometidos por conquista que pasaron a ser propiedad del Estado romano, convirtiéndose en *nullius certae civitatis cives* (Ulp. *Dig.* 20, 4). De esto se puede deducir su incapacidad jurídica para ser propietarios, pues tanto sus bienes, como sus propias personas, pasaron a ser propiedad del Estado y ellos quedaron reducidos a fuerza de trabajo. En este contexto, Sastre ha propuesto que quedaron sometidos a *tributum capitis*, un impuesto de capitación que satisfacían con su propio trabajo y que hacía posible la explotación directa del *ager publicus* sobre el que se asentaban. Según esta hipótesis, el *tributum soli*, al ser un impuesto sobre la propiedad de la tierra, no podía afectar a los *dediticii*, caracterizados por la ausencia de ciudadanía local y, por eso mismo, por la negación por parte de Roma de la existencia de un vínculo de propiedad entre ellos y la tierra (Sastre, 2003: 166). Si el impuesto era personal, no es de extrañar que el censo reflejase un recuento individualizado.
3. Frente a este modelo, en el Noroeste, el sometimiento de las comunidades como *civitates peregrinae* hizo que la principal forma de tasación fuera el *tributum soli*. Existe documentación epigráfica que

permite confirmar la existencia de *civitates* peregrinas desde los primeros momentos tras la conquista (el ya citado Edicto del Bierzo, la participación de *civitates* en pactos de hospitalidad, *termini* entre el territorio del ejército y el de algunas *civitates* en tiempos de Claudio...). El Edicto del Bierzo permite, además, confirmar que la explotación del Noroeste por parte del Estado se basó en la consideración de las *civitates* como sujetos fiscales. Este sistema se basó, como ya ha sido comentado, en la definición de *agri per extremitatem mensura comprehensus* (Orejas y Sastre, 1999 y 2002; Orejas, 2002a; Orejas *et al.* 2006). Según Frontino (*De agrorum qualitate*, 7-9 = Th. 1-2), el territorio de las *civitates* provinciales era definido globalmente (*universus modus*), es decir, la labor del agrimensor consistía en la delimitación o definición de ese territorio y no en la *divisio* interna del mismo. Esta figura gromática de los *agri per extremitatem mensura comprehensus* fue probablemente aplicada de forma general en la organización del Noroeste por Augusto (Grelle, 1963: 30; Hinrichs, 1974: 115; Orejas, *et al.* 2000: 76).

El suelo delimitado perimetralmente era entregado a la comunidad peregrina. El territorio así definido era el que poseía carácter tributario y, por tanto, se reconocía personalidad jurídica a la *civitas* y no a los dueños de las distintas parcelas en las que se dividía el *ager*, de las que nada se sabe. Una vez efectuada esta entrega, Roma estipulaba el tributo que debía pagar la comunidad, pero no entraba en cómo debían ser repartidas las cargas fiscales entre sus miembros. Ésta era una cuestión que cada comunidad dirimía internamente.

De nuevo es posible acudir al Edicto del Bierzo para apoyar esta afirmación. El texto gira en torno a las concesión de la *inmunitas* a un *castellum* y el reconocimiento de su *possessio* sobre determinados *agri*, así como de las implicaciones de estas decisiones (Orejas *et al.* 2000: 78). Los *agri* poseídos por los *castella* sólo se entienden en el marco de la *civitas*, como formas de uso del suelo peregrino (Orejas y Sastre, 1999). El Edicto concedió a los *castellani Paemeiobrigenses* de la *civitas Susarrorum* la *inmunitas perpetua* y se les confirmó la *possessio* sobre su territorio. Como el tributo se imponía globalmente,

esto supuso un perjuicio a la *civitas*, que tenía que soportar la misma carga pero ahora con una parte de la población inmune. Para corregir el desequilibrio, se decidió que los *castellani Allobrigaicini* de la *civitas Gigurrorum*, pasaran a tributar con los *Susarri*, ocupando el lugar de los *castellani Paemeiobrigensis* y, en consecuencia, penalizando a los *Gigurri*.

Con este esquema de organización se relaciona la mención de *capita libera* que realizó Plinio, cuando incluyó el *numero omnium multitudinis* de cada *conventus iuridicum* mediante la cifra y expresión *capitum liberorum* (Plin. *NH* 3, 4, 28). Los *capita libera*, serían entonces personas libres de cualquier condición jurídica. La imposición del tributo se hizo de forma global sobre las *civitates*, por lo que el recuento de las poblaciones también se tuvo que realizar en bloque. Posteriormente eran las propias *civitates* las que decidían cómo repartir estas cargas internamente. Es por tanto improbable que Roma tuviera en consideración otros datos más concretos, al menos con fines fiscales, a la hora de elaborar los censos y que implicarían formas de tributación personal que pudieron ser ajenas al ámbito peregrino del Noroeste. El único matiz que puede introducirse se relaciona con la concesión de la ciudadanía latina por parte de Vespasiano y la aparición de ciudadanos romanos dentro de estas comunidades rurales, aspecto que pudo alterar en cierto sentido las formas de tributación. Se trata ésta de una cuestión que se valorará en el apartado correspondiente (*vid.* Cap. 10.3).

Existieron, por tanto, distintas soluciones adoptadas a la hora de someter y explotar tributariamente a las comunidades provinciales y dentro de éstas el Noroeste presenta cierta especificidad administrativa que se fue definiendo a lo largo de los siglos I y II d.C. Este proceso está sin duda relacionado con la existencia de los grandes *metalla publica*, cuya gestión directa por parte del poder imperial, requirió de la presencia de *procuratores* directamente dependientes del emperador y de la intervención de miembros del ejército. Pero es posible que en la definición de este aparato administrativo también se contaran otras razones relacionadas con la articulación de la tributación en un sentido más amplio. Frente a las comunidades privilegiadas, que organizaban internamente los censos y luego comunicaban los

resultados a las autoridades romanas, las *civitates* peregrinas del Noroeste no tuvieron esta prerrogativa y fueron las autoridades romanas, quizá a través del *procurator*, las encargadas de elaborar los recuentos y establecer los tributos, coordinando, entre otras cosas, el trabajo minero. La fiscalidad, así organizada, fue necesaria para organizar las explotaciones mineras a una amplia escala. En este sentido, las capitales conventuales del Noroeste, que como se verá en el siguiente capítulo tuvieron un papel central, también pueden relacionarse con la articulación de este sistema fiscal.

9

ANÁLISIS TERRITORIAL DEL NOROESTE DESDE ÉPOCA FLAVIA A FINALES DEL SIGLO II D.C.

Una vez definido el aparato administrativo para gestión del territorio minero, en este capítulo se propone analizar la articulación de las comunidades vinculadas con las explotaciones de oro. Como ya se adelantó, las nuevas *civitates* que fueron puestas al servicio de los intereses imperialistas romanos, constituyeron, junto con la administración romana, el otro pilar sobre el que se fundamentaron las labores mineras. Es necesario entonces detenerse en estas unidades, en su configuración interna y en sus relaciones espaciales, para entender cómo se articuló la minería del Noroeste. Para ello, se ha planteado un estudio territorial y diacrónico, que permite analizar los cambios y continuidades desde época flavia hasta finales del siglo II d.C. Si, como se ha visto, el aparato administrativo experimentó una serie de cambios a lo largo del Alto Imperio, hay que preguntarse si las *civitates* fueron objeto también de reestructuraciones sociales y territoriales y cómo se relacionan estos cambios con los intereses del Estado sobre la explotación del Noroeste.

Evidentemente, en el registro material que se va a analizar queda reflejada la existencia de la dualidad territorial a la que ya me he referido: el *ager publicus* (minas) y el *ager peregrinus* (*civitates*). La presencia de *metalla publica* gestionados directamente por el fisco, generó un registro que indica la presencia de la administración romana vinculada a las explotaciones. Éste coexistió, a su vez, con un registro local relacionado con las comunidades locales, con sus grupos de poder a la cabeza. Los materiales que caracterizan el primer plano son de importación (cerámicas itálicas y del Mediterráneo oriental, vidrios, técnicas constructivas y decoraciones propias de la edilicia itálica) y un registro epigráfico vinculado con la administración romana y el ejército. Mientras, el segundo plano queda definido a través de materiales de producción local, en los que se advierte la progresiva introducción de producciones y prácticas romanas. Sin embargo, no hay que pensar en la existencia de dos registros materiales

paralelos y aislados, puesto que ambos, aunque cualitativamente distintos, fueron permeables, aspecto que ejemplifica bien la epigrafía, práctica romana rápidamente incorporada por las poblaciones locales (*vid.* Cap. 3.2.2).

En este capítulo, a partir de una selección de zonas y elementos arqueológicos y epigráficos, se evaluarán los cambios detectables a partir del último tercio del siglo I d.C. Para ello, es necesario abrir o cerrar el foco de análisis, lo que permite estudiar distintas cuestiones: a escala local, es posible centrarse en los cambios apreciables en el seno de las *civitates*. En una escala regional, se pueden analizar las relaciones de las distintas *civitates* y de éstas con el *ager publicus*, gestionado directamente por el Estado romano.

9.1. La jerarquización social y territorial en época flavia.

9.1.1. Cambios en el seno de la *civitas*. El abandono del hábitat castreño.

Lamentablemente, el funcionamiento interno de las *civitates* resulta desconocido en muchos ámbitos. Como se ha visto, la figura del *ager per extremitatem mensura comprehensus* utilizada por Roma, le permitió al Estado satisfacer sus intereses a través del tributo impuesto globalmente a las *civitates* peregrinas (Orejas y Sastre, 1999), pero al mismo tiempo, esto ocasionaba que Roma no regulase ciertos aspectos relacionados con el funcionamiento interno de estas comunidades y que hoy apenas tengamos información acerca de la organización de las mismas. A pesar de ello, la arqueología y la epigrafía son fuentes que han permitido acercar parcialmente la realidad interna de las *civitates*. Gracias a ellas es posible contar con datos sobre los asentamientos que conformaron el territorio de las *civitates*, lo que permite documentar una serie de fenómenos vinculados con el funcionamiento y la organización de las mismas. Como se verá, estas fuentes apuntan a que en época flavia se produjo un cambio que es necesario evaluar: por una parte, se documenta el abandono del hábitat de morfología castreña y por otra, el fin de la aparición de la mayor parte de las referencias epigráficas a *castella*, *castellani* y el uso del signo \sqsupset .

• El abandono del hábitat castreño

Para analizar esta cuestión es imprescindible partir de ciertas investigaciones que se han desarrollado en los últimos años para distintas regiones del Noroeste peninsular (*e.g.* Fenández Ochoa, 1982; Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985; Fenández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988; Sánchez-Palencia *dir.*, 2000; Villa, 2001; Sánchez-Palencia y Orejas, 2002; Fernández-Posse, 2002; Orejas, 1996 y 2005; Currás, 2014; Romero, 2016). Estos trabajos han demostrado cómo la presencia de castros en época romana no podía explicarse como una pervivencia de las formas de ocupación prerromanas. Los asentamientos de tipo castro de época romana habían perdido la coherencia que permitía caracterizar al poblamiento castreño prerromano y carecían de la identidad como articuladores territoriales que habían tenido antes de la conquista. Desde ese momento, el castro dejó de cohesionar a la comunidad y fue el sistema de *civitates* impuesto por Roma el nuevo marco de referencia.

Sin embargo, no es posible obviar que la morfología castreña, aunque privada de la identidad que había poseído en época prerromana, pervivió a lo largo de los siglos I y II d.C., llegando, en algunos casos, a prolongarse hasta la Antigüedad tardía. Existen varios ejemplos de castros con secuencias cronológicas precisas, que así lo constatan a lo largo de todo el Noroeste. Algunos de estos castros, con fases de ocupación prerromanas más o menos dilatadas cronológicamente, siguieron ocupados tras la conquista, alcanzando un gran desarrollo en los siglos I y II d.C. Los castros de Coaña (Fernández Ochoa y Villa, 2005) y Chao Samartín (Villa, 2002a, 2002b y 2007b), ambos localizados en el valle del Navia, son buenos ejemplos de este proceso, a los que se pueden sumar numerosos casos más a lo largo del Noroeste.

Además, se comprueba que algunos castros no sólo permanecieron ocupados tras la llegada de Roma, sino que se fundaron en un período en el que la influencia del Imperio era ya evidente. Así, entre la segunda mitad de siglo I a.C. y el cambio de Era, se crearon varios asentamientos de grandes dimensiones, bien como fundaciones *ex novo*, bien a partir de remodelaciones de asentamientos anteriores, que supusieron una forma de ocupar el espacio diferente en un momento en el que la presencia de Roma era ya muy intensa (Bello y Peña, 1995: 172). Santa Trega (Peña, 2001), Briteiros (Lemos y Cruz, 2005-2006), Sanfins (Silva y Centeno, 1980) o San Cibrán de Lás (López González *et al.* 2004), son buenos ejemplos de este fenómeno de aparición de grandes castros en las áreas gallega y portuguesa. Algunos de estos asentamientos tienen cronologías iniciales que llevan a fechas claramente romanas, de los que hay ejemplos

tanto en Galicia (*e.g.* Viladonga, en A Terra Chá: Arias Vilas y Fábregas, 2003; Agra dos Castros, en Lugo: Bartolomé, 2008; castro de Armea, en Allariz: Fernández Fernández, 2014; Tierra de Lemos: Grande Rodríguez, 2007: 125-126), como en otros de la zona leonesa (*e.g.* la Corona del Cerco, en Borrenes, que se empezó a construir en un momento inmediatamente anterior a las guerras cántabras o ya durante su desarrollo, Fernández Posse y Fernández Manzano, 2000: 85). Por último, otros castros se fundaron aún con más posterioridad, en horizontes cronológicos postconquista. En este último grupo destacan los llamados castros mineros, de los cuales es posible hallar ejemplos a lo largo de distintas zonas del Noroeste, tal y como se verá.

Al trazar una panorámica, se comprueba, por tanto, que la ocupación romana de los castros es un hecho generalizado en el conjunto del Noroeste. Así, existen ejemplos en Zamora, en Peña Redonda (Villardiegua de la Ribera) o Sejas de Aliste (Esparza, 1984, 1987 y 2012; Romero, 2016: 376ss), en la región gallega del Baixo Miño, donde el 57% de los 161 castros presentan fases romanas documentadas (porcentaje que asciende al 82% si se tienen en cuenta únicamente los 111 castros en los que aparece material en superficie) (Currás, 2014: 850), o en el valle del Cávado, donde el 64% de los castros presentan datos de ocupación romana (Martins, 1990). En ocasiones, estos castros prolongaron su ocupación hasta la tardoantigüedad, tal y como se comprueba en los castros de Viladonga (Arias Vilas y Fábregas, 2003) y Neixón Grande (Ayán, 2008), por poner un par de ejemplos de casos bien conocidos.

Este panorama se completa con otros castros que tras ser abandonados, bien en la Edad del Hierro, bien a lo largo de los siglos I y II d.C., volvieron a ser ocupados en la Antigüedad tardía. Se trata de un fenómeno mal definido y aún insuficientemente estudiado, pero que a pesar de ello, está documentado a lo largo de todo el Noroeste: tanto en la *Asturia* transmontana y el oriente lucense (*e.g.* Os Castros de Taramundi y Pelóu: Villa *et al.* 2007; Montes López *et al.* 2009: 321; Menéndez Granda *et al.* 2013: 196; Gutiérrez González, 2015: 10), como en la región galaica (*e.g.* castro de Montealegre: Aboal y Castro, 2006: 139) y en zonas más próximas a *Asturica* (*e.g.* Castro de la Magdalena, próximo a Castrillo de los Polvazares, Corona de Quintanilla y Chana de Somoza: Domergue y Sillières, 1977; Orejas, 1996: 172).

Esta visión general muestra cómo las poblaciones locales, a pesar de ser redistribuidas tras la conquista (Orejas, 1996: 176), se instalaron en asentamientos similares a los que habían ocupado anteriormente. Éstos, sin duda, carecieron de algunos de sus rasgos prerromanos como el respeto territorial entre comunidades o la

tendencia al autoabastecimiento, además de registrarse la ruptura de los límites del recinto en algunas ocasiones, cambios en las dimensiones y modificaciones en la ordenación del espacio (Fernández-Posse *et al.* 1993: 2016; Orejas, 1996: 115ss; Álvarez González, 1997: 5-17). Sin embargo, la presencia de castros de cronología romana es un fenómeno extendido en el Noroeste.

El estudio de este fenómeno y las causas que lo explican presentan, desde mi punto de vista, dos problemas fundamentales: en primer lugar la falta de excavaciones arqueológicas que permitan precisar las cronologías absolutas y el período de ocupación de muchos castros. Tan sólo se tienen datos de los yacimientos que han sido objeto de excavaciones y esto genera un conocimiento del registro parcial y desigual. A la espera de futuros trabajos, que pueden alterar el panorama de información disponible, es preciso trabajar con los escasos datos existentes y esto, evidentemente, ocasiona que las conclusiones extraídas no sean definitivas.

En segundo lugar, el análisis del Noroeste está marcado por la generalización de interpretaciones condicionadas por conceptos historiográficos previos, que han defendido el carácter prerromano de los castros como elementos que pervivieron desde la Edad del Hierro y que son pruebas de la escasa romanización de esta región (Rodríguez Fernández, 1994: 158), al menos hasta época flavia y la concesión del *ius Latii* (Peña, 1992: 386-387; Pereira, 2005a: 124 y 127). Esto ha impregnado muchos de los estudios que se han realizado sobre los asentamientos de morfología castreña y ha servido para apoyar que su abandono fue consecuencia del proceso desigual de romanización, lo que lleva a afirmar que los cambios verdaderamente significativos no se produjeron hasta finales del siglo I d.C. (González Ruibal, 2006: 619). Los registros arqueológicos, en los que las producciones locales tienen mucho peso frente a elementos cerámicos considerados romanos (como la *terra sigillata*), han contribuido a generar también esta imagen de continuidad prerromana. Esta cuestión enlaza con el tema de la llamada “cerámica de tradición indígena”, una producción local que aparece, sin embargo, en yacimientos de clara adscripción romana, como por ejemplo en la segunda fase de El Castro de Corporales (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 245 y 323) y que obliga a replantear la necesaria identificación de ciertas cerámicas locales con el mundo prerromano.

De hecho, una lectura atenta del registro permite alterar esta visión y confirmar que ni los castros romanos son testigos de la marginalidad del Noroeste y el continuismo prerromano, ni su abandono tiene una correspondencia unívoca con la

concesión del *ius Latii* de Vespasiano y la progresiva romanización. En líneas generales, la llegada de Roma supuso, bien el abandono de asentamientos castreños, o bien un cambio radical en los patrones de poblamiento, que incluyeron modificaciones en el seno de los castros, en las relaciones espaciales de éstos y en las formas de organización territorial. Los asentamientos que permanecieron ocupados muy poco tienen que ver con los prerromanos, puesto que se insertaron en una nueva realidad territorial tras la conquista. Esto ha quedado bien documentado en aquellas regiones en las que se han llevado a cabo análisis territoriales y se han podido evaluar los cambios en los patrones de poblamiento entre la Edad del Hierro y el período romano. En este sentido destacan los trabajos de Álvarez (1990, 1993a, 1993b y 1997) en el valle del Noceda, de Orejas (1996) en la cuenca noroccidental del Duero, de Sánchez-Palencia (ed. 2000) en Las Médulas y las recientes investigaciones presentadas en las tesis doctorales de Currás (2014) en la cuenca del Baixo Miño y Romero (2016), en las comarcas zamoranas de Aliste y Sayago y el oriente del distrito de Bragança. En otras regiones, la ausencia de estudios de poblamiento ha dificultado el análisis de la cuestión, pero en los últimos años, gracias fundamentalmente a la realización de varias excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en algunos castros, se ha podido avanzar y todo apunta en la misma dirección. En concreto destacan los estudios llevados a cabo en la *Asturia* transmontana, donde en las últimas décadas se ha ido perfilando un poblamiento prerromano, todavía no muy bien caracterizado, pero que revela diferencias fundamentales con los esquemas romanos (Marín, 2011: 637), tal y como están confirmando las excavaciones de algunos castros de la mitad occidental asturiana y la Campa Torres en el entorno de Gijón (Villa, 2002b; Fernández Ochoa, 2006).

La existencia de fases prerromanas en varios de los castros excavados no equivale a decir que la conquista fue poco efectiva o no existieron cambios respecto a la época precedente. De hecho, los espacios internos de estos asentamientos experimentaron remodelaciones profundas. Las construcciones prerromanas se amortizaron o se adaptaron a la nueva organización de los poblados. Se construyeron nuevos edificios de planta ortogonal, o se compartimentaron las estancias. Incluso la muralla experimentó alteraciones, pues aunque con excepciones, a lo largo de todo el Noroeste y en época romana, se construyeron viviendas adosadas o muy próximas a la misma, eliminando la posibilidad de circulación entre ellas y las unidades domésticas, tal y como confirman las excavaciones del Chao Samartín (Villa, 2007b: 128), Viladonga (Arias Vilas, 2000) o Briteiros (Lemos y Cruz, 2005-2006), por poner

algunos ejemplos. La muralla dejó de ser la referencia de toda la comunidad, como ocurría anteriormente (Fernández-Posse, 2001: 23 y 31ss; 2002) y se produjo una jerarquización de las propias viviendas y los espacios del asentamiento. En las producciones cerámicas, aparecen cerámicas comunes romanas y *terra sigillata*, especialmente a partir de mediados del siglo I d.C., coincidiendo con la generalización de las producciones hispánicas. El castro ya no está formado por un conjunto de unidades domésticas equivalentes y en su interior surgieron residencias de carácter aristocrático, de la que es un buen ejemplo la *domus* del Chao Samartín, vinculada probablemente al aparato administrativo-militar romano (Villa, 2007b: 128; Montes *et al.* 2013).

Todos estos estudios confirman que, en la etapa imperial romana existen castros ocupados, pero que se imbrican en un patrón de poblamiento radicalmente diferente al de la última fase de la cultura castreña prerromana, en términos morfológicos, funcionales y de jerarquización. Se insertan en una estrategia de ocupación y explotación del territorio guiada por los intereses imperialistas romanos y por ello son sustancialmente distintos los emplazamientos y las situaciones de los núcleos de población, su distribución en el espacio, el control visual del entorno, la accesibilidad y el acceso a los recursos, que pasa de ser equilibrado (en función de la tendencia autosuficiente de las comunidades prerromanas), a orientado (en función de los requerimientos del sistema fiscal romano). El castro, como elemento central en la articulación social y territorial en la Edad del Hierro, pierde su papel rector en época romana al quedar inserto en la *civitas*, nueva unidad de referencia. En este sentido, uno de los casos más significativos es el de los castros que se vinculan con la explotación minera y que fueron mencionados líneas más arriba. Generalmente se identifican con el nombre de castros o coronas mineras y representan una de las consecuencias más visibles arqueológicamente de los cambios de poblamiento tras la conquista y la imposición del sistema romano de explotación provincial.

Los castros mineros se denominan así porque formalmente son asentamientos delimitados e individualizados en el paisaje, aunque como se ha dicho, se insertan en un sistema romano que nada tiene que ver con la estructura social y territorial de la Edad del Hierro. El apelativo “minero” es igualmente confuso, pues proyecta la imagen de una economía sectorializada y una dedicación exclusiva de los habitantes de estos asentamientos, visión que como se ha adelantado, resulta anacrónica a la hora de definir a estas comunidades. Las investigaciones que se han desarrollado en las zonas mineras

demuestran que la minería no fue una actividad exclusiva y que las comunidades locales desarrollaban, en estas mismas áreas, actividades agropecuarias (Sánchez-Palencia, 2012b: 173-175; Sánchez-Palencia *et al.* 2012: 209- 211). Además, los castros mineros no pueden entenderse como unidades autónomas de poblamiento, como ocurría en la Edad del Hierro, puesto que en época romana estuvieron imbricados en el marco de la *civitas*, entidad estructuradora del territorio (Orejas y Sastre, 1999). Evidentemente, esto no significa que fueran asentamientos que carecieran de una vinculación más significativa con la minería que otros en los que la principal

tendencia funcional fue agropecuaria (como los casos estudiados por Álvarez, 1997: 12 o los asentamientos castreños agrícolas del Turienzo recogidos por Orejas, 1996: 147), pero esto no debe llevar a caer en actualismos para hablar de estos asentamientos. Así pues, lo que define a estos castros es su relación espacial con las labores mineras, no su dedicación exclusiva en el desarrollo de esta actividad. De hecho, algunos de estos castros se caracterizan porque sus elementos de delimitación se hicieron a partir del empleo de la fuerza hidráulica, creándose unas plataformas habitables en medio de las labores (*vid.* **Img. 49**). Estos sitios se han documentado en la Cabrera (*e.g.* Castro de Corporales, Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988), en la cuenca noroccidental del Duero (*e.g.* las coronas de Filiel y Boisán, Corona de Quintanilla, los Castellones, la Corona de Luyego y Corona de El Ganso, entre otros: Domergue y Sillières, 1977: 27-31 y 95ss; Domergue y Martin,

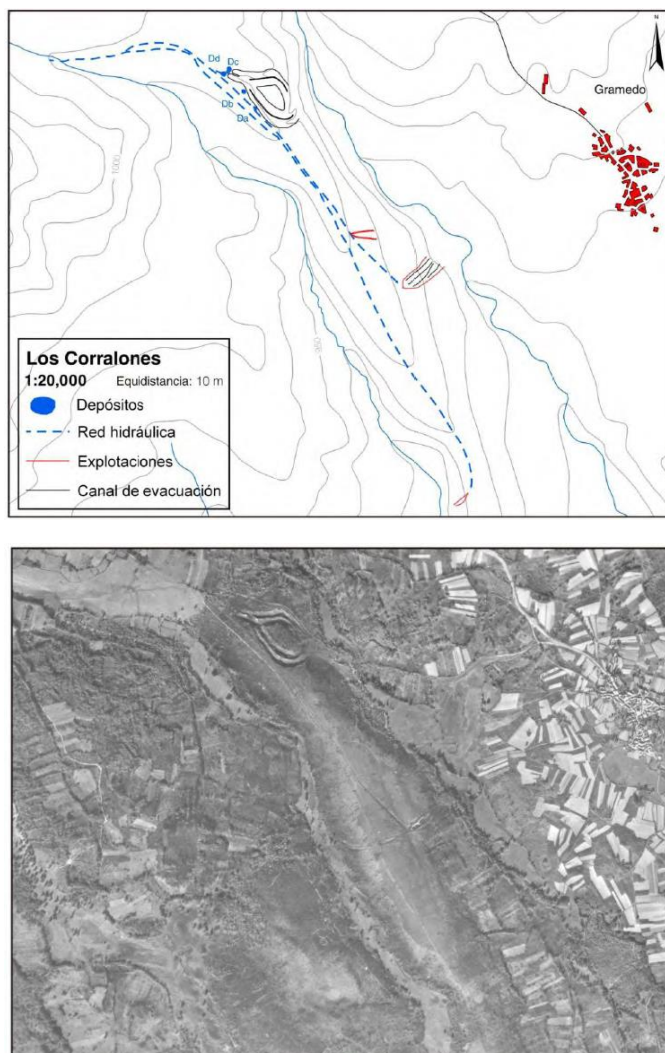


Imagen 49.- Fotointerpretación de Los Corralones de Espadañado. Fuente: Currás *et al.* 2014: 220, fig. 3

1977; Domergue y Herail, 1978: 130; Orejas, 1996: 129), en el valle del Noceda (*e.g.* el Corón de San Pedro, Las Torcas, entre otros: Álvarez, 1990 y 1993b), en el Val de Quiroga (López González, 1990), en varios puntos de El Bierzo, en el valle del Tera (Los Corralones: Esparza, 1984: 51 y 1985), en la zona de Viana do Bolo (Torre dos Muros: Xusto Rodríguez, 1993), y en el valle del Miño (A Graña: Currás, 2014: 852ss). Estos castros rompieron radicalmente con los patrones de poblamiento de la Edad del Hierro y revelan una estrategia territorial nueva, orientada por la presencia de minas y las exigencias romanas de explotación fiscal.



Imagen 50.- Corona de El Ganso. Cuenca noroccidental del Duero. Fuente: A. Orejas (EST-AP. IH, CSIC).

Los nuevos esquemas de ocupación del espacio se hacen aún más evidentes cuando se comprueba que, además de los cambios que se han comentado, en época romana apareció una gran variedad de asentamientos abiertos o en llano. Unos orientados a la explotación agraria en terrenos localizados en las vegas de los ríos y otros vinculados también a las labores mineras, como el caso de Huerña y Santa Marina en el valle del Duerna (Domergue y Sillières, 1977; Domergue, 1990: 199) u Orellán, en Las Médulas (Orejas y Sastre, 2000: 264-265), donde se ha documentado una importante actividad metalúrgica. Algunos de estos asentamientos actuaron como ejes

de control y responden a modelos constructivos romanos (ocupados quizá por la administración o por élites que adoptaron pautas constructivas de los dominantes), de los que son claros ejemplos El Soldán, Huerña, y Las Pedreiras de Lago. En este último yacimiento, en concreto, se excavó una *domus* del siglo I d.C. que incorpora claramente los nuevos materiales constructivos y las formas de articulación del espacio en torno a patios que identifican la arquitectura romana (Sánchez-Palencia ed. 2000: 291-293). Este yacimiento puede vincularse tanto con los grupos de poder, intermediarios entre el Estado y las comunidades locales para explotar el territorio, como con los miembros de la administración y el ejército relacionados con la minería.

En síntesis, los castros se insertaron en una estrategia de ocupación y explotación del territorio guiada por los intereses imperialistas romanos y totalmente distintos a la tendencia autosuficiente que había guiado a las comunidades prerromanas, por lo tanto no es posible hablar de continuismo con la fase anterior a la conquista. Algunos castros se abandonaron, pero los que permanecieron ocupados carecen del carácter de articuladores sociales y territoriales, a la vez que empezaron a convivir con distintos tipos de asentamientos en el seno de la *civitas*. Así pues, algunos castros continuaron ocupados, pero sólo en el sentido de un mantenimiento del mismo lugar de localización y no de un modelo de ocupación en sentido amplio como el castreño, que es sustituido radicalmente por el nuevo sistema de *civitates*. Y lo mismo puede decirse de los castros de fundación en época romana, cuya lógica territorial no tiene nada que ver con el mundo prerromano. De hecho, la existencia de castros creados en época romana, pone de relieve la inutilidad de aplicar modelos que vinculan elementos formales (como la existencia de sistemas de delimitación) con distintos grados de romanización.

Entre la segunda mitad del siglo I d.C. y el siglo II d.C., salvo excepciones, se produjo el abandono generalizado de los asentamientos de morfología castreña. Sin embargo, no hay que pensar en el abandono de unos castros prerromanos, sino en unos que, habiendo conservado un elemento definitorio como era la estructura de delimitación, ya nada tenían que ver con el hábitat anterior a la conquista. Sin duda se trata de un proceso largo, complejo e influido por las particularidades de cada zona en concreto, que ha dejado numerosos ejemplos a lo largo de todo el Noroeste, y que ha sido estudiado de forma desigual. Tan sólo existen amplios trabajos de zonas concretas, como en la cuenca noroccidental del Duero (Orejas, 1996: 173), en varios puntos de El Bierzo (Sánchez-Palencia, 2000), en el curso del Bajo Miño (Currás, 2014: 848ss) y zonas de Galicia (Ayán, 2011), en regines portuguesas como la de la cuenca del Cavado

(Martins, 1990: 216) o en los castros asturianos (Villa, 2002; Marín, 2011: 673ss), el occidente de Zamora y Terra de Miranda (Romero 2016: 358ss). Con ello se ha dibujado un panorama heterogéneo, marcado por la desigualdad en los ritmos de abandono y salpicado de numerosas excepciones. Así, algunos castros permanecieron ocupados hasta el siglo II d.C., en ocasiones rompiendo el recinto y manteniéndose como asentamientos abiertos (*e.g.* Chao Samantín, Villa, 2002a: 152), otros hasta la Antigüedad tardía (*e.g.* Viladonga, Arias Vilas, 2000) y otros fueron objeto de ocupaciones discontinuas (como en el caso de los castros que volvieron a ser habitados en los siglos IV-V d.C.). Los motivos que llevaron a abandonar algunos castros y mantener otros son desconocidos, pero probablemente las causas respondan a distintos contextos locales, a la localización más o menos ventajosa de estos asentamientos con relación a los recursos, las vías de comunicación, etcétera.

A falta de otras informaciones, es posible ver una tendencia hacia el abandono del hábitat de morfología castreña a lo largo de los siglos I y II d.C., pero ésta debe de ser entendida en clave de procesos. No es posible marcar el período flavio como el punto de inflexión definitivo, pues en realidad estamos frente a un proceso que arrancó en la conquista o incluso antes en algunas zonas –cuando el castro perdió su papel como articulador del territorio y empezó a convivir con otro tipo de poblados en el seno de la *civitas*–, y se prolongó a lo largo de los siguientes siglos de forma desigual. La información arqueológica muy fragmentada, las heterogéneas investigaciones llevadas a cabo en las distintas zonas y los desarrollos locales particulares, marcan la historia de la evolución del hábitat de morfología castreña. Sin embargo, si es posible señalar un punto de inflexión en el desarrollo de estos asentamientos, ese es el de la conquista romana.

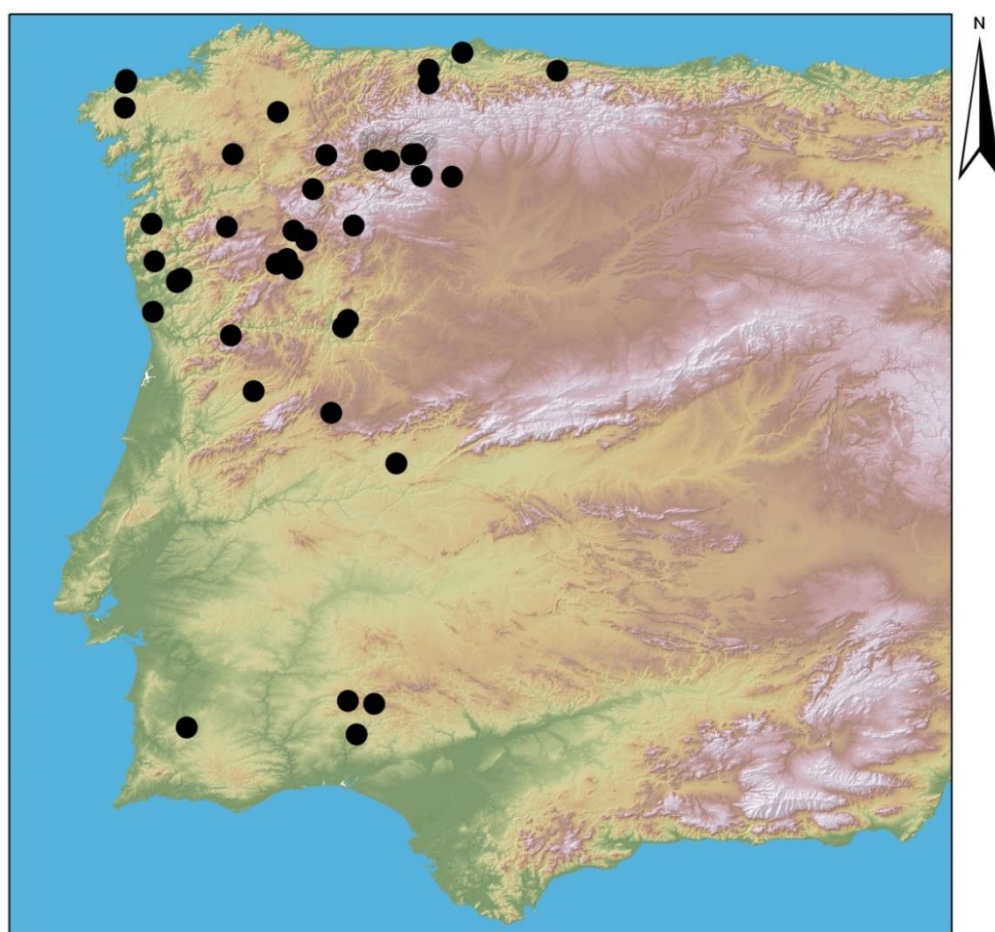
• Los *castella* en la epigrafía del Noroeste

La visión de que la época flavia fue el momento de abandono definitivo del hábitat castreño, ha estado muy condicionada por ciertas reconstrucciones historiográficas, herederas de una serie de interpretaciones que se han realizado sobre algunos elementos que aparecen en las inscripciones de una parte importante del Noroeste, donde se documenta el signo \supset y la mención del origen de los individuos a través de referencias al término *castellum* o *castellani*. Algunos de estos testimonios aparecen en el Edicto del Bierzo y la Tábula del Caurel, así como en varias inscripciones tanto en Asturias (e.g. Villaverde, Belmonte de Miranda: *HEp* 5, 1995, 39; La Corredoira, Vegadeo: *ERA* 14; Ablaneda, Salas: *CIL* II 5739), como en León (e.g. S. Andrés de Montejos: *ERPL* 46; El Valle, Folgoso de la Ribera: *ERPL* 24; S. Esteban del Toral, Bembibre: *ERPL* 4; Andiñuela: *ERPL* 153; San Esteban, Cacabelos: *ERPL* 158; Astorga: *ERPL* 155, *ERPL* 170) y Galicia (e.g. Santiado de Cadós, Bande: *CIL* II 2520; Santa María, Puebla de Trives: *IRG* IV, 119; San Martín, Castro de Cabanca, Castrelo del Valle: *IRG* IV, 66)⁸⁰. A estos ejemplos habría que sumar otros epígrafes hallados en distintos puntos del Noroeste o de la Península que hacen referencia a *castella* pertenecientes a la zona de estudio (**Mapa 6**), como son los casos documentados en Huelva (en Calañas y Jabugo, respectivamente) del *castellum Berensis* (*CIL* II 5353) y de \supset *Talabrica* (*CILA* I 24), *castella* de la *civitas Limicorum*. También en Vila do Toruo, Sabugal, Guarda, se localizó un epígrafe con referencia a \supset *Arcucis*, *castellum* de esta misma *civitas* (*HEp* 2, 1990, 809).

<i>HEp</i> 5, 1995, 39. Villaverde, Belmonte de Miranda, Asturias. <i>Bodocena Aravi f(ilia) \supset Agubri an(norum) XII h(ic) s(ita) e(st)</i>	<i>ERPL</i> 46. San Andrés de Montejos, Ponferrada, León. <i>Iovi / \supset Que/ledi/ni</i>
<i>ERPL</i> 24. El Valle, Folgoso de la Ribera, León. <i>Naviae D(---) \supset P(---) P(---) R(---)</i>	<i>ERPL</i> 4. S. Esteban del Toral, Bembibre, León. <i>Deae / Cendu/ediae / sacru/m cas/tellani</i>
<i>HEp</i> 8, 1998, 334, O Caurel, San Pedro de Esperante, Folgoso de Caurel, Lugo. (Tábula de El Caurel) <i>....hospitium fecit cum Lougeis castellanis Toletensibus...</i>	<i>ERPL</i> 153. Andiñuela, Santa Colomba de Somoza, León. <i>Eburia Calveni f(ilia) Celtica Sup(ertamarca/ertamarica) \supset Lubri an(norum) XXVI h(ic) s(ita) e(st)</i>
<i>ERPL</i> 304. Alto Bierzo, León. (Edicto del Bierzo). <i>...castellanos Aliobrigiacinos ex gente gigurrorum volente ipsa civitate... ...castellani Paemeiobrigenses ex gente Susarrorum desciscuntibus...</i>	<i>ERPL</i> 158. San Esteban, Cacabelos, León. <i>Festus Lovesi f(ilius) Interamicus exs \supset Louciocelo hic sepelitus est an(norum) III</i>

⁸⁰ Una reciente recopilación para todo el Noroeste en Orejas y Ruiz del Árbol, 2010: 1114ss. También recopilaciones en Pereira, 1982 y Brañas, 2000. En la tabla sólo se mencionan los ejemplos que se encuentran en las zonas analizadas en el estudio de poblamiento de este capítulo.

<p>ERPL 155. Astorga, León. <i>Fabia Eburi f(ilia) Lemava ⊃ Eritaeco an(norum)</i> <i>XL Virius Caesi f(ilius) Lema[v]us eodem</i> <i>an(norum) VII hic s(iti) s(unt) Caessius</i></p>	<p>CIL II 5667. Astorga, León. <i>Fusca Coedi f(ilia) Celtica Superta(marica) ⊃ [B]laniobrense</i> <i>Secoilia Coedi f(ilia) soror sua posuit</i> <i>Toletensibus...</i></p>
<p>CIL II 2520. Santiago de Cadós, Bande, Ourense. <i>Medamus Arcisi f(ilius) hic situs est caste[l]lo</i> <i>Meidunio monumentum fecerunt Ancondei amico</i> <i>caro</i></p>	<p>ERA 14. La Corredoira, Vegadeo, Asturias. <i>Nicer Clutosi [f(ilius)] ⊃ Cariaca principis Albionum</i> <i>an(norum) LXXV hic s(itus) est</i></p>
<p>CIL II 5739. Ablaneda, Salas, Asturias. <i>Flaus Auledi f(ilius) Cabarcus ⊃ Beriso</i> <i>an(norum) XV h(ic) s(itus) e(st)</i></p>	<p>IRG IV, 119. Santa María, Puebla de Trives, Ourense. <i>Popillius Hirsutus Flavi Vendieci f(ilius) Lanci(ensis?) ⊃ domo</i> <i>Vacoeci an(norum) XXXII h(ic) s(itus) e(st)</i></p>
<p>IRG IV, 66. San Martín, Castro de Cabanca, Castrelo del Valle, Ourense. <i>L(ucius) Cas(ius) Caen(icus) Tamac(anus?) ⊃</i> <i>Nem[---]? dec(urio) al(ae) I Gig(urrorum)</i> <i>comp(luribus) bel(lis) torq(uiibus) [p]hal(eris)</i> <i>[bi]s donatus Iovi O(ptimo) M(aximo) v(otum)</i> <i>s(olvit) l(ibens) a(nimo)</i></p>	<p>HEp 2, 1990, 809. Vila do Touro, Sabugal, Guarda. <i>Fuscus Severi f(ilius) Lim(icus) ⊃ Arcuce an(norum) XXII h(ic)</i> <i>s(itus) e(st) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis) p(ater) f(aciendum)</i> <i>c(uravit) curante Tauroco</i></p>
<p>CIL II 5353. Calaña. Huelva. <i>Reburrus Vacisi f(ilius) castello Berensi Limicus</i> <i>h(ic) s(itus) e(st) [---]ou frat(e)r fecit</i></p>	<p>CILA I, 24. Jabugo. Huelva. <i>Anceitus Vaccei f(ilius) Limicus ⊃ Talabriga an(norum) XXII</i> <i>h(ic) s(itus) e(st) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis) [F]lavus Aquilus</i> <i>frat[er] sui et Talavius Clautius Cloutai f(ilius) et Urtenius [..]</i> <i>Turdae (filius) et frates eius [f]aciendum curaveru[nt] ob</i> <i>m(erita) eius</i></p>



0 50 100 150 200 km **Mapa 6.-** Localización de las inscripciones con C invertida.

Analizar el fenómeno de la aparición de la \supset y de las referencias a *castella* y *castellani*, es una tarea complicada que ha tenido ya una larga trayectoria en el mundo de la investigación. La interpretación actual sobre este signo parte, mayoritariamente, de los trabajos de Albertos (1975, 1977, 1988), investigadora que propuso la lectura del



Imagen 51.- Estela de *Fabia Eburi f.* y *Virius Caessi f.* del \supset *Eritaeco*, procedente de Astorga (AE 1982, 575). Fuente: EST-AP (IH. CSIC)

signo \supset como *castellum* (Albertos, 1975: 64-66) y cuyas ideas han sido luego desarrolladas por otros (e.g. Pereira, 1978, 1983, 2005a; Le Roux y Tranoy, 1983; Santos Yanguas, 1985; Beltrán Lloris 1988 y 1992; Tranoy, 1993; Brañas, 1995, con revisión historiográfica y 2000; Mangas y Olano, 1995; López Barja, 1999; Alarcão, 1999).

Con más o menos matices, varias de estas teorías apoyan la idea de que la \supset hizo referencia a comunidades territoriales, identificadas en muchos casos como castros. El signo \supset desapareció a lo largo del siglo I d.C. de la epigrafía (e.g. Pereira y Santos, 1980), a la vez que se abandonaba el hábitat castreño, y desde ese momento sólo se mencionó la *civitas* como marco de referencia. De acuerdo a estas interpretaciones, la \supset reflejaría una

forma de organización social relacionada directamente con la cultura prerromana y las organizaciones suprafamiliares (e.g. González y Santos, 1994; González Ruibal, 2006: 450; Alarcão, 1998a, 1998b, 2003a), dando por supuesto, o bien que *castellum* y asentamiento de tipo castreño fueron sinónimos, o bien que la \supset hizo referencia a sistemas sociales indoeuropeos integrados posteriormente en el mundo romano a través del censo (e.g. Le Roux y Tranoy, 1983; Bermejo, 1978; Brañas, 1995; con matices, López Barja, 1999). Siguiendo con estas lecturas, la herencia prerromana se fue diluyendo progresivamente conforme se afianzó el sistema de *civitates* hasta que el Edicto de Vespasiano supuso el punto y final del proceso, con la definitiva

romanización del territorio (e.g. Brañas, 1995: 190). Los castros se abandonaron entonces, en paralelo a la desaparición de estos elementos epigráficos (López Barja, 1999: 357) con el impulso final del *ius Latii* (Alarcão, 1999: 138), lo que posibilitó la definitiva integración del Noroeste en el Imperio y sentó las bases para la municipalización. En este nuevo esquema, los castros y las menciones a \supset /*castella*, elementos todos ellos de origen prerromano según estas visiones, no tuvieron cabida y fueron abandonados.

Aunque estas interpretaciones han tenido bastante proyección, presentan algunos problemas:

- Asumen (salvo excepciones) que \supset = *castellum* = asentamiento de morfología castreña (e.g. Pereira, 2005a: 123), relación que no está confirmada.
- Al asociar castro con mundo prerromano defienden que \supset /*castellum* son pervivencias indígenas de formas organizativas anteriores a la conquista, lo que les lleva a retrasar la consolidación de las *civitates* a época flavia (e.g. Brañas, 1995: 190).

La primera cuestión ha de considerarse en el marco de los estudios sobre la articulación del hábitat rural y los problemas de la organización interna del territorio de las *civitates*. Estos temas se han tratado en publicaciones de carácter regional y local en las que se han analizado las aglomeraciones poblacionales y sus características morfológicas. En estos trabajos los *castella*, junto con las *villae* y los *vici*, se identifican como aglomeraciones secundarias o terciarias dentro de una jerarquía encabezada por los núcleos urbanos, reconocidos como los aglomerados principales (e.g. Pérez Losada, 1987 y 2002: 15ss; Alarcão, 1996, 1998a; Carvalho, 2007: 380ss). Estas interpretaciones han supuesto un gran esfuerzo para sistematizar y ordenar el registro arqueológico, pero el modelo está limitado por la utilización indiscriminada del esquema de ciudad clásica y el establecimiento de una jerarquía en función del núcleo urbano central (Orejas y Ruiz del Árbol, 2010: 1096) y por la propia indefinición que supone definir el carácter de los enclaves como medianos (aglomerados secundarios) o pequeños (terciarios) en función de una información arqueológica parcial y basada, en la mayoría de los casos, en los hallazgos realizados en superficie⁸¹. El problema se agudiza al tratar de identificar no sólo cuantitativa, sino cualitativamente, los restos en

⁸¹ Una reflexión sobre estos problemas metodológicos en Carvalho *et al.* 2002: 130-131.

superficie. ¿A partir de los materiales es posible saber si se está ante un *castellum*, una villa o un *vicus*?

Como se ha comentado líneas más arriba, un asentamiento con morfología tipo castro no es equivalente en época romana y prerromana. Su consideración entonces como asentamientos tipo castro en época romana se basa en la identificación de una única característica morfológica: la aparición de sistemas de delimitación en parte o en la totalidad del perímetro (a lo que se puede sumar en ocasiones las posiciones destacadas). Sin embargo, hay que señalar que incluso los sistemas de delimitación perdieron el carácter o significado que tuvieron en época anterior. Pueden recordarse los casos de los castros en zonas mineras cuyas delimitaciones fueron dadas por la propia red hidráulica de las labores o aquellos en los que la ocupación se expandió por fuera del recinto.

En síntesis, cuando se habla de asentamientos de tipo castro se hace referencia, sencillamente, a la definición morfológica de una unidad de poblamiento rural. No equivale, por tanto, a una denominación romana precisa ni a una categoría específica. Tampoco es identificable de forma unívoca ni con una posición jerárquica ni con una funcional dentro del poblamiento romano. Es una denominación establecida en la historiografía, apoyada en el reconocimiento de una serie de rasgos morfológicos.

Tal y como han advertido Orejas y Ruiz del Árbol, la identificación de este concepto tipológico con la palabra *castellum* proviene del significado del término latino, el cual presenta dos acepciones fundamentales al ser reconocido como instalación fortificada de pequeñas dimensiones y como núcleo rural. Con este último sentido el término fue utilizado con mucha frecuencia a lo largo de todo el Imperio y en diversas provincias (Orejas y Ruiz del Árbol, 2010: 1099ss). Sin embargo, *castellum*, al igual que otros vocablos como *vicus*, *forum* o *turris* no poseyeron una definición estricta, ni tienen un reconocimiento jurídico correspondiente. Así, por ejemplo, Isidoro de Sevilla los utilizaba simplemente para definir una serie de núcleos rurales por oposición a los urbanos (*Etimolog.* 15, 2, 11): *vici et castella et pagi hi sunt qui nulla dignitate civitatis ornantur, sed vulgari hominum conventu incoluntur, et propter parvitatem sui maioribus civitatibus adtribuuntur*. Es relativamente frecuente encontrar la expresión *oppida castella* que para referirse al conjunto del poblamiento, urbano (*oppidum*) y rural (*castella*), como recoge un fragmento del *Bellum Africanum* (26, 5-6). Algo similar encontramos en documentos anteriores como la *Lex de Gallia Cisalpina* (49-42 a.C.) en la que la enumeración es: ... *in eorum quo o(ppido) m(unicipio) c(olonia) p(raefectura)*

f(oro) v(eico) c(onciliabulo) c(astellum) t(erritorio)ve... (CIL XI 1146; Laffi, 1986). La fórmula se repite de manera estandarizada como una manera de referirse a la integridad del poblamiento y del territorio. En conclusión, el término *castellum* hizo referencia a un asentamiento rural, que pudo coincidir, o no, con un lugar con morfología tipo castro (es decir, con un sistema de delimitación definido).

Respecto a la segunda cuestión, existen suficientes fuentes tanto arqueológicas como epigráficas que permiten desmontar la vinculación entre el \supset /*castellum* con el mundo prerromano. Líneas más arriba se han comentado los cambios radicales que implicó la dominación romana desde los primeros momentos de la conquista y cómo hay más elementos que permiten hablar de ruptura que de continuidad. Incluso los sistemas de delimitación, claves para definir un hábitat castreño, tuvieron un carácter totalmente distinto en época romana. La aparición de *castella* en las fuentes epigráficas tampoco puede, de ningún modo, entenderse como un signo de continuidad con el mundo prerromano. Esta afirmación puede reforzarse con el caso analizado de los *kastella* dacios que aparecen en varias inscripciones de la zona minera de Roșia Montană (vid. Cap. 6.4.3). Como se vio, estos términos identificaban asentamientos ocupados por población ilirio-dálmata, de estatuto peregrino y desplazada a sectores mineros dacios. Eran, por tanto, asentamientos nuevos, con población externa, creados en función de la ocupación y explotación del territorio provincial y no estaban asociados a la continuidad del poblamiento local, sino a un nuevo patrón de ocupación y explotación del territorio.

En el Noroeste, la documentación permite sostener esta misma idea: en primer lugar, las *civitates* estaban ya definidas y en funcionamiento como unidades fiscales desde momentos muy tempranos, como demuestra el Edicto del Bierzo del 15 a.C. (Sánchez-Palencia y Mangas eds. 2000); en segundo lugar, hay que tener en cuenta la existencia temprana de un poblamiento no castreño, que rompe radicalmente con la pauta anterior a la conquista y que lleva a poner en duda el papel de los castros como lugares centrales. Por último, la aparición de los *castella* en la documentación epigráfica, evidencia cómo los individuos o las colectividades que realizaban las inscripciones asumieron plenamente las prácticas rituales romanas. Todo ello apunta hacia una ruptura con la época anterior que impide identificar el término latino *castellum* con el mundo prerromano.

En esta última línea, Sastre (2001: 191-195) planteó la posibilidad de poner en relación las \supset /*castella* no con cualquier castro, sino con núcleos centrales, con los que se pudo identificar la aristocracia dominante, y se refirió a una mayor concentración en áreas de mayor jerarquización social, bien por unos contactos más tempranos con Roma (Orejas y Sánchez-Palencia, 1999), bien por la intensidad de la explotación minera, puesto que estos elementos aparecen con más frecuencia en el entorno de *Bracara Augusta* y en las *civitates* atlánticas, en la comarca de Valdeorras y en El Bierzo (Sastre, 2001: 191, fig. 16). Avanzando en esta línea, Orejas y Ruiz del Árbol (2010), han esbozado la posibilidad de que podrían incluso referirse a un conjunto de núcleos de población, a un poblamiento disperso, a un castro y otros núcleos o a varios castros⁸².

Estas interpretaciones, con las cuales coincido, parten de la existencia de desigualdades en el seno de las *civitates* desde su formación, unas desigualdades que sin duda tienen una lectura en el plano social de las relaciones de poder. El Edicto del Bierzo en el año 15 a.C. así lo confirma. En él, se aprecia cómo Roma premió o castigó a los *castella* para sentar las bases de la desigualdad entre las distintas comunidades. En el 28 d.C., la *tabula Lougeiorum*, donde la *civitas* tomó como patrón a C. Asinio Gallo (Dopico, 1988), muestra la definición de grupos de poder vinculados a miembros de la administración imperial, con lo que el control de Roma se vio reforzado por el establecimiento de lazos políticos de carácter personal (Sastre, 2010a). Estas desigualdades quedan reflejadas en el registro arqueológico. Con el tiempo, algunos de los castros adquirieron rasgos claramente aristocráticos, como



Imagen 52.- Estela de *Fuscus Sevri f. Lim(imus) \supset Arguce*, localizada en Outeiro Alto, Vila do Touro, Sabugal, Guarda (*HEp* 2, 1990, 809). Fuente: *Hispania Epigraphica*

⁸² También García Quintela, a pesar de su interpretación distinta de las formaciones sociales del Noroeste, apoya que es poco probable que las menciones epigráficas coincidan con asentamientos de tipo castreño (García Quintela, 2002: 51-53).

ocurrió en el Chao Samartín (Villa, 2007b: 128), por citar un ejemplo bien documentado.

Sin duda se trata un proceso de creación y evolución de unas aristocracias que cada vez se visibilizaron de forma más clara en el registro. En este contexto se pueden entender las menciones a los \supset /*castella* como la expresión de pertenencia a uno de estos grupos de poder tempranamente constituidos (probablemente formados en paralelo a la organización territorial en *civitates*). El propio carácter aristocrático que debió de poseer la epigrafía (*vid.* Cap. 3.2.2) iría en el mismo sentido. Esta carga ideológica del signo \supset y las referencias a *castella*, explicarían por qué numerosas menciones a la \supset en la zona de estudio de este trabajo se distribuyen en la capital conventual *Asturica Augusta* y las zonas mineras más importantes (*vid.* **Mapa 6**). Se tratan de centros territoriales destacados, donde los grupos de poder buscarían su proyección social y su integración en las redes de poder romanas. Por tanto, el signo \supset serviría para reafirmar la pertenencia a un grupo de poder de un territorio determinado, con independencia de que éste se refiriera, o no, a uno o varios castros. Es decir, no se puede negar la dimensión territorial de los *castella*, tal y como se ve en el Edicto del Bierzo, pero ésta no es incompatible con su papel político, al representar menciones a grupos de poder de un territorio determinado, siempre en el marco de la *civitas*.

Esta cuestión enlaza también con el tema de las *unidades organizativas* (González, 1986) u *organizaciones suprafamiliares* (Albertos, 1975). Como parte de estas organizaciones se reconocen los genitivos de plural antropónimicos que acompañan en algunos casos a la onomástica personal en un gran número de inscripciones de la Meseta Norte, el Norte y el Noroeste peninsular. A éstas se unen también habitualmente ciertos grupos sociales que aparecen en la epigrafía (*gentes*, *gentilitates* y *cognationes*). Todas estas realidades se han interpretado de forma tradicional como grupos de parentesco, que articularon las relaciones sociales en el seno de estas comunidades (González, 1986; Beltrán Lloris, 1988). Detrás de estas menciones es posible rastrear las relaciones de desigualdad y jerarquización que imperaron en el Noroeste tras la conquista. Sin embargo sobre su interpretación pesa nuevamente la losa del indigenismo y del continuismo prerromano, de forma similar a lo que se ha visto en el caso de las menciones a \supset /*castellum*.

En líneas generales se ha considerado que los grupos de parentesco pueden remontarse a realidades indígenas que pervivieron tras la conquista, aunque se vieran

afectadas de alguna manera por la misma (González, 1994: 138)⁸³. Este mismo supuesto origen prerromano es defendido por Tranoy (1981: 108–109) equiparándolas al *syngénéia* que describe Estrabón (3, 3, 7) para los montañeses; o por Salinas de Frías, quien equipara *gentilitates* con los genitivos de plural (Salinas de Frías, 1986: 69 y 1986-1987: 32–35). También un origen prerromano para estas organizaciones es defendido, en cierta medida, por Lemos, a partir del análisis de ciertas zonas de concentración de castros en la Edad del Hierro en la región de Tras-os-Montes oriental. Estos asentamientos estarían relativamente cerca unos de otros, pero sin que las áreas de captación directa de cada uno de ellos se llegaran a solapar. Sin embargo, estos asentamientos sí que compartirían ciertas tierras para el uso de ganadería extensiva, lo que implicaría una relación de linaje entre los diferentes asentamientos. Esta circunstancia sería la que posteriormente se traduciría en el uso de los genitivos de plural en la epigrafía tras la conquista romana (Lemos, 1993: 241 y 301). No obstante, de acuerdo a muchas de estas aproximaciones, las unidades organizativas prerromanas no redefinieron su papel tras la llegada de Roma, sino que sufrieron un vaciado de contenido, un progresivo abandono.

Estas interpretaciones se justifican considerando que estas unidades organizativas pertenecieron a ámbitos sociales extrapolíticos (Hurtado Agüña, 2003-2004: 186)⁸⁴, por lo que las unidades prerromanas no estorbaron al buen funcionamiento de la administración romana y el Estado conquistador no tuvo ninguna necesidad de acabar con ellas. Por este motivo, simplemente fueron adquiriendo un carácter residual que las condujo a su progresiva desaparición (Le Roux, 1994: 342-354). Este proceso de abandono, de acuerdo con estas interpretaciones, tuvo su confirmación definitiva con la concesión del *ius Latii*.

El carácter extrapolítico de las unidades organizativas ha sido defendido por los autores que han visto un continuismo de estas formas de organización con el mundo prerromano. Sin embargo, ha quedado suficientemente documentando a través de estudios arqueológicos cómo el paisaje romano sufrió una radical transformación en las formas de organización territorial y en la estructura social. Dada la vinculación de la

⁸³ En esta línea se incluyen algunas lecturas “indígenas” de los pactos recogidos en documentos de hospitalidad y patronato y en las que las organizaciones suprafamiliares se interpretan como realidades locales previas (García Fernández, 2000b; Beltrán Lloris, 1993: 98-100; 2001a: 53-58; 2001b; Balbín, 2006: 21-55 y 2010).

⁸⁴ Sólo en el caso de las *gentes* se admite por parte de algunos autores un carácter político que fue aprovechado por Roma para la definición del sistema de *civitates* (Santos Yanguas, 1985: 7-13; González, 1998: 333-334).

epigrafía del Noroeste con las formas de expresión política, resulta llamativo que los grupos de poder introdujeran fórmulas organizativas residuales y carentes de contenido tras la conquista, las cuales, además, se mantuvieron vigentes al menos hasta el siglo II d.C. avanzado (como demuestran el Pacto de los Zoelas del año 152 d.C. o la tábula de la localidad vallisoletana de Montealegre de Campos del 134 d.C.), lo que indica que estos conceptos son plenamente romanos (Curchin, 2004: 120). Las unidades organizativas documentadas en el Noroeste se relacionaron, por tanto, con la imposición del poder romano en esta región y la total reorganización de las estructuras sociales locales. Así pues, no deben de ser analizadas como elementos extrapolíticos, sino que han de ser leídas dentro de las relaciones de desigualdad que fueron generadas tras la conquista. Esta idea, fundamentada en el trabajo de Sastre (2001: 168ss), supone que de forma similar a lo que hacían las menciones a \supset /*castellum*, las unidades organizativas estarían haciendo referencia a los grupos de poder destacados.

Volviendo a las menciones de \supset /*castellum*, si éstas poseyeron un contenido político, la desaparición del uso del signo \supset o de las referencias a *castellum* o *castellani*, deben de interpretarse en estos mismos términos de imposición de pautas romanas y de desigualdad social y territorial. Parece entonces, siguiendo la lectura propuesta, que el fenómeno se relacionó con la consolidación o desarrollo de los grupos de poder locales a lo largo de los siglos I y II d.C. A medida que estos grupos aristocráticos se fueron definiendo y se fueron integrando de forma más clara en las redes de poder regionales, se fue superando el marco colectivo local de referencia (\supset /*castellum*) y las menciones epigráficas de estas realidades dejaron de tener sentido. Este hecho conecta, además, con una mayor frecuencia del uso del nombre propio en la epigrafía, cuestión sobre la cual se volverá de forma más detenida, pero que ahora sirve para apoyar ese cambio en los marcos de referencia política: desde las menciones generales al grupo de poder local, a una mayor frecuencia del uso del nombre propio como señal de pertenencia a la élite.

Este cambio ha de leerse en clave de procesos, poniendo el acento en la época de Augusto, momento en el que surgieron los grupos de poder que se fueron desarrollando en los siglos I-II d.C. Aunque se ha visto como un proceso convergente con el abandono del hábitat de morfología tipo castro, ambos fenómenos no tienen una correspondencia unívoca en todos los casos: en ocasiones \supset /*castellum* podría hacer referencia a un castro, pero en otras no, puesto que en realidad son conceptos que sirven para identificar

a los grupos de poder de un territorio determinado. Se trata, más bien, de procesos coetáneos que se explican en la misma tendencia.

Desde mi punto de vista, parte de la investigación se ha centrado en exceso en la morfología castreña al verla como principal indicador de cambios de una sociedad que, en realidad fue más compleja y diversificada tanto cronológica como espacialmente. Se ha tomado un único elemento (los sistemas de delimitación), y a partir del mismo se ha establecido una definición cultural, cuando la presencia o ausencia de este rasgo no puede explicarse al margen de otros elementos de la cultura material, de la distribución espacial, de los intereses y estrategias productivas, y de los mecanismos sociales. La diversidad de tipos de hábitat (morfología castreña, abiertos y sus variedades) y su mayor o menor pervivencia a lo largo de los siglos I y II d.C. podrían ser reflejo de la diversidad de grupos, de las condiciones de su sometimiento al dominio romano o de la adaptación de las comunidades a distintas circunstancias planteadas en cada zona. No debe extrañar entonces que se documenten castros con ocupaciones tardías, o que el abandono parezca producirse a distintos ritmos en diferentes zonas. Por tanto, la clave reside en buscar elementos que sirvan como indicadores de cambio válidos y es aquí donde no hay que preocuparse tanto por la morfología de los asentamientos y más por el patrón de ocupación del territorio. Éste da información sobre los cambios en los sistemas de producción y explotación de recursos, cambios demográficos, distintos intereses a la hora de ejercer un control territorial, etcétera, y en este sentido parece que el cambio radical se produjo tras la conquista y no en época flavia. El progresivo abandono de los castros a lo largo del siglo I d.C. y comienzos del siglo II documentado por varios arqueólogos (*e.g.* Pereira, 1983: 285-286; Martins, 1988 y 1990: 21 6; Orejas, 1996: 173; Villa, 2002b) para distintas zonas del Noroeste, puede entenderse como parte de un proceso desigual y heterogéneo, iniciado con la conquista y con las nuevas formas de ocupación y explotación territorial. No se trata de una imposición de Roma en un momento determinado ni de un signo de pervivencia prerromana, sino del reflejo de un proceso que arranca con los cambios en la organización territorial y social a comienzos del siglo I d.C. y que se desarrolla a distintos ritmos a lo largo de los siglos I y II d.C.

En paralelo, la utilización del signo \supset y de las referencias a *castella* y *castellani* en la documentación epigráfica, sólo se entienden en términos sociales, como parte del nuevo esquema de relaciones de poder generado tras la conquista. Estos elementos desempeñaron un papel esencial, pero no en la perduración de relaciones prerromanas,

sino en la articulación de nuevas relaciones sociales, plasmadas territorialmente, y en el surgimiento de desigualdades desde la conquista. En este nuevo mapa las referencias al signo \supset , se fueron abandonando a lo largo del siglo I d.C. (puede que la última referencia se encuentre en una inscripción de comienzos del siglo II d.C. localizada en Vila, Rodeiro, Pontevedra y en la que aparece el signo \supset junto con la consagración a los *Dis Manibus* por el fallecimiento de *Lucila*, *HEp* 6, 1996, 764), como parte de un proceso de desarrollo de las élites locales.

Así pues, y a pesar de la complejidad que encierran estos procesos, es posible hablar de cambios en el seno de la *civitas* a lo largo de los siglos I y II d.C. Unos cambios que se relacionaron, por una parte, con el surgimiento y evolución de las formas de ocupación territorial tras la conquista (con el progresivo abandono del hábitat de morfología castreña) y por otra parte, con la formación y desarrollo de unos grupos de poder locales. Sin embargo, el abandono de los castros no parece un fenómeno que pueda adscribirse a un momento concreto. Más bien se trata de un proceso que se extendió de forma desigual en las distintas regiones del Noroeste y, en el que además, es posible reconocer numerosas excepciones. En paralelo, el surgimiento y consolidación de los grupos de poder también experimentó cambios significativos desde los primeros momentos, en los que se empezaron a definir desigualdades en el seno de las *civitates*. La desaparición de las menciones al \supset /*castellum* forma parte de este proceso en el que las aristocracias fueron adquiriendo cada vez mayor poder y proyección territorial, superando el marco de referencia local y comunitario de los primeros momentos. La época flavia se ha interpretado como un punto de inflexión en este proceso, cuestión que es necesario evaluar a una escala que trasciende la del interior de la *civitas*. Como se analizará en las siguientes páginas, bajo los flavios el Noroeste fue objeto de una serie de cambios que enlazan con estos procesos que arrancaron con la conquista romana, pero que deben de ser también entendidos en el marco de una serie de reformas territoriales y jurídicas (destacando la concesión del *ius Latii*), impulsadas por el Estado en este período.

9.1.2. Cambios en las relaciones entre *civitates*. La nueva articulación territorial desde época flavia.

En este apartado se estudiarán los cambios territoriales y sociales que experimentaron las *civitates* desde época flavia. Para ello será necesario realizar un análisis que tenga en cuenta, con un enfoque diacrónico, la división administrativa en *civitates*, la definición de los centros de poder y la utilización de la epigrafía por parte de las comunidades locales.

En líneas generales, algunos trabajos previos ya han apuntado ciertos elementos característicos del siglo II d.C. y que pueden relacionarse con reformas de época flavia: en primer lugar, la existencia de capitales regionales cuyo papel fue fundamental en la articulación del territorio a amplia escala en ciertas áreas, algunas con una fisonomía urbana y que se unen a las capitales conventuales. En este sentido en la región oriental del *conventus Bracaraugustanus* destaca *Aquae Flaviae*, localizada en el valle del Tâmega, núcleo que surgió probablemente como *mansio* de la vía XVII, uniendo *Bracara Augusta* y *Asturica Augusta* (Lemos y Martins, 2010: 91). Esta vía fue configurada en época de Augusto y este lugar ha sido identificado con *Ad Aquas*, mencionado en el Itinerario de Antonino (422, 6). Se ha propuesto (Tranoy, 1981: 62-63; Alarcão, 1995-1996; Fonte, 2006) que en un primer momento esta región correspondiese a la *civitas* de los *Turodi* que menciona Ptolomeo (2, 6, 39). En época flavia, la *civitas* alcanzó el estatuto municipal (Le Roux, 1996: 367), confirmado por las



Imagen 53.- Ara consagrada a Júpiter por los *municipales* y hallada en *Aquae Flaviae*, actual Chaves, Vila Real, Portugal (AF I² 4). Fuente: *Hispania Epigraphica*.

inscripciones en las que se menciona el municipio *Aquiflavensium* o a los municipales del mismo (AF I² 4; AF I² 76; AF I² 84)⁸⁵.

<p>AF I² 4. Chaves, Vila Real, Portugal. <i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / muni/cipales</i></p>	<p>AF I² 84. Chaves, Vila Real, Portugal. <i>[Co]ncordia[e] / munici[p]iu[m] / municipi / · Aquiflaviens[is] / L(ucius) · Valerius / Longinus / de suo</i></p>
<p>AF I² 76. Chaves, Vila Real, Portugal. <i>Tutelae / municip(ii) / Aquiflavi/ensium / M(arcus) · Ulpius · Sa/turninus / ex voto</i></p>	<p>CIL II 4204. Tarragona. <i>C(aio) Ceraecio / C(ai) fil(io) Quir(ina) / Fusco Aquifl(aviensi) / ex convent(u) / Bracaraug(ustano) / omnib(us) h(onoribus) in r(e) / p(ublica) sua func(to) / [flamini p(rovinciae) H(ispaniae) c(terioris) / p(rovincia) H(ispania) c(terior)]</i></p>

La inscripción de Pedrao dos Povos (CIL II 2477), hallada en Chaves y en la que aparecen recogidas varias *civitates* vecinas⁸⁶, ha hecho pensar que *Aquae Flaviae* actuó como capital regional de las *civitates* del entorno desde época flavia (Alarcão, 1995-1996), papel que se vería reforzado por ser un punto fundamental en el sistema de comunicaciones –de hecho es uno de los pocos lugares, junto con las capitales conventuales, que aparecen mencionados por los miliarios en el cómputo de millas (e.g. CIL II 4783)–, y por su proximidad a importantes zonas mineras (Lemos y Martins, 2008; Martins, 2009 y 2010). A pesar de las dudas que algunos autores han planteado (Le Roux, 1996: 370), parece que la proyección de *Aquae Flaviae* fue importante y se convirtió en centro articulador de la región oriental del *conventus* en el siglo II d.C. En Tarraco se ha encontrado un *flamen Aquiflaviensis* datado en esta centuria (CIL II 4204), confirmando la proyección de ciertos individuos de este municipio en la capital provincial.

CIL II 2477. Pedrao dos Povos. Chaves. Vila Real.

Imp(eratori) Caes(ari) Ve[sp(asiano) Aug(usto) pont(ifici)] / max(imo) trib(unicia) pot(estate) [X imp(eratori) XX p(atri) p(atriciae) co(n)s(uli) IX] / Imp(eratori) Vesp(asiano) Caes(ari) Au[g(usti) f(ilio) pont(ifici) trib(unicia) pot(estate)] / VIII imp(eratori) XIII co(n)s(uli) VII?] / [Imp(eratori)? Domitiano? Caes(ari)? Aug(usti)? f(ilio)? ---] / [-----] / G(aio) Calpetano Ra[ntio Quirinali] / Val(erio) Festo leg(ato) A[u(gusti) pr(o) pr(aetore)] / D(ecimo) Cornelio Ma[eciano leg(ato) Aug(usti)] / L(ucio) Arruntio Max[imo proc(uratori) Aug(usti)] / leg(ionis) VII gem(inae) [fel(icis)] / civitates [X] / Aquiflavien[s(es) Aobrigenses] / Bibali Coel[erni Equaesii] / Interamic[i Limici Aebisoci?]/ Quarque[r]ni Ta[magani]

⁸⁵ Algunas interpretaciones han retrasado su configuración municipal a época de Trajano (Tranoy, 1993: 33-34), puesto que en la inscripción de Pedrao dos Povos, fechada en el 79 d.C., las diez comunidades mencionadas lo hacen en igualdad, lo que lleva a Tranoy a mantener que *Aquae Flaviae* se fundó en época de Vespasiano, pero que no fue promocionada hasta el siglo II d.C., gracias a su rápido desarrollo propiciado por su posición privilegiada en el valle del Tâmega.

⁸⁶ En concreto aparecen recogidas las *civitates* de *Aquiflavienses*, *Aobrigenses*, *Bibali*, *Coelerni*, *Equaesii*, *Interamici*, *Limici*, *Aebisoci*, *Querquenni* y *Tamagani*.

Si *Aquae Flaviae* destaca en la parte oriental, en el sector costero bracarense fue *Tude* (Tui, Pontevedra) el que pudo actuar como centro regional (Pérez Losada, 2002: 61ss). Este asentamiento, identificado probablemente como el *castellum Tyde* perteneciente a la *civitas* de los *Grovii* (Plin, *NH.* 4, 112; Ptol. 2, 6, 44), se caracterizó, en la primera mitad del siglo I d.C., por un poblamiento disperso en el que existieron varios centros ocupados por unas nuevas aristocracias, sin que pueda reconocerse una jerarquización clara, en decir, sin que pueda identificarse algún núcleo rector. La *civitas* de *Tude* tuvo su origen en época julio-claudia, como consecuencia de la implantación del sistema viario. En concreto aquí se localizó una *mansio* de la vía XIX-XX (It. 429, 7; Ravenn. 4, 43, 45). Como *Aquae Flaviae*, aparece recogida en los miliarios. En la segunda mitad de la centuria, se produjo un cambio en *Tude* que le llevó a convertirse en centro regional, coincidiendo con el abandono de grandes castros próximos como Santa Trega, San Caetano y probablemente el interior de Lovelhe (Currás, 2014: 826-827). Desde este momento puede definirse como un lugar central destacado para el que se ha llegado a proponer, incluso, un trazado urbano (Pérez Losada, 2002: 83), idea, por otro lado, sin confirmación arqueológica hasta la fecha.

Por su parte, en la región berciana, la época flavia también fue un período de cambios significativos con la configuración de *Bergidum Flavium* como centro destacado. Esta *civitas* ya fue propuesta por Sastre (2001: 265; 2004b: 21, fig. 9) como eje de control territorial y social de El Bierzo, a través del estudio de distribución de las inscripciones, que reveló la presencia activa de grupos de poder centralizados en el entorno de Cacabelos. Sin embargo, arqueológicamente no se ha documentado un único asentamiento que pudiera actuar como centro, sino que el poblamiento se caracteriza por una dispersión de núcleos de carácter rural que pudieron funcionar como una única entidad que actuó como capital (Sastre, 2004b: 21). La proyección de la *civitas* de *Bergidum Flavium*, también puede ponerse en relación con el entramado viario, en concreto con el trazado de la *via Nova* o vía XVIII del Itinerario de Antonino, que se construyó en época flavia uniendo *Bracara Augusta* y *Asturica Augusta* atravesando las principales zonas mineras. Esta vía ha sido estudiada con anterioridad por varios autores (Caamaño 1995-1996 y 2009; Pérez Losada 2002; Ferrer Sierra, 2002a) y su itinerario, en el tramo español, ha sido revisado recientemente por el grupo de investigación *EST-AP*, IH. CSIC (Sánchez-Palencia y Sastre, dir. 2011). Gracias a estos trabajos es posible comprobar cómo a lo largo de su trazado se crearon asentamientos viarios o se

potenciaron otros ya existentes, los cuales se convirtieron en ejes territoriales importantes, del que el ejemplo más claro es el caso de *Bergidum Flavium*.

Aunque la *via Nova* articuló algunas de las principales zonas mineras del Noroeste, no hay que entender que su construcción se debió, exclusivamente, a la presencia de labores en esta región. Las minas pudieron ser un factor destacado a tener en cuenta, pero no de forma exclusiva. En realidad, como parte del *cursus publicus*, la *via Nova* constituyó un instrumento político que contribuyó al control territorial, por lo que su construcción no se explica meramente desde un punto de vista utilitarista, como camino para facilitar el transporte de mineral o apoyar la infraestructura de las explotaciones. Si su única finalidad era facilitar el trabajo minero, ya existían caminos y ramales que cumplían esa función y que pudieron comunicar las zonas mineras y la red de poblamiento desde la puesta en marcha de la minería en época julio-claudia. Su construcción responde más bien a un interés político, probablemente relacionado con el deseo de actualizar el sistema administrativo y de dominación que había organizado Augusto décadas antes. No hay que olvidar que el buen funcionamiento de la administración imperial dependió, al menos en parte, de la conexión entre Roma y los territorios provinciales (Espinosa Criado, 2012: 453-454). En este sentido, las comunicaciones a través de correos imperiales⁸⁷, fueron imprescindibles para poder ejercer un control efectivo de las provincias (Eck, 1996: 331), por lo que el Estado estuvo muy interesado en mantener el funcionamiento del *cursus publicus*. Éste se configuró, entonces, como una herramienta política que garantizaba el flujo de mercancías, personas y también información a través del Imperio. En definitiva, el diseño y construcción del *cursus publicus* implicaba la proyección del poder imperial en el territorio, aspecto que va más allá de la idea de que la *via Nova* fue una vía minera, vinculada exclusivamente a las labores.

La actualización y mejora del sistema de dominación augusteo en época de los flavios también puede relacionarse con el desarrollo de núcleos denominados *fora*. En palabras de Pérez Losada (2002: 36), un *forum* indica una fundación directamente inducida por el Estado, es decir, no se basa en las necesidades propias o la evolución local, sino en la intervención romana encaminada a dotar a comunidades dispersas de un centro cívico que acumula las funciones político-administrativas y comerciales. Para el Noroeste, las fuentes citan cinco *fora*: *Bibalorum*, *Limicorum*, *Gigurrorum*,

⁸⁷ Por este motivo, Millar se refería al sistema administrativo romano como *government by correspondence* (Millar, 2004: 23-46).

Narbasorum e *Iriensis*, la mayoría de los cuales son lugares vinculados con el sistema viario, como se verá. Aunque ya existieran asentamientos previos, en época flavia se pudo favorecer la implantación de estos *fora*, los cuales se convertirían en centros importantes.

En definitiva, los estudios previos han ido dibujando un escenario de cambio en época flavia, que se puede relacionar, fundamentalmente, con la articulación del entramado viario. A lo largo del *cursus publicus* se establecieron centros en los que las aristocracias fueron materializando su poder de forma más clara y que, con el tiempo, llegaron a constituirse en núcleos territoriales destacados, como en los casos de *Aquae Flaviae*, *Tude*, *Bergidum Flavium* o los *fora*. Sin embargo, en todo este proceso aún queda por evaluar el alcance de estas reorganizaciones flavias y entender el papel que desempeñó la evolución de las comunidades locales y el que jugó Roma en la articulación territorial.

Como ya se ha repetido en varias ocasiones, Roma diseñó un marco inicial con Augusto (estableciendo los límites de las *civitates*, diseñando el trazado de las vías o imponiendo las cargas fiscales a las comunidades), en el cual se desarrollaron las comunidades del Noroeste, dando lugar a diversidades regionales. En este contexto, los grupos de poder emergieron tras la conquista y fueron progresivamente consolidando sus posiciones en el seno de las *civitates*. La aparición de centros territoriales en época flavia, refleja ese proceso de desarrollo del poder local. Asimismo, es lógico que estos centros destacados coincidan en muchos casos con el trazado viario, pues las *mansiones* que se repartirían a lo largo de su trazado, serían núcleos importantes de tráfico, comercio y circulación de personas, bienes e información, donde además existiría una intervención directa del poder imperial con relación al *cursus publicus* y donde las élites estarían interesadas en proyectar su poder político.

Es posible hablar entonces de eclosión, en época flavia, de un proceso de jerarquización territorial que se inició con Augusto y que se hizo más acusado con el paso del tiempo. Pero es que, además, con los flavios existe un segundo momento importante de intervención por parte del Estado, cuestión que confirma la construcción de la *via Nova* y del que también pueden ser indicios las noticias sobre los *fora*. A esto se suma, en este momento, una serie de cambios en el aparato administrativo-militar, que ya fueron comentados (*vid.* Cap. 8.2) y que llevaron al acantonamiento de la *legio VII* y de sus unidades auxiliares, aspecto que también pudo tener un impacto importante.

Estas reformas estatales modificaron el sistema implantado con los julio-claudios, a través de una reorganización territorial destacada.

Esta imagen es plenamente coherente con la política imperial que Roma llevó a cabo en otras partes del Imperio (*vid.* Cap. 4.2) y tampoco es posible eludir que fuera entonces cuando Vespasiano concedió el *ius Latii* al conjunto de *Hispania* (cuestión que se analizará en detalle en el Cap. 10). En época flavia pudieron confluir, por tanto, dos procesos: por un lado, la consolidación de unos grupos de poder que surgieron tras la conquista y que progresivamente adquirieron mayor relevancia territorial. Por otro lado, la reestructuración del territorio motivada por los intereses imperialistas flavios, que alteró la organización del sistema anterior.

Con el objetivo de analizar ambas dinámicas, en los siguientes apartados se analizarán los cambios en el poblamiento de algunas de las zonas mineras del Noroeste. En concreto nos centraremos en las regiones articuladas por el trazado de la *via Nova*, desde Astorga hasta Braga, y en la mitad occidental de Asturias, zona que se correspondería con parte de la *Asturia* transmontana y el oriente del *conventus Lucensis*. Estas regiones, se caracterizan por ser algunas de las zonas con mayor presencia de explotaciones auríferas romanas, lo que las convierte en buenos objetivos de estudio. Aunque el análisis se podría extender a otras regiones de Galicia, norte de Portugal, León, Zamora o Asturias, las zonas elegidas cuentan con información suficiente y se consideran lo bastante significativas como para abordar un análisis que permita evaluar los cambios flavios y ver en qué sentido afectaron a las zonas mineras.

- **Cambios sociales y territoriales con relación a la *via Nova*. *Civitates y fora*.**



Imagen 54.- Miliario localizado en Cobrana, Congosto, León, en el que se puede leer *via Nova facta* (AE 1928, 178).

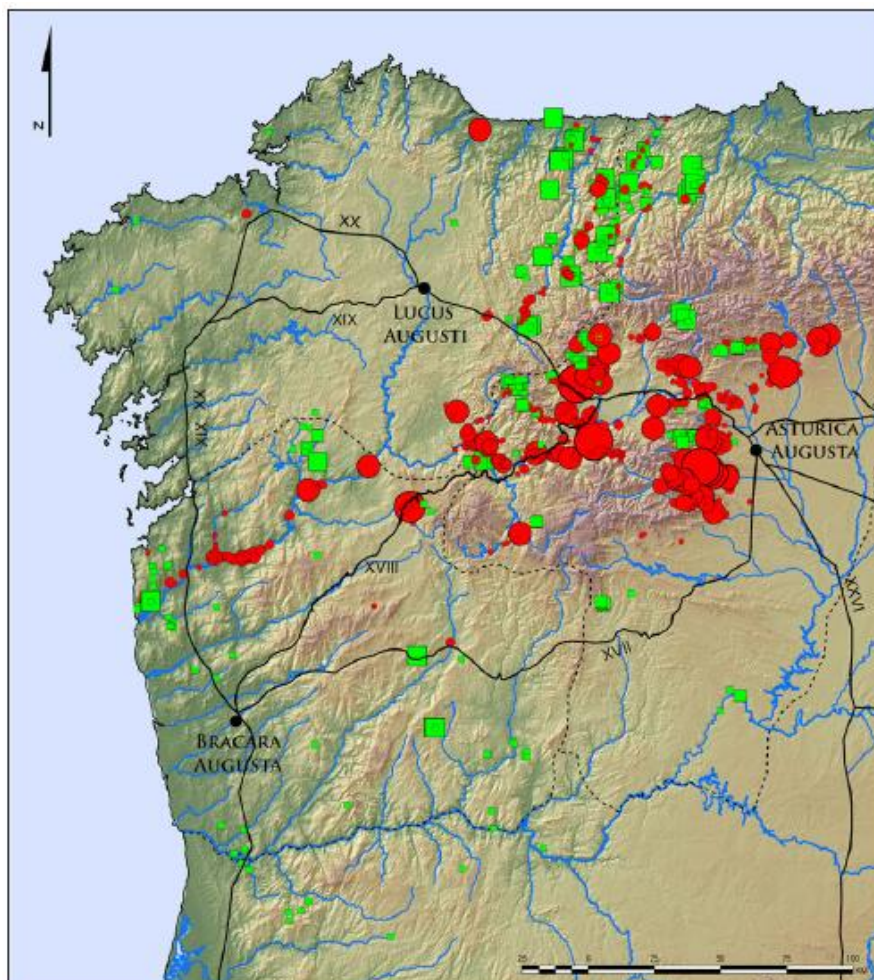
Tal y como se ha adelantado, en época de Vespasiano, tuvo lugar la construcción de la *via Nova* en el Noroeste⁸⁸. Así lo confirma el miliario datado en el año 78 d.C. con el nombre de Vespasiano y en el que aparece la fórmula *opus ampliacionis viae dedit dedicavit* (CIL II 4814) y lo han apoyado algunos trabajos efectuados sobre la calzada (e.g. Caamaño, 2009: 246). En los siguientes años, 9 miliarios de Tito y Domiciano, incluyeron el término *via Nova* o *via Nova facta* (**Img. 54**). De este modo, la *via Nova*, recogida en el Itinerario de Antonino como vía XVIII, se unió a las ya existentes en el Noroeste (vid. **Mapa 7**): la vía XVII (de *Bracara Augusta* a *Asturica Augusta*, atravesando *Aquae Flaviae*), la vía

XIX (de *Bracara Augusta* a *Asturica Augusta*, pasando por *Tude* y *Lucus Augusti*) y la vía XX (de *Bracara Augusta* a *Asturica Augusta*, siguiendo el mismo trazado que la XIX excepto en su tramo medio, donde se desvía hasta *Brigantium*, para luego, en *Lucus Augusti*, volver a unirse con la XIX).

Los motivos que se han dado para explicar la construcción de esta vía flavia han estado vinculados con las explotaciones mineras, pues su trazado recorrió las principales minas del Noroeste (Lemos y Morais, 2004; Caamaño, 2009: 246). Los investigadores han supuesto que la *via Nova* sirvió para dar apoyo logístico a las

⁸⁸ Existen noticias de al menos otras dos vías de nombre similar en el Imperio. La primera de ellas, mencionada en numerosas fuentes clásicas como *via Nova* o *Nova Via*, se encuentra localizada al noreste del Palatino (Morganti y Tomei, 1991). Se trata de un vía reformada en época neroniana y recientemente excavada por Hurst y Cirone (2003). Los investigadores han podido inferir la existencia de una temprana muralla defensiva y de una calle que aproximadamente seguiría el mismo recorrido que la vía neroniana en el siglo VI a.C. (Wiseman, 2004). La segunda de ellas se trata de la *via Nova Traiana* localizada en Jordania y construida en los primeros años de la provincia romana de Arabia (Macdonald, 1996; Borstad, 2008). En esta provincia la vía fue un importante instrumento utilizado por el dominio romano para facilitar el control territorial, tal y como revelan los miliarios datados entre el 111 y el 114 d.C. que mencionan los *termini* del *finibus Syriae usque ad mare rubrum* (Graf, 1993).

labores y facilitar, tanto el transporte de mineral, como el de personas vinculadas a los trabajos de explotación y mantenimiento de las infraestructuras. Por ello se ha sostenido que la *via Nova* fue una calzada “eminentemente económica” (Caamaño, 2009: 246), construída como parte de la infraestructura minera.



Mapa 7.- Trazado de las principales vías del Itinerario de Antonino en relación con las zonas mineras.
Fuente: EST-AP (IH. CSIC)

Sin embargo, es necesario insistir en que las calzadas no sólo fueron instrumentos logísticos, sino que tuvieron un marcado carácter político. Esto ya se puso en evidencia con la entrada militar, la conquista y la primera articulación viaria del Noroeste. Como han puesto de manifiesto algunos autores (*e.g.* Rush, 1998), la construcción de la red viaria supuso una nueva concepción del paisaje. Las vías se relacionaban con las necesidades del dominio político a gran escala y la estructuración territorial (Smith, 2005), incluyendo la organización del sistema tributario (Earle, 1991: 14). La *via Nova* estuvo estrechamente relacionada con las zonas mineras, pero ésta no es una vinculación exclusiva. Hay que entender su trazado como parte de una

intervención imperial de reestructuración territorial, orientada por intereses estratégicos. La construcción de la red viaria en época julio-claudia es plenamente coherente con la política de dominación y explotación territorial de Augusto. En época flavia, la construcción de una nueva vía señala la reorientación de este sistema anterior. A continuación se verá en qué se concretó dicha reorganización.

La *via Nova* ha sido recientemente objeto de un exhaustivo estudio por parte del grupo de investigación *EST-AP*. Este trabajo se ha centrado en el tramo español de la vía, dejando el portugués fuera de su análisis. Esta pequeña parte discurre por Terras del Bouro, atravesando la Serra do Gerês, y abarca desde el inicio de la vía en Braga a Portela do Home, ya en España. En ella sólo se encuentra una *mansio*, la *Salaniana*, ubicada a XXI millas de la capital bracarense y a XVIII millas de la siguiente *mansio*, *Aquis Originis*, localizada en las proximidades de Baños de Riocaldo, en Ourense (Caamaño, 2009: 122). El tramo español cuenta con 10 *mansiones* hasta su final en Astorga (*vid.* **Tab. 13**). A lo largo del mismo, la vía discurre por las comarcas del Limia, Terra de Caldelas-Trives, Valdeorras, en Ourense y El Bierzo y la zona al noroeste de Astorga, en León.

ITINERARIO DE ANTONINO	Ref.	Texto	ANÓNIMO DE RÁVENA	Ref.	Texto
	427, 4-5	<i>Item alio itinerae a Bracara Augusta</i>		4, 45, 22-24	<i>Item ipsa Spania iuxta civitatem quam praediximus Augustam Braccaria dicitur civitas</i>
	427, 6	<i>Salaniana</i>		4, 45, 25	<i>Salaniana</i>
	428, 1	<i>Aquis Oreginis</i>		4, 45, 25	<i>Aquis Ocerensis</i>
	428, 2	<i>Aquis Querquennis</i>		4, 45, 26	<i>Aquis Cercenis</i>
	428, 3	<i>Geminis</i>		4, 45, 26	<i>Gemina</i>
	428, 4	<i>Salientibus</i>		4, 45, 27	<i>Salientibus</i>
	428, 5	<i>Praesidio</i>		4, 45, 28	<i>Presidium</i>
	428, 6	<i>Nemetobriga</i>		4, 45, 28	<i>Nemetobrica</i>
	428, 7	<i>Foro</i>		4, 45, 29-30	<i>Foro Gigurnion</i>
	429, 1	<i>Gemestario</i>		4, 45, 29	<i>Ginistaria</i>
	429, 2	<i>Belgido</i>		4, 45, 30	<i>Bergidon</i>
	429, 3	<i>Interaconio Flavio</i>		4, 45, 31	<i>Amnion</i>
	429, 4	<i>Asturica</i>		4, 45, 31	<i>Asturica</i>

Tabla 13.- *Mansiones* recogidas en el Itinerario de Antonino y el Anónimo de Rávena. Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Cuntz, 1929 y Schnetz, 1940: 82.

Lamentablemente, se desconoce con seguridad el emplazamiento de algunas de estas *mansiones*, aunque sí se sabe que en algunos casos se relacionaron con *civitates* que alcanzaron una importante proyección territorial desde época flavia⁸⁹.

Estas zonas se caracterizan por la gran concentración de explotaciones mineras y por la existencia de algunas *civitates* conocidas. En concreto, con anterioridad a Vespasiano, se encuentra registrada la presencia de al menos tres *civitates* que pudieron estar implicadas en la gestión y explotación de estas minas: la perteneciente a los *Gigurri* (en Valdeorras), a los *Lougei* (en Bierzo Occidental) y a los *Susarri* (en Bierzo Oriental).

Las noticias de estas comunidades han llegado a través de una serie de tablas de bronce fechadas entre finales del siglo I a. C. y las primeras décadas del siglo I d. C. La más antigua de ellas es el ya mencionado Edicto del Bierzo del 15 a. C., documento que ha sido objeto de diversas interpretaciones (*vid.* Cap. 2.1.4). Según el trabajo coordinado por Sánchez-Palencia y Mangas (2000: 19), el Edicto muestra un reajuste tributario en el que los *castellani Aliobrigiaecini* de la *gens Gigurrorum* pasaron a tributar junto con la *gens Susarorum*, con el fin de mitigar el perjuicio que la inmunidad fiscal de los *castellani Paemeiobrigenses* ocasionó a los *Susarri* (Orejas *et al.* 2000: 78ss). La segunda mención a comunidades anteriores a la dinastía flavia la encontramos en la *tabula Lougeiorum*, hallada en un lugar impreciso de las montañas de El Caurel. Se fecha en el año 1 d.C. y, además de al *conventus Arae Augustae*, hace referencia a una *civitas Lougeiorum* (Dopico 1988), que aparece también en un tercer documento, fechado en el 28 d.C. y conocido como *tabula* de El Caurel. Según Hernando Sobrino (2002), en este último documento además de los *castellani Toletensis* de los *Lougei*, encontraríamos a los *castellani Aliobrigiaecini* del Edicto del Bierzo, pero formando parte ya de la *gens Susarorum*. Éstos, además, aparecen en un epígrafe datado en época julio-claudia (Le Roux, 1985: 301, n. 86) y que menciona a *Cloutius Clutami filius*, *Susarrus domo Curunniace*, desplazado a Dalmacia con el *Ala Pannoniarum* (CIL III 2016)⁹⁰.

⁸⁹ Tanto la obra de Caamaño (2009), como el trabajo de EST-AP (Sánchez-Palencia y Sastre dir. 2011) son dos intentos recientes de ubicar las distintas *mansiones* de la *via Nova* y a ellas remito para tratar esta cuestión.

⁹⁰ Además de las noticias que tenemos de la existencia de unidades auxiliares de astures (Morillo, 2003b: 29), se conocen varios testimonios de militares reclutados en el Noroeste para servir en las tropas auxiliares del ejército romano en su mayoría fuera de sus tierras de origen y a lo largo del siglo I d.C. (Pitillas, 2006).

Aparte de estos documentos, es posible recurrir a las fuentes literarias para encontrar referencias a *civitates* en la zona. Así Plinio, en su *Naturalis Historia*, recoge a los *Gigurri*, pero no hace mención a las otras comunidades (Plin. *NH.* 3, 28). Tampoco Ptolomeo los menciona en su *Geographia*, aunque sí nombra el *forum Gigurrorum* (Ptol. 2, 6, 37).

Hay un silencio epigráfico respecto a los *Susarri* y *Lougei*, es decir, parece que estas *civitates* perdieron visibilidad en el registro a lo largo del siglo I d.C. No ocurre lo mismo con los *Gigurri* que, además de ser mencionados por Plinio y más tarde por Ptolomeo (2, 6, 37), aparecen en dos documentos epigráficos de finales del siglo I d.C. y siglo II d.C. (*CIL* II 2610 y *ERPL* 12). La importancia que los *Gigurri* parecen alcanzar en época flavia puede ponerse en relación con la existencia en esta *civitas* de una *mansio* de la *via Nova* y del *forum Gigurrorum* que recoge Ptolomeo y también el Itinerario Antonino (428, 7) y el Anónimo de Rávena (4, 45, 29-30).

- *Forum Gigurrorum*

La arqueología confirma la existencia de varios yacimientos en el área que posiblemente ocuparon los *Gigurri*. Uno de los más destacados ha sido el de A Cigarrosa, ubicado en el municipio de A Rúa, donde se han documentado otros yacimientos de época romana (Estefanía Álvarez, 1960: 31; Quintana Prieto, 1969: 24; Caamaño 1988: 15-39 y 2009: 178-179; Martínez Velasco, 1988: 43; Rodríguez Colmenero, 1995-1996: 25). En A Cigarrosa se ha localizado un conjunto residencial identificado como una posible villa, lo que ha llevado a descartar su papel como núcleo central de la *civitas* (Pérez Losada, 2002: 205; Caamaño, 2009: 135). Su ubicación se ha localizado entonces en As Medorras, Petín, donde pudo estar la *mansio* de *Foro* según Caamaño (2009: 134-136). Aquí se han encontrado abundantes restos arqueológicos dispersos en varias fincas de labor que podrían corresponderse con la mansión. Otros (Pérez Losada, 2002: 199), han optado por ubicar el núcleo central de *civitas* en A Proba, donde se han recogido varios restos a través de diversas intervenciones (Caamaño, 1988; Soto Arias, 1993-1994; Menéndez Llorente, 2000). Aquí ha sido posible documentar un conjunto constructivo compuesto por una calzada empedrada,

con algunos muros y pavimentos de construcciones asociadas, cloacas y una pequeña canalización. El material cerámico recogido indica, para este yacimiento, una cronología de época claudio-neroniana (40-70 d. C.) para la primera fase, seguida de una segunda de esplendor en época flavia y trajano-adrianea (70-140 d. C.), momento en el que se configuró el trazado ortogonal, previamente planificado, lo que refuerza la idea de que el enclave tuvo importancia desde el último tercio del siglo I d.C. (Menéndez Llorente *et al.* 1998; Pérez Losada, 2002: 202-203). La ocupación parece prolongarse hasta los siglos IV y V d.C. por la aparición de *terra sigillata* tardía.

Además del núcleo principal, el modelo de poblamiento se completó con otros asentamientos rurales dispersos como parecen indicar algunos yacimientos con material romano en superficie, a lo largo del río Sil (*vid.* **Mapa 8**). Así, tanto en el municipio de O Barco de Valdeorras, como en el de Vilamartín de Valdeorras se encuentran varios yacimientos que podrían estar vinculados a la *via Nova* y a las labores mineras cercanas (Caamaño, 2009: 180-182). También en el entorno del municipio de Rubiá, a lo largo del río Cigueño, se localizan varios yacimientos (Ferrer Sierra, 2004; Caamaño, 2009: 182-183).

La epigrafía puede ayudar a completar el panorama, pues algunos documentos revelan la existencia de grupos de poder asociados a la *civitas Gigurrorum*. Este es el caso del ara al dios *Cosus* (ERPL 12) localizada en San Pedro de Trones (Puente de Domingo Flórez), en un punto cercano a Las Médulas. La *origo* del dedicante, *P. Arquius Clemens Gigurrus* (con *tria nomina*), es una muestra de la proyección social de los habitantes de la *civitas Gigurrorum* durante todo el siglo I d.C. y posiblemente también el siglo II d.C. También en relación con los *Gigurri*, se encuentra la gran estela de mármol de A Rúa de Valdeorras de [*L(ucio)*] *Pompeio Reburro Fabro*, un militar *Gigurro Calubrigensis* a quien su heredero, *L(ucius) Flavius Flaccinus*, dedicó la inscripción (CIL II 2610). De este mismo lugar debió de proceder *Flaccus Aviti filius*, quien consagró un ara a *Tutela Calubrigensis* en Bembibre (ERPL 27). Además, en Refojos de Basto (Cabeceiras de Basto, Braga), se encuentra la *caetra* de una estatua de un guerrero lusitano-galaico, a los *Calubrigensis* dedicando la inscripción junto a los *Abianiensi* (HEp 10, 2000, 717). Estas inscripciones refuerzan la propuesta de que en la *civitas Gigurrorum*, tempranamente constituida, surgieron unos grupos de poder (como el de los calubrigenses) que, a finales del siglo I d. C. y durante el siglo II d. C. superaron el ámbito local, ganando visibilidad en el registro.

Es posible afirmar con seguridad, que la *civitas* se organizó en fechas muy tempranas –el Edicto del Bierzo menciona a los *Gigurri* en el 15 a.C.– como entidad posteriormente implicada en la explotación de las minas del Cabrera y el Sil. En época flavia, los principales grupos de poder que habían actuado como intermediarios entre las poblaciones locales y la administración de Roma, se visibilizaron de forma más clara en la epigrafía. Esto coincide además con la configuración del *forum Gigurrorum* y el auge del núcleo por su vinculación con la *via Nova*.

ERPL 12. San Pedro de Trones. Puente de Domingo Flórez. León.

Conso / S[- -]ensi / P(ublius) Arquius / Clemens / Gigurrus

HEp 1, 1989, 667. Refojos de Basto. Cabeceiras de Basto. Braga

Artifices / Calubrigens(es) · et · Abianien(ses) / f(aciendum) · c(uraverunt)

CIL II 2610. A Cigarrosa. A Rua de Valdeorras. Ourense.

[L(ucio)] Pompeio L(uci) f(ilio) / Pom(ptina) Reburro Fabro / Gigurro Calubrigen(si) / probato in coh(orte) VIII pr(aetoria) / beneficiario tribuni / tesserario in |(centuria) / optioni in |(centuria) / signifero in |(centuria) / fisci curatori / cornic(ulario) trib(uni) / evoc(ato) Aug(usti) / L(ucius) Flavius Flaccinus / h(eres) ex t(estamento)

A lo largo del siglo II, la *civitas* sigue presente en la documentación. En la localidad de O Barco se localiza una ara a Atilaeco consagrada por *L(ucius) Cornelius Placidus*, centurión de la *legio VII* y datada a finales del siglo II o principios del siglo III d. C. (HEp 7, 1997, 490), además de la inscripción rupestre en la que se puede leer *Endius Carancis* (CIL II 2612). En la otra orilla del Sil, en el yacimiento de Os Poulos, apareció el altar votivo reutilizado en la iglesia de S. Xurxo da Millarouso y dedicado a *Liber Pater* (CIL II 2611) por *G. Vetius Felicio*. Finalmente, posiblemente procedente del yacimiento de A Escrita, en la misma margen izquierda del Sil en frente de las explotaciones auríferas de O Barco y reutilizado en la iglesia de San Martiño da Viloiira, se ha encontrado otro altar a *Tillenus* (AF I² 130) de *Q. Iulius Tiro*. Ambas inscripciones votivas dedicadas por individuos con *tria nomina*. Por su parte, en Vilamartín de Valdeorras se ha localizado un altar de *M. Aemilius Lepidinus* (IRG IV, 99).

HEp 7, 1997, 490. O Barco de Valdeorras, Ourense.

Atila/eco / L(ucius) Cor/nelius / Placid/us |(centurio) leg(ionis) / VII Ge(minae) P(iae) F(elicis) / ex voto m(erito)

CIL II 2611. Os Poulos/Millarouso, O Barco de Valdeorras, Ourense.

Liberio Patri / G(aius) Vetius / Felicio

CIL II 2612. O Barco de Valdeorras, Ourense.

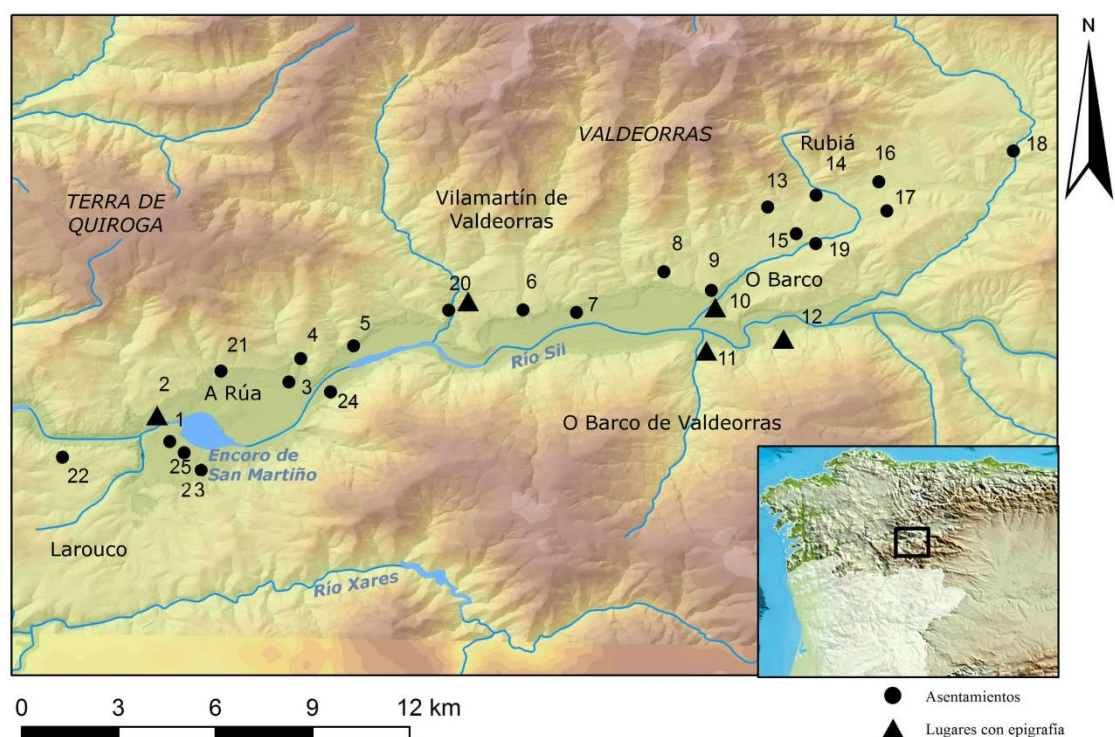
Endius / Caranci/s

IRG IV, 99. Vilamartín de Valdeorras, Ourense.

M(arcus) Aemili/[u]s Lepid[i]/nus pop/[u]lo v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)

AF I² 130. A Escrita/Viloira. O Barco de Valdeorras, Ourense.

Q(uintus) Iul/[ius] Tiro / Tilleno / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)



Mapa 8.- Mapa de la comarca de Valdeorras con los yacimientos mencionados en el texto.

1-As Medorras (O Pombar, Barrio de Santiago, Petín). **2-A Cigarrosa** (A Rúa). **3-A Rúa Vella** (A Rúa). **4-A Coroa** (A Rúa). **5-San Miguel de Outeiro** (Vilamartín de Valdeorras). **6- Cementerio de Arcos** (S. Lourenzo, Vilamartín de Valdeorras). **7-A Proba**. San Salvador (O Barco de Valdeorras). **8-O Castro** (Vila do Castro, O Barco de Valdeorras). **9-As Gulpilleiras** (Vilanova, O Barco de Valdeorras). **10-O Barco** (O Barco de Valdeorras). **11-A Escrita** (Viloira, O Barco de Valdeorras). **12-Os Poulos** (Millarouso, O Barco de Valdeorras). **13-Casteliño Redondo y a Costa da Parva** (O Barco de Valdeorras). **14-Cabeza de Castro** (Sta. Mariña, Rubiá). **15-Ponte Regueiral** (Sta. Mariña, Rubiá). **16-Os Ladrillos** (Sta. Mariña, Rubiá). **17-Val de Galegos, A Torrizola** (Sta. Mariña, Rubiá). **18-As Portas** (A Veiga de Cascallá, Rubiá). **19-As Chas** (Sta. Mariña, Rubiá). **20-A Magdalena** (Vilamartín de Valdeorras). **21-O Castrillón** y restos en Viñas da Santa (Fonteí, A Rúa). **22-Seadur** (Larouco). **23-O Castrillón** (S. Miguel de Montes, Petín). **24-O Castelo** (Valencia do Sil, Vilamartín de Valdeorras). **25-Castro de Santa María** (Mones, Petín).

El caso de los *Gigurri* revela la existencia de una *civitas* ya presente en época julio-claudia, en la que se van definiendo unos grupos de poder representados en la epigrafía de los siglos I y II d.C. En paralelo, la *civitas* tiene cierta proyección en las fuentes, donde aparece relacionada con el sistema viario. Arqueológicamente no se documenta, en cambio, un único centro claro, sino varios asentamientos dispersos (más

de una veintena, como se observa en el mapa). Sí aparece la mención de un foro (*forum Gigurrorum*), que podía estar ubicado en A Proba (Pérez Losada, 2002: 199), un asentamiento ya existente antes del trazado de la *via Nova*, pero que adquirió mayor relevancia desde época flavia.

Como ya se adelantó, junto al *forum Gigurrorum* en el Noroeste hay otros cuatro *fora* documentados: *Bibalorum*, *Limicorum*, *Narbasorum* e *Iriensis*. De acuerdo con Pérez Losada (2002: 36), estos *fora* serían fundaciones inducidas por el Estado para dotar a las comunidades dispersas de un centro cívico. En este sentido, el *forum Gigurrorum* pudo haberse creado en época flavia, aprovechando un asentamiento ya existente, para actuar como capital de la *civitas*. Sin embargo, esta cuestión no está en absoluto resuelta.

Uno de los problemas principales que encierran los *fora* es su indefinición tanto arqueológica como conceptual. Los lugares denominados *fora* en el Imperio son bastante escasos y se reducen a unos casos en Italia peninsular y la Galia Cisalpina y Narbonense, además de tener alguno en Cerdeña y los conocidos en *Hispania* (Pérez Losada, 2002: 35). Conceptualmente, el término *forum* poseyó varias acepciones, lo que complica aún más su estudio. En primer lugar, Varrón (*Rust.* 1, 54, 2) lo utilizó para referirse a cajas empleadas para recolectar uvas. Catón (*Agr.* 18, 4), también lo asoció a un recipiente, en concreto a uno de madera en el que guardar una prensa. Estas definiciones, llevaron a algunos autores a proponer que los *fora* fueron originalmente recintos cerrados de madera, hecho que explicaría su indocumentación arqueológica en muchos casos (Ruoff-Vänäänen, 1978: 5).

En segundo lugar, la concepción clásica de los *fora* los relaciona con lugares de mercado. Algunas fuentes recogen así su acepción como *negotiationis locus* (Paul. *Fest.* P. 77L: *Primo, negotiationis locus, ut forum Flaminium, forum Iulium, ab eorum nominibus, qui ea for a constituenda curarunt; quod etiam locis privatis et in viis et agris fieris solet*). Es decir, eran aquellos lugares donde se reunía la población para realizar negocios, comprar y vender productos (también en este sentido se expresa Liv. 25, 22, 4; 29, 37, 3; 39, 14, 7; 40, 19, 3 y ss; 40, 37, 3; 43, 14, 10). Esta idea sería coherente con el hecho de que algunos *fora* recibieran el nombre de las mercancías con las que se comerciaba, como ocurrió con el *forum boarium* (Liv. 21, 62, 2; Plin. *NH.* 34, 2, 5; Tac. *Ann.* 12, 24), el *forum holitorium* (Liv. 21, 63, 3; Tac. *Ann.* 2, 49) o el *forum piscarium* (Liv. 26, 27, 3; 40, 51, 5; Pl. *Cur.* 4, 1, 13), por poner algunos ejemplos. Se trataría entonces de lugares de mercado (a veces especializados en ciertos productos),

situados a las afueras de las ciudades, aspecto que podría explicar que el término también conecte a veces con espacios funerarios, ubicados en lugares que luego podrían ocupar los *fora* (Cicerón, *Leg.* 2, 24, 61, hablando de leyes funerarias, se refiere así a los *fora* en estos términos: *quod autem forum, id est vestibulum sepulchri, bustumue usucapi vetat, tuetur ius sepulcrorum*).

Además de la comercial, a los *fora* se les atribuye la función de ser lugares de reunión y discusión pública, en los que se impartió justicia (Cic. *Verr.* 2, 4, 54: *quod (tempus) in iudiciis ac foro datur*). La *Tabula Heracleensis*, datada a mediados del siglo I a.C., señala que en los *fora* se llevaban a cabo juicios públicos y en este punto vincula *fora* con *conciabula*: *queive iudicio publico Romae condemnatus est erit... queive in eo municipio colonia praefectura foro conciabulo, quous erit, iudicio publico condemnatus est erit* (Crawford, 1996: 367 y 376). Este último documento, que resulta esencial para estudiar los *fora*, los cita además junto con colonias, municipios y prefecturas, indicando que tenían magistrados y un consejo local (Crawford, 1996: 366, 367 y 375-376). Sin embargo, la *Tabula Heracleensis* no los menciona al hablar de los magistrados encargados de realizar censos (Crawford, 1996: 368 y 377), por lo que no parece que tuvieran autonomía en este sentido. Sherwin-White, propuso que la diferencia entre foros, colonias y municipios era fundamentalmente la ausencia de un *ager* propio del *forum* (Sherwin-White, 1973a: 73-76). Sin embargo, las leyes tardorrepublicanas no parecen claras a este respecto⁹¹ y lo único sabido es que se incluyen como una categoría más al citar *municipia*, *coloniae*, *praefecturae*, *vici*, *oppida*, *conciabula* o *castellum*⁹².

En definitiva, el único aspecto que las fuentes dejan claro es que un *forum* era un lugar central de reunión, discusión y comercio; esto es, un espacio para la realización de actividades comunitarias, entre las que se podría también incluir la impartición de justicia. No se asocian a un estatuto jurídico determinado y aparecen vinculados tanto al ámbito rural como al urbano, lo que puede explicar la aparente indefinición de las fuentes. La mención a la existencia de magistrados que recogen algunos documentos,

⁹¹ Así, por ejemplo, la *Lex Iulia agraria* recoge que los *fora* tuvieron *ager* propio como las colonias y los municipios: *Quae colonia hac lege deducta quodue municipium praefectura forum conciliabulum constitutum erit, qui ager intra fines eorum erit, qui termini in eo agro statuti erunt, quo in loco terminus non stabit, in eo loco is, cuius is ager erit, terminum restituendum curato, uti quod recte factum esse uolet: idque magistratus, qui in ea colonia municipio praefectura foro conciliabulo iure dicundo praeerit, facito ut fiat* (Crawford, 1996 II, n. 54).

⁹² Ya vimos el caso de la *Lex de Gallia Cisalpina*, donde se incluyen los *castella* como una categoría más, mencionando también a los *fora*: *... in eorum quo o(ppido) m(unicipio) c(olonia) p(raefectura) f(oro) v(eico) c(onciliabulo) c(astellum) t(erritorio)ve...* (CIL XI 1146; Laffi, 1986).

tampoco es indicador de su estatuto jurídico, puesto que es conocido que existieron otras entidades rurales, como los *vici* o los *pagi*, que también dispusieron de magistrados propios (Chevallier, 1986: 5).

La definición de los *fora* es un problema que enlaza directamente con el tema de los aglomerados secundarios herederos de las “small towns” de la historiografía anglosajona (Todd, 1970; Burnham y Wachter, 1990) y de las “agglomérations secondaires” de la francesa (Maurin dir. 1990; Massy, 1997; Aupert *et al.* 1998; Fiches dir. 2002). Este término general se utiliza para definir agrupaciones rurales que destacan por tener una mayor entidad que otras de su entorno y con las que se alude a una multiplicidad de formas de ocupación (*vicus*, *lucus*, *forum*, *oppidum*, *castellum*...). Sin embargo, estas formas de poblamiento rural no han sido caracterizadas conceptual y arqueológicamente con demasiado éxito debido, probablemente, a que no existió una correspondencia unívoca entre estas categorías y unas formas concretas de ocupación (Fernández Ochoa *et al.* 2014). En este sentido, los *fora* pudieron desempeñar papeles centrales en la ordenación del poblamiento rural, pero sin que ello supusiera, necesariamente, la existencia de un cuerpo cívico, un ordenamiento urbano o un estatuto jurídico determinado.

Lo que sí parece más claro es que, por su vocación centralizadora, muchos *fora* se asociaron a vías de comunicación⁹³. Dicha vinculación, se ha puesto en relación con el hecho de que varios *fora* tuvieran nombres formados a partir de nombres propios. Tras ellos podrían encontrarse los magistrados responsables de su fundación y de la construcción de una vía asociada, como por ejemplo el *Forum Apii*, relacionado con la vía Apia (Carettoni, 1960: 726). En época imperial, podrían relacionarse con fundaciones directas por parte del poder imperial, lo que explicaría la existencia de *fora* con nombres de emperadores, como los alpinos *Forum Claudii Vallensium* y *Forum Claudii Ceutronum*, el *Forum Hadriani* en Batavia y el *Forum Traiani* y el *Forum Augusti*, ambos localizados en Cerdeña. Esta idea ha llevado a proponer para el Noroeste, que los *fora* fueron fundaciones directas por parte del poder imperial (Pérez Losada, 2002: 36; Fernández Ochoa *et al.* 2014: 121). Sin embargo, lo cierto es que en muchos de estos *fora* ya existía un poblamiento anterior, tal y como confirmaba el

⁹³ En contra de esta vinculación se muestra Ruoff-Väänänen (1978: 11ss), para quien no hubo ninguna relación entre la construcción de vías y las instalaciones de los *fora*. Para la autora, los *fora* se corresponderían con una categoría de asentamiento intermedio entre *vicus* y *municipium* (Ruoff-Väänänen, 1978: 53).

forum Gigurrorum, lo que obliga a cuestionar esta fundación imperial directa. Lo que sí parece confirmarse, tal y como se verá, es su vinculación con el trazado viario.

- *Forum Iriensis*

Uno de los casos más evidentes es el del *forum Iriensis*, vinculado en concreto con una reforma viaria, puesto que el trazado de las vías XIX y XX del Itinerario de Antonino, que comunicaba los puertos de *Brigantium* (La Coruña) e *Iria Flavia* (Gómez Vila, 2009: 43), fue alterado para incluir la comunicación con el campamento de Ciudadela, construido en los primeros años del siglo II d.C. para albergar a la *cohors I Celtiberorum* (López Pérez y Caamaño, 2011: 142). Esta reforma del trazado afectó a *Iria Flavia*, localizada en la confluencia del río Sar y el Ulla, en Padrón (A Coruña). Además de por Ptolomeo, es mencionada por el Itinerario de Antonino (430, 4) y el Anónimo de Rávena (4, 45, 38). Como foro aparece en un par de inscripciones: una dedicada a Neptuno por los *Foroiriensis* (CIRG I, 12) y otra funeraria de *Cambavius Corali f(ilius) Foroiriensis* (CIRG I, 13).

CIRG I, 12. Iglesia de Santiago. Padrón. A Coruña	CIRG I, 13. Padrón. A Coruña.
<i>Nept/uno / For(o)i(ri)/e(n)ses / d(e) s(uo) p(osuerunt)</i>	<i>Cambavius / Corali f(ilius) / SENA For(o)irie(n)s(is) / annorum L / h(ic) s(itus) e(st) / s(it) t(ibi) t(erra) l(evis)</i>

Aunque *Iria Flavia* estuvo ocupada desde la primera mitad del siglo I d.C., desde época flavia experimentó un auge considerable, relacionado con su papel comercial y viario (Pérez Losada, 2002: 108). La aparición de ánforas y material de importación, destacando la gran cantidad de fragmentos de *terra sigillata*, apoyan esta idea (López Pérez *et al.* 1999). El propio apelativo de Flavia también es significativo de la importancia que desempeñó desde este período, lo que ha llevado a defender, sin más evidencias, un estatuto municipal para la ciudad (Pérez Losada, 1996: 197). Los restos que han permitido recuperar las excavaciones, sí son indicativos de la existencia de unas aristocracias (Pérez Losada 2002: 96). Este es el caso de los mosaicos, los fragmentos de *marmorata* y cerámicas finas, la escultura funeraria (Rodríguez Pérez y Blanco Sanmartín, 1997) y la existencia de un edificio que Pérez Losada ha reconocido como una posible *domus* con peristilo (Pérez Losada 2002: 105). Algunas inscripciones de Iria Flavia y del entorno, muestran la presencia de individuos con *dua nomina* que pudieron ser parte de las élites, como *Flavia Tertulla* (CIRG I, 15), *Flaccinius Secundus* (CIRG I,

17), *Lucius Acilius* (CIRG II, 98), *Titus Lircinus* (CIRG II, 100) o *Iulia Valentilla* y *Cornelius Chresimus* (CIRG I, 14), éste último quizá liberto por la raíz griega de su *cognomen*. También hay casos de nombres únicos como *Iulia* y su hijo *Naevio* (CIRG I, 16) o *Cambavius* y *Corallus* (CIRG I, 13), éstos últimos peregrinos. Los restos dispersos a lo largo de las vegas del Sar y el Ulla, reflejan la existencia de un poblamiento disperso a lo largo de la vía XIX (Pérez Losada, 2002: 99), que probablemente formó parte de una *civitas* en la que el enclave de Iria Flavia destacó desde época flavia por su ubicación privilegiada para el comercio y en la red de comunicaciones.

CIRG I, 15. Padrón. A Coruña <i>Fl(avia) Tertulla ME / SAN FL F marito</i>	CIRG I, 17. Padrón. A Coruña. <i>D(is) M(anibus) s(acrum) / Secun/dianus / Secundi / an(norum) LVIII / h(ic) s(itus) e(st) Fla/ccinius / Secund/u[s]</i>
CIRG II, 98. S. Xián de Requeixo, Pontecesures. Pontevedra <i>L(ucius) Aci/[lius]</i>	CIRG II, 100. S. Xián de Requeixo, Pontecesures. Pontevedra. <i>Io[vi] / Optu/mo(!) Max/umo / a(ram) p(osuit) T(itus) Li/rcin(us?)</i>
CIRG I, 14. Padrón. A Coruña. <i>D(is) M(anibus) s(acrum) / Cor(nelio) Ch/resimo / an(norum) p(lus) m(inus) / L Iulia / Valentil(l)a c(oniugi) p(iissimo) p(osuit)</i>	CIRG I, 16. Padrón. A Coruña. <i>D(is) M(anibus) s(acrum) / Iulia ma(ter) / filio pi(issimo) / Na(e)violo / non libe(ns) / an(n)or(um) / XIII</i>

- *Forum Narbasorum*

La localización del *forum Narbasorum*, también mencionado por Ptolomeo (2, 6, 48), es menos clara, lo que dificulta su interpretación. Los *Narbasi* son únicamente citados por este autor, quien los sitúa dentro del *conventus Bracaraugustanus*, por lo que una de las propuestas ha sido ubicarlos en el entorno de la *mansio Salaniana* (Alarcão, 1998c: 53), cuya localización no es segura, pero que se tuvo que encontrar en el tramo portugués de la *via Nova*, a juzgar por los dos miliarios documentados en la Terra de Bouro⁹⁴ y que indican la milla 21 desde *Bracara*. Con anterioridad, Tranoy había situado este *populus* en el entorno de Bragança, para luego reconocer él mismo los problemas de tal localización, puesto que junto a ella se sitúa Castro de Avelãs, perteneciente probablemente a la *civitas* zoela, la cual formaría ya parte del *conventus Asturum* (Tranoy, 1981: 72). La relación de otros *fora* (como el *Gigurrorum*), con la *via*

⁹⁴ *MiNoH* 277 y 278, dedicados a Heliogábalo y Caro, respectivamente.

Nova, convierte la propuesta de Alarcão en la más probable. Por desgracia, en el entorno apenas se documentan epígrafes, tan sólo dos aras votivas (*AE* 1982, 566 y *AE* 1983, 557), una a Júpiter y otra muy fragmentada e ilegible. Estos epígrafes podrían dar pistas sobre la existencia de un lugar central en la región que, aunque mal caracterizado, pudo funcionar como el *forum Narbasorum*, vinculado con la *via Nova*.

- *Forum Bibalorum*

El caso del *forum Bibalorum* tampoco es sencillo. Los *Bibali* son citados por Plinio (*NH.* 3, 28), Ptolomeo (2, 6, 42) y aparecen en la inscripción de Pedrao dos Povos (*CIL* II 2477). Epigráficamente no se conocen menciones de *origo* de los *Bibali*, ya que aquellas inscripciones donde se han querido ver (*CIL* II 2475 y *HEp* 7, 1997, 548), reflejan, en realidad, antropónimos (hecho que, por otra parte, no es extraño en la zona, donde se encuentran los casos de *Equaesius* o *Curundus*, por ejemplo, funcionando como antropónimos).

<i>CIL</i> II 2475. Vale de Anta, Chaves, Vila Real, Portugal.	<i>HEp</i> 7, 1997, 548. Codosedo, Sarreaus, Ourense.
<i>IMP(?) [T]er(tius?) Pro[b]/[i] Biba[l]/us · ex · v/oto pos/uit lib(ens) a[n]/imo</i>	<i>Al(l)ec[ius B]/ibali f(ilius) / v(icanus) Neme/tobrigae p(osuit) / HNC s(it) t(ibi) t(erra) l(evis)</i>

Tradicionalmente los *Bibali* se han localizado en el valle del río Búbal, al suroeste de Verín (Tranoy, 1981: 64; Plácido, 2002: 119), cerca de *Aquae Flaviae*. Más concretamente, Taboada (1943-44: 281-288 y 1953: 61-72) sugería localizar el *forum* en el castro de Medeiros, aunque sus prospecciones no fueron concluyentes, por lo que no logró ninguna prueba más para apoyar esta identificación. En este mismo sentido fueron los trabajos del propio Taboada con López Cuevillas (1953, 151-157 y 1955), a propósito de Cidá de Castro de San Millán, que identificaron también con un *oppidum* de los *Bibali*, opinión compartida por González Ruibal (2005: 280-281). Ante la abundancia de restos prerromanos en la zona, se argumentó que el *forum* que menciona Ptolomeo, respondería a la creación de un centro de reunión local *ex novo*, donde confluirían las poblaciones de la *civitas* que seguían habitando en sus antiguos emplazamientos. Otros autores, sin embargo, optan por situarlos en otras zonas, como Valdeorras (Pastor Muñoz 1979: 180, nota 77), aunque sin aportar argumentos que sostengan este emplazamiento. Alarcão, por su parte, los sitúa al noroeste de Chaves, al

oeste de los *Tamagani* y al sur de los *Quaerquerni* (Alarcão, 1998c: 55). Finalmente Fonte (2006), siguiendo una nueva propuesta de Alarcão (2003b: 124) y de Martins *et al.* (2005: 282), a partir de unos documentos altomedievales del monasterio de Celanova, los sitúa en torno a San Cibrán de Lás, ya que las confluencias de los ríos Miño y Barbantiño en esta zona se denominan como “territorio Bubalense”, “territorio de Bubale” o “territorio Bubalo”.

Tanto el emplazamiento tradicional al sur de Verín, como el propuesto por Alarcão en el noroeste de Chaves, se relacionarían con el sistema viario. En el primer caso, Verín (ubicado en el curso medio-alto del río Tâmega), se ha definido como un importante nudo de comunicaciones, puesto que se situó sobre el trazado de una importante vía secundaria que partiría de Chaves en dirección Xinzo de Limia (Pérez Losada, 2002: 233). Su recorrido ofrece bastantes dudas, a pesar de haberse localizado algunos miliarios en la región (*e.g.* *CIL* II 4795; *IRG* IV, 49), pero es posible pensar que los *Bibali* ocuparon una zona por la que discurrió esta vía antes de llegar a la *civitas* de los *Tamagani* en Verín. Por otro lado, de ser cierta la segunda interpretación, los *Bibali*, se localizarían en el entorno de San Cibrán de Lás, próximo a la *mansio Praesidio* de la *via Nova*, que se ha vinculado con el yacimiento de San Pedro do Burgo (Caamaño, 2009: 132). Nuevamente esta localización relacionaría el *forum Bibalorum* con el trazado viario.

- *Forum Limicorum*

La última mención a *fora* también está asociada a la *via Nova*. Me refiero al *forum Limicorum*, que se ha localizado en la región del alto Limia. Los *Limici* constituyeron una *civitas* muy bien representada en la epigrafía a lo largo del siglo I d.C. Se han documentado *Limici* en zonas mineras de Huelva⁹⁵ en inscripciones datables en la primera mitad del siglo I d.C., en ocasiones junto al término *castellum* o el signo de C invertida (*e.g.* *CIL* II 5353). La *civitas Limicorum* siguió presente en el siglo II d.C. como dedicante en las inscripciones honoríficas a Adriano (*CIL* II 2516) y Antonino (*CIL* II 2517).

⁹⁵ Como *origo* está recogida en múltiples epígrafes recogidos en varias zonas de *Hispania*: en la zona de Chaves (*CIL* II 2477; *CIL* II 2496), en Viseu (*CIL* II 434); en la Beira Alta (*HEp* 2, 1990, 809); en Oliva, Cáceres (*CIL* II 827), en Zarza de Granadilla, Cáceres (*AF* I² 322); en Alcalá de Henares (*CIL* II 3034); en Valera de Arriba, Cuenca (*CIL* II 3182), Antequera (*CIL* II 2049), Calañas (*CIL* II 5353); Jabugo (*CILA* I, 24); Villanueva de los Castillejos (*AF* I² 327); Niebla (*CIL* II 4963,01).



Imagen 55.- Dedicación a Borea por *Celer Erbuti f. Limicus*, localizada en Niebla, Huelva (*CIL* II 4963, 01). Fuente: Archivo Fotográfico Centro *CIL* II (UAH)

Se ha querido ver una competencia entre dos yacimientos situados a unos 12,5 km en línea recta y que, según algunos autores, se disputan la capitalidad de la *civitas Limicorum* (Pérez Losada, 1998: 169 y 2002: 225-227; Rodríguez Colmenero, 1997a: 171). Me refiero a los yacimientos de Xinzo de Limia y de Nocelo da Pena (Sarreaus). En el de Xinzo se pueden distinguir dos etapas claras de ocupación: una primera altoimperial, que iría del último cuarto del siglo I d.C. a fines del siglo II d.C.; y una segunda etapa bajoimperial de los siglos III y IV d.C. (Xusto Rodríguez, 1996). La interpretación de los investigadores es que se trata de un enclave creado *ex novo* en época flavia, a partir de la población de los castros inmediatos como el llamado Conto de Baronzás o Cidá de Morgade (Pérez Losada, 2002: 217-218) y probablemente relacionado con la red viaria. En Xinzo se ha localizado un conjunto de inscripciones votivas consagradas a *Iuppiter Optimo Maximo* (*AF* I² 43; *HEp* 2, 1990, 539; *IRG* IV 67; *AF* I² 34; *AF* I² 38), otra consagra a los Lares y una última dedicada a la *Mater Deum* por *Iunia Avita* (Rodríguez González, 2006). Las consagraciones al panteón romano se completan con otras inscripciones dedicadas a divinidades con nombres indígenas, destacando las de *Reve* (*AF* I² 115; *IRG* IV, 93). Sin duda Xinzo se convirtió en un lugar muy destacado de la *civitas*, que reunió votos de diversos personajes: algunos con una onomástica claramente peregrina (*e.g. Peregrinus Apri f(i)lius*) en *IRG* IV 93), otros ciudadanos romanos (*e.g. C. Marcius Maximus*, centurión de la *legio VII* en *CIL* II 2522; *M. Iunio Quirina Robusto* en *CIL* II 2566). Las inscripciones a Júpiter, el epígrafe del militar o la inscripción de Cibeles, remiten a un ambiente oficial relacionado con el *cursus publicus*, puesto que Xinzo fue un lugar destacado tanto en

relación con la *via Nova* como con el trazado de otros caminos secundarios (Pérez Losada, 2002: 219), donde se pudo materializar la presencia de las aristocracias.

AF I² 43. Xinzo de Limia, Ourense. <i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / L(ucius) Bassus [- - - / - - - / - - -] / ex voto</i>	HEp 2, 1990, 539. Xinzo de Limia, Ourense. <i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / D(ecimus?) [- - - - -]</i>
IRG IV, 67. Xinzo de Limia, Ourense. <i>Iovi Op(timo) / Maximo / L(ucius) Enicus Rufin[i] / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)</i>	AF I² 34. Xinzo de Limia, Ourense. <i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / Septi[mi]/[us Reb]u[r]/rus / v(otum) l(ibens) m(erito) s(olvit)</i>
AF I² 38. Xinzo de Limia, Ourense. <i>[I]ovi Opti(mo) / Max(imo) / [-] Quadra/tus [C]assi/[us] v(otum) s(olvit) l(ibens) a(nimo)</i>	AF I² 150. Xinzo de Limia, Ourense. <i>M(arcus) Ter/tiolus / Larib/us Tur(olicis) / ex vo(to) p(osuit)</i>
CIL II 2565. Xinzo de Limia, Ourense. <i>Crougin / Touda/digoe / Rufonia / Sever[i]</i>	AF I² 217. Xinzo de Limia, Ourense. <i>L(ucius) Albus / Albinus / [- - - - -]</i>
CIL II 2522. Xinzo de Limia, Ourense. <i>[Genio(?)] p(opuli?) R(omani?) / C(aius) Marc(ius) Maxi(mus) / (centurio?) leg(ionis) / VII G(eminae) P(iae) f(felicitis) / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)</i>	IRG IV, 127. Xinzo de Limia, Ourense. <i>Blen/dea Mant/ai f(ilia) m/onime/ntus(!) st/at(uere) fecit / Maxumus(!)</i>
AF I² 115. Xinzo de Limia, Ourense. <i>Reve A/badaego · Ar[c]/unuu / Silvan/us · v(otum) · s(olvit) · l(ibens) / m(erito)</i>	Rodríguez González, 2006. Xinzo de Limia, Ourense. <i>Matri / Deum / Iunia / Avita / ex voto</i>
IRG IV, 93. Xinzo de Limia, Ourense. <i>Peregrinus / Apri f(ilius) Reve / Veisuto</i>	CIL II 2566. Xinzo de Limia, Ourense. <i>M(arco) Iunio Quir(ina) / Robusto Iunius / Montanus patri et / Rutilia Perueda / marito h(eredes) f(aciendum) c(uraverunt)</i>

En cuanto al yacimiento de A Cidá o Monte do Viso en Nocelo da Pena (Sarreaus), se ha propuesto su identificación con el *forum Limicorum*, algo que podría reforzarse con el hallazgo de unas inscripciones a Adriano y Antonino Pío (CIL II 2516 y CIL II 2517) consagradas por la *civitas Limicorum*. A estas inscripciones es posible sumar un controvertido epígrafe con mención a las *Matres* de la *civitas* (presumiblemente la



Imagen 56.- Calco de la inscripción hallada en las minas de Louviño. Fuente: García Valdeiras, 2001.

de los *Limici*) (*IRG* IV, 1) y una votiva consagrada a Nabia (*CIL* II 5622). Arqueológicamente se han localizado hallazgos dispersos en un área de 3 km² que permiten reconocer un asentamiento tipificado como castro minero (A Cerca), una necrópolis romana en el punto central de A Cidá y varias explotaciones antiguas de estaño (Domergue, 1987: 413-141). A estos yacimientos, se suma la aparición de un epígrafe en las cercanas minas de Louviño y que, según García Valdeiras (2001: 44), podría tratarse de un ara consagrada por *Ulpus procurator metallorum*. Esta lectura lo conectaría con *M. Ulpus Eutyches, procurator metalli Alboc(arensis)* (*CIL* II 2598) de localización desconocida. De acuerdo con Pérez Losada (2002: 222), en torno a A Cidá se organizaría un asentamiento, que incluyó tanto la necrópolis como el castro de A Cerca y que estaría encargado de la administración y la gestión de las minas próximas.

***CIL* II 2516. Ermita de San Pedro, Nocelo da Pena. Sarreaus, Ourense.**

[*Imp(eratori) Caes(ari) divi Tra[/i>]/[*iani Parthici f(ilio) / divi Nerv]ae nep(oti) / Traiano Hadria/no Aug(usto) pont(ifici) / max(imo) trib(unicia) pot(estate) XVI / co(n)s(uli) III p(atri) p(atriciae) civitas / [Limicorum]**

***CIL* II 2517. Ermita de San Pedro, Nocelo da Pena. Sarreaus, Ourense.**

[*I]mp(eratori) Caes(ari) divi H[ad]/riani f(ilio) divi Traian(i) / [P]arthici nep(oti) divi / Nervae pronep(oti) / [T(ito) Aelio Hadriano / Antonino Aug(usto) Pio / pont(ifici) max(imo) trib(unicia) pot(estate) / III co(n)s(uli) III p(atri) p(atriciae) / [c]ivitas Limicorum*

***IRG* IV, 1. Nocelo da Pena. Sarreaus, Ourense.**

Matri(bus) civita(tis) [pr(o)] / Amace Avi[te] / Taciu/s et Ta[pila] // Tapila / Taciu[s] / v(otum) s(olverunt) l(ibentes) [m(erito)]

***CIL* II 5622. Ermita de San Pedro, Nocelo da Pena. Sarreaus, Ourense.**

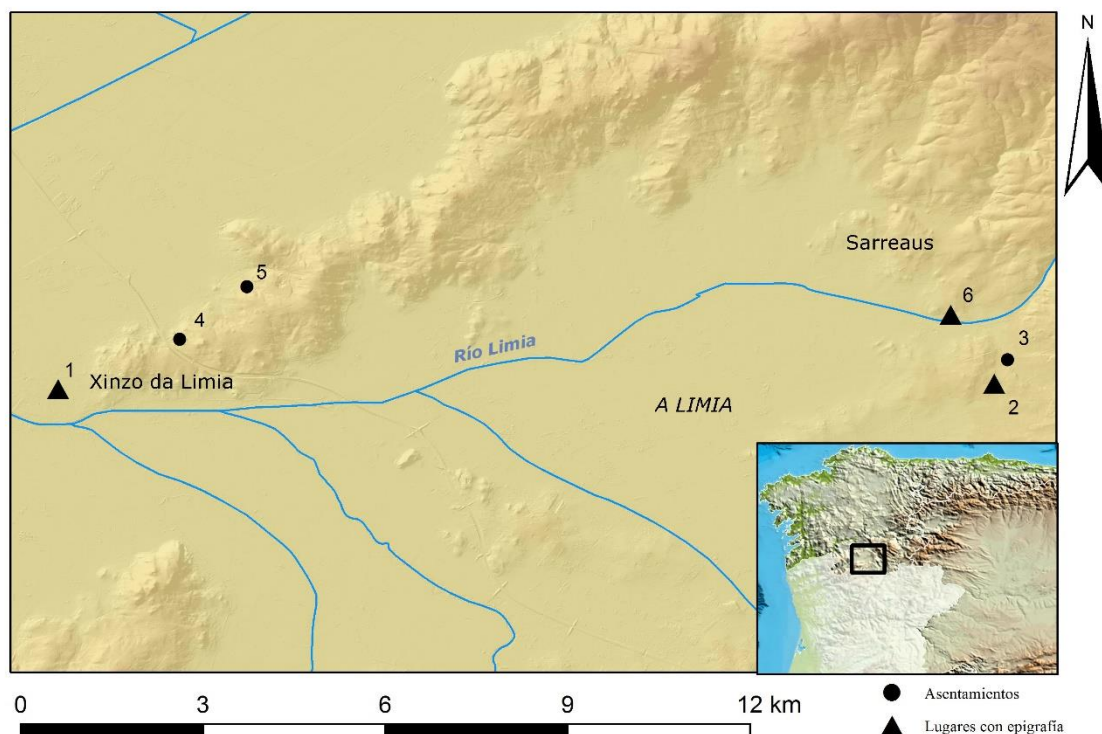
[*- - -]into / [- - -]ento / [T]i(berius) Lagi/us Na/biae v(otum) / s(olvit) l(ibens) m(erito)*

García Valdeiras, 2001. Louviño, Lodoselo, Sarreaus, Ourense.

Ulpus / proc(urator) l(ibertus) / Aug(usti) v(otum) l(ibens) a(nimo) / ca/(lendas) Ul(i)as

La vinculación de Nocelo da Pena con la actividad minera ha llevado a este mismo investigador a proponer un modelo de capitalidad dual para la *civitas Limicorum* (Pérez Losada, 1998 y 2002: 225-226). Según el autor, la capitalidad política la ostentaría Nocelo, bien porque ya había desempeñado esta función sobre los *Limici* con anterioridad a época flavia, bien porque fue la residencia de la administración minera de la región. En cambio, la capitalidad socioeconómica la tendría el nuevo asentamiento de Xinzo, mejor situado geográficamente. Esta doble capitalidad también la apoya Rodríguez Colmenero (1997a: 171), quien distingue *forum Limicorum* (según

este autor en Xinzo) de un *caput civitatis* (en Nocelo). Esta situación se mantendría hasta el primer tercio del siglo II d.C., cuando Xinzo desplazó a Noceda y se convirtió en capital.



Mapa 9.- Mapa de la región del Alto Limia.

1-Xinzo da Limia. 2-A Cidá (Nocelo da Pena, Sarreaus). **3-A Cerca** (Nocelo da Pena, Sarreaus). **4-Baronzas** (Xinzo da Limia). **5-Morgade** (Xinzo da Limia). **6-Louviño** (Lodoselo, Sarreaus).

Sin embargo, es destacable que cuando Xinzo se consolidó plenamente como capital en el siglo II d.C., las inscripciones honoríficas imperiales se ubicasen en Nocelo da Pena. Desde mi punto de vista, este hecho encuentra explicación si tenemos en cuenta que la capitalidad única no tuvo por qué ser la norma. Las reformas flavias pudieron afectar a la organización de la *civitas*, principalmente con el auge del asentamiento de Xinzo, de clara vinculación viaria, sin embargo esto no evitó que otros enclaves vivieran un momento importante en el siglo II d.C., con el despegue de las aristocracias locales. En el siglo II d.C., tenemos incluso un *flamen* procedente de esta *civitas* en *Tarraco* (*CIL* II 4215), lo que confirma la proyección de ciertos individuos de esta comunidad.

***CIL* II 4215. Tarragona.**

P(rovincia) H(ispania) c(iterior) / M(arco) Flavio M(arci) f(ilio) / Quir(ina) Sabino / Limico Ilvir(o) / sacerdoti / convent(us) / Bracari(!) / flamini / p(rovinciae) H(ispaniae) c(iterioris)

Es posible que, de acuerdo con un proceso de concentración del poder, un asentamiento como Nocelo destacara a lo largo del siglo II d.C. En paralelo, la reestructuración del sistema viario en época flavia llevó a crear otro punto destacado en torno al trazado de la *via Nova* (en este caso Xinzo), en el que también se visibilizaría la presencia de las élites de la *civitas*. Esto documentaría un doble proceso: por un lado la tendencia a la jerarquización más acusada, con el auge de ciertos núcleos, que destacan de forma más clara a finales del siglo I d.C. y en el siglo II d.C. y en los que se materializa la presencia de una aristocracia local cada vez más consolidada. Por otro lado, la creación de nuevos centros relacionados con el sistema viario y que podrían aprovechar asentamientos ya existentes o ser creados *ex novo*, pero que gracias a su vinculación con el *cursus publicus*, se convirtieron en ejes territoriales destacados. En este sentido, Roma intervino en la organización territorial al implantar el sistema viario, decidiendo su trazado y, en consecuencia, favoreciendo unos enclaves respecto a otros. La fundación de los *fora* no fue, necesariamente, fruto de una intervención estatal directa, sino resultado de que unos enclaves (en ocasiones ya existentes), fueran articulados por el sistema viario, por ser lugares centrales de reunión y comercio (y como consecuencia fueron reconocidos como *fora* por Ptolomeo). Una *civitas* podría contar entonces con varios núcleos importantes (en función de la mayor o menor fragmentación del poder local), los cuales podrían a su vez coincidir, o no, con asentamientos viarios. Se observa, por tanto, una doble perspectiva de evolución local e intervencionismo estatal, en la que se combinan procesos locales de creación y consolidación de las élites de las *civitates*, con la intervención de Roma, que reorientó la estructuración territorial en función de sus intereses, a partir de la articulación del sistema viario. En otros casos, fue la distribución de los campamentos militares lo que pudo alterar la organización territorial. Este fue el caso que se ha mencionado de Cidadela, cuya localización alteró el trazado anterior de la vía XIX a comienzos del siglo II d.C. En relación con la *via Nova* es posible añadir el ejemplo de *Aquis Querquennis*.

- *Aquis Querquennis*

Aquis Querquennis, *mansio* de la *via Nova* (It. 428, 2), se localiza en la región de la Baixa Limia y, además del establecimiento viario, también se vincula con un campamento militar (Rodríguez Colmenero y Ferrer Sierra, 2006; Caamaño, 2009: 124-127). Los *Querqueni* son además mencionados en el Pedrao dos Povos (*CIL* II 2477).

El campamento, quizá vinculado a la *cohors I Gallica equitata civium Romanorum*, tiene unas fechas de ocupación de época flavia (entre el año 65 y el 117 d.C. según Pérez Losada, 2002: 186), aunque algunos autores han llevado el abandono al 138 d.C. (Vega Avelaira, 1997: 203). La cronología viene determinada por la ausencia de *TSG* y las primeras *TSH* de imitación gálica, hecho coincidente con la construcción de la *via Nova* (Pérez Losada, 2002: 186; Caamaño, 2009: 245).

Estas fechas podrían indicar la participación de los militares acuartelados en *Aquis Querquennis* en la construcción de la calzada. La actividad del ejército en la realización de obras públicas está documentada a lo largo del Imperio. La presencia entre sus filas de personal especializado, con conocimientos técnicos, hicieron necesaria su participación en estas construcciones. La correspondencia entre Plinio el Joven y Trajano dan buena cuenta de ello. Cuando Plinio, como gobernador de Bitinia, requirió al emperador la presencia de técnicos, Trajano le contestó que los solicitase a Moesia Inferior, provincia que los poseía por contar con acuartelamientos militares (Plin. *Epist.* 10, 62).

Además de su papel en la construcción de la vía, el campamento también se ha relacionado con la racionalización del suministro militar en época flavia, pues en él se ha excavado un granero de piedra que pudo servir para almacenar un gran volumen de grano (Morillo y Salido, 2010).



Imagen 57.- Vista general de la *mansio* de Baños de Bande. Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

El campamento militar posee un yacimiento adyacente, que parece ubicarse en el punto de arranque del tramo flavio de la vía XVIII. Este asentamiento civil coetáneo se sitúa en Baños de Bande, a 200 m aproximadamente del campamento, pero independiente de éste. En torno a él se han documentado varios puntos con material

arqueológico, que apoyan la existencia de un hábitat rural disperso. En el área que se ha excavado destaca un gran edificio que se ha identificado con parte de la *mansio* y al que se le suponen funciones de prestación de servicios viarios y administrativos (Pérez Losada, 2002: 188). Su cronología se inicia en época flavia (hacia el 65 d.C. según Pérez Losada, 2002: 198), perviviendo durante el siglo II d.C. y con fases constructivas bajoimperiales.

El núcleo ubicado en Baños de Bande actuó como punto de articulación fundamental de la región de Baixa Limia. Como su nombre actual indica, fue un asentamiento también relacionado con las aguas termales. Las inscripciones que aparecen en su entorno (tanto en Baños de Bande como reutilizadas en la cercana iglesia de Santa Comba) están condicionadas tanto por la vía (menciones a Lares Viales, *CIL* II 2518), como por los manantiales (lo que explica la existencia de inscripciones a las ninfas, *CIL* II 2530) (Pérez Losada, 2002: 197-198). Además, las inscripciones presentan una onomástica latina. Todos los nombres de la epigrafía de Baños son latinos, a excepción de un *Lovessius*, padre de *Maxumo* (*CIL* II 2518). Al menos tres de ellos son ciudadanos romanos y, según Pérez Losada (2002: 197) de origen foráneo: *Quintus Maenius Asiaticus* (*AF* I² 22), *Lucius Didius Marinus* (*CIL* II 2529) y *Tertia Flacilla* (*AF* I² 161).

<i>CIL</i> II 2531. Baños de Bande, Bande, Ourense. <i>Cari(o) De(o) / Flac(c)us / Secundi v(otum) s(olvit)</i>	<i>CIL</i> II 2518. Santa Comba de Bande, Bande, Ourense. <i>Maxsu/mus Lov/essi f(ilius) La/ribus Vi/alibus / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)</i>
<i>CIL</i> II 2530. Baños de Bande, Bande, Ourense. <i>Nymfīs / Boeli/us Ruf/us pro / salute / sua · v(otum) · s(olvit)</i>	<i>AF</i> I² 161. Baños de Bande, Bande, Ourense. <i>[- -]asae / T[e]/rtia Fla/cilla ex / voto</i>
<i>CIL</i> II 2529. Santa Comba de Bande, Bande, Ourense. <i>Marti / [p]ro salut[e / I]uliae Au[gus]/[ta]e matri castror(um) et Aug<g=O>(ustorum) M(arcus) / Didius M/arinus / ROO de/[di]cavit</i>	<i>AF</i> I² 22. Santa Comba de Bande, Bande, Ourense. <i>Iovi D(eo) / Optum[o(!)] / Max(imo) Q(uintus) Ma/enius / Asiati[cus] / p(osuit) v(otum) l(ibens) [a(nimo)]</i>

Paralelamente al desarrollo de Baños por su vinculación con la *via Nova*, se mantuvo Rubiás como centro de poder. El llamado castro de Rubiás fue un lugar importante desde el siglo I d.C. tal y como constatan las inscripciones. Probablemente

con anterioridad a época flavia haya que datar la funeraria de *Medamus Arcisi filius* del *castellum Meidunio*, procedente de la iglesia de Cadós (*CIL* II 2520) y posiblemente también la estatua de guerrero (*AF* I² 381). En el propio asentamiento se localizó una placa honorífica a Trajano (*AF* I² 591), lo que confirma la pervivencia del asentamiento durante inicios del siglo II d.C. (Pérez Losada, 2002: 198).

***CIL* II 2520. Cadós, Bande, Ourense.**

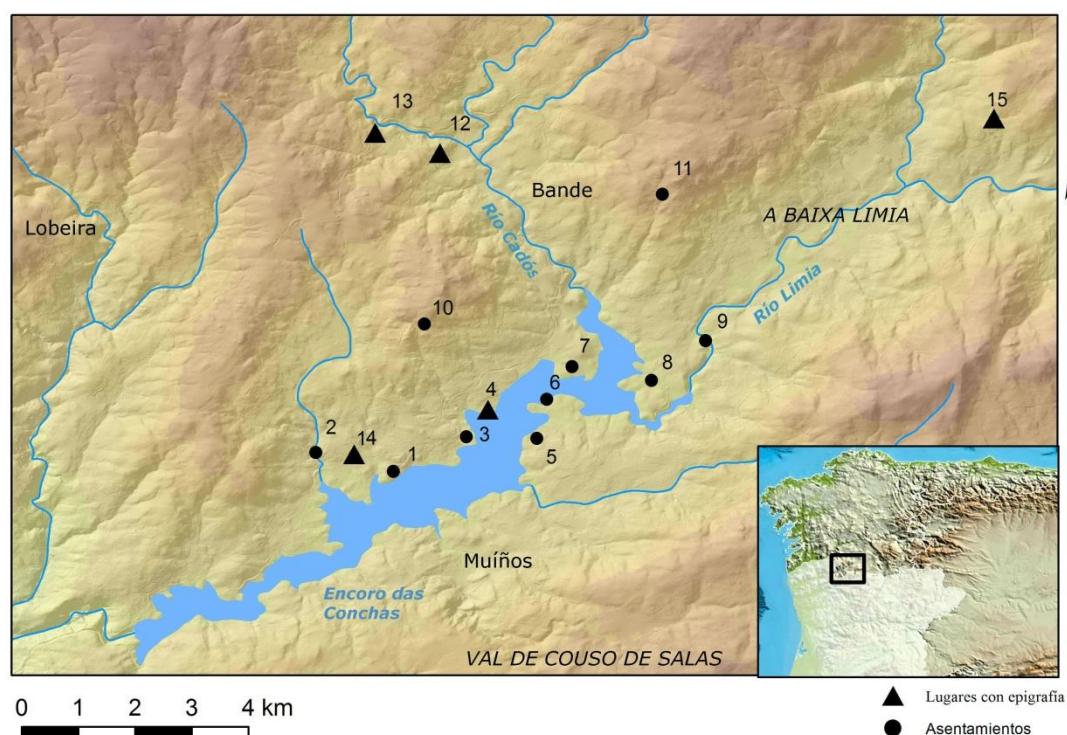
Medamus Arcisi f(ilius) / hic situs / est / caste[l]lo / Meidunio / monum/entum(!) / fecerunt / Ancondei amico caro

***AF* I² 381. Rubiás, Bande, Ourense.**

Adrono / Veroti f(ilio)

***AF* I² 591. Rubiás, Bande, Ourense.**

[Imp(eratori)] Caes(ari) Ne/[r]vae Traia/no Aug(usto) Ger[m(anico)] / pont(ifici) max(imo) [tri(bunicia) / p(otestate) V] p(atri) p(atriciae) co(n)s(uli) III [



Mapa 10.- Mapa de la región de la Baixa Limia.

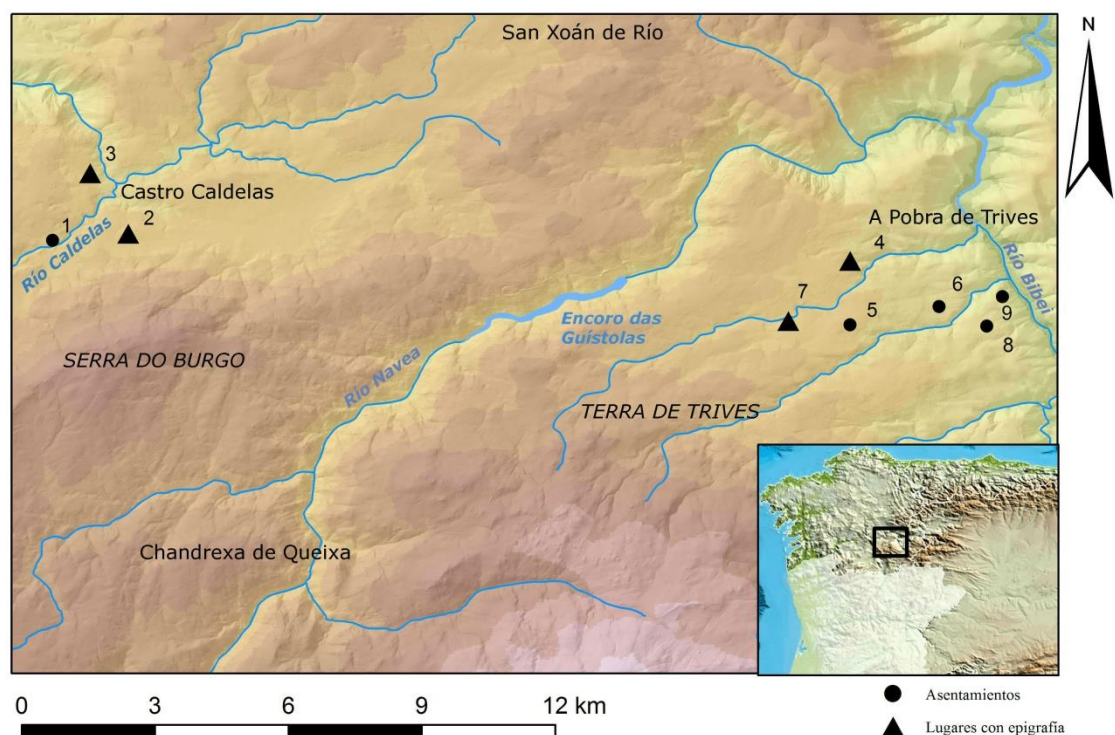
1-A Telleira (Santa Comba, Bande). **2-Regulfe** (Santa Comba, Bande). **3-Aquis Querquennis** (S. Xoán de Baños, Bande). **4-Os Baños** (S. Xoán de Baños, Bande). **5-Buraco da Moura** (Sta. María de Barxés, Muíños). **6-Illa de Pazos** (Sta. María de Barxés, Muíños). **7- Maus** (S. Xoán de Baños, Bande). **8-Os Cachós** (Santiago de Negueiroá, Bande). **9-A Viega de Negueiroá** (Santiago de Negueiroá, Bande). **10-O Castro de Lobosandaus** (S. Xoán de Baños, Bande). **11-Alto da Mazorra** (S. Pedro de Bande, Bande). **12-Castro de Rubiás** (Bande). **13-Cadós** (Bande). **14-Iglesia de Santa Comba de Bande** (Bande). **15-Güín** (Bande).

- *Nemetobriga*

Otro caso en el que se repite la dualidad de núcleos destacados, en la que algunos autores han visto fenómenos de doble capitalidad (Pérez Losada, 2002: 320), es el de los *Tiburi*. Esta *civitas* debió de ocupar la Terra de Caldelas-Trives, también articulada por la *via Nova*. En concreto Ptolomeo menciona a *Nemetobriga*, *mansio* de esta calzada, entre los *Tiburi* (Ptol. 2, 6, 36) (Caamaño, 2009: 132-134). En la zona se han documentado inscripciones honoríficas en O Burgo (Castro Caldelas) a Adriano (*HEp* 2, 1990, 524) y a Antonino Pío (*IRG* IV, 8). De San Juan de Camba, al norte de O Burgo, procede un epígrafe consagrado a Nabia (*CIL* II 2524) y una inscripción honorífica de Nerva (*IRG* IV, 6). En el entorno se localizaron algunos restos constructivos que han sido identificados como parte de la *mansio* de *Praesidio* (Caamaño, 2009: 132) y la inscripción funeraria de *Marco Gracilis* (*AF* I² 252). En cualquier caso, las inscripciones señalan la existencia de un núcleo destacado en el entorno de O Burgo.

En paralelo, Trives Vello también parece configurarse como centro de poder importante de la misma *civitas*, probablemente vinculado con la *mansio* de *Nemetobriga* citada por Ptolomeo (Caamaño, 1979: 126 y 2009: 133; Rodríguez Colmenero, 1995-1996: 97). En el entorno se han localizado varias inscripciones que confirman el papel central de este núcleo. En concreto hay algunas estelas funerarias (*IRG* IV, 119, 125 y 138) y un conjunto de altares votivos dedicados a los Lares Viales (*HEp* 2, 1990, 580), a Nabia (*CIL* II 2601 y *CIL* II 2602) y a Júpiter Ladico (*CIL* II 2525; *IRG* IV, 62). Dos de estas inscripciones recogen una C invertida, lo que indica una cronología del siglo I d.C.

Todo apunta a que en el entorno de Trives se fue conformando un centro de poder local a lo largo de la primera centuria, que pudo configurarse como capital de la *civitas* de los *Tiburi* y en el que pudo ubicarse una *mansio* de la *via Nova* tras su construcción en época flavia. Esto no excluye el despegue de otro núcleo de poder local en O Burgo, en relación con el trazado viario flavio.



Mapa 11.- Mapa de Terra de Caldelas-Trives

1- Castro de S. Martiño (San Juan de Camba, Castro Caldelas). 2- **O Burgo** (San Pedro, Castro Caldelas). 3- San Juan de Camba (Castro Caldelas). 4- **Trives Vello** (Sta. María de Trives, A Pobra de Trives). 5- Lamadavía (Sto. Cristo da Misericordia, A Pobra de Trives). 6- A Ciudá (S. Sebastián de Piñeiro, A Pobra de Trives). 7- Vilanova de Trives (A Pobra de Trives). 8- Mendoia (Nosa Sra. da Concepción, A Pobra de Trives). 9- A Medorra (Nosa Sra. da Concepción, A Pobra de Trives).

<p>HEp 2, 1990, 524. O Burgo, Castro Caldelas, Ourense.</p> <p><i>[I]mp(eratori) [Caes(ari) / divi] Hadr[iani] f(ilio) / divi] Trai[ani Parthici nep(oti)]</i></p>	<p>IRG IV, 8. O Burgo, Castro Caldelas, Ourense.</p> <p><i>[Imp(eratori) Caes(ari) divi / Traiani Parth(ici)] / f(ilio) divi Nervae nep(oti) / Traiano Hadri/ano Aug(usto) pont(ifici) max(imo) / trib(unicia) pot(estate) XIII co(n)s(uli) III p(atri) p(atriae) / [- - - - -]</i></p>
<p>AF I² 252. O Burgo, Castro Caldelas, Ourense.</p> <p><i>D(is) M(anibus) / Ma/rco Gr/acilis / an(norum) XX / s(it) t(ibi) t(erra) l(evis)</i></p>	<p>CIL II 2524. San Juan de Camba, Castro Caldelas, Ourense.</p> <p><i>[N]abiae Elaesurranega[e] / sacrum / [p]ositum cura Vicci Silon(is)</i></p>
<p>IRG IV, 119. Santa María de Trives, Puebla de Trives, Ourense.</p> <p><i>Popillius Hi/rsutus Flavi Ve/ndieci f(ilius) Lanci(cum) / (C invertida) (castello) domo Va/coeci an(norum) XXXII / h(ic) s(itus) e(st)</i></p>	<p>IRG IV, 125. Puebla de Trives, Ourense.</p> <p><i>D(is) M(anibus) s(acrum) / Rufin/us Ru/fi an/nor/um / XXXX / h(ic) s(itus) s(it) t(erra) l(evis)</i></p>

IRG IV, 138. Puebla de Trives. Ourense. ----- <i>Valutio</i>	HEp 2, 1990, 580. Puebla de Trives, Ourense. [Lar]ibus / [Via]libus / [V]allius / [M]aximus / ex voto
CIL II 2601. Puebla de Trives, Ourense. <i>Naviae / Ancetolus / Auri(ensis) exs (C invertida) / Sesm[acorum?)] / votum [- - -] / possit[- - -] / q(uoius) · e(um) · c(ompotem) · f(ecit) [- - -]</i>	CIL II 2602. Puebla de Trives, Ourense. <i>Naviae / Sesma/cae v(otum) / Anniu[s]</i>
CIL II 2525. Puebla de Trives, Ourense. <i>Iovi O(ptimo) La/dico Iul/li(u)s Gr/acilis / ex vot(o)</i>	IRG IV, 62. Puebla de Trives, Ourense. <i>Iovi / Ladico</i>
AF I² 8. Vilanova de Trives, Puebla de Trives, Ourense. <i>Severus Fl/avini fil(ius) / Iovi Op(timo) Ma(ximo) / v(otum) l(ibens) m(erito) s(olvit)</i>	AF I² 62. Puebla de Trives, Ourense. <i>[Li]ber[o / pat]r[i]</i>
CIL II 2604 (p 908). Puebla de Trives, Ourense. <i>Aelio Sporo / Iulius Flavinus / et Atilius Astur / h(eredes) exs(!) t(estamento)</i>	CIL II 2605. Puebla de Trives, Ourense. <i>D(is) M(anibus) / Atiliae Annae / annorum XXI / Atilius Astur / pater</i>
IRG IV, 101. Puebla de Trives, Ourense. ----- / [---]EVS / [---] / Maximus / ex voto	HEp 5, 1995, 644. Puebla de Trives, Ourense. <i>Reve</i>
IRG IV, 6. San Juan de Camba. Castro Caldelas. Ourense. <i>Imp(eratori) Nervae / Caes(ari) Aug(usto) / pont(ifici) max(imo) / trib(unicia) pot(estate) p(atri) p(atriciae) / co(n)s(uli) III</i>	

Estos casos vuelven a ejemplificar cómo en las *civitates* existieron centros de poder locales que convivieron con otros núcleos destacados, bien por su relación con el sistema viario o con el ejército, y donde también se materializó la presencia de la élite local.

- *Bergidum Flavium*

Bergidum Flavium es otro caso que puede ayudar a documentar este proceso. Localizada en el entorno de Cacabelos, en esta *civitas* existió una *mansio* de la *via Nova* (It. 425, 4, 492, 2 y 431, 1; Ravenn. 4, 45, 30). Aunque *Bergidum Flavium* no aparece mencionada por Plinio, Ptolomeo sí la incluye en su obra (Ptol. 2, 6, 28). Gracias al epígrafe de un individuo que desarrolló su magistratura sacerdotal en *Tarraco* (CIL II 4248) en el siglo II d.C., se conoce la existencia de *Bergidum Flavium* a partir de su mención de *origo* y de la *sua res publicae*.

CIL II 4248. Tarragona.

C(aio) Val(erio) Arabino / Flaviani f(ilio) Bergido F(laviensi) / omnib(us) hon(oribus) in re p(ublica) / sua func(to) sacerdoti / Romae et Aug(usti) p(rovincia) H(ispania) c(iterior) / ob curam tabulari(i) / censualis fideliter / administr(atam) statuam / inter flaminales / viros positam ex/ornand<a=U>m univers(i) / censuer(unt)



Imagen 58.- Vista de Castro Ventosa. Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

Arqueológicamente, en la región que debió de ocupar esta *civitas*, los últimos trabajos realizados han permitido distinguir dos zonas de ocupación claras: la primera en Castro Ventosa, ubicado sobre un promontorio natural acondicionado y delimitado por obras artificiales, destacando sobre el terreno

circundante (*vid. Img. 58*). Tras las diversas campañas de excavación (Marcos, 2001 y Marcos *et al.* 2003) se cree que en Castro Ventosa existió una ocupación prerromana, fase detectada a través de escasos materiales cerámicos a mano que apuntarían a la Edad del Hierro. El nivel altoimperial ha sido documentado con los fragmentos de TS Drag. 15/17 y 30, datados a finales del siglo I y siglo II d. C. (Marcos *et al.* 2003: 222). El cerro debió de estar ocupado hasta un momento tardío como indica el amurallamiento bajoimperial y la presencia de *terra sigillata* tardía, una moneda de Maximino II y un peine de hueso decorado (Díaz Álvarez y Garín, 1999).

También hay algunos testimonios epigráficos en posiciones secundarias que proceden de Castro Ventosa o su entorno. En concreto, ha aparecido una estela en Sorribas fechada a finales del siglo II d.C. (*ERPL* 212). En la misma localidad se ha encontrado un altar reutilizado y consagrado a las Ninfas Augustas Camenas, de la Puerta Camena de la ciudad de Roma, dedicadas por un legado que se puede datar a lo largo del s. II d. C. (*ERPL* 56) y otra inscripción dedicada a Júpiter y fechada en el primer tercio del siglo III d.C. (*ERPL* 45). Además, se conoce un fragmento de una

inscripción honorífica procedente del mismo cerro de Castro Ventosa de tiempos de Cómodo y Marcio Vero, en el último cuarto del siglo II d.C. (ERPL 69). Por último, la estela funeraria de un beibalo (ERPL 225), procedente de Villafranca del Bierzo, quizá también pueda relacionarse con esta zona.

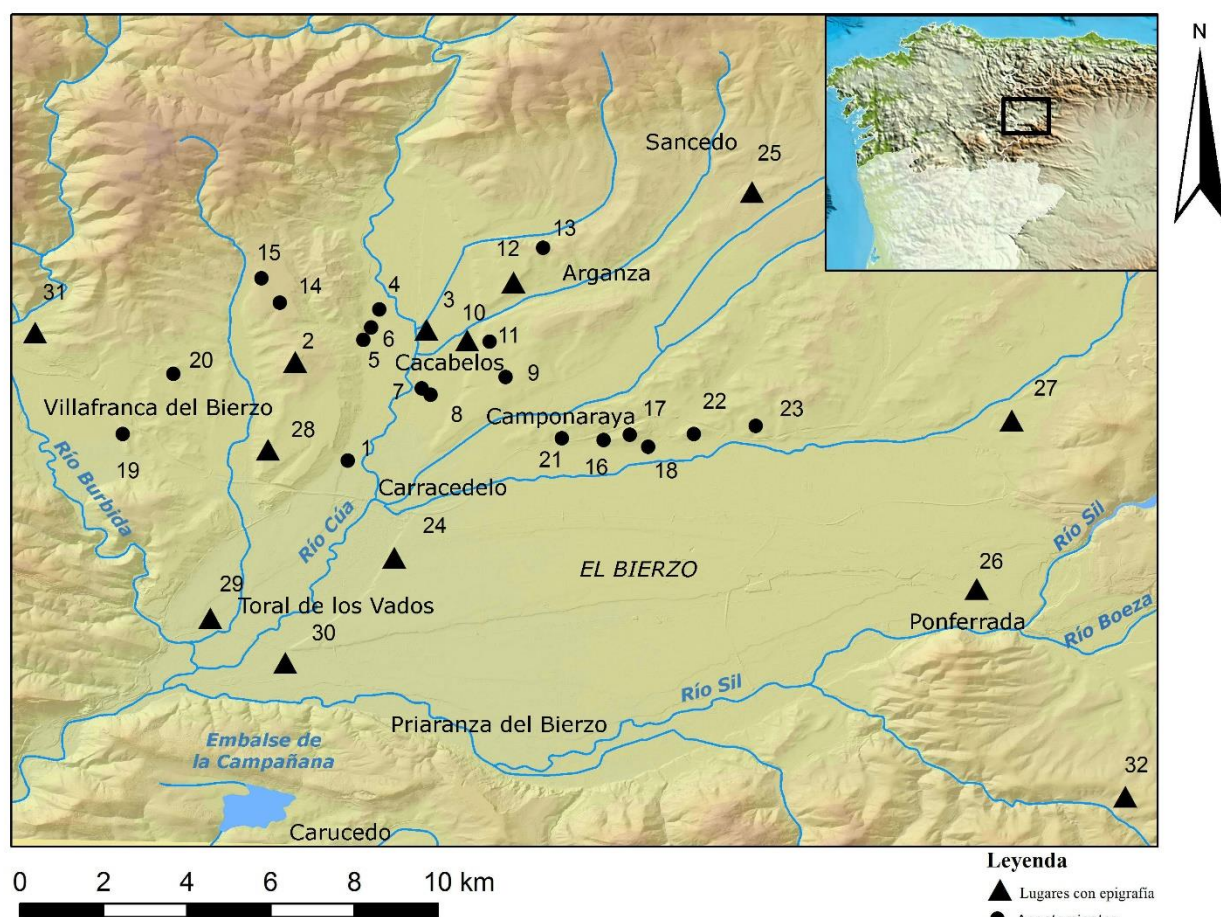
ERPL 225. Villafranca del Bierzo, León. - - - - - / [Ruf]inu[s] / Beibalus / ann(orum) · XXXXV / h(ic) · s(itus) · e(st) · s(it) · t(ibi) · t(erra) · l(evis) · / Rufin[a] / - - - - -	ERPL 212. Sorribas, Villadecanes, Toral de los Vados, León. D(is) / I(nferis) M(anibus) M(onumentum) / Q(---) P(---) S(---) Flacci / Mar[ito pien]/tissimo / ex ci(- --)iu(---) / ite
ERPL 56. Sorribas, Villadecanes, Toral de los Vados, León. Ny(mphis) / Aug(ustis) / Camenis / Granius Sabinus / leg(atus) · Aug(usti)	ERPL 69. Castro Ventosa, Pieros, Cacabelos, León. Imp(eratore) Commod/o II et Martio Vero II co(n)s(ulibus) / [pr]o salute sua et suoru(m) / l(ibens) p(osuit) pr[---]

En este conjunto epigráfico destaca la dedicación a las Ninfas de la ciudad de Roma por un legado de Augusto y la placa honorífica a Cómodo, que señalan al entorno de Castro Ventosa como un lugar destacado que podía reunir los votos oficiales y homenajes imperiales dentro de la *civitas* de *Bergidum Flavium*, especialmente a partir del siglo II d.C.

Tradicionalmente se ha considerado Castro Ventosa como la *Bergido* de las fuentes en relación con un supuesto asentamiento u *oppidum* prerromano y se ha asociado la *mansio Bergidum* en sus inmediaciones (Rodríguez Colmenero, 1995-96: 98). Sin embargo, otros autores (Mañanes, 2002: 14), creen que dicho enclave habría perdido importancia con relación al entorno del actual de Cacabelos, donde se localizaría el núcleo principal de la *civitas*.

Esta segunda zona se localiza en el fondo del valle del río Cúa, donde se localiza una notable concentración de restos de época romana que apuntan a la existencia de un importante conjunto formado por un poblamiento disperso a lo largo de la zona de la vega y de los cerros que la flanquean. Dentro de los yacimientos que integran el conjunto arqueológico, de forma individualizada el mejor conocido es el de La Edrada. Los últimos sondeos arqueológicos (Rodríguez González *et al.* 2002) ofrecen una cronología altoimperial y más concretamente de la segunda mitad del siglo I d.C. para este yacimiento. La aparición de cerámica llamada “de tradición indígena”, concuerda con la documentada en otros asentamientos indígenas pero de clara

adscripción romana, como en la segunda fase de El Castro de Corporales –70/75-100/120 d.C.– (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 245 y 323). La interpretación de los excavadores es que se trata de un asentamiento creado *ex novo*, posiblemente en época flavia y relacionado con la construcción de la *via Nova* (Díaz Álvarez, 2006-2008).



Mapa 12.- Mapa del Bajo Bierzo.

1- Los Buracos (Villamartín de la Abadía, Carracedelo). 2- **Castro Ventosa** (Pieros, Cacabelos). 3- **La Edrada** (Cacabelos). 4- La Sellana I (Cacabelos). 5- La Sellana II (Cacabelos). 6- La Maletería (Cacabelos). 7- Terra do Ouro (Cacabelos). 8- La Vega de San Martín (Cacabelos). 9- San Bartolo (Cacabelos). 10- **Los Hornos** (Cacabelos). 11- La Galveta (Cacabelos). 12- San Esteban (Cacabelos). 13- Val de Paxariñas (Cacabelos). 14- Valdemouros (Cacabelos). 15- Las Chas (Cacabelos). 16- El Villarín (Narayola, Camponaraya). 17- Valdelasvillas (Narayola, Camponaraya). 18- Las Quemadas (Narayola, Camponaraya). 19- Os Poulos (Vilela, Villafranca del Bierzo). 20- Los Prados de Valdovege (Valtuille de Abajo, Villafranca del Bierzo). 21- El Otero (Narayola, Camponaraya). 22- Alto de la Nevera (Camponaraya). 23- La Naraya (Camponaraya). 24- **Carracedelo**. 25- **Cueto** (Sancedo). 26- **Ponferrada**. 27- **San Andrés de Montejos** (Ponferrada). 28- **Sorribas** (Villadecanes, Toral de los Vados). 29- Toral de los Vados. 30- Villadepalos (Carracedelo). 31- **Villafranca del Bierzo**. 32- Villar de los Barrios (Ponferrada).

Los asentamientos dispersos a lo largo de la cuenca del Cúa, posiblemente formaron parte de la *civitas* de *Bergidum Flavium*. Sin embargo, todas las informaciones apuntan hacia su despegue en el siglo II d.C. Se desconocen las *civitates* o *civitas* que pudieron ocupar esta zona con anterioridad, pero se ha propuesto (Sastre, 2004b) que desde época flavia, a juzgar por su epíteto y su conexión con la vía, *Bergidum Flavium* actuó como lugar central de la región berciana (quizá de modo similar a lo que hizo *Aquae Flaviae* en el sector oriental del *conventus Bracaraugustanus*).

El entorno de Cacabelos ha sido propuesto como centro de esta *civitas*. Aquí se ha localizado una inscripción a la diosa *Tutela* dedicada por *Claudius Capito* (ERPL 26), que se suma a la procedente del yacimiento de La Edrada, donde se ha hallado un altar a *Degantia* consagrado por *Flavia Flavi* (ERPL 16), quien dedicó esta inscripción en honor de los *Argaeli*, vinculados a *Uxama*, donde se ha documentado otra inscripción votiva interpretada como dedicatoria a la misma divinidad (HEp 11, 2001, 482). Además, se han localizado varias estelas funerarias que pueden



Imagen 59.- Altar consagrado a *Degantia* localizado en el yacimiento de La Edrada (Cacabelos) (ERPL 16). Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

ser datadas en el siglo II d.C. En concreto, en el yacimiento de La Edrada, aparecen dos (ERPL 127, ERPL 139). A este conjunto hay que sumar un cuarto epígrafe funerario procedente de Los Hornos/Los Carneros (ERPL 150) datado en el siglo II d.C.

<p>ERPL 16. La Edrada, Cacabelos, León. <i>Deae / Degant+[- - -] / Flavia Fl[av(i)] / in hono[rem] / Argael[orum] / f(ecit) l(ibens) e(x) [v(oto)]</i></p>	<p>ERPL 26. La Edrada, Cacabelos, León. <i>Tutela[e] / Bolgens[i] / Claudius / Capito / pro s(alute) sua et / s(uorum) p(osuit) ex vo(to)</i></p>
<p>ERPL 127. La Edrada, Cacabelos, León. <i>D(is) M(anibus) / Aur(elio) Paterno / Caesariano / Beg egit / vixsit(!) ann(i)s - - - - -</i></p>	<p>ERPL 139. La Edrada, Cacabelos, León. <i>Celio Ianuario / Morinis ma/rito vi(xit) an(nos) / XLII Di(s) Ma(nibus) / po(suit) / C(a)elius / Ianuario(!) / Mo(rinis/-numentum)</i></p>
<p>ERPL 150. Los Hornos/Los Carneros, Cacabelos, León. <i>D(is) M(anibus) / Didius / Hermodorus / O(- - -) Felicissim/a marito / pientissi/mo / an(n)oru(m) / XXXIII</i></p>	



Imagen 60.- Inscripción consagrada a Júpiter por los *castellani Queledini* (ERPL 46), localizada en San Andrés de Montejos, Ponferrada. Fuente: *Hispania Epigraphica*.

La epigrafía del Bajo Bierzo se completa con otros hallazgos dispersos, aunque no es posible confirmar que formaran parte de la misma *civitas*. Estos testimonios hablan de la presencia de grupos de poder en la zona ya en el siglo I d.C., como es el caso de los *castellani Queledini*, que aparecen consagrando un altar a Júpiter en San Andrés de Montejos (ERPL 46). Desde finales del siglo I y a lo largo del siglo II d.C., los testimonios son más numerosos. Así, en Ponferrada se localiza un altar dedicado a Mandica por *L. Pompeius Paternus* (ERPL 21) y otro a Mercurio⁹⁶ por *Flacus* o *Flavus* (ERPL 50), ambos fechados, no sin dificultades, a finales del siglo I d.C. o siglo II d.C. En Carracedelo, se han encontrado un par de inscripciones: un altar consagrado a *Deo Bodo* (CIL II 5670) de difícil datación y un epígrafe funerario de *Flavia Flaviana*, liberta de *Flavio* (ERPL 260), fechado en el siglo II d.C. Por último se ha hallado en Cueto, Sancedo, una estela funeraria a los dioses Manes, dedicada por *Cl(audius) Sergius* a su esposa *Cl(audia) Accula Zoela* (ERPL 141) en el siglo II d.C.

<p>ERPL 21. Ponferrada, León. <i>L(ucius) · Pomp(eius) · Pa/ternu[s] / Mandic/ae · v(otum) · m(erito) / s(olvit)</i></p>	<p>ERPL 50. Villar de los Barrios, Ponferrada, León. <i>Mercuri[o] / sacrum / Fl(accus? avus?) · ex v(oto) · p(osuit) ·</i></p>
<p>ERPL 141. Cueto, Sancedo, León. <i>D(is) M(anibus) / Cl(audia) Accula / Zoela ann/o(rum) XL h(ic) s(ita) e(st) / Cl(audius) Sergius / coniugi p(osuit)</i></p>	<p>ERPL 46. San Andrés de Montejos, Ponferrada, León. <i>Iovi / (C invertida) Que/ledi/ni</i></p>
<p>ERPL 260. Carracedelo, León. <i>[D(is) ·] M(anibus) / [Flavi]a · Fla/[vian]a · Fla/[vi · l(iberta) · an(norum ?)] · LI · F/[lav(ius)? ·] F[ilius ?] · / [M(atri?)]</i></p>	<p>CIL II 5670. Villadepalos, Carracedelo, León. <i>Deo Bo/do Veic/ius vo/tu(m) s(olvit) l(ibens) m(erito)</i></p>

⁹⁶ También se ha localizado un altar consagrado a Mercurio en La Barosa (Carucedo), *HEp* 3, 1993, 245

El entorno de Cacabelos confirma la tendencia que parecen dibujar estos hallazgos dispersos en El Bierzo. Algunas inscripciones remiten a la primera mitad del siglo I d.C., como la de Festo, hijo de Loveso, Interamico del *castellum* Louciocelo (ERPL 158) localizada en San Esteban, Cacabelos (vid. **Img. 61**). Sin embargo, es a partir de finales del siglo I y el siglo II d.C., cuando el entorno de Cacabelos desempeñó un papel territorial más destacado dentro de su *civitas*, a juzgar por la datación de las inscripciones conservadas, que parecen concentrarse en este período. La epigrafía revela la existencia de una élite consolidada, integrada en la ciudadanía romana e, incluso, parte de las redes de poder provinciales (CIL II 4248).



Imagen 61.- Estela de *Festus Lovesi f. Interamicus* del *castellum* Louciocelo, localizada en San Esteban, Cacabelos, León (ERPL 158). Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

El despeque de *Bergidum Flavium* en época flavia es coincidente con la desaparición en la documentación escrita de otras comunidades que pueden localizarse en esta zona, como los *Susarri* y *Lougei*. La ausencia en el registro de estas *civitates* en el siglo II d.C. quizá pueda vincularse con un reajuste territorial flavio y la definición de nuevos centros de poder en este período. La articulación de la *civitas* de *Bergidum Flavium* como eje destacado en El Bierzo pudo conllevar la reordenación (o incluso desaparición) de otras *civitates* que pasaron a un plano más secundario, fenómeno que aumentaría la jerarquización territorial.

La importancia de Cacabelos en la nueva ordenación territorial flavia es reforzada por ciertos indicios que contribuyen a remarcar su papel central. Este es el caso de los documentos que recogen la presencia administrativa en la zona, como el *legatus Augusti* (ERPL 56) localizado en Villadecanes y también el epígrafe funerario de *Didius Hermodorus* (ERPL 150) de Los Carneros (Cacabelos) de *cognomen* griego y que, por tanto, puede remitir al ambiente administrativo-militar. Sin embargo, ni siquiera en este momento es posible hablar de un único núcleo que actuara como capital de la *civitas* de *Bergidum Flavium*. El registro muestra una dispersión de asentamientos

e inscripciones en el entorno de Cacabelos que apuntan a la existencia de un poblamiento rural disperso y jerarquizado, que pudo actuar como centro de *Bergidum Flavium*. Castro Ventosa y su entorno pudieron formar parte de esta misma *civitas* y también configurarse como centros destacados. Y lo mismo puede decirse de otros lugares bercianos, mal conocidos, pero en los que la epigrafía da pistas sobre la existencia de grupos de poder. La existencia de varios núcleos destacados no tiene por qué asociarse, necesariamente, con la presencia de varias capitales. Este modelo de poblamiento es más coherente con un patrón de asentamientos dispersos dentro de la *civitas*, en la que algunos adquirieron mayor proyección.

Así pues, el caso de *Bergidum Flavium* vuelve a apuntar hacia la tendencia a la jerarquización más acusada, con la aparición de ejes territoriales de centralización a lo largo del trazado viario que, sin embargo, se caracterizaron por su carácter rural disperso.

- *Interamnium Flavium*

Interamnium Flavium es otro buen exponente de ello. Se trata de otro caso vinculado a la *via Nova* y localizado en el entorno de Bembibre. A lo largo de este municipio y el cercano Folgoso de la Ribera, se registra arqueológicamente un poblamiento disperso que pudo formar parte de una misma *civitas* vinculada también a la minería. Generalmente San Román de Bembibre se ha identificado con *Interamnium Flavium*, que en las fuentes antiguas aparece mencionada por Ptolomeo (2, 6, 28) y recogida como *mansio* en el Itinerario de Antonino (429, 3) y en el Anónimo de Rávena (4, 45, 31). La inscripción dedicada a Mercurio por los *collegi/ani com(meatores?) Int(eramni) Fl(avi)*, localizada en Noceda del Bierzo (ERPL 145) podría confirmar la existencia de esta *civitas*⁹⁷. También se ha localizado, recientemente, otra inscripción muy fragmentada dedicada a Mercurio en la iglesia de San Román Mártir de San Román de Bembibre (González y Ramírez Sánchez, 2015: 209).

La vinculación viaria de *Interamnium Flavium* se refuerza arqueológicamente pues en el entorno de San Román de Bembibre se concentra un conjunto de yacimientos que parece apuntar a la existencia de un poblamiento disperso en el interfluvio del Boeza con el Noceda que estaría vertebrado por la *via Nova* (Strato, 1996). Las

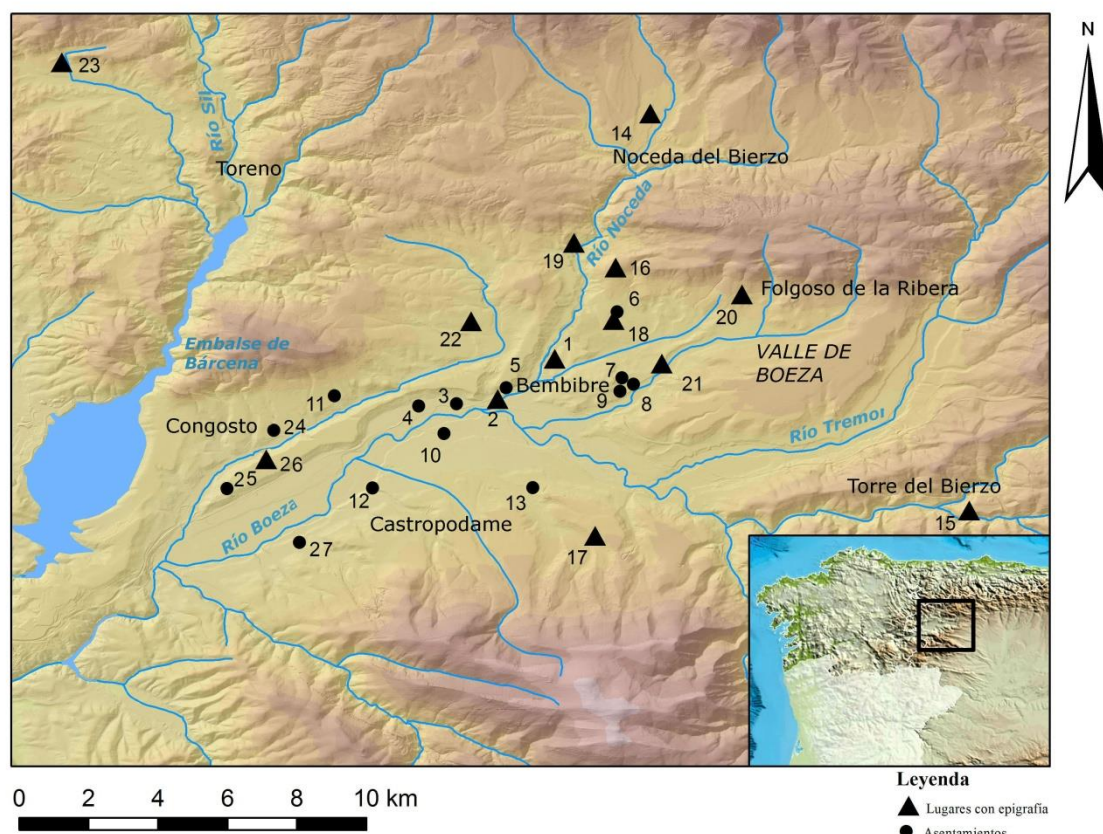
⁹⁷ La inscripción de Cacabelos que menciona a un *Interamicus ex castello Louciocelo* (ERPL 158), no parece tan clara, puesto que podría referirse a los *Interamnici* de la región de Asadur, Ourense.

menciones epigráficas señalan en esta misma dirección de dispersión de los centros de poder.

En el entorno de Bembibre, se localizan varias inscripciones que pueden formar parte de un mismo conjunto. Siguiendo con los criterios de datación comentados (*vid.* Cap. 3.2.2), es posible reconocer una epigrafía antigua, que no iría más allá del segundo tercio del siglo I d. C. y que se caracteriza por la presencia de altares votivos dedicados a Júpiter⁹⁸ (*ERPL* 41, *ERPL* 46 y *ERPL* 47). Entre los epígrafes votivos se encuentran dos dedicados por *castellani* (*ERPL* 4 y 46), que pueden datarse en la primera centuria. Las inscripciones indican que el entorno de Bembibre fue un lugar destacado, donde se visibilizaron los grupos de poder ya en el siglo I d.C. Algo posteriores, probablemente de finales del siglo I d.C. o el siglo II d.C., son las aras votivas dedicadas a *Cosus* (*ERPL* 5, 10, 11, 13, 14 y 15, a las que es posible añadir, un poco más al norte, una más en Noceda del Bierzo, *ERPL* 8). Estos altares votivos son dedicados por individuos que, o bien tienen *tria nomina* (*ERPL* 11 y *ERPL* 14), o bien poseen un nombre cuya raíz es *Flav-* (*ERPL* 8, *ERPL* 10 y *ERPL* 13). Le Roux y Tranoy (1973: 222-224), estudiaron la difusión del gentilicio *Flavius* en *Hispania*, llegando a la conclusión de que existe un predominio en la *Citerior* y dentro de esta provincia, en el Noroeste, lo que podría demostrar un interés de esta dinastía por esta zona. Estas inscripciones se suman a otras en las que aparecen individuos con *dua nomina* (*e.g.* *ERPL* 27, *ERPL* 84) y que indican la proyección de los grupos de poder de la *civitas* desde época flavia. Sin embargo, estos epígrafes no se encuentran en un único yacimiento, sino que aparecen muy dispersos. Así, por ejemplo, en San Esteban del Toral, en El Corón de La Escrita, (junto a la inscripción de la *Deae Cenduediae* y la de *Cossus S[...]/egidiaeco*), se localiza una a *Matri/bus Pa(- - -) / Cusue/n(a)e sa[cru(m)]* (*ERPL* 23). A menos de 1 km de la inscripción está la de *Cossus Rivaoduo* (*ERPL* 9) y también cerca de El Corón, la de *Deo Domino Cossus Segidiaeco* (*ERPL* 11).

⁹⁸ En el conjunto epigráfico del Noroeste son muy frecuentes las inscripciones a Júpiter Óptimo Máximo, que se convierte en la referencia más clara del poder, tanto en contextos oficiales romanos como *Asturica Augusta* y los *metalla* cercanos, como entre las comunidades rurales fuera de estos ámbitos (González, 2005; Olivares Pedreño, 2009; Orejas y Alonso, 2013). Sobre estas menciones existe un debate acerca de si hunden en realidad sus raíces en la tradición prerromana (*e.g.* Olivares, 2000 y 2002: 183-186) o si por el contrario se han de entender dentro del nuevo marco impuesto por Roma y en el que las élites adoptaron el lenguaje del dominador como forma de adquirir visibilidad (*e.g.* Orejas y Alonso, 2013).

ERPL 41. Santa Eulalia del Piélago, San Román de Bembibre, León. <i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo)</i>	ERPL 31. Castro de Tombrio de Abajo, Toreno, León. <i>[Gen]io · Apollin[is - - -]</i>
ERPL 47. Tuécara, Torre del Bierzo, León. <i>Iovi Op(timo) / M(aximo) Cap(itolino) / Gaius Oc/tavi(us) ex (voto) / posuit</i>	ERPL 4. El Corón de la Escrita, S. Esteban del Toral, Bembibre, León. <i>Deae / Cendu/ediae / sacru/m cas/tellani</i>
ERPL 5. San Pedro Castañero, Castropodame, León. <i>Cos[sue] / Loc[ius?] / Paca[tianus? - - -]</i>	ERPL 10. S. Esteban del Toral, Bembibre, León. <i>Cos[sue]/ · S(acrum) · Fla[vi]/us · Tu[ro]/ni · (filius) · ex · [v]/oto · L(ibens) · [S(olvit)]</i>
ERPL 11. Arlanza, Bembibre, León. <i>Deo Domino / Cossu)e / Segidi/aeco · L(ucius) · / Aur(elius) · Fr(onto) · / ex voto / l(ibens) · m(erito) · p(osuit)</i>	ERPL 13. Sta. Eulalia, El Valle y Tedejo, Folgoso de la Ribera, León. <i>C[o]s[sue] / Tue[- - -]/ae(o) · PA[- - -]/mei[- - -] / T(itus) · Fla[v[---] / 1]LV[- - -] / v(otum) p(osuit) a(nimo) [l(ibens)]</i>
ERPL 14. Sta. Eulalia, El Valle y Tedejo, Folgoso de la Ribera, León. <i>Co[ssue] / U[d]una[eo] / Itilien[u]e / M(arcus) · Iuliu[s / Pa]ter[n]/us(?) LE[- - -] V[- - -] / ex v)oto [- - -]</i>	ERPL 15. Santibáñez del Toral, Bembibre, León. <i>[Cossue?] Udunn/aeco / C(aius) · Iuniu/s · Silanus / v(otum) · s(olvit) · l(ibens) · m(erito)</i>
ERPL 8. Noceda del Bierzo, León. <i>Cossu(a)e N(idoledio) / Flavinus / Flavi a(ram) p(osuit)</i>	González Rodríguez y Ramírez Sánchez, 2015. Iglesia San Román Martír. San Román de Bembibre, Bembibre, León. <i>- - - - - / Mar/ti · Pro/pitio</i>
ERPL 9. Bembibre, León. <i><Cossue>Riva/oduo / - - - - -</i>	ERPL 145. Noceda del Bierzo, León. <i>[Mercurio?] / l(ibentes) · v(otum) · s(olverunt) / collegi/ani · com(meatores?) / Int(eramni) · Fl(avi)</i>
ERPL 23. San Esteban del Toral, Bembibre, León. <i>Ma-tri/bus · Pa/cus · Ve/ni (filius) · s(olvit) a(nimo) l(ibens) m(erito)</i>	ERPL 84. Bembibre, León. <i>Aureli/us / Cres/ - - - - -</i>
ERPL 27. Rodanillo, Bembibre, León. <i>Flacus / Avit(i) f(ilius) Tute/lae Cal(ubrigensi?) vot(um) / l(ibens) so(lvit) pr(o) / filio</i>	ERPL 246. Almazcara (Congosto) <i>- - - - - / EL[.]RI / Ambati · f(ilia) · viro ·</i>



Mapa 13.- Mapa del Alto Bierzo.

1-Bembibre. **2-**El Pillote (San Román de Bembibre, Bembibre). **3-**Los Barrios (San Román de Bembibre, Bembibre). **4-**El Parral (San Román de Bembibre, Bembibre). **5-**El Palomar (San Román de Bembibre, Bembibre). **6-**Poulos de San Miguel (San Esteban del Toral, Bembibre). **7-**La Cruz (Cerro de Villanueva de la Cruz, Bembibre) **8-**La Cabra (Cerro de Villanueva de la Cruz, Bembibre). **9-**Altar de Bodos (Cerro de Villanueva de la Cruz, Bembibre). **10-**La Matilla (Matachana, Castropodame). **11-**Los Cantos (Cabrana, Congosto). **12-**Castrión (Villaverde de los Cestos, Castropodame). **13-**La Corona (Matachana, Castropodame). **14-Noceda del Bierzo.** **15-**Tuécara (Torre del Bierzo). **16-El Corón de la Escrita** (San Esteban del Toral, Bembibre). **17-**San Pedro Castañero (Castropodame). **18-**San Esteban del Toral (Bembibre). **19-**Arlanza (Bembibre). **20-**Santa Eulalia (El Valle y Tedejo, Folgoso de la Ribera). **21-**Santibañez del Toral (Bembibre). **22-**Rodanillo (Bembibre). **23-**Castro de Tombrio de Abajo (Toreno). **24-** Las Matas (Cabrana, Congosto). **25-**Las Murielas (Almázcara, Congosto). **26-**Camino entre Villaverde y Cabrana (Almázcara, Congosto). **27-**La Magdalena (Castropodame).

El paisaje del Alto Bierzo aparece entonces definido por la dispersión del poblamiento, con algunos asentamientos claramente vinculados con las numerosas labores de oro que aparecen a lo largo de la cuenca del Boeza, entre las que destacan por su envergadura las de Castropodame (Álvarez González, 1997); y otros, de tendencia más agraria, como los localizados en los fértiles valles del entorno de Bembibre. Con ello queda dibujado un paisaje rural, sin un centro claramente definido, que lleva a pensar que *Interamnium Flavium* se asoció con una serie de núcleos, más que con un asentamiento en particular (Orejas *et al.* 2001: 103-104). La región de Bembibre muestra una gran dispersión territorial y esto puede estar relacionado con una fragmentación del poder mayor incluso que en otras regiones. Los motivos son

desconocidos, pero probablemente tengan que ver con procesos propios de formación y consolidación de los grupos de poder de la zona. Su relativa proximidad a *Asturica Augusta*, pudo ocasionar que la *mansio* de *Interamnium* no acabara de despegar como núcleo viario destacado, eclipsado por la cercanía a la capital, que atraería a la población, dificultando que en *Interamnium* se llegara a constituir centros claros de poder local.

— . — . — . — . — . — .

En definitiva, del estudio de las zonas asociadas al trazado de la *via Nova*, posible concluir que algunos núcleos vinculados con la red viaria, experimentaron un auge desde época flavia. Sin embargo, esto no excluye que otros asentamientos adquirieran a lo largo de los siglos I y II d.C. mayor relevancia territorial. Esto señala la existencia de un doble proceso en el que convivieron dinámicas de concentración de poder de unas élites locales cada vez más visibles, junto con una reestructuración territorial orientada por el Estado en un período, además, en el que la minería estuvo muy activa. Roma, trazó un nuevo itinerario viario (con la *via Nova* y quizá otras vías secundarias que pudieron enlazar con ésta) y con ello, modificó la estructura territorial. Esta nueva articulación del espacio pudo beneficiar a algunos núcleos ya existentes dentro de las *civitates*, que se convirtieron en centros importantes, al vincularse al nuevo trazado de las vías como pudo ser el caso de los *fora*. Estos asentamientos ya tenían ocupación antes de la construcción de la vía, pero adquirieron mayor relevancia a partir de época flavia. Tampoco sería descartable que, en otros casos, el trazado se hiciera coincidir con núcleos que ya habían destacado con anterioridad y que lograron ahora mayor proyección. Por último, el trazado del sistema viario llevaría a la fundación de asentamientos nuevos, que también pudieron desempeñar un papel importante, siendo uno de los casos mejor conocidos el de La Edrada. Estos procesos no impiden que, de forma paralela, el poder de los grupos locales se materializara de forma más clara en otros asentamientos a medida que las élites fueron adquiriendo mayor proyección a lo largo de los siglos I y II d.C., fenómeno relacionado con el propio desarrollo interno de la *civitas* y de sus grupos de poder.

La convergencia de estos procesos llevó a la tendencia a una jerarquización territorial más acusada con el despegue de ciertos núcleos desde época flavia y esto se tradujo también en una concentración del poder que pasó de estar muy fragmentado, a concentrado en unos pocos asentamientos destacados de la *civitas*. Sin embargo, estos procesos estuvieron muy condicionados por la evolución particular de cada región, lo

que muestra unos desarrollos desiguales. Mientras que en algunas *civitates* la centralización del poder parece acotarse a un par de núcleos (como es el caso de la *civitas Limicorum*), en otras, la dispersión de los asentamientos es tan acusada que cuesta reconocer núcleos destacados (siendo *Interamnium Flavium* el caso paradigmático). Estas dinámicas definen, entonces, un paisaje caracterizado por la existencia de *civitates* rurales, en las que no se encuentra el modelo de capitalidad única, sino un poblamiento disperso, pero jerarquizado.

La época flavia se puede definir entonces como un período de cambio, pero también de continuidad. En él, se llevó a cabo una reestructuración territorial importante en el esquema de organización augusteo, probablemente con el objetivo de gestionar de forma más efectiva poblaciones y recursos en el marco de la explotación provincial. pero también se mantuvieron dinámicas rurales, profundizando en el proceso de jerarquización y desigualdad iniciado tras la conquista.

- **Las zonas mineras de Asturias**

La reorganización territorial en torno a la *via Nova* parece clara, pero como ya se adelantó, los cambios detectados en torno a la época flavia fueron más globales y no se limitaron a las comunidades vinculadas a la nueva calzada construida con Vespasiano. En primer lugar, es posible que la reestructuración del sistema viario afectara a otros trazados, cuestión coherente con la reforma militar y el acantonamiento de las tropas de la *legio VII* y sus unidades auxiliares, lo que lleva a pensar que el Estado efectuó una nueva distribución de elementos estratégicos como eran el *cursus publicus* y el ejército. Como se vio en el capítulo 8, el campamento militar de *Legio* fue objeto de reordenación en este período. Además, también se ha mencionado líneas más arriba cómo algunos trabajos previos ya habían indicado que algunos asentamientos bien conocidos, como Chaves o Tui, ambos relacionados con el sistema viario, fueron objeto de reordenaciones en este momento. Los cambios territoriales detectados en las *civitates* no se circunscribieron entonces a las zonas atravesadas por la *via Nova*.

En segundo lugar, en la *Asturia* transmontana y oriente lucense, zona marcada por la abundante presencia de minas, también existen indicios de ciertos procesos de transformación a finales del siglo I d.C. Dichos cambios se han documentado con relación a la ocupación de algunos castros de la zona. Sin embargo, la ausencia de análisis de patrones de poblamiento impide, en general, extraer conclusiones precisas

sobre los cambios en términos espaciales, funcionales o de jerarquización en esta región. A esta dificultad, se une el hecho de que las investigaciones desarrolladas han puesto el foco de atención en el estudio de los primeros niveles de ocupación de los asentamientos, con el fin de esclarecer un debate historiográfico ya antiguo entre los defensores de la existencia de fases prerromanas para los castros asturianos y los que han apoyado su adscripción exclusivamente romana (Villa, 2002a: 150ss. y Fernández Ochoa, 2006: 275ss. para ver el desarrollo del debate). Esto ha ocasionado que sean escasos los trabajos en los que se ha prestado atención específicamente a los cambios flavios. No obstante, y a pesar de las dificultades, en las últimas décadas algunas excavaciones han arrojado ciertas informaciones que permiten completar parcialmente el panorama y apoyar la idea de que las transformaciones desde época flavia también llegaron a las zonas mineras de la *Asturia* transmontana y la *Callaecia lucensis*.

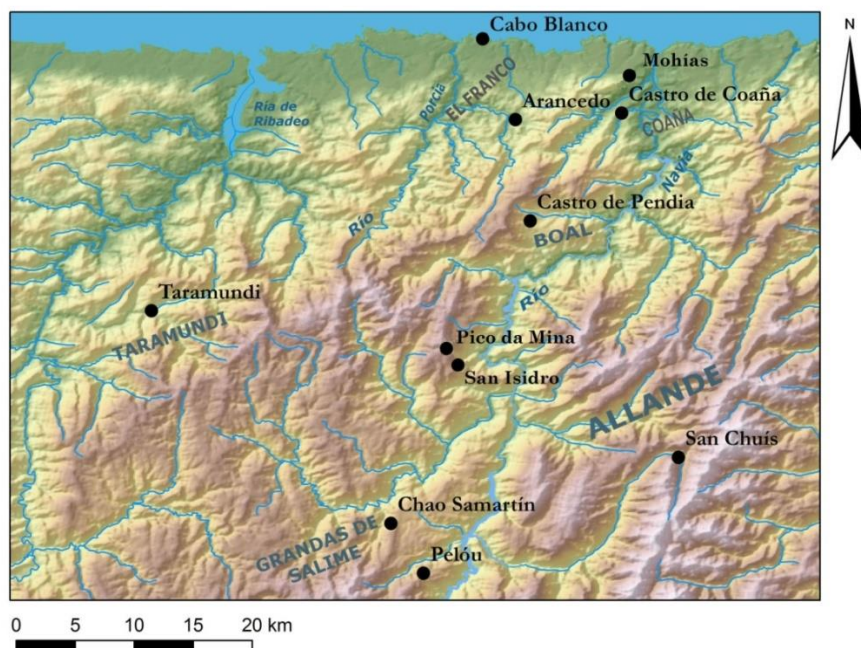
Esta región, que en líneas generales se ubica entre las cuencas de los ríos Eo y Navia y parte del Narcea, está caracterizada por la presencia de abundantes minas, fundamentalmente en yacimientos primarios que, salvo excepciones, son los más frecuentes en Asturias (Villa, 2010: 83-86; Santos Yanguas, 2012). Los trabajos más recientes realizados en esta zona han permitido precisar las secuencias de ocupación de varios castros, lo que ha confirmado, por una parte, la existencia de fases prerromanas en la mayoría de los casos, como en: Monte Castrelo de Pelóu (Montes López *et al.* 2009), Os Castros de Taramundi (Menéndez Granda *et al.* 2013), Coaña (Fernández Ochoa y Villa, 2005), San Chuis (Cuesta *et al.* 1996: 228ss; Jordá Pardo y García Martínez, 1999), Mohías, Pendia (Rodríguez Cueto y Villa, 2013; Rodríguez Cueto, 2015), Cabo Blanco (Fanjul *et al.* 2009; Fanjul y Villa, 2013), Arancedo (Marín, 2008) o Chao Samartín (Villa, 2002a); y por otra parte, un abandono a lo largo del siglo II d.C. de muchos de ellos: Pendía (Rodríguez Cueto y Villa, 2013: 208), Chao Samartín (Villa, 2007b: 132), San Chuis (Marín Suárez *et al.* 2008: 61), entre otros. Algunos castros, fueron posteriormente reocupados en la Antigüedad tardía, como los casos de Pelóu (Montes López *et al.* 2009: 321) o Coaña (Gutiérrez González y Suárez Manjón, 2009: 497), fenómeno que se detecta a lo largo de todo el Noroeste (*vid. supra*).

A pesar de la continuidad en la ocupación de los castros desde época prerromana hasta el siglo II d.C., existen indicios de que el impacto de la conquista por parte de Roma fue profundo, no sólo en la mitad occidental. Así, se documentan remodelaciones en el espacio interno de la mayoría de los castros en la primera centuria. Pendía, Arancedo o Cabo Blanco, son algunos ejemplos del occidente que

confirman las modificaciones tanto en castros costeros como en otros ubicados hacia el interior (Marín, 2011: 649-650)⁹⁹. En el centro de Asturias, las excavaciones en la Campa Torres, confirman la remodelación de este castro ya ocupado en el cambio de Era (Fernández Ochoa, 2002: 32). Además, algunas excavaciones en asentamientos abiertos, como Puelles o Vega del Ciego (Fernández Ochoa, 1982: 141 y 146), han aportado cronologías de época augustea o tiberiana, señalando que la morfología castreña dejó de ser exclusiva tras la conquista y en la *Asturia* transmontana empezaron a aparecer nuevas formas de ocupar el espacio. Mientras que algunos castros se mantuvieron ocupados, otros fueron abandonados en torno al cambio de Era, de los que son buenos ejemplos algunos de los conocidos en la ría de Villaviciosa, como Moriyón, Camoca y el castro de Caravia (Camino, 2003). En paralelo, se produjo la llegada de materiales romanos, como *terra sigillata gallica* (Maya, 1988; Menéndez Granda y Sánchez Hidalgo, 2005), vidrios (Madariaga, 2004) y numerario de época republicana, augustea o tiberiana, documentados para la mitad occidental en los castros excavados de Os Castros, Arancedo, Coaña, Pendia, La Escrita o el Chao Samartín (Gil Sendino y Villa, 2006) y en el centro de Asturias, en la Campa Torres. Estas transformaciones, en las que todavía es necesario profundizar, probablemente se relacionen con la inserción de estas zonas en el mundo provincial y el sometimiento de las poblaciones a los nuevos marcos romanos. Aunque todavía se desconocen muchos matices de este proceso, no hay que pensar en una continuidad entre la realidad de la Edad del Hierro y la de época romana.

Además de estos cambios, los castros más extensamente excavados han permitido reconocer distintas fases en los niveles romanos de ocupación, mostrando un primer momento de cambio tras la conquista, que supondría esa ruptura con el mundo prerromano, y otro posterior a finales del siglo I d.C. A continuación se analizarán con mayor profundidad.

⁹⁹ En líneas generales, tiene lugar una reordenación interna del espacio de los castros, con la construcción de estructuras cuadrangulares y muros medianeros en algunos casos (Marín, 2011: 650, fig. 5.37 *cfr.* Maya, 1988). A esto se suma la entrada de cerámica romana (Manzano, 1990).



Mapa 14.- Localización de los castros mencionados en las cuencas del Navia-Eo.

- Primera fase: los contextos militarizados del siglo I d.C.

La primera fase romana tras la conquista, ha sido caracterizada por algunos materiales que han sido considerados pruebas de que en algunos castros asturianos existió una presencia de militares y miembros de la administración imperial durante la primera centuria. Estos contextos han permitido hablar de una primera fase militarizada, proponiendo que durante los tres primeros cuartos del siglo I d.C., el ejército se segmentó en pequeñas unidades que se distribuyeron a lo largo de los castros asturianos, conviviendo con la población local, con el fin de organizar el territorio recién conquistado y explotar los recursos de forma efectiva dentro del nuevo marco provincial (Vila, 2007b: 129ss).

En concreto, este contexto militarizado del siglo I d.C. ha sido reconocido en Os Castros de Taramundi, situado en la cuenca del Eo (Villa, 2010: 104ss; Menéndez Granda *et al.* 2013: 195) a través de la presencia de piezas como monedas de *caetra* o numerario contramarcado (Menéndez y Villa, 2009: 458; Gil Sendino, 2013: 43). También en Monte Castrelo de Pelón, en Grandas de Salime, el hallazgo de armas y equipamiento militar (Expósito y Villa, 2009: 266-267, ficha 68), sumado al descubrimiento de una inscripción que ha sido interpretada como una *tabula censualis* (HEp 14, 2005, 21) por los excavadores (Villa *et al.* 2005), cuestión, por otra parte, bastante controvertida

(*vid.* Cap. 8.2.3), han sido indicios para mantener esta presencia de miembros del ejército en el castro.

HEp 14, 2005, 21. Monte Castrelo de Peláu. Grandas de Salime. Asturias.

Flavinus, Antio++vs, Flavius / ¿Torcualinus?, Lucius, Antonius, Fullonius, Quintinus[- - -], Frontinu, Fronto, ¿Mussora?, Quintus, Quintinus, Lucianus, Septumus / Pambanus, Pontius, Flavianus, Duanus (o Duavus), et filius posuerunt frugem, Sempronius, Lucius, Ursinianus, Gemelus, Beduna, Maritumus, Maritumus, Flucinus (o Fluvinus), Antonius Capito, Calpurnius, Calpurnius, Sextus

Pero sin duda, han sido las excavaciones en el Chao Samartín, las que han arrojado más información sobre esta primera fase romana y su cambio a finales de la primera centuria. Tras los niveles prerromanos en este asentamiento, cuya existencia está ya claramente constatada (Villa, 2002a y 2002b; Fernández Ochoa, 2006: 279), se ha documentado una fase de ocupación en el siglo I d.C. que remite a un contexto militarizado de forma similar a Os Castros y Peláu (Villa, 2007b: 129ss). En el caso del Chao Samartín, esto se justifica por el numerario hallado (Gil Sendino, 1999: 165), además de por la existencia de materiales con paralelos en otros asentamientos castrenses como Astorga, León o Rosino de Vidriales (Villa *et al.* 2006: 594). En esta misma fase destaca la construcción de una gran *domus* (*vid.* **Img. 62**) (Montes *et al.* 2013; Montes y Villa, 2015). Esta estructura presenta una planta de casi 500 m², distribuidos en una docena de estancias organizadas en torno a un atrio columnado. Al menos dos escaleras permitían el acceso a un piso superior, en cuyas paredes se han conservado motivos pictóricos (Villa, 2009: 10). En el edificio se han hallado fragmentos cerámicos con restos de oro y plata que han hecho suponer a su excavador, que el Chao Samartín pudo recibir el oro extraído de las minas del entorno antes de ser enviado a la capital conventual (Villa, 2003: 130, n. 19, 2004 y 2010: 105).



Imagen 62.- Vista cenital de la *domus* de Chao Samartín (Grandas de Salime). Fuente: Montes López *et al.* 2013: 226

Cronológicamente se ha datado su construcción en la primera mitad del siglo I d.C., aunque pudo experimentar una remodelación ya en época flavia (Montes y Villa, 2015: 279-282). El carácter aristocrático de la *domus* y la proximidad de importantes zonas mineras, ha llevado a pensar que este edificio pudo ser la sede del aparato administrativo-militar encargado de gestionar las explotaciones de la región, que ya estarían activas al menos desde las primeras décadas del siglo I d.C. (Villa, 2010: 95).

El caso de la *domus* del Chao Samartín no es exclusivo y se han documentado otros asentamientos que también pudieron desempeñar funciones vinculadas con la gestión del *ager publicus* minero en el siglo I d.C. El castro de San Isidro y el cercano Pico da Mina, ambos en Bousoño (Carrocera, 1990), podrían interpretarse en este sentido. Estos castros han tenido especial interés por ser los únicos ejemplos en la región de uso de piedras hincadas como sistemas de fortificación¹⁰⁰. San Isidro, el mejor conocido, ha sido datado en la segunda mitad del siglo I d.C., por lo que se trataría de una fundación de época romana (Carrocera, 1992: 130)¹⁰¹. Por su situación (permiten controlar visualmente las explotaciones mineras del Navia y su afluente el Agüeria), su forma de tendencia poligonal y su peculiar sistema defensivo (que pudo ser importado desde la Meseta donde es más frecuente), se ha propuesto que estos castros albergaron tropas militares vinculadas a las explotaciones de la cuenca media del Navia a lo largo de la primera centuria (Villa, 2007d: 48).

También en San Chuis, castro localizado en San Martín de Beduledo (Allande) (Jordá Cerdá *et al.* 1989; Jordá Cerda, 1990), se ha documentado un edificio que puede ser interpretado en el mismo sentido que la *domus* del Chao (Marín *et al.* 2008: 54). Se trata de una estructura cuadrangular de ocho habitaciones en torno a un patio central, que se construyó amortizando varias cabañas circulares anteriores. La cultura material se compone fundamentalmente

¹⁰⁰ Los sistemas de piedras hincadas han sido objeto de varios trabajos (*e.g.* Harbison, 1968; Alonso i Martínez *et al.* 2003; Esparza, 2003; Berrocal-Rangel y Moret, 2007). A pesar de ello, su función, origen, desarrollo y cronología son todavía objeto de debate. En líneas generales, se ha propuesto que se trató de un modelo defensivo importado del continente europeo y difundido en la Península Ibérica desde oriente hacia occidente. Según esto el caso más antiguo fue Els Vilar (Arbeca, Lleida) (Junyent *et al.* 1998), extendiéndose posteriormente a los castros meseteños, con las fases más tardías en Galicia y Asturias, donde llegaban a época romana en San Isidro. Sin embargo, este modelo no está confirmado con las dataciones en todos los casos y las cronologías parecen ser muy dispares.

¹⁰¹ Pico da Mina parece tener una cronología de fundación prerromana (Marín, 2011: 362 y 416, n. 2). Las piedras hincadas en este castro pueden corresponderse a un momento posterior, cuando se fundó San Isidro.

de cerámica común romana, paredes finas, *terra sigillata* y producciones indígenas (Marín, 2011: 652). Como en el Chao Samartín, también en San Chuis se han localizado restos de oro en recipientes cerámicos que confirmarían la manipulación de este metal en el castro (Villa, 2010: 105, fig. 28). De acuerdo a algunos investigadores, pudo ser residencia de personal administrativo-militar vinculado a la gestión minera, al menos hasta época flavia (Marín y Jordá, 2007: 146).

En definitiva, a lo largo de los ríos Navia, Narcea y Eo, se han reconocido varios castros en los que pudo existir una presencia del aparato estatal vinculado a la gestión de las minas del entorno durante los dos primeros tercios del siglo I d.C. Sin embargo, esta idea no es incompatible con que en estos mismos asentamientos surgiera una élite local ya a lo largo de la primera centuria, la cual también podría estar vinculada a los trabajos mineros. De este modo, castros como el Chao Samartín podrían haber desempeñado un papel similar al que jugó Pedreiras de Lago en Las Médulas (Sánchez-Palencia *et al.* 2000b: 201; Sastre y Orejas, 2000: 291). Como este asentamiento, el Chao Samartín se integró en las redes de poder y control territoriales desde el siglo I d.C. y pudo estar relacionado tanto con miembros de la administración y el ejército, como con los grupos de poder locales, que controlaron a sus comunidades y se relacionaron con relativa fluidez con los miembros del aparato estatal encargados de la gestión minera. Esto contribuyó a que algunos de estos castros se consolidasen como puntos centrales de las *civitates*. Al menos así ha sido propuesto para el Chao Samartín, San Chuis o Coaña, asentamientos que actuaron como referencia para implantar la nueva articulación territorial tras la conquista y favorecer la explotación territorial, incluyendo los recursos mineros (Villa, 2006: 176 y 2009: 17; Fernández Ochoa, 2006: 284).

Las explotaciones mineras asturianas, como Villa ha señalado (2010: 95), estuvieron activas desde fechas muy tempranas (quizá ya bajo gobierno de Augusto o Tiberio), lo que indica la rapidez con que el Estado organizó la explotación del territorio tras la conquista. Para poner en marcha las minas fue necesario el aporte de mano de obra tributaria, con una élite indígena colaboracionista como intermediaria, por lo que junto a los miembros de la administración y el ejército se encontraron las aristocracias locales ya en el siglo

I d.C. Las inscripciones, aunque muy escasas, representan indicios de la existencia de estos grupos de poder locales.

Algunos testimonios de esta primera etapa se localizan en Pelóu donde se localizó una inscripción en la que se puede leer *castellum* (Villa ed. 2009: 244; *HEp* 18, 2009, 14). Este hallazgo, junto con el de la *tabula* a la que se hizo referencia líneas más arriba (*HEp* 14, 2005, 21), han servido para afirmar que el Monte Castrelo de Pelóu pudo actuar como circunscripción administrativa menor, integrado en el territorio de la *civitas Ocela* con capital en el Chao Samartín (Villa, 2007c: 45; Montes López *et al.* 2009: 321). Sin embargo, la unidad administrativa mínima reconocida por Roma era la *civitas*, por lo que el registro de Pelóu puede ser simplemente indicativo de la existencia de un núcleo que empezó a destacar y en el que se materializaron los grupos de poder locales, vinculados al aparato administrativo-militar. La *civitas Ocela* fue mencionada por Ptolomeo (2, 6, 22-27) y apareció también en una inscripción sobre una pieza cerámica (*HEp* 18, 2009, 15; Villa y Montes López, 2009; De Francisco y Villa, 2010; **Img. 63**).

Otros epígrafes, también pueden ser datados en esta primera mitad de la centuria, a juzgar por la presencia de la C invertida, apoyando la idea de conformación de grupos privilegiados desde fechas tempranas. Este es el caso del epitafio de *Bodocena Aravi f.* del *castellum Agubri* (*HEp* 5, 1995, 39) hallado en Villaverde, próximo a las explotaciones mineras de la sierra del Begega. Un poco más al norte, se localizó en Ablaneda, (Godán, Salas), otra inscripción con \supset , en concreto de *Flaus Auledi f.* (*CIL* II 5739).

Todos estos indicios, señalan la existencia de grupos de poder en el siglo I d.C. que probablemente se relacionaron con fluidez con el aparato administrativo-militar vinculado a la gestión minera. Los miembros de la



Imagen 63.- Inscripción sobre vaso cerámico localizada en Pelóu en la que se puede leer *Copiam [- -]uroflavienses salutem Ocelae feliciter* (Villa y Montes, 2009, 386-387, nº 128). Fuente: Villa y Montes López, 2009.

administración y el ejército pudieron distribuirse a lo largo de los distintos asentamientos, compartiendo los castros con las comunidades locales.

HEp 18, 2009, 14. Monte Castrelo de Pelóu. Grandas de Salime. Asturias. <i>Castel(l)u(m)</i>	HEp 18, 2009, 15. Monte Castrelo de Pelóu. Grandas de Salime. Asturias. <i>Copiam [- -]uroflavienses salutem Ocelae feliciter</i>
HEp 5, 1995, 39. Villaverde. Belmonte de Miranda. Asturias. <i>Bodoc/ena · Ar/avi · f(ilia) · ⊃ / Agubri / an(norum) · X·II / h(ic) · s(ita) · e(st) ·</i>	CIL II 5739. Ablaneda. Godán. Salas. Asturias. <i>Flaus / Auledi f(ilius) / Cabarc/us · ⊃ · Beri/so an(norum) / XV h(ic) s(itus) e(st)</i>

El problema para confirmar esta idea reside en la dificultad de reconocer el registro del aparato administrativo-militar y diferenciarlo del perteneciente a las élites locales. El surgimiento de los grupos de poder a lo largo del siglo I d.C. y su proximidad a los círculos de poder romano, no generó dos registros paralelos e impermeables (uno local e indígena y otro romano relacionado en exclusiva con el aparato estatal), sino que la realidad debió de ser más flexible. Las producciones y prácticas romanas fueron consumidas y adoptadas por las comunidades indígenas, especialmente por los grupos de poder, quienes las pudieron utilizar como elementos de diferenciación social, tal y como ocurrió con el hábito epigráfico (*vid.* Cap. 3.2.2). Si las élites adoptaron prácticas de los conquistadores no es posible aislar claramente ambos registros. Por este motivo, al hablar de la presencia militar en los castros en la primera mitad del siglo I d.C., no hay que olvidar el papel que desempeñaron las élites locales inmersas en las prácticas romanas, en estos mismos contextos.

- Segunda fase: los cambios en época flavia

A finales de la centuria, coincidiendo con el gobierno de los Flavios, tuvo lugar un proceso de profundo cambio que dio con el fin de esta fase de ambiente militarizado en la mayoría de los castros (Villa, 2007b: 130 y 2009: 7). En Os Castros de Taramundi se reformó el espacio interno del castro y se amortizó el sistema defensivo, al mismo tiempo que entraron nuevas producciones cerámicas estandarizadas de producción regional (sobre todo lucenses), como ocurrió en otros castros, como el Chao Samartín (Hevia y Montes, 2009: 177). En Monte Castrelo de Pelóu a finales del siglo I d.C., también se documenta un

hiato en la ocupación, coincidiendo con el final de ese contexto militar, hasta finales del siglo III d.C. o inicios del siglo IV d.C. (Montes López *et al.* 2009: 321). También en San Chuís se produjeron varias remodelaciones arquitectónicas que llevan a pensar en una disminución de la presencia militar (García Martínez y Jordá Pardo, 1997: 323). Además, el centro metalúrgico de Las Escorias, relacionado con las explotaciones de El Valle-Boinás abandonó su actividad en la segunda mitad del siglo I d.C., hecho corroborado por las dataciones obtenidas a través de los fragmentos de *terra sigillata gallica* y vidrio localizados (Menéndez y Sánchez, 2005) y por los análisis de C-14 efectuados (Rozas y Cabo, 2002: 353). San Isidro, castro también vinculado con las minas, presenta materiales de finales del siglo I d.C., con *terra sigillata* hispánica, numerario flavio y cerámica común, lo que señalaría que estuvo activo hasta época flavia (Carocera, 1990; Villa, 2013: 86). Por último, el Chao Samartín, que también experimentó profundos cambios, es el que más datos ofrece para documentar el proceso.

En concreto, en el Chao Samartín, la época flavia coincidió con un cambio en la ordenación interna del asentamiento, donde se pasó de cabañas de planta sencilla y recinto único, a espacios compartimentados interiormente o agrupados, que incluso incorporaron antiguas calles como pasillos interiores. Esta apropiación del antiguo espacio comunal por residencias privadas ha sido relacionado con la consolidación de familias privilegiadas en este período (Villa, 2007d: 43 y 2016: 249). Muchas de las viviendas contaron con dos alturas y decoraciones con policromías (Villa, 2009: 12). También hubo un cambio en los materiales, con un mayor protagonismo de las producciones lucenses (Montes *et al.* 2001) y la *terra sigillata tritense*, con disminución de los hallazgos de monedas, más frecuentes en la fase anterior (Villa, 2007b: 130). Ya a finales de la centuria, perdió su condición de asentamiento cerrado y el sistema defensivo fue amortizado (Villa, 1999: 120), algo que también ocurrió en Os Castros. Se construyó entonces un gran espacio central pavimentado y con bancos corridos (*vid.* **Img. 64**), que recuerda a otro similar localizado en Coaña y que se ha interpretado como un lugar en el que se ejercería el poder local (Villa, 2009: 13, fig. 9). Por último, tuvo lugar el abandono de la *domus* en torno al año 100 d.C. (Montes *et al.* 2013: 236; Montes y Villa, 2015: 282).

El Chao Samartín permanecería ocupado hasta que en la segunda mitad del siglo II d.C una sacudida sísmica, arrasó el poblado y concluyó con la ruina de la mayoría de sus edificios (Villa, 2007b: 132).



Imagen 64.- Espacio pavimentado y con bancos corridos localizado en el Chao Samartín (Grandas de Salime). Fuente: Villa, 2009.

En definitiva, a finales del siglo I d.C., los datos apuntan a que tuvo lugar un cambio significativo en la mayoría de los castros. Este momento se ha entendido como el “final del período de tutela militar durante el cual Roma ordenó administrativamente los últimos territorios peninsulares conquistados y propició la definitiva consolidación de la *civitas* como unidad básica de la estructura administrativa imperial. A partir de entonces, serán las nuevas élites sociales promovidas por el poder romano, las que desempeñen, en un sistema social basado en aristocracias rurales y formas de dependencia campesina, las funciones de intermediación entre las comunidades y la administración romana” (Villa, 2007b: 130-131). Es decir, en el siglo II d.C. la importancia de centros como el Chao Samartín se mantuvo, pero sin supervisión militar, bajo la dirección ahora de las élites locales.

Es muy posible que las conexiones entre los grupos de poder locales y el aparato administrativo-militar fueran cercanas ya durante la primera centuria. Esta élite local que se fue conformando estrechamente relacionada con los círculos de poder romanos, fue consolidando sus posiciones, mostrándose de forma más clara a finales del siglo I d.C. y el siglo II d.C. Este momento coincide con la construcción de espacios centrales (*e.g.* Chao Samartín, Coaña),

la conversión de algunos castros en asentamientos abiertos (*e.g.* Chao Samartín, Os Castros) y la reorganización interna (*e.g.* Chao Samartín). Estos cambios pueden reflejar el papel de estos núcleos como centros locales, mejor integrados en las redes de poder y con unas aristocracias locales a la cabeza.

Los testimonios epigráficos, aunque escasos, también contribuyen a reforzar esta idea. Así, se han localizado varias inscripciones que recogen la presencia de ciudadanos, a juzgar por la onomástica. Detrás de estos testimonios podrían encontrarse miembros del aparato administrativo-militar o también las élites locales que se visibilizaron de forma más clara desde finales del siglo I y a lo largo del siglo II d.C.

Por ejemplo, en Boal existen noticias de un altar consagrado a Júpiter por *P(ublius) Ant(onius)* que hoy, lamentablemente, se encuentra desaparecido (*CIL* II 2692)¹⁰². Otros testimonios de individuos de onomástica ciudadana, pueden estar indicando la existencia de grupos aristocráticos promocionados. Este es el caso de la inscripción funeraria de *L. Valerius Postumus* hallada en Cangas del Narcea (*CIL* II 5746) y algunas inscripciones votivas, como las consagradas a los Lares halladas en Allande (*AE* 1984, 558) y Tineo (*HEp* 1, 1989, 78; *CIL* II 5734) o el árula de menos de medio metro de altura dedicada a Evedutonio Barciaeco por *L. Servius Secundus* (*ERA* 10). A este grupo también se suma el ara consagrada a la Tutela de la *civitas Paesicorum* por *Placidus Placidius* (*HEp* 5, 1995, 40) localizada en Arganza, también en el entorno de Tineo (**Img. 65**).



Imagen 65.- Inscripción consagrada a la Tutela de la *civitas Paesicorum* por *Placidus Placidius*, localizada en Arganza, Tineo, Asturias (*HEp* 5, 1995, 40). Fuente: Santos Yanguas, 2014.

¹⁰² También se ha localizado una inscripción en el castro de Mohías de lectura muy complicada, que podría mencionar a un *Assinius Veri(mus)* (*AE* 1985, 578; Canto y Fernández Ochoa, 1985).

La *civitas* de los *Paesici* es bastante desconocida (Camino, 2015: 338-339). A ella se refirieron tanto Plinio (*NH.* 3, 4, 28) como Ptolomeo (2, 6, 4), quien menciona a *Flavionavia* núcleo de los *Paesici*. En algunos trabajos se ha identificado *Flavionavia* con la actual población de Santianes (Pravia), lugar que pudo desempeñar un lugar central que conectaría *Asturica* a través de la vía de La Mesa (Sánchez Albornoz, 1972: 119-128; García Díaz, 1989). Sin embargo, no se tiene claro que *Flavionavia* fuera un único núcleo o se correspondiera, en realidad, con un conjunto de asentamientos dispersos a lo largo de la ría (La Magdalena de la Llera, Santianes, Murias de Ponte, castros de San Martín y Doña Palla...). Estos enclaves pudieron formar parte de una misma *civitas* (Gutiérrez González, 2015: 6), que podría corresponderse, o no, con la *civitas* de los *Paesici*. Tampoco está clara la extensión de esta *civitas* o *civitates*, que quizá llegarían hasta la desembocadura del Nalón (Fernández Ochoa, 1982: 255). Se trata, sin duda, de una región mal conocida arqueológicamente (Fernández Ochoa, 2006: 283). Sin embargo en ella también hay indicios de la existencia de grupos de poder. Este es el caso de la estela de *[A]rio Sesti*, representando a un personaje togado (*ERA* 20) y de la estela fragmentada de la hija de Talavo, en la que aparece también el retrato de una mujer (*CIL* II 5750) localizada en el castro de Castiello (Corvera de Asturias). Estas inscripciones podrían recoger la existencia de élites locales, que se visibilizaron de forma más clara desde finales del siglo I d.C.

<i>CIL</i> II 2692. Boal. Boal. Asturias.	<i>AE</i> 1985, 578. Castro de Mohías. Coaña. Asturias.
<i>Iovi / ex vot(o) / P(ublius) Ant(onius)</i>	<i>[Dovi]tero l(ibens) v(otum) s(olvit) m(erito) Ass(i)n/ius Veri(mus?)</i>
<i>CIL</i> II 5746. Arnosa. Cangas del Narcea. Asturias.	<i>AE</i> 1984, 558. Besullo. Comba. Allande. Asturias.
<i>L(ucius) · Valerius / Postumus / v(i)x(it) · an(nos) · L · / h(ic) · s(itus) · est · / s(it) · t(ibi) · t(erra) · l(evis)</i>	<i>Laribus / Vialib/us Pro(culus?)</i>
<i>HEp</i> 1, 1989, 78. Tuña. Tineo. Asturias.	<i>CIL</i> II 5734. Tuña. Tineo. Asturias.
<i>Sem(pronius) Cas(sius?) / Laribus / Vialibus / ex voto / sacrum</i>	<i>Q(- - -) P(- - -) / Laribus / Vialibus / ex voto</i>
<i>ERA</i> 10. Tuña. Tineo. Asturias.	<i>HEp</i> 5, 1995, 40. Arganza. Tineo. Asturias.
<i>L(ucius) Ser(vius) Secun(dus) / Evedutoniū / Barciaeco / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)</i>	<i>Tutelae / · c(ivitatis) · P(aesicorum) · / Placid/us / Placidi/us / ex voto</i>

ERA 20. Pravia. Asturias. [- - -]ario Sesti	CIL II 5750. El Castiello. Corvera de Asturias. Asturias. [- - -]ae Talavi f(iliae) / [- - -]nei uxori(!)
---	--

Así pues, los datos indican que desde época flavia hay un despegue de los grupos de poder que habían surgido ya en la primera mitad de la centuria. Estos cambios son convergentes con los procesos documentados en otras zonas mineras del Noroeste, donde la tendencia indica que desde época flavia destacaron ciertos núcleos territoriales, reflejando procesos de concentración del poder y la consolidación de las aristocracias. El abandono de la *domus* del Chao Samartín y el final del ambiente reconocido como militarizado en los castros (Villa, 2007b: 130-131) puede vincularse, además, con una reorganización del aparato administrativo-militar vinculado a la gestión de las minas en este período, aspecto coherente con las políticas flavias. Los miembros del aparato estatal pudieron distribuirse a lo largo de algunos castros asturianos para gestionar de forma efectiva la explotación de los recursos, relacionándose de forma dinámica con las aristocracias locales en la primera centuria. En época flavia, estos efectivos repartidos por Asturia se vieron probablemente afectados por los cambios administrativos, lo que puede explicar el fin de los contextos militarizados. No hay que olvidar que este momento coincidió con la creación de cargos como el *procurator Asturiae et Callaeciae* o el acantonamiento definitivo de la *legio VII gemina* y sus unidades auxiliares, aspectos que indican una reordenación profunda de los cuadros de la administración y el ejército en el Noroeste.

En definitiva, en época flavia también en Asturias convergieron dos procesos: por un lado, una reordenación estatal de los territorios vinculados a la explotación, que pudo acabar con la presencia militar en los castros. Por otro lado, el desarrollo de una élite local que, si bien se conformó ya desde la conquista, emergió ahora de forma más clara, visibilizándose a lo largo de la segunda centuria.

9.1.3. Los cambios en las zonas no mineras.

En las páginas previas se ha comprobado que las principales zonas mineras del Noroeste experimentaron ciertas transformaciones en las últimas décadas del siglo I d.C. y el siglo II d.C., motivadas por una serie de intervenciones estatales y por un proceso de desarrollo de núcleos de poder locales que, en realidad, arrancó tras la conquista. Es necesario preguntarse ahora si los cambios comentados fueron parte de procesos generales y trascendieron a las zonas mineras, o si por el contrario, se

circunscribieron a estas regiones en las que el Estado tenía un interés estratégico específico.

En el Noroeste resulta muy complicado encontrar zonas sin minas. Cuanto más conocido es el cuadrante noroccidental de la Península, más evidente parece la intensidad con la que Roma explotó los recursos mineros. A pesar de ello, existen zonas en las que la presencia de minas fue menos abundante y en las que las explotaciones no tuvieron *a priori* un peso tan destacado. Uno de los ejemplos más claros es el de *Iria Flavia*, lugar que ya fue tratado con relación a los *fora* que recogen las fuentes en el Noroeste (*vid. supra*) y que experimentó un auge considerable desde época flavia, relacionado con su papel comercial y viario.

Además de este caso mencionado, existen otros ejemplos de zonas no tan marcadas por el peso de la minería. Uno de ellos se corresponde con la parte central de Asturias, donde el entorno de Gijón no contó con la presencia de minas. Otro puede ser Vigo, en las Rías Baixas, en cuyo entorno más inmediato tampoco se han documentado explotaciones. Además, tanto Gijón como Vigo, han sido objeto de estudios y excavaciones que han aportado información significativa sobre su ocupación en época romana, lo que ha permitido conocer mucho mejor el desarrollo de estos asentamientos (Fernández Ochoa, 2002: 40-45; Pérez Losada, 2002: 240-244). Por estos motivos (escaso peso de la actividad minera e información significativa), estas zonas han sido elegidas para evaluar los cambios flavios, ver en qué dirección se produjeron y si fueron procesos convergentes con los que se han documentado en zonas con abundante presencia de minas.

- **Las zona central de la *Asturia* transmontana**

La conquista militar de esta región asturiana es cada vez mejor conocida gracias a los trabajos que se han realizado en los últimos años en algunos yacimientos, como los campamentos militares de La Carisa (Camino, 2005; Camino *et al.* 2015). Tras la etapa bélica, se inauguró una fase militarizada que coincide con la documentada en los castros del occidente asturiano y en la que Roma llevó a cabo la ordenación del nuevo territorio provincial sometido. Para ello, se sirvió de algunos núcleos que actuaron como base de operaciones desde las que el Estado articuló el territorio de acuerdo a sus intereses.

El ejemplo más significativo es el de Campa Torres. Se trata de un castro ubicado en el Cabo de Torres y con horizontes de ocupación prerromanos. La presencia

de Roma en este asentamiento es muy temprana, como han revelado los ejemplares de *terra sigillata* itálica (Zarzalejos, 2005: 164), los hallazgos de numerario partido (Villa y Gil Sendino, 2006: 510) y varias monedas acuñadas en el valle del Ebro con Tiberio (Gil Sendino, 1999: 165). Estos materiales han permitido caracterizar un contexto marcado por la presencia de efectivos militares en un momento posterior a la conquista, por lo que se ha mantenido que la Campa Torres pudo desempeñar un papel central a inicios de la primera centuria, configurándose como sede de los miembros del aparato estatal encargados de la provincialización de la zona (Fernández Ochoa, 2006: 282-283).

En el mismo Cabo de Torres, algunos elementos permiten confirmar el despliegue de Roma en este territorio. En concreto, aquí se localizó una inscripción dedicada a Augusto por Cn. Calpurnio Pisón en el 9-10 d.C. (*CIL* II 2703) y posiblemente una torre monumental que actuó como faro, señalando el puerto del territorio recientemente conquistado y remarcando el poder del Imperio en los finisterres atlánticos (Fernández Ochoa *et al.* 2005: 137ss). El valor simbólico de estos elementos, refuerzan la idea de que la Campa Torres fue un lugar central destacado tras la conquista, que probablemente haya que identificar como el *oppidum Noega* que citan las fuentes en la costa astur (Str. 3, 4, 1-20; Plin, *NH.* 4, 111; Fernández Ochoa *et al.* 2015: 282)¹⁰³.

Aunque el de la Campa Torres sea el caso más paradigmático, existen otros asentamientos en la región centro-asturiana en los que se han reconocido contextos arqueológicos militarizados en la primera mitad del siglo I d.C. y que también pudieron servir de anclaje al aparato estatal tras la conquista. Así, a lo largo del ramal transmontano de la Ruta de la Plata, que uniría *Asturica Augusta* con *Lucus Asturum* y Gijón (Fernández Ochoa y Morillo, 2002b: 382ss; Fernández Ochoa, 2008), se encuentran varios puntos que se pueden relacionar con el aparato administrativo-militar implicado en la implantación de la nueva estructura territorial basada en la definición de límites entre *civitates*, el trazado de las vías, etcétera. A modo de ejemplo es posible citar el caso del castro de El Llagú (Oviedo), donde algunos materiales han hecho pensar que el castro pudo albergar a efectivos militares (Berrocal-Rangel, 2002: 322) y

¹⁰³ Tampoco es descartable que Ptolomeo lo mencionara al referirse al *Noega Ucesia*, aunque el geógrafo lo ubica más al este, en el límite con el territorio cántabro, lo que hace que no podamos estar seguros de que se refiriera a la misma *Noega* astur (Fernández Ochoa, 1994a: 53-60). Además, sabemos que probablemente existió otra *Noega* localizada en el área galaica, como deja claro Plinio (*NH.* 4, 112) y donde quizá haya que ubicar las famosas Aras Sestianas (Fernández Ochoa y Morillo, 2002a: 901-902).

donde algunas evidencias numismáticas revelan cronologías tempranas de ocupación bajo Tiberio (Villa y Gil Sendino, 2006: 504). Este yacimiento ocupó un lugar relevante probablemente por su situación respecto al sistema viario, en esta fase temprana.

En época julio-claudia se fueron definiendo, por tanto, centros destacados relacionados con la presencia administrativa-militar y con el sistema viario, que sirvieron de anclaje a la nueva articulación territorial romana.

En época flavia tuvo lugar un cambio. En concreto, el asentamiento de Campa Torres entró en una progresiva decadencia (Fernández Ochoa, 2002: 34 y 2006: 283), mientras que el entorno de Gijón empezó a destacar con fuerza (Fernández Ochoa y Morilla, 1999: 83). En esta zona existió un núcleo destacado en la península de Santa Catalina (barrio de Cimadevilla, Gijón), desde donde se domina el puerto costero (Fernández Ochoa y Morillo, 1994; Fernández Ochoa *et al.* 2003). Las excavaciones que se llevan desarrollando en la zona durante las últimas décadas, han permitido caracterizar este contexto, confirmando que la presencia romana se hizo frecuente a mitad del siglo I d.C. y que durante el gobierno flavio se consolidó un núcleo relativamente importante. Así, se han documentado materiales de importación, como *terra sigillata* gálica de Montans, también identificada en otros puertos cantábricos (Fernández Ochoa y Zarzalejos, 2015: 40-41), además de otras cerámicas (*TSH* de Tricio, otras producciones de cerámica común) que remiten a horizontes cronológicos flavios, confirmando que Cimadevilla desempeñó un papel central en las rutas comerciales tanto terrestres como marítimas desde el último tercio del siglo I d.C. (Fernández Ochoa, 2002: 33-34 y 2003; Fernández Ochoa *et al.* 2015: 283).

La población se concentró en la parte oriental del cerro, donde se han excavado las termas de Campo Valdés que datan de esta etapa (Fernández Ochoa y García Díaz, 1995: 281; Fernández Ochoa y Zarzalejos, 1996; Fernández Ochoa, 1997), lo que confirma el desarrollo de la ciudad desde época flavia. Este edificio, posiblemente de uso público, experimentó sucesivas ampliaciones entre finales del siglo I d.C. y el primer tercio del siglo II d.C. y permaneció ocupado hasta la Antigüedad tardía. También se ha documentado una factoría de salazones en la Plaza del Marqués, cuya actividad se desarrolló entre los siglos III y IV d.C. (Fernández Ochoa, 1994b).

En época altoimperial, en el entorno de Cimadevilla surgió, además, uno de los conjuntos más nutridos de asentamientos rurales de la región central astur (Fernández Ochoa, 2002: 36) que posiblemente formaron parte de la misma *civitas* con Cimadevilla como núcleo centralizador. Así, se cuentan indicios de ocupación en diversos barrios de

Gijón y en localidades cercanas, destacando Muria de Tremañes, Serín, las Murias de Beloño y Veranes (Fernández Ochoa *et al.* 1996).

Los testimonios epigráficos, aunque escasos, también ponen en evidencia el proceso de cambio. En concreto, hay una inscripción funeraria, reutilizada en la muralla tardorromana de Gijón y dedicada a *Medugenus Caesaron* y su hijo *Rutilius ex gente Cilurnigorum* (Fernández Ochoa y Pérez Fernández,

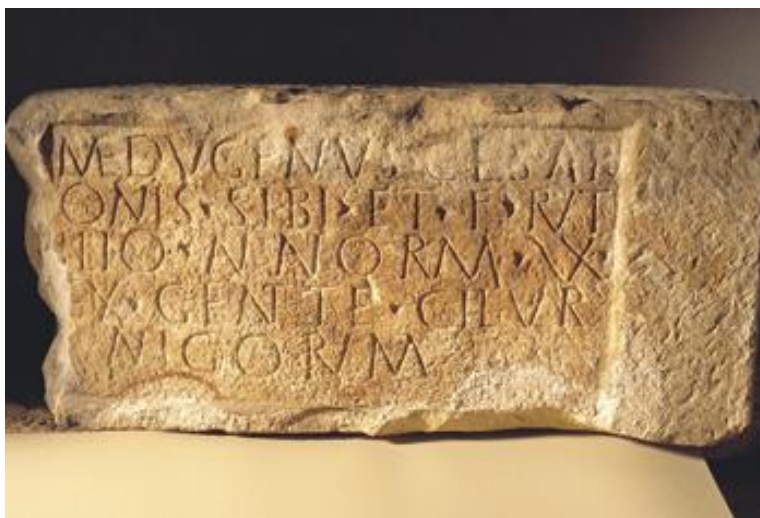


Imagen 66.- Epígrafe funerario localizado en Gijón y en el que se puede leer ...*ex gente Cilurnigorum*. *HEp* 4, 1994, 66. Fuente: Fernández Ochoa, 2002.

1990; *HEp* 4, 1994, 66). El documento se fecha en el siglo I d.C. e informa de la presencia de peregrinos, a juzgar por la onomástica, y de una *civitas Cilurnigorum* que no aparece referida en ninguna otra fuente (Fernández Ochoa *et al.* 2015:284)¹⁰⁴. En Tremañes se ha localizado un altar consagrado a Fortuna Balnearia que quizá sea posterior cronológicamente (*CIL* II 2701) y en el que aparece como dedicante *Titus Pompeius Peregrinianus*. A través de su *tria nomina* se deduce que se trata de un ciudadano, pero su *cognomen* da la pista de su condición jurídica peregrina anterior. Es posible, entonces que se trate de un caso de promoción de un individuo perteneciente a la élite local, probablemente en época flavia. La consagración a Fortuna señala también cómo los grupos de poder de la *civitas* incorporaron divinidades a sus cultos, algo también visible en el epígrafe dedicado a *Iuppiter Optimus Maximus* (*CIL* II 2702) hallado en San Tirso (Baones).

***HEp* 4, 1994, 66. Gijón.**

Medugenus C(a)esar/onis sibi et f(ilio) Rut/ilio annorum VX(!) / ex gent{t}e Cilur/nigorum

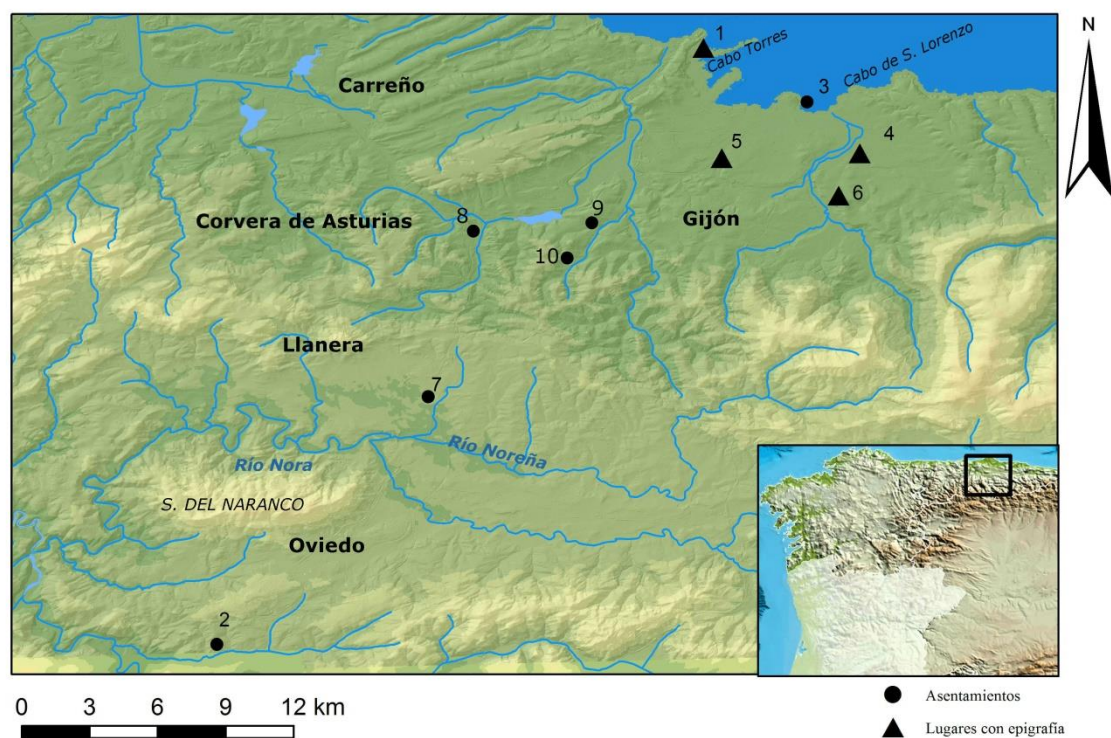
***CIL* II 2701. Fuente de la Mortera o Tremañes, Gijón.**

Fortunae / Balneari / T(itus) Pompeius Pe/regrinianus / pro sa/lute / sua et suorum / dicavit

***CIL* II 2702. San Tirso, Baones, Gijón. Iovi Optimo / Maximo**

¹⁰⁴ No es posible asegurar con este único testimonio, que existiera una *civitas Cilurnigorum* pues, como se verá en el capítulo 10, no siempre *gens* fue sinónimo de *civitas*. De forma tradicional Gijón ha sido identificada con la *Gigia* que recoge Ptolomeo (2, 6, 28), aunque, en realidad, las coordenadas ptolemaicas sitúan el enclave más al sur, en la zona oriental de los astures cismontanos, por lo que tampoco se puede confirmar esta identificación (Fernández Ochoa, 2002: 35).

Es posible entonces que la consolidación de Cimadevilla como lugar central desde época flavia, se relacione con el auge de grupos de poder locales que destacaron desde este momento. Cimadevilla pasó a desempeñar entonces un lugar central por su situación favorable en las rutas comerciales, con una aristocracia local a la cabeza.



Mapa 15.- Yacimientos mencionados en el centro de Asturias.

1- Campa Torres (Cabo de Torres, Gijón). **2-** El Llagú (Oviedo). **3-** Cimadevilla (península de Santa Catalina, Gijón). **4-** Gijón **5-** Tremañes (Gijón). **6-** San Tirso (Baones, Gijón). **7-** Lugo de Llanera. **8-** Serín. **9-** Murias de Beloño. **10-** Veranes

Este proceso no tuvo por qué ser exclusivo del entorno de Gijón, pues también está documentado el despegue de varios asentamientos vinculados al trazado viario en otras partes de la *Asturia* central transmontana.

Este es el caso de la *civitas* de los *Luggoni*, que debió de extenderse por el área centro-oriental hasta el Sella (Cid *et al.* 1991; Fernández Ochoa *et al.* 2001). Su localización exacta ha supuesto, no obstante, cierta controversia pues Ptolomeo cita a los lugones entre otras comunidades de la *Asturia* cismontana (Ptol. 2, 6, 32). Éstos pudieron ser los que aparecen en la provincia de León, donde se han encontrado una serie de hitos terminales que separaban los *prata* de unidades militares romanas de tierras de bedunienses y lugones (*e.g.* ERPL 310 y 311). La mención a los *Lougei* en la Tábula de El Caurel, el nombre de *Lucus Augusti* (Lugo) y la *mansio* de *Lugiso*

(Ravenn. 4, 45, 35), contribuyen a complicar aún más el panorama, pues demuestran que los nombres formados con raíz *-lug* estuvieron bastante extendidos.

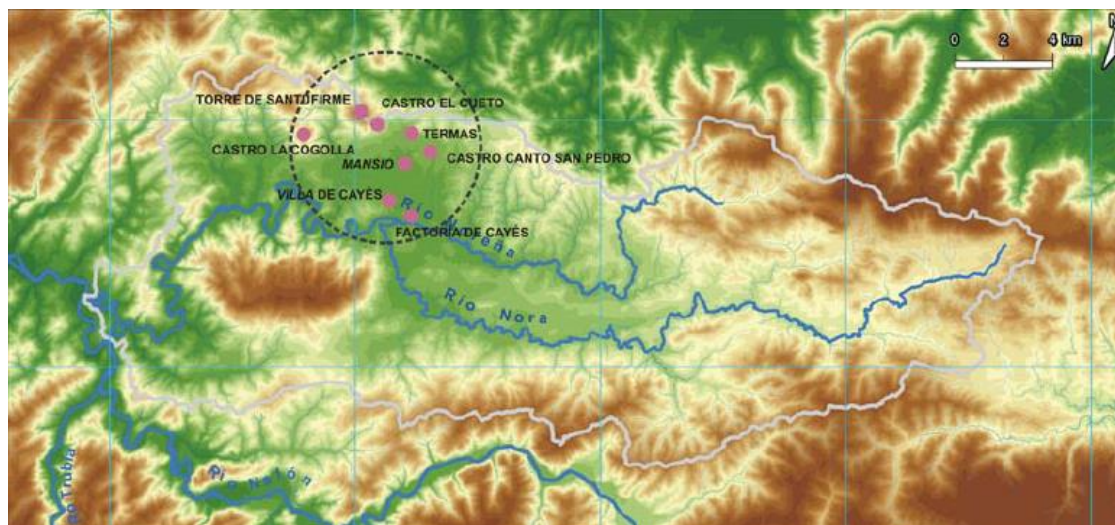
Para poder ubicar a los lugones de la *Asturia* transmontana hay que recurrir a un epígrafe cuya procedencia exacta es desconocida, pero que probablemente haya que localizar entre el Suevo y el Sella (*ERA* 62) y en el que se recoge el texto *asturu(m) et luggonnu(m)*. A esta inscripción se suma otro epígrafe funerario, a juzgar por las últimas lecturas efectuadas (González y Marco, 2009; Orejas y Fernández Ochoa, en prensa), que fue dedicado por los *Luggoni Arganticaeni* y se encontró en Grases, Villaviciosa (*ERA* 11). La toponimia de la región del oriente y centro de Asturias, con nombres como Lugás, Lugones (Siero) o Lugo de Llanera, entre otros, también contribuye a localizar en la *Asturia* transmontana a estos Lugones.

En fecha reciente, Orejas y Fernández Ochoa (en prensa), han vuelto a defender la ubicación de unos *Lugoni* en la cuenca de Oviedo y la zona de Lugo de Llanera, a partir de la lectura del epígrafe de Villaviciosa. Esta inscripción resulta especialmente interesante, pues está recogiendo la dedicatoria de una colectividad (*Arganticaeni*) perteneciente a la *civitas* de los *Luggoni*, a un individuo: [...]*Jovius Tabaliaenus*¹⁰⁵. Que una colectividad realizara una dedicación de un monumento funerario a un individuo, indicaría que este personaje estaba desempeñando un lugar destacado dentro de la misma. Por tanto, el epígrafe indica la existencia de unos grupos de poder en la *civitas*.

Dentro de la comunidad de los *Luggoni*, en el actual territorio de Lugo de Llanera, se han ubicado varios yacimientos. Entre ellos, Ería de La Castañera se ha reconocido como un lugar central. Aunque estuvo ocupado ya en época julio-claudia (Cid *et al.* 1992), las estructuras documentadas remiten a horizontes flavios (Requejo, 2013: 583-585). Aquí, en la iglesia de Santa María de Lugo se localizó un epígrafe consagrado a los Lares Viales (*HEp* 4, 1994, 67). Las fincas del entorno contienen material en superficie y se han documentado restos de unas termas romanas en La Castellana (Fernández Ochoa *et al.* 2001: 134). Además, se han reconocido varios yacimientos orientados a la explotación agropecuaria (*e.g.* Cayés, Coruño, Pozana, Sedrana) y otros en altura (*e.g.* El Canto de San Pedro, La Cogolla), que pudieron formar parte de la misma *civitas*. Estos yacimientos definirían la existencia de un poblamiento disperso, no nuclearizado en un único asentamiento, que pudo alcanzar

¹⁰⁵ Santos lo reconstruye como Dulovio (*ERA* 11), aunque se han propuesto otras posibilidades, como [*Pent*]*Jovius*, más frecuente en el área vadiniense (Orejas y Fernández Ochoa, en prensa).

cierta proyección por su vinculación con las vías (Fernández Ochoa y Morillo, 1999: 81; Requejo, 2013: 584-585), sobre todo desde época flavia (Cid *et al.* 1991: 62).



Mapa 16.- Asentamientos que pudieron formar la *civitas* de *Lucus Asturum*. Fuente: Requejo, 2013: 585

En definitiva, en la segunda mitad del siglo I d.C., se documenta el auge de algunos núcleos vinculados con el trazado viario y en los que se visibiliza la presencia de grupos de poder locales. Cimadevilla y Lugo de Llanera son buenos ejemplos, a los que es posible añadir otros casos. Así, por ejemplo, en Valduno (Las Regueras) se han localizado unas termas de gran entidad (Estrada, 2006), que podrían ser indicador de la existencia de un centro de relativa importancia también vinculado con el trazado viario (Fernández Ochoa y Gil, 2008: 458).

Es muy posible que este proceso responda al desarrollo local de algunos asentamientos que fueron destacando progresivamente con relación a los nudos de comunicación y comercio y donde el papel de las élites fue más activo. En consecuencia, se fue configurando un poblamiento disperso pero jerarquizado en torno al sistema viario, que recuerda al documentado en las zonas mineras.

En algunos casos, en estos enclaves las aristocracias pudieron relacionarse de manera dinámica con miembros del aparato administrativo-militar, presentes en el territorio. Este es el caso de Ujo (Mieres), en el trazado de la vía de La Carisa que comunicaba la *Asturia cismontana* con la costa (Fernández Ochoa, 2008: 132). En este enclave se han localizado varios epígrafes de miembros relacionados con el aparato administrativo-militar (*ERA* 8, 9 y 22) y datadas a finales del siglo I o el siglo II d.C., que indican el papel central que desempeñó Ujo en este período. A estas inscripciones

se suma otra localizada también en Mieres, que hace referencia a *Virius Fusco* (ERA 23).

ERA 8. Ujo. Mieres. Asturias.

Lucius / Corona S/everus m/iles leg(ionis) VII / Gem(in)ae /(centuria) Ve/tti et Octa/via Procula / v(otum) s(olverunt) l(ibentes) m(erito)

ERA 9. Ujo. Mieres. Asturias.

Nimmedo / Seddiago / G(aius) Sulpicius / Africanus / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)

ERA 22. Ujo. Mieres. Asturias.

G(aio) Sulpicio Ursulo / praef(ecto) Symmachi/ariorum Asturum / belli Dacici (centurioni) leg(ionis) / I Minerviae P(iae) F(idelis) / (centurioni) coh(ortis) XII urba/nae (centurioni) coh(ortis) IIII / praetoriae p(rimo)p(ilo) / leg(ionis) XIIII praef(ecto) / leg(ionis) III Aug(ustae) / G(aius) Sulp(icius) Afr(icanus) pos(uit)

ERA 23. Mieres. Asturias

Virius [- -] / Fusco An[- -] / annorum / XIIII EXO / COI

Aunque todavía son necesarios estudios específicos, en los que se podrán observar más matices, los datos parecen indicar que en época flavia, también en estas regiones centrales de Asturias, se desarrollaron procesos tendentes a una mayor concentración del poder, donde unos núcleos destacaron frente a otros, de acuerdo a un modelo de poblamiento jerarquizado y donde las élites locales adquirieron mayor proyección.

- **Vigo en época romana**

El caso de Vigo es otro ejemplo que aporta información significativa y que permite analizar los cambios a finales del siglo I d.C. en zonas donde las minas no desempeñaron un papel central.

En el siglo I a.C. y según se ha propuesto (*e.g.* González Ruibal, 2006: 328), a partir de un proceso de fusión de varios castros de la banda meridional de la ría de Vigo, surgió el asentamiento de O Castro, un sitio del que tenemos aún un conocimiento muy parcial (Hidalgo Cuñarro, 1985, 1987 y 1989; Pereira García y Hidalgo Cuñarro, 1999). Éste fue, probablemente, un período de intensos cambios en la zona meridional atlántica del Noroeste, en el que se configuraron algunos de los grandes castros como Sanfins, Santa Trega o Briteiros. En el registro de esta etapa se observa la intensificación, cada vez mayor, de los contactos con Roma (Currás, 2014: 763ss; Fernández Ochoa y Morillo, 2015: 187).

Tras la definitiva conquista del Noroeste en época de Augusto, O Castro de Vigo permaneció ocupado. De acuerdo a algunos autores, el asentamiento pudo entonces identificarse con los *Helleni* que mencionaron en esta zona tanto Estrabón (3, 4, 3) como Plinio (*NH.* 4, 112). Probablemente estos autores nombraron así a los *Elaeni*, por asociación de ambos vocablos (Tranoy, 1981: 68; Pérez Losada, 2002: 265). Los *Elaeni* están documentados epigráficamente en la inscripción funeraria hallada en Braga (*AE* 1973, 299) de *Severus Reburri f. Tiophilus Elaneobrigensis*, que es fechada en la segunda mitad del siglo I d.C. Así pues, el castro de Vigo pudo configurarse como lugar central de una *civitas*, en la se encontrarían los *Elaeni*, tras la primera ordenación territorial y administrativa romana de la zona. Según Pérez Losada (2002: 265) y debido a su proximidad geográfica, probablemente el enclave perteneció a la misma *civitas* que *Tude* (Tui, Pontevedra). Sin embargo, este asentamiento se identifica con la *civitas* de los *Grovii* (Plin, *NH.* 4, 112; Ptol. 2, 6, 44) y no queda clara su relación con los *Elaeni*, el núcleo de Vigo y si ambos enclaves formaron parte de la misma *civitas*.

A lo largo de la segunda mitad del siglo I d.C., se empezaron a producir cambios significativos en esta región. En primer lugar, *Tude* pasó a convertirse en centro regional, coincidiendo con el abandono de grandes castros como Santa Trega o San Caetano (Peña, 2001: 131ss). Aunque el asentamiento de *Tude* estuvo ocupado en época augustea, fue desde finales del siglo I d.C. cuando se produjo su verdadero desarrollo. En segundo lugar, también el castro de Vigo experimentó un progresivo abandono desde época flavia, que se hizo definitivo en el siglo II d.C., a medida que surgió un poblamiento disperso en el entorno (Pérez Losada, 2002: 266).

Estos procesos han sido caracterizados desde los años 90, cuando han tenido lugar numerosas intervenciones urbanas en el casco de Vigo, que han sacado a la luz varios restos de los siglos I y II d.C. (para una síntesis de los trabajos efectuados: Hidalgo Cuñarro y Viñas Cué, 1996; Carballo Arceo *et al.* 1998; Pérez Losada, 2002: 240ss; Fernández Fernández, 2011). Entre ellos destacan las factorías de salazón y las salinas, sin que todavía exista una evidencia clara de la existencia de una población de gran entidad, a pesar del gran número de excavaciones que se han desarrollado en la ciudad.

El entorno de Vigo es mucho peor conocido arqueológicamente, pero a pesar de ello existen indicios suficientes que indican la existencia de un poblamiento disperso a lo largo de las Rías Baixas donde, además de Vigo, destacaron algunos asentamientos.

Algunos de estos yacimientos fueron el núcleo de Nerga, en el otro lado de la ría viguesa o el de Bueu, en la ría de Pontevedra, asentamientos que pudieron constituirse como centros de relativa relevancia (Currás, 2014: 872).

Dentro de este poblamiento disperso, la epigrafía apoya la centralidad de Vigo y la presencia de grupos aristocráticos en el enclave. En concreto, en Vigo se conoce un conjunto de más de 30 piezas procedentes, en su mayor parte, de un hallazgo realizado en los años 50 en O Areal (González García, 2010). Las piezas se encontraban descontextualizadas, pues habían sido utilizadas para enlosar un camino (Hidalgo Cuñarro y Viñas Cué, 1996: 827- 829; Pérez Losada, 2002: 245ss). La cronología del conjunto remite a finales del siglo I d.C. o el siglo II d.C. por las fórmulas funerarias empleadas. El conocimiento arqueológico de unas tumbas de incineración datadas en el siglo III d.C. y construidas sobre unas anteriores de inhumación en las que apareció un fragmento de estela similar al del conjunto, han llevado a confirmar que las estelas viguesas sería del siglo II d.C. (Pérez Losada, 2002: 252; González García, 2010: 399).

Iconográficamente es posible reconocer distintos grupos de estelas, desde unas que no presentarían apenas decoración (*vid. Img. 67*) a otras muy decoradas (*vid. Img. 68*), que han sido identificadas como parte de un estilo desarrollado en las Rías Baixas (González García, 2010: 409).

El contenido de estas inscripciones muestra un panorama formado por la presencia de inmigrantes (como clunienses: *CIRG* II, 39, 40, 48; o celenses: *CIRG* II, 51) y una onomástica mayoritariamente latina, con abundancia de *dua nomina* y *tria nomina* (e.g. *Gaius Licinius Florus*, *CIRG* II, 41; *Ursa Severa*, *CIRG* II, 52; *Flaccus Oculatio*, *CIRG* II, 49). A estos se suman también algunos ejemplos de individuos con nombre único (e.g. *Flaccinia*, *CIRG* II, 38; *Martimus*, *CIRG* II 42; *Placidus*, *Pollius*, *Rebilus*, *CIRG* II, 43) y algún personaje que pudo tener una condición servil por la raíz



Imagen 67.- Estela de una cluniense hallada en Vigo. *CIRG* II, 40. Fuente: González García, 2010.

griega de su nombre (*Atimeta*, *CIRG II*, 47) o por portar un nombre típico de esclavos públicos (*Publicia*, *CIRG II*, 44).

<p>CIRG II, 39. Vigo. Pontevedra.</p> <p><i>Q(uintus) Arrius / Cn(aei) Mans(uetus) / Clun(iensis) / an(norum) XL / Aurelia / Materna / viro</i></p>	<p>CIRG II, 40. Vigo. Pontevedra.</p> <p><i>Attilia Am/mio C(ai) f(ilia) / Cluniens(is) / an(norum) LXX / h(ic) s(ita) e(st) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis) / Q(uintus) A(- - -) M(- - -) / matri / f(aciendum) c(uravit)</i></p>
<p>CIRG II, 48. Vigo. Pontevedra.</p> <p><i>Valeria Al/la Titi f(ilia) Clun(iensis) / an(norum) XXI h(ic) s(ita) e(st) / s(it) t(ibi) t(erra) l(evis) / Q(uintus) / Arrius Man(suetus?) / uxori(!) / f(aciendum) c(uravit)</i></p>	<p>CIRG II, 51. Vigo. Pontevedra.</p> <p><i>[- - -]REIS / [- - -] Cilen(- - -) / [- - -]RV / [- - -]V / - - - - -</i></p>
<p>CIRG II, 41. Vigo. Pontevedra.</p> <p><i>D(is) M(anibus) / G(aius) Licinius / Florus / G(aio) Licinio / Rufo filio / an(norum) III</i></p>	<p>CIRG II, 52. Vigo. Pontevedra.</p> <p><i>D(is) M(anibus) s(acrum) / Ursa Se/v[era]</i></p>
<p>CIRG II, 49. Vigo. Pontevedra.</p> <p><i>[Fla]ccus Fl/[a]vi f(ilius) Oc/[ul]atio Au/[- - -]SV[- - - - -]</i></p>	<p>CIRG II, 38. Vigo. Pontevedra.</p> <p><i>D(is) M(anibus) s(acrum) / Flacci/nia(e) pi(entissimae?) / an(n)o(rum) XV / Filo an(n)o(rum) / XXVIII pr/o pietate / Flac(cinius?) p(ater) e(orurum) / f(aciendum) c(uravit)</i></p>
<p>CIRG II, 42. Vigo. Pontevedra.</p> <p><i>S(acrum) / d(is) M(anibus) / Mari/timo / filio / ann(orurum) XX / V m/ater posu/it in / p{a}er/egr{a}/e</i></p>	<p>CIRG II, 43. Vigo. Pontevedra.</p> <p><i>D(is) · M(anibus) · s(acrum) / Placidus / et Pollio / p(atri) · Rebilo / ann(orurum) LX / r(ecordationis) c(ausa) f(ecerunt)</i></p>
<p>CIRG II, 47. Vigo. Pontevedra.</p> <p><i>Vegetus / Amandi / f(ilius) anno(rum) XX / hic s{t}itus / est mate/r fa(ciendum) cura/vit Atim/eta o(pto) t(ibi) / t(erra) l(evis)</i></p>	<p>CIRG II, 44. Vigo. Pontevedra.</p> <p><i>D(is) M(anibus) s(acrum) / Pub(licius) Ursus / Pub(liciae) matri / et Pester(a)e / c(uravit) f(aciendum) an(norum) XXXV</i></p>

Este escenario refleja la importancia de Vigo, que se convirtió en un punto de atracción de población y que contó con la presencia de aristocracias ciudadanas. Probablemente este papel central esté justificado por la vocación comercial que tuvo el enclave hasta época tardoantigua (Fernández Fernández, 2011) y que ha sido confirmado por la variedad de materiales de importación que han sido recuperados (Naveiro López, 1991: 151-153; Fernández Fernández y Soto Arias, 2007; Fernández Fernández *et al.* 2008). A esto se suma la importancia que debieron de adquirir sus salinas y factorías de salazón. En concreto, en Vigo se han recuperado los restos de una gran explotación situada en la zona de O Areal y que estuvo activa durante los siglos I y II d.C., abandonándose a partir del siglo III d.C. (Pérez Losada, 2002: 251ss; Rodríguez Saiz, 2003; Castro Carrera, 2007 y 2008; César Vila, 2010; Currás, 2014: 799ss).

En realidad, existen indicios de la presencia de salinas y factorías de salazón romanas en varios puntos del litoral, entre ellos en Nerga y Bueu (Currás, 2007: 139ss), que indican la relevancia de esta actividad en la costa. Evidentemente, a consecuencia del gran número de excavaciones arqueológicas que se han efectuado en Vigo, los datos más completos los aporta esta ciudad, pero esto no

descarta que otros enclaves de las Rías Baixas también tuvieran una importancia similar al enclave vigués. La producción de salazones pudo ser un aliciente para atraer población a Vigo y otros puntos costeros, y fomentar la consolidación de aristocracias.

Lamentablemente, la gestión de las salinas es una cuestión que aún está pendiente de valorar en profundidad. Existen, no obstante, algunas informaciones como las que aporta Ulpiano (*Dig.* 50, 16, 17, 1), quien dice que el fisco cobraba *vectigal* en las salinas (además de en puertos, minas y fábricas de pez), lo que señala que la sal perteneció a Roma y su explotación estuvo sujeta a tributación. La sal pudo ser explotada entonces por la *civitas* a cambio del pago de *vectigal*. En estos casos, su usufructo pudo pasar luego a sociedades o particulares que se hicieron cargo de la explotación, favoreciendo a determinadas familias. También existe la posibilidad de



Imagen 68.- Inscripción funeraria localizada en Vigo, *CIRG* II, 44. Fuente: *Hispania Epigraphica*.

conquista y la nueva formación de la sociedad provincial y evolucionó, con distintos ritmos y muchos matices a lo largo de los siglos I y II d.C.

En el entorno de Cimadevilla se articuló una *civitas* que tuvo este enclave como núcleo central. Al mismo tiempo, empezaron a destacar varios asentamientos relacionados con el trazado viario como *Lucus Asturum*. En Pontevedra, los yacimientos relacionados con las factorías de salazón a lo largo de las Rías Baixas como Nerga, Bueu, A Lanzada, O Facho de Donón¹⁰⁶ o Vigo, también adquirieron mayor protagonismo en esta etapa. Se desconoce la entidad político-territorial de las Rías Baixas o a qué *civitas* o *civitates* pertenecieron estos núcleos, pero lo que parece claro es que se configuró un poblamiento rural disperso y jerarquizado, en el que algunos enclaves destacaron frente a otros, sin que ello suponga la aparición de enclaves urbanos.

El despegue de algunos núcleos coincidió con la decadencia o abandono de otros que habían desempeñado papeles destacados tras la conquista. Este es el caso de O Castro de Vigo o del castro de Campa Torres, vinculado con el poder romano en época augustea y que pudo servir de punto de anclaje desde el cual el Estado organizó el territorio tras la conquista, pero que decayó a lo largo del siglo I d.C. mientras que era Cimadevilla quien empezó a destacar desde época flavia.

Estos cambios son coherentes con los procesos de mayor jerarquización territorial documentados en otras partes del Noroeste y se relacionan con una concentración del poder en unos enclaves que estuvieron favorecidos por su situación respecto a la red viaria, por la presencia de salinas, factorías o por ser lugares activos desde un punto de vista comercial. En estos enclaves se visibilizó la élite que, si bien ya habría surgido tras la conquista, aparece desde época flavia más consolidada. Así, existen testimonios de ciudadanos en el entorno de Cimadevilla, que pudieron ser parte de élites locales promocionadas a finales del siglo I d.C. Estos individuos consumirían los materiales de importación que se documentan en este período en el enclave. De igual forma, la epigrafía de Vigo indica la presencia de élites ciudadanas, en ocasiones procedentes de otras zonas de la Península, que se concentraron en puntos destacados por la presencia de factorías de salazón o por su actividad comercial.

¹⁰⁶ Aquí se ha identificado además un santuario ocupado a finales del siglo II d.C. hasta el siglo IV d.C. y localizado sobre un castro de la Edad del Hierro. Se trata de un edificio central ovalado y una gran cantidad de aras votivas, dedicadas casi exclusivamente a una deidad llamada *Deus Lar Berobreus* (Schattner y Suárez Otero, 2004; Schattner *et al.* 2005; Koch, 2005).

9.2. El papel de las capitales conventuales.

En este cuadro que se está trazando, queda aún por evaluar el papel de las capitales conventuales, enclaves que actuaron como bases para que Roma llevara a cabo la primera ordenación del Noroeste y que también pudieron ser objeto de cambios en época flavia. Las tres capitales conventuales del Noroeste fueron *Asturica Augusta*, *Bracara Augusta* y *Lucus Augusti*. Estos núcleos, desempeñaron un papel destacado en la ordenación del territorio, fueron ejes articuladores del sistema viario y se constituyeron como centros clave de los *conventus*, unas estructuras que, como se verá, presentan muchos problemas de interpretación.

9.2.1 Los *conventus* del Noroeste y el origen de las capitales conventuales.

Como ya se ha adelantado, el origen de las capitales conventuales se relaciona con la implantación del poder romano en el Noroeste y la necesidad de crear unas estructuras administrativas que facilitasen la articulación del nuevo territorio provincial. Sin embargo, al realizar una aproximación al origen de las tres capitales conventuales del Noroeste, se encuentran algunas diferencias entre ellas. En primer lugar, *Asturica Augusta* fue originalmente un campamento militar. Así ha sido defendido por varios historiadores a partir de un pasaje de Floro (2, 33, 59-60) y han confirmado las excavaciones arqueológicas efectuadas en Astorga (García Marcos y Vidal Encinas, 1998; Morillo y García Marcos, 2000: 598; Morillo, 2003a). En concreto, la aparición de ciertas estructuras propias de la arquitectura militar (Morillo y García Marcos, 2000: 598-599) y el hallazgo de un doble foso de tipo *fossae fastigatae*, de sección en “V”, perteneciente al sistema defensivo del campamento, han despejado cualquier duda sobre su origen (González Fernández, 1996: 85-90). Además, los materiales hallados en este contexto militar –*terra sigillata* itálica, numerario augusteo de cecas hispanorromanas, entre otros (Morillo y García Marcos, 2006b; Suárez Vega y Burón, 2009)– y el descubrimiento de unos grandes bloques de granito con la inscripción *L. X. G.* (García Marcos y Vidal Encinas, 1995: 115; Morillo y García Marcos, 2000: 598-599), han permitido datar la fundación del campamento de Astorga en un momento anterior al cambio de Era, en torno al 15-10 a.C., y vincularlo con la *legio X gemina*. La fase campamental está documentada, además, a través de cinco lápidas de militares de la

*legio X*¹⁰⁷, a las que ya se hizo referencia al hablar de los primeros epígrafes datables con seguridad en la zona de estudio de esta tesis (*vid.* Cap. 3.2.2). Se trata de las inscripciones de algunos de los primeros militares acantonados en *Hispania* tras la finalización de la conquista. Sus epígrafes proporcionaron los primeros modelos de epígrafes funerarios romanos, visibles para las comunidades vecinas, que adoptarían rituales, usos epigráficos, iconografía, etcétera (Abásolo y Marco, 1995: 337; González y Marco, 2009; Orejas y Alonso, 2013).

ERPL 144. Astorga, León.

C(aius) Coelius / C(ai) (!) Pap(iria) Valens / Nar(niense) mil(es) l(egionis) X G(eminae) / |(centuria) Castellani / ann(or)um XXXV aer(or)um / XIII h(ic) s(itus) e(st) h(eres) e(x) t(estamento)

ERPL 210. Astorga, León.

L(ucius) Octavius / L(uci) (!) Pup(inia) Ba(e)t(er)ensis / Magius / ann(or)um XXXVII / aer(or)um XIX tub(i)c(en) / mil(es) leg(ionis) X Ge(minae) / |(centuria) T(iti) Numisi / heres exs t(es)t(amento) s(uo) / fecit sit t(ibi) t(erra) / levis

ERPL 214. Astorga, León.

C(aius) Pelgus L(uci) / f(ilius) Scaptia / Cl[e]m[en]s / veter(anus) l(egionis) X G(eminae) / vi(xit) ann(nos) LVI h(ic) s(itus) e(st) / C(aius) Pelgus Pri(mus) lib(ertus) ex / testamento

ERPL 216. Astorga, León.

[M(arcus)] Persius · M(arci) · f(ilius) · Pol(lia) / [Bla]esus · dom(o) · Has/[ta m(iles?)] leg(ionis) · X · Gem(inae) · |(centuria) · Sil/[onis?] · ann(or)um · L · aer(or)um · XXVI · h(ic) · s(itus) · e(st)

ERPL 244. Astorga, León. Desaparecida.

[- - -] Vie(nna) · Virillio / mil(es) · l(egionis) · X · g(eminae) / |(centuria) · P(- - -) · P(- - -) · ann(or)um / XXXII / aer(or)um X[III]I / h(ic) · s(itus) · e(st) · s(it) · l(evis) · t(erra)

La duración del campamento fue corta y a comienzos del gobierno de Tiberio (en torno al 15-20 d.C.) se llevó a cabo una profunda remodelación del asentamiento, que pasó a convertirse en ciudad y capital del *conventus*, sin duda relacionada con el inicio de las explotaciones auríferas a gran escala (Morillo, 1999c: 335; Morillo y García Marcos, 2000: 598). Se detecta ahora una remodelación con aterrazamientos y rellenos posiblemente acometida en época de Tiberio y finalizada con Claudio (Morillo, 2003a: 90).

¹⁰⁷ ERPL 144, 210, 214, 216 y 244. Quizá a estas lápidas haya que añadir la del tracio Fusco Dorilso de la *cohors Thracum* (ERPL 171), que fue encontrada junto con cuatro de las anteriores en la cubierta de una cloaca en la zona sur de la muralla.



Imagen 69.- Inscripciones con mención a la *legio X gemina* localizados en Astorga. De izquierda a derecha: ERPL 144; ERPL 210; ERPL 214. Fuente: *Hispania Epigraphica* y EST-AP (IH. CSIC).

Este tránsito entre campamento militar y capital conventual, todavía suscita algunas preguntas. Una de las más polémicas ha sido la identificación o relación de *Asturica* con el *Ara Augusta*, que dio nombre a un *conventus* cuya existencia es conocida gracias a la *Tabula Lougeiorum* (HEp 1, 1989, 458; Dopico, 1986 y 1988). Este documento epigráfico está fechado en el año 1 d.C. (momento en el que Astorga era aún un campamento militar) y recoge la existencia del *conventus Arae Augustae*, del que no se vuelve a tener noticia. Sobre él ha existido una gran discusión, que ha llevado a admitir a partir de la propuesta de Dopico (1986: 281), que fue una primera denominación dada al *conventus Asturum*, por lo que el *Ara Augusta* pudo localizarse en Astorga. Entre el momento de redacción de la *tabula* (año 1 d.C.) y la época flavia (cuando Plinio transmite el nombre de los tres *conventus* conocidos), éste sería sustituido por el *conventus Asturum*¹⁰⁸.

Se ubicara o no en Astorga, el *Ara Augusta* fue, probablemente, un altar que actuó como marcador territorial de alto valor simbólico, un elemento visible que pondría en evidencia la conquista del territorio y su provincialización bajo dominio

¹⁰⁸ Otros autores, en cambio, han propuesto que se pudieron tratar de dos *conventus* diferentes. Es decir, hasta época flavia el Noroeste pudo dividirse en cuatro *conventus* (Rodríguez Colmenero, 1997b; Ozcáriz, 2006: 60-61): dos en *Callaecia* y dos más en *Asturia*.

romano (Orejas y Alonso, 2013; Montero Herrero, 2016: 141-142), como hicieron otros monumentos, entre ellos el posible faro de la Campa Torres o las aras sestianas (Fernández Ochoa *et al.* 2005). Que este monumento diera nombre a un posible primer *conventus astur* pone de relieve el papel central que desempeñaron estas unidades tras la conquista.

Además, como campamento militar, sede de la *legio X*, Astorga se configuró con seguridad como reflejo del poder romano en el Noroeste, papel que luego desempeñaría como capital conventual. Detrás del origen de la instalación del campamento, existieron intereses estratégicos relacionados con la etapa posterior a la fase bélica y la primera ordenación territorial. Posteriormente, tras el origen de la ciudad de *Asturica Augusta* existió el deseo de crear un centro administrativo muy relacionado con la gestión del territorio, incluyendo los *metalla publica* de la región. Este papel rector de Astorga se hizo más evidente desde finales del siglo I d.C., cuando la capital se convirtió en la sede de *procuratores* y *legati iuridici*, tal y como se verá.

Frente a este claro origen campamental en *Asturica Augusta*, en el caso de *Bracara Augusta*, la fundación resulta mucho más controvertida. Algunos autores la han relacionado con un *oppidum* prerromano que pertenecería a los *Bracari*, hecho que justificaría que Plinio (*NH.* 4, 112) la definiera como *Bracarum oppidum Augusta* (Guerra, 1995: 75; Almeida, 2003). Esta propuesta se apoya en algunos hallazgos arqueológicos que se han realizado en los últimos años y que podrían ser indicadores de la existencia de un poblado de la Edad del Hierro sobre el que posteriormente se fundó la ciudad (Morais, 2005: 126-131). Sin embargo, esta idea no ha sido de momento confirmada y son varios los investigadores que dudan de la existencia de una ocupación prerromana precedente (Matins y Lemos, 1998; Martins, 1990: 218-219; Lemos, 2007-2008 y 2010: 115). Estos autores defienden que *Bracara Augusta* fue una fundación *ex novo* augustea. El uso de la palabra *oppidum* por parte de Plinio simplemente haría referencia a la existencia de algún tipo de ocupación en este lugar, sin tener en cuenta su estatuto o la situación previa en época prerromana que, en cualquier caso, de haber existido tuvo poca entidad. Es en época de Augusto cuando el enclave empezó a desempeñar un papel central. Esta afirmación está apoyada en el testimonio epigráfico más antiguo conservado en *Bracara Augusta* (Martins, 2004). Se trata de un pedestal cilíndrico ofrecido a Augusto en el día del aniversario del legado propretor de la provincia *Hispania Citerior*, *Paulus Fabius Maximus*, datado entre el 4 y el 2 a.C. (*ILER* 1028; **Img. 70**). Otros altares erigidos a Augusto en Braga (*CIL* II 5123) y la base

de la estatua dedicada a *Agrippa Postumus* (AE 1974, 392), que no puede datarse más allá del 4 d.C., confirman una cronología augustea para el origen de Braga y su relación con el aparato estatal romano.

ILER 1028. Braga, Portugal.

Imp(eratori) · Caesari · divi · f(ilio) · Aug(usto) / pont(ifici) max(imo) trib(unicia) · pot(estate) · XXI / sacrum / Bracaraugustani / Paulli · Fabi · Maxsimi · leg(ati) pro · pr(aetoris) / natali · dedicata · est.

AE 1974, 392. Braga, Portugal.

M(arco) · Agrippae · M(arci) · f(ilio) / nepoti · Aug(usti) · Caesar[is] / Bracaraugustan[i].

CIL II 5123. Braga, Portugal.

Genio / Augusti

Por otra parte, el nacimiento de *Bracara Augusta* como campamento militar parece descartarse por el momento, a diferencia de lo se ha confirmado en Astorga. Se ha propuesto que esto se debió a que *Bracara* estuvo alejada de las campañas bélicas del 26-25 a.C., por lo que desde su fundación fue un asentamiento civil (Lemos, 2007-2008: 207). Sin embargo, el propio Lemos reconoce que hay que ser precavidos, pues todavía es necesario esclarecer la primera fase del Alto da Cividade, donde se ha localizado un *horreum*, que podría formar parte de un campamento militar, así como determinar la cronología de un foso en forma de “V” en la zona de Fujacal, que podría dar un vuelco en la hipótesis de la fundación augustea (Martins, 2005).

El caso de *Lucus Augusti* parece similar al de *Bracara Augusta*, coincidiendo con el dudoso origen militar, que todavía no posee confirmación arqueológica (Le Roux, 1996: 367), por mucho que algunos autores hayan insistido en lo contrario (Rodríguez Colmenero, 2000). Un indicativo de la presencia militar en Lugo ha sido el descubrimiento de cuños para la producción de moneda de *caetra* (Ferrer Sierra, 1996: 425-446) y la presencia de algunas inscripciones de miembros del ejército. En concreto, se ha hallado un epígrafe de un militar de la *legio X gemina* (IRPLu 75), unidad que como se ha dicho estuvo acantonada primero en *Asturica Augusta* y más tarde en *Petavonium* (Martín Valls *et al.* 1975), otra inscripción que hace referencia a unos *centuriones legionum* de una unidad no especificada (CIL II 2572), y una última inscripción funeraria del siglo II d.C. del ciudadano asturicense *Iulius Rufinus Leontius, tabularius* (IRG II, 29). Sin embargo, estos testimonios evidencian la conexión de la

capital con el aparato administrativo-militar, pero no son prueba irrefutable de que Lugo fuera un campamento militar en origen.

Por otro lado, al igual que en *Bracara*, existen algunos indicios que podrían señalar la existencia de alguna ocupación prerromana anterior, en concreto de un hipotético centro de culto indígena (Gasperini, 1998), pero estos indicios son demasiado inconsistentes (Dopico, 2013: 87). Las inscripciones erigidas por el legado *Paullus Fabius Maximus* (el mismo que encontramos en *Bracara*) en Lugo (*HEp* 8, 1998, 335; *IRPLu* 19 y 20), apuntan hacia el carácter político de su fundación por parte de Roma.

***HEp* 8, 1998, 335. Lugo.**

l(ovi) O(ptimo) M(aximo) / Caesari / Paullus Fabius / Maxumus / leg(atus) Caesaris

***IRPLu* 19 y *IRPLu* 20. Lugo.**

[Romae et Augusto] / Ca[esari] / Paullus Fabius / Maxumus(!) / legat(us) Caesaris

***IRPLu* 75. Lugo.**

[- - -]ae / [sacru]m / C(aius) Valerius / Carus / miles l(egionis) X G(eminae) / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)

***CIL* II 2572. Lugo.**

Augg(ustis) sa/crum Laribus / Vialib(us) M(arci) / Annii / Verus / et Verianus / ((centuriones) l[e]gg(ionum) pa/ter et filius / ex voto

***IRG* II, 29. Lugo.**

D(is) M(anibus) s(acrum) / Iulio Rufino / Leontio ex tab(ulario) / civi Asturice(n)si / annorum XXVIII / Rufonius Rufi/nus pater et Ru/fia Paterna mater / filio piissimo

En cualquier caso, desde época temprana, tanto *Lucus* como *Bracara* se convirtieron en centros destacados, desde los cuales el aparato estatal desarrollaría la primera articulación territorial tras la conquista. Se configuraron así como centros administrativos desde los que estructurar y gestionar el proceso de provincialización de acuerdo a los intereses romanos, de forma similar a lo que se ha comentado en el caso de *Asturica*. Además, al menos en *Bracara*, la ciudad se creó de forma planificada, con unos servicios públicos (como red de agua, cloaca...), que datan de época de Augusto (Martins, 2004: 154) y que señalan que el establecimiento de la ciudad tuvo una planificación previa, probablemente estatal. No obstante las construcciones conocidas de época preflavia tanto en *Lucus* como en *Bracara* son muy escasas, lo que dificulta enormemente el estudio del urbanismo de esta época¹⁰⁹.

¹⁰⁹ En Lugo se han conservado restos de un foro que se data entre los gobiernos de Tiberio y Claudio (Dopico, 2013: 89). En Braga, los restos del primer período se concentran en el Alto da Cividade, donde

La importancia territorial que tuvieron justifica que en las capitales se encontraran individuos preeminentes que iban a ocupar cargos destacados, como *Lucretia Fida* (CIL II 2416), sacerdotisa del culto imperial del *conventus Bracaraugustanus*, que consagró un altar a Isis en Braga, o *Memmius Barbarus* (CIL II 2638), sacerdote *Romae et Augustorum ad Lucum Augusti*, documentado en Astorga.

Al mismo tiempo que se configuraban las capitales conventuales, se creó la red viaria (con el trazado de las vías XVI, XVII y XIX), de la que *Bracara* fue eje esencial y que comunicaba con *Lucus Augusti* y el campamento militar de Astorga (al menos campamento hasta época de Tiberio). En torno a estas vías, en época reciente, algunos autores han defendido la existencia de centuriaciones (Carvalho, 2008b y 2012; Martins y Carvalho, 2010), que estructuraban el territorio rural en torno a *Bracara*. La delimitación catastral pudo ser coetánea a la fundación de la ciudad y la construcción de las vías augusteas (Carvalho, 2012: 158).

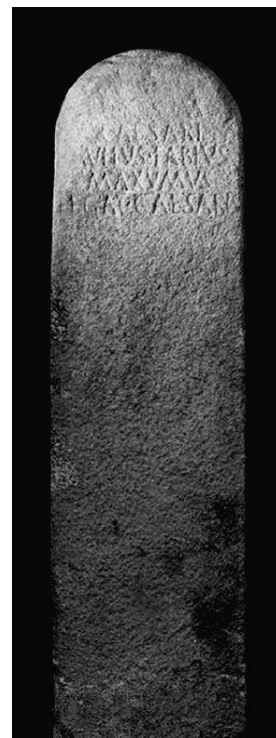


Imagen 70.- Dedicación a IOM por *Paullus Fabius Maxumus* localizada en Lugo (HEp 8, 1998, 335). Fuente: *Hispania Epigraphica*.



Imagen 71.- Fonte do Ídolo. Braga. Fuente: Archivo fotográfico da Unidade de Arqueologia da Universidad do Minho, en Lemos, 2010: 117

La proyección territorial de estos enclaves los llevó a convertirse en foco de atracción para las élites locales, que dejaron inscripciones con referencia a *castella* tanto en Braga (CIL II 2435; CIL II 2433; AE 1973, 303) como en Lugo (IRPLu 31) y también en Astorga (CIL II 5667; ERPL 155) confirmando su centralidad territorial en el siglo I d.C. En Braga, la construcción de la Fonte do Ídolo por *Celicus*

se han hallado restos de al menos dos edificios de las primeras décadas del siglo I d.C. de interpretación muy problemática (Martins, 1999 y 2004: 153).

Fronto en honor al dios Tongoenabiago, de nombre indígena (*CIL* II 2419; *vid. Img. 71*), ejemplifica la presencia de las élites locales y su deseo de visibilizarse en la capital. Su papel central también pudo verse reforzado por su integración en las redes de distribución imperiales ya desde el siglo I d.C. (Morais, 1997-1998: 47-135). De hecho, se ha documentado una precoz actividad económica en la ciudad, confirmada por los abundantes hallazgos arqueológicos de productos de importación en el período preflavio (Morais, 2005), así como por la inscripción de unos *negotatores cives romani* de época tiberiana (*CIL* II 2423)¹¹⁰. La inscripción dedicada al *Genius Macelli* por Flavio Urbicio, refuerza el papel que desempeñó *Bracara Augusta* como centro de producción y distribución.

<p><i>CIL</i> II 2416. Braga, Portugal.</p> <p><i>Isidi Aug(ustae) sacrum / Lucretia Fida sacerdos per(petua) / Rom(ae) · et Aug(usti) / conventu{u}s Bracar(a)aug(ustani) d(edit).</i></p>	<p><i>CIL</i> II 2638. Astorga, León.</p> <p><i>[.] Memm[i]us [. f(ilius)] / Anie(n)s(i) Barbarus / sacerdos Romae et Aug(ustorum) / ad Lucum Aug(usti) / flamen provinciae Hispa(niae) Citerio[r]is / trib(unus) mil(itum) leg(ionis) I Itali[c]ae an(norum) LVIII h(ic) s(itus) e(st).</i></p>
<p><i>CIL</i> II 2423. Braga, Portugal.</p> <p><i>C(aio) Ca(et)ronio C(ai) [f(ilio)] / Cam(ilia) Miccioni tri(buno) / pl(ebis) pr(aetori) legato Aug(usti) [Hisp(aniae)] / c(ite)rrioris leg(ato) Aug(usti) legi(o)ni[s] II A(u)gu(stae) proco(n)s(uli) / pr(o)vin(cia)e B(ae)ticae / p(raefecto) aerar(ii) mil(i)ta(ri)s prae(fecto) reliquo(rum) exigendorum popul(i) / Romani / cives Romani qui nego(tiantur) Bracaraugust(ae).</i></p>	<p><i>CIL</i> II 2435. Braga, Portugal.</p> <p><i>Aravius / Viriati f(ilius) / (C invertida) Acripia / h(ic) s(itus) est / Melcae/cus Pelisti / monument(um) / posu(it)</i></p>
<p><i>CIL</i> II 2433. San Martinho de Dume, Braga, Portugal.</p> <p><i>Apil[us] / Arqu(ii) im(mun)is - - -] / PERIFV [sti]pend(iorum) [- - -] / (C invertida) Acrip(ia) / h(ic) s(itus) est</i></p>	<p><i>CIL</i> II 2419. Braga, Portugal.</p> <p><i>[Ce]licus · Fronto / Arcobrigensis / Ambimogidus / fecit / Tongoe(nabiagoi) / Celicus fecit / Front(o)</i></p>

En definitiva, las tres capitales conventuales pudieron actuar como ejes de ordenación territorial y anclaje del aparato estatal en la provincia recién conquistada, con independencia de que su origen campamental se confirme, en los casos de Braga y

¹¹⁰ Alföldy (1966) consideró la inscripción algo más tardía (25-33 d.C.), sin mucha base. Algunos autores consideran que la expresión *cives romani* pone de manifiesto el origen foráneo de estos *negotatores* (Rodríguez Neila 1978: 164)

Lugo. Se configuraron como polos de poder, en los que se visibilizó tanto la presencia de sistema administrativo-militar romano, como las aristocracias locales.

Sin embargo, las funciones concretas que desempeñaron como capitales de la estructura conventual, no parecen del todo claras. La historiografía tradicional ha hecho hincapié fundamentalmente en su carácter jurídico, siendo consideradas unidades que facilitaron la administración de justicia por parte del gobernador provincial, y en su importancia a la hora de facilitar el establecimiento del culto imperial (Albertini, 1923; Etienne, 1958; Santos Yanguas, 1985: 601; López Barja, 1996: 241). Esto se ha debido a que son las funciones que aparecen de forma más evidente en algunas fuentes antiguas que se refieren a los *conventus*. La primera de estas fuentes es Plinio, autor que nombró las áreas del Imperio en las que estuvieron situados los *conventus* –*Asia* (NH. 5, 95, 105, 106, 109, 111, 120, 123, 126), *Dalmatia* (NH. 3, 139, 141, 142) e *Hispania* (NH. 3, 7, 10-15, 18, 23-28) –, situó sus capitales y mencionó explícitamente su función jurídica. El resto de fuentes sobre los *conventus* son una serie de inscripciones referidas a los sacerdotes y *flamines* conventuales, algunas de las cuales ya se han visto con relación a los individuos procedentes de algunas *civitates* estudiadas (e.g. CIL II 4215). Estos epígrafes han servido para vincular a los *conventus*, con el culto imperial (Étienne, 1958: 181-182; Le Roux, 2004: 345).

Sin embargo, la aparición de la *Tabula Lougeiorum* abrió un nuevo horizonte al confirmar que algún tipo de organización conventual existió desde comienzos del siglo I d.C. Con ello, se empujó a los investigadores a realizar lecturas que superaban los límites cronológicos de época pliniana y, en consecuencia, se planteó la posibilidad de que sus funciones fueran más amplias que las tradicionalmente aceptadas. En este sentido, son varios autores los que han relacionado los *conventus* con la organización fiscal, basándose en los siguientes indicios.

En primer lugar existen inscripciones dedicadas por *conventus* a *procuratores*, lo que vincularía la organización conventual con estos miembros del fisco. Durante el período julio-claudio el *conventus Tarraconensis* dedicó a *M. Acilius Rufus procurator Caesarum* una inscripción en su honor (CIL II 3840), el *conventus Asturum* hizo lo propio con *D. Iulius Capito, procurator Asturiae et Callaeciae* en los años 114-116 d.C. (CIL XII 1855). Estos testimonios permiten relacionar el *conventus* con la labor del *procurator*. Bien se sentían satisfechos con el trato recibido por el cargo de los homenajeados, bien esperaban algún tipo de beneficio de su persona.

En segundo lugar, existe una vinculación probable entre los *conventus* y la organización de los censos (Le Roux, 2004: 353) que, como se vio, estuvieron relacionados a su vez con la imposición de tributos (*vid.* Cap. 8.2.3). Plinio informa de que el censo se realizó por *civitates* (Sancho Rocher, 1981: 37; López Barja, 1999: 350; Ozcáriz, 2013: 84), sin embargo, es posible que los *conventus* pudieran centralizar esos recuentos. Esto explicaría que se encuentre a un *censitor conventus Caesaraugustanus* en una inscripción que, lamentablemente, está bastante fragmentada (*CIL VIII 7070*).

CIL VIII 7070. Constantina, Argelia.

[- - -]ionio [praep(osito) uexillationi]/bus legio[num --- et IIII] / Flauiae F[e]li[cis --- / -]um censitori [c(iuium) R(omanorum)? conu]/[e]ntus Cae[esaraugustani] / [- - -]nt [--- misso contra] / rebelles pro[uinc(iae)] / [--- praef(ecto) fa]brum [- - -] / ex tes[tamento] / Q(uinti) Pacili [- - -] / mag(istri) p[agi - - -] / l(ocus) d(atus) [d(ecreto) d(ecurionum)]

Esta propuesta encuentra, no obstante, una dificultad en la inscripción *CIL VI 1463*, en la que se menciona un censo realizado entre várdulos y vascones, comunidades localizadas en *conventus* diferentes. Sin embargo, de acuerdo con Sayas (1981), el número de 24 *civitates* que recoge la inscripción, no equivale con el de la totalidad de las existentes entre estas dos comunidades, por lo que este censo sólo sería un recuento particular de unas comunidades en concreto. Según esto, el censo que recoge *CIL VI 1463* pudo ser un recuento extraordinario, realizado para resolver alguna cuestión territorial concreta, en la que no tuvieron por qué tenerse en cuenta los límites conventuales. Por otro lado, tampoco es descartable que pudieran darse cambios en los límites conventuales entre el momento de la redacción de la obra de Plinio (cuando várdulos y vascones pertenecían a dos *conventus* diferentes) y el de dedicación del epígrafe, posiblemente en época de Adriano o Antonino Pío (López Barja, 1999: 350; Le Roux, 2004: 343 y 351).

Aunque no se cuente con muchos datos para confirmar definitivamente estas ideas, estos indicios permiten pensar en una vinculación entre la organización conventual y el aparato fiscal. Las capitales conventuales pudieron ser lugares centrales que servirían para articular la organización fiscal desde poco después de la conquista y en este sentido, su creación interesó al Estado romano, que estuvo detrás de la fundación de los tres centros. El caso de Astorga, campamento militar, es evidente, pero también existen testimonios de la presencia del personal administrativo-militar en las otras dos capitales durante su creación, lo que obliga a reforzar la idea de que fueron fundaciones directas del Estado, orientadas a dotar a las regiones recién conquistadas de centros administrativos, a partir de los cuales proceder a la ordenación territorial.

9.2.2. Las capitales conventuales a lo largo de los siglos I y II d.C.

La época flavia es un período en el que ya está bien constatada la existencia de las tres capitales conventuales, ejerciendo un papel central en sus *conventus* correspondientes. Este momento coincide, además, con un período de cambios constructivos, que les llevaron a experimentar una fase de gran esplendor arquitectónico y que revela el dinamismo de las aristocracias en estos centros.

En *Bracara*, los edificios públicos mejor conocidos datan de este período. En época flavia se edificaron unos baños públicos (Martins, 2005), el teatro (Martins *et al.* 2006) y el anfiteatro (Morais, 2001). También se conocen numerosos restos de áreas residenciales que reproducen el modelo de *domus* con *atrium* y peristilo (Magalhaes, 2013). Una de las mejor conocidas es la *domus* de las Carvalheiras, construída en el período flavio y remodelada a mediados del siglo II d.C. con la construcción de un *balneum* (Martins y Carvalho, 2010: 288). Esta monumentalización fue acompañada de una época de gran pujanza económica, a juzgar por los materiales de importación documentados (Morais, 1998: 13).

El esplendor que parece alcanzar *Bracara Augusta* en este momento, ha llevado a afirmar que debió de contar con un estatuto privilegiado desde, al menos, época flavia (Tranoy, 1981), aunque otros autores han defendido que ya desde su fundación fue un municipio latino (Martins, 2004; con dudas, Le Roux, 2009: 276, n. 60). Recientemente, unas marcas de lucernas de difícil datación, han apoyado el carácter municipal de *Bracara* (AE 2004, 771b y c), al mencionar explícitamente el municipio de *Bracara Augusta*. A esto se suman algunos indicios de la existencia de un foro en la ciudad, donde se podrían concentrar los signos de la dignidad municipal, los actos evergéticos o la epigrafía honorífica. Aunque no se ha localizado con precisión la ubicación de este foro, se han recogido algunos elementos que podrían provenir del área que ocupó: en particular, un fragmento de bronce de una estatua ecuestre y la inscripción en el pedestal de otra estatua en honor al fundador de la ciudad, *Agrippa Postumus*, que ya ha sido comentada (*vid. supra*). También grandes basas de columnas y capiteles de distintos diámetros se han identificado como parte de un edificio de grandes dimensiones, quizá un templo, que pudo formar parte de este mismo conjunto arquitectónico (Morais, 2009).

AE 2004, 771b. Braga.

Ex officina) / Lu(creti) / (ex) G(- - ?) m(unicipii) B(racaraugustanorum) f(iglinis)

Lucus Augusti, también vivió un auge constructivo en época flavia (Rodríguez Colmenero ed., 1995: 17 y 65), aunque no tan bien documentado como en el caso de *Bracara*, dada la ausencia de excavaciones en varias zonas. Tampoco el estatuto de la ciudad está documentado de forma clara, puesto que no se han encontrado menciones municipales o coloniales. Esto ha llevado a algunos autores a defender su estatuto peregrino (Dopico, 2013), frente a los que han considerado que desde su inicio tuvo un estatuto privilegiado (Ramírez Sánchez, 2014: 125). Otros, han apoyado una promoción flavia, que habría afectado a todas las capitales conventuales del Noroeste (Bonneville *et al.* 1982: 16; Sayas, 1989: 97-98; Andreu, 2004c: 356).

A día de hoy no hay datos suficientes como para confirmar el momento de promoción jurídica de *Bracara* y *Lucus*. Lo que sí existen son indicios suficientes como para argumentar que ambas capitales fueron reformadas en el período flavio, algo coherente con el desarrollo que habían experimentado desde su fundación. El papel central que desempeñaron en la primera ordenación tras la conquista, no perdió fuerza a lo largo de las décadas posteriores. Todo lo contrario, pues la época flavia y el siglo II d.C. se revelan como períodos de gran dinamismo y actividad en las capitales.

Por último, *Asturica Augusta*, tampoco se mantuvo ajena a las transformaciones de época flavia. En este período se produjo una profunda remodelación de la ciudad fundada entre Augusto y Tiberio, tras la que quedaron configurados los rasgos de su tejido urbano, a la vez que se dotó a *Asturica Augusta* de un impresionante programa monumental (García

Marcos y Vidal Encinas, 1996; Sevillano y Vidal Encinas, 2000; Amaré *et al.*, 2006). La nueva definición urbana de la ciudad incluyó la edificación definitiva de las principales termas públicas, las Termas Mayores (Vidal



Imagen 72.- Vista de las Termas Menores de *Asturica Augusta*. Fuente: Burón, 2006.

Encinas, 1986; Regueras, 1991: 133-136; Sevillano, 1998; Sevillano y Vidal Encinas, 2000) y la construcción de las Termas Menores (García Marcos, 1994; García Marcos y

Burón, 2000). Además, en este momento se edificó un gran espacio público cuadrangular, de más de 30.000 m², que ha sido interpretado como un gran foro.

Su tamaño desmesurado en comparación con otros foros urbanos conocidos¹¹¹, sus características constructivas y la ausencia de elementos habitualmente asociados a estos foros (como la epigrafía evergética o los edificios relacionados con actividades públicas como curia o basílica), han hecho suponer a algunos autores (Orejas y Morillo, 2013: 96-97), que estamos ante un espacio que no se dedicó a las actividades cívicas, pero sí públicas, a diferencia de lo que veíamos en el de *Bracara Augusta*, donde existen indicios de la presencia de actos evergéticos. El foro de Astorga, refleja el centro de toda la maquinaria estatal, administrativa y fiscal, cuyo alcance superaba lo local.

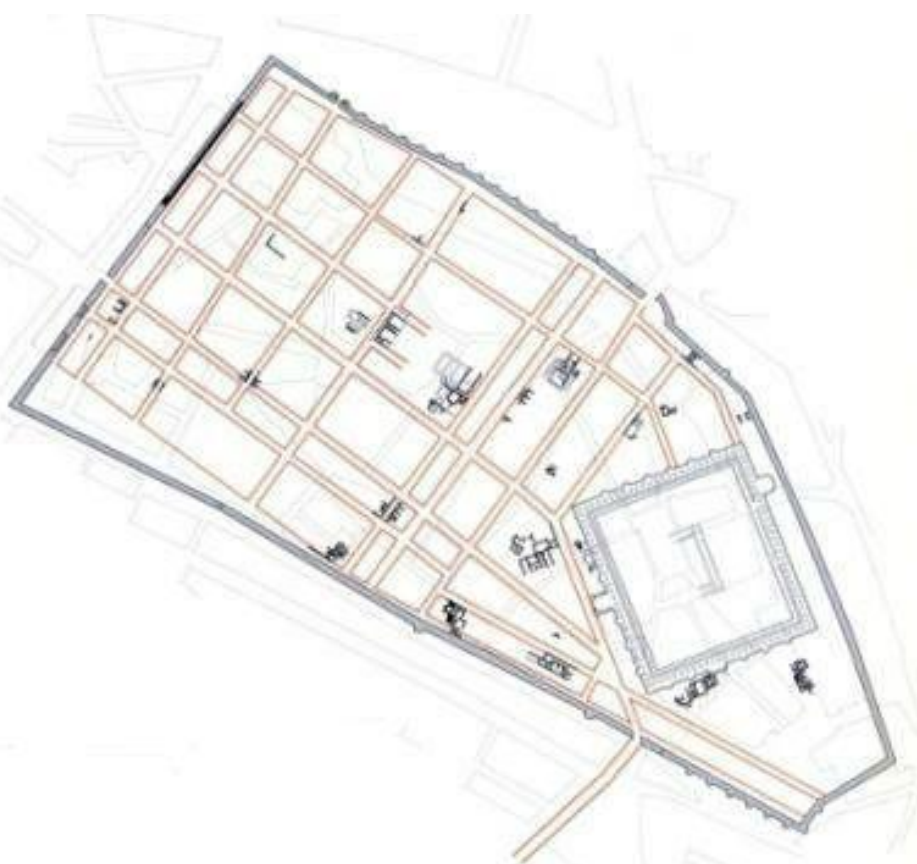


Figura 13.- Planimetría de *Asturica Augusta*, en la que destaca el gran espacio reservado para el foro. Fuente: García Marcos y Vidal Encinas, 1996.

El ámbito privado experimentó una renovación aún más sustancial en época flavia. En este período se remodelaron residencias julio-claudias, como la Casa del pavimento del *opus signinum*, la Casa del Gran Peristilo, la Casa del Mosaico del Oso y

¹¹¹ Así, por ejemplo, se estima que el foro de *Lucus Augusti* debió de tener un tamaño de 17.000m² y el de Clunia, por poner otro ejemplo bien conocido, de casi 18.000 m² (Núñez Hernández, 2007; Núñez Hernández y Curchin, 2007: 446ss; Dopico, 2013: 89).

los Pájaros y la Casa de las Columnas Pintadas (Burón, 1997 y 2006). También la actividad se refleja en viviendas más modestas e instalaciones de carácter artesanal (Amaré *et al.*, 2006).

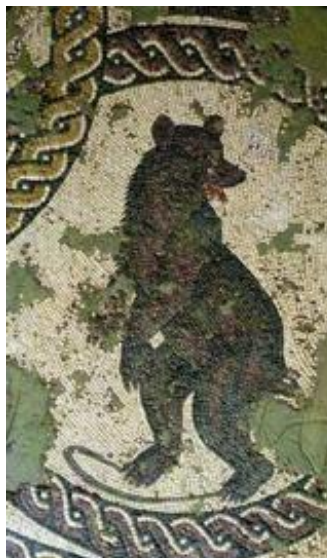


Imagen 73.- Detalles de la Casa del Mosaico del Oso y de la *domus* de pinturas pompeyanas en *Asturica Augusta*. Fuente: Burón, 2006.

La abundancia de restos materiales y de monedas de cecas hispanorromanas, confirma la existencia de una gran vitalidad económica desde mediados del siglo I d.C. (Morillo *et al.* 2005). Desde este momento, *Asturica* se configuró como el gran centro redistribuidor de todo el comercio del Noroeste (Morillo y Amaré, 2003: 128-129), sobre el que confluían importantes vías de comunicación que facilitaron la llegada a la capital de productos de todo tipo y procedencia, como ánforas destinadas al transporte de vino, aceite y salazones, cerámicas finas, como la *TSG* del centro alfarero de La Graufesenque, *TSH* fabricada en los alfares riojanos, cerámica de paredes finas emeritenses y del alfar astur de Melgar de Tera (Zamora), lucernas itálicas, norteafricanas e hispanas, vidrio, etcétera (Morillo, 1999b: 87-92; Morillo y Amaré, 2003: 129-130). A esto se sumaron las producciones de cerámica común elaboradas probablemente en la propia *Asturica* (Burón *et al.* 1999: 326-327). La vitalidad económica de Astorga se extendió a su *hinterland*, donde en esta etapa surgieron villas y asentamientos de carácter artesanal (Amaré *et al.* 2006). Además, estos productos se difundieron por el territorio del Noroeste y en la segunda mitad del siglo I d.C., se produjo una multiplicación de hallazgos de carácter material, presidida por la *TSH*, probablemente redistribuidos desde *Asturica* (Fernández Ochoa y Morillo, 1994: 186; Morillo y Amaré, 2003: 129-130) (*vid.* **Fig. 14**).

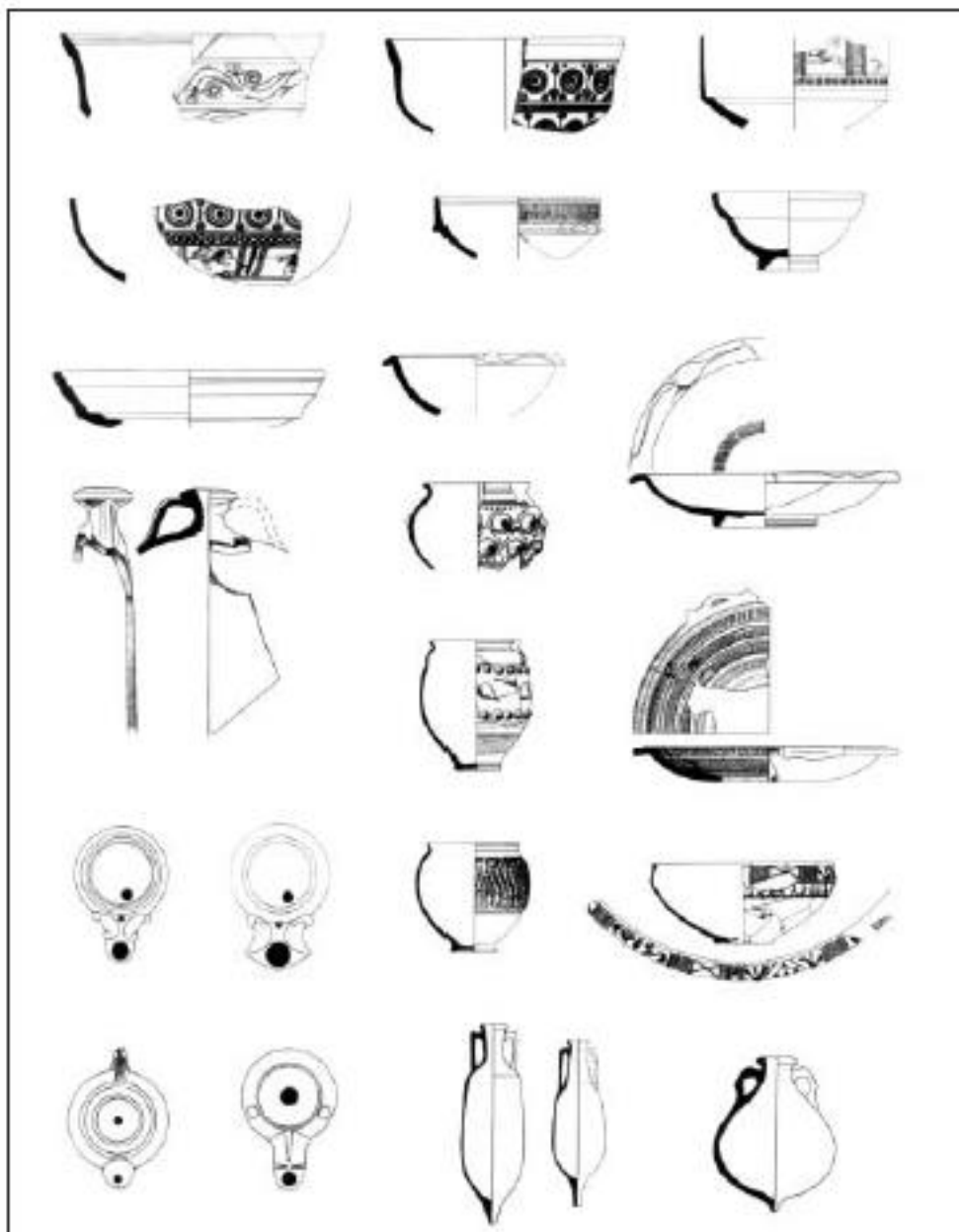


Figura 14.- Materiales arqueológicos cerámicos del período neroniano tardío y flavio (60-98 d.C.).
Fuente: Morillo y Amaré, 2003: 137.

En el mismo se observa la presencia mayoritaria de *TSH*, tanto en formas lisas como en decoradas, procedentes de los talleres de *Tritium Magallum*. Las lucernas presentan, mayoritariamente la forma Loeschcke IV (Morillo, 1999b: 87-92). La cerámica de paredes finas está representada casi exclusivamente por producciones del alfar zamorano de Melgar de Tera (Gimeno, 1990; Carretero, 2000). La cerámica común es muy variada y no es descartable que existiera un taller para su producción en la propia *Asturica Augusta* (Burón *et al.* 1999: 326-327). En cuanto al material anfórico, aparece una gran variedad, desde ánforas béticas para aceite (Dressel 20) a envases de salazones (Dressel 7-11, Beltrán II) y ánforas vinarias del Mediterráneo oriental y la costa catalana (Carreras y Berni, 2003).

Es en este momento cuando se fecha el primer conjunto epigráfico significativo de la ciudad, en el que se encuentran algunas características de la población instalada en ella: militares o veteranos, ciudadanos, libertos, esclavos... (Orejas y Beltrán, 2010; Orejas y Morillo, 2013). La epigrafía refleja la existencia de una comunidad de diversos orígenes geográficos, vinculada al aparato administrativo romano y relacionada con el papel central regional que desempeñó la capital.

El contexto en el que se creó y desarrolló la ciudad estuvo marcado por la existencia de *civitates* peregrinas rurales y de extensas áreas dedicadas a la explotación de los yacimientos auríferos (*metalla publica*) y también de *prata* militares. Dentro de este marco, Astorga fue concebida como centro administrativo y fue la sede de *legati iuridici* y de los *procuratores per Asturiam et Callaeciam*, éstos últimos cargos definidos en época flavia. Sin embargo, la particularidad del caso de Astorga, sobre la que han puesto acento algunos autores (Orejas, 1996: 168; Orejas y Morillo, 2013:



Imagen 74.- *Terminus* de Castrocalbón (ERPL 315).

Fuente: EST-AP (IH. CSIC).

107), es que la capital no articuló territorios cívicos, sino que gestionó un amplio *ager publicus*, en el que se encontraban las minas y también los *prata* militares, los cuales han quedado evidenciados a través de los hitos terminales (*vid. Img. 74*) que marcaron hacia mitad del siglo I d.C. los límites entre las unidades militares y las *civitates* de los lugones y los bedunienses¹¹².

La novedad de la interpretación de estos investigadores consiste en proponer, a diferencia de otros autores, que la ciudad no adquirió el rango de municipio. Según esta idea, no es casual la omisión de Plinio al rango municipal de Astorga cuando alude a la

¹¹² Se trata de un conjunto de seis hitos terminales y algunos fragmentos, realizados en época de Claudio (41- 54 d.C.) y hallados en El Espino, en la localidad de Santa Colomba de la Vega (Soto de La Vega, León) (ERPL 306-314). La concentración de los *termini* en un solo punto han hecho pensar que fueron retirados de su emplazamiento original y acumulados aquí con posterioridad. Además de este conjunto, se hallaron dos hitos terminales más en el municipio de Castrocalbón: uno en un lugar no precisado de la localidad del mismo nombre (ERPL 305); y otro en la ermita de San Pedro, en la localidad de Quintana y Congosto (ERPL 315).

ciudad como *urbs magnifica* (mientras que al referirse a *Bracara* y *Lucus* lo hace bajo el término *oppidum*).

Plin. N.H. 3, 28

Iunguntur iis Asturum XXII populi divisi in Augustanos et Transmontanos, Asturica urbs magnifica. in iis sunt Gigurri, Paesici, Lancienses, Zoelae. numerus omnis multitudinis ad CCXL liberorum capitum.

Posteriormente, Ptolomeo incluyó *Asturica Augusta* en su lista como capital de los *Amaci* (Ptol. 2, 6, 28), una comunidad de la que no hay ninguna otra información. Se desconoce también si se produjo algún cambio en el periodo de tiempo que separa el texto pliniano de la referencia de Ptolomeo, momento en el cual Astorga ya pudo haberse configurado como la capital de la *civitas* de los amacos.

Aunque los textos no señalen el estatuto municipal de Astorga, varios trabajos, al analizar los espectaculares restos arqueológicos, insisten en conceder a la ciudad un estatuto privilegiado. Sin embargo, la elevada proporción de *domus* aristocráticas construidas a partir de finales del siglo I d.C., es coherente con el papel que la ciudad desempeñó como sede del fisco y capital conventual, por lo que no confirman, necesariamente, el estatuto municipal. Por lo demás, faltan los rasgos típicos de las aristocracias municipales como el evergetismo y su representación pública, lo que lleva a pensar que la ciudad tuvo un papel central, pero no por ello un estatuto municipal.

La epigrafía confirma la centralidad de *Asturica* respecto al conjunto del cuadrante del Noroeste, a través de su capacidad para atraer individuos o familias locales que habían entrado en vías de promoción social (Orejas y Beltrán, 2010). A pesar de ello, ninguna referencia epigráfica justifica un estatuto municipal. Así, por ejemplo, las inscripciones que hacen referencia al *Genius Asturicensium* (e.g. ERPL 19) no son indicadores de municipalización, pues es conocido cómo se rendía culto a genios de distintas entidades (no necesariamente urbanas). Lo mismo ocurre con las inscripciones que mencionan a individuos con *origo* asturicense, pero que no precisan nada acerca del estatuto jurídico de la ciudad. Entre estas inscripciones hay varios epígrafes localizados en el Noroeste de *Hispania* y recogidos en el siguiente cuadro. Además existen cuatro menciones a pretorianos originarios de *Asturica Augusta* documentados en Roma en el siglo II d.C. (CIL VI 2536; CIL VI 32531b; AE 1933, 95).

<p>CIL II 6291. Pinhão, Alijó, Vila Real, Portugal. <i>Diis(!) Manibus L(uci) Aelii Reburri / Quirina Asturica veterani / L(ucius) Sulpicius Ru[f]us et P(ublius) Fla/vius Clemens ex testamento f(aciendum) c(uraverunt)</i></p>	<p>IRG IV, 78. Maside, Ourense. <i>Nym(phis) / Mari/acca / Ast(uricae) Aug(ustae) / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)</i></p>
<p>CIL VI 2536. Roma. <i>D(is) M(anibus)/ L(ucius) Flavius L(ucii) f(ilius)/ Pom(ptina) Caesianus/ Asturica/ mil(es) coh(ortis) IV pr(aetoriae)/ [c(enturia)]Prisci/ v(ixit) a(nnorum) XXVIII</i></p>	<p>AE 1933, 95. Roma. <i>...eques L(ucius) Dastidius Priscus Asto(rica) T(itus) Fla [vius---] Ast(urica) [Aug(usta)?]</i></p>
<p>CIL II 4144. Tarragona. <i>D(is) M(anibus) / L(ucio) Anteio Flavino / b(ene)f(iciario) co(n)s(ularis) civi Asturic(ensi) / leg(ionis) VII G(eminae) P(iae) Fel(icis) / an(norum) XLV stip(endiorum) XXIII / Anteius Anti(o)chus lib(ertus) / patrono optimo / bene merenti fecit / secundum volunta/tem suam</i></p>	<p>IRPLu 28. Lugo. <i>D(is) M(anibus) S(acrum) / Iulio Rufino / Leontio ex tab(ulario) / civi Asturice(n)si / annorum XXVIII / Rufonius Rufi/nus pater et Ru/fia Paterna mater / filio piissimo</i></p>
<p>CIL II 2648. Astorga, León. <i>Liciniae / Sparsi fi(liae) / Procillae / Luci / Lusi / Asturicae [-----]</i></p>	<p>CIL II 5124. Astorga, León. <i>[C(aio) I]ulio C(ai) f(ilio) / [Qu]ir(ina) Fido As<t=I>(uricensi) / [s]acerdo(ti) Rom[ae] / et Aug(ustorum) / flmini des(ignato) pro(vinciae) H(ispaniae) c(terioris) / Iuliae - - - - -</i></p>



Imagen 75.- Tabla IV de Astorga. Fuente: Fernández Miranda y Fernández Ochoa, 1995.

Para encontrar *cives Asturicensenses*, debemos de acudir a dos inscripciones de finales del siglo II d.C. o principios del siglo III d.C. (CIL II 4144 y IRPLu 28). En este mismo sentido, el Itinerario de Barro (vid. **Img. 75**), relacionado con *Asturica*, menciona a un duunviro también fechado en el siglo III d.C. (Fernández Ochoa *et al.*, 2012).

Por tanto, la documentación señala el peso que el núcleo debió de tener en el conjunto del Noroeste, lo que atrajo a individuos de diversos

orígenes geográficos, vinculados al aparato administrativo romano. *Asturica* albergó una comunidad de ciudadanos pero, en palabras de Orejas y Morillo (2013), éstos no habían conseguido la ciudadanía en sede local a través del desempeño de magistraturas en *Asturica Augusta*, sino mediante la realización de funciones relacionadas con el fisco y el ejército. Esto se debió al papel que desempeñó *Asturica* en la ordenación territorial, como gestora de un amplio espacio público en el que se encontraban los *metalla* y los *prata*.

El entorno de Astorga fue estudiado por Orejas (1996: 165), quién documentó en la zona más próxima al casco urbano, algunos pequeños enclaves que debieron de estar directamente ligados a la ciudad. Según Orejas y Morillo (2013), las necesidades de la población de *Asturica* debieron de impulsar la actividad productiva en las zonas inmediatas a la capital. A lo largo de la franja de los cursos bajos del Duerna, el Jerga y el Turienzo, la autora detectó un poblamiento vinculado a tierras cultivables y bien comunicado con la ciudad. El papel centralizador de *Asturica* se prolongó a lo largo del territorio minero, donde se localizan varios espacios relacionados con las labores de administración y gestión de las minas, entre los que algunos destacados son Los Villares (Quintana del Marco), El Soldán (Santa Colomba de Somoza), Huerña (Luyego), Santa Marina (Luyego), Las Rubias (Truchas).

A lo largo de la Valduerna y la Valderia, la epigrafía está directamente determinada por la presencia del ejército y de la administración estatal a consecuencia de su proximidad con Astorga. En estas zonas, es difícil rastrear la proyección de los grupos de poder locales más allá de estos ámbitos oficiales. La mayoría de la epigrafía es del siglo I d.C., y se concentra en la zona de Santa Colomba de Somoza, donde se han encontrado varias inscripciones dedicadas por personas de los *conventus* cercanos – clunienses (*ERPL* 282), lucenses (*ERPL* 108 y 153) y lusitanos (*ERPL* 197)–. Su llegada a esta zona puede relacionarse con el ambiente administrativo-militar (Orejas y Beltrán, 2010), que atrajo a la población de regiones circundantes.

***ERPL* 108. Sta. Colomba de Somoza, León.**

Albin[us] / Albur[i]filius) / Cilinu[s] / ann(orum) · LX [?] / h(ic) · s(itus) ·

***ERPL* 153. Andíñuela, Sta. Colomba de Somoza, León.**

Eburia · / Calveni · f(ilia) · / Celtica / Sup(ertamarca) /(castello) · / Lubri an(norum) / XXVI · h(ic) · s(ita) · e(st)

ERPL 197. Sta. Marina de Somoza, Sta. Colomba de Somoza, León.

Lubaeci Ca/bruleici ser(vus) / Nomia et [Lo]/nginu[s] / Lusita[n]/us · a(nnorum) · X[- - -] / hic · si[tus] / est ·

ERPL 206. Entre Sta. Marina y Andiñuela, Sta. Colomba de Somoza, León.

Memm[iu]s · / Perpetu[us] · / Mont[a]ni · f(ilius) / an(norum) XV[I?] / h(ic) [s(itus)] e(st)

ERPL 282. Sta. Colomba de Somoza, León.

- - - - - / [- - - M, P]atern[us] - - - / Ture]nni · f(ilius) · Clu[n(iensis) - - - / - - - an(norum)] LX · h(ic) · s(itus) · es[t / - - -]nius[- - -] / - - - - -

Aunque existen algunos testimonios de inscripciones funerarias en el entorno de Astorga (e.g. *CIL* II 2557; *CIL* II 2551; *IRPL* 227; *HEp* 2, 1990, 451), una parte importante de la epigrafía de la zona está claramente relacionada con el aparato administrativo-militar. En concreto existe una inscripción votiva griega de Quintanilla de Somoza dedicada a Zeus Serapis (*CIL* II 5665), además de un conjunto de inscripciones documentadas en Luyego, Villalís y Priaranza que incluyen los nombres de los *procuradores*, sus *beneficiarii* y de algunos militares con cargos de *decuriones*, *centuriones*, *imaginiferi* o *signiferi* y cuyo estudio se verá de forma más detallada en el capítulo 11 de este trabajo.

La vitalidad económica que *Asturica* alcanzó desde época flavia, se mantuvo a lo largo del siglo II d.C. La elevada proporción de *domus* aristocráticas construidas a partir de finales del siglo I d.C., fueron reformadas a lo largo del siglo II d.C., hecho coherente con la visibilidad del aparato fiscal romano que se incrementó a lo largo de la segunda centuria (Orejas y Morillo, 2013). En este sentido, el siglo II d.C. supuso un período de continuidad en el que se hizo evidente la importancia que había adquirido *Asturica Augusta* como capital conventual y sede del fisco. En líneas generales, las inscripciones permiten documentar los siguientes elementos:

- Presencia de individuos (algunos de ellos veteranos) procedentes de varias *civitates* y de distintos puntos geográficos, principalmente vinculados al aparato administrativo-militar. Se documentan procedencias de *Roma*, *Tabalaca*, *Choba*, *Narnia* o *Narbona*, *Castulo*, *Asido?*, *Baeterris?*, *Hasta*, incluyendo un importante grupo de griegos (*Aelia Myrsine*, *Aelia Rhodine*, *Abascanto*, *Corinthia*, *Casio Dion*, *Casio Arquesialo*, *Epictesis*, *Berulla*, *Chrestus*...). Estos inmigrantes estarían relacionados con la administración estatal.

- Presencia de diversas unidades en *Asturica* y la zona minera vecina. Sirvan de ejemplo las menciones a la *legio II adiutrix* (ERPL 148), el *ala Flavia Hispanorum civium Romanorum* (ERPL 152), la *cohors* o el *ala I Lusitanorum* (ERPL 19) y la *legio VII* (ERPL 220).
- Presencia de *procuratores* ecuestres en *Asturica Augusta* y *procuratores metallorum* en el entorno de la capital, en Villalís, Luyego y Priaranza de la Valduerna.
- Presencia de miembros relacionados directa o indirectamente con el fisco imperial y la *officina* de los *procuratores*, entre los que se cuentan libertos y esclavos vinculados con la administración. Sirvan de ejemplo *P. Aelius Eustomus* (CIL II 2646), liberto del emperador y *Similis* (IRPL 130), esclavo imperial. Estos grupos de población configuraron un grupo móvil relacionado con el fisco y con el ejército que respondía a las necesidades de gestión de la capital a lo largo del último tercio del siglo I d.C. y el siglo II d.C. (Orejas y Morillo, 2013).

Respecto a las producciones cerámicas, se mantiene la presencia de *TSH* procedente de los alfares riojanos, pero se documenta, a la vez, un incremento progresivo de las producciones locales, concretamente de cerámicas de paredes finas elaboradas en Melgar de Tera (Zamora) y de imitaciones de lucernas surgidas en Astorga (Morillo, 1999b: 138-139 y 325-326). El contexto arqueológico cerámico de esta etapa ha llevado a defender una tendencia al autoabastecimiento y a la descentralización de las producciones a lo largo del siglo II d.C. (*vid.* **Fig. 15**). En opinión de los investigadores, esto se debió al deseo de abaratar costes y de cubrir las necesidades de una demanda creciente, lo que llevó a un empeoramiento de la calidad cerámica, pero también a su mayor difusión (Morillo y Amaré, 2003: 130). Dicha demanda podía provenir tanto de los círculos relacionados con el aparato administrativo-militar, como con las aristocracias locales que, como se ha estado comentando, aumentaron progresivamente su poder, lo que debió de ir unido a un incremento en la demanda de este tipo de productos.

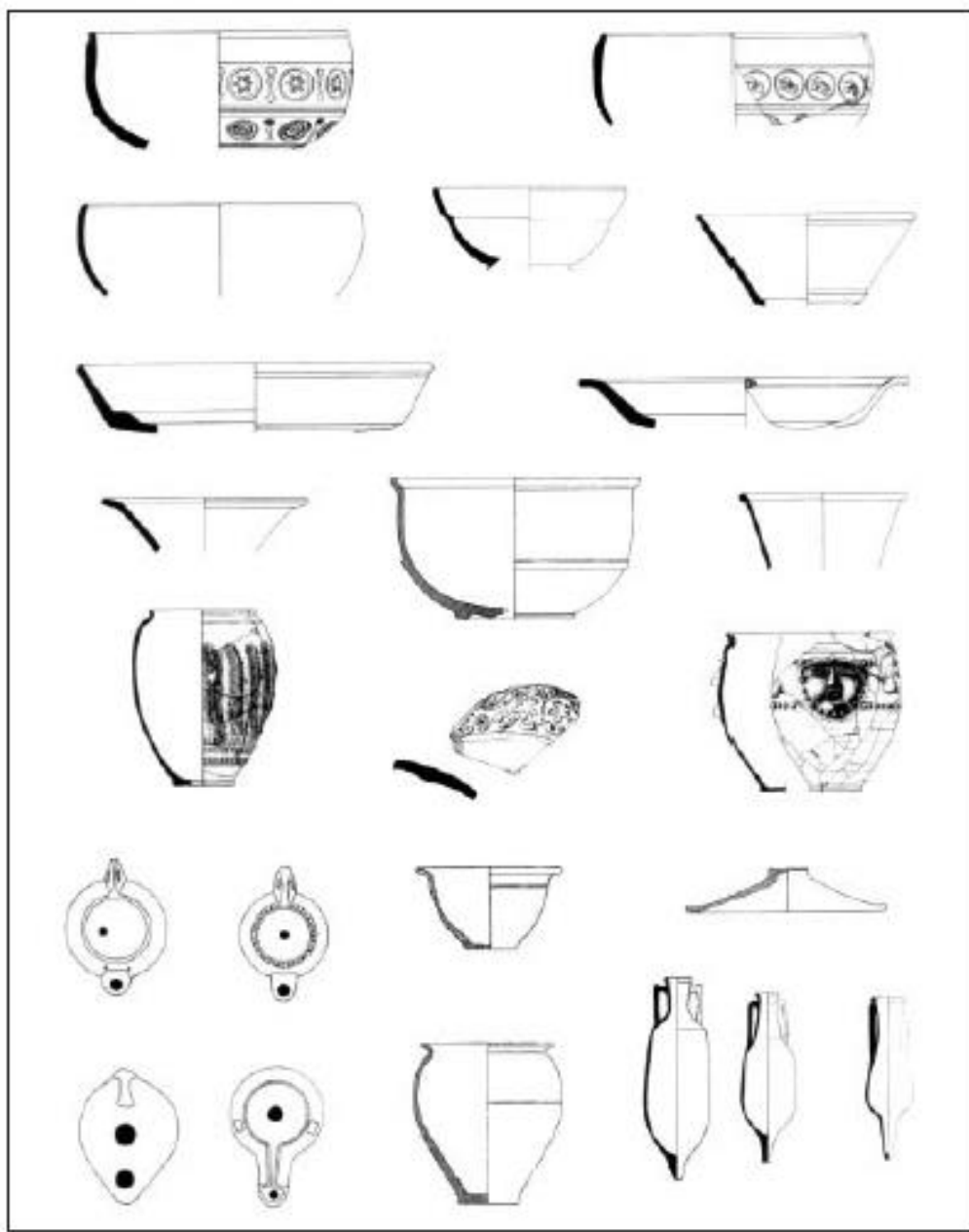


Figura 15.- Materiales arqueológicos cerámicos del siglo II d.C. y primera mitad del siglo III d.C. Fuente: Morillo y Amaré, 2003: 138.

Existe una exclusividad de las producciones de *TSH* de los alfares riojanos, aunque ahora se introducen nuevas formas, sobre todo la *Hisp. 37* que acabará convirtiéndose en la forma exclusiva a partir de la segunda mitad del siglo II d.C. (Romero Carnicero, 1998: 26). También se produce una sustitución de lucernas del norte de Italia, África Proconsular y Mauritania Tingitana por producciones locales o regionales. De hecho, se ha reconocido un taller local dedicado a la elaboración de piezas Loeschcke X (Amaré y García Marcos, 1994; Morillo, 1999b: 138 y 596-597) y gestionado por *Virillius*. Sus producciones alcanzarían a Rosino de Vidriales (Romero y Carretero, 1997: 60) y León (Morillo, 1999b: 138). Por su parte, las piezas de Melgar de Tera siguen dominando. Dichas producciones se difunden también en otros asentamientos del *conventus Asturum* (Carretero, 2000: fig. 277) y alcanzan asentamientos como *Lucus Augusti* o el Chao Samatín.

A inicios del siglo III d.C., es posible establecer un cambio muy significativo en la evolución y desarrollo de la ciudad, pues en este momento se produjo una drástica reducción de la información arqueológica (Orejas, 1996: 175; Morillo y Amaré, 2003: 131) y la abrupta desaparición del aparato fiscal, coincidiendo, como se verá, con el cese de las explotaciones mineras auríferas (*vid.* Cap. 12).

En definitiva, la importancia que parece alcanzar *Asturica* en época flavia como gestora de los *metalla publica* del Noroeste, se suma a los argumentos que se han ido analizando y que sostienen el calado de las reformas flavias. El auge de Astorga como núcleo fundamental en la articulación del *ager publicus*, la aparición de nuevos cargos administrativos –*procurator Asturiae et Callaeciae*– relacionados con el aparato fiscal (y por tanto con las minas), la construcción de la *via Nova* vertebrando las principales zonas mineras y la potenciación de una serie de enclaves relacionados con ella, pueden ser entendidos como el resultado del intervencionismo estatal orientado a organizar el territorio minero de forma más efectiva. Los intereses estratégicos del Estado sobre las minas marcan ciertas diferencias con las otras dos capitales conventuales, en las que la presencia del aparato administrativo-militar no es tan evidente, una vez superados los primeros momentos tras su fundación.

Sin embargo, todo apunta a que el conjunto de capitales conventuales (y no sólo Astorga) ocupó un lugar destacado en la ordenación territorial a lo largo de los siglos I y II d.C. Desde la conquista sirvieron como anclaje del aparato estatal en los primeros momentos de dominio romano y se convirtieron en centros de poder donde se visibilizaron las élites de las *civitates* locales, tal y como confirman las inscripciones de miembros de *castella* del Noroeste halladas en Braga, Lugo y Astorga. Su importancia se mantuvo más allá de las primeras décadas del siglo I d.C. y en época flavia aparecen ya plenamente consolidadas como capitales conventuales, desempeñando funciones que trascendieron a las judiciales y que también se relacionaron con la articulación del sistema fiscal. El caso de Astorga, por su relación con los *metalla publica*, es el más evidente. Pero más allá de su papel relacionado con las minas, tuvo una importante función como articulador territorial, algo que parece ser clave a lo largo de los siglos I-II d.C., a juzgar por los testimonios epigráficos de individuos procedentes de las *civitates* del Noroeste que acudieron a la capital a dedicar sus inscripciones.

No es descartable que la centralidad de las capitales conventuales se explique por la necesidad de contar con ejes de articulación territorial en un contexto en el que la dispersión del poblamiento y el carácter rural, fueron tónica general. Aunque a lo largo

de los siglos I y II d.C. se van documentando lugares destacados tanto en zonas mineras como no mineras, en los que se fueron visibilizando las aristocracias locales, la ordenación territorial de las *civitates* no respondió, en muchos de estos casos, a un modelo de capitalidad única. En este sentido, las capitales conventuales pudieron desempeñar el papel de polos de poder que no ejercían las *civitates*, marcadas por la fragmentación del poder en varios núcleos y la ausencia, en ocasiones, de centros claros que concentrasen las representaciones aristocráticas. Por ello, una vez superada una primera fase en la que sirvieron de anclaje al poder romano, las capitales conventuales no perdieron protagonismo y siguieron acupando un lugar muy destacado en la articulación territorial del Noroeste. El esplendor que adquirieron a finales del siglo I d.C. confirma la centralidad e importancia de las capitales tras las reformas flavias.

10

EL IMPACTO DE LAS REFORMAS FLAVIAS EN LAS ZONAS MINERAS DEL NOROESTE PENINSULAR

El sistema de explotación impuesto por Augusto, dentro del cual la minería fue un factor clave, dio lugar, por un lado, a un tipo de relaciones políticas, jurídicas y sociales entre el aparato administrativo romano y las comunidades locales y, por otro lado, entre éstas comunidades entre sí, que cambiaron y evolucionaron a lo largo de la historia del Alto Imperio. No obstante, estos cambios no supusieron una ruptura total con el sistema augusteo, sino que sirvieron para adaptar y reorganizar el territorio dentro del mismo esquema de dominación.

Sin embargo, buena parte de la investigación ha otorgado un peso específico importante a la concesión del *ius Latii* en el último tercio del siglo I d.C., al considerarla causa directa de muchos de los cambios que experimentó el Noroeste desde época flavia. De esta forma, se ha mantenido que la aplicación del *ius Latii* fue la auténtica responsable de la integración del Noroeste en el Imperio, una región que hasta ese momento había permanecido marginada y en cierto modo, aislada, de los procesos de romanización (*vid.* Cap. 2.1.3).

En la línea mantenida en esta tesis, es necesario cambiar este enfoque y analizar el impacto que el *ius Latii* tuvo sobre estas poblaciones, sin perder de vista la estructura de dominación imperialista que se impuso tras la conquista y que no sólo siguió ahora operativa, sino que fue actualizada y reforzada por las políticas flavias. Además, como parte del enfoque que interesa en este trabajo, resulta imprescindible tratar la relación de la promoción jurídica con las formas de propiedad y tributación. A pesar de que han sido los estudios efectuados desde perspectivas jurídicas los que han tenido mayor desarrollo, un cambio en el punto de vista, permite avanzar por una nueva vía y aportar nuevos enfoques que ayuden a entender el *ius Latii* de Vespasiano, más allá de la línea tradicional ampliamente explotada.

10.1. El debate en torno a la latinidad provincial

Una síntesis de los debates que han surgido en torno al *Latium* muestra que las discusiones tienen una larga trayectoria historiográfica de no fácil solución. Generalmente la polémica sobre la implantación del *ius Latii* en el Noroeste ha girado en torno a los interrogantes que ha suscitado una cita de Plinio (*NH*, 3, 30), según la cual, Vespasiano concedió el *Latium* a toda *Hispania*.

Plin. (*NH*, 3, 30)

Universae Hispaniae Vespasianus Imperator Augustus iactatum procellis rei publicae Latium tribuit

La cita ha sido entendida tradicionalmente como parte del proceso de romanización de las comunidades del Noroeste hispano. Este concepto de romanización, ligado a la adquisición o no de ciudadanía, ha llevado a condicionar las aproximaciones que se han realizado a la realidad histórica, pues se ha partido de la base de que el binomio ciudadano-no ciudadano fue el eje articulador de la integración de las distintas comunidades en el Imperio¹¹³. Esto es, este modelo ha considerado que en el Imperio existió un único tipo de organización social, ligado a esquemas urbanos de la ciudad de tipo clásico, que se hallaba en distintas fases de desarrollo dependiendo del momento y de la zona. Así, partiendo del modelo ideal (y central) de Italia, se van encontrando regiones con distinto grado de romanización, hasta llegar a las zonas periféricas, las más alejadas del ideal y que, o bien no se romanizaron, o bien lo hicieron superficialmente y en fechas avanzadas.

Según este planteamiento, el Noroeste se incluye entre estos territorios periféricos¹¹⁴ alejados de los procesos de romanización hasta bien entrado el siglo I d.C.

¹¹³ La crítica al modelo de romanización tradicional ya se realizó en el capítulo 2.1.3 de este trabajo. En líneas generales, se ha discutido la validez de establecer dos bloques diferenciados y homogéneos (uno romano y otro no romano) a la hora de expresar las diferentes realidades provinciales que, en realidad fueron muy heterogéneas. Algunos autores clave en este tema son Wolf, 1992a, 1997 y 1998; Hingley, 1996, 2005 y 2011; Mattingly, 1997 y 2004; Barret, 1997.

¹¹⁴ Por una parte, esta concepción periférica del Noroeste ha llevado a los protohistoriadores a prolongar la cultura castreña hasta fechas avanzadas del siglo I d.C.; y, por otra, a los historiadores de la Antigüedad a considerar la fase flavia como la primera etapa romana. Así, por ejemplo, en Parcero *et al.* 2007: 72-73 se apuntaba que el proceso de incorporación de las comunidades del Noroeste al mundo romano siguió un modelo distinto al de otras regiones, pues el componente urbano fue pequeño hasta época flavia y la colonización del espacio según modelos romanos (con centuriaciones, *villae* clásicas...) fue lenta y tardía. Con ello, retrasan la verdadera incorporación al mundo romano a finales, al menos, del siglo I d.C. También Le Roux indicaba que la romanización se empezó a notar entre mediados del siglo I a.C. y mediados del I d.C. sólo de forma limitada, posponiendo el auténtico cambio de estas comunidades a la segunda mitad del siglo I d.C. (Le Roux, 1996: 365).

Concretamente, el punto de inflexión se marca en época flavia (Alarcão, 1995-96; Le Roux, 1996: 365), con la concesión del *ius Latii*, pues la implantación del derecho latino fue capaz de sentar las bases sobre las que se construirían las formas de organización urbanas y cívicas (Le Roux y Tranoy, 1983-84; Salinas de Frías, 1994; Martins, 1996: 181ss.), que posibilitarían la definitiva integración de estas comunidades en el Imperio¹¹⁵. En consecuencia, todo aquello que se alejó de la ciudad clásica, ha sido considerado no romano y profundamente marcado por las tradiciones locales, en una suerte de continuidad con el mundo prerromano¹¹⁶. Si el Edicto de Vespasiano fue capaz de alterar esta situación, fue gracias a que abrió las puertas a la municipalización y, con ella a la adopción de esquemas romanos.

Por tanto, estas interpretaciones han vinculado el *ius Latii* con la creación de municipios que llevaban asociados necesidades administrativas y políticas concretas. Estas necesidades determinaron, a su vez, la adopción de mejoras orientadas a dotar a las comunidades promocionadas de las instituciones propias de unos centros urbanos que empezaban a contar en su seno con *cives Romani* (Kolb, 1984: 169-204; Keay, 1988: 58 y 2001: 114; Le Roux, 1990: 38; Alföldy, 1998: 19). Dicho proceso tuvo, en la mayoría de los casos, una traducción material y arquitectónica concreta, que dio lugar a la adopción de esquemas urbanos y a la creciente participación de las élites en la monumentalización de los centros privilegiados¹¹⁷.

¹¹⁵ La idea de que la huella de Roma en el Noroeste no fue muy acusada, a consecuencia de la ausencia de una estructura territorial de carácter urbano, apareció ya en la clásica obra de Barbero y Vigil en los años 60. Aunque dicha concepción tuvo una importante contestación en los años 80, con obras que reivindicaron la importancia de las transformaciones en el ámbito rural (e.g. Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988), todavía en la actualidad se mantiene la idea de que para hablar de romanización hay que reconocer ciertos elementos estereotipados, ligados a la urbanización. Así, por ejemplo, González Ruibal consideraba que es la incorporación de “costumbres romanas, como escultura de tipo clásico, joyería romana, cerámica romana y poblados en llano”, el verdadero indicador de romanización (González Ruibal, 2006: 325).

¹¹⁶ El problema es que el Noroeste presenta problemas a la hora de rastrear estos elementos “romanos” estereotipados, y es por ello que suele concluirse que fue un área retrasada en el proceso de romanización. Es decir, se asume que si el Noroeste no adoptó un modelo urbano, fue por la incapacidad de sus comunidades, sumidas en la marginalidad a aproximarse al modelo ideal romano.

Esta imagen hace que los autores contrapongan constantemente el carácter indígena con el romano (e.g. García Quintela, 2002: 35; Parcero *et al.* 2007: 73), como si los elementos locales que muestra el registro en el siglo I d.C. fueran ajenos al mundo romano, simplemente por el hecho de que no se encuentran ciertos rasgos que han sido atribuidos como indicadores de romanización.

¹¹⁷ La bibliografía que vincula municipalización y urbanización es extensa. Desde hace décadas son recurrentes los trabajos que han conectado ambos fenómenos (Montenegro, 1975: 45; Pereira, 1988; Abascal Palazón, 1990; Casillas *et al.* 1993: 631; Ortiz de Urbina, 1996).

En los últimos años ha destacado la obra de Andreu (2004a: 69-115 y 2004b), quien ha realizado una exhaustiva recopilación de los cambios flavios en *Hispania* relacionados con el *ius Latii*, integrando, además, información arqueológica y epigráfica. Según este autor y teniendo en cuenta las particularidades del Noroeste, “lógicamente a la aparición del concepto de *municipium* iban asociadas una serie de necesidades administrativas que también tendrán una traducción material y arquitectónica concreta, por

En definitiva, se establece que el desarrollo urbanístico fue consecuencia de la municipalización y, por tanto, indicador de la existencia de una condición municipal. Como el proceso municipalizador se vincula con la concesión del *ius Latii*, se le atribuye a la generalización del *Latium* cierto efecto uniformizador y estandarizado en las comunidades promocionadas, que fueron adoptando esquemas urbanos y abandonando los elementos de reminiscencia indígena y prerromana. Además, aunque se establecen excepciones, se mantiene el carácter global que supuso la reforma, pues se considera que “a partir de la generalización de las comunidades privilegiadas como centro del nuevo mapa político y administrativo hispano, los Flavios llevaron a cabo una profunda remodelación del territorio” (Andreu, 2004b: 45)¹¹⁸. En estas reformas se incluyen tanto las modificaciones internas de las comunidades (como por ejemplo el abandono de los castros), como las relacionadas con la organización de sus límites y de su *territorium*, de su vertebración a través de las vías de comunicación y de su integración en *conventus iuridici*. Es decir, se afirma que los cambios que se documentan en época flavia a nivel territorial son consecuencia directa de la concesión del *ius Latii* y la municipalización.

El problema radica en que algunos elementos, como la monumentalización y las prácticas evergéticas, prácticamente no se documentan en el Noroeste y el inicio de fenómenos asociados a las reformas flavias (tales como la organización del límite entre *civitates*, la articulación territorial a través del sistema viario, la existencia de *conventus...*), se remontan a época de Augusto. El impacto de una medida que alteró supuestamente de forma radical la realidad del Noroeste, se vuelve en cambio difícil de rastrear al aproximarse al registro documental. A la vez, los cambios flavios se entienden mucho mejor en clave de procesos que arrancaron antes de la concesión de Vespasiano y se extendieron después de la misma. El caso del abandono del hábitat de morfología tipo castro es un claro ejemplo (*vid.* Cap. 9.1.1). El propio Andreu reconoce en su trabajo que la desaparición de este tipo de ocupaciones resultó, al menos en parte, de una tendencia derivada de la necesidad de potenciar la explotación de recursos en llano (Andreu, 2004b: 48). Y el cambio fundamental en este sentido se produjo con la

eso la generalización del fenómeno de la construcción pública en los *municipia* hispanos no es un hecho exclusivo de ellos sino de todas las zonas en las que los Flavios intervinieron” (Andreu, 2004b: 41).

¹¹⁸ Esto no supone que Andreu utilice un modelo monolítico para estudiar las distintas realidades. De hecho, como el mismo autor apunta, no hay que intentar aplicar una idea de municipalización idéntica en regiones que no son equiparables, como el Noroeste y la Bética (Andreu, 2004a: 141-142). Lo que se mantiene es la aplicación de una serie de reformas al conjunto del Noroeste tras la concesión del *ius Latii*, ante la necesidad de contar con centros urbanos (más o menos desarrollados) tras la aplicación del Edicto.

implantación del sistema tributario augusteo, que llevó a las *civitates* a alterar su sistema productivo para hacer frente a las nuevas exigencias fiscales impuestas por Roma, lo que generó un nuevo patrón de poblamiento (Sánchez-Palencia y Orejas, 2002; Fernández-Posse, 2002; Orejas, 1996). Esto no quiere decir que no se produjeran cambios a finales del siglo I d.C., pues como se ha visto en este período tuvo lugar una reforma del Noroeste muy significativa, sin embargo estas modificaciones no encuentran explicación en la concesión del *ius Latii* como causa exclusiva, sino que son una fase más de un proceso iniciado inmediatamente tras la conquista.

El problema de fondo de estos trabajos reside en los inconvenientes que plantea centrarse en ver la mayor o menor proximidad al mismo modelo urbano, pues es un tipo de organización social que no se encuentra de forma generalizada en el Noroeste. La clave reside en evaluar el registro con el que contamos y que muestra claramente un carácter rural, planteando alternativas que no pasen necesariamente por la adopción de un modelo estereotipado que, por mucho que se insista, en el Noroeste no es común. Esto no supone, ni que esta región fuera una rarísima excepción, ni que estuviera marcada por el peso de lo prerromano. Se trata más bien de cambiar el enfoque y analizar de forma global las perspectivas jurídicas y lo que se conoce acerca de la organización social y territorial del Noroeste. El impacto del *ius Latii* sólo se entiende a través del estudio global de las formaciones sociales implicadas, de sus formas de desigualdad social y de los mecanismos de integración en el Imperio. Es decir, no es posible estudiar el impacto del *ius Latii* sin contemplar las dinámicas propias de cada estructura social concreta. Ello supone replantear el modelo de romanización, defendiendo que los esquemas provinciales fueron muy diversos¹¹⁹.

¹¹⁹ Intentado no repetir lo ya dicho en otras partes de este trabajo, baste ahora recordar que tan romano fue el modelo urbano como el documentado en el Noroeste, puesto que ambas fueron creaciones plenamente romanas, con independencia del grado de semejanza de estos modelos con el de la *urbs*. Tal y como defendió Pereira (1984: 274): “Se ha dicho siempre que el norte de la Península no fue romanizado o lo fue sólo parcialmente, con diferencias entre unas y otras áreas. De ahí se ha entendido que los pueblos del norte permanecieron más o menos incambiados. Pues bien, sucede más bien, al revés, que estos pueblos sufrieron alteraciones muy profundas. Es cierto que tales transformaciones no dieron lugar, o casi no dieron, a la fundación de ciudades, a la urbanización, eso que se considera tan típico de las zonas romanizadas. Pero no es menos cierto que a lo largo de esos siglos los pueblos pre-romanos resultaron, ellos mismos, transformados”.

10.1.1. Origen y desarrollo del *ius Latii*

Cuando Vespasiano concedió el *ius Latii* a toda *Hispania*, la latinidad ya había recorrido un largo camino y había sido implantada en otras comunidades. Este hecho ha de tenerse en cuenta a la hora de abordar un estudio sobre la implantación del *Latium* en el Noroeste, pues a lo largo de los años, la latinidad sufrió varias modificaciones, hasta configurarse en el *ius Latii* de época flavia. En estas cuestiones ha trabajado en los últimos años García Fernández (1991a, 1991b, 1998 y 2001), quien ha sido capaz de reconstruir el camino que siguió el expediente latinizador antes de su aplicación en *Hispania*.

Según la autora, y de acuerdo al clásico trabajo de Luraschi (1979), la primera aparición del concepto de latinidad que heredaron los Flavios, tuvo lugar en la Galia Transpadana en el 89 a.C.¹²⁰ En épocas anteriores habían sido creadas colonias latinas¹²¹. Sin embargo, estas colonias latinas contaban con diferencias fundamentales con la nueva latinidad provincial. Las antiguas colonias se dedujeron siguiendo el modelo republicano itálico, que exigía, entre otras cosas, el traslado de población, la centuriación de territorios y la elaboración de constituciones, al ser núcleos de nueva fundación. Los latinos de estas colonias, disfrutaban de *ius conubii* (que les permitía contraer matrimonio legítimo con ciudadanos romanos) e *ius commercii* (que les daba la capacidad de participar en un acto del *ius civile* con un ciudadano romano), además del *ius migrandi* (que les permitía tener la opción de recuperar la ciudadanía romana trasladándose a Roma y haciéndose inscribir en el censo)¹²² y el *ius suffragii* (que les daba derecho a participar en la vida política) (Humbert, 1978: 23-26, 130-143 y 1981: 215-216; García Fernández, 2007a: 319). Esta latinidad antigua colonial carecía, sin embargo, del *ius adipiscendi civitatem Romanam per magistratum* (Tibiletti 1953: 46-63; Piper 1988: 61; García Fernández, 2001: 150-151), derecho en virtud del cual los magistrados locales accedían a la ciudadanía romana tras abandonar el cargo y característica definitoria del derecho latino provincial posterior o del *ius Latii*.

¹²⁰ Además de Luraschi, obra de referencia para el estudio de la Traspadana, en fecha más reciente hay otros trabajos destacados como los de Maganzani (2016).

¹²¹ No sólo en Italia y Galia Cisalpina, sino también en *Hispania* donde se encuentra, por ejemplo, el caso de *Carteia* (Liv., 43, 3, 1-4)

¹²² Algunos autores han cuestionado la existencia de *ius migrandi* (Broadhead, 2001: 69-90). Una reciente discusión sobre este derecho se puede leer en Kremer (2014: 226-237) y Coskun (2015: 606-610).

Por la *lex Iulia de civitate* del año 90 a.C., se extinguieron las colonias latinas itálicas que se convirtieron en municipios de derecho romano¹²³. Un año más tarde, Roma, en guerra en Italia, decidió conceder el derecho del Lacio, hasta entonces exclusivo de las colonias latinas republicanas, a comunidades indígenas en territorio extratálico, a través de la *lex Pompeia Transpadanis* (Luraschi, 1979: 331; García Fernández, 1999).

Asconio (*Pis.* 3C) cuenta cómo las colonias deducidas en la Transpadana lo fueron por un procedimiento distinto al habitual, ya que no hubo traslado de población, sino que fueron creadas a través de la concesión del *ius Latii* a las comunidades locales:

Asc. (*Pis.* 3C)

Pompeius enim non novis colonis eas constituit sed veteribus incolis manentibus ius dedit Latii, ut possent habere ius quod ceterae Latinae coloniae, id est ut petendo magistratus civitatem Romanam adipiscerentur.

Aunque los motivos de la concesión a la Transpadana y el ámbito real de aplicación o las comunidades afectadas, no parece del todo claro, la nueva fórmula creada permitió promocionar jurídicamente a unas comunidades ya existentes¹²⁴. Con el nuevo *ius Latii*, dejó de ser necesario acudir a un reordenamiento constitucional o a reorganizaciones territoriales¹²⁵, al menos con carácter inmediato, puesto que las comunidades beneficiarias tenían ya su propia población y su propio *ius civitatis* (Gabba, 1986: 1994; García Fernández, 2001: 24). Estas características ocasionaron que la nueva *latinitas* perdiera su condición de ciudadanía y pasara a tener una dimensión territorial y administrativa (García Fernández, 2001: 23).

Posteriormente, la regularización y el desarrollo del expediente transpadano, tuvo lugar en la Galia Narbonense en el año 49 a.C. (García Fernández, 2001: 31-71), donde

¹²³ De acuerdo a Luraschi, no se produjo deducción de población, condición indispensable para que existiera una colonización real, por lo que estas comunidades serían asimilables a *municipia* (Luraschi, 1983: 265). Gagliardi (2013) realiza una revisión reciente de la *lex Iulia de civitate*.

¹²⁴ Luraschi ha hecho hincapié en esta cuestión, señalando que no se produjo ningún proceso de traslado de población, por lo que no habría que esperar que tuviera lugar una reorganización territorial (Luraschi, 1979: 165-166).

¹²⁵ La ausencia de población trasladada hacía innecesaria la asignación de tierras y las operaciones gromáticas que necesariamente acompañaban toda fundación colonial. Por ello el territorio de estas nuevas colonias no estuvo sometido a ninguna reorganización territorial o urbanística, tal y como confirmó arqueológicamente Luraschi (1979: 210-217) y han mantenido estudios posteriores (e.g. Bandelli, 1996: 97-115; Cavalieri Manasse, 2000: 5-48). Sólo después del 49 a.C. se inició la reorganización territorial de la Transpadana, año en que se concedió la ciudadanía romana a toda la Cisalpina (Gabba, 1990: 709), tal y como confirma el documento catastral hallado en Verona (Maganzani, 2014).

se conoce la relación de las comunidades beneficiarias del derecho latino gracias a Plinio (*NH.* 3, 33-37). Fue este *ius Latii* el que aplicó Augusto a algunas comunidades de *Hispania* años antes de que Vespasiano procediese a la concesión general a toda la Península Ibérica. El proceso de promoción jurídica de *Hispania* en lo referente a época augustea, se ha mostrado como un fenómeno bastante complejo (García Fernández, 2001: 78ss; Espinosa, 2009). A través de una serie de citas plinianas es sabido que algunas comunidades hispanas poseyeron un derecho latino antiguo. En concreto el autor menciona a 27 comunidades en la Bética (Plin, *NH.* 3, 7) (*oppida*) *Latio antiquitus donata XXVII*, a 18 en la *Citerior* Tarraconense (Plin, *NH.* 3, 18) (*oppida*) *Latinorum veterum XVII*¹²⁶ y sólo tres en la Lusitania (Plin. *NH.* 4, 117) (*populi*) *Latii antiqui III*. Sin embargo no detalla posteriormente de forma completa la relación de comunidades poseedoras de este tipo de Lacio. Qué implicó este derecho antiguo es algo que ha sido discutido (*e.g.* Le Roux, 1994 y 1996: 241; Canto, 1996: 230-234). Lo que sí se sabe es que prácticamente todas estas comunidades examinadas estuvieron adscritas a la tribu Galeria (salvando el caso de la tribu Sergia en Cástulo), se documentan en ellas magistraturas duunvirales (con excepción de Valeria, que la presenta cuatorviral) y titulación municipal, lo que apunta hacia un programa global de concesión y de reorganización de las comunidades latinas hispanas en época augustea (García Fernández, 2001: 82).

La concesión de ciudadanía en época de Augusto no fue en cambio general, como sí ocurrió con la que llevó a cabo Vespasiano y que en palabras de Plinio, afectó a toda *Hispania*. La interpretación de la cita pliniana con relación al *ius Latii* flavio ha suscitado mucha controversia en varios aspectos relacionados tanto con su cronología, como con su redacción, o su lectura¹²⁷. Pero lo que ahora interesa es analizar el impacto que tuvo la concesión sobre las poblaciones del Noroeste y las consecuencias que se derivaron de su aplicación.

El problema fundamental a la hora de abordar esta cuestión es que, a pesar de la extensa bibliografía que existe sobre el tema, todavía no se cuenta con una definición clara y consensuada del perfil constitucional de las comunidades latinas, por lo que es

¹²⁶ Dentro de la *Citerior*, los *conventus* cartaginense, tarraconense y caesaraugustano poseen comunidades de Lacio antiguo según el listado pliniano. En concreto son citadas las comunidades de *Ausetani*, *Ceretani qui Iuliani cognominantur et qui Augustani*, *Edetani*, *Gerundenses*, *Iessonienses* y *Teuri qui Iulienses*.

¹²⁷ Cronológicamente se ha propuesto que fuera del 70/71 o del 73/74, *vid.* Andreu Pintado, 2004a: 14-18. Sobre su redacción se discuten dos posibles versiones: una que lee *iactatum* y otra que lee *iactatus* o *iactatae*, de modo que concuerda con *imperator* o con *Hispaniae* (Mangas, 2001: 15).

muy difícil entender su funcionamiento y las implicaciones jurídicas que se derivaron de la implantación del edicto. De esta indefinición surgen dos cuestiones principales:

- Unas veces se considera el *ius Latii* como una ciudadanía individual, y otras veces como un privilegio comunitario.
- No queda clara la relación entre el *ius Latii* y el proceso municipalizador.

El origen de estas discusiones puede remontarse al año 1966, fecha de la publicación de un artículo de Braunert en el que el alemán defendía que el *ius Latii* de Vespasiano se había otorgado a título individual, por lo que las comunidades en las que residían los *cives Latini* siguieron siendo peregrinas hasta que no se emitiese una ley municipal específica que regulase la creación del municipio latino. Braunert defendió así que el derecho latino como *Personenrecht*, afectaba a los individuos, no a las comunidades. Para construir su argumento se basó en las leyes de *Salpensa* y de *Malaca*, las únicas descubiertas en la fecha de su artículo, y observó que existía una separación temporal entre la concesión de la latinidad por Vespasiano y lo que entendía como obtención del estatuto municipal (las leyes municipales) por lo que identificó ambos hechos como distintos y no necesariamente vinculantes. Esto significaba que el derecho latino no poseyó un carácter municipalizador y que fue necesario recurrir a una *lex municipalis* para promocionar jurídicamente a una comunidad peregrina.

Esta línea abrió una nueva perspectiva del fenómeno de la latinidad seguida por autores como Grelle (1972), Galsterer-Kröll (1973), Millar (1977), Mackie (1983) y González (1989) entre otros, que desarrollaron la hipótesis de Braunert, oponiéndose a la visión interpretativa tradicional que había iniciado anteriormente Mommsen. Para este autor, desde la Guerra Social, el derecho latino sólo podía considerarse como consecuencia del estatuto municipal latino; es decir, el *ius Latii* sólo afectaba a entidades urbanas. En esta línea se pronunciaron también autores como Sherwin-White (1973a) o Vittinghoff (1952), quienes entendieron que el Edicto de Vespasiano se aplicó sobre las comunidades y no sobre los individuos.

Desde entonces ambas posturas parecen irreconciliables, sobre todo cuando lo que se pretende es analizar el alcance del *ius Latii* en regiones como los Alpes Marítimos, algunas zonas de la Galia, el Ilírico o el Noroeste hispano, donde es muy difícil rastrear el fenómeno municipalizador. Aquí, los elementos que aparecían constantes en los análisis de otros municipios (la titulación municipal, las magistraturas duunvirales o cuatorvirales, la adscripción de ciudadanos a tribus), no parecían tan evidentes, o incluso eran inexistentes.

En el estado actual de la investigación, existen dos líneas de trabajo principales que son directamente herederas del debate que se ha desarrollado desde los años 60. La primera de ellas, más acorde con la línea tradicional, suele identificar la latinidad con el reconocimiento del *commercium* y el *conubium* en las relaciones entre los latinos y los romanos (además del *ius adipiscendae civitatis Romanae per magistratum*), ambos necesarios para facilitar la cohesión de las comunidades promocionadas, en las que iban a convivir personas con distinta ciudadanía¹²⁸ (Sherwin-White, 1973a: 108-116; García Fernández, 2001: 147-150; Andreu Pintado, 2008). Según esta teoría, la concesión del Edicto de Vespasiano transformó, simultáneamente, a todas las comunidades en municipios de derecho latino, siendo las leyes municipales una opción que podía darse o no con el tiempo (Mangas, 1996a y 2001; García Fernández, 1995 y 2001: 163-180; Andreu Pintado, 2003). Esta postura supone la desvinculación total entre los procesos de municipalización y urbanización, considerando la latinidad como una realidad jurídica muy flexible y adaptable a las más diversas realidades sociales.

El problema de esta interpretación es que algunos autores que la apoyan han considerado que la municipalización fue ligada a una serie de necesidades administrativas concretas que llevarían a las comunidades promocionadas a evolucionar en un mismo sentido, adquiriendo ciertos rasgos determinados. Así, por ejemplo, Humbert señalaba la necesidad para algunas *civitates* de la Galia, de una auténtica reforma constitucional con el objetivo de crear un núcleo urbano centralizador desde el cual pudieran actuar las magistraturas locales sobre todo el territorio (Humbert, 1981: 219-220). Siguiendo esta línea, algunos autores han defendido la necesidad de reformas en las *civitates* del Noroeste para dotarlas de centros urbanos, que serían necesarios en las nuevas comunidades privilegiadas¹²⁹. Desde mi punto de vista, han caído entonces en la aparente contradicción de partir de la flexibilidad del *ius Latii* para luego insistir en el sentido dirigista de su implantación y otorgarle un carácter uniformizador (aunque

¹²⁸ Ciudadanía romana y ciudadanía local. Éstos últimos serían de condición latina. En realidad, según algunas interpretaciones, la ciudadanía latina no existió como tal, sino que fue sólo un conjunto de derechos de relación otorgados a los *cives* locales, por lo que la *civitas latina* sólo existió a través de ciudadanías concretas (García Fernández, 2001: 149).

¹²⁹ Así, se ha considerado que los cambios hacia la urbanización formarían parte de una tendencia natural de las comunidades promocionadas. De este modo, por ejemplo, lo expresaba Andreu en su obra: “Efectivamente, es una tendencia general en el periodo Flavio –no sólo en *Hispania*, también en otras *prouvinciae*– la proliferación de toda una abundante labor de obras públicas urbanas y no sólo urbanas, que en el caso de las primeras van claramente unidas a la necesidad de que la ciudad adopte un equipamiento que sea acorde con las nuevas funciones que como comunidad autónoma se le atribuyen” (Andreu, 2004b: 40-41). Aunque el mismo autor insiste en la “ligazón entre monumentalidad, urbanización y grado de romanización”, también reconoce que “estas transformaciones, obviamente, ni siempre se dieron ni siempre las hemos atestiguado arqueológicamente”.

con matices), como si una vez concedido se hubiera hecho tabla rasa y todas las comunidades hubieran tendido necesariamente hacia el mismo modelo urbano. El problema es, que como se vio en el capítulo precedente, el registro del Noroeste es predominantemente rural y en él no se documentan estos supuestos centros urbanos. Existen algunas excepciones, como es el caso de las capitales conventuales, donde sí hay evidencias, por ejemplo, de monumentalización. Sin embargo, el papel de estos centros, que claramente superó el marco de la *civitas*, obliga a plantear que la monumentalidad de los mismos no tiene por qué estar ligada, necesariamente, a su condición municipal. Como se analizó en el capítulo anterior, el caso paradigmático es *Asturica Augusta*, capital rectora del *ager publicus*, y en la que no está confirmada su conversión en municipio hasta, al menos, el siglo III d.C. (Orejas y Morillo, 2013; *vid.* Cap. 9.2.2). El resto de *civitates* (con la salvedad de *Aquae Flaviae*), se caracterizan por un poblamiento rural disperso, con ausencia de centros cívico-urbanos (*vid.* 9.1.2). Incluso aquellas *civitates* utilizadas normalmente como ejemplos de la incidencia de la municipalización (*e.g.* *Bergidum Flavium*, Andreu, 2004a: 144 y Tab. XIV), carecen de este ordenamiento urbano que se presupone a los municipios.

La segunda hipótesis considera que el *ius Latii* sólo contuvo el *ius adipiscendae civitatis Romanae per magistratum*. Los defensores de esta teoría (fundamentalmente Millar, 1977: 485-486 y 630-635; Chastagnol, 1987, 1990: 576 y 1995), mantienen que los afectados por la concesión de latinidad siguieron siendo peregrinos, pues en nada se vio modificada su condición anterior (a excepción de contar ahora con una nueva vía de promoción a la ciudadanía romana). No obstante, Chastagnol consideró que estos peregrinos contaron también con el *ius conubii*, conclusión a la que llegó observando el gran número de matrimonios mixtos con descendencia legítima que recoge la epigrafía de la Narbonense, por lo que el autor acaba hablando de peregrinos con prerrogativas. A pesar de ello, todos estos autores coinciden en no reconocer la existencia jurídica de los ciudadanos latinos, pues según ellos, tras la concesión del *ius Latii*, en las comunidades convivieron peregrinos y ciudadanos romanos (Chastagnol, 1987: 14 y 1990: 575-576). Mientras que para Chastagnol estas comunidades con *ius Latii* permanecieron como comunidades peregrinas, otros (*e.g.* Le Roux, 1986: 336-337; Kremer, 2006: 136-141), han considerado que se organizaron en lo que se ha denominado *oppidum latinum*, una categoría previa al municipio latino y que sólo sería superada cuando se diese –si es que

se daba— una ley municipal específica para su comunidad¹³⁰. Todos estos autores coinciden en ver el estatuto municipal como un privilegio que podía concederse —o no— posteriormente. Apoyan, por tanto, una promoción jurídica selectiva, que afectó sólo a ciertos individuos que desempeñaron las magistraturas (Kremer, 2006: 189). Esto es, el *ius Latii* no tuvo un alcance universal y se limitó a dotar a las comunidades de magistrados, a la espera de que se convirtieran en *municipia* con la recepción posterior de las tablas legales.

La aplicación de estos esquemas en el Noroeste ha llevado a algunos autores a defender que las *civitates* continuaron siendo peregrinas a pesar de la concesión del *ius Latii* (Pereira, 1982: 264; Ortiz de Urbina, 1996: 137-153). Algunos sólo han reconocido unos escasos centros que funcionaron como *oppida latina* (o municipios si existía una ley municipal específica otorgada por Roma), a los que el resto de comunidades estarían atribuidas (*adtributae*) y donde los individuos del conjunto de la *civitas* podrían ejercer el gobierno local (Ortiz de Urbina, 2012: 653ss). Esto generaría una fase intermedia entre la condición peregrina y la municipal.

El concepto de *oppidum Latinum* presenta, en cambio, muchas dificultades por lo que ha sido muy cuestionado (Alföldy, 2000; García Fernández, 2000a y 2001: 104ss; González, 2001; Andreu, 2004b: 69-73 y 2007: 41). Una de las principales críticas es la indefinición jurídica que el concepto encierra. Se trata de un ente administrativo que no supone una conversión de la comunidad receptora del *ius Latii* en colonia ni municipio, a no ser que se conceda una promoción complementaria. Su existencia sólo está documentada por Plinio (*NH.* 3, 7 y 3, 18), pero carecemos de base documental para precisar mejor su funcionamiento o confirmar su existencia. García Fernández (2001: 122-124) ha subrayado, así mismo, la innecesaria complicación de la promoción jurídica que introduce una categoría como el *oppidum Latinum*. Además, el modelo de los *oppida* presenta un problema al suponer que la eficacia del *ius Latii* pasó por una organización política estructurada según el modelo urbano, por lo que, aunque las comunidades receptoras del *Latium* no se transformaran en municipios instantáneamente y se mantuvieran como *oppida*, se sentaban las bases para que lo hicieran con el tiempo, cuando alcanzaran el suficiente grado de romanización. Aquellas comunidades que no fueran capaces de organizar instituciones de tipo urbano y sus

¹³⁰ Humbert se ha pronunciado así sobre la cuestión del *oppidum Latinum*, considerando que Roma habría calificado de este modo a los *municipia* carentes de *civitas Romana* de forma provisional, hasta que con Claudio se regularizó la titulación de municipio para las comunidades con *ius Latii* (Humbert, 2006: 28-29, n. 48).

correspondientes magistraturas, sólo pudieron organizarse entonces como *adtributae* de otras comunidades cívicas. Los grupos de poder de estas comunidades atribuidas, podrían acceder a la ciudadanía ejerciendo una magistratura en la ciudad de la que dependía su comunidad. El caso paradigmático es el de las comunidades alpinas estudiadas por Laffi (1966: 20ss).

Por su parte, el descubrimiento de la ley irnitana en 1981, aportó una información fundamental al debate en torno a la latinidad provincial en época imperial, pero como se comprueba, no logró acabar con la discusión abierta. En el capítulo 30 de la ley de *Irni*¹³¹, se mencionan explícitamente los *municipia Latina*, demostrando que tal categoría administrativa existió. Sin embargo, a pesar de la extensión del texto conservado, la presencia de ciudadanos latinos no aparece constatada de forma tan clara¹³². Además, la documentación epigráfica tampoco permite esclarecer la situación definitivamente.

Algunos estudios epigráficos se han centrado en las comunidades afectadas por el *ius Latii*, intentando descubrir la existencia de ciudadanos latinos a través de determinados usos onomásticos. El problema de estos estudios es que no existe ningún criterio seguro con el que poder individualizar a la población latina de una comunidad. Esta dificultad ha generado distintas hipótesis que han tratado de explicar el comportamiento onomástico de distintas poblaciones receptoras del *ius Latii*. La primera de ellas es debida a Chastagnol, quien tomó como base una teoría previa que había planteado Millar¹³³. Este último, en su obra negó la existencia de la latinidad ingenua tras la guerra social (Millar, 1977: 485-486 y 630-635). De acuerdo a su interpretación, las menciones a latinos que se documentan con posterioridad en la legislación municipal y en otras fuentes como las *Pauli Sententiae* habían de ser entendidas como referencias a latinos junianos¹³⁴. La consecuencia que se extrae de la desaparición de los latinos ingenuos es que la condición jurídica disfrutada por las

¹³¹ En este trabajo se ha consultado la edición del texto irnitano de González y Crawford (1986).

¹³² No obstante, existen algunas referencias dispersas en la legislación flavia, como la mención a los *incolae qui cives R(omani) Latine cives erunt* (cap. 53 de la ley de Malaca) o el *municeps qui Latinus erit*, a quien se le concede la posibilidad de manumitir (cap. 28 de la ley de Irni y Salpensa).

¹³³ El propio Chastagnol recoge la propuesta de Millar (Chastagnol, 1990: 575-576). No obstante hay que recordar que Millar sólo dedicó un apéndice final a esta cuestión en su libro de más de 600 páginas, lo que indica que no era su objetivo profundizar en el tema. Además de su tratamiento tangencial, Millar no muestra rotundidad en sus afirmaciones, las cuales no pasan de ser propuestas.

¹³⁴ López Barja ha criticado este argumento, aceptando el valor de las *Pauli Sententiae* como prueba de la existencia de latinos ingenuos, cuestión que descartaba Millar por considerar ésta una fuente tardía (López Barja, 1991: 51-60).

poblaciones con derecho latino sólo podía ser romana o peregrina (Chastagnol, 1990: 575-576).

Esta hipótesis parece tener, al menos en principio, apoyo documental en algunas regiones como el Noroeste de *Hispania*, donde se detectan claramente dos grupos distintos de población en función de sus usos onomásticos¹³⁵. Así, se reconoce un primer grupo de individuos con *tria nomina* o *dua nomina*, que serían identificados como ciudadanos romanos¹³⁶. El segundo grupo estaría formado por individuos con nombre único seguido de su filiación, que se vinculaban con peregrinos.

En esta línea, Christol (1989) realizó un estudio de la onomástica de la epigrafía de *Nemausus*, distinguiendo dos grandes grupos de población. El primero de ellos, estaba caracterizado por individuos con *tria nomina* o *dua nomina*, a quienes Christol identificó como población promocionada. El segundo grupo, al que el autor atribuía condición peregrina, presentaba unos rasgos onomásticos más variados: nombre único seguido de filiación, *praenomen* romano a modo de nombre único más filiación, o nombre único sin filiación. Por último, Christol identificó un tipo de onomástica también peregrina, pero caracterizada por dos elementos con la filiación al final (lo que alteraría el orden romano de la estructura onomástica). La conclusión final sobre Nîmes es que la onomástica de tipo peregrino fue la poseída por una gran parte de la población hasta finales del siglo II d.C., a pesar de que la promoción de *Nemausus* está atestiguada desde prácticamente la mitad del siglo I a.C. (Chastagnol, 1987: 6).

Sin embargo, aunque se haya afirmado con rotundidad “quand un personnage, dans sa cité, porte les *tria nomina*, cela veut dire qu’il est citoyen romain” (Chastagnol, 1990: 576), esta necesaria identificación entre *tria nomina* y ciudadanía romana no es tan clara como parece¹³⁷. Esta apreciación la ha realizado García Fernández (2010: 148-149 y 2012: 426-427) quien objeta que, si todos aquellos que portaron *dua* o *tria nomina* fueran necesariamente ciudadanos romanos, habría que concluir que la población de los municipios latinos béticos fue, en su totalidad, ciudadana romana, pues

¹³⁵ También se ha trabajado en esta línea en otras regiones del Imperio. Así, el trabajo de Dondin-Payre (2001), ha sido referente en la Galia. Su obra recoge dos ideas principales: la inexistencia de población libre de condición latina y, en consecuencia, la reducción del análisis onomástico a población romana o peregrina con independencia del estatuto de la comunidad receptora del *ius Latii*.

¹³⁶ El *dua nomina* se incluye como propio de la ciudadanía romana puesto que existió una tendencia a no mencionar el *praenomen* desde el siglo II d.C. (Salway, 1994: 131). Esta interpretación también ha marcado estudios onomásticos realizados en distintas partes del Imperio, como los exhaustivos trabajos de Raepsaet-Charlier (1995 y 2010-2011) y Dondin-Payre (2001), quienes han reducido su análisis a la identificación de romanos y peregrinos.

¹³⁷ También los trabajos reunidos por Dondin-Payre y Raepsaet-Charlier (2001) han apoyado la identificación de los individuos con *dua nomina* o *tria nomina* con ciudadanos romanos.

en estas comunidades los individuos hicieron uso generalizado de estas estructuras onomásticas, no poseyendo la onomástica peregrina prácticamente relevancia¹³⁸. Así pues, aplicando la teoría de Chastagnol y atendiendo a la inmensa mayoría de *dua* y *tria nomina* en la Bética, sólo se puede afirmar o bien que la mayoría de los municipios béticos fueron romanos, o bien que la concesión del *ius Latii* fue acompañada de una autorización general para que los latinos pudieran construir un *tria nomina* romano¹³⁹, utilizando para ello gentilicios indígenas o romanos (García Fernández, 2010: 149). La onomástica que presentan los libertos públicos de comunidades latinas corrobora también el uso de *tria nomina* por parte de la población latina, lo que hace totalmente posible esta opción¹⁴⁰.

Con esto se llega a la segunda teoría que ha intentado buscar una explicación al comportamiento onomástico de las comunidades latinas. Se trata de la propuesta realizada por García Fernández (2001 y 2012), en la que la investigadora retomó ciertos aspectos tratados por Alföldy (1966). Este último autor puso el acento en la necesidad de emprender estudios onomásticos que estableciesen los modos de denominación de la población de condición latina. En dicho trabajo, Alföldy abogaba por una flexibilidad onomástica como propia de la *latinitas*, reconociendo dicha condición en individuos de distintas estructuras nominales (Alföldy, 1966: 39). Esto podría explicar los distintos comportamientos onomásticos en comunidades de condición jurídica latina. Sólo en el caso de los ciudadanos romanos la onomástica sería estricta y se acomodaría a las exigencias de este estatus (Alföldy, 1966: 56; Mangas, 1996a: 237; García Fernández, 2001: 143-145 y 2012: 428). Esto no equivale a defender una flexibilidad acrítica, sino a apoyar que la nueva condición jurídica se adaptó a las distintas realidades locales con las que entró en contacto (García Fernández, 2012: 428)¹⁴¹.

¹³⁸ La irrelevancia de la onomástica peregrina en la Bética es una conclusión a la que han llegado, con sus análisis, Dardaine (1999: 213-214) o González Román (2002-2003: 84).

¹³⁹ De no haberse producido esta autorización estaríamos ante un uso fraudulento del *tria nomina* por peregrinos, algo que fue prohibido y sancionado (Suet. *Cl.* 25, 7).

¹⁴⁰ Según el capítulo 72 de Irni, éstos tendrían condición latina plena (no juniana), lo que confirma que los latinos pudieran portar *tria nomina*. Dardaine (1999: 225-227), además ha presentado varios documentos epigráficos de comunidades provinciales donde se refleja el uso de *tria nomina* por libertos públicos de ciudades latinas, lo que sirve para apoyar la idea de que los latinos pudieron portar estructuras onomásticas trimembres.

¹⁴¹ En igual sentido ha interpretado García Fernández la onomástica de los ediles de la ciudad vascona de Andelo (Mendigorría, Navarra) (García Fernández, 2012). También adaptación de las tradiciones onomásticas locales ha visto Dondin-Payre en la Galia Central, donde ha analizado el fenómeno de la “patronimia” o la formación de un elemento de la nomenclatura onomástica de un hijo a partir de un elemento de la nomenclatura del padre. Esto combinaría una práctica romana (transmitir el gentilicio) con una local (cambiar el nombre cada generación) (Dondin-Payre, 2001: 243-244).

Así pues, de acuerdo a su argumentación, las comunidades latinas podrían hacer uso de *tria nomina* romanos (excepto del uso de la tribu), pero el uso mayor o menor de éste estaría determinado por la tradición o la práctica local (en el caso del Noroeste, una tradición de tres generaciones desde la conquista). La clave de su argumento reside en la definición que se hace del concepto de los municipios latinos. En primer lugar, los *municipia* podrían hacer uso de sus propia *iura et instituta*, es decir, tendrían la capacidad para organizarse internamente según su propia tradición local. De esta flexibilidad organizativa se deriva, en segundo lugar, la gran variabilidad onomástica, la cual también dependió de usos y costumbres locales, por lo que las comunidades receptoras del *Latium* mantuvieron tradiciones propias también en el nombre de los individuos (Alföldy, 1966: 56; García Fernández, 2001: 133; Andreu, 2004a: 139).

En definitiva, esta teoría podría resolver muchos de los problemas que existen a la hora de analizar el impacto del *ius Latii* en comunidades como el Noroeste. Su potencial explicativo se concentra en dar peso a la flexibilidad y adaptabilidad del *Latium*. De acuerdo al mismo, el *ius Latii* convirtió en municipios a las comunidades receptoras del *Latium*, pero la municipalización no traería consigo profundas alteraciones en la organización de las *civitates* peregrinas precedentes. Tan sólo suponía la regularización de la carrera magistratural local de acuerdo a criterios romanos¹⁴², pero incluso en este caso pudieron hacerse uso de los *iura et instituta* locales, siempre y cuando éstos no contradijeran lo previsto por la ley romana. Esto incluía el reconocimiento legal de magistraturas indígenas que reunieran unas condiciones mínimas para convertirse en vías legítimas de adquisición de la ciudadanía romana. Entre los requisitos se debían evitar los cargos vitalicios o de corte monárquico¹⁴³, pero se dejaba la posibilidad de que diversas comunidades locales pudieran adaptarse al desarrollo latinizador, acogiendo a derecho cargos de representación locales que no entraran en contradicción con las pautas romanas (García Fernández, 2001: 136).

Un buen ejemplo de este esquema es el caso del *vergobret* analizado por Dondin-Payre en las Tres Galias y reconocido en su estudio como magistratura local

¹⁴² Las leyes recuperadas de los *municipia Latina* de Irni y Salpensa regulan la vía de acceso a la ciudadanía romana para los exmagistrados y sus familias: *Lex Irn.* 21: *Qui ex senatoribus decurionibus conscriptisue municipii Flauii Irnitani magistratus, uti h(ac) l(e)ge comprehensum est, creati sunt erunt ii, cum eo honore abierint, cum parentibus coniugibusque ac liberis, ...ciues Romani sunt...*

Lex Salp. 21: *Qui Iluir aedilis quaestor ex hac lege factus erit, ciues Romani sunt, cum post annum magistratu abierint, cum parentibus coniugibusque «h»ac liberis...* (Lambertini, 1993: 25-32).

¹⁴³ En este sentido, la utilización del término *magistratus* en el pasaje de Asconio (*Pis.* 3C) relativo a la concesión del *ius Latii* a los galos traspadanos, está empleado para excluir a todo cargo que no se adecuase al concepto romano de magistratura.

(Dondin-Payre, 1997: 290). A pesar de su nombre, esta titulación no haría referencia a un pasado prerromano, ni tiene nada que ver con la supervivencia de una función indígena. Se trata de la utilización de una palabra céltica que designa una función municipal que más tarde será normalizada con un nombre latino (Dondin-Payre, 1999: 150-153). Por tanto, la transformación de una comunidad peregrina en municipio latino es un proceso con escasas exigencias normativas (García Fernández, 2001: 138), en el que la diversidad y adaptación a las condiciones locales fue la norma (Dondin-Payre, 1997: 297).

Si la autonomía organizativa es consustancial al municipio latino, la variación onomástica de las comunidades que disfrutaron del *Latium* es perfectamente coherente. Dentro de los usos locales reconocidos y acogidos a derecho, se incluyeron los usos onomásticos (Alföldy, 1966: 56; García Fernández, 2001: 143). Es decir, la flexibilidad onomástica es característica de la latinidad. No ocurriría así cuando se adquiriera la ciudadanía romana, donde la onomástica se adecuaría a las exigencias de este estatuto jurídico.

Ocurre, por tanto, que el *ius Latii* no transformó radicalmente la realidad de las comunidades peregrinas, sino que se adaptó a las poblaciones locales, abriendo, eso sí, un nuevo cauce de promoción jurídica a las aristocracias. El *Latium* sólo existe a través de las distintas ciudadanía locales, no es un derecho en sí mismo. Este carácter se deriva directamente del proceso de configuración de la latinidad provincial (*vid. supra*). El *ius Latii* nació para promocionar a comunidades ya existentes y que, por tanto, poseían una ordenación previa, por lo que éste se convirtió simplemente en un expediente administrativo para facilitar un nuevo cauce de promoción jurídica y la *latinitas* perdió su condición de ciudadanía. Esto explicaría que no se encuentren menciones concretas a la *civitas latina* pues ésta no existiría como tal, sino sólo materializada a través de ciudadanía concretas (García Fernández, 2001: 149). De acuerdo a este modelo, el *ius Latii* transformó a las *civitates* peregrinas en municipios latinos y a los habitantes en ciudadanos de municipios latinos. Sin embargo, este cambio no supuso necesariamente una transformación estructural en la organización interna de las *civitates* más allá de que éstas, ahora, contaron con unas élites que dispusieron de una nueva forma de promoción, sumada a las ya existentes. Esto a su vez, explicaría que el único derecho que las fuentes le atribuyen a la latinidad provincial de época imperial sea su característica vía de acceso a la ciudadanía romana a través del desempeño de

magistraturas locales (o el *ius adipiscendae civitatis Romanae per magistratum*)¹⁴⁴. El resto de características latinas no parecen claras en las fuentes, y esto probablemente se deba a que no existieron desde el punto de vista del derecho romano. La aparente indiferencia mostrada por los romanos se debe a que la práctica totalidad de los contenidos jurídicos de la latinidad provincial los aportaron las normas y tradiciones locales donde fue implantada. Se mantuvieron, por tanto, usos y costumbres locales lo que hizo innecesario, en muchos casos, que existiera una ley reguladora posterior.

Lo mismo ocurre con la condición municipal, a la que se le han atribuido exigencias que en principio no le serían propias. Cuando Roma concedía el *ius Latii* a una comunidad, reconocía los usos y costumbres que regulaban las relaciones en el seno de la *civitas*. Por tanto, los latinos mantuvieron sus estructuras sociales peregrinas y prácticamente en nada vieron modificada su posición respecto a la época anterior, con la excepción del *ius adipiscendae civitatis Romanae per magistratum*, cuyo acceso estuvo restringido, en la práctica, a los grupos de poder. Esto facilitaría la promoción de las élites que pasarían a ser ciudadanos romanos, generando en el seno de las comunidades dos grupos jurídicos diferentes. Para facilitar la conexión entre ambos, el *ius Latii* otorgó dos capacidades: el *ius commercii* y el *ius conubii* (García Fernández, 2001: 147-150 y 2010: 319; Roselaar, 2012 y 2013). Aunque entre la población latina las relaciones sociales y familiares siguieron reguladas por la tradición local, estas prerrogativas se incluyeron para permitir la relación jurídica con los ciudadanos romanos que irían alcanzando tal condición en sus *civitates* con el desempeño de magistraturas¹⁴⁵.

En definitiva, las dificultades que se han visto con relación a la implantación del *ius Latii* en el Noroeste quedan resueltas en gran medida cuando se desvincula el municipio latino del proceso urbanizador y se recuerda que los latinos carecen de especificidad jurídica, pues se siguieron rigiendo por las características propias de su comunidad local. Por este motivo, concluye García Fernández (2001: 146) “cabe

¹⁴⁴ El *ius adipiscendae civitatis Romanae per magistratum* como característica de la ciudadanía latina es recogido por Asconio (*Pis.* 3C), Estrabón (4, 1, 12), Apiano (2, 26) y Gayo (1, 96), al explicar las diferencias entre la latinidad mayor y menor. Además aparece recogido en el cap. 21 de las leyes de *Irni* y *Salpensa*.

¹⁴⁵ El caso de *Iulianus, princeps Zegrensium* de *Banasa* en Mauritania Tingitana, muestra claramente los problemas que arrastraba la ciudadanía romana en un contexto peregrino en época antonina, por lo que este personaje reclamaba la ciudadanía romana que a él se le había concedido también para su mujer e hijos (*AE* 1999, 1860). Incluso Chastagnol, firme defensor de la inexistencia de latinos, reconoció las dificultades de la convivencia de la ciudadanía romana y peregrina, por lo que introdujo el *conubium* como un *ius* añadido a la condición peregrina, de tal forma que “certes des peregrines jouissaient de sérieux avantages par rapport aux autres” (Chastagnol, 1990: 576).

esperar que haya tantos desarrollos latinizadores como ciudadanías locales. Y tanta *variatio* onomástica como tradiciones culturales”. Es posible entonces afirmar que si las comunidades del Noroeste se definieron por su carácter rural, tal y como muestra el registro, esta situación no tuvo por qué verse alterada con la concesión del Edicto de Vespasiano. No hay que perderse en discusiones terminológicas, sino centrarse en el carácter flexible del *ius Latii* y en su naturaleza administrativa. Así es posible mantener que el *ius Latii* transformó en municipios a las comunidades del Noroeste que, sin embargo, mantuvieron esquemas rurales (no urbanos) en su organización. No hay que pensar, por tanto, en un único modelo estereotipado hacia el que las comunidades avanzaron con más o menos éxito, sino en una diversidad de desarrollos condicionados por las formaciones sociales concretas.

Sintetizando la cuestión, existen profundas diferencias entre comunidades urbanas y rurales que van más allá de la simple monumentalización arquitectónica de los centros cívicos y que impiden conciliar el registro del Noroeste con los marcos urbanos. El funcionamiento de las comunidades urbanas se basaba en la existencia de unos grupos oligárquicos que actuaban como enlace entre Roma y los cuerpos cívicos locales y en unos mecanismos que servían de niveladores sociales dentro de estas comunidades (Plácido, 1983 y 1984). Los grupos dominantes, cargaban con los gastos de la vida urbana, mientras que gran parte de los ingresos locales eran desviados al Estado en forma de tributos (Vigil, 1973; Fernández Ubiña, 1978; Pereira, 2004: 555-566). Este continuo gasto (entre el que se incluye el fenómeno evergético, Melchor 1994 a y 1994b) actuaba como nivelador dentro de los grupos dominantes y justificaba que fueran los ricos los que controlaban el gobierno de la ciudad (Rodríguez Neila, 1975). A su vez, los grupos locales eran integrados en el sistema urbano a través de su representación en el gobierno local, formando un cuerpo cívico. Dichos cuerpos cívicos tuvieron una articulación censitaria (Grelle, 1963: 42; Lo Cascio, 2000: 205-219), pues a través de un recuento individual de la capacidad económica de los ciudadanos se repartían obligaciones tributarias (*munera*) y honores municipales (la capacidad de desempeñar un cargo o ingresar en el *ordo* dependía, por lo tanto, del nivel de renta, Muñiz, 1984-1985: 151-176). El municipio urbano no supone, por tanto, una simple adopción de ciertas magistraturas o rasgos arquitectónicos, sino que implica una forma específica de organización social. Las comunidades urbanas, así entendidas, no son transferibles al Noroeste (Pereira, 1995: 295), donde las formas de fundamentar el

poder político, el papel de campesinos y aristocracias y el uso de la propia tierra, tuvieron unas dinámicas diferentes.

Como ha explicado Sastre, en el Noroeste el sistema se basó en la intermediación de unos grupos de poder que no llegaron a constituirse en cuerpos ciudadanos urbanos (Sastre, 2001: 142). La clave reside en el papel que estos grupos dominantes locales iban a desempeñar al situarse como intermediarios entre Roma y los grupos productores, canalizando parte del excedente de producción en beneficio de Roma para cumplir con las exigencias tributarias (Sastre, 1999b y 2004c). Es decir, en estas comunidades rurales los impuestos se configuraron como los mecanismos de transferencia del excedente de la producción campesina y fueron canalizados por los grupos de poder locales (Deere y De Janvry, 1979). Esta argumentación parte de la definición de *agri per extremitatem mensura comprehensi* y de la puesta en marcha del sistema tributario tras la conquista (Orejas y Sastre, 1999; Sastre, 2001: 115 y en este trabajo *vid.* Cap. 2.1.4). Baste ahora recordar que el suelo así delimitado era entregado a la comunidad peregrina, generando un vínculo entre la comunidad y el suelo asignado. El Estado establecía una relación jurídica con este receptor (la comunidad) y no con individuos particulares. Por tanto, era el territorio definido *universus modus* el que poseía carácter tributario. La repartición de cargas por parte de Roma se establecía globalmente sobre esa comunidad, sin entrar en cómo se organizaban éstas entre sus miembros, ni en las formas de recaudarse ese tributo. Aquí entra el papel fundamental de los grupos de poder, que se posicionaron como los intermediarios necesarios para organizar ese tributo y canalizarlo a favor de Roma. Evidentemente su aparición y consolidación interesarían al Estado, quien se encargó de potenciar el surgimiento de desigualdades, al tratar de forma distinta a las diversas comunidades, como confirma el Edicto del Bierzo¹⁴⁶. Con ello y a partir de las desigualdades en la integración, se fueron transformando las relaciones sociales y se constituyeron los grupos dominantes. Este proceso está bien documentado en el registro a través del cambio radical que experimentó el paisaje rural con la conquista romana y del que ya se ha hablado sobradamente a lo largo de este trabajo. Lo que interesa destacar ahora es que la organización de este sistema giró, por una parte, en torno a las *civitates* como unidades

¹⁴⁶ En el documento se comprueba cómo Roma utilizó los privilegios fiscales de forma dirigida, favoreciendo a unas comunidades respecto a otras, lo que sin duda tuvo que favorecer el surgimiento de desigualdades (Orejas *et al.* 2000: 83).

territoriales para la explotación provincial y, por otra, en torno a las relaciones de desigualdad generadas en el seno de estas comunidades.

Sin embargo, ciertos mecanismos que operaron en las comunidades rurales, difieren de los esquemas que se han comentado en las comunidades urbanas. En estas últimas, la articulación interna de la ciudadanía se organizó en torno a los *munera* u obligaciones tributarias que se establecían conforme a recuentos censitarios municipales. En estos censos, elaborados periódicamente por los magistrados, se reflejaba la capacidad económica individual, de tal forma que también podían establecerse límites económicos para acceder a las magistraturas. Como se vio en el capítulo 8.2.3 esta organización censitaria difiere, entonces, de los esquemas de tributación del Noroeste, donde la imposición de cargas por parte de Roma se realizó globalmente, en función de las *civitates*.

La constatación arqueológica de este paisaje rural puede verse tanto en zonas mineras, como en otras donde los intereses estratégicos del Estado no fueron tan directos. En el capítulo anterior ya se comprobó la existencia de un poblamiento disperso, aunque jerarquizado, con la ausencia de capitales urbanas, donde existieron núcleos rurales de distinta importancia en los que sí se puede documentar, no obstante, la presencia de élites locales. Muchos de estos lugares más destacados se asociaron con el trazado viario y pudieron convertirse en núcleos importantes. Este aspecto enlaza con los llamados aglomerados secundarios con los que la historiografía ha definido toda una serie de asentamientos rurales de mayor entidad (Todd, 1970; Burnham y Wachter, 1990; Maurin dir. 1990; Massy, 1997; Aupert *et al.* 1998; Fiches dir. 2002). Algunos de estos asentamientos desempeñaron papeles centrales en la articulación del poblamiento rural e, incluso, contaron con ciertos elementos arquitectónicos tradicionalmente relacionados con contextos urbanos, tales como trazados hipodámicos o monumentalización de ciertos edificios. Sin embargo, estos elementos formaron parte de un poblamiento que fue eminentemente rural (con contadas excepciones como *Aquae Flaviae* o las capitales conventuales). La adquisición de cierta monumentalidad no debe ocultar el hecho de que carecen de ciertos elementos como las manifestaciones evergéticas, que la epigrafía es fundamentalmente votiva y funeraria (no honorífica¹⁴⁷) y

¹⁴⁷ La epigrafía honorífica es muy escasa. Hay algunos casos en Bande donde se ha encontrado una placa dedicada a Trajano (*AF* I² 591), en el entorno de O Burgo (Castro Caldelas) donde aparecen inscripciones a Adriano (*HEp* 2, 1990, 524) y Antonino Pío (*IRG* IV, 8) y, un poco más al norte, en San Juan de Camba, a Nerva (*CIL* II 4583a). También se han hallado dos inscripciones una a Adriano (*CIL* II 2516) y

que, a veces, es incluso difícil reconocer un único centro rector de la *civitas* que pudiera actuar como capital municipal. En casos como en la *civitas Limicorum*, origen de *M. Flavio M. f. Quirina Sabino* que alcanzó la dignidad del flaminado en *Tarraco* (*CIL* II 4215), se ha discutido sobre una supuesta doble capitalidad, porque no se documenta un núcleo claramente destacado que actuara de capital. Y lo mismo puede decirse de otras *civitates* analizadas en el capítulo anterior, como *Interamnium Flavium*, donde el poblamiento es disperso y no se ha localizado ninguna capital, o incluso *Bergidum Flavium*, *civitas* de la que también procedió un *flamen* de *Tarraco* (*CIL* II 4248) y dónde sólo es posible reconocer una zona marcada por la dispersión de yacimientos e inscripciones, que pudo actuar como rectora de la *civitas*. Así pues, lo que se detecta es una mayor jerarquización del poblamiento, con ciertos núcleos que parecen destacar (y que pudieron revestir cierta monumentalidad), pero caracterizado por la dispersión de asentamientos de diversa entidad, marcados por la ruralidad.

En sectores predominantemente agrarios, las informaciones desiguales y la escasez de excavaciones, hace que falten datos que permitan precisar más. A pesar de ello, cuando existen dataciones más precisas basadas fundamentalmente en la *TSH*, las cronologías llevan a la segunda mitad del siglo I y el siglo II d.C., lo que estaría indicando que este período se corresponde con una mayor densidad del poblamiento rural (Encinas y García Carrillo, 1992: 131-139; Regueras, 1996; Fernández Ochoa y Gil Sendino, 1999, 2007a y b, 2008; Fernández Ochoa *et al.* 2004 y 2007; Fernández Ochoa *et al.* eds. 2008).

En definitiva, desde la segunda mitad del siglo I y a lo largo del siglo II d.C., se profundizó en la jerarquización, pero esto no supuso la generalización de centros urbanos y el poblamiento siguió siendo rural. Es decir, en estos contextos la ciudadanía no se sirvió de los cauces propios de las comunidades urbanas para estructurar las relaciones sociales. Esto no equivale a decir que el *ius Latii* no tuviera en el Noroeste incidencia alguna, pero sí que hay que analizar su implantación teniendo en cuenta las características concretas que proyecta el registro.

Los cambios que se detectan arqueológica y epigráficamente lo que permiten es confirmar que el *ius Latii* propició una promoción selectiva de aquellos que desempeñaron magistraturas y adquirieron la ciudadanía romana. El despegue de ciertos núcleos puede relacionarse, al menos parcialmente, con estas promociones selectivas

otra a Antonino Pío (*CIL* II 2517) en la *civitas Limicorum*. En ningún caso se vinculan con cargos municipales. De hecho, el firmante de las dos últimas inscripciones es la *civitas Limicorum*.

que permitieron ahondar en la desigualdad. Y esta desigualdad se documenta tanto en el seno de la *civitas* (con el auge de algunos núcleos), como posiblemente entre *civitates*. Recordemos, brevemente, que en la segunda mitad del siglo I d.C. algunas *civitates* parecen alcanzar mayor proyección (*e.g. civitas Gigurrorum*) o incluso aparecen desde este momento (*e.g. Bergidum Flavium*), mientras que otras quedaron invisibilizadas en el registro (*e.g. Susarri y Lougei*), lo que puede estar señalando un desarrollo desigual de estas comunidades. Además de los procesos comentados en el capítulo anterior (el desarrollo local, sumado a una reordenación territorial flavia), es posible pensar que las promociones de ciertos grupos aristocráticos a la ciudadanía romana también se dejaron sentir en el registro de los núcleos y *civitates* que se desarrollaron con más fuerza desde finales del siglo I d.C. Por otro lado, como se verá a continuación, también es posible reconocer el impacto del Edicto de Vespasiano en la onomástica de estas poblaciones y ver cómo la ciudadanía tuvo importancia en la diferenciación social.

10.2. La promoción jurídica de las comunidades rurales

De acuerdo con esta visión, en el Noroeste, la concesión del *ius Latii* dio sanción jurídica a una desigualdad social ya existente y permitió profundizar aún más en la misma. El nuevo cauce de promoción a través de la adquisición de la ciudadanía *per honorem* permitió la creación de un nuevo cuerpo de ciudadanos romanos que se acogían a las normas del *ius civile* y aumentaban la brecha social. Su posición preeminente dentro de la *civitas* y su papel de representación (como intermediarios con el poder romano), quedaban reforzados por su condición jurídica de ciudadanos romanos. Esto amplificó el proceso de desarrollo de las élites que surgieron tras la conquista y fueron adquiriendo cada vez mayor proyección a lo largo del siglo I d.C., aspecto que se documenta en el registro.

10. 2. 1. El *ius Latii* y la articulación del poder a lo largo de los siglos I y II d.C.

La epigrafía puede ayudar a identificar a estos grupos desde época de Augusto, analizar las formas de representación que adoptaron y ver su evolución a lo largo del tiempo. En la primera mitad del siglo I d.C., y de acuerdo con el surgimiento y desarrollo de las desigualdades, se constata la adopción del hábito epigráfico en el Noroeste con todas las connotaciones sociales que la incorporación de este medio de

representación debió de tener (Sastre, 2001: 157-161)¹⁴⁸. Como ya se ha comentado previamente, la construcción de la *civitas* pasó por la configuración de grupos de poder locales, que expresaron sus posiciones a través de un lenguaje simbólico en el que se incluía la epigrafía votiva y funeraria (*vid.* Cap. 3.2.2). En esta primera etapa se encuentran algunas aras dedicadas a Júpiter Óptimo Máximo, divinidad asociada a la implantación del culto imperial en las provincias y máximo exponente del culto oficial en estos ámbitos (Olivares Pedreño, 2000 y 2009). Estas inscripciones son frecuentes en ámbitos oficiales como en Astorga, donde, de hecho, el culto a Júpiter se convirtió en la referencia más clara del poder imperial (Orejas y Alonso, 2013: 235). Pero además de estos ejemplos de contextos marcados por la administración romana, se encuentran ejemplos de culto a Júpiter en comunidades rurales. Buen exponente es El Bierzo, donde se localizan varias inscripciones consagradas a esta divinidad y que pueden ser fechadas en el siglo I d.C. En concreto hay un ara en San Román de Bemibre (*ERPL* 41) dedicada a *Iuppiter Optimus Maximus* y otra en San Andrés de Montejos (*ERPL* 46) consagrada a *Iuppiter* por el \supset *Queledini*. En Torre del Bierzo se encuentra una tercera inscripción (*ERPL* 47), consagrada a *Iuppiter Optimus Maximus Capitolinus* por *Caius Octavius*. Fuera del Bierzo, existe otro altar en Gijón, en San Tirso, Baones (*CIL* II 2702) consagrado a esta divinidad y uno más en San Vicente de Serrapio (*CIL* II 2697) dedicado por las colectividades de los *Arronidaeci* y los *Coliacini*. Estas inscripciones, ponen de manifiesto la relativamente temprana adopción de prácticas epigráficas difundidas por el ejército y la administración romanas en la primera mitad del



Imagen 76.- Inscripción con mención al *princeps Albionum*, localizada en Vegadeo, Asturias (*ERA* 14). Fuente: Rodríguez Colmenero.

¹⁴⁸ La práctica epigráfica es adoptada por los habitantes del Noroeste tras la conquista, a través de los representantes del poder imperial en el territorio (aparato administrativo-militar), que son quienes la dan a conocer (Pereira, 1995: 294). En este contexto, en el cual se estaban conformando los grupos de poder locales, la epigrafía se convertirá en pieza clave de diferenciación social y refuerzo de la posición preeminente de estas élites emergentes (Sastre, 2004b: 15ss y 2007: 1319ss). Para mayor desarrollo de estas cuestiones *vid.* Cap. 3.2.2.

siglo I d.C. En la mayoría de los casos, se trata de dedicatorias colectivas, donde son comunidades las que realizan el voto, pero es posible que tras estas colectividades se encontraran grupos de poder que empezaron a destacarse en sus *civitates* y que tomaron el lenguaje del dominador, mostrándose afines a los conquistadores. En otros casos las inscripciones fueron consagradas a divinidades con nombre indígena, como la consagrada a *Deae Cenduediae* (ERPL 4) de San Esteban del Toral en León, dedicada por los *castellani*. Sin embargo, tanto el soporte, como la fórmula, como la motivación política que llevó a los miembros del *castellum* a dedicar esta inscripción, se sitúan en el mismo contexto postconquista en el que se fueron formando grupos de poder locales que adoptaron formas de representación romanas, y no en una supuesta pervivencia de prácticas religiosas prerromanas.

No todo fueron inscripciones colectivas y, en algunos casos, la epigrafía recoge individuos de onomástica peregrina de los que existen varios ejemplos, como es el caso de *Eburia Calveni f(ilia)*, localizado en Andiónuela, Santa Colomba de Somoza, León (ERPL 153); *Bodocena Aravi f(ilia)*, de Villaverde, Belmonte de Miranda. Asturias (HEp 5, 1995, 39); o *Festus Lovesi f(ilius)* hallado en Cacabelos (ERPL 158), León, a los que se podrían añadir otros casos. Se trata de inscripciones funerarias con menciones a \supset /*castellum* del Noroeste, que pueden asociarse con lugares territoriales destacados, con los que se vincularían los grupos de poder de las *civitates*, cuestión que se trató en profundidad en el capítulo precedente (vid. Cap. 9.1.1).

En algunas ocasiones es posible comprobar cómo algunos individuos adquirieron gran proyección. De esta forma se pueden leer diversas menciones a *principes* que se han documentado en el Noroeste.

ERA 14. Vegadeo. Asturias.

Nicer / Clutosi / c(enturia) Cari/aca / princi/pis Al/bio/un/m an(norum) / LXXV / hic s(itus) est

CIL II 2585. Lugo.

Vec]ius Verobili f(ilius) prince[ps---] / Cit(---) (castellum) Circine(nsi) an(norum) LX / [---]o Veci f(ilius) princeps co[rporum(?)] / ---] h(ic) s(iti) sunt heredes sib[i] / f(aciendum) c(uraverunt)

ERPL 374. Peñacorada. Valmartino. Cistierna. León.

Dovider/us Ampa/rami f(ilius) pr/inceps Ca/ntabroru/m h(ic) s(itus) e(st) De/obrigi f(ili-ecerunt?) p(osuerunt) / m(onumentum)



Imagen 77.- Inscripción de *Vecius Verobili f. princeps*, localizada en Lugo (CIL II 2585). Fuente: Rodríguez Colmenero.

Como se observa en ellas, *Nicer Clutosi f.*, *Vecius Verobili f.* y *Doviderus Amparami f.* presentan una onomástica peregrina. De acuerdo con Rodríguez Neila (1998: 117-118) “en la terminología política romana, *princeps* es un título genérico sin estricto sentido jurídico, indicativo de quienes poseen rango social elevado”. Sería usado entonces para definir a los notables locales de estas comunidades. En este sentido, la inscripción de Peñacorada es significativa al recoger a una colectividad como dedicante: los *Deobrigi*. Este grupo se ha comparado con los *Arganticaeni* de la inscripción de los *Luggoni* (ERA 11) localizada en Grases (Villaviciosa, Asturias) y en la que esta colectividad dedica un monumento funerario a un individuo [...] *ovio Tabalieno*, de acuerdo con nuevas lecturas (González y Marco, 2009; Orejas y Alonso, 2013; Orejas y Fernández Ochoa, en



Imagen 78.- Inscripción con mención al *princeps Cantabrorum* localizada en Peñacorada (ERPL 374). Fuente: Mangas y De Martino (1997).

prensa)¹⁴⁹. En ambas inscripciones, un grupo dedica colectivamente una inscripción funeraria a un difunto, lo que parece indicar que dicho difunto fue un personaje que ejercía un papel destacado en ese grupo. Por lo tanto, detrás de estas menciones a *principes*, se encuentran miembros de los grupos de poder locales que se fueron constituyendo tras la conquista¹⁵⁰ y que adquirieron cierta relevancia en sus comunidades.

La epigrafía de este período define, por lo tanto, un momento muy dinámico, en el que se fueron fraguando las relaciones desiguales tanto entre personajes locales, como en el caso del *princeps*, como entre indígenas y la administración romana (Sastre, 2001: 176-186). Los pactos de hospitalidad y patronato son un reflejo de estas relaciones sociales establecidas (Sastre, 2010a: 157)¹⁵¹. Por otro lado, también el caso del Edicto del Bierzo es paradigmático, pues sirve para entender cómo Roma intervino en las *civitates* del Noroeste favoreciendo la desigualdad entre ellas a través de la imposición de un tributo (Orejas *et al.*, 2000: 63ss). Algunos de estos documentos hacen referencia a las unidades organizativas (*gentes*, *gentilitates*, *cognationes*), las cuales deben de ser incluidas también en este contexto de definición de relaciones políticas tras la conquista. Sobre estas unidades ya fueron adelantados algunos aspectos en el capítulo anterior, sobre todo para desvincularlas del mundo prerromano y ubicarlas en el plano de relaciones sociales que surgieron tras el dominio de Roma y que estuvieron marcadas por la desigualdad (*vid.* Cap. 9.1.1). Ahora se retoma esta cuestión, puesto que resulta interesante resaltar cómo estas unidades organizativas

¹⁴⁹ La lectura propuesta sería [...] + *ovi/o Tabal/iaeno/ Luggo/ni Argan/ticaeni/ haec mo(numenta)/ possierunt*. El término *monumentum* hace generalmente referencia a un monumento funerario. Se trataría, por tanto, de una dedicación funeraria de una colectividad, los *Luggoni Arganticaeni*, a un individuo con dos nombres en dativo: el primero de ellos incompleto y el segundo, Tabalieno.

¹⁵⁰ Algunos autores han defendido, sin embargo, un carácter prerromano de estos *principes* (Rodríguez Neila, 1998; García Quintela, 2002: 43), como continuación de las supuestas jefaturas militares existentes antes de la dominación de Roma (Pitillas, 2003: 82-83). Obviando que no sólo la lengua o el soporte son romanos, el ritual y la motivación política que existe tras la construcción de una estela, indican que se han adoptado prácticas romanas. El simple hecho de costear un epígrafe funerario a un personaje destacado de la comunidad, rompe radicalmente con las prácticas del mundo prerromano, las cuales, por lo demás, son bastante desconocidas.

¹⁵¹ Se trata de unos pactos que tuvieron sentido en un contexto en el que se fueron articularon relaciones sociales nuevas, que nacieron de la reorganización de territorios y poblaciones conforme a las exigencias imperialistas y que por tanto definieron relaciones sociales radicalmente diferentes a las prerromanas. A este primer grupo, datado en el gobierno de Augusto, pertenecen la *Tabula Lougeiorum* (1 d.C., Balbín, 2006: 49); Pacto de Paredes de Navas (2 d.C., texto de *tabula* en *tessera*, Balbín, 2006: 51); Pacto de Paredes de Navas sin datación (Balbín, 2006: 52), pactos de Monte Murado (7 y 9 d.C., Balbín, 2006: 46 a y b) y pacto de Herrera de Pisuerga (texto de *tabula* en *tessera*, datado el 1 de agosto del 14 d.C., poco antes de la muerte de Augusto, Balbín, 2006: 53). Algo posteriores, bajo el gobierno de Tiberio, se incluyen el primer Pacto de los Zoelas (Balbín, 2006: 48), el Pacto de El Picón (Sastre y Beltrán eds. 2010) y el Pacto de El Caurel (Balbín, 2006: 50).

articularon las tramas de poder y las relaciones políticas que se establecieron desde la conquista y que se mantuvieron años después de la concesión del *ius Latii*.

Probablemente el mantenimiento de las unidades organizativas se debiera a que hacen referencia a términos que no pueden reducirse a categorías jurídicas o de análisis social. En algunos casos, el término *gens* funciona como sinónimo de *civitas*. Así parece confirmarlo la primera parte del Pacto de los Zoelas (*CIL* II 2633; Santos Yanguas, 1985: 11; González, 1997: 72), donde se habla del pacto renovado entre la *gentilitas* de los desoncos y la *gentilitas* de los tridiavos, ambas pertenecientes a la *gens* de los *Zoelae*¹⁵². También, en este sentido, puede leerse el Edicto del Bierzo, que recoge a los *castellani Paemeiobrigenses ex gente Susarrorum* y a los *castellanos Aliobrigiacinos ex gente Gigurrorum volente ipsa civitate eosque* (*HEp* 7, 1997, 378; Sánchez-Palencia y Mangas coords., 2000: 11-14). Sin embargo, en otros casos, las *gentes* parecen formar parte integrante de la *civitas*, como señala el segundo Pacto de los Zoelas (González, 1994: 156-159 y 1997: 74-80; Sastre, 1998a: 53-54), en el que desoncos y tridiavos reciben en clientela a tres individuos: *Antonius Arco*, de la *gens* de los visaligos, *Flavius Fronto* de la *gens* de los cabrugenigos, ambos *Zoelae* y a *Sempronius Perpetuus, Orniacus* de la *gens* de los avólgigos. Es decir, los individuos pertenecen a *civitates* que no tienen correspondencia con su *gens*. No debe pasar desapercibido que entre la firma del primer pacto con fecha conocida, en el 27 d.C. y el segundo, en el 152 d.C., transcurrió más de un siglo, en el que pudo tener lugar algún cambio en el territorio de la *civitas Zoelarum*¹⁵³, pero lo que parece evidente es que no siempre *gens* y *civitas* fueron sinónimos. Esto también lo confirman las inscripciones como la hallada en Santo Tomás de Collía, Parres (*CIL* II 2707), donde aparece *Bovecio Bode(ri?) cives Org[e]nomesco ex gente Pembelorum*, es decir un personaje de la *civitas* orgenomesca, pero perteneciente a una *gens* distinta, la *Pembalorum*. Por último, en otras ocasiones, la *gens* definiría a grupos que trascenderían la propia *civitas*, como en el caso de la *gens* de los *astures*, recogida en la descripción de los episodios de la conquista que proporciona Floro (2, 33, 46); o en las menciones *ex gente*

¹⁵² La inscripción recoge, en realidad, tres pactos: el más antiguo de todos, al que se refiere el texto como *hospitium vetustum antiquom*, se efectuó en un momento anterior al 28 de abril del año 27 d.C., fecha en la que se llevó a cabo el segundo de los pactos. Éste fue a su vez renovado en un tercer pacto el 11 de julio del año 152 d.C., momento en el que se realizó la inscripción.

¹⁵³ En este sentido apunta la tesis de Beltrán, quien propone un cambio en el límite de la *civitas* (Beltrán, 2016: 319ss). Basándose en datos arqueológicos y epigráficos, el autor considera que la *civitas Zoelarum* se situaría en torno a Castro de Avelãs, mientras que las zonas de Mogadouro, Miranda y Aliste, quedarían englobadas dentro del territorio de otra *civitas* diferente cuyo nombre no se ha conservado.

Cantabrorum recogidas en unas inscripciones de *Tarraco*¹⁵⁴. La primera (*CIL* II 4233) hace referencia a una flaminica de la *Hispania Citerior*, *Paetinia Paterna*, cluniense y perteneciente a la *gens Cantabrorum*. El dedicante de la inscripción, su marido, se define, a su vez, como intercatiense *ex gente Vaccaeorum*. La segunda (*CIL* II 4192) está dedicada a *Caius Annius Flavus*, de la tribu *Quirina*, que se presenta como *Iuliobrigense ex gente Cantabrorum*. En ambos casos se advierte la pertenencia a una *gens* cuya dimensión supera la de la *civitas*. Así pues, el término *gens* serviría para definir colectividades más o menos amplias, que se fueron trabando con las relaciones de poder desde la conquista.

***CIL* II 2707. Santo Tomás de Collia, Parres, Asturias.**

M(onumentum) p(ositum) d(ibus) M(anibus) / Bovecio Bode(ri?) / cives Org(e)nom(escus) / ex gent(e) Pemb/elor(um) vivu(s) ann(or)um / LV posuit / aera CXV

***CIL* II 4233. Tarragona.**

Paetinae Pa/ternae Paterni / fil(iae) Amocensi Cluniens(i) / ex gente Cantabro(rum) / flaminic(ae) p(rovinciae) H(ispaniae) c(iterioris) L(ucius) An/tonius Modestus / Intercat(iensis) ex gente / Vaccaeor(um) uxori pi/entiss(imae) consent(iente) p(rovincia) H(ispania) c(iteriore) s(ua) p(ecunia) f(ecit)

***CIL* II 4192. Tarragona.**

C(aio) Annio L(uci) f(ilio) / Quir(ina) Flavo / Iuliobrigens(i) / ex gente Canta/brorum / provincia Hispa/nia citerior / ob causas utilita/tesque publicas / fideliter et con/stanter defensas

De forma similar pueden ser entendidas las *gentilitas*, que para algunos autores (e.g. Beltrán Lloris, 1994: 91), han servido para definir, junto con la *gens*, estructuras familiares. Estas *gentilitates*, sin embargo, apenas aparecen mencionadas en la epigrafía. Aparte de en el Pacto de los Zoelas, se mencionan en una inscripción de Cáparra (*CIL* II 804) y en otra descubierta recientemente en Castelo Branco (*HEp* 13, 2003–2004, 867), a las que hay que añadir un posible testimonio en Cerezo, Cáceres (*HEp* 18, 2009, 77). Es indudable que las relaciones de parentesco pudieron ser la base sobre las que se articularon este tipo de organizaciones (González, 1986: 112-113), pero su mantenimiento a lo largo del tiempo (al menos durante 125 años como muestra el Pacto de los Zoelas) y su papel a la hora de definir relaciones de carácter político, hace pensar que tuvieron una dimensión más amplia que trascendió la familiar (Sastre,

¹⁵⁴ No sólo en *Hispania*, también en otros lugares se utiliza el término en este sentido. Así, por ejemplo, es ilustrativo el Trofeo de los Alpes de Augusto (7-6 a.C.), localizado en el paso alpino de La Turbie y que conmemora la sumisión de 45 pueblos alpinos (*gentes alpinae*) (Formigé, 1949).

1999b: 354)¹⁵⁵. En cualquier caso, tanto *gens* como *gentilitas*, son términos amplios y genéricos que definieron una serie de relaciones político-sociales, pero que no pueden ser convertidos en categorías jurídicas, probablemente porque nunca tuvieron contenido en este sentido.

CIL II 804. Oliva de Plasencia. Cáceres. <i>Di{i}s Laribus / Gapetico/rum gen/tilitatis</i>	HEp 13, 2003–2004, 867. Monte de São Martinho. Castelo Branco. <i>Boutius Pelli · f(ilius) / h(ic) · s(itus) · e(st) · s(it) · t(ibi) · t(erra) · l(evis) · gent(ilitas) · I[l]/aesuriorum [·f(ecit)]</i>
HEp 18, 2009, 77. Cerezo. Cáceres <i>[P]r(o) · gent(ilitate) [- - -]/ntobi(orom?) Aran[ti]/o Niaetre/o Avelius</i> <i>And/erci (filius) v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)</i>	AE 1991, 1046. Gijón. <i>Medugenus C(a)esar/onis sibi et f(ilio) Rut/ilio annorum VX(!)/ ex gent{t}e Cilur/nigorum</i> Beltrán, 2016: 79 <i>Medugenus C(a)esar/onis sibi et f(ilio) Rut/ilio annorum VX(!)/ ex gent(ili)t(at)e Cilur/nigorum</i>

En un contexto inicial, en el que se fueron conformando élites locales, es perfectamente posible que las unidades organizativas definieran tramas de poder que, evidentemente fueron evolucionando y entretejiendo relaciones más amplias y complejas con el tiempo. Esto explicaría por qué se mantuvieron vigentes menciones a unidades organizativas en el segundo Pacto de los Zoelas del año 152 d.C.

Sin embargo, aunque estas relaciones políticas no desaparecieran, se documentan ciertos cambios en la epigrafía de finales del siglo I d.C. y el siglo II d.C., algunos de los cuales pueden relacionarse con el impacto del *ius Latii*. En primer lugar, la aparición del nombre de los dedicantes en las inscripciones se hace más frecuente, aunque todavía se encuentran epígrafes en los que los firmantes son colectividades. Este es el caso de la



Imagen 79.- Ara a Fortuna Balneari por T. Pompeius Peregrinianus (CIL II 2701). Tremañes, Gijón. Fuente: *Hispania Epigraphica*

¹⁵⁵ La interpretación de estas organizaciones como grupos de parentesco fue defendida por González (1986: 112–113), quien además las jerarquizó según su tamaño, así los genitivos de plural representarían la unidad parental mínima o lo que es lo mismo, la familia extensa y sería equivalente a la *cognatio*, mientras que las *gentilitates* serían unidades más extensas ligadas por aspectos comunes, descartando además que se tratase de términos equivalentes o que uno diese paso a otro en fases diferentes (González, 1994: 157), siendo finalmente las *gentes* la suma de varias de esas *gentilitates*.

La definición de una *gentilitas* como conjunto de *cognitiones* es también defendida por Alarção (1999: 10), quien le otorga además una adscripción territorial, hubiese o no una relación consanguínea formada a partir de un antepasado común, haciendo equivaler este término con el de *natio*, utilizado en una inscripción de Santo Estêvão, Sabugal (AE 1984, 483).

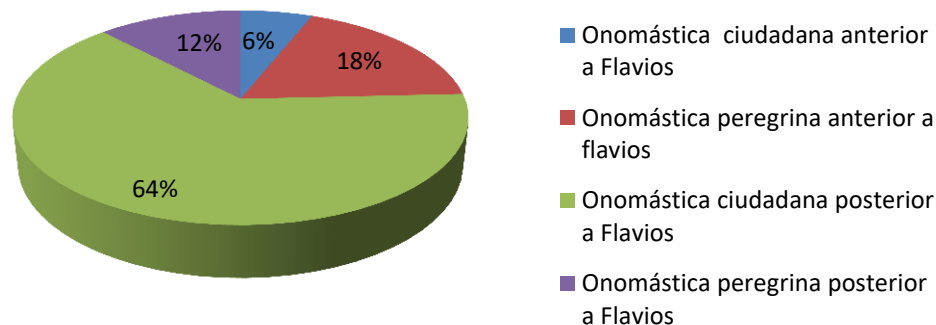
Esta equiparación entre *gentilitates*, genitivos de plural y *cognitiones* fue defendida ya por Albertos (1998: 25), basándose en la Tabula de Montealegre, uno de los dos únicos documentos que registran, de manera incontestable, el término *cognatio*.

civitas Limicorum, quien dedica unas inscripciones a Trajano y Antonino Pío (*CIL* II 2516 y *CIL* II 2517) en Nocelo da Pena, Sarreaus, Ourense, que pueden ser entendidas como manifestaciones colectivas de lealtad al emperador (fenómeno, por otro lado, frecuente en ámbitos romanos como unidades militares y *collegia* que también recurrieron a inscripciones colectivas).

En el caso de las inscripciones en las que se recoge el nombre de los dedicantes, se documenta un incremento de los individuos que portan *dua nomina* o *tria nomina*, frente al predominio de onomástica peregrina en el período anterior (*vid.* **Fig. 16**).

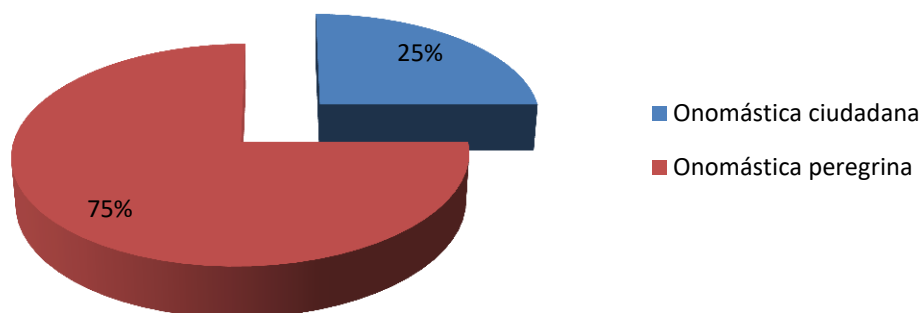
Algunas veces los individuos consagraron altares a divinidades del panteón romano, como las ninfas o los Lares (*e.g.* *AF* I² 150). También hay casos de aras dedicadas a Júpiter Óptimo Máximo, como el consagrado por *Q. Maenius Asiaticus* en Bande (*AF* I² 22)¹⁵⁶ y el conjunto localizado en Xinzo de Limia, y consagrado por *Lucius Bassus* --- (*AF* I² 34), *Lucius Enicus Rufini* (*IRG* IV, 67), *Septimius Reburus* (*AF* I² 34) y *Quadratus Cassinus* (*AF* I² 38). Otros casos son altares dedicados a divinidades como Mercurio (*ERPL* 50) por *Fl(accus? avus?)* en Ponferrada, la Tutela Bolgense (*ERPL* 26) por *Claudius Capito* en La Edrada (Cacabelos), o la Fortuna Balnearia (*CIL* II 2701) por *Titus Pompeius Peregrinianus* en Fuente de la Mortera, Tremañes, Gijón, individuo cuyo *cognomen* quizá esté aludiendo a su situación jurídica anterior.

a. Total fórmulas onomásticas



¹⁵⁶ En dos ocasiones Júpiter aparece además formando parte de la Tríada Capitolina en Astorga (*ERPL* 39 y 40). Las inscripciones de esta divinidad aparecen también en otros ámbitos relacionados con la gestión directa por parte del Estado, como los mineros. En concreto en el conjunto de Villalís de la Valduerna-Luyego de Somoza- Priaranza de la Valduerna, donde se localizan varias aras votivas consagradas por militares y miembros de la administración a esta divinidad ((*ERPL* 63-68, 70-72, 79 y 80). También las inscripciones de Tresminas-Jales están dedicadas por militares a Júpiter (*CIL* II 2389; *HEp* 7, 1997, 1259; *AE* 1980, 582). Tanto los testimonios de la Valduerna, como los de Tresminas, están datados en el siglo II d.C.

b. Fórmulas onomásticas preflavias



c. Fórmulas onomásticas postflavias

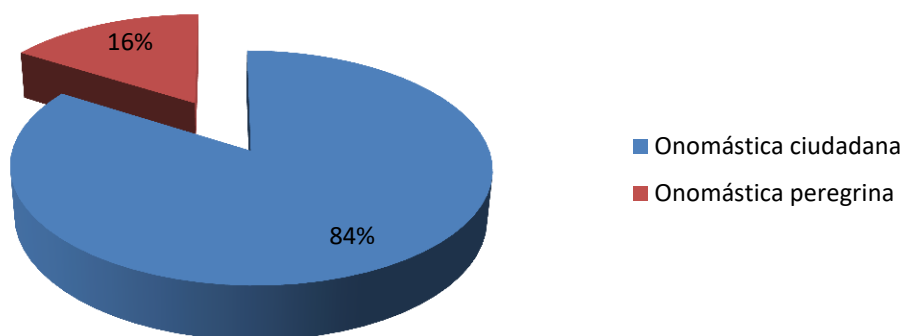


Figura 16.- Porcentajes de inscripciones con fórmulas ciudadanas (*dua nomina* y *tria nomina*) y peregrinas con anterioridad y posterioridad al periodo flavio en El Bierzo (inicios siglo I- inicios siglo III d.C.). No se han incluido las inscripciones con datación dudosa.

En otros casos, los individuos dedicaron altares a divinidades con nombres indígenas, de las que aparecen varios ejemplos. Uno de ellos es el ara de Mandica, consagrada por *Lucius Pompeius Paternus* (ERPL 21) de onomástica ciudadana y localizada en Ponferrada. A este se le pueden sumar las dos aras dedicadas a Reve en Xinzo de Limia: una de ellas consagrada a *Reve Abadaego Arcuniuu* por *Silvanus* (AF I² 115) y otra a *Reve Veisuto* por *Peregrinus Apri f(ilius)* (IRG IV, 93), ambos con onomástica peregrina.

Por su parte, la inscripción a Tileno consagrada por *Q. Iulius Tiro* y hallada en Viloiira, O Barco de Valdeorras (AF I² 130), no remite de forma clara a un contexto indígena. Su localización, en una región marcada por las explotaciones mineras cercanas, ha llevado a asociar a esta divinidad con el topónimo de la sierra del Teleno que domina la zona minera, considerándolo un dios indígena, que enlaza con el pasado prerromano. Esta misma deidad aparece en una plaquita de plata con letras incrustadas en oro hallada en Los Villares (Quintana del Marco, León) y datada en el siglo II d.C. (ERPL 22). Sin embargo, este carácter local de Tileno ha sido discutido (Orejas y Alonso, 2013). El



Imagen 80.- Ara votiva dedicada a Mandica por *L. Pompeius Paternus* y hallada en Ponferrada (ERPL 21). Fuente: *Hispania Epigraphica*

argumento de la toponimia es inconsistente, pues existen otras inscripciones en otros puntos del Imperio que mencionan a esta divinidad, como es el caso del Apolo Tileno de Lidia, que recogió Mangas (1996: 487) proponiendo un origen minorasiático para este dios. Por otra parte, las inscripciones no remiten necesariamente a contextos indígenas. Esto es evidente en el caso de la placa de Los Villares, donde el contexto arqueológico remite a un asentamiento rural, ocupado tempranamente (a juzgar por la presencia de *TSI*) y relacionado con militares (como confirman los hallazgos de ladrillos con la marca *L VII*, Morillo y Salido, 2013: 320)¹⁵⁷. Todo ello lleva a replantear esa vinculación entre Tileno y contextos indígenas.

Además de estos ejemplos, destaca el conjunto de inscripciones dedicadas al dios Cosus, de las que existen varios casos localizados en El Bierzo. Los votos a esta divinidad fueron hechos por *L. Aurelius Fronto* (ERPL 11) o *C. Iunius Silanus* (ERPL 15), individuos con *tria nomina*, a los que hay que añadir a *Flavinus Flavi f.* (ERPL 8) y *Flavus Turoni f.* (ERPL 10), de onomástica peregrina. Junto a estas inscripciones, en Folgoso de la Ribera, un militar de la *legio VII* aparece también dedicando a esta

¹⁵⁷ También en Los Villares se ha localizado un anillo de oro que presenta tres letras grabadas, probablemente un *tria nomina* (HEp 3, 1993, 244).

divinidad (ERPL 14). Sobre Cosus existe abundante bibliografía (e.g. Prósper, 2002; Brañas, 2007; Olivares, 2002: 158ss y 2007; García Fernández Albalat, 1990; Búa, 2003: 167-178; Orejas y Alonso, 2013: 20ss). Sin embargo, a pesar del nombre indígena de la divinidad, estas inscripciones poco tienen que ver con el mundo prerromano, pues tanto su soporte, como el formulario, como el propio nombre de los dedicantes, remiten a un contexto plenamente romano.

Por otra parte, prestando atención a la onomástica se comprueba que tras estas inscripciones se documentan los grupos de poder que en la primera mitad del siglo I d.C. se habían manifestado, bien a través de dedicatorias colectivas, bien a través de nombres de onomástica peregrina. Ahora, en cambio, la onomástica ciudadana parece más frecuente, con las estructuras bimembres o trimembres, lo que no excluye el mantenimiento de algunos nombres únicos más filiación (*Flavinus Flavi*, *Flavus Turoni*). Es posible vincular este fenómeno con la promoción jurídica, que permitiría, a los nuevos ciudadanos latinos, portar esta onomástica ciudadana. Esto explicaría la abundancia de *dua nomina* y *tria nomina* a lo largo del siglo II d.C. e indica que el *ius Latii* tuvo impacto entre estas poblaciones. En paralelo, el mantenimiento de nombres únicos puede estar indicando un uso onomástico diferenciado, en el que las familias más destacadas de la *civitas* se representarían con estructuras onomásticas ciudadanas, frente a aquellas menos preeminentes, que mantendrían estructuras onomásticas peregrinas. No se trata entonces de un diferente grado de romanización, como se ha mantenido en ocasiones (*vid. supra*), sino de un proceso de jerarquización social más acusada, donde los grupos de poder más preeminentes y quizá más cercanos al poder romano, materializaron su presencia mediante onomástica ciudadana (bimembre o trimembre). En este sentido, la promoción jurídica se convertiría en un rasgo más de diferenciación social utilizado por la élite y el nombre propio se emplearía, como parte del lenguaje de poder, para reconocerse como parte de una familia aristocrática.

Lamentablemente resulta infructuoso rastrear a estas familias promocionadas pues, en primer lugar, el conjunto de inscripciones para la mayoría de las zonas del Noroeste no es muy elevado, por lo que es difícil realizar un estudio sobre familias significativo; y en segundo lugar, porque la mayoría de las filiaciones son muy frecuentes, por lo que no es posible relacionarlas con una familia en concreto. Así, en el Noroeste aparecen mayoritariamente *Flavii*¹⁵⁸, *Claudii*¹⁵⁹, *Aurelii*¹⁶⁰, *Iunii*¹⁶¹, *Iulii*¹⁶²,

¹⁵⁸ Documentados en El Bierzo desde finales del siglo I d.C. en varias inscripciones: *Flavia Fl.* en la dedicatoria de la Edrada (ERPL 16), *T. Flavius ¿miles leg. VII?*, en la inscripción de Santa Eulalia en el

*Pompeii*¹⁶³..., sin que sea posible determinar si formaron parte o no de familias locales promocionadas. Lo que sí se observa en estas inscripciones, es que hay un claro predominio de *tria nomina* (e.g. *L. Pompeius Paternus*, ERPL 21; *C. Iunius Silanus*, ERPL 15; *L. Aurelius Fronto*, ERPL 11...) e incluso la aparición de un individuo con indicación de tribu: *M. Iunio Quirina Robusto* (CIL II 2566), que es posible asociar a círculos de poder romanos o a grupos de poder locales, quizá promocionados a la ciudadanía romana a través del *ius Latii*. La ciudadanía se convirtió entonces en una herramienta de la élite para marcar su posición social. Sin embargo, esto no supuso una desarticulación del entramado político sobre el que habían fundamentado su poder. Al menos así lo confirman algunos documentos fechados en el siglo II d.C. y que permiten ver el papel de las élites. Este es el caso de la renovación del año 152 d.C. del Pacto de los Zoelas, al que ya se ha hecho referencia, y que muestra el mantenimiento y la ampliación de las relaciones políticas entre varias comunidades locales. En concreto, en este pacto se ampliaba el número de individuos que se acogieron al anterior, al incorporar a tres nuevos individuos, uno de ellos orniaco y de las *gentes* de los avoligios y otros dos zoelas, de la *gens* de los visaligos y de los cabruagenigos.

Un paralelo al Pacto de los Zoelas lo representa la *tabula* de Montealegre, en la provincia de Valladolid (HEp 1, 1989, 645), en la que se registran las relaciones aristocráticas entre la *cognatio Magilancum* y el senado y el pueblo caucenses. El documento, fechado el 3 de octubre del 134 d.C., renueva un pacto anterior de fecha incierta.

Valle y Tedejo (ERPL 13); *Flavius Flavi f.* en Noceda (ERPL 8) o *Flavius Turoni f.* en San Esteban del Toral (ERPL 10). También aparecen unos *Flavii* en Astorga desde mediados del siglo II d.C. (CIL II 2633; IRPL 108) y en La Milla del Río, Carrizo de la Ribera (CIL II 2636).

¹⁵⁹ Se documenta en El Bierzo occidental (*Cl(audia) Accula Zoela* y *Cl(audius) Sergius* ERPL 141; *Claudius Capito* en ERPL 26).

¹⁶⁰ En Cacabelos (*Aur(elio) Paterno Caesariano* en ERPL 127), Arlanza (*L(ucius) Aur(elius) Fr(onto)* en ERPL 11) y Bembibre (*Aurelius Cres...* en ERPL 84), así como en otras de Zamora (*Frontoni Aureli f.* en CIRPZa 290), Lugo (CIL II 2582; IRPLu 4) y León, como soldado de la *legio VII* (*Aurelius Fronto* en CIL II 5681).

¹⁶¹ En Santibáñez del Toral, (*C. Iunius Silanus* en ERPL 15) y en Xinzo de Limia (*M. Iunio Quir(ina) Robusto* y *Iunius Montanus* en CIL II 2566 y *Iunia Avita* en un altar consagrado a Cibeles, Rodríguez González, 2006) además de en Tarraco, donde existe un *flamen* lanciense que porta este gentilicio (*L. Iunio Blandi filio Quirina Maroni Aemilio Paterno* en CIL II 4223).

¹⁶² En El Valle y Tedejo (*M. Iulius Paternus* en ERPL 14) y en un *flamen* con posible *origo Asturicensis* (*C. Iulio Cai f. Quirina Fido* en CIL II 5124).

¹⁶³ El nombre se documenta en Ponferrada (*L. Pompeius Paternus* en ERPL 21) y también en León, donde encontramos a *Pompeius Paternus*, hijo de *Licinia Marcella* (ERPL 221).

L(ucio) Iulio Urso Serviano III Publio / Vivio(!) Varo co(n)s(ulibus) V Nonas Octobres / Granius Silo et Aemilius Sapienus et / Iulius Proculus tesseram hospita/lem pro meritis Elaesi Ottae Aii / filii nomine cognationis Magi/lancum Amallobrigenses Cab/rumuria et Paligo renovarunt / cum senatu populoque Caucen/sium in perpetuum sibi liberis / posterisque omnibus eorum / per legatos / M(arcum) Valerium Lentulum Ilvirum / et Lucium Sempronium Quadratum

La *tabula* de Montealegre documenta dos pactos realizados en momentos históricos distintos: el primero de ellos posiblemente en el período de articulación de las relaciones de los grupos de poder en el seno de la *civitas*, y el segundo de ellos en el siglo II d.C., cuando dichas relaciones de poder, que ya estaban perfectamente definidas, experimentaron algún tipo de reajuste. De forma similar, mientras que el primer pacto de fecha conocida de los zoelas se enmarca dentro del proceso de definición de las nuevas relaciones provinciales en las primeras décadas del siglo I d.C., el pacto del siglo II d.C., recoge un cambio en unas relaciones consolidadas desde hace décadas. Estos cambios aparecen reflejados en la redacción de ambos pactos. Mientras que el primer pacto se firmó en Curunda, núcleo posiblemente perteneciente a la *civitas* zoela¹⁶⁴, el pacto del siglo II d.C. fue sellado en Astorga y en él se ampliaba el número de individuos, los cuales se relacionaban además con otras comunidades (aparte de zoelas, también orniacos). La onomástica de los firmantes es claramente ciudadana (*dua nomina*) y el pacto fue ratificado por dos individuos con *tria nomina*. Estos datos permiten confirmar la centralidad de *Asturica Augusta*. Es posible pensar que al afectar a dos *civitates* distintas (en vez de exclusivamente a la zoela como en el pacto anterior), el documento debía ser firmado en la capital conventual. Los grupos de poder habían superado en este período el marco de la *civitas Zoelarum*, al incluir a los orniacos dentro del pacto. Mientras que el pacto del 27 d.C. documenta el proceso de definición de los grupos de poder dentro de la *civitas* peregrina recientemente constituida, el pacto del año 152 d.C., hace referencia a la relación entre grupos de poder ciudadanos de *civitates* distintas en un contexto social diferente. Se trata de unas élites aristocráticas que en esta época han superado el marco territorial de sus *civitates* locales.

¹⁶⁴ Lo cierto es que se desconoce el tipo de asentamiento y la localización a las que correspondería *Curunda*. Se ha querido identificar con el yacimiento de Castro de Avelãs, partiendo del hecho de que en esta localidad se documentó el ara al dios Aerno dedicada por el *ordo Zoelarum* y se ha supuesto que sería el lugar central de los zoelas, puesto que allí se firmó el pacto que implicaba a diferentes comunidades de la *civitas* (Santos Yanguas, 1983: 101–102).

Existe otro segundo pacto fechado en el siglo II d.C. y que muestra cómo en paralelo, se articularon relaciones políticas al más puro estilo romano entre el aparato administrativo-militar y las comunidades locales. Se trata de la Tabla de Castromao, datada en el año 132 d.C. y hallada en un recinto del castro de Santa María de Castromao, cercano a Celanova (Ourense) identificada con *Coeliobriga* (García Rollán, 1971), comunidad mencionada por Ptolomeo (2, 6, 41).

Tabula de Castromao. 132 d.C. AF I² 610

C(aio) Iulio Serio Augurino C(aio) Trebio / Sergiano co(n)s(ulibus) / Coelerni ex Hispania citeriore conventus Bracari cum C(aio) An(tonio) Aquilo Novaugustano / praef(ecto) coh(ortis) I Celtiberorum / liberis posterisque eius hos/pitium fecerunt / C(aius) Antonius Aquilus cum Coelernis liberis posterisque eorum / hospitium fecit legatus egit / P(ublius) Campanius Geminus

La inscripción recoge un pacto de hospitalidad entre los *Coelerni* y *C. Antonius Aquilus*, prefecto de la cohorte I de los Celtíberos y originario, probablemente de *Nova Augusta*, situada en el *conventus cluniensis* (TIR K-30, 159). Se trata de un pacto en el que un prefecto militar fue *hospes* de la comunidad de los *Coelerni*. Este documento recuerda a la *tabula Lougeiorum* del 1 d.C., donde la *civitas* tomaba como patrón a Cayo Asinio Galo, que fue cónsul ordinario del año 8 a.C. (PIR² A 1229) y quizá gobernador de la *Citerior* en los primeros años del siglo I d.C. (HEp 1, 1989, 458). Este tipo de pactos aparecen en otros puntos de la *Hispania Citerior* a lo largo de los siglos I d.C. y II d.C., incluso en un documento del siglo III d.C. (Beltrán Lloris, 2010). Es posible reconstruir el *cursus honorum* de alguno de los personajes participantes. Así, en el 98 d.C. *Baetulo* recibía como patrón a Quinto Licino Silvano Graniano, cónsul sufecto de 106 d.C. (AE 1941, 81). En 222 d.C., el *concilium conventus Cluniensis* tomaba a Gayo Mario Pudente Corneliano, legado de la *VII gemina* (CIL VI 1454). También existe otro caso de un prefecto similar al del pacto de Castromao. Se trata de Gayo Terencio Baso Mefanas Etrusco, prefecto del ala Augusta, que en el 40 d.C. era nombrado *hospes* por Clunia, según la tábula encontrada en Peñalba de Castro (CIL II 5792). Estos documentos muestran las relaciones políticas establecidas entre la administración y las comunidades locales a lo largo de los siglos I y II d.C.

En definitiva, los pactos se configuraron como instrumentos de relación político-social desde los primeros momentos de dominación romana y supusieron un elemento de continuidad a lo largo de los siglos I y II d.C., hecho que confirma su eficacia, a lo

largo de ambas centurias, para articular estas relaciones. Sin embargo, también existen cambios entre los pactos más antiguos y los datados en el II d.C., que indican cómo se fue modificando la articulación de los grupos de poder a lo largo de ambos siglos, ampliando sus relaciones políticas y estableciendo lazos tanto con el aparato administrativo-militar, como con otros grupos locales. Con la concesión del *ius Latii*, estas aristocracias contaron además con el anclaje de la ciudadanía. El cambio queda reflejado en la onomástica, donde se detecta un incremento de fórmulas ciudadanas, que posiblemente estén representando a grupos de poder locales, que van ganando cada vez mayor proyección regional.

Sin embargo, uno de los problemas que presenta esta propuesta es la casi total ausencia de menciones a tribus. Hay que pensar que si estas familias aristocráticas estuvieron en disposición de obtener la ciudadanía romana *per honorem*, incluirían la tribu en su onomástica, más aún si se defiende la importancia del nombre ciudadano como símbolo de estatus y se recuerda que la única diferencia onomástica entre romanos y latinos era la inclusión de la tribu (García Fernández, 2012: 429)¹⁶⁵. Sin embargo, los testimonios que se han encontrado de personajes con tribu Quirina¹⁶⁶, son muy escasos y se concentran en las capitales conventuales y *Legio* (vid. **Tab. 14**). Además, la mayoría de ellos hacen referencia a militares o veteranos, por lo que es posible suponer que algunos de éstos alcanzaron la ciudadanía romana tras su licenciamiento (o ya eran ciudadanos romanos antes de ingresar en la legión, Palao, 2009-2010: 100) y no por desempeñar funciones cívicas en sus comunidades¹⁶⁷. Esta dificultad tan sólo deja dos posibilidades: o bien el *ius Latii* tuvo un impacto mínimo sobre estas poblaciones y las élites se mantuvieron como latinos, pues no pudieron acogerse al nuevo cauce de promoción jurídica (quizá incapaces de desarrollar magistraturas asimilables a los requerimientos romanos), o bien no se han conservado apenas menciones a tribus, a lo que habría que añadir el hecho de que desde la segunda

¹⁶⁵ Algunos investigadores como Espinosa Ruiz y Pérez (1982: 77) o Rabanal (1998: 117), han utilizado la escasez de testimonios de la tribu Quirina en el Noroeste como argumento para dudar de la conversión en municipios latinos de las comunidades receptoras del *ius Latii*.

¹⁶⁶ Los adscritos a la tribu Quirina están vinculados a comunidades promocionadas por las reformas flavias (Wiegels, 1985: 10; Alföldy, 1987: 27-30). Por ello, la adscripción a la *Quirina tribus* ha sido utilizada como indicador de la municipalización flavia de una comunidad (Wiegels, 1985: 12; Alföldy, 1987: 30; Abascal Palazón, 1990: 135; Curchin, 1990: 17; García Fernández, 1996: 162; Andreu, 2004c).

¹⁶⁷ Así lo señaló también Guichard (1994: 294) o Le Roux (1982: 197), para quien *L. Aelius Reburus*, quien indica su condición de veterano, logró la ciudadanía romana tras su licenciamiento. Para Andreu (2004c: 354), en el Noroeste, el desempeño de la carrera legionaria pudo ser la forma más frecuente de entrada en la *civitas Romana*, sin que esto excluyera el acceso a la misma a través del desempeño de magistraturas municipales.

mitad del siglo II d.C., fue cada vez menos frecuente recoger la tribu en las inscripciones, por lo que podríamos estar ante casos de ciudadanos romanos al hallar individuos con *dua* o *tria nomina*.

<p>CIL II 2637. Astorga</p> <p>[L(ucio)] Pomp(eio) [L(uci)] f(ilio) Quir(ina) / Faventino / praef(ecto) coh(ortis) VI Astur[um] / trib(un)o mil(itum) leg(ionis) VI Vic(tricis) pra[ef(ecto)] / equitum alae [II Fla(viae)] <H=V>i<sp=RICL>la<n=R>or(um)> do<n=A>(is) / [don(ato)] corona aurea hasta pur[a] / I[- - -]IVN [ab] Imp(eratore) div<o=S> Vespasian<o=VS> [flam(ini)] / provincia[e] H(ispaniae) c(iterioris) [sacerdoti] urbis Romae [et Aug(usti)] / Va[l(eria)] C(ai) f(ilia) Arabica [uxor memo]ri[a]m / [posuit]</p>	<p>CIL II 5124. Astorga</p> <p>[C(aio) I]ulio C(ai) f(ilio) / [Qu]ir(ina) Fido As<t=I>(uricensi) / [s]acerdo(ti) Rom[ae] / et Aug(ustorum) / flami des(ignato) pro(vinciae) H(ispaniae) c(iterioris) / Iuliae [- - - - -]</p>
<p>CIL II 6291. Pinhão, Alijó, Vila Real</p> <p>Diis(!) Manibus L(uci) Aelii Reburri / Quirina Asturica veterani / L(ucius) Sulpicius Ruf[us] et P(ublius) Fla(vius) Clemens ex testamento f(aciendum) c(uraverunt)</p>	<p>CIL II 2675. León</p> <p>L(ucio) Aemil(io) Ammi f(ilio) / Q(uirina) Valen(ti) an(norum) XXIIIX / Ammia / Arocia / h(eres) f(aciendum) c(uravit)</p>
<p>IRPL 155. León</p> <p>G(aius!) • Aemilius / Talavi • f(ilius) • Q(uirina) • / - - - - -</p>	<p>IRPL 209. León</p> <p>(Andreu Pintado, 2004c) [Sempro?]nius [---]getus Q(uirina tribu) [Ve]getus</p>
<p>CIL II 2681. León</p> <p>[D(iis)] • M(anibus) / L(ucius) • Aure(lius) • Qu(irina) [- - -] / Fratern[us - - -] / an(norum) XX[- - -] / - - - - -</p>	<p>CIL II 5700. León.</p> <p>L(ucio) Terentio / Q(uirina) Reburro / an(norum) LV / L(ucius) Terentius</p>
<p>AF I² 213. Rabal. Oimbra. Ourense.</p> <p>- - - - - / [- - -] Fa]bius • Quir(ina) • / [- - -]s • Semproniae / [- - -] R]ufinae • matri / [- - -] Semproniae / [- - -] sorori(?)</p>	<p>AF I² 210. Chaves</p> <p>[- - - - -] / Laucius / [Qu]ir(ina) Rufin(us) / [La]uci(o) Ruf(o) / patri</p>
<p>CIL II 2424. Braga</p> <p>L(ucio) Terentio / M(arci) f(ilio) Quir(ina) Rufo /</p>	<p>CIL II 2444. Braga</p> <p>- - - - - Lucret[ius? - - - / - - -] L(uci) f(ilius) Quir(ina) [- - - / S]aturnin[us - - - / - - -]nus et</p>

<p><i>praef(ecto) coh(ortis) VI Britto(num) / (centurio)</i> <i>leg(ionis) I M(inerviae) P(iae) F(idelis) don(is)</i> <i>don(ato) ab / Imp(eratore) Traiano bell(o)</i> <i>Dac(ico) / p(rimo) p(ilo) leg(ionis) XV</i> <i>Apoll(inaris) / trib(un) coh(ortis) II vig(ilum) /</i> <i>d(ecreto) d(ecurionum)</i></p>	<p><i>Q(uintus) [- - - / - - -] ex [- - - - -]</i></p>
<p>CIL II 2450. Braga <i>L(ucio) Valerio Quir(ina) / Rufino / Val(erius)</i> <i>Rufus fi(lius) A / her(es) ex [H]S m(ille) n(ummis)</i></p>	<p>CIL II 2437. Braga <i>A(ulo) Caelio T(iti) [f(ilio)] / Quir(ina) / Flacco</i></p>
<p>CIL II 2438. Braga <i>T(ito) Caelio T(iti) [f(ilio)] / Quir(ina) / Flacco</i></p>	<p>CIL II 2566. Xinzo de Limia. Ourense <i>M(arco) Iunio Quir(ina) / Robusto Iunius /</i> <i>Montanus patri et / Rutilia Perueda / marito</i> <i>h(eredes) f(aciendum) c(uraverunt)</i></p>

Tabla 14.- Menciones a la tribu Quirina en el Noroeste

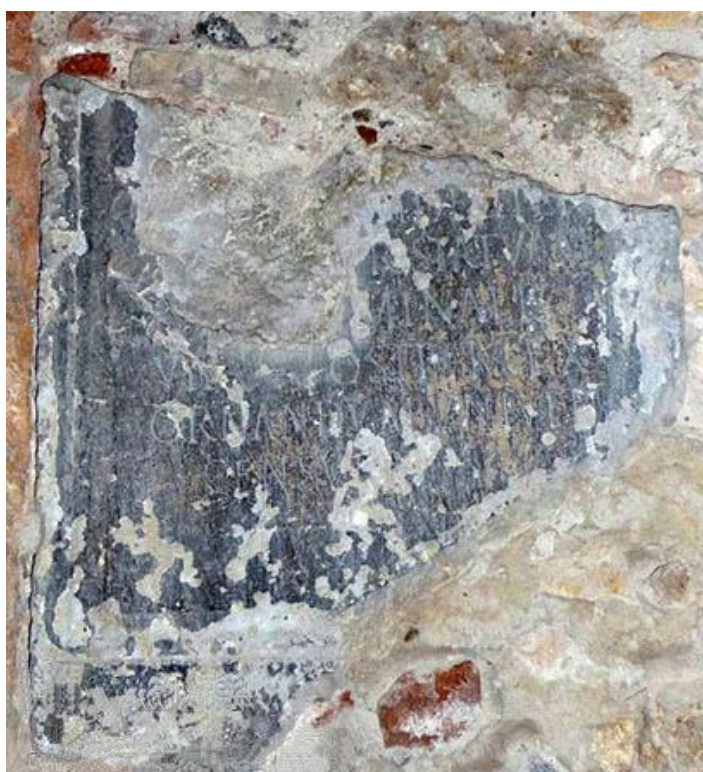
Además, aunque sean muy escasas, sí es posible encontrar algunas inscripciones con individuos de las élites locales que pudieron promocionar a la ciudadanía romana desempeñando magistraturas¹⁶⁸. En la Tabla 15 se recogen las menciones a la tribu Quirina localizadas en el Noroeste. Dejando al margen los casos de los prefectos (*CIL* II 2637 y *CIL* II 2424) y del veterano de Vila Real (*CIL* II 6291), y teniendo en cuenta que algunas pueden estar recogiendo a individuos vinculados con el aparato administrativo-militar y no a élites locales, algunas inscripciones podrían hacer referencia a aristócratas locales promocionados. Dentro de este conjunto, destaca la inscripción de *C. Aemilius Tavalis f. Q(uirina)* (*IRPL* 155) y la de *L. Aemilio Ammi f. Q(uirina) Valenti* (*CIL* II 2675), ambas localizadas en León. La onomástica de los personajes, con una filiación claramente indígena, podría estar indicando que estos individuos sí pertenecieron a los grupos de poder locales que fueron promocionados a la ciudadanía romana. El problema es que estos epígrafes han sido localizados en *Legio*, campamento militar, por lo que no es posible vincular con seguridad su promoción con el desempeño de magistraturas.

Aunque a día de hoy no encuentro motivos suficientes para explicar satisfactoriamente la ausencia de tribus, más allá de una posible omisión voluntaria por

¹⁶⁸ En este punto coincido con Andreu, cuando afirma que “extraer conclusiones definitivas de la incidencia del proceso latinizador flavio a través de la cantidad de testimonios de *Quirina tribus* fechados en época flavia resulta cuando menos aventurado y puede conducir a una clara distorsión de la realidad histórica” (Andreu, 2004c: 354).

parte de estas élites, sí existen argumentos convincentes para confirmar que, aunque no haya apenas tribus, las élites del Noroeste entraron en círculos de poder romanos a lo largo del siglo II d.C. Así lo confirman los testimonios de los *flamines* de *Tarraco*, procedentes del Noroeste, los cuales demuestran la capacidad de las aristocracias de promocionar jurídicamente a la ciudadanía romana.

De las 12 inscripciones de *flamines* del Noroeste conservadas en la capital provincial, 9 mencionan la tribu. Como se observa en la tabla en las que están recogidas (*vid. Tab. 15*), todas son Quirina, a excepción de *RIT* 261 y *CIL* II 4247, ambas de Avóbriga, que son Galeria. En un contexto como era la capital provincial, la posesión de la ciudadanía cobraba todo su sentido político y allí se localizaban las inscripciones de individuos del Noroeste, ciudadanos romanos, que alcanzaron una notable dignidad. Que en estas inscripciones sí se mencione la tribu también puede relacionarse con el tipo de epigrafía y las características intrínsecas a la misma. En las inscripciones honoríficas como las de *Tarraco* (prácticamente ausentes en el



Noroeste), es donde se recoge el *cursus honorum* más completo, mientras que en las funerarias y votivas, éste tiende a resumirse¹⁶⁹. De hecho, no es extraño que las inscripciones no recojan la tribu en todos los casos, tal y como han documentado Salinas de Frías y Romero Pérez (1995) en el caso del *conventus Emeritensis*¹⁷⁰.

Imagen 81.- Inscripción de *C. Valerio Arabino Flaviani f. Bergido F(laviensi)* localizada en *Tarraco* (*CIL* II 4248). Fuente: *Hispania Epigraphica*

¹⁶⁹ Sobre la ausencia del nombre del dedicante en las inscripciones votivas de *Hispania*, Olivares Pedreño (2013). Para el autor, dicha omisión indicaría, en ocasiones, que la ofrenda se había destinado a ámbito privado.

¹⁷⁰ “Cabría preguntarse por qué no lleva indicación de tribu o filiación como corresponde a individuos libres, pero tales datos están frecuentemente ausentes, al menos en el *conventus Emeritensis*, entre

<p>CIL II 4223</p> <p>Lancia</p> <p>L(ucio) Iunio Bl[andi(?)] / fil(io) Quirin[a] / Maroni Aem[il(io)] / Paterno Lancien[s(i)] / omnib(us) in re publica / sua honorib(us) functo / Ilvir(o) bis saeerd(oti) Rom(ae) et / Aug(usti) convent(us) Asturum / adlecto in quinq(ue) decuri[as / le]gitum(e) Romae iudicantium / flamini Augustali p(rovinciae) H(ispaniae) c(terioris) / p(rovincia) H(ispania) c(terior)</p>	<p>CIL II 4248</p> <p>Bergidum Flavium</p> <p>C(aio) Val(erio) Arabino / Flaviani f(ilio) Bergido F(laviensi) / omnib(us) hon(oribus) in re p(ublica) / sua func(to) sacerdoti / Romae et Aug(usti) p(rovincia) H(ispania) c(terior) / ob curam tabulari(i) / censualis fideliter / administr(atam) statuam / inter flaminales / viros positam ex/ornand<a=U>m univers(i) / censuer(unt)</p>
<p>CIL II 6094</p> <p>Brigaecium</p> <p>P(rovincia) H(ispania) c(terior) / L(ucio) Fabio L(uci) f(ilio) / Quir(ina) Siloni / Brigiaecino / Ilviro sacerdoti / Rom(ae) et Aug(usti) / convent(us) Asturum / adlecto in dec(urias) V / iud(icum) Rom(ae) / flamini / p(rovinciae) H(ispaniae) c(terioris)</p>	<p>CIL II 4236</p> <p>Conventus Bracaraugustanus</p> <p>Pomp(eiae?) Maximinae / ex (conventus) Bracaraug(ustano) / flam(inicae) uxori / Ulpi Reburri / flam(inis) / p(rovincia) H(ispania) c(terior)</p>
<p>CIL II 4237</p> <p>Bracara Augusta</p> <p>Q(uinto) Pontio Q(uinti) f(ilio) / Quir(ina) Severo / Brac(ara) Aug(usta) / omnib(us) honorib(us) / in r(e) p(ublica) sua functo / flam(ini) p(rovinciae) H(ispaniae) c(terioris) / p(rovincia) H(ispania) c(terior)</p>	<p>CIL II 4257</p> <p>Conventus Bracaraugustanus</p> <p>M(arco) Ulpio / {Reburro} / C(ai) fil(io) Quir(ina) / Reburro ex / (conventus) Bracaraug(ustano) / omnibus h(onoribus) / in r(e) p(ublica) sua func(to) / flam(ini) p(rovinciae) H(ispaniae) c(terioris) / p(rovincia) H(ispania) c(terior)</p>
<p>CIL II 4204</p> <p>Aquae Flaviae</p> <p>C(aio) Ceraecio / C(ai) fil(io) Quir(ina) / Fusco Aquifl(aviensi) / ex convent(u) / Bracaraug(ustano) / omnib(us) h(onoribus) in r(e) / p(ublica) sua func(to) / [flamini p(rovinciae) H(ispaniae) c(terioris) / p(rovincia) H(ispania) c(terior)]</p>	<p>CIL II 4215</p> <p>Limicorum</p> <p>P(rovincia) H(ispania) c(terior) / M(arco) Flavio M(arci) f(ilio) / Quir(ina) Sabino / Limico Ilvir(o) / sacerdoti / convent(us) / Bracari(!) / flamini / p(rovinciae) H(ispaniae) c(terioris)</p>
<p>CIL II 4247</p> <p>Avobriga</p> <p>L(ucio) Sulpicio Q(uinti) f(ilio) Gal(eria) / Nigro</p>	<p>RIT 261</p> <p>Avobriga</p> <p>[- - -]SCE[- - - / G]al(eria) Avito / [Av]obr[i]gensi</p>

aquellos individuos que con total claridad ostentan tal estatuto” (Salinas de Frías y Romero Pérez, 1995: 27).

<p><i>Gibbiano / Avobrigensi / omnibus in re p(ublica) sua / honorib(us) functo / flam(ini) Romae divor(um) / et Aug(ustorum) p(rovincia) H(ispaniae) c(terioris) / p(rovincia) H(ispania) c(terior)</i></p>	<p><i>/ [om]nib(us) [h]onorib(us) / [in r(e)] pub[lic]a sua / [fun]cto [adl]ecto in / [quin]que [decu]rias / [leg]itum[e] Romae iud(icantium) / fla]mini Aug(ustorum) p(rovincia) H(ispaniae) c(terioris) / p(rovincia) H(ispania) c(terior)]</i></p>
<p>CIL II 4255 Conventus Lucensis <i>C(aio) Virio / Frontoni / flam(ini) [p(rovincia) H(ispaniae) c(terioris)] / ex [(conventu)] Lucens(ium) / ex decreto / concilii / p(rovincia) H(ispaniae) c(terioris)</i></p>	<p>RIT 284 Conventus Lucensis <i>M(arco) Iulio Qu[ir]ir(ina tribu) Se]/reniano Ado[pti]/vo ex (conventus) Lucen[sium] / omnib(us) ho[norib(us) / in re publi[ca] sua] / functo sa[cerdoti] / Romae et Au[g(usti) (conventus) Lu[c]e[n]s[iu]m Aris [Aug(ustanis) ad]/lecto in quin/que decuri(as) eq[ui]tum] / Romanor(um) a [Divo] / Commod[o] fl[amini] p(rovincia) H(ispaniae) C(terioris)] p(rovincia) H(ispania) C(terior) patrono m[erentissimo]</i></p>

Tabla 15.- Inscripciones de *flamines* procedentes del Noroeste conservadas en Tarraco

Aparte de la ausencia de tribus, otra de las dificultades es que tampoco aparecen testimonios epigráficos que confirmen la consecución de la ciudadanía romana *per honorem* o que mencionen la existencia de cargos cuyo desempeño abriera la promoción. Por tanto, resulta muy complicado ver el impacto del *ius adipiscendae civitatis Romanae per magistratum*. Tan sólo contamos con algún caso de términos latinos que pueden hacer referencia a cargos desempeñados por la élite. Sin embargo, ni siquiera es posible

afirmar que sean cargos postflavios, por lo que podían tratarse de términos genéricos utilizados para definir a los grupos de poder locales o referirse a las labores que, como representantes de sus comunidades, debieron de desempeñar. Este es el caso del *ordo Zoelarum*, documentado en una inscripción votiva dedicada a Aerno, de fecha incierta y hallada en Castro de Avelãs (CIL II 2606). De acuerdo con Rodríguez Neila (1977:

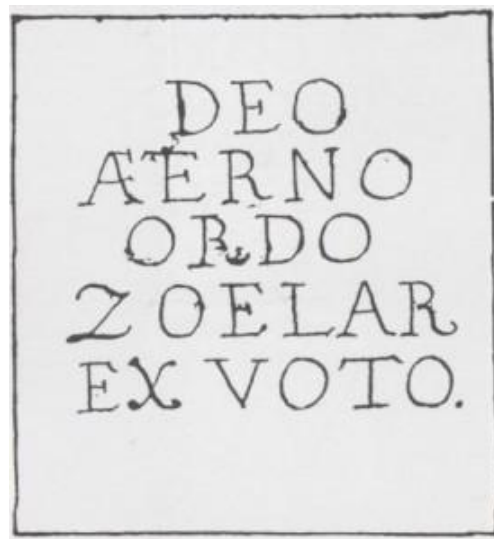


Imagen 82.- Dibujo del ara a Aerno dedicada por el *ordo Zoelarum* y hallada en Castro de Avelãs (CIL II 2606).

206), el *ordo* poseía dos acepciones: servía para designar al conjunto del senado local o curia; y representaba al escalafón social más alto de la comunidad. En este último sentido es fácilmente identificable la mención que se conserva del *ordo Zoelarum* y que probablemente hizo mención al grupo aristócrata local que utilizó el término latino *ordo* para identificarse¹⁷¹.

Tampoco parecen claras las menciones a magistrados, de las que aparecen algunos casos. El primero de ellos, se ha localizado en la Milla del Río, Carrizo de la Ribera, León (*CIL* II 2636) a unos 20 km de *Asturica Augusta* y en una zona donde se han encontrado restos de una villa. Se trata de un ara dedicada a *Deo Vago Donnaego* por la *res p(ublica) Ast(urica) Aug(usta) per mag(istros) G(...)* *Pacatum et Fl. Proculum* y bajo el cuidado de Julio Nepote. Aunque la inscripción se ha datado a finales del siglo I o en el siglo II d.C., el término *mag.* puede desarrollarse como *magistri*, y relacionarse con *pagi*, *castella* o *vici* más adecuados al contexto de procedencia del epígrafe (Orejas y Morillo, 2013: 107).

***CIL* II 2636. La Milla del Río. Carrizo de la Ribera. León**

Deo/ Vago Donnaego/ sacrum res p(ublica)/ Ast(urica) Aug(ustae) per/ mag(istros) G(aium!) Pacatum/ et Fl(avium) Proculum/ ex donis// curante Iulio N[ep]ote

El segundo caso se trata de la mención que se localiza en el Pacto de los Zoelas al que ya se ha hecho referencia. El pacto del año 27 d.C. fue sellado en Curunda por *Abienus Pentili (filio) magistratum Zoelarum*. Abieno fue, probablemente, miembro de la aristocracia local zoela y actuó como representante de su comunidad en este pacto, por lo que se reconoce como *magistratum*, un término genérico que no implica un estatuto jurídico determinado, ni señala necesariamente organización municipal. Los firmantes del pacto del 152 d.C., presentan *tria nomina*. Se trata de *L. Domitius Silo* y *L. Flavius Serverus*, quienes sellaron el pacto en Astorga, por lo que se han interpretado como magistrados asturicenses (Mangas, 1996a: 236), aunque lo cierto es que nada indican sobre el cargo que desempeñaron. La única mención a un cargo municipal en esta ciudad, procede del Itinerario de Barro (*ERPL* 339). En él se menciona a Cayo Lépidio hijo de Marco, duunviro. Sin embargo, el documento se fecha en un momento

¹⁷¹ Para Ortiz de Urbina (2012: 659), esta mención reflejaría al menos, la existencia de una curia local integrada por miembros de las familias más poderosas del cuerpo cívico y, aunque no fuera una magistratura a través de la cual conseguir la ciudadanía, demuestra que se cumplía el requisito previo de contar con una curia local que elegiría al magistrado.

ya tardío entre los siglos III-IV d.C. (Fernández Ochoa *et al.* 2012). También como definición genérica se pueden entender las menciones a magistrados que aparecen en otros bronce de hospitalidad como la *Tabula* de El Caurel (...*mag(istris) Latino Ari et Aio Temari*, *HEp* 8, 1998, 334) y, aunque fuera de la zona de estudio de esta tesis, la tésera de Herrera de Pisuerga (...*Per mag(istratus) Caelione(m) / et Caraegium et Aburnum / actum*, *HEp* 12, 2002, 363) y la de Paredes de Nava (...*per mag(istrum) / Flaisicum hospitio Ammi / Caenecaeni / [- - -]I* , *CIL* II 5763). Tampoco sería descartable que, en ambos casos, la abreviatura *mag.* debiera desarrollarse como *magistri*, en el mismo sentido que el propuesto por Orejas y Morillo en el altar de *Deo Vago Donnaego*.

Fuera del Noroeste, está documentada la existencia de individuos procedentes de esta región y que desempeñaron cargos municipales, alcanzando el flaminado provincial en *Tarraco*. Estas inscripciones, que fueron recogidas páginas más arriba, indican el desempeño de duunvirados (*CIL* II 4215: *M(arco) Flavio M(arci) f(ilio) Quir(ina) Sabino Limico Ilvir(o)*) y señalan el desempeño de cargos en sede local (*CIL* II 4248: *C(aio) Val(erio) Arabino Flaviani f(ilio) Bergido F(laviensi) omnib(us) hon(oribus) in re p(ublica) sua*). Gracias a la *lex civitatis Narbonensis de flamonio provinciae* (*CIL* XII 6038), se sabe que los *flamines* eran ciudadanos romanos pertenecientes a las oligarquías locales, requisito para acceder a este honor. Estas inscripciones revelan, por tanto, que las aristocracias del Noroeste contaron con una vía de promoción que les permitió alcanzar la ciudadanía romana y entrar en estos círculos políticos romanos.

El desempeño del flaminado es clarificador. Este consejo provincial era una asamblea de delegados de las comunidades de toda la provincia que una vez al año, se reunían en *Tarraco* para elegir al *flamen* anual y participar en las ceremonias religiosas (Ruiz de Arbulo, 1998). Sin embargo, más allá de la ceremonia religiosa, el interés de la reunión del *concilium* era político. La celebración atraía a las élites de toda la provincia que la aprovechaban como mecanismo de presión, para buscar patrones influyentes y para ganar posiciones en el juego político, tal y como demuestran algunos documentos (*RIT* 331 y *RIT* 332).

Los dos primeros *flamines* datados son *C. Emilius Fraternus* y *Raecius Gallus* (*RIT* 252 y *RIT* 145), nombrados en época de Vespasiano. Según Alföldy (1973: 80), este fue el momento de establecimiento del *flaminado* provincial y la configuración del *concilium*. Estos primeros *flamines* documentados fueron originarios de *Tarraco*, probablemente miembros de familias influyentes de la capital que destinaron

importantes sumas de dinero en financiar la obra arquitectónica del foro (Pensabene, 1996: 203ss).

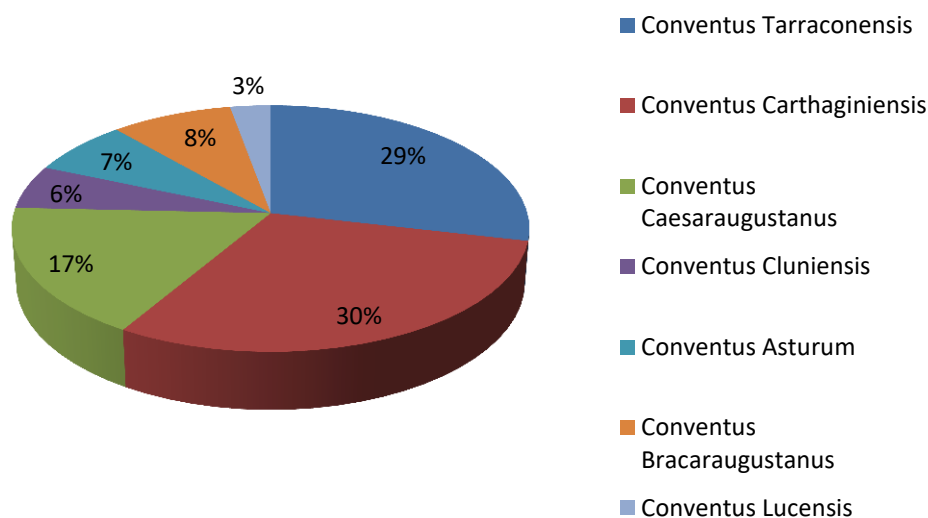


Figura 17.- Número de *flamines* de *Tarraco* desde época flavia y el siglo II d.C. según *conventus*.

Elaboración propia a partir de Alföldy, 1973: 20ss

Sin embargo, desde mediados del siglo II d.C., personas procedentes de los *conventus* del Noroeste alcanzaron esta dignidad (*vid.* **Tab. 15**), lo que señala un cambio en las relaciones de poder provinciales e indica que las élites del Noroeste contaron con el *ius Latii* como canal para promocionar. Sin embargo, no deja de ser destacable que, mientras en contextos provinciales señalaban su *cursus honorum* plenamente romano, en ámbito local no aparezca este tipo de manifestaciones. Y esto posiblemente se debió a que la inclusión de la magistratura, no formaba parte del lenguaje de poder de estas comunidades rurales. Es decir, el *ius Latii* facilitó la entrada de las élites en redes de poder romanas, en las que se expresarían de acuerdo a las pautas que se imponían en estos contextos, pero en el ámbito local, se mantuvieron fórmulas locales en las que las inscripciones honoríficas o las menciones al *cursus honorum* no formaban parte de la realidad política. Por eso, probablemente, no se han conservado apenas menciones a magistraturas. Frente a contextos provinciales en los que la posesión de la ciudadanía cobraba todo su significado político, en el ámbito estrictamente local, las expresiones de este tipo no tendrían sentido.

El *ius Latii* pudo acoger a derecho cargos como el mencionado en el Pacto de los Zoelas o la Tábula de El Caurel con el término genérico de *magistratus*, e incluso, pudo también reconocer como tales a los *principes* a los que se ha hecho referencia líneas

más arriba, o a otros cargos diversos de los que nada se sabe, y que servían para reconocer a los personajes destacados de las comunidades. Es decir, el *ius Latii* sancionó jurídicamente aquellos cargos que ya existían y que habían ocupado las élites locales en su papel de intermediación con el poder romano y permitió que las aristocracias alcanzaran la ciudadanía romana con su desempeño. Evidentemente, dichos cargos debieron de cumplir unas mínimas exigencias normativas, pero como se vio, los requisitos para que sirvieran de canal para la adquisición de la ciudadanía romana no fueron muy estrictos. Los miembros de las familias destacadas de la *civitas* podrían repartirse el desempeño de las magistraturas. Dichas familias se identificarían entonces con el *ordo* de la *civitas*, agrupación que controlaría la organización de la misma y de la que se tiene un ejemplo en el *ordo Zoelarum*. El *ordo* hacía referencia a un grupo local muy selectivo, que mandaba sobre la comunidad y los miembros de este *ordo* serían los que estarían relacionados con el desempeño de magistraturas¹⁷². En este punto poco se diferenciaba el *ordo Zoelarum* de los *ordines* decurionales béticos, sin embargo, ambos pertenecían a formaciones sociales distintas, lo que significa que fundamentaban su poder sobre bases también diferentes. En ambos casos las diferencias sociales entre el *ordo* y el resto de la población se mantenían claramente, pero mientras que en ámbitos urbanos las familias poderosas tenían un papel rector determinado y legitimaban su posición mediante el gasto evergético que revertía en sus comunidades¹⁷³, en el Noroeste el sistema aristocrático rural se estructuraba por cauces distintos.

10.3. El *ius Latii*, propiedad, tributación y minería

La concesión del *ius Latii* y la apertura del canal de promoción jurídica dieron lugar a la existencia de individuos con estatutos jurídicos distintos en el seno de las *civitates*, ya fueran éstos peregrinos y romanos (según la propuesta de Chastagnol) o latinos y romanos (que en la línea mantenida por García Fernández parece la más probable). Estos dos bloques de población mantuvieron, no obstante, formas de relación socio-económica locales, por lo que en muchos aspectos serían similares a los

¹⁷² En este sentido, resultas significativas, las otras dos inscripciones que tenemos consagradas a Aerno, divinidad a la que dedica la inscripción el *ordo* de los Zoelas. Se tratan de dos aras dedicadas por individuos *dua nomina* y *tria nomina* respectivamente: *Lucretius Valens* (AF I² 109) y *M. Placidius Placidianus* (CIL II 2607) y que podrían haber formado parte de la élite de la comunidad.

¹⁷³ Uno de los atributos más repetido en la epigrafía en referencia al *ordo* es el de *splendidissimus*, citado en casi una veintena de ocasiones cuando el *ordo* quería hacer patente su posición superior (Rodríguez Neila, 1977: 207). Sobre el funcionamiento del *ordo* en las Tres Galias y el gesto evergético en estos contextos, Dondin-Payre, 2003.

peregrinos de Chastagnol. Tan sólo para aquellas cuestiones conflictivas (como podía ser el *iustum matrimonium*, entre ciudadanos latinos y romanos) fue necesario contar con las capacidades que otorgaba el expediente latinizador. Sin embargo, en la práctica totalidad de situaciones, las comunidades promocionadas seguirían organizándose de forma similar al momento previo a la concesión.

Hay que preguntarse si esto incluyó el mantenimiento de las obligaciones fiscales, tan importantes para sostener un sistema de gestión minero como el documentado en el Noroeste. A modo de recordatorio de lo ya tratado en otras parte de este trabajo (*vid.* Cap. 2.1.4), la organización territorial de comunidades peregrinas, definidas como *agri per extremitatem mensura comprehensi*, había implicado el reconocimiento por Roma de las formas de organización locales, en paralelo a su sometimiento al pago de un tributo que, al menos parcialmente, se destinó a desempeñar jornadas de trabajo. En este esquema fue necesaria la participación de élites colaboradoras con el poder romano, que se encargaron de canalizar el tributo hacia el Estado, entre otras cosas, organizando el trabajo minero, pues muchos aspectos del mismo quedaron resueltos a escala local. No es posible precisar cómo se conformaron estos grupos de poder locales pero es probable que fundamentaran su posición en un acceso preferente a la posesión de la tierra (Sastre, 2004c: 106). Esto ocasionó que a lo largo del siglo I d.C. se organizaran formas de propiedad peregrinas en el seno de las *civitates* (*vid.* Cap. 4.1.1). Se desconoce cómo se articulaban dichas propiedades, pero sí es sabido que eran toleradas por Roma, en tanto en cuanto, éstas formaban parte de las *civitates* y el Estado permitía su ordenación interna propia, aunque no le diera forma jurídica¹⁷⁴.

Sobre este esquema se entretejió el *Latium* desde época de Vespasiano. Sin embargo, como se ha mantenido a lo largo de este capítulo, esto no se tradujo en una modificación estructural de estas comunidades. Y eso no sólo equivale a negar la monumentalización o la ordenación arquitectónica urbana, sino a afirmar que la ordenación interna de las *civitates* peregrinas, con todas las connotaciones sociales, no se vio desarticulada y sustituida por formaciones nuevas.

Esta cuestión es especialmente significativa cuando el objetivo es analizar el impacto del *ius Latii* sobre zonas mineras, donde, como acabo de decir, la organización fiscal con la participación de las élites, fue fundamental. No debe pasar desapercibido

¹⁷⁴ Prueba de ello es el Edicto del Bierzo y el uso que Roma hace de los *castella* (Orejas *et al.* 2000: 78). Éstos no tendrían definición jurídica, pues la unidad mínima fiscal reconocida por Roma era la *civitas*, pero esto no evita que reconociera la existencia e incluso hiciera uso de ellos para ajustar las obligaciones tributarias en el seno de la *civitas*.

que las *operae* fiscales, o las jornadas de trabajo que las comunidades del Noroeste debieron directamente al fisco imperial, fueron la base sobre la que se articuló el sistema de gestión de las minas del Noroeste. Desde mi punto de vista, esto supone un argumento de peso para defender que el *ius Latii* no supuso un cambio en la articulación del tributo.

Sin embargo, esta cuestión que resulta esencial, ha pasado desapercibida en los trabajos que conozco sobre la implantación del *ius Latii* en zonas mineras. Como se ha visto, varios autores mantienen la generalización de un proceso de urbanización, pero no explican cómo se articularon los *munera* ciudadanos con el trabajo minero. De acuerdo a lo que se ha visto hasta ahora, dicha explicación tendría, sin duda, un difícil encaje en unas minas como las del Noroeste, donde sólo la gestión del fisco pudo coordinar un trabajo a gran escala. Un panorama en el que los distintos municipios se organizaron para cumplir con sus *munera* ciudadanos, es un escenario que se aleja del paisaje que se ha documentado en el Noroeste, con grandes explotaciones *res fiscales* y con la necesaria intervención directa del aparato estatal. Todo indica que Roma no alteró el sistema de explotación fiscal, por lo que hay que suponer que la concesión del *ius Latii* no modificó la tributación de estas comunidades, cuestión, por otra parte coherente con la naturaleza flexible del expediente latinizador, que se adaptó a las realidades locales preexistentes. Tras su implantación, por lo tanto, las comunidades siguieron tributando globalmente y de forma similar al período julio-claudio. Sin embargo, en la línea mantenida de potenciación de la élite, sí pudieron darse ciertos cambios, al surgir nuevos ciudadanos romanos en estas comunidades.

10.3.1. Los nuevos ciudadanos romanos y el régimen de propiedad

En primer lugar hay que cuestionarse qué ocurrió con la propiedad tras la concesión del *ius Latii*. Este tema enlaza directamente con la definición del territorio provincial y de la propiedad en este contexto¹⁷⁵, cuestión que ya se adelantó en el capítulo 2.1.4 y se comentó en el capítulo 4.1.1. y que ha sido ampliamente debatida en derecho romano (*e.g.* Grelle, 1963 y 1990: 167-183; Burdese, 1989: 411-418; Giliberti, 1996: 199-228; Capogrossi, 1996 y 1999).

¹⁷⁵ A fin de cuentas, tal y como ha recogido García Fernández, la propiedad y el derecho de actuar *ex lege* son lo que definieron la ciudadanía, en un contexto en el que los ciudadanos romanos serían los más privilegiados frente a latinos y, por supuesto, peregrinos (García Fernández, 2007b: 228).

Los problemas se han planteado en torno a la definición del *dominium populi Romani vel Caesaris* (Gai. 2, 7) y su relación con las formas de propiedad provincial. En este punto, existen esencialmente dos posturas. La primera de ellas considera que el suelo provincial puede definirse como *ager publicus*, por lo que el Estado, como *dominus* o propietario absoluto, sólo cedería a los provinciales su posesión a cambio del pago de un *vectigal*, generando relaciones de los provinciales con la tierra en precario, pues éstos sólo disfrutarían de la misma como de si de un arrendamiento se tratase (Luzzato, 1953: 65ss; De Martino, 1973-1975, 2: 331; Giliberti, 1996: 199-228). La segunda de ellas, sobre la cual me he inclinado, apoya que Roma, una vez conquistaba y reducía a *dediticiae* a las comunidades, podía “devolver” el territorio arrebatado. Con este acto (*redditio*), las comunidades dejaban de ser *dediticias* para convertirse en *peregrinae* y el territorio dejaba de ser *ager publicus* para convertirse en *ager stipendiarius* o *solum peregrinarum civitatum* (Jones, 1941: 30; Orejas y Sastre, 1999; Sastre, 2003).

Este proceso es conocido, en parte, por los tratados de agrimensura. En concreto, Frontino (*De agrorum qualitate*, Th. 1), aporta información para entender cómo se organizaron desde un punto de visto gromático los territorios de las *civitates* peregrinas. La fórmula clave fue el *ager per extremitatem mensura comprehensus* (Orejas, 2002a: 397ss). Esto implicaba que las *civitates* eran definidas por su superficie global (*modus universus*), midiendo el perímetro (*extremitas*). La labor del agrimensor consistía en la definición de ese territorio y no en la *divisio* interna del mismo (Grelle, 1964), puesto que era sobre el territorio así definido sobre el que Roma imponía la carga tributaria. Una vez delimitados los territorios de las *civitates*, éstas se ordenaban internamente según interesase a cada comunidad, sin que Roma interviniera, y en este contexto pudieron existir propiedades peregrinas en el seno de la *civitas*. Las comunidades estarían sometidas al pago de tributo, pero no entendido como *vectigal*, sino como un impuesto que recordaba el sometimiento de estas poblaciones al dominio romano. El *dominium* de Roma sobre las provincias se entendería como poder de gobierno, pero no desde un punto de vista patrimonial (Grelle, 1990: 174).

Esta visión supone aceptar la existencia de formas de propiedad en el Imperio diferentes a la propiedad privada reconocida por el derecho romano (Capogrossi, 1985 y 1999: 17-41; Orejas y Sastre, 1999: 159-164). Un argumento para sustentarlo lo ofrece el propio Gayo (2, 40), de quien es posible extraer la existencia de otros tipos de propiedad provincial. Así, el jurista reconoce que los peregrinos pudieron acceder a un

tipo de *dominium*, frente a los dos tipos de propiedad privada de los ciudadanos: *ex iure Quiritium* e *in bonis habere*, lo que a su vez ha dado lugar a dos tipos de forma de propiedad (*duplex dominium* o *dominium divisum*) (Burdese, 1989: 416-417; Giliberti, 1996: 200). Del texto gayano se deduce que los peregrinos también tuvieron propiedades, aunque éstas nunca pudieran ser *ex iure Quiritium* u *optimo iure*.

Gai. 2, 40

Sequitur ut admoneamus apud peregrinos quidem unum esse dominium; nam aut dominus quisque est aut dominus non intellegitur quo iure etiam populus Romanus olim utebatur; aut enim ex iure Quiritium unusquisque dominus erat aut non intellegebatur dominus sed postea divisionem accepit dominium ut alius possit esse ex iure Quiritium dominus, alius in bonis habere.

De forma específica, en el Noroeste aparecen algunos documentos que pueden indicar la existencia de propiedades peregrinas antes de la implantación del *ius Latii*. Este podría ser el caso de la inscripción de Celanova, Orense (HEp 2, 1990, 526) que marca la pertenencia de un *ager* a *Rufi Co[ern]um*. A este ejemplo se suma, aunque perteneciente a Lusitania, en Castelo Branco, un mojón (vid. **Img. 83**) en el que se lee



Calaiti (¿) / Calvi (fili?), y que podría estar delimitando una finca de *Calaitus* (HEp 13, 2003-2004, 870). Este individuo muestra una onomástica peregrina. El problema es que no es posible datar con seguridad esta inscripción. De ser preflavia, constituiría una prueba de la existencia de posesiones peregrinas, no reconocidas jurídicamente por Roma, pero perfectamente válidas en ámbito local. De ser postflavia, podría señalar la existencia de posesiones no regidas por el derecho romano (al no intervenir un ciudadano romano), lo que indicaría que tras el *ius Latii* pudieron coexistir dos tipos de posesión en las *civitates*: la romana y la local (organizada de acuerdo a los propios *iura et instituta* de la comunidad).

Imagen 83.- Mojón de Castelo Branco, HEp 13, 2003-2004, 870. Fuente: *Hispania Epigraphica*.

Estos *iura et instituta* fueron reconocidos por el *ius Latii*, el cual, además, no alteró desde un punto de vista jurídico el estatuto del suelo, que siguió siendo *ager stipendiarius*. En este sentido, el Edicto de Vespasiano no modificó las formas de propiedad, pues no posibilitó el desarrollo de formas *ex iure Quiritium* u *optimo iure* ajenas al suelo provincial (Mazzarino, 1974; Bleicken, 1974; González Román, 1994). De hecho, el reconocimiento de los *iura* locales por parte del *ius Latii* debió de incluir las formas de organización de la propiedad peregrinas, existentes en el seno de cada *civitas*. Sin embargo, el *ius Latii* sí ocasionó un cambio jurídico de las poblaciones, con la aparición de ciudadanos romanos que pudieron hacer pleno uso del *ius civile*. Esto pudo suponer un refuerzo jurídico de las formas de propiedad preexistentes, puesto que los nuevos ciudadanos romanos pasaron a ser poseedores conforme al derecho romano y esto pudo representar ventajas cualitativas respecto a su situación anterior como élites peregrinas¹⁷⁶.

De nuevo Gayo indica algunos de estos beneficios. Según el autor, (Gai. 2, 17-19), los *provincialiae praediae*, calificados como *res nec Mancipi*, pudieron transmitirse por *traditio*, de modo que *pleno iure alterius fiunt*. Es decir, aunque, estas tierras permanecían ajenas a formas jurídicas que afectaban a las *res Mancipi* (como la *mancipatio*, *in iure cesio* o la *usucapio*), se establecía la posibilidad de que los provinciales transmitieran su propiedad *pleno iure* por *traditio*.

Gai. 2, 17-19

Item fere omnia, quae incorporalia sunt, nec Mancipi sunt exceptis servitutibus praediorum rusticorum; nam as Mancipi esse constat, quamvis sint ex numero rerum incorporalium.

Magna autem differentia est inter Mancipi res et nec Mancipi.

Nam res nec Mancipi ipsa traditione pleno iure alterius fiunt, si modo corporals sunt et ob id recipient traditionem

¹⁷⁶ Aunque el *ius civile* no reconoció la *possessio* ni la protegió por vía jurídica (a través de la *rei vindicatio*), sí se sirvió de su existencia y la tomó en consideración. De hecho, la *possessio* también produjo efectos jurídicos (Ortega, 1999; Iglesias, 2010): llevó a la adquisición de la propiedad a través de la *occupatio*, la *usucapio* y la *traditio* (Pugh, 1962); jugó un papel importante en los procesos reivindicatorios –quien no tenía la *possessio* y reivindicaba debía aportar pruebas de su derecho, mientras que el poseedor no debía aportar ninguna; había que ir por vía judicial para reclamar una posesión, lo que implica que se protegía la *possessio*. Se conocen además algunas fórmulas como la *praescriptio longae possessionis* o *longi temporis*, que tenían aplicación en suelo provincial. Este medio jurídico de origen griego, protegía la larga posesión de un fundo provincial, de modo similar a lo que hacía la *usucapio* (Nörr, 1969). Sobre algunos aspectos de la *traditio* (Reduzzi, 2004).

De acuerdo a algunos autores (e.g. Giliberti, 1996: 212), en la práctica estos fundos provinciales funcionarían de forma muy similar a la propiedad quiritaria. Aunque, al no ser propietarios *ex iure Quiritium*, los provinciales no pudieron ejercer la *rei vindicatio*, por vía *extra ordinem*, el Estado reconocía la posesión y su tutela y para defensa de la misma, se podían realizar acciones posesorias o interdictos, orientados a defender al *possessor civilis* ante la pérdida de la posesión (Mainar, 2006: 297ss). De este modo lo reflejaba el Digesto, indicando la posibilidad de recurrir, con interdictos, en su defensa:

Dig. 41, 2, 17

Si quis vi de possessione deiectus sit, perinde haberi debet, ac si possideret, quum interdicto de vi recuperandae possessionis facultatem habeat



Imagen 84.- Inscripción de Trobajo del Camino, San Andrés del Rabanedo, León. *ERPL* 317. Fuente: *Hispania Epigraphica*.

Sin embargo, si no se era *possessor civilis*, no existían los mismos mecanismos de ayuda ante la pérdida de la misma (Iglesias, 2010: 177)¹⁷⁷. Por tanto, los nuevos ciudadanos romanos, pudieron contar con instrumentos de defensa jurídica de los que antes carecían y hacer pleno uso de las posibilidades que les confería el *ius civile* como propietarios en suelo provincial. En este sentido, el *ius Latii* no sólo confirmó la desigualdad en la posesión del suelo, una situación que ya existía *de facto* entre las poblaciones peregrinas, sino que dio protección jurídica a la misma.

A consecuencia de esto, en el Noroeste pudieron aparecer en época

¹⁷⁷ Iglesias (2010: 177) expone que los peregrinos, aunque tuvieran el *commercium* en virtud de alguna norma especial o privilegio, nunca pudieron adquirir derechos de dominio quiritario y no les competía ninguna defensa fundada sobre acción civil. No es extraño, asimismo, que Pablo de Tarso se declarara ciudadano romano en al menos tres ocasiones, según narra en los *Hechos de los apóstoles* (16, 37; 21, 37-39; 22, 22-29; 25, 11-12). Este estatuto jurídico le confería ventajas muy significativas, al evitarle recibir un trato sin garantías legales, como les ocurría a los no romanos (Nicolet, 1992: 25-31).

flavia posesiones particulares que se asemejarían a los *fundi privati*: posesiones que se acogieron a derecho y empezaron a ser vertebradas por los cauces jurídicos romanos, lo que facilitaría la defensa de los derechos e intereses de los ciudadanos romanos de cara al poder de Roma. En el más estricto sentido jurídico del término no podrían considerarse propiedad privada por ser fundos sobre suelo provincial, pero en la práctica funcionarían como tales.

Estos cambios pudieron quedar reflejados en la aparición de algunas inscripciones localizadas en el Noroeste. Este es el caso de la inscripción hallada en Trobajo del Camino, San Andrés del Rabanedo en León (ERPL 317) sobre un canto irregular y en la que se puede leer *Privatu(m)* (Img. 84). Evidentemente, el problema fundamental de este documento es que no es posible asegurar su cronología, por lo que puede adscribirse a época postflavia, pero también puede hacer referencia a un momento anterior, en el que las propiedades peregrinas (inexistentes a ojos del derecho romano), utilizaron este vocabulario romano para marcar divisiones internas de las *civitates* de las que poco se conoce.

En este mismo sentido se puede leer la *locatio-conductio* de Penedo de Remeseiros (CIL II 2476), donde *Allius Reburri* o *Callida Reburri f(ilia)* (AF I² 611), ruega para que le sea conservada la tierra tomada por arriendo (Dopico y Pereira, 1993).

CIL II 2476. Penedo de Remeseiros, Vilar de Perdizes, Montealegre, Vila Real. Portugal.

Allius Reburri rogo deu(m) adiutorem / in (h)a(e)c conducta conservanda / si q(u)is in (h)a(e)c conducta p(ossessionem) mici(!) aut meis / involaverit si R(- - -) quaecunquae(!) res at(?) mi(h)i / [- - -]A[-]S si L(- - -) siquit(!) ea res VSLVF / Danceroi

La dificultad del documento, además de cronológica, reside en saber a quién pertenecían las tierras arrendadas. Las interpretaciones más antiguas consideraron que la inscripción hacía referencia a una *locatio-conductio* de tierras pertenecientes al Estado romano al inicio de la presencia de Roma en el Noroeste, que arrendaría a comunidades indígenas, o en este caso a particulares, otorgándoles la posesión a cambio del pago de *vectigal* (Pereira y Ferrerira de Almeida, 1981; Dopico y Pereira, 1993). Sería este el único caso conocido de concesiones de *ager publicus* en el Noroeste, donde fue la *deditio* y la posterior conversión del territorio en *ager peregrinus* la base del proceso de provincialización (vid. *supra*). La hipótesis planteada por Dopico y Pereira implicaba, en cambio, asumir que Roma reorganizó directamente las relaciones de propiedad

recurriendo a contratos censorios entre los *privati* indígenas y el Estado, y con ello desarrolló un sistema que pasa por alto el papel intermediario de la comunidad local. Sin embargo, como ya se ha visto, el Noroeste se articuló a través de la *civitas*. El proceso de constitución de este sistema implicó dotar a las *civitates* de un territorio por el que tributaban. De acuerdo con las informaciones de los agrimensores se trataría de una asignación global de un territorio, que funcionaría como *ager civitatis* (Orejas y Sastre, 1999; Orejas, 2002a; Orejas *et al.* 2005). Roma no tuvo en cuenta otras posibles parcelaciones internas, como tampoco consideró la existencia del *ager castelli* (Orejas y Ruiz del Árbol, 2010). Las divisiones a las que se pudo someter el territorio de la *civitas* fue algo que cada comunidad resolvió internamente. En este contexto, más que en una *locatio-conductio* entre un individuo y el Estado romano, parece más probable pensar, bien en un arriendo de las tierras públicas de una *civitas*, es decir del arriendo de los *agri* de alguna comunidad local (Orejas *et al.* 2000: 78-79), o bien en el arriendo entre particulares en el seno de la *civitas*.

Para comprobarlo sería necesario identificar al *possessor* de estas tierras. Éste pudo ser un ciudadano romano que arrendó su posesión, en cuyo caso el documento revelaría un caso de *locatio-conductio* entre dos particulares en el marco del *ius civile*. De ser esto cierto, la inscripción de Penedo de Remeseiros confirmaría la existencia de unas élites propietarias (al menos de *facto*) que obtenían un beneficio directo de la explotación de la tierra al arrendarla a campesinos dependientes. Estos campesinos tendrían entonces que producir para cubrir las obligaciones tributarias de la *civitas* y las contraídas con el arrendatario. La consecuencia inevitable de un proceso semejante sería un aumento de la presión fiscal sobre el productor campesino y un aumento de la brecha social que lo separaba de los grupos de poder poseedores. Este desarrollo desembocaría en unas relaciones de dependencia más acusada, donde las aristocracias saldrían reforzadas frente a las comunidades locales.

Otra posibilidad es que el conductor (probablemente miembro de la élite local), sólo actuara como intermediario, arrendando las tierras de un poseedor no identificado (quizá la propia *civitas*). Esta propuesta reflejaría también el papel central de las aristocracias como agentes fiscales, encargados de articular el arriendo de las tierras públicas de sus comunidades. Ya desde la conquista habían desempeñado funciones como intermediarios de cara a canalizar las exigencias fiscales a favor de Roma y no es descartable que fueran consolidando su papel de intermediación en este sentido, encargándose de gestionar también el *ager publicus* de sus *civitates*.

En cualquiera de los dos casos el documento contiene situaciones que señalan el papel central de las aristocracias. El *ius Latii* pudo contribuir entonces a la consolidación de los grupos de poder al dar sanción jurídica a formas de propiedad desigual ya existentes y articularlas por cauces romanos.

10.3.2. Las nuevas formas de tributación tras la concesión del *ius Latii*

Esta propuesta abre una segunda línea de interpretación, puesto que las reformas en la posesión del suelo pudieron implicar también cambios en la tributación. Hasta este momento, la capacidad fiscal de las *civitates* peregrinas se había calculado globalmente y la imposición del tributo se había hecho de forma comunitaria (siendo la *civitas* la unidad básica de tributación). La aparición de posesiones privadas, pudo alterar en algún sentido esta situación.

Según la propuesta de Grelle (1963: 42) existió una imposición directa y personal a los *possesores* en los *agri divisi et adsignati* (como en las colonias), mientras que tanto en municipios, como en *civitates peregrinae*, era la comunidad en su conjunto la que se hacía responsable ante Roma del pago del tributo. Así parece confirmarlo, por ejemplo, una inscripción localizada en Ibiza (*CIL* II 3664), en la que un particular cedió una cantidad de 90.000 sestercios a la *res publica Ebusitana* con el fin de que con sus intereses se pagase todos los años el tributo a los romanos. Es decir, la responsabilidad tributaria recaía sobre la comunidad (la *res publica*) en su conjunto. Sin embargo, a diferencia de las comunidades peregrinas, tanto los municipios como las colonias, gozaban de plena autonomía para realizar el censo por su cuenta, comunicándoles a las autoridades romanas el resultado (López Barja, 1999: 351). En Italia, para los ciudadanos romanos así lo muestra la *lex Heracleensis* (1, 142-158), que limita esta facultad a *municipia*, *coloniae* y *praefecturae*. En *Hispania*, esta situación la ha confirmado la inscripción de Osset (San Juan de Aznalfarache, Sevilla), en la que los munícipes muestran su agradecimiento a un duunviro por la realización del censo (*CIL* II 1256).

CIL II 3664. Ibiza.

[- - - -]/PX et C(aius) Cornelius / Servinus h(eredes) et curatores / operis eius p(osuerunt) / hic r(ei)
p(ublicae) Ebusit(anae) XC milia / numorum legavit ut ex eis / quodannis(!) tributum Romanis /
penderetur et ne cives iniquo / tempore tributa pendere / cogerentur reliqua VI milia / fenerarentur et ex
usuris ludi ederentur quodannis(!) / cum vas(is) lum(inum) nat(ali) eius V / [K(alendas)]

CIL II 1256. San Juan de Aznalfarache. Sevilla

*L(ucio) Caesio L(uci) f(ilio) Pollioni / aed(ili) Ilvir(o) censu et / duomviratu bene / et e r(e)
p(ublica) acto mun(i)cip(es)*

Por su parte, la ley irnitana, indicaba la existencia de listas de munícipes con sus respectivas propiedades valoradas en sestercios (Nicolet, 1991)¹⁷⁸. En estas comunidades la responsabilidad del tributo podía ser comunitaria (Brunt, 1990: 535), pero era el municipio o la colonia el que elaboraba sus propios censos y le comunicaba a Roma sus resultados, sobre los cuales imponer las obligaciones tributarias. La imposición del tributo se realizaba, por tanto, de forma individual y censitaria, y los ciudadanos tributaban por las propiedades que poseían. En esta línea existe un texto de Ulpiano (*Dig.* 50, 15, 4, 2) en el que el jurista dice que los propietarios debían declarar sus tierras en la *civitas* a la que pertenecieran.

Ulp. Dig. 50, 15, 4, 2

Is vero, qui agrum in alia civitate habet, in ea civitate profiteri debet, in qua ager est; agri enim tributum in eam civitatem debet levare, in cuius territorio possidetur.

En el Noroeste, los datos no indican que se diera este sistema. Así lo señala el texto de Plinio que se analizó en el capítulo 8.2.3, y en el que la mención a los *capita libera* (Plin. *NH.* 3, 4, 28) hace referencia al recuento efectuado sobre personas libres, como parte de una estimación y la consecuente imposición global sobre las *civitates*. La inscripción de Asadur (Maceda, Orense), también es ilustrativa en este sentido, al confirmar que era la comunidad, en este caso la *res publica Int(eramicorum)*, la responsable fiscal. Es probable que *Q. Licinio Vegeto* se hiciera cargo de las *rationes* debidas por la comunidad al fisco. Esta responsabilidad comunitaria ya se comentó con relación al Edicto del Bierzo, donde la *civitas* se veía perjudicada por la inmunidad de una parte, pues debía seguir tributando igual en conjunto (Orejas *et al.*, 2000: 78ss).

HEp 3, 1993, 277. Asadur. Maceda.

*Q(uinto) Licinio Veget[o] / res p(ublica) Int(eramicorum) / super alia con/plura merita / pares cum
fisco / rationes infati/gabili cura et / industria eius / consecut*

¹⁷⁸ Así se desprende de *Lex Irn.* 86, donde se recoge que anualmente se elaboraba la lista de *iudices*, nombrados entre los decuriones y el resto de los *municipes* que fueran ingenuos y ciudadanos romanos, con edad entre 25-65 años, y patrimonio mínimo de 5.000 sestercios.

No se realizaron, por tanto, censos detallados con fines fiscales en los que se incluyeran valoraciones de las propiedades en sesteracios, como en el caso de otros contextos. Era Roma quien estipulaba el tributo que debía pagar la comunidad de forma global, no a partir de censos ciudadanos, y no entraba en cómo se repartían internamente las cargas fiscales (Cerami, 1986: 51-53).

Sin embargo, y sólo a modo de hipótesis de trabajo, sería posible pensar que la concesión del *ius Latii* y la promoción jurídica dieran lugar a una doble imposición fiscal, al aparecer ciertas formas de tributación *ex censu* que habían sido ajenas a ámbitos peregrinos. En este caso, Roma seguiría imponiendo un tributo global a la *civitas* –entre el que se seguirían incluyendo las *operae* mineras–, pero a la vez las posesiones ciudadanas, vertebradas por cauces jurídicos romanos, pudieron ser objeto de recuentos individualizados. Esto supondría una modificación de la tributación de algunos individuos (propietarios) y su sometimiento a una doble tributación: la global de la *civitas* y la individual por sus posesiones. Esta idea sería plenamente coherente con las políticas flavias que se analizaron con detalle en el capítulo 4 y que estuvieron orientadas a lograr una gestión más favorable de los recursos en beneficio de los intereses fiscales.

La aplicación de una medida de este tipo, implicaría el desarrollo de censos en el Noroeste que recogerían datos concretos relativos a los individuos poseedores, en la línea que ha expuesto López Barja (2014) y que aparece en el Digesto (50, 15, 4), donde se especifica que los individuos debían declarar en el censo el nombre de sus fundos y de la ciudad en la que se encontrasen¹⁷⁹. De acuerdo a lo propuesto en otra parte de este trabajo (*vid.* Cap. 8.2.3), los censos realizados en comunidades peregrinas, no habían recogido datos específicos de individuos y sus propiedades, pues lo único relevante para Roma era la suma total. De acuerdo a la categoría del *ager per extremitatem mensura comprehensus*, lo único interesante para el Estado era el número de individuos de cada *populus* y la cantidad de tierra que le pertenecía a la comunidad. Sin embargo, si los ciudadanos romanos empezaron a tributar de forma individual, sería necesario realizar recuentos detallados de sus posesiones.

¹⁷⁹ López Barja (2014) ha propuesto, en cambio, que también los censos relativos a ciudades peregrinas pudieron recoger datos concretos, como el nombre o el patrimonio de los censados. Sin embargo, no explica por qué se referirían estos detalles cuando la tributación se imponía de forma global a la comunidad y era ésta la que decidía cómo repartir estas cargas internamente. Veo más posible que, de darse estos recuentos patrimoniales, se debiera a un cambio en la tributación, que obligara a tributar a los ciudadanos romanos por sus tierras (lo que sí haría necesario este tipo de registro detallado), y que no excluyera que la *civitas* siguiera tributando en conjunto.

De confirmarse esta idea, el Edicto de Vespasiano supondría un cambio fundamental en varios sentidos. En primer lugar, la concesión del *ius Latii* habría aumentado las cargas fiscales, al aumentar la base impositiva. En segundo lugar, la promoción jurídica sancionó las desigualdades, al otorgar el anclaje de la ciudadanía romana a las aristocracias del Noroeste. Con ello se consolidó su papel de intermediación, en el que había sido clave la función que habían desempeñado canalizando el tributo a favor de Roma. Con la adquisición de ciudadanía romana, pasaron a ser responsables de forma individual sobre sus posesiones, lo que pudo fortalecer el vínculo que unía directamente a las aristocracias con el poder romano y consolidar su rol de intermediación.

Dichos cambios iban a favor del interés de Roma y en consonancia con las políticas desarrolladas por los Flavios y orientadas a aumentar la captación de recursos provinciales. A fin de cuentas, la cita de Plinio gracias a la cual es conocido el Edicto de Vespasiano, aparece tras la mención a la riqueza de los metales y de mármol de *Hispania*, quizá porque la promoción jurídica supuso una fuente más de recursos. El *ius Latii* así entendido, puede verse como una herramienta más de control y presión fiscal a las poblaciones.

La idea de que tras la concesión del *ius Latii* por parte de Vespasiano existiera un interés fiscal no es nueva y aparece reflejada en aquellos trabajos que han puesto el acento en la cuestión de la *vicissima hereditatium* y el deseo de mejorar las finanzas estatales a través del incremento del número de ciudadanos romanos (*e.g.* Rodríguez Álvarez, 1979; Muñiz, 1986; Jordán Reyes, 2010). Estos trabajos concuerdan con la idea de Levick (1999: 101) de vincular la extensión del privilegio de la ciudadanía con la búsqueda de beneficios económicos. Hay varios indicadores que apuntan en esta dirección. Así, Augusto aplicó a los ciudadanos romanos la deducción del 5% de sus herencias, Plinio recogió lo onerosas que podían llegar a ser las cargas ciudadanas (*Pan.* 37, 3) y Dion Casio acusó a Caracalla de haber concedido la ciudadanía sólo por interés económico (*Dio. Cas.* 78, 9, 5). Según estas interpretaciones, el *ius Latii* tuvo como objetivo gravar a los ciudadanos romanos con una serie de impuestos, entre ellos la *vicissima hereditatium* (impuesto sobre herencias). El Estado, al aumentar la base impositiva, pudo incrementar la recaudación de esta tasa.

En esta línea se pronunció también Guichard, quien estimó, de forma aproximada, que el incremento de las posibilidades de adquirir ingresos fiscales con el aumento del cuerpo de ciudadanos romanos en época flavia, se incrementó en un 10%, a través de la

vicessima hereditatium y la *vicessima libertatis* (impuesto sobre las manumisiones), ambos impuestos presentes en municipios flavios gravando a los ciudadanos romanos (Guichard, 1990: 49-50 y 55). Para ello, sólo fue necesaria una concesión jurídica que no ocasionó ningún gasto al Estado.

Lamentablemente, vincular la concesión del *ius Latii* de Vespasiano a la recaudación obtenida a través de estos impuestos resulta muy difícil de demostrar, primero porque se desconoce el número de personas promocionadas con la ciudadanía *per honorem*; y segundo, porque las tasas impositivas que gravaron las operaciones de los ciudadanos romanos tampoco son bien conocidas. No es posible negar que el cambio de estatuto de las poblaciones supusiera un reajuste en la fiscalidad a través de la ampliación del número de ciudadanos sometidos al pago de impuestos, pero es necesario hacer un estudio específico para valorar realmente el impacto que éstos pudieron tener en la economía y la vinculación entre distintos estatutos y cargas fiscales. Lo cierto es que en el Noroeste no se documentan entidades urbanas con magistraturas clásicas, como las que se encargaron de realizar el censo de munícipes en Osset. Los escasos datos disponibles apuntan a que los censos, al menos en época de Plinio, se realizaron por *civitates* y no de forma individualizada. Si existió algún registro catastral de las posesiones de los ciudadanos o algún recuento censual específico de los mismos, es algo de lo que, a día de hoy, no se tiene evidencia documental.

En cualquier caso, todo parece indicar que tras la concesión del *ius Latii* existió realmente un interés fiscal. El resultado fue el afianzamiento de las élites, que se consolidaron como propietarias (poseedoras de acuerdo al *ius civile*) y como intermediarias con el poder de Roma, canalizando el tributo. Esto, sin duda benefició tanto al fisco (que se aseguraba el papel canalizador de la élite a la vez que ampliaba la base tributaria), como a las aristocracias (que recibieron sanción jurídica y pudieron integrarse en redes de poder romanas). Además, un interés fiscal iría en consonancia no sólo con la política de los Flavios a nivel imperial, sino también con las propias intervenciones que se han documentado en el Noroeste en este período. A fin de cuentas, tanto el entramado viario, como las zonas mineras, dependían directamente del fisco. Todo indica que se produjo una intervención estatal orientada a reorganizar el territorio, actualizando el sistema que había organizado Augusto y mejorando probablemente la articulación fiscal.

11

INESTABILIDAD POLÍTICA Y RELACIONES DE PODER EN LAS ZONAS MINERAS DEL NOROESTE A LO LARGO DEL SIGLO II D.C.

Frente al panorama de profundas modificaciones que supuso el período flavio, el siglo II d.C. revela un escenario de cambios mucho más discretos. No obstante, existen algunos datos que permiten comprobar que también es posible detectar ciertos procesos que tuvieron lugar en este período. Algunos pueden ser entendidos como el resultado de las reformas flavias (o al menos como parte de un mismo proceso). Otros, como se verá, responden a dinámicas propias de esta centuria.

11.1. Estado, *civitates* y minería en el siglo II d.C.

Como ya fue comentado en el capítulo 4, el siglo II d.C. fue un período marcado por el aumento del intervencionismo estatal en sectores productivos estratégicos y por el proceso de concentración del poder en manos del emperador. El mayor control estatal se produjo gracias a la aplicación de disposiciones y leyes de carácter general. Para su aplicación fue necesario un aumento del sistema administrativo, con el incremento del personal encargado de gestionar los recursos. Así, a lo largo de esta centuria se documenta un crecimiento exponencial del número de procuratelas (Pflaum, 1950; López Barja, 1993: 86), hecho que evidencia la tendencia a la gestión directa de las provincias por parte del emperador. Estos factores tuvieron una serie de consecuencias que se detectan a lo largo del Imperio y que han sido sobre todo estudiados en ámbitos relacionados con las transacciones comerciales (Chic, 1979).

En las zonas mineras del Noroeste también se detectan síntomas de cambio. En concreto, las actuaciones de Adriano, se han relacionado con el abandono de algunas minas poco productivas a lo largo del siglo II d.C., cuestión que puede seguirse en la obra de Domergue (1990: 217). Según este autor, antes de que se produjera el cese definitivo de las explotaciones a comienzos del siglo III d.C., la excavación de los hábitats próximos a las minas, muestra el abandono de alguno de ellos. Este es el caso

de la Corona de Quintanilla en la Valduerna, ocupada en el siglo I d.C. Lo mismo ocurre con el Castro de Corporales (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985), al pie del Teleno, y que deja de habitarse tras los primeros decenios del siglo II d.C. o con el asentamiento de Las Rubias, aislado a 1700 m de altura y que pudo servir de residencia (no necesariamente permanente) a los representantes del fisco que supervisarían las explotaciones mineras en la segunda mitad del siglo I d.C. (Dieulafait *et al.* 2011). Sin embargo, estas aproximaciones no resultan tan claras como podría pensarse, pues es difícil determinar si el cese de las labores en algunos yacimientos se debió a una reordenación de la actividad minera (y la concentración de la misma en explotaciones con leyes auríferas más altas) o, si el trabajo y avance de los frentes mineros pudo agotar algunas labores o hacerlas inviables. La reconstrucción de los sistemas de explotación auríferos ha revelado que se estaban alterando continuamente los terrenos explotados y sus respectivos entornos, por lo que la propia población ligada a la minería debía desplazarse cada cierto tiempo allí donde lo exigiesen las labores (Pérez García y Sánchez-Palencia, 2000: 163ss). En otros casos, los asentamientos fueron directamente destruidos por el avance de las minas, como es el caso de la Corona de Fuco Chico, en Luyego de Somoza (Orejas, 1996: 127).

Por otro lado, es indudable que la presencia del aparato estatal es más visible en el siglo II d.C. que en períodos anteriores. Al menos así se desprende del aumento de personal administrativo y militar que reflejan las inscripciones en las zonas mineras del Noroeste en el siglo II d.C. y que se ha relacionado con un proceso de complicación administrativa en este período (Chic, 2005). Es en esta centuria cuando se concentran la mayoría de las menciones a *procuratores* y a *legati iuridici* que, desde mediados del siglo II d.C., se adscribieron al Noroeste (*vid.* Cap. 8.2.1). La presencia del ejército en las zonas mineras también se hace especialmente evidente en el siglo II d.C., período al que pertenece el conjunto de aras de Villalís de la Valduerna, Luyego de Somoza y Priaranza de la Valduerna, en el que se mencionan varias unidades militares de la *legio VII*, junto con *procuratores*.

Por último, un aumento del intervencionismo estatal podría ser visto a través de las inscripciones honoríficas halladas en el siglo II d.C. Existen varios ejemplos en algunos puntos relacionados con la *via Nova* y que se dedican a Trajano (en Rubiás, *AF* I² 591), Adriano (en Nocelo da Pena, *CIL* II 2516 y en Castro Caldelas, *HEp* 2, 524), Antonino Pío (en Nocelo da Pena, *CIL* II 2517 y Castro Caldelas, *IRG* IV, 8) o Cómodo y Marcio Vero, (en Castro Ventosa, *ERPL* 69), a las que ya se ha hecho referencia.

Sin embargo, a pesar de que este aumento de la visibilidad del aparato estatal se presente como tendencia, el incremento del intervencionismo estatal en época antonina es una postura difícil de sostener en el caso de los *metalla publica* que, como ya se ha adelantado, funcionaron por la intervención del Estado a través del fisco desde su puesta en explotación a comienzos del siglo I d.C. (Domergue, 1990: 288-290; Sastre y Sánchez-Palencia, 2002; Sánchez-Palencia y Orejas, 2002; Sastre, 2012). Sin volver a repetir los problemas sobre su creación y evolución, ya se analizó cómo en el fisco convergieron todos los elementos relacionados con la explotación de las minas (el sistema monetario, la gestión de los *metalla publica* y la tributación) y cómo su control estuvo en manos de personal designado por el emperador desde época de Augusto y, en concreto, *procuratores* bajo los Flavios (Domergue, 1970: 269 y 1990: 288). Al menos así lo confirma la inscripción localizada en Chaves (*CIL* II 2477), fechada en el año 79 d.C., y que recoge, según se ha propuesto, al primer *procurator* para *Asturiae et Callaeciae* (Pflaum, 1960-1961: 46-47; Tranoy, 1981: 181; Domergue, 1990: 288; Andreu Pintado, 2004a: 24). La tendencia a la gestión directa y control sistemático de los bienes del Estado por parte del emperador, puede remontarse a época de Augusto (de Martino, 1973-1975: 899; Nicolet, 1988a: 103, 157 y 2000: 198). Hablar, por tanto, de un aumento del intervencionismo estatal con los Antoninos, en minas que estuvieron controladas directamente por el Estado desde su puesta en explotación, es una cuestión que sería conveniente matizar. Lo que sí es posible ver es un incremento en la complejidad del sistema administrativo, o al menos una mayor visibilidad del aparato estatal a través de su personal administrativo-militar a lo largo del siglo II d.C.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que el aparato estatal estuvo presente en el territorio desde la conquista y la definición de una administración específica para el Noroeste, tuvo lugar con anterioridad al siglo II d.C. Por tanto, la complicación del sistema administrativo no tuvo por qué traducirse en un crecimiento exponencial y cuantitativo del aparato estatal. De hecho, en el Noroeste, la clave del funcionamiento de la ordenación territorial no estuvo en la configuración de un sistema administrativo con un gran número de funcionarios o efectivos militares, sino en el papel que las estructuras locales, las *civitates*, con sus grupos de poder a la cabeza en colaboración con el Estado, desempeñaron a la hora de organizar cuestiones como el trabajo minero. No deja de resultar significativo, entonces, que en el siglo II d.C., cuando supuestamente se encuentra consolidada la estructura de las *civitates* tras los reajustes flavios y cuando las aristocracias cuentan con el anclaje de la ciudadanía romana, exista

una mayor visibilidad del aparato estatal. Es más probable entonces que, si el Estado reforzó su presencia en el territorio a través del personal administrativo, fue como consecuencia de la progresiva merma de su poder efectivo sobre el funcionamiento de la *civitas*. Es decir, a medida que las élites ganaron poder y proyección, fue más difícil mantener los mecanismos de coerción que habían hecho posible la explotación de los recursos provinciales por parte del Estado. Este fenómeno probablemente pueda entenderse como el preludio de las profundas transformaciones que experimentó esta zona desde comienzos del siglo III d.C. y que se analizarán en el siguiente bloque de esta tesis.

11.2. El conjunto epigráfico de Villalís de la Valduerna – Luyego de Somoza – Priaranza de la Valduerna (León)

Como parte de este proceso de aumento de visibilidad el aparato estatal, el conjunto epigráfico de Villalís de la Valduerna - Luyego de Somoza - Priaranza de la Valduerna (León) supone una importante fuente de información que ha servido para ilustrar las relaciones entre el ejército, el personal administrativo del emperador y las zonas mineras del Noroeste. El conjunto está formado por unas aras votivas que mencionan el nombre de varios *procuratores* junto con algunos militares, datadas todas ellas en la segunda mitad del siglo II d.C. Sin embargo, aunque varios estudios han recogido estas inscripciones, la mayoría de los autores no se han preguntado a qué se debe su concentración en estas décadas. La mayoría de los investigadores han leído estas inscripciones del siglo II d.C. junto con el resto de inscripciones votivas del siglo I d.C. (Olivares Pedreño, 2009), provocando, según creo, una distorsión del fenómeno. Ya señalé cómo muchos de los trabajos que se han realizado sobre la segunda centuria están condicionados por la creencia historiográfica de que el siglo II d.C. fue un momento de estabilidad, en el que apenas se detectan cambios (*vid.* Cap. 4.3). Esta concepción lastra las interpretaciones históricas que se han realizado sobre ciertas manifestaciones. En oposición a estos trabajos, creo que es necesario revisar este conjunto y hacer una lectura desde una perspectiva territorial, pero sin olvidar las dinámicas que tienen lugar a nivel imperial, con el fin de analizar estas inscripciones desde un enfoque metodológico más adecuado.

11.2.1. Descripción del conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza.

El conjunto está compuesto por nueve aras votivas y fragmentos de otras dos más, consagradas a Júpiter Óptimo Máximo por la salud de distintos emperadores de la segunda mitad del siglo II d.C., concretamente de Antonino Pío, Marco Aurelio y Lucio Vero y Cómodo, siendo el altar más tardío del año 191 d.C.¹⁸⁰ En un primer momento podría pensarse que esto se debe al azar de los hallazgos o a las circunstancias de conservación de las piezas, pero habría que explicar entonces por qué se han conservado mejor, de forma casi sistemática, las inscripciones de la segunda mitad del siglo II d.C.

Cinco cabeceras muestran decoración y, de ellas, cuatro contienen motivos típicamente militares (Palao, 2002: 549-550). De esas cuatro, a su vez, dos representan a los Dióscuros formando tríadas con *Iuppiter Optimus Maximus* y *Victoria*. Este hecho es un rasgo exclusivo del conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza (Cid, 1981; Morillo, 2006), pues esta representación iconográfica no está documentada en toda la Península Ibérica¹⁸¹.

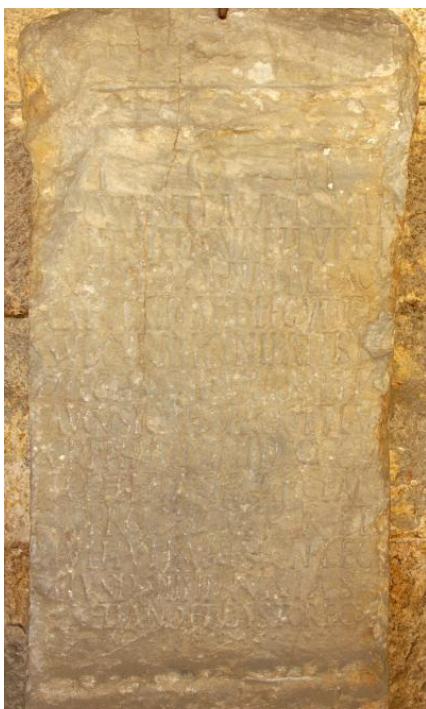
El carácter militar de los motivos del conjunto es coherente con el contenido de los altares, en los que aparecen mencionados militares de varios cuerpos del ejército, en concreto de *vexillationes* de la *legio VII gemina* y de sus unidades auxiliares: la *cohors I Gallica*, la *cohors I Celtiberorum* y el *ala II Flavia*, las cuales aparecen consagrando los monumentos con motivo del natalicio de sus unidades. Además, en ocho de los ejemplares con texto conservado, se recoge a un procurador liberto de Augusto dedicando la inscripción junto a los militares. En una de las inscripciones se especifica, además, el cargo de *procurator metallorum* de uno de estos libertos.

La mención a distintas unidades militares, ocasionó que algunos autores (*e.g.* Tranoy, 1981: 382), se plantearan la posibilidad de que en el entorno de Villalís, se situara la *cohors I Celtiberorum*, cuyo emplazamiento ha sido muy discutido (Santos Yanguas, 1979). Sin embargo, estudios más recientes han demostrado que esta cohorte tuvo su campamento en Ciudadela y no en la Valduerna (Caamaño y Fernández, 2006).

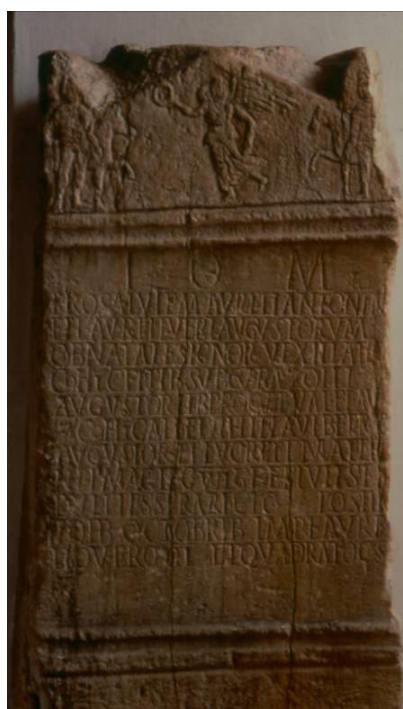
¹⁸⁰ También hay noticias de un ara dedicada a *IOM* en Destriana (León), aunque su lectura no resulta nada clara (ERPL 91).

¹⁸¹ Sí se encuentra en cambio, en otros puntos del Imperio, especialmente en las producciones numismáticas del siglo II d.C. (Gricourt, 1994)

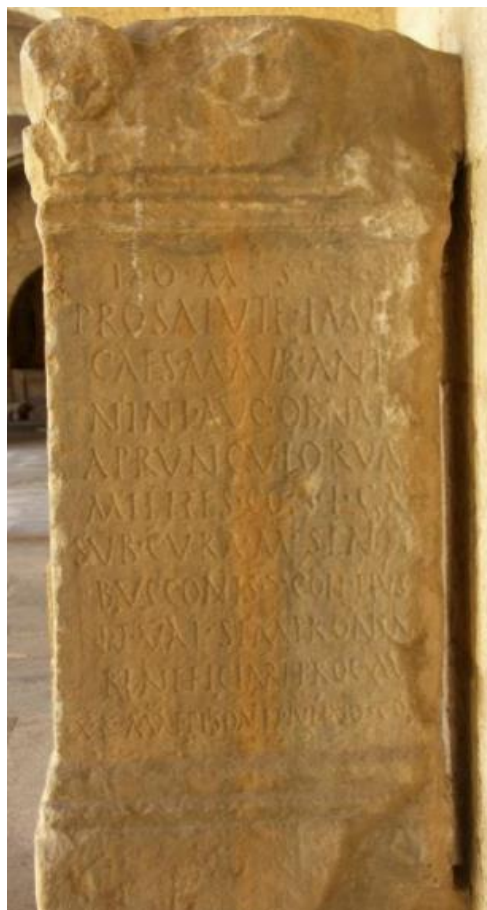
a)



b)



c)



d)



e)



Imagen 85.- Aras del conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza: a) ERPL 64, b) ERPL 67, c) ERPL 68, d) ERPL 72, e) ERPL 79. Fuente: EST-AP (IH. CSIC) y C. Witschel. *Epigraphic Database Heidelberg*.

Ref.	Lugar	Emperador	Ud. militares	Procuradores	Cronología
ERPL 63	Luyego de Somoza	Antonino Pío	<i>Vexillatio de la legio VII gemina felix</i>	No consta	138-161
ERPL 64	Villalís de la Valduerna	Marco Aurelio y Lucio Vero	<i>Vexillatio de la legio VII gemina y cohors I Celtiberorum</i>	<i>Hermes, Augustorum libertus, procurator</i>	10 de junio de 163
ERPL 65	Villalís de la Valduerna	Marco Aurelio y Lucio Vero	<i>Cohors I Gallica y cohors I Celtiberorum</i>	<i>Hermes, Augustorum libertus, procurator</i>	Hacia el año 163
ERPL 66	Villalís de la Valduerna	Marco Aurelio y Lucio Vero	<i>Cohors I Gallica y legio VII gemina</i>	<i>Zoilus, Augustorum libertus, procurator</i>	22 de abril de 165
ERPL 67	Villalís de la Valduerna	Marco Aurelio y Lucio Vero	<i>Vexillatio de la cohors I Celtiberorum, cohors I Gallica y legio VII gemina</i>	<i>Zoilus, Augustorum libertus, procurator y Aelius Flavius, beneficiarius, procurator Augustorum</i>	15 de octubre de 167
ERPL 68	Villalís de la Valduerna	Marco Aurelio	<i>Cohors I Gallica</i>	<i>Valerius Sempronianus, beneficiarius, procurator Augustorum</i>	22 de abril de 175
ERPL 70	Luyego de Somoza	Cómodo	<i>Cohors I Gallica y legio VII gemina</i>	<i>Marcus Aurelius Eutyches, Augusti libertus, procurator</i>	10 de junio de 181
ERPL 71	Villalís de la Valduerna	Cómodo	<i>Vexillatio de la legio VII gemina felix y ala II Flavia</i>	<i>Aurelius Eutyches, Augusti libertus, procurator</i>	10 de junio de 184
ERPL 72	Villalís de la Valduerna	Cómodo	<i>Cohors I Gallica y ala II Flavia</i>	<i>Aurelius Firmus, Augusti libertus, procurator metallorum</i>	22 de abril de 191
ERPL 79	Villalís de la Valduerna	Difícil determinar	¿?	¿?	¿?
ERPL 80	Priaranza de la Valduerna	Difícil determinar	¿?	¿?	¿?

Tabla 16.- El conjunto epigráfico de Villalís-Luyego-Priaranza.

En una primera lectura es posible concluir que las inscripciones reflejan los resultados de las reformas flavias que ya se han analizado. Con Vespasiano se llevó a cabo la reorganización del ejército, con el acantonamiento definitivo de la *legio VII gemina* y sus unidades auxiliares, la cuales aparecen recogidas en las inscripciones del conjunto. Por otra parte, bajo los Flavios tuvo lugar una reforma administrativa, con el establecimiento de *procuratores* para gestión y control de las minas. A estos procuradores se adjuntaron procuradores libertos como el *procurator metallorum*, *Aurelius Firmus* y probablemente los demás procuradores libertos documentados también en el conjunto epigráfico. Aparte de las referencias del conjunto Villalís-Luyego-Priaranza, sólo hay documentado un *procurator metallorum* más en todo el Noroeste (*CIL* II 2598) (*vid.* Cap. 8.2.1; **Tab. 11**).

Sin embargo, vincular el conjunto directa y exclusivamente con las reformas flavias, supone obviar que habían transcurrido casi 70 años entre el gobierno de estos emperadores y la consagración de estas inscripciones. Los procesos que afectaron al Noroeste en el momento de creación de este conjunto, distaron de los que se desarrollaron en el siglo I d.C.

11.2.2. La relación del conjunto epigráfico con *Asturica Augusta* y las zonas mineras del Noroeste

Un mapa de localización de las principales zonas mineras del Noroeste, revela que el conjunto epigráfico de Villalís-Luyego-Priaranza se concentra en un tramo del valle de Duerna situado a unos 16 km en línea recta de *Asturica Augusta* y caracterizado por la proximidad de las abundantes minas de oro de la Valduerna, Valderia y el Teleno (*vid.* **Mapa 17**) y la cercanía de la vía XVII. Las inscripciones se sitúan dentro de un territorio de marcado carácter rural. Algunos autores han situado en esta zona la *civitas* de los *Orniaci* citados en la tábula de los Zoelas (*CIL* II 2633) y mencionados por Ptolomeo (2, 6, 28) con capital en *Orniakon Intercatia*¹⁸² (Rabanal y García Martínez,

¹⁸² En realidad, la localización de la capital de los *Orniaci* no es segura. Se han propuesto distintas ubicaciones como Montealegre de Campos o Aguilar de Campos (Valladolid), Villalpando (Zamora) o Paredes de Nava (Palencia), donde se localizó un pacto de hospitalidad de los *Intercatienses* (*AE* 1999, 922). Una inscripción alemana, hallada cerca de Bonn, menciona a un *castellum Intercatia* como origen de un *signifer* de la *cohors V Asturum* que se define como Astur transmontano (*CIL* XIII 8098). Aunque la localización no es clara, suelen ser situados en la zona de la Valduerna empleando argumentos fonéticos, suponiendo que Duerna o Uerna vendría de la evolución de Orna- (Schulten, 1960; Tranoy, 1981: 50; García Alonso, 2006: 87 y 2014: 92), cuestión que ha sido puesta en duda por otros autores (*e.g.* Mangas y Olano, 1995: 344). En fecha reciente y, a partir de argumentos arqueológicos y

2001: 334). Todas las inscripciones del conjunto han sido encontradas en posición secundaria, la mayoría de ellas reutilizadas en la iglesia de Villalís de la Valduerna, donde se han localizado sillares que pudieron formar parte de una misma estructura monumental, en la que podrían haberse integrado estos epígrafes. A pesar de encontrarse descontextualizadas, es posible suponer que las aras procedieron de un lugar cercano que todavía hoy no ha sido precisado, probablemente situado en un punto desde el que se accedería a la zona de las explotaciones auríferas. En cualquier caso, el conjunto se localiza en un territorio marcado por dos importantes focos de influencia y a medio camino de ambos: al oeste la zona minera y al este *Asturica Augusta*, la capital conventual.

En fecha muy reciente, los investigadores Valderas, de Celis y Muñoz Villarejo, han identificado unas estructuras campamentales en Villamontán de la Valduerna que pueden corresponderse con los campamentos romanos y la *mansio* de *Argentiolum* de los que podrían proceder el conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza (vid. **Fig. 18**).



epigráficos, la tesis de Beltrán (2016: 304ss) ha propuesto una nueva ubicación para los *Orniaci* en la zona de Aliste (occidente de Zamora) y en el Planalto Mirandês (concelhos de Miranda do Douro y Mogadouro), constituyendo una *civitas* limítrofe con la de los Zoelas.

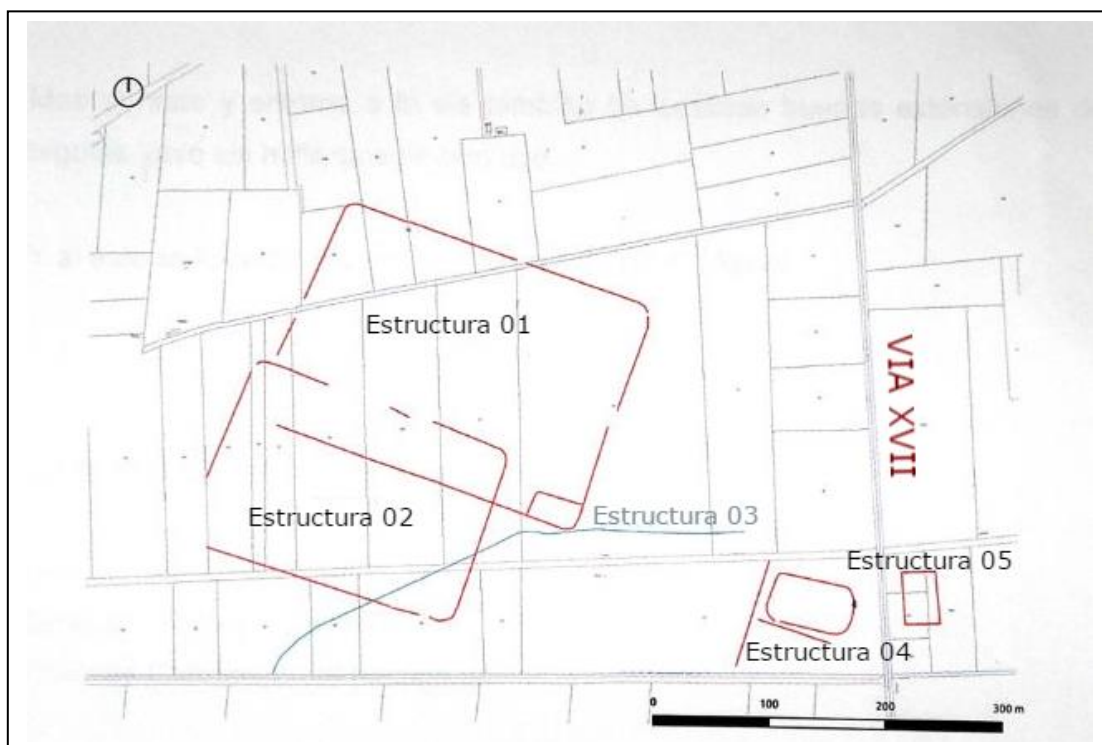
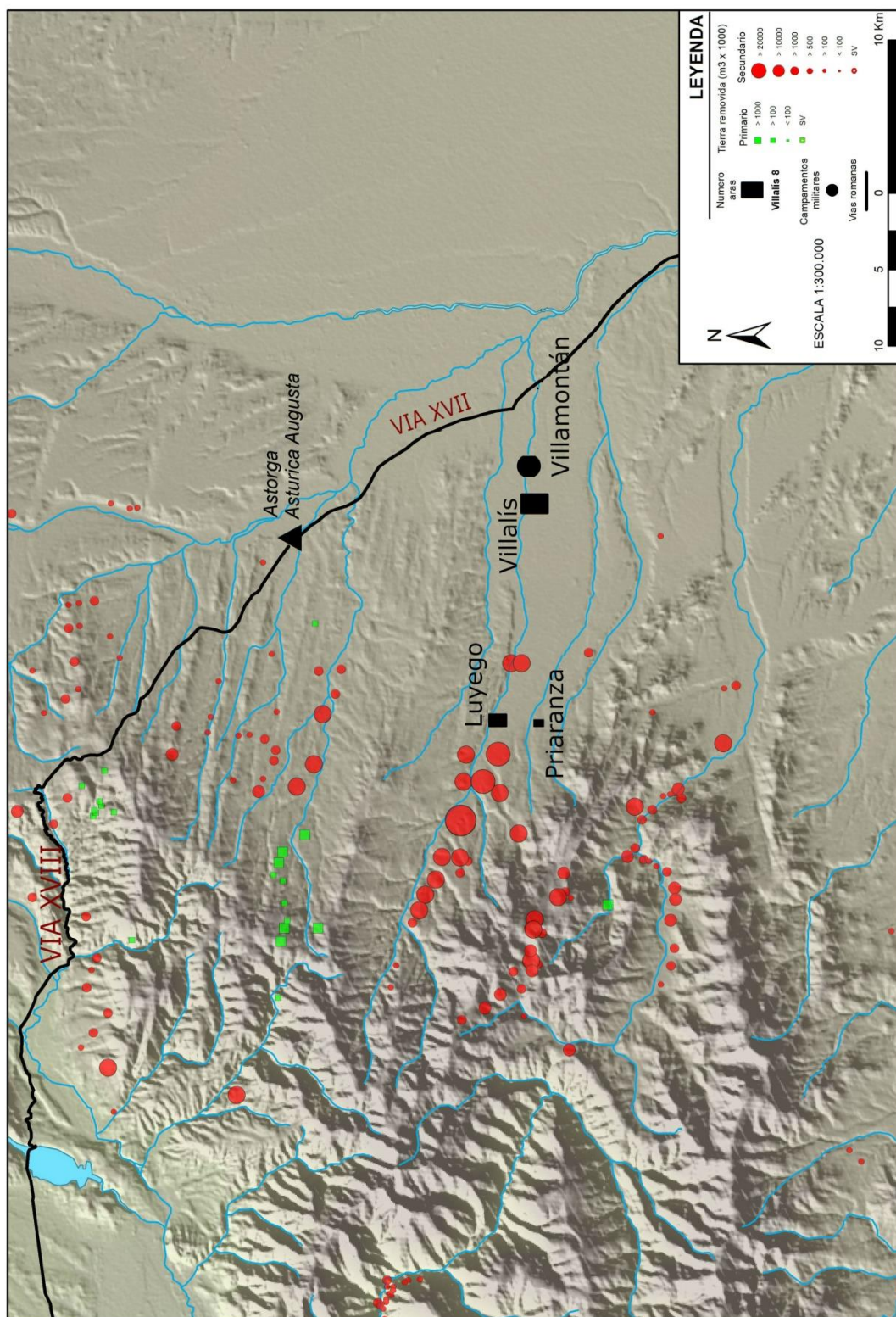


Figura 18.- Localización de los campamentos de Villamontán de la Valduerna sobre fotografía aérea.

Fuente: astorgaredaccion.com

El hallazgo se dio a conocer durante las Jornadas Internacionales sobre *Evolución de los espacios urbanos y sus territorios en el Noroeste de la Península Ibérica* celebradas en Astorga en 2016 y aún se encuentran en fase de estudio y publicación.

Ya hace años, Orejas, durante la realización de su tesis doctoral, localizó en esta zona los yacimientos de Campo del Medio y San Miguel (Orejas, 1996: 154 y 159) que parecen corresponderse con los campamentos que han sido ahora identificados como tales. Su proximidad a la vía XVII y su ubicación en torno a las salidas de los valles del Eria y el Duerna, los convierten en lugares idóneos para encontrar a los destacamentos militares encargados de la gestión directa del amplio *ager publicus* minero. Fueron estos cuerpos los que consagraron, probablemente, las aras del conjunto epigráfico.



Mapa 17.- Mapa de localización del conjunto epigráfico de Villalís-Luyego-Priaranza.

El personal acantonado en los campamentos de Villamontán, estuvo a la vez relacionado con *Asturica Augusta*, sede del aparato fiscal y capital rectora de los *metalla publica* del Noroeste. Aquí está documentada la presencia de procuradores fechados en los últimos años del siglo II d.C. y principios del siglo III d.C., fenómeno que se ha relacionado con la mayor visibilidad del aparato estatal.

Referencia	Inscripción	Cronología
ERPL 187	<i>Iustinae / uxori / sanctissi/mae / Calpurnius / Quadra/tus / pro(curator) Aug(usti)</i>	150-192
ERPL 203	<i>D(is) M(anibus) / Marrinae M(arci) f(iliae) / Proculae / coniugi sanctissimae / castissimae / Truttedius Clemens / proc(urator) / Asturiae et Gallaeciae / Dalmaciae et Hist[riae]</i>	150-192
ERPL 39	<i>Iovi Optimo Maximo / Iunoni Reginae / Minervae Victrici / P(ublius) Ael(ius) P(ubli) f(ilius) Hilarianus / proc(urator) Aug(usti) cum liberis / pro salute [Commodi?] Aug(usti) / [Pii? Felicis?]</i>	185-192
ERPL 81	<i>Dis deabusque / quos ius fasque est / precari in panth(e)o / P(ublius) Ael(ius) P(ubli) f(ilius) Hilarianus // proc(urator) Aug(usti) cum liberis / pro salute [Commodi?] / Aug(usti) [Pii? Felicis?]</i>	185-192
ERPL 35	<i>Fortunae / Bonae Reduci / P(ublius) Ul(pius) Maximus / proc(urator) Aug(usti) cum uxore / et filio</i>	192-198
ERPL 36	<i>Fortunae Reduci sanctae / G(aius!) Otacilius Octavius / Satur/ninus v(ir) e(gregius) proc(urator) / [A]ug(usti) / dicavit cum filia et / nepote</i>	192-198

ERPL 40	<i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / Custodi / Iunoni Reginae / Minervae sanctae / ceterisque dis / deabusque / immortalibus / Iulius Silvanus / Melanio proc(urator) / Augg(ustorum) / provinc(iae) Hisp(aniae) citer(ioris) / dicavit</i>	198-209
ERPL 60	<i>Serapidi / sancto / Isidi mironymo / Core Invictae / Apollini Granno / Marti Sagato / Iul(ius) Melanio / proc(urator) Augg(ustorum) / v(otum) s(olvit)</i>	198-209
ERPL 61	<i>Iulius Silvanus Melanio procurator Augusti</i>	198-209
ERPL 49	<i>Marti / Gradivo / L(ucius) Didius Ma/rinus proc(urator) / Aug[g(ustorum)] ex voto / fecit</i>	211-212
ERPL 59	<i>Invicto deo / Serapidi et / Isidi / Cl(audius) Zenobius / proc(urator) Aug(usti)</i>	212-222

Tabla 17.- Inscripciones con menciones a procuradores halladas en *Asturica Augusta*.

Sin embargo, mientras que en el conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza aparecen procuradores libertos junto con militares de distintas unidades, en las aras de Astorga los procuradores aparecen solos o junto a sus familias (como en los casos *ERPL 35* y *36* donde se encuentra al procurador consagrando el ara junto a su esposa e hijo y su hija y nieto respectivamente). A juzgar por sus titulaturas estos procuradores no fueron libertos, sino procuradores ecuestres. En *ERPL 40*, *Iulius Silvanus Melanio* revela su cargo de *procurator Auggustorum provinciae Hispaniae Citerioris* y en *ERPL 203*, *Trutedius Clemens* señala que fue *procurator Asturiae et Callaeciae Dalmatiae et Histriae*. Evidentemente, los procuradores de Astorga estuvieron vinculados a la gestión de las minas del entorno, como los procuradores libertos de Villalís, hecho que explica la concentración de estos cargos en la capital conventual. Pero es posible pensar en un reparto de tareas entre estos procuradores, de mayor rango y asentados en *Asturica*

Augusta, y los de Villalís probablemente resolviendo cuestiones en las que fuera necesaria una mayor proximidad a las labores.

Por otra parte, las inscripciones del conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza no coinciden cronológicamente con los testimonios localizados en *Asturica Augusta*. Parece que ambos conjuntos se suceden en el tiempo: el conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza se fecha entre los gobiernos de Antonino Pío y de Cómodo y el primer testimonio de Astorga se sitúa entre los años 192 y 198 d.C., ya en la dinastía severa.

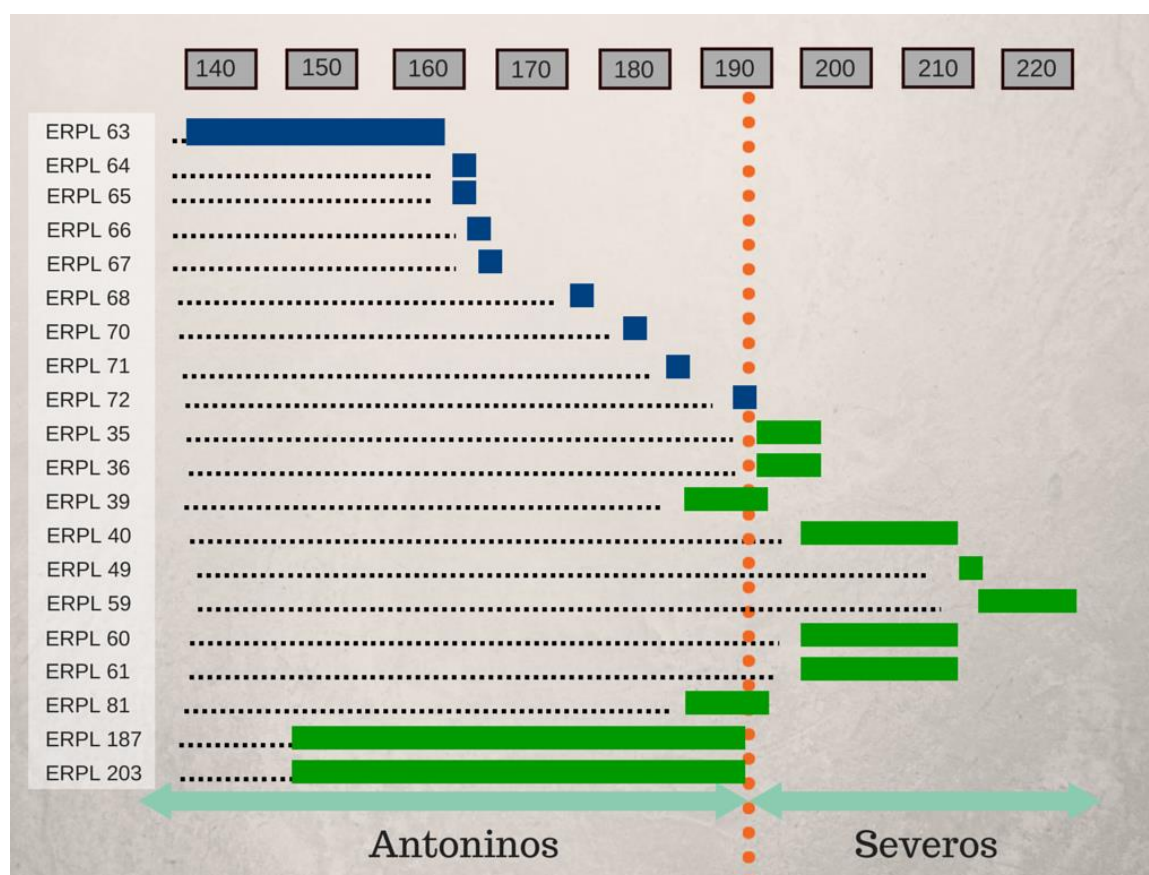


Figura 19.- Cronología de las inscripciones del conjunto de Villalís y de las inscripciones de *procuradores* en Astorga. En azul las dataciones propuestas para las aras de Villalís-Luyego-Priaranza. En verde para las de Astorga.

11.2.3. Los conflictos del siglo II d.C. Una propuesta de interpretación para el conjunto epigráfico de Villalís-Luyego-Priaranza.

Al tratarse de un conjunto de altares votivos, el carácter religioso de este conjunto epigráfico ha sido subrayado en varios trabajos. Es sabido cómo los miembros de la *legio VII gemina* y de sus unidades auxiliares dejaron evidencias de su religiosidad en otros lugares peninsulares. En fecha relativamente reciente Palao (2006: 390) ha contabilizado 48 testimonios epigráficos votivos relacionados con esta legión, a los que se pueden añadir al menos otros 3 publicados en años posteriores (Morillo, 2008: 384-385; González Fernández y Vidal Encinas, 2005: 175). Un porcentaje elevado de estos testimonios proceden del conjunto analizado. Esta concentración de altares en Villalís-Luyego-Priaranza llevó, incluso, a plantear la existencia de un santuario militar cerca (García Martínez, 1998-1999: 144; Palao, 2006: 399; Morillo, 2008: 397-398 y 2014).

La propuesta del santuario tenía pleno sentido en un contexto en el que no habían sido localizados restos constructivos de los que pudieran proceder las aras. Como ha indicado Morillo (2014), en otros puntos del Imperio (como Osterburken, Sremska Mitrovica o Maryport) son conocidos santuarios militares de escasa entidad arquitectónica donde el carácter sagrado reposaba más en la potencia simbólica de los altares, que en el propio edificio. Por tanto, una posibilidad barajada fue que en el entorno de Villalís se hubiera localizado un santuario de este tipo, que no dejaría restos arqueológicos identificables. Sin embargo, los nuevos hallazgos arqueológicos obligan a replantear esta propuesta y hacen más probable suponer que, en los campamentos de Villamontán, se encontró una *officinae metallorum* que reuniría a parte del personal administrativo y militar vinculado con la gestión de las zonas mineras. De estos campamentos procedería el conjunto epigráfico localizado en Villalís, Luyego y Priaranza, en posición secundaria.

Aparte de estas propuestas basadas en la prometedora identificación de los campamentos de Villamontán, es posible avanzar algo más sobre las motivaciones que llevaron a erigir el conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza a lo largo de la segunda mitad siglo II d.C. En concreto, en el *VIII Congreso Internacional de Minería y Metalurgia en el Sudoeste europeo. Presente y Futuro de los paisajes mineros del pasado: estudios sobre minería, metalurgia y poblamiento*, celebrado en Granada entre los días 11 y 15 de Junio de 2014, propusimos una nueva interpretación del conjunto, otorgándole una nueva dimensión histórica (Zubiaurre y Beltrán, en prensa).



Imagen 86.- Miliario de Ingliston (Escocia). Fuente: SCRAN/National Museums of Scotland.

Para ello partimos de algunos datos conocidos sobre conflictos que tuvieron lugar en la *Citerior* coincidiendo con este período (Garzeti, 1974: 447; Curchin, 1991: 179; Arce, 1997; Sánchez-Lafuente, 2003). Aunque la información es escasa, los *Fasti Ostienses* del año 145 d.C. se refieren a *Cornelius Priscianus*, gobernador de la *Citerior*, que fue juzgado ante el Senado *quod provinciam Hispaniam hostiliter [in]quietaverit* (Alföldy, 1969: 28; Bargagli y Grosso, 1997: 47). También la *Historia Augusta* refiere escuetamente su suicidio y el veto de Antonino Pío para investigar una conjura de la que *Priscianus* fue partícipe: *Priscianus reus adfectatae tyrannidis, sed morte voluntaria de qua coniuratione quaeri vetuit* (HA, AP, 7, 4).

Además de estas menciones, *Cornelius Priscianus* puede relacionarse con la inscripción del miliario de Ingliston, Escocia (**Img. 86**), un epígrafe que presenta dos líneas de texto borradas deliberadamente y que debieron de contener el nombre del gobernador provincial que fue sometido a una *damnatio memoriae* (Maxwell, 1983).

CIL VII 1085. Ingliston, Escocia.

I[mp(eratori) Caes(ari) T(ito) / Ael(io) Hadr(iano) Anto]/nino Aug(usto) Pio / p(atri) p(atriciae) co(n)s(uli) [I]I / [sub... / ... leg(ato) Aug(usti) pr(o) pr(aetore)?] [co]h(ors) I Cugernoru(um) / [Tri]monti(o) m(ilia) p(assuum) / [...]

Cronológicamente el miliario no puede ser anterior al año 140 d.C., cuando Antonino Pío fue cónsul III, ni posterior al 145, cuando fue cónsul IV. Gracias a estudios específicos, se sabe que *Lollius Urbicus* fue gobernador de Britania hasta el año 142 d.C. y parece que su trayectoria fue ejemplar y distinguida, por lo que se descarta que su nombre fuese objeto de la *damnatio memoriae* del miliario (Birley,

2005: 141). El nombre inscrito tuvo que pertenecer a su sucesor de los años 143 o 144 d.C., un gobernador del que, por otra parte, nada se conoce.

Para completar este vacío, existen dos posibilidades, pues la *Historia Augusta* menciona a dos hombres que conspiraron contra Antonino Pío. El primero de ellos fue *T. Atilius Rufus Titianus*, *cos. ord.* en el 127 d.C. y cuyo nombre se borró de los *Fasti Ostienses* de ese año. Parece por tanto improbable que se convirtiera en gobernador de *Britania* tanto tiempo después de su consulado. El segundo fue *Cornelius Priscianus*, del que se tienen datos de su revuelta en *Hispania* en el año 145 d.C.

Es probable, por tanto, que *Priscianus* fuese gobernador de *Britania* en el año 143 o 144 d.C. y que en el 145 d.C. fuese nombrado gobernador de la *Tarraconense*, donde protagonizó los sucesos referidos en las fuentes y que ocasionaron su posterior deshonra. Los desórdenes que se sucedieron en el año 145 d.C. coinciden con el rango cronológico en el que se sitúa la primera inscripción documentada en Villalís-Luyego-Priaranza, durante el mandato de Antonino Pío. Es posible que este conjunto represente entonces la manifestación oficial y pública de la adhesión del ejército al emperador ante la revuelta de Prisciano.

Aunque la participación del ejército hispano en los sucesos del año 145 d.C. no puede pasar de ser una hipótesis de trabajo, es sabido que existió un vínculo previo entre miembros de *legio VII gemina* y los gobernadores de *Britania* (uno de los cuales pudo ser Prisciano) que podrían sostener esta idea. Así, está atestiguado epigráficamente el envío de unidades militares de esta legión a la isla participando en la construcción del muro de Adriano y en algunas campañas desarrolladas contra los pueblos del norte (Burn, 1969: 81; Le Roux, 1982: 308)¹⁸³.

Por otra parte, la idea de que las aras de Villalís-Luyego-Priaranza estén relacionadas con un intento de sublevación, no es contradictoria con la existencia de un santuario militar que reuniera el conjunto epigráfico. El intento de usurpación del año 145 d.C. pudo ser el desencadenante de la ejecución de una muestra de fidelidad hacia Antonino Pío que cobraría forma a través de las aras. Estos altares poseyeron un importante contenido simbólico y probablemente fueron consagrados en un acto público de carácter militar que acentuaba la adhesión de las tropas al emperador.

¹⁸³ En concreto, existe una inscripción localizada en Ferentino (Italia), que hace mención a *T. Pontius Sabinus, praepositus* de varias *vexillationes* militares que fueron enviadas a *Britannia*, entre ellas, una de la *legio VII gemina* (CIL X 5829).

La conmemoración del natalicio de las unidades militares con la fórmula *ob natalem* no es frecuente. Está documentada, además de en el conjunto analizado, en una inscripción de Panonia Inferior (*CIL* III 10369) y dedicada a *Iuppiter Optimus Maximus* por *Cocceius Senecio, decurio alae I Thracum*, y en Ampurias (*CIL* II 6183), en otra inscripción fechada en el 150 d.C. y consagrada por una *vexillatio* y los centuriones de la *legio VII*. De acuerdo con esta propuesta, una manifestación de lealtad de estas características no fue un acto espontáneo, sino que cobra sentido como parte de un proceso de afirmación del poder imperial frente a una posible crisis.

<i>CIL</i> III 10369. Baracska, Hungría	<i>CIL</i> II 6183. La Escala. Ampurias
<i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / Cocc(eius) / Senecio / dec(urio) al(a)e / I T(h)rac(um) ob nat(alem) / M(arci) Coccei / Senecae fil(i) / v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)</i>	<i>I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / vexillatio / [l]eg(ionis) VII G(eminae) F(elicis) / [s]ub cura / [I]uni Victo/ris [l]centurionis leg(ionis) ei/[u]sdem ob na/[ta]lem aquilae</i>

La idea planteada puede ser apoyada por el análisis de los pedestales de estatuas imperiales que aparecen en *Hispania* a lo largo del siglo II d.C. Antonino Pío es, con diferencia, el emperador del siglo II d.C. más representado en la Península a través de la epigrafía honorífica (aparece homenajeado con estatuas en 22 ocasiones, frente a las 12 de Trajano y las 14 de Adriano, según el trabajo de Garriguet Mata, 2005; *vid. Fig. 20 y 21*). Además, a diferencia de lo que ocurre con los emperadores anteriores, la *Tarraconense*, con 12 ejemplares, es la provincia que concentra un mayor número de epígrafes dedicados a Antonino Pío, mientras que de la Bética proceden 8 y de Lusitania sólo 2.

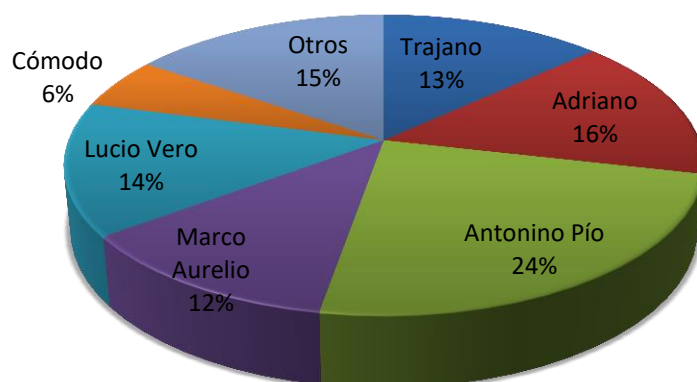


Figura 20.- Porcentajes de pedestales de *Hispania* dedicados a los emperadores del siglo II d.C. sobre un total de 91. Elaboración propia a partir de datos de Garriguet Mata, 2005.

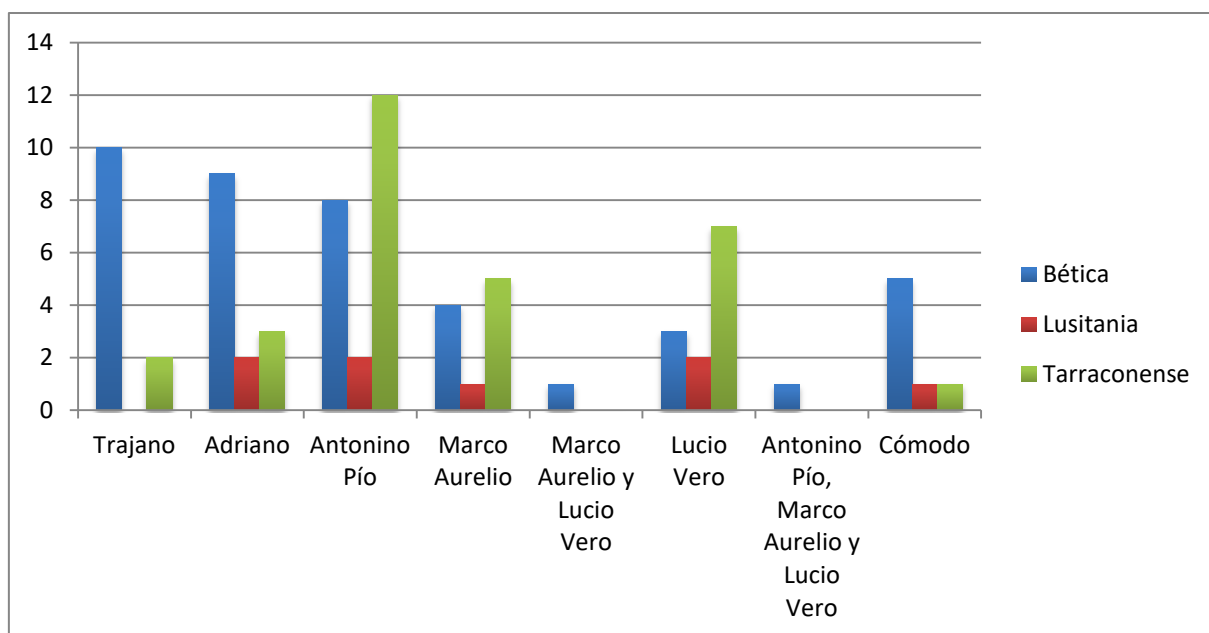


Figura 21.- Distribución por provincias de pedestales de estatuas honoríficas a emperadores del siglo II d.C. Elaboración propia a partir de datos de Garriguet Mata, 2005.

La presencia mayoritaria de dedicatorias honoríficas a Antonino Pío en la *Citerior* puede formar parte de un programa monumental orientado a reforzar la autoridad del poder imperial, especialmente en una provincia que había sido escenario de conflictos. Sin embargo, aunque el programa monumental pudiera desarrollarse de forma prioritaria en la *Tarraconense*, también pudo afectar a otras provincias hispanas. Sirva de ejemplo la posible construcción de un templo consagrado a Antonino Pío en Mérida, conocido gracias a la copia de la fachada de mismo en un *anaglyphum* de plata (*CIL* II 480) (**Img. 87**).

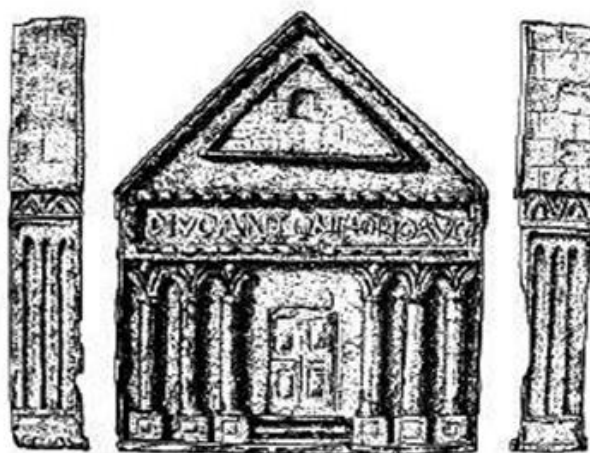


Imagen 87.- *Anaglyphum* con la posible reconstrucción de un templo de Antonino Pío. Fuente: *Hispania Epigraphica*

Dentro de este contexto podrían entenderse inscripciones como la localizada en la iglesia parroquial de La Losilla y San Adrián (León), en la que *Quintus Iunius*

Rusticus, gobernador de la *Citerior*, dedicaba un altar a *Iuppiter Optimus Maximus* por la salud del emperador Antonino Pío, utilizando una fórmula de consagración similar a las halladas en los epígrafes de Villalís-Luyego-Priaranza.

<p>HEp 9, 1999, 409. La Losilla y S. Adrián, Vegaquemada, León</p> <p><i>[I(ovi)] O(ptimo) M(aximo) / [p]ro salute</i> <i>Imp(eratoris) Caes(aris) / [T(iti)] Aeli</i> <i>Hadriani Anto/[nini] Aug(usti) Pii</i> <i>domuiq(ue) / [ei]us Q(uintus) Iunius</i> <i>Rus/[tic]us co(n)s(ul) leg(atus) Aug(u)s(ti) /</i> <i>[pr(o)] pr(aetore) provinciae / [Hisp(aniae)</i> <i>citerioris(?)]</i></p>	<p>ERPL 63. Luyego de Somoza, León</p> <p><i>[I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / pro salute / T(iti)] Ael(i)</i> <i>Hadriani / Anton(ini) Aug(usti) Pii / vex(illatio)</i> <i>leg(ionis) VII G(eminae) F(elicis) / sub cur(a) Iul(i)</i> <i>Mar/ci c(enturionis) eiusd(em) et Val(eri) / Victoris</i> <i>dec(urionis) ob / diem nata(lem) Aquilae / v(otum)</i> <i>s(olvit) l(ibens) m(erito)</i></p>
---	---

Estas manifestaciones epigráficas son coherentes con la mención que hace la *Historia Augusta* sobre que Antonino Pío dejó a los buenos gobernadores en sus puestos durante siete o incluso nueve años, como medida de ahorro y mejora de la administración (*HA. AP*, 5). Es posible pensar que el mantenimiento de los gobernadores leales al emperador se hiciera para evitar la repetición de sublevaciones como la del año 145 d.C.

Por otra parte, se sabe que *Artimetus*, uno de los libertos del emperador, fue enviado a *Tarraco* como nuevo responsable del archivo provincial y como tal dedicó una ofrenda a *Silvanus* por la salud del emperador (*RIT* 50). La coincidencia en el tiempo de estos hechos históricos con la revolución de *Priscianus* quizá responda a una maniobra política de atracción hacia la capital provincial de personas de confianza del emperador y nuevas élites (Ruiz de Arbulo, 2014). Es posible entonces que la promoción de ciertos individuos del Noroeste, que alcanzaron entonces el *flaminado* en *Tarraco*, pueda relacionarse con estos cambios en las relaciones de poder provincial de la segunda mitad del siglo II d.C., tal y como fue analizado en un capítulo anterior.

Los últimos testimonios del conjunto epigráfico de Villalís-Luyego-Priaranza se corresponden con el final de la dinastía de los Antoninos. El abandono de la práctica de consagrar estos altares se produjo con la llegada de los Severos, período relacionado con el cese de actividad de las minas del Noroeste. En esta última fase se fecha el conjunto de aras votivas consagradas por *procuratores* ecuestres en Astorga. Si, como pienso, el conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza respondió a una situación coyuntural, no es raro

que se dejaran de dedicar un tiempo después, con el cambio de dinastía. Además, esta época estuvo marcada por nuevos desórdenes debidos a la oposición entre Clodio Albino y Severo. Probablemente como consecuencia, en esta etapa aparecieron cargos de carácter extraordinario que concentraban funciones militares y administrativas en una sola persona (Alföldy, 1970: 390-399; Tranoy, 1981: 165) y que revelan la existencia de cierta inestabilidad política.

A finales del siglo II d.C. se documenta un fenómeno que se tradujo en nuevos reajustes en las relaciones de poder provinciales. Se trata concretamente de la sublevación de Albino, episodio que se cerró con el ajusticiamiento de varios senadores y el establecimiento de un orden militarizado en la capital provincial (Ruiz de Arbulo, 1998: 57). Desde ese momento las estatuas de *flamines* dejaron de levantarse en la capital, aunque aparezca alguna mención al consejo provincial todavía en el siglo III d.C.

El 31 de diciembre del año 192 d.C., Cómodo moría estrangulado a manos de un sicario del prefecto del pretorio (Dio. Cas. 72, 22, 5). Su muerte marcaba el final de una dinastía y se abrían años de inestabilidad. Pertinax le sucedió como emperador durante 87 días y tras ser asesinado por los pretorianos, varios pretendientes al poder imperial intentaron ganarlo por la fuerza de las armas. Finalmente Septimio Severo se hizo con la situación, pero tuvo que enfrentarse a Clodio Albino, quien había sido en principio su aliado. Las tropas de Britania nombraron augusto a Albino quien pasó a las Galias sublevando las provincias e instaló su base de operaciones en *Lugdunum*.

El silencio de las fuentes impide saber la posición tomada por la *legio VII gemina* en el conflicto. Sin embargo, se conocen datos indirectos que pueden relacionarse con estos sucesos. En primer lugar el gobernador de la Tarraconense, *L. Novius Rufus*, aparece en las listas de los ejecutados tras el triunfo de Severo (*CIL* II 4125 y Alföldy, 1969: 42-43), lo que parece indicar su adhesión a Albino (Birley, 2002: 122-126; Daguet-Gagey, 2000: 271-276). *T. Claudius Cadidus* fue entonces nombrado gobernador de la *Citerior* y encargado de acabar con *adversus rebelles hostes publicus* en distintas partes del Imperio, incluida *Hispania* (*CIL* II 4114).

En segundo lugar, los epítetos de la legión pueden aportar algunas pistas. Se ha propuesto que la postura de la *legio VII* cambió a lo largo del conflicto y que ésta no intervino en contra de Septimio Severo en la batalla de *Lugdunum*. Al menos así se ha interpretado la presencia a partir de este período del epíteto *Pia* en la titulación oficial de la legión, como recompensa a su neutralidad en el conflicto o incluso como premio por

ser defensora de Septimio Severo. Sin embargo, también el título *Pia* pudo ser una decisión del emperador para reforzar la lealtad de una unidad que no la había manifestado de forma clara (Palao, 2006: 88). Las designaciones de *Q. Mamilius Capitolinus* como *legatus Augusti per Asturiam et Callaeciam* y *dux legionis VII G. P. F.* en el 197 (*CIL* II 2634), la de *G. Fulvius Maximus* como legado de la legión y jurídico para el Noroeste en el 200 (*CIL* VI 32412) y la de *Q. Hediús Lollianus* para los años 202-205 (*CIL* VI 32412) (Pflaum, 1970: 361-363 y Palao, 2006: 71 y 89) son casos que revelan la acumulación de funciones en personas leales al poder imperial. Estas inscripciones pueden indicar entonces el deseo del emperador por contar con personas de confianza para el desempeño de estos cargos, ante la participación de la *legio VII* en la sublevación en su contra y la inestabilidad que pudo imperar en el Noroeste en esta etapa.

PARTE IV

EL FINAL DE LA MINERÍA DEL ORO EN EL NOROESTE PENINSULAR

12

EL FINAL DE LA MINERÍA DEL ORO DEL NOROESTE PENINSULAR COMO PROBLEMA HISTÓRICO

La cuestión del final de la minería de oro del Noroeste peninsular es un tema que apenas ha sido abordado hasta la fecha de forma específica, a pesar de que el abandono de las explotaciones debió de suponer un gran cambio en la organización de estas regiones. Hay que suponer que el impacto del cese de una actividad que había sido eje central de la dominación romana durante dos siglos, fue profundo y alteró las dinámicas sociales y territoriales que habían operado hasta la fecha. Las relaciones articuladas en torno a la minería, con la implicación de las redes de poder locales y el aparato administrativo-militar, se quebraron. Asimismo, la estructura de explotación imperialista, que había vertebrado el control territorial a través de la imposición del tributo y la mano de obra que trabajaba en las minas como parte de sus obligaciones fiscales, tuvo que verse afectada con el abandono de esta actividad. Con ello se ponía fin a un largo proceso que se había iniciado en época de Augusto y que había permitido la explotación de los grandes *metalla publica* del Noroeste. Y estos cambios y transformaciones coincidieron con el complejo contexto del siglo III d.C., una centuria identificada tradicionalmente como una etapa de ruptura en muchos aspectos y de transición en otros (Cepas, 1997), en los que no sólo las zonas mineras se vieron afectadas.

12.1. Cronología del abandono de las explotaciones.

En primer lugar es necesario precisar el marco cronológico en el que tuvo lugar el abandono de las explotaciones, tarea que presenta grandes dificultades. El mapa de las labores mineras se fue construyendo a lo largo de doscientos años y, en el estado actual de la investigación, aunque es posible detallar la secuencia relativa de las labores de diversos sectores mineros, no existen datos suficientes para proponer una cronología

en términos absolutos de cada una de las minas. En algunas ocasiones excepcionales se producen hallazgos materiales en el interior de las explotaciones o se logran dataciones procedentes de entibados de trabajos subterráneos (Villa, 1998: 595; Rozas y Cabo, 2002: 353), pero en general es difícil tener elementos cronológicos precisos.

Ante esta perspectiva, para establecer la cronología de las minas, se puede acudir bien a la cronología del poblamiento próximo asociado a las labores, bien a la datación de las fases de uso de elementos de la infraestructura minera, como la red hidráulica, que permiten realizar estudios estratigráficos. Sin embargo, estos elementos tampoco están exentos de dificultades, puesto que el avance de los frentes mineros, a medida que se fueron explotando las minas, ocasionó que los asentamientos fueran abandonados o incluso destruidos, como ocurrió por ejemplo en la Corona de Fuco Chico, en Luyego de Somoza (Orejas, 1996: 127).

Por otro lado, las fuentes literarias tardías podrían ayudar a completar algo esta información, pero hay una ausencia de referencias precisas sobre el cierre de las minas hispanas y los textos con los que se cuenta para esta zona se limitan a reproducir ciertos tópicos literarios, tal y como ya apuntaron hace años Domergue (1970) y Sánchez-Palencia (1983: 58ss)¹⁸⁴.

Por último, existen varios indicadores indirectos, fundamentalmente la presencia del ejército, la red viaria asociada a las explotaciones y, a mayor escala, el sistema monetario, que también pueden suministrar información acerca del abandono de la actividad o de cambios con relación a ella. Sin embargo, tal y como se verá, tampoco estos elementos son definitivos. Con todo ello, y a pesar de las limitaciones, una conjunción de estos indicadores –cronologías absolutas cuando sea posible, evolución del poblamiento y de la infraestructura minera, presencia del ejército, mantenimiento de la red viaria y evolución del sistema monetario–, permiten una aproximación cronológica al final de las labores.

- Para comenzar, las fuentes arqueológicas indican unas fechas de fines del siglo II y comienzos del siglo III d.C. para el abandono. La mayoría de materiales de prospección y sondeos efectuados en núcleos de habitación

¹⁸⁴ Algunas de estas fuentes literarias de época tardía son Latinio Pacato, quien escribía en el panegírico de Teodosio: *aurum quod de montium ueis aut fluminum glareis... scrutator gallaicus eruisset* (Pacat. *Pangyr. Th.* 28, 2), o Claudio Claudiano, quien en sus *laus Hispaniae* compuestas hacia el año 404 d.C., hablaba de la riqueza metalífera de la Península Ibérica (Claud. *Laus Serenae*, 54). Sin embargo, estas referencias parecen reproducir ciertos tópicos literarios que proyectan la idea de la riqueza minera hispana cuyo mito se ha extendido hasta hoy.

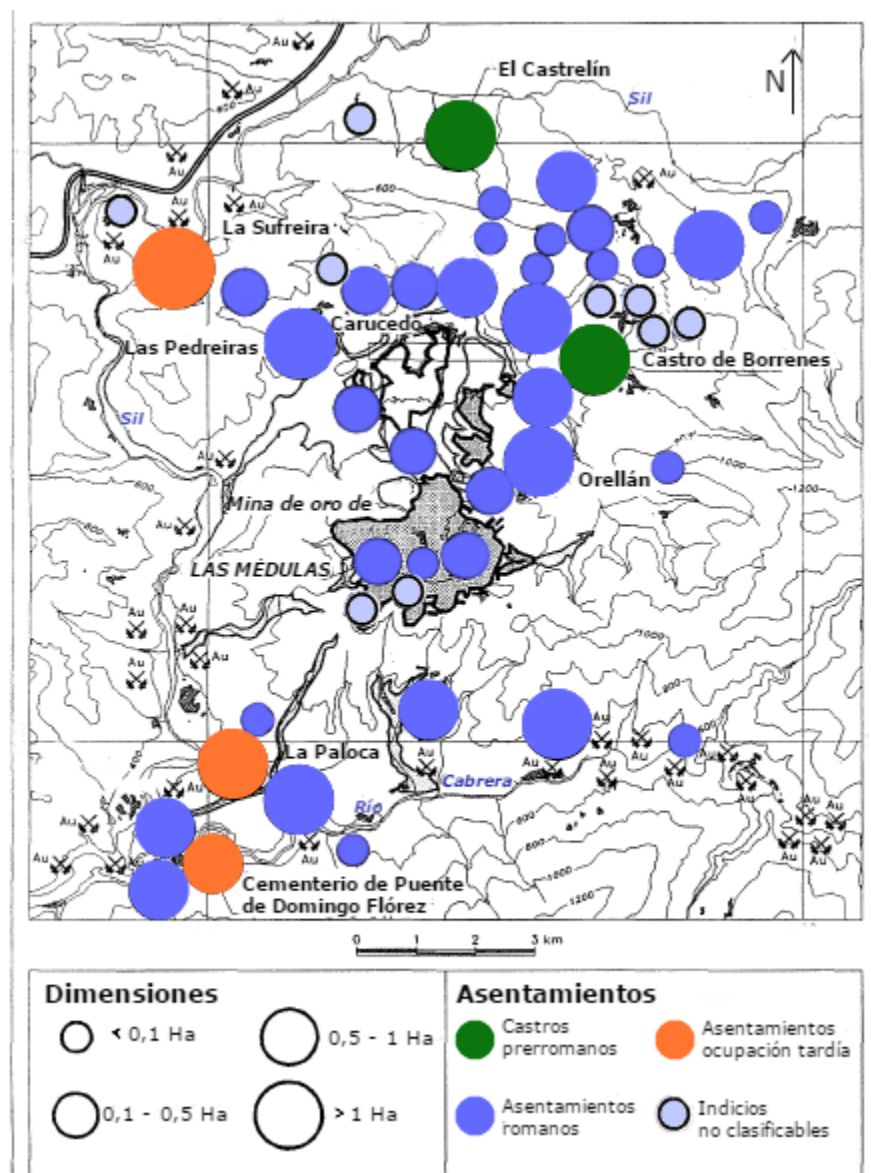
vinculados a las minas del Noroeste corresponden a la segunda mitad del siglo I d.C. y al siglo II d.C. Estos datos son coherentes con las cronologías de los sitios mineros excavados, las cuales no van más allá de finales del siglo II d.C. (Domergue, 1990: 217), confirmando que es posible situar el abandono de las explotaciones de oro del Noroeste a comienzos del siglo III d.C.

La Valduerna proporciona varios datos en este sentido. La fecha más tardía constatada para un asentamiento claramente relacionado con las explotaciones es de finales del siglo II d.C. en Huerña (Domergue y Sillières, 1977: 13-20; Domergue, 1990: 217, n. 6). A partir del siglo III d.C. los testimonios de presencia romana en toda la zona se reducen de forma drástica. Se conservan, no obstante, algunos elementos de época tardía como el tesorillo de bronce de los siglos III y IV d.C. del Monte del Castro de la Magdalena (Chana de Somoza) o los restos arqueológicos del siglo IV d.C. en la Corona de Quintanilla (Domergue y Sillières, 1977). Respecto al tesorillo, el hallazgo se compone de dos antoninianos del siglo III y nueve ases del siglo IV d.C. El desgaste de las monedas señala una prolongada circulación de las piezas, lo que revela su enterramiento tardío (Sánchez-Palencia, 1983: 624). Por otra parte, los restos localizados en la Corona de Quintanilla sólo demuestran una ocupación ocasional del asentamiento (Domergue, 1990: 217). Estos escasos hallazgos, lejos de probar una continuidad o reanudación de las labores mineras de la Valduerna en el siglo IV d.C., reflejan en realidad el cambio profundo que experimentó el paisaje de esta misma zona respecto a los dos primeros siglos de ocupación romana, momento en el que las minas sí estuvieron en explotación.

Este panorama no es exclusivo de la Valduerna, sino que parece repetirse en otras zonas mineras destacadas donde existen suficientes datos arqueológicos para analizar el cambio en el poblamiento en el tránsito del siglo II al III d.C. Este es el caso de la zona arqueológica de Las Médulas, donde la mayoría de asentamientos pertenecientes a los siglos I y II d.C., no vieron prolongada su ocupación en el siglo III d.C. Así parecen confirmarlo los asentamientos excavados en la zona: Orellán (Orejas y Sastre, 2000: 264-265) y Pedreiras de Lago (Sastre y Orejas, 2000: 291-295), los cuales no prolongaron su ocupación en el siglo III d.C. En esta centuria se documenta,

de hecho, un importante cambio en el patrón de poblamiento, puesto que de los casi 50 yacimientos romanos que estuvieron habitados en los dos primeros siglos de nuestra Era en el entorno de Las Médulas, tan sólo en tres de ellos –La Sufreira (La Barosa), La Paloca (Salas de la Ribera) y el cementerio de Puente de Domingo Flórez–, se han encontrado indicios claros de ocupaciones posteriores al siglo III d.C. (*vid.* **Mapa 18**). Aunque no todos los asentamientos documentados en los siglos I y II d.C. fueron necesariamente contemporáneos, su número contrasta con los escasísimos asentamientos en los que se constata una ocupación tardía, por lo que es posible hablar de un drástico cambio en el poblamiento entre los siglos I-III y III-IV d.C. Lamentablemente, falta aún información para caracterizar mejor ese cambio en el que, sin duda, debieron de existir matices.

Otras zonas mineras del Noroeste ofrecen información cronológica parcial que, sin embargo, permite apuntar en la misma dirección y ver que las labores ya no estaban activas en el siglo III d.C. Así, por ejemplo, los trabajos desarrollados en la Sierra de Francia han documentado varias labores mineras y su poblamiento asociado (Sánchez-Palencia, 1983: 464; Domergue, 1990: 41 y 201; Sánchez-Palencia y Ruiz del Árbol, 1999 y 2000; Ruiz del Árbol, 2005; Ruiz del Árbol *et al.* 2001). Los últimos trabajos efectuados en Las Cavenes de El Cabaco (Salamanca) han dado a conocer el asentamiento de la Fuente de la Mora, vinculado tanto a los trabajos mineros como a la explotación agraria, y cuya cronología iría desde la primera mitad del siglo I d.C. a finales del siglo II d.C. o comienzos del siglo III d.C. (Sánchez-Palencia, 2014b: 173).



Mapa 18.- Poblamiento en la zona arqueológica de Las Médulas. Fuente: Sánchez-Palencia *et al.* 2000

En otras ocasiones los datos no parecen tan claros. Este ha sido el caso de los trabajos llevados a cabo en el occidente de Zamora, en la zona minera de Pino del Oro, donde las investigaciones desarrolladas en los últimos años han permitido conocer con más profundidad las labores que se extienden en esta región y su poblamiento asociado. Sin embargo, la excavación del yacimiento de El Picón vinculado con las explotaciones, ha aportado una cronología para la ocupación del asentamiento que confirma que éste fue habitado hasta mediados del siglo V d.C. (Romero, 2010: 48). A pesar de ello, el estudio arqueológico y epigráfico de la región de Pino de Oro y

Villardiegua ha permitido ver que en época flavia se produjo un desplazamiento importante de los centros de poder de la zona occidental zamorana, que se trasladaron a la región mirandesa-alistana (Beltrán, 2016: 233). Estos hechos podrían indicar un declive de la actividad minera desde finales del siglo I d.C., coincidiendo con el gobierno de los flavios, por lo que El Picón permanecería ocupado bastante tiempo después de que se abandonaran las minas de oro. Además, hay que recordar que estas minas presentan una envergadura mucho menor que las de la comarca berciana, por lo que la presencia del aparato administrativo-militar con relación a las explotaciones fue mucho más discreta (Sastre *et al.* 2010: 129-130) y, en consecuencia, también sería más difícilmente detectable el cambio relacionado con el cese de las explotaciones. Esto ocasiona que sea más difícil documentar el abandono de la actividad minera en estas regiones. Es lógico pensar que allí donde las minas tuvieron menor envergadura y requirieron de una infraestructura y ordenación menos complejas, el impacto de su final fuera menos claro.

Esta dificultad, sumada a la escasez de excavaciones que aporten datos cronológicos precisos, complica la datación del abandono de la minería también en otras zonas. Próximas a las explotaciones de Pino del Oro, numerosas labores se extienden a lo largo de los *concelhos* portugueses de Bragança, Vimioso, Miranda do Douro, Mogadouro y Freixo de Espada à Cinta (Lemos, 1993: 330-343; Martins, 2008; Lemos y Martins, 2011; Lemos y Martins, 2014), sin que sea posible precisar las fechas de su abandono. Algunos de los yacimientos excavados (*e.g.* Quinta da Senhora da Ribeira en Seixo de Ansiães o el Castelo de Urros), permanecieron ocupados en la Antigüedad tardía.

En otras ocasiones simplemente se carece de cronologías que permitan precisar la ocupación de los asentamientos relacionados con las explotaciones, lo que impide que sea posible extraer conclusiones. Este es el caso de las coronas mineras documentadas en Río Negro por Esparza (Esparza, 1984: 51). El reciente estudio de una de ellas, Los Corralones de Espadañedo, ha permitido confirmar su vinculación con la red hidráulica de las explotaciones mineras próximas, pero no ha dado una fecha precisa de su abandono (Currás *et al.* 2014: 222). Problema similar presentan los castros

encajados y delimitados por las labores documentados en la cuenca baja del Miño. Las labores en esta zona son conocidas desde hace años (Sánchez-Palencia, 1983; Domergue, 1987: 531) y las últimas investigaciones han permitido documentar la existencia de numerosas explotaciones en la región que confirman la importancia de la minería en la zona (Bouzó y Pérez, 2001; Martins, 2008; Currás y López González, 2011). A pesar de ello, no existen referencias cronológicas precisas más allá de los datos que han aportado las excavaciones del castro de A Graña (As Neves, Pontevedra). En él se han documentado dos momentos de ocupación: uno del siglo I d.C. y otro de los siglos III-IV d.C., sin que pueda determinarse, por el momento, que existiera continuidad entre las dos fases (Ferrer Sierra, 2002b).

Por su parte, los trabajos desarrollados en los últimos años en las labores que se extienden a lo largo de la cuenca del Tajo, han permitido caracterizar mucho mejor la minería de esta región, que sin duda tuvo una importancia notable. Sin embargo, aún no se tienen dataciones cronológicas precisas. Este es el caso de la zona de Penamacor-Meimosa (Castelo Branco), donde el poblamiento asociado a las minas no ha aportado elementos para datar su momento de abandono hasta la fecha (Carvalho, 2007), pues la única referencia cronológica con existente es el hallazgo de un tesorillo de monedas de plata datado hacia el 14-2 a.C. (Sánchez-Palencia, 2014a: 129).

Aparte de las excavaciones en los asentamientos, los estudios de las infraestructuras mineras pueden aportar datos relevantes sobre los periodos de actividad de los diversos sectores mineros. Por un lado permiten establecer secuencias que aproximan cronologías relativas. Por otro lado, la realización de sondeos y sus análisis estratigráficos ofrecen dataciones absolutas sobre el inicio y el fin de las labores, pues es posible obtener muestras para datación por carbono 14 de los niveles de uso o abandono de las estructuras. Trabajos de este tipo se están realizando en la actualidad por parte del grupo de investigación *EST-AP* (IH. CSIC), en depósitos de la red hidráulica del occidente asturiano y norte de León, cuyos resultados, aún en fase de estudio, han sido sólo publicados parcialmente (Orejas *et al.* 2015).

En Asturias, algunos trabajos efectuados en minas subterráneas han permitido recuperar madera procedente de los entibados de las minas y obtener dataciones cronológicas que son coherentes con el abandono en el

siglo III d.C. Este ha sido el caso de las dataciones que han aportado las labores de Boinás, en Belmonte de Miranda (Villa, 1998: 175) y en Carlés, donde las horquillas cronológicas se extienden entre el cambio de Era y mediados del siglo III d.C. (Villa, 2005: 205 y 2010: 95).

- El análisis arqueológico del poblamiento que indica el abandono minero, parece coincidir con los datos que apuntan hacia el desmantelamiento del aparato administrativo encargado de la gestión de las explotaciones en el mismo período.

Este fenómeno se registra tanto arqueológica como epigráficamente. Así, El Soldán (Santa Colomba de Somoza, León), un yacimiento indudablemente relacionado con las explotaciones auríferas que pudo acoger a miembros encargados del trabajo y la administración de las minas desde mediados del siglo I d.C. (Mañanes, 1983: 154; Domergue, 1990: 205; Sánchez-Palencia ed. 2000: 290), fue abandonado a comienzos del siglo III d.C., hecho constatado por la ausencia de *TSH* tardías (Sánchez-Palencia, 1983: 629). Lo mismo puede decirse del asentamiento de las Pedreiras de Lago, al que ya se ha hecho mención. Se trata de una *domus* de carácter aristocrático relacionada con la minería y que presenta continuidad en la ocupación desde su creación (en el 30/40 d.C.), hasta su abandono a finales del siglo II d.C. (Sastre y Orejas, 2000: 291-295). Mientras, *Asturica Augusta*, capital conventual cuyo papel territorial estuvo muy relacionado con la gestión de las zonas mineras (*vid.* Cap. 9.2), entró en decadencia y posiblemente redujo su extensión en esta misma etapa, a lo que se sumó una dispersión y atomización del poblamiento, momento que coincidió con su amurallamiento (Orejas, 1996: 175; Orejas y Morillo, 2013: 98).

Por último, y aunque los datos regionales sean más fragmentarios, también en el occidente asturiano es posible asistir a un proceso similar de reordenación de poblamiento, puesto que varios castros fueron abandonados a finales del siglo II d.C., aunque posteriormente algunos fueron reocupados en la Antigüedad tardía (*e.g.* San Chuís: Jordá Pardo y García Martínez, 1999: 145). Por su parte, el Chao Samartín, sufrió un final violento que llevó a su definitivo abandono en la segunda mitad del siglo II d.C. (Villa, 1999: 112).

Epigráficamente, la documentación relacionada con el aparato administrativo-militar pertenece a los siglos I y II de nuestra Era (Domergue, 1987: 540-541 y 1990: 340, tabla XVII), dejando un importante vacío en el siglo III d.C. Bajo el mandato de Caracalla, se registran los últimos procuradores ecuestres de *Asturia et Callaecia* (vid. Cap. 8.2.1, **Tab. 10**). En concreto, el último *procurator* específico para el Noroeste fue *Claudius Zenobius* (ERPL 59), cuya inscripción fue localizada en *Asturica Augusta* y fechada entre el 212 y 222 d.C. (Tranoy, 1981: 185; Ojeda, 1993, n. 60). Más allá de esta fecha no se han hallado inscripciones de *procuratores* en la capital conventual, hecho coherente con el declive de Astorga como gestora de los *metalla publica*, en esta etapa. Aunque a lo largo del siglo III d.C. las manifestaciones epigráficas caen en general en todo el Imperio (Beltrán Lloris, 2015), resulta significativo que, tras *Claudius Zenobius*, las últimas menciones a *procuratores* en la *Citerior* ya no se localizasen en *Asturica Augusta*, sino en *Lavinium* (AE 2000, 656) y Roma (CIL VI 1638), lo que apunta a la desarticulación del aparato administrativo relacionado con la minería y con sede en Astorga a comienzos del siglo III d.C.

- Sin embargo, el abandono de las explotaciones y el desmantelamiento del aparato administrativo no supusieron el final de la presencia militar en el Noroeste y son varias las fuentes que demuestran el mantenimiento de la *legio VII gemina* y sus unidades auxiliares a lo largo de los siglos III y IV d.C.

En primer lugar se encuentra una serie de *tegulae* y ladrillos con las marcas de esta legión, donde figuran los nombres de los emperadores Gordiano, Filipo el Árabe y Decio (García y Bellido, 1970: 596-597; Liz Guiral y Amaré, 1993: 55; Morillo y Salido, 2013: 303-304). A estos documentos se suman otras inscripciones del siglo IV d.C., como la hallada en Talavera de la Reina (Toledo) de *Annius Romanus*, soldado de la *legio VII gemina deciana pia felix* (AE 1976, 277) o la localizada en Milán, donde aparece *Valerius Heraclianus* como *praefectus legionis VII geminae Spaniae* (CIL V 5835). La adscripción geográfica de la legión (*Spaniae*), ha sido considerada indicador de la nueva disposición de los ejércitos imperiales surgidas a raíz de las reformas de Diocleciano y Constantino (Le Roux,

1982: 384) y ha servido para confirmar la presencia de militares en la Península en una fecha avanzada.

<p>AE 1976, 277. Talavera de la Reina. <i>D(is) M(anibus) s(acrum) / Annio · Roma/no militi · leg(ionis) / VII G(eminae) De(cianae) p(iae) · f(elicis) · ann(or)um / XXXXIII stip(endiorum) / XXVI · m(ensium) · VIII / Arria · Hispa(nilla) · mater / fil(io) · p(iissimo) · fecit</i></p>	<p>CIL V 5835. Milán. <i>[---] Valerii Heracliani u(iri) e(gregi)] praef(ecto) leg(ionis) VII Gem(inae) Spaniae / [con]iugi kariss(imo) et Valerius Heraclini[anus / et Valeria H]erac[l]ia [f]i[l]i patri pientiss(imo) [---]</i></p>
---	--

Por otra parte, algunas fuentes literarias prueban la permanencia de la legión en momentos posteriores al abandono de las minas. La más importante es la *Notitia Dignitatum*, documento que presenta la disposición de las tropas en el Bajo Imperio¹⁸⁵. En lo referente a la Península, según el texto, la *legio VII gemina* continuaba ubicada en su campamento de *Legio*, al mando de un *praefectus legionis* (cargo que ocupaba *Valerius Heraclianus* en la inscripción procedente de Milán que acabo de comentar). Junto a ella se menciona al resto de unidades auxiliares y su localización: la *cohors Lucensis* en *Lucus Augusti*, la *cohors II Flavia Pacatiana* en *Petavonium*, la *cohors Celtibera* en *Iulobriga*, la *cohors I Gallica* en *Veleia* y la *cohors II Gallica* en un establecimiento indeterminado (*Not. Dig. Occ.*, 42, 24-32).

Not. Dig. Occ., 42, 24-32

In provincia [Hispaniae] Callaecia: Praefectus legionis septimae Geminae, Legione. Tribunus cohortis secundae Falviae Pacatianae, Paetaonio. Tribunus cohortis secundae Gallicae, ad cohortem Gallicam. Tribunus cohortis Lucensis, Luco. Tribunus cohortis Celtiberiae, Brigantiae, nunc Iulobriga. In provincia Tarraconensis: Tribunus cohortis primae Gallicae, Veleia.

Existen otras fuentes literarias, aunque resultan más dudosas. Este es el caso de la mención del martirio de San Marcelo, supuesto centurión de la *legio VII gemina* durante el mandato de Diocleciano. La adscripción militar

¹⁸⁵ Existe, en cambio, una parte de la historiografía que ha considerado que los datos expuestos en la *Notitia* no se corresponden con el momento de su realización, sino con una situación anterior (para el debate, Palao, 2006: 97-98). Sin embargo, hoy se tiende a considerar que se trata de una información que tuvo en cuenta las reformas operadas probablemente por Diocleciano, así que debió de ser posterior a su mandato.

de San Marcelo presenta algunas dudas, pues existen textos referentes a su martirio que no recogen su vinculación con el ejército o con la *legio VII gemina* (Musurillo, 1972: 250-259). Lo mismo puede decirse del pasaje de los hermanos Dídimo y Veriniano en su enfrentamiento contra Constantino III a comienzos del siglo V d.C. Según Orosio y Sozomeno estos dos familiares de Honorio habrían liderado un ejército formado por *privati* en la banda septentrional de la Península Ibérica, lo que apoyaría la idea de que en estas fechas ya no había tropas oficiales en *Hispania* (Oros. Adv. 7, 40, 6 y Soz. 9, 11, 4). Sin embargo, recientes revisiones y la comparación de estos pasajes con un texto de Zósimo (Zos. 6, 4, 3) parecen indicar que entre las filas de este ejército también pudieron encontrarse unidades regulares, sin que pueda asegurarse que éstas perteneciesen a la *legio VII gemina* (Escribano, 2000).

Más allá de estos documentos, la arqueología parece confirmar la continuidad de efectivos militares, al menos a lo largo del siglo III d.C. tanto en *Legio* (Muñoz Villarejo *et al.* 2002) como en otros enclaves que menciona la *Notitia* (Caamaño, 1996: 116; Carretero, 2000: 800-802; Aja Sánchez, 2002: 75-89, Morillo *et al.* 2014). No obstante, existen problemas a la hora de identificar niveles militares más allá del siglo III d.C., lo cual puede deberse a una convivencia civil y militar en los mismos recintos, tal y como se comprueba que ocurrió en otros puntos del Imperio en el siglo IV d.C. (Palao, 2006: 95-96 y 2009).

En cualquier caso, la presencia militar en el Noroeste queda confirmada al menos hasta el siglo IV d.C.¹⁸⁶ Sin embargo esta afirmación no constituye en ningún caso un indicador sobre el mantenimiento o abandono de las explotaciones. En primer lugar, aunque la presencia del ejército estuvo relacionada con las explotaciones durante los dos primeros siglos de dominio romano, no hay que pensar en la vinculación exclusiva entre ejército y minería, pues las tropas pudieron desempeñar también otras funciones (*vid.* Cap. 8.2.2). Esto obliga a acabar con la idea de que si permanecieron militares en la Península fue necesariamente porque existían minas activas.

¹⁸⁶ El final de la legión no queda claro. Las invasiones germanas y posible inexistencia de tropas regulares en el ejército de Dídimo y Veriniano a comienzos del siglo V d.C., podrían reflejar la ausencia de las tropas en este período (Palao, 2006: 97-100).

Así, por ejemplo, en el siglo III d.C., la presencia de la legión puede relacionarse con el control de la Península en el marco de las luchas de poder que se sucedieron en el transcurso de esta centuria. En este sentido interpretó Alföldy la controvertida inscripción de Denia (*CIL* II 3588) en la que aparece *C. Iulius Urbanus* como *veteranus princeps vexillationis legionis VII geminae piae felicitis*, enviado por *Decius Valerianus*, quizá gobernador de la *Tarraconensis*, para supervisar unas operaciones navales contra los enemigos del emperador Maximino en el contexto de la guerra civil (Palao, 2006: 90)¹⁸⁷. Con el mantenimiento de la legión, se aseguraba el control estratégico de la Península en un contexto imperial marcado por la constante inestabilidad política.

***CIL* II 3588. Denia.**

C(aius) Iul(ius) Urbanus vet(eranus) / prin(ceps) vexil(lationis) leg(ionis) VII / Gem(inae) P(iae) F(elicis)
[[M[a]xim[i]n(ianae)]] [m]iss(us) / cum suis a D[e]cio Val[er]i[a]no co(n)s(ulare) L(ucius) A[l]f[er]i[us]
Do/natus optio f(aciendum) c(uravit)

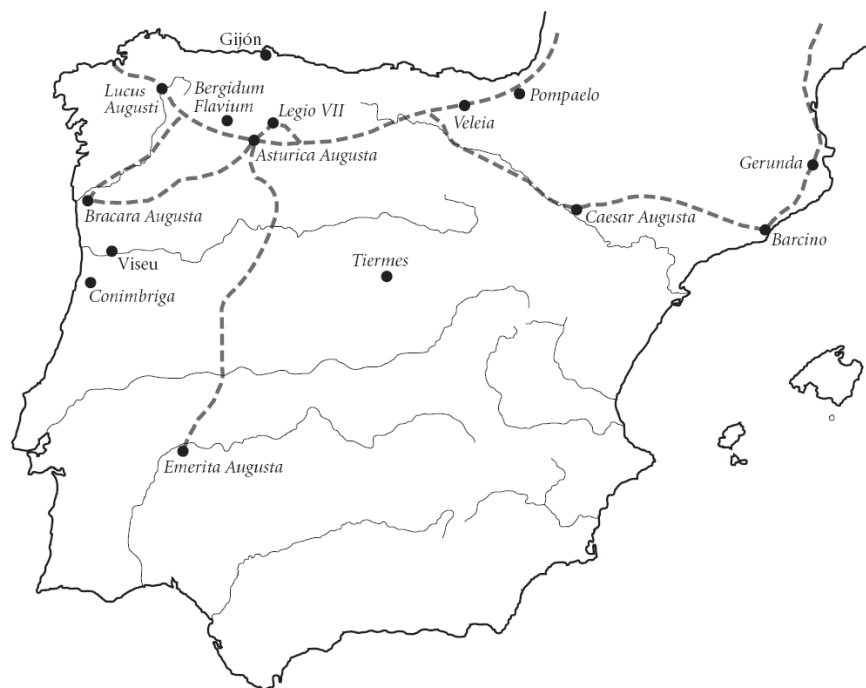
A finales del siglo III d.C. se produjo una ruptura en el esquema militar que había permanecido operativo en el Alto Imperio. La estructura del ejército se transformó radicalmente y, aunque se mantuvo el despliegue en las fronteras de la mayoría de las tropas, –denominadas *limitanei*–, se crearon ahora fuerzas móviles –o *comitatenses*–, de rápida capacidad de maniobra para proteger el territorio (Balil, 1960; Luttwat, 1986). En la Península se produjo, en estas mismas fechas, el amurallamiento de varios yacimientos, fenómeno que parece responder a un programa de fortificación militar (Fernández-Ochoa *et al.* 2011). Estos recintos acogieron, según la *Notitia*, tropas de *limitanei* (*Not. Dig. Occ.*, 42), lo que ha hecho pensar a varios investigadores en la existencia de un *limes* hispano similar a los documentados en las fronteras germana y danubiana y cuya función habría sido controlar a las poblaciones del Norte de la Península Ibérica, aspecto que justificaría la presencia militar desde finales del siglo III d.C. (Sayas, 1996; Escribano, 2000).

¹⁸⁷ Sin embargo, Le Roux ha propuesto una interpretación diferente, relacionando esta inscripción con una operación de castigo contra unos bandidos (Le Roux, 1982: 381-382).

Sin embargo, existe una total ausencia de fuentes que refieran conflictos con estas comunidades, a lo que se suma el argumento mantenido por Arce para desmontar esta teoría: estas tropas, a pesar de su categoría de *limitanei*, no se encontraban bajo la autoridad de un *comes* o un *dux*, como era habitual, sino de un *magister militum*. Por ello, según el autor, las unidades hispanas tuvieron un estatuto limitáneo por su carácter fijo, no por una función de defensa fronteriza, lo que descarta la posibilidad de que el Noroeste hubiera recibido la consideración de *limes* (Arce, 2009: 72).

Arce intentó justificar entonces la función de las tropas hispanas en el Bajo Imperio, aludiendo al papel que desempeñaron en la defensa marítima y fluvial de la costa norte de *Hispania* frente a los ataques piráticos de los pueblos germanos (Arce, 2005 y 2009: 69-72). Sin embargo, tampoco esta teoría está exenta de problemas, sobre todo cuando se comprueba que los asentamientos militares se situaron, en la mayoría de los casos, alejados de la costa que supuestamente pretendían defender. No tiene mucho sentido que las tropas permanecieran acantonadas en lugares del interior como *Legio* o *Petavonium*, cuando su función era proteger el litoral.

Otra posibilidad ha sido planteada por Fernández-Ochoa y Morillo, quienes han entendido el papel del ejército y el amurallamiento bajoimperial dentro del marco de una nueva concepción geoestratégica del Imperio (Fernández-Ochoa y Morillo, 2002c: 584 y 2006; Morillo, 2007: 109). Según estos autores, la respuesta habría que buscarla en el desarrollo de la recaudación de impuestos, especialmente cerealísticos, destinados a la *annona militaris* y en la necesidad de asegurar su transporte hacia unidades militares acantonadas en los *limites* germánico y británico. Para ello sería necesario reforzar los nudos de comunicación, lo que explicaría el amurallamiento de puntos como *Asturica Augusta* y justificaría la presencia de tropas en la Península, zona alejada de las regiones expuestas al peligro de las invasiones (Fernández-Ochoa y Morillo, 2006; Fernández-Ochoa *et al.* 2011).



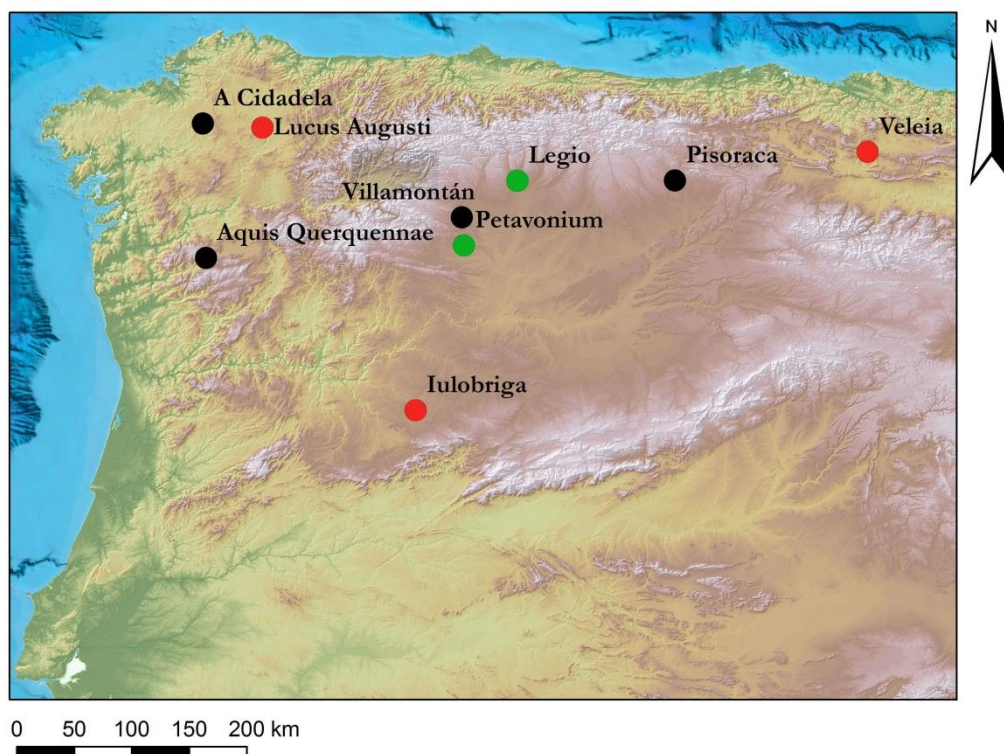
Mapa 19.- Recintos amurallados en época tetrárquica (finales del siglo III y comienzos del siglo IV d.C.) y principales vías para el transporte de la *annona*. Fuente: Fernández-Ochoa *et al.* 2011.

Aunque quizá sea necesario matizar todavía estas aproximaciones, lo que parece confirmarse es que las unidades militares peninsulares desempeñaron funciones diversas que no debieron de estar ligadas necesariamente a las explotaciones mineras. Por tanto, la presencia de la *legio VII* en los siglos III y IV d.C. no es un argumento válido para pensar en el mantenimiento de la minería en estas fechas, porque el mantenimiento de las tropas en territorio peninsular, pudo responder a otros intereses, como fue asegurar la recaudación y el transporte de la *annona*.

Este interés estatal por la *annona* es coherente también con la multiplicidad de miliarios alusivos a reparaciones y construcciones de calzadas que se documentan desde el siglo III d.C. y que no se explican simplemente por un deseo propagandístico por parte del poder imperial (Arce, 1984: 290). El objetivo de la política viaria pudo ser el mantenimiento de las conexiones entre el norte y el oeste peninsulares y el suroeste de Galia, donde *Burdigala* (Burdeos) actuó como centro redistribuidor de productos. La vertebración se produjo en torno a la Vía de la Plata y las vías

XXXII y XXXIV del Itinerario de Antonino, que confluyeron en *Asturica Augusta* con las vías XVII y XVIII procedentes de *Bracara Augusta*. Si bien es cierto que la ciudad de *Asturica* actuó de bisagra en este gran eje de comunicación ya a lo largo de los siglos I y II d.C., tras el abandono de la minería, desempeñó un papel estratégico distinto al de los dos primeros siglos de dominio romano.

En definitiva, aunque en los dos primeros siglos la relación entre ejército y minas es indudable, no hay que pensar en una vinculación exclusiva, por lo que la presencia militar no indica, necesariamente, la existencia o ausencia de explotaciones. Si, efectivamente, la minería se abandonó en el siglo III d.C., el ejército pudo desempeñar desde entonces funciones no mineras. Esta idea queda apoyada si se observa un mapa de distribución de tropas en el siglo II d.C. y se compara con la ubicación de las unidades militares en época tardoantigua. En él se comprueba cómo éstas modificaron sus lugares de acantonamiento, lo que probablemente se relacione con el final de las explotaciones y la reubicación consecuente de los efectivos militares al final de la actividad (*vid.* **Mapa 20**).



Mapa 20.- Localización de las unidades militares entre los siglos II-III (en negro) y III-IV (en rojo). En verde los que se mantuvieron en ambos períodos.

- Si hay que desvincular el mantenimiento del ejército con el de las explotaciones, lo mismo hay que hacer con la red viaria, puesto que el mantenimiento del *cursus publicus* se ha utilizado en ocasiones como indicador de la continuidad de las minas¹⁸⁸. Un caso representativo que merece algo más de atención es el de la *via Nova* por la estrecha vinculación que tuvo su trazado con las principales zonas mineras.

El siguiente gráfico (**Fig. 22**) muestra los miliarios relacionados con la *via Nova* atribuidos a los distintos emperadores hasta finales del siglo IV d.C. Estos datos reflejan una notable concentración de miliarios en el siglo III d.C., lo que podría señalar una importante actividad en esta vía a lo largo de esta centuria. Además, un análisis más detallado de la actividad de los distintos emperadores con relación a la vía, revela una serie de momentos importantes, algunos de los cuales tuvieron lugar con posterioridad al abandono de las explotaciones (**Fig. 23**).

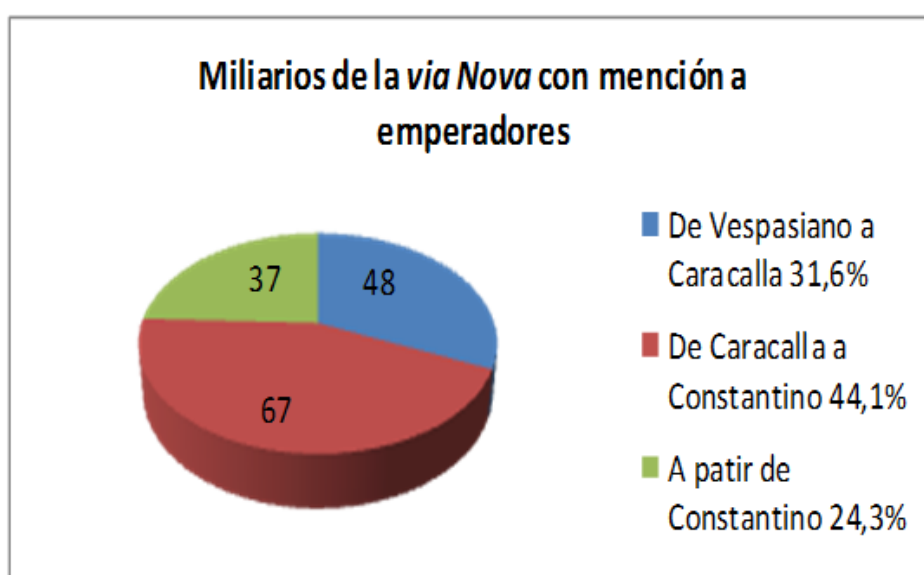


Figura 22.- Miliarios de la *via Nova* con mención a emperadores identificables. Elaboración propia a partir de datos de Rodríguez Colmenero *et al.* 2004.

¹⁸⁸ Esta idea aparece ya en Blázquez Martínez (1970: 145ss). En otras obras más recientes (Caamaño, 2009: 246-247), también se han utilizado los miliarios como indicadores de la actividad minera, asumiendo que si en el siglo III d.C. se concentra un buen número de miliarios, las minas debieron de encontrarse en plena producción en este período.

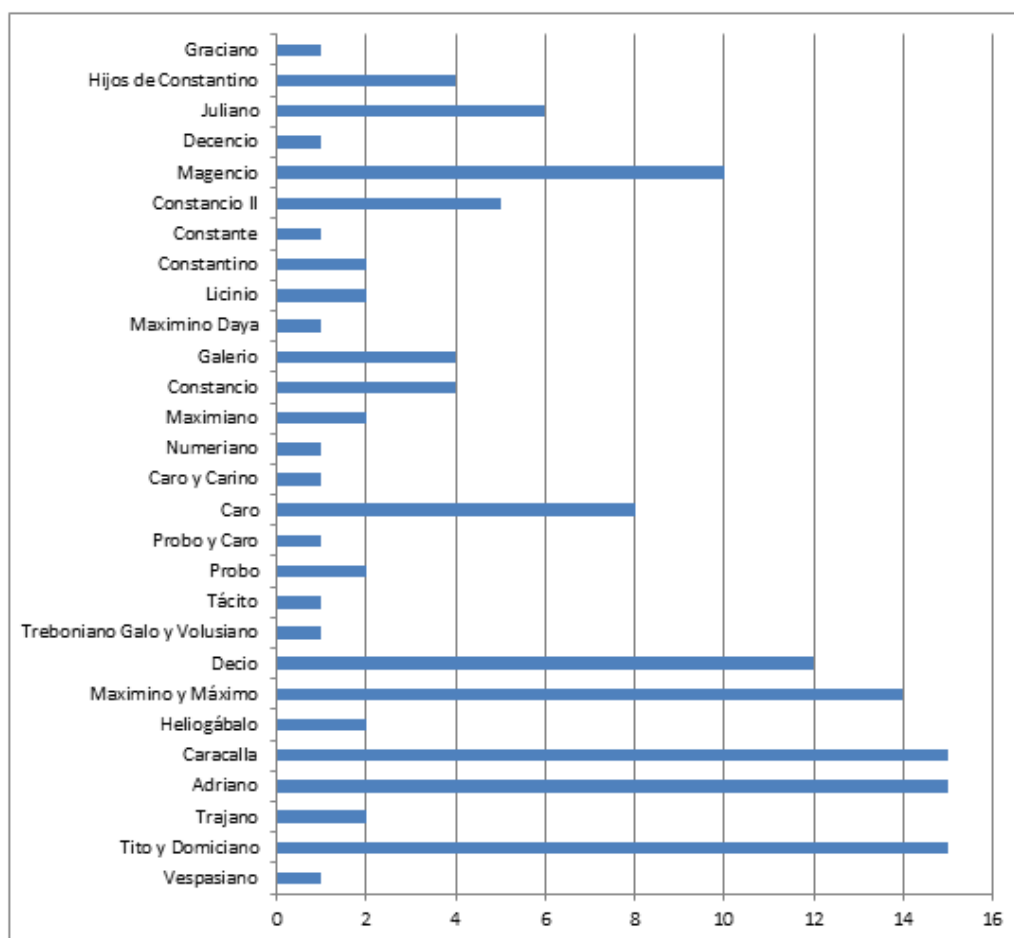


Figura 23.- Miliarios dedicados por los distintos emperadores. Elaboración propia a partir de los datos de Rodríguez Colmenero *et al.* 2004.

Sin olvidar el volumen de miliarios no atribuibles a ningún emperador¹⁸⁹ y que podrían distorsionar estos resultados, se observa que en los dos primeros siglos se produjeron tres grandes actuaciones sobre la vía: la de Tito y Domiciano, emperadores que llevarían a cabo el proyecto iniciado por su padre, la de Adriano, que reparó la calzada entre el año 132 y 133 d.C. (Caamaño, 1976: 124ss) y la de Caracalla (Tranoy, 1981: 398).

Con posterioridad a Caracalla, los miliarios de Maximino y Máximo y los de Decio parecen corresponder a un interés específico de estos emperadores por la vía. Es sabido que el legado *Quintus Decius Valerinus*

¹⁸⁹ En la obra de Rodríguez Colmenero se recogen más de 120 posibles miliarios no atribuidos a ningún emperador, bien por ser anepígrafos, bien por ser ilegibles por su estado de conservación (Rodríguez Colmenero *et al.* 2004).

emprendió la reparación de la calzada en los años 237-238 d.C.¹⁹⁰ A partir de los mandatos de Caro (282-283 d.C.) y Carino (283-285 d.C.) se registra una actividad más o menos constante, aunque ya no se documenta una actividad equiparable a ninguna de las anteriores, con la excepción quizá de un repunte bajo Magencio y Juliano.

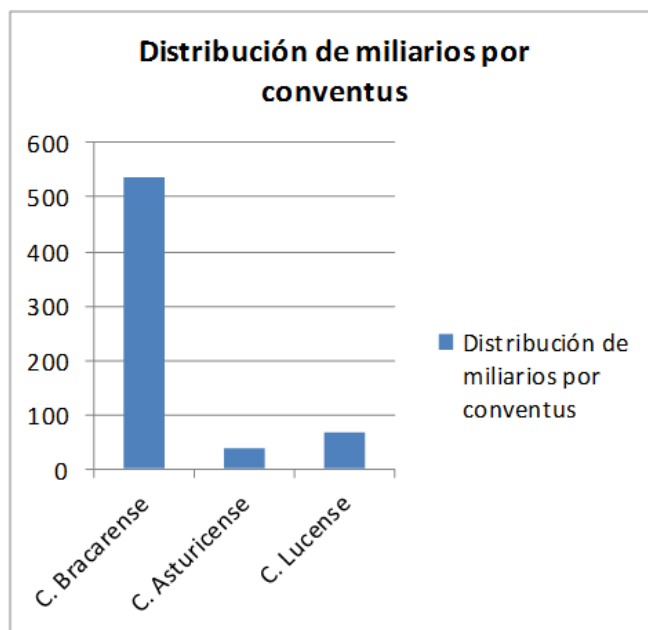


Figura 24.- Distribución del total de miliarios de las distintas vías del Noroeste por *conventus*. Elaboración propia a través de datos de Ferrer Sierra, 2006: 84-85

Sin embargo, que existiera un interés estatal por mantener la vía y por remodelarla en los siglos III y IV d.C. no tiene por qué ser argumento para hablar de la actividad en las explotaciones de oro en dicho período.

La *via Nova*, evidentemente, desempeñó el papel clave de comunicar los territorios mineros. Su función logística fue fundamental. Además no hay que pensar simplemente en que facilitase el trabajo minero, sino que principalmente sirvió

para articular el territorio de las *civitates* que se extendían por esas zonas. En este sentido la *via Nova* no tuvo una función exclusivamente relacionada con la minería. Una vez cesó la actividad en los *metalla publica*, las *civitates* de estas regiones no desaparecieron. La vía siguió entonces articulando los territorios de estas comunidades, conectando centros de poder y comunicando estas regiones con las capitales conventuales¹⁹¹. Así pues, pudo existir interés por mantener esta vía con independencia del desarrollo de la minería.

¹⁹⁰ Este legado, de hecho, realizó obras de reparación en las tres vías que unían *Bracara* y *Asturica* (*CIL* II 2477, *CIL* II 2478, *CIL* II 4858), incluyendo la que pasaba por Lugo (*CIL* II 4870). También se ocupó de reparar la *via Augusta* a su paso por la provincia de Girona (*CIL* II 6243) (Melchor, 1992: 123).

¹⁹¹ Así, por ejemplo, el Itinerario de Barro, documento fechado en la segunda mitad del siglo III d.C. (Fernández Ochoa *et al.* 2012), recoge varias rutas que unían puntos destacados. En concreto, *Legio-Portus Blendium* (Tab. I), *Lucus-Iria* y *Dactonium* (Tab. II), *Asturica-Emerita* (Tab. III) y *Asturica-Bracara* (Tab. IV). La continuidad de algunas *civitates* que habían destacado en los siglos I-II d.C. queda confirmada por su presencia en documentos posteriores como el Anónimo de Rávena o el Itinerario de Antonino. La Crónica de Hidacio, el *Parrochiale Suevum* o las Actas Conciliares, entre otros, también

- Por último, la producción monetaria y la circulación de moneda tampoco permiten sostener la idea de una reapertura o continuidad de los trabajos mineros del Noroeste más allá de comienzos del siglo III d.C.

Aunque la pureza del oro en las monedas se mantuvo en torno al 99% en la primera mitad del siglo III d.C., el peso de los *aurei* descendió de 7,36g a 4,82g hacia el año 250 d.C. (*vid.* Cap. 5.2). El gobierno de Galieno muestra grandes fluctuaciones a causa de la inestabilidad política, lo que ocasionó que el contenido de oro de las monedas cayera a 1,81g hacia el año 255 d.C. y a 1g en el 265 d.C., aunque se produjeron elevaciones ocasionales del peso (Wilson, 2007: 113). Así pues, en líneas generales, el peso de las monedas de oro inició un acusado declive (del que sólo se recuperó parcialmente a finales del siglo III d.C.), coincidiendo con el cese de la minería a gran escala en el Noroeste de *Hispania*. En este período se detecta también una casi nula presencia de monedas de oro en la Península Ibérica y una escasa circulación de este tipo de numerario en el conjunto del Imperio (Callú y Lorient, 1990; Bland y Lorient, 2010. Para la Península Ibérica, Bost *et al.* 1992).

A finales del siglo III y comienzos del siglo IV d.C., se llevaron a cabo ciertas reformas que afectaron a estas tendencias. Primero Diocleciano, dentro de su reforma monetaria, creó entre el año 294 y el 299 d.C. una serie de cecas para uniformizar las acuñaciones y revalorizó el áureo, aumentando su peso a 5,3g (González García, 2011: 130-131). Posteriormente, Constantino reformó de nuevo el sistema, incrementando las acuñaciones de oro y otorgándoles mayor protagonismo (Belloni, 2002: 267ss; Sagredo, 2007). La clave de su programa fue la creación del *solidus aureus*, de 4,5g, peso cercano a los niveles más bajos de oro de la primera mitad del siglo III d.C.

La aparición de una nueva moneda de oro con Constantino, llevó a algunos autores a apoyar que las minas del Noroeste se reactivaron en ese período (*e.g.* Blázquez Martínez, 1970: 146; Mañanes, 1981: 384). Sin embargo, tal y como apuntó Jones (1964: 439) y han mantenido otros autores

hablan de la permanencia de algunos asentamientos significativos. Por su parte, la arqueología ha permitido confirmar la continuidad en la ocupación de varios asentamientos en la Antigüedad tardía (Fernández Ochoa *et al.* 2005).

(e.g. Sánchez-Palencia, 1983: 657-658; Cepeda, 2004), la confiscación de los tesoros de los templos colocó a disposición de las cecas grandes cantidades de metales preciosos que pudieron ser suficientes para producir nuevas acuñaciones, cuestión no obstante que ha sido matizada (Wilson, 2007: 121; Montero y Orejas, en prensa). Los análisis metalográficos, reunidos en su día por Callu *et al.* (1985: 90-92), confirmaron la utilización de partidas de metal procedentes de la refundición de objetos suntuarios, tal y como se afirma también en el *De rebus bellicis*.

DRB, 2

Constantini temporibus profusa largitio aurum pro aere quod antea magni pretii habebatur uilibus commerciis assignauit, sed huius auaritiae origo hinc creditur emanasse. cum enim antiquitus aurum argentumque et lapidum pretiosorum magna uis in templis reposita ad publicum peruenisset, cunctorum dandi habendique cupiditates accendit.

Pero además, se sabe que otras minas de oro imperiales estuvieron activas en el período tardoantiguo, tal y como confirman las numerosas referencias a la minería aurífera que aparecen en varias fuentes. Tanto el *Codex Theodosianus*, como la *Notitia Dignitatum*, el Código de Justiniano o el Digesto, contienen referencias a la minería bajoimperial, sobre las cuales volveré. Estos documentos revelan, claramente, que la minería no desapareció en todo el Imperio y que la actividad se mantuvo en muchas zonas mineras, aunque eso sí, a una escala muy distinta respecto a la época altoimperial. La simple existencia de un sistema monetario puede verse como prueba de que la minería no se extinguió, porque a pesar de que el metal reciclado estuviera presente, el aporte de metal fresco sería necesario para mantener las acuñaciones. Como han puesto en evidencia recientemente Montero y Orejas (en prensa), si la producción de moneda se hubiera nutrido exclusivamente de metal reciclado, las pérdidas de metal que van acumulándose con cada acuñación, harían insostenible el mantenimiento del sistema monetario a lo largo del tiempo. Es decir, los análisis de composición de objetos metálicos, han constatado que nunca dejó de existir aporte de metales frescos, aspecto coherente con las referencias a la minería en los textos tardoantiguos.

Por tanto, el incremento de hallazgos de numerario de oro desde finales del siglo III d.C., se explica como consecuencia de las reformas que se llevaron a cabo en el sistema monetario y que regularon las acuñaciones. La producción de moneda no puede utilizarse entonces como prueba de la existencia de una minería del oro en el Noroeste de la Península Ibérica, puesto que existieron otras minas activas que pudieron aportar el mineral fresco necesario para sostenimiento del sistema.

Con posterioridad, en los siglos VI-VII d.C. la orfebrería visigoda, las cecas suevas o los tesorillos de monedas, han servido para mantener que la minería de oro hispana pudo reactivarse en este período (Sánchez Pardo, 2014: 989).

Si bien es cierto que no es descartable que se pudiera aprovechar de forma local y aislada algún yacimiento aurífero o el oro fluvial (Díaz Martínez, 2004), o que se pudieran explotar otros recursos metalíferos como el hierro tal y como ya reconocieron Gutiérrez *et al.* (1994: 907-908), las pruebas que se esgrimen para apoyar la minería aurífera de esta etapa son muy inconsistentes.

En líneas generales se ha hablado de la importancia que parece alcanzar el comercio de Vigo en los siglos VI-VII d.C. (Sánchez Pardo, 2014: 986ss), el cual podría estar relacionado con el tráfico Mediterráneo del oro que se extraía de la Península. Sin embargo, no hay ninguna evidencia que permita confirmar el comercio de este metal y, mucho menos, que el oro con el que supuestamente se comerciaba, se estuviera obteniendo de la actividad minera. Al mismo tiempo se ha hablado de que este momento coincide con un pico en la contaminación medioambiental registrada en algunas turberas de Galicia, aspecto que podría indicar un aumento de la actividad minero-metalúrgica en este período (*Ibidem*, 990-991). Sin embargo, tal y como se vio (*vid.* Cap. 5.2), los estudios paleoambientales no son indicadores de la actividad en las minas, pues no prueban la procedencia del metal causante de la contaminación. Es decir, nada confirma que el metal fundido proviniera de la actividad minera (y no de la refundición de piezas metálicas, por ejemplo). Además, estos estudios tampoco confirman que fuera la metalurgia del oro la causante de la contaminación, pues estos índices pueden señalar contaminación ocasionada por la fundición de otros metales distintos.

Así pues, aunque más allá del siglo III d.C. pudieran explotarse enriquecimientos superficiales o reaprovecharse trincheras ya existentes, esta minería nada tuvo que ver con la actividad sistemática que caracterizó la explotación de los *metalla publica* del Noroeste durante los siglos I y II d.C. A comienzos de la tercera centuria asistimos al final de un modelo de gestión y de un sistema de explotación. Y no se trata simplemente de una cuestión de escala (que también es, por otro lado, significativa), sino de lógica productiva, de la estrategia que motivó la explotación, de los intereses que se encontraban detrás de la organización de la actividad, de la forma de organizar el trabajo; en definitiva, del contexto histórico que dio a la explotación un sentido económico, social y político concreto.

Las minas de oro del Noroeste no se reabrieron ni se adaptaron a la nueva época y los *metalla* imperiales se abandonaron, probablemente en un momento que coincidiría con el gobierno de Caracalla. No existe ningún indicador fiable que permita argumentar lo contrario y sí varios indicios que apoyan el final de la minería: ciertas cronologías absolutas, los cambios drásticos en el poblamiento de las zonas mineras que han sido objeto de estudio, el abandono o decadencia de los núcleos relacionados con su administración y gestión (con el caso señalado de *Asturica Augusta*) y la desaparición de las menciones epigráficas con relación al aparato administrativo vinculado a la minería.

Esto no implica, en cambio, que la minería desapareciera en todo el Imperio. Nada más lejos de la realidad, pues como se verá en el siguiente apartado, hay varias noticias del mantenimiento de explotaciones auríferas, sobre todo en Oriente. Sin embargo, esta actividad estuvo completamente alejada de los esquemas altoimperiales.

12.1.1. La división provincial de Caracalla

En el cuadro dibujado, los datos parecen indicar que el abandono de la minería del oro del Noroeste tuvo lugar a inicios de la tercera centuria. Es posible precisar que el cese definitivo de las labores se produjo bajo el gobierno de Caracalla, pues durante el mandato de este emperador, existen noticias sobre una reforma administrativa de la *Citerior* que contribuyen a señalar a este momento como el de cierre definitivo. En concreto se han encontrado dos documentos epigráficos localizados en *Legio* y dedicados por *C. Iulius Cerealis* al emperador Caracalla y a su madre *Iulia* (*CIL* II 2661 y *CIL* II 5680). En ambos epígrafes se recoge la existencia de una *provincia Hispania nova citerior Antoniniana*.

***CIL* II 2661. León**

Iunoni Re[ginae] / pro salute et im[perii] / diuturnita[te] [Imp(eratoris)] / M(arci) Aurelli(!) Anto[nini] / Pii Fel(icis) Aug(usti) et Iu[liae] / Piae Fel(icis) Aug(ustae) ma[tris] / Antonini Aug(usti) [cas]/trorum senat[us] / ac patriae / C(aius) Iul(ius) Cerealis co(n)s(ul) [leg(atus)] / Aug(usti) pr(o) pr(aetore) pr(ovinciae) H(ispaniae) n(ovae) C(iterioris) An[toni]/niana post divi[sam] / provinc(iam) primus ab eo [missus]

***CIL* II 5680. León.**

- - - - - / senat[us] ac patriae] / C(aius) Iul(ius) C(erealis) co(n)s(ul)] / leg(atus) Aug(usti) [pr(o) pr(aetore) pr(ovinciae) H(ispaniae) n(ovae) C(iterioris)] / Anton[iniana] post] / divisam [provinciam] / primu[s] ab eo missus]

A través de la lectura de estas inscripciones se consideró durante años que la nueva provincia que mencionan fue el resultado de la separación de los tres *conventus* del Noroeste en una provincia independiente, fenómeno que se relacionó con los cambios que experimentó la producción minera en este período (Hübner, 1888: 169; García y Bellido, 1953; Alföldy, 1969: 208-209; Tranoy, 1981: 389-392). Sin embargo, el hallazgo de una nueva inscripción durante las excavaciones de *Lavinium* en los años 1995-1996 (Nonnis, 1999: 235-262) y el posterior estudio monográfico de Alföldy (2002), cambiaron este panorama historiográfico.

En el epígrafe, datado en el año 227 d.C. (fecha consular), se menciona a un individuo *C. Servilius Diodorus* y su condición de *procurator CC provinciarum Hispaniarum Citerioris et Superioris*; es decir, la inscripción recoge la existencia de una provincia superior desconocida hasta entonces.

AE 2000, 656. *Lavinium* (Pratica di Mare, Anzio, Roma)

*C(aio) Servilio Quir(ina) Diodoro, v(iro) e(gregio) / proc(uratori) CC (i.e. ducenario) **provinciarum Hispaniar(um) / citerioris et superioris**, item / proc(uratori) C (i.e. centenario) Moes(iae) inf(erioris) et / regni Norici / item proc(uratori) LX (i.e. sexagenario) rat(ionis) privat(ae) / praef(ecto) / alae I Tungrorum Frontoniana / trib(un)o leg(ionis) XIII gem(inae), praef(ecto) coh(ortis) II / Aurel(iae) / novae ((miliariae)) equit(atae) [---]*
L(aurenti) L(avinati), domo Girba ex Africa / 10 coniugi incomparabili / Egnatia Salviana / eius. Dedic(atum) VII Id(us) Sept(embres) / Nummio Albino et Laelio Maximo co(n)s(ulibus)

Desde la aparición de este documento, la *Hispania Superior* se ha identificado como la parte de la provincia desgajada de la *Citerior* en época de Caracalla y la *Hispania Nova Citerior Antoniniana*, como la parte que quedó de la vieja provincia una vez efectuada la separación. Sin embargo, en contra de lo que se pensaba hasta su descubrimiento, se ha mantenido que sólo la *Callaecia* fue separada, mientras que el *conventus Asturum* siguió formando parte de la *Hispania Citerior* —o más correctamente de la *Hispania Nova Citerior Antoniniana*— (Alföldy, 2002: 23-35).

Las pruebas esgrimidas para sostener la ruptura de los tres *conventus* del Noroeste en dos provincias distintas (la *Superior* y la *nova Antoniniana*) son fundamentalmente tres:

- En primer lugar la inscripción de *T. Clodius Aurelius Saturninus*, individuo que era hacia el año 218 d.C. *iuridicus provinciae Hispaniae Citerioris vice legati legionis* (AE 1957, 161). El epígrafe señala que el *conventus Asturicensis*, donde la *legio VII gemina* estaba acantonada, pertenecía a la *Hispania Citerior*.

AE 1957, 161. Éfeso

- - - - - *electo a d]omino n(ostro) Invicto Imp(eratore) / [[M(arco) Aurelio Alexandro Pio]] Felice Aug(usto) / [ad appellati]ones Caesarianas vice / [sacra iudica]ndas comiti domini n(ostri) / [Imp(eratoris) leg(ato) Aug(usti)] pro pr(aetore) prov(inciae) Germania[e] / [inferioris i]tem censori prov(inciae) Galliae / [Lugudunensi]s curatori rei publ(icae) Leptita/[nor(um) curatori] operum publicorum cura/[tori rei publ(icae)] Reatinor(um) item Arretinor(um) / [co(n)s(uli) cur]atori viae Appiae iuridico / [prov(inciae) **Hisp(aniae) ci]terioris vice (legati) legionis(!) iurid(ico) / [per Flaminia]m et Umbriam curat(ori) viae / [Labicanae et L]atinae Veteris curatori / [--- pr(aetori) cand]idato legato pro pr(aetore) prov(inciae) / [--- quae]s]tori candidato trib(un)o mil(itum) / [leg(ionis) X gemina]e piae fidel(is) Xviro stlitibus / [iudicandis i]tem trib(un)o mil(itum) legionis XIII / [geminae] Martiae victrici(s) / [---]ianus [(centurio) leg(ionis) XXX Ulp(iae) / [Severian]ae agens curam cust(odiarum) / [praesid]i benignissimo***

- En segundo lugar la inscripción de *G. Marius Pudens Cornelianus*, quien acababa de dejar el mando de la *legio VII gemina* cuando fue elegido *patronus* por el *concilium conventus Cluniensis*, el 13 de abril del 222 d.C. (CIL VI 1454). Del documento se deduce que en tiempos de la legación, la legión se encontraba en la misma provincia que el *conventus Cluniensis* y en consecuencia ambos formaban parte de la *provincia Hispania Citerior*.
- En último lugar la inscripción de Roma de *Rutilius Pudens Crispinus* que recoge que fue *legatus Augusti pro praetore provinciae Hispaniae Citerioris et Callaeciae* (CIL VI 41229). De aquí se desprende que *Callaecia* fue una provincia independiente pues de lo contrario no estaría justificada la mención de *Callaecia* junto a la *Hispania Citerior* en la titulatura.

CIL VI 41229. Roma.

[- Ruti]lio Pud[enti] Cris[pin]o [c(larissimo) v(iro)] / [leg(ato) A]ug(usti) pr(o) pr(aetore) ad [cen]sus accepta[n]d[os] / prov(inciae) Lugdunens[is et p]rov(inciae) [H]isp(aniae) [B]a[e]ticae / curator[i] Teanens[ium In]teramnatiu[m] / Venafranor[um] Aqu[i]natium / **leg(ato) Aug(usti) pr(o) pr(aetore) prov(inciae) [Hispaniae] citerioris / et Callaecia[e]** electo du[ci] ex s(enatus) c(onsulto) / bello Aquil[ei]en[si] co(n)s(uli) proco(n)s(uli) / prov(inciae) Achaiae [leg(ato)] Aug(usti) pr(o) pr(aetore) [pr]ov(inciae) / Syriae Phoenic[es] leg(ato) Aug(usti) pr(o) pr(aetore) [prov(inciae)] / Thraciae leg(ato) Au[g(usti) pr(o) p]r(aetore) prov(inciae) Lusitaniae / leg(ato) leg(ionis) XV Apollina[ris s]odali Marcian[o] / Antoniniano [Comm]odian[o Helviano] / Severiano Ant[onini]ano iuridico / Aemiliae Etr[uri]ae Li[gur]iae / curator[i] viarum [Clodiae] Cassiae C[imin]iae / curator[i] Fanestr[ium et P]isaur[ensium] / praetori aed(ili) [pleb(is) Ce]riali q[uaestori] / urbano IIIIvir(o) [v(iarum) c(urandarum) p]r(aefecto) urb(i) feriarum / Latinarum p[raef]ecto] coh(ortis) I Lusitanor(um) / eq(uitatae) q(uingenariae)

Si *Callaecia* no formaba parte de la *Hispania Citerior* (de acuerdo a la lectura de CIL VI 41229) y el *conventus Asturicensis* sí lo hacía (de acuerdo a la lectura de AE 1957, 161), se llega a la conclusión de que los *conventus* fueron desgajados. Con esto se ha argumentado que la *Callaecia* fue separada en una provincia independiente en un momento indeterminado del gobierno de Caracalla (entre el año 211 y el año 217 d.C.), de acuerdo a un programa político coherente con las reformas que llevó a cabo este emperador en otras partes del Imperio y que le llevaron a trazar nuevas divisiones provinciales en *Syria*, *Britannia* y *Pannonia* (Alföldy, 2002: 27 y n. 25). Con ello, *Callaecia* pasaría a constituir la *provincia Superior* que menciona la inscripción de

Lavinium y el resto de la *Citerior*, con *Asturica* incluida, sería la *provincia Hispania nova Citerior Antoniniana* que mencionan los epígrafes de León.

Los motivos de esta separación no parecen sin embargo claros. Alföldy argumentó que las causas podían estar relacionadas con un intento de restar poder al gobernador de *Tarraco* o de quitarle el control de parte de las minas de oro. Sin embargo, el mismo investigador reconoció la poca solidez de sus argumentos pues la *Callaecia* poseía una extensión territorial mínima y tanto las tropas como gran parte de las minas, habrían seguido bajo control de la *Citerior* a pesar de la división (Alföldy, 2002: 45-48). Resulta además contradictorio que tal medida se adoptara coincidiendo con el abandono de las explotaciones mineras. Ante estas dificultades se ha mantenido que la separación provincial fue poco efectiva y al no tener ninguna utilidad, se procedió a su reunificación en torno al año 235 d.C. (Ozcáriz, 2007).

A pesar del reconocimiento que estas interpretaciones han alcanzado entre gran parte de la investigación actual, creo que es posible plantear dudas sobre algunos puntos.

- En primer lugar, el único documento en el que aparece recogida la existencia de la supuesta provincia *Hispania Superior* no es del todo concluyente. Si bien la fórmula *provinciarum Hispaniarum citerioris et superioris* señala que existieron dos provincias distintas, no es posible asegurar que la *Superior* se refiriera necesariamente a la *Callaecia*.

La inscripción de Roma (*CIL* VI 41229) ha sido utilizada para señalar que la *Citerior* y la *Callaecia* formaron provincias distintas, sin embargo si se observa el texto es posible comprobar que la fórmula es *provinciae Hispaniae Citerioris et Callaeciae* y en ella no se especifica que se tratara de dos entidades provinciales como, en cambio, sí se hace líneas más arriba en el mismo documento, donde se habla de *provinciae Lugdunensis et provinciae Hispaniae Baeticae*.

Por otra parte, no es extraño que las inscripciones recogieran entidades distintas, sin que por ello sea necesario pensar que ambas correspondían a la misma categoría. Buenos ejemplos son los dos documentos hallados en Mérida y que hacen referencia a un *procurator provinciae Lusitaniae et Vettoniae* y a un *Augusti liberto tabulario provinciae Lusitaniae et Vettoniae* (*CIL* II 484 y *CIL* II 485). De la titulación no queda claro que Vetonia hubiera formado una provincia independiente de Lusitania.

CIL II 484. Mérida

C(aio) Titio C(ai) f(ilio) Cl(audio) Simili Agrip[p]inensi proc(uratori) prov(inciae) / Lusitaniae et Vettoniae et curatori rei pu(blicae) Emerit(ae) proc(uratori) prov(iniciae) M[y]siae(!) inferio(ris) eiusdem provinciae ius gladii prae/posito vexill(ationum) e[xp]editionis pe]r Asiam L[y]ciam / Pamph[y]liam et Phr[y]giam primipilo leg(ionis) / III Aug(ustae) Piaae Vindicis principi peregrin(orum) / centurioni frumentar(iorum) centurioni le/gion(is) X [

CIL II 485. Mérida.

D(is) M(anibus) s(acrum) / P(ublio) Aelio Vitali / Aug(usti) lib(erto) tabul(ario) / provinc(iae) Lusitan/iae et Vettoniae / Stephanus lib(ertus) / et heres patro/no fecit

- En segundo lugar, de haberse separado el Noroeste del resto de la *Citerior*, es improbable que se hubiera desgajado la *Callaecia* del *conventus Asturum*, pues estas unidades habían permanecido claramente vinculadas a lo largo de los siglos I y II d.C. De la documentación (en concreto de AE 1957, 161) sólo se infiere que *Legio*, lugar de acantonamiento de la legión, siguió formando parte de la *Citerior*. En el mismo sentido se lee la inscripción con referencia a Clunia (*CIL VI 1454*), muestra de que el *conventus Cluniensis* y el *Asturum* formaban parte de la misma provincia en fecha de la dedicación del *concilium*. Sin embargo, ninguno de estos documentos permite asegurar que *Callaecia* se desgajó de la *Citerior*.

La solución a las dificultades no es sencilla, pero sí considero importante partir de la idea de que la reforma de Caracalla no debió de llevarse a cabo desde el vacío. Como ya recogí en otra parte de este trabajo, *Asturia et Callaecia* fueron regiones que definieron su propia entidad jurídico-administrativa a lo largo de los siglos I y II d.C. Existen varios testimonios de *procuratores Asturiae et Callaeciae* y de *legati iuridici Asturiae et Callaeciae* que lo confirman¹⁹². Frente a defender una separación de ambas regiones sin precedentes que pronto se tradujo en fracaso, no hay que descartar la posibilidad de que *Asturia et Callaecia* permanecieran unidas. De hecho fue cuando Diocleciano llevó a cabo su reforma administrativa y creó una nueva provincia

¹⁹² En la Tabla 11 del capítulo 8, se recogen las inscripciones en las que se especifica la titulación conjunta de *Asturia et Callaecia*. En concreto, se han documentado cinco procuradores y 10 *legati* que desempeñaron en *Asturia et Callaecia* sus cargos. No hay ningún caso en el que estos personajes cumplieran sus obligaciones en *Asturia* o *Callaecia* de forma separada.

que abarcaba *Asturia*, *Callaecia* e incluso una fracción del antiguo *conventus cluniensis*¹⁹³.

Lo único que parece claro es que en época de Caracalla se produjo una reorganización significativa de la provincia que pudo incluir el abandono de las minas. Es en este sentido en el que la reforma resulta importante para este trabajo, pues es posible conectar la reordenación provincial con los cambios documentados a nivel imperial, pero también con la necesaria reorientación productiva, al menos en parte, de las comunidades del Noroeste que habían estado implicadas en la explotación minera. Tras el cese de las extracciones de oro, el *ager publicus* minero, territorio que pertenecía al Estado, debió de ser objeto de una importante reordenación que posiblemente formó parte de otra más general de alcance provincial. Es en este contexto de cambios y reajustes en el que hay que leer las menciones epigráficas que se refieren a estas entidades, como la *provincia Nova Citerior*.

Lamentablemente se desconoce cómo se produjeron las operaciones y en qué consistieron exactamente. Sobre su alcance provincial se hace eco un documento localizado en Roma, en el que se menciona a *P. Plotius Romanus*, *legatus Augusti censibus accipiendis Hispania Citerioris* (CIL VI 332), quien probablemente estuvo relacionado con la reorganización administrativa llevada a cabo por Caracalla. Este emperador desarrolló entonces un programa que pudo afectar al conjunto de la *Citerior* y en el que se incluyó el abandono de las minas del Noroeste. Con práctica seguridad hay que intuir que su cierre y la reestructuración territorial consecuente, implicó la necesidad de realizar un nuevo recuento de las poblaciones y los recursos, lo que conllevaría la elaboración de un nuevo registro censual y catastral.

¹⁹³ Así se deduce de Orosio, quien alude al ámbito geográfico de la *Callaecia* para afirmar que cántabros y astures formaban parte de dicha provincia (*Adv.* 6, 21, 2). Por su parte, la *Notitia Dignitatum* incluye a *Iulobriga* en el marco de dicha unidad administrativa (*Not. Dign. Occ.* 42, 30). Frente a ello, se excluye de *Callaecia* el emplazamiento de *Veleia*, que dependería de la provincia Tarraconense (*Not. Dign. Occ.* 42, 32). Según esto, la región Nordeste del *conventus* cluniense pertenecería a la provincia Tarraconense y el Noroeste a la de *Callaecia*.

12.2. La minería desde el siglo III d.C.

Aunque en páginas más arriba ya se haya hecho referencia al mantenimiento de otras minas de oro en el Imperio tardoantiguo, es necesario ahora caracterizar mejor el desarrollo de esta minería tras el cierre de las explotaciones hispanas.

En concreto, tras el abandono de las minas del Noroeste, durante la primera mitad de la centuria, las minas de oro dacias permanecieron activas hasta la pérdida de control sobre la provincia en el 257-258 d.C. Posteriormente, el oro se extrajo en otros sectores. En Egipto, los autores bizantinos hablan de unas minas vigiladas por etíopes y describen los trabajos desarrollados en las minas de oro (Depeyrot, 1996, 215). También en Moesia se documenta actividad a finales del siglo III d.C., en la zona de los *metalla Aeliana Pincensia* (Werner, 1985: 225-226), a la que se añaden otros sectores de la zona ilirio-dálmata, que también permanecieron activos en la Antigüedad tardía (Dušanić, 2004: 248, n. 3). De forma específica, el *Codex Theodosianus* (10, 19, 7 y 19, 7, 12) hace referencia a varias labores en Tracia, el Ilírico y Asia Menor, con referencias explícitas al oro de las diócesis del Ponto y Asia. También existen noticias de las explotaciones armenias, que fueron trabajadas en tiempos de Teodosio por romanos y persas (Delmaire, 1989: 433)¹⁹⁴. En la mitad occidental del Imperio no es descartable que las labores galesas de Dolaucothi pudieran seguir activas en el siglo IV d. C. (Boon, 1971: 502)¹⁹⁵. Por su parte, Procopio de Cesarea se refiere a las minas de oro del imperio franco, lo que indicaría que las minas de la Galia estaban en explotación a mitad del siglo VI d.C. (Procop. *B.G.* 3, 33, 5).

La información es muy parcial, pero todo apunta a que esta minería careció del carácter sistemático que había tenido en el período anterior y desde luego, la escala de estas labores no es comparable a la documentada a lo largo de los siglos I-II d.C.¹⁹⁶ Sin

¹⁹⁴ En el año 421 estalló un conflicto debido a la negativa de los persas a devolver unos mineros que los romanos les habían prestado para explotación de las labores de oro, tal y como revela el jurista de Constantinopla Sócrates (7, 18). También la guerra del 491 pudo desencadenarse por un problema con estas minas.

¹⁹⁵ Esta supuesta continuidad de los trabajos se apoya en las cronologías de las cerámicas halladas en el depósito de Melin-y-Milwyr, conectado con la red hidráulica de la explotación minera. Estos fragmentos han dado una secuencia de uso que va desde finales del siglo I d.C. a finales del siglo IV d.C., lo que revela que el tanque permaneció activo una vez se abandonó el campamento militar en el siglo II d.C. Esto podría indicar el mantenimiento de las labores en un contexto civil, hasta el siglo IV d.C. (Wilson, 2006: 497).

¹⁹⁶ Aparte de la minería del oro, también se tiene constancia del mantenimiento de explotaciones dedicadas a otros metales en la Antigüedad tardía. Muestra de ello es el Ilírico, donde es conocido un *comes metallorum per Illyricum* a través de la *Notitia Dignitatum* (*Not. Dig.* 13, 15), a comienzos del siglo V d.C. La plata se siguió explotando en Cerdeña y Britania, como confirma el pecio de Ploumanac'h datado en el siglo IV d.C. (L'Hour, 1987). En Chipre y Arabia se extrajo cobre y el hierro llegó de Britania, Germania Inferior, Galia y Cerdeña.

embargo, tal y como constatan los textos clásicos, algunas minas siguieron perteneciendo al Estado a lo largo de este período tardoantiguo y fueron explotadas por un sistema de gestión indirecta bajo supervisión de personal perteneciente al fisco. Al menos así se desprende de algunas disposiciones sobre las explotaciones conocidas a través del *Codex Theodosianus*, en las que se estipula la tasa a pagar por los concesionarios de las minas de oro al tesoro estatal (*Cod. Theod.* 10, 19, 3; 10, 19, 12).

De acuerdo a este mismo documento, el *canon metallicus* era debido al *comes metallorum*, persona responsable de la gestión de las zonas mineras, como en el caso de Ilírico, donde está atestiguado un *comes metallorum per Illyricum* a través de la *Notitia Dignitatum* (*Not. Dig.* 13, 15). Del *comes metallorum* podían depender, a su vez, *procuratores metallorum*¹⁹⁷ encargados probablemente de la recogida del *vectigal* (Delmaire, 1989: 440-441; Carlà, 2009: 255-256). Los textos también se refieren a los trabajadores de las minas (*metallarii*), en ocasiones referidos como *aurileguli*. Este es el caso de los mineros tracios, que se sublevaron en oposición a Valente, en apoyo a los visigodos (*Cod. Theod.* 10, 19, 7).

Se desprende entonces de estos textos, la existencia de un sistema de gestión indirecta en el que el oro siguió siendo patrimonio de Roma (Delmaire, 1989: 431) y donde el fisco desempeñó el papel rector. La figura tutelar de este sistema fue el *comes sacrarum largitionum*, quien junto al *comes rei privatae*, controló las finanzas en esta etapa (García Figuerola, 1994). La titularidad estatal de las minas se explica por la estrecha vinculación entre el oro y el sistema monetario, la cual se mantuvo a lo largo de la etapa bajoimperial (Montero y Orejas, en prensa). Así, la *Notitia* describe distintos despachos (*scrinia*) relacionados con la moneda (*Not. Dig.* 11, 88-89). En referencia al oro se habla del *scrinium auri massae*, encargado de los asuntos relacionados con la acuñación de numerario de este metal (King, 1980: 141ss; Hendy, 1985: 389), y también de la fabricación de objetos de oro que formarían parte de regalos imperiales (*CJ.* 5, 12, 21 y 12, 31).

¹⁹⁷ Una ley del 386 se refiere a estos *procuratores metallorum*: *cum procuratores metallorum intra Macedoniam, Daciam Mediterraneam, Moesiam seu Dardaniam soliti ex curialibus ordinari, per quos sollemnis profligetur exactio, simulato hostili metu huic se necessitati subtraxerint, ad implendum munus retrahantur ac nulli deinceps licentia laxetur prius indebitas expetere dignitates quam subeundam procurationem fideli sollertique exactione compleverint* (*CJ.* 11, 7, 4). También están documentados procuradores ecuestres relacionados con la gestión minera, como en el caso de *Aurelius Verecundus*, *procurator argentariorum*, conocido por una inscripción datada en el 274 d.C. localizada en la antigua *Domavium* en la provincia de *Dalmatia* (*CIL* III 12736).

Este *scrinium auri massae* se dividiría a su vez en otros departamentos: el de los *aurifices specierum* encargado de fabricar estos regalos imperiales, el de los *aurifices solidorum*, relacionados con la fabricación de moneda, y el de los *scultores et ceteri aurifices*, probablemente encargados de fabricar cuños de monedas y medallones (King, 1980: 144). La importancia fundamental del oro en la economía de la época determinó su control por parte del Estado (García Figuerola, 1994: 119). También justifica las disposiciones que, desde la segunda mitad del siglo IV d.C., intentaron retener tanto a los concesionarios



Imagen 88.- Insignias del *comes sacrorum largiturum* en la *Notitia Dignitatum*. Se observan monedas de oro y plata, bandejas de *donativa*, hebillas de cinturón de oro y bolsas de cuero (*folles*) para transportar monedas. Fuente: González García, 2011.

como a la mano de obra en las minas (Padilla, 1994: 601), hasta el punto de que se acabó ligando de por vida al minero a su oficio y a su lugar de trabajo, creando un régimen de dependencia del que se hace eco el *Codex Theodosianus* (10, 19, 15). Las referencias a huidos, los intentos por retener a los mineros o las menciones a los condenados a trabajar en los *metalla*, forman parte de estos cuadros de la Antigüedad tardía, ya alejados de la realidad del Alto Imperio.

Sin embargo, aunque de titularidad estatal, las minas tardoantiguas se caracterizaron por carecer de la coordinación y las dimensiones de épocas anteriores. Una lectura atenta del Digesto permite confirmar este panorama. Algunos pasajes de la obra se refieren a la explotación de canteras y minas de varios metales, entre los que se incluyen las de oro. En ellos se dan indicaciones sobre los derechos de propiedad, herencia, explotación o transmisión de las explotaciones (*e.g. Dig. 7, 1, 9, 21; 27, 9, 3, 6; 7, 1, 13, 5*). Este último título en concreto (*Dig. 7, 1, 13, 5*), indica claramente cómo los particulares podían iniciar la búsqueda y explotación de todo tipo de metales, incluyendo el oro y la plata, lo que da una idea de la escasa planificación estatal que había detrás de estas operaciones y de cómo fueron aprovechadas por manos privadas a cambio del pago de una serie de tasas como la *praestatio aeraria* (*Cod. Theod. 11, 1, 23*) o *ferraria* (*Cod. Theod. 11, 20, 6*) (Carlà, 2009: 254).

Inde est quaesitum, an lapidicuas, vel cretifodinas, vel arenifodinas ipse instituere posit? Et ego puto etiam ipsum instituere posse, si non agri partem neecessariam huic rei occupaturus est. Proinde venas quoque lapidicinarum et huiusmodi metallorum inquirere poterit; ergo et auri, et argenti, et sulphuris, et aeris, et ferri, et ceterorum fodinas, vel quas paterfamilias instituit, exercere poterit, vel ipse instituere, si nihil agriculturae nocebit. et si forte in hoc quod instituit plus redditus sit quam in vineis vel arbustis vel olivetis quae fuerunt, forsitan etiam haec deicere poterit, si quidem ei permittitur meliorare proprietatem

Los sectores mineros que habían requerido de una coordinación regional por parte del Estado y se habían caracterizado por el desarrollo de grandes infraestructuras, no encajaron en estos cuadros tardíos y no sobrevivieron al siglo III d.C. Este fue el caso del Noroeste, donde las informaciones apuntan a que el abandono de las minas fue, además, un proceso que se desarrolló en un intervalo de tiempo relativamente reducido, posiblemente bajo el mandato de Caracalla.

También este fue el caso de los sectores hispanos del Suroeste peninsular. Las minas de plata y cobre de esta región, en plena actividad en el siglo II d.C., se paralizaron a finales de la centuria, lo que fue acompañado del paulatino abandono de los asentamientos asociados a la actividad minera (Pérez Macías y Delgado, 2014: 257), aspecto, por otro lado, coherente con una brusca caída de la circulación monetaria en la zona (De la Hoz, 2011: 166). Un caso significativo fue el de Llano de los Tesoros/Cortalago, en Riotinto, uno de los asentamientos principales del área minera que no volvió a ocuparse después de este período (Pérez Macías, 1996). También en *Vipasca* aparecieron síntomas de dificultades desde finales del siglo II d.C., como es el caso del epígrafe dedicado por los *coloni metalli vipascensis* a un *procurator metallorum* y *vicarius rationalium* que es llamado *restitutor metallorum* (Mangas y Orejas, 1999: 278, n. 149) y entró en una clara decadencia a lo largo de la tercera centuria.

Todo parece indicar que, en ambas regiones hispanas, la interrupción de las labores respondió a una decisión programada, puesto que tanto en el Noroeste (Orejas, 1994: 94), como en el Suroeste (Pérez Macías y Delgado, 2014: 258), la paralización fue general, sin que los problemas técnicos o el agotamiento de los depósitos, que pueden explicar ceses locales, sirvan como respuesta a este abandono global.

A finales del siglo III d.C., la Faja Pirítica recuperó parte de la actividad minera, pero se trató de un tipo de minería muy alejada de las explotaciones de los siglos I y II d.C. En Aljustrel se retomó la explotación del cobre de forma significativa tras las reformas de Diocleciano y Constantino (Pérez Macías y Delgado, 2014: 258). También el asentamiento de Algares (Martins *et al.* 2012) y el de Marismilla en Riotinto (Pérez Macías *et al.* 2012), ambos asociados a la minería de cobre, se recuperaron en el siglo IV d.C. hasta inicios del siglo V d.C. Así pues, en la Antigüedad tardía, se reactivó la minería de este metal, pero como parte de un paisaje donde la explotación careció del carácter masivo y sistemático de épocas anteriores. Sin embargo, las explotaciones de plata, al igual que las del oro del Noroeste, no volvieron a estar operativas en una escala comparable a la de los siglos I-II d.C.

Un panorama semejante sólo puede responder a un cambio en la estrategia estatal que es necesario evaluar en mayor profundidad (*vid.* Cap. 13). Lo que parece claro es que desde comienzos del siglo III d.C. los trabajos mineros no fueron planificados y se organizaron de forma distinta (Domergue, 1990: 219). Los grandes *metalla* se abandonaron, lo que ocasionó un drástico cambio en aquellas zonas mineras en las que el fisco había tenido un interés más directo. Las décadas centrales del siglo III d.C. han aportado poca información, por lo que es prácticamente imposible caracterizar la minería de la etapa, aunque no es descartable que pudieran mantenerse activas esas pequeñas explotaciones que han generado un registro difícilmente identificable. No es hasta finales del siglo III d.C. y, sobre todo, en el siglo IV d.C., cuando se vuelve a documentar un registro asociado a esta actividad en el Suroeste, sin embargo se trata ya de una minería de menor escala y en la que los metales estratégicos (plata y oro), no tuvieron protagonismo. En la historia de los grandes *metalla publica* de *Hispania* se habían puesto punto final en el siglo III d.C.

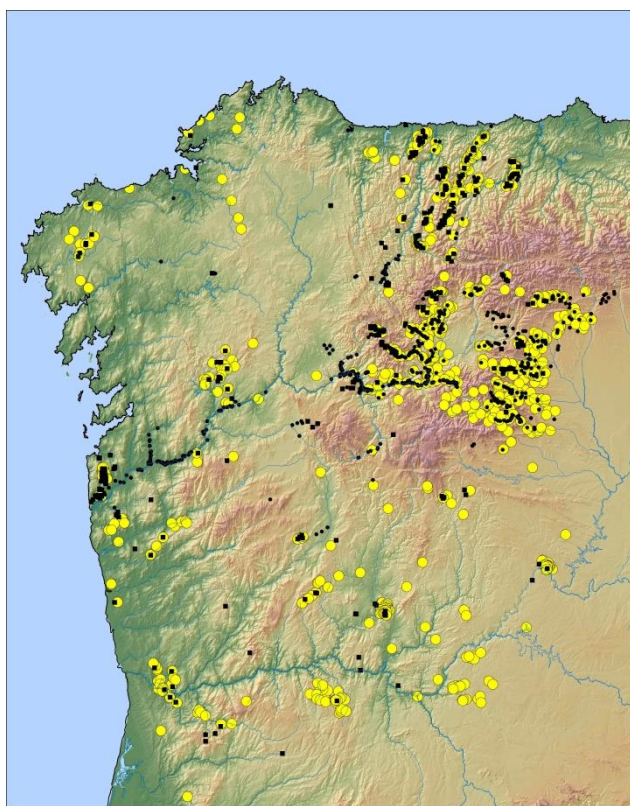
12.3. Hipótesis propuestas sobre el final de la minería.

Son varias las posibilidades que se han propuesto para intentar justificar esta crisis de la minería en el siglo III d.C. Sin embargo, aunque algunas de estas explicaciones pudieran ser la causa del cese de la actividad en casos concretos, existen importantes problemas al extender estos razonamientos y encontrar una causa global. Algunos investigadores han planteado interpretaciones amplias y de alcance más general, pero lo cierto es que estos intentos han sido bastante escasos y no han estado

exentos de dificultades. En las páginas siguientes haré un repaso por las principales propuestas que se han planteado, para a continuación, en el capítulo 13 presentar una alternativa.

- **Dificultades técnicas y baja rentabilidad.**

El agotamiento de mineral representa la causa más directa y sencilla para explicar el abandono de los trabajos mineros. Sin embargo, como han demostrado los trabajos arqueomineros que se han desarrollado en las últimas décadas, los depósitos mineralógicos no están agotados (para el Suroeste, Pérez Macías y Delgado, 2014: 257-258; para el Noroeste, Sánchez-Palencia *et al.* 1999).



Mapa 21.- Relación entre yacimientos de oro documentados y labores mineras romanas. Los círculos amarillos indican los puntos en los que hay presencia de oro. Los cuadrados negros señalan las minas de oro romanas. Fuente: B. Currás (EST-AP. IH. CSIC).

Ante esto, se han contemplado dos posibilidades. Por un lado, se ha esgrimido la idea de la incapacidad técnica para proseguir con el laboreo de las minas. Esta propuesta ha sido utilizada, sobre todo, para justificar el abandono de labores subterráneas, afectadas por los problemas con los niveles freáticos y normalmente caracterizadas por una explotación compleja desde un punto de vista técnico¹⁹⁸. Así,

¹⁹⁸ Se suele aplicar entonces la Ley de Rendimientos Decrecientes, según la cual primero se habrían explotado los depósitos superficiales, accesibles fácilmente, pero llegados a un punto las dificultades tecnológicas habrían supuesto un incremento del coste de la explotación que habría hecho poco rentable el mantenimiento de las minas (Edmondson, 1989: 93-94; Domergue, 1990: 221).

por ejemplo, Padilla planteaba la posibilidad de que la explotación en profundidad de los pozos béticos “hallara un obstáculo casi insuperable en el bajo nivel tecnológico, que quizá no permitía una profundización más allá de los 300 y pocos metros bajo tierra, pero que, sobre todo, convertiría en antieconómica su explotación, como consecuencia de la desproporción entre la inversión exigida por la explotación en profundidad y la cantidad de metal beneficiado con las técnicas metalúrgicas del momento” (Padilla, 1994: 592).

Por otro lado, algunos autores se han inclinado por considerar que el abandono se debió a la baja productividad de las minas hispanas y a su consecuente sustitución por las dacias e ilíricas. Esta hipótesis ha sido mantenida fundamentalmente por Dusănic, autor que ha considerado que estas otras minas imperiales, fueron mucho más rentables por lo que acabaron sustituyendo a las minas hispanas que entraron en decadencia en el siglo II d.C. (Dusănic, 2004: 265). Según el investigador, la intensa explotación de las minas hispanas en general desde finales de la República y a lo largo del Alto Imperio, ocasionó un agotamiento de la minería peninsular y favoreció el desplazamiento a los ámbitos ilíricos y dacios más productivos.

Ambas posibilidades se han contemplado como fruto de las visiones que han proyectado sobre el mundo Antiguo conceptos actualistas de dudosa utilidad. En primer lugar, hay que tener en cuenta que las dificultades técnicas pueden ser una causa del abandono local, pero no son válidas para explicar una crisis generalizada. En fecha relativamente reciente, Domergue (2008: 215-216) ha planteado que los problemas técnicos pudieron ser el motivo que justificó el abandono de algunas minas del Noroeste, donde la cobertura de estériles fue cada vez más difícil de evacuar. Sin embargo, esta causa no explica el fenómeno global de abandono de las explotaciones a comienzos del siglo III d.C., a no ser que se aceptara el hecho inverosímil de que se produjeron dificultades técnicas de forma prácticamente simultánea en el conjunto minero del Noroeste.

En segundo lugar, la sustitución de las minas del Noroeste por la ilíricas y dacias tampoco parece clara. La situación de la provincia Dacia no fue estable. Para empezar, la invasión de los marcomanos, obligó a interrumpir la extracción de oro en la segunda mitad del siglo II d.C. Posteriormente, a mediados del siglo III d.C., se perdió la provincia de Dacia, por lo que estas minas siguieron en explotación poco tiempo más que las del Noroeste que, a pesar de todo, no volvieron a abrirse. Esta propuesta no explica, además, por qué se decidió prescindir de las minas del

Noroeste a comienzos de la tercera centuria, ni contextualiza la decisión estatal en los procesos que estaba experimentando el Imperio en el período. Tan sólo recurre a la cuestionable idea de rentabilidad y deseo de optimización de las inversiones. Estas cuestiones, que ya he tratado en otras partes de este trabajo, le hacen caer en el uso de criterios actualistas que no pueden transponerse sin más al estudio de las sociedades del pasado. Lo cierto es, que en términos contemporáneos, las minas del Noroeste fueron tan poco rentables en el siglo III d.C. como a finales del siglo I d.C. y comienzos del siglo II d.C., cuando estaban a pleno rendimiento. Sólo hay que repasar las leyes de oro de explotaciones como Las Médulas, donde se han documentado $0,05 \text{ g/m}^3$ de media (Pérez García y Sánchez-Palencia, 2000: 146ss), una cifra que haría antieconómica la explotación para cualquier compañía minera actual. Sin embargo, las minas se mantuvieron activas durante unos 200 años, lo que da una idea de la poca utilidad que poseen los conceptos de rentabilidad para entender los procesos de puesta en marcha y abandono de las minas romanas.

- **Problemas de seguridad y cambios en el papel del ejército.**

Otro grupo de propuestas planteadas ha girado en torno al papel del ejército y de los enfrentamientos bélicos a lo largo del siglo III d.C. Como parte de estas interpretaciones, hace años Blázquez indicó que el abandono de las minas de oro del Noroeste pudo relacionarse con las invasiones francas de mediados de la tercera centuria (Blázquez Martínez, 1970: 144). Sin embargo, ya en su momento, algunos investigadores minimizaron los efectos de estos episodios (los cuales, además, afectaron principalmente al Noreste de la Península) y advirtieron sobre la imposibilidad de relacionarlos con el abandono de la minería (*e.g.* Le Roux, 1982: 379; Domergue, 1990: 222).

En paralelo, otras propuestas han planteado que el abandono pudo relacionarse con los cambios que se produjeron en las funciones desempeñadas por el ejército a lo largo del siglo III d.C. (Wilson, 2002: 29). Estas teorías se basan en la idea de que durante esta centuria las tropas fueron requeridas por los emperadores para mantener su posición de poder ante un contexto de inestabilidad política y conflictos fronterizos, por lo que parte de los efectivos militares necesarios para el mantenimiento de las explotaciones mineras fue destinada a otros fines, dejando las minas desatendidas y sin protección (Edmondson, 1989: 97). Otra parte de las tropas pudo permanecer en la Península, tal y como recogía la documentación, pero sería

un número insuficiente para mantener las grandes explotaciones, hecho que motivó su cierre.

Esta interpretación presenta dos problemas fundamentales. En primer lugar, la salida parcial o temporal de tropas a otras zonas, no tiene por qué verse como causa del abandono de las minas del Noroeste, puesto que también pudo ser una consecuencia. Es decir, las minas pudieron ser abandonadas porque el ejército había sido desplazado, o el ejército fue trasladado porque ya habían cesado las explotaciones. Establecer la causa-efecto en esta ocasión resulta muy complicado y esta interpretación conduce a un callejón sin salida.

En segundo lugar, ver el abandono de la minería como causa de un decrecimiento de efectivos militares es una interpretación que parte de una idea preconcebida que no comparto: que las operaciones mineras del Noroeste requirieron de la presencia constante de grandes contingentes de efectivos militares para desempeñar labores de vigilancia y asistencia técnica al trabajo minero. Dicha visión no se corresponde con los datos conocidos para el Noroeste, los cuales reflejan un escenario distinto, en el que la presencia militar con relación a las minas, aunque innegable, fue probablemente mucho más modesta.

Esta cuestión ya ha sido abordada al tratar la presencia del ejército en relación con las explotaciones mineras (*vid.* Cap. 8.2.2), por lo que ahora me limito a recordar los principales puntos. Así, es posible señalar que el ejército tuvo un papel importante en la apertura de minas y en el trazado de la infraestructura hidráulica, fundamentalmente por cuestiones técnicas y de supervisión administrativa (Sastre *et al.* 2010a: 123). Sin embargo, para desempeñar estas labores no fue necesario un amplísimo despliegue de tropas en las zonas mineras.

Si bien es cierto que están documentados varios campamentos en zonas mineras, en ocasiones se desconoce si son coetáneos a las minas, o si hay que relacionarlos con la fase de conquista o la primera organización territorial (Beltrán *et al.* en prensa). Epigráficamente también se documenta la presencia del ejército en relación con las explotaciones durante los dos primeros siglos de nuestra Era, aunque los testimonios no son muy numerosos. Así, a modo de ejemplo, se ha localizado una inscripción procedente de A Rua de Valdeorras del militar *Lucio Pompeio L. f. Pomptina Reburro Fabro Gigurro Calubrigensi* (CIL II 2610). Además se cuenta con el epitafio de un veterano de la *legio VII* procedente de Voces y datado en el siglo II d.C. (Sastre, 1999a). Otra zona minera, como la de Pino del Oro (Zamora), a

pesar de no presentar testimonios de presencia directa de militares (Beltrán *et al.* 2009), sí cuenta con alguna inscripción en su entorno (Sastre *et al.* 2010a), como en Villalcampo, con un jinete del *Ala II Thracum* (CIRPZa 240) o un signífero de *Ala Sabiniana* en Aldeia Nova, Miranda do Douro (HEp 7, 1997, 1173). Tampoco es descartable, según una propuesta reciente, que el propio Bronce de El Picón (*vid.* **Img. 89**) estuviese firmado por un miembro del estamento militar (Sánchez-Palencia *et al.*, 2013: 166, n.6). Por su parte, para Tresminas- Jales se documentan tres dedicatorias a Júpiter Óptimo Máximo por parte de militares datadas en el 130 d.C. (CIL II 2389), entre el 100 y el 150 d.C. (HEp 7, 1997, 1259) y entre el 197 y 211 d.C. (AE 1980, 582) (Redentor, 2010).

A estos testimonios hay que añadir los *termini* entre el territorio de varias *civitates* y el de los *prata* de unas unidades militares hallados en Santa Colomba de la Vega (ERPL 306-314) y Castrocalbón (ERPL 305 y 315), en la provincia de León y el conjunto epigráfico de Villalís-Luyengo-Priaranza de la Valduerna, que estudié más detenidamente en el capítulo 11.



Imagen 89.- Bronce de El Picón. Fuente. EST-AP (IH.CSIC)

Estas informaciones ponen en evidencia la escasez de testimonios disponibles, lo que ha permitido evaluar la presencia de militares en las zonas mineras como discreta (Le Roux, 1989; Domergue, 1990: 350; Beltrán *et al.* en prensa). Este

aspecto lleva a pensar que el papel de las *civitates* locales, y no del ejército, fue el fundamental en la explotación de las minas una vez puestas en marcha (Sastre *et al.* 2010a).

En este sentido, las zonas mineras auríferas de la actual provincia de Zamora suponen un buen ejemplo para apoyar este argumento. Aunque el comienzo de esta minería implicó la presencia de personal técnico estatal que implantara las técnicas necesarias para comenzar con la explotación¹⁹⁹, una vez puestas en marcha no se requirió de una importante presencia regular de personal militar (Sastre *et al.* 2010a: 129-130). Esta situación pudo diferir de las zonas en las que la minería exigió una amplia coordinación regional, como es el caso de las explotaciones de Las Médulas, pero en cualquier caso esta interpretación obliga a matizar el papel del ejército y contradice la idea de la necesidad de un gran número de efectivos militares para mantener operativas las explotaciones.

- **Altos costes de la actividad minera y agotamiento del sistema financiero a comienzos del siglo III d.C.**

Uno de sus mayores defensores para el caso hispano ha sido Chic (2005, 2009: 90-91 y 2011: 108), para quien el final de la minería respondió a causas estructurales: la crisis de un sistema económico que había estado basado en una insostenible economía de prestigio.

De forma coincidente a la idea que planteo en el capítulo 5.1, el autor entiende que la moneda fue la única forma de dinero existente en Roma, donde no se dieron ni instrumentos de crédito ni deuda pública. Desarrollando esta idea, Chic considera que la principal consecuencia fue que, ante la necesidad de recursos por parte del Estado, era el emperador (a modo de *evergeta*) el que tenía que responder a cualquier situación de carencia aumentando las acuñaciones. Esto a su vez se relaciona con las formas de concepción del poder imperial que se gestaron desde época de Augusto y que llevaron a los sucesivos emperadores a controlar todos los resortes del Estado y a evitar las concentraciones de capital en manos ajenas. El emperador se convirtió así en el único garante de la prosperidad del Estado, pues era el único que podía responder a las necesidades financieras.

¹⁹⁹ Como he señalado en páginas precedentes, las técnicas romanas serían importadas, pues las comunidades locales sólo habrían obtenido oro por bateo con anterioridad a la conquista.

A finales del siglo II d.C. el Imperio, más grande y burocratizado, requería más moneda y Roma no pudo hacer frente a la demanda, pues carecía del metal acuñable necesario para mantener el enorme gasto. Como no existían otros mecanismos financieros aparte del incremento de las acuñaciones, se produjo un grave desequilibrio en el sistema financiero. Los crecientes y colosales costes de mantenimiento de la infraestructura minera a los que se tenía que enfrentar el Estado fueron entonces insostenibles, lo que provocó el colapso de la minería y agravó aún más la crisis del sistema. Como pruebas de esta situación de desequilibrio, Chic cita varios argumentos basándose en estudios previos: en primer lugar, la acelerada pérdida de plata en el denario documentada (Hopkins, 1980: 101-125). En segundo lugar el incremento de los precios (Szilágyi, 1963), lo que produjo una acusada inflación. Por último la tendencia a atraer capital privado que supliera las carencias del Estado (Chic, 2005: 585-586).

La hipótesis planteada por Chic para el sur de la Península tiene el mérito de dar una explicación global al final de las explotaciones, entendiéndolo como un fenómeno que se relacionó con la crisis del siglo III d.C. y tuvo su fundamento en el desarrollo de la política y la concepción del poder imperial a lo largo de los dos primeros siglos de nuestra Era. Sin embargo, creo que su teoría presenta un problema fundamental para el caso del Noroeste, pues asume la existencia de unas inversiones monumentales para mantenimiento de las labores mineras por parte del Estado (Chic, 2005: 584). Según el autor, junto con la ausencia de grandes capitales privados a consecuencia de una excesiva concentración del poder en manos del emperador, ésta fue la principal causa de colapso de la minería.

La propuesta de Chic, que puede resultar interesante en otros ámbitos mineros, no se sostiene en el Noroeste. Aquí, la inmensidad de las labores y la alteración del paisaje a consecuencia de la minería, han sido causantes de generar esta visión distorsionada sobre los costes de producción. Hay que partir de la base de que, efectivamente, las transformaciones causadas por la actividad minera en el Noroeste son espectaculares. La explotación de numerosas minas llevó a alterar valles enteros. El volumen de tierra removido y la infraestructura necesaria para ello, alcanzaron una enorme envergadura. Este despliegue exigía un control territorial del que sólo era capaz el Estado y que justifica el sistema de gestión directa de estas zonas mineras. Sin embargo, esta explotación intensiva no implicó la existencia de elevados costes de mantenimiento para el Estado.

A pesar de ello, algunos autores han insistido en hablar de grandes inversiones de capital y costes de mantenimiento de las minas, incluyendo las del Noroeste (Wilson, 2002: 19). Según estas interpretaciones, la espectacularidad de las explotaciones refleja una avanzada tecnología aplicada a escala industrial con el fin de maximizar las tasas de extracción. Gracias a esta inversión, fue posible el desarrollo de una gran actividad minera que proporcionó vastas cantidades de metal, que serían inyectadas en el sistema económico para acuñar moneda. La consecuencia fue un espectacular crecimiento económico en los siglos I y II d.C. (Wilson, 2002: 25-27; Corbier, 2005: 355).

Estas interpretaciones forman parte de las nuevas aproximaciones que se han realizado en los últimos años sobre la economía en el mundo romano y que han buscado un enfoque capaz de aunar principios propios de las economías actuales, con las informaciones conocidas sobre el mundo antiguo (*vid.* Cap. 2.1.2). La imagen que han proyectado, dista de la visión que he mantenido acerca de la minería del Noroeste peninsular y creo que es necesario volver a matizar varias cuestiones que ya adelanté en el segundo bloque de este trabajo:

- En primer lugar, la amplia escala de las explotaciones y los trabajos intensivos no requirieron de una gran inversión que habría supuesto altos costes para el Estado. La clave reside en que las minas del Noroeste se explotaron a través de una mano de obra libre y tributaria que contribuyó con jornadas de trabajo gratuitas (*operae*) (Mangas y Orejas, 1999: 308-309).

No volveré a repetir los argumentos recogidos en otra parte de este estudio para mantener la existencia de este tipo de mano de obra. Sólo quiero destacar la idea de que la organización del trabajo tributario implicó la puesta en marcha de mecanismos de control que lo hicieron posible y en este sentido es en el que hay que ver la intervención del Estado. Éste crearía una serie de vínculos, a través de sus representantes, con las aristocracias y las comunidades locales para controlar, entre otras cosas, el suministro de la mano de obra. Pero el coste de este sistema de explotación para el Estado no sería excesivamente elevado, pues el poder romano canalizó parte del trabajo campesino a su favor, evitando así tener que realizar grandes gastos. Frente al coste de mantener mano de obra esclava (Sastre, 2010b), por ejemplo, la producción campesina tradicional posee un carácter eficiente por varios motivos, como son el aporte familiar de la fuerza de trabajo, el alto nivel de

autosuficiencia o la reproducción simple de la explotación. Esto implica que el campesino produce para su propio consumo y para atender a las obligaciones que tiene con quienes detentan el poder político y económico. Además, el campesino se mantiene a sí mismo y a los grupos no productivos a su cargo (ancianos, niños, etc.), asegurando la reproducción de la producción. En este sistema, la producción, el mantenimiento y la reproducción de la fuerza de trabajo no supone ningún gasto para el explotador (Erdkamp, 2005; Sastre, 2007a y 2010b: 140-141).

En el Noroeste, la explotación campesina fue la base del sistema tributario y el excedente producido, o parte de él, se tradujo en trabajo no remunerado en beneficio del Estado. De esta forma, Roma tenía resueltos gran parte de los costes de producción. El personal estatal (administración y ejército) sería necesario para algunos aspectos referentes a la coordinación y al desempeño de labores técnicas, además del control fiscal, pues, entre otras cosas, las comunidades locales carecían de los conocimientos necesarios para poner en marcha las explotaciones. Pero el suministro de mano de obra y el mantenimiento de las explotaciones dependieron de la comunidad local, bajo supervisión del fisco. Con este sistema de explotación fue posible mantener en marcha unas minas que, en términos actuales, serían muy poco productivas²⁰⁰. Lo que me lleva a la segunda cuestión:

- Hay que matizar la idea de una producción de oro espectacular o de la alta rentabilidad de las explotaciones.

Los cálculos que se han realizado sobre la cantidad de oro obtenida en Las Médulas han permitido estimar que se consiguieron 4.677,5 kg de oro a lo largo de toda la historia de su explotación (Pérez García y Sánchez-Palencia, 2000: 156-157). Para ello fue necesario remover 93,55M de m³ de material, cifra que revela la nula rentabilidad en términos modernos de estas explotaciones.

Por otro lado, las minas que emplearon los métodos tecnológicos más espectaculares, no generaron las mayores cantidades de metal. De hecho, de

²⁰⁰ Ya Domergue, planteando la posibilidad de que las minas del Noroeste se hubieran explotado con mano de obra libre y no con esclavos, puso en cuestión la aplicación del concepto de rentabilidad en estas explotaciones (Domergue, 1990: 305). Realizó algunas estimaciones, llegando a la conclusión de que el coste de mantenimiento de la mano de obra esclava, con relación al oro extraído, sería insostenible para el Estado (*Ibidem*, 348).

las 190 Tm de oro producido en todo el Noroeste, sólo 20,5 Tm procedieron de placeres y yacimientos secundarios, que son los más espectaculares (Pérez García y Sánchez-Palencia, 2000: 185), mientras que pequeñas cortas en primario, podían ser muy ricas (*vid.* **Fig. 25**). Es decir, hay que desconectar las ideas de rentabilidad y espectacularidad de las labores. Estos datos han llegado a sorprender a algunos autores (*e.g.* Wilson, 2007: 112), por el bajo retorno de beneficio frente a la gran inversión que supuso la infraestructura hidráulica.

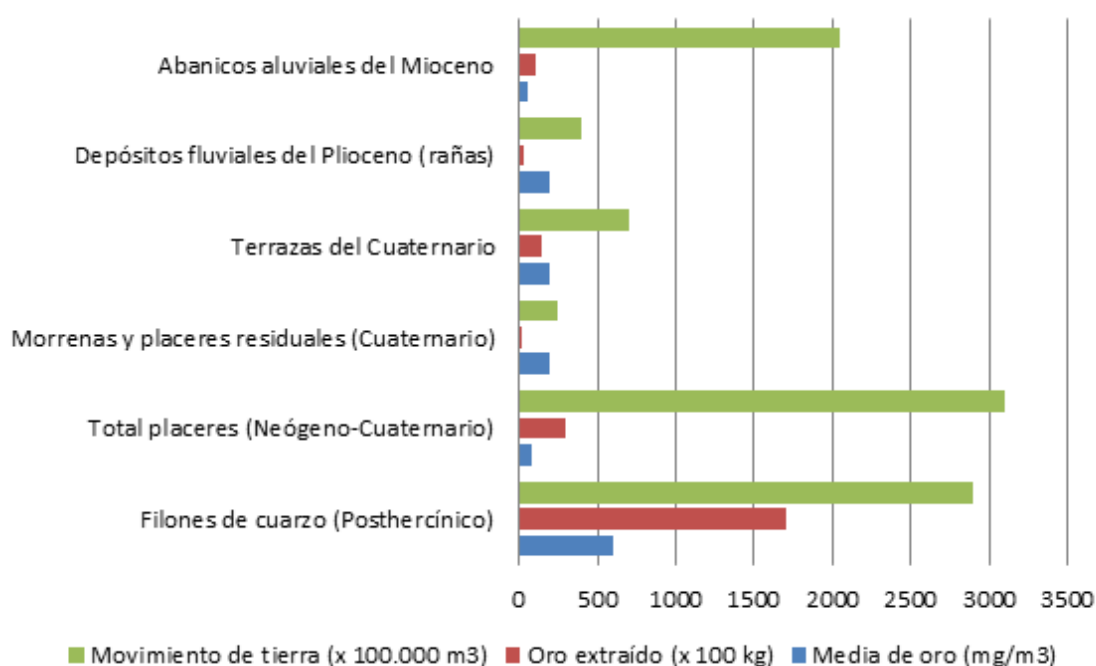


Figura 25.- Estimación del oro producido en el Noroeste peninsular, diferenciada según los distintos tipos de yacimientos. Fuente: Pérez García y Sánchez-Palencia, 2000: 188.

La baja productividad de Las Médulas, siempre hablando en términos modernos, rompe con la idea de que una gran inversión tecnológica supuso siempre importantes cantidades de metal, pues la evidencia revela que no fue así y que se mantuvieron en explotación minas que requerían de grandes despliegues técnicos pero que proporcionaban bajos rendimientos (explotaciones que podrían considerarse antieconómicas utilizando un concepto actual). Esto se debió a que la explotación de las minas de oro del Noroeste no dependió de los criterios de rentabilidad económica que rigen la

mentalidad industrial contemporánea. Por tanto es necesario desterrar las referencias a inversión y rentabilidad al hablar de estas explotaciones.

Siguiendo con este argumento se llega a la tercera cuestión:

- Es necesario matizar la idea del gran crecimiento económico como consecuencia, al menos parcial, del desarrollo tecnológico minero. Esta visión supone entender la explotación de las minas de acuerdo a una mentalidad industrial donde una inversión de capital se orienta a la consecución de unos beneficios que son reinvertidos para mejorar la rentabilidad y posibilitar el crecimiento económico.

No es mi intención apoyar la inutilidad de ciertos criterios de racionalidad económica, ni negar la existencia de un crecimiento económico en el mundo romano, lo cual implicaría una visión estática de la economía antigua que no comparto. Sin embargo, tal y como ya recogí en otra parte de este trabajo, los procesos y mecanismos que posibilitaron ese crecimiento no estuvieron regidos por valores capitalistas.

El modo de vida campesino fue predominante entre la mayoría de la población del Imperio y este aspecto tuvo implicaciones que no se limitan a la producción agraria, sino que se refieren a una forma particular de organizar la producción. Ésta se determina por su carácter familiar o doméstico y por una mentalidad económica específica que limita el desarrollo de la innovación tecnológica, pues el campesino no buscaba aumentar su producción una vez que sus necesidades subsistenciales y tributarias quedasen cubiertas²⁰¹. Es por ello que algunos estudios han minimizado el supuesto crecimiento en fases previas a la revolución industrial (*e.g.* Lucas, 1998)²⁰². Sin negar los efectos que en él pudieron tener el desarrollo comercial o de los ámbitos urbanos, en la mayoría del mundo rural campesino el crecimiento económico fue limitado y, de ninguna

²⁰¹ En estas sociedades rurales sería el crecimiento agregado o extensivo el predominante. El *per capita*, ligado a un aumento de la productividad de cada trabajador, estaría limitado por el modo de vida campesino, orientado a producir a nivel subsistencial. En el mundo romano, una de las posibilidades que tenía el Estado para aumentar la productividad del campesinado era incrementar la presión fiscal sobre el mismo, obligando así a que generara más excedente. Sobre el campesinado y su inserción en el modo de producción tributario remito al capítulo 2.1.2.

²⁰² El modelo de Lucas, se oponía al de Hopkins (1995-1996: 57), para quien el crecimiento fue modesto si se compara con otras épocas históricas, pero no por ello poco significativo. Sobre el debate abierto entre las dos posturas, Saller (2005).

manera, puede equipararse con el que se logró en sociedades modernas regidas por criterios capitalistas (**Fig. 26**).

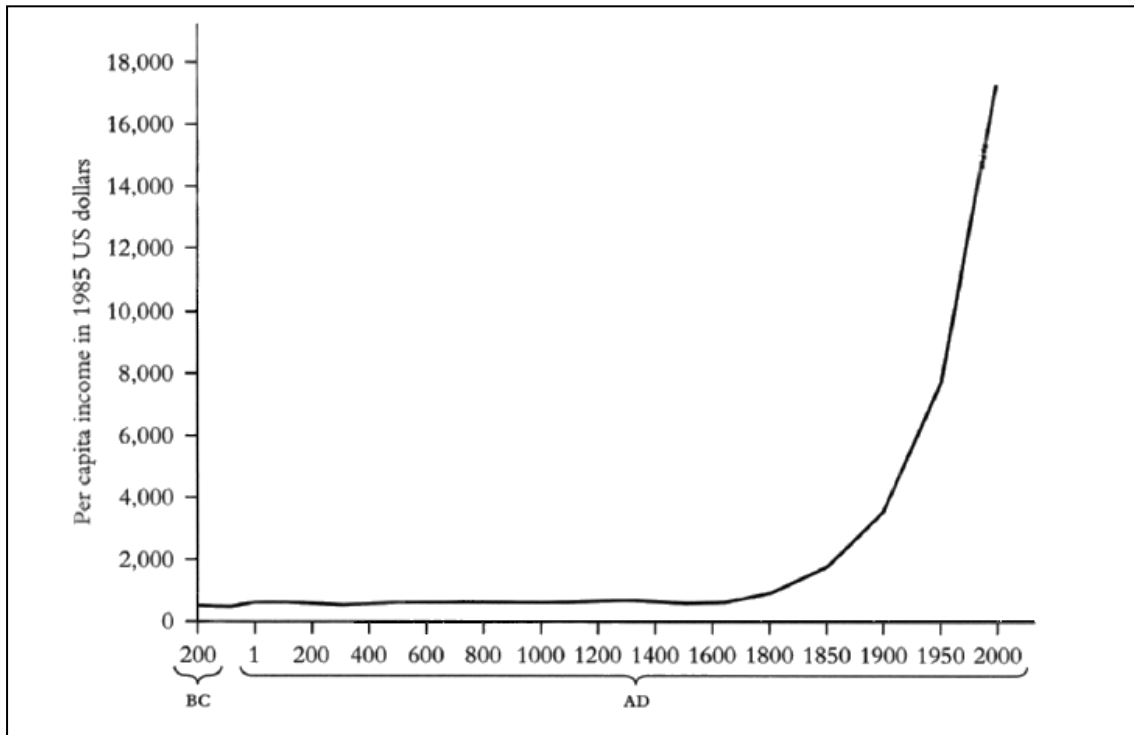


Figura 26.- Evolución de ingresos per capita entre el 200 a.C. y el 2000 d.C. según el modelo de Lucas (1998). Fuente: Saller, 2005. El gráfico revela que hubo crecimiento económico en el mundo romano, pero que la escala no es comparable con el proceso desarrollado desde la revolución industrial.

En cualquier caso, estos estudios cuantitativos no deben de entenderse como indicadores autónomos. Su valor reside en que pueden señalar ciertas tendencias, las cuales sólo adquieren sentido histórico si se consideran en su contexto, lo que me lleva a cuestionar el valor explicativo de los indicadores que miden aspectos que pertenecen exclusivamente a la economía actual (como el PIB, la relación de ingresos/gastos...) y que, en cambio, han sido utilizados en ocasiones para generar discursos en torno al desarrollo de la minería romana.

En definitiva, aunque coincido en la necesidad de articular propuestas interpretativas que tengan en cuenta los procesos político-económicos imperiales en el siglo III d.C., considero que las explotaciones mineras del Noroeste formaron parte de una estructura de explotación tributaria en la que la fuerza productiva no supuso elevados costes para el Estado, por lo que no se sostiene la idea de que las minas se abandonaran por convertirse en una carga insostenible por su escasa rentabilidad.

- **Problemas de mano de obra.**

Esta idea fue planteada hace años por Domergue, quien propuso que el abandono de la minería fue consecuencia de problemas con la mano de obra minera (Domergue, 1990: 222-223 y 347-351). El autor desarrolló una explicación coherente, pero que no está exenta de problemas.

Según Domergue, para trabajar los depósitos mineros del Noroeste desde el inicio de las explotaciones, los romanos forzaron a las poblaciones locales sometidas. Este sistema ofreció grandes beneficios al Estado, pues no debía invertir en el mantenimiento de la mano de obra: “Il va de soi cependant que, si l’Etat n’a pas à prendre en charge l’entretien de la main-d’oeuvre, le bénéfice est à peu près total” (Domergue, 1990: 348). Según esta misma idea, una disminución del número de trabajadores, aunque reduciría las ganancias del Estado, no aumentaría el coste de producción, por lo que Roma no perdería con la explotación minera. Con ello Domergue descartaba el uso de esclavos y apuntaba a que el éxito del sistema fue la conquista, gracias a la cual se pudo a disposición de Roma a mano de obra local que no supuso gasto para el Estado (Domergue, 1990: 347).

Dentro de este esquema, el investigador supuso que Roma tuvo cada vez mayores problemas a la hora de retener a esa mano de obra, lo que explicaría la presencia de destacamentos militares en las zonas mineras. Las dificultades en el mantenimiento de la mano de obra se derivaban, por un lado, de los problemas que supuso trasladar forzosamente a la población hasta las zonas mineras, y por otro, de la decadencia en el siglo II d.C. del trabajo servil (Domergue, 1990: 222).

Siempre siguiendo a Domergue, el causante de esta situación fue el progresivo avance de la romanización a lo largo de la segunda centuria (Domergue, 1990: 348 y 351), aspecto que produjo la atracción de la población minera a los centros urbanos. Para paliar el problema, el Estado se encontró en la obligación de recurrir a una mano de obra libre y asalariada. De hecho, reconoce la posibilidad de que así fuera ya a finales del siglo II d.C.: “C’est seulement plus tard, sans doute au II^e siècle, devant les difficultés rencontrées dans ce domaine et dues en particulier au progrès de la romanisation, qui a pu attirer vers les centres urbains une partie de cette population minière, que l’Etat romain se serait trouvé dans l’obligation de faire appel à une main-d’oeuvre libre et salariée” (Domergue, 1990: 348).

Sin embargo, la utilización de este tipo de mano de obra no fue rentable en el Noroeste, pues suponía unos costes de producción crecientes que hacían insostenible

el mantenimiento de las explotaciones y por eso las minas de esta región tuvieron que cerrarse a comienzos del siglo III d.C. Esta crisis de la mano de obra pudo afectar a otras minas de *Hispania*, pero mientras que en el Noroeste no se encontró solución y se abandonaron, en otras zonas como Sierra Morena o el Suroeste peninsular, el problema fue menos agudo. Allí, el sistema de gestión indirecto, mediante la participación de pequeños arrendamientos, facilitó el compromiso de la mano de obra libre, lo que retrasó la crisis (Domergue, 1990: 223).

Con esta idea Domergue apuntaba que el abandono de la minería se debió a una cuestión particular de la Península Ibérica, pues las minas de Galia, Dalmacia, Panonia o Mesia siguieron en explotación ajenas a estos problemas.

Desde mi punto de vista, aunque esta propuesta contiene aspectos muy interesantes, también presenta ciertas dificultades, pues no acaba de explicar por qué la romanización dificultó la disponibilidad de mano de obra y en qué sentido cambiaron las condiciones de las poblaciones (estatuto, tributo...) con su avance. Además, la supuesta atracción de mineros a ámbitos urbanos no se sostiene. Dejando al margen las dificultades que supone en el Noroeste rastrear estos supuestos centros urbanos, no hay indicios de abandono generalizado del hábitat minero a lo largo del siglo II d.C. (momento en el que, según Domergue, se estarían desplazando las poblaciones atraídas por los núcleos urbanos).

En fecha más reciente, otros trabajos (*e.g.* Orejas y Sánchez-Palencia, 2016) y el propio Domergue (2008: 215-216), han matizado esta propuesta mencionando la posibilidad de relacionar el final de las explotaciones con un cambio jurídico de las poblaciones peregrinas del Noroeste a consecuencia de la concesión de ciudadanía romana universal de Caracalla, tras la cual las comunidades podrían haberse negado a prestar sus servicios de *operae*. En la misma línea se han pronunciado autores como Zerbini (2010: 241-247), para quien las dificultades para conseguir mano de obra a lo largo del siglo II d.C. justificarían la necesaria supervisión militar que explica el incremento de la presencia del ejército en la segunda mitad de la centuria, documentada fundamentalmente a través del conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza (*vid.* Cap. 11.2). Como el control administrativo-militar sería insuficiente para retener a una mano de obra cada vez menos propensa a trabajar por imperativo, la situación acabaría ocasionando la decadencia de la minería y su abandono final a comienzos del siglo III d.C. Esta idea vincula directamente la prosperidad y

capacidad de coerción del Estado con el rendimiento minero y la decadencia del poder de Roma con la crisis de las explotaciones del Noroeste.

Aunque es probable que el fin de la minería deba relacionarse con los profundos cambios que experimentó el Imperio a comienzos del siglo III d.C. y en este sentido haya que preguntarse por el trabajo tributario en esta etapa, el abandono de la minería es una cuestión compleja que no puede eludir el papel que desempeñaron otros elementos como los cambios económicos, monetarios y fiscales, relacionados a su vez con la modificación del sistema de producción. De hecho, el momento de finales del siglo II d.C. y comienzos del siglo III d.C. se presenta como un período en el que se fue evidenciando la pérdida del poder efectivo del Estado, en paralelo a los cambios en la estructura de la *civitas*, los grupos de poder y las relaciones entre los distintos agentes. Pero al mismo tiempo se documentan toda una serie de cambios en el sistema monetario y en el papel que el oro iba a desempeñar, que también deben de ser tenidos en cuenta. El abandono de las explotaciones debe, por tanto, entenderse como parte de este contexto histórico complejo, partiendo de la combinación de distintas escalas: la local (y su relación con la evolución del poblamiento y las relaciones sociales y de poder), la regional (articulación territorial, consideraciones jurídicas y reorganizaciones provinciales) y la imperial (intereses fiscales, papel de los recursos, formas de organizar el trabajo, evolución del sistema monetario).

13

CAMBIOS Y CONTINUIDADES A COMIENZOS DEL SIGLO III D.C. EL ABANDONO DE LAS MINAS DEL NOROESTE

Como se ha visto en el capítulo anterior, las propuestas que se han planteado hasta la fecha para intentar explicar el final de la minería presentan varias dificultades. Desde mi punto de vista, el problema de muchas de ellas (fundamentalmente de las que se apoyan en argumentos economicistas como la baja rentabilidad), es que entienden esta actividad de forma aislada, olvidando las características propias de la estructura de dominación imperialista, por un lado, y de las formaciones sociales del Noroeste, por otro. La minería fue una actividad que no puede concebirse como una entidad separada o independiente de la estructura social y del contexto histórico, sino que formó parte, junto a otros elementos, de una realidad compleja en la que intervinieron varios factores a distinta escala.

En primer lugar, la historia de la minería del Noroeste estuvo estrechamente relacionada con las necesidades y los intereses del Estado y esto implica que se viese afectada por las relaciones políticas de dominación y dependencia, por los procesos de provincialización y por las formas en las que Roma organizó la producción y obtuvo el excedente productivo. Es decir, como parte del sistema de explotación imperialista, la minería se vio condicionada por las características y evolución de dicho sistema. En segundo lugar, el papel que desempeñaron las comunidades locales fue clave, por lo que en la minería intervinieron las relaciones establecidas entre los agentes locales implicados en su explotación (aristocracias y comunidades) tanto con Roma, como entre ellos mismos. No se trata entonces de reducir la cuestión del desarrollo minero a una relación de rentabilidad (inversión-coste/beneficios), sino de analizarlo desde una perspectiva global que permita ver en qué sentido cambiaron las estrategias de Roma, el papel de las poblaciones locales y cómo se relacionaron esos cambios con el fin de las explotaciones.

Desde esta perspectiva existen tres elementos esenciales que explican el final de las minas: los cambios en el sistema monetario y el papel del oro en las acuñaciones; la articulación de una nueva tributación, que alteró el sistema fiscal; y con relación a esto último, la mayor independencia de las aristocracias provinciales en el marco de la progresiva pérdida de poder efectivo del Estado. Esto implica que, en el siglo III d.C., se alterasen los elementos que habían hecho posible la minería del Noroeste en el período anterior: el sistema monetario, el tributario y la *civitas* con las aristocracias locales a la cabeza. La conjunción de estos tres factores, dentro de un proceso más amplio y complejo de redefinición de la estructura social a nivel imperial, puede explicar el cese de las explotaciones a comienzos de la tercera centuria. En este capítulo analizaré detenidamente estas cuestiones.

13.1. El Imperio en el siglo III d.C. y la época tardoantigua

Uno de los primeros temas que hay que plantearse es si el Estado perdió sus mecanismos de presión y, en consecuencia, existieron problemas a la hora de retener la mano de obra tributaria en las explotaciones mineras. Abordar esta cuestión obliga a hacer referencia al desarrollo de la administración imperial en el período y al papel que pudieron desempeñar ciertos cambios en el estatuto de las poblaciones, en la tributación y, en definitiva, en la concepción del trabajo minero.

13.1.1. Estado y administración imperial. El impacto de la *Constitutio Antoniniana*

Durante los dos primeros siglos de nuestra Era la administración del Imperio dependió del *princeps*, cuya función fue creciendo en importancia. Sus poderes fueron sustraídos de los órganos que tradicionalmente los habían sustentado, mientras que los deberes en áreas específicas de la administración fueron asignados a los *procuratores* (*vid.* Cap. 4). Este fenómeno puede observarse tanto en el centro, como en ámbito provincial. De hecho, el centro presenció no sólo el crecimiento del peso político del *consilium* del *princeps* (Eck, 2000a), sino también la construcción de una destacable máquina administrativa, consistente en *officinae* que fueron ampliando sus funciones. Éstas fueron ocupadas por procuradores ecuestres, de tal forma que cada nueva oficina contó con un nuevo procurador asistido al menos por un liberto imperial como *adiutor*,

lo que permitió que la *familia* imperial fuera incluida en posiciones de poder (Pflaum, 1950; Lo Cascio, 2005: 144).

La importancia de la administración ligada al *princeps* está atestiguada en provincias de ambos tipos: senatoriales e imperiales. La distinción entre ellas, fue tenida en consideración por Estrabón, así como por sucesivos autores desde Suetonio a Tácito (Suet. *Aug.* 47; Tac. *Ann.* 13, 4, 2). También Gayo, a mediados del siglo II d.C., la mantuvo en su obra (Gai. 2, 21). Sin embargo, aunque en el siglo II d.C. aún se distinguiera entre ambas categorías, en el transcurso del tiempo las diferencias entre los dos tipos de provincia tendieron a disminuir. Primero, porque las nuevas provincias sucesivamente creadas tras la constitución del Principado pertenecieron al tipo imperial, por lo que la proporción de las provincias senatoriales disminuyó considerablemente. Segundo, porque aunque en las provincias senatoriales los pretores y cónsules aún eran decididos por el senado, el *princeps* realizó una selección previa de candidatos, lo que colocaba a estas provincias también bajo poder del emperador (de Martino, 1973-1975: 813). Finalmente, porque desde los Severos, en conexión con el progresivo desplazamiento de los senadores por los ecuestres en mandos militares, la administración de ciertas provincias fue también asignada a *equites*, eliminando las diferencias administrativas entre ambas. Así, la provincia de Mesopotamia creada por Septimio Severo tras su victoria contra los partos, fue asignada a un ecuestre que asumió el título de *praefectus*. Más tarde, Severo Alejandro envió a un ecuestre a gobernar la nueva provincia del Ponto (Christol y Lorient, 1986). Además, en época severa está atestiguada la presencia de *procuratores ad census accipiendos* en provincias senatoriales tal y como se documenta en *CIL VIII 10500*. Como los procuradores fueron enviados a los dos tipos de provincias, las diferencias entre sus funciones empezaron a desaparecer (Lo Cascio, 2005: 146). Y lo mismo puede decirse de los gobernadores, que desempeñaron funciones similares en los dos tipos de provincias a lo largo de los siglos II y III d.C. (de Martino, 1973-1975: 829).

CIL VIII 10500. Thysdrus.

L(ucio) Egnatuleio P(ubli) f(ilio) Gal(eria) Sabino pontific(i) / palatuali proc(uratori) Aug(usti) XXXX Galliarum / proc(uratori) Aug(usti) ad epistrategian Thebaidos / proc(uratori) Aug(usti) ad census accipiendos / Macedoniae praef(ecto) gentis Cinithiorum / trib(uno) leg(ionis) IIII Scythicae l(eg(ionis) - -] / Geminae flam(ini) Aug(usti) c[ol(oniae) Thysdritanae] / Egantuleia P(ubli) f(ilia) Sabina F[- -] / L(ucius) Egnatuleius Sabinus T[- -]/cnidius / proc[- -]ius RICV

En paralelo a la disolución de las diferencias entre provincias, fue aumentando el número de procuradores; de los 104 puestos que ocupaban en período de Adriano y los 136 con Cómodo, se pasó a 182 hacia la mitad del siglo III d.C. (Pflaum, 1960-1961). Si bien es cierto que no es posible hablar de una burocratización del Estado (*vid.* Cap. 4.3.1), el crecimiento del número de procuratelas da una idea de la consolidación del aparato administrativo a lo largo del Alto Imperio, ante la necesidad de aumentar su eficiencia, proceso alentado por la gradual adquisición de las nuevas funciones que iba desempeñando la administración imperial (Lo Cascio, 2005: 149).

Desde el siglo III d.C., el aparato administrativo fue complicándose y aparecieron nuevas cajas fiscales, controladas por nuevos cargos administrativos. Así, a la *res privata* con el *comes rei privatae* a la cabeza, fueron a parar las confiscaciones (Jones, 1950: 28; Delmaire, 1989: 597), como aquellas que afectaron a los seguidores de Nigro y Albino por su oposición a Severo. De hecho, según algunos investigadores (*e.g.* Masi, 1971; Lo Cascio, 2000: 97-149), la magnitud de esta operación pudo requerir la reorganización de la *res privata* como nuevo departamento independiente desde época severa. Dicha caja se diferenciaba de la controlada por el *comes sacrum largitorum* o *rationalis rei summae*, vinculada tanto al control de las minas como al de las cecas para acuñaciones (Delmaire, 1989: 422-423) y ambas se encontraban englobadas en el fisco. En esta etapa, el término *fiscus* era ya sinónimo de *aerarium*, fenómeno al que también contribuyó la eliminación de las diferencias entre provincias imperiales y senatoriales. Así, en algunos textos del Digesto (48, 10, 1, 9; 13, 11, 6; 49, 14, 13, 15), fisco y erario son intercambiables. Estos bienes fiscales eran, además, considerados bienes del emperador, tal y como refleja Ulpiano (*Dig.* 43, 8, 2, 4: *res enim fiscales quasi propriae et privatae principis sunt*). Además de estas cajas, en el Bajo Imperio se contó con el *arca* controlada por el prefecto del pretorio (*Cod. Theod.* 8, 8, 5; 9, 28, 9; *CJ.* 19, 6). El *arca praefecti* estaría separada del *aerarium* y contendría los fondos para cubrir necesidades diarias del Estado (*annona*, pagos regulares, *cursus publicus*, etc.).

Todos estos organismos dibujan un sistema administrativo cada vez más complejo al servicio del Estado. A medida que se fueron configurando las distintas cajas y cargos que conformarán la administración bajoimperial, también cambió el sistema tributario y en este sentido puede leerse la promulgación de la Constitución Antoniniana en época de Caracalla.

Como se lleva proponiendo desde hace décadas, la aplicación del Edicto de Caracalla probablemente sancionó una realidad que se venía gestando a lo largo del siglo anterior, donde la ciudadanía había ido perdiendo su carácter de diferenciador social y había sido reemplazada por la distinción entre *honestiores* y *humiliores* (Cardascia, 1950; Garnsey, 1970). Así, en los primeros años de gobierno de los Severos (entre Septimio Severo y Caracalla), se acentuó el proceso de promoción de *civitates* peregrinas o latinas a comunidades de estatuto jurídico romano y se sentaron las bases para la promoción jurídica general posterior (Carrié, 2005: 271). Estos son los casos, por ejemplo, del *pagus civium Romanorum* de Thugga, que se unió a la *civitas* peregrina para formar un *municipium* en el año 205 d.C. También en este período, los *municipia* de *Aquincum* o *Caruntum* obtuvieron rango de colonias, mientras que otras colonias latinas pasaron a ser romanas, sobre todo en África²⁰³.

El impacto de la aplicación de la *Constitutio Antoniniana* ha sido objeto de numerosos estudios que la han convertido en uno de los edictos más conocidos del mundo romano²⁰⁴. Sin embargo, las fuentes disponibles sobre ella son escasas y ninguna de ellas está exenta de controversia²⁰⁵.

- En primer lugar se conoce una referencia de Ulpiano recogida en el *Digesto*, en la que se lee que los habitantes del orbe romano se hicieron ciudadanos romanos gracias a una constitución del emperador antonino:

Ulp., *Dig.* 1, 5, 17

In orbe Romano qui sunt, ex Constitutione Imperatoris Antonini cives Romani effecti sunt.

Como se ve, Ulpiano presenta de forma bastante escueta esta medida supuestamente revolucionaria. A pesar de ello, algunos autores han reconocido la amplitud de sus consecuencias, aspecto que creen confirmado por las informaciones contenidas en las inscripciones y los papiros. En ellos se observa que a partir del 212-213 d.C. el gentilicio *Aurelius* se generalizó y el nombre romano se convirtió en la norma, en particular en las regiones en donde la ciudadanía había sido excepcional hasta ese momento, como en Egipto y en las zonas rurales de Asia (González Fernández, 2006).

²⁰³ No obstante, otras comunidades que no habían apoyado a los Severos en el transcurso de la guerra civil, fueron degradadas como castigo. Este fue el caso de Antioquía, capital de la provincia Siria y reducida por Septimio Severo al rango de *kōme* de Laodicea (*Dig.* 50, 15, 1, 3).

²⁰⁴ La bibliografía es inmensa. Para una recopilación bibliográfica relativamente reciente, González Fernández, 2006: 382, n. 3.

²⁰⁵ Aparte de las fuentes contemporáneas a la emisión del Edicto, que recojo con más detalle, existen otros documentos de época posterior que menciona González Fernández, 2006: 383, n. 9 y 385, n. 19.

Sin embargo, otros autores (Ste. Croix, 1988: 529) han subrayado que la posesión de la ciudadanía no llegó a significar nada, excepto para los miembros de la curia local, pues las nuevas distinciones sociales y jurídicas habían sustituido la distinción entre *peregrini* y *cives* por la de *honestiores* y *humiliores*. Este mismo autor comenta que en todo caso hacia el 212 d.C. se consideraba que la ciudadanía era una categoría innecesaria, por lo que se puede decir que su generalización era lo mismo que su desaparición, una vez que se convirtió en algo superfluo.

- En segundo lugar, se cuenta con la obra de Dion Casio, autor contemporáneo al emperador Caracalla y que se refirió a la *Constitutio* como una medida para responder a la avaricia del emperador, pues con ella ampliaba la base fiscal al aumentar el número de contribuyentes (Dio. Cas. 77 (78), 9, 4-5). En ningún momento se refirió de forma directa a las posibles implicaciones políticas o jurídicas del Edicto, por lo que a partir de este testimonio se suele asumir que fue la necesidad de recaudar impuestos lo que influyó decisivamente en su concesión. Con el incremento de ciudadanos romanos se incrementaría así la recaudación de la *vicesima hereditatium* y el impuesto sobre las manumisiones (D'Ors, 1943 y 1946). La *vicesima* recaudada fue probablemente a cubrir las necesidades del ejército, algo fundamental en la política de los Severos²⁰⁶.

Sin embargo, hay que tener en cuenta el contexto social y político del escritor. Se sabe que Dion Casio fue representante de la clase senatorial y estuvo opuesto a Caracalla, lo que le llevó a presentar sus medidas desde una perspectiva negativa (Millar, 1964b: 150-160).

- Por último, se cuenta con el famoso papiro Giessen nº 40 (**Img. 90**), identificado por Meyer como la versión griega de la *Constitutio Antoniniana* (Meyer, 1908). El papiro, que ha llegado hasta hoy en muy mal estado de conservación, ha sido completado con la ayuda de la Tábula de Banasa, un bronce del siglo II d.C. que se refiere a una concesión individual de ciudadanía. A través de este documento, se ha reconstruido la parte perdida del papiro con la fórmula *salvo iure gentis* (Sherwin-White, 1973b). Es

²⁰⁶ De acuerdo con Dió Casio (76, 15, 2), Septimio Severo en su lecho de muerte le recomendó a sus hijos que hicieran ricos a los soldados y no se preocuparan por el resto de los hombres. Asimismo son conocidas las reformas que llevó a cabo este emperador orientadas a satisfacer y fortalecer el ejército (Rocco, 2010).

decir, se ha considerado que la ciudadanía romana se concedió sin perjuicio del derecho local a efecto de derechos y obligaciones (García Fernández, 2007a: 317; Carrié, 2005: 272; Corbier, 2005: 363-364).

Este aspecto sería coherente con el mantenimiento de las exenciones fiscales aún en época de los Severos y que serán descritas en términos de *ius Italicum*, tal y como ocurrió con las ciudades sirias a las que fue otorgado este privilegio por apoyar a esta dinastía (Ulp. *Dig.* 50, 15, 1). Es más, es conocido cómo los juristas de los Severos desarrollaron una doctrina de acuerdo a la cual los impuestos de propiedad eran obligaciones aplicadas a todo el mundo (excepto a aquellos que disfrutaran de *ius Italicum* o *immunitas*). De esta forma, el Código de Justiniano recoge que *munera quae patrimoniis publicae utilitatis gratia indicuntur ab omnibus subeunda sunt* (CJ. 10, 42, 2).



Imagen 90.- Papiro Giessen nº 40. Fuente. <http://bibd.uni-giessen.de/papyri/images/pgiess-inv015recto-1600kb.jpg>

Políticamente la *Constitutio Antoniniana* fue un importante paso en el proceso de desarrollo de los estatutos de las comunidades, pues privó de significado la vieja distinción entre *civitates* peregrinas, municipios y colonias. Con posterioridad, las viejas

distinciones se mantuvieron en algunas provincias ya sólo como señal de prestigio, tal y como han documentado algunos investigadores en África (Gascou, 1982: 317; Carrié, 2005: 272). Sin embargo, a pesar de acabar con las distinciones, el Edicto de Caracalla no creó uniformidad, pues siguieron existiendo regímenes locales y se careció de una *lex municipalis* común. Con la extensión de la ciudadanía romana tampoco vino una generalización *ipso facto* de la aplicación del derecho romano en las provincias²⁰⁷. Sí se impulsó una adaptación de las leyes locales a los principios jurídicos romanos (Labertini, 1993), tal y como han confirmado algunos estudios de papirología jurídica (Volterra, 1974: 55-64; Wolff, 1976; Galsterer, 1987), pero esto fue un proceso y aún aparecieron fórmulas de acuerdo a costumbres locales tras la concesión del Edicto (Carrié, 2005: 275).

Además, tal y como recogen las fuentes, también se conservaron intactos los *munera* locales, los cuales se caracterizaban por su diversidad. Aún en tiempos de Diocleciano, *Arcadius Charisius* se refería a la poca unificación de las administraciones locales y en su clasificación de *munera* mencionaba su variabilidad de acuerdo con las distintas leyes locales (*Dig.* 50, 4, 18, 27: *ex lege civitatis suae*), indicando que podían ser personales o patrimoniales. Esto señala que las diferencias entre comunidades se hacían eco de las situaciones preexistentes. Sin embargo, la concesión del Edicto de Caracalla, sí tuvo consecuencias transformadoras al acabar con la distinción entre ciudadanos y peregrinos.

Hasta el año 212 d.C., ser ciudadano implicaba una serie de privilegios, pues la plenitud de derechos estaba reservada a los *cives* romanos. Uno de los fundamentales, como ya comenté (*vid.* Cap. 10.3) era el de gozar de plena capacidad jurídica respecto al *ius civile*, lo que les confería indudables ventajas políticas y también beneficios relacionados con la propiedad y la posesión. Desde este año, todos los habitantes libres del Imperio estuvieron en igualdad en este punto. Aunque, evidentemente, esto no supuso el final de las diferencias sociales (que se trasladaban al plano de los *honestiores* y *humiliores* como bien señalaba St. Croix), sí pudo relacionarse con cambios en las formas de tributación. Esto implica que, aunque en la *Constitutio Antoniniana* se aseguraba la continuidad del pago de los *munera* locales, hay que plantear la posibilidad de que no ocurriera lo mismo con otras cargas fiscales, entre las que se contaban las

²⁰⁷ En Egipto, por ejemplo, aparecen fórmulas de *stipulatio* de acuerdo a costumbres locales tras la concesión del Edicto (Carrié, 2005: 275). Sobre la relación de derechos locales y el derecho romano tras la *constitutio Antoniniana*, Reduzzi (2015: 30-31).

operae mineras, las cuales, vinculadas a ámbitos peregrinos, tuvieron una connotación negativa que pudo acrecentarse a medida que las aristocracias adquirieron mayores cotas de poder. De confirmarse, Domergue (2008: 215- 216) estaría en lo cierto al afirmar que el Edicto de Caracalla contribuyó a que se produjera una carestía en la mano de obra en las minas del Noroeste.

13.1.2. Tributación y minería en época tardoantigua.

Para profundizar en esta idea es necesario recordar brevemente el origen de las imposiciones tributarias. Las poblaciones del Noroeste fueron sometidas por Roma tras su rendición sin condiciones (*deditio*), circunstancia que les obligaba a realizar prestaciones para el Estado. En este contexto, el tributo debido a Roma se convirtió en marca de dominación y dependencia para los pueblos conquistados. Estas prestaciones pudieron ser de distinta naturaleza, por ejemplo pagos en moneda o en productos agropecuarios. Además, no era raro en el mundo romano que éstas adoptasen forma de trabajo, por lo que parte de este tributo pudo pagarse en jornadas de trabajo en las minas propiedad del Estado (Orejas y Sastre, 1999; Mangas y Orejas, 1999: 308ss). Para poner en marcha este sistema fue necesario articular una serie de mecanismos en los que intervinieron las comunidades, los grupos de poder locales y los miembros de la administración, que hicieron posible la canalización del trabajo tributario a favor de Roma. En este esquema, las aristocracias fueron fundamentales, pues hicieron de intermediarias entre los dos eslabones (Estado y comunidad local).

El origen de las élites se remonta a la conquista, cuando fueron surgiendo grupos de poder en un contexto claramente conflictivo. Desde los primeros momentos el Estado se interesó por la consolidación de unas aristocracias fuertes que sirvieran de eje a la nueva articulación social y territorial. En consecuencia, favorecieron a las élites cercanas al poder romano y posibilitaron su labor de intermediación. Al mismo tiempo, los grupos de poder pudieron ver en Roma el apoyo que necesitaban para consolidar sus posiciones. En un contexto de conflicto entre grupos aristocráticos en formación, ser útil al desarrollo de la explotación imperialista representaría una ventaja fundamental en su consolidación como élites. El célebre pasaje de Floro (2, 33, 55) en el que se refiere a la traición de los brigaecinos a los astures, es sólo un ejemplo de las relaciones de competencia que pudieron surgir entre grupos de poder emergentes. También el Edicto de El Bierzo es un caso de cómo Roma recompensó a unos grupos frente a otros, orientando la formación de desigualdades sociales en su propio beneficio (Sastre,

2002a: 30). Estas élites locales basarían su poder en el control de la tierra y, con ello, el acceso a los recursos y la mano de obra y canalizarían el excedente en forma de tributo a favor del Estado (Sastre, 1999b y 2001).

Con el paso del tiempo, las aristocracias fueron adquiriendo cada vez más proyección y cotas de poder. A lo largo de este trabajo se han recogido varios argumentos que defienden este desarrollo aristocrático local en el Noroeste, con la formación de una élite ciudadana que gestionó de forma cada vez más autónoma sus recursos. Desde finales del siglo I d.C. se han documentado procesos de concentración del poder local en *civitates* tanto de zonas mineras, como en regiones donde la presencia de minas no fue destacada (*vid.* Cap. 9). La mayor jerarquización del poblamiento rural indica, además, que unos enclaves fueron favorecidos frente a otros, revelando la existencia de desigualdades a nivel territorial. La concesión del *ius Latii* en época de Vespasiano (*vid.* Cap. 10) pudo ser decisiva en este proceso de promoción selectiva, al reforzar jurídicamente la situación de las aristocracias locales. La promoción a la ciudadanía romana de las élites, les permitió mejorar su posición gracias a una mayor proyección política (a partir de ahora podrían acceder a cargos destacados reservados a élites ciudadanas) y a la sanción jurídica del control sobre la tierra.

A lo largo de la segunda centuria, las élites del Noroeste contaron con el anclaje de la ciudadanía que reforzó su posición y ahondó en la desigualdad social y territorial. Pero esta progresiva adquisición de poder de los grupos aristocráticos ciudadanos pudo entrar en contradicción con la aplicación de las *operae*, unos tributos vinculados con la peregrinidad. Roma se había apropiado de la fuerza de trabajo de las comunidades locales como consecuencia de su sometimiento. La peregrinidad y el *tributum*, partían de un estado de *deditio* equiparable a la semidependencia, justificado porque estas poblaciones habían sido derrotadas en una guerra de conquista. Pero a medida que estas poblaciones fueron adquiriendo la condición ciudadana, se pudieron ir alejando del cumplimiento de estas obligaciones.

Aunque realmente no existen pruebas para confirmarlo definitivamente, sí aparecen algunos elementos que pueden considerarse indicios de este proceso. Este es el caso de las inscripciones a procuradores que se concentran en Astorga a finales del siglo II e inicios del siglo III d.C. (*vid.* **Tab. 11**, Cap. 8.2.1). Esta visibilidad de miembros de la administración estatal en la capital conventual en un momento que precedió al abandono de las explotaciones, pudo responder a un intento por parte de Roma de reforzar el control de unas minas que presentaban ya problemas.

Esta cuestión puede relacionarse, además, con las propuestas que apuntan hacia un cambio en la actitud frente a la tributación por parte de las poblaciones provinciales a lo largo del Alto Imperio y que no sería algo exclusivo del Noroeste. La idea ha sido desarrollada por Corbier, quien ha reconocido una transformación en la literatura entre Juvenal y Apuleyo, donde ciertos impuestos (especialmente los directos), comenzaron a percibirse como una marca de sometimiento difícil de aceptar, lo que conllevó dificultades a la hora de captar algunas tasas (Corbier, 2005: 364ss). El Estado reaccionó en consecuencia y tendió a la complicación administrativa, a aumentar el número de procuradores para controlar más directamente los recursos y a desarrollar nuevas estrategias para engrosar los beneficios fiscales. El punto álgido de este proceso tuvo lugar con los procesos de *coemptio* o ventas forzadas de cosechas al fisco, los cuales formaron parte de los esquemas de finales del siglo III d.C. (Delmaire, 1989: 347ss). En paralelo, frente a la inmunidad concedida a algunas comunidades, otros impuestos se extendieron a todo el Imperio, ampliando la base impositiva y aumentando la presión fiscal sobre las poblaciones. Este fue el caso de la *vicessima hereditatium*, que se extendió a todos los habitantes libres del Imperio tras la *Constitutio Antoniniana*, pero también de la *annona militaris*, una tasa pagada en especie y de creación severa, que fue aplicada a todo el Imperio –incluso al territorio italiano–, aspecto que confirma la tendencia a acabar con las distinciones entre Italia y las provincias, o más bien entre los conquistadores y los conquistados como pagadores de impuestos, a la vez que se aumentaba la recaudación fiscal (Corbier, 1977; Carrié, 1993a; Lo Cascio, 2005: 153; Menéndez Argüín, 2006: 163). La recaudación de la *annona militaris*, destinada a sufragar los gastos del ejército, se convirtió en una de las prioridades de la política imperial a finales del siglo II e inicios del III d.C.

La inclusión de Italia dentro de la tributación en época severa, anticipó en realidad la reforma de Diocleciano, quién estableció un sistema fiscal basado en la *iugatio* (impuesto sobre la tierra) y la *capitatio* (impuesto sobre las personas) y que grabó todo el Imperio (incluyendo Italia). Estas tasas son sobre todo bien conocidas por los textos en papiro. En Egipto, parece que se simplificó la dualidad entre el *tributum soli* y el *tributum capitis* del Alto Imperio en uno solo (*iuga sive capita*) en el que se yuxtapondrían el impuesto sobre la tierra y sobre las personas (Carrié, 1993a: 115-154). Para Piganiol (1971: 424), la *iugatio* y la *capitatio* eran en realidad dos modos distintos de establecer un impuesto único; es decir, servían para obtener la cuota fiscal. Para ello, se dividían las tierras sometidas al impuesto por el número de *capita* (individuos)

contabilizados en ellas y así se obtenía una unidad sobre la que se tributaba, que en unos sitios recibió el nombre de *iugum* y en otros de *caput* (Chastagnol, 1979: 133-134).

Desde época severa se fue gestando entonces un proceso en el que se tendió a acabar tanto con las diferencias entre Italia y las provincias, como entre los distintos tipos de provincias. También desaparecieron las distinciones según estatutos en el pago de impuestos con la concesión universal de ciudadanía romana. En este contexto no es descartable que algunas cargas fiscales fueran consideradas injustas, como mencionaba Corbier. Es muy probable que entre ellas se contaran las *operae* mineras, obligaciones fiscales que contendrían una potente carga ideológica negativa: primero, por ser parte de ese tributo configurado como marca de dominación (*nota servitutis*) en un contexto peregrino y segundo, por estar vinculado al trabajo minero, una actividad que ya algunas fuentes antiguas consideraron indigno, además de peligroso y muy duro (Mangas, 1996: 51). Así, por ejemplo, aunque proceda del siglo I d.C., Plinio puede resultar ilustrativo. El autor, a inicios de su libro 33, presentaba una serie de reflexiones morales sobre la minería considerando que provocaba la indignación de la sagrada madre tierra (*indignatione sacrae parentis*, Plin. *NH.* 33, 3, 1-7). La actividad minera violaba la naturaleza y se mostraba como antinatural, frente a la explotación agrícola que se presenta como actividad opuesta y que revestía altos valores morales (Ste. Croix, 1988: 48 y 57; Veyne, 1990: 36-38). Por ello, la minería se asoció a paisajes periféricos y estériles (entre los que Plinio reconoce a los *montes Hispaniarum* que son *aridi, steriles* y en los que salvo minerales, nada se produce: *nihil aliud gignatur*), explotados por la *avaritia* del hombre que desarrolla su actividad contranatural. Por este motivo Italia se protegió de los peligros de la actividad minera, la cual se desarrolló exclusivamente en las provincias que se consideraban entonces subordinadas (Sánchez-Palencia, 2000: 21).

Precisamente fue esta contraposición entre Italia (en posición de superioridad) y las provincias, la que permitió articular la explotación imperialista en los siglos anteriores. El suelo italiano no sólo había estado libre de la explotación minera, sino que también había estado exento de tributación y en él se habían dado formas de propiedad privada *optimo iure*, lo que ocasionó que fuera considerado superior al provincial. Pero a inicios de la tercera centuria se habían gestado nuevas formas de relación y la oposición entre Italia, a la que se sometió también al pago de ciertos impuestos, y las provincias ya no era tal. En este contexto, la concesión de ciudadanía universal también contribuyó a terminar con distinciones tributarias en función del estatuto jurídico de las

poblaciones. Con ello se disolvía la base sobre la que se había fundamentado la explotación de las minas del Noroeste: un tributo concectado con la peregrinidad y, en consecuencia, entendido como marca de sometimiento y extranjería.

Sin embargo, es cierto que en el mundo antiguo el trabajo tributario fue un fenómeno relativamente extendido incluso en ámbitos ciudadanos. El conjunto de la población libre del Imperio, incluyendo los que tenían el derecho de ciudadanía romana, también estaban obligados a contribuir, en ocasiones aportando jornadas de trabajo gratuitas decretadas por el senado local (Grelle, 1961: 42). El Digesto recoge las características de estos *munera personalia*, haciendo referencia a que se podrían solicitar para la reparación o mantenimiento de diversas infraestructuras públicas como las vías de comunicación, los acueductos o las calefacciones de las termas, entre otras actividades (*Dig.* 50, 4, 1, 1-4). Y aunque de forma tradicional algunos autores han incidido en que las prestaciones de trabajo fueron cada vez menos frecuentes desde finales de la República (De Ruggiero, 1925: 172), los textos tardoantiguos aún se refieren a estas contribuciones, sobre todo con relación al mantenimiento de las calzadas (*Cod. Theod.* 11, 17, 4 y 15, 1, 49).

Sin embargo, a pesar de estas referencias, el significado y contenido de los *munera* es muy difícil de precisar. Se sabe que el desempeño de los *munera* era inherente a los ciudadanos y como tales, su función estaba socialmente definida. Como parte de los *munera* podían incluirse obligaciones de muy diverso tipo. Este es el caso que revela Plinio El Joven (*Ep.* 1, 8, 12), quien en una carta se refería como *munera* a las obligaciones de procreación que todo ciudadano debía ejercer. En ocasiones, el término aparece adjetivado como *munera publica, civilia, personalia...*, adquiriendo un significado técnico mucho más concreto (Pereira, 2005: 428ss).

Un texto bastante esclarecedor de Cicerón, en el siglo I a.C., exponía la necesidad de imponer unos *munera* equilibrados de modo que la élite tuviera la suficiente *auctoritas* y el *populus* suficiente libertad (*Cic. Rep.* 2, 57). Los *munera* eran obligaciones impuestas al *populus*, pero que no debían establecerse en perjuicio de la libertad ciudadana, por lo que no podrían ser muy pesados.

Cic. Rep. 2, 57

Id enim tenetote, quod initio dixi, nisi aequabilis haec civitate compensatio sit et iuris et officii et muneris, ut et potestatis satis in magistratibus, et auctoritatis in principum consilio et libertatis in populo sit, non posse hunc incommutabilem rei publicae conservari statum

Se consideró que los más gravosos eran los que implicaban un trabajo manual, por lo que estas cargas quedaron englobadas en la categoría de *munera sordida*, de la que estuvieron exentos tanto los mayores de 70 años, como las mujeres y los decuriones, según algunos fragmentos del Digesto (*e.g. Dig. 50, 4, 3, 3*).

Además, el trabajo tributario aparece en otros ámbitos, como en los dominios imperiales africanos, donde la población libre que residía en ellos estaba obligada a aportar *operae* en favor de las tierras imperiales (Mangas y Orejas, 1999: 310). En concreto, un texto de Souk-el-Khmis refiere como unos *miserrimi homines* se quejaban a los *procuratores* por la excesiva carga de las *operae* que debían cumplir (*CIL VIII 10570*). La *lex Manciana*, que fijaba las normas de arrendamiento de todas las tierras situadas dentro del dominio imperial, también recogía que los agricultores bajo autoridad del procurador imperial debían aportar varias jornadas de trabajo para desarrollar algunas tareas agrícolas (*CIL VIII 25902*).

En definitiva, el trabajo tributario estaba plenamente asentado entre población de muy distinto estatuto, no exclusivamente la peregrina. Sin embargo, es probable que existieran notables diferencias entre los *munera* municipales exigidos a un ciudadano romano, las *operae* impuestas a un pequeño propietario de un dominio proconsular y el trabajo tributario impuesto por el fisco a las comunidades dediticas recién conquistadas del Noroeste peninsular. ¿Podrían aceptarse como parte de las obligaciones tributarias ciudadanas a finales del siglo II d.C. unas *operae* mineras vinculadas a la peregrinidad y que tendrían claras connotaciones negativas? Es probable que tanto el auge de las aristocracias del Noroeste a lo largo de la segunda centuria, como los cambios en la actitud acerca de la tributación que se fueron gestando en ese mismo período con la disolución de las diferencias entre Italia y las provincias y la concesión de ciudadanía romana, entraran en contradicción con estas cargas tributarias.

Lamentablemente, el siglo III d.C. es una centuria mal conocida en la que apenas hay información disponible que posibilite confirmarlo. Los datos del siglo IV d.C. en el Noroeste sí permiten profundizar algo más y a través de ellos se puede documentar el desarrollo de las élites locales, que cada vez alcanzaron mayores cotas de independencia respecto al Estado. En concreto, en este período se ha estudiado el desarrollo de las aristocracias locales y su relación con la implantación de centros de poder cristianos, a medida que se desintegraba el poder estatal y el marco de la *civitas* era cada vez más inconsistente (Sanz, 2000). Aunque ésta siguió siendo una unidad reconocida por Roma, su importancia en el marco provincial fue cada vez menor, al ser sustituida por el papel

de la aristocracia cada vez más autónoma. Prueba de ello es que desde finales del siglo III d.C. el territorio aparece salpicado por *villae*²⁰⁸ que pueden ser consideradas auténticos centros aristocráticos. A través de su arquitectura y monumentalización, las aristocracias mostraron su pujante poder. Muchos de estos establecimientos se situaron sobre anteriores asentamientos rurales (sin que esto necesariamente indique una continuidad con los propietarios anteriores) y en tierras fértiles y propicias para la explotación agropecuaria.

Un buen ejemplo, por haber sido objeto de excavaciones en los últimos años, es el de la villa de Veranes, en la parroquia de Cenero (Gijón). Se trata de un asentamiento rural plenamente asentado desde finales del siglo I d.C., pero que se configuró como un auténtico centro aristocrático a finales del siglo III d.C. (Fernández Ochoa y Gil Sendino, 1999, 2007a, 2007b y 2008; Fernández Ochoa *et al.* 2004 y 2007; Orejas y Ruíz del Árbol, 2008b: 179). Los casos son más numerosos y se encuentran villas bajoimperiales tanto en el área central de Asturias, como en la zona occidental, (*e.g.* Serín, Murias de Beloño, Vega del Ciego, Puelles... Fernández Mier, 2002; García Álvarez-Busto, 2006; Gutiérrez, 2007: 26). De hecho, el fenómeno puede extenderse a lo largo de todo el Noroeste, tanto en la región leonesa, donde se documentan varias villas situadas en las tierras más fértiles de la Meseta, de las que son buenos ejemplos la Milla del Río, Quintana del Marco, Requejo, Villaquejida, Cimanés de la Vega... (Regueras Grande, 1992; Gutiérrez, 2011); como en las áreas gallegas (López Quiroga, 2004), donde destacan las villas costeras como la conocida villa de Toralla (Corujo, Vigo).

El proceso por el cual las aristocracias fueron sustituyendo al Estado en su papel rector, se intensificó aún más en el siglo V d.C. La nobleza local y entre ella los obispos, muestran en esta etapa clara capacidad de ordenar estos territorios (Gutiérrez, 2007: 27), sacudidos por las invasiones germanas (Díaz Martínez, 2015). Algunas fuentes se refieren, en concreto, a individuos destacados que concentraron un importante poder como Dídimo, Veriniano, Teodosiolo, Lagodio o Prisciliano (Oros. *Adv.* 7, 40, 4-7; Soz. *He.* 9, 11; Zos. 6, 4, 1-6; 5, 27, 1-6; 6, 2, 6) (Sanz, 1986: 235). Éstos reunieron la suficiente fuerza como para participar en las luchas políticas del

²⁰⁸ La bibliografía sobre las villas romanas bajoimperiales es inmensa. A modo de ejemplo se pueden citar las obras de Smith, 1998 y Chavarría *et al.* eds. 2006, quienes ofrecen una perspectiva de la investigación actual. Además destaca la obra editada por Fernández Ochoa *et al.* 2008, con numerosas aportaciones sobre el tema. Centrado en aspectos diversos del mundo rural, Whittaker y Garnsey, 1998; Burns y Eadie, 2001; Bowden y Lavan, 2004; Wickham, 2005.

Imperio, como fue el caso de Dídimo y Veriniano, que encabezando su propio ejército de *privati*, se enfrentaron a Constantino III a comienzos del siglo V d.C. (Escribano, 2000; Bravo-Bosch, 2016: 166).

La configuración de este nuevo sistema está muy relacionada con el auge del colonato a lo largo del Imperio (Mangas, 1971: 63; Vigil, 1973; Vigil y Barbero, 1978; García Mac Gaw, 2006). El colonato llegó incluso a sustituir al modelo esclavista, proceso que ha sido objeto de diversas interpretaciones (*e.g.* Giliberti, 1981; Mazzarino, 1989; Lo Cascio, 1991; Cicotti, 2005; García Mac Gaw, 2006 y 2008; Chic, 2009: 72-92; Harper, 2011). Algunos investigadores han hecho hincapié en su eficacia productiva, pues parece evidente que el mantenimiento del sistema esclavista suponía un enorme esfuerzo material e ideológico para garantizar la sumisión de los grupos explotados (Bradley, 1998). En este sentido, la explotación del campesinado libre (a través del colonato o de cualquier otro sistema), parecía más fácil de aceptar ideológicamente, evitando la alienación radical que suponía la esclavitud. Aparte, el campesino presentaba ciertas ventajas a la hora de producir, mantener y reproducir la fuerza de trabajo y el sistema productivo (Sastre, 1998b).

Así pues, el colonato surgió progresivamente como otra forma de explotación y sometimiento a lo largo del Imperio. En los siglos III y IV d.C. el nexo básico con el poder romano siguió siendo la fiscalidad, que gravó cada vez con mayor dureza a las poblaciones (Sanz, 2000). Para evitar la creciente presión fiscal, los campesinos establecieron nuevas relaciones de dependencia con las aristocracias locales (Bravo-Bosch, 2016: 163). Éstas se hicieron responsables de los pagos de impuestos exigidos por Roma a cambio de controlar tierras y recursos (Chastagnol, 1979: 139; Wickham, 1984). Para entender este proceso se cuenta con algunas fuentes tardías, como el *Codex Theodosianus*, en el que queda claro en varias ocasiones que los colonos dependientes de patronos estaban ligados a las explotaciones y que podían ser vendidos con sus tierras desde, al menos, principios del siglo IV d.C. En la práctica esto reducía al colono a una situación de semiesclavitud, relación que ya se había gestado con anterioridad, por ejemplo, en los grandes dominios del norte de África (Matilla, 1978).

Las disposiciones de los textos tardoantiguos recogen toda una serie de relaciones de servidumbre que reflejan, en realidad, la existencia de estas nuevas formas de dependencia cada vez más estrictas. Así, el Digesto cita a los colonos junto a los *casarii*, un tipo de esclavos utilizados en las *villae* bajoimperiales, como si fueran algo similar (*Dig.* 37, 7, 12, 3 y 4). También el *Codex Theodosianus* (9, 42, 7) los menciona

junto con otras figuras como los *tributarii*, los *adscripticii*, los *originales* o los *inquilini*. Se discute sobre el distinto grado de dependencia de estos sujetos y sus diferencias²⁰⁹, pero se sabe que estuvieron vinculados a la tierra por lazos hereditarios, por lo que permanecieron ligados de por vida a estas relaciones de dependencia (*Cod. Theod.* 5, 17, 1). Esta sujeción a la tierra ocasionó que se acabaran contando en los censos como parte de las unidades territoriales, como un elemento más. De ahí las calificaciones de *censitus*, *censibus adscriptus*, *insertus*... que aparecen en diversas leyes (e.g. *CJ.* 11, 41, 8; 11, 48, 21-22; 11, 52, 2). Su situación se fue asemejando cada vez más a la esclavitud, hasta el punto de que el Código de Justiniano, veía dificultoso distinguir entre las condiciones de *servilis et adscriptia*, preguntándose... *Quae enim differentia inter servos et adscriptitios intelligatur, quum uterque in domini sui positus est potestate, et possit, servum cum peculio manumittere, et adscriptitium cum terra dominio suo expellere?* (*CJ.* 11, 48, 21).

En este contexto las aristocracias se consolidaron como agentes fiscales y acapararon tierras y recursos (entre los que se contaban las poblaciones dependientes), lo que señala un bajo control del Estado²¹⁰. El *dominus* era el responsable fiscal y tributaba por los campesinos adscritos a su propiedad a través del sistema de *capitatio-iugatio* (Mircović, 1997: 21). Con ello, las aristocracias fueron ocupando cada vez mayores parcelas de poder²¹¹. De un sistema tributario, en el que la comunidad local en el marco de la *civitas*, había sido sujeto fiscal, se pasó a otro articulado a través del pago de rentas, donde los campesinos trabajaban para cumplir con sus obligaciones

²⁰⁹ En algunos casos, las distinciones entre los diversos términos fueron geográficas. Por ejemplo, el término *adscriptitius* no se usó en Occidente, donde se empleó *originales* u *originarii* para designar a los que por nacimiento o descendencia pertenecían a la tierra: *CJ.* 11, 48, 7: ... *Quemadmodum originarios absque terra, ita rusticos censitosque servos vendi omnifariam non licebit*; *CJ.* 11, 48, 11: *Originarios colonos nullis privilegiis nulla dignitate, nulla census auctoritate excusari praecimus*; *CJ.* 11, 48, 16: *Mulier, quae fuisse originaria docebitur, si cuiusque liberi hominis secuta consortium...*; *CJ.* 11, 8, 7, 1: *Si qua vero originaria seu colonaria possessionis alienae...*; *CJ.* 11, 68, 1: *Nullus omnino originalis colonus rei privatae nostrae ad aliquos honores...*

Para algunos autores (e.g. la clásica obra de Buckland, 1970: 18), los distintos términos serían en realidad sinónimos de *coloni*. Otros han defendido la existencia de matices entre las distintas categorías que indicarían distintos grados de libertad y dependencia (e.g. De Dominicis, 1962: 85-99; Jones, 1981: 319, quien sostiene que por ejemplo los *inquilini* pudieron ser simplemente habitantes de la propiedad o jornaleros).

²¹⁰ Algunos autores antiguos se refieren a la presión fiscal que sufrieron las poblaciones y que fue un elemento fundamental en la consolidación de las nuevas formas de dependencia. Este es el caso de Salviano de Marsella (*Gub.* 4, 4, 20; 4, 6, 30; 5, 4, 1 y ss; 5, 7, 12-37; 5, 8, 34). También Orosio habla de que era preferible ser pobre pero libre y no sufrir la preocupación del pago de los impuestos que imponía Roma (*Oros. Adv.* 7, 41, 7).

²¹¹ El caso hispano ha sido analizado por Sanz (1986 y 2000), quien ha visto estos procesos como la base para el fortalecimiento de una aristocracia cristiana y de la propia Iglesia, quien se hizo con el control territorial (controlando iglesias, monasterios, obispados...) gracias a estas relaciones de dependencia establecidas.

contraídas con el *dominus* quien, a su vez, era el que respondía ante una Roma a la que cada vez le costaba más mantener el control (Wickham, 1984). A medida que se reforzaron los vínculos entre las comunidades de dependientes y los poderes locales, se diluyeron las relaciones con la autoridad romana y las aristocracias ganaron poder e independencia.

En definitiva, la desarticulación del poder estatal fue dando paso a nuevas formas de articulación del poder y, con ellas, se fueron generando nuevas formas de control del trabajo y canalización del excedente. Como parte de estos esquemas se produjeron también cambios con relación al trabajo minero que confirman la ausencia de las *operae* fiscales con relación a las minas. Las fuentes tardoantiguas reflejan la creación de un régimen de dependencia en los *metalla* donde los mineros quedaron atados a su oficio de por vida y de forma hereditaria (*Cod. Theod.* 10, 19, 5-7 y 9) y que es más coherente con los esquemas fiscales descritos para los siglos IV-V d.C.

Ya Domergue advirtió hace años de la existencia, en el Bajo Imperio, de distintos tipos de trabajadores en las minas: hombres libres, *metallarii* (ligados a la explotación) y toda una serie de esclavos, convictos y prisioneros de guerra, comúnmente empleados en las obras públicas (Domergue, 1990: 312-313). Sobre estos trabajadores libres se pronunciaba el Código de Teodosiano al decir que todo aquel que quisiera ejercer como minero obtendría beneficio tanto para él como para el Estado (*quicumque exercitium metallorum vellet adfluere, is labore proprio et sibi et rei publicae commoda compararet, Cod. Theod.* 10, 19, 3). Sin embargo, habría que preguntarse bajo qué condiciones empezaban a ejercer como mineros y si serían libres también de abandonar este trabajo (Padilla, 1994: 602). Todo parece indicar que con el tiempo esta libertad no sería tal y que los mineros no podrían abandonar su labor ni su lugar de desempeño, tal y como reflejan varias disposiciones de los años 369, 370 y 378 d.C. (*Cod. Theod.* 10, 19, 5-6; 10, 19, 7; 10, 19, 9). Con ello el Estado se aseguraba la actividad en las minas de oro, al ligar de por vida a los mineros tanto a su lugar de trabajo como a su profesión (*Cod. Theod.* 10, 19, 15). Por su parte, el fisco obtenía su beneficio obligando a los concesionarios de las minas al pago de un impuesto anual, el canon metálico que recoge también el Código de Teodosiano (*Ob metallicum canonem, in quo propria consuetudo retinenda est, quattuordecim uncias ballucae pro singulis libris constat inferri, Cod. Theod.* 10, 19, 4). No es descartable que este canon se pagara en función del número de trabajadores empleados en la explotación, como se deduce del mismo documento, donde se indica que había que pagar al fisco (al *comes sacrum*

largitorum) 7 escrúpulos por cada buscador de oro (*aurileguli*) al año (*Per annos singulos septeni per hominem scripuli largitionibus inferantur ab aurilegulis, nom solum in Pontica diocesi, verum etiam in Asiana, Cod. Theod.* 10, 19, 12).

Además de este canon que, de acuerdo a algunos autores se correspondería con una parte del metal extraído (De Martino, 1985: 399), el Estado se aseguraría el beneficio del oro mediante ventas obligadas del mineral al fisco. Así se desprende del Código de Teodosiano, donde se especifica que los concesionarios tenían que vender el mineral al *comes sacrum largitorum*, siendo además el fisco quien fijaba el precio de venta (*quidquid autem amplius colligere potuerint, fisco potissimum distrahant, a quo competentia ex largitionibus nostris pretia suscipient, Cod. Theod.* 10, 19, 3). Este sistema aproximaría a los *metalla* a la situación de las explotaciones agropecuarias, sobre las que también existían unos gravámenes similares y donde también se vinculaba a los colonos a la tierra de por vida (Delmaire, 1989: 429; Domergue, 1990: 309-316).

Todo ello indica la existencia de profundos cambios en la concepción del trabajo, con el surgimiento de nuevas formas de dependencia y la participación, tanto en las explotaciones agropecuarias como en las minas, de toda una serie de siervos y esclavos cuyas figuras están aún mal definidas por parte de la investigación, pero que permiten dibujar unos cuadros de fiscalidad estricta y servidumbre, en los que la aristocracia sirvió de canalizadora entre los dependientes y el Estado.

La imposición de *operae* fiscales, aparece ligada a los *munera personalia* en la Antigüedad tardía para la reparación y mantenimiento de vías y otros servicios públicos, tal y como recogía el Digesto (50, 4, 1, 1-4), pero no existen menciones a que el trabajo minero pudiera incluirse dentro de las obligaciones tributarias ciudadanas. En este período, según revela la documentación, parece que los canales por los que el Estado se aseguraba el beneficio del oro eran distintos. El marco de la *civitas* estaba más difuminado y las aristocracias habían fortalecido su papel de intermediación en detrimento del control directo estatal. Roma había pasado de estar interesada en controlar la producción de metales directamente, a preferir el pago del canon, las ventas obligadas de metal y la fiscalidad basada en la captación de oro, lo que pudo ocasionar que se acabara con el sistema de gestión directa de las minas. En la Antigüedad tardía fueron otras las estrategias desarrolladas por el Estado para gestionar la explotación de sus recursos.

Sin embargo, la constatación de que existieron diferencias entre los *metalla* y los *metallarii* del Alto y Bajo Imperio no explica por qué la minería aurífera del Noroeste

se abandonó, por mucho que las formas de control y explotación de las minas fueran transformándose. Que el sistema de gestión directo de las minas estuviera asociado a ámbitos provinciales de los siglos I y II d.C. y entrara en crisis a medida que se fueron disolviendo los cuadros altoimperiales, no explica que se cerraran las explotaciones del Noroeste. Es decir, puede que en el siglo III d.C. el sistema de gestión directo entrara en crisis como consecuencia de los cambios en la concepción del trabajo minero, en el estatuto de las poblaciones y en las relaciones de poder y articulación del tributo. Pero esto no explica por qué no se adoptaron soluciones alternativas y se optó por clausurar las explotaciones. Roma contaba a inicios del siglo III d.C. con mecanismos suficientes como para adaptar la gestión de las minas hispanas a sus intereses. De hecho, a lo largo de este trabajo se ha comprobado la capacidad que demostró el Estado a la hora de adaptarse a distintos contextos y explotar los recursos con los que contaba. A medida que fue conquistando nuevos territorios y sometiendo a las poblaciones, diseñó distintas soluciones que le permitieron explotar los recursos que pasaron a su control, tanto en la etapa republicana, como en la altoimperial. Y en los siglos IV-V d.C., Roma aún mantenía la titularidad de las explotaciones y era capaz de asegurarse su beneficio, como confirma la propiedad fiscal de las minas de oro bajoimperiales, lo que obliga a cuestionar su incapacidad para explotar el oro del Noroeste en el período.

Es necesario, entonces, buscar una explicación multicausal que tenga en cuenta otros factores. Como justificaré en el siguiente apartado, el cambio del papel del oro dentro del sistema monetario pudo ser crucial para entender el cierre de las grandes minas de oro del Noroeste. La clausura de estas minas respondería, por tanto, a un cambio estratégico de Roma frente a las explotaciones, motivado tanto por la crisis del sistema de gestión directo de las minas, como por la transformación del sistema monetario.

13.2. El papel del oro a lo largo del siglo III d.C.

Como se analizó en el capítulo 5.1, desde época de Augusto el interés por el oro estuvo íntimamente ligado a la necesidad de mantenimiento del sistema monetario. Este metal tuvo, por tanto, un papel estratégico fundamental que trascendió al que pudieron tener otras materias primas. La moneda de oro fue imprescindible no sólo para articular los valores de referencia de las acuñaciones, sino también por ser un instrumento de control de los intercambios comerciales y la tributación, a lo que habría que añadir su valor simbólico.

El esquema de Augusto se mantuvo en equilibrio durante los dos primeros siglos de nuestra Era, pero empezó a quebrarse a finales del siglo II d.C., como han puesto de manifiesto los estudios sobre las acuñaciones (*e.g.* Hollard, 1995). Con frecuencia se ha buscado un vínculo entre estos cambios y las invasiones a las que se enfrentó el Imperio desde el gobierno de Marco Aurelio, con la consecuente inestabilidad política que caracterizó el siglo III d.C. Todas estas dificultades fueron de la mano de una progresiva devaluación monetaria que pretendía mantener los crecientes costes militares y, como consecuencia, en la tercera centuria se produjo una crisis en el sistema monetario que orbitó en torno a dos aspectos: por un lado el cambio de los valores de referencia de la plata y el oro; y por otro, el paso de una economía más monetizada a otra más “natural”, con el incremento de los intercambios en especie, el crecimiento del colonato y un sistema económico caracterizado por su fragmentación y su escala local que supuso una merma del comercio a distancia (Corbier, 2005: 329)²¹².

Sin embargo, algunas de las conclusiones que se han obtenido sobre estas cuestiones han derivado de la idea de que las manipulaciones y transformaciones en la moneda tuvieron efectos similares en la economía romana a los que tendrían en el sistema económico actual. Lo cierto es que la relación de causa y efecto entre cambios económicos y cambios monetarios no está aún probada y existen numerosas dificultades a la hora de aproximarse a supuestos fenómenos como la devaluación o la inflación. El análisis se vuelve aún más complicado cuando lo que se pretende es establecer una relación entre cambios monetarios, disponibilidad de metal y actividad minera. No obstante, es posible ver algunas tendencias generales y extraer algunas conclusiones.

Para empezar, es preciso recordar que la moneda romana combinó tres categorías de monedas correspondientes a tres tipos de metales: oro, plata y *aes* (cobre puro o combinado con zinc o estaño). Estas tres categorías de monedas estuvieron, a su vez, en consonancia con la escala de valores determinada por la unidad de cuenta: la libra romana (Duncan-Jones, 1994: 213).

En los dos primeros siglos del Imperio, las distintas monedas se acuñaron de acuerdo a una ratio basada en esta unidad. Así pues, existía una equivalencia entre las monedas de distintos metales (*vid.* Cap. 5.2, **Tab. 5**), siendo fundamental la establecida entre la de oro (áureo) y la de plata (denario), según la cual un áureo equivalía a 25

²¹² Existe, no obstante, cierto debate entre los investigadores de este período a cerca de la mayor o menor “naturalización” de la economía o, por el contrario, “monetización” de la misma (*e.g.* Carrié, 2003). Para el desarrollo de la discusión, Carlà, 2009: 13ss.

denarios o 100 sestercios (Corbier, 2005: 332-333). Esto supone que las monedas poseyeron un valor nominal (dado por esta equivalencia oficial) y otro que dependía del valor del metal que contenían y que podía corresponderse, o no, con el primero.

La equivalencia oficial establecida entre el numerario de plata y de oro se mantuvo estable desde época de Augusto hasta al menos el siglo III d.C., tal y como revela un pasaje de Dion Casio en el que el autor recogió la existencia de esta ratio 1/25 (1 áureo=25denarios) en el momento de redacción de su obra (Dio. Cas. 55, 12, 5). Sin embargo, frente al mantenimiento inmutable de esta equivalencia nominal, el peso, el contenido y la pureza del metal precioso de las monedas se alteró a lo largo del Alto Imperio de forma desigual (Verboven, 2006: 245ss).

De acuerdo a los cálculos de Duncan-Jones (1994: 217), mientras que en época

de Augusto la relación de la moneda de plata con la libra fue de 1:84,95 denarios, bajo el mandato de Caracalla se emitían 192 denarios por libra, más del doble que a comienzos del Principado (*vid. Tab. 18*); es decir, el contenido de plata de cada moneda descendió a la mitad desde Augusto a Caracalla. En paralelo, las emisiones de áureos fueron mucho más estables, pues la ratio sólo pasó de ser 1: 41 con Augusto a 1: 44,5 con Septimio Severo. El primer descenso significativo de oro desde época de Augusto se produjo, realmente, bajo el gobierno de Caracalla, cuando se disminuyó en un 10% aproximadamente el contenido de oro de la moneda y se redujo su peso (Wilson, 2007: 113; Corbier, 2005:

	<i>Denarii</i> por libra de plata	<i>Aurei</i> por libra de oro
Augusto	84,95	41
Tiberio	86,08	41,5
Claudio	86,08	41,5
Nerón 54-64	89,38	42
Nerón 64-68	100,7	44
Vespasiano	103,2	44
Tito	98,56	41,5
Domiciano 85-96	96,39	42,25
Nerva	97,76	42,25
Traiano 100-117	102,9	44
Adriano	104,6	44
Antonino Pío	107,0	44
Marco Aurelio	119,9	44
Cómodo 180-186	134,4	44,5
Cómodo 187-192	152,3	44,5
Septimio Severo 193-198	156,4	44,5
Septimio Severo 198-211	169,6	44,5
Caracalla	192,0	50
Heliogábalo	228,0	50,5
Severo Alejandro	226,8	50

Tabla 18.-Monedas acuñadas por libra de metal. Extraído de Duncan-Jones (1994: 217). Se observa que, desde el gobierno de Nerón hay un descenso del contenido de plata en las monedas (pues aumenta el número de piezas acuñadas por libra). El *aureus* se mantiene más estable hasta época de Caracalla.

333). A pesar de ello, la moneda de oro se mantuvo mucho más estable que la de plata (vid. **Fig. 27**).

Los expertos coinciden en que la pronunciada reducción del contenido de plata de la moneda a lo largo de los siglos I y II d.C. fue producto de las crecientes necesidades financieras, especialmente para mantenimiento del ejército (Speidel, 1973; MacMullen, 1984: 571-580; Harl, 1996: 218). Pudo ser una práctica relativamente frecuente que los emperadores recurrieran a reducir el contenido de plata de las acuñaciones, con el fin de emitir un volumen mayor de numerario con la misma cantidad de metal precioso y cubrir así los crecientes costes militares (Katsari, 2011: 78 y 84; vid. **Tab. 19**). Mientras, el contenido de oro de los áureos se mantuvo prácticamente inmutable con el objetivo de que esta moneda sirviera de garantía ante las continuas devaluaciones y así sostener el sistema monetario. La estabilidad del áureo permitió mantener la confianza en el valor de la moneda de plata, a pesar de sus pérdidas de contenido de metal, porque seguía siendo posible cambiar 25 denarios por 1 áureo.

UNIDAD	Categoría	Augusto	Domiciano	Septimio Severo	Caracalla	Maximino Tracio
Incremento del gasto		-	+33,3%	+100%	+50%	+100%
Legión						
<i>Miles legiones</i>	Base	900	1.200	2.400	3.600	7.200
	<i>Sesquiplicarius</i>	1.350	1.800	3.600	5.400	10.800
	<i>duplicarius</i>	1.800	2.400	4.800	7.200	14.400
<i>Eques legionis</i>	Base	1.050	1.400	2.800	4.200	8.400
	<i>Sesquiplicarius</i>	1.575	2.100	4.200	6.300	12.600
	<i>duplicarius</i>	2.100	2.800	5.600	8.400	16.800
<i>Centurio legionis</i>		13.500	18.000	36.000	54.000	108.000
<i>Primus ordo</i>		27.000	36.000	72.000	108.000	216.000
<i>Primuspilus</i>		54.000	72.000	144.000	216.000	432.000
Auxilia						
<i>Miles cohortis</i>	Base	750	1.000	2.000	3.000	6.000
	<i>Sesquiplicarius</i>	1.125	1.500	3.000	4.500	9.000
	<i>duplicarius</i>	1.500	2.000	4.000	6.000	12.000
<i>Eques cohortis</i>	Base	900	1.200	2.400	3.600	7.200
	<i>Sesquiplicarius</i>	1.350	1.800	3.600	5.400	10.800
	<i>duplicarius</i>	1.800	2.400	4.800	7.200	14.400
<i>Eques alae</i>		1.050	1.400	2.800	4.200	8.400
<i>Centurio cohortis</i>		3.750	5.000	10.000	15.000	30.000
<i>Decurio cohortis</i>		4.500	6.000	12.000	18.000	36.000
<i>Decurio alae</i>		5.250	7.000	14.000	21.000	42.000
Caballería						
<i>Eques singularis Aug.</i>			(2.800)	5.600	8.400	16.800
<i>Decurio eq. sing. Aug.</i>			(14.000)	28.000	42.000	84.000

Tabla 19.- Evolución del gasto militar durante los tres primeros siglos. Fuente: Speidel (2009: 380, tab.

7). La tabla muestra el pago efectuado a cada miembro de los distintos cuerpos militares anualmente.

Sin embargo, como se ha visto a lo largo de este trabajo, en Roma el dinero fue sólo moneda (Crawford, 1970; Finley, 2003[1973]: 196); esto es, no se creó un sistema de crédito en el que el Estado pudiera garantizar el valor del numerario sin un respaldo de metal (*vid.* Cap. 5.1). Esto ocasionó un desequilibrio, cada vez más acusado, entre el valor nominal de las monedas y el valor real de las mismas y la consecuencia fue la quiebra del sistema (Katsari, 2002: 1-9 y 2011).

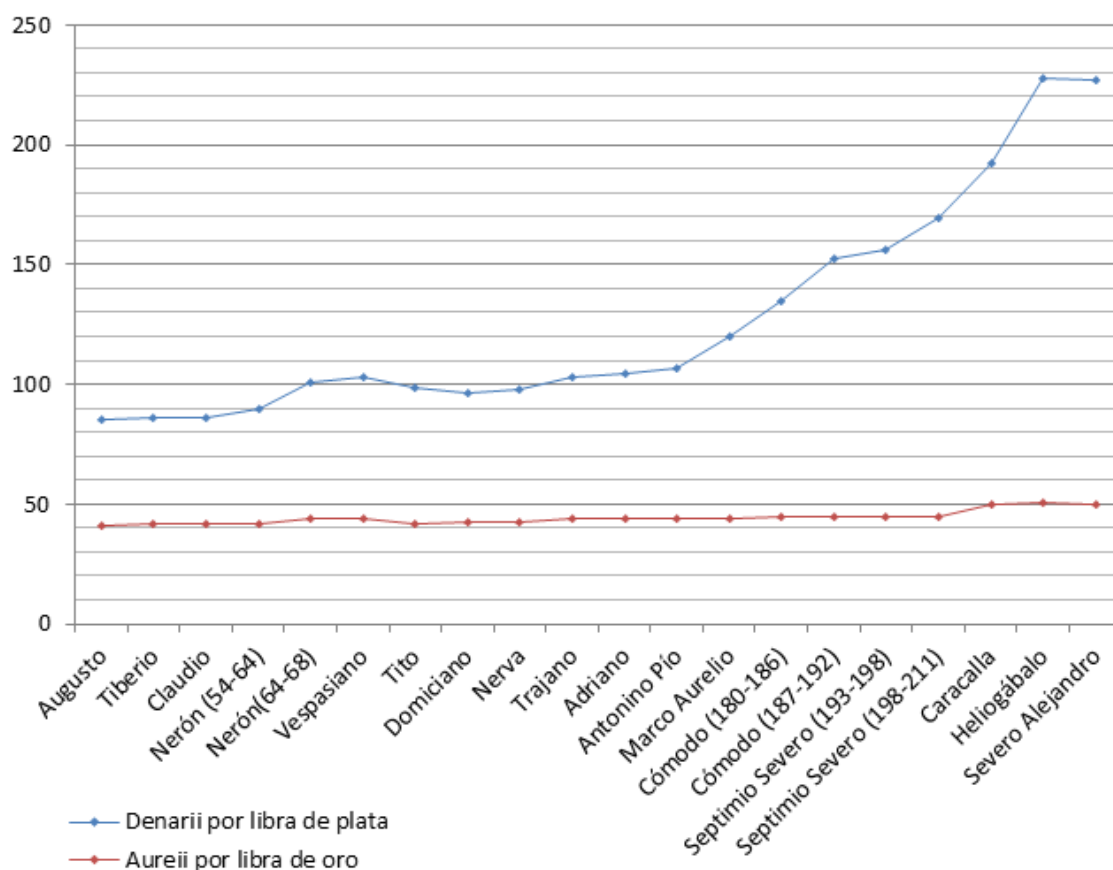


Figura 27.- Evolución de las emisiones de denarios y aureos por libra. Elaboración propia a partir de datos de Duncan-Jones, 1994: 217. Desde mediados del siglo II d.C. (aproximadamente bajo el gobierno de Antonino Pío), los valores de la plata y el oro comenzaron a separarse drásticamente, rompiendo con la equivalencia establecida con Augusto.

En concreto, el valor real de las monedas de plata disminuyó respecto al valor oficial y esto ocasionó que con las de oro ocurriera a la inversa (Katsari, 2011: 92). Es decir, se necesitó más moneda de plata para igualar un áureo a comienzos del siglo III d.C. que en el siglo I d.C. La consecuencia fue un progresivo y acentuado deterioro de la moneda de plata frente a una moneda de oro cada vez más apreciada (aunque nominalmente mantuviera su valor) y que, por tanto, no se intercambiaría como

numerario, sino que tendería a ser atesorada y retirada de la circulación por la población.

Ante esta situación de desequilibrio, los sucesivos emperadores del siglo III d.C. tomaron distintas medidas reformando el sistema implantado por Augusto²¹³ e intentando revitalizar el numerario de plata. El primero de ellos fue Caracalla, quien creó el *antonianus* de plata, una moneda con un valor nominal superior al denario, pero con un contenido de plata más bajo²¹⁴. Con ello se pretendía paliar la pérdida de valor del denario, contando con una nueva moneda de plata de mayor valor nominal. Tras la reforma, el denario se siguió emitiendo, pero poco tiempo después, bajo Gordiano III, fue reemplazado definitivamente por el *antonianus*, que se convirtió en la principal moneda de plata (Wilson, 2007: 116). En paralelo, el peso del áureo fue reducido en un 10% según Duncan-Jones (1994: 218) y se empezó a acuñar un múltiplo: el doble *aureus* o *binio*. La proporción de 1 áureo = 25 denarios aún se mantuvo (Belloni, 2002: 261).



Imagen 91.- *Antoninianus* de plata de Gordiano III, acuñado en Roma en el 238-239 d.C. RIC IV Gordianus III 1. Fuente: Online Coins of the Roman Empire (OCRE).

Sin embargo, el desequilibrio existente entre los valores reales del numerario acabó rompiendo la estabilidad del sistema monetario en un momento impreciso posterior al mandato de Caracalla. Katsari ha propuesto que esto tuvo lugar con Gordiano III (238-244 d.C.), momento en el que se frenó la emisión del denario y probablemente descendió la de oro (Katsari, 2011: 82-83). Para Bland (2013: 217), el cambio pudo ser algo anterior, con Severo Alejandro (222-235 d.C.). El caso es que en

²¹³ Con anterioridad los Severos habían llevado a cabo una reforma significativa en el 194/195 d.C., cuando redujeron a 1/3 el contenido de plata en las monedas. Sin embargo, en este momento no se alteró el sistema impuesto por Augusto creando un nuevo tipo de moneda (Corbier, 2005: 339).

²¹⁴ Se discute sobre el valor oficial que tuvo el *antoninianus*, aunque la opinión mayoritaria es considerar que un *antoninianus* equivalió a dos *denarii* (Corbier, 2005: 333).

la primera mitad del siglo III d.C., el Estado dejó de intentar mantener las equivalencias entre monedas de plata y oro. A mediados de la centuria, bajo el mandato de Decio (249-252 d.C.), se encuentran *antoniniani* sobrestampillados en viejos denarios (Carson, 1965: 230), que revelan la ruptura de la relación 1 áureo= 25 denarios. De hecho, el antoniniano de mediados del siglo III d.C. tuvo el mismo valor nominal que un denario antiguo, lo que implicaba que en ese momento un áureo equivalía a 50 denarios de época de Decio o a 25 antoninianos. La relación nominal establecida por Augusto se quebró definitivamente y el sistema monetario de los siglos I y II d.C. se descompuso.

En las décadas siguientes, el contenido de plata en las monedas continuó descendiendo (Hopkins, 1980: 101-125; Wilson, 2007; Corbier, 2005: 339), hasta el punto de que la acuñación de moneda de plata dejó de interesar al Estado por su bajo valor y las emisiones en este metal se hicieron discontinuas a partir del 260 d.C. (Bland, 1996: 63). Este proceso afectó al valor real de la moneda de oro que, a pesar de las reducciones iniciadas por Caracalla, experimentó cambios menos agudos y mantuvo mayores proporciones de metal precioso en comparación con la gran pérdida de plata²¹⁵.

El desequilibrio entre las depreciaciones de la moneda de plata y la de oro explica, a su vez, ciertos fenómenos que se documentan en el siglo III d.C. y que llevaron a un cambio importante en los patrones de circulación del áureo. De acuerdo a la ley de Greshman (Verboven, 2006: 251), en un sistema monetario bimetalico las monedas con un valor real inferior que el nominal tienden a ser usadas como dinero, mientras que las monedas con un valor real superior al nominal, tienden a convertirse en mercancía y a consecuencia se retiran de la circulación como numerario (De Martino, 1979b: 369-370). En el Imperio del siglo III d.C., este último caso pudo ser el de la moneda de oro. ¿Existió una tendencia a retirarla de la circulación?

Como se verá a continuación, los hallazgos de áureos descienden notablemente en esta centuria. La explicación para este descenso en el volumen de moneda de oro puede deberse a dos motivos: o se acuñó menos moneda de oro, fenómeno que se ha

²¹⁵ Aunque no sea mi objetivo valorar estas cuestiones, creo que merece la pena mencionar que, como consecuencia de este desequilibrio, pudo ser necesario aumentar el número de piezas acuñadas en plata. Este fenómeno ha sido interpretado por algunos investigadores como la causa del desarrollo de un período de profunda inflación (Crawford, 1975: 590-591).

Sin embargo, trabajos más recientes han puesto en evidencia que el impacto de la devaluación monetaria sobre los procesos económicos no fue tan directo ni automático como podría llegar a pensarse en un primer momento. Así por ejemplo, Corbier considera que la inflación fue insignificante hasta al menos el siglo IV d.C. (Corbier, 1985). En esta misma línea, Lo Cascio ha argumentado que si los tipos de cambio se mantuvieron estables más allá de Caracalla, los precios no tuvieron por qué verse modificados (Lo Cascio, 1997).

relacionado en ocasiones con un descenso en la disponibilidad de metal a causa del abandono de las minas, en especial las del Noroeste de *Hispania*; o salió más moneda de oro del sistema de circulación monetaria que en épocas anteriores, lo que podría explicarse por la tendencia a retirarla de circulación.

Resulta difícil entender qué ocurrió realmente, puesto que metodológicamente es muy complicado estimar el volumen real de emisiones. Los numismáticos tienen tres métodos para aproximarse a estos datos: analizar el número de cecas y *officinae* relacionadas con las acuñaciones, contabilizar el número de cuños o troqueles (aunque el número de piezas acuñadas en cada troquel es bastante impreciso) y valorar el número de hallazgos monetales conservados. Aunque las tres formas presentan dificultades y sus resultados no revelan más que estimaciones, se pueden observar algunas tendencias generales:

- En primer lugar, hubo un incremento de cecas a lo largo del siglo III d.C. Primero Septimio Severo abrió varias cecas dependientes de la ceca de Roma en el Este del Imperio para acuñar denarios, fenómeno que ha sido bien estudiado por Gitler y Ponting (2003 y 2007). Posteriormente, con el fin de costear su campaña contra los partos, Caracalla emuló esta política (Callu, 1969: 171-174). En el año 238 d.C., la moneda imperial se empezó a emitir en una ceca de Antioquía independiente de la de Roma. Estas dos cecas principales eran complementadas por nueve *officinae* que también se encargaban de realizar acuñaciones. Al principio del mandato de Aureliano (en el 270 d.C.), 7 cecas con 33 *officinae* estaban operativas (Corbier, 2005: 344-345). El problema reside en determinar si este crecimiento de cecas supuso un incremento en el volumen de acuñaciones, o si sólo se trató de una descentralización que acabó con el monopolio de Roma. Es necesario entonces completar esta información con los otros indicadores.
- Frente a esta multiplicación de cecas, el número de monedas conservadas del siglo III d.C. es más escaso que en los siglos anteriores. Estos datos se conocen a través del análisis de los hallazgos de moneda aislada y de tesorillos a lo largo del período de estudio (Callu y Lorient, 1990; Bland y Lorient, 2010). Evidentemente las variaciones en el volumen de monedas perdidas o atesoradas que ha llegado no indica el volumen de circulación monetaria ni la fecha concreta en la que se produjo el abandono de esas piezas, por lo que nuevamente no es posible hacer más que estimaciones.

Bland, ha analizado en detalle los hallazgos monetales en el Occidente del Imperio, generando un gráfico en el que se pueden ver algunas tendencias. Así, en la **Figura 28**, se comprueba que tras un pico máximo entre Nerón y Vespasiano, se produjo un descenso acusado de los hallazgos en la segunda mitad del siglo II d.C. El nivel permaneció bajo en el siglo III d.C., aunque subió lentamente después de mediados de la centuria. Durante el siglo IV d.C. las pérdidas se incrementaron de nuevo, con un pico entre el año 364 y el 425 d.C., aunque no se llegó a niveles anteriores.

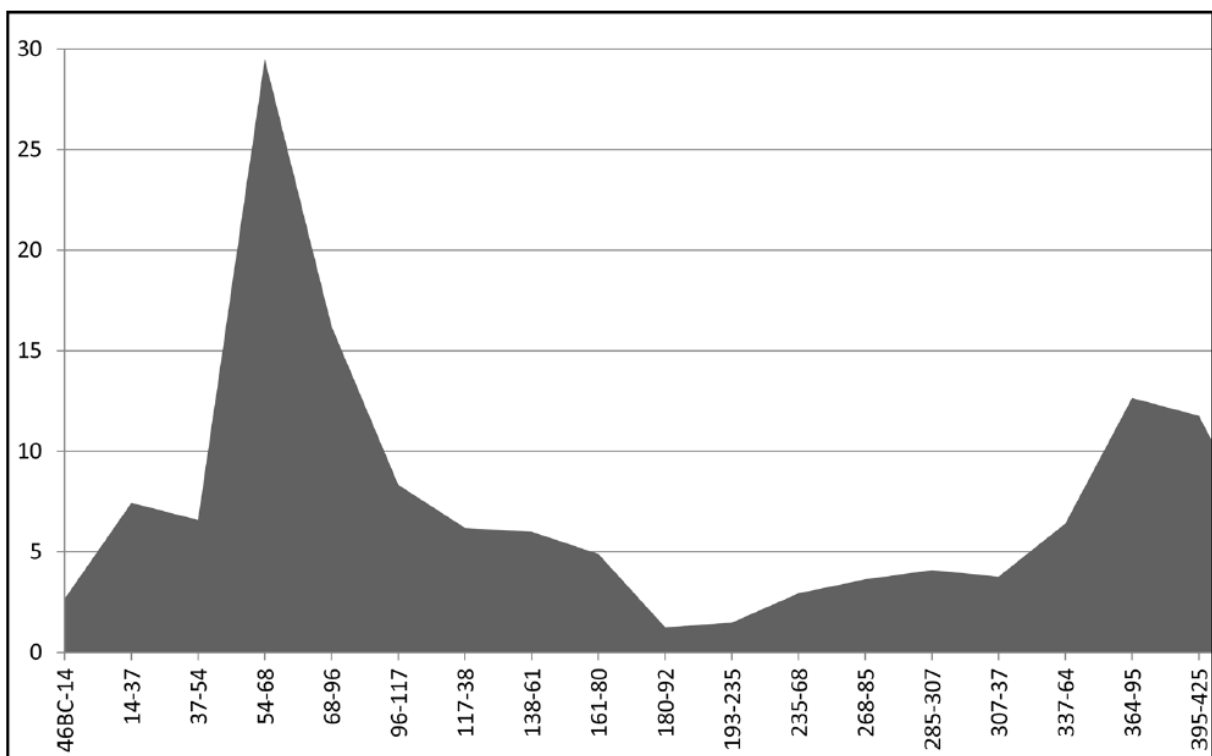


Figura 28.- Hallazgos aislados de moneda de oro por año en el Occidente del Imperio. Fuente: Bland y Lorient, 2010: 107; Bland, 2013: 264.

En paralelo, los hallazgos de tesorillos de monedas de oro también son muy raros en el siglo III d.C. (Huvelin y Lorient, 1992; King, 1993a) y cuando aparecen áureos en algún depósito, es frecuente que lo hagan convertidos en joyas, como parte de pulseras, anillos y otras piezas ornamentales (Callu, 1969: 428; Hiernard, 1976).

La ausencia de hallazgos de tesorillos con áureos es especialmente acusada entre los años 220 y 275 d.C. aproximadamente, aumentando posteriormente. En el siglo IV d.C. los hallazgos son relativamente comunes (Hobbs, 1997: 117,

tabla 33; Bland, 2013). El período de escasez de tesorillos coincide también con bajos niveles de hallazgos de áureos aislados. Este aspecto podría señalar la baja producción de esta moneda.

- Algunos autores sostienen, en cambio, que estos datos no demuestran un descenso en las acuñaciones del siglo III d.C., manteniendo que las monedas de oro se siguieron emitiendo en volumen similar a la producción de los dos siglos anteriores y que el descenso en el número de hallazgos se justifica porque en esta época se produjo una mayor salida de numerario del sistema (Bland, 2013). Estas aproximaciones, basadas en análisis de los cuños o troqueles que se han encontrado a lo largo de la historia de Imperio, han sido criticadas por otros investigadores, pues desde hace ya años, han venido advirtiendo sobre el abuso de estudios estadísticos en numismática (*e.g.* Buttrey, 1993; Callataÿ, 1995).

Sin embargo, creo que hay que valorar ciertas aportaciones que han realizado estos estudios al apuntar la posibilidad de que en el siglo III d.C. pudiera existir una serie de factores que provocaran una salida de numerario de oro del sistema (y no tanto un simple descenso del número de acuñaciones). Estos factores pudieron ser desde pagos a comunidades situadas más allá de las fronteras (como por ejemplo ocurrió con los mercenarios germánicos), a actividades comerciales extrafronterizas (Turner, 1989), fenómenos que ya se habían producido a lo largo de los siglos I y II d.C., pero que se intensificaron a lo largo del siglo III d.C. Así, por ejemplo, en fecha reciente algunos estudios han apuntado un incremento de hallazgos de áureos en algunas partes del *Barbaricum* en esta centuria (Bland, 2012 y 2013: 273).

Por otra parte, se pudo retirar numerario a través de una reutilización de las piezas de oro con otra función no monetar. A pesar del descenso en los hallazgos de tesorillos, en los que se han conservado está documentado el incremento de monedas de oro reutilizadas como piezas de joyería a lo largo del período (Bland, 1997: 34-35; Bland y Lorient, 2010: 96ss; **Tab. 20**). Este hecho revela la posible pérdida de la función monetaria del *aureus* y la tendencia a la salida de estas piezas de la circulación ya desde inicios del siglo II d.C. como consecuencia de su desmonetización, por ser consideradas un bien de prestigio.

	Cantidad	Por año
31 a.C.-98 d.C.	2	0.02
98-192	32	0.34
193-235	36	0.86
235-274	25	0.64
268-455	44	0.24

Tabla 20.- Monedas de oro reutilizadas como piezas de joyería. Elaboración propia a partir de datos extraídos de Bland (2013) y Brenot y Metzger, (1992) y su análisis de 139 ejemplos de monedas de oro reutilizadas como joyería. Destaca que el período de más hallazgos por año sea el que se corresponde con los últimos años del siglo II d.C. y comienzos del siglo III d.C., aunque en realidad, el cambio más significativo sea entre los años 31-98 y 98-192, cuando se pasa de 0,02 hallazgos por año a 0,34. Esto implicaría que la moneda de oro estaba funcionando como un bien de prestigio ya antes de inicios del siglo III d.C.

Existen algunos textos antiguos que pueden ayudar a entender y reforzar la idea de la pérdida del papel del oro como numerario. Así, por ejemplo, un pasaje del Digesto, de Pomponio recogía que era posible legar el usufructo de monedas antiguas de oro y de plata, las cuales solían usarse en lugar de piedras preciosas, como joyas (*Dig. 7, 1, 28*). En estos casos, la moneda dejaba de actuar como numerario y se convertían en una mercancía que podía venderse, comprarse o atesorarse.

Dig. 7, 1, 28

Numismatum aurerom vel argenteorum veterum, quibus pro gemmis uti solent, ususfructus legari potest

1



Moneda de Severo Alejandro (222 d.C.) montada sobre anillo de oro . *RIC 150*. Fuente. Bland y Lorient, 2010, nº 511.

2



Quinario de Severo Alejandro (223 d.C.) *RIC IV Severus Alexander 22*. Fuente. Online Coins of the Roman Empire (OCRE).

3



Áureo de Caracalla (207 d.C.) *RIC IV Caracalla 99*. Fuente. Online Coins of the Roman Empire (OCRE).

4



Áureo de Decio Trajano (249-251 d.C.). *RIC IV Trajan Decius 59A*. Fuente. Online Coins of the Roman Empire (OCRE).

Imagen 92.- Ejemplos de monedas de oro reutilizadas como piezas de joyería.

Los romanos identificaron claramente este concepto de mercancía (Lo Cascio, 1996: 271-287), como revelan, tanto el *Codex Theodosianus* (9, 23, 1) al hacer la diferencia entre *merx* (mercancía) y *pretium* en época de Constancio II (337-361 d.C.), como el Digesto (19, 4, 1) al establecer las obligaciones del vendedor.

Cod. Theod. 9, 23, 1

Pecunias vero nulli emere omnino fas erit nec vetitas contrectare, quia in usu publico constitutas pretium oportet esse, non mercem

Dig. 19, 4, 1

Sicut aliud est vendere aliud emere, alius emptor alius venditor, ita pretium aliud aliud merx

La moneda, por tanto, podía tener un valor como numerario y otro aportado por su valor intrínseco, como *merx*. Así lo exponía también Boecio al recoger la distinción entre el bronce como metal y como moneda.

Boec. In Lib. de Int. PL 64, 408 C

Sicut nummus quoque non solum aes impressum quadam figura est, ut nummus vocetur, sed etiam ut alterius sit rei pretium... quemadmodum nummus non aes, sed proprio nomine nummus, quo ab alio aere discrepet, nuncupatur.

Esta distinción fue la que permitió que la moneda tuviera un valor nominal conferido por la autoridad emisora, que aunque estuvo en relación con el metal que contenía, se distinguió claramente del valor del metal sin acuñar. Sin embargo, los cambios que llevaron a la debilidad de la moneda de plata y al aumento del valor del oro, ocasionaron que a lo largo del siglo II d.C. el numerario de este último metal se fuera definiendo exclusivamente como mercancía, no como moneda en sentido propio. Por este motivo los ejemplos de áureos reutilizados como piezas de joyería se multiplicaron en esta centuria. Este proceso ocasionó una distorsión del papel que el áureo había desempeñado a inicios del Principado, cuando Augusto organizó el sistema monetario.

En el siglo III d.C., el Estado comenzó a reducir el contenido de oro de las monedas, probablemente como consecuencia de esta elevada estimación del oro (que superaría a su valor nominal). Es de suponer que nadie querría cambiar áureos, con un contenido alto de metal precioso, por monedas en las que el contenido de plata era cada

vez menor. Con ello se produjo la culminación de un proceso que se había ido gestando a lo largo de la centuria precedente, y en el que la plata y el oro se habían ido separando cada vez de forma más acusada, hasta el punto de que la moneda de oro perdió su carácter monetar. Ante esta situación, el gobierno de Caracalla representa un momento de cambio de tendencia, pues fue el primer emperador en realizar una reducción significativa del áureo, el cual se había mantenido estable desde el año 64. Las monedas de oro, ahora más ligeras, iniciaron un proceso de reducción aunque, si bien el áureo alcanzó mínimos durante la crisis de Galieno²¹⁶, mantuvo su peso más estable que la plata. Sin embargo, la desmonetización progresiva de la moneda de oro y su cada vez más evidente identificación como mercancía, ocasionaron que el áureo no recuperara su función como numerario.

En este contexto, no es de extrañar que interesara reducir las monedas de oro. El Estado se enfrentaba a un escenario con una moneda de plata muy deteriorada, lo que dificultaba su uso en transacciones cotidianas, y una moneda de oro de mucho valor intrínseco, pero que apenas circulaba como numerario. La solución, en un primer momento, pudo ser la de frenar la entrada de oro en el sistema, debilitando estas acuñaciones para intentar paliar el descenso del valor de la moneda de plata. Al reducir la entrada de oro en el sistema monetario, el Estado acortaba la brecha que separaba el valor real de las monedas de ambos metales y, en consecuencia, fortalecía las acuñaciones argentíferas. Algunos autores (*e.g.* García Vargas, 2007: 190) han considerado que con esta medida también se intentaba incentivar la circulación del oro, pues al disminuir algo su valor intrínseco podría ser más fácilmente usado en intercambios comerciales. Sin embargo, veo más probable que el Estado no se centrara en la circulación del áureo, que a estas alturas ya era más una



Imagen 93.- Áureo de Galieno acuñado entre el año 260 y el 268 d.C. Peso: 0.92g. *RIC V Gallienus 22*. Fuente. Online Coins of the Roman Empire (OCRE)

²¹⁶ En este período de mitad del siglo III d.C., se han localizado áureos que apenas pesaron 1 g (Wilson, 2007: 113).

mercancía que una moneda en sentido propio, sino que con estas medidas intentase una recuperación de la plata, perjudicada por el desacople de su relación con el oro y su irrefrenable pérdida de valor²¹⁷.

Es posible que a comienzos del siglo III d.C. Roma diera por perdida, en parte, la función del oro como numerario en circulación, lo que sin duda debió de suponer un cambio esencial en el papel estratégico que este metal había desempeñado a inicios del Imperio. En este punto se pueden conectar estos cambios con el cierre de las minas pues, si la necesidad de acuñar moneda con Augusto había justificado la enorme labor de extracción minera que se desarrolló en el Noroeste, una pérdida de esta función monetaria pudo hacer que cambiase el interés estratégico sobre las minas de oro. El Estado pudo tomar la decisión de cerrar algunos *metalla* ante el cambio de situación. Otros factores, como las dificultades a la hora de articular el trabajo tributario que se vieron líneas más arriba, hicieron de las grandes explotaciones del Noroeste unas buenas candidatas para el cierre. Pero en la base de la decisión, lo que realmente se encontraba era el desacople entre el numerario de plata y el de oro, con la consecuente salida del áureo del sistema monetario al convertirse en mercancía, lo que llevaría a la definición de una nueva hoja de ruta en la estrategia estatal.

13.2.1. La nueva función de la moneda de oro tras el fin de los *metalla publica* del Noroeste

En la segunda mitad del siglo III d.C., la política imperial fue en la misma dirección y la moneda de oro también descendió su peso, mientras la moneda de plata siguió con su devaluación. Se ha considerado el gobierno de Galieno (253-268 d.C.) un momento de extrema dispersión del peso del áureo (Bolin, 1958: 287), pues debido a los sucesivos cambios en el peso de la moneda de oro que se produjeron a lo largo de la centuria, coexistían muchas variantes. Galieno hizo un esfuerzo por garantizar piezas dobles (binios) y cuádruples (quaternios), pero la diversidad de piezas era tan grande y los pesos tan irregulares, que la política monetaria fue caótica.

El problema era la insalvable debilidad de la moneda de plata, con un oro considerado mercancía y, en consecuencia, incapaz de circular y ocupar el papel que había desempeñado antes la plata en el sistema monetario. En este período, y ante la

²¹⁷ A pesar de ello es muy probable que la medida fracasase, pues la moneda de plata nunca volvió a recuperarse y desde mediados de la centuria sus emisiones fueron discontinuas. Esta cuestión deberá ser valorada en un futuro con relación a la crisis de la minería del sur hispano.

enorme variabilidad de los pesos de las monedas de oro existentes, los áureos eran valorados en función de su valor intrínseco. Éste se calculaba pesando el numerario (García Vargas, 2007; Carlà, 2009: 33), obviando su valor nominal, lo que sin duda



Imagen 94.- Medallón de oro de Heliogábalo, acuñado en Roma en el 218-222 d.C. Peso 12,76g. *RIC IV, Elagabalus 65*. Fuente. Online Coins of the Roman Empire (OCRE)

reforzaba el concepto del oro como *merx* más que como moneda y no ayudaba a solucionar la situación. El propio Estado contribuyó a que tuviera esta consideración, al emitir múltiplos y medallones conmemorativos en oro (*vid. Img. 94*) que eran repartidos como recompensas a los leales al poder imperial, y al ejército (Depeyrot, 1996b; Callu, 2003: 206)²¹⁸.

El punto álgido de este proceso se alcanzó bajo el gobierno de Diocleciano (284-305 d.C.), cuando se adoptaron ciertas medidas que iban a intentar fortalecer nuevamente el numerario de plata (Depeyrot, 1992: 33-106; King, 1993b: 1-87; Lo Cascio, 1995: 481-502). Con ello, se introdujeron varios nominales de este metal (incluyendo algunos de vellón, pues su contenido en plata era muy bajo), para cubrir todas las operaciones de cambio posibles, siendo el *argenteus* (acuñado a 1/96 de libra y con un 96-97% de plata pura) y el *nummus* (1/32 de libra y un 4% de plata) las

dos más importantes (Bagnall, 1985: 9-18; Reynolds, 1989: 254-265).

	Equivalencias en libras	Peso	Porcentaje de metal
Sólido	1/60	5,3g	99% de oro
Argénteo	1/96	3,3g	96-97% de plata
Nummus	1/32	10,15g	4% de plata
Radiado o neoantoniniano	1/110	3g	0,1% de plata
Laureado o denario común	1/220	1,5g	0,05% de plata

Tabla 21.- Sistema monetario de Diocleciano. Elaboración propia a partir de González García, 2011:

130-131.

²¹⁸ Existieron donativos regulares y otros puntuales relacionados con desórdenes o lucha religiosas (Depeyrot, 1996a: 81). Así, por ejemplo, se conocen 25 repartos imperiales efectuados sólo durante el gobierno de Diocleciano, conocidos por diversas fuentes, principalmente papirológicas (P. Oxy. 31, 2561; Skeat, P. Panop. 2).

La novedad de la reforma radicaba en la creación de una moneda de plata (el argénteo) muy buena. Sin embargo, el nuevo sistema estuvo condenado al fracaso pues, a excepción de estas piezas y de las de oro, el resto de numerario tenía un valor intrínseco muy bajo para su alto valor nominal. Es lógico suponer que no se intercambiarían monedas con altos contenidos de metal puro (ya fueran de plata u oro), por otras sobrevaloradas, cuyo contenido en metal precioso no superaba el 4% en el mejor de los casos. La consecuencia sería una salida de la circulación del argénteo (Callu, 1969: 393-394; Depeyrot, 1996a: 211) y una afluencia de la moneda de vellón en los intercambios comerciales (González García, 2011: 131-132). Esta moneda mala estaba además condenada a devaluarse frente a las monedas buenas, lo que ocasionó que cada vez se necesitara más numerario para las operaciones cotidianas, demanda que el Estado no podía satisfacer sin dificultad. Esta situación tampoco contribuyó a evitar una escalada en la subida de los precios a consecuencia de la devaluación monetaria.

En el 301, Diocleciano intentó acabar con esta situación en su Edicto de Precios Máximos, que establecía un precio y un salario máximo para todos los productos y ocupaciones. También se fijó un precio máximo para la moneda de oro igual al del oro no amonedado (Ed. Pret. 28 1ª). En este contexto hay que incluir las *coemptio auri argentique* o ventas forzosas de plata y oro al fisco que han recogido los papiros egipcios. El Estado obligó a las poblaciones a venderle monedas de estos metales a cambio de moneda de vellón (García Vargas, 2007: 190), recuperando así piezas de alto valor intrínseco que, de otra forma, eran atesoradas. Estas operaciones, a la larga, llevaron a generalizar una fiscalidad basada en la captación de moneda de oro por parte del Estado, que será muy significativa en los siglos siguientes.

A finales del siglo III d.C., estos procesos ya habían arrasado completamente con el sistema monetario augusteo. Ni los valores nominales, ni el peso de las monedas, ni los metales y aleaciones contenidas, tenían algo que ver con el esquema de inicios del Principado. Tampoco la función de la moneda de oro iba a ser la misma. Su nuevo papel quedó definitivamente fijado en la política de Constantino, momento en el que se inauguró un nuevo sistema monetario (Depeyrot, 1983: 81). Este emperador introdujo una acuñación de oro muy fuerte, el sólido, que equivalía a 1/72 libras (4,52g) y que tenía una pureza de 99,7% (Belloni, 2002: 267). Esta moneda se convirtió en una pieza de referencia de gran prestigio para el Imperio, cuya falsificación se pagaba con la muerte (*Cod. Theod.* 9, 22, 1). El sólido contaba con una serie de múltiplos, llamados medallones, destinados a regalos y donaciones.

A lo largo del siglo IV d.C., el sólido de Constantino iba a desempeñar un papel fundamental al ser una moneda de referencia a la hora de establecer las escalas de valores o de fijar precios. También se iba a consolidar como reserva de valor, al ser una moneda estable que no iba a experimentar casi variaciones en su contenido de oro. Por último, iba a jugar un papel propagandístico destacado, como imagen de un Imperio rico y próspero. Sin embargo, que acabara circulando de forma habitual y recuperara su función como medio de intercambio, no está tan claro.

Según el autor de *De rebus bellicis*, Constantino asignó al oro un lugar destacado en las transacciones económicas, llegando a sustituir al bronce incluso en los intercambios cotidianos (*aurum pro aere... vilibus commerciis adsignavit*). Siempre siguiendo esta misma obra, esto fue posible gracias a la puesta en circulación del oro acumulado en los templos paganos (*aurum argentumque et lapidum pretiosorum magna vis in templis reposita*). La consecuencia fue el derrumbe del valor del bronce (*quod antea magni pretii habebatur*) a favor del oro (DRB, 2, 1).

Algunos autores (Mazzarino, 1951: 110ss), tomaron este relato como una buena descripción de la situación de la época. De hecho, investigadores como Callu (1969: 428) o Depeyrot (1983: 89), seguidos luego por Banaji (2004: 49-50), estimaron que con Constantino la circulación del oro fue densa, estable y bien organizada, lo que ha señalado a este emperador como el causante de una recuperación de la moneda de oro como numerario circulante y no exclusivamente como mercancía (García Vargas, 2007: 92). Estos autores recurren a la existencia de considerables tesoros de oro en el período para explicar una gran afluencia de metal que permitiría la recuperación. También han mencionado (e.g. Depeyrot, 1983: 91-92) el interés que muestra el Estado en la legislación tardoimperial sobre esta moneda (frente a la casi ausencia de referencias al numerario de plata y cobre), lo que podría revelar el incremento de la circulación de este numerario y su prestigio.



Imagen 95.- AE3 del tipo *Gloria Exercitus* acuñada en *Treveri* entre 337 y 340 d.C. *RIC VIII Treveri* 50. Fuente: Online Coins of the Roman Empire (OCRE)

Frente a estas interpretaciones, otros investigadores han indicado las connotaciones anticonstantinianas de la obra *De rebus bellicis*, por lo que las informaciones habría que tomarlas con cautela. En este sentido, González García ha señalado la posibilidad de que se siguiera pagando en moneda mala, aunque el valor de los precios se expresase en oro (González García, 2011: 136, n. 76). Esta propuesta parece acertada, al menos a juzgar por las cantidades de monedas de vellón y cobre que han sido recuperadas y que indican que en el siglo IV d.C. este tipo de piezas fueron emitidas en cantidades gigantescas, siendo el numerario dominante en los intercambios²¹⁹. Estas piezas, por lo general poco estudiadas²²⁰, fueron sometidas a constates ajustes y variaciones en su peso, ley y probablemente valor nominal²²¹, lo que contribuyó a generar una situación de inseguridad, que convirtió al oro en un valor refugio y un elemento de referencia a la hora de hablar de precios o salarios (Frezouls, 1966: 377-396; De Martino, 1979b: 454-455).

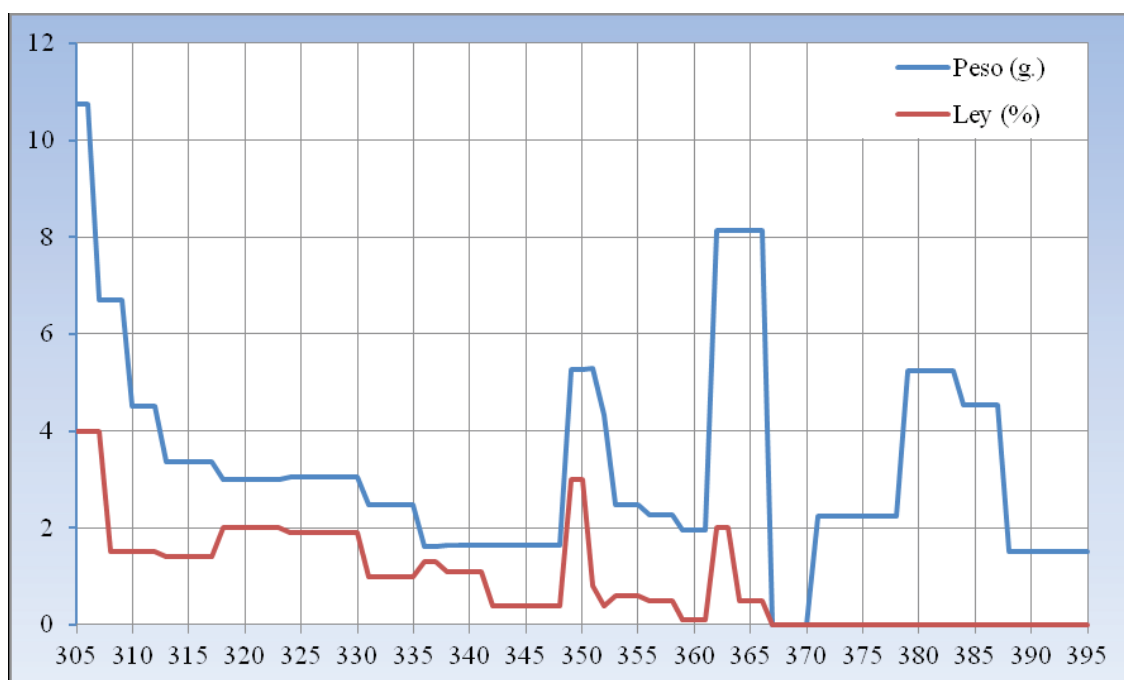


Figura 29.- Variación del peso y la ley del *nummus* a lo largo del siglo IV d.C. Fuente: González García, 2011: 136.

²¹⁹ Se conocen algunos tesoros británicos que pueden ilustrar el volumen de producción de esta moneda: el de Thornbury, que consta de 11 radiados y 11.449 *nummi*; el de Bishop's Wood, con 17.548 piezas y el de Nether Compton, con 22.670. La mayoría de las monedas se corresponden además a un tipo concreto: *Gloria Exercitus* que fue acuñado probablemente de forma masiva (Bagnall-Oakeley, 1896: 209-237; Hitchcock, 2005: 1812; Lo Cascio, 1995: 496-498).

²²⁰ Un estudio reciente se puede encontrar, no obstante, en Royo Martínez y Moreno y Casanova, 2008.

²²¹ Al menos conocemos los cambios nominales de esta moneda con Diocleciano, al que se pueden sumar la revaloración del *nummus* con Licinio (Harl, 1996: 165).

En el gráfico (**Fig. 29**) se observa cómo bajo Constantino (307-337 d.C.) la devaluación del *nummus* fue casi constante, algo que sin duda generaba poca confianza en una moneda que perdía valor progresivamente²²². En paralelo, la moneda de plata no circuló mucho durante la primera mitad del siglo IV d.C. (González García, 2011: 144), a consecuencia de su elevado valor, que hacía que fuera atesorada. Constantino acuñó argenteos desde el año 320, además de *miliarenses* (de 1/72 y 4,54g) y una serie de múltiplos. Estos tipos carecieron de uniformidad y se acuñaron principalmente para ser distribuidos como regalos o donativos (Belloni, 2002: 267). El oro, estable, fue entonces la única moneda de referencia, a partir de la cual fijar los precios, aunque luego estos se pagasen con moneda de cobre o vellón. Con esta idea se explicaría la importancia que las fuentes le otorgan al numerario de oro y la elevada cantidad de moneda mala que se ha localizado en este período.

Probablemente por su estabilidad, el *solidi* se configuró también como una moneda de referencia en el pago de impuestos²²³. Se conocen varias tasas que fueron pagadas en oro, como el oro coronario²²⁴, el *follis*²²⁵ o el *chrysargyron*²²⁶, éstas últimas de creación en época de Constantino (Delmaire, 1989: 350-409; Carrié, 1993b: 126-130; Depeyrot, 1996a: 18ss). A través de estos gravámenes el Estado se aseguraba la afluencia del metal precioso, que también obtenía mediante otros mecanismos, como las confiscaciones y la minería. En este sentido es destacable que, en vez de preferir la gestión directa de la producción minera, como había ocurrido en las minas del Noroeste altoimperial, en este período se optara por cobrar tasas derivadas de esta actividad. En definitiva, todo parece indicar que el oro en época de Constantino iba a desempeñar un papel fundamental en la articulación de los tributos, pero no tanto en las transacciones comerciales.

²²² Debido a su escaso valor, se requerían grandes cantidades de moneda para las transacciones económicas, por ello se empezaron a usar unas sacas en las que se introducían determinadas cantidades que eran selladas y garantizadas por el Estado con el fin de no tener que pesarlas y contarlas (González García, 2011: 139). También las transferencias mediante mandatos o billetes convertibles en moneda responden a los problemas que ocasionaba el tener que trasladar grandes cantidades de moneda (Depeyrot, 1996a: 157-158).

²²³ Algunos investigadores han relacionado esta tributación en moneda con el empobrecimiento de parte de la población, que tuvo que recurrir a terceros para obtener metal, contrayendo, a consecuencia, deudas e incentivando su caída como dependientes (Depeyrot, 1996a: 117-118 y 181-182; González García, 2011: 137-138).

²²⁴ Esta tasa la pagarían los decuriones de las ciudades. Las donaciones hechas a los ejércitos procederían del oro coronario.

²²⁵ De acuerdo a Zósimo (2, 38, 2-4) fue creado por Constantino. Se trataba de un impuesto censitario que gravaba la tierra de los senadores (*Cod. Theod.* 6, 2, 21).

²²⁶ Esta tasa gravaba a los comerciantes, quienes debían de satisfacer este impuesto cada cinco años. También según Zósimo (2, 38, 2-4) fue introducido por Constantino.

Todo ello dibuja un panorama distinto, donde el Estado estuvo interesado por el oro, pero como parte de un contexto nuevo. La moneda no volvería a desempeñar el mismo papel que tuvo bajo gobierno de Augusto, 300 años antes, puesto que en el sistema monetario que emergió en el siglo IV, la relación del oro con la plata y el bronce había cambiado y en el nuevo contexto, el Estado estuvo más interesado en el cobro de tasas que en la explotación directa del metal.

Más allá de estas pinceladas, aún es preciso evaluar el peso que el sólido de Constantino tuvo en ciertas operaciones económicas, como el comercio extrafronterizo. También hay que precisar cómo evolucionó esta moneda a lo largo de los siglos IV-V d.C., teniendo en cuenta, además, la división entre Oriente y Occidente, que pudo marcar diferentes procesos. De hecho, todo parece indicar que en la recuperación de la moneda de oro constantiniana, tuvo mayor protagonismo la mitad oriental. En el año 326 d.C., el emperador abrió la ceca de Constantinopla, haciendo que el centro de gravedad de la producción de moneda basculara hacia Oriente (Corbier, 2005: 349). Las cecas de Cartago, Londres y Pavía (*Ticinum*) se cerraron, la ceca de Ostia, se movió a Arlés y se abrió nueva ceca en el Danubio, en *Sirmium*, actual Serbia. También las referencias a los mineros que se conservan en los textos tardoantiguos remiten a contextos orientales como el caso de los *aurileguli* tracios (*Cod. Theod.* 10, 19, 7) o

del *comes metallorum per Illyricum* (*Not. Dig.* 13, 15). Las tasas del canon que debían pagar al fisco se refieren a las diócesis del Ponto y Asia (*Cod. Theod.* 10, 19, 12). Las principales minas activas en el siglo IV d.C. que aportaban metal fresco, parece que se concentraron en la mitad oriental del Imperio: en Macedonia, Iliria, Asia y el Ponto, sin olvidar quizá algunas explotaciones egipcias (*vid.* Cap. 12.2). Mientras, las pistas de explotación de oro en las minas occidentales son escasas, pero todo parece apuntar a que en el siglo IV d.C. las labores, de permanecer activas, tendrían una escasa envergadura. Parece, por tanto, que Occidente había perdido peso y las políticas de



Imagen 96.- Sólido de Constantino acuñado en la ceca de Constantinopla en 330 d.C. *RIC VII Constantinople 46*. Fuente: Online Coins of the Roman Empire (OCRE)

Constantino se dirigieron a la otra parte del Imperio, donde se centraron en la captación de impuestos y tasas.

En este nuevo contexto, con el foco puesto en Oriente y en el cobro de *vectigal* (y no en la explotación directa), no es de extrañar que las minas del Noroeste permanecieran cerradas. Los procesos del siglo III d.C. habían transformado radicalmente la realidad del Imperio y tanto el sistema monetario como la minería que lo sostenía habían cambiado irreversiblemente. Los cuadros de la Antigüedad tardía que emergieron tras esta centuria, se alejaron de los paisajes mineros del Noroeste altoimperial, donde los grandes *metalla publica* se habían cerrado definitivamente a comienzos del siglo III d.C.

14

CONCLUSIONES

Hablar de la historia de las explotaciones mineras supone referirse a los intereses estratégicos que tuvo el Estado romano, a las soluciones que adoptó a la hora de enfrentarse a la gestión de las zonas con minas y a la explotación del conjunto de los recursos provinciales. Pero la historia de la minería también es la historia de las comunidades rurales implicadas en las labores, del desarrollo de los grupos aristocráticos que colaboraron con Roma tras la conquista y de los trabajadores que, en el caso del Noroeste, fueron la mano de obra local. Cualquier estudio que no tenga en cuenta ambos ángulos sólo puede generar discursos incompletos.

Estas perspectivas deben ser leídas, además, desde un punto de vista diacrónico, pues ni las estructuras y concepción del poder del Estado romano fueron los mismos en época de Augusto que bajo el gobierno de Caracalla, ni las comunidades locales se mantuvieron inmutables desde su conquista e incorporación al mundo provincial hasta el final de las explotaciones auríferas en el siglo III d.C.

La explotación de las minas de oro del Noroeste se articuló de acuerdo a un sistema de gestión directo. Como *metalla publica* dependieron del fisco imperial y su explotación se logró gracias a la participación de la mano de obra local tributaria. Sin embargo, ésta no fue la única solución adoptada por Roma a la hora de poner en marcha las labores mineras. Ni siquiera fue, probablemente, la más extendida. Los sectores mineros orientales, activos en el Alto Imperio y también en la Antigüedad tardía, se organizaron de acuerdo a sistemas indirectos en los que se contó con concesionarios que explotaron el metal a cambio del pago de *vectigal* u otro tipo de tasas. Con más o menos matices, cuando los Antoninos abrieron las minas de la recién conquistada Dacia en el siglo II d.C., prefirieron seguir este sistema. Es muy probable, también, que en esta centuria se produjera un cambio en las minas galesas de Dolaucothi y se pasara de una

explotación directa en el siglo I d.C., a otra articulada en torno al pago de *vectigal*, en el siglo II d.C.

La implantación del sistema de gestión directo aparece entonces vinculado a zonas conquistadas y sometidas en la fase julio-claudia. Es decir, este sistema se impuso en un contexto concreto de dominación y provincialización que, en el caso del Noroeste, se caracterizó por la implantación de un sistema de *civitates* peregrinas y la aparición de desigualdades sociales y territoriales orientadas por los intereses imperialistas romanos, en este caso muy relacionados con el papel del oro en el renovado sistema monetario. En este contexto fue posible contar con los mecanismos necesarios para poner en funcionamiento los *metalla* y gestionarlos directamente: unas exigencias fiscales que eran satisfechas en forma de jornadas de trabajo y unos grupos de poder que actuaron como intermediarios entre los trabajadores de las minas y la administración estatal, para coordinar los trabajos. Pero con el paso del tiempo, la evolución de estas comunidades alteró los cuadros postconquista y estas transformaciones afectaron también a las zonas mineras.

En época flavia tuvieron lugar profundos cambios a lo largo del Noroeste. Estos cambios se han reconocido como parte de un doble proceso convergente de intervención estatal y desarrollo local, que se materializó en este período en una serie de fenómenos tendentes a profundizar en la jerarquización territorial y la desigualdad social que se habían iniciado tras la conquista. En concreto, desde finales del siglo I d.C. se documenta el auge de núcleos a lo largo del trazado del sistema viario, en zonas mineras y en otras donde destacaron actividades como el comercio o las relacionadas con la explotación de los recursos del mar. Es decir, aunque con matices, se trata de un proceso que se desarrolló a lo largo de todo el Noroeste, no exclusivamente en regiones donde la minería tuvo un peso destacado. Algunos de los asentamientos que adquirieron mayor relevancia desde finales de la centuria, ya habían sido puntos destacados con anterioridad al gobierno de los flavios, donde se empezaron a visibilizar los grupos de poder locales en conexión con los miembros de la administración y del ejército. En ocasiones se encuentran asentamientos ocupados con anterioridad, pero que despuntaron a partir de este momento. En otros casos, fueron asentamientos creados *ex novo* en este período, los que se convirtieron en asentamientos importantes.

Las zonas atravesadas por la *via Nova* son buen exponente de este proceso en una región marcada por la abundante presencia de minas. La nueva calzada se construyó en época de Vespasiano y a lo largo de su trazado se potenció el desarrollo de varios

asentamientos, algunos ya ocupados anteriormente y otros de nueva creación. Estos enclaves formaron parte, a su vez, de *civitates* que se convirtieron en ejes territoriales importantes, como el caso de Xinzo de Limia, vinculado con la *civitas Limicorum*, o el asentamiento de La Edrada, que perteneció a la *civitas* de *Bergidum Flavium*. Algunos de estos asentamientos actuaron como puntos dinámicos donde los contactos entre las élites locales y el aparato administrativo-militar debieron de ser fluidos. El registro muestra así la presencia de legados, de miembros del ejército y de la administración en algunos de estos asentamientos, pero también de personajes que, por su onomástica, revelan su condición de ciudadanos romanos y que pudieron formar parte de las aristocracias locales.

La intervención estatal, con la articulación de la *via Nova* orientó el desarrollo del territorio de las *civitates* del entorno, lo que no sería incompatible con el despegue de otros núcleos gracias a procesos de evolución local. Esto justifica que en contextos rurales se haya documentado la existencia de varios núcleos importantes dentro de una misma *civitas*, lo que indica la presencia de un poblamiento jerarquizado, donde varios asentamientos destacaron, bien favorecidos por su proximidad al trazado viario, o bien afectados por procesos de concentración de poder local de los que poco conocemos. Los patrones de poblamiento reflejan entonces una distribución dispersa, donde cada *civitas* estuvo formada por varios asentamientos rurales de diversa entidad. No es posible reconocer capitalidades únicas, sino zonas en las que se concentró el poblamiento y las menciones epigráficas y que pudieron actuar como ejes de articulación de las *civitates*. Este modelo de poblamiento, disperso pero jerarquizado, se desarrolló incluso en *civitates* que alcanzaron gran proyección como las *civitates Gigurrorum*, *Limicorum*, *Bergidum Flavium* o *Interamnium Flavium*.

Como parte de este mismo desarrollo, en paralelo al despegue de algunas *civitates*, otras comunidades pudieron perder relevancia en la configuración territorial, como es el caso de los *Susarri* y los *Lougei*, comunidades activas tras la conquista pero que no aparecen ni en las fuentes literarias ni en el registro epigráfico de finales del siglo I y el siglo II d.C. Esto indica un cambio en la organización territorial en esta etapa y una reestructuración de las relaciones de poder, con la definición de nuevos centros destacados dentro de algunas *civitates* y la pérdida de protagonismo de otras comunidades.

Dichos procesos, sin embargo, han de entenderse dentro de un contexto rural, definido por un poblamiento disperso y carente de centros urbanos. De hecho, la

importancia de las capitales conventuales del Noroeste como ejes de articulación del territorio rural, puede relacionarse con la práctica ausencia de centros cívicos y la necesidad de contar con unos núcleos que aglutinasen ciertas funciones que no podían cumplir las *civitates* rurales, por mucho que en esta etapa se documente un despegue de algunos asentamientos. Las tres capitales del Noroeste tuvieron un papel importante tras la conquista, actuando como centros administrativos que sirvieron de base de operaciones desde las que Roma llevó a cabo la ordenación territorial. Sin embargo, con el tiempo, las capitales conventuales no perdieron peso y esto pudo deberse a que desempeñaban funciones centrales que no podían desarrollarse en las *civitates* donde la fragmentación del poder y la ausencia de un único centro destacado era muy frecuente.

La parte occidental asturiana igualmente permite documentar procesos convergentes en el mismo sentido, en otra región marcada por la minería. A pesar de la ausencia de estudios de patrones de poblamiento, en este sector es posible documentar indicios del surgimiento de grupos de poder locales, relacionados con la presencia militar vinculada a la gestión minera a inicios de la primera centuria. Estas élites locales participaron del consumo de materiales y prácticas romanas. Sin embargo, fue a finales del siglo I d.C., coincidiendo con el fin de la presencia militar en los castros, cuando despegaron claramente estos grupos de poder. Algunos castros se convirtieron entonces en asentamientos abiertos, con cambios en su ordenación interna (como la apropiación privada de espacios antes comunales), y con materiales que indican su integración en redes de intercambio regionales, destacando en este sentido el Chao Samartín.

Aunque con diferencias marcadas por el propio desarrollo local, un proceso similar de aumento de la jerarquización social y territorial con el despegue de algunos asentamientos, puede documentarse en algunas regiones del *conventus Bracarensis*. Unos de los casos más señalados son *Aquae Flaviae*, núcleo que con seguridad adquirió el estatuto municipal en época flavio y *Tude*, asentamiento que despegó a finales del siglo I d.C. para articular una *civitas* en este sector. Además se han reconocido varios asentamientos distribuidos a lo largo de las Rías Baixas y asociados al comercio y a actividades vinculadas con las salinas y las factorías de salazón. Estos enclaves despegaron también a lo largo del siglo I d.C., coincidiendo con el abandono de algunos castros de la región y conformaron un poblamiento disperso pero jerarquizado, de forma similar a lo que se documentaba en las zonas marcadas por la abundante presencia de minas a lo largo de la *via Nova*.

También en la parte central de Asturias se fueron formando asentamientos relacionados con el trazado viario a lo largo del siglo I d.C., donde el aparato estatal y las aristocracias emergentes se relacionaron de forma dinámica. Desde época flavia en este sector empezó a destacar Cimadevilla como núcleo centralizador de un poblamiento disperso, compuesto por numerosos asentamientos rurales que se distribuirían a lo largo del actual concejo de Gijón. También *Lucus Asturum* articuló un poblamiento disperso a lo largo del trazado viario. En definitiva, los cambios documentados en época flavia no se restringen a las zonas mineras, sino que fueron más globales y afectaron a regiones del Noroeste en las que el peso de la minería no fue tan destacado. Esto confirma la idea de que las zonas con minas no fueron islas aisladas de las dinámicas provinciales y su desarrollo no puede ser entendido en clave de excepcionalidad.

Los procesos de mayor jerarquización territorial se vinculan con procesos de concentración del poder local a consecuencia de un auge aristocrático que se documenta a lo largo del Noroeste. La desigualdad social había permitido la formación de élites tras la conquista, que despegaron a lo largo de la primera centuria para hacerse evidentes en el registro desde finales del siglo I y el siglo II. A medida que se consolidaron estos grupos de poder, se superaron los marcos colectivos de referencia (como las menciones colectivas al *castellum*), aspecto que conecta con una mayor frecuencia del uso del nombre propio en las inscripciones.

Además, junto a estos procesos, en las últimas décadas del siglo I d.C. se documenta una intervención estatal importante. En concreto, Roma llevó a cabo una reestructuración de algunos elementos estratégicos claves del Noroeste como lo fueron la presencia y disposición de las tropas militares, la presencia del personal de la administración fiscal y el trazado del *cursus publicus*. En León se acantonó definitivamente la *legio VII gemina* y se crearon nuevos cargos vinculados a la gestión minera, avanzando en la definición de un aparato administrativo específico para el Noroeste. En primer lugar, se configuró una procuratela de *Asturiae et Callaeciae*, a la vez que los prefectos perdían protagonismo. A estos procuradores, dependientes directamente del fisco imperial, se adjuntaron *procuratores metallorum* estrechamente vinculados con las actividades mineras. Posteriormente, se establecieron *legati* específicos también para los *conventus* del Noroeste. En la *Asturia* transmontana, el abandono de la *domus* del Chao Samartín y del castro de Peláu quizá indique cambios en la disposición de los miembros vinculados a la gestión de las minas en este mismo

período. Estos cambios se completaron con un reajuste del sistema viario, con la articulación de la *via Nova* en época de Vespasiano atravesando las principales zonas mineras de la *Asturia cismontana*.

En definitiva, bajo el gobierno de los Flavios tuvo lugar la convergencia de un doble proceso: uno de desarrollo local, que había arrancado tras la conquista con la jerarquización territorial y la definición de desigualdades que ahora se acentuaron, y otro definido por una intervención estatal orientada a actualizar el sistema augusteo y a gestionar de forma más efectiva el territorio.

Esta intervención estatal es plenamente coherente con las políticas flavias desarrolladas en otras partes del Imperio, tendentes a reorganizar la explotación de los recursos provinciales. Tras la guerra civil, que concluyó con la victoria de Vespasiano, tanto la necesidad de recursos como la consolidación de la nueva dinastía se convirtieron en una prioridad para estos emperadores. La recuperación del poder imperial pasó por la intervención flavia en distintas cuestiones fiscales y territoriales a lo largo del Imperio, incluyendo sus operaciones sobre el *ager publicus*. Con estos cambios, los Flavios actualizaban el sistema articulado en época de Augusto e intervenían directamente en la configuración territorial. Evidentemente, en aquellas zonas donde la presencia del Estado había sido más destacada, como en las zonas mineras o las atravesadas por el *cursus publicus*, los cambios se hicieron más evidentes, lo que no excluye el cambio en otras regiones del Noroeste.

Como parte de esta intervención también puede incluirse la concesión del *ius Latii* al conjunto de *Hispania*. Con este edicto se abría una nueva vía para que las élites locales pudieran adquirir la ciudadanía romana. Es decir, se facilitaba un nuevo cauce de promoción que conectaba la ciudadanía romana y la condición peregrina, articulada en torno a una gran variedad de *civitates* con características propias. Las posibilidades que abría para las élites locales, reforzó su posición y ahondó en los procesos de desigualdad que se han documentado, pues se les permitió acceder a círculos de poder ciudadanos que antes tenían vetados como élites peregrinas.

El reflejo de la promoción selectiva que supuso el *ius Latii* puede relacionarse con el despegue de ciertos núcleos que contaron con élites más fuertes, capaces de acaparar mayores cotas de poder y de proyectarse, incluso, más allá de sus propias *civitates*, desempeñando cargos en el gobierno provincial. Al menos así parece indicarlo la epigrafía que recoge, en la segunda centuria, la existencia de ciudadanos que en

algunos casos llegaron a desempeñar puestos de relevancia, como el flaminado en *Tarraco*.

Sin embargo, este desarrollo de centros territoriales y de grupos aristocráticos no se tradujo en una tendencia a la urbanización y el Noroeste siguió marcado por la dispersión del poblamiento y su carácter rural. Son contadas las excepciones en la que se documentan rasgos típicos de entidades urbanas como *Aquae Flaviae* o en las capitales conventuales, estando ausentes de gran parte de las *civitates* del Noroeste elementos como la epigrafía honorífica, las actividades evergéticas o la mención a cargos municipales. Esto no quiere decir que el *ius Latii* desempeñara un papel poco trascendente. De hecho, es posible que el desarrollo aristocrático y su promoción jurídica tuvieran una lectura en el campo de la tributación y la propiedad fundamental, pues la posesión de la ciudadanía romana significó, en este sentido, una ventaja cualitativa muy importante. La promoción pudo traducirse en mejoras en la tenencia y defensa de la propiedad de las élites, lo que contribuiría a consolidar su posición, aumentando las desigualdades con el resto de la población. La provincialización en época de Augusto había supuesto el sometimiento colectivo de las comunidades del Noroeste en el marco de la *civitas* y la imposición global de un tributo a la misma. El sujeto fiscal fue por tanto la *civitas* y no los individuos. Sin embargo, como ciudadanos romanos, las élites locales pudieron salir del marco tributario de la *civitas* y pagar de forma individual por sus posesiones. Estos cambios pudieron interesar a Roma si se mantuvo la imposición global sobre la *civitas* y se añadió el tributo que los nuevos ciudadanos romanos tuvieron que satisfacer de forma individual.

Este planteamiento de estudio dota de importancia a la concesión del *ius Latii* en el Noroeste, pero dentro de un contexto rural y señala que la ciudadanía fue una herramienta utilizada por las élites para diferenciarse socialmente y consolidar la desigualdad ya existente, sin la necesidad de pasar por el esquema estereotipado de la ciudad de tipo clásico.

Los estudios jurídicos son fundamentales y permiten acercarnos parcialmente a la realidad del Imperio. El problema surge cuando a partir de estos análisis se define un marco y se pretende hacer encajar en él el resto de elementos que proyecta el registro. En el Noroeste los datos permiten definir un contexto de comunidades rurales, donde el impacto del *ius Latii* fue clave, pero no por forzar su conversión hacia esquemas más romanos o más urbanos, sino por potenciar un proceso de desigualdad que se había iniciado tras la conquista. Aunque la cuestión de la implantación del *ius Latii* en el

Noroeste no esté totalmente resuelta, es necesario seguir trabajando en esta línea, con la consideración de que existieron diversos contextos provinciales y que los esquemas jurídicos generales no pueden desvincularse del desarrollo local.

Por otro lado, es posible que los cambios jurídicos y el creciente aumento de la desigualdad sentaran las bases de la crisis del sistema de gestión minero directo. Es decir, no es descartable que la consolidación de las élites como aristocracias ciudadanas ocasionara ciertas dificultades a la hora de mantener las *operae* mineras y en este proceso se puede encontrar uno de los factores que contribuyeron al abandono de la minería.

El trabajo tributario en las minas estuvo ligado a la peregrinidad, pero también a la intervención de unas élites colaboracionistas que actuaron como intermediarias entre las comunidades locales y el poder de Roma para poner en marcha los trabajos. Las aristocracias locales no recibían un beneficio directo de la explotación, pero sí fue ventajosa su proximidad a los círculos de poder estatales para diferenciarse y consolidar sus posiciones. A medida que obtuvieron mayores cotas de poder y contaron con el anclaje de la ciudadanía, estos beneficios pudieron resultar más inconsistentes. Si la promoción jurídica en época de Vespasiano modificó la tributación de las élites ciudadanas, se pudieron sentar las bases para el progresivo alejamiento de las aristocracias con el cumplimiento de unas *operae* impuestas por el Estado y vinculadas a un contexto de sometimiento postconquista.

La actitud frente a los tributos varió a lo largo de la historia de Roma en función de su carácter directo o indirecto, ordinario o extraordinario, municipal o estatal. El gobierno de Augusto supuso un momento de cambio fundamental, que modificó los cuadros de fiscalidad republicana. Pero desde finales del siglo II d.C. y el siglo III d.C. se fueron gestando nuevas formas de articular la tributación, que acabaron eclosionando en la reforma de Diocleciano y los esquemas fiscales de la Antigüedad tardía. En este proceso se tendió a acabar con las diferencias tributarias entre Roma y las provincias o, lo que es lo mismo, entre conquistadores y conquistados, dicotomía que había servido para justificar la imposición de las *operae* peregrinas, entre las que se contaban las prestaciones de trabajo en las minas del Noroeste. En este contexto no es de extrañar que cambiaran los sistemas de gestión mineros, prefiriéndose los de explotación indirecta caracterizados por el cobro de tasas por parte del fisco.

Esta tendencia hacia sistemas indirectos fue parte de un proceso que se documenta desde el siglo II d.C., cuando se encuentran las zonas mineras balcánico-

danubianas articuladas a través de concesiones y cuando se inicia una segunda fase de explotación en las minas galesas bajo probable control privado. Posteriormente tuvo lugar el cierre de las minas del Noroeste que se habían mantenido bajo control directo del fisco. En esta zona, la mayor visibilidad de los miembros de la administración imperial a finales de la centuria pudo responder a un intento por reforzar el control sobre estas explotaciones, que ya deberían de presentar problemas antes de que se precipitase su cierre. En el Bajo Imperio se generalizó el sistema de explotación indirecto en las minas que permanecieron activas, tal y como confirman las referencias a esta actividad en los textos del período.

La crisis de los sistemas directos estuvo relacionada con los cambios tributarios y la generalización de una fiscalidad más tendente al cobro de rentas y tasas. Todo ello tuvo lugar, además, dentro de un contexto general de desplazamiento de las formas de dependencia hacia servidumbres con el modelo del colonato como referencia.

Sin embargo, las dificultades a la hora de articular directamente la gestión de las minas no explican, por sí solas, el final de la minería del Noroeste. Roma había demostrado su capacidad, desde época republicana, para adaptarse a distintos contextos y gestionar con distintas soluciones las minas de acuerdo a sus intereses. En el Noroeste contaba con labores en primario y secundario y de muy diversa envergadura, trabajos a cielo abierto y otros subterráneos con necesidades técnicas distintas. ¿No fue posible adaptar el modelo de gestión y mantener en marcha las explotaciones?

Según se ha propuesto en este trabajo, la clave reside en introducir un factor más: el propio interés estratégico que el Estado tuvo sobre estas minas. Es decir, el cierre de las minas respondió a la voluntad política de la autoridad imperial y no a una cuestión de incapacidad técnica o de gestión.

La importancia del metal para la acuñación de áureos lo había convertido en un recurso fundamental para el Estado en época de Augusto. Su valor para el sistema monetario justificó el amplio despliegue requerido para poner en marcha unas explotaciones a gran escala como las del Noroeste a inicios del siglo I d.C. Sin embargo, el sistema augusteo fue modificándose a lo largo de los siglos I y II d.C. y a comienzos de la tercera centuria se documentan importantes alteraciones con la devaluación acusada del denario, la ruptura de las equivalencias entre las monedas de plata y las de oro y la salida del áureo del sistema, al pasar a considerarse más una mercancía que una moneda en sentido propio. Sin duda este proceso afectó al papel que el metal aurífero había desempeñado a inicios del Principado y pudo modificar la

estrategia estatal con relación a las minas de oro. El Estado pudo estar interesado en reducir la entrada de oro en el sistema monetario, cuando éste había perdido su valor monetario. Ante esta perspectiva se optó por el cierre de las minas del Noroeste, las cuales, por otra parte, podían presentar problemas de gestión relacionados con la mayor presencia de formas indirectas.

En este trabajo se han recogido argumentos para reforzar la propuesta de que el momento de cierre definitivo se produjo a inicios del siglo III d.C., bajo el gobierno de Caracalla, momento en el que parecen coincidir el desmantelamiento del aparato administrativo vinculado a las explotaciones, la decadencia de *Asturica Augusta* como capital rectora del *ager publicus* y un cambio en el patrón de poblamiento de las zonas mineras, con el abandono de asentamientos. La existencia de la efímera provincia *Hispania Superior* en época de Caracalla y la elaboración de un censo general en la *Citerior*, también pueden ser indicios de que en este período se produjeron reestructuraciones importantes en la organización territorial, que pudieron relacionarse con el final de las minas y la necesidad de reestructurar las obligaciones tributarias de las poblaciones. Además, fue en este momento cuando tuvo lugar la primera reducción significativa de la moneda de oro desde el año 64 d.C., con una pérdida de peso del 12%, lo que indica claramente un cambio en la estrategia relacionado con las acuñaciones bajo el gobierno de este emperador.

El cierre de las explotaciones formó parte, por tanto, de una decisión estatal tomada en un momento concreto. Aunque no es descartable que se pudiera seguir explotando el oro fluvial a través de bateo o se reaprovecharan filones superficiales, actividades que no dejan evidencias en el registro, los grandes *metalla publica* del Noroeste no volvieron a reabrirse y eso a pesar de que las minas no estaban agotadas. Roma clausuró las explotaciones porque el interés estratégico sobre el metal precioso había cambiado.

En el siglo IV d.C., cuando hubo una recuperación importante de la moneda de oro, el foco principal de la minería había basculado hacia los *metalla* de Oriente, capaces de suministrar el metal precioso necesario para poner en marcha el sistema monetario de Constantino. Las minas hispanas permanecieron entonces cerradas.

Esta interpretación implica asumir que las estrategias y lógicas productivas no tuvieron por qué coincidir con las actuales. De hecho, si se contempla la historia de las explotaciones desde ópticas mercantilistas y capitalistas, se encuentran dificultades para entender el motivo de su cierre. Tan rentables (o tan poco rentables en términos

actuales) eran las minas del Noroeste a inicios del Principado como a comienzos del siglo III d.C. Por tanto, hay que superar estas visiones que, si bien encajan perfectamente en las economías actuales, tienden a descontextualizar los análisis de las minas antiguas al perder la perspectiva histórica. Los intereses y estrategias que se relacionan con las explotaciones son específicos de la sociedad romana y no tienen equivalencia con los que motivarían una explotación minera en época industrial. Es preciso entonces no naturalizar comportamientos económicos que no son universales y que, sin embargo, se han presentado en ocasiones como elementos indisociables del desarrollo de las sociedades de distintos períodos.

Sólo cuando analizamos la minería como parte de procesos propios del mundo romano, teniendo en cuenta una combinación de escalas que van desde el desarrollo local al imperial, podemos aproximarnos al significado histórico que poseyó esta actividad.

CONCLUSIONS

Discussing the history of mining exploitation entails addressing the strategic concerns of the Roman state, including the solutions developed when faced with the enormous challenge of managing both the mining areas and the exploitation of other provincial resources. And yet the history of mining is also the history of the rural communities involved in them, the development of local aristocracies that collaborated with Rome after the conquest and the workers which, in the case of the Hispanic Northwest, were of local extraction. Any analysis which disregards both these dimensions will inevitably echo incomplete visions.

These perspectives must be also read from a diachronic point of view, for neither the structures nor the vision of Roman state power were the same under Augustus as under Caracalla. Similarly, local communities also changed after the conquest and the incorporation into the provincial world, until the end of mining activity in the 3rd century.

The exploitation of gold mines in the Northwest took place under direct management. As *metalla publica*, they depended directly on the imperial treasury, allowing local communities to be the labor force in lieu of taxation. This was, however, not the sole system used by Rome to initiate new mining fronts. It probably was not even the most common either. In the eastern Empire, mines which were active during the Early Empire as well as during Late Antiquity, were organized using indirect systems: concessions for extracting the metal obtained for paying the *vectigal* or other taxes. It can more or less be generalized that when the Antonines open the newly conquered Dacia to gold mining in the 2nd century, they opted for this system. This century probably also oversaw a change in the management of the Welsh mines of Dolaucothi, where direct management of the 1st century turned into indirect concessions and *vectigal* payment.

The implementation of a direct management system appears to be a symptom of areas conquered under the Julio-Claudian dynasty. In other words, a specific domination and provincialization context which in the Hispanic Northwest meant the creation of a system of peregrine *civitates*, and the appearance of social and territorial inequality

following the designs of Roman imperialist interest, which was in that period focused on strengthening the value of gold in the monetary system. It is this context, therefore, which facilitated the creation of directly-managed *metalla*: tributary requirements which were paid in the form of labor related to the mine, and local power groups which became the intermediaries between the workers and the state administration, in order to coordinate the work. With time, the evolution of these local communities altered this post-conquest system, entailing transformations which in turn also affected the mining areas.

In the Flavian period thorough transformations took place in the Northwest. These are the result of two converging processes: state intervention and local development. They materialized in a more dramatic territorial hierarchization and social inequality, thereby deepening these divisions, cracks which had appeared upon initially being conquered. Starting in the late 1st century, new settlements appear along the roads, either directly associated with the mining areas or in places where trade or sea-related economic activities could take place. This process, therefore, affected the whole Northwest, not just areas where mining was predominant. These settlements became much more important as local elites, in contact with members of the Imperial administration and army, saw to make their importance conspicuous. Some of these new towns perhaps already existed before, or not at all, but after the Flavians they would truly come to be to their fullest.

Those areas which were connected through the *via Nova* are a good example of this process as affecting a very rich mining area. The road itself was built under Vespasian, and many settlements were created or expanded along its itinerary. These, in turn, were part of *civitates* which became cornerstones of territorial organization, as is the case of Xinzo de Limia, related with the *civitas Limicorum*, or the site of La Edrada, part of the *civitas* of *Bergidum Flavium*. Some of these settlements became dynamic nuclei, serving as meeting places between local elites and the administrative-military system. For that reason, the record reveals the presence of *legati*, high administrative officers as well as ranking military people. Some of these people's names reveal Roman citizenship, a status they shared together with local elite origins.

State intervention, in the form of the construction of the *via Nova*, therefore, steered territorial development of the *civitates* in a new direction. It is possible, therefore, that these new secondary centers arose together with others which were, in turn, the result of local evolution. These dual processes would explain the existence of

several major settlements within a single *civitas*, demonstrating a hierarchical structure within it in which several power centers arose, some because of their relation with the roads, others as the result of demographic concentration. Settlement patterns, as a result, show an uneven distribution, with several degrees of development coexisting. Single capitals remain absent, in favor of areas where population concentrated, and with it the epigraphic habit, thereby naturally becoming the centers of power of the *civitates*. This dispersed but hierarchical settlement structure would happen even in *civitates* with significant importance: *Gigurrorum*, *Limicorum*, *Bergidum Flavium* or *Interamnium Flavium*.

This development entailed the relative success of some *civitates*, in detriment of others, which appear to lose importance, at least with respect to the former: the *Susarri* or the *Lougei*, which had been active after the conquest, but which apparently disappear both from literary record as well as the epigraphic record after the Flavian period. This oppositional trend is a symptom of a new territorial organization which involved a re-structuration of power relations: some areas within some *civitates* became regionally relevant, while other *civitates* receded into obscurity.

Nonetheless, these processes took place within an eminently rural context, where disperse settlements and the absence of urban centers was the norm. In fact, the importance of the conventual capitals in the Northwest was due in no small part to their role in articulating a decidedly rural region, in the absence of more solid civic structures within the *civitates*. Rural *civitates* could not carry out certain administrative functions, which therefore relied on the administrative level immediately above. The three capitals of this region played an important role after the conquest, and it was they which the Roman administration relied on to organize the provincial territory. These capitals, however, rather than losing their pre-eminence as the administrative layout was fleshed in, retained their importance, probably due to the fact that they continued to absorb some of the administrative duties of the incapable *civitates* under their control, when those lacked a solid administrative core and single power structure.

The western part of Asturias also reveals similar processes, as well as similar characteristics, in which mining was very important. The absence of thorough settlement pattern studies, nonetheless, still allows the detection of the rise of local power elites which were closely associated with the army and the management of the mines, during the 1st century. In the final years of that century, however, when military materials cease appearing, local elites seem to grow in importance. At that point, some

of those settlements became open, and were dramatically altered and re-organized (including the privatization of previously communal spaces), and the archaeological record demonstrates abundant participation in regional trade networks (Chao Samartín is a case in point).

Local development was different, but the *conventus Bracarensis* also underwent a similar process of social and territorial hierarchization. Some settlements became quite large, such as *Aquae Flaviae* (which undoubtedly became a *municipium* under the Flavians) or *Tude*, which grew exponentially in the final decades of the 1st century and became the capital of its own *civitas*. In addition, throughout the Rías Baixas, many settlements grew, associated to salt production and fish salting factories, in the same period, while other older castros were abandoned, thereby creating a dispersed but hierarchical settlement structure, quite similar to the mining areas along the *via Nova*.

In central Asturias settlements grew near the roads during the 1st century, in places where local elites and the Roman administration were in close contact. After the Flavian period, the Cimadevilla settlement became a centralizing nucleus in an otherwise dispersedly settled *civitas*, as the various sites around Gijón show. Also *Lucus Asturum* articulated a disperse settlement pattern along a road. Overall, the Flavian period transformations, far from being limited to the mining areas, affected the totality of the Northwest. This confirms the notion that mining activity did not create historically isolated ghettos, but rather that overall processes affected provincial dynamics, whether the areas were predominantly for mining or not.

Greater territorial hierarchization came hand in hand with greater power concentration in the hands of local elites. Social inequality had fostered the creation of elites after the conquest, a local aristocracy which consolidated its position throughout the 1st century, becoming truly conspicuous after the Flavian period. Their consolidation came together with the abandonment of collective references in the regions (such as the groups belonging to *castella*). In other words, collective names tend to be replaced by personal names in the epigraphy.

Together with these processes, the last decades of the 1st century are also a time of important State intervention. Rome reorganized many strategic elements within the Northwest, including the placement of permanent military station, fiscal personnel and the usual *cursus publicus*. León became the permanent location of the *legio VII gemina* and new management roles were created in relation with mining activities, specific to the Northwest. Among this, the creation of the Procuratoriate of Asturiae et Callaeciae,

while prefectures lost their protagonism. These new procurators, directly dependent on the Imperial treasury, came together with *procuratores metallorum* which were closely associated with mining activity. Later, a specific *legati per Asturiam et Callaeciam* position was created. Perhaps the abandonment of the *domus* identified in Chao Samartín or at Pelóu in this period bears witness to these changes at the management level. Finally, the road system also changed, with the creation of the new *via Nova* under Vespasian, which crossed the mountainous areas of *Asturia Cismontana*.

In sum, under the Flavians a double process which had already begun with the conquest, advanced: local development, and territorial hierarchization. One was the result of social inequalities which became more apparent, and another one was the result of direct state intervention, updating the Augustan organization so as to improve management.

This state intervention is consistent with Flavian policy elsewhere, often concerned with reorganizing the exploitation of provincial resources. After Vespasian's victory, the Empire needed to secure more resources, and consolidate the new dynasty, a double necessity which would be a Flavian priority. Imperial power was secured by intervening directly in various tributary and territorial issues throughout the empire, even in those areas that were *ager publicus*. With these changes, the Flavians modified the Augustan system, significantly altering the territorial configuration. In those areas where state influence was felt more directly (such as those with *cursus publicus* or with mines), these changes were thus more dramatic.

The concession of the *ius Latii* to all of *Hispania* can be understood in this framework. This edict established a new system whereby local elites could acquire Roman citizenship much more expediently, in the myriad *civitates*, all ruled by their own local laws. Legal promotion allowed aristocracies to reinforce their hegemony through access to the privilege of Roman citizenship, which was previously barred to them, and thus deepen social inequality.

This selective promotion allowed through *ius Latii* may be the reason behind the flourishing of certain settlements, which had perhaps been adequate springboards for local elites into the provincial government. This is the reality as described by the epigraphy, which reveals local citizens holding the prestigious position of *flamen* in the provincial capital of Tarraco.

This development of settlements and aristocracies, however, did not blossom into urbanization in this region, where population was eminently dispersed and rural.

There are few exceptions to this, with settlements apparently becoming actual cities: *Aquae Flaviae*, apart from the three conventual capitals. Most *civitates* do not have epigraphy, evergetism, or any municipal authorities. This does not, however, disavow the importance of *ius Latii*. Becoming citizens of Rome surely had an effect on the fiscal position as well as land ownership, an important qualitative difference. Land ownership and control probably improved, sustaining their already privileged position. Under Augustus, provincialization had entailed a collective submission to Rome by the communities, and the imposition of a collective tax burden. It was therefore, for these peregrine societies, the *civitas* that bore the brunt of tribute, not individuals. Elites that were promoted to citizenship under *ius Latii* entered an individual tax system, which Rome probably favored, as it created a parallel taxation.

In this perspective, the concession of the *ius Latii* in the Northwest, an overwhelmingly rural region, was a tool which the elites used to consolidate an already existing inequality. A Classical-type city is completely unnecessary from this point of view.

Studies approaching the legality of the Empire enable a more precise understanding of that society. There are pitfalls, however, when these analyses are used to straitjacket the archaeological record. In the Northwest, data reveals rural communities where the impact of the *ius Latii* was nonetheless important, not because it forced people to become more typically Roman, but rather because it increased an inequality that appeared after the conquest. There are still many problems when attempting to understand the effect of the *ius Latii* in the Northwest, which warrants further research, but the diversity of provincial contexts and local development should be the basis thereof.

It is also a possibility that these legal changes, and the rising inequality prepared the grounds for the crisis that the direct-management mining underwent. Perhaps the ultimate consolidation of local elites as citizen aristocrats came to cause problems in maintaining mining *operae*, ultimately meaning the closure of these mines.

Working in the mines was directly related to tribute, but the collaborative elites were necessary intermediaries between local communities and Rome in order to get the job done. Local aristocracies did not benefit directly from mining, but rather from their friendly status with state power, which served to consolidate their position. As more power was harnessed by them, Roman citizenship status probably made for more steady benefit. If Vespasian's legal reform modified the tribute imposed on the local elites,

these became even more distanced from the state-imposed *operae*, which were after all a submission consequence of the initial conquest.

Attitude towards tribute varied throughout Roman history, depending on whether they were direct or indirect, ordinary or extraordinary, municipal or state-wide. The Augustan government brought enormous change to the tributary system. The end of the 2nd century and the 3rd century saw a new wave of reforms that concluded with the large reform carried out by Diocletian, generating the basis of the Late Antique fiscal system. This process eroded tributary differences between Rome and the provinces, conquerors and vanquished, a dichotomy that had justified the imposition of *operae* on peregrines, including mining. It is therefore unsurprising that mining management also changed, opting for indirect exploitation, solely based on fees levied on mining promoters.

This tendency towards indirect systems were part of a process which is found starting in the 2nd century, when mining areas from Southeastern Europe were managed through concessions, a private system also applied on the older mines of Wales. Some time later the mines from the Northwest, which had remained under direct control of the treasury, were closed. Indeed, imperial officers become more visible in the region towards the end of the 2nd century, bearing witness to a reinforcement in the control of the mines, which probably were already undergoing difficulties before they finally closed. In the Later Empire, the indirect exploitation system became generalized in all active mines, a reality which finds abundant testimonies in the written sources of the period.

The crisis of the direct management systems was a consequence of the tributary reforms which had focused more on taxes levied on income and services. It all even happened within the context of general transition of dependency towards serfdom, using the colonate system as a reference.

Difficulties found in managing the mines can hardly explain away the end of mining activity in the Northwest. Rome had proven its capacity to, since the Republican period, adapt to diverse contexts and adapt to them by using different management models at once. In the Northwest, they had mines with primary and secondary lodes, of wildly different scales, some open-cast, others underground, using the whole array of technological solutions available. Could the management model not have been modified to continue exploitation?

This research proposes that the key to understanding this process actually corresponds to another factor: the strategic interests of Rome. The closing of the mines was the result of an imperial decision, nothing to do with technical or management challenges.

The importance of gold for minting *aurei* had rendered gold as a vital strategic necessity under Augustus. It was this necessity that prompted the massive endeavor of attempting to extract it all from the Northwest from the beginning of the 1st century. The Augustan system, however, was modified in the ensuing two centuries. By the early 3rd century the monetary system is completely adulterated when the denarius is severely devaluated, thus prompting the end of weight-equivalency which had been gained with the Augustan system. The aureus production stopped. Coins became goods, and the system lost its monetary nature. Gold ceased to play the vital role in the economy, and one can assume that this was the reason behind mining policy. In order to stop the influx of gold into the system, once the metal had lost its monetary value, the state may have wanted to close mining production in the Northwest, an old mining region which nonetheless probably also had other problems.

This research has collected various reasons underpinning the proposal that this mining region shut down its production in the early 3rd century, under Caracalla. It coincided in time with the decadence of *Asturica Augusta*, conventual capital which had managed the *ager publicus*, and a new settlement pattern in the mining areas, where some settlements were abandoned. The documented existence of a short-lived province Hispania Superior under Caracalla, and the elaboration of a census in Hispania Citerior may also be evidence of the significant reorganization of this period, possibly due to the end of mining and the need to articulate new tributary obligations for the workers. Finally, at this time the first important devaluation of gold coinage since the year 64 took place, losing 12% of its weight, indicating a clear change in the minting strategy under that emperor.

Closing the mines, therefore, was the result of a specific policy decision by Rome. Nonetheless, it is plausible that placer mining continued using river panning or surface exploitation, activities which are invisible to archaeology. The great *metalla publica* of the Northwest, however, never opened again, despite still having ore to extract. Rome closed them because the strategic interest of gold had changed.

In the 4th century, gold currency again recovered its importance in the monetary system, but mining activity had shifted to the *metalla* in the eastern Empire. The state

also counted on other sources of metal, such as the melting down of temple treasures. These proved necessary to supply the Constantine system. The Hispanic mines, therefore, remained unused.

This interpretation implies that productive logic, and strategy, applicable in the past was different from that of the present. In fact, if the mining is analyzed within a capitalist framework, the motivations behind opening and closing them are both equally incomprehensible. The mines in the Northwest were just as profitable (or un-profitable by modern standards) when they opened as when they closed. Any attempt, therefore, to understand these decisions based on modern concepts of profitability only misinforms any real understanding of the historical processes at hand. The interests and strategies related with the exploitations are specific to Roman society, and they can hardly be used comparatively, much less with industrial capitalism. This anachronistic attempt to universalize economic behavior in the present tense, in the belief that they ultimately determine historical processes. Only when mining activity is understood as a specifically Roman process, combining the local and the Imperial scales, can its true historical significance of be apprehended.

BIBLIOGRAFÍA

A

- Aarts, J. G. (2003): «Monetization and army recruitment in the Dutch river area in the early 1st century AD», *Kontinuität atund Diskontinuität, Germania inferior am Beginn und am Ende der römische Herrschaft*, T. Grünwald y S. Seibel (eds.), Berlín y Nueva York, p. 162–180.
- Aarts, J. G. (2005): «Coins, money and exchange in the Roman world. A cultural-economic perspective», *Archaeological Dialogues*, 12 (1), p. 1-28.
- Abad, L. (1975): *El Guadalquivir, vía fluvial romana*, Sevilla.
- Abascal Palazón, J. M. (1990): «La ley Flavia municipal y las ciudades de Carpetania: algunas reflexiones», *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua*, Toledo, p. 131-139.
- Abascal Palazón, J. M. (1996): «Programas epigráficos augusteos en Hispania», *Anales de Arqueología Cordobesa*, 7, p. 45-82.
- Abascal Palazón, J. M. (2002): «Fasti consulares, Fasti locales y horologia en la epigrafía de Hispania», *Archivo Español de Arqueología*, 75, p. 269-286.
- Abascal Palazón, J. M. y Ramallo, S. F. (1997): *La ciudad de Carthago Nova: la documentación epigráfica*, Murcia.
- Abásolo, J. A. y Marco, F. (1995): «Tipología e iconografía en las estelas de la mitad septentrional de la Península Ibérica», *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, F. Beltrán Lloris (ed.), Zaragoza, p. 327-359.
- Abbott, F. y Johnson, A. C. (1968): *Municipal Administration in the Roman Empire*, Nueva York.
- Aboal, R. y Castro, V. coords. (2006): *O Castro de Montealegre*, Noia.
- Acemoglu, D. (2003): *The form of property rights: oligarchic vs. democratic societies* (Working Paper Department of Economics, MIT).
- Acemoglu, D., Johnson, S. y Robinson, J. A. (2002): «Reversal of Fortune: Geography and Institutions in the Making of the Modern World Income Distribution», *The Quarterly Journal of Economics*, 117, p. 1231-1294.
- Aja Sánchez, J. R. (2002): *Historia y arqueología de la Tardoantigüedad en Cantabria: La cohors I Celtiberorum y Iulobriga*, Madrid.
- Alarcão, J. (1995-1996): «As civitates do Norte de Portugal», *Cadernos de Arqueologia*, Série II, 12-13, p. 25-30.

- Alarcão, J. (1996): «Aglomerados urbanos secundários de Entre-Douro-e-Minho», *A Cidade e o Mundo. Romanización e cambio social*, S. Reboresda y P. López Barja (eds.), Xinzo de Limia, p. 167-179.
- Alarcão, J. (1998a): «Três níveis de aglomerados populacionais romanos», *O Arqueólogo Português*, Série IV, 16, p. 175-186.
- Alarcão, J. (1998b): «A paisagem rural romana e alto-medieval em Portugal», *Conimbriga*, 37, p. 89-119.
- Alarcão, J. (1998c): «Ainda sobre a localização dos populi de conventus bracaraugustanus», *Anales de Arqueología Cordobesa*, 9, p. 51-58
- Alarcão, J. (1999): «Populi, Castella e Gentilitates», *Revista de Guimarães*, 1, p. 133-150 (p. 1-20 ed. online).
- Alarcão, J. (2003a): «A organização social dos povos do Noroeste e Norte da península ibérica nas épocas préromana e romana», *Conimbriga*, 42, p. 5-115.
- Alarcão, J. (2003b): «As Estátuas de Guerreiros Galaicos Como Representações de Príncipes no Contexto da Organização Político-Administrativa do Noroeste Pré-Flaviano», *Madriditer Mitteilungen*, 44, p. 116-126.
- Albertini, E. (1923): *Les divisions administratives de l'Espagne romaine*, París.
- Albertos, M. L. (1975): *Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua*, *Studia Archaeologica*, 37, Valladolid.
- Albertos, M. L. (1977): «Perduraciones indígenas en la Galicia romana», *Coloquio Internacional sobre el Bimilenario de Lugo*, Lugo, p. 17-27.
- Albertos, M. L. (1988): «Sobre los castella del NO peninsular», *Actas del Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua*, 2, G. Pereira (ed.), Santiago de Compostela, p. 191-195.
- Alegre, P. y García, V. (1990): «Una aproximación a la circulación monetaria del s. I d.C.: datos estratigráficos de *Asturica Augusta*», *Gaceta Numismática*, 97-98, p. 45-51.
- Alemán, A. (1996): *El arrendamiento de servicios en derecho romano*, Almería.
- Alföldi, A. (1956): «The main aspects of political propaganda on the coinage of the Roman Republic», *Essays in Roman Coinage presented to H. Mattingly*, R. A. G. Carson y C. H. V. Sutherland (eds.), Oxford, p. 63-95.
- Alföldy, G. (1966): «Notes sur la relation entre le droit de cité et la nomenclature dans l'Empire romain», *Latomus*, 25, p. 37-57.
- Alföldy, G. (1969): *Fasti Hispanienses*, Wiesbaden.
- Alföldy, G. (1970): «*Patrimonium regni Norici*», *Bonner Jahrbücher*, 170, p. 163-177.
- Alföldy, G. (1973): *Flamines prouvinciae Hispania citeriores*, Madrid.

- Alföldy, G. (1974): *Noricum*, Londres y Boston.
- Alföldy, G. (1975): *Die Römischen Inschriften von Tarraco*, Berlín.
- Alföldy, G. (1983): «La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico», *Gerión*, 1, p. 39-62.
- Alföldy, G. (1987): *Römischen Stadtwesen auf der Neukastilischen Hochebene. Ein Testfall für die Romanisierung*, Heidelberg.
- Alföldy, G. (1998): «Hispania bajo los Flavios y Antoninos: consideraciones históricas sobre una época», *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania citerior. Homenatge a Josep Estrada y Garriga*, M. Mayer, J. M. Nolla y J. Pardo (eds.), Barcelona, p. 11-32.
- Alföldy, G. (2000): «Spain», *The High Empire. A. D. 70-192*, A. Bowman, P. Garnsey y D. Rathbone (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 11, Cambridge, p. 444-461.
- Alföldy, G. (2002): *Provincia Hispania Superior*, Santiago de Compostela.
- Alföldy, G. (2004): «La cultura epigráfica de los romanos ¿una cultura de masas?», *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo antiguo: actas de la reunión realizada en Zaragoza los días 2 y 3 de junio de 2003*, J. Remesal, F. Marco Simón y F. Pina (coords.), Zaragoza, p. 137-149.
- Alföldy, G. (2007): «Fasti und Verwaltung der hispanischen Provinzen: zum heutigen Stand der Forschung», *Herrschen und Verwalten. Der Alltag der römischen Administration in der Hohen Kaiserzeit. Kolloquium zu Ehren von Werner Eck*, Köln 28-30/1/2005, R. Haensch y J. Heinrichs (eds.), Köln, p. 325-356.
- Almeida, C. A. (1996): *Povoamento romano do litoral minhoto entre o Cávado e o Minho*, (tesis doctoral inédita), Oporto.
- Almeida, C. A. (2003): «Alterações no povoamento indígena no início da romanização. Ponto da situação no Conventus Bracaraugustanus», *Boletim Auriense*, 33, p. 77-94.
- Alonso i Martínez, N., Junyent, E., Lafuente, A. y López, J. B. coords. (2003): *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*, Lleida.
- Álvarez González, Y. (1990): *Arqueología del Paisaje. Modelos de ocupación y explotación en el valle de Noceda (León) durante el tránsito del mundo prerromano al romano*, (tesis doctoral inédita), Madrid.
- Álvarez González, Y. (1993a): «El tránsito del mundo prerromano al romano en el Valle de Noceda», *Estudios bercianos*, 17, p. 75-84.
- Álvarez González, Y. (1993b): «Arqueología del paisaje: modelos de ocupación y explotación de los castros del Valle de Noceda (León)», *Complutum*, 4, p. 265-278.

- Álvarez González, Y. (1997): «Ocupación Castreña prerromana y romana en las cuencas del Noceda y del Boeza», *Estudios bercianos*, 23, p. 5-17.
- Amaré, M. T. y García Marcos, V. (1994): «Una producción de lucernas en *Asturica Augusta*», *Zephyrus*, 47, p. 273-285.
- Amaré, M. T., García Marcos, V., Morillo, A. (2006): «*Asturica Augusta* (Astorga). Introducción histórica y arqueológica», *Los campamentos romanos en Hispania (27 a.C.-192 d.C.) El abastecimiento de moneda*, M. P. García-Bellido (coord.), *Anejos de Gladius*, 9 (1), Madrid, p. 91-108.
- Andrades, E. (2008): «La ciudadanía romana bajo los Flavios y Antoninos», *Revista de estudios histórico-jurídicos*, 30, p. 47-80.
- Andreau, J. (1977): «La Banque antique et l'économie moderne», *Annali della Scuola normale superiore di Pisa. Classe di lettere e filosofia*, Série III, 7, p. 1125-52.
- Andreau, J. (1989): «Recherches récentes sur les mines à l'époque romaine. I. Propriété et mode d'exploitation», *Revue numismatique*, 31 (6), p. 86-112.
- Andreau, J. (1990): «Recherches récentes sur les mines à l'époque romaine. II. Nature de la main d'oeuvre, Histoire des techniques et de la Production», *Revue numismatique*, 32 (6), p. 85-108.
- Andreau, J. (1997): «L'État romain face au monde de la banque et du crédit», *Patrimoines, échanges et prêts d'argent: l'économie romaine*, Roma, p. 203-216.
- Andreau, J. (1999): *Banking and Business in the Roman World*, Cambridge.
- Andreau, J. (2001): *Banques et affaires dans le monde romain (IVe siècle av. J.C.-IIIe siècle ap. J.-C.)*, París.
- Andreu Pintado, J. (2003). «Incidencia de la municipalización flavia en el "conventus caesaravgvstanvs"», *Salvía: Estudios de prehistoria y arqueología*, 3, p. 163-185.
- Andreu Pintado, J. (2004a): *Edictum, Municipium y Lex: Hispania en época flavia (69-96 d.C.)*, Oxford.
- Andreu Pintado, J. (2004b): «Construcción pública y municipalización en la Provincia Hispania Citerior. La época Flavia», *Iberia: Revista de la Antigüedad*, 7, p. 39-76.
- Andreu Pintado, J. (2004c): «Apuntes sobre la *Quirina tribus* y la municipalización flavia de Hispania», *Revista Portuguesa de Arqueología*, 7 (1), p. 343-364.
- Andreu Pintado, J. (2007): «En torno al *ius Latii* flavio en Hispania. A propósito de una nueva publicación sobre latinidad», *Faventia*, 29 (2), p. 37-46.
- Andreu Pintado, J. (2008): «Sentimiento y orgullo cívico en Hispania: en torno a las menciones de *origo* en la Hispania Citerior», *Gerión*, 26 (1), p. 349-378.

- Antolinos, J. A. (2012): «Centros de producción y administración en el territorio minero de Carthago Nova. A propósito de los hallazgos en El Gorguel (Sierra de Cartagena)», *Minería y metalurgia antiguas. Visiones y revisiones. Homenaje a Claude Domergue*, A. Orejas y C. Rico (eds.), *Collection de la Casa de Velázquez*, 128, Madrid, p. 63-79.
- Antolinos, J. A. y Soler, B. (2007): «Los orígenes de la arqueominería en la región de Murcia (I): los hallazgos en la Sierra Minera de Cartagena-La Unión», *Mastia*, 6, p. 123-142.
- Antolinos, J. A. y Soler, B. (2008): «Los orígenes de la arqueominería en la Región de Murcia (II): los descubrimientos en el área de Mazarrón», *Mastia*, 7, p. 9-34.
- Antolinos, J. A., Fabre, J. M. y Rico, C. (2010): «Las minas romanas de Carthago Noua. Avance de las investigaciones en la Rambla del Abenque (Sierra de Cartagena)», *Mastia*, 9, p. 151-177.
- Arboledas, L. (2008): «Aspectos sociales y fiscales en las minas romanas del Alto Guadalquivir», *Pyrenae*, 39 (2), p. 71-99.
- Arboledas, L. (2010): *Minería y metalurgia romana en el Sur de la Península Ibérica: Sierra Morena oriental*, (*British Archaeological Reports, International Series* 2121), Oxford.
- Arce, J. (1984): «Los miliarios tardorromanos de Hispania: problemática histórica y epigráfica», *Epigraphie Hispanique*, R. Étienne (ed.), París, p. 289-294.
- Arce, J. (1997): «El siglo III d.C.: los preludios de la transformación de Hispania», *Hispania legado de Roma*, M. Almagro y J. M. Álvarez (eds.), Madrid, p. 353-361.
- Arce, J. (2005): *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D.)*, Madrid.
- Arce, J. (2009): *El último siglo de la España Romana, 284-409*, Madrid.
- Ardevan, R. (1998): *Viața Municipală în Dacia Romană*, Timișoara.
- Arias Bonet, G. (1989): «La vía A19 a la luz del miliario de O Burgo», *El Miliario Extravagante*, 20, p. 7-10.
- Arias Vilas, F. (1992): *A romanización de Galicia*, Vigo.
- Arias Vilas, F. (2000): «Os últimos traballos arqueolóxicos no castro de Viladonga (Castro de Rei, Lugo): 1988-1998», *Brigantium: Boletín do Museo Arqueolóxico e Histórico da Coruña*, 12, p. 187-198.
- Arias Vilas, F. y Fábregas, R. (2003): «Datacións radiocarbónicas do castro de Viladonga (Lugo)», *Gallaecia*, 22, p. 193-210.
- Ariño, E. y Díaz, P. C. (1999): «La economía agraria de la Hispania romana: colonización y territorio», *Studia histórica, Historia Antigua*, 17, p. 153-192.

- Ariño, E. y Gurt, J. M. (1994): «Catastros romanos en el entorno de *Augusta Emerita*. Fuentes literarias y documentación arqueológica», *Les campagnes de Lusitanie romaine: occupation du sol et habitats*, J. G. Gorges y M. Salinas (eds.), Madrid y Salamanca, p. 45-66.
- Arizaga, C. y Ayán, X. M. (2007): «Etnoarqueología del paisaje castreño: la segunda vida de los castros», *Los pueblos de la Galicia céltica*, F. J. González García (coord.), Madrid, p. 445-544.
- Astolfi, R. (1986): «Diritto minerario e problemi di metodo (a proposito di G. Negri, Diritto Minerario Romano, I. Milano 1984)», *Studia et Documenta Historiae et Iuris*, 52, p. 516-536.
- Aupert, P., Fincker, M. y Tassaux, F. (1998): «Agglomérations secondaires de l'Aquitaine atlantique», *Villes et Campagnes en Gaule romaine, Comité des travaux historiques et scientifiques. 120e Congrès national des Sociétés historiques et scientifiques (Aix-en-Provence, 1995)*, P. Gros (dir.), París, p. 45-69.
- Aurrecoechea, J. (2007): «El equipo militar romano en *Hispania*», *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*, A. Morillo (ed.), León, p. 175-190.
- Austin, M. M. y Vidal-Naquet, P. (1977): *Economic and social history of ancient Greece*, Londres.
- Ayán, X. M. (2008): *Os Castros de Neixón II. Do espazo natural a paisaxe cultural*, Noia.
- Ayán, X. M. (2011): *Casa, familia y comunidad en la Edad de Hierro del Noroeste*, (tesis doctoral inédita), Santiago de Compostela.

B

- Babeş, M. (2000): «*Devictis Dacis*. La conquête trajane vue par l'archéologie», *Civilisation grecque et cultures antiques périphériques. Hommage à Petre Alexandrescu à son 70e anniversaire*, Bucarest, p. 323-338.
- Bagnall, R. S. (1985): *Currency and Inflation in Fourth Century Egypt*, Nueva York.
- Bagnall, R. S. (2000): «P.Oxy. 4527 and the Antonine plague in Egypt: death or flight?», *Journal of Roman Archaeology*, 13, p. 288-292.
- Bagnall, R. S. (2002): «The effects of plague: model and evidence», *Journal of Roman Archaeology*, 15, p. 114-120.
- Bagnall, R. S. y Frier, B. W. (1994): *The demography of Roman Egypt*, Cambridge.
- Bagnall-Oakeley, M. E. (1896): «A hoard of Roman coins found at Bishop's Wood in 1895», *The Numismatic Chronicle*, p. 209-237.
- Balbín, P. (2006): *Hospitalidad y Patronato en la Península Ibérica durante la Antigüedad*, Salamanca.

- Balbín, P. (2010): «Reflexiones sobre el bronce de El Picón», *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*, I. Sastre y A. Beltrán (eds.), León, p. 67-78.
- Balboa, J. A. (1999): «Un edicto del emperador Augusto hallado en El Bierzo», *Estudios Bercianos*, 25, p. 45-53.
- Baldacci, P. (1969): «*Patrimonium e ager publicus* al tempo del Flavi. Richerche sull'uso del termine *fiscus* in Seneca», *La Parola del Passato*, 24, p. 349-367.
- Balil, A. (1960): «La defensa de *Hispania* en el Bajo Imperio», *Zephyrus*, 11, p. 179-197.
- Balil, A., Pereira, G. y Sánchez-Palencia, F. J. (eds.) (1991): *Tabula Imperii Romani: Coninbriga-Bracara-Lucus-Asturica (=TIR K-29)*, Madrid.
- Banaji, J. (2004): *Agrarian Change in Late Antiquity. Gold, Labour, and Aristocratic Dominance*, Oxford.
- Banaji, J. (2010): *Theory as History: Essays on Modes of Production and Exploitation*, Leiden y Boston.
- Bancalari, A. (2007): *Orbe Romano e Imperio Global. La romanización desde Augusto hasta Caracalla*, Santiago de Chile.
- Bandelli, G. (1996): «Organizzazione municipale e *ius Latii* nell'Italia Transpadana», *Teoría y práctica del ordenamiento municipal en Hispania. Revisiones de Historia Antigua*, II, Vitoria, p. 97-115.
- Bang, P. F. (2008): *The Roman Bazaar. A Comparative Study of Trade and Markets in a Tributary Empire*, Cambridge.
- Barbero, A. y Vigil, M. (2012[1960]): *Visigodos, cántabros y vascones en los orígenes sociales de la Reconquista*, Pamplona.
- Barbosa, M. B. (1998-2002): «Tesouros monetários romanos em Portugal: da República ao Reinado de Augustus», *Nummus*, 21-25, p. 7-144.
- Bargagli, B. y Grosso, C. (1997): *I Fasti Ostienses. Documento Della Storia Di Ostia*, Roma.
- Baron, S., Tămaş, C. G., Cauuet, B. y Muñoz, M. (2011): «Lead isotope analyses of gold–silver ores from Roşia Montană (Romania): a first step of a metal provenance study of Roman mining activity in Alburnus Maior (Roman Dacia)», *Journal of Archaeological Science*, 38 (5), p. 1090-1100.
- Barrett, J. (1997): «Romanization: A Critical Comment», *Dialogues in Roman Imperialism*, D. Mattingly (ed.), *Journal of Roman Archaeology Supplementary Series*, 23, Portsmouth, p. 51-64.

- Bartlett, B. (1994): «How Excessive Government Killed Ancient Rome», *Cato Journal*, 14 (2), p. 287-303.
- Bartolomé, R. (2008): «Primeiras valoracións da intervención realizada na Agra dos Castros, Marcelle (Lugo)», *Croa*, 18, p. 28-33.
- Becker, G., Murphy, K. y Tamura, R. (1990): «Human capital, fertility and economic growth», *Journal of Political Economy*, 98 (5), p. S12-S37.
- Behrends, O., Clavel-Lévêque, M., Capogrossi-Colognesi, D., Von Cranach, P., Gonzales, A., Guillaumin, J. Y., Pena, M. J. y Ratti, S. (1998): *Frontin, L'oeuvre gromatique*, Luxemburgo.
- Bello, J. M. y Peña, A. (1995): *Galicia na Prehistoria. Historia de Galicia*, I, A Coruña.
- Belloni, G. G. (1974): «Significato storico-politici delle figurazioni e delle scritte delle monete da Augusto a Traiano», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, 2 (1), p. 997-1144.
- Belloni, G. G. (2002): *La moneta romana. Società, politica, cultura*, Roma.
- Beltrán Lloris, F. (1980): *Epigrafía latina de Saguntum y su territorium: (cronología, territorium, notas prosopográficas, cuestiones municipales)*, Valencia.
- Beltrán Lloris, F. (1988): «Un espejismo historiográfico. Las organizaciones gentilicias hispanas», *Actas del Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua*, 2, G. Pereira (ed.), Santiago de Compostela, p. 197-237.
- Beltrán Lloris, F. (1992): «Parentesco y ciudad en la Céltica hispana», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 18 (2), p. 189-220.
- Beltrán Lloris, F. (1993): «Parentesco y sociedad en la Hispania Céltica (I a. e.-III d.e.)», *Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica*, M. C. González Rodríguez y N. Santos Yanguas (eds.), Vitoria, p. 73-104.
- Beltrán Lloris, F. (2001a): «La hospitalidad celtibérica: una aproximación desde la epigrafía latina», *Paleohispánica*, 1, p. 35-62.
- Beltrán Lloris, F. (2001b): «Los pactos de hospitalidad de la Hispania Citerior: una valoración histórica», *Actas del I Congreso Internacional de Historia Antigua: La Península Ibérica hace 2000 años (Valladolid, 23-25 de noviembre de 2000)*, L. Hernández, L. Sagredo y J. M. Solana Sáinz (eds.), Valladolid, p. 393-399.
- Beltrán Lloris, F. (2010): «*Hospitium* y ciudadanía en la Tábula de El Picón. El bronce de El Picón (Pino del Oro)», *Procesos de cambio en el occidente de Hispania*, I. Sastre y A. Beltrán (ed.), León, p. 129-136.

- Beltrán Lloris, F. (2015): «The Epigraphic Habit in the Roman World», *The Oxford Handbook of Roman Epigraphy*, C. Bruun y J. Edmondson (eds.), Oxford y Nueva York, p. 131-148.
- Beltrán Ortega, A. (2016): *Epigrafía y territorio: las civitates de la Asturia meridional y la Lusitania nororiental*, (tesis doctoral inédita), Madrid.
- Beltrán Ortega, A. y Alonso, F. (2010): «El contexto epigráfico de Pino del Oro, Zamora: escritura, símbolo y poder en el área transmontano-zamorano occidental», *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*, I. Sastre y A. Beltrán (eds.), Valladolid, p. 175-200.
- Beltrán Ortega, A., Reher, G., Alonso, F., Romero, D., Currás, B., Pecharromán, J. L. y Sastre, I. (2009): «Inscripciones funerarias y votivas de Villardiegua y Pino de Oro: arqueología y epigrafía latina en Zamora», *Coninbriga*, 48, p. 123-180.
- Beltrán Ortega, A., Romero, D. y Alonso, F. (2013): «Epigrafía y poblamiento en el occidente de Zamora: Aliste y Alba», *Debita verba. Estudios en homenaje al profesor Julio Mangas*, I. R. M. Cid y E. García Fernández (eds.), Madrid, p. 247-272.
- Beltrán Ortega, A., Zubiaurre, E., Orejas, A., Arboledas, L. y Pecharromán, J. L. (en prensa): «Presencia militar en las zonas mineras del Noroeste peninsular: dominio y explotación territorial», *Praxis e Ideologías de la Violencia. Para una anatomía de la dependencia en las sociedades patriarcales esclavistas, desde la Antigüedad. Homenaje a Amparo Pedregal*, Oviedo.
- Bennett, J. (1997): *Trajan. Optimus Princeps*, Londres.
- Berger, A. (1948): «A Labor Contract of A.D. 164: CIL III, P. 948, No. X», *Classical Philology*, 43 (4), p. 231-242.
- Bermejo, J. C. (1978): «Variaciones sobre el tema de la centuria», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 31, p. 95-116.
- Berrocal-Rangel, L. y Moret, P. (2007): «Las fortificaciones protohistóricas de la Hispania céltica: cuestiones a debate», *Las murallas protohistóricas de la meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo. Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (Octubre 2006)*, L. Berrocal-Rangel y P. Moret (eds.), Madrid, p. 15-34.
- Berrocal-Rangel, L., Martínez Seco y Ruiz Triviño, C. (2002): *El Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo). Un castro astur en los orígenes de Oviedo*, Madrid.
- Bersanetti, G. M. (1941): *Vespasiano*, Roma.

- Bertrand, A. dir. (2015): *Expropriations et confiscations dans l'Italie et les provinces: la colonisation durant la République et l'Empire*, Roma.
- Bick, D., Boon, G. C., Jones, G. D. B. y Maude, K. (1993): «Dolaucothi Again», *Britannia*, 24, p. 247-249.
- Binder, G. (1987) : «Auguste d'après les informations de la *N. H.* de Pline», *Pline l'Ancien, témoin de son temps*, Salamanca y Nantes, p. 107-116.
- Bird, D. (1984): «Pliny and the gold mines of the North West of the Iberian Peninsula», *Papers in Iberian Archaeology*, T. F. C. Blagg, R. F. J. Jones y S. J. Keay (eds.), *British Archaeological Reports, International Series* 193, Oxford, p. 341-368.
- Bird, D. (2004): «Aspects of Roman gold-mining: Dolaucothi, Asturias and Pliny», *Archaeology of the Roman Empire, A tribute to the life and works of Professor Barri Jones*, N. J. Higham (ed.), *British Archeological Reports, International Series* 940, Oxford, p. 341-368.
- Birley, A. R. (2002): *Septimius Severus: The African Emperor*, Nueva York.
- Birley, A. R. (2005): *The Roman Government of Britain*, Oxford.
- Bland, R. (1996): «The development of gold and silver denominations. AD 193-253», *Coin Finds and Coin Use in the Roman World. The Thirteenth Oxford Symposium on Coinage and Monetary History (25-27, 3, 1993)*, C. E. King y D. G. Wigg (eds.), Berlín, p. 63-100.
- Bland, R. (1997): «The changing patterns of hoards of precious-metal coins in the Late Empire», *Antiquité tardive: revue internationale d'histoire et d'archéologie*, 5, p. 29-55.
- Bland, R. (2012): «Gold for the barbarians? Uniface gold medallions of the House of Constantine found in Britain and Ireland», *Britannia*, 43, p. 217-225.
- Bland, R. (2013): «What happened to gold coinage in the 3rd c. AD?», *Journal of Roman Archaeology*, 26, p. 263-280.
- Bland, R. y Lorient, X. (2010): *Roman and Early Byzantine gold coins found in Britain and Ireland*, Londres.
- Blas, M. A. de y A. Villa eds. (2002): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica. Formación y desarrollo de la cultura castreña. Coloquios de Arqueología en la Cuenca del Navia*, Navia.
- Blázquez Cerrato, C. (1995): «Consideraciones sobre los hallazgos de monedas partidas en la Península Ibérica», *La moneda hispánica: ciudad y territorio*, M. P. García-Bellido y R. M. S. Centeno (coords.), *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 14, Madrid, p. 297-304.

- Blázquez Cerrato, C. (1999): «Notas sobre la contramarca cabeza de águila y su distribución geográfica en el territorio peninsular», *Rutas, ciudades y moneda en Hispania: actas del II Encuentro Peninsular de Numismática Antigua* (Porto, marzo de 1997), G. Mora, R. M. S. Centeno y M. P. García-Bellido (eds.), *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 20, Madrid, p. 91-100.
- Blázquez Cerrato, C. (2002): *Circulación monetaria en el área occidental de la península ibérica. La moneda en torno al "Camino de la Plata"*, (*Archéologie et Histoire Romaine*, 6), Montagnac.
- Blázquez Cerrato, C. (2004): «La presencia de moneda en la provincia de Zamora: análisis del poblamiento a través del documento monetar», *Zephyrus*, 57, p. 319-366.
- Blázquez Cerrato, C. (2005): «Vías de comunicación y circulación monetaria en la meseta norte y el noroeste», *Unidad y diversidad en el arco Atlántico en época romana*, Fernández Ochoa, C. y García Díaz, P. (ed.), *British Archaeological Reports, International Series* 1371, Oxford, p. 235-244.
- Blázquez Martínez, J. M. (1970): «Fuentes literarias griegas y romanas referentes a las explotaciones mineras de la Hispania romana», *La minería hispana e iberoamericana: contribución a su investigación histórica. Estudios, fuentes, bibliografía*, 1, León, p. 117-150.
- Bleicken, J. (1974): «In provinciali solo dominium populi Romani est vel Caesaris. Zur kolonisations politik der ausgehenden Republik und frühen Kaiserzeit», *Chiron*, 4, p. 359-414.
- Blet-Lemarquand, M., Nieto-Pelletier, S. y Sarah, G. (2014a): «L'or et l'argent monnayés», *Circulation et provenance des matériaux dans les sociétés anciennes*, P. Dillmann y L. Bellot-Gurlet (eds.), París, p. 133-159.
- Blet-Lemarquand, M., Nieto-Pelletier, S. y Téreygeol, F. (2014b): «“Tracer” l'or monnayé: le comportement des éléments traces de l'or su cours des opérations de refonte et d'affinage», *Bulletin de la Société Française de Numismatique*, 4, p. 90-95.
- Bloch, M. y Parry, J. (1989): «Introduction. Money and the morality of exchange», *Money and the morality of exchange*, M. Bloch y J. Parry (eds.), Cambridge, p. 1-32.
- Bloemers, J. H. F., Kars, H., van der Valk, A. y Wijnen, M. (eds.) (2010): *The Cultural Landscape Heritage Paradox. Protection and development of the Dutch Archaeological-Historical Landscape and its European Dimension*, Amsterdam.
- Boak, A. E. R. (1959): «Egypt and the Plague of Marcus Aurelius», *Historia*, 8, p. 248-150.
- Boeckh, A. (1838): *Metrologische Untersuchungen*, Berlín.

- Bogdan-Cătănciu, I. (1990): «Ptolémée et la province de Dacie», *Dacia*, NS, 34, p. 223-234.
- Boia, L. (1997): *Istorie si mit în constiinŃa românească*, Bucurest.
- Bolin, S. (1958): *State and currency in the roman empire to 300 A.D.*, Estocolmo.
- Bonneville, J. N., Étienne, R., Rouillard, P., Sillières, P. y Tranoy, A. (1982): «Les villes romaines de la Péninsule Ibérique», *Les villes dans le monde ibérique. Actes du Colloque de Talence, 27-28 novembre 1980*, París, p. 11-23.
- Boon, G. C. (1971): «Aperçu sur la production des métaux non ferreux dans la Bretagne romaine», *Apulum*, 9, p. 453-503.
- Boon, G. C. y Williams, C. (1966): «The Dolaucothi drainage wheel», *Journal of Roman Studies*, 56, p. 122-127.
- Bordes, J. L. y Domergue, C. (2007): «À propos de la *ruina montium* de Pline l'Ancien: une lecture technique du site de Las Médulas (León, Espagne)», *Énergie hydraulique et machines élévatrices d'eau dans l'Antiquité, Actes du Colloque international tenu sur le Site du Pont du Gard (20-22 septembre 2006)*, P. J. Brunt y J. L. Fiches (eds.), Nápoles, p. 89-111.
- Borstad, K. A. (2008): «History from Geography: The Initial Route of the Via Nova Traiana in Jordan», *Levant*, 40 (1), p. 55-70.
- Bost, J. P., Campo, M. y Gurt, J. M. (1992): «Trouvailles d'aurei et de solidi dans la péninsule ibérique», *L'or monnayé III. Trouvailles de monnaies d'or dans l'Occident romain*, C. Brenot y X. Lorient (eds.), París, p. 33-89.
- Bota, E., Ţentea, O. y Voişian, V. (2010): «The Public Edifice of Tomuş Site (E 1)», *Alburnus Maior I*, P. Damian (ed.), Cluj-Napoca, p. 417-430.
- Bourdieu, P. (1986): «The Forms of Capital», *Handbook of Theory and research for the Sociology of Education*, J. S. Richardson (ed.), Westport.
- Bourdieu, P. (2003): *Las estructuras sociales de la economía*, Barcelona.
- Bouzó, X. M. y Pérez Pintos, X. (2001): «Minería aurífera romana: do Miñor ó Miño», *Revista de Estudios Miñoranos*, 1, p. 37-50.
- Bove, L. (1960): *Ricerche sugli agri vectigales*, Nápoles.
- Bowden, W. y Lavan, L. (2004): *Recent Research on Late Antique Countryside*, Leiden.
- Bowman, A. K. (1996): «Egypt», *The Augustan Empire, 43 B.C. –A.D. 69*, A. K. Bowman, E. Champlin y A. Lintott (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 10, Cambridge, p. 676-702.
- Bowman, A. K. (2010): «Trade and the flag. Alexandria, Egypt and the Imperial House. Alexandria and the North-Western Delta», *Joint Conference Proceeding of*

- Alexandria: City and Harbour* (Oxford 2004) and *The Trade and Topography of Egypt's North-West Delta* (Berlín 2006), D. Robinson y A. Wilson (eds.), Oxford, p. 103-109.
- Bowman, A. K. y Wilson, A. (2009): «Quantifying the Roman Economy: Integration, Growth, Decline?», *Quantifying the Roman Economy: Methods and Problems*, A. K. Bowman y A. Wilson (eds.), Oxford, p. 4-84.
- Bradley, K. (1998): *Esclavitud y sociedad en Roma*, Barcelona.
- Brañas, R. (1995): *Indíxenas e romanos na Galicia Céltica*, Santiago de Compostela.
- Brañas, R. (1999): «O impacto da romanización en Galicia», *Os celtas da Europa Atlántica: actas do Iº Congreso Galego sobre a Cultura Celta* (Ferrol, agosto 1997), Ferrol, p. 215-228.
- Brañas, R. (2000): *Deuses, heroes e lugares sagrados na cultura castrexa*, Santiago de Compostela.
- Brañas, R. (2007): «Entre mitos, ritos y santuarios: los dioses galaico-lusitanos», *Los pueblos de la Galicia céltica*, F. J. González (ed.), Madrid, p. 377-444.
- Braunert, H. (1966): «*Ius Latii* in den Staatrechten von Salpensa und Malaca», *Corolla memoriae Erich Swodoba dedicata*, Graz y Colonia, p. 126-142.
- Bravo Bosch, M. J. (2009): «*Latium Maius versus Latium Minus* en la Hispania Flavia», *Anuario da Facultade de Dereito da Universidade da Coruña*, 13, p. 39-56.
- Bravo Bosch, M. J. (2016): «Urbanismo y territorio en la Antigüedad tardía en Hispania», *Revista digital de Derecho Administrativo*, 16, p. 145-191.
- Brecciaroli, L. (1988): «Nuovi documenti epigrafici dal circondario di Victimulae inter Vercellas et Eporediam», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 74, p. 133-144.
- Brenot, C. y Mezger, C. (1992): «Trouvailles de bijoux monétaires dans l'Occident romain», *L'or monnayé III. Trouvailles de monnaies d'or dans l'Occident romain*, C. Brenot y X. Loriot (eds.), París, p. 313-372.
- Broadhead, W. (2001): «Rome's migration policy and the so-called *ius migrandi*», *Cahiers du Centre G. Glotz: Revue d'histoire ancienne*, 12, p. 69-90.
- Brunt, P. A. (1966): «The Fiscus and its Development», *Journal of Roman Studies*, 56, p. 75-91.
- Brunt, P. A. (1971): *Italian Manpower, 225 B.C.-A.D. 14*, Oxford.
- Brunt, P. A. (1977): «Lex de Imperio Vespasiani», *Journal of Roman Studies*, 67, p. 95-116.
- Brunt, P. A. (1981): «The revenues of Rome», *Journal of Roman Studies*, 71, p. 161-172.

- Brunt, P. A. (1990): *Roman Imperial Themes*, Oxford.
- Bruun, C. (2003): «The Antonine plague in Rome and Ostia», *Journal of Roman Archaeology*, 16, p. 426-434.
- Bruun, C. (2007): «Why Did Frontinus Write the *De Aquaeductu*?», *Journal of Roman Archaeology*, 20: 460-466.
- Búa, C. (2003): «Cosus. Un ejemplo de epigrafía e religión», *Boletín Auriense*, 33, p. 147-184.
- Buckland, W. W. (1970): *The Roman Law of Slavery: the condition of the Slave from Augustus to Justinian*, Cambridge.
- Buonocore, M. (2009): «Modalidades de la legitimación pública y de la autorrepresentación a través de la praxis documental epigráfica. Algunos ejemplos de la Italia romana», *Cultura Escrita & Sociedad*, 9, p. 106-143.
- Burdese, A. (1968): *Fisco (Diritto romano)*, (*Enciclopedia del diritto*, 17), Milán.
- Burdese, A. (1989): «La proprietà e le proprietà nell'esperienza giuridica romana», *Studia et Documenta Historiae et Iuris*, 55, p. 411-418.
- Burn, A. R. (1969): *The Romans in Britain. An Anthology of Inscriptions*, Oxford.
- Burnett, A. (1987): *Coinage in the Roman World*, Londres.
- Burnham, B. C. (1994): «Dolaucothi revisited», *Mining before powder*, T. D. Ford y L. Willies (eds.), Matlock y Bath, p. 41-47.
- Burnham, B. C. (1997): «Roman mining at Dolaucothi: the implications of the 1991-3 excavations near Carreg Pumsaint», *Britannia*, 28, p. 325-336.
- Burnham, B. C. y Burnham, H. (2004): *Dolaucothi-Pumsaint. Survey and excavations at a Roman Gold-Mining Complex 1987-1999*, Oxford.
- Burnham, B. C. y Wachter, J. (1990): *The Small Towns of Roman Britain*, Berkeley.
- Burns, T. S. y Eadie, J. W. (2001): *Urban Centers and Rural Contexts in Late Antiquity*, Michigan.
- Burón, M. (1997): *El trazado urbano en las proximidades del Foro en Asturica Augusta. La casa del pavimento de opus signinum* (*Arqueología en Castilla y León*, 2), Valladolid.
- Burón, M. (2006): «El Trazado Urbano de Asturica Augusta: Génesis y Evolución», *Nuevos Elementos de Ingeniería Romana. III Congreso de las Obras Públicas Romanas*, Astorga, p. 289-312.
- Burón, M., García Giménez, R. y Suárez Vega, R. (1999): «Composición mineralógica de materiales cerámicos romanos de época altoimperial producidos en Asturica

- Augusta», *Actas XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*, Murcia, p. 323-330.
- Butcher, K. y Ponting, M. (2005): «The Roman denarius under the Julio-Claudian emperors: mints, metallurgy and technology», *Oxford Journal of Archaeology*, 24 (2), p. 163-197.
- Butcher, K. y Ponting, M. (2011): «The denarius in the first century», *Proceedings of the XIV International Numismatic Congress (Glasgow, 2009)*, N. Holmes (ed.), Glasgow, p. 557-568.
- Buttrey, T. V. (1972): «Vespasian as moneyer», *The Numismatic Chronicle*, 12, p. 89-109.
- Buttrey, T. V. (1993): «Calculating ancient coin production: facts and fantasies», *The Numismatic Chronicle*, 153, p. 335-351.

C

- Caamaño, J. M. (1976): *La vía nº 18 del Itinerario de Antonino a su paso por la actual provincia de Orense*, (tesis doctoral inédita), Santiago de Compostela.
- Caamaño, J. M. (1979): «Las monedas imperiales de cecas hispánicas en la colección Blanco Cicerón-A Coruña», *Gallaecia*, 5, p. 101-165.
- Caamaño, J. M. (1988): «Arqueología romana de Valdeorras», *II Semana de historia de Valdeorras (época pre-romana y romana)*, O Barco de Valdeorras, p. 15-39.
- Caamaño, J. M. (1995-1996): «El trazado de la Vía 18 del Itinerario de Antonino en Galicia», *Cadernos de Arqueologia*, Série II, 12-13, p. 45-87.
- Caamaño, J. M. (1996): «Los campamentos romanos de Galicia», *Los finisterres atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*, C. Fernández Ochoa (coord.), Madrid, p. 113-120.
- Caamaño, J. M. (1999): «Las vías romanas de Galicia y los hallazgos numismáticos en su trazado», *Rutas, ciudades y moneda en Hispania*, R. M. S. Centeno, M. P. García-Bellido y G. Mora, *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 20, Madrid, p. 115-134.
- Caamaño, J. M. (2009): *La Vía Nova 18. Itinerario Antonino en su tramo galaico*, Vilalba.
- Caamaño, J. M. y Fernández, C. (2002): «Novedades sobre el campamento romano de Ciudadela (Sobrado dos Monxes, A Coruña)», *Arqueología militar romana en Hispania*, A. Morillo (coord.), *Anejos de Gladius*, 5, Madrid, p. 213-226.
- Caamaño, J. M. y Fernández, C. (2006): «Ciudadela fort», *The Roman Army in Hispania. An archaeological guide*, A. Morillo y J. Aurrocoechea (eds.), León, p. 312-316.
- Calboli, G. ed. (1978): *M. Porcii Catonis Oratio pro Rhodiensibus: Catone, l'Oriente greco e gli imprenditori romani*, Boloña.

- Callataÿ, F. (1995): «Calculating ancient coin production: seeking a balance», *The Numismatic Chronicle*, p. 289-312.
- Callataÿ, F. (2005): «The Graeco-Roman Economy in the Super Long-Run: Lead, Copper, and Shipwrecks», *Journal of Roman Archaeology*, 18, p. 361-372.
- Callataÿ, F. ed. (2014): *Quantifying the Greco-Roman Economy and Beyond*, Bari.
- Calleri, G. (1985): *La Bessa. Documentazione sulle aurifodine romane nel territorio biellese*, Biella.
- Callu, J. P. (1969): *La politique monétaire des empereurs romains de 238 à 311*, París.
- Callu, J. P. (2003): «Succès et limites du solidus constantinien», *Moneta Mercanti Banchieri. I precedenti greci e romani dell'Euro. Atti del convegno internazionale, Cividale del Friuli, 26-28 settembre 2002*, Pisa, p. 205-218.
- Callu, J. P. y Barrandon, J. N. (1986): «L'inflazione nel IV secolo (295-361): il contributo delle analisi», *Società romana e impero tardoantico, I. Istituzioni, ceti, economie*, A. Giardina (ed.). Roma y Bari, p. 559-600.
- Callu, J. P. y Lorient, X. (1990): *L'or monnayé II. La dispersion des aurei en Gaule romaine sous l'empire*, Juan-les-Pins.
- Callu, J. P., Brenot, C., Barrandon, J. N. y Poirier, J. (1985): «Aureus obryziacus», *L'or monnayé I. Purification et alterations de Rome a Byzance*, París, p. 81-111.
- Camino, J. (1995): *Los castros marítimos en Asturias*, Oviedo.
- Camino, J. (1999): «Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa Precisiones cronológicas», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1995-1999*, p. 151-161.
- Camino, J. (2003): «Los castros de la Ría de Villaviciosa: contribución a la interpretación de la Edad del Hierro en Asturias», *Trabajos de Prehistoria*, 60, p. 159-171.
- Camino, J. coord. (2005): *La Carisa. Ástures y romanos frente a frente*, Oviedo.
- Camino, J. (2015): *La vía Asturica Augusta/Legio a Flavionavia por el puerto de la Mesa*, (tesis doctoral inédita), Alcalá de Henares.
- Camino, J., Peralta, E. y Torres, J. F. coords. (2015): *Las Guerras Astur-Cántabras*, Oviedo.
- Campbell, J. B. (1984): *The Emperor and the Roman Army*, Oxford.
- Campbell, J. B. (2000): *The Writings of the Roman Land Surveyors*, Londres.
- Canto, A. (1990): «La Tabula Lougeiorum: un documento a debate», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Universidad Autónoma de Madrid*, 17, p. 267-275.

- Canto, A. (1996): «*Oppida Stipendiaria*: Los municipios flavios en la descripción de *Hispania* de Plinio», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Universidad Autónoma de Madrid*, 23, p. 212-243.
- Canto, A. y Fernández Ochoa, C. (1985): «Epígrafe votivo a Dovitero procedente del Castro de Mohías (Asturias)», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 115, p. 483-486.
- Cañas, P. (2005): «Aspectos jurídicos del censo romano, I», *Boletín de la Facultad de Derecho*, 26, p. 455-510.
- Capanelli, D. (1984): «Alcune note relative alle leges metalli Vipascensis», *Bullettino dell'Istituto di Diritto Romano "Vittorio Scialoja"*, 86-87, p. 121-146.
- Capogrossi, L. (1985): *Propietà e signoria in Roma antica*, Roma.
- Capogrossi, L. (1996): *Propietà e signoria in Roma antica*, Roma.
- Capogrossi, L. (1999): «Spazio privato e spazio pubblico», *La forma della città e del territorio. Atti dell'Incontro. S. Maria Capua Vetere 1998. 27-28 novembre. Esperienze metodologiche e risultati a confronto*, Roma, p. 17-41.
- Carballo Arceo, X. (1996): «Os castros galegos: espacio e arquitectura», *Gallaecia*, 14-15, p. 309-357.
- Carballo Arceo, X., Luaces Anca, J. y Toscano Novella, M. C. (1998): *Catálogo do Patrimonio Arqueolóxico. Arqueoloxía de Vigo e súa historia*, (Catálogos do Patrimonio, 2), Vigo.
- Carbó, J. R. (2002): «Algunas observaciones sobre el proceso de urbanización en la Dacia romana», *Studia historica. Historia Antigua*, 20, p. 115-138.
- Carbó, J. R. (2010): «*Dacia Capta*: particularidades de un proceso de conquista y romanización», *Habis*, 41, p. 275-292.
- Carcopino, J. (1968): *Las etapas del imperialismo romano*, Buenos Aires.
- Cardascia, G. (1950): «L'apparition dans le droit romain des classes d'*honestiores* et *humiliores*», *Revue historique de droit français et étranger*, Serie IV, 27, p. 305-337.
- Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1969): *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México.
- Carettoni, G. (1960): «Foro», *Enciclopedia dell'Arte Antica*, 3, p. 723-726.
- Carlà, F. (2009): *L'oro nella tarda antichità: aspetti economici e social*, Turín.
- Carreras, C. y Berni, P. (2003): «Anforas de Astorga», *Astorga IV. Lucernas y ánforas*, M. T. Amaré (dir.), León, p. 633-673.
- Carretero, S. (2000): *El campamento romano del ala II Flavia en Rosino de Vidriales (Zamora): La cerámica*, Zamora.

- Carretero, S. y Romero Carnicero, M. V. (1996): *Los campamentos Romanos de Petauonium (Rosino de Vidriales, Zamora)*, Zamora.
- Carrié, J. M. (1993a): «Eserciti e strategie. Le riforme economiche da Aureliano a Costantino», *Storia di Roma III/1. L'età tardoantica. Crisi e trasformazione*, Turín, p. 83-154.
- Carrié, J. M. (1993b): «Observations sur la fiscalité du IV siècle pour servir a l'histoire monétaire», *L'inflazione nel Quarto Secolo*, S. Sorda (dir.), Roma, p. 115-154.
- Carrié, J. M. (2003): «Aspects concrets de la vie monétaire en Province», *Revue numismatique*, 6, 159, p. 175-203.
- Carrié, J. M. (2005): «Developments in provincial and local administration», *The Crisis of Empire, A.D. 193–337*, A. Bowman, P. Garnsey y A. Cameron (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 12, Cambridge y Nueva York, p. 269-312.
- Carrocera, E. (1990): «El castro de San Isidro: informe de las excavaciones arqueológicas 1986», *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-86*, Oviedo, p. 157-162.
- Carrocera, E. (1992): «Excavaciones arqueológicas en el Occidente de Asturias (campanías de 1987-1990)», *Excavaciones arqueológicas en Asturias. 1987-1990*, 2, Oviedo, p. 129-136.
- Carson, R. A. G. (1965): «The reform of Aurelian», *Revue numismatique*, 6 (7), p. 225-235.
- Carvalho, H. (2008a): *O povoamento romano na fachada ocidental do Conventus Bracaraensis*, (tesis doctoral inédita), Braga.
- Carvalho, H. (2008b): «Organisation cadastrale autour de Bracara Augusta, Braga (Portugal)», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 34 (1), p. 155-160.
- Carvalho, H. (2012): «Marcadores da paisagem e intervenção cadastral no território próximo da cidade de Bracara Augusta (*Hispania Citerior Tarraconensis*)», *Archivo Español de Arqueología*, 85, p. 149-166.
- Carvalho, P. (2007): *Cova da Beira. Ocupação e exploração do território na época romana*, Coimbra.
- Carvalho, P., Alegria, C., Costeira da Silva, R. y Oliveira, S. (2002): «Povoamento rural romano ao longo da riveira da Meimoa - Fundao (1ª campanha de prospecção intensiva)», *Conimbriga*, 41, p. 127-152.
- Cascajero, J. (1993): «Escritura, oralidad e ideología. Hacia una reubicación de las fuentes escritas para la Historia Antigua», *Gerión*, 11, p. 95-144.
- Casillas, J. M., Hidalgo, E. y Rodríguez, J. A. (1993): «La municipalización de Segontia», *Actas del II Congresso Peninsular de História Antiga (Coimbra, 18 a 20 de Outubro de 1990)*, Coimbra, p. 623-626.

- Castagno, R. (2008): «L'evergetismo di Traiano ed Adriano nelle città dell'Italia. Opere pubbliche e modalità di intervento», *Rivista della Scuola di Specializzazione in Archeologia dell'Università degli Studi di Milano*, 1, p. 110-138.
- Castillo, M. J. (1996): *Espacio en orden: El modelo gromático-romano de ordenación del territorio*, Logroño.
- Castro Carrera, J. C. (2007): «La salina romana del yacimiento de “O Areal”, Vigo (Galicia): un complejo industrial salazonero altoimperial», *Congreso internacional CETARIAE. Salsas y salazones de pescado en Occidente durante la Antigüedad. Universidad de Cádiz, Noviembre de 2005*, L. Lagóstena, D. Bernal Casasola y A. Arévalo (eds.), *British Archaeological Reports, International Series 1686*, Oxford, p. 355-365.
- Castro Carrera, J. C. (2008): «La saline romaine de “O Areal”, Vigo (Galice): architecture d'une installation industrielle de production de sel», *Sel, eau, forêt d'hier à aujourd'hui*, O. Weller, A. Dufraisse y P. Pétrequin (cords.), Besançon, p. 381-399.
- Cauuet, B. (1991): «L'exploitation de l'or en Limousin, des Gaulois aux Gallo-Romains», *Annales du Midi: revue archéologique, historique et philologique de la France méridionale*, 103, 194, p. 149-181.
- Cauuet, B. (2004a): *L'or des Celtes du Limousin*, Limoges.
- Cauuet, B. (2004b): «Apport de l'archéologie minière à l'étude de la mise en concessions des mines romaines aux IIe et IIIe siècles. L'exemple de *Vipasca* (Aljustrel, Portugal) et d'*Alburnus Maior* (Roşia Montană, Roumanie)», *V Mesa Redonda Internacional sobre Lusitania Romana: las comunicaciones*, J. G. Gorges, E. Cerrillo y T. Nogales Basarrate (eds.), Cáceres, p. 33-60.
- Cauuet, B. (2008): «L'espace minier romain. Le cas des mines d'or et d'argent d'*Alburnus Maior* en Dacie Romaine (Rosia Montana, Roumanie)», *Actas del V Congreso Internacional sobre Minería y Metalurgia Históricas en el Suroeste Europeo*, León, p. 345-382.
- Cauuet, B. (2014): «Gold and silver extraction in *Alburnus Maior* mines, Roman Dacia (Rosia Montana, Romania). Dynamics of exploitation and management of the mining space», *Atas do Simpósio Internacional Paisagens Mineiras Antigas na Europa Occidental*, Boticas, p. 85-108.
- Cauuet, B. y Tămaş, C. (2012): «Les travaux miniers antiques de Rosia Montana (Roumanie). Apports croisés entre archéologie et géologie», *Minería antigua: estudios regionales y temas de investigación actual, Colloque Internacional (28-29*

- novembre 2005), *Casa de Velazquez*, A. Orejas, C. Rico y F. J. Sánchez-Palencia (dirs.), Madrid, p. 219-241.
- Cauuet, B., Ancel, B., Rico, C. y Tămaş, C. (2010): «Ancient Mining Networks. The French Archaeological Missions 1999-2001», *Alburnus Maior I*, P. Damian (ed.), Cluj-Napoca, p. 451-510.
- Cavada, M. y Villanueva, M. (2004): «Gallaecia en época Antonina: Los hallazgos monetarios», *La Hispania de los Antoninos (98-180): Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua: Valladolid, 10, 11 y 12 de noviembre de 2004*, L. Hernández Guerra (coord.), Valladolid, p. 597-623.
- Cavalieri Manasse, G. (2000): «Un documento castastale dell'agro centuriato Veronese», *Athenaeum*, 80 (1), p. 5-48.
- Centeno, R. M. S. (1987): *Circulação monetária no Noroeste peninsular até 192*, Oporto.
- Cepas, A. (1997): *Crisis y continuidad en la Hispania del siglo III*, (Anejos de Archivo Español de Arqueología, 17), Madrid.
- Cepas, A., Álvarez, Y. y López, L. F. (1999): «Circulación monetaria en zonas mineras: el poblado de O Castelo (Orense)», *Rutas, ciudades y moneda en Hispania*, R. M. S. Centeno, M. P. García-Bellido y G. Mora (eds.), *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 20, Madrid, p. 147-158.
- Cepeda, J. (2004): «Las reformas de Diocleciano y Constantino I y su reflejo en la composición de los tesoros monetarios», *La moneda de l'Imperi romà. VIII Curs d'Història monetària d'Hispania*, Barcelona, p. 99-112.
- Cerami, P. (1986): «Il rapporto giuridico d'imposta nell'esperienza tributaria romana: obbligazione e condono», *Iura*, 37, p. 34-58.
- César Vila, M. (2010): «Escavación arqueológica en área da parcela 4 da Unidade de actuación I-06, Rosalía de Castro nº 2, Vigo», *Actuacións Arqueolóxicas. Ano 2008*, Santiago de Compostela, p. 202-203.
- Chastagnol, A. (1979): «Problèmes fiscaux du Bas-Empire», *Points de vue sur la fiscalité Antique*, H. van Effentene (dir.), París, p. 127-140.
- Chastagnol, A. (1987): «A propos du droit latin provincial», *Iura*, 38, p. 1-24.
- Chastagnol, A. (1990): «L'onomastique de tipe pérégrine dans les cités de la Gaule Narbonnaise», *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Antiquité*, 102 (2), p. 573-593.
- Chastagnol, A. (1992): *Le senat romain a l'époque impériale*, París.
- Chastagnol, A. (1994): «L'empereur Hadrien et la destinée du droit latin provincial au second siècle après Jésuschrist», *Revue Historique*, 292, p. 217-227.

- Chastagnol, A. (1995): *La Gaule romaine et le droit latin: Recherches sur l'histoire administrative et sur la romanisation des habitants*, París.
- Chavarría, A. (2006): «Villas en *Hispania* durante la Antigüedad tardía», *Archivo Español de Arqueología*, 39, p. 17-35.
- Chavarría, A., Arce, J. y Brogiolo, G. P. eds. (2006): *Villas Tardoantiguas en el Mediterráneo Occidental (Archivo Español de Arqueología, 39)*, Madrid.
- Chayanov, A. (1974 [1925]): *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires.
- Chevallier, R. (1986): «Les sources de la recherche», *Le vicus gallo-romain*, París, p. 2-8.
- Chic, G. (1979): «El intervencionismo estatal en los campos de la producción y la distribución durante la época de los Antoninos», *Memorias de Historia Antigua*, 3, p. 125-137.
- Chic, G. (1991): «Economía y política en la época de Tiberio. Su reflejo en la Bética», *Laverna*, 2, p. 76-128.
- Chic, G. (1994): *La proyección económica de la Bética en el Imperio Romano (época altoimperial)*, Sevilla.
- Chic, G. (1995): «Un factor importante en la economía de la Bética: el aceite», *Hispania Antiqua*, 19, p. 95-218.
- Chic, G. (1999): «Comercio, fisco y ciudad en la provincia romana de la Bética», *Ciudades privilegiadas en el Occidente Romano*, J. González (ed.), Sevilla, p. 33-61.
- Chic, G. (2000): «Economía en la zona meridional en época romana», *Hispania meridional durante la Antigüedad*, F. Salvador Ventura (ed.), Jaén, p. 97-145.
- Chic, G. (2005): «Marco Aurelio y Cómodo. El hundimiento de un sistema económico», *La Hispania de los Antoninos (98-180): Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua: Valladolid, 10, 11 y 12 de noviembre de 2004*, L. Hernández Guerra (coord.), Valladolid, p. 567-586.
- Chic, G. (2007): «Perdona nuestras deudas. La delgada línea roja», *Perdona nuestras deudas. Economía de prestigio versus economía de mercado*, II, G. Chic (dir.) y F. J. Guzmán Armario (ed.), Sevilla, p. 5-10.
- Chic, G. (2009): *El comercio y el Mediterráneo en la Antigüedad*, Madrid.
- Chic, G. (2011): «Al César lo que es del César, la producción de metales en Riotinto en época romana», *Río Tinto. Historia, patrimonio minero y turismo cultural*, J. A. Pérez Macías, A. Delgado, J. M. Pérez López y F. J. García Delgado (eds.), Huelva, p. 95-112.

- Chilver, G. E. F. (1970-1971): «The war between Otho and Vitellius and the North Italian Towns», *Atti del centro di Studi e Documentazione sull'Italia romana*, III, Milán, p. 101-114.
- Christol, M. (1989): «Le droit latin en Narbonnaise: l'apport de l'épigraphie (en particulier celle de la cité de Nîmes)», *Les Inscriptions Latines de Gaule Narbonnaise* (25-26 mai 1987), *Bull. spécial de Ecole Antique de Nîmes*, Nîmes, p. 87-100.
- Christol, M. (1994): «Plin l'Ancien et la *formula* de la province de Nabonnaise», *La mémoire perdue. À la recherche des archives oubliées, publiques et privées de la Roma antique*, S. Demougin (ed.), París, p. 45-63.
- Christol, M. (1997): «Les classes dirigeantes et le pouvoir dans l'Etat, de Septime Sévère à Constantin», *L'Empire romain de 192 à 325*, Pallas, Toulouse, p. 57-77.
- Christol, M. y Lorient, X. (1986): «Le Pontus et ses gouverneurs dans le second tiers du III siècle», *Recherches épigraphiques: Documents relatifs à l'histoire des institutions et de l'administration de l'Empire romain*, Saint- Étienne, p. 13-40.
- Ciccotti, E. (2005): *La esclavitud en Grecia, Roma y el mundo cristiano: apogeo y ocaso de un sistema atroz*, Barcelona.
- Cid, R. M. (1981): «Una manifestación del culto a los Dioscuros: las inscripciones de Villalís», *Memorias de Historia Antigua*, 5, p. 115-124.
- Cid, R. M., Fernández Ochoa, C., García Díaz, P. y Pedregal, A. (1991): *Asentamiento romano y necrópolis medieval en Lugo de Llanera*, Lugo de Llanera.
- Cid, R. M., Fernández Ochoa, C., García Díaz, P. y Pedregal, A. (1992): «Excavaciones en Lugo de Llanera (campañas de 1987 y 1989)», *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-1990*, Oviedo, p. 163-170.
- Ciobanu, R. (2010): «Kastellum ansienses si templul lui ianus din zona gauri de la Roșia Montană – probleme de epigrafie, arhitectura si simbolica spatiala», *Apulum*, 47, p. 57-76.
- Clavel-Lévêque, M. (1974): «Les Gaules et les Gaulois: pour une analyse du fonctionnement de la Géographie de Strabon», *Dialogues d'histoire ancienne*, 1 (1), p. 75-93.
- Cociș, S., Ursuțiu, A., Cosma, C. y Ardevan, R. (2010): «Area Sacra of Hăbad Site», *Alburnus Maior I*, P. Damian (ed.), Cluj-Napoca, p. 143-184.
- Cohen, E. E. (1992): *Athenian economy and society: a banking perspective*, Nueva Jersey.
- Cohen, E. E. (2008): «Elasticity of the Money Supply at Athens», *The monetary systems of the Greeks and Romans*, W. V. Harris (ed.), Oxford, p. 66-83.

- Coleman, J. S. (1988): «Social capital in the Creation of Human Capital», *American Journal of Sociology*, 94 (suplemento), p. 95-120.
- Coleman, J. S. (1990): *Foundations of Social Theory*, Cambridge.
- Conophagos, C. E. (1980): *Le Laurium antique et la technique grecque de la production de l'argent*, Atenas.
- Constantinescu, B., Bugoi, R., Cojocaru, V., Radtke, M., Calligaro, T., Salomon, J., Pichon, L., Röhrs, S., Ceccato, D. y Oberländer-Târnoveanu, E. (2008): «Micro-SR-XRF and micro-PIXE studies for archaeological gold identification – The case of Carpathian (Transylvanian) gold and of Dacian bracelets», *Nuclear Instruments and Methods in Physics Research*, 266 (B), p. 2325-2328.
- Constantinescu, B., Bugoi, R., Cojocaru, V., Simon, R., Grambole, D., Munnik, F. y Oberländer-Târnoveanu, E. (2009): «Elemental analysis through X-ray techniques applied in archaeological gold authentication - the case of Transylvanian gold and of the Dacian bracelets», *Spectrochimica*, 64 (B), p. 1198-1203.
- Constantinescu, B., Oberländer-Târnoveanu, E., Bugoi, R., Cojocaru, V. y Radtke, M. (2010): «The Sarmizegetusa bracelets», *Antiquity*, 84 (326), p. 1028-1042.
- Constantinescu, B., Cristea-Stan, D., Vasilescu, A., Simon, R. y Ceccato, D. (2012): «Archaeometallurgical characterization of ancient gold artifacts from romanian museums usin XRF, Micro-Pixe and Micro-SR-XRF methods», *Proceedings of the Romanian Academy, Series A*, 13 (1), p. 19-26.
- Corbier, M. (1974): *L'Aerarium Saturni et l'aerarium militare: administration et prosopographie sénatoriale*, París.
- Corbier, M. (1977): «L'Aerarium Militare», *Armées et Fiscalité dans le Monde Antique*, París, p. 197-234.
- Corbier, M. (1985): «Dévaluations et évolution des prix (I-III siècles)», *Revue Numismatique*, 28, p. 69-106.
- Corbier, M. (1989): «Histoire monétaire, histoire des prix, histoire des mines», *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, II. C. Domergue (coord.), Madrid, p. 183-194.
- Corbier, M. (2008): «Coinage and Taxation: The State's Point of View, A.D. 193–337», *The Crisis of Empire, A.D. 193–337*, A. K. Bowman, P. Garnsey y A. Cameron (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 12, Cambridge y Nueva York, p. 327-392.
- Coskun, A. (2015): «About Scholarly Debate, the Value of Authorities and a New Approach to the Concept of Latin Privileges in the Roman Republic. A Response to

- David Kremer», *Athenaeum: Studi di letteratura e Storia dell'antichità*, 2, p. 606-610.
- Costabile, F. y Licandro, O. (2000): *Tessera paemeiobrigensis. Un nuovo editto di Augusto dalla Transduriana provinciae l'imperium proconsulare del princeps*, Roma.
- Crăciun, C. y Sion, A. (2010): «The Cult Edifice Discovered on Drumuş Site (Edifice T II)», *Alburnus Maior I*, P. Damian (ed.), Cluj-Napoca, p. 275-324.
- Crăciun, C. Sion, A., Iosipescu, R. y Iosipescu, S. (2010): «The Cult Edifice discovered on "Szekely" Site (Edifice T I)», *Alburnus Maior I*, P. Damian (ed.), Cluj-Napoca, 245-274.
- Crawford, M. H. (1970): «Money and exchange in the Roman world», *Journal of Roman Studies*, 60, p. 40-48.
- Crawford, M. H. (1974): *Roman Republican Coinage*, Cambridge (=RRC).
- Crawford, M. H. (1975): «Finance, coinage and money from the Severans to Constantine», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt, II*, H. Temporini (ed.), Berlín, p. 560-593.
- Crawford, M. H. (1978): «Ancient Devaluations: a general theory», *Les «Dévaluations» à Rome. Epoque républicaine et impériale. Actes du colloque de Rome (13-15 novembre 1975)*, 37 (1), Roma, p. 147-158.
- Crawford, M. H. (1983): «Roman imperial coin types and the formation of public opinion», *Studies in Numismatic Method presented to P. G. Grierson*, M. Crawford (ed.), Cambridge, p. 47-64.
- Crawford, M. H. (1985): *Coinage and money under the Roman Republic*, Londres.
- Crawford, M. H. (1996): *Roman statutes*, Londres.
- Criado, F. (1989): «Asentamiento megalítico y asentamiento castreño: una propuesta de síntesis», *Gallaecia*, 11, p. 109-127.
- Criado, F. (1993): «Visibilidad e interpretación del registro arqueológico», *Trabajos de Prehistoria*, 50, p. 39-65.
- Croisille, J. M. (1996): «L'impossible dynastie», *Rome, I er siècle ap. J.C., les orgueilleux défis de l'ordre imperial*, J. Gaillard (dir.), p. París, p. 17-29.
- Crook, J. A. (1967): *Law and life of Rome*, Londres.
- Cuesta, F., Jordá Pardo, J. F., Maya, J. L. y Mestres, J. S. (1996): «Radiocarbono y cronología de los castros asturianos», *Zephyrus*, 49, p. 225-270.
- Cuntz, O. (1929): *Itineraria romana*, Leipzig.
- Curchin, L. A. (1990): *The Local Magistrates of Roman Spain*, Toronto.
- Curchin, L. A. (1991): *Roman Spain. Conquest and assimilation*, Londres y Nueva York.

- Curchin, L. A. (2004): *Romanization of Central Spain: Complexity, Diversity and Change in a Provincial Hinterland*, Londres.
- Currás, B. (2007): «Aportación al conocimiento de la industria de salazón en las Rías Baixas gallegas», *Congreso internacional CETARIAE. Salsas y salazones de pescado en Occidente durante la Antigüedad. Universidad de Cádiz, Noviembre de 2005*, L. Lagóstena, D. Bernal Casasola y A. Arévalo (eds.), *British Archaeological Reports, International Series* 1686, Oxford, p. 135-149.
- Currás, B. (2014): *Transformaciones sociales y territoriales en el Baixo Miño entre la Edad del Hierro y la integración en el Imperio Romano*, (tesis doctoral inédita), Santiago de Compostela.
- Currás, B. y López González, F. L. (2011): «Minería romana y poblamiento en la cuenca del Baixo Miño (Noroeste peninsular)», *Povoamento e exploração dos recursos mineiros na Europa atlântica ocidental*, M. Martins, A. M. S. Bettencourt, J. I. Martins y J. Carvalho (coords.), Braga, p. 179-202.
- Currás, B., Romero, D., Sánchez-Palencia, F. J., Pecharromán, J. L., Reher, G. y Alonso, F. (2014): «Minería de oro antigua en la cuenca del río Negro (Zamora)», *Minería romana en zonas interfronterizas de Castilla y León y Portugal (Asturia y NE de Lusitania)*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 217-229.
- Currás, B., Sastre, I. y Orejas, A. (2016): «Del castro de la *civitas*: dominación y resistencia en el Noroeste hispano», *Celebração do Bimilenário de Augusto. Ad Nationes. Ethnous Kallaikon*, R. Morais, M. Bandeira y M. J. Sousa (ed.), Braga, p. 124-135.
- Cuvigny, H. (1996): «The Amount of Wages Paid to the Quarry-Workers at Mon Claudianus», *Journal of Roman Studies*, 86, p. 139-145.

D

- Daguet-Gagey, A. (2000): *Septime Sévère. Rome, l'Afrique et l'Orient*, París.
- Daicoviciu, C. (1945): *La Transylvanie dans l'Antiquité*, Bucarest.
- Daicoviciu, C. (1961): «*Castella Dalmatarum* in Dacia», *Apulum*, 4, p. 51-58.
- Dalton, G. (1977): «Aboriginal economies in state societies», *Exchange systems in prehistory*, T. K. Earle y J. E. Ericson (eds.), Londres y Nueva York, p. 191-212.
- Damian, P. ed. (2010): *Alburnus Maior I*, Cluj-Napoca.
- Damian, P., Simion, M., Băltăc, A., Oța, S., Vasile, M., Bălan, G. y Vleja, D. (2010): «Forms of Habitation Discovered on Hop-Botar and Tăul Țapului Sites», *Alburnus Maior I*, P. Damian (ed.), Cluj-Napoca, p. 77-116.
- Dana, D. (2003): «Les Daces dans les ostraca du désert oriental de l'Égypte. Morphologie des noms daces», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 142, p. 166-186.

- Dana, D. (2004): «Onomastique est-balkanique en Dacie romaine (noms thraces et daces)», *Orbis antiquus. Studia in honorem Ioannis Pisonis*, Cluj-Napoca, p. 430-448.
- Danziger, D. y Purcell, N. (2005): *Hadrian's empire: when Rome ruled the world*, Londres.
- Dardaine, S. (1999): «Les affranchis des cités dans les provinces de l'Occident Romain: statut, onomastique et nomenclature», *Ciudades privilegiadas en el Occidente Romano*, J. González (ed.), Sevilla, p. 213-228.
- David, B. y Thomas, J. (2010): *Handbook of landscape archaeology*, Walnut Creek.
- Davies, J. G. (1958): «Condemnation to the Mines: A Neglected Chapter in the History of the Persecutions», *University of Birmingham Historical Journal*, 6, p. 99-107.
- Davies, J. K. (1998): «Ancient economies. Models and muddles», *Trade, traders and the ancient city*, H. Parkins y C. Smith (eds.), Londres, p. 225-256.
- Davies, J. K. (2005): «Linear and Nonlinear Flow Models for Ancient Economies», *The Ancient Economy: Evidence and Models*, J. G. Manning y I. Morris (eds.), California, p. 127-156.
- Davies, O. (1935): *Roman Mines in Europe*, Cambridge.
- De Blois, L. y John, R. (2002): *The transformation of economic life under the Roman Empire: proceedings of the second workshop of the international network Impact of Empire (Roman Empire, c.200 B.C.-A.D. 476)*, Amsterdam.
- De Dominicis, M. (1962): «I coloni adscriptici nella legislazione di Giustiniano», *Studi Betti*, Milán, p. 85-99.
- Deere, D. y Janvry, A. de (1979): «A Conceptual Framework for the Empirical Analysis of Peasants», *American Journal of Agricultural Economics*, 61 (4), p. 601-611.
- De Francisco, J. y Villa, A. (2010): «*Salutatio Ocelae*: Un epígrafe sobre vaso cerámico en el castro de Chao Samartín», *Larouco*, 5, p. 61-70.
- De La Hoz, J. (2007): «Racionalidad económica y abstracción contable en Columela», *Economía de Prestigio Versus Economía de Mercado*, 2, G. Chic (dir.), Sevilla, p. 121-151.
- De la Hoz, J. (2011): «Circulación monetaria romana en la Cuenca Minera de Riotintio», *Río Tinto. Historia, patrimonio minero y turismo cultural*, J. A. Pérez Macías, A. Delgado, J. M. Pérez López y F. J. García Delgado (eds.), Huelva, p. 143-172.
- Delibes de Castro, G. y Montero, I. coords. (1999): *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica, II. Estudios regionales*, Madrid.
- Delmaire, R. (1989): *Largesses sacrées et res privata. L'aerarium impérial et son administration du IVe au VIe siècle*, (Collection de l'École Française de Rome, 121), Roma.

- De Martino, F. (1973-1975): *Storia della Costituzione Romana*, Nápoles.
- De Martino, F. (1979a): «*Ager privatus vectigalisque*», *Diritto e Società nell'antica Roma*, Roma, p. 357-379.
- De Martino, F. (1979b): *Storia economica di Roma antica*, Florencia (=1985, *Historia económica de la Roma Antigua*, Madrid).
- Depeyrot, G. (1983): «L'or et la société du Bas Empire (IVe-Ve siècles)», *Numisma*, 180-185, p. 81-116.
- Depeyrot, G. (1992): «Le système monétaire de Dioclétien à la fin de l'Empire romain», *Revue Belge de numismatique*, p. 33-106.
- Depeyrot, G. (1996a): *Crisis e inflación entre la antigüedad y la edad media*, Barcelona.
- Depeyrot, G. (1996b): «Les médaillons d'or uniface du quatrième siècle (318–340)», *Italiam fato profugi hesperinaque venerunt litora. Numismatic studies dedicated to Vladimir and Elvira Eliza Clain-Stefanelli*, T. Hackens (ed.), Louvain-la-Neuve, p. 163-170.
- De Ruggiero, E. (1925): *Lo Stato e le opere pubbliche in Roma antica*, Turín.
- Desideri, P. (1978): *Dione di Prusa: un intellettuale greco nell'Impero romano*, Michigan.
- Diaconescu, A. (2004): «The towns of Roman Dacia: an overview of recent archaeological research», *Roman Dacia: the Making of a Provincial Society*, W. S. Hanson y I. P. Haynes (eds.), *Journal of Roman Archaeology Supplementary Series*, 56, Portsmouth, p. 87-142.
- Díaz Álvarez, I. (2006-2008): «*Bergidum Flavium*, encrucijada viaria (Cacabelos-León)», *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, 13, p. 69-78.
- Díaz Álvarez, I. y Garín, A. (1999): *Estudio de los materiales arqueológicos de Castro Ventosa*, Ponferrada.
- Díaz Martínez, P. C. (2004): «Acuñaición monetaria y organización administrativa en la Gallaecia tardoantigua», *Zephyrus*, 57, p. 367-375.
- Díaz Martínez, P. C. (2015): «La organización del espacio y el control del territorio en la Gallaecia germánica», *El territorio en la historia de Galicia. Organización y control. Siglos I-XXI*, G. Pereir y E. Portela Silva (eds.), Santiago de Compostela, p. 37-96.
- Dibon-Smith, R. (2012): «Mineral Exploration and Fort Placement in Roman Britain», *New Ideas About the Past: Seven Essays in Cultural History*, p. 65-90.
- Dieulafait, C., Dieulafait, F., Domergue, C., Fincker, M. y Picard, V. (2011): «El asentamiento romano de Las Rubias (vertiente meridional de la sierra del Teleno, León)», *Actas del quinto congreso internacional sobre minería y metalurgia*

- históricas en el suroeste europeo. Libro en homenaje a Claude Domergue* (León, 2008), J. M. Mata, L. Torró, M. N. Fuentes Prieto, A. Neira y O. Puche (eds.), Madrid, p. 59-98.
- Dise, R. L. (1991): *Cultural Change and Imperial Administration. The Middle Danube Provinces of the Roman Empire*, Nueva York.
- Domergue, C. (1970): «Introduction à l'étude des mines d'or du Nord-ouest de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité», *Legio VII Gemina* (León, 16-21 Septiembre 1968), León, p. 255-268.
- Domergue, C. (1971): «Las minas de oro romanas de la provincia de León: razones de una excavación arqueológica», *Tierras de León*, 11, p. 39-51.
- Domergue, C. (1972-1974): «À propos de Pline, *Naturalis Historia*, 33, 70-78, et pour illustrer sa description des mines d'or romaines d'Espagne», *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 45-47, p. 499-528.
- Domergue, C. (1983): *La mine antique d'Aljustrel (Portugal) et les tables de bronze de Vipasca*, París.
- Domergue, C. (1986): «Dix-huit ans de recherche (1968-1986) sur les mines d'or romaines du Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique», *Actas del I Congreso Internacional Astorga Romana*, 2, Astorga, p. 7-101.
- Domergue, C. (1987): *Catalogue des mines et fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*, Madrid.
- Domergue, C. (1990): *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'antiquité romaine*, Roma.
- Domergue, C. (1998): «La miniera d'oro della Bessa nella storia delle miniere antiche», *Archeologia in Piemonte. L'Età Romana*, L. Mercado (ed.), Turín, p. 207-222.
- Domergue, C. (2004): «Le régime juridique des mines du domaine public à Rome. À propos d'un ouvrage récent», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 34 (2), p. 221-236.
- Domergue, C. (2008): *Les mines antiques: la production des métaux aux époques grecque et romaine*, París.
- Domergue, C. y Hérail, G. (1978): *Mines d'or romaines d'Espagne. Le district de la Valduerna*, Toulouse.
- Domergue, C. y Martin, T. (1977): *Minas de oro romanas de la Provincia de León*, II, (*Excavaciones Arqueológicas en España*, 94), Madrid.
- Domergue, C. y Sillières, P. (1977): *Minas de oro romanas en la provincia de León*, I, (*Excavaciones Arqueológicas en España*, 93), Madrid.
- Domergue, C., Quarati, P., Nesta, A. y Trinchérini, P. R. (2012): «Retour sur les lingots de plomb de Comacchio (Ferrara, Italie) en passant par l'archéométrie et

- l'épigraphie», *Minería y metalurgia antiguas. Visiones y revisiones. Homenaje a Claude Domergue*, A. Orejas y C. Rico (eds.), *Collection de la Casa de Velázquez*, 128, Madrid, p. 81-103.
- Dondin-Payre, M. (1997): «Réexamen des magistratures municipales des Gaules d'après l'épigraphie», *Cahiers du Centre Glotz*, 8, p. 285-300.
- Dondin-Payre, M. (1999): «Magistratures et administration municipale dans les Trois Gaules», *Cités, Municipales. Colonies. Les processus de municipalisation en Gaule et en Germanie sous le Haut-Empire romain*, M. Dondin-Payre y M. T. Raepsaet-Charlier (eds.), París, p. 127-203.
- Dondin-Payre, M. (2001): «L'onomastique dans les cités de Gaule centrale», *Noms, identités culturelles et romanisation sous le haut-empire*, M. Dondin-Payre y M. T. Raepsaet-Charlier (eds.), Bruselas, p. 193-341.
- Dondin-Payre, M. (2003): «Le quotidien institutionnel des cités dans les Trois Gaules», *Cahiers du Centre G. Glotz: Revue d'histoire ancienne*, 14, p. 143-153.
- Dondin-Payre, M. y Raepsaet-Charlier, M. T. eds. (2001): *Noms, identités culturelles et romanisation sous le haut-empire*, Bruselas.
- Dopico, M. D. (1986): «Los *conventus iuridici*. Origen, cronología y naturaleza histórica», *Gerión*, 4, p. 265-284.
- Dopico, M. D. (1988): *La Tabula Lougeiorum. Estudio sobre la implantación romana en Hispania*, (Anejos de *Veleia*, 5), Vitoria.
- Dopico, M. D. (2013): «Nuevas formas de administración, nuevas formas de control: la fundación de *Lucus Augusti* y su *conventus*», *Portugalia Nova Série*, 34, p. 83-100.
- Dopico, M. D. y Pereira G. (1993): «La gran inscripción de Remeseiros (*CIL* II, 2476). Sobre la forma jurídica de tenencia de la tierra entre los indígenas bajo dominio romano», *Actas del II Congreso Peninsular de Historia Antigua (Coimbra, 18 a 20 de outubro de 1990)*, Coimbra, p. 633-641.
- Dore, S. (2010): «La *damnatio ad metalla* degli antichi cristiani: miniere o cave di pietra?», *ArcheoArte* 1, p. 77-84.
- D'Ors, A. (1943): «Estudios sobre la *Constitutio Antoniniana*», *Emerita*, 11, p. 297-337.
- D'Ors, A. (1944): «Estudios sobre la *constitutio Antoniniana*, II. Los *dediticios* y el Edicto de Caracalla», *Anuario de historia del derecho español*, 15, p. 162-204.
- D'Ors, A. (1946): «Estudios sobre la *constitutio Antoniniana*, III. Los *Peregrini* después del Edicto de Caracalla», *Anuario de historia del derecho español*, 17, p. 586-604.
- D'Ors, A. (1951): «Sobre la *Lex Metalli Vipascensis* II», *IVRA*, 2, p. 71-133
- D'Ors, A. (1953): *Epigrafía Jurídica de la España Romana*, Madrid.

- D'Ors, A. (1959): *Miscelánea epigráfica*, *Emerita*, 27.
- D'Ors, A. (1965): «La signification de l'oeuvre d'Hadrien dans l'histoire du droit romain», *Les empereurs romains d'Espagne*, París, p. 147-168.
- D'Ors, A. (1974): «La condición jurídica del suelo en las provincias de *Hispania*», *Atti del Convegno Internazionale sul tema: I diritti locali nelle province romane con particolare riguardo alle condizioni giuridiche del suolo*, Roma, p. 253-268.
- Duncan, G. L. (1993): *Coin Circulation in the Danubian and Balkan Provinces of the Roman Empire, AD 294-578*, Londres.
- Duncan-Jones, R. (1974): *The Economy of the Roman Empire: Quantitative Studies*, Cambridge.
- Duncan-Jones, R. (1992): *Structure and scale in the Roman economy*, Cambridge.
- Duncan-Jones, R. (1994): *Money and government in the Roman Empire*, Cambridge.
- Duncan-Jones, R. (1996): «The impact of the Antonine Plague», *Journal of Roman Archaeology*, 9, p. 108-136.
- Dušanić, S. (1977): «Aspects of Roman Mining in *Noricum*, *Pannonia*, *Dalmatia*, and *Moesia Superior*», *Aufstieg und Niedergang der roemischen Welt*, 2 (6), H. Temporini y W. Haase (eds.), Berlín y Nueva York, p. 52-94.
- Dušanić, S. (1989): «The Roman mines in *Illyricum*: organization and impact on provincial life», *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, II, C. Domergue (coord.), Madrid, p. 148-156.
- Dušanić, S. (1990): «The legions and the fiscal estates in Moesia Superior: some epigraphic notes», *Arheoloski vestnik*, 41, p. 585-596.
- Dušanić, S. (1994-1995): «Epigraphical notes on Roman mining in Dardania», *Starinar*, 45-46, p. 27-34.
- Dušanić, S. (2004): «Roman mining in *Illyricum*: Historical aspects», *Dall'Adriatico al Danubio. L'Illyrico nell'età greca e romana. Atti del convegno internazionale Cividale del Friuli (25-27 settembre 2003)*, G. Urso (ed.), Pisa, p. 247-270.

E

- Earle, T. K. (1991): «Paths and roads in evolutionary perspective», *Ancient road networks and settlement hierarchies in the New World*, C. D. Trombold (ed.), Cambridge.
- Eck, W. (1996): «Il sistema di trasmissione delle comunicazioni d'ufficio in età altoimperiale», *Epigrafia e territorio. Politica e società. Temi di antichità romane*, M. Pani (ed.), Bari, p. 331-351.

- Eck, W. (2000a): «The emperor and his advisers», *The High Empire. A. D. 70-192*, A. Bowman, P. Garnsey y D. Rathborne (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 11, Cambridge, p. 195-213.
- Eck, W. (2000b): «Emperor, Senate and Magistrates», *The High Empire. A. D. 70-192*, A. Bowman, P. Garnsey y D. Rathborne (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 11, Cambridge, p. 214-237.
- Edmondson, J. C. (1989): «Mining in the Later Roman Empire and beyond: continuity or disruption?», *Journal of Roman Studies*, 79, p. 84-102.
- Edmondson, J. C. (2006): *Granite funerary stelae from Augusta Emerita*, Mérida.
- Encinas, M. y García Carrillo, A. (1992): «Aportaciones al conocimiento de la transición del mundo romano al medieval en Asturias: las cerámicas de Murias de Beloño y de Paraxuga», *III Congreso de Arqueología Medieval Española: Actas: Oviedo, 27 marzo-1 abril 1989*, Oviedo, p. 131-139.
- Erdkamp, D. (2005): *The Roman Grain market of the Roman Empire: A Social, Political and Economic Study*, Cambridge.
- Escribano, M. V. (2000): «Usurpación y defensa de las *Hispanias*: Dídimo y Veriniano», *Gerión*, 18, p. 509-534.
- Esparza, A. (1984): «Los castros de Zamora occidental y Tras-os-Montes oriental, hábitat y cronología», *Coloquio inter-universitario de arqueología del Noroeste*, Oporto, p. 131-146.
- Esparza, A. (1985): «Explotaciones auríferas romanas en el valle del río Negro (Zamora)», *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, 1984, p. 49-54.
- Esparza, A. (1987): *Los castros de la Edad del Hierro del noroeste de Zamora*, Zamora.
- Esparza, A. (2003): «Castros con piedras hincadas en el Oeste de la Meseta y sus alrededores», *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*, N. Alonso i Martínez, E. Junyent, A. Lafuente y J. B. López (coords.), Lleida, p. 155-178.
- Esparza, A. (2012): «Los castros del oeste de la Meseta», *Complutum*, 22 (2), p. 11-47.
- Espinosa, D. (2009): «El *ius Latii* y la integración jurídica de Occidente. Latinización vs. romanización», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 22, p. 237-247.
- Espinosa, D. (2013): «La Historia Natural de Plinio el Viejo: un proyecto 'augusteo' de época Flavia», *Debita Verba. Estudios en Homenaje al Profesor Julio Mangas Manjarrés*, R. M. Cid y E. García Fernández (eds.), Madrid, p. 671-684.
- Espinosa Criado, N. (2012): «Aproximación al funcionamiento de las comunicaciones y la circulación de la información en el Alto Imperio», *Antesteria*, 1, p. 453-462.

- Espinosa Ruiz, U. y Pérez, A. (1982): «*Tritium Magallum*: de ciudad peregrina a municipio romano», *Archivo Español de Arqueología*, 55, p. 65-87.
- Estefanía Álvarez, D. (1960): «Vías romanas de Galicia», *Zephyrus*, 11, p. 5-103.
- Etienne, R. (1951): «*Quadragessima ou quinquagessima Hispaniarum*», *Revue des Études Anciennes*, 53, p. 62-70.
- Etienne, R. (1958): *Le culte imperial dans la Peninsule Iberique d'Auguste à Dioclétien*, París.
- Estrada, R. (2006): «Datos preliminares sobre los baños de época romana localizados en el lado meridional de la iglesia de Santa Eulalia de Valduno», *Estudios ofrecidos a José Manuel González en el centenario de su nacimiento*, Las Regueras, p. 83-97.
- Evans, J. D. (1992): *The Art of Persuasion. Political Propaganda from Aeneas to Brutus*, Michigan.
- Expósito, D. y Villa, A. (2009): «Asas de casco», *Museo Castro Chao Samartín. Grandas de Salime. Asturias. Catálogo*, A. Villa (ed.), Oviedo, p. 266-267.

F

- Fanjul, J. A. y Villa, A. (2013): «Exploración arqueológica del recinto norte del castro marítimo de Cabo Blanco, Valdepares (El Franco)», *Excavaciones arqueológicas en Asturias 2007-2012, en el centenario del descubrimiento de la caverna de La Peña de Candamo*, Oviedo, p. 239-243.
- Fanjul, J. A., Villa, A. y Menéndez Granda, A. (2009): «El castro de Cabo Blanco, Valdepares (El Franco): informe sobre los trabajos de acondicionamiento y exploración arqueológica (2004-2007)», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 6, 2003-2006*, Oviedo, p. 255-264.
- Faoro, D. (2011): *Praefectus, procurator, praeses: genesi delle cariche presidiali equestri nell'Alto Impero romano*, Florencia.
- Fears, J. R. (1981a): «The Cult of Jupiter and Roman Imperial Ideology», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt II*, 17 (1), p. 3-141.
- Fears, J. R. (1981b): «The Cult of Virtues and Roman Imperial Ideology», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt II*, 17 (2), p. 827-948.
- Fernández Fernández, A. (2011): *Comercio tardoantiguo (ss. IV-VII) en el noroeste peninsular a través del registro arqueológico de la Ría de Vigo*, (tesis doctoral inédita), Santiago de Compostela.
- Fernández Fernández, A. y Soto Arias, P. (2007): «Cerámicas finas tardorromanas orixinarias de África e de Medio Oriente atopadas na intervención da rúa Rosalía de

- Castro 1992 (Vigo)», *Castrelos: revista do Museo Municipal "Quiñones de León"*, p. 26-51.
- Fernández Fernández, A., Pérez Losada, F. y Vieito Covela, S. (2008): «Cerámica fina de importación en Toralla (Vigo). Abastecimiento y consumo en una villa costera atlántica tardorromana», *Las villae tardorromanas en el Occidente del Imperio: Arquitectura y función: IV Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón*, C. Fernández Ochoa, V. García Entero y F. Gil Sendino (eds.), Gijón, p. 575-586.
- Fernández Fernández, A., Casal, L., Valle, P. y Vázquez Fernández, L. (2014): «La cerámica galacio-romana de Armea (Allariz). Monte do Señorío y Castro de Armea», *As produções cerâmicas de imitação na Hispania*, R. Morais, A. Fernández Fernández y M. J. Sousa (eds.), Oporto, p. 317-338.
- Fernández García, M. I. y Roca Roumens, M. (2008): «Producciones de *Terra Sigillata* Hispánica», *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, D. Bernal Casasola y A. Ribera i Lacomba (eds.), Cádiz, p. 307-332.
- Fernández Martínez, V. M. (2006): *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*, Barcelona.
- Fernández Mier, M. (2002): «Territorialidad y poblamiento: el occidente de Asturias en época de la Monarquía Asturiana», *La época de la Monarquía Asturiana: actas del simposio celebrado en Covadonga (8-10 de octubre de 2001)*, Oviedo, p. 43-62.
- Fernández Miranda, M. y Fernández Ochoa, C. coord. (1995): *Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano*, Gijón.
- Fernández Nieto, F. J. (2007): «La pesaca y la industria conservera en la economía del mundo antiguo. Vías de aproximación», *Congreso internacional CETARIAE. Salsas y salazones de pescado en Occidente durante la Antigüedad. Universidad de Cádiz, Noviembre de 2005*, L. Lagóstena, D. Bernal Casasola y A. Arévalo (eds.), *British Archaeological Reports, International Series 1686*, Oxford, p. 45-75.
- Fernández Ochoa, C. (1982): *Asturias en la época romana*, Madrid.
- Fernández Ochoa, C. (1994a): «Noega-Gigia: reflexiones sobre dos enclaves astur romanos», *Leyenda y Arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, Madrid, p. 53-60.
- Fernández Ochoa, C. (1994b): *Una industria de salazones de época romana en la Plaza del Marqués, Gijón (Asturias)*, Gijón.
- Fernández Ochoa, C. (1997): «Las termas de Gijón (Asturias)», *Hispania romana: desde tierra de conquista a provincia del Imperio*, J. Arce, S. Ensoli y E. La Rocca (coords.), Milán, p. 181-187.

- Fernández Ochoa, C. (2002): «La ciudad romana de Gijón (Asturias, España)», *Espacios de ocio, convivencia y cultura en el arco atlántico. Los baños públicos como símbolo de la romanidad*, Gijón, p. 29-48.
- Fernández Ochoa, C. (2003): *El lenguaje de las piedras. La recuperación del Patrimonio Arqueológico de Gijón*, Gijón.
- Fernández Ochoa, C. (2006): «Los castros y el inicio de la romanización en Asturias. Historiografía y debate», *Zephyrus*, 59, p. 275-288.
- Fernández Ochoa, C. (2008): «El ramal transmontano de la Vía de la Plata», *La Vía de la Plata: una calzada y mil caminos: Museo Nacional de Arte Romano, Mérida, 21 de febrero al 13 de abril de 2008*, A. M. Montalvo Frías (coord.), Mérida, p. 127-142.
- Fernández Ochoa, C. y García Díaz, P. (1995): «Excavaciones arqueológicas en Cimadevilla (Gijón)», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1991-1994*, p. 227-285.
- Fernández Ochoa, C. y Gil Sendino, F. (1999): «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento romano y medieval de Veranes (Cenero). Campañas de 1997 y 1998», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 4, p. 175-184.
- Fernández Ochoa, C. y Gil Sendino, F. (2007a): «La etapa final de Roma en *Hispania*: la villa romana de Veranes (Gijón, Asturias)», *Astures y romanos: nuevas perspectivas*, J. Fernández-Tresguerres (coord.), Oviedo, p. 133-148.
- Fernández Ochoa, C. y Gil Sendino, F. (2007b): «Veranes. Yacimiento romano-medieval de Veranes», *Enciclopedia del prerrománico en Asturias*, 2, L. Arias (coord.), Aguilar de Campoo, p. 645-659.
- Fernández Ochoa, C. y Gil Sendino, F. (2008): «La villa romana de Veranes (Gijón, Asturias) y otras villas de la vertiente septentrional de la cordillera cantábrica», *Las villae tardorromanas en el occidente del Imperio. Arquitectura y función*, C. Fernández Ochoa, V. García-Entero y F. Gil Sendino (eds.), Gijón, p. 435-480.
- Fernández Ochoa, C. y Morillo, A. (1994): «La ruta marítima del Cantábrico en época romana», *Zephyrus*, 46, p. 225-232.
- Fernández Ochoa, C. y Morillo, A. (1999): *La tierra de los Astures. Nuevas perspectivas sobre la implantación romana en la antigua Asturia*, Gijón.
- Fernández Ochoa, C. y Morillo, A. (2002a): «El Convento Araugustano y las Aras Sestianas: reflexiones sobre la primera organización administrativa del Noroeste hispano», *Latomus*, 61 (4), p. 889-910.

- Fernández Ochoa, C. y Morillo, A. (2002b): «La configuración del territorio en la Asturia Transmontana», *Actas de los X Cursos Monográficos sobre el Patrimonio Histórico (Reinosa, julio-agosto 2001)*, J. M. Iglesias Gil (ed.), Santander, p. 381-400.
- Fernández Ochoa, C. y Morillo, A. (2002c): «Entre el prestigio y la defensa: la problemática estratégico-defensiva de las murallas tardorromanas en *Hispania*», *Arqueología militar romana en Hispania*, A. Morillo (coord.), *Anejos de Gladius*, 5, Madrid, p. 577-590.
- Fernández Ochoa, C. y Morillo, A. (2006): «El ejército romano en el norte peninsular durante el Bajo Imperio a través del registro arqueológico», *Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad Tardía*, U. Espinosa Ruiz y S. Castellanos (eds.), Logroño, p. 217-238.
- Fernández Ochoa, C. y A. Morillo (2015): «La romanización atlántica: modelo o modelos de implantación romana en el Noroeste peninsular», *Portugalia Nova Série*, 36, p. 183-197.
- Fernández Ochoa, C. y Pérez Fernández, D. (1990): «Inscripción romana hallada en la muralla de Gijón. Una nueva *gens* entre los astures transmontanos», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 17, p. 255-265.
- Fernández Ochoa, C. y Villa, A. (2005): «El castro de Coaña antes y después de García y Bellido: claroscuros en el tránsito de la erudición al discurso científico», *Antonio García y Bellido. Miscelánea. Serie Varia* 5, J. Blánquez y M. Pérez Ruiz (eds.), Madrid, p. 129-141.
- Fernández Ochoa, C. y Zarzalejos, M. (1996): «Técnicas constructivas en las termas romanas de Campo Valdés (Gijón): El material latericio», *Archivo Español de Arqueología*, 69, p. 109-118.
- Fernández Ochoa, C. y Zarzalejos, M. (2015): «Una marca de TSG de Montans en Gijón», *Ex Officina Hispana, Boletín de la SECAH*, p. 40-41.
- Fernández Ochoa, C., García Díaz, P. y Gil Sendino, F. (1996): «La investigación de Gijón y su concejo en época romana», *Los finisterres atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*, C. Fernández Ochoa (coord.), Madrid, p. 157-164.
- Fernández Ochoa, C., García Díaz, P. y Zarzalejos, M. (2001): *Excavaciones Arqueológicas en Santa María de Lugo de Llanera (Asturias). Memoria de las Campañas de 1991 a 1995*, Oviedo.
- Fernández Ochoa, C., Zarzalejos, M., Burkhalter, C., Hevia, P. y Esteban, G. (2002): *Arqueominería del sector central de Sierra Morena. Introducción al estudio del área sisaponense*, (*Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 26), Madrid.

- Fernández Ochoa, C., García Díaz, P. y Gil Sendino, F. (2003): «Gijón, enclave marítimo en la ruta cantábrica. Evidencias arqueológicas e hipótesis sobre el puerto romano y los embarcaderos antiguos», *Gijón, puerto romano. Navegación y comercio en el Cantábrico durante la Antigüedad*, C. Fernández Ochoa (coord.), Gijón, p. 96-117.
- Fernández Ochoa, C., Gil Sendino, F. y Orejas, A. (2004): «La villa romana de Veranes. El complejo rural tardorromano y propuesta de estudio del territorio», *Archivo Español de Arqueología*, 77 (189-190), p. 197-219.
- Fernández Ochoa, C., Morillo, A. y López Quiroga, J. (2005): «La dinámica urbana de las ciudades de la fachada noratlántica y del cuadrante noroeste de *Hispania* durante el bajo imperio y la antigüedad tardía (siglos III-VII d.C.)», *VI Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica: les ciutats tardoantigues d'Hispania: cristianització i topografia* (València, 8, 9 i 10 de maig de 2003), J. M. Gurt y A. Ribera i Lacomba (eds), Valencia, p. 95-120.
- Fernández Ochoa, C., Morillo, A. y Villa, A. (2005): «La Torre de Augusto en la Campa Torres (Gijón, Asturias). Las antiguas excavaciones y el epígrafe de Calpurnio Pisón», *Archivo Español de Arqueología*, 78, p. 129-146.
- Fernández Ochoa, C., Gil Sendino, F. y Hoyo, J. del (2007): «Una inscripción y un boceto hallados en la villa romana de Veranes (Gijón, Asturias)», *Archivo Español de Arqueología*, 80, p. 183-190.
- Fernández Ochoa, C., García-Entero, V. y Gil Sendino, F. eds. (2008): *Las villae tardorromanas en el occidente del Imperio. Arquitectura y función*, Gijón.
- Fernández Ochoa, C., Morillo, A. y Salido, J. (2011): «Ciudades amuralladas y *annona militaris* durante el Bajo Imperio en *Hispania*. Una cuestión a debate», *Horrea d'Hispanie et de la Méditerranée romaine*, J. Arce y B. Goffaux (eds.), Madrid, p. 265-286.
- Fernández Ochoa, C., Morillo, A. y Gil Sendino, F. (2012): «El *Itinerario de Barro*. Cuestiones de autenticidad y lectura», *Zephyrus*, 70, p. 151-179.
- Fernández Ochoa, C., Salido, J. y Zarzalejos, M. (2014): «Las formas de ocupación rural en *Hispania*. Entre la terminología y la praxis arqueológica», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 40, p. 111-136.
- Fernández Ochoa, C., Guitiérrez González, J. A. y Orejas, A. (2015): «Gijón entre la Antigüedad y la Edad Media», *La Fábrica de Tabacos de Gijón. Arqueología e Historia de un espacio milenario*, C. Fernández Ochoa, A. Orejas, P. García Díaz y F. Gil Sendino (eds.), Gijón, p. 282-296.

- Fernández Ochoa, C., Gil Sendino, F. y Salido, J. (2016): «La actividad metalúrgica en el yacimiento de Veranes (Gijón, España): de la villa romana al asentamiento tardoantiguo y altomedieval», *European Journal of Post-Classical Archaeologies*, 6, p. 109-140.
- Fernández Ochoa, C., Gil, F., Salido, J. y Zarzalejos, M. (2016): «A Multidisciplinary Study on Grain Storage: the horreum at the Roman Villa of Veranes (Gijón)», *Latomus: revue d'études latines*, 75 (2), p. 457-476.
- Fernández-Posse, M. D. (2001): *El castro prerromano de El Castrelín de San Juan de Paluezas*, (Cuadernos de la Fundación Las Médulas, 2), León.
- Fernández-Posse, M. D. (2002): «Tiempos y espacios en la Cultura Castreña», *Formación y desarrollo de la cultura castreña. Coloquios de Arqueología en la cuenca del Navia*, M. A. de Blas y A. Villa (eds.), Navia, p. 261-277.
- Fernández-Posse, M. D. y Fernández Manzano, J. (2000): «Los recintos de los castros. La función social», *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 82-91.
- Fernández-Posse, M. D. y Sánchez-Palencia, F. J. (1988): *La Corona y El Castro de Corporales II. Campaña de 1983 en La Corona y Prospecciones en la Cabrera y la Valdería (León)*, (Excavaciones Arqueológicas en España, 153), Madrid.
- Fernández-Posse, M. D. y Sánchez-Palencia, F. J. (1996): «Consideraciones sobre la estructura social y el territorio en la Asturia prerromana y romana», *Los finisterres atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*, C. Fernández Ochoa (coord.), Madrid, p. 171-180.
- Fernández-Posse, M. D. y Sánchez-Palencia, F. J. (1998): «Las comunidades campesinas en la cultura castreña», *Trabajos de Prehistoria*, 55 (2), p. 127-150.
- Fernández-Posse, M. D., Montero, I., Sánchez-Palencia, F. J. y Rovira, S. (1993): «Espacio y metalurgia en la cultura castreña: la zona arqueológica de Las Médulas», *Trabajos de Prehistoria*, 50, p. 197-220.
- Fernández-Posse, M. D., Sastre, I. y Sánchez-Palencia, F. J. (2004): «Oro y organización social en las comunidades casteñas del Noroeste de la Península Ibérica», *Ancient gold technology: America and Europe*, A. Perea, I. Montero y O. García-Vuelta (eds.), *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 32, Madrid, p. 389-400.
- Fernández Ubiña, J. (1978): «Del esclavismo al colonato en la Bética del S. III», *Memorias de Historia Antigua*, 2, p. 171-179.
- Fernández Uriel, P. (2003): «El Aerarium Militare», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 16, p. 197-214.

- Ferrer Sierra, S. (1996): «El posible origen campamental de *Lucus Augusti* a la luz de las monedas de la caetra y su problemática», *Lucus Augusti I. El amanecer de una ciudad*, A Coruña, p. 425-446.
- Ferrer Sierra, S. (2002): «El decurso de la Vía Nova», *Actas sobre las Jornadas sobre Castro Ventosa (Cacabelos, 4-6 de octubre de 2002)*, J. A. Balboa de Paz, I. Díaz Álvarez y V. Fernández Vázquez (eds.), León, p. 115-130.
- Ferrer Sierra, S. (2002b): *Excavación arqueológica no castro de “A Graña”*. (As Neves, Pontevedra). Informe inédito depositado en el Servizo de Arqueoloxía da Dirección Xeral de Patrimonio Cultural da Xunta de Galicia.
- Ferrer Sierra, S. (2004): *Inventario de xacementos arqueolóxicos da Xunta de Galicia*.
- Ferrer Sierra, S. (2006): «*Lucus Augusti* (Lugo). Circulación monetaria», *Los campamentos romanos en Hispania (27 a.C.-192 d.C.)*, M. P. García-Bellido (coord.), *Anejos de Gladius*, 9 (1), Madrid, p. 68-77.
- Fiches, J. L. dir. (2002): *Les agglomérations galloromaines en Languedoc-Roussillon*, (Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 14), París.
- Finley, M. I. (2003[1973]): *La economía de la antigüedad*, México.
- Florido, D. (2007): «De Marx a Sahlins: algunas reflexiones para la conceptualización de los hechos económicos», *Economía de Prestigio Versus Economía de Mercado*, 2, G. Chic (dir.), Sevilla, p. 39-58.
- Fodorean, F. (2006): *Drumurile din Dacia romană*, Cluj-Napoca.
- Fonte, J. M. M. (2006): «O “Padrão dos Povos” de Aquae Flaviae», *Almada: Centro de Arqueologia de Almada*, 14, p. 1-7.
- Formigé, J. (1949): *Le trophée des alpes (La Turbie)*, París.
- Fradley, M. (2009): «The field archaeology of the Romano-British settlement at Charterhouse on Mendip», *Britannia*, 40, p. 99-122.
- France, J. (2001): «Remarques sur les tributa dans les provinces nord-occidentales du Haut Empire romain (Bretagne, Gaules, Germanies)», *Latomus*, 60, p. 359-379.
- Frank, T. (1927): «*Dominium in solo provinciali* and *ager publicus*», *Journal of Roman Studies*, 17, p. 141-161.
- Frank, T. (1959[1933]): *Rome and Italy of the Republic, I. An Economic Survey of Ancient Rome*, Nueva Jersey.
- Freeman, P. W. M. (1997): «Mommson through o Haverfield: the origins of Romanizaion studies in late 19th-c. Britain», *Dialogues in Roman Imperialism. Power, discourse and discrepant experience in the Roman Empire*, D. Mattingly (ed.), *Journal of Roman Archaeology Supplementary Series*, 23, Portsmouth, p. 27-50.

Frere, S. (1999): *Britannia: History of Roman Britain*, Londres.

Frezouls, E. (1966): «A propos de la hausse des prix sous Dioclétien», *Mélanges J. Carcopino*, París, p. 377-396.

G

Gabba, E. (1986): «I Romani nell'Insubria: trasformazione, adeguamento e sopravvivenza delle strutture socio-economiche galliche», *Atti II Convegno Archeologico Regionale Italia Romana, 1984*, Como, p. 247-256.

Gabba, E. (1990): «Dallo stato-città allo stato municipale», *Storia di Roma 2. L'Impero Mediterraneo*, Turín, p. 697-714.

Gagliardi, L. (2013): «L'assegnazione dei novi cives alle tribù dopo la lex Iulia de civitate del 90 a.C.», *Quaderni Lupiensi di Storia e di Diritto*, 3, p. 43-58.

Galsterer, H. (1987): «La loi municipale des Romains: chimère ou réalité?», *Revue historique de droit français et étranger*, 65 (2), p. 181-203.

Galsterer-Kröll, B. (1973): «Zum *ius Latii* in den keltischen Provinzen des Imperium Romanum», *Chiron*, 3, p. 277-306.

Gambari, F. M. (1999): «Premières données sur les *aurifodinae* (mines d'or) protohistoriques du Piémont (Italie)», *L'or dans l'Antiquité. De la mine à l'objet. Aquitania, suppl. 9*, B. Cauuet (dir.), Toulouse, p. 87-92.

García Alonso, J. L. (2006): «*Vettones* y *layetanos*. La etnonimia antigua de *Hispania*», *Paleohispánica*, 6, p. 59-116.

García Alonso, J. L. (2014): «Ethnic names in *Hispania*», *Celtic and Other Languages in Ancient Europe*, J. L. García Alonso (ed.), Salamanca, p. 83-100.

García Álvarez-Busto, A. (2006): «Poder y poblamiento en el territorio Gegend (Asturias) durante el Altomedieval», *Territorio, Sociedad y Poder. Revista de Estudios Medievales*, 1, Oviedo, p. 129-156.

García-Bellido, M. P. (1986): «Nuevos documentos sobre minería y agricultura romanas en *Hispania*», *Archivo Español de Arqueología*, 59 (153-154), p. 13-46.

García-Bellido, M. P. coord. (2006a): *Los campamentos romanos en Hispania (27 a.C.-192 d.C.)* (*Anejos de Gladius*, 9), Madrid.

García-Bellido, M. P. (2006b): «Las contramarcas. Los campamentos romanos en *Hispania* (27 a.C.- 192 d.C.)», *El abastecimiento de moneda*, M. P. García-Bellido (coord.), *Anejos de Gladius*, 9 (2), Madrid, p. 567-606.

- García Díaz, P. (1989): «La Vía de la Mesa en su tramo costero: Nuevas aportaciones. Fuentes y toponimia», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 43 (131), p. 609-648.
- García Fernández, E. (1991a): *El ius Latii y la municipalización de Hispania: aspectos constitucionales*, (tesis doctoral inédita), Madrid.
- García Fernández, E. (1991b): «El *ius Latii* y los *municipia latina*», *Studia historica. Historia Antigua*, 9, p. 29-42.
- García Fernández, E. (1995): «Sobre la función de la *lex municipalis*», *Gerión*, 13, p. 141-153.
- García Fernández, E. (1996): «El desarrollo de la municipalización latina: la Bética y el Noroeste», *A cidade e o mundo: romanización e cambio social*, S. Rebores y P. López Barja (eds.), Xinzo de Limia, p. 147-164.
- García Fernández, E. (1998): «Características constitucionales del municipio latino», *Gerión*, 16, p. 209-221.
- García Fernández, E. (1999): «La *lex Pompeia de Transpadanis* y el origen del municipio latino», *Ciudades Privilegiadas en el Occidente romano*, Sevilla, p. 279-287.
- García Fernández, E. (2000a): «Plinio y los *oppida stipendiaria*. A propósito de un artículo de Alicia M^a Canto», *Gerión*, 18, p. 571-591.
- García Fernández, E. (2000b): «Observaciones sobre la utilización de fórmulas de dependencia en la documentación epigráfica hispánica», *Las edades de la dependencia durante la Antigüedad. Actas XXIV Coloquio G.I.R.E.A. (Madrid, 23-25 octubre, 1997)*, M. M. Myro, J. M. Casillas, J. Alvar y D. Plácido (eds.), Madrid, p. 385-394.
- García Fernández, E. (2001): *El municipio latino. Origen y desarrollo constitucional*, (*Gerión. Anejos*, 5), Madrid.
- García Fernández, E. (2007a): «Ciudadanía e imperio», *Gerión*, 25 (1), p. 311-321.
- García Fernández, E. (2007b): «Ni ciudadanos, ni extranjeros: la condición jurídica de la población provincial», *Ciudadanos y extranjeros en el Mundo antiguo: Segregación e Integración*, J. Mangas y S. Montero (eds.), Madrid, p. 227-240.
- García Fernández, E. (2009): «*Gracvrris* y los *oppida* de antiguo Lacio», *Los Vascones de las fuentes antiguas. En torno a una etnia de la Antigüedad peninsular*, J. Andreu Pintado (ed.), Tarragona, p. 215-230.
- García Fernández, E. (2010): «Latinidad y onomástica en el Noroeste Peninsular», *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*, I. Sastre y A. Beltrán (eds.), Valladolid, p. 145-156.

- García Fernández, E. (2012): «Sobre la condición latina y su onomástica: los ediles de *Andelo*», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 25, p. 423-436.
- García Fernández-Albalat, C. (1990): *Guerra y religión en la Lusitania antiguas*, A Coruña.
- García Figuerola, M. (1994): «Administración y moneda en el siglo IV», *Studia historica. Historia Antigua*, 12, p. 115-128.
- García Mac Gaw, C. (2003): «Conclusiones sobre la importancia de los elementos superestructurales en la caracterización de los modos de producción», *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, 35-36, p. 219-232.
- García Mac Gaw, C. (2006): «La transición del esclavismo al feudalismo y la villa esclavista», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 32 (2), p. 27-41.
- García Mac Gaw, C. (2008): «El Modo de Producción Esclavista. ¿Qué transición?», *Forme di dipendenza nelle società di transizione. Atii del XXXII Colloquio Internazionale G.I.R.E.A. (Messina 15-17 maggio 2008)*, A. Pinzone, E. Caliri y R. Arcuri (eds.), Messina, p. 351-363.
- García Mac Gaw, C. (2012): «Capitalismo romano, modernismo e marxismo. A propósito de algunas ideas de Jairus Banaji sobre o trabalho assalariado», *História e Luta de Classes*, 14, p. 23-27.
- García Marcos, V. (1994): *Descubrimiento de unas nuevas termas públicas de Asturica Augusta (Astorga, León)*, (Cuadernos Municipales, 2), Astorga.
- García Marcos, V. (2002): «Novedades acerca de los campamentos romanos de León» *Arqueología militar romana en Hispania*, A. Morillo (coord.), *Anejos de Gladius*, 5, Madrid, p. 167-212.
- García Marcos, V. y Burón, M. (2000): «Las termas menores de *Asturica Augusta*», *II Coloquio Internacional de Arqueología de Gijón. Termas romanas en el Occidente del Imperio*, Gijón, p. 207-215.
- García Marcos, V. y Morillo, A. (2000-2001): «El campamento de la *legio VII gemina* en León. Novedades sobre su planta y sistema defensivo», *Lancia*, 4, p. 103-126.
- García Marcos, V. y Morillo, A. (2002): «La arqueología romana en León a comienzos del siglo XXI», *Imágenes de arqueología leonesa. Antonio García y Bellido y el Noroeste peninsular en la Antigüedad*, Valladolid, p. 55-87.
- García Marcos, V. y Vidal Encinas, J. M. (1995): «*Asturica Augusta* y *Castra Legionis VII Geminae* en la Asturia Cismontana», *Catálogo Exposición Astures*, Gijón, p. 113-128.
- García Marcos, V. y Vidal Encinas, J. M. (1996): «*Asturica Augusta*: recientes investigaciones sobre su implantación y desarrollo urbano», *Los finisterres*

- atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*, C. Fernández Ochoa (coord.), Madrid, p. 135-146.
- García Marcos, V. y Vidal Encinas, J. M. (1998): «*Asturica Augusta*: de asentamiento militar a *urbs magnifica*», *Congreso Internacional sobre los orígenes de la ciudad en el Noroeste hispánico* (1996), A. Rodríguez Colmenero (ed.), Lugo, p. 911-944.
- García Martínez, M. y Jordá Pardo, J. F. (1997): «El castro de San Chuís (Pola de Allande): la recuperación de un enclave para la historia antigua de Asturias», *Memorias de Historia Antigua*, 18, p. 319-340.
- García Martínez, S. M. (1998-1999): «La población exógena en los distritos mineros del noroeste hispanorromano según los testimonios epigráficos», *Lancia*, 3, p. 141-158.
- García Merino, C. (1973): «Las tierras del NO de la Península Ibérica, foco de atracción para los emigrantes de la Meseta en época romana», *Historia Antiqua*, 3, p. 9-28.
- García Merino, C. (2008): «Almenara de Adaja y las villas de la submeseta norte», *Las villae tardorromanas en el occidente del Imperio. Arquitectura y función*, C. Fernández Ochoa, V. García-Entero y F. Gil Sendino (eds.), Gijón, p. 411-434.
- García Quintela, M. V. (2002): *La organización socio-política de los populi del noroeste de la Península Ibérica. Un estudio de antropología política histórica comparada*, Santiago de Compostela.
- García Quintela, M. V. (2007): «La organización social y política de los galaico-lusitanos», *Los pueblos de la Galicia céltica*, F. J. González García (coord.), Madrid, p. 323-375.
- García Rollán, M. (1971): «Memoria de la excavación arqueológica de Castromao (Caeliobriga)», *Archivo español de Arqueología*, 44, p. 175-211.
- García Valdeiras, M. (2001): «O *Forum Limicorum*», *Minius*, 9, p. 39-50.
- García Vargas, E. (1998): *La producción de ánforas en la Bahía de Cádiz en época romana (siglos II a.C. - IV d.C.)*, Écija.
- García Vargas, E. (2007): «Oro y economía en la época de Constantino. Algunos aspectos», *Perdona nuestras deudas. Economía de prestigio versus economía de mercado*, II, G. Chic (dir.) y F. J. Guzmán Armario (ed.), Sevilla, p. 187-204.
- García Vargas, E. y Martínez Maganto, J. (2006): «La sal de la Bética romana. Algunas notas sobre su producción y comercio», *Habis*, 37, p. 253-274.
- García y Bellido, A. (1953): *La Península Ibérica en los comienzos de su historia*, Madrid.
- García y Bellido, A. (1970): «Estudios sobre la *Legio VII Gemina* y su campamento en León», *Legio VII Gemina*, A. Viñayo (ed.), León, p. 569-599.
- Garnsey, P. (1970): *Social Status and Legal Privilege in the Roman Empire*, Oxford.

- Garnsey, P. y Saller, R. (1987): *The Roman Empire: Economy, Society and Culture*, Londres.
- Garriguet Mata, J. A. (2005): «Las representaciones imperiales en la *Hispania* del siglo II d.C.: Consideraciones a partir de la evidencia escultórica y epigráfica», *La Hispania de los Antoninos (98-180): Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua: Valladolid, 10, 11 y 12 de noviembre de 2004*, L. Hernández Guerra (coord.), Valladolid, p. 493-514.
- Garzetti, A. (1974): *From Tiberius to the Antonines*, Londres.
- Gascou, J. (1982): «La politique municipale de Rome en Afrique du Nord, I – De la mort d’Auguste au début du IIIe siècle», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, II, 10 (2), p. 230-320.
- Gasperini, L. (1998): «Del luco sacro al luco con insediamento humano», *Los orígenes de la ciudad en el Noroeste hispánico. Actas del Congreso Internacional. Lugo 15-18 de Mayo 1996*, A. Rodríguez Colmenero (coord.), Lugo, p. 309-324.
- Gérard, J. (1976): *Juvénal et la réalité contemporaine*, París.
- Gianotti, F. (1996): *Bessa. Paessaggio ed evoluzione geologica delle grande aurifodine biellesi*, Vigliano Biellese.
- Gibbon, E. (1781): *The history of the decline and fall of the Roman Empire*, Londres.
- Gil Sendino, F. (1999): «Excavaciones en el castro del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)», *Aproximación a la circulación monetaria en la Asturia Transmontana en el siglo I d.C. (Anejos de Archivo Español de Arqueología, 20)*, Madrid, p. 159-166.
- Gil Sendino, F. (2013): «Dupondio de Augusto y as de Tiberio contramarcado», *Los Castros del Navia. Tesoro arqueológico en el Occidente de Asturias*, A. Villa (ed.), Oviedo, 43.
- Gil Sendino, F. y Villa, A. (2005): «El castro del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias): los hallazgos monetarios», *Unidad y diversidad en el arco Atlántico en época romana*, Fernández Ochoa, C. y García Díaz, P. (ed.), *British Archaeological Reports, International Series 1371*, Oxford, p. 55-64.
- Gil Sendino, F. y Villa, A. (2006): «Castros asturianos con presencia militar. La circulación monetaria en los castros asturianos, ¿testimonio de asentamientos militares en zonas civiles?», *Los campamentos romanos en Hispania (27 a.C.- 192 d.C.) El abastecimiento de moneda*, M. P. García-Bellido (coord.), *Anejos de Gladius*, 9 (2), Madrid, p. 501-519.

- Giliberti, G. (1981): *Servus quasi colonus. Forme non tradizionali di organizzazione del lavoro nella società romana*, Nápoles.
- Giliberti, G. (1996): «Dominium Caesaris», *Index*, 24, p. 199-228.
- Gilman, A. (1987): *Land use and Prehistory in South Spain*, Londres.
- Gimeno, R. (1990): «El alfar romano de Melgar de Tera», *I Congreso de Historia de Zamora II. Prehistoria e Historia Antigua (1988)*, Zamora, p. 587-610.
- Gitler, H. y Ponting, M. (2003): *The Silver Coinage of Septimius Severus and his Family (193-211 AD)*, Milán.
- Gitler, H. y Ponting, M. (2007): «Rome and the East. A study of the chemical composition of roman silver coinage during the reign of Septimius Severus AD 193-211», *Productions et échanges dans la Syrie grecque et romaine (Actes du colloque de Tours, juin 2003)*, *Topoi*, 8, p. 375-397.
- Godelier, M. (1970): *Sur les sociétés precapitalistes*, París.
- Goldsworthy, A. (2005): *El ejército romano*, Madrid.
- Gómez Fraile, J. M. (1997): «La geografía de la Hispania Citerior en C. Tolomeo: análisis de sus elementos descriptivos y aproximación a su proceso de elaboración», *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, 9, p. 183-247.
- Gómez Vila, J. (2009): *Epigrafía romana de la provincia de Lugo*, Londres.
- González, J. (1989): *Las leyes municipales flavias*, Mérida.
- González, J. (2001): «*Ius Latii* y *Lex Flavia Municipalis*», *Mainake*, 23, p. 121-135.
- González, J. y Crawford, M. H. (1986): «The Lex Irnitana: A New Copy of the Flavian Municipal Law», *The Journal of Roman Studies*, 76, p. 147-243.
- González, M. C. (1986): *Las unidades organizativas del área indoeuropea de Hispania*, Vitoria.
- González, M. C. (1994): «Las unidades organizativas indígenas II: *addenda et corrigenda*», *Veleia*, 11, p. 169-175.
- González, M. C. (1997): *Los Astures y los Cántabros Vadinienses*, Vitoria.
- González, M. C. (1998): «Las estructuras sociales indígenas entre los pueblos del Norte», *Los pueblos prerromanos del Norte de Hispania. Una transición cultural como debate histórico*, J. F. Rodríguez Neila y F. J. Navarro Santana (eds.), Pamplona, p. 325-347.
- González, M. C. (2005): «Sobre la *religio* de los pueblos del NW durante el Alto Imperio: algunas observaciones», *Paleohispanica*, 5, p. 775-792.
- González, M. C. y Marco, F. (2009): «Divinidades y devotos indígenas en la *Tarraconensis*: las dedicaciones colectivas», *Paleohispánica*, 9, p. 65-81.

- González, M. C., y Ramírez Sánchez, M. (2015): «Una nueva dedicación a Marte en Bembibre (León)», *Veleia*, 32, p. 209.
- González, M. C. y Santos, J. eds. (1994): *Revisiones de Historia Antigua I: Las estructuras sociales indígenas en el Norte de la Península Ibérica*, (Anejos de *Veleia*, 1), Vitoria.
- González Fernández, M. L. (1996): «Consideraciones sobre el origen militar de *Asturica Augusta*», *Los finisterres atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*, C. Fernández Ochoa (coord.), Madrid, p. 85-90.
- González Fernández, M. L. (1997): «O urbaismo de *Lucus Augusti*», *Galicia castrexa e romana*, Lugo, p. 173-180.
- González Fernández, M. L. (2005): *Imago antiqua. Lugo romano*. Lugo.
- González Fernández, M. L. y Vidal Encinas, J. M. (2005): «Recientes hallazgos sobre el campamento de la *legio VII Germina* en León: la situación de los principia y la configuración de los *latera praetorii*», *BSAA Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 71 (1), p. 161-184.
- González Fernández, R. (2006): «Casio Dion y los motivos (¿fiscales?) de la concesión (¿universal?) de la ciudadanía romana», *Koinòs Lógos. Homenaje al profesor José García López*, E. Calderón, A. Morales y M. Valverde (eds.), Murcia, p. 381-395.
- González García, A. (2011): «La inflación en el Imperio romano de Diocleciano a Teodosio», *Documenta & Instrumenta*, 9, p. 123-152.
- González García, F. J. (2008): «La guerra en la *Gallaecia* antigua: del guerrero tribal al soldado imperial», *Semata: Ciências sociais e humanidades*, 19, p. 21-64.
- González García, F. J. (2010): «Hábito epigráfico, decoración plástica e interacción cultural en el Noroeste hispano en época romana. Análisis de las estelas funerarias de Vigo (Pontevedra)», *Madrider Mitteilungen*, 51, p. 397-418.
- González Herrero, M. (2011): «The possibilities for financial gain in Lusitania during Late Antiquity», *New perspectives on Late Antiquity*, D. Hernández de la Fuente (ed.), Cambridge, p. 136-149.
- González Román, C. (1994): «*Ius Italicum* e *immunitas* en las colonias romanas de *Hispania*», *Roma y las provincias. Realidad administrativa e ideología imperial*, J. González (ed.), Madrid, p. 131-146.
- González Román, C. (2002-2003): «La *lex Irnitana* y la onomástica de los municipios flavios», *Memorias de Historia Antigua*, 23-24, p. 77-102.
- González Ruibal, A. (2005): «El castro de Saceda y la jerarquización territorial de la segunda edad del Hierro en el Noroeste ibérico», *Zephyrus*, 58, p. 267-284.

- González Ruibal, A. (2006): *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C.-50 d.C.)*, *Brigantium*, 19 (2), A Coruña.
- González y Fernández-Valles, J. M. (1976): *Antiguos pobladores de Asturias. Protohistoria*, Salinas.
- González y Fernández-Valles, J. M. (1978): *Asturias protohistórica. Historia de Asturias*, 2, Salinas.
- Goodman, D. y Redclift, M. (1981): *From Peasant to Proletarian*, Oxford.
- Graf, D. F. (1993): «The *Via Nova Traiana* between Petra and 'Aqaba», *Syria*, 70 (1/2), p. 262-263.
- Grande Rodríguez, M. (2007): «Aproximación á romanización na Terra de Lemos», *Minius*, 15, p. 117-135.
- Grande Rodríguez, M. (2008): «Los castros de la *Gallaecia* interior: arqueología, poblamiento y sociedad», *Herakleion*, 1, p. 85-119.
- Grant, M. (1949): «*Pax Romana*. An Early Imperial Definition», *University of Edinburgh Journal*, p. 229-240.
- Grant, M. (1954): *Roman Imperial Money*, Londres, Edimburgo y Cambridge.
- Grau, L. (2000): «El edicto de Augusto. Comunicado del Museo de León», *Revista de Arqueología*, 21, 229, p. 60-61.
- Grau, L. y Hoyas, J. L. eds. (2001): *El bronce de Bembibre. Un edicto del emperador Augusto*, Valladolid.
- Greenberg, J. (2003): «Plagued by doubt: reconsidering the impact of a mortality crisis in the 2nd c.A.D.», *Journal of Roman Archaeology*, 16, p. 413-425.
- Grelle, F. (1963): *Stipendium vel tributum: l'imposizione fondiaria nell dottrine giuridiche del II e III secolo*, Nápoles.
- Grelle, F. (1964): «*Adsignatio* e publica persona nella terminologia dei gromatici», *Synteleia. Vincenzo Arangio-Ruiz*, 2, Nápoles, p. 1136-1141.
- Grelle, F. (1972): *L'autonomia cittadina fra Traiano e Adriano*, Nápoles.
- Grelle, F. (1990): «L'appartenenza del suolo provinciale nell'analisi di Gaio, 2.7 e 2.21», *Index*, 18, p. 167-183.
- Gricourt, D. (1994): «Les Dioscures sur les monnaies romaines impériales», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 20 (2), p. 189-224.
- Griffin, M. (2000): «The Flavians», *The High Empire, A. D. 70-192*, A. Bowman, P. Garnsey y D. Rathbone (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 11, Cambridge, p. 1-83.
- Grimal, P. (2007): *La Civilización Romana, vida, costumbres, leyes, artes*, Barcelona.

- Groen-Vallinga, M. J. y Tacoma, L. E. (2015): «Contextualising Condemnation to Hard Labour in the Roman Empire», *Global Convict Labour*, C. G. De Vito y A. Lichtenstein (eds.), Leiden y Boston, p. 49-78.
- Guadán, A. M. (1960): «Tipología de las contramarcas en la numismática íbero-romana», *Numario Hispánico*, 9 (17), p. 7-121.
- Gudeman, S. (1978): *The Denise of a Rural Economy*, Londres, Menley y Boston.
- Guerra, A. (1995): *Plínio-o-Velho e a Lusitania*, Lisboa.
- Guichard, P. (1990): «Politique flavienne et fiscalité en *Hispania*», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 26 (1), p. 45-73.
- Guichard, P. (1994): «Domitien et les cités d'*Hispania*: les promotions a l'ordre équestre des notables issus des municipes Flaviens», *Pallas*, 40, p. 251-267.
- Gutiérrez González, J. A. (2007): «La formación del territorio de Asturias en el período de la monarquía asturiana», *Enciclopedia del Prerrománico en Asturias*, 1, M. A. García Guinea y Pérez González, J. M. (dir.), Aguilar de Campoo, p. 17-56.
- Gutiérrez González, J. A. (2011): «Modelos de transformación del paisaje antiguo y configuración de los nuevos espacios de ocupación en el norte peninsular», *Hidacio da Limia e o seu tempo: a Gallaecia sueva / A Limia na época medieval*, F. Pérez Losada (ed.), Xinzo de Limia, p. 1-26.
- Gutiérrez González, J. A. (2015): «Arqueología tardoantigua en Asturias. Una perspectiva de la organización territorial y del poder en los orígenes del reino de Asturias», *Las Guerras Astur-Cántabras*, J. Camino, E. Peralta y J. F. Torres (coords.), Oviedo, p. 1-32.
- Gutiérrez González, J. A. y Suárez Manjón, P. (2009): «Castillos y fortificaciones feudales en Asturias», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 2003-2006*, Oviedo, p. 493-517.
- Gutiérrez González, J. A., Argüello Menéndez, J. y Larrazábal Galarza, J. (1994): «Minería y metalurgia en torno a la Cordillera Cantábrica. Primeras evidencias arqueológicas y propuestas de estudio», *Actas del IV Congreso de Arqueología Medieval española*, Alicante, p. 905-917.

H

- Haensch, R. (2000): «Le rôle des *officiales* de l'administration provinciale dans le processus de decision», *Cahiers du Centre Gustave Glotz*, 11, p. 259-276.
- Haldon, J. (1993): *The State and the Tributary Mode of Production*, Londres y Nueva York.
- Halperin, R. (1984): «Polanyi, Marx and the institutional paradigm in economic anthropology», *Research in Economic Anthropology*, 5, p. 245-272.

- Harbison, P. (1968): «Castros with “Chevaux-de-Frise” in Spain and Portugal», *Madrider Mitteilungen*, 9, p. 116-147.
- Harl, K. W. (1996): *Coinage in the Roman Economy, 300 B.C. to A.D. 700*, Londres.
- Harland, P. A. (2013): *Associations, Synagogues and Congregations: Claiming a Place in Ancient Mediterranean Society*, Minneapolis.
- Harper, K. (2011): *Slavery in the Late Roman Mediterranean, AD 275-425*, Cambridge.
- Harris, W. V. (1989): *Ancient Literacy*, Cambridge y Londres.
- Harris, W. V. (2003): «Roman governments and commerce, 300 BC-AD 300», *Mercanti e politica nel mondo antico*, C. Zaccagnini (ed.), Roma, p. 275-305.
- Harris, W. V. (2006): «A Revisionist View of Roman Money», *Journal of Roman Studies*, 96, p. 1-24.
- Harris, W. V. (2008): «The nature of Roman money», *The monetary systems of the Greeks and Romans*, W. V. Harris (ed.), Oxford, p. 174-207.
- Häussler, R. (1998): «*Resta, viator, et lege*: thoughts on the epigraphic habit», *Papers from the Institute of Archaeology*, 9, p. 31-56.
- Healy, J. F. (1978): «Mining and Metallurgy in the Greek and Roman World», Londres.
- Healy, J. F. (1986): «Pliny on Mineralogy and Metals», *Science in the Early Roman Empire: Pliny the Elder, his Sources and Influence*, R. French y F. Greenaway (eds.), Londres y Sidney, p. 111-146.
- Hedrick, C. W. (1999): «Democracy and the Athenian Epigraphical Habit», *Hesperia*, 68 (3), p. 387-439.
- Hendy, M. F. (1985): *Studies in the Byzantine monetary economy c. 300-1450*, Cambridge.
- Hernando Sobrino, M. R. (2002): «Nota sobre nota. El bronce de El Bierzo y la Tabula de El Caurel», *Gerión*, 20, (2), p. 577-584.
- Hernando Sobrino, M. R. (2011): «Sistemas de datación en la epigrafía pagana hispano-romana», *X Jornadas Científicas sobre Documentación: El calendario y la datación histórica*, N. Ávila, M. T. Muñoz y L. Zozaya (eds.), Madrid, p. 189-220.
- Hevia González, S. y Montes López, R. (2009): «Cerámica romana altoimperial de fabricación regional del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 35, p. 27-190.
- Hidalgo Cuñarro, J. M. (1985): «Excavaciones arqueológicas en el Castro de Vigo (Pontevedra)», *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Logroño, p. 523-534.

- Hidalgo Cuñarro, J. M. (1987): «Materiales arqueológicos del castro de Vigo», *Lucentum*, 6, p. 123-134.
- Hidalgo Cuñarro, J. M. (1989): «La romanización del castro de Vigo: el comercio de importación de cerámicas finas romanas», *Habis*, 20, p. 279-292.
- Hidalgo Cuñarro, J. M. y Viñas Cué, R. (1996): «El Vigo romano y su problemática», *Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico: actas del Congreso Internacional, Lugo 15-18 de mayo de 1996*, 2, A. Rodríguez Colmenero (coord.), Lugo, p. 807-838.
- Hidalgo de la Vega, M. J. (1998): «La *adventus* de Vespasiano como punto de encuentro de la *pars orientis* y *occidentis* del Imperio Romano», *Studia historica. Historia Antigua*, 16, p. 102-123.
- Hiernard, J. (1976): «L'interpretation des trouvailles d'aurei romains au III^e siècle: l'exemple des empereurs gaulois», *Studien zu Fundmünzen der Antike*, 1, p. 39-77.
- Hingley, R. (1996): «The 'legacy' of Rome: the rise, decline, and fall of the theory of Romanization», *Roman imperialism: post-colonial perspectives*, J. Webster y N. Cooper (eds.), Leicester, p. 34-48.
- Hingley, R. (2005): *Globalizing Roman Culture: Unity, Diversity and Empire*, Londres.
- Hingley, R. (2011): «Globalization and the Roman Empire: the genealogy of 'Empire'», *Imperios. Luz y tinieblas*, 23, P. López Barja, R. Máiz y J. M. Portillo (ed.), Santiago de Compostela, p. 99-113.
- Hinrichs, F. T. (1974): *Die Geschichte der gromatischen Institutionem*, Wiesbaden.
- Hirt, A. M. (2010): *Imperial Mines and Quarries in the Roman World: Organizational Aspects 27 BC-AD 235*, Oxford.
- Hitchcock, F. ed. (2005): *Treasure Annual Report 2004*, Londres.
- Hitchner, R. B. (1995): «Historical text and archaeological context in Roman North Africa: The Albertini Tablets and the Kasserine Survey», *Methods in the Mediterranean: Historical and Archaeological Views on Text and Archaeology*, D. B. Small (ed.), Leiden, p. 124-142.
- Hitchner, R. B. (2005): «The Advantages of Wealth and Luxury: The Case for Economic Growth in the Roman Empire», *The Ancient Economy: Evidence and Models*, J. G. Manning y I. Morris (eds.), California, p. 207-222.
- Hobbs, R. (1997): *Late Roman precious metal deposits, c.A.D. 200-700*, Oxford.
- Hobsbawn, E. ed. (1964): *Karl Marx. Precapitalist Economic formations*, Londres.
- Hodges, R. (1988): *Primitive and peasant markets*, Oxford.

- Hollander, D. B. (2008): «The Demand for Money in the Late Roman Republic», *The Monetary Systems of the Greeks and Romans*, W. V. Harris (ed.), Oxford, p. 112-136.
- Hollard, D. (1995): «La crise de la monnaie dans l'Empire romain au IIIe siècle après J.-C. Synthèse des recherches et résultats nouveaux», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 50 (5), p. 1045-1078.
- Homo, L. (1948): *Vespasien, l'empereur du bon sens (69-79 d.C.)*, París.
- Hopkins, K. (1980): «Taxes and Trade in the Roman Empire», *Journal of Roman Studies*, 70, p. 101-125.
- Hopkins, K. (1983): «Introduction», *Trade in the Ancient Economy*, P. Garnsey, K. Hopkins y C. Whittaker (eds.), Cambridge, p. 9-15.
- Hopkins, K. (1995-1996): «Rome, Taxes, Rents and Trade», *Kodai*, 6-7, p. 41-75.
- Hopkins, K. (2002): «Rome, Taxes, Rents and Trade», *The Ancient Economy*, W. Scheidel y S. von Reden (eds.), Edimburgo, p. 190-230.
- Horden, P. y Purcell, N. (2000): *The Corrupting Sea: A Study of Mediterranean History*, Oxford.
- Hornblower, S. (2011): *The Greek World 479–323 BC*, Londres y Nueva York.
- Howgego, C. (1992): «The Supply and Use of Money in the Roman World 200 B.C. to A.D. 300», *Journal of Roman Studies*, 82, p. 1-31.
- Hoyer, D. (2013): «Public feasting, elite competition, and the market economy of Roman North Africa», *The Journal of North African Studies*, 18 (4), p. 574-591.
- Hübner, E. (1888): *La arqueología de España*, Barcelona.
- Humbert, M. (1978): *Municipium et civitas sine suffragio. L'organisation de la conquête jusqu' à la guerre Sociale*, Roma.
- Humbert, M. (1981): «Le droit latin impérial: cités latines ou citoyenneté latine?», *Ktema*, 6, p. 207-226.
- Humbert, M. (2006): «*Municeps et Municipium*: définition et histoire», *Gli statuti Municipali*, L. Capogrossi y E. Gabba (eds.), Pavia, p. 3-29.
- Humphrey, J. H. (2009): *Studies on Roman pottery of the provinces of Africa Proconsularis and Byzacena (Tunisia): homage à Michael Bonifay*, Portsmouth y Rhode Island.
- Hunt Ortiz, M. (2003): *Prehistoric Mining and Metallurgy in South-West Iberian Peninsula*, (*British Archaeological Reports, International Series*, 1188), Oxford.
- Hunt Ortiz, M. (2012): «Análisis de isótopos de plomo. Aplicaciones en la investigación arqueológica de la minería prehistórica e histórica del sudoeste hispano», *Minería y*

metalurgia antiguas. Homenaje a Claude Domergue, A. Orejas y C. Rico (eds.), *Collection de la Casa de Velázquez*, 128, Madrid, p.169-182.

Hunt Ortiz, M. (2013): «La caracterización de los paisajes mineros del pasado por medio de la investigación arqueométrica», *Paisajes mineros antiguos de la Península Ibérica. Investigaciones recientes y nuevas líneas de trabajo. Homenaje a Claude Domergue*, M. Zarzalejos, P. Hevia y L. Mansilla (eds.), Madrid, p. 199-209.

Huot, P. (1996): *The emperor, the army and the coinage: four quantitative studies*, Ottawa.

Hurlet, F. (1993): «La *lex de imperio Vespasiani* et la légitimité augusténne», *Latomus*, 52, p. 261-280.

Hurlet, F. (2012): «Les modalités de la hiérarchie et de la délégation. Les rituels de médiation entre le prince et le gouverneur sous le Haut-Empire romain», *Hiérarchie des pouvoirs, délégation de pouvoir et responsabilité des administrateurs dans l'Antiquité et au Moyen Âge*, A. Bérenger y F. Lachaud (eds.), Metz, p. 161-177.

Hurtado Aguiña, J. (2003-2004): «Las gentilidades presentes en los testimonios epigráficos procedentes de la Meseta meridional», *BSAA Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 69-70, 185-204.

Hurst, H. y Cirone, D. (2003): «Excavation of the Pre-Neronian Nova via, Rome», *Papers of the British School at Rome*, 71, p. 17-84.

Huvelin, H. y Lorient, X. (1992): «Les trouvailles de monnaies d'or dans l'Occident romain au III^e siècle de notre ère», *L'or monnayé III. Trouvailles de monnaies d'or dans l'Occident romain*, C. Brenot y X. Lorient (eds.), París, p. 215-72.

I

Iglesias, J. (2010[1958]): *Derecho romano*, Madrid.

Isager, J. (1976): «Vespasiano e Augusto», *Studia Romana in Honorem Petri Krarup Septuagenari*, Roma, p. 64-71.

J

Jacobo Pérez, A. (2003): *Avctoritas et maiestas. Historia, programa dinástico e iconografía en la moneda de Vespasiano*, Alicante.

Jacobo Pérez, A. y Mellado, J. A. (2004): «*Prouidentia* como concepto dinástico en la amodenación julio-claudia y de Vespasiano», *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 33, Madrid, p. 185-190.

Jacques, F. y Scheid, J. (1990): *Rome et l'intégration de l'Empire (44 av. J.-C.-260 ap. J.-C.)*, París.

- Jacques, F. y Scheid, J. (2005): *Roma e il suo impero. Istituzioni, economia, religione*, Laterza.
- Jennings, D. (2013): *A Critical Analysis of the Report: 'Statement of Significance: Cârnici Massif, Roșia Montană, jud Alba Romania' by A Wilson, D Mattingly and M Dawson*, York.
- Johnson, D. G. (2000): «Population, food, and knowledge», *American Economic Review*, 90, p. 1-14.
- Jones, A. H. M. (1941): «In eo solo dominium populi Romani est vel Caesaris», *Journal of Roman Studies*, 31, p. 26-31.
- Jones, A. H. M. (1950): «The Aerarium and the Fiscus», *Journal of Roman Studies*, 40, p. 22-29.
- Jones, A. H. M. (1956): «Numismatics and History», *Essays in Roman Coinage presented to H. Mattingly*, R. A. G. Carson y C. H. V. Sutherland (eds.), Oxford, p. 13-33.
- Jones, A. H. M. (1964): *The later Roman Empire 284-602: A social, economic and administrative survey*, Oxford.
- Jones, A. H. M. (1974): *The Roman economy*, Oxford.
- Jones, A. H. M. (1981): «El colonato romano», *Estudios sobre Historia Antigua*, M. I. Finley (ed.), Madrid, p. 315-331.
- Jones, B. W. (2000): *Suetonius: Vespasian*, Londres.
- Jones, G. D. B. y Lewis, P. R. (1971): «The Dolaucothi Gold Mines», *Bonner Jahrbücher*, 171, p. 288-300.
- Jones, G. D. B. y Little, J. H. (1973): «Excavations of the Roman Fort at Pumpsaint, Carmarthenshire. Interim Report 1972», *Carmarthenshire Antiquary*, 9, p. 3-28.
- Jones, G. D. B. y Maude, K. (1991): «Dating and Dolaucothi», *Britannia* 22, p. 210-211.
- Jones, J. E. (1982): «The Laurion Silver Mines: A Review of Recent Researches and Results», *Greece & Rome*, 29 (2), p. 169-183.
- Jongman, W. (2003): «A Golden Age. Death, Money Supply and Social Succession in the Roman Empire», *Credito e moneta nel mondo romano*, E. Lo Cascio (ed.), Bari, p. 181-196.
- Jongman, W. (2007): «The early Roman Empire: consumption», *The Cambridge Economic History of the Greco-Roman World*, W. Scheidel, I. Morris y R. Saller (eds.), Cambridge, p. 592-618.
- Jordá Cerdá, F. (1977): «La Cultura de los Castros y la tardía Romanización de Asturias», *Actas del Coloquio Internacional sobre el Bimilenario de Lugo*, Lugo, p. 29-40.

- Jordá Cerdá, F. (1990): «Informe preliminar sobre las excavaciones arqueológicas en el castro de San Chuis (Beduelo, Allande) Asturias campaña de 1986», *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-86*, 1, Oviedo, p. 153-156.
- Jordá Cerdá, F., Manzano, M. P., Jordá Pardo, J. F., González-Tablas, F. J., Carrocera, E. y Bécares, J. (1989): «El castro asturiano de San Chuis», *Revista de Arqueología*, 95, p. 38-48.
- Jordá Pardo, J. F. y García Martínez, M. (1999): «Investigaciones arqueológicas en el castro de San Chuis (Allande, Asturias): últimos trabajos y memoria final (estratigrafía isotópica y trabajos desarrollados durante 1997)», *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-98*, Oviedo, p. 137-150.
- Jordán Reyes, J. C. (2010): «Fiscalidad tributaria y post-tributaria en el Alto Imperio Romano», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 23, p. 259-278.
- Junyent, J., López, J. B., Alonso i Martínez, N. y Lafuente, A. (1998): «Poder, símbolo y territorio: el caso de la fortaleza de Arbeca», *Saguntum*, 1, p. 355-372.

K

- Kaser, M. (1942): «Die Typen der römischen Bodenrechte in der späteren Republik», *Zeitschrift der Savigny Stiftung für Rechtsgeschichte*, 62, p. 1-81.
- Katsari, C. (2002): «The concept of inflation in the Roman Empire», *Economic History, Working Paper*, 1-9.
- Katsari, C. (2011): *The Roman Monetary System. The Eastern Provinces from the First to the Third Century AD*, Cambridge.
- Kay, P. (2014): *Rome's Economic Revolution*, Oxford.
- Keay, S. J. (1988): *Roman Spain*, Londres.
- Keay, S. J. (1992): «The Romanization of Turdetania. Resistance to Cultural Change in the Lower Guadalquivir Valley between the Late third century BC and the first century AD.», *Oxford Journal of Archaeology*, 11 (3), p. 237-315.
- Keay, S. J. (2001): «Towns and Cultural Change in Iberia between Caesar and the Flavians», *Actas del I Congreso Internacional de Historia Antigua: La Península Ibérica hace 2000 años*, L. Hernández Guerra, L. Sagredo y J. M. Solana Sáinz (ed.), Valladolid, p. 103-115.
- Kehoe, D. P. (1988): *The economics of agriculture on Roman imperial estates in North Africa*, Göttingen.
- Kehoe, D. P. (1997): *Investment, Profit and Tenancy. The Jurist and the Roman Agrarian Economy*, Michigan.
- Kehoe, D. P. (2010): *Law and Rural Economy in the Roman Empire*, Michigan.

- Kessler, D. y Temin, P. (2005): «Money and prices in the Early Roman Empire», *Massachusetts Institute of Technology. Department of Economics. Working Paper*, 5-11, p. 1-32.
- Kessler, D. y Temin, P. (2007): «The Organization of the Grain Trade in the Early Roman Empire», *The Economic History Review*, 60 (2), p. 313-332.
- Kessler, D. y Temin, P. (2008): «Money and Prices in the Early Roman Empire», *The Monetary Systems of the Greeks and Romans*, W. V. Harris (ed.), Oxford, p. 137-159.
- King, C. E. (1980): «The Sacras Largitiones: revenues, expenditure and the production of coin», *Imperial revenue, expenditure and monetary policy in the fourth century A.D.*, C. E. King (ed.), *British Archaeological Reports, International Series 76*, Oxford, p. 141-173.
- King, C. E. (1993a): «The role of gold in the later third century A.D.», *Rivista Italiana di Numismatica*, 95, p. 439-51.
- King, C. E. (1993b): «The Fourth Century Coinage», *L'inflazione nel Quarto Secolo*, Roma, p. 1-87.
- Klein, S. y Brey, G. P. (2010): «Characterisation of the raw metal sources used for the production of copper and copper-based objects with copper isotopes», *Archaeological Antropological Sciences*, 2, p. 45-56.
- Klein, S., Lahaye, Y., Brey, G. P. y von Kaenel, H. M. (2004): «The early Roman Imperial Aes Coinage II: Tracing the Copper Sources by Analysis of Lead and Copper Isotopes-Copper Coins of Augustus and Tiberius», *Archaeometry*, 46 (3), p. 469-480.
- Kleiner, F. S. (1990): «Galba *imperator augustus P(opuli) R(omani)*», *Revue numismatique*, 6 (32), p. 72-84.
- Klemm, D., Klemm, R. y Murr, A. (2001): «Gold of the Pharaohs – 6000 years of gold mining in Egypt and Nubia», *African Earth Sciences*, 33, p. 643-659.
- Kloppenborg, J. S. (1996): «*Collegia and Thiasoi*», *Voluntary Associations in the Graeco-Roman World*, J. S. Kloppenborg y S. G. Wilson (ed.), Londres y Nueva York, p. 16-30.
- Knapp, R. C. (1992): *Latin inscriptions from Central Spain*, Berkeley, Los Ángeles y Oxford.
- Koch, M. (2005): «El santuario dedicado a Berobreo en el Monte do Facho (Cangas, Galicia)», *Paleohispánica*, 5, p. 823-836.
- Kolb, F. (1984): *Die Stadt in Altertum*, Munich.

- Korporowicz, L. J. (2012): «Roman Law in Roman Britain: An Introductory Survey», *The Journal of Legal History*, 33 (2), p. 133-150.
- Kremer, D. (2006): *Ius Latinum. Le concept de Droit Latin sous la République et l'Empire*, París.
- Kremer, D. (2014): «A propos d'une tentative récente de déconstruction des privilèges latins et en particulier du ius migrandi», *Athenaeum: Studi di letteratura e Storia dell'antichità*, 1, p. 226-237.

L

- Lachmann, K. (1848): *Gromatici Veteres*, Berlín.
- Laffi, U. (1966): *Adtributio e Contributio. Problemi del Sistema Politico-Amministrativo dello Stato Romano*, Pisa.
- Laffi, U. (1986): «La Lex Rubira de Gallia Cisalpina», *Athenaeum*, 64, p. 5-44.
- Lagóstena, L. (2001): *La producción de salsas y conservas de pescado en la Hispania romana (II a.C. - VI d.C.)*, Barcelona.
- Lamberti, F. (1993): *Tabulae Irnitanae. Municipalità e ius Romanorum*, Nápoles.
- Larsen, J. A. O. (1959): «Roman Greece», *An Economic Survey of Ancient Rome*, 4, T. Frank (ed.), Londres, p. 261-435.
- Lassandro, D. (1995): «I damnati in metalla in alcune testimonianze antiche», *Coercizione e mobilità umana nel mondo antico*, M. Sordi (ed.), Milán, p. 271-281.
- Lazzarini, S. (2001): *Lex metallis dicta. Studi sulla seconda tavola di Vipasca*, Roma.
- Lefebvre, S. (2006): «Procurateurs en Hispanie», *Les Fastes procuratoriennes des Hispaniae: bilan des recherches depuis, H.G. Pflaum. H.G. Pflaum. Un historien du XXe siècle*, S. Demougin, X. Lorient, P. Cosme y S. Lefebvre (ed.), Génova, p. 253-284.
- Le Gall, J. y Le Glay, M. (1995): *El Imperio Romano. El Alto Imperio, desde la batalla de Actium hasta la muerte de Severo Alejandro (31 a.C.-235 d.C.)*, Madrid.
- Le Glay, M. (1968): «Les Flaviens et l'Afrique», *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, 80, p. 201-246.
- Lemos, F. S. (1993): *Povoamento romano de Tras-os-Montes oriental*, (tesis doctoral inédita), Braga.
- Lemos, F. S. (2007-2008): «Antes de Bracara Augusta», *Forum*, 42-43, p. 203-239.
- Lemos, F. S. (2010): «Comunidades indígenas e o poder imperial romano no contexto da fundação de Bracara Augusta», *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*, I. Sastre y A. Beltrán (eds.), León, p. 113-128.

- Lemos, F. S. y Cruz, G. P. C. (2005-2006): «Trabalhos arqueológicos na citânia de Briteiros», *Revista de Guimarães*, 115-116, p. 11-50.
- Lemos, F. S. y Martins, M. (2008): «*Civitates* e exploração aurífera romana no Noroeste da Península Ibérica», *Actas del quinto Congreso Internacional de Mineración e Metalurgia Históricas no Sudoeste Europeo (León, 2008)*, J. M. Mata-Perelló, L. T. Abat y N. Fuentes Prieto (eds.), León, p. 503-512.
- Lemos, F. S. y Martins, M. (2010): «Povoamento e rede viária no território de influência de *Aquae Flaviae*», *Mineração e povoamento na Antiguidade no Alto Trás-os-Montes Ocidental*, M. Martins (coord.), Oporto, p. 79-106.
- Lemos, F. S. y Martins, M. (2011): «Explorações auríferas no Alto Douro Português (entre a Foz do rio Tua e Barca de Alva)», *V Congreso de Arqueología. Interior Norte e Centro de Portugal*, M. A. Rodrigues, A. C. Lima y A. T. Santos (coords.), Vila Real, p. 293-315.
- Lemos, F. S. y Marins, M. (2014): «A mineração antiga no nordeste transmontano», *Minería romana en zonas interfronterizas de Castilla y León y Portugal (Asturia y NE de Lusitania)*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 63-86.
- Lemos, F. S. y Morais, P. (2004): «Vias augustas e mineração aurífera», *Forum*, 36, p. 15-56.
- Le Roux, P. (1982): *L'Armée Romaine et l'organisation des provinces Ibériques. D'Auguste a l'invasion de 409*, París.
- Le Roux, P. (1985): «Provincialisation et recrutement militaire dans le NO hispanique au Haut-Empire romain», *Gerión*, 3, p. 283-308.
- Le Roux, P. (1986): «Municipe et droit latin en *Hispania* sous l'Empire», *Revue d'Histoire du Droit*, 64 (3), p. 325-350.
- Le Roux, P. (1989): «Exploitations minières et armées romaines: essai d'interprétation», *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, II, C. Domergue (coord.), Madrid, p. 171-181.
- Le Roux, P. (1990): «Les villes de statut municipal en Lusitanie Romaine», *Les villes de Lusitanie Romaine*, París, p. 35-49.
- Le Roux, P. (1994): «La tessère de Montealegre et l'évolution des communautés indigènes d'Auguste à Hadrien», *Klio*, 76, p. 342-354.
- Le Roux, P. (1995): *Romains d'Espagne*, París.
- Le Roux, P. (1996): «Las ciudades de la *Callaecia* romana durante el Alto Imperio», *Gerión*, 14, p. 363-379.

- Le Roux, P. (2000): «*Legio VII Gemina (pia) felix*», *II Congrès de Lyon sur l'armée romaine. Les légions de Rome sous le Haut Empire* (1998), Lyon, p. 384-396.
- Le Roux, P. (2004): «La question des conventus dans la péninsule Ibérique d'époque romaine», *Au jardin des Hespérides. Histoire, société et épigraphie des mondes anciens. Mélanges offerts à Alain Tranoy*, C. Auliard y L. Bodiou (dir.), Rennes, p. 337-356.
- Le Roux, P. (2007): «Las inscripciones militares», *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*, A. Morillo (ed.), León, p. 481-501.
- Le Roux, P. (2009): «Cultos y religión en el Noroeste de la Península Ibérica en el Alto Imperio Romano: nuevas perspectivas», *Veleia*, 26, p. 265-285.
- Le Roux, P. y Tranoy, A. (1973): «Rome et les Indigènes dans le Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique. Problèmes d'épigraphie et d'histoire», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 9 (1), p. 177-231.
- Le Roux, P. y Tranoy, A. (1983): «SIGNO C, le mot et la chose. Contributium au débat historiographique», *Archivo Español de Arqueología*, 56, p. 109-121.
- Le Roux, P. y Tranoy, A. (1983-1984): «Villes et fonctions urbaines dans le nord-ouest hispanique sous la domination romaine», *Actas do Colóquio Inter-Universitário de Arqueologia do Noroeste, Portugalia*, 4-5, Oporto, p. 199-207.
- Le Teuff, B. (2014): «Les recensements augustéens, aux origines de l'Empire. Census operations under Augustus, at the origins of the Roman Empire», *Le monde romain de 70 av. J.-C à 73 apr. J.-C. Actes du colloque de la SOPHAU (Tours, 13-14 juin 2014)*, S. Crocier-Pétrequin (ed.), Tours, p. 75-90.
- Levi, M. A. (1975): «I Flavi», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, 2 (2), p. 177-207.
- Levick, B. (1999): *Vespasian*, Londres.
- Lewis, P. R. y Jones, G. D. B. (1969): «The Dolaucothi Gold Mines I. The Surface Evidence», *Antiquaries Journal*, 49, p. 244-272.
- Lewis, P. R. y Jones, G. D. B. (1971): *The Roman Gold Mines at Dolaucothi*, Carmarthen.
- L'Hour, M. (1987): «Un site sous-marin sur la côte de l'Armorique. L'épave antique de Ploumanac'h», *Revue archéologique de l'ouest*, 4, p. 113-131.
- Liz Guiral, J. y Amaré, M. T. (1993): *Necrópolis tardorromana del Campus de Vegazana y las producciones latericias de la legio VII Gemina*, León.
- Lo Cascio, E. (1971-1972): «Patrimonium, ratio privata, res privata», *Annali dell'Istituto Italiano per la Storia Antica*, 3, p. 55-121.

- Lo Cascio, E. (1986): «La struttura fiscale dell'Impero Romano», *L'impero romano e le strutture economiche e sociali delle province*, M. H. Crawford (ed.), Como, p. 29-59.
- Lo Cascio, E. (1990): «Le professiones della *Tabula Heracleensis* e le procedure del census in età cesariana», *Athenaeum*, 78, p. 287-317.
- Lo Cascio, E. (1991): «Forme dell'economia imperiale», *Storia di Roma*, 2 (2), Turín, p. 333-365.
- Lo Cascio, E. (1995): «Aspetti della politica monetaria nel IV secolo», *Atti Dell'Accademia Costantiniana. X Cionvego Internazionale in Onore di Arnaldo Biscaldi*, Nápoles, p. 481-502.
- Lo Cascio, E. (1996): «How did the Romans view their coinage and its function?», *Coin finds and coin use in the Roman world*, C. E. King y D. G. Wigg (eds.), Berlín, p. 271-287.
- Lo Cascio, E. (1997): «Prezzi in oro e prezzi in unita di conto tra il III e il IV sec. d.C.», *Economie antique: Prix et formation des prix les économies antiques, Entretiens d'archaeologie et d'histoire*, J. Andreau, P. Briant y R. Descat (eds.), Saint-Bertrand-de-Comminges, p. 161-182.
- Lo Cascio, E. (2000): *Il Princeps e il suo Impero. Studi di storia amministrativa e finanziaria romana*, Bari.
- Lo Cascio, E. (2001): «Il Census a Roma e la sua evoluzione da età serviana alla prima età imperiale», *Mélanges de l'Ecole française d'Art et d'Archéologie de Rome*, 113, p. 563-603.
- Lo Cascio, E. (2005): «Government and administration. The age of the Severans», *The Crisis of Empire, A.D. 193–337*, A. Bowman, P. Garnsey y A. Cameron (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 12, Cambridge, p. 137-155.
- Lo Cascio, E. (2006): «The role of the state in the roman economy: making use of the new institutional economics», *Ancient economies, modern methodologies. Archaeology, comparative history, models and institutions*, P. F. Bang, M. Ikeguchi y H. Ziche (eds.), Bari, p. 215-234.
- Lo Cascio, E. (2010): «The Function of Gold Coinage in the Monetary Economy of the Roman Empire», *The Monetary Systems of the Greeks and Romans*, W. V. Harris (ed.), Oxford, p. 160-173.
- Lo Cascio, E. Dir. (2012): *L'impatto della "peste antonina"*, Bari.
- Lo Cascio, E. y Malanima, P. (2009): «GDP en Pre-Modern Agrarian Economies (1-1820 AD). A Revision of the Estimates», *Rivista di Storia Economica*, 25 (3), p. 391-419.

- Locher, A. (1986): «The structure of Pliny the Elder's Natural History», *Science in the Early Roman Empire: Pliny the Elder, his Sources and Influence*, R. French y F. Greenawa (eds.), Londres y Sidney, p. 20-29.
- López Barja, P. (1991): «*Latini y Latini Iuniani*. De nuevo sobre IRN. 72», *Studia historica. Historia Antigua*, 9, p. 51-60.
- López Barja, P. (1993): *Epigrafía latina. Las inscripciones romanas desde los orígenes hasta el siglo III d.C.*, Santiago de Compostela.
- López Barja, P. (1996): «Religiones romanas y orientales en el noroeste peninsular», *Las religiones en la Historia de Galicia*, M. V. García Quintela (ed.), Santiago de Compostela, p. 235-249.
- López Barja, P. (1998): «Recensión al libro de A. Orejas, *Estructura social y territorio. El impacto romano en la cuenca noroccidental del Duero*», *Gerión*, 6, p. 549-553.
- López Barja, P. (1999): «El censo provincial, los *populi* y los *castella* en *Gallaecia*», *Gallaecia*, 18, p. 347-362.
- López Barja, P. (2000): «La provincia Transduriana», *El Edicto del Bierzo. Augusto y el Noroeste de Hispania*, F. J. Sánchez-Palencia y J. Mangas (coords.), Ponferrada, p. 31-46.
- López Barja, P. (2001): «Augusto, monarquía y revolución», *El Estado en el Mediterráneo antiguo*, A. Campagno, J. Gallego y C. García Mac Gaw (eds.), Buenos Aires, p. 371-390.
- López Barja, P. (2004): «El Alto Imperio», *Historia de Roma*, P. M. López y F. J. Lomas (eds.), Madrid, p. 243-400.
- López Barja, P. (2009): «El gobernador provincial romano de Cicerón a Plinio el Joven», *Política y religión en el Mediterráneo antiguo*, M. Campagno, J. Gallego y C. García Mac Gaw (eds.), Buenos Aires, p. 289-304.
- López Barja, P. (2010): «Provincia y *restitutio* en el bronce del Bierzo», *Archivo Español de Arqueología*, 83, p. 175-181.
- López Barja, P. (2014): «El censo en las *civitates peregrinae* (con una nota sobre la pizarra de Pelou)», *Estudios en Homenaje a Guillermo Fatás*, A. Duplá, M. V. Escribano, L. Sancho Rocher y M. A. Villacampa (ed.), Zaragoza, p. 457-464.
- Lopez Cuevillas, F. y Taboada, J. (1953): «Noticias sobre da Cidá do Castro», *Revista de Guimarães*, 58, p. 151-157.
- Lopez Cuevillas, F. y Taboada, J. (1955): «Un oppidum de la tribu de los Bibalos», *Archivo Español de Arqueología*, 28, p. 69-89.

- López González, L. F. (1990): *Caurel – Valle de Quiroga. Estructura social y territorio*, (tesis doctoral inédita), Madrid.
- López González, L. F., López Marcos, A. y Álvarez González, Y. (2004): «Definición y recuperación de estructuras en el castro de San Cibrán de Lás», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 117, p. 79-113.
- López Merino, L. (2009): *Paleoambiente y antropización en Asturias durante el Holoceno* (tesis doctoral inédita), Madrid.
- López Paz, P. (1994): *La ciudad romana ideal. 1. El territorio*, Santiago de Compostela.
- López Pérez, M. C. y Caamaño, J. M. (2011): «La cerámica de paredes finas del campamento romano de Cidadela (Sobrado dos Monxes, A Coruña)», *Gallaecia*, 30, p. 134-144.
- López Pérez, M. C., Álvarez González, Y. y López González, L. (1999): «Evidencias materiales de la actividad comercial romana en Iria Flavia (Padrón, A Coruña): las sigillatas», *Gallaecia*, 18, p. 239-264.
- López Quiroga, J. (2004): *El final de la Antigüedad en la Gallaecia: la transformación de las estructuras de poblamiento entre Miño y Duero (siglos V al X)*, A Coruña.
- Lucas, R. (1998): *The Industrial Revolution: Past and Future*, Chicago.
- Luraschi, G. (1979): *Foedus, ius Latii, civitas: aspectti costituzionali della romanizzazioni in Transpadana*, Padua.
- Luraschi, G. (1983): «Sulla magistrature nelle colonie latine fittizie (a proposito di Frag. Atestinum II, 10-12)», *Studia et Documenta Historiae et Iuris*, 49, p. 261-329.
- Luttwat, E. N. (1986): *La grande strategia dell'impero romano dal I al III secolo d.C.*, Milán.
- Luzzatto, G. I. (1953): «La riscossione tributaria in Roma e l'ipotesi della proprietà-sovrantà», *Atti del Congresso Internazionale de Diritto Romano e di Storia del Diritto (Verona, 1948)*, 4, Milán, p. 65-101.
- Luzzatto, G. I. (1974): «Sul regime del suolo nelle province romane», *Atti del Convegno Internazionale sul tema: I diritti locali nelle province romane con particolare riguardo alle condizioni giuridiche del suolo*, Nápoles, p. 9-54.

M

- Macdonald, B. (1996): «The Route of the *Via Nova Traiana* Immediately South of Wadi al Hasa», *Palestine Exploration Quarterly*, 128 (1), p. 12-15.
- Mackie, N. (1983): *Local Administration in Roman Spain*, Oxford.
- MacMullen, R. (1984): «The Roman emperor's army cost», *Latomus*, 43, p. 570-580.

- Madariaga, B. (2004): «Vidrio romano en los castros del occidente de Asturias», *Jornadas sobre el vidrio en la España Romana*, La Granja, p. 213-233.
- Magalhães, F. E. (2013): «Arquitectura doméstica em *Bracara Augusta*», *Interconexões-Revista de Ciências Sociais*, 1 (1), p. 13-30.
- Maganzani, L. (2014): «Il nuovo catasto di Verona. Profili giuridici», *TRANS PADVM... VSQUE AD ALPES. Roma tra il Po e le Alpi: dalla romanizzazione alla romanità. Atti del Convegno (Venezia, 13-15 maggio 2014)*, G. Cresci (ed.), Roma, p. 93-117.
- Maganzani, L. (2016): «*Foedus – ius latii – civitas*: per una revisione del concetto di ‘colonizzazione fittizia’ in transpadana fra l’89 e il 49 a.C.», *Rivista di Scienze Giuridiche*, 3, p. 2-31.
- Magueijo, C. (1969): «A *lex metallis dicta* (117-138 d.C.)», *O Arqueólogo Português* 4. Série 3, Lisboa, p. 125-163.
- Mainar, R. B. (2006): *Derecho Romano. Curso de derecho privado romano*, Caracas.
- Malinowski, B. (1994 [1948]): *Magia, Ciencia, Religión*, Barcelona.
- Mangas, J. (1971): *Esclavos y libertos en la España romana*, Salamanca.
- Mangas, J. (1989): «Esclavos y libertos en *Asturica Augusta*», *Esclavos y semilibres en la Antigüedad clásica*, Madrid, p. 207-219.
- Mangas, J. (1996a): «Derecho latino y municipalización en la Meseta Superior», *Actas del Symposium sobre teoría y práctica del ordenamiento municipal en Hispania*, E. Ortiz de Urbina y J. Santos (eds.), *Anejos de Veleia*, Vitoria-Gasteiz, p. 223-238.
- Mangas, J. (1996b): «El trabajo en las minas de la *Hispania romana*», *El trabajo a través de la Historia*, Madrid, p. 45-59.
- Mangas, J. (2001): *Leyes coloniales y municipales de la Hispania romana*, Madrid.
- Mangas, J. (2006): *Historia Universal. Edad Antigua. Roma*, Madrid.
- Mangas, J. y Hernando Sobrino, M. R. (2011): *La sal en la Hispania romana*, Madrid.
- Mangas, J. y Martino, D. (1997): «*Princeps Cantabrorum* en una nueva inscripción», *Gerión*, 15, p. 321-339.
- Mangas, J. y Olano, M. (1995): «Nueva inscripción latina. *Castella* y *castellani* del área astur», *Gerión*, 13, p. 339-347.
- Mangas, J. y Orejas, A. (1999): «El trabajo en las minas en la *Hispania Romana*», *El trabajo en la Hispania Romana*, J. F. Rodríguez Neila y C. González Román (eds.), Madrid, p. 207-335.
- Mangas, J., Francisco, J. y Pedregal, A. (1984): «Circulación monetaria y medios de cambio durante la antigüedad en el área astur (provincias de Asturias y León)», *Numisma*, 34, p. 81-157.

- Manning, J. G. y Morris, I. eds. (2005): *The Ancient Economy. Evidence and Models*. Stanford, California.
- Manzano, M. P. (1990): «Avance sobre la cerámica común del castro de San Chuís -Pola de Allande-», *Zephyrus*, 39-40, p. 397-410.
- Mañanes, T. (1981): *El Bierzo prerromano y romano*, León.
- Mañanes, T. (1983): *Astorga romana y su entorno*, Valladolid.
- Mañanes, T. (2002): «La Vía Nova, *Item alio itinere a Bracara Asturica*, en la provincia de León», *Argutorio: revista de la Asociación Cultural "Monte Irago"*, 9, p. 12-14.
- Marcos, G. J. (2001): *Trabajos arqueológicos en el yacimiento de Castro Ventosa. Limpieza perimetral del recinto murado*, Informe inédito, Junta de Castilla y León.
- Marcos, G. J., Martín, M. A., Misiego, J. C., Sanz, F. y Fernández, E. (2003): «Intervención arqueológica en el perímetro murado de Castro Ventosa (Cacabelos, León). 2001», *Actas de las Jornadas sobre Castro Ventosa. Cacabelos-León. 4-6 Octubre de 2002*, Cacabelos, p. 203-226.
- Marín Suárez, C. (2008): «Revisión y estudio de los materiales del Castro de Arancedo (El Franco, Asturias)», *Férvedes*, 5, p. 297-306.
- Marín Suárez, C. (2011): *De nómadas a castreños. El primer milenio antes de la Era en el sector centro-occidental de la cordillera cantábrica*, (tesis doctoral inédita), Madrid.
- Marín Suárez, C. y Jordá Pardo, J. F. (2007): «Las cerámicas indígenas del castro de San L. Luis (Allande, Asturias)», *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*, J. A. Fanjul (coord.), Santander, p. 135-152.
- Marín Suárez, C., Jordá Pardo, J. F. y García-Guinea, J. (2008): «Arqueometría en el castro de San Chuís (Allande, Asturias, España)», *Férvedes*, 5, p. 53-62.
- Martín Valls, R., Delibes, G. y Mañanes, T. (1975): *Sobre los campamentos de Petavonium*, Valladolid.
- Martínez Cortinas, A., Pontevedra Pombal, X., García Rodeja, E., Nóvoa Muñoz, J. C. y Shotyk, W. (1999): «Mercury in a Spanish Peat Bog: Archive of climatic Change and Atmospheric metal Deposition», *Science*, 284, p. 939-942.
- Martínez García, A. B. (1999): *El vidrio en el campamento romano del Ala II Flavia Hispanorum civium Romanorum en Petavonium (Rosino de Vidriales, Zamora)*, Zamora.
- Martínez-Veiga, U. (1990): *Antropología Económica. Conceptos, teorías y debates*, Barcelona.

- Martínez Velasco, F. (1988): «Las vías de comunicación en Valdeorras», *II Semana de Historia de Valdeorras. Cuadernos Monográficos*, 6, p. 39-51.
- Martins, A., Pérez, J. A., Baptista, H., Bustamante, M. y Lagares, J. (2012): «Novos achados em Algaes (Aljustrel, Portugal). Reflexões sobre o Vicus Vipascense», *Actas do V Encontro de Arqueologia do Sudoeste Peninsular*, Almodôvar, p. 293-412.
- Martins, M. (1988): «Experiencias de arqueologia espacial no norte de Portugal. O vale do Cavado -Ier milénio a.C. e romanização», *Arqueologia Espacial*, 12, p. 142-155.
- Martins, M. (1990): *O povoamento proto-histórico e a romanização da bacia do curso médio do rio Cavado*, (*Cadernos de Arqueologia. Monografias*, 5), Braga.
- Martins, M. (1996): «A cidade como elemento romanizador: o exemplo de *Bracara Augusta*», *A cidade e o mundo: romanización e cambio social*, Xinzo de Limia, p. 181-202.
- Martins, M. (1997): «The dynamics of change in northwest Portugal during the first millenium BC», *The archaeology of Iberia, the dynamics of change*, M. Díaz-Andreu y S. J. Keay (eds.), Londres, p. 143-157.
- Martins, M. (1999): «A urbanização do Noroeste peninsular: o caso de *Bracara Augusta*», *Actas da Mesa Redonda, Emergencia e Desenvolvimento das cidades romanas no norte da Península Ibérica*, Oporto, p. 53-76.
- Martins, M. (2004): «Urbanismo e Arquitectura em *Bracara Augusta*. Balanço dos contributos da Arqueologia Urbana», *Simulacra Romae: Roma y las capitales provinciales del occidente europeo. Estudios arqueológicos*, Alicante, p. 149-173.
- Martins, M. (2005): *As termas romanas do Alto da Cividade, Bracara Augusta*, Braga.
- Martins, M. (2008): *A exploração mineira romana e a metalurgia do ouro em Portugal* (*Cadernos de Arqueologia*, 14), Braga.
- Martins, M. (2009): «A mineração romana no conjunto mineiro Chaves/Boticas/Montealegre», *Congresso Transfronteiriço de Arqueologia (Aqua Flaviae, 41)*, Chaves, p. 303-310.
- Martins, M. coord. (2010): *Mineração e povoamento na Antiguidade no Alto Trás-os-Montes Ocidental*, Oporto.
- Martins, M. y Carvalho, H. P. de (2010): «*Bracara Augusta* and the changing rural landscape», *Changing Landscapes. The impact of Roman towns in the Western Mediterranean. Proceedings of the International Colloquium, Castelo de Vide - Marvão 15th-17th May 2008*, C. Corsi y F. Vermeulen (eds.), Boloña, p. 281-298.

- Martins, M. y Lemos, F. S. (1998): «Duas Décadas de Vida de um Projecto», *Cadernos de Arqueologia*, Série II, 14-15, p. 9-21.
- Martins, M., Lemos, F. S. y Pérez Losada, F. (2005): «O Povoamento Romano no Território dos Galaicos Bracarense», *Unidad y diversidad en el arco Atlántico en época romana*, Fernández Ochoa, C. y García Díaz, P. (ed.), *British Archaeological Reports, International Series* 1371, Oxford, p. 279-296.
- Martins, M. Ribeiro, J. y Magalhães, F. (2006): «A Arqueologia urbana em Braga e a descoberta do teatro de *Bracara Augusta*», *Forum*, 40, pp. 9-30.
- Marx, K. (1999[1847]): *Miseria de la filosofía. Respuesta a la filosofía de la miseria de Phroudon*, Navarra.
- Masi, A. (1971): *Ricerche sulla 'res privata' del 'princeps'*, Milán.
- Massy, J. L. (1997): *Les agglomérations secondaires de la Lorraine romaine*, París.
- Mastino, A. (1999): *Storia della Sardegna e della Corsica*, Roma.
- Mateo, A. (2001): *Observaciones sobre el régimen jurídico de la minería en tierras públicas en época romana*, (*Cuadernos compostelanos de Derecho Romano*, 12), Santiago de Compostela.
- Mateo, A. (2012): «Nuevas reflexiones sobre el régimen jurídico minero romano», *Minería y metalurgia antiguas. Visiones y revisiones. Homenaje a Claude Domergue*, A. Orejas y C. Rico (eds.), *Collection de la Casa de Velázquez*, 128, Madrid, p. 245-254.
- Matilla, E. (1978): «La población semilibre del Norte de África», *Memorias de Historia Antigua*, 2, p. 51-57.
- Mattern, S. P. (1999): *Rome and the Enemy. Imperial Strategy in the Principate*, Berkeley, Los Angeles y Londres.
- Mattingly, D. ed. (1997): *Dialogues in Roman Imperialism: Power, Discourse and Discrepant Experience in the Roman Empire* (*Journal of Roman Archaeology*, Suppl. 23), Portsmouth.
- Mattingly, D. (2004): «Being Roman: Expressing identity in a provincial setting», *Journal of Roman Archaeology*, 17, p. 5-25.
- Mattingly, D. (2006): *An Imperial Possession: Britain in the Roman Empire, 54 BC - AD 409*, Londres.
- Mattingly, D. (2011): *Imperialism, Power and Identity Experiencing the Roman Empire*, Nueva Jersey.

- Mattingly, D. y Orejas, A. (2009): «Less obvious Imperial landscapes: distant *Britannia* and *Hispania*», *From present to past through landscape*, A. Orejas, D. Mattingly y M. Clavel-Lévêque (eds.), Madrid, p. 119-148.
- Mattingly, D. y Schrüfer-Kolb, I. (2003a): «Les mines d'argent et plomb en Grande-Bretagne romaine: les Mendips, Halkyn Mountain, Peak District/ Pennines», *Atlas historique des zones minières d'Europe II*, A. Orejas (dir.), Luxemburgo.
- Mattingly, D. y Schrüfer-Kolb, I. (2003b): «Les mines d'or romaines de Dolaucothi», *Atlas historique des zones minières d'Europe II*, A. Orejas (dir.), Luxemburgo.
- Maurin, L. d. (1990): *Villes et agglomérations urbaines antiques du sud-ouest de La Gaule. Histoire et archéologie. 2 colloque Aquitania*. Burdeos.
- Mauss, M. (1979 [1924]): *Ensayo sobre los dones, motivo y forma del cambio en la sociedad primitiva Sociología y antropología*, Madrid.
- Maxwell, G. S. (1983): «Two inscribed Roman stones and architectural fragments from Scotland», *Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland*, 113, p. 379-390.
- Maya, J. L. (1983): «La cultura castreña asturiana: de los orígenes a la romanización», *Indigenismo y romanización en el Conventus Asturum*, Oviedo, p. 11-44.
- Maya, J. L. (1988): *La cultura material de los castros asturianos*, Barcelona.
- Maya, J. L. (1989): *Los castros en Asturias*, Gijón.
- Maya, J. L. y Cuesta, F. (1992): *El castro de la Campa de Torres. Los orígenes de Gijón*, Gijón.
- Maya, J. L. y Cuesta, F. (1995): «Estratigrafía e interpretación histórica de la Campa Torres (1991-1994)», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1991-1994*, Oviedo, p. 105-116.
- Maya, J. L. y Cuesta, F. (2001): «Excavaciones arqueológicas y estudio de los materiales de La Campa Torres», *El Castro de la Campa Torres. Período prerromano*, J. L. Maya y F. Cuesta (eds.), Gijón, p. 11-277.
- Mayer, M. (1999): «El paisaje epigráfico como elemento diferenciador entre las ciudades. Modelos y realizaciones locales», *Ciudades privilegiadas en el occidente romano*, Sevilla, p. 13-30.
- Mazzarino, S. (1951): *Aspetti sociali del quarto secolo. Ricerche di storia tardo-romana*, Roma.
- Mazzarino, S. (1956): *L'impero romano*, Roma.
- Mazzarino, S. (1974): «*Ius Italicum* e storiografia moderna», *I diritti locali nelle province romane con particolare riguardo alle condizioni giuridiche del suolo*, Roma, p. 357-372.

- Mazzarino, S. (1989): «¿Se puede hablar de revolución social al fin del Mundo Antiguo?», *La transición del esclavismo al feudalismo*, Madrid, p. 131-145.
- Meikle, S. (2002): «Modernism, economics and the ancient economy», *The ancient economy*, W. Scheidel y S. von Reden (eds.), Edimburgo, p. 233-50.
- Meillassoux, C. (1975): *Femmes, greniers et capitaux*, París.
- Melchor, E. (1992): «Sistemas de financiación y medios de construcción de la red viaria hispana», *Habis*, 23, p. 121-138.
- Melchor, E. (1994a): «Consideraciones acerca del origen, motivación y evolución de las conductas evergéticas en *Hispania romana*», *Studia historica. Historia Antigua*, 12, p. 61-82.
- Melchor, E. (1994b): «*Summae Honoraiae* y donaciones *ob honorem* en la *Hispania romana*», *Habis*, 25, p. 193-212.
- Menéndez Argüín, A. R. (2006): «Administración de la logística militar romana durante el Principado (ss. I-III d.C.)», *Florentia iliberritana: Revista de estudios de antigüedad clásica*, 17, p. 153-167.
- Menéndez Bueyes, L. R. (2001): *Reflexiones críticas sobre el origen del Reino de Asturias*, Salamanca.
- Menéndez Granda, A. y Sánchez Hidalgo, E. (2005): *La Terra Sigillata del castro de Chao Samartín (Asturias): aproximación a su estudio*, Gijón.
- Menéndez Granda, A. y Villa, A. (2009): «Os Castros de Taramundi: reseña sobre el plan director e informe relativo al avance de las excavaciones arqueológicas», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 6, 2003-2006*, Oviedo, p. 455-463.
- Menéndez Granda, A., Martín Hernández, E. y Villa, A. (2013): «La exploración del áreas inéditas en el poblado fortificado de Os Castros de Taramundi», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012*, Oviedo, p. 189-196.
- Menéndez Llorente, A. (2000): *La comarca de Valdeorras en época romana: la terra sigillata*, O Barco.
- Menéndez Llorente, A., Soto Arias, P. y Fernández Rodríguez, C. (1998): «Cronología y funcionalidad del núcleo habitacional secundario de A Proba de Valdeorras (O Barco)», *Los orígenes de la ciudad en el Noroeste Hispánico. Actas del Congreso Internacional*, A. Rodríguez Colmenero (coord.), Lugo, p. 1153-70.
- Meyer, C. (2011): «Ancient gold mining, miners, and ore reduction», *Bir Umm Fawakhir. Report on the 1996-1997 survey seasons*, 2, C. Meyer (ed.), Chicago, p. 161-176.
- Meyer, P. M. (1908): «Ein Fragment der *Constitutio Antoniniana*», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte: Romanistische Abteilung*, 29, p. 473.

- Mihăilescu-Bîrliba, L. (2006): *Les affranchis dans les provinces romaines de l'Illyricum*, Wiesbaden.
- Millar, F. (1963): «The *Fiscus* in the First Two Centuries», *Journal of Roman Studies*, 53, p. 29-42.
- Millar, F. (1964a): «The *Aerarium* and Its Officials under the Empire», *Journal of Roman Studies*, 54, p. 33-40.
- Millar, F. (1964b): *A Study of Cassius Dio*, Oxford.
- Millar, F. (1977): *The Emperor in the Roman World*, Londres.
- Millar, F. (1984): «Condemnation to hard labour in the Roman Empire, from the Julio-Claudians to Constantine», *Papers of the British School at Rome*, 52, p. 124-147.
- Millar, F. (2004): *Rome, the Greek World and the East. Government, Society and Culture in the Roman Empire*, 2, Chapel Hill y Londres.
- Millett, P. (1991): *Lending and borrowing in ancient Athens*, Cambridge.
- Millett, P. (2001): «Productive to some purpose? The problem of ancient economic growth», *Economies beyond agriculture in the Classical world*, D. Mattingly y J. Salmon (eds.), Londres, p. 17-49.
- Milne, J. G. (1938): «The use of coins for teaching Greek and Roman History», *Transactions of the International Numismatic Congress*, J. Allan, H. Mattingly y E. S. G. Robinson (eds.), Londres, p. 86-95.
- Minaud, G. (2004): «Regard sur la comptabilité antique romaine: l'amortissement de l'esclave et ses conséquences», *Dialogues politiques. Revue plurielle de science politique*, 3, p. 1-21.
- Mircović, M. (1997): *The Later Roman Colonate and Freedom*, Philadelphia.
- Moatti, C. (1993): *Archives et partage de la terre dans le monde romain (I^{er} siècle avant - I^{er} siècle après J.-C.)*, Roma.
- Môcsy, A. (1957): «Zur Geschichte der peregrinen Gemeinden in Pannonien», *Historia*, 6, p. 488-498.
- Moga, V., Inel, C., Gligor, A. y Dragotă, A. (2010a): «The Incineration Necropolis of "Hop" Site», *Alburnus Maior I*, P. Damian (ed.), Cluj-Napoca, p. 185-242.
- Moga, V., Drâmbărean, M. y Ciobanu, R. (2010b): «Forms of Habitation Discovered on "Găuri" Site», *Alburnus Maior I*, P. Damian (ed.), Cluj-Napoca, p. 43-76.
- Molina, J. L. y Valenzuela, H. (2006): *Invitación a la Antropología Económica*, Barcelona.
- Mommsen, T. (1976[1899]): *Derecho penal romano*, Bogotá.
- Montenegro, A. (1975): «Problemas y nuevas perspectivas en el estudio de la *Hispania* de Vespasiano», *Hispania Antiqua*, 5, p. 7-88.

- Montero, I. (1994): *El origen de la metalurgia en el sudeste de la península ibérica*, Almería.
- Montero, I. (2010): *Manual de Arqueometalurgia*, Madrid.
- Montero, I. y Hunt Ortiz, M. (2006): «Aplicació d'anàlisi d'isòtops en la investigació arqueometal·lúrgica», *Cota Zero, Revista d'Arqueologia i Ciència*, 21, p. 87-95.
- Montero, I. y Orejas, A. (en prensa): «Minas, metales reciclados y monedas. Abastecimiento de cobre entre el Imperio romano y la Antigüedad tardía», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Madrid.
- Montero Herrero, S. (2016): «Augusto y los altares del culto imperial», *Clausus est Ianus. Augusto y la transformación del Noroeste hispano*, M. D. Dopico y M. Villanueva (eds.), Lugo, p. 135-161.
- Montes López, R. y Villa, A. (2015): «Una domus altoimperial en el castro de Chao Samartín (Asturias): quién, cómo y porqué», *Férvedes*, 8, p. 277-284.
- Montes López, R., Benítez González, C. y Hevia González, S. (2001): «La cerámica común romana del Chao Samartín. Base para una tipología en el territorio lucense (finales del s.I-1ª mitad s.II d.C.)», *Revista de Arqueología*, 247, p. 28-37.
- Montes López, R., Hevia González, S., Villa, A. y Menéndez Granda, A. (2009): «Monte Castrelo de Pelóu (Grandas de Salime). Avances sobre su secuencia estratigráfica e interpretación histórica», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 6, 2003-2006, Oviedo, p. 313-322.
- Montes López R., Villa, A., Gago, O., Hevia, S., Menéndez, A. y Madariaga, B. (2013): «Avance sobre la excavación de una *domus* altoimperial en el castro de Chao Samartín (Grandas de Salime)», *Excavaciones arqueológicas en Asturias 2007-2012*, Gijón, p. 225-243.
- Morais, R. (1997-1998): «Importações de cerâmicas finas em Bracara Augusta: da fundação até à época flávia», *Cadernos de Arqueologia*, Série II, 14-15, p. 47-97.
- Morais, R. (1998): *As ânforas da zona das Carvalheiras. Contributo para o estudo das ânforas romanas de Bracara Augusta*, (Cadernos de Arqueologia, Monografia, 8), Braga.
- Morais, R. (2001): «Breve ensaio sobre o anfiteatro de *Bracara Augusta*», *Forum*, 30, pp. 55-76.
- Morais, R. (2005): «*Ab vrbe condita*. Desde a fundação da cidade de *Bracara Augusta*», *Saguntum*, 37, p. 125-138.
- Morais, R. (2009): «O *forum* no contexto urbano de *Bracara Augusta*: O templo octástilo», *Saguntum*, 41, p. 199-208.

- Morganti, G. y Tomei, M. A. (1991): «Ancora sulla via Nova», *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Antiquité*, 103 (2), p. 551-574.
- Morillo, A. (1999a): «Contramarcas militares en monedas de la submeseta norte. Algunas consideraciones generales», *Rutas, ciudades y moneda en Hispania*, R. M. S. Centeno, M. P. García-Bellido y G. Mora (coords.), *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 20, Madrid, p. 71-90.
- Morillo, A. (1999b): *Lucernas romanas en la región septentrional de la Península Ibérica. Contribución al conocimiento de la implantación romana en Hispania*, Montagnac.
- Morillo, A. (1999c): «Asentamientos militares y civiles en el origen del fenómeno urbano en el Norte y Noroeste peninsulares», *Congreso Internacional sobre los orígenes de la ciudad en el Noroeste hispánico (1996)*, Lugo, p. 339-354.
- Morillo, A. (2002): «Conquista y estrategia: el ejército romano durante el periodo augusteo y julioclaudio en la región septentrional de la península ibérica», *Arqueología militar romana en Hispania*, A. Morillo (coord.), *Anejos de Gladius*, 5, Madrid, p. 67-94.
- Morillo, A. (2003a): «Los campamentos romanos de Astorga y León», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 16, p. 83-110.
- Morillo, A. (2003b): «Hispania en la estrategia militar del Alto Imperio: movimientos de tropas en el arco atlántico a través de los testimonios arqueológicos», *Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana, 1. Hombres, territorios y fronteras*, C. Fernández Ochoa y P. García Díaz (eds.), Gijón, p. 19-33.
- Morillo, A. (2006): «Los dióscuros y la *legio VII Gemina*. Algunas reflexiones sobre el apelativo y el emblema de la legión», *Arqueología militar romana en Hispania II: producción y abastecimiento en el ámbito militar*, A. Morillo (ed.), León, p. 747-758.
- Morillo, A. (2007): «El ejército romano en España», *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*, A. Morillo (ed.), León, p. 82-112.
- Morillo, A. ed. (2007): *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*, León.
- Morillo, A. (2008): «Cultos militares y espacios sagrados en el campamento de la *legio VII gemina* en León», *Gerión*, 26 (1), p. 379-405.
- Morillo, A. (2012): «Investigación científica y arqueología urbana en la ciudad de León», *Hispaniae urbes. Investigaciones arqueológicas en ciudades históricas*, J. Beltrán y O. Rodríguez (eds.), Sevilla, p. 211-256.

- Morillo, A. (2014): «Espacios sagrados y santuarios militares romanos en *Hispania*», *Santuarios suburbanos y del territorio en las ciudades romanas*, J. Mangas y M. A. Novillo (eds.), Madrid, p. 123-162.
- Morillo, A. y Amaré, M. T. (2003): «*Asturica Augusta* como centro de producción y consumo cerámico», *Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana*, 2. *Producción, circulación y consumo*, Gijón, p. 121-143.
- Morillo, A. y García Marcos, V. (2000): «Nuevos testimonios acerca de las legiones VI *victrix* y X *gemina* en la región septentrional de la Península Ibérica», *Deuxième Congrès de Lyon sur l'armée romaine: les légions de Rome sous le Haut-Empire*, 2, Y. Le Bohec y C. Wolff (eds.), Lyon, p. 589-607.
- Morillo, A. y García Marcos, V. (2003): «*Legio VII Gemina* and its Flavian fortress at León», *Journal of Roman Archaeology*, 16, p. 275-286.
- Morillo, A. y García Marcos, V. (2006a): «*Legio* (León). Introducción histórica y arqueológica», *Los campamentos romanos en Hispania (27 a.C.-192 d.C.) El abastecimiento de moneda*, M. P. García-Bellido (coord.), *Anejos de Gladius*, 9, Madrid, p. 225-243.
- Morillo, A. y García Marcos, V. (2006b): «*Asturica Augusta* (Astorga). Cronologías estratigráficas: Cerámicas y monedas», *Los campamentos romanos en Hispania (27 a.C.-192 d.C.) El abastecimiento de moneda*, M. P. García-Bellido (coord.), *Anejos de Gladius*, 9, Madrid, p. 109-117.
- Morillo, A. y Salido, J. (2010): «El aprovisionamiento del ejército romano en *Hispania*. Transporte, almacenaje y redistribución», *Militares y civiles en la Antigua Roma. Dos mundos diferentes, dos mundos unidos*, J. J. Palao Vicente (ed.), Salamanca, p. 135-164.
- Morillo, A. y Salido, J. (2013): «Marcas militares sobre producciones latericias en *Hispania*. Nuevas consideraciones sobre su origen y difusión», *Gerión*, 31, p. 287-329.
- Morillo, A., Amaré, M. T. y García Marcos, V. (2005): «*Asturica Augusta* como centro de producción y consumo cerámico», *Unidad y diversidad en el arco Atlántico en época romana*, Fernández Ochoa, C. y García Díaz, P. (ed.), *British Archaeological Reports, International Series 1371*, Oxford, p. 139-161.
- Morillo, A., Pérez González, C. e Illarregui, E. (2006): «Herrera de Pisuerga (Palencia). Introducción histórica y arqueológica. Los asentamientos militares», *Los campamentos romanos en Hispania (27 a.C.-192 d.C.). El abastecimiento de moneda*, M. P. García-Bellido (coord.), *Anejos de Gladius*, 9, Madrid, p. 305-323.

- Morillo, A., Salido, J. y Durán, R. (2014): «Aglomeraciones secundarias de carácter militar en Hispania», *Anejos de Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 1, p. 117-131.
- Morris, I., Saller, R. y Scheidel, W. (2007): «Introduction», *The Cambridge Economic History of the Greco-Roman World*, W. Scheidel, I. Morris y R. Saller (eds.), Cambridge, p. 1-12.
- Mrozek, S. (1968): «Aspects sociaux et administratifs des mines d'or romaines de Dacie», *Apulum*, 7 (1), p. 307-326.
- Mrozek, S. (1969): «Die Arbeitsverhältnisse in den Goldbergwerken des römischen Dazien», *Gesellschaft und Recht im Griechisch-Römischen Altertum. Eine Aufsatzsammlung. Teil, 2*, M. N. Andreev, J. Irmscher, E. Polay y W. Warkallo (eds.), Berlín, p. 139-155.
- Mrozek, S. (1989): «Le travail des hommes libres dans les mines romaines», *Minería y Metalurgia en las Antiguas civilizaciones Mediterráneas y Europeas*, II, C. Domergue (coord.), Madrid, p. 157-162.
- Muñiz, J. (1980): *El sistema fiscal de la España Romana (República y Alto Imperio)*, Huelva.
- Muñiz, J. (1984-1985): «La política municipal de los Flavios en Hispania: el *municipium Irnitatum*», *Studia historica. Historia Antigua*, 2-3, p. 151-176.
- Muñiz, J. (1986): «Las finanzas públicas en la Hispania del Alto Imperio», *Habis*, 17, p. 305-348.
- Muñoz Villarejo, F., Campomanes, E. y Álvarez Ordás, J. C. (2002): «El período tardoantiguo en la ciudad de León. Reformas de algunas estructuras constructivas», *Arqueología militar romana en Hispania*, A. Morillo (coord.), Madrid, p. 651-659.
- Murga Gener, J. L. (1982): «El *iudicium cum addictione* del Bronce de Botorrita», *Cuadernos de Historia J. Zurita*, 43-44, p. 7-94.
- Murphy, T. (2004): *Pliny the Elder's Natural History. The Empire in the Encyclopedia*, Oxford.
- Musurillo, H. (1972): *Acts of the Christian Martyrs*, Oxford.

N

- Naredo, J. M. (2003): *La economía en evolución: historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid.
- Narotzky, S. (2004): *Antropología Económica. Nuevas tendencias*, Barcelona.

- Navarro, F. J. (2011): «El gobierno de la Tarraconense y la identidad provincial», *Roma generadora de identidades. La experiencia Hispana*, A. Caballos y S. Lefebvre (eds.), Sevilla, p. 141-152.
- Navarro Caballero, M. (1998): «Las estelas en brecha de Santo Adrião: observaciones tipológico-cronológicas», *BSAA Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 64, p. 175-206.
- Naveiro López, J. L. (1991): *El comercio antiguo en el NW Peninsular*, A Coruña.
- Naville, L. (1920-1922): «Fragments de metrologie classique», *Revue suisse de numismatique*, 22, 42-60, p. 257-263.
- Neesen, L. (1980): *Untersuchungen zu den direkten Staatsabgaben des römischen Kaiserzeit*, Bonn.
- Negri, G. (1985): *Diritto minerario romano I. Studi esegetici sul regime delle cave private nel pensiero dei giuristi classici*, Milán.
- Nemeti, S. (2005): *Sincretismul religios în Dacia romană*, Cluj-Napoca.
- Nicolet, C. (1988a): *L'inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire romain*, París.
- Nicolet, C. (1988b): «La Tabula Siarensis, la lex de imperio Vespasiani, et le jus relationis de l'empereur au Sénat», *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Antiquité*, 100 (2), p. 827-866.
- Nicolet, C. (1991): *Space, Geography and Politics in the Early Roman Empire*, Ann Arbor.
- Nicolet, C. (1992): *Il mestiere di cittadino nell'antica Romana*, París.
- Nicolet, C. (2000): *Censeurs et publicains. Économie et fiscalité dans la Rome Antique*, París.
- Noè, E. (1987): «La fortuna privata del principe e il bilancio dello Stato romano», *Athenaeum*, 65, p. 27-65.
- Noeske, H. C. (1977): «Studien zur Verwaltung und Bevölkerung der dakischen Goldbergwerke in römischer Zeit», *Bonner Jahrbücher Band*, 177, p. 271-416.
- Nonnis, D. (1999): «Un patrono dei dendrofori di Lavinium. Onori e munificenza in un dossier epigrafico di età severiana», *Rendiconti della Pontificia Accademia di Archeologia*, 48, p. 1235-1262.
- Nörr, D. (1969): *Die Entstehung der longi temporis praescriptio*, Köln y Opladen.
- North, D. C. (1990): *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*, Cambridge.

- North, D. C. (1996): «Epilogue: economic performance through time», *Empirical Studies in Institutional Economics*, L. J. Alston, T. Eggertsson y D. C. North (eds.), Cambridge, p. 342-356.
- North, D. C. y Thomas, R. P. (1973): *The Rise of the Western World: A New Economic History*, Cambridge.
- Núñez Hernández, S. I. (2007): «Arquitectura y urbanismo en las ciudades romanas del valle del Duero: Los grandes conjuntos monumentales», *Villes et territoires dans le bassin du Douro à l'époque romaine. Actes de la table-ronde internationale (Bordeaux, septembre 2004)*, M. Navarro Caballero y J. J. Palao (eds.), Burdeos, p. 99-124.
- Núñez Hernández, S. I. y Curchin, L. A. (2007): «Corpus de ciudades romanas», *Villes et territoires dans le bassin du Douro à l'époque romaine. Actes de la table-ronde internationale (Bordeaux, septembre 2004)*, M. Navarro Caballero y J. J. Palao (eds.), Burdeos, p. 432-612.

Ñ

- Ñaco, T. (1999): «La presión fiscal romana durante las primeras décadas de la conquista de Hispania (218-171 a.C.) Un modelo a debate», *Studia Historica: Historia Antigua*, 17, p. 321-369.
- Ñaco, T. (2003): *Vectigal incertum. Economía de guerra y fiscalidad republicana en el occidente romano: su impacto histórico en el territorio (218-133 a. C.)*, Oxford.

O

- Ojeda, J. M. (1993): *El servicio administrativo imperial ecuestre en la Hispania Romana durante el Alto Imperio*, Sevilla.
- Olivares Pedreño, J. C. (2000): «Las ofrendas votivas de comunidades rurales a Júpiter en Hispania como testimonios de religiosidad indígena», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 26 (2), p. 63-75.
- Olivares Pedreño, J. C. (2002): *Los dioses de la Hispania céltica*, Madrid.
- Olivares Pedreño, J. C. (2007): «Hipótesis sobre el culto al dios Cossue en El Bierzo (León): explotaciones mineras y migraciones», *Paleohispánica*, 7, p. 143-160.
- Olivares Pedreño, J. C. (2009): «El culto a Júpiter, deidades autóctonas y el proceso de interacción religiosa en la céltica hispana», *Gerión*, 27 (1), p. 331-360.
- Olivares Pedreño, J. C. (2013): «La omisión del dedicante en las inscripciones votivas de Hispania como indicio de su ubicación en ámbitos privados», *Studia historica. Historia Antigua*, 31, p. 59-87.

- Olmo, R. (2016): *El centro en la periferia: las competencias y actividades de los gobernadores romanos en las provincias hispanas durante el Principado (27 a.C.-235 d.C.)*, (tesis doctoral inédita), Madrid.
- Opreanu, C. (2000): «Relationship of Forts to Town Origins in Roman Dacia», *Army and Urban Development in the Danubian Provinces of the Roman Empire*, H. Ciugudean y V. Moga (eds.), Alba Iulia, p. 79-89.
- Orejas, A. (1991): «Arqueología del Paisaje: historia, problemas y perspectivas», *Archivo Español de Arqueología*, 64, p. 191-230.
- Orejas, A. (1994): *Le main d'oeuvre des mines d'or romaines du Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique*, (DEA), Besançon.
- Orejas, A. (1995): «Arqueología del paisaje: de la reflexión a la planificación», *Archivo Español de Arqueología*, 68, p. 215-224.
- Orejas, A. (1995-1996): «Territorio, análisis territorial y arqueología del paisaje», *Studia historica. Historia Antigua*, 13-14, p. 61-68.
- Orejas, A. (1996): *Estructura social y territorio. El impacto romano en la Cuenca Nordoccidental del Duero*, (Anejos de Archivo Español de Arqueología, 15), Madrid.
- Orejas, A. (1998): «El estudio del paisaje: visiones desde la Arqueología», *Arqueología Espacial 19-20. Arqueología del paisaje (5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial)*, Teruel, p. 9-19.
- Orejas, A. (2002a): «El territorio de las *civitates* peregrinas en los tratados de agrimensura. Las *civitates* del noroeste hispano», *Habis*, 33, p. 389-406.
- Orejas, A. (2002b): *La mano de obra en Las Médulas*, (Cuadernos de Fundación Las Médulas, 3), León.
- Orejas, A. (2002c): «Aspectos técnicos y organización del trabajo en la *Lex Metalli Vipascensis*», *Artifex: ingeniería romana en España*, I. González Tascón (coord.), Madrid, p. 55-274.
- Orejas, A. dir. (2003): *Atlas historique des zones minières d'Europe. Action COST G2. Commission européenne*, Luxemburgo.
- Orejas, A. (2005): «El poblamiento romano en los distritos mineros del Noroeste», *Unidad y diversidad en el arco Atlántico en época romana*, Fernández Ochoa, C. y García Díaz, P. (ed.), *British Archaeological Reports, International Series 1371*, Oxford, p. 309-319.
- Orejas, A. (2008): «Investigando el Paisaje», *A distancia*, p. 79-85.

- Orejas, A. (2011): «Las formas de los paisajes. Lo visible y lo invisible», *Tecnologías de Información Geográfica y análisis arqueológico del territorio. Actas del V Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*, V. Mayoral y S. Celestino (eds.), *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 59, Madrid, p. 601-615.
- Orejas, A. (2014): «Trabajos y trabajadores en las minas de la *Hispania* romana», *Mundo del trabajo y asociacionismo en España. Actas del VII Congreso de Historia Social de España (Madrid, 24 al 26 de octubre de 2013)*, S. Castillo (ed.), Madrid, p. 15-35.
- Orejas, A. y Alonso, F. (2013): «*Metalla, civitates y loca sacra* (Maragatería, Teleno y Alto Bierzo)», *Santuarios Suburbanos y del territorio de las ciudades romanas (II Simposio Internacional del Grupo de Investigación sobre ciudades antiguas*, J. Mangas y M. A. Novillo (ed.), Madrid, p. 225-276.
- Orejas, A. y Beltrán Ortega, A. (2010): «Desplazados e inmigrantes en los *metalla* hispanorromanos. Epigrafía en contexto», *Arqueología de la Población, Arqueología Espacial*, 28, Teruel, p. 399-417.
- Orejas, A. y Fernández Ochoa, C. (en prensa): «[...]JOVIUS TABALIAENUS Y LOS LUGGONI ARGANTICAENI. Una nueva aproximación a la inscripción romana de Grases».
- Orejas, A. y Morillo, A. (2013): «*Asturica Augusta*. Reflexiones sobre su estatuto y su papel territorial (finales del siglo I a.C. - principios del siglo III d.C.)», *Debita Verba. Estudios en Homenaje al Profesor Julio Mangas Manjarrés*, R. M. Cid y E. García Ferández (eds.), Madrid, p. 93-119.
- Orejas, A. y Plácido, D. (2000): «Las Médulas y la explotación minera en la Antigüedad. Las Médulas como ejemplo de *metallum*», *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 19-31.
- Orejas, A. y Ramallo, S. F. (2004): «Carthago Noua: la ville et le territoire. Recherches récentes», *De la terre au ciel*, II, M. Clavel-Lévêque y G. Tirologos (eds.), París, p. 87-120.
- Orejas, A. y Rico, C. eds. (2012): *Minería y metalurgia antiguas. Visiones y revisiones*, (*Collection de la Casa de Velázquez*, 128), Madrid.
- Orejas, A. y Rico, C. (2015): «*Metalla, civitates, coloniae*: les mines hispaniques dans les processus de changement des statuts territoriaux», *Expropriations et confiscations dans l'Italie et les provinces: la colonisation durant la République et l'Empire*, A. Bertrand (dir.), Roma.

- Orejas, A. y Ruiz del Árbol, M. (2008a): «Ten years of collaboration on cultural landscapes research», *Case studies on research planning, characterisation, conservation and management of archaeological sites*, N. Marchetti y I. Thuesen (eds.), *British Archaeological Reports, International Series 1877*, Oxford, p. 249-255.
- Orejas, A. y Ruiz del Árbol, M. (2008b): «Territorio y dominio en las villas romanas: el *fundus* de Veranes», *Las villae tardorromanas en el occidente del Imperio. Arquitectura y función*, C. Fernández Ochoa, V. García-Entero y F. Gil Sendino (eds.), Gijón, p. 167-192.
- Orejas, A. y Ruiz del Árbol, M. (2010): «Los *castella* y las articulación del poblamiento rural en las *civitates* del Noroeste peninsular», *Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje a Domingo Plácido*, C. Fornis, J. Gallego, P. López Barja y M. Valdés (eds.), Zaragoza, p. 1091-1128.
- Orejas, A. y Ruiz del Árbol, M. (2013): «Arqueología del Paisaje: procesos sociales y territorios», *La materialidad de la historia. La arqueología en los inicios del siglo XXI*, J. A. Quirós Castillo (dir.), Madrid, p. 201-240.
- Orejas, A. y Sánchez-Palencia, F. J. (1999): «La arqueología de la conquista del NO de la Península Ibérica», *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*, IV, *Arqueología romana y medieval*, Madrid, p. 23-37.
- Orejas, A. y Sánchez-Palencia, F. J. (2014): «Los paisajes mineros de *Hispania* y la investigación en Arqueominería», *Monográfico Los paisajes mineros de la Península Ibérica: la minería metálica en la Antigüedad*, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 24, p. 319-344.
- Orejas, A. y Sánchez-Palencia, F. J. (2016): «Del final de la conquista al inicio de la explotación minera: Augusto y el control del Noroeste hispano», *Clausus est Ianus. Augusto y la transformación del Noroeste hispano*, M. D. Dopico y M. Villanueva (eds.), Lugo, p. 341-360.
- Orejas, A. y Sastre, I. (1999): «Fiscalité et organisation du territoire dans le Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique: *civitates*, tribut et *ager mensura comprehensus*», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 25 (1), p. 164-188.
- Orejas, A. y Sastre, I. (2000): «El poblamiento romano en la ZAM y la diferenciación funcional», *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 253-285.
- Orejas, A. y Sastre, I. (2002): «Origine de la main-d'oeuvre dans les mines romaines de la Péninsule Ibérique», *De Routes et marchés d'esclaves XXVI colloque du GIREA, Besançon, 2001*, M. Garrido-Hory (ed.), París, p. 83-93.

- Orejas, A., Plácido, D., Sánchez-Palencia, F. J. y Fernández-Posse, M. D. (1999): «Minería y metalurgia. De la Protohistoria a la España romana», *Studia historica. Historia Antigua*, 17, p. 263-298.
- Orejas, A., Sastre, I., Sánchez-Palencia, F. J. y Plácido, D. (2000): «El edicto de Augusto del Bierzo y la primera organización romana del Noroeste peninsular», *El Edicto del Bierzo. Augusto y el Noroeste de Hispania*, F. J. Sánchez-Palencia y J. Mangas (coords.), Madrid, p. 63-112.
- Orejas, A., Ruiz del Árbol, M. y López Jiménez, O. (2002): «Los registros del paisaje en la investigación arqueológica», *Archivo Español de Arqueología*, 75, p. 287-311.
- Orejas, A., Ruiz del Árbol, M. y Sastre, I. (2005): «L'ager mensura comprehensus et le sol provincial: l'Occident de la Péninsule Ibérique», *Les vocabulaires techniques des arpenteurs latins*, D. Conso, A. Gonzales y Y. Guillaumin (eds.), Besançon, p. 193-199.
- Orejas, A., Ruiz del Árbol, M. y Sastre, I. (2006): «L'ager mensura comprehensus et le sol provincial: l'Occident de la Péninsule Ibérique», *Les vocabulaires techniques des arpenteurs romains. Actes du colloque international (Besançon, 19-21 septembre 2002)*, D. Conso, A. Gonzales y J. Y Guillaumin (eds.), Besançon, p. 193-199.
- Orejas, A., Mattingly, D. y Clavel-Lévêque, M. (eds.) (2009): *From present to past through landscape*, Madrid.
- Orejas, A., Sastre, I. y Zubiaurre, E. (2013): «Organización y regulación de la actividad minera hispana altoimperial», *Paisajes mineros antiguos en la Península Ibérica. Investigaciones recientes y nuevas líneas de trabajo. Homenaje a Claude Domergue*, M. Zarzalejos, P. Hevia y L. Mansilla (eds.), Madrid, p. 31-46.
- Orejas, A., Sánchez-Palencia, F. J., Beltrán Ortega, A., Ron Tejedo, J. A., López González, L. F., Currás, B., Romero, D., Zubiaurre, E., Pecharromán, J. L. y Arboledas, L. (2015): «Conquista, articulación del territorio y explotación de recursos en el límite entre el convento lucense y el de los astures. Proyecto *IUGA*», *Las Guerras Astur-Cántabras*, J. Camino, E. Peralta y J. F. Torres (coords.), Oviedo, p. 247-259.
- Orejas, A., Montero, I., Álvarez González, Y., López González, L., López Marcos, M. A., Rodríguez Casanova, I. (en prensa): «Roman *denarii* from north-western *Hispania* findings from Castromaior (Lugo). A contextual, numismatic and analytic approach».
- Ortega Carrillo de Albornoz, A. (1991): *La propiedad y los modos de adquirirla en derecho romano y en el código civil*, Granada.
- Ortega Carrillo de Albornoz, A. (1999): *Derecho Privado Romano*, Málaga.

- Ortiz de Urbina, E. (1996): «Derecho latino y "municipalización virtual" en *Hispania*, Africa y Gallia», *Teoría y práctica del ordenamiento municipal en Hispania*, E. Ortiz de Urbina y J. Santos (eds.), *Revisiones de Historia Antigua*, 2, Vitoria, p. 137-153.
- Ortiz de Urbina, E. (2012): «Derecho latino, organización cívica y élites hispanas», *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso Hispano*, J. Santos (ed.), *Revisiones de Historia Antigua*, 7, Vitoria, p. 631-664.
- Ørsted, P. (1985): *Roman Imperial Economy and Romanization: A Study in Roman Imperial Administration and the Public Lease System in the Danubian Provinces from the First to the Third Century A.D.*, Copenhagen.
- Ozcáriz, P. (2006): *Los conventus de la Hispania citerior*, Madrid.
- Ozcáriz, P. (2006-2007): «Los *iuridici* de la provincia *Hispania citerior*: cuestiones acerca de su origen y naturaleza», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 19-20, p. 525-533.
- Ozcáriz, P. (2007): «Algunas consideraciones acerca de la provincia *Hispania superior* y su administración», *Pyrenae*, 38 (2), p. 33-46.
- Ozcáriz, P. (2013): *La administración de la provincia Hispania citerior durante el alto imperio romano: organización territorial, cargos administrativos y fiscalidad*, Barcelona.

P

- Padilla, A. (1994): «Desfase tecnológico y minería en el Imperio Romano Tardío. El caso bético», *Homenaje al profesor Presedo*, P. Sáez y S. Ordóñez (eds.), Sevilla, p. 591-606.
- Palao, J. J. (2002): «El medio militar asturicense. El caso de la *legio VII Gemina*», *Arqueología militar romana en Hispania*. A. Morillo (coord.), *Anejos de Gladius*, 5, Madrid, p. 545-554.
- Palao, J. J. (2006): *Legio VII Gemina (Pia) Felix. Estudio de una legión romana*, Salamanca.
- Palao, J. J. (2009): «Asentamientos civiles en los campamentos hispanos durante el Alto Imperio», *Limes XX. Estudios sobre la Frontera Romana*, A. Morillo, N. Hanel y E. Martín (eds.), *Anejos de Gladius*, 13, Madrid, p. 525-540.
- Palao, J. J. (2009-2010): «El regreso de los veteranos legionarios hispanos a la Península Ibérica», *Hispania Antiqua*, 33-34, p. 85-110.

- Palao, J. J. (2010): «Una aproximación al estudio de las relaciones entre militares y civiles en *Hispania* durante el Alto Imperio», *Militares y civiles en la Antigua Roma. Dos mundos diferentes, dos mundos unidos*, J. J. Palao (ed.), Salamanca, p. 165-196.
- Pani, M. (1992): *Potere e valori a Roma*, Bari.
- Panvini Rosati, F. (2000): «La moneta romana dell'introduzione del denario ad Augusto», *La moneta greca e romana*, F. Panvini Rosati (ed.), Roma, p. 95-103.
- Parain, C. (1963): «Les caractères spécifiques de la lutte de classes dans l'antiquité Classique», *La Pensée*, 108, p. 3-25.
- Parcero, C. (1995): «Elementos para el estudio de los paisajes castreños del Noroeste peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1), p. 127-144.
- Parcero, C. (2000): «Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico», *Trabajos de Prehistoria*, 57 (1), p. 75-95.
- Parcero, C. (2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste Peninsular*, Ortigueira.
- Parcero, C., Ayán, X. M., Fábrega, P. y Teira Brión, A. (2007): «Arqueología, paisaje y sociedad», *Los pueblos de la Galicia céltica*, F. J. González García (coord.), Madrid, p. 131-258.
- Paribeni, R. (1957): *Optimus Princeps*, Mesina.
- Parker, A. J. (1992): *Ancient Shipwrecks of the Mediterranean and the Roman Provinces*, Oxford.
- Parker, H. M. D. (1928): *The Roman Legions*, Oxford.
- Parker, W. N. ed. (1986): *Economic History and the Modern Economist*, Oxford.
- Pastor Muñoz, M. (1979): «Aspectos económicos de los astures durante el Imperio romano», *Memorias de Historia Antigua*, 3, p. 171-180.
- Pensabene, P. (1996): «Classi dirigenti, programmi decorativi, culto imperiale: il caso di Tarraco», *Colonia Patricia Corduba. Una reflexión arqueológica, (Córdoba 1993)*, P. León (coord.), Córdoba, p. 221-233.
- Peña, A. de la (1992): «El primer milenio a.C. en el área gallega: Génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la arqueología», *Paleoetnología de la Península Ibérica. Actas del Coloquio sobre Etnogénesis de la Península Ibérica (Madrid, 1989)*, Complutum Extra, 2-3. M. Almagro y G. Ruiz Zapatero (eds.), Madrid, p. 373-394.
- Peña, A. de la (2001): *Santa Trega. Un poblado castrexo-romano*, Ourense.
- Pereira, G. (1978): «Caeleo Cadroiolonis f. Cilenus \supset Berisamo et al.: centuria or Castellum? A Discussion», *Hispania Antiqua*, 8, p. 271-280.

- Pereira, G. (1982): «Los *castella* y las comunidades de *Gallaecia*», *Zephyrus*, 34-35, p. 249-267.
- Pereira, G. (1983): «Los *castella* y las comunidades de *Gallaecia*», *Actas del II Seminario de Arqueología del Noroeste (Santiago, 1980)*, Madrid, p. 167-192.
- Pereira, G. (1984): «La formación histórica de los pueblos del Norte de *Hispania*», *Veleia*, 1, p. 271-287.
- Pereira, G. (1988): «Cambios estructurales *versus* romanización convencional. La transformación del paisaje político en el Norte de *Hispania*», *Estudios sobre la Tabula Siarensis*, Madrid, p. 245-258.
- Pereira, G. (1995): «Epigrafía "política" y primeras culturas epigráficas en el Noroeste de la P. Ibérica», *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, F. Beltrán Lloris (ed.), Zaragoza, p. 293-326.
- Pereira, G. (2004): «*Municipium*, un concepto de la Economía Política», *La Hispania de los Antoninos (98-180): Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua: Valladolid, 10, 11 y 12 de noviembre de 2004*, L. Hernández Guerra (coord.), Valladolid, p.555-565.
- Pereira, G. (2005a): «Nuevas perspectivas sobre la vida en los castros galaico-romanos», *Veleia*, 22, p. 121-128.
- Pereira, G. (2005b): «¿Qué es un *munus*?», *Mainake*, 27, p. 395-431.
- Pereira, G. y Ferreira de Almeida, C. A. (1981): «A grande inscrição de Remeseiros, Vilar de Perdizes, Montalegre (*CIL* II 2476)», *Arqueologia*, 4, p. 142-145.
- Pereira, G. y Santos, J. (1980): «Sobre la romanización del noroeste de la Península Ibérica: las inscripciones con mención del origo personal», *Actas do seminario de arqueología do noroeste peninsular*, Guimaraes, p. 117-130.
- Pereira García, E. y Hidalgo Cuñarro, J. M. (1999): «Dos modelos de hábitat castreño en el Val do Fragoso: Castro de Vigo e Isla de Toralla», *Revista de Guimarães*, 1, p. 431-450.
- Pérez García, L. C. y Sánchez-Palencia, F. J. (2000): «El yacimiento aurífero de Las Médulas: situación y geología», *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 144-157.
- Pérez García, L. C., Sánchez-Palencia, F. J. y Torres Ruiz, J. (2000): «Tertiary and Quaternary alluvial gold deposits of Northwest Spain and Roman mining (NW of Duero and Bierzo Basins)», *Journal of Geochemical Exploration*, 71, p. 225-240.

- Pérez González, C. (1996): «Asentamientos militares en Herrera de Pisuergra», *Los finisterres atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*, C. Fernández Ochoa (coord.), Madrid, p. 91-102.
- Pérez Losada, F. (1987): «Sobre o concepto de villa no mundo romano», *Cuadernos de Arqueología, Serie II*, 4, p. 79-110.
- Pérez Losada, F. (1996): «Hacia una definición de los asentamientos rurales en la Gallaecia: poblados (vici) y casas de campo (villae)», *Los finisterres atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*, C. Fernández Ochoa (coord.), Madrid, p. 189-197.
- Pérez Losada, F. (1998): «Cidades e aldeias na Galiza romana. Uma proposta de classificação hierárquica do habitat galaico-romano», *O Arqueólogo Português Série IV*, 16, p. 157-174.
- Pérez Losada, F. (2002): *Entre a cidade e a aldea. Estudio arqueohistórico dos aglomerados secundarios romanos en Galicia*, A Coruña.
- Pérez Macías, J. A. (1996): *La producción de metales en el Cinturón Ibérico de Piritas durante la prehistoria y la antigüedad*, Salamanca.
- Pérez Macías, J. A. y Delgado, A. eds. (2007): *Las minas de Riotinto en la época Julio-Claudia*, Huelva.
- Pérez Macías, J. A. y Delgado, A. (2014): «La minería romana en el Suroeste Ibérico», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 24, p. 239-265.
- Pérez Macías, J. A., Delgado, A. y Regalado, M. C. (2012): «El asentamiento romano en el paraje de Marismilla (Riotinto-Nerva, Huelva)», *Paisajes, Tiempos y Memoria*, A. Pérez, J. L. Carriazo y B. Ceballos (eds.), Huelva, p. 45-83.
- Perry, J. S. (2006): *The Roman collegia: the modern evolution of an ancient concept*, Leiden y Boston.
- Pescaru, A., Rădeanu, V., Pavel, R., Rîșcuță, N. C., Țuțuianu, D., Bălos, A. y Egri, M. (2010): «Forms of Habitation on Hăbad Site», *Alburnus Maior I*, P. Damian (ed.), Cluj-Napoca, p. 117-142.
- Petolescu, C. C. (1996): *Inscriptions externes concernant l'histoire de la Dacie (Ier – IIIe siècles)*, Bucarest.
- Pflaum, H. G. (1950): *Les procuratores equestres sous le haut-Empire romain*, París.
- Pflaum, H. G. (1960-1961): *Les carrières procuratoriennes équestres sous le Haut-Empire romain*, París.

- Pflaum, H. G. (1970): «Les officiers èquestres de la Lègion VII Gemina», *Legio VII Gemina. Actes du colloque International (León 1968)*, León, p. 356-381.
- Piccottini, G. (1994): «Gold und Kristall am Magdalensberg», *Germania*, 72 (2), p. 467-477.
- Piganiol, A. (1965): «La politique agraire d'Hadrien», *Les empereurs romains d'Espagne*, A. Piganiol y H. Terrasse (eds.), París, p. 135-143.
- Piganiol, A. (1971): *Historia de Roma*, Buenos Aires.
- Pina, F. (2007-2008): «Roma y los pueblos alpinos», *Boletín Arkeolan*, 15, p. 25-35.
- Piper, D. J. (1988): «The *ius adipiscendae civitatis Romanae per magistratum* and its Effect on Roman-Latin Relations», *Latomus*, 47 (1), p. 59-68.
- Piso, I. (1993): *Fasti provinciae Daciae I. Die senatorischen Amtsträger*, Bonn.
- Piso, I. (1995). «Le territoire de la Colonia Sarmizegetusa», *Ephemeris Napocensis*, 5, p. 63-98.
- Piso, I. (2004): «Gli Iliri ad Alburnus Maior», *Dall'Adriatico al Danubio. L'Illyrico nell'età greca e romana. Atii del convegno internazionale Cividale del Friuli (25-27 settembre 2003)*, G. Urso (ed.), Pisa, p. 271-308.
- Pitillas, E. (1998-1999): «Integración y promoción de las poblaciones indígenas del Noroeste hispánico dentro del esquema organizativo romano: ejército y minería», *Memorias de Historia Antigua*, 19-20, p. 225-244.
- Pitillas, E. (2003): «El papel del princeps como elemento de enlace entre Roma y los pueblos indígenas», *Hispania Antiqua*, 27, p. 81-94.
- Pitillas, E. (2006): «Soldados auxiliares del ejército romano originarios del NW de Hispania (S. I d.C.)», *Hispania Antiqua*, 30, p. 21-34.
- Plácido, D. (1983): «La lucha de clases en la Grecia Antigua», *Gerión*, 1, p. 331-341.
- Plácido, D. (1984): «Lucha de clases y esclavitud en la Grecia clásica», *Zona Abierta*, 32, p. 29-45.
- Plácido, D. (1987-1988): *Poder y discurso en la Antigüedad clásica*, Madrid.
- Plácido, D. (2002): «La estructuración territorial y étnica del conventus Bracarensis», *Minus*, 10, p. 111-134.
- Plácido, D. (2002-2003): «Leyes municipales y símbolos de poder: los fundamentos sociales de la dinastía flavia», *Memorias de Historia Antigua*, 23-24, p. 9-20.
- Plácido, D. (2004): «Un siglo de cambios», *Adriano Augusto*, J. M. Cortés y E. Muñiz (eds.), Sevilla, p. 19-33.
- Plácido, D. (2009): «Los modos de producción y las transformaciones del mundo clásico», *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, 41, p. 1-10.

- Plácido, D. (2014): «Conocimiento y explotación de los pueblos del Noroeste hispano en la tradición literaria grecolatina», *Gerión*, 32, p. 157-179.
- Plácido, D. y Sánchez-Palencia, F. J. (2014): «La explicación de la minería de oro romana hispana en la Historia Natural de Plinio El Viejo, párrafos 66 a 78 del libro XXXIII», *Minería romana en zonas interfronterizas de Castilla y León y Portugal (Asturia y NE de Lusitania)*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 17-34.
- Polanyi, C. (1989 [1944]): *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Madrid.
- Polanyi, C. (1994 [1977]): *El sustento del hombre*, Barcelona.
- Pollard, A. M., Bray, P., Gosden, C., Wilson, A. y Hamerow, H. (2015): «Characterising Cooper-based Metals in Britain in the First Millenium AD: A preliminary quantification of metal flow and recycling», *Antiquity*, 89, p. 697-713.
- Ponting, M. (2009): «The Silver Coinage of Septimius Severus and his Family (193-211 AD)», *Quantifying the Roman Economy: Methods and Problems*, A. Bowman y A. Wilson (eds.), Oxford, p. 269-280.
- Prieur, J. (1976): «L'histoire des régions alpestres (Alpes Maritimes, Cottiennes, Graeis et Pennines) sous le Haut-Empire romain (I-II siècle après J. C.)», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 5 (2), p. 630-656.
- Prósper, B. M. (2002): *Lenguas y religiones prerromanas del occidente de la Península Ibérica*, Salamanca.
- Przeworski, A. (2004): «The Last Instance: Are Intitutions the Primary Cause of Growth?», *European Journal of Sociology*, 45 (2), p. 165-188.
- Pugh, G. (1962): «Traditio In The Civil Law», *Louisiana Law Review*, 22, p. 418-434.
- Putnam, R. D. (2003): *El declive del capital social. Un estudio sobre las sociedades y el sentido comunitario*, Barcelona.

Q

- Quintana Prieto, A. (1969): *Valdeorras. El Barco y el Nazareno*, Astorga.

R

- Rabanal, M. A. (1990): *La romanización de León*, León.
- Rabanal Alonso, M. A. (1998): «Las formas de organización ciudadana en las comunidades urbanas del convento astur», *El proceso de municipalización en la Hispania Romana*, L. Hernández Guerra y L. Sagredo (eds.), Valladolid, p. 103-138.
- Rabanal, M. A. y García Martínez, S. M. (2001): *Epigrafía romana de la provincia de León: Revisión y actualización*, León.

- Raepsaet-Charlier, M. T. (1995): «Aspects de l'onomastique en Gaule Belgique», *Persee*, 6, p. 207-226.
- Raepsaet-Charlier, M. T. (2010-2011): «Colonie latine, colonie romaine : onomastique et processus de romanisation en Belgique et Narbonnaise», *Trierer Zeitschrift für Geschichte und Kunst des Trierer Landes und seiner Nachbargebiete – Trier*, 73-74, p. 21-38.
- Ramage, A. y Craddock, P. T. (2000): *King Croesus' Gold. Excavations at Sardis and the History of Gold Refining*, Londres.
- Ramírez Sánchez, M. (2009): «Epigrafía y cultura escrita en la Antigüedad clásica», *Cultura Escrita & Sociedad*, 9, p. 7-13.
- Ramírez Sánchez, M. (2014): «Paisajes epigráficos en la provincia *Hispania* Citerior en época de Augusto», *Veleia*, 31, p. 123-141.
- Redentor, A. (2010): «Aproximação a um esboço social da área mineira romana da Serra da Padrela (Tresminas e Campo de Jales)», *Mineração e povoamento na Antiguidade no Alto Trás-os-Montes Ocidental*, M. Martins (coord.), Oporto, p. 121-162.
- Reduzzi, F. (2004): «Ancora su D. 21.2.39.1, *stipulatio duplae* e *traditio*», *Histoire, Espaces et Marges de l'Antiquité*, 3, *Hommages à Monique Clavel-Lévêque*, Besançon, p. 316-321.
- Reduzzi, F. (2015): «Compra venta de esclavos en la periferia del imperio: los papiros del Eufrates Medio (siglo III d.C.)», *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, 49, p. 29-38.
- Regueras Grande, F. (1991): «Mosaicos romanos de *Asturica Augusta*», *BSAA Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 57, p. 131-162.
- Regueras Grande, F. (1992): «Noticias sobre tres *villae* romanas con mosaicos en el Valle del Esla: Cimanos de la Vega, Villaquejida, San Millán de los Caballeros», *Brigecio: revista de estudios de Benavente y sus tierras*, 2, p. 31-42.
- Regueras Grande, F. (1996): «Villas romanas leonesas: una ordenación», *Actas ArqueoLeón. Historia de León a través de la arqueología (1993-1994)*, León, p. 91-106.
- Remesal, J. (1986): *La annona militaris y la exportación de aceite bético a Germania*, Madrid.
- Renberg, I., Persson, M. W. y Emteryd, O. (1994): «Pre-industrial atmospheric lead contamination detected in Swedish lake sediments», *Nature*, 368, p. 323-326.

- Renberg, I., Bindler, R. y Brännvall, M. L. (2001): «Using the Historic Atmospheric Lead-Deposition Record as a Chronological Marker in Sediment Deposits in Europe», *The Holocene*, 11, p. 511-516.
- Requejo, O. (2013): *Arqueología y territorio en el sector central de Asturias: la cuenca del río Nora entre el período tardorromano y la Antigüedad tardía (siglo IV-inicios del siglo VIII d.C.)*, (tesis doctoral inédita), Oviedo.
- Requejo, O. y Martín Hernández, E. (2015): «El viario histórico en torno a Lucus Asturum (Llanera, Principado de Asturias)», *Perxuraos: Revista cultural de Llanera*, 4, p. 7-15.
- Reynolds, J. (1982): *Aphrodisias and Rome: documents from the excavation of the theatre at Aphrodisias conducted by Professor Kenen T. Erim, together with some related texts*, Londres.
- Reynolds, J. (1989): «The regulations of Diocletian», *Aphrodisias in Late Antiquity*, C. Roueché (ed.), Londres, p. 252-318.
- Richardson, J. S. (1976): «The Spanish Mines and the Development of Provincial Taxation in the Second Century B. C.», *Journal of Roman Studies*, 66, p. 139-152.
- Rico, C. (2009): «Économie et grand commerce maritime de l'Hispanie romaine à la fin de la République et sous le Haut-Empire», *Rome et l'Occident. 197 av. J.-C. à 192 ap. J.-C.* Y. Roman (coord.), p. 21-44.
- Rico, C. (2010): «Sociétés et entrepreneurs miniers italiques en Hispanie à la fin de l'époque républicaine. Une comparaison entre les districts de Carthagène et de Sierra Morena», *Pallas*, 82, p. 395-415.
- Rico, C. y Domergue, C. (2014): «El comercio de los metales en el Mediterráneo occidental en la época romana a través de los hallazgos subacuáticos. Estado actual de la investigación», *Actas del V Congreso Internacional de Arqueología Subacuática. Un patrimonio para la humanidad. Cartagena, 15-18 de octubre de 2014*, Cartagena, p. 590-609.
- Ripollès, P. P. (2002). «La moneda romana imperial y su circulación en Hispania», *Archivo Español de Arqueología*, 75, p. 195-214.
- Ripollès, P. P. (2010): *Las acuñaciones provinciales romanas en Hispania*, Madrid.
- Rocco, M. (2010): «The reasons behind Constitutio Antoniniana and it's effects on the Roman military», *Acta classica Universitatis Scientiarum Debreceniensis*, 46: 131-156.
- Rodá, I. (2004): «Agripa y el comercio del plomo», *Mastia*, 3, p. 183-194.

- Rodá, I. (2005): «La figura de Agripa en *Hispania*», *Arqueología militar romana en Europa*, C. Pérez-González y E. Illarregui (coords.), Salamanca, p. 319-332.
- Rodá, I. (2009): «Espacios de representación en los foros de *Hispania*», *Fora Hispaniae. Paisaje urbano, arquitectura, programas decorativos y culto imperial en los foros de las ciudades hispanorromanas*, J. M. Noguera (ed.), Murcia, p. 69-87.
- Rodríguez Álvarez, L. (1979): «Notas en torno a la *Lex Iulia de vicesima hereditatium*», *Memorias de Historia Antigua*, 3, p. 199-215.
- Rodríguez Álvarez, P. (1990): «El significado de *civitas* en Cicerón», *Veleia*, 7, p. 233-241.
- Rodríguez Álvarez, P. (2005): «El Noroeste en el siglo II. Ensayo de historiografía», *La Hispania de los Antoninos (98-180): Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua: Valladolid, 10, 11 y 12 de noviembre de 2004*, L. Hernández Guerra (coord.), Valladolid, p. 85-92.
- Rodríguez Colmenero, A. (1972): «Sobre los pueblos prerromanos del sur de Galicia», *Boletín Auriense*, 2, p. 193-240.
- Rodríguez Colmenero, A. ed. (1995): *Lucus Augusti, urbs romana. Los orígenes de la ciudad de Lugo. Catálogo de la exposición*, Lugo.
- Rodríguez Colmenero, A. (1995-1996): «Mansiones y mutaciones en la Vía Nova (XVIII del Itinerario de Antonino)», *Cuadernos de Arqueología*, 12-13, p. 89-112.
- Rodríguez Colmenero, A. (1996): *Lucus Augusti*, A Coruña.
- Rodríguez Colmenero, A. (1997a): *A implantación dos modelos urbanísticos romanos en Gallaecia*, Santiago de Compostela.
- Rodríguez Colmenero, A. (1997b): «La nueva *tabula hospitalitatis* de la *civitas Lougeiorum*. Problemática y contexto histórico», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 117, p. 213-226.
- Rodríguez Colmenero, A. (2000): «El más antiguo documento (año 15 a.C.) hallado en el Noroeste peninsular ibérico», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 47 (112), p. 10-42.
- Rodríguez Colmenero, A. y Ferrer Sierra, S. eds. (2006): *Excavaciones arqueológicas en "Aquis Querquennis": actuaciones en el campamento romano: (1975-2005)*, Santiago de Compostela.
- Rodríguez Colmenero, A., Ferrer Sierra, S. y Álvarez Asorey, R. D. (2004): *Miliarios e outras inscricións viarias romanas no noroeste hispánico*, Lugo.
- Rodríguez Cueto, F. (2015): *Arquitectura, urbanismo y espacios domésticos: su evolución en el Castro de Pendia, un recinto fortificado del occidente de Asturias (siglos IV a.c.-II d.c.)* (tesis doctoral inédita), Oviedo.

- Rodríguez Cueto, F. y Villa, A. (2013): *Apuntes sobre el registro arqueológico en El Castro de Pendia: contextos y artefactos*, (*Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 2007-2012*, 7), Oviedo.
- Rodríguez Ennes, L. (1994): «Extracción social y condiciones de trabajo de los mineros hispano-romanos», *Dereito*, 3 (1), p. 63-73.
- Rodríguez Ennes, L. (2004): «Consideraciones en torno al marco jurídico de la minería hispano-romana», *Revista General de Derecho Romano*, 1, p. 1-18.
- Rodríguez Fernández, T. (1994): «El fin del mundo fortificado y la aparición de las "aldeas abiertas". La evidencia del Centro-Oriente de Lugo (Samos y Sarria)», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 7, p. 153-189.
- Rodríguez González, P., Martínez Murciego, N. y Álvarez ordás, J. C. (2002): «Campaña de excavaciones arqueológicas en La Edrada 2002», *Actas de las Jornadas sobre Castro Ventosa*, J. A. Balboa de Paz, I. Díaz Álvarez y V. Fernández Vázquez (eds.), Cacabelos, p. 63-82.
- Rodríguez González, X. (2006): «Ara a Cibeles», *Peza do mes. Museo Arqueológico Provincial de Ourense*, 10.
- Rodríguez Neila, J. F. (1975): «Notas sobre las *annonae* municipales de *Hispania*», *Historia Antiqua*, 5, p. 315-326.
- Rodríguez Neila, J. F. (1977): «La terminología aplicada a los sectores de población en la vida municipal de la *Hispania* romana», *Memorias de Historia Antigua*, 1, p. 201-214.
- Rodríguez Neila, J. F. (1978): «La situación socio-política de los incolae en el mudo romano», *Memorias de Historia Antigua*, 2, p. 147-169.
- Rodríguez Neila, J. F. (1998): «*Hispani Principes*: algunas reflexiones sobre los grupos dirigentes de la *Hispania* prerromana», *Cuadernos de arqueología de la Universidad de Navarra*, 6, p. 99-138.
- Rodríguez Pérez, M. X. y Blanco Sanmartín, M. P. (1997): «Un exemplo de escultura funeraria: o león de Pedreda», *Iria, Gallaecia*, 16, p. 307-314.
- Rodríguez Saiz, E. (2003): «Sondeos arqueológicos en el solar del nº 14 de la calle Oporto (Vigo) en el ámbito del yacimiento romano de las calles Areal-Pontevedra», *Boletín del Instituto de Estudios Vigueses*, 9, p. 185-201.
- Romero, D. (2010): «El contexto arqueológico: el yacimiento de El Picón», *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*, I. Sastre y A. Beltrán (eds.), Valladolid, p. 39-50.

- Romero, D. (2016): *Territorio y formaciones sociales en la zona astur-lusitana del Duero*, (tesis doctoral inédita), Valencia.
- Romero Carnicero, M. V. (1998): «La terra sigillata hispánica en la zona septentrional de la península ibérica. Algunas reflexiones acerca de su estudio y grado de conocimiento», *Terra sigillata hispánica. Estado actual de la investigación*, Jaén, p. 189-208.
- Romero Carnicero, M. V. y Carretero, S. (1997): «Cerámica del campamento romano del ala II Flavia en Petavonium (Rosinos de Vidriales, Zamora, España)», *Rei Cretariae Romanae Fautores Acta*, 35, p. 55-61.
- Rose, F. A. (2003): «Text and image in *Celtiberia*: the adoption and adaptation of written language into indigenous visual vocabulary», *Oxford Journal of Archaeology*, 22 (2), p. 155-175.
- Roselaar, S. T. (2010): *Public land in the Roman Republic. A Social and Economic History of Ager Publicus in Italy, 396-89 BC*, Oxford.
- Roselaar, S. T. (2012): «The concept of *commercium* in the Roman Republic», *Phoenix*, 66 (3-4), p. 381-413.
- Roselaar, S. T. (2013): «The concept of *conubium* in the Roman Republic», *New frontiers: law and society in the Roman World*, P. D. Plessis (ed.), Edimburgo: 102-122.
- Rostovzeff, M. I. (1957): *The social and economic history of the Roman Empire*, Oxford y Nueva York.
- Roymans, N. (1996): *From the sword to the plough*, Amsterdam.
- Roymans, N. (2004): *Ethnic identity and imperial power: the Batavians in the Early Roman Empire*, Amsterdam.
- Royo Martínez, M. M. y Moreno y Casanova, J. J. (2008): *Las monedas de bronce del Bajo Imperio (346-408)*, Madrid.
- Rozas, V. y Cabo, L. (2002): «Dataciones geoquímicas y dendrocronológicas de época romana en Asturias», *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica. Formación y desarrollo de la Cultura Castreña*, M. A. de Blas y A. Villa (eds.), Navia, p. 345-356.
- Ruiz de Arbulo, J. (1998): «Tarraco. Escenografía del poder, administración y justicia en una capital provincial romana (s. II a.C. - II d.C.)», *Empúries*, 51, p. 31-61.
- Ruiz de Arbulo, J. (2014): «El *signaculum* de *Caius Valerius Avitus*, duoviro de Tarraco y propietario de la villa de Ela Munts (Altafulla)», *Pyrenae*, 45 (1), p. 125-151.

- Ruiz del Árbol, M. (2005): *La arqueología de los espacios cultivados. Terrazas y explotación agraria romana en un área de montaña*, (Anejos de Archivo Español de Arqueología, 36), Madrid.
- Ruiz del Árbol, M. y Sánchez-Palencia, F. J. (1999a): «Les "terrasses" de la Fuente de la Mora (El Cabaco, Salanque, Espagne): l'occupation et l'organisation du territoire dans le Nord-Ouest de la Lusitanie», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 25 (1), p. 213-221.
- Ruiz del Árbol, M. y Sánchez-Palencia, F. J. (1999b): «La minería aurífera romana en el noreste de Lusitania: Las Cavenes de El Cabaco (Salamanca)», *Archivo Español de Arqueología*, 72, p. 119-139.
- Ruiz del Árbol, M. y Sastre, I. (2005): «L'ager mensura comprehensus et le sol provincial: l'Occident de la Péninsule Ibérique», *Les vocabulaires techniques des arpenteurs latins*, D. Conso, A. Gonzales y Y. Guillaumin (eds.), Besançon, p. 193-198.
- Ruiz del Árbol, M., Sánchez-Palencia, F. J. y López Jiménez, O. (2001): «La investigación de paisajes culturales y su valoración como zonas arqueológicas: la zona arqueológica de Las Cavenes (El Cabaco, Salamanca)», *Arqueoweb: Revista sobre Arqueología en Internet*, 3 (1), s. p.
- Ruiz del Árbol, M., Sánchez-Palencia, F. J., Sastre, I. y Orejas, A. (2014): «Water networks of Roman gold mines of Northwestern Iberian Peninsula», *Water History*, 6, p. 95-113.
- Ruoff-Väänänen, E. (1978): *Studies on the Italian fora*, Wiesbaden.
- Ruscu, D. (2004): «The supposed extermination of the Dacians: the literary tradition», *Roman Dacia. The Making of a Provincial Society*, W. S. Hanson y I. P. Haynes (eds.), *Journal of Roman Archaeology Supplementary Series*, 56, Portsmouth, p. 75-85.
- Rush, P. (1998): «Roman roads: phenomenological perspectives on roads in the landscape», *TRAC 97: proceedings of the Seventh Annual Theoretical Roman Archaeology Conference, Nottingham 1997*, C. Forcey, J. Hawthorne y R. Witcher (eds.), Oxford, p. 60-70.
- Russu, I. I. (1969): *Ilirii*, Bucarest.
- Russu, I. I. (1975): *Inscritile Daciei Romane Vol I Introducere Istorica si Epigraphica Diplomele Militare & Tablitele Cerate*, Bucarest.
- Rusu-Bolindeț, V., Roman, C., Bota, E., Isac, A., Paki, A., Marcu, F. y Bodea, M. (2010): «Forms of habitation on Balea Site», *Alburnus Maior I*, P. Damian (ed.), Cluj-Napoca, p. 371-416.

S

- Sáez, P. (1993): «Algunas consideraciones sobre el territorio de las ciudades de la Bética», *Estudios sobre las ciudades de la Bética*, C. González Román y A. Padilla (eds.), Granada, p. 389-445.
- Sagredo, L. (2007): «La circulación de la moneda de oro en la meseta norte en la Antigüedad», *Hispania Antiqua*, 31, p. 127-162.
- Sahlins, M. (1958): *Social Stratification in Polynesia*, Chicago.
- Sahlins, M. (1972): *Stone Age Economics*, Chicago.
- Sahlins, M. (1985): *Islas de Historia*, México.
- Sahlins, M. (1988): «Cosmologías del Capitalismo», *Anais da XVI Reunião Brasileira de Antropologia (Campiñas, 27-30 de marzo de 1988)*, Campinas, p. 95-107.
- Sahlins, M. (1994): *A brief Cultural History of "Culture"*, World Comision on Culture and Development. Unesco.
- Sahlins, M. (1997 [1976]): *Cultura y razón práctica. Contra el utilitarismo en la teoría antropológica*, Barcelona.
- Salerno, F. (2003): *Ad metalla. Aspetti giuridici del lavoro in miniera*, Nápoles.
- Salinas de Frías, M. (1986): *Conquista y romanización de Celtiberia*, Salamanca.
- Salinas de Frías, M. (1986-1987): «Indigenismo y romanización de Carpetania. Observaciones en torno al proceso romanizador en la Meseta meridional», *Studia historica. Historia Antigua*, 4-5, p. 27-36.
- Salinas de Frías, M. (1989): «Sobre las formas de propiedad comunal en la cuenca del Duero», *Veleia*, 6, p. 103-110.
- Salinas de Frías, M. (1994): «Onomástica y sociedades en la epigrafía antigua de las provincias de Salamanca y Ávila», *Zephyrus*, 47, p. 287-309.
- Salinas de Frías, M. y Romero Pérez, A. (1995): «Onomástica y religión en las provincias de Salamanca y Ávila», *Salamanca: Revista de Estudios*, 35-36, p. 13-28.
- Saller, R. (2002): «Framing the Debate Over Growth», *The Ancient Economy*, W. Scheidel y S. von Reden (eds.), Edimburgo, p. 251-269.
- Saller, R. (2005): «Framing the Debate Over Growth in the Ancient Economy», *The Ancient Economy: Evidence and Models*, J. G. Manning y I. Morris (eds.), California, p. 223-238.
- Salway, B. (1994): «What's in a name? A survey of Roman onomastic practice», *Journal of Roman Studies*, 84, p. 126-145.
- Sánchez Albornoz, C. (1972): *El Reino de Asturias. Orígenes dela Nación Española*, I, Oviedo.

- Sánchez-Lafuente, J. (2003): «*Quintus Iunius Rusticus*, gobernador de *Hispania Citerior* bajo Antonino Pío», *Lógos hellenikós: homenaje al profesor Gaspar Morocho Gayo*, 1, J. M. Nieto Ibáñez (coord.), León, p. 557-578.
- Sánchez-Palencia, F. J. (1983): *La explotación del oro de Asturia y Gallaecia en la Antigüedad*, (tesis doctoral inédita), Madrid.
- Sánchez-Palencia, F. J. (1985-1986): «Los "Morteros" de Fresnedo (Allande) y Cecos (Ibias) y los lavaderos de oro romanos en el noroeste de la Península Ibérica», *Zephyrus*, 37-38, p. 374-360.
- Sánchez-Palencia, F. J. (1986): «El campamento romano de Valdemeda, Manzaneda (León): ocupación militar y explotación aurífera en el Noroeste peninsular», *Numantia*, 2, p. 227-234.
- Sánchez-Palencia, F. J. (1989): «La explotación del oro en la *Hispania* Romana: sus inicios y precedentes», *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, II, C. Domergue (coord.), Madrid, p. 35-53.
- Sánchez-Palencia, F. J. (1995): «Minería y metalurgia de la región astur en la Antigüedad», *Astures*, Gijón, p. 141-148.
- Sánchez-Palencia, F. J. dir. (2000): *Las Médulas (León): un paisaje cultural en la Asturia Augustana*, León.
- Sánchez-Palencia, F. J. dir. (2002): *Las Médulas. Patrimonio de la Humanidad*, Salamanca.
- Sánchez-Palencia, F. J. (2012a): «Minería romana en el Noroeste de *Hispania*: tecnología minera y explotación del territorio», *Povoamento e Exploração dos Recursos Mineiros na Europa Atlântica Ocidental*, M. Martins, A. M. S. Bettencourt, J. I. Martins y J. Carvalho (coords.), Braga, p. 113-132.
- Sánchez-Palencia, F. J. (2012b): «La minería romana de la Sierra de la Peña de Francia: las zonas arqueológicas de Las Cavenes del Cabaco y El Pinalejo-Tenebrilla (Salamanca)», *Minería romana en zonas interfronterizas de Castilla y León y Portugal (Asturia y NE de Lusitania)*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 135-180.
- Sánchez-Palencia, F. J. (2014a): «La zona minera de Penamacor-Meimosa (Castelo Branco)», *Minería romana en zonas interfronterizas de Castilla y León y Portugal (Asturia y NE de Lusitania)*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 103- 134.
- Sánchez-Palencia, F. J. (2014b): «La minería romana de la sierra de la Peña de Francia: las zonas arqueológicas de Las Cavenes del Cabaco y El Pinalejo-Tenebrilla (Salamanca)», *Minería romana en zonas interfronterizas de Castilla y León y*

- Portugal (Asturia y NE de Lusitania)*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 135-180.
- Sánchez-Palencia, F. J. ed. (2014): *Minería romana en zonas interfronterizas de Castilla y León y Portugal (Asturia y NE de Lusitania)*, León.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Currás, B. (2010): «El contexto geoarqueológico: la zona minera de Pino del Oro», *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*, I. Sastre y A. Beltrán (eds.), Valladolid, p. 15-38.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Currás, B. (2015): «Campamentos romanos en zonas mineras del cuadrante noroeste de la Península Ibérica», *Las Guerras Astur-Cántabras*, J. Camino, E. Peralta y J. F. Torres (coords.), Oviedo, p. 273-283.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Fernández-Posse, M. D. (1985): *La Corona y el Castro de Corporales I. Truchas (León). Campañas de 1978 a 1981*, Madrid.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Fernández-Posse, M. D. (1998): «El beneficio del oro por las comunidades prerromanas del noroeste peninsular», *Minerales y metales en la Prehistoria Reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la Península Ibérica*, G. Delibes (coord.), Valladolid, p. 227-246.
- Sánchez-Palencia, F. J. y García, A. (2014): «El posible uso del mercurio en las minas de oro del noroeste de Hispania: Las Médulas y Las Cavenes de El Cabaco», *Minería romana en zonas interfronterizas de Castilla y León y Portugal (Asturia y NE de Lusitania)*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 231-242.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Mangas, J. coords. (2000): *El Edicto del Bierzo. Augusto y el Noroeste de Hispania*, Ponferrada.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Orejas, A. (2002): «Los castros y la ocupación romana de las zonas mineras del Noroeste de la Península Ibérica», *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña, Coloquios de Arqueología en la cuenca del Navia*, M. A. de Blas y A. Villa (eds.), Navia, p. 241-259.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Orejas, A. (2012): «Alcance e impacto de la minería provincial hispanorromana», *Minería y metalurgia antiguas. Visiones y revisiones. Homenaje a Claude Domergue*, A. Orejas y C. Rico (eds.), *Collection de la Casa de Velázquez*, 128, Madrid, p. 261-272.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Pérez García, L. C. (2000a): «La infraestructura hidráulica: canales y depósitos», *Las Médulas (León): un paisaje cultural en la Asturia Augustana*, F. J. Sánchez-Palencia (dir.), León, p. 189-207.

- Sánchez-Palencia, F. J. y Pérez García, L. C. (2000b): «El lavado del oro y la evacuación de los estériles», *Las Médulas (León): un paisaje cultural en la Asturia Augustana*, F. J. Sánchez-Palencia (dir.), León, p. 208-226.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Pérez García, L. C. (2005): «Minería romana de oro en las cuencas de los ríos Erges/Erjas y Bazágueda (Lusitania): la zona minera de Penamacor-Meimosa», *Lusitanos e romanos no Nordeste da Lusitania, Actas das 2as jornadas de património da Beira Interior*, Guarda, p. 267-307.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Ruiz del Árbol, M. (1999): «La minería aurífera romana en el Nordeste de Lusitania: las cavenes de El Cabaco (Salamanca)», *Archivo Español de Arqueología*, 72 (179-180), p. 119-140
- Sánchez-Palencia, F. J. y Ruiz del Árbol, M. (2000): «Estructuras agrarias y explotación minera en Lusitania nororiental: la Zona Arqueológica de Las Cabenes (El Cabaco, Salamanca)», *IV Mesa Redonda Internacional Sociedad y Cultura en Lusitania Romana (Mérida, 2-4 de marzo de 2000)*, Mérida, p. 343-358.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Sastre, I. (2002): «La red hidráulica en las minas de oro romanas del Noroeste hispano: Las Médulas», *Artifex: ingeniería romana en España*, I, González Tascón (coord.), Madrid, p. 241-253.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Sastre, I. dir. (2011): *Estudio del Trazado de la vía XVIII (Via Nova) en su tramo español. Memoria final*, (Convenio CSIC-Ministerio de Cultura), Madrid.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Suárez, V. (1985): «La minería antigua del oro en Asturias», *El Libro de la Mina*, Vitoria, p. 221-241.
- Sánchez-Palencia, F. J., Fernández-Posse, M. D., Fernández Manzano, J., Álvarez González, Y. y López González, L. F. (1990): «La zona arqueológica de Las Médulas (1988-1989)», *Archivo Español de Arqueología*, 63, p. 249-379.
- Sánchez-Palencia, F. J., Álvarez González, Y. y López González, L. F. (1996): «La minería aurífera en Gallaecia», *El oro y la orfebrería Prehistórica de Galicia*, Lugo, p. 9-40.
- Sánchez-Palencia, F. J., Pérez, L. C. y Orejas, A. (1999): *El oro de Las Médulas*, (Cuadernos de Fundación Las Médulas, 1), León.
- Sánchez-Palencia, F. J., Orejas, A., Sastre, I. y Ruiz del Árbol, M. (2000a): «Minería y organización del territorio en Hispania romana. Las zonas mineras de Asturia Augustana», *Primer Simposio sobre la Minería y la Metalurgia Antigua en el SW Europeo*, Lleida, p. 247-262.

- Sánchez-Palencia, F. J., Fernández-Posse, M. D., Fernández Manzano, J., Orejas, A., Pérez, L. C. y Sastre, I. (2000b): «Las Médulas (León), un paisaje cultural patrimonio de la humanidad», *Trabajos de Prehistoria*, 2, p. 195-208.
- Sánchez-Palencia, F. J., Orejas, A., Fernández-Posse, M. D., Fernández Manzano, J. y Pérez García, L. C. (2003): «Las Médulas», *Atlas historique des zones minières d'Europe*, I, Dossier III, A. Orejas (dir.), Luxemburgo, p. 1-14.
- Sánchez-Palencia, F. J., Orejas, A., Sastre, I. y Pérez, L. C. (2006): «Las zonas mineras romanas del noroeste peninsular. Infraestructura y organización del territorio», *Nuevos elementos de ingeniería romana. III Congreso de las obras públicas romanas*, Astorga, p. 265-285.
- Sánchez-Palencia, F. J., Orejas, A. y Sastre, I. (2007a): «Roman gold mines: legal and territorial practices», *Sfruttamento tutela e valorizzazione del territorio. Dal diritto romano alla regolamentazione europea e internazionale. Atti del convegno organizzato nell'ambito dell'action COST A27. Diáphora*, 12, F. Reduzzi (ed.), Nápoles, p. 181-193.
- Sánchez-Palencia, F. J., Fernández-Posse, M. D., Orejas, A., Sastre, I. y Ruiz del Árbol, M. (2007b): «Minería romana de oro del Noroeste de *Hispania*», *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*, A. Morillo (ed.), León, p. 135-157.
- Sánchez-Palencia, F. J., Sastre, I., Currás, B. y Romero, D. (2009): «Minería romana en la cuenca meridional de los ríos Sil y Miño», *Revista Aquae Flaviae*, 41, p. 285-301.
- Sánchez-Palencia, F. J., Beltrán Ortega, A., Romero, D., Alonso, F. y Currás, B. (2010): *La zona minera de Pino del Oro (Zamora). Guía Arqueológica*, Zamora.
- Sánchez-Palencia, F. J., Vaudagna, A., Pecharromán, J. L., Beltrán Ortega, A., Currás, B., Alonso, F. y Ruiz del Árbol, M. (2011): «La zona minera de La Bessa (Biella, Italia) como precedente republicano de la minería de oro en *Hispania*», *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje: estudios sobre Prehistoria reciente, Protohistoria y transición al mundo romano en homenaje a M^a Dolores Fernández Posse*, P. Bueno, A. Gilman, C. Martín Morales y F. J. Sánchez-Palencia (coords.), Madrid, p. 329-348.
- Sánchez-Palencia, F. J., Beltrán Ortega, A., Pecharromán, J. L., Romero, D. y Currás, B. (2012): «La minería romana de Pino del Oro y su entorno inmediato (Zamora)», *Minería romana en zonas interfronterizas de Castilla y León y Portugal (Asturia y NE de Lusitania)*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 181-216.
- Sánchez-Palencia, F. J., Romero, D. y Beltrán Ortega, A. (2013): «Paisajes mineros en el noroeste de *Lusitania* y *Asturia* meridional», *Paisajes mineros antiguos de la*

- Península Ibérica. Investigaciones recientes y nuevas líneas de trabajo. Homenaje a Claude Domergue*, M. Zarzalejos, P. Hevia y L. Mansilla (eds.), Madrid, p. 155-170.
- Sánchez-Pardo, J. C. (2008): *Territorio y poblamiento en Galicia entre la Antigüedad y la plena Edad Media*, (tesis doctoral inédita), Santiago de Compostela.
- Sánchez-Pardo, J. C. (2010): «Castros y aldeas galaicorromanas: sobre la evolución y transformación del poblamiento indígena en la Galicia romana», *Zephyrus*, 65, p. 129-148.
- Sánchez-Pardo, J. C. (2014): «Sobre las bases económicas de las aristocracias en la *Gallaecia* suevo-visigoda (c. 530-650 d.C.). Comercio, minería y articulación fiscal», *Anuario de Estudios Medievales*, 44 (2), p. 983-1023.
- Sancho Rocher, L. (1981): *El convento jurídico cesaraugustano*, Zaragoza.
- Santapau Pastor, M. C. (2002-2003): «La categoría jurídica de la tierra en *Hispania Romana*», *Lucentum*, 12-13, p. 191-205.
- Santos Estévez, M. (2012): «Arqueoloxía dun topónimo: o nome do Vigo romano», *Gallaecia*, 31, p. 121-138.
- Santos Yanguas, J. (1983): «Cambios y pervivencias en las estructuras sociales indígenas: sociedad indígena y sociedad romana en el área astur», *Indigenismo y romanización en el conventus Asturum*, Oviedo, p. 89-106.
- Santos Yanguas, J. (1985): *Comunidades indígenas y administración romana en el Noroeste hispánico*, Vitoria.
- Santos Yanguas, J. dir. (1993): *Indígenas y romanos en el Norte de la Península Ibérica*, Vitoria.
- Santos Yanguas, J. (2014): «El culto a Tutela en la Asturias antigua», *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, 25, p. 265-283.
- Santos Yanguas, N. (1979): «La *cohors I celtiberorum equitata civium romanorum*», *Celtiberia*, 29, 58, p. 239-251.
- Santos Yanguas, N. (1985): «Los *conventus* jurídicos del noroeste peninsular», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 115, p. 599-620.
- Santos Yanguas, N. (2012): «La Sierra del Palo (Allande, Asturias) y las explotaciones mineras de oro romanas de su entorno», *Astórica: revista de estudios, documentación, creación y divulgación de temas astorganos*, 31, p. 229-242.
- Santos Yanguas, N. (2014): «Augusto: conquista y administración del territorio de Asturias», *Studia historica. Historia Antigua*, 32, p. 153-177.

- Sanz, R. (1986): «Aproximación al estudio de los ejércitos privados en *Hispania* durante la Antigüedad Tardía», *Gerión*, 4, p. 225-264.
- Sanz, R. (2000): «Las relaciones de dependencia como factor de cristianización en la Península Ibérica: grupos de edad y cristianización», *Las edades de la dependencia*, M. M. Myro, J. M. Casillas, J. Alvar y D. Plácido (eds.), Madrid, p. 395-424.
- Sastre, I. (1998a): *Formas de Dependencia Social en el Noroeste Peninsular: (Transición Del Mundo Prerromano al Romano y época Altoimperial)*, Ponferrada.
- Sastre, I. (1998b): «El modo de producción como estructura de explotación: Esclavismo y tributación», *Hispania*, 58 (2), n.199, p. 705-711.
- Sastre, I. (1999a): «Nueva inscripción funeraria de un *vet. leg. VII G. j.* procedente de la Zona Arqueológica de Las Médulas (León, España)», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 125, p. 257-258.
- Sastre, I. (1999b): «Estructura de explotación social y organización del territorio en la *civitas Zoelarum*», *Gerión*, 17, p. 345-359.
- Sastre, I. (2001): *Las formaciones sociales rurales de la Asturias romana*, Madrid.
- Sastre, I. (2002a): *Onomástica y relaciones políticas en la epigrafía del Conventus Asturum durante el Alto Imperio*, (*Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 25), Madrid.
- Sastre, I. (2002b): «Forms of social inequality in the castro culture of Iberian Peninsula», *European Journal of Archaeology*, 5 (2), p. 213-248.
- Sastre, I. (2003): «*Ager publicus* y *deditio*: reflexiones sobre los procesos de provincialización», *Histoire, espaces et marges de l'Antiquité. Hommages à Monique Clavel-Lévêque*, 2, M. Garrido-Hory y A. Gonzales (eds.), París, p. 157-192.
- Sastre, I. (2004a): «Grupos dominantes y control social: epigrafía funeraria y votiva en el Noroeste hispano», *Actas del XXVII Congreso Internacional GIREA - ARYS VIII: Jerarquías religiosas y control social en el Mundo Antiguo (Valladolid, noviembre 2002)*, J. Alvar y L. Hernández Guerra (coords.), Valladolid, p. 371-379.
- Sastre, I. (2004b): *La epigrafía de Las Médulas. Escritura y sociedad*, (*Cuadernos de Fundación Las Médulas*, 4), León.
- Sastre, I. (2004c): «Los procesos de la complejidad social en el Noroeste peninsular: arqueología y fuentes literarias», *Trabajos de Prehistoria*, 61 (2), p. 99-110.
- Sastre, I. (2007a): «Campesinado, escritura y paisaje: algunas cuestiones sobre el mundo provincial romano occidental», *Gerión Extra*, p. 375-381.

- Sastre, I. (2007b): «Epigrafía y procesos de cambio en el Noroeste hispánico: la clientela en la formación de la sociedad provincial», *Acta XII Congressus internationalis epigraphae graecae et latinae (septiembre 2002)*, Barcelona, p. 1317-1324.
- Sastre, I. (2008): «Community, identity, and conflict: Iron Age warfare in the Iberian Northwest», *Current Anthropology*, 49 (6), p. 1021-1051.
- Sastre, I. (2010a): «Clientela y dependencia social en el Noroeste y Occidente hispanos: pactos y minería», *El bronce del Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el Occidente de Hispania*, I. Sastre y A. Beltrán (eds.), Valladolid, p. 157-163.
- Sastre, I. (2010b): «¿Son rentables los esclavos? Trabajo dependiente en el Imperio Romano», *La Antigüedad y sus mitos. Narrativas históricas irrelevantes*, M. C. Cardete (ed.), Madrid, p. 129-146.
- Sastre, I. (2010c). «Dependencias colectivas, dominación romana y paisaje en el Occidente del Imperio: sobre la “inutilidad” de los estudios históricos», *Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje al Prof. Domingo Plácido Suárez*, 2, C. Fornis, J. Gallego, P. López-Barja y M. Valdés (eds.), Zaragoza, p. 619-630.
- Sastre, I. (2012): «Las zonas mineras auríferas en el sistema provincial altoimperial. El caso del Noroeste hispano», *Minería y metalurgia antiguas. Visiones y revisiones. Homenaje a Claude Domergue*, A. Orejas y C. Rico (eds.), *Collection de la Casa de Velázquez*, 128, Madrid, p. 255-259.
- Sastre, I. y Beltrán Ortega, A. eds. (2010): *El bronce del Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el Occidente de Hispania*, Valladolid.
- Sastre, I. y Orejas, A. (2000): «Las aristocracias locales y la administración de las minas», *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*, F. J. Sánchez-Palencia (dir.), León, p. 284-306.
- Sastre, I. y Orejas, A. (en prensa): «Pervivencia y cambio en el proceso de dominación romana del Occidente de Hispania», *Lo viejo y lo nuevo en las sociedades antiguas. Actas XXXVI Coloquio del GIREA (Bellaterra, 12-13 diciembre de 2013)*, Barcelona.
- Sastre, I. y Plácido, D. (2008): «*Deditio in fidem* and peasant forms of dependence in the Roman provincial system: the case of Northwestern Iberia», *La fin du statut servile? Affranchissement, libération, abolition. XXX Colloque du GIREA*, 2, Besançon, p. 501-509.
- Sastre, I. y Sánchez-Palencia, F. J. (2002): «La red hidráulica de las minas de oro hispanas: aspectos jurídicos, administrativos y políticos», *Archivo Español de Arqueología*, 75, p. 215-233.

- Sastre, I. y Sánchez-Palencia, F. J. (2013): «Clientela y minería del oro entre los cántabros vadinienses», *Debita verba II. Estudios en homenaje al profesor Julio Mangas Manjarrés*, R. M. Cid y E. García Fernández (eds.), Madrid, p. 253-270.
- Sastre, I., Beltrán Ortega, A. y Sánchez-Palencia, F. J. (2010a): «Ejército y comunidades locales en el Noroeste peninsular: formas de control y relaciones de poder en torno a la minería del oro», *Militares y civiles en la Antigua Roma. Dos mundos diferentes, dos mundos unidos*, J. J. Palao (ed.), Salamanca, p.117-134.
- Sastre, I., Currás, B. y Alonso, F. (2010b): «Parentesco, desigualdad y formas de identidad en la Edad del Hierro del Noroeste», *Arqueología Espacial*, 28, p. 169-186.
- Sastre, I., Beltrán Ortega, A. y Alonso, F. (2014): «La epigrafía de las zonas mineras de Asturia Augustana», *Minería romana en zonas interfronterizas de Castilla y León y Portugal (Asturia y NE de Lusitania)*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 35-63.
- Sayas, J. J. (1981): «*Ad census accipiendos* de ciudades vasconas y várdulas y la *legatio censualis* de un pamplonés», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 2, p. 137-152.
- Sayas, J. J. (1989): «Colonización y municipalización bajo César y Augusto: Bética y Lusitania», *Aspectos de la colonización y municipalización de Hispania*, J. Mangas (ed.), Mérida, p. 70-124.
- Sayas, J. J. (1996): «El supuesto *limes* del norte durante la época bajoimperial y visigoda», *Spania. Estudis d'Antiguitat Tardana offerts en homenatge al professor Pere de Palol i Saellas*, Barcelona, p. 243-250.
- Schattner, T. G. y Suárez Otero, J. (2004): «Monte do Facho, Donón (O Hío, Pontevedra), 2003. Informe sobre las excavaciones en el santuario de Berobreo», *Archivo Español de Arqueología*, 77, p. 23-72.
- Schattner, T. G., Suárez Otero, J. y Koch, M. (2005): «Monte do Facho 2003. Bericht über die Ausgrabungen im Heiligtum des Berobreus», *Madridrer Mitteilungen*, 46, p. 135-183.
- Schattner, T. G., Ovejero, G. y Pérez Macías, J. A. (2012): «Minería y metalurgia antiguas en Munigua. Estado de la cuestión», *Minería y metalurgia antiguas. Visiones y revisiones. Homenaje a Claude Domergue*, A. Orejas y C. Rico (eds.), *Collection de la Casa de Velázquez*, 128, Madrid, p. 151-168.
- Scheidel, W. (2002). «A model of demographic and economic change in Roman Egypt after the Antonine plague», *Journal of Roman Archaeology*, 15, p. 97-114.
- Scheidel, W. (2009): «In search of Roman economic growth», *Journal of Roman Archaeology*, 122 (1), p. 46-70.

- Scheidel, W. ed. (2012): *The Cambridge Companion to the Roman Economy*, Cambridge.
- Scheidel, W. y von Reden, S. eds. (2002): *The Ancient Economy*, Edimburgo.
- Scheidel, W., Morris, I. y Saller, R. eds. (2007): *The Cambridge Economic History of the Greco-Roman World*, Cambridge.
- Schmidlin, B. y Cannata, C. A. (1984): *Droit Privé Romain, I. Sources, Famille, Biens*, Génova.
- Schmidt Heidenreich, C. (2012): «Les collèges militaires dans les provinces des Germanies et de Rhétie», *Collegia. Le phénomène associatif dans l'Occident romain*, M. Dondin-Payre y N. Tran (dirs.), París, p. 165-182.
- Schnetz, J. ed. (1940): *Ravennatis Anonymi Cosmographia et Guidonis Geographica*, Stuttgart.
- Scholl, R. y Schubert, C. (2004): «*Lex Hadriana de agris rudibus und lex Manciana*», *Archiv für Papyrusforschung und verwandte Gebiete*, 50 (1), p. 79-84.
- Schulten, A. (1960): «*Orniaci*», *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, 18, 1, Col. 1125-1126.
- Segrè, A. (1930): *Ricerche di diritto ereditario romano*, Roma.
- Serrano Ramos, E. (2008): «El mundo de las cerámicas comunes altoimperiales de Hispania», *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, D. Bernal Casasola y A. Ribera i Lacomba (eds.), Cádiz, p. 471-488.
- Sevillano, M. A. (1998): «Aportaciones a la arqueología de Asturica Augusta: 1993-1995», *Congreso Internacional sobre los orígenes de la ciudad en el Noroeste hispánico (Lugo, 1996)*, Lugo, p. 993-1006.
- Sevillano, M. A. y Vidal Encinas, J. M. (2000): «Las termas mayores de Astorga», *II Coloquio Internacional de Arqueología de Gijón. Termas romanas en el Occidente del Imperio (1999)*, Gijón, p. 199-206.
- Shanin, T. (1973): «Peasantry: Delineation of a Sociological Concept and a Field of Study», *Peasant Studies*, 2 (1), p. 1-8.
- Shanin, T. coord. (1979): *Campesinos y sociedades campesinas*, México.
- Sherwin-White, A. N. (1973a): *The Roman Citizenship*, Oxford.
- Sherwin-White, A. N. (1973b): «The Tabula of Banasa and the *Constitutio Antoniniana*», *Journal of Roman Studies*, 63, p. 86-98.
- Shotyk, W., Weiss, D., Appleby, P. G., Cheburkin, A. K., Frei, R., Gloor, M., Kramers, J. D., Reese, S. y Van der Knapp, W. O. (1998): «History of Atmospheric Lead Deposition Since 12,370 ¹⁴C yr BP from a Peat Bog, Jura Mountains, Switzerland», *Science*, 281, p. 1635-1640.

- Silva, A. C. F. y Centeno, R. M. S. (1980): «Escavações arqueológicas na Citânia de Sanfins (Paços de Ferreira) 1977-1978», *Portugalia*, 1, p. 57-78.
- Smith, J. T. (1998): *Roman villas. A Study in Social Structure*, Londres.
- Smith, M. L. (2005): «Networks, Territories, and the Cartography of Ancient States», *Annals of the Association of American Geographers*, 95, p. 832-849.
- Soto Arias, P. (1993-1994): «Estudio de un asentamiento romano ligado a la vía XVIII en el valle de Valdeorras (Orense)», *Minus*, 2-3, p. 53-81.
- Speidel, M. (1973): «The Pay of the Auxilia», *Journal of Roman Studies*, 63, p. 141-147.
- Speidel, M. (2009): «Roman army pay scales», *Heer und Herrschaft im Römischen Reich der Hohen Kaiserzeit*, Stuttgart, p. 349-380.
- St. Croix, G. E. M. de (1988): *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona.
- Ştefan, A. S. (2005): *Les guerres daciques de Domitien et de Trajan. Architecture militaire, topographie, images et histoire*, Roma.
- Strato, S. L. (1996): *Excavaciones en el yacimiento de "El Parral", en San Román de Bemibre (Bembibre, León) Informe inédito*, Junta de Castilla y León.
- Stylov, A. U. (1995): «Los inicios de la epigrafía latina en la Bética. El ejemplo de la epigrafía funeraria», *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, F. Beltrán Lloris (ed.), Zaragoza, p. 219-238.
- Suárez Vega, R. y Burón, M. (2009): «Estratigrafía e interpretación del contexto militar de *Asturica Augusta*, Astorga (León)», *Limes XX. Estudios sobre la Frontera Romana*. A. Morillo, N. Hanel y E. Martín (eds.), *Anejos de Gladius*, 13, Madrid, p. 375-388.
- Sugden, K. F. (1993): «Coinage as an instrument of financial control in the Roman world», *Accounting, business and financial history*, 3 (2), p. 225-238.
- Sutherland, C. H. V. (1945): «Aerarium and Fiscus during the early Empire», *American Journal of Philology*, 66 (2), p. 151-170.
- Sutherland, C. H. V. (1951): *Coinage in Roman Imperial Policy*, Londres.
- Syme, R. (1969): «Pliny the Procurator», *Harvard Studies in Classical Philology*, 73, p. 201-236.
- Syme, R. (1970): «The conquest of Nord-West Spain», *Legio VII Gemina*, León, p. 79-107.
- Szilágyi, J. (1963): «Prices and wages in the Western Provinces of the Roman Empire», *Acta Antiqua Hungaricae*, 9, p. 325-389.

T

- Taboada, J. (1943-1944): «El castro de Medeiros», *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Orense*, 14, p. 281-288.

- Taboada, J. (1953): «Medeiros, Monterrey (Orense)», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 11, p. 61-72.
- Temin, P. (2001): *A market economy in the Early Roman Empire*, Oxford.
- Temin, P. (2004): «Financial intermediation in the Early Roman Empire», *Journal of Economic History*, 64 (3), p. 705-733.
- Temin, P. (2013): *The roman market economy*, Nueva Jersey.
- Temin, P. (2014): «Economic History and Economic Development: New Economic History in Retrospect and Prospect», *Handbook of Cliometrics*, C. Diebolt y M. Hauptert (eds.), Berlín y Heidelberg, p. 1-17.
- Țentea, O. (2003): «*Legio XIII Gemina* and *Alburnus Maior*», *Apulum: Arheologie. Istorie. Etnografie*, p. 253-265.
- Țentea, O. y Voişian, V. (2010): «The Public Edifice of "Bisericuță" (E 2) Site», *Alburnus Maior I*, P. Damian (ed.), Cluj-Napoca, p. 431-450.
- Thomas, Y. (2004): «Travail incorporé dans une matière première, travail d'usage et travail comme marchandise. Le droit comme matrice des catégories économiques à Rome», *Mentalités et choix économiques des romains*, J. Andreau, J. France y S. Pittia (dir.), Burdeos y París, p. 201-225.
- Thomsen, R. (1961): *Early Roman Coinage*, Copenhagen.
- Tibiletti, G. (1953): «La politica delle colonie e delle città latine nella guerra sociale», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo di Scienze e Lettere*, 86, p. 45-63.
- Tibiletti, G. (1974): «*Ager publicus* e suolo provinciale», *Atti del Convegno Internazionale sul tema: I diritti locali nelle province romane con particolare riguardo alle condizioni giuridiche del suolo*, Nápoles, p. 89-104.
- Todd, E. (1999): *La ilusión económica. Ensayo sobre el estancamiento de las sociedades desarrolladas*, Madrid.
- Todd, M. (1970): «The Small Towns of Roman Britain», *Britannia*, 1, p. 114-130.
- Toledo, V. M. (1993): «La racionalidad ecológica de la producción campesina», *Ecología, campesinado e Historia*, 22, E. Sevilla y M. González de Molina (eds.), Madrid, p. 197-218.
- Toynbee, J. M. C. (1956): «Picture language in Roman Art and Coinage», *Essays in Roman Coinage presented to H. Mattingly*, R. A. G. Carson y C. H. V. Sutherland (eds.), Oxford, p. 205-226.
- Tranoy, A. (1981): *La Galice Romaine. Recherches sur le nord-ouest de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité*, París.

- Tranoy, A. (1984): «Ateliers lapidaires et niveaux de culture dans le Nord du Portugal», *Gallaecia*, 7-8, p. 269-274.
- Tranoy, A. (1988): «Du heros au chef. L'image du guerrier dans les sociétés indigènes du Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique (IIe. siècle avant J.-C. - Ier siècle après J.-C.)», *Caesarodunum*, 23, p. 219-227.
- Tranoy, A. (1993): «Communautés indigènes et promotion juridique dans le nord-ouest ibérique», *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (siglos II y III d.C.)*, Madrid, p. 27-35.
- Thulin, C. (1911): *Die Handschriften des Corpus agrimensorum romanorum*, Berlín.
- Turner, P. J. (1989): *Roman Coins from India*, Londres.

V

- van Nostrand, J. J. (1959): «Roman Spain», *An Economic Survey of Ancient Rome*, T. Frank (ed.), Paterson, p. 119-224.
- Vasilescu, A., Constantinescu, B. y Bugoi, R. (2011): «Micro-SR-XRF studies of gold provenance in archaeology», *Roman Journal Physics*, 56 (3-4), p. 366-372.
- Vassilopoulos, A., Evelpidou, N., Rizakis, A. y Gavaise, H. (2003): «La zone minière de Laurion (Attique méridionale). Une approche géoarchéologique», *Atlas Historique des zones minières d'Europe II*, A. Orejas (dir.), Bruselas.
- Vaudagna, A. (2002): *Bessa. Guida monografica*, Biella.
- Vega Avelaira, T. (1997): «*Aquae Querquennae*, campamento e mansión viaria», *Galicie Terra Única. Galicia castrexa y romana*, Lugo y Santiago de Compostela, p. 198-204.
- Verboven, K. (2006): «Demise and fall of the Augustan monetary system», *Crises and the Roman Empire: Proceedings of the Seventh Workshop of the International Network Impact of Empire (Nijmegen, June 20-24, 2006)*, 7, O. Hekster, G. de Kleijn y D. Slootjes (eds.), Nijmegen, p. 245-257.
- Verboven, K. (2012): «Les collèges et la romanisation dans les provinces occidentales», *Collegia. Le phénomène associatif dans l'Occident romain*, M. Dondin-Payre y N. Tran (dirs.), París, p. 13-46.
- Vernant, J. P. (1982): *Mito y sociedad en la Grecia Antigua*, Madrid.
- Veyne, P. (1990): *La sociedad romana*, Madrid.
- Vicent, J. M. (1991): «Fundamentos teórico-metodológicos para un programa de investigación arqueo-geográfica», *El cambio cultural del IV al II milenios a.C. en la comarca noroeste de Murcia*, 1, P. López García (ed.), Madrid, p. 29-119.

- Vicent, J. M. (1998): «La prehistoria del modo tributario de producción», *Hispania*, 58(3), p. 823-839.
- Vidal Encinas, J. M. (1986): «Informe preliminar sobre las posibles termas públicas de *Asturica Augusta*», *Astórica*, 4, p. 265-275.
- Vidal, J. y García Marcos, V. (1996): «Novedades sobre el origen del asentamiento romano de León y la *legio VII gemina*» *Los finisterres atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*, C. Fernández Ochoa (coord.), Madrid, p. 147-156.
- Vigil, M. (1963): «Romanización y permanencia de estructuras indígenas en la España septentrional», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 52, p. 225-233.
- Vigil, M. (1973): «Edad Antigua», *Historia de España I*, Madrid, p. 175 – 379
- Vigil, M. y Barbero, A. (1978): *La formación del feudalismo en la península Ibérica*, Barcelona.
- Vila Franco, M. A. (2005): «Aproximación a la circulación monetaria en el área occidental de las vías romanas XVII y XVIII», *Numisma*, 249, p. 17-82.
- Villa, A. (1998): «Estudio arqueológico del complejo minero de Boinás, Belmonte de Miranda (Asturias)», *Boletín Geológico y Minero*, 109 (5-6), Madrid, p. 169-178.
- Villa, A. (1999): «Castro de Chao Samartín (Grandas de Salime): Tres años de investigación arqueológica (1995-1998)», *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-1998*, Oviedo, p. 111-123.
- Villa, A. (2001): «Aportaciones al estudio de la evolución del espacio urbano en los castros del occidente de Asturias (siglos IV a. C.- II d. C.)», *Actas del 3º Congreso de Arqueología Peninsular. Protohistoria da Península Iberica*, Vila Real, p. 507-521.
- Villa, A. (2002a): «Sobre la secuencia cronoestratigráfica de los castros asturianos (siglos VIII a.C.-II d.C.)», *Trabajos de Prehistoria*, 59 (2), p.149-162.
- Villa, A. (2002b): «Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias», *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura castreña. Coloquios de Arqueología en la cuenca del Navia*, M. A. de Blas y A. Villa (eds.), Navia, p. 159-188.
- Villa, A. (2003): «Castros y recintos fortificados en el occidente de Asturias: estado de la cuestión», *Boletín Auriense*, 33, p. 115-146.
- Villa, A. (2004): «Orfebrería y testimonios metalúrgicos en el Chao Samartín (Asturias, España): Estudio cronoestratigráfico (siglos IV a.C.-II d.C.)», *Tecnología del oro antiguo: Europa y América*, A. Perea, I. Montero y O. García (eds.), *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 32, Madrid, p. 253-274.

- Villa, A. (2005): «Minería y metalurgia del oro en la Asturias romana», *II Simposio Internacional sobre Minería y Metalurgia históricas en el Sudoeste europeo*, O. Puche (ed.), Madrid, p. 197-213.
- Villa, A. (2006): «El Pico de San Chuís: Reseña de un yacimiento pionero en la investigación castreña en Asturias», *Sautola*, 12, p. 167-179.
- Villa, A. (2007a): «Explotación aurífera en la Sierra de Begega (Belmonte de Miranda): principales resultados de la intervención arqueológica», *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1999-2002*, Oviedo, p. 295-303.
- Villa, A. (2007b): «La excavación arqueológica del Castro de Chao Samartín en el periodo 1999-2002. Precisiones sobre su origen y pervivencia», *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1999-2002*, Oviedo, p. 123-134.
- Villa, A. (2007c): «Reseña del inventario arqueológico del Concejo de Coaña y algunos apuntes relativos a su poblamiento prehistórico», *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1999-2002*, Oviedo, p. 13-15.
- Villa, A. (2007d): «Mil años de poblados fortificados en Asturias (siglos IX a. C - II d. C.)», *Astures y romanos en el Principado de Asturias: nuevas aportaciones y perspectivas*, J. Fernández-Tresguerres (coord.), Oviedo, p. 27-60.
- Villa, A. ed. (2009): *Museo Castro de Chao Samartín. Grandas de Salime, Asturias. Catálogo*, Grandas de Salime.
- Villa, A. (2009): «¿De aldea fortificada a caput civitatis? Tradición y ruptura en una comunidad castreña del siglo I d.C.: El poblado de Chao Samartín», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 35, p. 7-26.
- Villa, A. (2010): «El oro en la Asturias Antigua: beneficio y manipulación de los metales preciosos en torno al cambio de era. Cobre y oro», *Minería y metalurgia en la Asturias prehistórica y antigua*, M. A. de Blas Cortina, G. Delibes de Castro, A. Villa Valdés, M. Suárez Fernández y J. Fernández-Tresguerres (coords.), Oviedo, p. 83-125.
- Villa, A. (2016): «Evolución de las comunidades castreñas y la minería aurífera en el occidente de Asturias tras la conquista de Augusto», *Clausus est Ianus. Augusto e a transformación do noroeste hispano*, M. D. Dopico y M. Villanueva (dirs.), Lugo, p. 231-258.
- Villa, A. y Gil Sendino, F. (2006): «Castros asturianos con presencia militar. Aproximación al modelo de implantación de Roma en Asturias según los documentos numismáticos», *Los campamentos romanos en Hispania (27 a.C.- 192 d.C.) El*

- abastecimiento de moneda*, M. P. García-Bellido (coord.), *Anejos de Gladius*, 9 (2), Madrid, p. 494-500.
- Villa, A. y Montes López, R. (2009): «Salutatio sobre vaso engobado», *Museo Castro de Chao Samartín. Catálogo*, A. Villa (ed.), Oviedo, p. 386-387.
- Villa, A., De Francisco, J. y Alföldy, G. (2005): «Un epígrafe altoimperial en pizarra de Pelou (Grandas de Salime)», *Archivo Español de Arqueología*, 78, p. 257-260.
- Villa, A., Menéndez Blanco, A. y Gil Sendino, F. (2006): «Fortificaciones romanas en el castro de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)», *Actas del II Coloquio de Arqueología Militar Romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*, A. Morillo (coord.), León, p. 581-599.
- Villa, A., Menéndez Granda, A. y Fanjul, J. A. (2007): «Excavaciones arqueológicas en el poblado fortificado de *Os Castros*, en Taramundi», *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1999-2002*, Oviedo, p. 267-275.
- Villanueva, M. (2005): «El Noroeste peninsular en época de los Antoninos: elementos para su análisis», *La Hispania de los Antoninos (98-180): Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua: Valladolid, 10, 11 y 12 de noviembre de 2004*, L. Hernández Guerra (coord.), Valladolid, p. 93-104.
- Vințan, G. (2007): «Trajano y la guerra dácica», *Apulum*, 44, p. 133-137.
- Vittinghoff, F. (1952): *Römische Kolonisation und Bürgerrechtspolitik unter Caesar und Augustus*, Wiesbaden.
- Volterra, E. (1974): «I diritti locali», *Atti del Convegno Internazionale sul tema: I diritti locali nelle province romane con particolare riguardo alle condizioni giuridiche del suolo*, Nápoles, p. 55-64.
- Volterra, E. (1986): *Instituciones de derecho privado romano*, Madrid.
- Von Cranach, P. (1995): «Les *opuscula agrimensorum veterum* et la naissance de la théorie de la limitation à l'époque impériale», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 21 (2), p. 355-360.

W

- Weber, M. (1993 [1922]): *Economía y sociedad. Esbozo de una economía comprensiva*, México.
- Webster, J. (2001): «Creolizing Roman Britain», *American Journal of Archaeology*, 105 (2), p. 209-225.
- Wells, C. (1984): *The Roman Empire*, Stanford.
- Werner, M. R. (1985): «The Archaeological Evidence for Gold Smelting at Kraku'lu Yordan, Yugoslavia, in the Late Roman Period», *Furnaces and Smelting*

- Technology in Antiquity*. P. T. Craddock y M. J. Hughes (eds.), Londres, p. 219-227.
- White, K. D. (1986): *Greek and Roman Technology*, Londres.
- Whittaker, C. R. (1988): «Trade and the aristocracy in the Roman Empire», *Opus*, 4, p. 49-75.
- Whittaker, C. y Garnsey, P. (1998): «Rural Life in the Later Roman Empire», *The Late Empire, AD 337–425*, A. Cameron y P. Garnsey (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 13 (2), Cambridge, p. 277-311.
- Wickham, C. (1984): «The other transition: from the ancient world to feudalism», *Past and Present*, 103, p. 3-36.
- Wickham, C. (2005): *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400-800*, Oxford.
- Wiegels, R. (1985): *Die Tribusinschriften des Römischen Hispanien. Ein Katalog*, Berlín.
- Wilk, R. R. (1996): *Economies and cultures. Foundations of economic anthropology*, Oxford y Colorado.
- Wilkes, J. J. (1969): *Dalmatia*, Londres.
- Wilson, A. (2002): «Machines, Power and the Ancient Economy», *Journal of Roman Studies*, 92, p. 1-32.
- Wilson, A. (2006): «Review Dolaucothi-Pumsaint: survey and excavations at a Roman gold-mining complex by B. Bumham and H. Bumham», *Britannia*, 37, p. 497-499.
- Wilson, A. (2007): «The metal supply of the Roman empire», *Journal of Roman Archaeology Supplementary Series*, 69, p. 109-125.
- Wilson, A. (2008): «Large-scale manufacturing, standardization, and trade», *Severan Culture*, S. C. R. Swain, S. J. Harrison y J. Elsner (eds.), Cambridge, p. 290-326.
- Wilson, A. (2014): «Quantifying Roman economic performance by means of proxies: pitfalls and potential», *Quantifying the Greco-Roman Economy and Beyond*, F. Callataÿ (ed.), Bari, p. 147-165.
- Wilson, A., Mattingly, D. y Dawson, M. (2011): *Statement of Significance. Cârnic Massif, Roşia Montana, jud Alba Romania*, Oxford y Leicester.
- Wilson, A., Mattingly, D. y Dawson, M. (2013): *Response to D. Jennings, A Critical Analysis of the Report: 'Statement of Significance: Cârnic Massif, Roşia Montană, jud Alba Romania' by A Wilson, D Mattingly and M Dawson* (online).
- Wiseman, T. P. (2004): «Where Was the Nova Via?», *Papers of the British School at Rome*, 72, p. 167-183.
- Wolf, E. R. (1966): *Peasants*, Nueva Jersey.

- Wolf, E. R. (1987): *Europa y la gente sin historia*, México.
- Wolff, H. J. (1976): *Die Constitutio Antoniniana und Papyrus Gissensis 40*, Köln.
- Wollmann, V. (1979): «Monumente epigrafice și sculpturale din regiunea minieră *Alburnus Maior – Ampelum*. (Mit deutscher Zusammenfassung)», *Sargetia*, 14, p. 191-202.
- Wollmann, V. (1985-1986): «Un *lucus* la *Alburnus Maior*», *Anuarul Institutului de Istorie și Arheologie Cluj-Napoca*, 27, p. 254-259.
- Wollmann, V. (1996): *Mineritul metalifer, extragerea sării și carierele de piatră în Dacia romană. Der Erzbergbau, die Salzgewinnung und die Steinbrüche im römischen Dakien*, Cluj-Napoca.
- Wolters, R. (2000-2001): «Bronze, silver or gold? Coin finds and the pay of the roman army», *Zephyrus*, 53-54, p. 579-588.
- Woolf, G. (1992a): «The unity and diversity of Romanization», *Journal of Roman Archaeology*, 5, p. 349-352.
- Woolf, G. (1992b): «Imperialism, Empire and the Integration of the Roman Economy», *World Archaeology*, 23(3), p. 283-293.
- Woolf, G. (1997): «Beyond Romans and natives», *World Archaeology. Culture contact and colonialism*, 28 (3), p. 339-350.
- Woolf, G. (1998): *Becoming Roman. The origins of provincial civilization in Gaul*, Cambridge.

X

- Xusto Rodríguez, M. (1993): *Territorialidade castrexa e galaico romana na Galicia Suroriental: a terra de Viana do Bolo (Anexos de Boletín Auriense, 18)*, Ourense.
- Xusto Rodríguez, M. (1996): «O núcleo urbano de Xinzo e as súas orixes romanas», *Los Orígenes de la ciudad en el Noroeste Hispano*, A. Rodríguez Colmenero (ed.), Lugo, p. 1291-1304.

Z

- Zarzalejos, M. (2005): «Comercio y distribución de cerámicas romanas en Asturias», *Unidad y diversidad en el arco Atlántico en época romana*, Fernández Ochoa, C. y García Díaz, P. (ed.), *British Archaeological Reports, International Series 1371*, Oxford, p. 163-190.
- Zarzalejos, M. (2008): «De economía antigua. Las Huellas de la minería romana en el Sector Central de Sierra Morena (Comarcas de Almadén, Valle de Alcudía y Sierra Madrona)», *A Distancia*, 1, p. 86-93.

- Zarzalejos, M., Fernández Ochoa, C., Esteban, G. y Hevia, P. (2012): «El área de Almadén (Ciudad Real) en el territorio de Sisapo. Investigaciones arqueo-históricas sobre las etapas más antiguas de explotación del cinabrio hispano», *De Re Metallica*, 19, p. 67-78.
- Zehnacker, H. (1983): *Pline l'Ancien. Histoire Naturelle. Livre XXXIII*, París.
- Zerbini, L. (2010): «Le miniere d'oro della Dacia: Appunti sulla loro cronologia», *Apulum*, 47, p. 241-247.
- Zubiaurre, E. (en prensa): «El impacto de las reformas flavias en las zonas mineras del Noroeste peninsular. Cambios y continuidades a lo largo del s. I d.C.», *Lo viejo y lo nuevo en las sociedades antiguas. Actas del XXXVI Coloquio del Girea*, Barcelona.
- Zubiaurre, E. y Beltrán Ortega, A. (en prensa): «El conjunto epigráfico de Villalís – Luyego – Priaranza de la Valduerna (León). Una propuesta de interpretación», *Actas del VIII Congreso internacional sobre minería y metalurgia históricas en el Sudoeste europeo. Presente y Futuro de los paisajes mineros del pasado: estudios sobre minería, metalurgia y poblamiento*, Granada.

ÍNDICE DE MAPAS

1. Zona de estudio y principales zonas mineras auríferas del Noroeste	20
2. Zona de estudio y <i>conventus</i> del Noroeste	21
3. Mapa general de las principales zonas mineras de <i>Hispania</i>	23
4. Localización de las explotaciones mineras de <i>Roşia Montană</i>	197
5. Testimonios epigráficos de la <i>legio VII</i> en <i>Hispania</i>	272
6. Localización de las inscripciones con C invertida	301
7. Trazado de las principales vías del Itinerario de Antonino en relación con las zonas mineras	319
8. Mapa de la comarca de Valdeorras	325
9. Mapa de la región del Alto Limia	336
10. Mapa de la región de la Baixa Limia	340
11. Mapa de Terra de Caldelas-Trives	342
12. Mapa del Bajo Bierzo	346
13. Mapa del Alto Bierzo	353
14. Localización de los castros mencionados en las cuencas del Navia-Eo	358
15. Mapa del centro de Asturias	373
16. Asentamientos que pudieron formar la <i>civitas</i> del <i>Lucus Asturum</i>	375
17. Mapa de localización del conjunto epigráfico de Villalís-Luyego-Priaranza	477
18. Poblamiento en la zona arqueológica de Las Médulas	495
19. Recintos amurallados en época tetrárquica (finales del siglo III y comienzos del siglo IV d.C.) y principales vías para el transporte de la <i>annona</i>	504
20. Localización de las unidades militares entre los siglos II-III y III-IV d.C.	505
21. Relación entre yacimientos de oro documentados y labores mineras romanas	524

ÍNDICE DE FIGURAS

1. Esquemmatización del modelo del Nuevo Institucionalismo Económico.....	34
2. Esquemmatización del cambio histórico según el NIE.....	40
3. Esquemmatización del modelo de circulación monetaria de Crawford.....	151
4. Esquemmatización del modelo de circulación monetaria de Hopkins.....	152
5. Evolución del peso del áureo hasta época de Caracalla.....	165
6. Flujo de entrada y salida de metal.....	169
7. Fotointerpretación de un sector explotado en la zona de Roc di Pé en La Bessa (Biella).....	182
8. Esquema comparativo de los distintos tipos de concesión de <i>Vipasca</i> y Roşia Montană.....	209
9. Regularización de explotaciones previas (<i>ex occupatione</i>) a través de una <i>lex metallis dicta</i>	211
10. Adquisición de explotaciones nuevas o abandonadas (<i>putei occupati</i>) en <i>Vipasca</i>	212
11. Leyes de oro de distintas zonas de Roşia Montană.....	224
12. Perfiles de las terrazas del Sector Sureste del castro de Peña Redonda (Zamora).....	232
13. Planimetría de <i>Asturica Augusta</i> , en la que destaca el gran espacio reservado para el foro.....	395
14. Materiales arqueológicos de carácter cerámico del período neroniano tardío y flavio (60-98 d.C.).....	397
15. Materiales arqueológicos de carácter cerámico del siglo II d.C. y primera mitad del siglo III d.C.....	404
16. Porcentajes de inscripciones con fórmulas ciudadanas (<i>dua nomina</i> y <i>tria nomina</i>) y peregrinas con anterioridad y posterioridad al periodo flavio en El Bierzo (inicios siglo I- inicios siglo III d.C.).....	437
17. Número de <i>flamines</i> de <i>Tarraco</i> desde época flavia y el siglo II d.C. según <i>conventus</i>	452
18. Localización de los campamentos de Villamontán de la Valduerna sobre fotografía aérea.....	475
19. Cronología de las inscripciones del conjunto de Villalís y de las inscripciones de <i>procuratores</i> en Astorga.....	480
20. Porcentajes de pedestales de <i>Hispania</i> dedicados a los emperadores del siglo II.....	484
21. Distribución por provincias de pedestales de estatuas honoríficas a emperadores del siglo II d.C.....	485
22. Miliarios de la <i>via Nova</i> con mención a emperadores identificables.....	506
23. Miliarios dedicados por los distintos emperadores.....	507
24. Distribución total de miliarios de las distintas vías del Noroeste por <i>conventus</i>	508
25. Estimación del oro producido en el Noroeste peninsular, diferenciada según los distintos tipos de yacimientos.....	533
26. Evolución de ingresos per capita entre el 200 a.C. y el 2000 d.C. según el modelo de Lucas (1998).....	535
27. Evolución de las emisiones de <i>denarii</i> y <i>aurei</i> por libra.....	562
28. Hallazgos aislados de moneda de oro por año en el Occidente del Imperio.....	566
29. Variación del peso y la ley del <i>nummus</i> a lo largo del siglo IV d.C.....	576

ÍNDICE DE IMÁGENES

1. Corta de Carretas en la zona minera de Pino del Oro (Zamora).....	23
2. Vista panorámica de Las Médulas (León).....	24
3. Fragmento del <i>Corpus Agrimensorum Romanorum</i> en el que se indica la diferencia entre el <i>ager divisus et assignatus</i> y el <i>ager per extremitatem comprehensus</i>	51
4. El Edicto del Bierzo (15 a.C.).....	53
5. Frentes de explotación de la zona minera de la Bessa (Biella, Italia) y Las Miédoles de las Omañas (León).....	55
6. Sondeo de la Ribera (Pino del Oro, Zamora).....	61
7. Concentración de murias en Las Médulas.....	63
8. Fragmento de <i>De Re Metallica</i> de Agrícola.....	76
9. Pacto de los zoelas (<i>CIL</i> II 2633).....	79
10. Fragmento del <i>Corpus Agrimensorum Romanorum</i>	81
11. Inscripción imperial a Augusto localizada en Campa Torres (Gijón).....	85
12. Epitafios funerarios procedentes del campamento militar a <i>Aquincum</i> (Budapest) y de Alcolea del Río (Sevilla).....	86
13. Ara cilíndrica de Augusto dedicada por los <i>Bracaraugustani</i> y procedente de Braga (<i>ILS</i> 8895).....	87
14. Estela de <i>Q. Cumelius Celer</i> , veterano de la <i>legio II Adiutricis</i> (<i>CIL</i> II 2639) y estela de <i>Fabia Eburi f.</i> y <i>Virius Caessi f.</i> del (c invertida) <i>Eritaeco</i> (<i>AE</i> 1982, 575), ambas procedentes de Astorga.....	88
15. Estela de <i>C. Coelius Cai f. Papiria Valens</i> , militar de la <i>legio X Gemina</i> , procedente de Astorga (<i>IRPL</i> 79).....	93
16. <i>Tabula Lougeiorum</i> , fechada en el 1 d.C. y <i>Tabula</i> de El Caurel del 28 d.C.	95
17. Ara a la <i>Dea Cenduedia</i> dedicada por unos <i>castellani</i> (<i>ERPL</i> 4), procedente de San Esteban del Toral, Bembibre (León).....	96
18. Ara de <i>Valerius Sempronianus</i> , <i>beneficiarius</i> , <i>procurator Augustorum</i> localizada en Villalís de la Valduerna, León. (<i>ERPL</i> 68).....	98
19. Moneda de <i>caetra</i> contramarcada con una cabeza de águila del Noroeste y fechada en época de Augusto.....	102
20. Fragmento del <i>Corpus Agrimensorum romanorum</i> con mención a los <i>subsiciva</i>	136
21. Inscripción de restitución de una vía ocupada por privados por parte de Vespasiano localizada en Roma (<i>CIL</i> VI 933).....	137
22. Áureo de Augusto de la ceca Colonia Patricia fechado en el 18 a.C.	149
23. Áureo de Augusto, con victoria alada en el reverso, acuñado en Colonia Patricia entre el 18 y 17 a.C.	159
24. Áureo de Vespasiano, con victoria alada en el reverso, acuñado en Roma entre el 72 y 73 d.C.	159
25. Áureo de Antonino Pío acuñado en Roma en el 138 d.C.	160
26. Áureo de Octavio (32 a.C.-29 a.C.). Ceca desconocida.....	161
27. Antoniniano de Caracalla acuñado en Roma en el 215 d.C.	164
28. Reverso del célebre tetradracma de plata ático.....	172
29. Conjunto de cazoletas de la Sierpe-3 para procesado de mineral procedente de la	

zona minera de Pino del Oro (Zamora).....	174
30. Panorámica de la zona de Roc di Pé en La Bessa (Biella).....	182
31. Fotografía de una de las galería de Dolaucothi (Gales).....	186
32. a) Dos de las caras de la piedra de granito de Carreg Pumsaint (Dolaucothi, Gales). b) Morteros de Três Minas (Portugal) para procesado de mineral.....	187
33. Vista de uno de los canales de abastecimiento hidráulico de Dolaucothi (Gales).....	188
34. .- Piezas de oro dacias de época prerromana.....	192
35. Mina a cielo abierto localizada en Găuri.....	198
36. Restos de ruedas de madera conservados en las galerías de Păru Carpeni.....	199
37. Macizo de Cărníc visto desde Roșia Montană.....	200
38. Galería trapezoidal característica de Roșia Montană, hallada en Cărníc.....	201
39. Galerías en Cătălina Monulești.....	202
40. Ara consagrada a IOM por un <i>procurator</i> localizada en <i>Ampelum</i> (Zlatna, Rumanía).....	204
41. Galería con canal de desagüe central en Roșia Montană.....	208
42. Inscripción consagrada a Silvano por el <i>kastellum Ansis</i> localizada en Roșia Montană.....	218
43. Reconstrucción de una rueda hidráulica para la explotación de las minas en Dolaucothi (Gales).....	229
44. Trofeo de los Alpes de Augusto localizado en La Turbie.....	240
45. Inscripción de <i>L(ucius) Marcius Q(uinti) f(lius) Gal(eria) Optatus, primus praefectus Asturiae</i> localizada en Mataró (<i>CIL</i> II 4616).....	242
46. Inscripción sobre un canal de Las Médulas en el Valle Airoso (Llamas de Cabrera, León).....	248
47. Columna de Chaves, con mención a <i>Lucius Arruntius Maximus</i> , considerado el primer <i>procurator Asturiae et Callaeciae</i> (<i>CIL</i> II 2477).....	253
48. Inscripción de un veterano de la <i>legio VII</i> localizada en Voces, Borrenes (León).....	273
49. Fotointerpretación de Los Corralones de Espadañedo.....	296
50. Corona de El Ganso.....	297
51. Estela de <i>Fabia Eburi f.</i> y <i>Virius Caessi f.</i> del \supset <i>Eritaeco</i> , procedente de Astorga (<i>AE</i> 1982, 575).....	302
52. Estela de <i>Fuscus Sevri f. Lim(imus) \supset Arguce</i> , localizada en Outeiro Alto, Vila do Touro, Sabugal, Guarda (<i>HEp</i> 2, 1990, 809).....	306
53. Ara consagrada a Júpiter por los <i>municipales</i> y hallada en <i>Aquae Flaviae</i> , actual Chaves, Vila Real, Portugal (<i>AF</i> I ² 4).....	312
54. Miliario localizado en Cobrana, Congosto, León, en el que se puede leer <i>via Nova facta</i> (<i>AE</i> 1928, 178).....	318
55. Dedicación a Borea por <i>Celer Erbuti f. Limicus</i> , localizada en Niebla, Huelva (<i>CIL</i> II 4963).....	333
56. Calco de la inscripción hallada en las minas de Louviño.....	334
57. Vista general de la <i>mansio</i> de Baños de Bande.....	338
58. Vista de Castro Ventosa.....	344
59. Altar consagrado a <i>Degantia</i> localizado en el yacimiento de La Edrada (Cacabelos) (<i>ERPL</i> 16).....	347
60. Inscripción consagrada a Júpiter por los <i>castellani Queledini</i> (<i>ERPL</i> 46), localizada	

en San Andrés de Montejos, Ponferrada.....	348
61. Estela de <i>Festus Lovesi f. Interamicus</i> del <i>castellum Louciocelo</i> , localizada en San Esteban, Cacabelos, León (ERPL 158).....	349
62. Vista cenital de la <i>domus</i> de Chao Samartín (Grandas de Salime).....	359
63. Inscripción sobre vaso cerámico localizada en Pelóu.....	362
64. Espacio pavimentado y con bancos corridos localizado en el Chao Samartín (Grandas de Salime).....	365
65. Inscripción consagrada a la Tutela de la <i>civitas Paesicorum</i> por <i>Placidus Placidius</i> , localizada en Arganza, Tineo, Asturias (HEp 5, 1995, 40).....	366
66. Epígrafe funerario localizado en Gijón y en el que se puede leer ... <i>ex gente Cilurnigoru</i> (HEp 4, 1994, 66).....	372
67. Estela de una cluniense hallada en Vigo (CIRG II, 40).....	378
68. Inscripción funeraria localizada en Vigo (CIRG II, 44).....	380
69. Inscripciones con mención a la <i>legio X gemina</i> localizadas en Astorga.....	385
70. Dedicación a <i>IOM</i> por <i>Paullus Fabius Maxumus</i> localizada en Lugo (HEp 8, 1998, 335).....	389
71. Fonte do Ídolo. Braga.....	389
72. Vista de las Termas Menores de <i>Asturica Augusta</i>	394
73. Detalles de la Casa del Mosaico del Oso y de la <i>domus</i> de pinturas pompeyanas en <i>Asturica Augusta</i>	396
74. <i>Terminus</i> de Castrocalbón (ERPL 315).....	398
75. Tabla IV de Astorga.....	400
76. Inscripción con mención al <i>princeps Albionum</i> , localizada en Vegadeo, Asturias (ERA 14).....	430
77. Inscripción de <i>Vecius Verobili f. princeps</i> , localizada en Lugo (CIL II 2585).....	432
78. Inscripción con mención al <i>princeps Cantabrorum</i> localizada en Peñacorada (ERPL 374).....	432
79. Ara consagrada a <i>Fortuna Balneari</i> por <i>T. Pompeius Peregrinianus</i> (CIL II 2701), localizada en Fuente de la Mortera o Tremañes, Gijón.....	436
80. Ara votiva dedicada a Mandica por <i>L. Pompeius Paternus</i> y hallada en Ponferrada (ERPL 21).....	439
81. Inscripción de <i>C. Valerio Arabino Flaviani f. Bergido F(laviensi)</i> localizada en Tarraco (CIL II 4248).....	447
82. Dibujo del ara a Aerno dedicada por el <i>ordo Zoelarum</i> y hallada en Castro de Avelãs (CIL II 2606).....	449
83. Mojón de Castelo Branco (HEp 13, 2003-2004, 870).....	457
84. Inscripción de Trobajo del Camino, San Andrés del Rabanedo, León (ERPL 317).....	459
85. Aras del conjunto de Villalís-Luyego-Priaranza.....	472
86. Miliario de Ingliston (Escocia).....	482
87. <i>Anaglyphum</i> con la posible reconstrucción de un templo de Antonino Pío.....	485
88. Insignias del <i>comes sacrorum largiturum</i> en la <i>Notitia Dignitatum</i>	521
89. Bronce de El Picón.....	528
90. Papiro Giessen n° 40.....	545
91. <i>Antoninianus</i> de plata de Gordiano III, acuñado en Roma en el 238-239 d.C. RIC	

IV <i>Gordianus</i> III 1.....	563
92. Ejemplos de monedas de oro reutilizadas como piezas de joyería.....	569
93. Áureo de Galieno acuñado entre el año 260 y el 268 d.C. Peso: 0.92g. <i>RIC</i> V <i>Gallienus</i> 22.....	571
94. Medallón de oro de Heliogábalo, acuñado en Roma en el 218-222 d.C.....	573
95. AE3 del tipo <i>Gloria Exercitus</i> acuñada en <i>Treveri</i> entre 337 y 340 d.C. <i>RIC</i> VIII <i>Treveri</i> 50.....	575
96. Sólido de Constantino acuñado en la ceca de Constantinopla en 330 d.C.....	578

ÍNDICE DE TABLAS

1. Tasa de Uso Epigráfico por regiones según la estimación de inscripciones conservadas.....	90
2. Criterios de datación según la estructura onomástica.....	93
3. <i>Tabulae</i> de los <i>conventus Bracaraugustanus, Asturum</i> y <i>Lucensis</i> fechadas en el siglo I d.C.....	95
4. Evolución de las procuratelas imperiales.....	134
5. El sistema monetario en época de Augusto.....	162
6. El sistema monetario en época de Caracalla.....	164
7. Estimación de la cantidad de emisiones de monedas de oro en relación con las de plata.....	167
8. <i>Procuratores</i> localizados en <i>Ampelum</i> y <i>Apulum</i>	205
9. Leyes medias de oro y plata en distintas zonas de Roşia Montană.....	223
10. Procuradores de la provincia <i>Hispania Citerior</i> desde época de Augusto a comienzos del siglo III d.C.....	250
11. Procuradores libertos del Noroeste.....	259
12. <i>Legati iuridici</i> de la <i>Citerior</i>	263
13. <i>Mansiones</i> recogidas en el Itinerario de Antonino y el Anónimo de Rávena.....	320
14. Menciones a la tribu Quirina en el Noroeste.....	445
15. Inscripciones de <i>flamines</i> procedentes del Noroeste conservadas en <i>Tarraco</i>	448
16. El conjunto epigráfico de Villalís-Luyego-Priaranza.....	473
17. Inscripciones con menciones a procuratores halladas en <i>Asturica Augusta</i>	478
18. Evolución del gasto militar durante los tres primeros siglos.....	560
19. Monedas acuñadas por libra de metal.....	561
20. Monedas de oro reutilizadas como piezas de joyería.....	568
21. Sistema monetario de Diocleciano.....	573

I. FUENTES LITERARIAS

En este índice se han recogido todas las referencias a fuentes literarias que se han mencionado en el texto de esta tesis, indicando las páginas en las que se encuentran entre paréntesis. También se han incluido las ediciones consultadas.

Agennio Urbico

Agenn. Urb. Th. 23, 5-13 (115)
 Agenn. Urb. Th. 24, 1 (115)
 Agenn. Urb. Th. 41, 16-26 (135)

Anónimo de Rávena

Ravenn. 4, 43, 45 (314)
 Ravenn. 4, 45, 22-24 (320)
 Ravenn. 4, 45, 25 (320)
 Ravenn. 4, 45, 26 (320)
 Ravenn. 4, 45, 27 (320)
 Ravenn. 4, 45, 28 (320)
 Ravenn. 4, 45, 29 (320)
 Ravenn. 4, 45, 29-30 (78, 320, 322)
 Ravenn. 4, 45, 30 (78, 320, 343)
 Ravenn. 4, 45, 31 (78, 320, 350)
 Ravenn. 4, 45, 35 (374)
 Ravenn. 4, 45, 38 (329)

Apiano

App. Bel. Civ. 1, 11 (116)
 App. Bel. Civ. 2, 26 (423)
 App. Bel. Civ. 2, 102 (161)

Asconio

Asc. Pis. 3C (413, 422, 423)

Balbo

Balb. La. 91-108, 8 (209)

Boecio

Boec. In Lib. de Int. PL 64, 408 C (570)

Catón

Cato. Agr. 18, 4 (326)

César

Caes. Bell. Afric. 26, 5-6 (304)

Cicerón

Cic. Leg. 2, 24, 61 (327)
 Cic. Off. 1, 150 (236)
 Cic. Balb. 9, 24 (222)
 Cic. Rep. 2, 57 (551)
 Cic. Verr. 2, 4, 54 (327)

Claudio Claudiano

Claud. Laus Serenae, 54 (492)

Código de Justiniano

CJ. 11, 7, 4 (520)
 CJ. 5, 12, 21 (520)
 CJ. 5, 12, 31 (520)
 CJ. 11, 8, 7, 1 (555)
 CJ. 11, 41, 8 (555)
 CJ. 10, 42, 2 (545)
 CJ. 11, 48, 7 (555)
 CJ. 11, 48, 11 (555)
 CJ. 11, 48, 16 (555)
 CJ. 11, 48, 21 (555)
 CJ. 11, 48, 21-22 (555)
 CJ. 11, 52, 2 (555)
 CJ. 11, 68, 1 (555)
 CJ. 19, 6 (542)

Código Teodosiano

Cod. Theod. 5, 17, 1 (555)
 Cod. Theod. 6, 2, 21 (577)
 Cod. Theod. 8, 8, 5 (542)
 Cod. Theod. 9, 22, 1 (574)
 Cod. Theod. 9, 23, 1 (570)
 Cod. Theod. 9, 28, 9 (542)
 Cod. Theod. 9, 42, 7 (554)
 Cod. Theod. 10, 19, 3 (520, 556, 557)
 Cod. Theod. 10, 19, 4 (556)
 Cod. Theod. 10, 19, 5-6 (556)
 Cod. Theod. 10, 19, 7 (218, 519, 520, 556, 578)
 Cod. Theod. 10, 19, 9 (556)

Cod. Theod. 10, 19, 12 (173, 520, 557, 579)
Cod. Theod. 10, 19, 15 (521, 556)
Cod. Theod. 11, 1, 23 (521)
Cod. Theod. 11, 17, 4 (551)
Cod. Theod. 11, 20, 6 (521)
Cod. Theod. 15, 1, 49 (551)
Cod. Theod. 15, 12, 1 (57)
Cod. Theod. 19, 7, 12 (519)
Cod. Theod. 19, 19, 5-7 (556)
Cod. Theod. 19, 19, 9 (556)

Columela

Col. 12, 50, 52 (122)

De rebus bellicis

DRB, 2 (510)
DRB, 2, 1 (575)

Digesto

Dig. 1, 5, 17 (543)
Dig. 7, 1, 9, 21 (521)
Dig. 7, 1, 13, 5 (521, 522)
Dig. 7, 1, 28 (568)
Dig. 12, 16 (267)
Dig. 13, 11, 6 (542)
Dig. 19, 2 (122)
Dig. 19, 4, 1 (570)
Dig. 20, 4 (284)
Dig. 20, 14 (222)
Dig. 22, 5, 3, 5 (235)
Dig. 27, 9, 3, 6 (521)
Dig. 37, 1, 6, 2 (267)
Dig. 37, 7, 12, 3 (554)
Dig. 37, 7, 12, 4 (554)
Dig. 41, 2, 17 (459)
Dig. 41, 2, 52 (121)
Dig. 43, 8, 2, 4 (542)
Dig. 43, 8, 2-4 (123)
Dig. 43, 17, 1, 2 (121)
Dig. 45, 1, 8, 5 (267)
Dig. 47, 10, 11, 4 (235)
Dig. 48, 10, 1, 9 (542)
Dig. 48, 18, 8, 6 (144)
Dig. 48, 19, 8, 4 (56)
Dig. 49, 14 (132)

Dig. 49, 14, 13, 15 (542)
Dig. 50, 4, 1, 1-4 (551, 557)
Dig. 50, 4, 1, 3 (153)
Dig. 50, 4, 3, 3 (552)
Dig. 50, 4, 4, 2 (153)
Dig. 50, 4, 18, 27 (546)
Dig. 50, 15, 1 (545)
Dig. 50, 15, 1, 3 (543)
Dig. 50, 15, 4 (282, 464)
Dig. 50, 15, 4, 2 (463)
Dig. 50, 16, 17, 1 (380)

Diodoro de Sicilia

Dio. 3, 13, 1-2 (174)
Dio. 5, 17 (175)
Dio. 5, 36 (176)
Dio. 5, 38 (176)

Di3n Casio

Dio. Cas. 52, 8 (69, 115)
Dio. Cas. 55, 12, 5 (559)
Dio. Cas. 67, 4, 3 (127)
Dio. Cas. 67, 4 (127, 139)
Dio. Cas. 67, 7, 2-4 (119)
Dio. Cas. 72, 22, 5 (487)
Dio. Cas. 76, 15, 2 (544)
Dio. Cas. 78, 9, 5 (465)
Dio. Cas. 77 (78), 9, 4-5 (544)

Elio Arístides

Aris. *A Roma*, 26, 28-30 (138)

Estacio

Silv. 3, 3, 66-99 (132)
Silv. 3, 3, 85-105 (133)
Silv. 3, 3, 89-90 (133, 207)
Silv. 3, 3, 90-91 (133)
Silv. 3, 3, 91-95 (133)
Silv. 3, 3, 99-105 (133)
Silv. 3, 3, 104-105 (133)

Estrab3n

Str. 3, 2, 9 (60)

Str. 3, 2, 10 (54, 178, 245)
 Str. 3, 2, 19 (58)
 Str. 3, 3, 4 (60)
 Str. 3, 3, 7 (308)
 Str. 3, 4, 1-20 (370)
 Str. 3, 4, 3 (377)
 Str. 3, 4, 20 (243, 254, 262)
 Str. 4, 1, 12 (423)
 Str. 4, 2, 1 (175)
 Str. 4, 2, 2 (176)
 Str. 4, 5, 2 (185)
 Str. 4, 6, 7 (174)
 Str. 4, 6, 12 (175)
 Str. 5, 1, 12 (58)
 Str. 9, 1, 23 (172)
 Str. 11, 2, 19 (173)
 Str. 11, 14, 9 (173)
 Str. 12, 3, 19 (173)
 Str. 12, 3, 23 (173)
 Str. 12, 3, 40 (143, 173)
 Str. 13, 1, 23 (173)
 Str. 13, 4, 5 (173)
 Str. 14, 5, 28 (173)
 Str. 14, 6, 5 (173)

Eutropio

Eut. *Brev.* 8, 6, 2 (193)

Flavio Josefo

Flav. Ios. *Ant. Iud.*, 16, 128 (214)

Floro

Flor. 2, 23, 60 (57)
 Flor. 2, 25, 12 (207, 217)
 Flor. 2, 33, 46 (435)
 Flor. 2, 33, 55 (547)
 Flor. 2, 33, 59-60 (383)

Frontino

Front. *Aq.* 75 (247)
 Front. *Aq.* 95 (247)
 Front. *Aq.* 100ss (246)
 Front. *Aq.* 103 (247)
 Front. *Aq.* 116 (247)

Front. *De agrorum qualitate*, Th. 1 (456)
 Front. *De agrorum qualitate*, Th. 1-2 (50, 285)
 Front. *De agrorum qualitate*, Th. 3 (51)
 Front. *De controversiis agrorum*, Th. 4-10 (135)
 Front. *De controversiis agrorum*, Th. 7-8 (135)
 Front. *De agrorum qualitate*, *De controversiis agrorum*, *De limitibus* y *De arte mensoria*, Th. 1-19 (80, 135)

Gayo

Gai. 1, 14 (116, 222)
 Gai. 1, 93 (140)
 Gai. 1, 96 (423)
 Gai. 2, 7 (82, 121, 456)
 Gai. 2, 14 (117)
 Gai. 2, 17-19 (458)
 Gai. 2, 19 (117)
 Gai. 2, 21 (119, 541)
 Gai. 2, 27 (117)
 Gai. 2, 7-49 (115)
 Gai. 2, 40 (457)

Hechos de los Apóstoles

Hch. 16, 37 (459)
Hch. 21, 37-39 (459)
Hch. 22, 22-29 (459)
Hch. 25, 11-12 (459)

Higinio

Hyg. Th. 86. 20-98, 5 (135)
 Hyg. Th. 96 (136)

Higinio el Gromático

Hyg. grom. Th. 73-98 (80)
 Hyg. grom. Th. 131-171 (135)

Historia Augusta

HA. SS. 3, 3ss (264)
HA. AP. 7, 4 (482)
HA. AP. 5 (486)

Isidoro de Sevilla

Etimolog. 15, 2, 11 (304)

Itinerario de Antonino

It. 422, 6 (312)
It. 425, 4 (78, 343)
It. 427, 4-5 (320)
It. 427, 6 (320)
It. 428, 1 (320)
It. 428, 2 (320, 337)
It. 428, 3 (320)
It. 428, 4 (320)
It. 428, 5 (320)
It. 428, 6 (320)
It. 428, 7 (78, 320, 322)
It. 429, 1 (320)
It. 429, 2 (320)
It. 429, 3 (78, 320, 350)
It. 429, 4 (320)
It. 429, 7 (314)
It. 430, 4 (329)
It. 431, 1 (78, 343)
It. 431, 2 (78)
It. 439, 7 (78)

Lido

De Magistratibus, 2, 28 (139)

Latinio Pacato

Pacat. Pangyr. Th. 28, 2 (492)

Livio

Liv. 21, 62, 2 (326)
Liv. 21, 63, 3 (326)
Liv. 25, 22, 4 (326)
Liv. 26, 27, 3 (326)
Liv. 29, 37, 3 (326)
Liv. 39, 14, 7 (326)

Liv. 40, 19, 3 y ss (326)
Liv. 40, 37, 3 (326)
Liv. 40, 51, 5 (326)
Liv. 42, 12, 8-10 (172)
Liv. 43, 3, 1-4 (412)
Liv. 43, 14, 10 (326)
Liv. 45, 17-18 (172)
Liv. 45, 29, 11 (172)

Lucas

Lc. 2, 3 (279)

Marcial

Mart. Epigram. 7, 52 (263, 266)

Mela

Mela, 3, 13 (88)

Notitia Dignitatum

Not. Dig. 11, 88-89 (520)
Not. Dig. 13, 15 (519, 520, 578)
Not. Dig. Occ., 42 (502)
Not. Dig. Occ., 42, 24-32 (275, 500)
Not. Dig. Occ. 42, 30 (518)
Not. Dig. Occ. 42, 32 (518)

Orosio

Oros. Adv. 6, 21, 2 (518)
Oros. Adv. 7, 40, 4-7 (553)
Oros. Adv. 7, 40, 6 (501)
Oros. Adv. 7, 41, 7 (555)

Paulo

Paul. Fest. P. 77L (326)

Plauto

Pl. Cur. 4, 1, 13 (326)

Plinio el Joven

Plin. *Ep.* 1, 8, 12 (551)
Plin. *Ep.* 3, 5, 17 (263)
Plin. *Ep.* 10, 50 (121)
Plin. *Pan.* 37, 3 (465)
Plin. *Pan.* 39, 5 (140)
Plin. *Pan.* 39-40 (139)

Plinio

Plin. *NH.* 3, 4, 28 (134, 281, 282, 286, 366, 463)
Plin. *NH.* 3, 7 (414, 418)
Plin. *NH.* 3, 7, 10-15 (391)
Plin. *NH.* 3, 7, 18 (391)
Plin. *NH.* 3, 7, 23-28 (391)
Plin. *NH.* 3, 18 (414, 418)
Plin. *NH.* 3, 21, 70 (183)
Plin. *NH.* 3, 24, 5 (69, 174)
Plin. *NH.* 3, 28 (77, 78, 322, 331, 399)
Plin. *NH.* 3, 30 (77, 408)
Plin. *NH.* 3, 33-37 (414)
Plin. *NH.* 3, 66-67 (124)
Plin. *NH.* 3, 136-137 (52)
Plin. *NH.* 3, 139 (391)
Plin. *NH.* 3, 141 (391)
Plin. *NH.* 3, 142 (391)
Plin. *NH.* 4, 111 (370)
Plin. *NH.* 4, 111-112 (88)
Plin. *NH.* 4, 112 (314, 370, 377, 386)
Plin. *NH.* 4, 117 (414)
Plin. *NH.* 5, 95, 105 (391)
Plin. *NH.* 5, 95, 106 (391)
Plin. *NH.* 5, 95, 109 (391)
Plin. *NH.* 5, 95, 111 (391)
Plin. *NH.* 5, 95, 120 (391)
Plin. *NH.* 5, 95, 123 (391)
Plin. *NH.* 5, 95, 126 (391)
Plin. *NH.* 7, 45-46 (124)
Plin. *NH.* 19, 35 (250, 263, 266)
Plin. *NH.* 31, 23ss (250)
Plin. *NH.* 31, 24 (263, 266)
Plin. *NH.* 33, 3, 1-7 (550)
Plin. *NH.* 33, 3, 47 (161, 163)
Plin. *NH.* 33, 13 (162)
Plin. *NH.* 33, 17 (185)
Plin. *NH.* 33, 31, 96-97 (176)

Plin. *NH.* 33, 66 (60)
Plin. *NH.* 33, 68 (62)
Plin. *NH.* 33, 68-69 (60)
Plin. *NH.* 33, 70-75 (57)
Plin. *NH.* 33, 70 (62)
Plin. *NH.* 33, 74-75 (246)
Plin. *NH.* 33, 77 (62)
Plin. *NH.* 33, 70-78 (60)
Plin. *NH.* 33, 78 (58, 69, 174, 182)
Plin. *NH.* 33, 98 (212)
Plin. *NH.* 33, 99-100 (168)
Plin. *NH.* 34, 2, 5 (326)
Plin. *NH.* 36, 160 (173)

Ptolomeo

Ptol. 2, 6, 3 (88)
Ptol. 2, 6, 4 (78, 366)
Ptol. 2, 6, 22-27 (78, 362)
Ptol. 2, 6, 28 (78, 343, 350, 372, 399, 474)
Ptol. 2, 6, 30 (78)
Ptol. 2, 6, 30-31 (78)
Ptol. 2, 6, 32 (373)
Ptol. 2, 6, 37 (78, 322)
Ptol. 2, 6, 36 (341)
Ptol. 2, 6, 39 (312)
Ptol. 2, 6, 41 (443)
Ptol. 2, 6, 42 (331)
Ptol. 2, 6, 44 (314, 377)
Ptol. 2, 6, 48 (330)

Procopio de Cesarea

Procop. *B.G.* 3, 33, 5 (519)

Salviano de Marsella

Salv. *Gub.* 4, 4, 20 (555)
Salv. *Gub.* 4, 6, 30 (555)
Salv. *Gub.* 5, 4, 1 y ss. (555)
Salv. *Gub.* 5, 7, 12-37 (555)
Salv. *Gub.* 5, 8, 34 (555)

Sículo Flaco

Sic. Fl. Th. 98, 6-130 (135)

Sócrates de Constantinopla

Soc. 7, 18 (519)

Sozomeno

Soz. *He.* 9, 11 (553)

Soz. *He.* 9, 11, 4 (501)

Suetonio

Suet. *Caes.* 38 (161)

Suet. *Caes.* 54 (161)

Suet. *Aug.* 41, 1-2 (168)

Suet. *Aug.* 47 (541)

Suet. *Tib.* 49 (178)

Suetonio, *Cl.* 25, 7 (421)

Suet. *Calig.* 16 (122)

Suet. *Galb.* 8 (154)

Suet. *Galb.* 10, 2 (269)

Suet. *Vesp.* 8 (131)

Suet. *Vesp.* 16 (129)

Suet. *Dom.* 3 (139)

Suet. *Dom.* 4 (139)

Suet. *Dom.* 8, 2-3 (127)

Tácito

Tac. *Ann.* 2, 49 (326)

Tac. *Ann.* 4, 5, 1 (243)

Tac. *Ann.* 4, 45 (262, 263)

Tac. *Ann.* 11, 20, 3 (274)

Tac. *Ann.* 12, 24 (326)

Tac. *Ann.* 13, 4, 2 (541)

Tac. *Ann.* 16, 1-2 (168)

Tac. *Ag.* 39, 2 (126)

Tac. *Hist.* 1, 2 (129)

Tac. *Hist.* 1, 6 (269)

Varrón

Var. *De re Rust.* 1, 54, 2 (326)

Vitruvio

Vit. *De Arch.* 7, 8, 1-4 (168)

Zósimo

Zos. 2, 38, 2-4 (577)

Zos. 5, 27, 1-6 (553)

Zos. 6, 4, 3 (501)

Zos. 6, 4, 1-6 (553)

Zos. 6, 2, 6 (553)

EDICIONES

Agenio Urbico:

~*Corpus Agrimensorum Romanorum recensuit Carolus Thulin*, Teubner, Leipzig, 1913.

Anónimo de Rávena:

~*Itineraria Romana. Volumen Alterum, Ravennatis Anonymi cosmographia et Guidonis geographica*, Schnetz, J. ed., Teubner, Stuttgart, 1940.

Apiano:

~*The Civil Wars. Appian*, White, H. ed., Loeb Classical Library, Londres, 1899.

Asconio:

~*Asconius*, Clark, A.C. ed., Oxford Classical Text, Oxford, 1907.

Balbo:

~*Gromatici Veteres. Die Schriften der römischen Feldmesser, I*, K. Lachmann, G. Reimer, Berlín, 1848-1852.

Boecio:

~*Anicii Manlii Severini Boetii Commentarii in Librum Aristotelis PERI ERMHNEIAS*. Recensuit Carolus Meiser, Teubner, Leipzig, 1877-1880.

Catón:

~*De agricultura, ad fidem florentini codicis deperditi*. Edidit Antonius Mazzarino, Teubner, Leipzig, 1962.

César:

~*César. La guerre civile*, suivi de *La guerre d'Alexandrie*, Texte traduit et annoté par Maurice Rat, Garnier, París, 1933.

Cicerón:

~*De legibus libri*, Marcus Tullius Cicero, J. Vahlen ed., Teubner, Berlín, 1883.

~*De officiis*, Marcus Tullius Cicero, C. Atzert ed., Teubner, Leipzig, 1963.

~*M. Tulli Ciceronis Orationes*, vol. V, W. Peterson ed., Oxford Classical Text, Oxford, 1911

~*De re publica*, K. Ziegler ed., Loeb Classical Library, 1951.

~*Cicero Orationes*. Vol. III: (Verrinae), W. Peterson ed., Oxford Classical Text, Oxford, 1917.

Claudio Claudiano:

~*Claudian*, with an English translation by Maurice Platnauer, London W. Heinemann, Londres, 1922.

Código de Justiniano:

~*Codex Iustinianus*. Recensuit Paulus Krueger, Apud Weidmannos, Berolini, 1877.

Código Teodosiano:

~*Codex Theodosianus*. Recognovit P. Krueger. *Fasciculus I liber I–VI*, Berolini, 1923.

~*The Theodosian Code and Novels and the Sirmondian Constitutions*. A translation with commentary, glossary, and bibliography by C. Pharr in collaboration with T. S. Davidson and M. Brown Pharr with an introduction by C. Dickerman Williams, Nueva York, 1952.

Columela:

~*Columella. On Agriculture*, Vol. III, Books 10-12, Transcribed by E.S. Forster and E. H. Heffner, Loeb Classical Library, 1989.

De rebus bellicis:

~*Anonymi Auctoris, De Rebus Bellicis*. Recensuit Robert I. Ireland, Teubner, Leipzig, 1984.

Digesto:

~*Cuerpo del derecho civil romano: a doble texto, traducido al castellano del latino*. Publicado por los hermanos Kriegel, Hermann y Osenbrüggen; con las variantes de las principales ediciones antiguas y modernas y con notas de referencias por Ildefonso L. García del Corral, Barcelona, 1889.

Diodoro de Sicilia:

~*Bibliothèque Historique de Diodore de Sicile*. Traduction Nouvelle par M. F. Hoefer, Carpentier, París, 1865.

Dión Casio:

~*Dio Cassius. Roman History*, Vol. VII-IX. Translated by Earnest Cary, Loeb Classical Library, 1924.

Elio Arístides:

~Oliver, J.H., *The Ruling Power, A Study of the roman Empire in the Second Century after Ch. through the Roman Oration of Aelius Aristides*, Filadelfia, 1953.

Estacio:

~Laguna, G., *Comentario filológico del Libro III de las Silvas de Estacio (introducción, edición crítica, traducción y comentario)*, Sevilla, 1990.

Estrabón:

~*Strabon. Géographie, Tome II, Livre III-IV*, traduit par Lasserre, Les Belles Lettres, París, 1966.

~*Strabon. Géographie, Tome III, Livre V-VI*, traduit par Lasserre, Les Belles Lettres, París, 1967.

~*Strabon. Géographie, Tome VI, Livre IX*, traduit par Baladié, Les Belles Lettres, París, 1996.

~Strabon. *Géographie, Tome VIII, Livre XI*, traduit par Lasserre, Les Belles Lettres, París, 1975.

~Estrabón. *Geografía. Libros XI-XIV*, por María Paz de Hoz García-Bellido, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 2003.

Eutropio:

~*Eutropi Breviarium ab urbe condita*. Recognovit F. Ruehl, Teubner, Leipzig, 1887.

Flavio Josefo:

~*Flavio Josefo. Antigüedades Judías*, 2 vol., José vara Donado ed., Akal, Madrid, 1997.

Floro:

~*Floro, OEuvres*. P. Jal ed., Les Belles Lettres, París, 1967.

Frontino:

~*Corpus Agrimensorum Romanorum*. Recensuit Carolus Thulin, Teubner, Leipzig, 1913.

Gayo:

~*Gai. Institutiones*. By B. Kuebler, Teubner, Leipzig, 1935.

Hechos de los Apóstoles:

~*Hechos de los Apóstoles*. A. Rodríguez Carmona ed., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2015.

Higinio:

~*Corpus Agrimensorum Romanorum*. Recensuit Carolus Thulin, Teubner, Leipzig, 1913.

Higinio el Gromático:

~*Corpus Agrimensorum Romanorum*. Recensuit Carolus Thulin, Teubner, Leipzig, 1913.

Historia Augusta:

~*Historia Augusta*. V. Picón y A. Cascón eds., Akal, Madrid, 1990.

Isidoro de Sevilla:

~*Etimologías. San Isidoro de Sevilla*. Texto latino, versión española y notas por José Oroz Reta y Manuel-A. Marcos Casquero; introducción general por Manuel C. Díaz y Díaz, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2004.

Itinerario de Antonino:

~*Itineraria romana*, O. Cuntz, Leipzig, 1929.

Lido:

~*Ioannes Lydus on Powers or The Magistracies of the Roman State*. Introduction, critical text, translation, commentary and indices by Anastasius C. Bandy, American Philosophical Society, Filadelfia, 1983.

Latinio Pacato:

~*Panégyriques latins*, I, É. Galletier, Les Belles Lettres, París, 1949.

Livio:

~*Tite-Live, Histoire romaine, Tome XI, Livre XXI*, P. Jal, Les Belles Lettres, París, 1988.

~*Tite-Live, Histoire romaine, Tome XV, Livre XXV*, F. Nicolet-Croizat, Les Belles Lettres, París, 1992.

~*Tite-Live, Histoire romaine, Tome XVI, Livre XXVI*, P. Jal, Les Belles Lettres, París, 1991.

~*Tite-Live, Histoire romaine, Tome XIX, Livre XXIX*, P. François, Les Belles Lettres, París, 1994.

~*Tite-Live, Histoire romaine, Tome XXIX, Livre XXXIX*, A. M. Adam, Les Belles Lettres, París, 1994.

~*Tite-Live, Histoire romaine, Tome XXX, Livre XL*, Ch. Gouillart, Les Belles Lettres, París, 2002.

~*Tite-Live, Histoire romaine, Tome XXXI, Livre XLII*, P. Jal, Les Belles Lettres, París, 1971.

~*Tite-Live, Histoire romaine, Tome XXXII, Livres XLIII-XLIV*, P. Jal, Les Belles Lettres, París, 1976.

~*Tite-Live, Histoire romaine, Tome XXXIII, Livre XLV*, P. Jal, Les Belles Lettres, París, 2002.

Lucas:

~*Evangelio según San Lucas*. Antonio Rodríguez Carmona, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2014.

Marcial:

~*M. Val. Martialis. Epigrammata*. Recognovit W. M. Lindsay, Oxford Classical Texts, Oxford, 1929 (1963).

Mela:

~*C. Pomponius Mela. De Chorographia*. C. Frick, Teubner, Leipzig, 1880 (1967).

Notitia Dignitatum:

~*Notitia dignitatum; accedunt Notitia urbis Constantinopolitanae et laterculi prouinciarum*, Edidit Otto Seeck, Apud Weidmannos, Berolini, 1876.

Orosio:

~*Paulo Orosio. Historias, Libros V-VII. Introducción, traducción y notas de E. Sánchez Salor*. Revisada por C. Codoñer Merino, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1982.

Paulo:

~*Paulus*, W. M. Lindsay, Teubner, Leipzig, 1913.

Plauto:

~*T. Macci Plauti: Comoediae*, W. M. Lindsay, Oxford Classical Texts, Oxford, 1903.

Plinio el Joven:

~*Epistularum libri novem. Epistularum ad Traianum liber panegyricus*, Mauriz Schuster ed., Teubner, Leipzig, 1952.

~*Panegírico de Trajano*. Traducción, introducción y notas por Álvaro D'Ors, Madrid, 1955.

Plinio:

~*Pline l'Ancien. Histoire naturelle. Livre III*. H. Zehnacker, Les Belles Lettres, París, 2004.

~*Pline l'Ancien. Histoire naturelle. Livre IV*. H. Zehnacker, A. Silberman, Les Belles Lettres, París, 2015.

~*Pline l'Ancien. Histoire naturelle. Livre V*. J. Desanges, Les Belles Lettres, París, 1980.

~*Pline l'Ancien. Histoire naturelle. Livre VII*. R. Schilling, Les Belles Lettres, París, 2003.

~*Pline l'Ancien. Histoire naturelle. Livre XIX*. J. André, Les Belles Lettres, París, 2002. ~*Pline l'Ancien. Histoire naturelle. Livre XXXI*. G. Serbat, Les Belles Lettres, París, 1972.

~*Pline l'Ancien. Histoire naturelle. Livre XXXIII*. H. Zehnacker, *Introduction et notes par P. E. Dauzat*, Les Belles Lettres, París, 1999.

~*Pline l'Ancien. Histoire naturelle. Livre XXXIV*. H. Le Bonniec, Les Belles Lettres, París, 1953.

~*Pline l'Ancien. Histoire naturelle. Livre XXXVI*. Texte établi par J. André, traduit par R. Bloch et commenté par A. Rouveret, Les Belles Lettres, París, 1981.

~Plácido, D. y Sánchez-Palencia, F. J.: «La explicación de la minería de oro romana hispana en la Historia Natural de Plinio El Viejo, párrafos 66 a 78 del libro XXXIII», *Minería romana en zonas interfronterizas de Castilla y León y Portugal (Asturia y NE de Lusitania)*, F. J. Sánchez-Palencia (ed.), León, p. 17-34, 2014.

Ptolomeo:

~*Claudii Ptolemaei Geographia*, II, ed. Karl Friedrich August Nobbe, Leipzig, 1845.

Procopio de Cesarea:

~*Procopio de Cesarea. Historia de las Guerras. Libros III-IV*. Traducción de José Antonio Flores Rubio, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 2000.

Salviano de Marsella:

~*Salvian, De gubernatione Dei, Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, F. Pauly ed., Viena, 1883.

Sículo Flaco:

~*Corpus Agrimensorum Romanorum*. Recensuit Carolus Thulin, Teubner, Leipzig, 1913.

Sócrates de Constantinopla:

~*Histoire de l'Eglise écrite par Socrate*, II. Traduite par monsieur Cousin, París, 1686.

Sozomeno:

~*Histoire de l'Eglise écrite par Sozomene*, III. Traduite par monsieur Cousin, París, 1686.

Suetonio:

~*Suetonio. Vidas de los Doce Césares. Libros I-III*. Traducción y notas de R. M. Agudo Cubas. Introducción general y revisión de A. Ramírez de Verger, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1992.

~*Suetonio. Vidas de los Doce Césares. Libros IV-VIII*. Traducción y notas de J. A. Villar Vidal. Introducción general de A. Sierra de Cózar. Revisada por J. Gil, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1992.

Tácito:

~*Tacito. Annali*. A cura di Azelia Arici, Turín, 1969.

~*Cornelii Taciti: De Vita Agricolae*. Revised and Largely Rewritten by J. G. C. Anderson with Contributions by the Late Professor F. Haverfield, Oxford Clarendon Press, Oxford, 1958.

~*Tacite. Histoires. Tome I. Livre I*. Texte établi et traduit par P. Willeumier et H. Le Bonniec, annoté par J. Hellegouarc'h, Les Belles Lettres, París, 1987.

Varrón:

~*Varrón. De las cosas del campo (De re rustica)*. D. Tirado Benedí ed., Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F., 1992.

Vitrúvio:

~*Los diez libros De Architectura de M. Vitruvio Polion*. Traducidos del latín y comentados por J. Ortiz y Sanz, Madrid, 1787.

Zósimo:

~*Zosime. Histoire nouvelle. Tome I. Livres I-II*, F. Paschoud, Les Belles Lettres, París, 2000.

~*Zosime. Histoire nouvelle. Tome III, 1re partie. Livre V*, F. Paschoud, Les Belles Lettres, París, 1986.

~*Zosime. Histoire nouvelle. Tome III, 2e partie. Livre IV*, F. Paschoud, Les Belles Lettres, París, 1989.

II. FUENTES EPIGRÁFICAS

En el siguiente índice se han recogido todos los epígrafes mencionados en el texto, con sus correspondencias bibliográficas, seguidos de las páginas en las que aparecen entre paréntesis. Las transcripciones de las inscripciones, se han incorporado en el cuerpo de la tesis según ha sido conveniente, por lo que no se repiten en este índice.

SIGNOS DIACRÍTICOS

(De acuerdo a los criterios de *HEp*)

<i>a(bc)</i>	Abreviatura resuelta y forma vulgar normalizada.
(---)	Abreviatura no resuelta.
<i>ABC</i>	Letras identificables ininteligibles.
<i>[abc]</i>	Letras perdidas que se pueden restituir.
<i>{abc}</i>	Letras escritas por error.
<i>[.], [..], [...]</i>	Letras perdidas no restituibles cuyo número consta: un punto por letra.
<i>[---]</i>	Letras perdidas cuyo número no consta.
<i>[-----]</i>	Una línea perdida.
<i>-----</i>	Número desconocido de líneas perdidas.
<i>[[abc]]</i>	Letras en <i>litura</i> que se aprecian.
<i>a<bc></i>	Letras omitidas por error y restituidas por el editor.
<i>+</i>	Resto de letra inidentificable.
<i>·</i>	Interpunción.
<i>/</i>	Cambio de línea.
<i>(!)</i>	Llamada de atención.
<i>(?)</i>	Elemento de interpretación dudosa.

España

ALICANTE

Denia

1. *CIL* II 3588 = *CIL* II 5960 = *IRPA* 22 (502)

ASTURIAS

Allande

-Besullo (Comba)

2. *AE* 1984, 558 (366, 367)

Aller

-Serrapio

3. *CIL* II 2697 (p 919) = *ERA* 1 (430)

Belmonte de Miranda

-Villaverde

4. *AE* 1996, 891 = *HEp* 5, 1995, 39 (300, 362, 363, 431)

Boal

-Boal

5. *CIL* II 2692 = *ERA* 3 (366, 367)

Cangas del Narcea

-Arnosa

6. *CIL* II 5746 = *ERA* 16 (366, 367)

Coaña

7. (Mohías) *AE* 1985, 578 (366, 367)

Corvera de Asturias

8. (Castro de Castiello) *CIL* II 5750 (p 1040) = *ERA* 18 (367, 368)

Gijón

-Gijón

9. (Tremañes) *CIL* II 2701 = *ILS* 3719 = *ERA* 6 (372, 436, 437)
10. *AE* 1991, 1046 = *HEp* 4, 1994, 66 (372, 463)

-Baones

11. (San Tirso) *CIL* II 2702 = *ERA* 2 (372, 430)

-Cabo de Torres

12. (Campa Torres) *CIL* II 2703 = *AE* 1962, 175 = *AE* 1971, 197 = *ERA* 12 = *HEp* 14, 2005, 20 = *AE* 2005, 851 (85, 88, 94, 370)

Grandas de Salime

-Monte Castrelo de Pelóu

13. *HEp* 14, 2005, 21 = *HEp* 18, 2009, 21 (281, 358, 359, 362)
14. *HEp* 18, 2009, 14 (362, 363)
15. *HEp* 18, 2009, 15 (362, 363)

Llanera

-Lugo de Llanera

16. (Iglesia de Santa María de Lugo) *HEp* 4, 1994, 67 (374)

Mieres

-Ujo

17. *CIL* II 5733 = *ERA* 8 (375, 376)
18. *AE* 1926, 88 = *AE* 1935, 12 = *ERA* 22 (376)
19. *AE* 1935, 11 = *ERA* 9 (375, 376)
20. *CIL* II 5748 = *ERA* 23 (376)

Parres

-Collía

21. (Santo Tomás) *CIL* II 2707 = *CIL* II 5729 = *ERA* 36 = *HEp* 9, 1999, 72 (434, 435)

Piloña

22. *ERA* 62 (374)

Pravia

23. *ERA* 20 (367, 368)

Salas

-Godán

24. (Ablaneda) *CIL* II 5739 = *ERA* 17 (300, 301, 362, 363)

Tineo

-Arganza

25. *HEp* 5, 1995, 40 (366, 367)

-Tuña

26. *CIL* II 5734 = *ERA* 5 (366, 367)

27. *HEp* 1, 1989, 78 (366, 367)

28. *ERA* 10 (366, 367)

Vegadeo

-La Corredoira

29. *AE* 1946, 121 = *ERA* 14 (300, 301, 431)

Villaviciosa

-Grases

30. *AE* 1965, 109 = *ERA* 11 = *HEp* 12, 2002, 6 = *HEp* 18, 2009, 22 (374, 432)

BADAJOS

Mérida

31. *CIL* II 480 (p 696) = *ERAE* 80 = *HEp* 10, 2000, 64 = *HEp* 10, 2000, 706 (485)

32. *CIL* II 484 = *ILS* 1372 = *ERAE* 98 (255, 516, 517)

33. *CIL* II 485 = *ILS* 1493 = *ERAE* 115 (516, 517)

34. *CIL* II 5265 = *CILA* 02-03, 703 (275)

BALEARES

Ibiza

35. *CIL* II 3664 (p 961) = *ILS* 5960 (462) = *CIB* 192 (462)

BARCELONA

Badalona

36. *Tabula de Baetulo*: *AE* 1936, 66 = *AE* 1941, 81 = *IRC* I, 139 = *IRC* V, p 025 (443)

Cabrera de Mar

-Can Modolell

37. *AE* 1983, 630 = *IRC* I, 89 = *IRC* V, p 022 = *HEp* 12, 2002, 47 = *AE* 2003, 1012 (259)

Mataró

38. *CIL* II 4616 = *ILS* 6948 = *IRC* I, 101 = *IRC* V, p. 23 (242, 243)

BURGOS

Coruña del Conde (Clunia)

39. *HEp* 7, 1997, 256 (275)

Peñalba de Castro

40. *CIL* II 5792 (p 1050) = *ILS* 6102 = *ERClu* 116 (444)

CÁCERES

Cerezo

41. *AE* 2009, 540 = *HEp* 18, 2009, 77 (435, 436)

Oliva de Plasencia

42. (Cáparra) *CIL* II 804 = *ILS* 3639 = *HEp* 13, 2003-2004, 250 (435, 436)

43. (Cáparra) *CIL* II 827 = *AF* I² 300 (332)

Zarza de Grandilla

44. *CPILC* 664 = *CMCÁC*, 211, 499 = *AF* I² 322 (332)

CORUÑA, A

Padrón

45. *CIL* II 2540 = *CIL* II 5626 = *CIRG* I, 12 = *HEp* 4, 1994, 337 (329)

46. *CIL* II 2541 (p LXXX) = *CIRG* I, 15 (329, 330)

47. *CIL* II 5629 = *CIRG* I, 13 = *HEp* 4, 1994, 338 (329, 330)
48. *CIL* II 5630 = *IRG* III, 43 = *CIRG* I, 14 (330)
49. *CIL* II 5631 = *IRG* III, 45 = *CIRG* I, 16 = *HEp* 4, 1994, 339 (330)
50. *CIL* II 5632 = *IRG* I, 16 = *CIRG* I, 17 (330)

CUENCA

Las Valeras

51. *CIL* II 3182 = *AF* I² 302 (332)

GERONA

La Escala (Ampurias)

52. *CIL* II 6183 = *ILS* 2293 = *IRC* III, 14 = *IRC* V, p 083 (484)
53. *AE* 1952, 122 = *AE* 1955, 222 = *IRC* III, 172a = *IRC* V, p 088 = *HEp* 4, 1994, 446a (263)

Sarriá de Ter

54. *CIL* II 6243 = *IRC* III, 194 = *IRC* V, p 090 (508)

HUELVA

Calañas

55. *CIL* II 5353 = *HEp* 1, 1989, 355 (78, 300, 301, 332)

Jabugo

56. *CILA* I, 24 = *AF* I² 326 (301, 332)

Minas de Riotinto

57. *CIL* II 956 (p 834) = *ILS* 276 = *CILA* I, 29 (258)

Niebla

58. *CIL* II 4963,01 = *CIL* II 6246,1 = *ILS* 5162 = *HEp* 1, 1989, 357 = *HEp* 2, 1990, 428 = *HEp* 3, 1993, 228 = *HEp* 6, 1996, 591 = *AF* I² 313 (332)

Villalba del Alcor

59. *CIL* II 1267 = *CIL* IX 628* (255)

Villanueva de los Castillejos

60. *AF* I² 327 (332)

JAÉN

Baeza

61. *CIL* II 3337 = *CILA* III, 600 (273)

Carboneros

62. *HEp* 6, 1996, 612 = *HEp* 10, 2000, 333 = *AE* 2000, 781 (178)

Linares

63. *CIL* II 3271 = *CILA* III, 92 (242, 243, 254)
64. *CIL* II 3275 = *CILA* III, 96 (273)

Peal de Becerro

65. *CIL* II 3327 = *CILA* III, 539 (273)

LEÓN

Astorga

66. Pacto de los Zoelas: *CIL* II 2633 = *ILS* 6101 = *IRPL* 318 (52, 77, 78, 79, 94, 309, 433, 434, 435, 436, 441, 450, 452, 474)
67. *CIL* II 2634 = *ILS* 2299 = *IRPL* 1 (264, 268, 488)
68. *CIL* II 2638 (p 911) = *IRPL* 77 = *ERPL* 205 (389, 390)
69. *CIL* II 2639 = *IRPL* 80 = *ERPL* 148 (88, 403)
70. *CIL* II 2642 (p 911) = *IRPL* 115 = *ERPL* 187 (251, 255, 478)
71. *CIL* II 2643 (p 707, 911) = *IRPL* 121 = *ERPL* 203 (251, 255, 478, 479)
72. *CIL* II 2646 (p 911) = *IRPL* 111 (403)
73. *CIL* II 2648 = *IRPL* 117 = *ERPL* 190 (400)
74. *CIL* II 5076 = *CIL* II 5662 = *AE* 1904, 160 = *IRPL* 85 = *ERPL* 214 (384, 385)

75. *CIL* II 5124 (p XLV, 911) = *IRPL* 76 = *HEp* 10, 2000, 342 = *ERPL* 183 (400, 441, 445)
76. *CIL* II 5667 = *IRPL* 109 = *HEp* 7, 1997, 375 = *ERPL* 170 (300, 301, 389)
77. *AE* 1911, 4 = *IRPL* 11 = *ERPL* 49 (252, 479)
78. (Itinerario de Barro) *AE* 1921, 6 = *IRPL* 328a = *ERPL* 339 (77, 400, 450, 451, 508)
79. *AE* 1923, 102 = *IRPL* 69 (265)
80. *AE* 1928, 163 = *IRPL* 84 = *ERPL* 210 (384, 385)
81. *AE* 1928, 164 = *AE* 1961, 338 = *IRPL* 81 = *ERPL* 152 (403)
82. *AE* 1928, 165 = *IRPL* 82 = *ERPL* 171 (384)
83. *AE* 1968, 227 = *AE* 1982, 577 = *IRPL* 7 = *ERPL* 81 (251, 478)
84. *AE* 1968, 228 = *AE* 1982, 577 = *IRPL* 3 = *ERPL* 39 (251, 437, 478)
85. *AE* 1968, 229 = *IRPL* 2 = *ERPL* 40 (252, 256, 479)
86. *AE* 1968, 230 = *IRPL* 13 = *ERPL* 60 (252, 479)
87. *AE* 1968, 232 = *IRPL* 12 = *ERPL* 59 (252, 479, 499)
88. *AE* 1968, 233 = *IRPL* 9 = *HEp* 10, 2000, 341 = *ERPL* 35 (98, 251, 256, 478, 479)
89. *AE* 1969, 234 = *IRPL* 10 = *ERPL* 36 (252, 478)
90. *AE* 1982, 575 = *AE* 1987, 610c = *ERPL* 155 (88, 300, 301, 389)
91. *IRPL* 14 = *ERPL* 61 (252, 479)
92. *IRPL* 79 = *ERPL* 144 (384, 385)
93. *IRPL* 86 = *ERPL* 216 (384)
94. *IRPL* 89 = *ERPL* 244 (384)
95. *IRPL* 108 (441)
96. *IRPL* 130 = *ERPL* 231 (403)
97. *AE* 1987, 611 = *HEp* 1, 1989, 384 = *HEp* 2, 1990, 439 = *HEp* 3, 1993, 242 = *HEp* 7, 1997, 376 = *AE* 1998, 762 = *ERPL* 19 = *HEp* 16, 2007, 452 (399, 403)
98. Sevillano Fuertes, A.- Vidal Encinas, J.M., Material constructivo latericio, A.

Sevillano Fuertes, J. M. Vidal Encinas, *Urbs Magnífica. Una aproximación a la arqueología de Asturica Augusta (Astorga, León)*. Museo Romano (Guía Catálogo), León, 2002, p. 61-62.

Bembibre

-Arlanza

99. *AE* 1967, 232 = *IRPL* 58 = *ERPL* 11 (351, 352, 440, 441)

-Bembibre

100. (Lugar impreciso) Edicto del Bierzo: *HEp* 7, 1997, 378 = *HEp* 8, 1998, 325 = *AE* 1999, 915 = *AE* 2000, 760 = *ERPL* 304 = *HEp* 11, 2001, 286 (52, 78, 94, 96, 231, 239, 241, 263, 279, 284, 285, 300, 305, 306, 307, 321, 324, 426, 433, 434, 454, 463)
101. *ERPL* 84 = *HEp* 11, 2001, 285 (351, 352, 441)

-Rodanillo

102. *AE* 1994, 962 = *HEp* 5, 1995, 542 = *HEp* 10, 2000, 349 = *ERPL* 27 (323, 351, 352)

-San Esteban del Toral

103. *AE* 1983, 592 = *ERPL* 10 (97, 351, 352, 440, 441)
104. *AE* 1990, 550 = *HEp* 2, 1990, 450 = *HEp* 8, 1998, 322 = *ERPL* 9 (351, 352)
105. *AE* 1995, 855 = *HEp* 6, 1996, 626 = *ERPL* 4 (96, 97, 300, 351, 352, 431)
106. *HEp* 7, 1997, 379 = *HEp* 8, 1998, 321 = *ERPL* 23 (351, 352)

-San Román de Bembibre

107. (Santa Eulalia del Piélago) *IRPL* 5 = *ERPL* 41 = *HEp* 11, 2001, 284 (351, 352, 430)
108. (Iglesia de S. Román Mártir) González Rodríguez, M. C., - Ramírez Sánchez, M. Una nueva dedicación a Marte en Bembibre (León). *Veleia*, 32, 2015, p. 209 (352)

-Santibáñez del Toral

109. *AE* 1983, 591 = *AE* 1984, 554
= *HEp* 9, 1999, 402 = *ERPL* 15
(352, 441)

Benuza

-Llamas de Cabrera

110. *IRPL* 315 = *ERPL* 319 = *HEp*
19, 2010, 187b (248)

Borrenes

-Voces

111. *AE* 1999, 916 = *HEp* 9, 1999,
404 = Sastre, I., Nueva
inscripción funeraria de un *vet.*
leg. VII G. f. procedente de la
Zona Arqueológica de Las
Médulas (León, España, *ZPE*,
125, p. 257-258 (272, 273, 275,
527)

Cacabelos

-Cacabelos

112. (La Edrada) *CIL* II 5672 = *AE*
1928, 175 = *IRPL* 59 = *HEp* 10,
2000, 350 = *ERPL* 16 = *HEp* 19,
2010, 188 (347, 441)

113. (La Edrada) *AE* 1928, 176 =
IRPL 62 = *ERPL* 26 (347, 437,
441)

114. (La Edrada) *IRPL* 219 = *HEp*
1, 1989, 386 = *ERPL* 127 (347,
441)

115. (La Edrada) *IRPL* 220 = *ERPL*
139 (347)

116. (Los Carneros) *IRPL* 221 =
ERPL 150 (97, 347, 349)

-Pieros (Castro Ventosa)

117. *IRPL* 42 = *ERPL* 69

-San Esteban

118. *ILER* 3456 = *IRPL* 222 = *AF* I²
309 = *ERPL* 158 (345, 468)

Carracedelo

-Carracedelo

119. *CIL* II 5671 = *IRPL* 223 =
ERPL 260 (348)

-Villadepalos

120. *CIL* II 5670 = *ILS* 4505 = *IRPL*
53 = *ERPL* 2 (348)

Carrizo de la Ribera

-La Milla del Río

121. *CIL* II 2636 (p 707, 911) = *ILS*
4509 = *IRPL* 63 (441, 450)

Carucedo

-La Barosa

122. *HEp* 3, 1993, 245 = *HEp* 6,
1996, 627 (348)

Castrocalbón

-Castrocalbón

123. *AE* 1961, 345 = *IRPL* 304 =
ERPL 305 (244, 398, 528)

-Quintana y Congosto

124. *AE* 1982, 578 = *ERPL* 315
(244, 398)

Castropodame

-San Pedro Castañero

125. *AE* 1983, 595 = *ERPL* 5 = *HEp*
11, 2001, 288 (351, 352)

Cistierna

-Valmartino

126. (Peñacorada) *AE* 1997, 875 =
HEp 7, 1997, 380 = *ERPL* 374
(431, 432)

Congosto

-Almázcara

127. *ERPL* 246 = *HEp* 11, 2001, 290
(352)

-Cobrana

128. *AE* 1928, 178 (318)

Destriana

129. *AE* 1991, 1043 = *HEp* 4, 1994,
500 = *ERPL* 91 (471)

Folgozo de la Ribera

-El Valle

130. *HEp* 10, 2000, 351 = *ERPL* 24
(300)

-Entre El Valle y Tedejo

- 131.** (Sta. Eulalia) *AE* 1983, 593 = *HEp* 8, 1998, 323 = *HEp* 9, 1999, 402 = *ERPL* 13 = *AE* 2001, 1215 = *HEp* 16, 2007, 454 (351, 352, 441)
132. (Sta. Eulalia) *AE* 1983, 594 = *HEp* 8, 1998, 324 = *ERPL* 14 = *AE* 2001, 1216 (351, 352, 440, 441)

León

- 133.** *CIL* II 2661 = *ILS* 1157 = *IRPL* 21 = *HEp* 1, 1989, 390 = *HEp* 11, 2001, 297 (513)
134. *CIL* II 2675 (p 912) = *IRPL* 156 (445, 446)
135. *CIL* II 2681 = *IRPL* 168 = *ERPL* 125 (445)
136. *CIL* II 2687 = *IRPL* 203 = *HEp* 10, 2000, 352 = *ERPL* 221 (441)
137. *CIL* II 5678 = *IRPL* 24 (251, 256)
138. *CIL* II 5680 = *IRPL* 22 (513)
139. *CIL* II 5681 = *AE* 1919, 24 = *IRPL* 144 = *HEp* 11, 2001, 293 (441)
140. *CIL* II 5700 = *IRPL* 207 (445)
141. *IRPL* 155 = *ERPL* 167-168 (445, 446)
142. *IRPL* 209 (445)

Luyego

-Luyego de Somoza

- 143.** *AE* 1963, 28 = *AE* 1967, 231 = *IRPL* 227 = *ERPL* 181 (402)
144. *AE* 1967, 229 = *IRPL* 32 = *ERPL* 63 (437, 473, 486)
145. *AE* 1967, 230 = *IRPL* 34 = *ERPL* 70 (259, 473)

-Priaranza de la Valduerna

- 146.** *IRPL* 64 = *HEp* 10, 2000, 356 = *ERPL* 80 (473)

-Quintanilla de Somoza

- 147.** *CIL* II 5665 = *IRPL* 49 = *AE* 1997, 874 = *HEp* 7, 1997, 383 = *AE* 2000, 762 = *ERPL* 58 (402)

Noceda del Bierzo

-Noceda del Bierzo

- 148.** *IRPL* 57 = *HEp* 1, 1989, 397 = *ERPL* 8 (97, 351, 352, 440, 441)
149. *HEp* 7, 1997, 384 = *HEp* 8, 1998, 328 = *ERPL* 145 (350, 352)

Ponferrada

-Ponferrada

- 150.** *CIL* II 5669 = *IRPL* 61 = *ERPL* 21 (348, 439, 441)
151. (Villar de los Barrios) *CIL* II 5706 = *IRPL* 46 = *ERPL* 50 = *HEp* 11, 2001, 305 (348, 437)

-San Andrés de Montejos

- 152.** *AE* 1928, 162 = *IRPL* 30 = *ERPL* 46 (97, 300, 348, 351, 430)

Puente de Domingo Flórez

- San Pedro de Trones

- 153.** *HEp* 7, 1997, 387 = *AE* 1998, 764 = *ERPL* 12 (77, 78, 322, 323, 324)

Quintana del Marco

-Quintana del Marco (Los Villares)

- 154.** *IRPL* 51 = *ERPL* 22 (439)
155. *HEp* 3, 1993, 244 (440)

San Andrés del Rabanedo

-Trobajo del Camino

- 156.** *CIL* II 5707 = *IRPL* 303 = *ERPL* 317 (459, 460)

Sancedo

-Cueto

- 157.** *AE* 1988, 759 = *HEp* 2, 1990, 436 = *AE* 1990, 549 = *ERPL* 141 (97, 348, 441)

San Cristóbal de la Polantera

-Villagarcía de la Vega

- 158.** *AE* 1988, 762 = *HEp* 2, 1990, 451 (402)

Santa Colomba de Somoza

-Andiñuela

159. *AE* 1997, 873 = *HEp* 7, 1997, 388 = *ERPL* 153 (300, 401, 431)

-Santa Colomba de Somoza

160. *IRPL* 230 = *ERPL* 108 (401)

161. *IRPL* 231 = *HEp* 1, 1989, 404 = *ERPL* 282 (401, 402)

- Santa Marina de Somoza

162. *HAE* 2145 = *IRPL* 232 = *HEp* 1, 1989, 405 = *ERPL* 197 (56, 57, 401, 402)

163. (Entre Sta. Marina y Andiñuela) *IRPL* 233 = *ERPL* 206 (402)

Soto de la Vega

- Santa Colomba de la Vega (El Espino)

164. *AE* 1935, 13 = *AE* 1961, 345 = *IRPL* 305 = *ERPL* 307 (78, 244, 398, 528)

165. *AE* 1935, 13 = *AE* 1961, 345 = *IRPL* 307 = *ERPL* 309 (78, 244, 398, 528)

166. *AE* 1945, 345 = *IRPL* 308 = *ERPL* 306 (78, 244, 398, 528)

167. *AE* 1945, 345 = *IRPL* 309 = *ERPL* 312 (244, 398, 528)

168. *AE* 1961, 345 = *IRPL* 306 = *ERPL* 308 (78, 244, 398, 528)

169. *AE* 1961, 345 = *IRPL* 310 = *ERPL* 311 (244, 398, 528)

170. *AE* 1961, 345 = *IRPL* 311 = *ERPL* 310 (244, 398, 528)

171. *AE* 1961, 345 = *IRPL* 312 = *ERPL* 313 (244, 398, 528)

172. *IRPL* 313 = *ERPL* 314 (244, 398, 528)

Toral de los Vados

- Villadecanes

173. (Peña del Castillo) *AE* 1946, 194 = *AE* 1962, 397 = *AE* 1983, 590 = *IRPL* 43 = *ERPL* 45 (345)

174. (Sorribas) *AE* 1967, 243 = *IRPL* 48 = *HEp* 1, 1989, 387 = *HEp* 2, 1990, 444 = *ERPL* 56 = *HEp* 15, 2006, 242 (265, 344, 345, 349)

175. (Sorribas) *HEp* 1, 1989, 407 = *IRPL* 225 = *ERPL* 212 (344, 345)

Toreno

-Tombrio de Abajo (Castro de Tombrio)

176. *IRPL* 45 = *HEp* 1, 1989, 398 = *HEp* 5, 1995, 545 = *ERPL* 31 (352)

Torre del Bierzo

-Torre del Bierzo

177. (Tuécara) *AE* 1928, 177 = *IRPL* 31 = *ERPL* 47 (351, 352, 430)

Vegaquemada

-La Losilla y S. Adrián

178. *HEp* 9, 1999, 409 (486)

Villafranca del Bierzo

-Villafranca del Bierzo

179. (Valtuille de Abajo) *IRPL* 226 = *HEp* 1, 1989, 409 = *AF* I² 308 = *ERPL* 225 = *HEp* 11, 2001, 303 (345)

Villamontán de la Valduerna

-Villalís de la Valduerna

180. *CIL* II 2551 (p 707) = *IRG* IV, 96 = *IRPL* 55 = *AF* I² 157 = *HEp* 12, 2002, 319 (402)

181. *CIL* II 2552 = *AE* 1910, 3 = *AE* 1928, 176 = *ILS* 9125 = *AE* 1967, 242 = *IRPL* 33 = *ERPL* 64 (259, 260, 472, 473)

182. *CIL* II 2553 = *AE* 1910, 4 = *ILS* 9127 = *ENAR* 116 = *IRPL* 36 = *RSERMS* 6 = *ERPL* 67 (259, 260, 472, 473)

183. *CIL* II 2554 = *AE* 1910, 5 = *ILS* 9126 = *AE* 1963, 19 = *ENAR* 118 = *IRPL* 35 = *RSERMS* 8 = *ERPL* 71 (259, 473)

184. *CIL* II 2555 = *AE* 1910, 5 = *ILS* 9128 = *IRPL* 38 = *ERPL* 65 (473)

- 185.** *CIL* II 2556 = *ILS* 9129 = *AE* 1910, 6 = *AE* 1928, 176 = *AE* 1967, 242 = *ENAR* 115 = *IRPL* 39 = *RSERMS* 5 = *ERPL* 66 (259, 260, 473)
- 186.** *CIL* II 2557 = *IRPL* 234 = *ERPL* 188 (402)
- 187.** *AE* 1910, 1 = *ILS* 9130 = *ENAR* 117 = *IRPL* 40 = *RSERMS* 7 = *ERPL* 68 (98, 472, 473)
- 188.** *AE* 1910, 2 = *ILS* 9131 = *ENAR* 119 = *IRPL* 41 = *HEp* 1, 1989, 413 = *RSERMS* 9 = *ERPL* 72 (259, 472, 473)
- 189.** *HAE* 2257 = *AE* 1965, 66 = *AE* 1967, 242 = *IRPL* 37 = *ERPL* 79 (472, 473)

LUGO

Folgozo de El Caurel

- 190.** *Tabula de El Caurel: HAE* 1965 = *AE* 1961, 96 = *AE* 1973, 289 = *HEp* 8, 1998, 334 = *IRPLu* 55 = *AE* 2000, 748 (78, 95, 300, 373, 451, 452)

Lugar incierto

- 191.** *Tabula Lougeiorum: AE* 1984, 553 = *AE* 1987, 561 = *AE* 1989, 431 = *HEp* 1, 1989, 458 = *HEp* 3, 1993, 247 = *HEp* 4, 1994, 505 = *AE* 1997, 862 = *HEp* 7, 1997, 402 (78, 94, 95, 96, 239, 306, 321, 385, 391, 433, 443)

Lugo

- 192.** *CIL* II 2572 = *IRG* II, 11 = *IRPLu* 22 (387, 388)
- 193.** *CIL* II 2581 (p 907) = *IRG* II, 54 = *IRPLu* 19 (388)
- 194.** *CIL* II 2582 (p 707) = *IRG* II, 75 = *IRPLu* 24 (441)
- 195.** *CIL* II 2585 (p 907) = *AE* 1946, 122 = *IRG* II, 50 = *IRPLu* 34 (431, 432)
- 196.** *IRG* II, 3 = *IRPLu* 4 (441)
- 197.** *IRG* II, 29 = *IRPLu* 28 (400)

- 198.** *IRG* II, 52 = *IRPLu* 31 = *HEp* 6, 1996, 636 (389)
- 199.** *IRG* II, 55 = *IRPLu* 20 (388)
- 200.** *AE* 1993, 1030 = *HEp* 4, 1994, 503 = *HEp* 7, 1997, 399 = *HEp* 8, 1998, 335 (388, 389)
- 201.** *IRPLu* 23 = *AE* 1980, 595a = *HEp* 1, 1989, 457 = *AE* 1990, 12 = *HEp* 4, 1994, 504 = *HEp* 8, 1998, 337 = *AE* 2003, 948 = *HEp* 13, 2003-2004, 435 (259)
- 202.** *IRPLu* 75

MADRID

Alcalá de Henares

- 203.** *CIL* II 3034 = *ILMadriD* 25 (332)

MÁLAGA

Antequera

- 204.** *CIL* II 2049 = *CIL* *II*²/5 761 = *AF* *I*² 301 (332)

Málaga

- 205.** *Lex Flavia Municipalis* (Ley de Salpensa): *CIL* II 1963 (p XLIII, 876, 704) = *ILS* 6088 = *AE* 2001, +01205 (415, 419, 422, 424)

NAVARRA

Pamplona

- 206.** *CIL* II 2959 = *AE* 1964, 249bis (267, 268)

OURENSE

Amoeiro

-Cornoces

- 207.** *HAE* 2722 = *IRG* IV, 92 = *HEp* 2, 1990, 571 = *HEp* 7, 1997, 531 (269)

A Rúa de Valdeorras

-A Cigarrosa

- 208.** *CIL* II 2610 = *IRG* IV, 115 = *HEp* 2, 1990, 583 = *AF* *I*² 209 (77, 78, 322, 323, 324, 527)

Bande

-Bande

209. *CIL* II 2518 = *IRG* IV, 79 = *AF* I² 138 = *HEp* 14, 2005, 226 (339)

210. *CIL* II 2529 (p 904) = *IRG* IV, 102 = *HEp* 2, 1990, 513 = *AF* I² 57 (339)

211. *CIL* II 2530 (p 904) = *EE* IX 103 = *HAE* 283 = *IRG* IV, 75 = *AF* I² 67 (339)

212. *CIL* II 2531 = *IRG* IV, 97 = *HEp* 2, 1990, 515 = *AF* I² 153 (339)

213. *HEp* 2, 1990, 512 = *HEp* 4, 1994, 576 = *HEp* 5, 1995, 638 = *AF* I² 22 = *HEp* 7, 1997, 485 (339, 437)

214. *AF* I² 161 = *HEp* 7, 1997, 486 (339)

-Rubiás

215. *CIL* II 2519 = *IRG* IV, 131 = *AF* I² 381 (340)

216. *HEp* 2, 1990, 517 = *AF* I² 591 (340, 427, 468)

-Santiago de Cadós

217. *CIL* II 2520 = *IRG* IV, 130 = *AF* I² 382 (300, 301, 340)

-Santiago de Güín

218. *IRG* IV, 65 (340)

Castrelo del Valle

-S. Martín, Castro de Cabanca

219. *IRG* IV, 66 = *AE* 1976, 296 = *AE* 1981, 528 = *HEp* 2, 1990, 521 (300, 301)

Castro Caldelas

-O Burgo

220. *HAE* 2712 = *IRG* IV, 8 (341, 342, 427, 468)

221. *HEp* 2, 1990, 524 = *AF* I² 594 (341, 342, 427)

-San Juan de Camba

222. *CIL* II 2524 = *ILS* 9296 = *AE* 1955, 248 = *AE* 1967, 227 = *IRG* IV, 81 = *HEp* 2, 1990, 525 = *AF* I² 132 (341, 342)

223. *IRG* IV, 6 = *AF* I² 589 (341, 343)

224. *AF* I² 252 (341, 342)

Celanova

225. (*Tabula* de Castromao) *AE* 1972, 282 = *AE* 1973, 295 = *AF* I² 610 (443)

226. (Castromao) *HEp* 2, 1990, 526 = *AF* I² 639a (457)

Maceda

-Asadur

227. *AE* 1973, 317 = *AE* 1974, 394 = *AE* 1989, 435 = *HEp* 3, 1993, 277 = *AF* I² 592 (464)

Maside

228. *IRG* IV, 78 = *HEp* 10, 2000, 388 (400)

O Barco de Valdeorras

-O Barco

229. *CIL* II 2612 = *IRPL* 314 (324, 325)

230. *AF* I, 534 = *HEp* 3, 1993, 272 = *AF* I² 106 = *HEp* 7, 1997, 490 (324)

-Os Poulos/Millarouso

231. *CIL* II 2611 = *IRG* IV, 72 (324)

-Vilaira (A Escrita)

232. *AF* I² 130 (324, 325, 439)

Oimbra

-Rabal

233. *AE* 1974, 398 = *HEp* 2, 1990, 568 = *AF* I² 213 (446)

Puebla de Trives

-Puebla de Trives

234. *CIL* II 2525 = *IRG* IV, 63 = *AE* 1977, 445 = *HEp* 2, 1990, 578 = *HEp* 5, 1995, 645 = *AF* I² 10 = *HEp* 7, 1997, 533 (341, 343)

235. *CIL* II 2601 = *IRG* IV, 83 = *HEp* 2, 1990, 579 = *AF* I² 133 (341, 343)
236. *CIL* II 2602 = *IRG* IV, 82 = *AF* I² 135 (341, 343)
237. *CIL* II 2604 (p 908) = *IRG* II, 92 = *IRG* IV, 123 = *AF* I² 212 (343)
238. *CIL* II 2605 = *IRG* II, 93 = *IRG* IV, 124 = *AF* I² 383 (343)
239. *IRG* IV, 62 = *AF* I² 52 (341, 343)
240. *IRG* IV, 101 (343)
241. *HEp* 2, 1990, 580 = *AF* I² 139 (341, 342)
242. (Zona del Larouco) *HEp* 5, 1995, 644 (343)
243. *AF* I² 62 (343)
- Santa María
244. *AE* 1903, 236 = *IRG* IV, 119 (300, 301, 341, 342)
245. *IRG* IV, 125 (342)
246. *IRG* IV, 138 (342)
- Vilanova
247. *AF* I² 8 (343)
- Sarreaus
- Lodoselo (Louviño)
248. García Valdeiras, M. O Forum Limicorum, *Minus* 9, 2001, p. 39-50 (334, 335)
- Nocelo da Pena
249. *CIL* II 2516 = *IRG* IV, 9 = *AF* I² 596 (78, 97, 332, 334, 335, 427, 437, 468)
250. *CIL* II 2517 = *IRG* IV, 10 = *AF* I² 595 (78, 97, 332, 334, 335, 427, 437, 468)
251. (San Pedro) *CIL* II 5622 = *IRG* IV, 80 = *HEp* 2, 1990, 593 = *AF* I² 134 (335)
252. *IRG* IV, 1 = *AE* 1976, 295 = *HEp* 2, 1990, 594 = *HEp* 7, 1997, 545 (335)
- Sarreaus
253. (Codosedo) *AE* 1991, 1040 = *HEp* 4, 1994, 586 = *AF* I² 224 = *HEp* 7, 1997, 548 (331)
- Verín
- Tamaguelos
254. *IRG* IV, 49 = *AF* I² 531 (332)
- Vilamartín de Valdeorras
- Vilamartín de Valdeorras
255. *IRG* IV, 99 = *AE* 1987, 562d = *HEp* 2, 1990, 603 (324, 325)
- Villar de Santos
256. *CIL* II 4858 (p 995) = *IRG* IV, 31 = *ILER* 1793 = *AF* I² 473 (508)
- Xinzo de Limia
257. *CIL* II 2522 = *IRG* IV, 100 = *AF* I² 166 (333, 334)
258. *CIL* II 2565 = *IRG* IV, 91 = *HEp* 2, 1990, 542 = *HEp* 5, 1995, 640 = *HEp* 6, 1996, 699 = *AF* I² 98 (334)
259. *CIL* II 2566 = *IRG* IV, 118 = *AF* I² 216 (333, 334, 441, 446)
260. *AE* 1946, 6 = *IRG* IV, 127 (334)
261. *IRG* IV, 67 = *HEp* 4, 1994, 578 = *HEp* 7, 1997, 508 (334, 437)
262. *IRG* IV, 93 = *HEp* 2, 1990, 541 (333, 334, 439)
263. *HEp* 2, 1990, 539 (333, 334)
264. *HEp* 2, 1990, 543 = *AF* I² 34 (333, 334, 437)
265. *HEp* 2, 1990, 544 = *AF* I² 217 (334)
266. *HEp* 4, 1994, 579 = *AF* I² 38 (333, 334, 437)
267. *AF* I² 43 = *HEp* 7, 1997, 506 (333, 334)
268. *AF* I² 150 = *HEp* 7, 1997, 504 (334, 437)
269. *AF* I² 115 = *HEp* 7, 1997, 501 (333, 334, 439)
270. Rodríguez González, X. *Museo Arqueológico Provincial de Ourense, Peza do Mes, Outubro 2006, 'Ara a Cibeles', 2006* (333, 334)

PALENCIA

Paredes de Nava

271. *CIL* II 5762 = *AE* 1994, 1006 = *HEp* 5, 1995, 656 = *HEp* 9, 1999, 479 (451)
272. *CIL* II 5763 (p 1050) = *ILS* 6096 (451)
273. *AE* 1999, 922 = *HEp* 9, 1999, 478 (474)

PONTEVEDRA

Pontecesures

274. *IRG* III, 15 = *CIRG* II, 100 (330)
275. *IRG* III, 36 = *CIRG* II, 98 = *HEp* 6, 1996, 757 (330)

Rodeiro

276. *CIRG* II, 84 = *HEp* 6, 1996, 764 (311)

Vigo

277. *AE* 1969-1970, 257 = *CIRG* II, 39 (378, 379)
278. *AE* 1969-1970, 258 = *CIRG* II, 40 (378, 379)
279. *AE* 1969-1970, 259 = *CIRG* II, 38 = *HEp* 6, 1996, 777 (378, 379)
280. *AE* 1969-1970, 260 = *CIRG* II, 47 = *HEp* 6, 1996, 781 (379)
281. *AE* 1969-1970, 261 = *CIRG* II, 41 (378, 379)
282. *AE* 1969-1970, 262 = *CIRG* II, 42 (379)
283. *AE* 1969-1970, 263 = *CIRG* II, 43 = *HEp* 6, 1996, 778 (378, 379)
284. *AE* 1969-1970, 265 = *CIRG* II, 48 = *HEp* 6, 1996, 785 (379)
285. *AE* 1969-1970, 266 = *CIRG* II, 44 = *HEp* 6, 1996, 779 (379, 380)
286. *AE* 1969-1970, 267 = *CIRG* II, 52 (378, 379)
287. *CIRG* II, 49 = *HEp* 6, 1996, 782 (378, 379)
288. *CIRG* II, 51 = *HEp* 6, 1996, 784 (378, 379)

SEVILLA

Osuna

289. *Lex coloniae Genetivae Iuliae Ursonensis*: *CIL* II 5439 (p 1038) = *CIL* II 5439a = *CIL* I 594 (p 724, 833, 916) = *ILS* 6087 = *AE* 1946, 123 = *AE* 1946, 163 = *AE* 1950, 50 = *AE* 1952, 120 = *AE* 1951, 32 = *AE* 1951, 48 = *CILA* II, 611 = CRAWFORD, M. H., *Roman Statutes*, I, Londres, 1996, n° 25 = *AE* 1997, 826 = *AE* 1998, 742 = *CIL* II²/5, 1022 (247)

San Juan de Aznalfarache

290. *CIL* II 1256 (p 842) = *ILS* 6918 = *CILA* II, 586 (284, 462, 463)

Santiponce

291. *CIL* II 1126 = *ERItalica* 70 = *CILA* II, 404 (275)

Saucejo, El

292. *Lex Flavia Municipalis* (Ley de Irni): *AE* 1984, 454 = *AE* 1986, 332 = *AE* 1986, 333 = *AE* 1987, 491-492bis = *AE* 1988, 704 = *AE* 1989, 415 = *AE* 1990, 527 = *AE* 1991, 991a-c = *AE* 1993, 25-29 = *AE* 1993, 998-999 = *HEp* 3, 1993, 352 = LAFFI, U. "Osservazioni Sul Testo Dell'inizio Del Capitolo <LXIX> Della Lex Iritana, Alla Luce Di Un Nuovo Frammento Della Lex Villonensis." *ZPE* 103, 1994, p. 147-53 = *AE* 1994, 912 = *AE* 1995, 776 = *HEp* 5, 1995, 726 = *CILA* V, 1201 = *HEp* 6, 1996, 878 = *HEp* 9, 1999, 520 = *HEp* 11, 2001, 474 = *HEp* 11, 2001, 475 = *HEp* 14, 2005, 329 = *AE* 2006, 64 = *HEp* 15, 2006, 330 (419, 421, 422, 463)

Sevilla

- 293.** *CIL* II 1178 (p 841) = *ILS* 2736
= *CILA* II, 22 = *HEp* 14, 2005,
350 (255)
294. *CIL* II 1179 (p 841) = *ILS* 1591
= *CILA* II, 25 (258)

SORIA

Burgo de Osma

- 295.** *AE* 2001, 1220 = *HEp* 11,
2001, 482 (347)

TARRAGONA

Tarragona

- 296.** *CIL* II 4083 = *ILS* 2416 = *RIT*
38 (275)
297. *CIL* II 4089 (p LXXVIII, 972)
= *RIT* 50 (486)
298. *CIL* II 4113 = *RIT* 129 (265)
299. *CIL* II 4114 (p XLVII,
LXXVIII, 711, 972) = *ILS* 1140
= *RIT* 130 (487)
300. *CIL* II 4120 = *RIT* 138 (263)
301. *CIL* II 4121 (p LXXVIII) = *ILS*
1145 = *RIT* 139 (279, 280)
302. *CIL* II 4125 (p 972) = *RIT*
143 (287)
303. *CIL* II 4127 (p 972) = *RIT* 146
(265)
304. *CIL* II 4128 = *RIT* 148 (265)
305. *CIL* II 4135 = *ILS* 1365 = *RIT*
154 (252)
306. *CIL* II 4144 (p XLVII, LXXIX,
972) = *AE* 1957, 41 = *RIT* 185 =
AE 2003, 939 (400)
307. *CIL* II 4166 (p 972) = *RIT* 147
(265)
308. *CIL* II 4188 (p 972) = *ILS* 1393
= *RIT* 252 (451)
309. *CIL* II 4192 (p LXXVIII, 972)
= *CIL* V, p 771 = *ILS* 6926 =
RIT 330 (435)
310. *CIL* II 4201 (p XLVII) = *ILS*
6927 = *RIT* 331 (451)
311. *CIL* II 4204 (p 902, 972) = *RIT*
266 = *AF* I² 305 (313, 448)
312. *CIL* II 4208 = *ILS* 6928 = *AE*
1971, 190 = *RIT* 332 (280, 281)

- 313.** *CIL* II 4215 = *ILS* 6931 = *RIT*
276 = *AF* I² 307 (336, 391, 428,
448, 451)
314. *CIL* II 4223 (p 973) = *ILS* 6932
= *RIT* 287 (441, 448)
315. *CIL* II 4225 = *ILS* 2714 = *RIT*
288 (250)
316. *CIL* II 4233 (p 973) = *ILS* 6940
= *RIT* 323 (435)
317. *CIL* II 4236 (p 973) = *RIT* 324
(448)
318. *CIL* II 4237 (p LXXVIII) =
CIL V, p 771 = *RIT* 299 = *HEp*
7, 1997, 959 (448)
319. *CIL* II 4247 (p 973) = *RIT* 307
(447, 448)
320. *CIL* II 4248 = *ILS* 6937 = *RIT*
333 = *HEp* 13, 2003-2004, 682
(78, 280, 281, 343, 344, 349,
428, 447, 448, 451)
321. *CIL* II 4255 = *RIT* 314 (449)
322. *CIL* II 4257 (p LXXVIII) =
CIL V, p 771 = *RIT* 308 (448)
323. *CIL* II 6088 = *RIT* 204 (275)
324. *CIL* II 6094 = *RIT* 275 (448)
325. *EE* VIII 199 = *AE* 1897, 100 =
RIT 284 = *AE* 2006, 695 = *HEp*
15, 2006, 341 (449)
326. *AE* 1932, 84 = *AE* 1956, 129 =
AE 1965, 236 = *AE* 1966, 189 =
AE 1967, 245 = *RIT* 145 (451)
327. *RIT* 261 (447, 448)

TOLEDO

Talavera de la Reina

- 328.** *ILER* 5648 = *AE* 1976, 277
(499, 500)

VALENCIA

Sagunto

- 329.** *CIL* II 3840 (p LXXX, 967) =
ILS 1376 = *IRST* 23 = *CIL*
II²/14, 333 = *IRSAT* 25 (250,
391)

Valencia

- 330.** *CIL* II 3738 = *ILS* 597 = *CIL*
II²/14, 20 = *HEp* 18, 2009,
462 (265)

VALLADOLID

Herrera de Pisuerga

331. *HAE* 2452 = *AE* 1967, 239 = *AE* 2002, 785 = *HEp* 12, 2002, 363 (451)

Montealegre de Campos

332. (Tábula de Montealegre) *AE* 1985, 581 = *AE* 1987, 614 = *AE* 1988, 764 = *HEp* 1, 1989, 645 = *AE* 1991, 1047 = *AE* 1992, 1032 = *AE* 1993, 1037 = *HEp* 3, 1993, 412 = *AE* 1994, 1005 = *HEp* 4, 1994, 944 = *HEp* 5, 1995, 866 = *HEp* 6, 1996, 987 (309, 436, 441, 442)

ZAMORA

Pino del Oro

333. Bronce de El Picón: *HEp* 18, 2009, 479 = *AE* 2009, 607 (95, 528)

Villalcampo

334. *HAE* 827 = *HAE* 1501 = *CIRPZa* 290 (441)
335. *HAE* 904 = *CIRPZa* 240 (528)

INCIERTO

336. (Galicia) *CIL* II 2598 = *AF* I² 18 (259, 335, 474)

Portugal

BEJA

Aljustrel

337. *Vipasca* I (*Vip.* I): *CIL* II 5181 = *ILS* 6891 = *IRCP* 142 = *AE* 2001, 1128 (211, 216)
338. *Vipasca* II (*Vip.* II): *AE* 1906, 151 = *AE* 1907, 90 = *AE* 1907, 139 = *AE* 1907, 140 = *AE* 1907, 180 = *AE* 1907, 228 = *AE* 1907, 248 = *AE* 1909, 33 = *AE* 1909, 68 = *AE* 1912, 132 = *AE* 1912, 288 = *AE* 1952, 81 = *AE* 1979, 337 = *HEp* 11, 2001, 649 = *HEp* 11, 2001, 650 = *EJER* 6 = *IRCP* 143 (208, 211, 258, 273)
339. *AE* 1908, 233 (213)
340. *IRCP* 121 (258)

BRAGA

Amares

- Santa Maria do Bouro (Cha Grande)
341. *AE* 1982, 566 = *RAP* 339 (331)
342. *AE* 1983, 557 = *RAP* 642 (331)

Braga

- Braga

343. *CIL* II 2415 = *RAP* 335 (264)
344. *CIL* II 2416 (p XLIV, 900) = *ILS* 6924 = *ILER* 352 = *RAP* 454 (389, 390)
345. *CIL* II 2419 (p 900) = *ILS* 6922 = *AE* 1986, 386 = *HEp* 1, 1989, 666 = *RAP* 174 = *HEp* 5, 1995, 966 = *HEp* 7, 1997, 1160 = *HEp* 17, 2008, 215 = *AE* 2008, 679 (390)
346. *CIL* II 2423 (p 900) = *AE* 1967, 222 (263, 266, 390)
347. *CIL* II 2424 (p XLIV, 900) = *AE* 2005, 838 = *HEp* 14, 2005, 421 (445, 446)
348. *CIL* II 2435 = *HEp* 4, 1994, 1011 (389, 390)
349. *CIL* II 2437 (446)
350. *CIL* II 2438 (446)
351. *CIL* II 2444 (445)
352. *CIL* II 2450 (446)
353. *CIL* II 5123 = *RAP* 261 (387)
354. *AE* 1973, 299 (377)
355. *AE* 1973, 303 (389)

356. *AE* 1974, 392 = *RAP* 485 (387)

357. *AE* 2004, 771b (393, 394)

358. *AE* 2004, 771c (393)

- Semelhe

359. (San Martinho de Dume) *CIL* II 2433 (389, 390)

360. *EE VIII* 280 = *ILS* 8895 = *ILER* 1028 = *RAP* 477 (87, 88, 94)

Cabeceiras de Basto

-Refojos de Basto (Santa Comba)

361. *AE* 1981, 526 = *AE* 1983, 548 = *HEp* 1, 1989, 667 = *HEp* 10, 2000, 717 (323, 324)

Terras de Bouro

-Campo do Gerês

362. *CIL* II 4805 = *MiNoH* 277 (330)

363. *MiNoH* 278 = *HEp* 2003-2004, 845 (330)

-Covide

364. *CIL* II 4814 = *MiNoH* 301 (318)

Vieira do Minho

-Ruivães (Caminho de Santa Leocádia)

365. *CIL* II 4783 = *AF I*² 402 (313)

Vizela

-San Miguel de Caldas de Vizela

366. *CIL* II 2408 (265)

BRAGANÇA

Bragança

-Castro de Avelãs

367. *CIL* II 2606 (p 909) = *RAP* 3 = *AF I*² 107 = *ERRB* 1 (449)

368. *CIL* II 2607 (p 909) = *CIL* II 5651 = *RAP* 2 = *AE* 1992, 995 = *HEp* 5, 1995, 984 = *AF I*² 108 = *ERRB* 3 (453)

Macedo de Cavaleiros

-Olmos

369. *AF I*² 109 = *RAP* 4 = *ERRB* 2 (453)

Miranda do Douro

-Aldeia Nova

370. *EE VIII* 128 = *AF I*² 215 = *HEp* 7, 1997, 1173 (528)

CASTELO BRANCO

Castelo Branco

371. (Monte de São Martinho) *AE* 2003, 862 = *AE* 2004, 718 = *HEp* 13, 2003-2004, 867 (435, 436)

372. (Monte de São Martinho) *HEp* 13, 2003-2004, 870 (457)

GUARDA

Sabugal

-Vila do Touro

373. *HEp* 2, 1990, 809 = *HEp* 12, 2002, 645 (300, 301, 306, 332)

- Santo Estêvão

374. *AE* 1984, 483 = *HEp* 13, 2003-2004, 993 (436)

OPORTO

Vila Nova de Gaia

-Pedroso

375. (Castro de Monte Murado) *AE* 1983, 476 (94, 433)

376. (Castro de Monte Murado) *AE* 1983, 477 (433)

VIANA DO CASTELO

Ponte de Limia

-Bertiandos

377. *CIL* II 4870 = *ILER* 1888 (508)

VILA REAL

Alijó

-Pinhão

378. *CIL* II 6291 = *EE VIII* 111 = *AF I*² 221 y 334 (400, 445, 446)

Chaves

-Chaves

379. Columna de Vespasiano (Pedrao dos Povos): *CIL* II 2477

= *CIL* II 5616 = *ILS* 254 = *AE* 1952, 22 = *ILER* 1084 = *AE* 1983, 586 = *AF* I 437 = *RAP* 494 = *AE* 1994, 939 = *AF* I² 587 (250, 253, 263, 269, 313, 331, 332, 469, 508)

380. *CIL* II 2478 (p 902, 1040) = *ILS* 5898 = *RAP* 498b (508)

381. *AE* 1973, 302 = *HEp* 2, 1990, 587 = *HEp* 4, 1994, 587 = *AF* I² 210 (445)

382. *AE* 1973, 304 = *RAP* 242 = *AF* I² 84 (313)

383. *AE* 1973, 305 = *AE* 1990, 992 = *HEp* 2, 1990, 843 = *RAP* 352 = *AF* I² 4 = *AE* 2005, 840 = *HEp* 15, 2006, 538 (312, 313)

384. *AF* I² 76 = *AE* 2000, 745 = *RAP* Ad. 16 (313)

-Vale de Anta

385. *CIL* II 2475 = *HEp* 2, 1990, 855 = *RAP* 644 = *AF* I² 169 (331)

-Vila Frade

386. *CIL* II 4795 = *AF* I² 560 (332)

Montealegre

-Vilar de Perdizes

387. (Penedo de Remeseiros) *CIL* II 2476 = *ILS* 254 = *AE* 1980, 580 = *AE* 1981, 527 = *AE* 1985, 577 = *AE* 1987, 562q = *HEp* 2, 1990, 875 = *AE* 1993, 1027 = *HEp* 5,

1995, 1058 = *HEp* 7, 1997, 1245 = *AF* I² 611 = *HEp* 19, 2010, 558 (460)

Panóias

388. *CIL* II 2395d (p 891) = *HEp* 1, 1989, 693 = *HEp* 5, 1995, 1061 = *HEp* 6, 1996, 1084 (265)

Valpaços

- Fiães

389. *CIL* II 2496 = *HEp* 2, 1990, 884 = *AF* I² 375 = *HEp* 7, 1997, 1253 (332)

Vila Pouca de Aguiar

- Riberinha (Tresminas)

390. *CIL* II 2389 = *AE* 1907, 150 = *HEp* 2, 1990, 891 = *AF* I² 2 (273, 437, 528)

391. *AE* 1907, 151 = *AF* I² 1 = *HEp* 7, 1997, 1259 (273, 437, 528)

392. *AE* 1980, 582 = *HEp* 2, 1990, 892 = *AF* I² 167 = *HEp* 17, 2008, 254 (273, 437, 528)

São João da Pesqueira

-São João da Pesqueira

393. *CIL* II 434 (p 696) = *HEp* 2, 1990, 901 (332)

394. (Bonn) *CIL* XIII 8007 (264)

395. (Bonn) *CIL* XIII 8098 (474)

396. (Rheinzabern) *CIL* XIII 12167, 1-8 (269)

397. (Bir Selmoun) *AE* 1942-1943, 69 (251)

398. (*Constantina*) *CIL* VIII 7070 = *CIL* VIII 19428 (392)

399. (*Lambaesis*) *CIL* VIII 2747 (264)

400. (*Lambaesis*) *CIL* VIII 18273 (264, 267)

401. (*Mauretania Caesarensis*) *CIL* VIII 8421 (265)

402. (Souk-el-Khmis) *CIL* VIII 10570 (552)

AUSTRIA

403. (Feldkirchen/Kärnten) *CIL* III 4788 = *ILLPRON* 604 (175)
404. (Friesach) *CIL* III 5036 = *ILLPRON* 89 (175)
405. (Klein S. Paul) *AE* 1995, 1195 = *AE* 2008, 994 = *ILLPRON* 720 (175)
406. (Liebenfels) *CIL* III 4809 = *ILS* 1467 = *ILLPRON* 151 (175)

BOSNIA Y HERZEGOVINA

407. (Glamoč) *ILJug* 1655 (207, 208)
408. (Ljubija) *AE* 1973, 411 (206)
409. (Srebrenica) *CIL* III 12736 = *AE* 1893, 131 (520)

CROACIA

410. (Benkovac) *CIL* III 2864 = *CIL* III 9960 = *ILS* 1015 (262)
411. (Osijek) *AE* 2006, 1094 (206)
412. (Solin) *CIL* III 1997 = *ILS* 1595 (207)
413. (Solin) *CIL* III 2016 = *CIL* III 8577 = *ILS* 2530 (321, 322)

ESLOVAQUIA

414. (Sitnica) *ILJug* 2, 501 = *AE* 1972, 500 (207)

FRANCIA

415. (La Turbie) *CIL* V 7817 = *AE* 1973, 323 = *AE* 1999, 995 = *AE* 2002, 899 = *AE* 2005, 958 (240, 241)
416. (Lyon) *CIL* XIII 1802 (264)
417. (Lyon) *CIL* XIII 1811 = *ILS* 8641 (214)
418. (Nîmes) *CIL* XII 3167 = *AE* 1982, 379 (263)
419. (Nîmes) *CIL* XII 3172 (265)
420. (Vienne) *CIL* XII 1855 (251, 255, 391)
421. *Lex civitatis Narbonensis de flamonio provinciae: CIL* XII

6038 = *ILS* 6964 = *AE* 1987, 749
= *AE* 2000, 115 = *AE* 2002, 139
= *AE* 2005, 126 (451)

HUNGRÍA

422. (*Aquincuum*, Székesfehérvár) *CIL* III 10336 (262)
423. (Baracska) *CIL* III 10369 (483, 484)

ITALIA

424. (Benevento) *CIL* IX 1571 (265)
425. (Benevento) *CIL* IX 1572 (265)
426. (Casalbordino, Chieti) *ILS* 8975 = *AE* 1897, 19 (264)
427. (Fano) *AE* 1985, 374 (251, 255)
428. (Ferentino) *CIL* X 5829 (483)
429. *Lex imperio Vespasiani: CIL* VI 930 = *ILS* 244 = *AE* 1938, 31 = *AE* 1952, 77 = *AE* 1977, 16 = *AE* 1991, 69 = *AE* 1993, 116 = *AE* 2005, 39 = CRAWFORD, M. H., *Roman Statutes*, I, Londres, 1996, nº 39 (126)
430. (Milán) *CIL* V 5835 (499, 500)
431. (Ostia) *CIL* XIV 52 (258)
432. (Ostia) *CIL* VI 1567 = *CIL* XIV 4473 (263)
433. (Palestrina) *CIL* XIV 2941 (264)
434. (Pratica di Mare, Anzio, Roma) *AE* 2000, 656 (253, 499, 514)
435. (Roma) *CIL* VI 332 (280, 281, 518)
436. (Roma) *CIL* VI 648 (251)
437. (Roma) *CIL* VI 933 = *CIL* VI 31208 = *ILS* 249 = *AE* 1992, 92 = *AE* 2002, 135 (137, 138)
438. (Roma) *CIL* VI 1260 = *CIL* XI 3793 = *AE* 2001, 178 = *AE* 2002, 184 (139)
439. (Roma) *CIL* VI 1336 = *ILS* 1151 (262)
440. (Roma) *CIL* VI 1454 (443, 515, 517)

441. (Roma) *CIL* VI 1463 = *ILS* 1423 (274, 279, 280, 392)
442. (Roma) *CIL* VI 1485 (264, 267)
443. (Roma) *CIL* VI 1486 (264, 267)
444. (Roma) *CIL* VI 1507 (264)
445. (Roma) *CIL* VI 1510 = *ILS* 1123 (262)
446. (Roma) *CIL* VI 1599 = *CIL* VI 41141 (251, 255)
447. (Roma) *CIL* VI 1620 (pp. 854 y 3163) (251, 255)
448. (Roma) *CIL* VI 1638 = *CIL* VI 41281 (253, 499)
449. (Roma) *CIL* VI 2536 (399, 400)
450. (Roma) *CIL* VI 3853 (265)
451. (Roma) *CIL* VI 32412 (264, 268, 488)
452. (Roma) *CIL* VI 31696 = *CIL* VI 41195 (264)
453. (Roma) *CIL* VI 41229 = *AE* 1929, 158 = *AE* 1930, 76 = *AE* 1933, 1 = *AE* 1995, 124 = *AE* 1995, 762 (515, 516)
454. (Roma) *AE* 1932, 58 (132)
455. (Roma) *AE* 1933, 95 (399, 400)
456. (Roma) *AE* 1945, 85 (137, 138)
457. (Rimini) *CIL* XI 395 = *AE* 2009, 468 (269)
458. (San Valentino, Pescara) *CIL* IX 3044 = *AE* 1986, 221 (240, 241)
459. (Suessa) *CIL* X 4750 (264)
460. (Superaequum) *ILS* 9070 = *AE* 1902, 189 = *AE* 1912, p. 66 s.n. 219 = *AE* 1977, 241 (250)
461. (Susa, Turín) *CIL* V 7231 = *AE* 2004, 570 (240, 241)
462. *Tabula Heracleensis*: *CIL* I 00593 (p 724, 739, 833, 916) = *AE* 1991, 522 = *AE* 1994, 540 = *AE* 1995, 34 = CRAWFORD, M. H., *Roman Statutes*, I, Londres, 1996, n° 39 = *AE* 1997, 418 = *AE* 2003, 15 = *AE* 2004, 126 = *AE* 2008, 43 (278, 327, 462)
463. (Tivoli) *CIL* XIV 4248 (262)
464. (Trieste) *CIL* V 534 = *AE* 1991, 757 (251, 254)
465. (Trieste) *CIL* V 535 (251, 254)
466. (Turín) *CIL* V 6974 (263)
467. (Turín) *CIL* V 6980 (263)
468. (Turín) *CIL* V 6987 (263)
469. (*Veleia*) *Lex Rubria de Gallia Cisalpina*: *CIL* I 592 (p 724, 833, 916) = *CIL* XI 1146 = *AE* 1964, 173 = LAFFI, U. "La Lex Rubria de Gallia Cisalpina." *Athenaeum* 64, 1986, 5-44 = *AE* 1987, 395 = *AE* 1991, 709 = *AE* 1993, 726 = *AE* 2006, 445 (304, 327)
470. (*Veleia*) *CIL* XI 1183 = *ILS* 1079 (264)
471. (Venafro, Isernia) *CIL* X 4842 = *ILS* 5743 = *FIRA*² I, 67 = *AE* 1962, 92 = *AE* 2008, 391 (246)
472. (Zuglio, Udine) *CIL* V 1838 = *ILS* 1349 = *AE* 2006, 467 (240, 241)

LÍBANO

473. (*Heliopolis*, Baalbek) *AE* 1939, 60 = *AE* 1951, 237 = *AE* 1940, 128 = *AE* 1949, p. 16 s. n. 24 = *AE* 2001, 1993 (279, 280)

LIBIA

474. (*Leptis Magna*) *CIL* VIII 13 = *ILS* 1014 = *HAE* 837 = *AE* 1948, 3 cf. = *AE* 1952, p. 36 s.n. 104 (263)

MARRUECOS

475. (*Banasa*) *AE* 1961, 142 = *AE* 1962, 142 = *AE* 1971, 534 = *AE* 1977, 871 = *AE* 1995, 1801 = *AE* 1999, 1860 (424)

REINO UNIDO

476. (Pumsaint, Gales) *CIL* VII 151 = *CIL* VII, p. 306 = *RIB* 406 (248)

477. (Ingliston, Newbridge, Escocia) *CIL* VII 1085 = *AE* 1975, 581 = *RIB* 2313 (482)

RUMANÍA

478. (Alba Iulia) *CIL* III 1088 = *IDR* III/5, 228 (205)
479. (Caransebeș) *AE* 1999, 1302 = *ILD* 213 (195)
480. (Geoagiu) *CIL* III 941 = *IDR* III/3, 235 (216)
481. (Meteș) *CIL* III 1312 = *ILS* 1593 = *IDR* III/3, 366 (203, 205)
482. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 924-927, I = *TabCerD* I (220, 221)
483. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 929 = *TabCerD* II (221)
484. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 930-932, III = *TabCerD* III (213)
485. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 933, IV = *TabCerD* IV (221)
486. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 934-935, V = *TabCerD* V (214, 221)
487. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 944-947, VIII = *TabCerD* IX (210, 217, 221)
488. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 948, IX = *TabCerD* X (221)
489. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 948, X = *TabCerD* XI (217, 234, 235)
490. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 949, XII = *TabCerD* XIII (214, 221)
491. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 950-951, XIII = *TabCerD* XIV (214)
492. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 953, XV (p 1058) = *TabCerD* XVI (217)
493. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 954, XVII = *TabCerD* XVIII = *IDR* I, 4 (221)
494. (Roșia Montană) *CIL* III, p. 957, XXI = *TabCerD* XXII (221)
495. (Roșia Montană) *CIL* III 1260 = *IDR* III/3, 390 (218)
496. (Roșia Montană) *CIL* III 1271 = *AE* 1960, 153 (219)
497. (Roșia Montană) *AE* 1944, 24 = *AE* 1960, 261 = *IDR* III/3, 388 (220, 221)
498. (Roșia Montană) *AE* 1990, 828 = *AE* 2004, 1183 (219)
499. (Roșia Montană) *AE* 1990, 829 (219)
500. (Roșia Montană) *AE* 1990, 830 (219)
501. (Roșia Montană) *AE* 1990, 832 (219)
502. (Roșia Montană) *AE* 1990, 835 (219)
503. (Roșia Montană) *AE* 1990, 836 (219)
504. (Roșia Montană) *AE* 1990, 837 (219)
505. (Roșia Montană) *AE* 1990, 840 (219)
506. (Roșia Montană) *AE* 1990, 842 (219)
507. (Roșia Montană) *AE* 1990, 848 (218, 219)
508. (Salaj) *CIL* III 383 = *CIL* III 7075a = *CIL* III 12245 (195)
509. (Vețel) *CIL* III 7856 = *IDR* III/3, 110 (195)
510. (Zlatna) *CIL* III 1293 = *IDR* III/3, 282 (205)
511. (Zlatna) *CIL* III 1295 = *IDR* III/3, 310 (205)
512. (Zlatna) *CIL* III 1297 = *ILS* 1594 = *IDR* III/3, 314 (203, 204)
513. (Zlatna) *CIL* III 1298 = *IDR* III/3, 316 (204, 205)
514. (Zlatna) *CIL* III 1306a = *AE* 1960, 238 = *IDR* III/3, 281 (205)
515. (Zlatna) *CIL* III 1307 = *IDR* III/3, 283 (218)
516. (Zlatna) *CIL* III 1310 = *IDR* III/3, 307 (205)
517. (Zlatna) *CIL* III 1311 = *IDR* III/3, 359 (205)
518. (Zlatna) *CIL* III 1322 = *AE* 1968, 443 = *IDR* III/3, 345 (195, 215)

519. (Zlatna) *CIL* III 1622 = *ILS* 1532 = *IDR* III/3, 347 (205)
 520. (Zlatna) *AE* 1959, 308 = *IDR* III/3, 292 = *AE* 2003, 1512 (206)
 521. (Zlatna) *AE* 1991, 1344 (203, 204)
 522. (Zlatna) *AE* 1991, 1345 (203, 204)

SERBIA

523. (Kuršumlja) *AE* 1978, 705 = *IMS* 4, 136 = *AE* 1994, 1512 (207)
 524. (Ravna) *IMS* III/2, 31 (194)

TÚNEZ

525. (Ain-el-Djemala) *Lex Hadriana de rudibus agris: CIL* VIII 25943 = *AE* 1907, 196 = *AE* 1907, p. 52 s.n. 184 = *AE* 1907, p. 63 s.n. 228 = *AE* 1908, p. 8 s.n. 30 = *AE* 1908, p. 47 s.n. 194 = *AE* 1912, p. 84 s.n. 288 (68, 142)

526. (Hr. Mettich, *Fundus Villae Magnae Varianae*) *Lex Manciana: CIL* VIII 25902 = 1897, 151 = *AE* 1897, p. 42 s.n. 134 = *AE* 1898, p. 2 s.n. 2 = *AE* 1898, p. 42 s.n. 134 = *AE* 1910, p. 12 s.n. 56 = *AE* 1952, 209 = *AE* 1953, 130 = *AE* 1962, 375 = *AE* 1988, 1096 = *AE* 1991, 1613 = *AE* 1993, 1756 = *AE* 1998, 1509 = *AE* 1998, 1579 (68, 135, 137, 142, 552)
 527. (Ksar Bou Fatha) *CIL* VIII 23599 = *AE* 2010, 1791 (241)
 528. (Tisiduo, África Proconsular) *CIL* VIII 1269 = *CIL* VIII 14763 = *ILS* 6781 (140)
 529. (*Thysdrus*) *CIL* VIII 10500 = *ILS* 1409 (541)

TURQUÍA

530. (*Kassaba*) *ILS* 8842 = *AE* 1911, 136 (265)
 531. (*Ephesos*) *AE* 1957, 161 (265, 514, 515, 517)

ABREVIATURAS

AE	<i>L'Année épigraphique</i> . Revue des publications épigraphiques relatives à l'Antiquité romaine, París.
AF I	A. Rodríguez Colmenero (1987): <i>Aquae Flaviae I. Fontes Epigráficas</i> , Chaves.
AF I ²	A. Rodríguez Colmenero (1997): <i>Aquae Flaviae. I. Fontes epigráficas de Gallaecia meridional interior</i> , Chaves.
CIB	C. Veny (1965): <i>Corpus de las inscripciones baleáricas hasta la dominación árabe</i> , Madrid.
CIL	E. Hübner (1869): <i>Corpus Inscriptionum Latinarum II. Inscriptiones Hispaniae Latinae</i> , Berlín.
CIL II ² /5	A.U. Stylow, R. Atencia Páez, J. González Fernández, C. González Román, M. Pastor Muñoz y P. Rodríguez Oliva, eds. (1998): <i>Corpus Inscriptionum Latinarum II: Inscriptiones Hispaniae Latinae, editio altera, pars V. Conventus Astigitanus</i> , Berlín y Nueva York.
CIL II ² /14	G. Alföldy, M. Clauss y M. Mayer, eds. (1995): <i>Corpus Inscriptionum Latinarum II: Inscriptiones Hispaniae Latinae, editio altera, pars XIV, fasciculus I. Pars meridionalis conventus Tarraconensis</i> , Berlín y Nueva York.
CILA I	J. González (1989): <i>Corpus de Inscripciones Latinas de Andalucía. Volumen I. Huelva</i> , Sevilla.
CILA II	J. González (1991): <i>Corpus de inscripciones latinas de Andalucía. Volumen II: Sevilla. Tomo I: La Vega (Hispalis)</i> , Sevilla.
CILA III	J. González (1991): <i>Corpus de inscripciones latinas de Andalucía. Volumen II: Sevilla. Tomo II. La Vega (Italica)</i> , Sevilla.
CILA V	J. González (1996): <i>Corpus de Inscripciones Latinas de Andalucía. Volumen II. Sevilla. Tomo IV. El Aljarafe, Sierra Norte, Sierra Sur</i> , Sevilla.
CIRG I	G. Pereira Menaut (1991): <i>Corpus de inscripciones romanas de Galicia. I. Provincia de A Coruña</i> , Santiago de Compostela.
CIRG II	J.M. Baños Rodríguez (1994): <i>Corpus de inscripciones romanas de Galicia. II. Provincia de Pontevedra</i> , Santiago de Compostela.
CIRPZa	Á. Alonso Ávila y S. Crespo Ortiz de Zárate (2000): <i>Corpus de inscripciones romanas de la provincia de Zamora. Fuentes epigráficas para la historia social de Hispania romana</i> , Valladolid.
CMCÁC	J. R. Mélida (1924): <i>Catálogo monumental de España. Provincia de Cáceres (1914-1916)</i> , Madrid.
CPILC	R. Hurtado San Antonio (1977): <i>Corpus Provincial de Inscripciones Latinas de Cáceres</i> , Cáceres.
EJER	A. D'Ors (1953): <i>Epigrafía jurídica de la España romana</i> , Madrid.
ENAR	T. Mañanes Pérez (1982): <i>Epigrafía y numismática de Astorga romana y su entorno</i> , Salamanca.
ERA	F. Diego Santos (1959): <i>Epigrafía romana de Asturias</i> , Oviedo.
ERAE	L. García Iglesias (1972): <i>Epigrafía romana de Augusta Emerita</i> , (tesis doctoral dactilografiada), Madrid.
ERClu	P. de Palol y J. Vilella, (1987): <i>Clunia II: La epigrafía de Clunia (EAE 150)</i> , Madrid.

<i>ErItálica</i>	A. M. Canto (1985): <i>La epigrafía romana de Itálica</i> (tesis doctoral 188/85. Edición facsímil, U.C.M.), Madrid.
<i>ERPL</i>	M. A. Rabanal Alonso y S. M. García Martínez (2001): <i>Epigrafía romana de la provincia de León: revisión y actualización</i> , León.
<i>FIRA</i>	C. G. Bruns (1909): <i>Fontes Iuris Romani Antiqui</i> , Tübingen.
<i>HAE</i>	<i>Hispania Antiqua Epigraphica. Suplemento anual de Archivo Español de Arqueología. Instituto de Arqueología y Prehistoria «Rodrigo Caro».</i> Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
<i>HEp</i>	<i>Hispania Epigraphica. Archivo Epigráfico de Hispania.</i> Universidad Complutense, Madrid.
<i>IDR I</i>	I. I. Russu (1975): <i>Inscriptiunile Daciei Romane I. Introducere istorică și epigrafică. Diplomele militare. Tăblițele cerate</i> , Bucarest.
<i>IDR III/3</i>	I. I. Russu (1984): <i>Inscriptiunile Daciei Romane. Dacia Superiorara 3, zona centrala</i> , Bucarest.
<i>IDR III/5</i>	I. Piso (2001): <i>Apulum. Dacie Superioris</i> , París.
<i>ILER</i>	J. Vives (1971-1972): <i>Inscripciones latinas de la España romana</i> , Barcelona.
<i>ILJug</i>	A. Šašel (1986): <i>Inscriptiones Latinae quae in Iugoslavia inter annos MCMII et MCMLXX repertae et editae sunt</i> , Ljubliana.
<i>ILLPRON</i>	M. Hainzmann y P. Schubert (1986): <i>Inscriptionum lapidariarum Latinarum prouvinciae Norici usque ad annum MCMLXXXIV repertarum índices.</i>
<i>ILMadriD</i>	M. Ruíz Trapero (2001): <i>Inscripciones latinas en la Comunidad Autónoma de Madrid</i> , Madrid.
<i>ILS</i>	H. Dessau (1892-1916): <i>Inscriptiones Latinae Selectae</i> , Berlín.
<i>IMS</i>	<i>Inscriptions de la Mésie Supérieure</i> , Belgrado.
<i>IRC I</i>	G. Fabre, M. Mayer e I. Rodà (1984): <i>Inscriptions romaines de Catalogne I. Barcelona (sauf Barcino)</i> , París.
<i>IRC III</i>	G. Fabre, M. Mayer e I. Rodà (1991): <i>Inscriptions romaines de Catalogne. III. Gérone</i> , París.
<i>IRC V</i>	G. Fabre, M. Mayer e I. Rodà (2002): <i>Inscriptions romaines de Catalogne. V. Suppléments aux volumes I-IV et instrumentum inscriptum</i> , París.
<i>IRCP</i>	J. d'Encarnação (1984): <i>Inscrições romanas do conventus Pacensis</i> , Coimbra.
<i>IRG I</i>	F. Bouza Brey y A. D'Ors (1949): <i>Inscripciones romanas de Galicia I. Santiago de Compostela</i> , Santiago de Compostela.
<i>IRG II</i>	F. Vázquez Saco y M. Vázquez Seijas (1954): <i>Inscripciones romanas de Galicia II. Provincia de Lugo</i> , Santiago de Compostela.
<i>IRG III</i>	J. Filgueira Valverde y A. D'Ors (1955): <i>Inscripciones romanas de Galicia III. Museo de Pontevedra</i> , Santiago de Compostela.
<i>IRG IV</i>	J. Lorenzo Fernández, A. d'Ors y F. Bouza Brey (1968): <i>Inscripciones romanas de Galicia. IV Provincia de Orense</i> , Santiago de Compostela.
<i>IRPA</i>	M.A. Rabanal y J.M. Abascal (1985): «Inscripciones romanas de la provincia de Alicante», <i>Lucentum</i> 4, p. 191-244.
<i>IRPL</i>	F. Diego Santos (1986): <i>Inscripciones romanas de la provincia de León</i> , León.
<i>IRPLu</i>	F. Arias Vilas, P. Le Roux y A. Tranoy (1979): <i>Inscriptions romaines de la province de Lugo</i> , París.
<i>IRSAT</i>	J. Corell, con la colaboración de X. Gómez Font (2002), <i>Inscripciones romanes de Saguntum y el seu territori</i> , Valencia.

<i>IRST</i>	J. Corell (1994), <i>Inscripciones romanes de Saetabis y el seu territori, Valencia</i> .
<i>MiNoH</i>	A. Rodríguez Colmenero, Santiago Ferrer Sierra y Rubén D. Álvarez Asorey (2004): <i>Miliarios e outras inscricións viarias romanas do noroeste hispánico (conventos bracarense, lucense e asturicense)</i> , Santiago de Compostela.
<i>PIR</i>	E. Groag, A. Stein y L. Petersen (1933): <i>Prosopographia Imperii Romani</i> , Berlín.
<i>RAP</i>	J.M. Garcia (1991): <i>Religiões antigas de Portugal. Aditamentos e observações as «Religiões da Lusitânia» de J. Leite de Vasconcelos. Fontes epigráficas</i> , Lisboa.
<i>RIB</i>	R. G. Collingwood y R. P. Wright (1965-2009): <i>The Roman inscriptions of Britain</i> , Oxford.
<i>RIT</i>	G. Alföldy (1975): <i>Die römischen Inschriften von Tarraco</i> , Berlín.
<i>RSERMS</i>	J.M. Solana Sainz y L. Hernández Guerra (2000): <i>Religión y sociedad en época romana en la Meseta septentrional</i> , Valladolid.
<i>TabCerD</i>	serie en <i>IDR I</i> .

III. ASENTAMIENTOS

A continuación se han recogido los asentamientos de las zonas del Noroeste estudiadas que han sido mencionados en el texto, con las páginas en las que aparecen entre paréntesis. No debe tomarse, por tanto, como un catálogo sistemático de todos los yacimientos del Noroeste, sino como un índice que muestra de forma organizada la información utilizada para la elaboración de esta tesis. También se han incluido los lugares del Noroeste mencionados en los que ha aparecido epigrafía, identificados con el símbolo ▲.

España

ASTURIAS

Allande

1. Besullo (Comba) ▲ (367)
2. San Chuis (San Martín de Beduledo, Santa María de Celón) (356, 360, 361)

Aller

3. San Vicente de Serrapio ▲ (430)

Belmonte de Miranda

4. Las Escorias (El Valle) (54, 364)
5. Villaverde ▲ (300, 362, 363, 431)

Boal

6. Boal ▲ (366, 367)
7. Castro de Pendia (356, 357)

Cangas del Narcea

8. Arnosa ▲ (367)

Coaña

9. Castro de Coaña (Villacondide) (291, 356, 357, 361, 364, 365, 367)
10. Castro de Mohías ▲ (356, 366, 367)

Corvera de Asturias

11. Castro de Castiello ▲ (367)

El Franco

12. Arancedo (356, 357)
13. Cabo Blanco (Valdepares) (356)

Gijón

14. Campa Torres (Cabo de Torres) ▲ (85, 88, 96, 294, 357, 369, 370, 371, 373, 382, 386)

15. Fuente de la Mortera (Tremañes) ▲ (372, 437)

16. Murias de Beloño (Cenero) (371, 373, 553)

17. Muria de Tremañes (371)

18. Santa Catalina (barrio de Cimadevilla) (371, 373)

19. San Tirso (Baones) ▲ (372, 373, 430)

20. Serín

21. Veranes (Cenero) (371, 373, 553)

Grandas de Salime

22. Chao Samartín (78, 105, 243, 261, 270, 291, 295, 307, 356, 357, 359-365, 368, 498, 584, 585, 596, 597)

23. Monte Castrelo de Pelóu ▲ (261, 292, 356, 358, 359, 362, 363, 585, 597)

Las Regueras

24. Valduno (575)

Lena

-Castiello

25. Vega del Ciego (357, 553)

Llanera

26. Cayés (374)

27. Coruño (374)

28. El Canto de San Pedro (374)

29. Ería de La Castañera ▲ (en iglesia de Santa María de Lugo) (374)

30. La Castellana (374)

31. Lugo de Llanera (105, 373-375)

32. Pozana (374)

33. Sedrana (374)

Mieres

34. Ujo ▲ (375)

Oviedo

35. El Llagú (370, 373)
36. La Cogolla (374)

Parres

37. Santo Tomás (Collía) ▲ (434, 435)

Pravia

38. Castro de Doña Palla (367)
39. Castro de San Martín (367)
40. La Magdalena de la Llera (367)
41. Murias de Ponte (367)
42. Santianes (367)

Salas

43. Ablaneda (Godán) ▲ (300, 301, 362, 363)

San Martín de Oscos

-Peso

44. Pico da Mina (Bousoño) (360)
45. San Isidro (Bousoño) (261, 360, 364)

Taramundi

46. Os Castros de Taramundi (292, 356-359, 363-365)

Tineo

47. Arganza ▲ (366, 367)
48. Tuña ▲ (367)

Vegadeo

49. La Corredoira ▲ (300, 301)

Villaviciosa

50. Camoca (357)
51. Caravia (357)
52. Grases ▲ (374, 432)
53. Moriyón (357)
54. Puelles (357, 553)

CORUÑA, A

Boiro

55. Castros de punta Neixón (Cespón) (292)

La Coruña

56. La Coruña (*Brigantium*) ▲ (329)

Padrón

57. Iria Flavia ▲ (329, 330, 369)
58. Santiago de Padrón ▲ (329, 330)

Sobrado

59. Cidadela (Sobrado dos Monxes) (276, 329, 337, 471)

LEÓN

Astorga

60. Astorga (*Asturica Augusta*) ▲ (52, 56, 77, 78, 88, 93, 98, 102, 103, 105, 243, 244, 251-253, 255-257, 264, 265, 269, 271, 274, 300-302, 307, 312, 314, 317, 318, 320, 351, 354, 359, 370, 383-387, 389, 390, 392, 394-403, 405, 417, 430, 437, 441, 442, 445, 450, 474, 475, 478-480, 486, 498, 499, 503, 505, 512, 548, 590, 600)
61. Castro de la Magdalena (Castrillo de los Polvazares) (292)

Bembibre

62. Altar de Bodos (Cerro de Villanueva de la Cruz) (353)
63. Arlanza ▲ (352, 353, 441)
64. El Corón de la Escrita (S. Esteban del Toral) ▲ (351-353)
65. El Palomar (San Román de Bembibre) (353)
66. El Parral (San Román de Bembibre) (353)
67. El Pillote (San Román de Bembibre) (353)
68. La Cabra (Cerro de Villanueva de la Cruz) (353)

69. La Cruz (Cerro de Villanueva de la Cruz) (353)
 70. Los Barrios (San Román de Bembibre) (353)
 71. Poulos de San Miguel (San Esteban del Toral) (353)
 72. Rodanillo ▲ (352, 353)
 73. San Esteban del Toral ▲ (96, 351, 352, 353, 441)
 74. San Román de Bembibre (iglesia de San Román) ▲ (350, 352, 353, 430)
 75. Santa Eulalia del Piélago (San Román de Bembibre) ▲ (352)
 76. Santibáñez del Toral ▲ (352, 441)

Borrenes

77. Corona del Cerco (Borrenes) (292)
 78. Orellán (231, 298, 493)
 79. Voces ▲

Brazuelo

80. Corona de El Ganso (297)

Cacabelos

81. Castro Ventosa (Pieros) ▲ (344-346, 350, 468)
 82. La Edrada ▲ (345-347, 440, 583, 594)
 83. Las Chas (346)
 84. La Galveta (346)
 85. La Maletería (346)
 86. La Sellana I (346)
 87. La Sellana II (346)
 88. La Vega de San Martín (346)
 89. Los Hornos/Los Carneros ▲ (346-348)
 90. Terra do Ouro (346)
 91. San Bartolo (346)
 92. San Esteban ▲ (300, 346, 349)
 93. Valdemouros (346)
 94. Val de Paxariñas (346)

Camponaraya

95. Alto de la Nevera (346)
 96. El Otero (Narayola) (346)

97. El Villarín (Narayola) (346)
 98. La Naraya (346)
 99. Las Quemadas (Narayola) (346)
 100. Valdelasvillas (Narayola) (346)

Carracedelo

101. Carracedelo ▲ (346, 348, 349)
 102. Los Buracos (Villamartín de la Abadía) (346)
 103. Villadepalos ▲ (346, 349)

Carrizo de la Ribera

104. La Milla del Río ▲ (441, 450, 553)

Carucedo

105. La Barosa ▲ (348)
 106. Las Pedreiras de Lago (298, 361, 493, 498)
 107. La Sufreira (La Barosa) (494)

Castrocalbón

108. Castrocalbón ▲ (244, 398, 528)
 109. Quintana y Congosto ▲ (244, 398)

Castropodame

110. Castrión (Villaverde de los Cestos) (353)
 111. La Corona (Matachana) (353)
 112. La Magdalena (353)
 113. La Matilla (Matachana) (353)
 114. Las Torcas (Turienzo) (297)
 115. San Pedro Castañero ▲ (352, 353)

Cimanes de la Vega

116. El Piélago (Cimanes de la Vega) (553)

Cistierna

117. Valmartino (Peñacorada) ▲ (431)

Congosto

118. Cobrana ▲ (318, 353)
 119. Camino Villaverde-Cobrana (Almázcara, Congosto) ▲ (353)

- 120.** Las Matas (Cobrana) (353)
121. Las Murielas (Almázcara, Congosto) (353)
122. Los Cantos (Cobrana) (353)

Destriana

- 123.** Destriana ▲ (471)

Folgozo de la Ribera

- 124.** El Valle ▲ (300)
125. Santa Eulalia (entre El Valle y Tedejo) ▲ (352, 353, 440, 441)

León

- 126.** León (*Legio*) ▲ (243, 256, 268-270, 274, 275, 277, 355, 359, 404, 441, 445, 446, 501, 503, 513, 516, 585, 596)

Lucillo

- 127.** Castro de la Magdalena (Chana de Somoza) (493)
128. Corona de Boisán (297)
129. Corona de Filiel (103, 297)

Luyego

- 130.** Corona de los Castellones (297)
131. Corona de Fuco Chico (468, 492)
132. Corona de Luyego (297)
133. Corona de Quintanilla de Somoza (103, 292, 297, 468, 493)
134. Huerña (103, 297, 298, 493)
135. Luyego de Somoza ▲ (97, 110, 244, 260, 261, 271, 276, 402, 403, 437, 468, 470-475, 477, 479-481, 483, 486, 487, 528, 537)
136. Priaranza de la Valduerna ▲ (97, 110, 244, 260, 261, 271, 276, 402, 403, 437, 468, 470-475, 477, 479-481, 483, 486, 487, 528, 537)
137. Quintanilla de Somoza ▲ (402)
138. Santa Marina (401)

Noceda del Bierzo

- 139.** Noceda del Bierzo ▲ (350-353)

Ponferrada

- 140.** Ponferrada ▲ (346, 348, 437-439, 441)
141. San Andrés de Montejos ▲ (300, 346, 348, 351, 430)
142. Villar de los Barrios ▲ (346, 348)

Puente de Domingo Flórez

- 143.** Cementerio de Puente de Domingo Flórez (494)
144. La Paloca (Salas de la Ribera) (494)
145. San Pedro de Trones ▲ (77, 323, 324)

Quintana del Marco

- 146.** Los Villares ▲ (401, 439, 553)

San Andrés del Rabanedo

- 147.** Trobajo del Camino ▲ (459, 460)

Sancedo

- 148.** Cueto ▲ (346, 348)

Santa Colomba de Somoza

- 149.** Andíñuela ▲ (300, 401, 402, 431)
150. El Soldán (56, 298, 401, 498)
151. Santa Colomba de Somoza ▲
152. Santa Marina de Somoza ▲

Soto de la Vega

- 153.** Santa Colomba de la Vega (El Espino) ▲ (398, 244)

Toral de los Vados

- 154.** Peña del Castillo (Villadecanes) ▲ (345)
155. Sorribas (Villadecanes) ▲ (344-346, 348, 349)

Toreno

- 156.** Castro de Tombrio de Abajo ▲ (352, 353)

Torre del Bierzo

- 157.** Tuécara ▲ (352, 353)

Truchas

- 158.** Castro de Corporales (54, 58, 293, 296, 346, 468)
159. Las Rubias (260, 401, 468)
160. Valdemeda (Manzaneda) (243, 261)

Vegaquemada

- 161.** La Losilla y S. Andrián ▲ (485, 486)

Villafranca del Bierzo

- 162.** Los Prados de Valdovege (Valtuille de Abajo) (346)
163. Os Poulos (Vilela) (346)
164. Valtuille de Abajo ▲ (346)

Villamontán de la Valduerna

- 165.** Villalís de la Valduerna ▲ (97, 98, 110, 244, 258-261, 271, 276, 402, 403, 437, 468, 470-475, 477, 479-481, 483, 486, 487, 528, 537)
166. Campo del Medio (campamentos de Villamontán) (476)
167. San Miguel (campamentos de Villamontán) (476)

Villaquejida

- 168.** Villaquejida (Sta. Colomba) (553)

LUGO

Castro de Rei

- 169.** Castro de Viladonga (106, 292, 295, 299)

Folgozo de El Caurel

- 170.** Folgozo de El Caurel ▲ (300)

Láncara

- 171.** A Chá de Santa Marta (261)

Lugo

- 172.** Lugo (*Lucus Augusti*) ▲ (94, 106, 256, 259, 318, 373, 383, 387-389, 391, 394, 395, 400, 404, 405, 431, 432, 441, 500, 508)

Otero de Rey

- 173.** Agra dos Castros (Marcelle) (292)

OURENSE

Allariz

- 174.** Castro de Armea (292)

Amoeiro

- 175.** Cornoces ▲ (269)

A Rúa de Valdeorras

- 176.** A Cigarrosa ▲ (77, 322, 324, 325)
177. A Coroa (325)
178. A Rúa Vella (325)
179. Castrillón (Fontei) (325)

Bande

- 180.** A Cidá, (S. Xoán de Baños) (*Aquis Querquennis*) (276, 320, 337, 338, 340)
181. Alto da Mazorra (S. Pedro de Bande) (340)
182. A Telleira (Santa Comba) (340)
183. A Viega de Negueiroá (Santiago de Negueiroá) (340)
184. Baños (S. Xoán de Baños)▲ (339, 340)
185. Castro de Lobosandaus (S. Xoán de Baños) (340)
186. Castro de Rubiás ▲ (339, 340)
187. Iglesia de Santa Comba de Bande ▲ (339, 340)
188. Maus (S. Xoán de Baños) (340)

- 189.** Os Cachós (Santiago de Negueiroá) (340)
190. Regulfe (Santa Comba) (340)
191. Santiago de Cadós ▲ (301)
192. Santiago de Güín ▲ (340)

Castrelo del Valle

- 193.** S. Martín, Castro de Cabanca ▲ (300, 301)

Castro Caldelas

- 194.** Castro de S. Martiño (San Juan de Camba) (342)
195. Iglesia de San Juan de Camba ▲ (341-343, 427)
196. Burgo (San Pedro) ▲ (332, 341, 342, 427)

Celanova

- 197.** Castro de Santa María de Castromao ▲ (443)

Cualedro

- 198.** Cidá de Castro de San Millán (331)

Larouco

- 199.** Seadur (325)

Maceda

- 200.** Asadur ▲ (350, 463)

Maside

- 201.** Maside ▲ (400)

Monterrey

- 202.** Castro de Medeiros (331)

Muñños

- 203.** Buraco da Moura (Sta. María de Barxés) (340)
204. Illa de Pazos (Sta. María de Barxés) (340)

O Barco de Valdeorras

- 205.** A Escrita (Vilaira) ▲ (324, 325)
206. As Gulpilleiras (Vilanova de Valdeorras) (325)

- 207.** Casteliño Redondo y a Costa da Parva (O Barco de Valdeorras) (325)

- 208.** Castro (Vila do Castro) (325)

- 209.** O Barco ▲ (78, 324, 325)

- 210.** Os Poulos (Millarouso) ▲ (324, 325)

- 211.** San Salvador. A Proba (325)

Oimbra

- 212.** Rabal ▲ (445)

Petín

- 213.** As Medorras (O Pombar, Barrio de Santiago) (322, 325)

- 214.** Castro de Santa María (Mones, Petín) (325)

- 215.** Castrillón (S. Miguel de Montes) (325)

Puebla de Trives

- 216.** A Ciudad (S. Sebastián de Piñeiro) (342)

- 217.** A Medorra (Nosa Sra. da Concepción) (342)

- 218.** Lamadavía (Sto. Cristo da Misericordia) (342)

- 219.** Mendoza (Nosa Sra. da Concepción) (342)

- 220.** Puebla de Trives ▲ (342-343)

- 221.** Trives Vello (Sta. María de Trives) ▲ (300, 301, 341-342)

- 222.** Vilanova de Trives (Sta. María) ▲ (342-343)

Pungín, San Amaro

- 223.** San Cibrán de Lás (291, 332)

Rubiá

- 224.** As Chas (Sta. Mariña) (325)

- 225.** As Portas (A Veiga de Cascallá) (325)

- 226.** Cabeza de Castro (Sta. Mariña) (325)

- 227.** Os Ladrillos (Sta. Mariña) (325)

- 228.** Ponte Regueiral (Sta. Mariña) (325)

- 229.** Val de Galegos, A Torrizola (Sta. Mariña) (325)

Sarreaus

- 230.** A Cidá o Monte do Viso (Nocelo da Pena) ▲ (334-336)
231. Castro de A Cerca (Nocelo da Pena) (335)
232. Codosedo ▲ (331)
233. Ermita de San Pedro (Nocelo da Pena) ▲ (335)
234. Louviño (Lodoselo) ▲ (334-336)

Verín

- 235.** Verín (Tamaguelos) ▲ (331-332)

Viana do Bolo

- 236.** Torre dos Muros (Viana do Bolo) (297)

Vilamartín de Valdeorras

- 237.** A Magdalena (325)
238. Castelo (Valencia do Sil) (325)
239. Cementeiro (S. Lourenzo) (325)
240. San Miguel de Outeiro (325)
241. Vilamartín de Valdeorras ▲ (324-325)

Xinzo de Limia

- 242.** Cidá de Morgade (333)
243. Conto de Baronzás (333)
244. Xinzo de Limia ▲ (332-337, 437, 438, 441, 446, 583, 594)

PONTEVEDRA

As Neves

- 245.** A Graña (297, 497)

Bueu

- 246.** Bueu (378, 380-382)

Cangas

- 247.** Nerga (378, 380-382)
248. O Facho de Donón (382)

La Guardia

- 249.** Santa Trega (291, 314, 376, 377)

Moaña

- 250.** Castro de Montealegre (Domaio) (292)

Pontecesures

- 251.** S. Xián de Requeixo ▲ (330)

Rodeiro

- 252.** Rodeiro ▲ (331)

Sanxenxo

- 253.** A Lanzada (382)

Tui

- 254.** Tui (*Tude*) ▲ (314, 316, 318, 355, 377, 381, 584, 596)

Vigo

- 255.** Areal ▲ (378, 380)
256. O Castro (376, 377, 381, 382)
257. Toralla (Corujo) (553)

SALAMANCA

El Cabaco

- 258.** Fuente de la Mora (231, 246, 494)

ZAMORA

Espadañedo

- 259.** Los Corralones (296, 297, 496)

Pino del Oro

- 260.** El Picón ▲ (495, 496)

Santa Cristina de la Polvorosa

- 261.** Requejo (553)

Santibáñez de Vidriales

- 262.** Rosino de Vidriales (*Petavonium*) ▲ (93, 106, 243, 269, 276, 359, 387, 404, 500, 503)

Villalcampo

263. Villalcampo ▲ (528)

Villardiegua de la Ribera

264. Peña Redonda (232, 292)

Portugal

BRAGA

Braga

267. Braga (*Bracara Augusta*) ▲ (87, 94, 105, 106, 263, 264, 266, 306, 312, 314, 317, 318, 320, 377, 383, 386, 387, 389-391, 393-395, 405, 445, 446, 448, 505)

Cabeceiras de Basto

268. Refojos de Basto (Santa Comba) ▲ (323, 324)

Guimarães

- Salvador de Briteiros

269. Briteiros (291, 295, 376)

Terras de Bouro

270. Campo do Gerês ▲ (320)

Vizela

271. San Miguel de Caldas de Vizela ▲ (265)

BRAGANÇA

Bragança

272. Castro de Avelãs ▲ (330, 434, 442)

Miranda do Douro

273. Aldeia Nova ▲ (528)

OPORTO

Paços de Ferreira

OTROS

265. A Granda das Xarras (261)

266. A Recacha. Localizados entre Candín (León), Ibias (Asturias) y Navia de Suarna (Lugo) (261)

- Sanfins de Ferreira

274. Sanfins (291, 376)

Vila Nova de Gaia

275. Castro de Monte Murado (Pedroso) ▲ (433)

VIANA DO CASTELO

Monção

276. Castro de San Caetano (Outeiro) (314, 377)

Vila Nova de Cerveira

277. Castro de Lovelhe (Breia) (314)

VILA REAL

Alijó

278. Pinhão ▲ (400, 445)

Chaves

279. Chaves (*Aquae Flaviae*) ▲ (62, 106, 250, 253, 254, 263, 269, 312-314, 316, 318, 331, 332, 347, 355, 417, 427, 445, 448, 469, 584, 587, 596, 598)

280. Vale de Anta ▲ (331)

Montealegre

281. Penedo de Remeseiros (Vilar de Perdizes) ▲ (460, 461)

Panóias

282. Panóias ▲ (265)

